Archivo General de La Nación
Volumen CCCV

M. L. É.
MOREAU DE SAINT-MÉRY

DESCRIPCIÓN

TOPOGRÁFICA, FÍSICA, CIVIL, POLÍTICA E HISTÓRICA

DE LA

PARTE FRANCESA

DE

LA ISLA DE SANTO DOMINGO



TOMO I

Santo Domingo
República Dominicana

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Médéric Louis Élie Moreau de Saint-Méry, nació en Fort-Royal, isla de Martinica en 1750, en el seno de una familia francesa radicada en esa isla. A los 18 años llegó a París y entró a formar parte de la Guardia del Rey. Hacia 1780 fue nombrado miembro del Consejo Superior del Santo Domingo francés. Formó parte del Cercle des Philadelphes, que llegó a ser una de las más prestigiosas sociedades de la zona, encargada de promover mejoras en la agricultura, la industria, las artes y las ciencias. En septiembre de 1790 fue nombrado diputado por Martinica en la Asamblea Constituyente y en 1791 fue designado miembro del Consejo de la Judicatura.

Como consecuencia de conflictos relacionados con el tema de la esclavitud, la cual apoyaba y fue uno de los artífices de su consagración constitucional, se vio obligado a exiliarse en Estados Unidos. En 1799 regresó a Francia y laboró como historiador de la Marina. En 1800 fue nombrado Consejero de Estado. En conflicto con Napoléon, cayó en desgracia y perdió su puesto. Padeció penurias económicas, que se aliviaron algo con la subida al trono de Luis XVIII.

Murió en París el 13 de enero de 1819.

Con esta obra, Saint-Méry pretendió dar a conocer a Francia el estado de su colonia de Santo Domingo en 1789. Empleó catorce años de su vida en recorrerla y estudiarla, y el resultado de este esfuerzo fue una minuciosa descripción de la que siempre consideró la más rica posesión colonial de la metrópoli. Escritor, jurista y erudito, Moreau de Saint-Méry fue un producto del período histórico de la Ilustración francesa.

Entre sus principales obras:

- *Lois et constitutions des colonies françoises de l'Amérique sous le Vent*, París, 1784-1785, 6 vol.
- *Description topographique et politique de la partie espagnole de l'isle Saint-Domingue*, Philadelphia, 1769.
- *Description graphique et statistique des États de Parme,* Plaisance et Guastalla, 8 vol.
- *De la danse*, Parme, Bodoni, 1801 (reditado en 1803).

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

DESCRIPCIÓN
TOPOGRÁFICA, FÍSICA, CIVIL, POLÍTICA E HISTÓRICA
DE LA
PARTE FRANCESA
DE
LA ISLA DE SANTO DOMINGO

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

TOMO I

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Archivo General de la Nación
Vol. CCCV

M. L. É.
Moreau de Saint-Méry

DESCRIPCIÓN
TOPOGRÁFICA, FÍSICA, CIVIL, POLÍTICA E HISTÓRICA
DE LA
PARTE FRANCESA
DE
LA ISLA DE SANTO DOMINGO

Traducción de:
Victoria Flórez-Estrada Ponce de León
Licenciada en Historia de América y en Filología y Literatura francesas

TOMO I

Santo Domingo, D. N.
2017

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Cuidado de la edición: Departamento de Investigación y Divulgación
Traducción y corrección: Victoria Flórez-Estrada Ponce de León
Revisión del texto: William Capellán Ferreira
Diagramación y diseño de cubierta: Harold Frías Maggiolo
Ilustraciones interior: http://www.forgottenbooks.org

Primera edición, 2017

© Médéric Louis Élie Moreau de Saint-Méry, 2017

De esta edición
© Archivo General de la Nación (vol. CCCV)

ISBN: 978-9945-586-10-7

Impresión: Editora Centenario S.R.L.

Archivo General de la Nación
Departamento de Investigación y Divulgación
Área de Publicaciones
Calle Modesto Díaz, Núm. 2, Zona Universitaria,
Santo Domingo, República Dominicana
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110
www.agn.gov.do

Impreso en la República Dominicana / Printed in the Dominican Republic

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Médéric Louis Élie Moreau de Saint-Méry

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Índice

Presentación 13
Sobre la vida de Saint-Méry y su Descripción 17

Descripción topográfica, física, civil, política e histórica de la Parte francesa de la Isla de Santo Domingo

Disertación preliminar del autor 31
Advertencia. 39
Tabla monetaria y de medidas usadas en los dos tomos 43
Extensión de la Parte francesa 46
Montañas y llanuras. 46
Reinos dependientes de la Parte francesa bajo los caciques 47
Población de la Parte francesa de Santo Domingo 48
Los blancos. 48
Europeos que viven en Santo Domingo. 50
Los criollos blancos 52
Las criollas blancas. 57
Los esclavos 61
Los esclavos llegados de África 61
Los esclavos criollos. 73
Los libertos. 95

Número y naturaleza de los asentamientos de la Parte francesa de Santo Domingo

División de la Colonia francesa en tres Partes 123

Parte del Norte

. 124

Distrito de Fort-Dauphin 129

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

I. Parroquia de Fort-Dauphin 129
II. Parroquia de Ouanaminthe 158
III. Parroquia de Vallière 164
IV. Parroquia de Terrier-Rouge 171
V. Parroquia del Trou 179

Distrito de Limonade 191
VI. Parroquia de Limonade 191
VII. Parroquia de Sainte-Rose llamada inapropiadamente Parroquia del río Grande 223
VIII. Parroquia de Saint-Louis de Morin, de Quartier-Morin o del Trou de Charles Morin 231
IX. Parroquia de Dondon 245
X. Parroquia de Marmelade 263

Distrito del Cap 268
XI. Parroquia de Petite-Anse 268
XII. Parroquia del Cap Francés 283
Primera Sección 290
Segunda Sección 307
Tercera Sección 329
Cuarta Sección 353
Quinta Sección 405
Sexta Sección 411
Séptima Sección 417
Octava Sección 430
El puerto del Cap 437
Los incendios 447
La policía 448
Número de casas y población del Cap 452
El Cap considerado como capital 454
Estado Mayor y oficiales de la Administración del Cap 455
Parte militar. Guarnición del Cap 457
Las milicias del Cap 458
Médicos, cirujanos y farmacéuticos 461
La Cámara de Agricultura 462
La Cámara de Comercio 464
La Gaceta 465
El Almanaque y algunas obras impresas en Santo Domingo 467
Clima y temperatura del Cap 469
Las enfermedades 483
Extranjeros y otras personas notables que visitaron el Cap 491
La educación 497
Los alrededores del Cap 498

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El torrente del Cap. 499
El camino del fuerte Picolet 504
La Fossette 506
El paseo Villeverd. 509
La carnicería. 511
El hospital de los religiosos de la Caridad 512
El cantón llamado Haut du Cap 534
El pico del Cap. 539
La Banda del Norte, el Gran y el Pequeño Port-Français 542

La defensa de la Parte del Norte. 546
XIII. Parroquia de la Llanura del Norte. 563
XIV. Parroquia de Acul 567

Distrito de Limbé 574
XV. Parroquia de Limbé 574
XVI. Parroquia de Plaisance 585
XVII. Parroquia de Port-Margot. 596
XVIII. Parroquia de Borgne 604

Distrito de Port-de-Paix 609
XIX. Parroquia de Gros-Morne 609
XX. Parroquia de Petit-Saint-Louis, o Saint-Louis del Norte 611
XXI. Parroquia de Port-de-Paix 617

Isla de la Tortuga 645

Índice onomástico 661

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Presentación

Con párrafo simple y en lenguaje llano nos introduce Moreau de Saint-Méry en el mundo antillano francés, como una cortés invitación a mirar desde las alturas y pisando al mismo tiempo tierra firme, la inmensidad y los detalles de la perla de las colonias francesas en el Caribe americano.

"La Parte francesa de la Isla de Santo Domingo es la más importante de todas las posesiones francesas, tanto por las riquezas que proporciona a la metrópoli, como por la importancia que tiene sobre su agricultura y comercio" (I, 45). En sus propias palabras dice mucho.

Desde otra perspectiva, la traductora Victoria Flórez-Estrada Ponce de León, en un denso y breve estudio sobre la vida de Saint-Méry y su *Descripción de la Parte francesa de la Isla de Santo Domingo*, nos dice del trabajo del autor: "...es esta una obra prolija que se apoya en notable trabajo de recopilación y constituye para el historiador actual una fuente inagotable para su conocimiento en el momento de su apogeo" (I, 27). Apogeo que llegó a niveles asombrosos, a tal punto que se podría aventurar la expresión de que el Saint Domingue fue para Francia lo que las colonias españolas para España. Exagerado o no, queda expuesta una realidad que se puede confirmar hasta en sus mínimos detalles: "La calle Mayor de 70 pies, que tiene árboles a ambos lados en muchos puntos; es la calle más larga de la ciudad, porque lleva por un lado al cerro que hay entre la ciudad y la ciudadela y que por el otro acaba en el camino grande de Maribaroux y de Ouanaminthe" (I, 140). El autor se refiere a Fort-Dauphin, segunda ciudad de la Parte Norte.

Se alterna la descripción de cantones y parroquias, de llanos y montañas, de costas y de tierra adentro. Puentes, carreteras, factorías de azúcar (ingenios), explotaciones madereras, el indetenible trajinar de barcos mercantes, comercio de añil y café, especias y hortalizas, canteras y plantaciones –miles de plantaciones–, uso intensivo –e inmisericorde– del trabajo esclavo, la vida cultural y el teatro. Milicias y rebeliones, viajeros, coches, blancos y mulatos, negros y libertos... riqueza por doquier: sudor de la raza negra para engrosar las faltriqueras de los blancos. Iglesias y tañer de campanas... de todo y más. Y añade: "He usado en mi plan las divisiones civiles de la Parte francesa de Santo Domingo, ya que son las más simples y las más conocidas en general". Acuerdos y desacuerdos con encuentros y desencuentros con la Parte española... el Saint-Domingue francés, el proto-Haití.

Y avanza en la descripción de médicos y medicinas, enfermedades tropicales y plantas medicinales, hospicios y hospitales, hombres de bien y truhanes. Diarios, imprentas y periódicos con la consiguiente rivalidad entre el Cap y Por-au-Prince.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El *Diario de Santo Domingo* del señor Despaletz tiró su primer número en noviembre del 1765, mientras que la Societe des Sciences et Arts del Cap lanzó su *Gaceta de Medicina*, proyecto que resultó insostenible (I, 468). Todo este activismo de las letras y la cultura alternaba con la buena vida, los vinos y el lujo de las clases sociales blancas de las diferentes ciudades.

Surgieron escuelas, conforme a lo afirmado por el propio autor: "Instructores instruidos y fogueados en cuanto a las culturas, artistas con talento que encontraran al principio en el establecimiento y en los recursos de una gran ciudad con que forjarse un provenir, adoptarían a Santo Domingo como su nueva patria" Colonos y hombres instruidos se embarcaron en el proyecto de formación de jóvenes externos y de pensionistas, entre cuyos nombres prestantes resaltó el señor Dorseuil a partir del 1784 (I, 497).

Dentro del fuerte dinamismo de la sociedad francesa afincada en el oeste de La Española, se puso especial interés en dotar a las poblaciones de agua potable para el uso doméstico, utilizando las fuentes y los manantiales cercanos a dichos establecimientos humanos. Ambientes humanos descritos con gran detalle reflejan la minuciosidad y el interés por la precisión del autor: "La ciudad de Port-de-Paix que, según las observaciones de los señores de Verdun, Borda y Prione, está a 19° 54′ 30" de latitud y a 75° 14′ de longitud que esta edificada en un pequeño espacio plano que es incluso bajo, tiene el mar al septentrión, el río de Port-de-Paix al oeste, unos picos que la dominan al sur y una laguna al oeste" (I, 626). Y continúa en el mismo tono hasta concluir el tomo I.

Igual medida sostiene en el tomo II. Distancias y planos de ciudades, montos de exportaciones y tablas con productos, cantidades y valores, pueblos, muchos pueblos, puertos por doquier y nombres que han subsistido a través del tiempo: Mole Saint-Nicholas, Artibonite, Croix-des-Bouquets, Jacmel, Cayes, Port-Salut, Acquin, Cavaillon, Mirebalais. Desde Cap hasta Jeremie, parroquia va parroquia viene, deshoja el autor la naturaleza desbordada de recursos naturales y bellezas. Una a una describe las comarcas en que discurren poblaciones de llanuras y poblaciones de montañas. Todo el oeste aparece ante el lector, dinámico y productivo, indetenible en plantaciones, y pueblos repletos de comerciantes y aventureros, sacerdotes y maestros, militares y presumidos caballeros acompañados de delicadas y –con frecuencia– solitarias damas de piel pálida. Estudiosos de las ciencias y hasta de la astronomía. Mucha negritud con representación de una treintena de etnias africanas.

No podía faltar la mítica Arcahaye, parte de la taína Cahaya y dependiente del reino de Xaragua (II, 215). Describe en detalles a Port-au-Prince. La ciudad, población, gobierno, su puerto, las defensas. Sigue hasta el sur y para en Jeremie, para completar su recorrido.

En fin, una colonia rica, febricitante de actividad, bajo una ruda estructura administrativa eficiente y por lo bajo una ruda y a veces sórdida lucha de intereses. Poco a poco se fue perfilando una sociedad nueva que se movía entre amores y desamores, entre nexos con la metrópoli y la configuración de una identidad nacional.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los más nimios detalles y pormenores concluyen con la aseveración del autor: "He cumplido mi deseo y mi objetivo de decir todo aquello que debería aprender Francia de su más hermosa posesión colonial. Ahora se podrá hablar de Santo Domingo con alguna certeza. Todavía hay muchas verdades que publicar, pero pertenecen a la historia de esta colonia" (II, 660).

Y pasó el tiempo. Se terminó la colonia. Devino en Haití. En el Haití de ensueño.

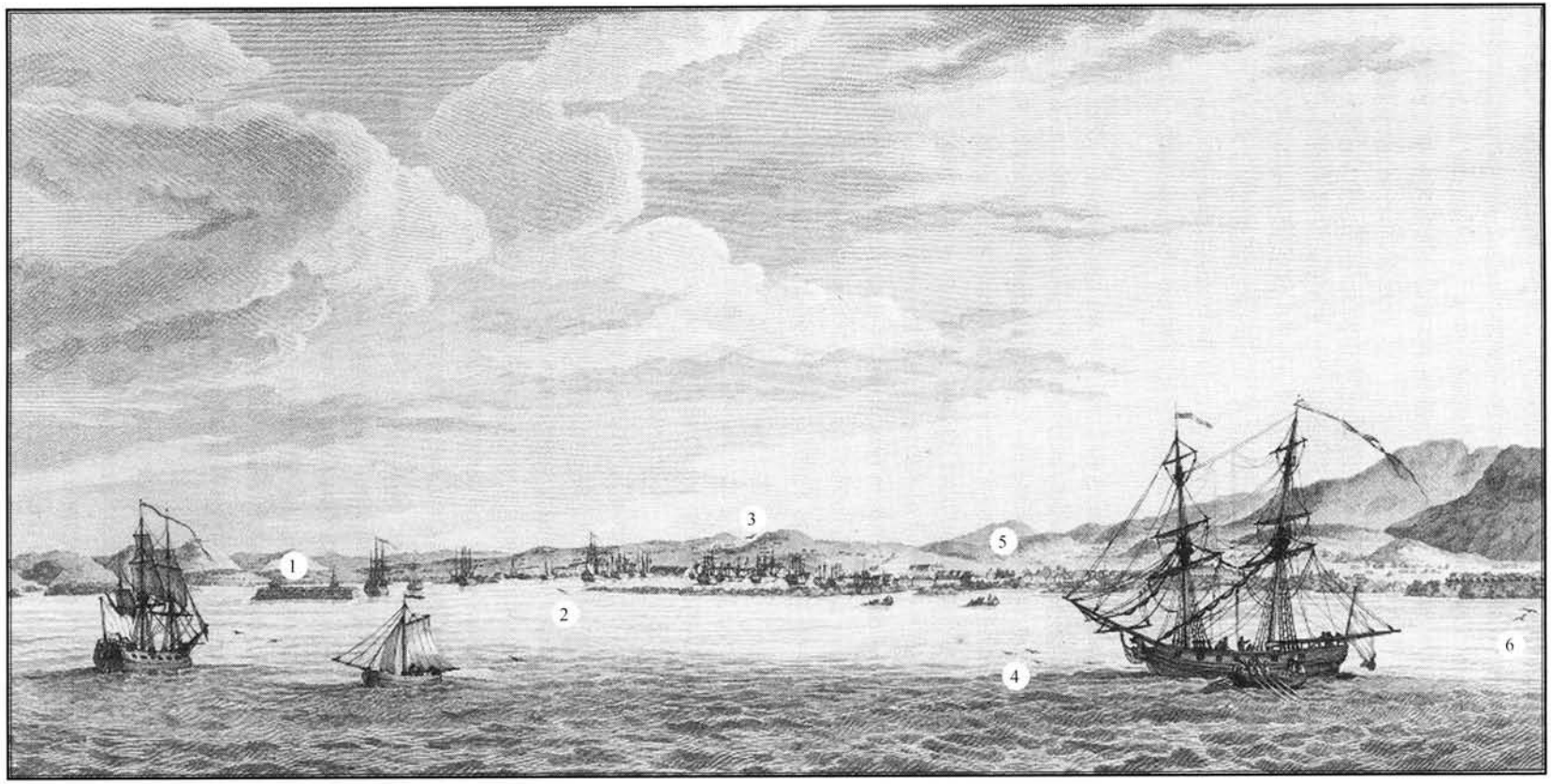
Como afirmó Charles Mackenzie en su libro *Notas sobre Haití*: "En el camino a Limbé, y en las alturas sobre la ciudad, en distintas direcciones, existen varias hermosas casas de campo donde la refrescante brisa del mar se siente desde las siete de la mañana".

Hasta el Haití de hoy.

William Capellán

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



1. Fuerte Islet
2. Puerto Mercante
3. Parroquia

VISTA DE PORT-AU-PRINCE

Isla de Santo Domingo.
A.P.D.R.

4. Puerto del Rey
5. Gobierno
6. Sainte-Claire

Sobre la vida de Saint-Méry y su Descripción

Su vida

Para la mejor comprensión de esta obra, he creído necesario dar a conocer la vida del autor, su personalidad y las circunstancias de la época en que le tocó vivir, que marcarían su pensamiento, sus acciones y su forma de ver las cosas, sus prejuicios, filias y fobias.

Tuvo una vida muy azarosa bajo sistemas políticos tan dispares como *l'Ancien Régime*, el cual comenzó con Luis XIV, la Revolución Francesa, el Imperio napoleónico y la restauración monárquica en la persona de Luis XVIII.

Médéric Louis Élie Moureau de Saint-Méry, llegó al mundo en el llamado Siglo de las Luces o de la Ilustración, importantísima corriente de intelectuales europeos formada por filósofos, moralistas, historiadores, economistas y pensadores políticos cuya arma fundamental era la razón y sus principios, la fe en el progreso humano, la lucha contra el oscurantismo y la búsqueda de la felicidad. Entre sus predecesores se hallan Newton y Locke, opuestos al absolutismo y promotores del liberalismo. Las filas de la Ilustración contaban con nombres tan insignes como Rousseau, Condorcet, Voltaire y Montesquieu. Los principales conocimientos de la época fueron recogidos en la Enciclopedia, primero en Inglaterra por Robert Chambers y luego en Francia, donde la dirigieron Diderot y d'Alembert. Comenzaba el auge de la corriente científica naturalista, cuya influencia vemos en nuestro autor.

Este escritor, jurista y erudito, nació en Fort-Royal, isla de Martinica en 1750. Descendía de una excelente familia francesa (oriunda de Poitou), establecida allí desde hacía un siglo. Era pues lo que se conoce como *créole*, criollo en español, que originariamente significaba hijo de europeos nacido en cualquiera de las Colonias americanas, aunque más tarde se aplicó a toda persona que viera la luz en ellas.

A los 18 años llegó a París y entró a formar parte de la Guardia del Rey; continuaba a la par sus estudios y logró ser admitido como abogado en el Parlamento. Volvió poco después a Martinica (1776) y, al encontrar sus finanzas en un lamentable estado, viajó al Cap para ejercer la abogacía.

Hacia 1780 fue nombrado miembro del Consejo Superior del Santo Domingo francés. Su espíritu ilustrado se manifestó en el interés por toda clase de conocimientos, lo que le llevó a tomar parte activa, junto con otros ilustres colonos, en la fundación del Cercle des Philadelphes,[1] en agosto de 1785, que llegó a ser una de las más prestigiosas

[1] Su fundación es explicada con todo detalle en el Tomo I.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sociedades de la zona y que entabló correspondencia con la Sociedad de Artes y Letras de París, así como con la American Philosophical Society. Esta asociación se dedicó a promover mejoras en la agricultura y la industria, las artes y las ciencias. Entre sus miembros extranjeros se contaban Benjamin Franklin y Benjamin Rush.

Era Moreau un hombre de acendrado patriotismo, ansioso de conocimientos y de gran bondad natural, cualidad esta última que le acarrearía nefastas consecuencias en su etapa italiana. Fue una personalidad avanzada y un caso curioso de flagrante contradicción a causa de ciertas posturas que mantuvo y que trataré de explicar más adelante. Su amor por la colonia más floreciente de Francia en las Antillas es innegable, pues dedicó catorce años de su vida a recorrerla y a estudiarla exhaustivamente. En 1795, desde Filadelfia, se opuso a la unificación de ambas partes de la Isla, la francesa y la española, decretada en el Tratado de Basilea, con el argumento de que sería ruinosa para Francia debido a la gigantesca inversión que habría que hacer en la pobre y atrasada zona española y por las enormes diferencias entre los dos pueblos. Recomendó dejársela a los españoles y que estos tomaran como modelo la estructura y las instalaciones de sus vecinos.

Resulta llamativo también que a la invasión francesa de la parte occidental de la isla, perteneciente por derecho a España, fuera relatada eufemísticamente de esta manera: «cuando decidimos compartir la posesión de la Isla con los españoles [...]». En el tratado de la famosa Paz de Ryswick de 1697, no existe ninguna alusión al Santo Domingo francés ni a dicha cesión. España se limitó a respetar como propiedad de Francia los territorios ocupados por esta, según el doctor Américo Lugo. Es bien sabido que nuestro autor escribió, aparte de estos dos tomos, la *Descripción de la Parte española de la Isla*, en la que no ahorra a los españoles epítetos denigrantes, como podemos comprobar en este extracto: «Su carácter es en general una mezcla de envilecimiento y orgullo. Rastreros y serviles cuando es necesario, quieren parecer arrogantes. Tímidos con los superiores, son desdeñosos con los inferiores a ellos. Profundamente rencorosos y vengativos, no saben lo que es ser grande y generoso». ¡En qué magnífico concepto los tenía!

Buscando nuevos horizontes y respuestas a sus inquietudes, ingresó en la masonería en 1785. Esta organización surgió en Inglaterra en 1717; luego la variante francesa se desvinculó de aquella y en el siglo XVIII adquirió sinónimo de igualdad, aunque poco tuvo que ver en la Revolución Francesa. Inicialmente se basaba en el principio de la Divinidad, más tarde se decantó por la iniciación a las virtudes, inspirada en el racionalismo naturalista. En 1810 el Gran Oriente le nombró Gran Oficial de Honor.

Volvió a París en 1788 para participar en la creación de un comité colonial que pretendía impedir cualquier reforma en el sistema esclavista. En el Club del hotel Massiac, representó a grandes plantadores defensores de la esclavitud. También fue muy bien acogido por todas las sociedades literarias; unos años antes, se había asociado con Pilâtre de Rozier,[2] con el fin de fundar el Museo de París cuyos miembros

[2] Jean-François Pilâtre de Rozier (30 de marzo de 1754-15 de junio de 1785) fue un profesor de física y química francés y uno de los primeros pioneros de la aviación. Su globo se estrelló cerca de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

procedían, en su mayoría, de las capas ilustradas de aquel tiempo. Allí le sorprendió el estallido de la Revolución y el 1 de julio de 1789 presidió la asamblea general de Electores Parisinos por dos veces, designado a través de Luis XVI, lo que le permitió garantizar la seguridad de Lafayette, comandante de la Guardia Nacional. El día 14, como miembro del Comité de Electores, se encargó de repartir armas a los sublevados.

En septiembre de 1790 fue nombrado diputado por Martinica en la Asamblea Constituyente y en 1791 fue designado miembro del Consejo de la Judicatura.

En mayo de 1791 comenzaron los debates sobre la cuestión colonial, en los que se llegó a cuestionar si los negros eran seres humanos. Saint-Méry se opuso vivamente al mulato Julien Raimond, que quería la ciudadanía activa. El 13 del mismo mes tuvo lugar la consagración constitucional de la esclavitud y él fue uno de los artífices. Entre los argumentos clave que se enarbolaron para explicar esta decisión se encontraba el hecho de que hacia finales del siglo XVIII, más del 20 por ciento de la burguesía francesa dependía de alguna actividad comercial relacionada con el esclavismo y la colonia más rentable era el Santo Domingo francés, como primer productor mundial de azúcar.

Los grandes propietarios eran allegados del Rey y cuando se produjo la escasez de tierras azucareras, intentaron aducir que los dueños eran mulatos, para despojarlos. El Rey se negó y esto provocó la formación de un partido colonial segregacionista que quiso romper con el monarca. Este partido logró introducir sus diputados en la Asamblea, quienes condenaron el primer artículo de la Declaración de los Derechos del Hombre, presentándolo como «el Terror» de los colonos. Hicieron campaña en pro de la esclavitud con el apoyo de los puertos comerciales y un nutrido grupo de diputados, lo que les permitió imponerse en la votación del 13 de mayo de 1791.

La Asamblea Constituyente no reconoció, en la Constitución de 1791, la igualdad de derechos a los negros libres, aunque fueran propietarios. Entre los partidarios del abolicionismo se hallaban el abate Gregoire, Dupont de Nemours y Robespierre, quien, al ver que sus propuestas abolicionistas iban a salir derrotadas, exclamó: «¡Que perezcan las colonias antes que los principios!».

En ese año, los expulsados del Club de los Jacobinos por contrarrevolucionarios fundaron una nueva formación política, los Feuillants, entre los cuales se hallaba Moreau. Ante el ataque de un sector de fanáticos de los federados de Marsella, huyó con su familia a Forges, un pueblecito de Normandía. No obstante, fue detenido junto con el duque de la Rochefoucauld, pero consiguió ponerse a salvo gracias a su amistad con uno de los carceleros. Decidió entonces exiliarse en Estados Unidos; primero viajó a Nueva York y luego se estableció en Filadelfia, donde abrió una librería, a la que enseguida agregó una imprenta. La elección de esta ciudad por parte de un hombre de tan vastos conocimientos está más que justificada, pues era la más importante de Estados Unidos y la más culta; la llamaban la Atenas americana. La lista de los visitantes de Saint-Méry, amigos y corresponsales contiene nombres como

Wimereux en el Paso de Calais, en el curso de un intento de cruzar volando el Canal de la Mancha. Él y su acompañante, Pierre Romain, pasaron a ser las dos primeras víctimas de un accidente aéreo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

John Adams, William Colbert, Gauvain, Goynard, Tayllerand y Thomas Jefferson, entre otros; estamos en 1793.

En esos años de exilio (1793, 1798) escribió, junto con su amigo Jean-Jacques Fournier de Varenne, marqués de Bellevue, una de sus grandes obras, *Lois et Constitutions des Colonies françaises de l'Amérique sous le vent*,[3] tres volúmenes que abarcan de 1550 a 1785, caracterizada por ser contraria a las ideas del Siglo de las Luces. En estos dos tomos que nos ocupan desarrolló la teoría de la aritmética de la piel, en la que los blancos constituyen la aristocracia y detentan la primacía en la cúspide de la sociedad. La palabra raza empezó a aparecer a partir de 1750 en distintas teorías sobre el racismo biológico, que trataba de explicar a los seres humanos, según estos supuestos y clasificarlos en superiores o inferiores; postulaban que se transmite genéticamente y es fruto de la historia, no una condición fuera del tiempo y del espacio.

En 1799 regresó a Francia llamado por Tayllerand. Su amigo, el almirante Bruit, le dio un puesto como historiador de la Marina, donde se le encomendó después la preparación de un Código Penal Marítimo. En 1800 fue nombrado Consejero de Estado.

Por el tratado de Aranjuez del 21 de marzo de 1802, el duque Fernando I de Parma perdió sus estados de Parma, Piacenza y Guastalla en favor de Francia. Por recomendación de Tayllerand, se envió allí en 1801 a Moureau en calidad de Administrador Delegado General de los Estados de Parma para ir preparando los cambios. Introdujo importantes innovaciones en todos los campos del Derecho; suprimió las leyes antihebraicas, prohibió la tortura y separó las leyes civiles de las penales. Usó el más que considerable poder que se le había otorgado con prudencia y moderación, protegió todos los establecimientos industriales y alentó las letras.

Al publicarse el 1 de julio de 1805 el Código Napoleónico, de obligado cumplimiento para todo el Imperio, sus esfuerzos se desvanecieron. En 1806 estalló una revuelta de campesinos en Castel San Giovanni que degeneró en combate contra las tropas francesas en Bardi y Borgotaro. El carácter excesivamente bondadoso de Moureau, enemigo de toda violencia, le hizo incapaz de aplastar el levantamiento y Napoleón, furioso, le sustituyó por Junot, que fusiló a los instigadores e incendió esos dos pueblos.

Saint-Méry cayó en desgracia y no solo perdió el cargo de administrador, sino su puesto en el Consejo de Estado y hasta una suma de 40,000 francos que se le debían y que no pudo cobrar.

Según relata Cayetano Armando Rodríguez, en el prólogo a su traducción de *Descripción de la Parte española de Santo Domingo*, de Saint-Méry, en una ocasión en que Napoleón le habló de este asunto con cierta aspereza, Moureau se permitió responderle: «Sire, yo no pido que se recompense mi rectitud, solo suplico que sea tolerada». «No temáis –dijo Napoleón–, esa enfermedad no es contagiosa».

Su pariente lejana, la emperatriz Josefina, se apiadó de él y le asignó una pequeña pensión que apenas le alcanzaba para cubrir sus necesidades. Con la llegada al trono de Luis XVIII, su situación económica mejoró algo, pues en 1817 este monarca le compró toda su biblioteca. Murió en París el 13 de enero de 1819.

[3] *Leyes y constituciones de las Islas de Sotavento francesas de América.*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La esclavitud

Queda por aclarar la dicotomía que se presenta en este escritor, por otra parte común a todos sus contemporáneos: conciliar la defensa de la esclavitud con un pensamiento avanzado, máxime en este caso en que se trata de una persona de elevados ideales humanitarios, como podemos comprobar en sus comentarios sobre los negros en el primer tomo. Por ejemplo, al hablar del negro libre Jasmin Thoumaseau, de quien dice que poseía un alma tan noble que dedicó su vida al cuidado de los enfermos; o bien en las recomendaciones a las amas blancas de que traten bien a sus esclavos y en el elogio al soldado negro Étienne Auba, etc. Evidentemente, reconocer actitudes excepcionales en los negros no le producía ningún sentimiento contradictorio con respecto a su defensa de la esclavitud.

Ya en marzo de 1685, Luis XIV había promulgado el Código Negro, en cuyo artículo 44 leemos: «declaramos que los esclavos son bienes muebles»; –es decir, como los animales, las carretas, etc.– y regulaba la vida, el trabajo y las relaciones de los negros. La actitud proesclavista de Moureau tiene una explicación muy sencilla: sin esclavos, la Colonia dejaría de producir, ya que solo los negros podían trabajar bajo ese sol abrasador. Añadamos a esto el temor que causaba pensar en casi medio millón de esclavos libres, sedientos de venganza. Su querida Francia perdería su perla más preciada y sus suculentas rentas, a las que debía gran parte de su poderío. Moreau admiraba y amaba demasiado a su país como para permitirlo.

Solo hay que conocer las opulentas cifras de 1789: las exportaciones francesas totalizaron diecisiete millones de libras, de las que once se deben al comercio con la Colonia, el cual representaba cerca de los dos tercios de la economía general del país. Esta importancia económica llegó a expresarse en términos de rangos aristocráticos. La nobleza de la Colonia contaba con los más grandes nombres de Francia, de modo que un colono impertinente podría decirle a Luis XVI en Versalles: «Señor, vuestra corte es criolla».

El argumento económico, unido a los profundos estudios de todo tipo sobre la esclavitud, le permitían no sentir ningún tipo de remordimientos; todo lo contrario, creía defender una causa justa. El más antiguo fundamento religioso se halla en la Biblia. En ella se dice que Dios ha permitido la esclavitud, aunque no le guste, como otras cosas que suceden, hambrunas, divorcios, etc., y que se deben al pecado del mundo, si bien Jehová dio instrucciones a los israelitas para que los esclavos fueran tratados adecuadamente. Todas las corrientes cristianas dudaban o estaban a favor de ella. Aristóteles, Tomás de Aquino y los jesuitas justificaban el tráfico y la posesión. Era algo que estaba universalmente aceptado, ya que se seguía discutiendo si los negros tenían o no alma; si acaso, había dudas, pero eso era todo.

En el siglo XVIII, la controversia entre monogenistas y poligenistas estaba en pleno auge, basándose en elementos de la antropología y de las ciencias médicas para apoyar y justificar el trabajo esclavo mediante la demostración de que la raza negra era inferior. El poligenismo, en una de sus tesis extremas, hace descender a los

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

negros de los simios y pretende que los judíos son una raza ajena a la caucásica, con lo que buscaba una justificación moral de la esclavitud y mantener la hegemonía política y económica.

Los casos de hipocresía o ambigüedad entre famosos pensadores estaban a la orden del día. Dos de ellos son flagrantes: el del inglés John Locke y el del francés Montesquieu. El primero, en su obra *Dos tratados sobre el Gobierno civil* de 1690, dice: «La esclavitud es un estado del hombre tan vil y miserable, tan directamente opuesto al generoso temple y coraje de nuestra Nación que apenas puede concebirse que un inglés, mucho menos un gentleman, pueda estar a favor de ella». Sin embargo, el influyente pensador era accionista de la Compañía Real Africana. También fue autor de la Constitución Fundamental de Carolina (estado meridional de EE. UU.), cuyo texto dice: «Todo hombre libre de Carolina, tendrá poder y autoridad absoluta sobre sus esclavos negros». Este era el hombre progresista cuyos escritos inspiraron a Diderot, Rousseau, Montesquieu y Voltaire; al menos Saint-Méry siempre mantuvo una postura coherente.

El francés Montesquieu condenó la esclavitud no porque esta no fuera útil, sino porque quienes la defendían no querrían sufrirla. Poco después manifestó: «El azúcar sería demasiado cara si no trabajaran los esclavos. Resulta impensable que Dios, que es un ser muy sabio, haya puesto un alma y sobre todo un alma buena, en un cuerpo enteramente negro». El propio Voltaire tenía sus dudas sobre la esclavitud. Esto ocurría con dos de los hombres más adelantados de su tiempo.

Son conocidas las teorías de George-Louis Leclerc, conde de Buffon, un monogenista que ubicaba a la raza blanca en un centro universal rodeado de círculos concéntricos: las otras razas; predicaba que el hombre primitivo fue blanco y todo cambio de color es una degeneración. Se comprende pues que Saint-Méry no tuviera escrúpulos morales al apoyar abiertamente la esclavitud. Sin embargo, hacia finales del siglo XVIII surge la oposición moral a la trata de negros. Varios grupos religiosos, –cuáqueros, evangelistas, metodistas y católicos– la denunciaron en nombre de la caridad cristiana, mediante acciones que incluían peticiones públicas, campañas de boicot a los productos americanos y difusión de descripciones e ilustraciones de los barcos negreros.

El capitán, historiador y escritor británico John Gabriel Stedman estuvo destinado en la colonia holandesa de Surinam. Al volver a Inglaterra en 1784, denunció el derramamiento de sangre de los negros africanos la Guayana holandesa y la costa indígena de Sudamérica. Escribió una obra en dos tomos que fue ilustrada por William Blake.

Otro inglés, Thomas Clarkson (1760-1846) político de fuertes convicciones religiosas, inició el movimiento abolicionista británico. Durante siete años recorrió a caballo 5,600 kilómetros denunciando los horrores del esclavismo. En 1787 funda la British Antislavery Society y publicó una serie de croquis de los barcos negreros, mostrando las infrahumanas condiciones en que los esclavos eran transportados. Tuvo la moderna idea de añadir a los envases de productos exóticos la leyenda «no hecho por esclavos».

Su continuador fue William Wilberforce (1759-1833), que con veintiún años entró en el Parlamento inglés por Hull, entonces un concurrido puerto esclavista

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de Yorkshire. A los veintiséis años, una profunda conversión religiosa le llevó a consagrarse a la liberación de los esclavos. En 1784 emprendió una campaña contra la trata. Sus amigos le abandonaron y fue perseguido hasta casi el asesinato, pero siguió luchando y, en 1791, proyectó la ley para abolir la esclavitud. En 1807, la víspera de la importante votación en que, por abrumadora mayoría, se prohibió la trata en todo el imperio británico, publicó *A letter on the Abolition of the Slave Trade*, lo que sin duda inclinó una notable cantidad de votos a favor de su causa.

Como hombre ilustrado al tanto de cualquier nueva publicación o trabajo, es imposible que Moreau no tuviera noticia de todos estos hechos, cuyos protagonistas eran sus coetáneos. Otra cosa es que no le conviniera leerlos y cambiar así de opinión.

Fin de la Colonia

El mundo lo iba dejando atrás aferrado a sus viejas creencias, ya que en 1791 estalló una revuelta de esclavos al mando de François Dominique Toussaint (1743-1803), llamado L'Ouverture o Louverture por su capacidad negociadora. En 1793 y con ayuda de España consiguió liberar a todos los esclavos y que la Asamblea francesa aboliera la esclavitud en esta colonia. Primero se le nombró general y luego comandante de las tropas haitianas. En 1801, Toussaint promulgó la primera Constitución del mundo que reconocía a todos los hombres libres y condenaba la esclavitud en todos sus niveles. Organizó la Colonia como un estado semiautónomo y redujo a los pocos mulatos y franceses que se opusieron.

Napoleón, cuando tomó el poder, se negó a aceptarlo y quiso recuperar la colonia y restablecer la esclavitud, para lo cual envió a su cuñado, el general Charles Leclerc, al mando de 25,000 hombres, con la excusa de reclamar indemnizaciones para los colonos despojados. Toussaint receló y durante dos años se replegó, practicando la política de tierra quemada. Mandaron traer a sus hijos de Francia y lograron capturarlo con engaños. Murió de una infección en la metrópoli. El poder militar que había creado Toussaint era tan fuerte, que en 1803 los negros derrotaron al ejército francés en la batalla de Vertières, lo que supuso la primera derrota de las tropas napoleónicas. Con el nombre de Haití (que proviene del nombre indio Ayti), proclamaron su independencia en 1804, la primera después de Estados Unidos; y, además, el primer país en que los esclavos lograron un triunfo definitivo en la historia universal, superando la gesta de Espartaco contra Roma. Francia no reconoció la independencia de Haití hasta 1806 y solo a cambio de 150 millones de francos oro.

Nuestro autor vivió lo suficiente para pasar por la gran pena de ver cómo Francia perdía la colonia reina de su imperio marítimo y, por si fuera poco, a manos de los esclavos negros, con lo que desapareció todo el esplendor del que había gozado antaño esta colonia. Nos queda su obra para revivirlo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La Descripción

En esta monumental obra, Saint-Méry pretende dar a conocer al mundo y a Francia en particular, con exhaustiva minuciosidad, el estado de la Colonia francesa de Santo Domingo en el año de 1789. Empleó catorce años de su vida en recorrerla y estudiarla hasta en los más mínimos detalles. Como bien explica en la Disertación preliminar, su motivación es que, con el libro en la mano, se pudiera devolver a la zona francesa de la Isla su primitiva magnificencia. Para ello, visita las tres Partes en que se dividía la Colonia, cada distrito y sus diferentes parroquias comentando todos los aspectos que las conciernen, desde sus orígenes hasta su estado actual, con especial hincapié en la parte del Norte y en la ciudad del Cap, la más importante de aquella época.

Si Moreau describe lo que ha conocido y se detiene en 1789, es porque está tomando conciencia de que ese mundo se ha acabado. A decir verdad, el título no es el más adecuado; no se describe lo que ya no existe, se redacta su historia. Pero se obstinaba en que la Colonia podía ser recuperada tal y como estaba entonces, para lo que su obra era fundamental.

En el inicio del primer tomo trata brevemente de la orografía y los reinos bajo los caciques y, antes de meterse de lleno en la Parte del Norte, efectúa un meticuloso estudio de la población, en el que analiza el carácter, inclinaciones, costumbres y motivaciones de los colonos, que además incluye el de todas las razas que allí convergieron y el resultado de sus mezclas. Esto lo convierte en un verdadero tratado de etnología con sus trece combinaciones. Naturalmente, los blancos son superiores y cuanta mayor proporción de sangre europea tengan los «mezclas de sangre», más fuertes e inteligentes serán.

Constataremos cómo establece una comparativa entre el antes y el después de cada enclave, para que se pueda comprobar de qué modo ha ido evolucionando. Sus principales preocupaciones son la situación de los ríos con vistas al regadío, esencial para las producciones, la composición de las tierras, las riquezas naturales y sus puertos como base del comercio y la defensa. Estas cuestiones eran de primera importancia para aumentar los caudales de la Colonia y evitar que cayera en otras manos.

El enfoque y el propósito de esta Descripción es lo que marca la diferencia entre Saint-Méry y otros historiadores. El primer supuesto es absolutamente materialista, a veces trufado de romanticismo patriótico y el segundo persigue únicamente demostrar y aumentar el poderío del Santo Domingo francés. En los demás escritores, ambas premisas se funden para dar a conocer los sucesos, los escenarios y la naturaleza de un mundo global, si bien en algunos casos con fines espurios.

Así como en otros escritores el relato se basa en los hechos acaecidos o en observaciones generales de los elementos de la región en estudio y de ellos se derivan las consiguientes reflexiones, en Moreau el punto de partida y el eje de su narración es la explicación detallada de lo que tiene que ver en cada lugar, salvo el paréntesis en el inicio del primer tomo.

Comprobamos además en esta obra su asombrosa ingenuidad y proclividad a olvidar hechos reales cuando le resultaba conveniente, pues su propio pueblo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

actuaba del mismo modo que él criticaba en otros; si su trayectoria no lo avalara, pensaríamos que era un gran cínico. Su pasión por todo lo que consideraba superior de la civilización francesa, la «grandeur», le impidió ver las propias atrocidades de su gente, empezando por la aniquilación de los indios caribe, que a su vez habían masacrado a los arawak, en las otras islas ocupadas por los franceses, Martinica y Guadalupe. Sin embargo, acusaba de genocidio a los españoles. La ceguera, hija de un patriotismo exacerbado, no le dejó calibrar como es debido que Francia lo que buscaba era la simple explotación económica de cualquier colonia. Si España reproducía su modelo de civilización allí donde llegaba, aunque cometiera abusos, los franceses sencillamente montaban una maquinaria de producción, sin tener en cuenta nada más; lo que primaba era el interés pecuniario.

Los principios de los franceses y los españoles eran diametralmente opuestos. No obstante, Saint-Méry llegó a reconocer que los españoles, si bien inferiores, por lo menos contaban con una universidad en Santo Domingo, no como los franceses, que carecían casi de escuelas puesto que los colonos con medios de fortuna enviaban a sus hijos a estudiar a Francia. Existen ciertos detalles que dejan en evidencia el ínfimo origen de los colonos franceses, incluso más que el de los españoles. Es el caso de los primeros pobladores de la isla de la Tortuga, desde donde se inició la expansión a Santo Domingo, que eran piratas, filibusteros, bucaneros, contrabandistas y reos fugados, es decir, la hez de la sociedad. Esto se manifiesta en un asunto que parece baladí, pero que es muy significativo: la toponimia del Santo Domingo francés. Como decía Oscar Wilde, solo los italianos y los españoles sabían poner hermosos nombres a sus ciudades. Denominaciones tan increíblemente vulgares como «Pedo del Diablo» o «Mojón de Puerco» (en contraposición a, por ejemplo, Santiago de los Caballeros, Villa Rica de la Vera Cruz o Villanueva de la Serena), reflejan la poca inventiva de esos colonos tan «refinados» que, para una zona entera, se limitaban a dar un solo nombre, ya fuera una bahía, un cabo, un pueblo o un río; esta precariedad es sintomática y el propio autor se queja de ello.

Moreau es un producto típico de la Ilustración por sus ansias de saber, sus amplios conocimientos y su amor a la razón. Todos sus libros son instructivos y amenos. El haitiano Eugène Auban, en *Planteures d'autrefois, nègres d'aujourd'hui*, afirma que su obra será siempre «el más precioso testimonio de un esplendor desaparecido; fue el mejor informado de todos los escritores coloniales», tal y como el propio Saint-Méry se autocalifica en el prólogo de su primer tomo.

Nada le era indiferente; su innata curiosidad por toda clase de materias, unida a la erudición típica en un hombre hijo del Siglo de las Luces, le permite tratar con soltura asuntos tan heterogéneos como geografía, ingeniería hidráulica, botánica, medicina, etnología, geología, fauna, química, física, mineralogía, arquitectura, náutica y estrategia militar, aunque algunos de estos conocimientos fueran someros. Pero lo que predomina sobre cualquier otra consideración es su formación de jurista y su dominio de los entresijos de la administración francesa, los tribunales y la justicia. Contiene multitud de detalles interesantes sobre la vida y costumbres del Santo Domingo francés.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sus fuentes

La *Descripción de la Parte española*, anterior a esta que nos ocupa, fue publicada por el autor en 1793, basándose en la obra *Idea del valor de la Isla española*, del jesuita y primer escritor dominicano Antonio Sánchez Valverde, que se imprimió en 1785, ocho años antes que la de Moreau. En el siglo XVIII, las teorías científicas buscaban el equilibrio entre fe y razón. La fisiocracia mantenía que la clave del progreso eran la tierra y su riqueza y el liberalismo fomentaba el libre comercio. De hecho, el mencionado autor jesuita cita bahías y puertos apropiados para ese fin, lo que sirve de inspiración a Saint-Méry.

Para dar cuerpo a su narración utilizó fuentes muy variadas. Menciona tanto a cronistas de Indias españoles de los tiempos del Descubrimiento, como a historiadores franceses coetáneos suyos y también a Antonio de Herrera y Tordesillas, cronista oficial de Indias en 1596. Entre los primeros destacan López de Gómara, Bartolomé de las Casas y Fernández de Oviedo, aunque el primero nunca estuvo en el Nuevo Mundo.

Antonio de Herrera y Tordesillas, cronista, historiador y escritor del Siglo de Oro español fue el autor de la *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar océano que llaman Indias Occidentales*, conocida como «Las Décadas» y considerada una de las mejores obras escritas sobre la conquista de América. Fue Cronista Mayor de Castilla durante los reinados de Felipe II y Felipe III y también de Indias; se le tenía por el «príncipe de los historiadores» y Moreau debía conocer bien su obra que parecía inspirarle gran confianza, ya que lo cita a menudo.

Con respecto a las fuentes francesas, hace alusión, si bien despectivamente, al abate Reynal. Es muy comprensible, ya que su *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes* (*Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias*), que apareció de forma anónima en 1770, es una auténtica enciclopedia del anticolonialismo del siglo XVIII. Se trata de unos de esos viajes filosóficos muy del gusto de la época, poco documentado pero lleno de reflexiones sobre la ley natural así como denuncias mordaces del despotismo, del clero y del colonialismo. Está pues en las antípodas de nuestro autor.

El también compatriota de Moureau, el padre jesuita Pedro Francisco Javier de Charlevoix, es su más inmediato antecesor en historia colonial. Su obra más importante es *Historia de la Isla Española o de Santo Domingo*, publicada en doce tomos en 1730. Está dedicada al conde de Maurepas, ministro y secretario de Estado, a cuya ilustre casa se debió, según expresa en ella, que Saint Domingue se convirtiera en la colonia más próspera de cuantas Francia poseía en América. Está basada, en su mayor parte, en las memorias de otro jesuita, Jean-Baptiste Le Pers, con quien había mantenido una estrecha amistad cuando ambos estudiaban Teología. Como Le Pers se había conformado con relatar los hechos de los que creyó estar bien informado, pero había ignorado otros, Charlevoix solicitó al conde de Maurepas que le autorizase a examinar la documentación depositada en los archivos de la Marina, los cuales contenían numerosos legajos concernientes a planos, cartas, gobernadores coloniales, intendentes y procesos jurídicos de la colonia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Saint-Méry cita continuamente, con admiración, al padre Le Pers y no tanto a Charlevoix, aunque la obra de este último debió servirle de gran ayuda, pues es asimismo un relato detalladísimo de la colonia y de la zona española y de todo lo concerniente a ellas, más colosal si cabe que la de Moreau. Pero su objetivo era dar a conocer la Isla y no solo el modo de explotarla económicamente.

De cualquier manera, para escribir su *Descripción*, el autor contaba con documentos propios recopilados a lo largo de su vida como jurista y además pudo comprobar en primera persona todo lo que narra en sus viajes de tantos años por toda la colonia.

Mina de informaciones de todo tipo sobre el Santo Domingo francés entre 1720 y 1780, es esta una obra prolija que se apoya en un notable trabajo de recopilación y constituye para el historiador actual una fuente inagotable de conocimiento sobre el momento de su apogeo.

Termino parafraseando al licenciado Cayetano Armando Rodríguez, traductor de la *Descripción de la Parte española*, que decía que «no hay un solo libro de este autor que no se lea con placer y con muchísimo provecho y nadie tirará ninguna por fastidio, tal es el prodigioso interés de todas sus obras».

La Traductora

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

IMPRESO CONFORME A LA LEY

Hasta el momento de la entrega de este primer volumen, estará abierta la suscripción a esta obra; la lista de los mejores suscriptores figurará a la cabeza del segundo volumen.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

DESCRIPCIÓN

TOPOGRÁFICA, FÍSICA, CIVIL, POLÍTICA E HISTÓRICA

DE LA

PARTE FRANCESA

DE

LA ISLA DE SANTO DOMINGO

Con observaciones generales sobre la población, sobre el carácter y las costumbres de sus distintos habitantes; sobre su clima, cultura, producciones, administración, etc., etc.

Acompañadas de los detalles más adecuados para el conocimiento de esta Colonia en la época del 18 de octubre de 1789;

y de un nuevo mapa del conjunto de la Isla.

Por M. L. É. MOREAU DE SAINT-MÉRY.

TOMO PRIMERO.

COMPRENDE, además de los temas generales, la Descripción de las veintiuna Parroquias de la Parte del Norte y de la Isla de la Tortuga.

No están agotadas todas las fuentes de la prosperidad.

EN FILADELFIA,

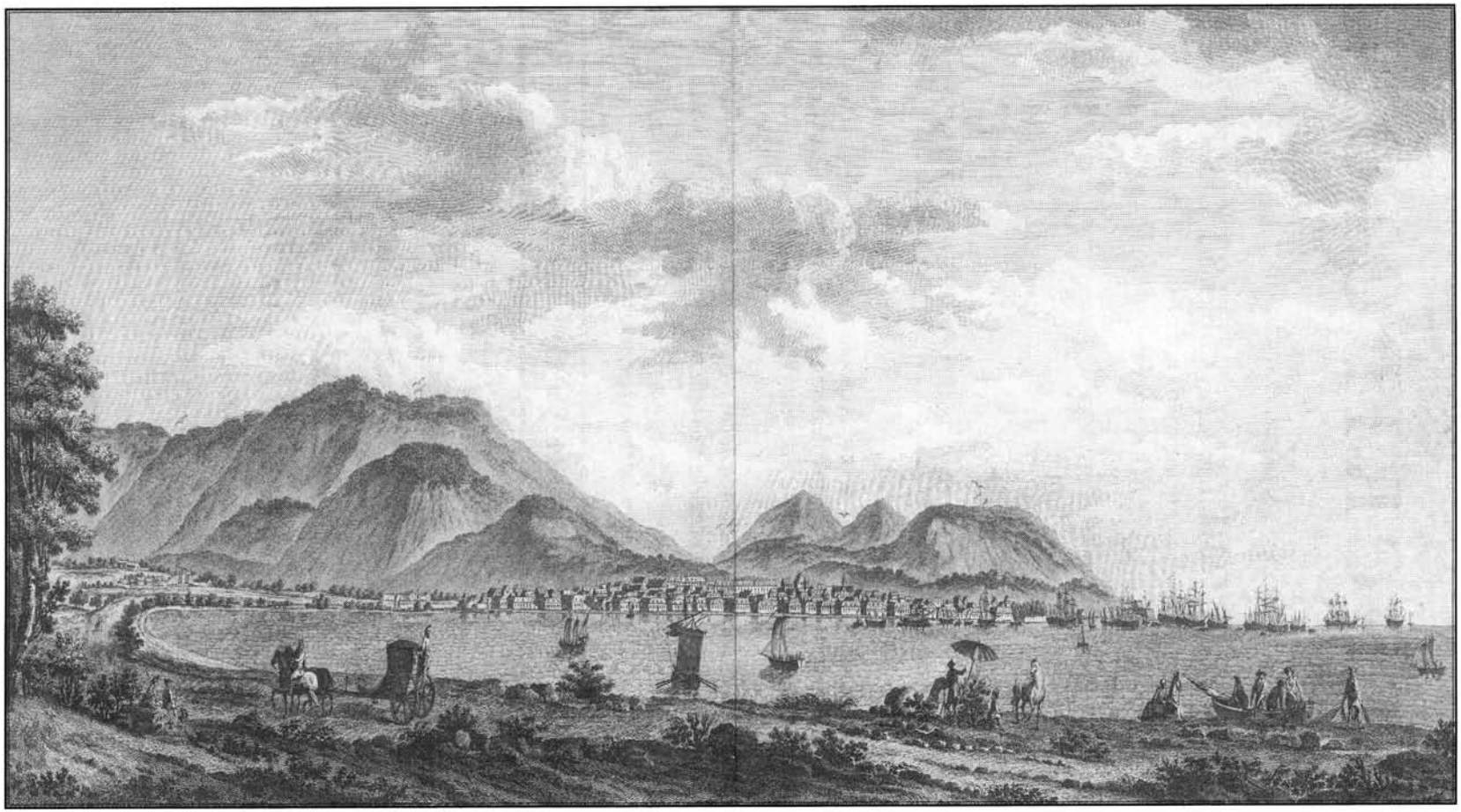
Se puede encontrar

En casa del AUTOR, en la esquina de las calles Front y Callow-Hills.
EN PARIS, en la Librería DUPONT, calle de la Loi.
Y en las principales LIBRERÍAS DE HAMBURGO.

1797.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Panorámica del Cap Francês

Disertación preliminar del autor

A esa verdad repetida desde hace tanto tiempo, de que no hay nada tan poco conocido como las Colonias de las Antillas, seguramente se hubiera añadido bien pronto la imposibilidad de saber cuál de ellas ha sido la más brillante, si no me hubiera apresurado a ofrecer un fiel retrato de su antiguo esplendor.

Después de catorce años afanado en recopilar todo lo referente a la Descripción, Legislación e Historia de las Colonias, he publicado ya seis volúmenes in-4°, del *Lois et Constitutions des Colonies françaises de l'Amérique sous le vent*,* de las que Santo Domingo era la principal y, cuando había recopilado una ingente cantidad de material para que las otras secciones de mi obra sobre estas islas se publicasen sucesivamente, me cogió de lleno la Revolución Francesa, lo que me impidió terminar mi proyecto.

Al igual que a muchos franceses que se desperdigaron por el mundo entero, la tempestad política me arrojó lejos de Francia; tuve la dicha de salvar, junto con mi vida, las pruebas de mi constancia en la búsqueda de todo aquello que hacía referencia a las Colonias y, cuando mi infortunio me lo permitió, retomé la tarea que me había hecho emprender mi devoción por la cosa pública.

Estaba persuadido de que las verdades útiles no serían desconocidas por largo tiempo y las añadí siempre a aquellas que tenía que presentar en mi Patria; más de una vez, pensar en su felicidad me consoló de mi dolor por vivir lejos de ella, mientras que mi corazón se enorgullecía de sus éxitos.

La primera ocasión que se me presentó de ofrecerle una prueba de mi interés, fue con ocasión de la cesión a Francia por parte de España, de la Parte española de Santo Domingo que se debía a mi Descripción de ese territorio.**

¡Cuánto lamenté que los vaivenes de la fortuna me hicieran dejar de lado la Descripción de la Parte francesa! Sin embargo, mi interés se reavivó al calor de la amistad.

Pude por fin publicar la Descripción de esta Colonia que, con toda justicia, envidiaban todas las potencias y que fue el orgullo de Francia en el Nuevo Mundo; su prosperidad, que era el asombro de todos, es obra de menos de un siglo y medio.

* *Leyes y constituciones de las Islas...*

** Publicado en Filadelfia en 1796, en 2 vol. in-8°.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Al reivindicar la gloria de Santo Domingo como Colonia francesa, me parece oír a multitud de personas contradiciendo mi visión, acusándome tanto de entregarme a un trabajo inútil, como de excitar unos pesares deformados sin remedio.

Por eso, debo hacer aquí una profesión de fe clara y franca sobre mis motivos.

A la hora de firmar una paz general entre Francia y todos los que se aliaron para arrebatarle su libertad, siempre salía a relucir Santo Domingo; sería absurdo suponer que las Colonias no guardan relación con su metrópoli, fuera el que fuese el sistema que adoptara mi Patria, cuando había hecho una Revolución cuyas consecuencias y sacudidas se habían hecho sentir hasta en los más lejanos confines de la tierra. No bastaba con saber que existían todas aquellas partes físicas de las que estaba compuesta, había que conocerlas también para aclarar cualquier decisión que se fuera a adoptar.

Además, si esta proposición era tan sólida como a mí me parecía, este conocimiento con respecto a las Colonias sería más necesario que aquel que le concernía a ella sola sobre todas las demás reunidas, ¿no deben por eso mismo las primeras atraer las miradas y exagerar su cuidado?

La Colonia francesa de Santo Domingo fue, lo sé muy bien, la que sufrió con más crueldad las convulsiones revolucionarias. Hicieron más estragos en su amplia superficie: divisiones internas, guerras con el extranjero, todas las calamidades juntas para agobiarla, para destrozarla; pareciera que ese vigoroso y robusto cuerpo, ese Hércules colonial, hubiera sido destinado a ser reducido, en algún momento, a un esqueleto descarnado.

Esta conclusión estaba sólidamente fundamentada y no llegué a ella (como mi epígrafe prueba sobradamente) solamente a través de un retrato fiel de la que todavía era apenas una Colonia que producía anualmente ciento cincuenta millones de productos y que se vanagloriaba, con toda justicia, de incidir en la prosperidad de la Madre Patria, ¿no debería ser presentada, por lo menos, como un monumento de alguna manera histórico, como un capítulo que merece ser tenido en cuenta por todos los que forman parte del gobierno de los Estados?

No se puede por lo tanto ser indiferente y parece inútil mostrar lo que el genio francés había creado a dos mil leguas de la metrópoli, exponer con todo detalle lo que ese genio, contrariado muy a menudo por el gobierno, había conseguido producir, prácticamente en un instante y con una superioridad que lo coloca a años luz de los proyectos parecidos que habían emprendido las otras naciones.

Pero no pierdo la esperanza de que la importancia de las Colonias para Francia acabe siendo una verdad matemática y que quiera reparar sus males porque no puede impedir que se cuenten entre los suyos propios; porque tiene que considerar que esos males tienen curación, ya que un cuerpo político no puede recuperar toda su energía mientras que una profunda herida altere y socave la fuerza de la que depende su existencia. Cuando llegue ese momento, que traerá la paz general, Francia necesitará, sobre todo para Santo Domingo, información suficiente para elegir las medidas que deberá adoptar con el fin de hacer que la Colonia siga siendo provechosa.

¿Se pretendía que mi Descripción, que se detuvo precisamente el día en que se sintieron en Santo Domingo los primeros movimientos de la Revolución, no arrojara luz suficiente en los espíritus o que se aprovecharan las ventajas que acabo de señalar?

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Respondo que la Descripción es deseable tal y como la publico: porque todavía subsiste lo que quería que se supiera, allí donde fue destruido entera o parcialmente. En el primero de los casos, nada puede suplantarla; en el segundo, añadiendo solamente tres palabras «ya no existe», al final del libro o en los distintos artículos descriptivos en los que conoceremos detalladamente la naturaleza y el empleo de los objetos cuya desaparición lamentamos. También es la única manera de apreciar lo que se ha perdido y si no hay modo de arreglarlo, nada tan adecuado como esos mismos detalles para evocarlo.

Sin esto ¿cómo establecer la comparación entre lo que fue Santo Domingo y lo que va a ser cuando ese acercamiento se convierta en la primera tarea de quienquiera que vaya a trabajar en su recuperación? Sin esto ¿cómo poner fin a las interminables disputas que continúan desde hace ya demasiado tiempo entre los que exageran y los que ocultan todo aquello que contradice su visión de lo que allí sucede?

Ya no se trata, como ocurrió en 1630, de esperar que la audacia de los aventureros engendre milagros; tampoco se trata, como antaño, de apoderarse del botín de sus conquistas ni de no recompensarlos a ellos o a sus descendientes dándoles solamente, durante más de siglo y medio, ensayos, sondeos, principios incoherentes y vejaciones con el pretexto de que les era imprescindible una protección que a veces resultó un verdadero azote.

Ahora lo que hace falta (lo propondremos como el objetivo a conseguir) es devolver a Santo Domingo a su antiguo esplendor, proporcionarle los medios para que vuelva a ser una fuente de riqueza y poder para Francia. En ese campo humeante de sangre y de matanzas, tenía que renacer la abundancia y que en él, el éxito fuera la división de una tierra donde, si fuera posible, habría que enterrar hasta el recuerdo de las calamidades de que había sido testigo.

La evidencia de esa verdad, una vez que fuera firme, ¡qué mejor antorcha para avanzar con seguridad sobre esa enorme superficie, que aquella que haría posible distinguir las cosas que todavía subsisten y reconocer por sus restos las que se hubieran extinguido!

Imaginemos, efectivamente, cualquier parte de la Colonia que haya sufrido el mayor de los destrozos como por ejemplo una parroquia entera. Con la Descripción en la mano, una inspección superficial contará que ha perdido factorías, habitantes, agricultores, establecimientos públicos, recursos de todo tipo y, de esta especie de prueba, dolorosa por cierto, saldrá la lista de pérdidas que habrá que reparar y la de los medios que se salvaron.

De esta parroquia conoceremos también su extensión, su suelo, las ventajas e inconvenientes de su situación; su temperatura, sus producciones, su mineralogía, sus ríos, su dirección, sus costas, sus puertos, sus fondeaderos, etc.

Juzgaremos por sus avances, que la han conducido al grado de utilidad al que había llegado en el momento de la Revolución, lo que se puede esperar de ella, dentro de un orden, para el futuro. A veces hasta resaltaremos las faltas o los errores que se hayan cometido a causa de obstáculos particulares, con el fin de que no vuelvan a repetirse.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

No es una mera hipótesis el pretender, con mucha razón, que la Descripción que doy hoy ya no es útil; es tan horrible y ya he dicho que tan absurdo que supongo qué es lo que ha podido llenar de contenido esta afirmación: que se ha perdido del todo Santo Domingo por la imposibilidad de que vuelva a ser una Colonia agrícola y manufacturera, cosa que rechazo con una indignación que tiene como base mi patriotismo.

Si este destino realmente deplorable fuera el que amenaza a Santo Domingo, sería también necesario que la Historia de las Naciones añadiera un capítulo al gran libro de la experiencia para mostrar lo que ha sido en su corta existencia, una Colonia cuya naturaleza, esplendor y destrucción, servirían como primera muestra de ese género en los anales del mundo.

Buscamos con curiosidad las ruinas de los antiguos asentamientos que suscitaron la admiración y fueron la gloria de los pueblos y recurrimos a penosas búsquedas, a sabias disertaciones para llegar a través de ellas, al imperfecto conocimiento de las costumbres y el gobierno de esos pueblos.

Cada día Grecia e Italia atraen observadores. Pues bien, con esta obra meditaremos sobre Santo Domingo; podemos, sin duda, en cierta medida, recoger tanto fruto de esta contemplación como de la de las ruinas de Herculano, que ha sido rescatada de las cenizas después de tantos siglos.

Pero mi espíritu y mi corazón rechazan por igual esta suposición y publico esta Descripción lleno de confianza en mi Patria.

Pero antes, tengo que responder a una observación que ya me habían hecho en mis entrevistas privadas y es la de no haber establecido en esta obra el estado actual de los lugares que allí describo.

Primeramente, tendría que adoptar para ello una época cualquiera y como no podría tomar como verdadero lo que yo no he constatado personalmente, dejaría seguramente un intervalo entre esa época y el momento en el que mi libro apareciera, lo que me garantizaría que el reproche se quedara en la mitad; pero con toda seguridad no sería ese el momento en que Santo Domingo encontrara la paz, con lo que me he librado de trabajos penosos e incompletos.

Además, ¿cómo podría aplicar a esa parte mi método de entrar en detalles históricos para hacer más interesante y peculiar la Descripción? Habría que haber hablado también de la Revolución y me impuse la norma de mostrar Santo Domingo tal cual era el primer día en que se manifestó allí la misma.

¿Estoy lo suficientemente enterado para hablar de esta Revolución con la seguridad de que nada me haría abandonar nunca? ¿Ha llegado el momento de escribir sobre la revolución colonial? Declaro en voz alta que no lo creo.

Por otro lado, no tengo el deseo ni la pretensión de erigirme en juez de los hechos relativos a las Colonias, en especial de Santo Domingo, ni en consejero de las medidas que se deban adoptar al respecto.

Tomé la decisión de escribir la historia de las Colonias después de quince años y en esto no seré negligente, no traicionaré ni sobrepasaré los derechos que conlleva el sagrado título de historiador; pero en esta historia también distingo todo lo que ha precedido a la Revolución y 1789 es una fecha que requiere todavía un poco de calma.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Depende del tiempo y las circunstancias el hacer público este trozo de mis desvelos: del tiempo porque lo necesito para expresar mis ideas y hacerlas dignas del gran día; de las circunstancias por las desgracias personales que padecí después de la Revolución que me impidieron calcular con seguridad el momento en el que mi interés no estaría sujeto a motivos que me parecieron demasiado imperiosos.

Ahora solo quiero expresar un único pensamiento sobre las Colonias. Es que, cualquiera que sea el destino que les espera y sin importar quién se atreva a intentar administrarlas, sin saber lo que han sido, sin convencerse que para gobernarlas, o se compara el punto desde el que se ha partido con el punto en que se las encuentra y teniendo en cuenta el punto al que se puede llegar, o nunca logrará acabar con los desórdenes ni volverá a hacerlas valiosas para la metrópoli.

Y ¿qué hombre razonable creería que después de todos los cambios que ha experimentado Francia en ocho años, sería posible que fuese gobernada por alguien que ignorara lo que ha sido anteriormente?

Precisamente por estar todavía llena de franceses y de hombres que la conocían, era capaz de grandes decisiones y de asombrosos y admirables éxitos.

Pero ¿dónde están los que conocían las Colonias? Para mí, no son los que las han visto; ni siquiera los que han vivido allí. Son los que las han estudiado por alguna razón, los que pueden ilustrarnos sobre lo que les concierne. Quizá si reuniéramos a suficientes habitantes y les interrogáramos a todos sobre lo que les fuese más familiar; pero el infortunio los ha dispersado por todas partes y esa desdicha no es la menor de las que han caído sobre Santo Domingo.

Y además, la opinión de algunos y los crueles prejuicios que se levantaron contra ellos y que los confunden a todos, ¿acaso permite siquiera pensar en preguntarles o querer creer en la verdad de lo que cuenten? ¡Y hay que legislar sobre lo que les atañe a dos mil leguas de las Colonias! ¿No debería bastar con este inconveniente insuperable para buscar la claridad y para acogerles?

Me atrevo a creer que no soy presuntuoso al decir que saco a los personajes importantes multiplicados en esta obra. Por una feliz casualidad, se hizo en una época en la que Santo Domingo había llegado a la cumbre de la prosperidad y encontramos en ella con bastante claridad la marcha progresiva que le había permitido alcanzarla.

He descrito la situación de esta Colonia hasta 1789 con la visión de sus habitantes y ayudado por los conocimientos de muchos de ellos y por una bienvenida que puedo llamar general.

Si a veces me cito, si el temible «yo» siempre desfavorable para el escritor ha salido con frecuencia de mi pluma, es para probar que hablo con certeza, para aumentar la confianza que me atrevo a creer me otorga el lector y para recordar mejor a mis contemporáneos que hemos visto juntos lo que vuelvo a recrear. No es un informe en el que la más hermosa de las Colonias no ha sido presentada: el administrador, el comerciante, el agricultor, el médico, el filósofo, el marino y el hombre de letras pueden encontrar en ella cosas dignas de mención.

Nunca y digo bien nunca, un país habrá sido descrito con tanta prolijidad. Esta empresa no la había acometido nadie y digo también que nadie lo hará. Pero

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

¿cómo volveré a encontrar lo que solo yo poseo, después de lo ocurrido en Santo Domingo? ¿Cómo hacer que renazcan las circunstancias que nutrieron y a veces fecundaron un interés que aumentaba y que, según todos los indicios, ya había sido recompensado de antemano? También es cierto que solo yo puedo esperar la obra que en estos momentos ofrezco al público.

Está tal cual ha salido de mi pluma, si exceptuamos ciertas reflexiones que podían parecer valientes ocho años antes y a las que temo que no se hubiera prestado otro al que hubieran herido.

Escribí hasta 1789 siempre con este propósito y con él es como hay que leer esta Descripción, en la que habría muchas cosas excusables si tuvieran una fecha más reciente.

Hay que subrayar que digo en más de una ocasión «este año», una expresión que se refiere siempre a 1789 y que designa, tanto a tiempos pasados como a tiempos futuros solamente destacándolos cuando digo «hace tantos años» o «en tantos años»; también aquí hay que empezar a contar a partir de 1789.

Si se nota algún amor propio en esta observación, diría en mi favor que no ha sido gracias al Colón de Santo Domingo el que la descripción de los objetos que conocía mejor tenga algo novedoso ya que nadie ha empleado como yo catorce años en buscar, tanto en la Colonia como en el valioso archivo de Versalles, los detalles históricos que permiten volver a rastrear muchos orígenes.

Es una particularidad de esta obra el que figuren primero una multitud de hechos que ya son historia en Santo Domingo, donde la naturaleza destruye velozmente porque está ocupada en reproducirse sin descanso.

He usado en mi plan las divisiones civiles de la Parte francesa de Santo Domingo, ya que son las más simples y las más conocidas en general. Me detengo, con una especie de deleite, en los distintos establecimientos públicos porque son la prueba del progreso que la civilización en esta Colonia y de la importancia que adquirió.

He censurado mucho a veces, pero no dudo en afirmar que el empleo de este derecho inherente a un escritor, está justificado por el uso que he hecho del mismo. Porque no siempre se me ha permitido seguir los impulsos del corazón que continuamente cantaba alabanzas.

No he perdido la ocasión y el lector encontrará seguramente más de una prueba, del placer que experimenté contando las virtudes y las habilidades de los hombres que a veces, al darse juntas, han merecido justos elogios.

Lo que no pude disfrazar (al imprimir mi libro pude ver todas sus partes reunidas) fueron los colores del amor y del odio, tan propios del hombre, después de la Revolución tan completamente diferentes a los que empleé al pintarlos.

Pero repito que acabé de escribir en 1789 y creo honestamente que descarté lo que oí y vi desde entonces o bien debería renunciar a la confianza que he querido inspirar declarando que me he alejado, religiosamente, de todo lo que no había precedido a la Revolución.

Todavía me quedará publicar la Historia de Santo Domingo; dispongo asimismo de tratados completos sobre las diferentes culturas coloniales. Si mi deseo de ser

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

siempre útil a todos no es contrariado, el público recibirá igualmente su regalo. No puedo ni debo presumir que este libro no tendrá detractores.

Como nunca sacrificaría mi opinión a ninguna consideración, no espero ni quiero ese sacrificio de nadie. Pongo a Francia y a su bienestar por encima de todas las cosas y no tendré en cuenta todo lo que pueda ser nocivo para mi libro por motivos atribuidos falsamente a su autor. Nada me hará sacrificar la verdad: aparecerá desnuda cuando la muestre.

Tampoco pretendo rechazar las observaciones ni, asimismo, las críticas fundadas: al contrario, las provoco. El error es patrimonio del hombre y doy gracias por adelantado a las personas que me han juzgado benévolamente, al creer que no he cometido más que involuntarias faltas.

Este testimonio, que no tiene otro interés que el de ser útil a mi país, es lo que me ha hecho tomar la pluma; lo escribí desde el fondo de mi conciencia. Si Francia logra sacar un mínimo fruto de las verdades que ahora publico, me sentiría más que satisfecho de mis largas y penosas investigaciones. Sería una nueva prueba de los principios que juré tener y a los que seré fiel hasta la muerte.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Advertencia

El Atlas del que hablo en repetidas ocasiones en este libro, es lo bastante independiente como para que se pueda consultar una parte sin la otra; es fácil, no obstante, deducir que una descripción tiene mayor precisión con planos y vistas en perspectiva.

También me alegró que una división natural llenara los dos volúmenes. La Parte del Norte y la Isla de la Tortuga[1] componen el primero; el segundo contiene la Parte del Oeste con la Isla de Gonâve; la Parte del Sur con la Isla de la Vaca y las Rutas de salida de Santo Domingo.

Puede ocurrir que al calcular cualquier población o número de factorías de una de las Partes de la Colonia u otro elemento de la descripción de cada parroquia, no se encuentre semejanza con el enunciado general que figura a la cabeza de la descripción de cada una de las tres Partes; se debe a que saqué el enunciado de los informes facilitados por la Administración, mientras que los otros documentos los he reunido en las mismas parroquias con mucha más exactitud. Es preferible, pues, fiarse de estos últimos.

Como uso muchos términos corrientes en Santo Domingo, me creo en el deber de dar una explicación concisa pero suficiente de esta especie de nomenclatura colonial para que ningún lector se arredre.

Habrá necesariamente faltas en los nombres propios de personas, lugares y cosas y presento por ello mis excusas.

Para garantizar al público la autenticidad de cada ejemplar, he juzgado oportuno firmarlos al final de esta advertencia.

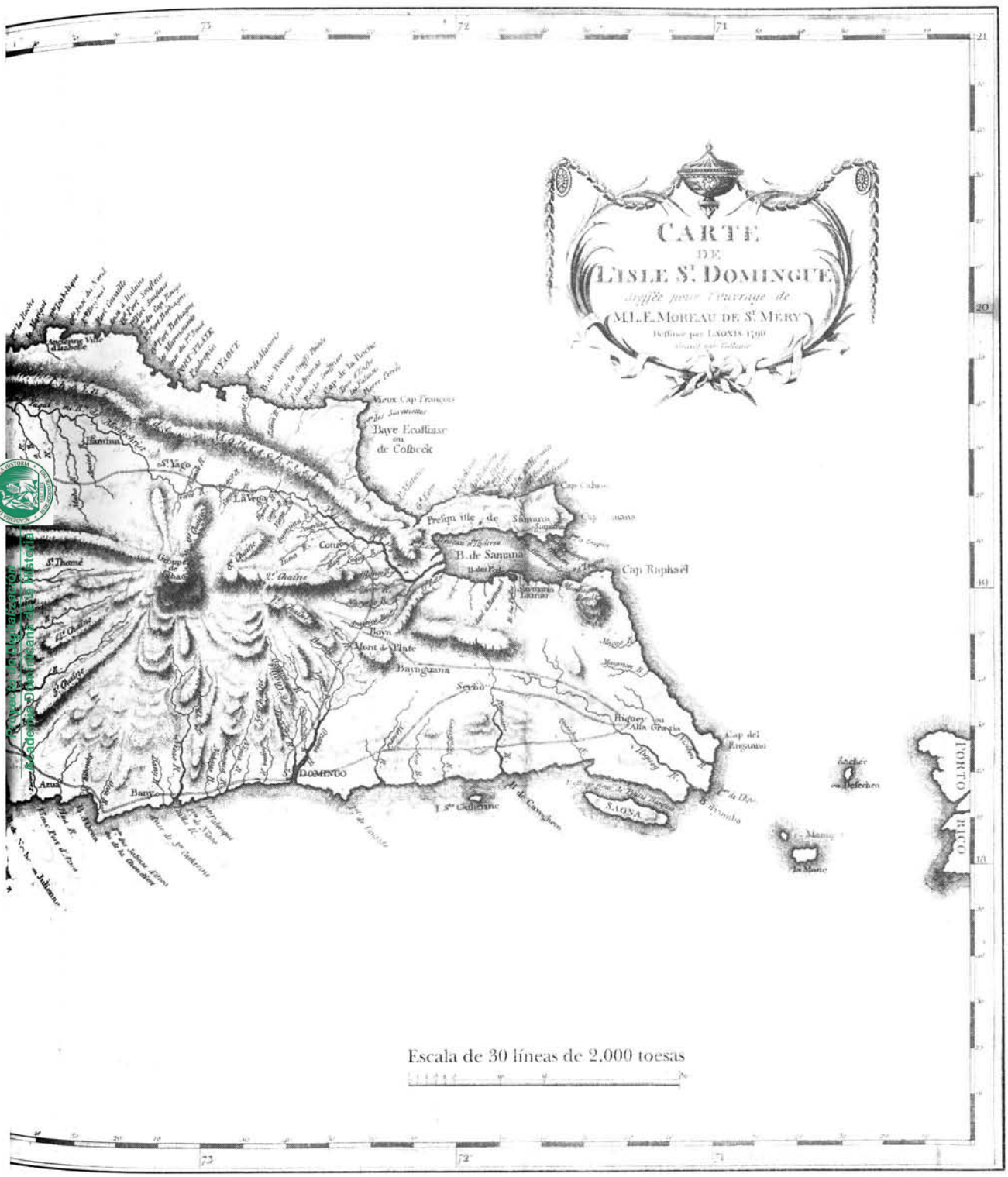
[1] Nota de la Traductora (en adelante N. de la T.): he considerado preferible, como en el caso de Saint-Domingue, traducir al español el nombre francés de Isle de la Tortue, ya que no hay posibilidad de confusión.

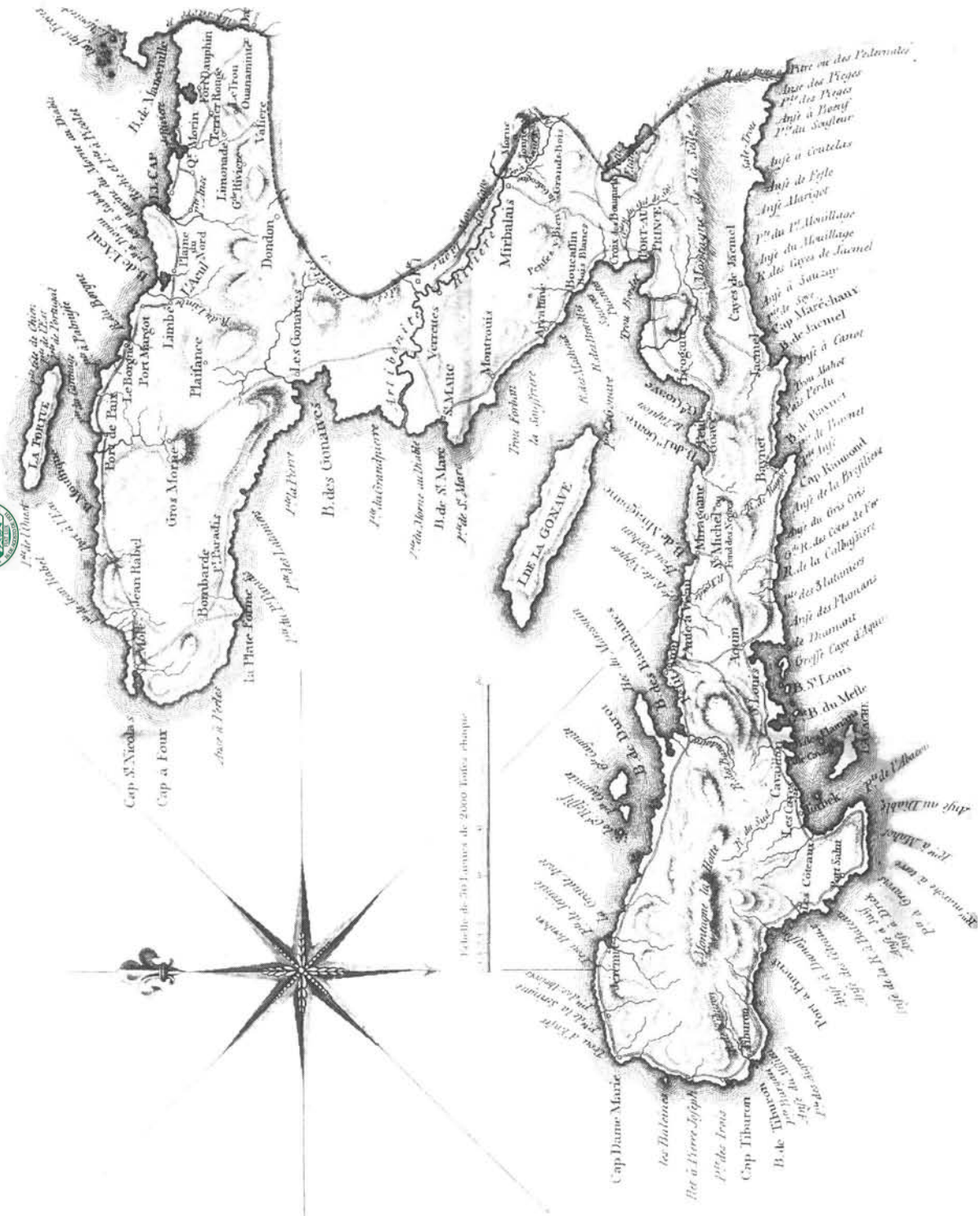
Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Mapa de la Isla Española efectuado especialmente para la obra de M. L. É. Moreau de Saint-Méry. Dibujado por I. Nonín en 1790 y grabado por Vallance.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia


CARTE
DE
L'ISLE S.t DOMINGUE
dressée pour l'ouvrage de
M.L.E. MOREAU DE S.t MÉRY
Dessiné par LAONIS 1790
Vieux Cap François
Baye Ecossaise
ou
de Cosbeck
Presqu'isle de Samana
B. de Samana
Cap Raphaël
Cap Cabron
Cap del Engaño
Mont de Plate
Bayaguana
Seybo
Higuey ou Alta Gracia
S.t DOMINGO
Bany
Azua
SAONA
PORTO RICO
La Mone
Escala de 30 líneas de 2.000 toesas



Detalle de la Parte francesa de la Isla Española.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Tabla monetaria y de medidas
usadas en los dos tomos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Monedas

Corona: cierta moneda antigua de oro, llamada así por llevar una corona.

Denario: fracción del sou o moneda.

Escalino: moneda holandesa equivalente a 10 monedas.

Escudo: moneda francesa equivalente a 6 libras.

Gorda: ver piastra-gorda.

Gordina: equivale a 25 céntimos de Gorda.

Libra: equivalente a 20 sous o monedas.

Libra tornesa: tenía 12 sous o monedas.

Libra de París: tenía 15 sous o monedas.

Luis: moneda de oro que sustituyó al franco bajo Luis XIII. Se acuñó hasta 1793.

Marco: equivale a la mitad de una libra.

Moneda o *sou*: equivalente a 12 denarios.

Piastra-gorda colonial: 5 libras y 10 monedas.

Piastra-gorda francesa: 8 libras y 5 monedas.

Portuguesa o *escasa*: moneda de Portugal de 1737 que valía 10 reis.

Pistola: nombre que le daban los franceses a los escudos españoles. En otros países se llamaba así al doblón español.

Medidas terrestres

Cuadrado: 3.798 metros; 100 pasos de tres pies y medio en cuadrado.

Extensión de tierra que, en Santo Domingo, comprende 100 pasos de tres pies y medio cuadrados. En otras Colonias como Guadalupe y Cayena, el cuadrado tiene solo 100 pasos de tres pies cuadrados.

El cuadrado de Santo Domingo tiene alrededor de tres arpendes veinticinco treinta y dos de París y más de un acre y un cuarto inglés.

Legua: 5.196 metros.

Legua francesa: 2,000 toesas de 10 pies franceses cada una.

Toesa: 1.994 metros.

Medidas hidráulicas

Grano: cada onza contiene 576 granos.

Línea: 0.28 litros, duodécima parte de una pulgada.

Pie: 12 pulgadas, 40.32 litros.

Pinta: 0.47 litros.

Pulgada: 12 líneas, 3.36 litros.

Medidas marítimas

Braza: 2 varas o 6 pies equivalentes a 1.68 metros.

Cable: 120 brazas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La Parte francesa de la Isla de Santo Domingo es la más importante de todas las posesiones francesas, tanto por las riquezas que proporciona a la metrópoli, como por la influencia que tiene sobre su agricultura y su comercio.

Con esta información, la Parte francesa de Santo Domingo debería ser una asignatura prioritaria para todos los que se dedican al estudio de los gobiernos, para los que buscan los puntos esenciales que puedan arrojar luz sobre la administración y que muestran las bases reales del mejor sistema de propiedad pública, en los detalles de las distintas partes de un enorme Estado.

El conocimiento de la Parte francesa en particular, puede también interesar al hombre que, sin tomar en conjunto el país, desea conocer las costumbres, el carácter, la producción, la población y el comercio de una Colonia, a la que su alejamiento de la Madre Patria le impide parecerse y cuya pérdida o conservación es uno de los más importantes asuntos sobre los que esta tendría que meditar.

Por último, el filósofo, el naturalista, el agricultor y a casi todos a los que atañe la contemplación física o moral de la naturaleza, no pueden ver que no fructifica el retrato fiel de un asentamiento situado bajo el cielo de la Zona Tórrida, donde el fuerte puede influir en los destinos de Francia.

Pero todos los motivos que acabo de recordar para hacer deseable la Descripción de la Parte francesa, todavía adquieren más fuerza cuando nos damos cuenta que dos naciones se reparten la propiedad de la Isla, que han tenido que adoptar puntos de vista propios de cada una de ellas en lo relativo a sus colonias, ya que tienen diferencias notables en cuanto a su gobierno y a su carácter.

Así, un retrato exacto de la Isla en su totalidad, tiene la doble ventaja de dar a conocer el genio francés y el genio español, que actúan a gran distancia y que nos enseñan de qué medios se sirven un y otro para sus designios.

Solo mediante la persuasión podemos recoger una gran cosecha de esta Descripción general, que me hice el propósito de escribir.[1]

La Parte francesa de Santo Domingo abarca la zona occidental de esta inmensa Isla; los españoles son los dueños de la zona oriental. Pero no tiene, como sus vecinos, una superficie de una anchura equilibrada, lo que sí sucede con su longitud.

El Santo Domingo francés es de figura irregular por un doble motivo: uno es la sinuosidad de las líneas limítrofes que separan el territorio de las dos naciones; la otra se debe a dos zonas terrestres desparejas o más bien prolongaciones, que salen

[1] La acogida que el público ha brindado a la publicación de la *Descripción de la Parte Española* y que imprimí en Filadelfia el pasado año de 1796, es a la vez otro vehículo para mostrar mi interés y un augurio favorable en lo que se refiere a la Parte francesa.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de los bordes sur y norte de la Isla para extenderse hacia el oeste y que dejan entre ellos una especie de hendidura o pequeño golfo.

Extensión de la Parte francesa

La prolongación meridional es la más alargada, ya que su extremo occidental es treinta leguas más grande que la otra y tiene aproximadamente setenta y cinco leguas de largo contadas desde la línea limítrofe hasta este extremo, con una anchura que varía entre siete y quince leguas, con un tamaño de más o menos once leguas de ancho.

La prolongación septentrional tiene alrededor de cincuenta leguas de largo, también calculadas desde la línea limítrofe, que aquí está un poco retranqueada hacia el este, hasta que acaba en el Oeste, con una anchura variable de entre seis y quince leguas, con lo que la anchura media se puede calcular en doce leguas.

El espacio que queda entre estos dos puntos y que bordea el fondo del pequeño golfo, presenta a su vez una franja de alrededor de treinta leguas de norte a sur, con una anchura media de diez leguas de este a oeste.

De acuerdo a esos datos, cuyo resultado es de aproximadamente ciento diecisiete leguas cuadradas y considerando que la Parte francesa es muy montañosa, podemos calcular que la superficie total de esta colonia es de dos mil leguas cuadradas; a lo que se añaden las tres mil doscientas leguas cuadradas ya más o menos descritas de la Parte española.

La suma de la superficie total de la Isla de Santo Domingo es de cinco mil doscientas leguas cuadradas, de las que solamente un tercio corresponden a la Colonia Francesa, pero que por su configuración tiene al menos cincuenta leguas más de costa que el territorio español.

Montañas y llanuras

La Parte francesa está, como su vecina, compuesta de zonas montañosas y planas, pero las primeras son más numerosas. Forman cordilleras que podemos llamar principales y que son prolongación de las españolas; ya hemos visto en la Descripción de esta Parte que el grupo o centro se ubica de alguna manera en el *Cibao*.

También he dicho que la primera sierra de este grupo se prolonga por uno de sus brazos justo hasta Port-de-Paix, subdividiéndose para llegar al cabo del *Môle Saint Nicolas*, mientras que otras cordilleras van hasta *Dondon*, el *Gros Morne*, las *Gonaïves* y el *Mirebalais*, extendiéndose a través de brazos sucesivos hasta el extremo de la punta que termina hacia el cabo Tiburon.

De estas cordilleras principales, que cruzan casi de este a oeste se separan, como ya he dicho hablando de la Isla en general, sierras que recorren su superficie en diferentes sentidos y se dirigen hacia el mar.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Las llanuras francesas, que solo se diferencian de las que hemos admirado en la Colonia española en que son menos extensas, están situadas entre ellas.

En cuanto a las montañas que considero como primeras cordilleras, ocupan la mitad de cada uno de las dos puntas de la Parte francesa, pero su altura es mayor en la punta meridional.

Las montañas de la Parte francesa sirven, como las de la Parte española, para hacer el clima variable; este depende, tanto en un lado como en el otro, de su altura, de su proximidad, de la manera en que están situadas con respecto al viento dominante y de varias circunstancias que podemos llamar accidentales.

Pero en general la Parte francesa es más caliente y está más expuesta a las sequías que son cada vez más frecuentes y más largas, desde que, a causa de una voracidad que no tiene en cuenta el futuro y que a menudo engaña sobre el valor del presente, se han talado los bosques que cubrían esos puntos elevados que atraían lluvias fecundas, que retenían el abundante rocío y una humedad cuyo efecto benéfico prolongaba la espesura.

Vuelvo a repetir que sería imposible dar una descripción que se ajustara a todas las montañas y por ello seguiré el mismo método que utilicé para la Parte española; es decir, daré los detalles particulares de los lugares que lo merezcan para apreciar mejor esa fracción de territorio francés.

El mismo motivo me hace actuar de igual manera al hablar de las llanuras, entre las que existen notables diferencias. Como recordarán sus lectores, el método que use para describir la Parte Española tiene muchas ventajas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Reinos dependientes de la Parte francesa bajo los caciques

Nos acordaremos seguramente de que la Colonia francesa está formada por gran parte del reino de *Marién* y por la casi totalidad del reino de *Xaragua*; pero no quedaba un solo indio cuando los franceses llegaron a disputarle la Isla a los españoles.

Es cometido de la historia hablarnos de los esfuerzos, los combates, las deserciones y los éxitos de los hombres, cuya valentía asombrará a la posteridad y que, llamados aventureros por sus enemigos, que no veían en ellos sino un puñado de seres siniestros y piratas, se convirtieron en un pueblo de labradores; a su heroísmo debe Francia la más hermosa de sus posesiones de ultramar.

Los primeros colonos sufrían de escasez de ganado. Existe un mapa progresivo de sus asentamientos; los nombres de *bucaneros*[2] y *filibusteros*[3] evocan la audacia y el terror en la primera etapa de Santo Domingo.

No atreviéndose a aparecer al principio, se procuraron los medios de huir del poderoso enemigo manteniéndose cerca unos de otros al borde de la costa; poco a poco fueron tomando conciencia de su número y fundaron pequeñas posesiones

2 N. de la T.: nombre dado a los primeros cazadores de Santo Domingo, a causa de su costumbre de hacer asar o tostar las carnes en un bucán.

3 N. de la T.: nombre que viene de Fly-boot o Fly-boat, barco ligero que va rápido. Como los primeros habitantes de Santo Domingo estaban casi todos ocupados en el corso marítimo, recibieron el nombre de filibusteros bajo el que llevaron a cabo las hazañas más asombrosas.

en lo alto del río y después de este pasaron a otro y cómo, progresando asombrosamente, los colonos franceses llegaron a someter toda la superficie que ocupan hoy día con su valentía y su perseverante trabajo.

Población de la Parte francesa de Santo Domingo

Esa superficie tiene cerca de quinientos veinte mil individuos, divididos en cuarenta mil blancos, veintiocho mil libertos o descendientes de libertos y cuatrocientos cincuenta y dos mil esclavos; lo que da la proporción siguiente: once esclavos tres décimas por cada blanco; diez blancos por siete libertos y dieciséis esclavos por un liberto.

Sabemos también que en la legua cuadrada del Santo Domingo francés caben ciento sesenta personas, es decir, seis veces y media lo mismo que en la legua cuadrada del Santo Domingo español; pero a su vez ese número no es sino la cuarta parte de la población de la legua cuadrada de Francia.

Suponiendo que cuando se descubrió la Isla esta tuviera un millón de indígenas igualmente repartidos, la Parte francesa estaba más poblada entonces que ahora.

Las tres clases distintas físicamente que componen la población de la Colonia francesa, la hacen muy diferente de la de sus contrarios europeos. Nos haríamos una idea muy equivocada de esta Colonia si creyéramos que cada una de estas tres clases tiene un carácter propio que sirve para diferenciarla por completo de las otras dos.

Cada clase tiene sus rasgos particulares que parecen tener subdivisiones y que trataré de que capten mis lectores ofreciéndoles las pertenecientes a los blancos, a los esclavos y a los libertos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los blancos

En aquellos lugares en que los hombres han estado reunidos por largo tiempo su parecido es más o menos evidente y se nota en todos los miembros de la familia; pero en los asentamientos coloniales de reciente fundación por una emigración sucesiva no se puede encontrar la marca de un verdadero conjunto: es un compuesto informe que experimenta impresiones diversas; esta incoherencia se nota sobre todo cuando una gran colonia está formada por individuos que han querido cambiar de aires en un país totalmente diferente del suyo, porque todos conservan las costumbres del lugar que han abandonado, ligeramente modificadas para adaptarse al país al que ha llegado.

¿Qué pasaría si como por casualidad en la nueva patria donde se encuentran todos mezclados, se vieran rodeados de esclavos?

A partir de este razonamiento que da un carácter especial a las costumbres de las colonias de América, voy a tratar de aprehender lo que distingue a los colonos franceses de Santo Domingo.

Los filibusteros estaban habituados a subvenir a necesidades a través de los peligros de un ambiente temible y a obtenerlas por medio de las armas; los bucaneros

eran el terror de los bosques, a cuyos habitantes asesinaban; solo podían tener costumbres sanguinarias y salvajes.

Sin embargo fueron hombres parecidos a estos, mezcla de varias naciones, especuladores que calculaban en la metrópoli francesa el partido que podían sacarle a sus conquistas, los que comenzaron a avasallar y a supeditarlo todo a sus intereses.

Este proyecto, en apariencia insensato para ser llevado a cabo, necesitaba un jefe que reuniera en su persona las capacidades más extraordinarias y la Compañía de las Islas de América lo encontró.

Nunca una persona influyó tanto como d'Oregon en las costumbres de los intrépidos conquistadores del Santo Domingo francés, a los que convirtió en agricultores. Para dotarlos de las condiciones más necesarias, d'Oregon invocó la ayuda del sexo seductor que por encima de todo apacigua a los hombres y aumenta su inclinación a ser sociable: hizo venir de Francia a unas interesantes criaturas, unas tímidas huérfanas, para reducir a esos seres orgullosos acostumbrados a rebelarse, para transformarlos en maridos sensibles y en virtuosos padres de familia.

De esta manera, Santo Domingo tuvo una población propia que empezó a considerarlo como una verdadera patria.

Cuando esos primeros colonos fueron capaces de liberarse de la ruinosa tutela de las Compañías comerciales, que los habían agraviado en la venta de tabaco al forzarlos a sustituir sus otros cultivos por el de esta planta, comenzaron a conocer el bienestar.

Tranquilos y contentos vieron aumentar sus medios de fortuna; pronto fueron ricos pero sin lujos y llevaron una existencia envidiable porque todavía no habían aprendido el arte de convertir lo superfluo en necesidad.

El imperio de esas costumbres coloniales se extendió durante mucho tiempo hasta entre los combatientes, que pronto se acostumbraron a distinguirse de los demás. Cada soldado podía convertirse en un colono y si el cambio frecuente de jefes y los acontecimientos políticos no hubiesen influido en el destino de sus habitantes, no hubieran tenido nada que envidiar a los de la metrópoli.

Pero esta dicha pacífica fue la misma que causó un considerable cambio. Los colonos se habían enriquecido con una agricultura inteligentemente dirigida y colocaron a sus hijos en oficios diversos. Era necesario enviarlos a Francia para que cursaran allí unos estudios dignos de su estatus futuro.

Los que regresaron a su país llevaron consigo unos gustos que allí no podían satisfacer; se habían separado de unas inclinaciones que ya estaban sólidamente arraigadas; quizá se ruborizaron ante las rústicas costumbres de sus parientes.

De ahí su repugnancia a su lugar de nacimiento, esa especie de hastío que nos hace no vernos ya como de paso en un país que a veces se convierte en residencia vitalicia.

De ahí esa indiferencia hacia los beneficios y la prosperidad de una patria de la que solo se esperan los medios que permitan vivir alejados de ella y pagar caros los caprichos que no se multiplicaron porque ya no satisfacen.

A esta desgracia, que ha devuelto a la mayor parte de los colonos extranjeros a la tierra que les vio nacer, se añade otra: el gusto por la disipación y los gastos ostentosos que los caracterizaban; tenemos de las Colonias una visión exagerada.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los recursos con los que las producciones podían satisfacer un tan refinado lujo, debían considerarse inagotables; la pasión de los europeos por el oro les hizo partir para recoger su parte de esos inmensos tesoros; fue en vano, un clima destructor segó la vida de la mayoría y solo se vieron los despojos que traían los que volvían.

La Colonia parecía, sin embargo, satisfacer tantas ambiciones y en 1738 fue confiada a dos administradores cuyo genio y unión la hicieron todavía más importante. La idea más feliz de estos dos jefes fue convencer a los habitantes de que empleasen el agua que corría inútilmente por las llanuras inmensas y así aumentar la fertilidad. Entonces se abrieron canales que fecundaron las preciadas plantas.

Se hicieron caminos más cómodos y las distintas partes de la Colonia pudieron comunicarse entre ellas. La población se duplicó porque los colonos, acérrimos partidarios de Larnage y Maillart por su administración paternalista, se recluyeron en sus hogares, donde los europeos estaban más cómodos.

Pero este nuevo grado de civilización cambió también las costumbres de la segunda etapa de la Colonia, así como otros acontecimientos hicieron que variara.

La pérdida de algunas de nuestras Colonias durante la guerra de 1756, donde se aprendió deprisa lo que le podía pasarle a las otras, hizo que se enviaran regimientos y otras tropas regulares para conservarlas bajo dominación francesa.

Así fue como Santo Domingo recibió en 1762 varios batallones. Los defensores de la patria no lo son de las costumbres; las de Santo Domingo fueron la prueba.

El lujo se propagó en la Colonia y ninguna profesión se libró de sus tentaciones. Fue el sexo, sobre todo, el que obtuvo más ventajas y esos matrimonios donde el oro y el orgullo eran las reglas, se multiplicaron escandalosamente.

Después, otra guerra cuya causa y sede principal estaban en América, multiplica las tropas, los marinos y también los aventureros que en tiempos de fermentación parecían florecer y aumentó los males de Santo Domingo, ya que la depravación de las costumbres es una fuente real de males.

Ese era el estado de la Colonia francesa; la población blanca contaba apenas con un cuarto de criollos; es decir, personas nacidas en la Isla entre las que las mujeres eran mayoría; el resto lo componían europeos venidos de distintos puntos de Francia entre los que se mezclaban algunos extranjeros y criollos de otras Colonias.

Hablemos primero de los europeos ya que fueron los fundadores de la Colonia y que, originariamente contaba entre los franceses con un gran número de normandos, esos primeros navegantes de las Islas de Barlovento cuya influencia todavía es notable en muchos usos domésticos y en muchas palabras del patois criollo.

Europeos que viven en Santo Domingo

Los europeos que van a Santo Domingo tienen que pasar normalmente por una dura prueba en el momento de su desembarco. Cuando dejan su país con la esperanza de hacer fortuna que parece estar en la orilla atlántica y se encuentran aislados y sin recursos, querrían dar marcha atrás; pero ya no hay tiempo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Las necesidades, que son difíciles de satisfacer porque todo es caro, se multiplican; el porvenir se torna sombrío, la sangre se amarga, llega la fiebre ardiente de esos climas abrasadores y la muerte es a menudo el fin de unos proyectos tan efímeros como intensos.

Pero la metrópoli tiene a sus inútiles, a sus temerarios, a sus niños crédulos, a sus hombres quizá peligrosos que no le faltarán a la tierra que los devora, pero atrae también a hombres válidos, privados de recursos en Europa y que vienen a ejercer lejos su actividad, unos talentos de los que se enorgullece el Nuevo Mundo.

Cuando el europeo desembarca en un refugio donde no puede plantearse el mañana sin inquietud, debe prestar atención a las exigencias de las lujosas modas. No se le piden telas ricas sino ligeras, tejidos a los que su finura vuelve muy caros; cambiará la sencillez por joyas que deslumbren los ojos.

Es en el primer empleo donde puede ganar dinero o bien fama: es la servidumbre colonial. Ignorarla significa despreciarse a sí mismo o convertirse en un censor en un país donde existe la promesa de no escuchar.

Hay otra preocupación no menos importante: la de vanagloriarse de los orígenes. Hasta en ese aspecto se superaba la realidad y esa clase de engaño era cultivada con provecho. Al menos hay que callarse si el origen no tiene nada de noble y siempre existía el temible riesgo de que la envidia revelara la verdad.

Esta es la fuerza de la costumbre que se encuentra en Santo Domingo, le de creerse ennoblecido por haber residido en la Isla y hay europeos que rompen todo vínculo con su familia, que de ella huyen al regresar a Francia y que vuelven la espalda al lugar en el que perciben la humildad de la casa paterna.

Por último, eligen un heredero en la Colonia para preservar su memoria de la vergüenza que caería sobre ellos si sus parientes pobres vinieran a reclamar la herencia.

Una de las trampas más peligrosas para aquellos que llegan a Santo Domingo, es la pasión casi general por el juego que hay allí. Se pueden encontrar esos lugares que basan su dicha en el infortunio de otros, donde se llama generoso al que sabe hacer contraer deudas a alguien a veces desesperado, deudas decoradas con el sagrado nombre del honor y a los que se va a olvidar que se es esposo, padre y ciudadano.

Pero si sabes cuidarte de este contagio, es más difícil resistirse a los atractivos de otra pasión, cuyo germen place a la naturaleza sembrar en todos los corazones. No se encuentra en Santo Domingo, como en las grandes ciudades europeas, el lamentable espectáculo de un sexo atacado por los que deben defenderlo para adornar su derrota; pero tampoco se está protegido por ese decoro público que preserva las costumbres allí donde se clamaba por la depravación de las capitales.

Se emigra normalmente a la edad en que los deseos son efervescentes; a veces no bien acaban de sacudirse la molesta vigilancia de sus padres, ya se encuentran expuestos a la seducción más peligrosa, porque su fuerza está en nosotros mismos.

Haría falta una probada valentía para escapar a un peligro semejante y se repite tanto en Santo Domingo, que el clima preserva de esperar una victoria que se tiene la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tentación de disputar. Se dejan llevar y miden más sus vidas por un empleo agradable que por lo que hacen para prolongarlo; se llega rápidamente a la destrucción.

La incontinencia en la mesa es también un defecto muy común en Santo Domingo; como quiera que han barrido de las comidas la tumultuosa alegría de los antiguos colonos que ya anunciaba la pérdida de su motivación, ahora todo se hace al modo criollo, es decir, con profusión. Por otro lado, como el calor bochornoso disminuye la fuerza, creen recuperarla mediante alimentos fuertemente sazonados.

En Santo Domingo todo toma un aspecto opulento, lo que asombra a los europeos. Esa multitud de esclavos que atienden las órdenes y hasta las señas de un solo hombre, dan un aire de grandeza a aquel que los manda. Para tener dignidad, un hombre rico tiene que tener el cuádruple de sirvientes de los que necesita.

Las mujeres tienen el especial talento de rodearse de un corte inútil, prisioneras de su misma condición femenina. Es difícil conciliar con los celos que a veces sienten de estas oscuras sirvientas, el elegirlas bonitas para adornarse, a tanto llega el poder del orgullo. El bien supremo para un europeo es estar bien servido y alquila esclavos a la espera de poder comprar los suyos propios.

Al llegar a Santo Domingo, se es extranjero para casi todos los que se encuentran allí. Casi siempre se les entretiene contándoles el proyecto de irse del país, porque la manía general es hablar de la vuelta o del retorno a Francia. Repiten todos que se van el año próximo y se consideran solamente viajeros en una tierra donde encuentran a menudo su último refugio.

Esta desafortunada idea resulta tan familiar que se privan de las pequeñas comodidades que dan encanto a la existencia. Un habitante se considera instalado sobre varios millones; su morada es la de un usufructuario ya viejo; su lujo, que le es necesario, son los domésticos y la buena comida y se creería que está alojado en un buen hotel.

A este retrato de costumbres que podemos llamar generales, es necesario añadir lo que les es propio de una manera más especial a los blancos criollos porque son muchas las causas y en especial la acción de un sol constantemente abrasador, las que producen modificaciones en los habitantes de la Zona Tórrida que les hacen diferentes de los habitantes de las zonas templadas.

Los criollos blancos

Los americanos que han visto la luz en Santo Domingo y que son designados con el nombre de *criollos* (común a todos los que nacen en las Colonias), normalmente están bien conformados y tienen una considerable altura.

De figura regular, están privados de ese colorido con que la naturaleza alegra y embellece el color en los países fríos. Sus miradas son expeditivas y anuncian una especie de orgullo capaz de causar prejuicios desfavorables cuando se perciben.

Exentos de la tortura de las camisetas, sus miembros raramente exhiben alguna deformidad. La temperatura del clima hasta les favorece y les da una agilidad que les hace proclives a todos los ejercicios, por los que sienten tanta inclinación como disposición.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Ese desarrollo rápido de las cualidades físicas, el espectáculo que renace sin cesar, las producciones cuya causa siempre fecunda y activa, no enriquecen a su país; también y quizá la visión continua de ese elemento que les separa del resto del Universo. Todo confluye para dar a los criollos una imaginación viva y unas concepciones fáciles.

Estos felices dones presagiarían éxitos en todo lo que quisieran emprender, si esa facilidad no se convirtiera en un obstáculo provocando el amor por la variedad y si los presentes con que la naturaleza se ha mostrado tan liberal en sus infancias no se tornaran, en la mayoría de los casos, en males para ellos mismos y en causa de asombro para el observador.

Son varias las diferentes circunstancias que hacen perder a los jóvenes criollos las ventajas que tienen en principio sobre los niños de otras latitudes. Primero, la ciega y excesiva ternura de sus padres que se pliegan a sus voluntades y que creen que esta ternura les priva de la más mínima resistencia.

No hay capricho que no sea satisfecho ni travesura que no sea perdonada; todas sus fantasías son realizadas o provocadas; no dejan ningún defecto para que el tiempo lo corrija y bastará ese tiempo para volverlos incorregibles.[4]

El niño criollo es feliz; su excelente salud asegura la funesta ocasión de poner a prueba la sensibilidad de los autores de sus días. Si ve su vida amenazada, si su existencia es débil, no pude escapar a la desgracia de ser objeto de idolatría. Todas las molestias de una enfermedad suponen para sus padres la prueba de supuestos deseos que creen que no tiene la fuerza de expresar.

Entonces inventan para él y se abandonan a las ideas más extravagantes. Si el temperamento de ese niño es más fuerte que los obstáculos que genera una fiebre y sale triunfante de ese mal físico, son entonces los gérmenes indestructibles de una enfermedad moral los que amenazan el resto de sus días.

A esto hay que añadir la costumbre de estar rodeado de esclavos y no necesitar más que una mirada para que todo salga como él quiere. Nunca un déspota ha tenido homenajes tan constantes ni aduladores tan asiduos como el niño criollo.

Todos los esclavos están sometidos a las variaciones de su humor y sus desplantes infantiles perturban demasiado a menudo la paz doméstica; que tenga una voluntad que todavía no sabe dirigir. Es suficiente para que sea injusto

El niño criollo no es más que un tirano, hasta en sus juegos. Se le coloca en medio de pequeños esclavos a los que se les ha ordenado complacer en sus caprichos y lo que es peor, se les priva de jugar a los juegos propios de su edad porque no quiere sufrir la más mínima contrariedad.

Cosa que ve, cosa que quiere; lo que se le enseña, lo exige. Si la fatalidad permite que uno de los pequeños compañeros se le resista, se irrita y acuden desde todas partes a sus gritos; los desafortunados a los que su color ha señalado para la sumisión, aprenden enseguida que hay que ceder y que quizá paguen su desobediencia con un castigo.

[4] Todo el mundo sabe este episodio atribuido a un niño criollo y que fue muy conocido: «Quiero un huevo», –No hay–. «Pues entonces quiero dos». En criollo: «Mon vlé gnon zé. –Gnia point». –A coze ça mon vlé dé».

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Todavía no han desarrollado el instinto de la servidumbre. Sin embargo de los mismos actos de despotismo vergonzoso puede salir la ventura de los esclavos, ya que si el niño criollo muestra predilección por ciertos de ellos, les asegura una mejor suerte.

Lo mismo ocurre si algún otro niño es adoptado por el criollo; si crece con su amo se convertirá algún día, según su sexo, en objeto o en compañero de placeres y el ascendiente del que gozará le garantizará a él y a los otros esclavos que quiera proteger librarse de las injusticias del amo.

Pero a estas circunstancias, que parecen hechas para agostar toda semilla del bien en el alma del criollo, se añaden los peligros que acompañan a los favorecidos por la fortuna; no tendría importancia si se combatieran estos enemigos de su bienestar con una educación planificada.

Alejado del prestigio y sin conservar más que sus inclinaciones primitivas, una especie de energía y elevación que profesores inteligentes y atentos podrían convertir en virtudes, el americano, que ya gozaba de una magnífica constitución física, dejaría de estar condenado a la mediocridad.

Pero en esta ocasión hay que deplorar la suerte de los criollos. En Francia a menudo se les confiaba a seres para los que eran extraños o a mercenarios que les venden sus atenciones por debajo del precio que se podría exigir; no tienen la perspectiva de aprovechar la educación imperfecta de los colegios donde han sido relegados.

Nadie les apasiona, nadie les da ánimos. Incapaces de desear el éxito por el éxito mismo, cuentan aburridos los días que pasaron en el exilio de la casa paterna e, impacientes, los días que faltan para terminar.

No se les habla de los padres más que para halagar una especie de amor propio que, en lugar de contribuir a que hagan méritos, les hace creer que se los merecen siempre. Solo se les habla para despertar los recuerdos de la debilidad que sus padres sienten por ellos y el compararlo con el abandono en el que han caído, no contribuye precisamente a inflamarlos de amor por el estudio, cuyo premio está en el futuro.

De esta manera, ya sea en la Colonia o en Francia, llegan la mayor parte de los criollos a la edad en que deben presentarse ante el mundo. Solo queda, para arrebatarles la esperanza de convertirse en hombres valiosos, halagar su gusto por el despilfarro y por los goces de una naturaleza tal, que socavan el alma a veces más que los excesos y con el fin de no contrariarlos más que en un solo punto, precisamente para que parezcan ser libres: elegir estado; esta elección es el orgullo de los padres, que la hacen aun a dos mil millas de distancia.

Todo da para creer que una educación cuya primera preocupación sería el estudio de los propios jóvenes criollos y de sus inclinaciones, favorecería la disposición que muestran en su infancia y que se pierde a medida que se les pliega por anticipado a un método en el que solo destaca la triste uniformidad.

Hay criollos que cumplen las expectativas que han hecho concebir, porque han encontrado ese vivo interés que se convierte en un vehículo y en una recompensa para el que ha sabido inspirarlas; lo mismo para los que han superado los obstáculos con los que les han rodeado.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

¿Y por qué en un país donde las plantas extranjeras excitan tanto la curiosidad como los cuidados? ¡Parece increíble que no sea así para las que fueron trasplantadas para que gozaran de la influencia de un clima beneficioso y que pagarían con creces y con frutos útiles los trabajos emprendidos por el agricultor laborioso y útil.

Hechas estas observaciones, han adjudicado a los americanos el reproche de ser incapaces para cualquier cosa. Primero habría que subrayar desde qué punto partían; considerar que, para conocer las ciencias y la letras y en consecuencia apasionarse por ellas, tenían que salir de su patria.

Entonces nos habremos dado cuenta de que esa misma necesidad, los colocaba en una hipótesis cuyas desventajas no podían estar equilibradas por la influencia de su clima, al que se prefiere acusar de favorecer su físico a expensas de su moral.

De ahí algunas sabias ineptitudes con las que se han enriquecido las *Investigaciones sobre los americanos* y que el genio americano de Franklin ha fulminado para siempre.

El criollo que no había salido de Santo Domingo, donde no podía recibir ninguna educación y el que vuelve a su país natal después de que su educación haya estado descuidada en Francia, se ha entregado por completo a esa viva y efervescente imaginación con que, ya he dicho, los dota la naturaleza bajo un cielo abrasador; esto es la consecuencia de la peligrosa ternura de sus padres y de la facilidad de imponer por ley su voluntad a los esclavos.

¡Qué peligros para una edad en que las pasiones se disputan entre ellas la posesión de un corazón dispuesto a probarlo todo con entusiasmo, sus conflictos y sus desórdenes! Es entonces cuando el criollo pierde de vista todo lo que le estorba en sus inclinaciones, despreciando todo lo que no lleve el marchamo del placer y se entrega al tumulto que lo arrastra. Ama con delirio el baile y la música y parece no vivir más que para los placeres voluptuosos.

Qué difícil es que semejantes disposiciones no se conviertan en funestas en un lugar en el que las costumbres son tan propicias a manifestarlas. Cómo embridar un temperamento ardiente allí donde una numerosa parte de las mujeres, que son el resultado de la mezcla de los blancos con las mujeres esclavas, no tienen otro afán que vengarse con las armas del placer de ser condenadas al envilecimiento.

También las pasiones despliegan toda su fuerza en el corazón de la mayoría de los criollos; cuando llegan los achaques de la edad, estos no apagan del todo el deseo, la más cruel de todas las pasiones.

Se puede pues decir con toda sinceridad que todo se alía para formar en los criollos un carácter despótico, inconstante y vivo que les es propio y que los vuelve poco proclives al matrimonio, cuyos días de esplendor no pueden ser sino la consecuencia de una constancia mutua.

Celosos a causa de su amor propio, se atormentan por creer en la infidelidad de la que ellos dan ejemplo. Dichosa la esposa traicionada si aun experimentando todo lo que la sospecha tiene de humillante, no se ve condenada a tener, a veces ante sus propios ojos, al objeto que le ha arrancado las pruebas de un amor que le fue solemnemente jurado.

Los defectos de los criollos, entre los que hay que contar el de entregarse al juego, se redimen, sin embargo, con un cúmulo de magníficas cualidades. Sinceros, afables,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

generosos, quizá con ostentación, confiados, valientes, amigos fieles y buenos padres, están libres de los crímenes que degradan a la humanidad: los fastos de una Colonia tan extensa como Santo Domingo, apenas ofrecerá los nombres de algunos criollos que engrosen las listas de los malvados.

¡Qué fácil sería poner como ejemplo a los habitantes de esta brillante Colonia, tan recomendables como aquellos que se creen con derecho a citarlos, como modelos inimitables para ellos!

Una de las principales virtudes de los criollos es la hospitalidad. Lo que ya he contado sobre la manía de irse a Francia, debería bastar para saber que en Santo Domingo hay poca sociedad y que ese espíritu fugitivo ha hecho muy poco para volverla agradable. Es pues un motivo para acoger en el campo a los viajeros que proporcionan cierta variedad a la monotonía.

En un extenso país donde se es opulento, donde no existen las posadas y los pocos albergues solo son para los individuos que no tienen relaciones en la Colonia, la hospitalidad se tiñe de generosidad y honra a aquellos que la practican.

Hay ciudadanos que gastan un capital de más de 30,000 libras en caballos, coches y cocheros en aras de la comodidad de aquellos que necesitan ir de un punto a otro de la Colonia.

Pero ¡de qué no se abusa! Hay muchas cosas que harían sonrojar a los europeos si reveláramos el por qué de haberse esforzado en volver tan difíciles a los colonos en este tema.

A pesar de esta desagradable experiencia, si un hombre es recomendado por el amigo de uno solo de los ciudadanos, puede todavía ser un emprendedor en la Colonia; y si sus cualidades personales no hacen de él un hombre amable, puede llevarse muchos disgustos allí donde las recomendaciones sucesivas le hubieran abierto las puertas.

El carácter criollo se muestra también en la manera de viajar. Caballitos de apariencia modesta son capaces de recorrer tres y hasta cuatro leguas por hora con las sillas, unas especies de cabriolés. Esta velocidad anuncia la costumbre de querer y ser obedecido con prontitud. El cochero que conoce el carácter de su amo, comparte su impaciencia y se vanagloria de no ser adelantado.

Los caballos son además un artículo de lujo para los ciudadanos. Pero por el más mínimo motivo se despacha un mensajero a caballo a quien, por la velocidad de su carrera y los gritos con que azuza a su montura, tomaríamos por un correo que anuncia un acontecimiento en el que toda la Colonia está implicada.

Los criollos de Santo Domingo están menos sujetos que los europeos a las enfermedades de sus climas. Pero una juventud precoz, el abuso de los placeres y puede que la levadura, cuyo origen será la única cosa sobre la que Europa y América podrían haber discutido, bastan muy a menudo para destruir la naturaleza más robusta.

Entonces se acelera el momento en que el criollo necesita hacer uso de una especie de indiferencia con la que encarar dejar de vivir que parece darle el espectáculo frecuente de la muerte.

Pero dejemos este lúgubre cuadro para bosquejar el carácter de la parte más conmovedora del género humano.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Las criollas blancas

A la delicadeza de sus rasgos, las mujeres criollas de Santo Domingo añaden esa estatura y ese andar elegante que parecen ser algo exclusivo de las mujeres de los países cálidos.

Raramente dotadas de ese conjunto y de esa exactitud rigurosa que constituyen esencialmente la belleza, su figura casi siempre tiene esta combinación, más seductora y más difícil de pintar que llamamos fisonomía; si en Grecia es muy común y en Georgia un tributo de las mujeres bellas, será fácil para Santo Domingo proporcionar una mujer linda.

En los ojos espirituales de las criollas es donde encontramos el feliz contraste de una dulce languidez y una picante vivacidad. Si la aspereza del clima no hiciera tan breve la frescura de su cutis, sería difícil defenderse de una mirada cuya ternura y esa especie de alegría se mezclan sin confundirse.

Pero sabiendo emplear con un gusto exquisito los delicados recursos que el tocador puede ofrecer sin que haya nada falso, las criollas, con la ayuda de estos trucos, saben conservar el ascendiente que les ha dado la naturaleza.

Vestidas con la ligereza que exige el clima parecen más libres en todos sus movimientos, hechos más para despertar la idea de la voluptuosidad, mucho más seductora por la indolencia que los caracteriza.

El estado de inactividad en el que son educadas las mujeres criollas, los calores tan habituales que sufren, las complacencias de las que son objeto eternamente y los efectos de una viva imaginación y de un desarrollo precoz, producen una sensibilidad extrema en su sistema nervioso.

Es precisamente de esta misma sensibilidad de donde nace su indolencia, que sabe aliarse con su vivacidad en un temperamento cuyo fondo es un poco melancólico.

Sin embargo, solo hace falta un deseo para devolver a su alma toda su energía. Acostumbradas a querer algo imperiosamente, se irritan a causa de los obstáculos y cuando lo abandonan, la indolencia renace. Sin parangón para los talentos agradables que les serán muy fáciles de adquirir, los envidian sin embargo con una especie de desprecio si alguna otra los tiene.

Pero lo que les afecta hasta la aflicción es la preeminencia de una figura grácil, que puede conseguir lo que otras no pueden obtener. Es fácil hacerse una idea de esta antipatía nacida de una secreta rivalidad, cuando nos damos cuenta de cuán poco buscan reunirse las mujeres criollas, aunque se prodigan caricias si el azar las reúne.

Las criollas llevan al extremo su ternura hacia sus hijos. Son los que les inspiran las fantasías más extraordinarias. Ya he dicho muchas veces cuán funesta es esa ceguera para esos niños que acaban de empezar a tratar como madres y que dura hasta el momento en que consienten enviarles a Francia con la esperanza de que recibirán allí una esmerada educación. También aman con devoción a sus padres y les testimonian a cada instante sus más tiernos sentimientos.

El amor, esa necesidad, o más bien ese tirano de las almas sensibles, reina en la de las criollas. Su propia sensibilidad las hace amables por naturaleza, sin imposturas,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sin artificios; siguen sus inclinaciones que, para hacer perfecta la felicidad de aquellos que son sus destinatarios, tendría quizá que haber dependido primero del sentimiento.

Hay que añadir, sin embargo, que si el amor aleja a veces a las criollas, la duración de su apego a la elección por la que se sienten culpables, las redimirá de sus faltas, si la decencia pudiera alguna vez dejar de ofenderse.

¡Dichosa la criolla para quien los fermentos del matrimonio han sido los deseos del amor! Queriendo en el esposo al amante, su fidelidad, fruto más bien de su indolente sabiduría que de una virtud que entraña combates y una victoria, asegurará su tranquilidad común.

Pero si el marido no tiene otros derechos que los del deber de reprimir los de su compañera que teme, ejerciéndolos despóticamente, su ejemplo podría ser seguido.

Todas estas amantes disposiciones hacen que la pérdida de aquel a quien estaban atadas, les lleve a comprometerse de nuevo casi enseguida. Se les podría aplicar lo que el señor Thibault de Chanvallon dijo de las criollas de otra Colonia: «No hay viudas; a pesar de su ternura para con sus hijos, no borra con un nuevo matrimonio el nombre ni el recuerdo de un hombre del que parecía perdidamente enamorada».

Puede que no exista un país donde las segundas nupcias sean tan comunes como en Santo Domingo; se sabe de mujeres que habían tenido siete maridos.

El apego de las criollas se mezcla con los celos y, a pesar de su indiferencia por el esposo que solo la conveniencia les ha dado, no les pueden perdonar sus infidelidades. Basta que sospechen, contra toda evidencia, para que se irriten furiosamente.

Los celos han causado la muerte a mujeres criollas que no han podido soportar el cambio de aquel al que idolatraban. Son capaces asimismo de preferir la pérdida del objeto amado antes que la ternura; ¡de tal manera esa odiosa pasión lo desnaturaliza todo, hasta el mismo sentimiento del que surge su fuerza!

La danza, la danza exaltada, tiene tal atracción sobre las criollas que se entregan a ella sin reservas a pesar del caluroso clima y de la debilidad de su constitución. Parece que este ejercicio reanima sus existencias y saben demasiado bien los nuevos encantos que le proporciona a una figura expresiva y a una talla graciosa para no buscarlo con ansia. Les hace olvidar la indolencia que parecen amar.

Se les oye apretar el compás que siguen con una rigurosa precisión, pero sin violencia. Es tal, en fin, la especie de delirio en el que las sume la danza que un espectador extranjero creería que ese placer es el que domina en sus almas.

Viendo también en un baile que la retirada de algunas mujeres se convierte en una señal para que las otras dejen la danza, podría imaginarse que forman una sola familia y no disfrutan de este entretenimiento si no lo comparten todas. ¡Qué triste es que ese movimiento tan tierno en apariencia tenga necesidad de un nuevo baile para reaparecer!

Las criollas aman el canto. Sus fáciles gargantas se prestan con agrado a las canciones ligeras y suaves; pero sobre todo les gustan las romanzas. Sus quejumbrosos sonidos parecen estar hechos para halagar su languidez y acentúan las expresiones con un convencimiento que seduce el corazón, tras haber acariciado el oído.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Aprecian mucho la soledad y viven en ella gustosamente, aún dentro de las ciudades. Les proporciona una timidez que no las abandona en sociedad, donde derraman pocos encantos a no ser que hayan aprendido en Francia a sentir el premio de una amabilidad que saben cómo hacer conmovedora.

Las criollas son muy sobrias. El chocolate, los dulces y el café con leche son sus alimentos. Pero algo superior a ellas las lleva a rechazar los alimentos sanos y preferir las salazones traídas de Europa o los platos del país, preparados de una manera extravagante y con unos nombres más extravagantes todavía.

Su bebida normal es el agua pura pero a veces prefieren una limonada compuesta de sirope y zumo de limón. Las criollas casi no prueban bocado a las horas de comer sino que comen cuando se sienten acuciadas por un desaforado apetito.

Un sueño demasiado prolongado, la inacción en la que viven, alejadas de cualquier tipo de régimen, alimentos mal elegidos y pasiones exaltadas siempre en juego: esas son las causas de los males que amenazan a las mujeres criollas y los que marchitan tan pronto sus encantos; brillantes como las flores, no tienen de ellas más que su duración.

Otra causa de la rapidez con que las criollas pierden los medios de atender a su salud, es el pernicioso hábito de casarlas antes de que la naturaleza haya terminado de hacerlas crecer.

Madres antes de estar plenamente desarrolladas, no dan la vida sin abreviar la suya. Fecundas por lo general, tienen un embarazo sin enfermedades y un parto sin problemas y abusan de esas ventajas que no se deben más que a la debilidad de sus órganos.

Me parece estar viendo el asombro al saber que en un país donde la ternura maternal es una virtud exaltada, los niños mamen de un pecho extraño. Es muy cierto que si no hay muchas mujeres criollas que intenten alimentar a sus hijos, las que cumplen con este deber no lo terminan.

Débiles por constitución y porque han apresurado el momento de ser madres, débiles porque destruyen su estómago, por el clima y quizá por vicios hereditarios, su sistema nervioso es muy irritable; las criollas se ven obligadas a solicitar de una esclava el sacrificio de su leche, para conservar al ser al que no han podido dar más que la vida.

Pero sus hijos son alimentados delante de ellas y se disputan sus caricias con la nodriza, a la que casi siempre liberan como premio a ese favor; las madres, en fin, redimen por sus cuidados y por su solicitud la impotencia en la que se encuentran para satisfacer una ley cuyo olvido es, a veces, cruelmente castigado en otros ambientes.

Las mujeres criollas no reciben ninguna educación en Santo Domingo y cuando se las juzga desde este punto de vista, uno se asombra de encontrar en ellas tanta sensatez. Su disposición natural, carente de prejuicios da a sus almas un temple fuerte que, si contribuye a alejarlas de lo irracional, da a sus decisiones bien tomadas una fiabilidad de la que algunos tristes detractores creían incapaces a las de su sexo.

A la mujer criolla se le puede pedir confiadamente un consejo siempre que se trate de sentimientos o delicadeza. Dotadas de una especie de tacto que muy

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a menudo vale más que nuestros principios, se inclinan por naturaleza hacia lo que es más justo.

Orgullosa, furiosa con todo aquello que envilece, reprimiéndose más que los mismos hombres, los hombres degradados, una mujer criolla comparte de verdad la afrenta hecha al que ama.

Sería necesario que renunciara a su ternura si fuera capaz de tragarse una afrenta; jamás escuchará el suspiro de una persona ruin; preferiría llorar sobre su tumba.

Desafortunadamente no es nada difícil demostrarles que se es digno de ellas en este aspecto. La prueba más grande de la poca sociabilidad de Santo Domingo, es el falso sentido del honor que domina todavía a la opinión.

En un país donde la fortuna crea tantos rivales, es difícil adquirir esa apariencia educada que constituye quizá la primera salvaguardia de la seguridad personal.

La costumbre de mandar a los esclavos y no encontrar más que sumisión, vuelve necesariamente altivo el carácter y los colonos defensores de sus propios hogares debían de estar dominados por prejuicios tan antiguos como la Colonia; imprime hasta en los magistrados una apariencia guerrera.

Las criollas son también de natural amable, generosas y compasivas hacia todo lo que lleve la impronta del infortunio y del dolor; pero a veces olvidan esas virtudes con respecto a sus esclavos domésticos.

¡Quién no se sublevaría si viera a una delicada mujer, a quien el relato de un mal, menor que el que ella va a causar hace deshacerse en lágrimas, dirigir un castigo que ella ha ordenado! Nada igual a a la cólera de una mujer criolla que castiga a la esclava a la que su marido ha forzado, quizá, a mancillar el lecho nupcial. En su furor celoso, no hace más que inventar para saciar su venganza.

Estas terribles escenas, que eran muy raras, se convierten día tras día en normales. Puede que las criollas pierdan con el tiempo esta inclinación por la dominación severa, una costumbre que contraen desde su más tierna edad.

El esfuerzo de educar a gran parte de ellas en Francia, la influencia de los libros que elogian las virtudes domésticas y que leen enternecidas, desembocará sin duda en esta venturosa revolución.

Las criollas se complacen ya en suavizar la suerte de sus esclavos más cercanos; prodigan ya a los niños de todos sus esclavos cuidados que antes desdeñaban. Ha habido más de una respetable criolla cuya primera preocupación al levantarse, ha sido visitar el hospital situado en su plantación y velar para que los males de los negros fueran aliviados y sus penas suavizadas.

A veces sus delicadas manos preparan incluso los medicamentos mientras que el consuelo fluye de su persuasiva boca.

¡Sexo encantador! Tal es vuestro patrimonio: la dulzura y la bondad. La naturaleza os creó para atemperar la soberbia del hombre, para cautivarlo, para hacerle agradable el sueño de la vida.

No rechacéis reinar con los medios que os ha dado ¡El fundador de una religión que pinta con trazos de fuego un lugar de delicias eternas, siente que falta, para excitar el entusiasmo, mostraros dulces y bellas en esa morada para lograr seducir con ese cuadro realmente fascinante!

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

No pretendo, con este retrato del carácter de los blancos que viven en la Isla de Santo Domingo, haber recogido todo lo que puede distinguirlos, sino solamente ofrecer las principales generalidades que constituyen la base.

Se presentarán en el curso de la *Descripción de la Parte Francesa*, más de un detalle relativo a las costumbres y el carácter de sus habitantes, más de una excepción notable, más de un objeto de alabanza o de censura y el atento lector no siempre tendrá necesidad de que se le indiquen para quedarse impresionado.

Debe saber desde ahora que en una Colonia que, con todos aportando sus vicios y sus virtudes se dirige hacia el templo de la fortuna según sus opiniones, necesidades y circunstancias, tiene que haber matices apreciables y aun diferencias absolutas.

Los esclavos

Como quiera que los esclavos no forman la clase que en la población sigue inmediatamente a la de los blancos, parece natural hablar de ellos antes de decir nada de los libertos, puesto que estos son el resultado modificado de la esclavitud de unos y de la libertad de los otros.

La observación inspirada por la población blanca en lo referente a que no está compuesta en su totalidad de criollos, tiene que ser renovada en lo que respecta a los esclavos, ya que dos tercios de ellos (que son casi todos negros) han venido de África, en tanto que el resto han nacido en la Colonia. Hay que hablar pues de manera diferente de estas dos clases que tienen, por distintos motivos, rasgos que las hacen más o menos especiales.

Los esclavos llegados de África

Santo Domingo es el primer sitio de América donde hubo esclavos africanos y nadie ignora que fueron introducidos allí como agricultores, según la opinión de Bartolomé de las Casas que había visto algunos traídos por casualidad desde 1505.

Propuso que sustituyeran a los nativos, a los que el trabajo en las minas hacía objeto de las más crueles vejaciones y amenazaba con hacerlos desaparecer totalmente de su tierra natal. La idea de Bartolomé de las Casas, perdida por la misma humanidad, fue adoptada porque ofrecía mayores medios y porque la codicia no cesaba de segar la vida de los desventurados indios.

Todas las Colonias francesas de las Antillas tuvieron desde su asentamiento esclavos africanos. Pero la Isla de Santo Domingo ya los tenía porque los primeros conquistadores los poseían desde hacía casi siglo y medio.

Es fácil creer que en los comienzos de las tentativas de los aventureros apenas había algunos negros que les quitaban a sus enemigos, sea en tierra, sea en sus incursiones marítimas; solo cuando se dedicaron a la agricultura supieron los colonos franceses la verdadera necesidad que tenían de africanos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se les ha visto durante bastante tiempo cultivar con sus propias manos en compañía de una especie de esclavos blancos llamados *comprometidos* o *treinta y seis meses*, nombres que expresaban la servidumbre en la que se encontraban y su duración.

Atormentados por el deseo de probar fortuna en las Colonias, una masa de individuos se vendía por tres años en Francia a un capitán de navío que, a cambio de transportarlos, los cedía a su vez a un colono por una suma convenida.

Pero esta costumbre y hay que subrayar que los ingleses fueron los primeros en dar esa idea a las Colonias de América del Norte y que todavía subsiste hoy a pesar de su independencia, no podía perdurar en las islas francesas.

Hasta la época en que el tabaco fue el artículo principal y aun el único del comercio colonial, los comprometidos no fueron considerados aptos para los mismos trabajos que los negros.

Pero el cultivo del índigo y sobre todo el de la caña de azúcar, exigieron imperiosamente individuos más capaces de resistir el efecto continuado de un sol abrasador; este cultivo ofrecía a su vez, con sus beneficios, los medios para pagar los negros que los comerciantes mandaban capturar en África; el número de esclavos creció continuamente hasta la cantidad que ya he comentado y que se ahora eleva a cuatrocientos cincuenta y dos mil.

Los comprometidos, que seguían siendo transportados en un número muy reducido y cuyo envío varias leyes exigían urgentemente que pagaran los armadores de los barcos mercantes, no fueron más que jefes de taller de los negros; pero después de un buen número de años, no queda de los comprometidos más que el recuerdo del impuesto que el gobierno había sustituido y que en un principio se convirtió en una remesa de fusiles, cuya mala calidad hizo que se rechazaran y enseguida en la obligación de transportar soldados, oficiales o a cualquier agente del gobierno a las Colonias o de estas a Francia.

Se podría añadir, sin embargo que a veces el recuerdo de los comprometidos sirve para olvidar el orgullo de esos hombres que, con aire desdeñoso, fuerzan al amor propio a investigar su origen.

Una gran parte de África es, por así decirlo, tributaria de América, a la que provee de agricultores. Santo Domingo tiene ella sola, al menos las tres quintas partes de los esclavos de las islas francesas de América.

La extensión de África, la de aquellas zonas donde la trata tiene lugar, los inmensos espacios que separan esas zonas diferentes, todo hace pensar que las costumbres de los africanos reunidos en las colonias forman allí un conjunto donde no encontramos exactamente las costumbres específicas de estos distintos pueblos.

Interactuando la moral de unos con otros, los matices de carácter que distinguen al africano de los otros habitantes del globo, se funden de alguna manera en un todo que es el tono principal y que sirve para mostrar al africano convertido en colonial: quiero dibujar este conjunto.

Lo que es más relevante y menos sometido a la influencia del trasvase es la indolencia, lo más característico del negro. En él es, sin duda, consecuencia de una temperatura que haciendo que las primeras necesidades estén infinitamente limitadas, les priva de todas las preocupaciones y cuidados que encuentra el hombre en la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

idea del porvenir. La indolencia nace inevitablemente de esta disposición de ánimo y es el estado favorito del negro.

Privado de toda educación, entregado a todos sus prejuicios, a todos los terrores de la ignorancia, es débil y miedoso aunque pueda despreciar los peligros físicos, precisamente porque su imaginación pierde su poder en esas circunstancias.

En los negros las cualidades corporales varían extremadamente dependiendo de los diferentes puntos de África donde hayan nacido. Para mejor destacar estas cualidades, el método adecuado es observarlos en referencia a estos mismos lugares; así podremos saber de cuántos pueblos está compuesta la Colonia.

Cuando empezaba el siglo dieciséis, los portugueses comenzaron a introducir algunos negros en América; eran oriundos de los alrededores de Senegal y todavía será la parte más septentrional de África adonde se irán a buscar esclavos.

A veces también se llevan allí a moros, pero en número muy reducido los descendientes o las víctimas de esos árabes que vienen de Ismael, que se expandieron como un torrente desbordado en África hacia la mitad del siglo séptimo y cuyos conocimientos asombran todavía a una Europa que ellos contribuyeron a iluminar.

Esos moros o árabes, instalados a lo largo del río Senegal, hacen una guerra cruel a sus vecinos negros y recorren grandes distancias en el interior de África para buscar esclavos que luego venden, como también a sus prisioneros negros, para pagar un tributo al emperador de Marruecos a cuyo yugo están sometidos.

A pesar de ser numéricamente inferiores, los moros despliegan con los negros una audacia que es difícilmente imaginable y en los extraordinariamente pocos casos en que estos resisten con éxito, venden a su vez a otros negros a los moros que a menudo masacran, tal es el odio que les profesan.

De esta manera, se ha visto a moros entregados por negros sobre los que ejercen sin embargo un dominio absoluto, más absoluto todavía al estar fundado en la superstición de ir a enseñar a una colonia, conquistada antes por los españoles, a esclavos descendientes de aquellos que también en otro tiempo fueron los conquistadores de España.

Los negros senegaleses fueron asimismo los primeros que las compañías aportaron a los colonos franceses, que llegaron a hacerse conceder el privilegio exclusivo de un comercio que los extranjeros hicieron solos en los primeros tiempos de la Colonia de Santo Domingo.

Estos negros son grandes y bien conformados, esbeltos y de un color ébano. Su nariz es alargada y bastante parecida a la de los blancos; sus cabellos son menos encrespados y más susceptibles de estirarse y trenzarse que la especie de lana que cubre en general la cabeza del africano.

En lo moral el senegalés tiene también síntomas de una especie de superioridad; él, al que sojuzgan los moros, es belicoso y aguerrido. Es agricultor, inteligente, bueno, fiel hasta en el amor, agradecido y excelente doméstico. Vive de mijo, de maíz y de arroz; es muy sobrio, muy adecuado para vigilar animales, discreto y sobre todo silencioso, cualidad muy rara en los africanos y que no se encuentra a menudo en los pueblos civilizados.

Los *yoloffe*, vecinos de los senegaleses, se diferencian solamente en que son más grandes. Se puede comparar a los senegaleses con los negros de Cabo Verde, que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bordean el país de los *yoloffe* y que en la Antillas son llamados inapropiadamente los *calvario*. Su color negro es aun más oscuro que el del senegalés; su estatura es aventajada, sus rasgos son alegres y las mujeres tendrían todas las características de la hermosura si no fuera porque su cuello, es a veces demasiado grueso para los cánones de belleza.

Los dientes, de un marfil deslumbrante, guarnecen una boca de la que sale un suave sonido y se cree que esto es debido a la leche, su alimento favorito. ¡Es muy difícil creer que estos hombres, a los que la naturaleza ha dotado con semejantes dones, tuvieran una inclinación denigrante!

Los *foule*, llamados vulgarmente *gallinas* o *capones*, vecinos de los senegaleses y los yoloffe pero situados más al interior, se parecen bastante a los senegaleses mas solo en la altura, ya que su color es rojizo.

Los *bambara* vienen de lugares que están aún más al este de Senegal; son los hombres más altos que nacen en África y tienen, en su triste rostro, largas marcas que descienden desde las sienes hasta el cuello y si se alargan en el medio.

El *bambara* es lento, su andar inseguro parece indolente y esta es la opinión de la que se ha hecho merecedor junto con otros negros traídos de muchos centenares de lugares al este de África, que luego fueron vendidos con él bajo la denominación genérica de *bambara*, palabra que indica un corpachón sin gracia. El apodo que tiene en las islas es el de *ladrón de pavos* y *ladrón de corderos* a los que es muy aficionado.

Los *quiamba*, vecinos de los bambara, son tan altos como ellos pero con una apariencia menos siniestra; tienen tres largas rayas a cada lado del rostro.

Hay que clasificar ahora a los *mandinga*. Viven al sur de los yoloffe en la costa que lleva su nombre en las orillas del río Gambia. Aquí se debilita el tono negro de la piel y el carácter cambia todavía más. El *mandinga* es un amo severo y a veces cruel; normalmente es un bribón y su principal alimento es el arroz.

Pero el esclavo mandinga, por haber sido violentamente sojuzgado, es bueno para emplear en las islas, donde mejora su suerte y a veces pierde su inclinación al hurto.

Casi enfrente de los *mandinga*, bajando hacia el sur, están las islas de los *biffagot* cuya trata pertenece a Portugal. Vienen muy raramente, así como los de las zonas vecinas, los *sofo* y algunos negros muy combativos que usan en su país escudos de piel de elefante tan altos como ellos, detrás de los cuales están a salvo de las balas. Estos negros son buenos cazadores para las plantaciones y seguros guardianes de los depósitos de víveres.[5]

Todos los africanos de los que he hablado hasta ahora y que son embarcados en diversos puntos de una costa que tiene alrededor de trescientas leguas desde el grado diecisiete de latitud septentrional, donde se encuentra la desembocadura del río Senegal, hasta Sierra Leona, son en general mahometanos o al menos los que viven cerca del mar.

[5] N. de la T.: es el equivalente al conuco dominicano.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pero esta religión está mezclada con una idolatría que prevalece aún más conforme se penetra en el interior y, a menudo, solo la circuncisión prueba que son seguidores de las enseñanzas de Mahoma.

Yendo hacia el sur y pasada Sierra Leona, se encuentra la *Costa de los Granos* o de *Malaguette* o de la *Pimienta*, que acaba en el Cabo de las Palmas; después, la *Costa de Marfil* o de los *Dientes* que termina en el Cabo Apolonio. De la costa de la Malaguette vienen los *bouriqui*, los *miserable*; no lejos de ellos están los *mesurado* o *canga*, entre ellos los que viven en lo alto de los ríos y que son antropófagos.

Pero la trata de la costa de la Malaguette y de la Costa de Marfil, pertenece exclusivamente a los ingleses; de manera que se ven poquísimos de esos negros en Santo Domingo, donde solo se introdujeron a través del comercio fraudulento.

Estos negros son muy atrevidos, dispuestos a la revuelta, amantes de la deserción y en general poco apegados a la cultura colonial. Los negros del Cabo de las Palmas y aledaños son muy diestros para la caza y la pesca, grandes nadadores y saltadores audaces.

Enseguida viene la *Costa del Oro*, que proporciona muchos negros a Santo Domingo donde se acostumbra incluir en esta costa, que comienza en el Cabo Apolonio y que acaba en el río *Volta*, la *Costa de los Esclavos* que está al sur de este río y que se halla entre ella y Benin.

Los negros de la Costa del Oro están bien conformados en general y son inteligentes; pero se les reprocha ser normalmente tramposos, falsos, perezosos, hipócritas, pícaros, aduladores, golosos, borrachos y lascivos; tienen los ojos brillantes, las orejas pequeñas, las cejas espesas, la nariz aplastada y ligeramente curvada, la boca bastante grande, los dientes blancos y bien alineados, la piel lustrosa y los cabellos susceptibles de ser trenzados.

Estos negros son conocidos en la Colonia bajo diversos nombres porque la Costa del Oro contiene distintas poblaciones diferentes, cuyo lenguaje varía muy poco. El más común, el que se puede decir que es genérico, es el de arada, que viene de la pronunciación corrupta de *ardra*, nombre de uno de los reinos de la Costa de los Esclavos, pero hay que distinguir a los verdaderos arada de los otros.

Hay la costumbre de considerar como negros de la Costa del Oro a los que son sacados del Cabo Laho o Lahou que está en Costa de Marfil y por eso se les llama *caplaou*. Son inteligentes, pequeños pero fuertes

La verdadera Costa del Oro, de entrada, tiene a los *mina* y el país proporciona oro de mina y no solamente polvo de oro. Su piel tiene un matiz que está entre el negro y el cobrizo; después están los *agoua*, sus muy próximos vecinos, de los que solo les diferencia el dialecto; luego los *soco* y los *fantin*.

Estos habitantes de la Costa del Oro son muy orgullosos y se entregan a continuas guerras; son caprichosos y están dispuestos a darse muerte.

De la Costa de los Esclavos, que no ha podido recibir este nombre especial en una parte del mundo donde la servidumbre es universalmente conocida, sino porque la esclavitud es allí más horrible; la sangre de los que allí fueron esclavizados fue vertida bajo el más mínimo pretexto: la de los *cotocoli* que viven en el reino de *Coto*, el más septentrional de esta costa; acto seguido los *popo*, más emprendedores que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

los primeros; los *fida* o *föeda*, situados al sur y que preceden a los *ardra* o *arada*; del interior vienen los *fondo*, los *maïz*, los *aouffa*, los *ibo* y los *nago*.

La inteligencia es una característica común a todos los negros de la Costa del Oro y la Costa de los Esclavos; pero las costumbres de estos últimos son verdaderamente sanguinarias, sobre todo entre los *juda* o *arada* propiamente dichos, cuya ferocidad es de sobra conocida por todo lo que ha publicado la historia y es casi increíble y sobre los *dahomet*, a quienes los reyes de *Juda* hicieron amar la sangre a fuerza de verterla ellos mismos.

Todos estos negros a quienes confundiré yo también para ser mejor entendido por los colonos de Santo Domingo, no tienen la piel de un color realmente negro, sino de un tono amarillento que haría que a muchos se les confundiera con mulatos, si las marcas más o menos extendidas, más o menos ridículas para la vista del que no está acostumbrado desde la infancia, no revelara que son africanos y negros.

Esas mismas marcas son las que los afean y las de los negros mina por ejemplo, porque los desfiguran. El orgullo se ha apoderado de ese distintivo nacional y hay lugares donde la prerrogativa de afearse es un derecho que solo tienen las clases elevadas; porque también hay clases en África.

Se ha visto a negros mina reconocer a príncipes de su país por esas extravagantes marcas, postrarse a sus pies y rendirles homenaje, cuyo contraste con el estado servil al que han sido reducidos aquellos en la Colonia, ofrece un cuadro bastante impresionante de la fragilidad de la grandeza humana.

Los negros de la Costa del Oro son activos, dedicados al comercio y esa afición la manifiestan en las islas, en las que pierden otra que es la de comer perros, cuyo mote viene de ella; en las Colonias les gusta mucho caracterizar de esa manera a las distintas naciones: se les llama pues *arada comedor de perros* o *avaro como un arada*, ya que ese vicio está muy arraigado entre ellos.[6]

Los negros de la Costa del Oro son idóneos para la agricultura, pero en general su carácter altanero hace complicado su comportamiento y exige amos que sepan estudiarlos.

Es necesaria una constante vigilancia sobre todo con respecto a los *ibo*, ya que la tristeza o el descontento más leve les lleva al suicidio cuya idea, lejos de espantarles, parece que les seduce porque creen en el dogma de la transmigración del alma. Más que a menudo se ha visto a los *ibo* de una plantación hacer planes para colgarse todos juntos y regresar a su país.

Hace mucho tiempo que una de sus propias teorías se opone a su error: cuando no se ha podido evitar del todo ese viaje pitagórico, se corta la cabeza del primero que se mata o solamente su nariz y orejas, que conservan en lo alto de una pica; entonces los demás, convencidos que aquel no se atreverá nunca a reaparecer ante sus compatriotas deshonrado de esa manera y temiendo el mismo trato, renuncian a ese horrible plan de emigración.

Ese carácter que hace que se conozca a los ibo por estas palabras criollas: *ibs pend'cor à yo* (los *ibo* se cuelgan) hace que muchos colonos rechacen comprarlos; pero otros que ya los tienen los prefieren porque están muy unidos entre ellos y

[6] En criollo: «rada mangé chien» y «varichié tan com' rada».

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

los recién llegados encuentran ayuda, cuidados y ejemplos en aquellos que les han precedido.

Las mujeres arada, sempiternas camorristas, son raramente empleadas como criadas en vista de que todos los africanos arada son los que menos consiguen hablar en francés y al oírlo en sus bocas, se comprende perfectamente a aquellos que se jactan de hablar la lengua criolla.

Estas mujeres son también desabridas y pendencieras; se las reconoce exteriormente por sus caderas y muslos, cuya amplitud excede a cualquier comparación en esa materia.

Un estudio más preciso haría encontrar otros rasgos tan especiales como los que suponen costumbres evidentemente contradictorias como el alejamiento de las ninfas o su retraso en la unión con el otro sexo en una proporción asombrosa; retraso que acompaña al de la otra parte, hasta el punto de que un sexo podría de alguna manera cumplir el papel del otro.

Pero llega el momento de hablar de Benin, que da muy pocos negros a Santo Domingo porque tienen la costumbre de sacrificar a los prisioneros y hace muy poco tiempo que vemos allí algunos esclavos del reino de Ouaire, que limita al sur con Benin. Estos últimos son sin embargo muy dulces a pesar de su vecindad y tienen ambos un tono más oscuro que los de la Costa del Oro.

Fueron los ingleses quienes hacían casi toda la trata en estos reinos, así como la de Calbar o Galbar cuyos negros, aunque de la altura de los de Ouaire y Benin, son taciturnos y padecen escorbuto porque su país es pantanoso.

En Santo Domingo no se conocen casos de negros de Benin entre los que llegan *moko*, ni gente de Galbar.

También han decidido anunciarlos como ibo para no despertar suspicacias y se hace lo mismo con los negros del río Gabón, que están todavía más al sur que los Galbar, pero que también están enfermos y tienen poca salud.

Los africanos de más allá del Cabo Apolonio donde comienza la Costa del Oro, hasta Galbar, están inmersos en la más tenebrosa idolatría con la que mezclan prácticas que evidentemente son mahometanas.

No existen reptiles por muy repugnantes que sean, que no conviertan en dioses en algún lugar y Bosman, en su viaje a Guinea, relata que habían exterminado a todos los cerdos porque uno de ellos se había comido una serpiente, cuando ese instinto les hace más valiosos aún para los habitantes de aquellas de las Antillas donde las serpientes causan los temores más profundos.

Hemos hablado de los negros más corrientes y apreciados en Santo Domingo y que se capturan mucho; es decir, de los de la Costa del Congo y de Angola, a los que se conoce en la colonia con el nombre genérico de *congo*.

De esta inmensa extensión que comprende del Cabo López al Cabo Negro más de trescientas leguas contadas en línea recta, se reciben algunos *mayombé*, situados en el estecuartonoreste; los congo propiamente dichos que están en el medio; luego los *mousombé* y los *mondongo*, que se capturan al este en el interior y son conducidos al Congo, pero que debemos diferenciar totalmente de los habitantes de la costa de Angola como voy a demostrar.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La trata de los *mayombé* se da especialmente en Malimbe y en Loango; a veces se da en Gabimde; los *malimba* extraídos del reino del mismo nombre son, como todos los congo, de estatura mediana y de un matiz que está a medio camino entre el del senegalés y el de los negros considerados generalmente como negros de la Costa del Oro, aunque estos últimos, situados entre Sierra Leona y el Cabo López estén más al norte que ellos.

Los negros del Zaire, que están entre Gamibde y Ambris, manifiestan en su carácter un tinte de soberbia que no tienen los demás vecinos nativos.

Los auténticos *congo* o *Francia-congo*, sirviéndome de la expresión de Santo Domingo, salen de los reinos del Congo y de Angola y son, como todos los de esa Costa, de una dulzura y una alegría que les hace ser muy buscados.

Aman el canto, la danza y los adornos; son excelentes criados y su inteligencia, su facilidad para hablar perfectamente el criollo, sus figuras festivas y sin marcas, sobre todo en las mujeres que solo tienen unas pequeñas cerca de las sienes que la coquetería no siempre podría condenar, las hace ser las preferidas para el servicio doméstico; también se convirtieron en hábiles obreros y en buenos pescadores.

Muchas mujeres son destinadas a la agricultura, pues que en su país ya estaban acostumbradas y en general viven de mandioca y más aún de plátanos, que les gustan de tal manera que se las designa diciendo: *congo mangé banane* (congo comedor de plátanos).

Son también excelentes imitadores, siempre con la sonrisa en los labios; resultan admirables en un taller donde apelan a la alegría, que no convierte siempre el trabajo en abandono, pero retarda al menos la fatiga que viene a continuación.

Puede ser también que en un país en donde las costumbres no son de una pureza ejemplar, la inclinación de las negras *congo* por el libertinaje haya aumentado la que hay por ellas.

Hay muchos congo que tienen nociones de catolicismo, sobre todo aquellos del río Zaire. Las trajeron los portugueses, pero no han barrido el islamismo ni la idolatría, de manera que su religión es una amalgama bastante monstruosa. Se les puede reprochar ser un poco propensos a la huída.

Todos estos rasgos del carácter de los congo les hacen totalmente distintos a los *mousombé* y a los *mondongo*, sus vecinos. Nunca se ha visto un carácter tan espantoso como el de estos últimos, cuya depravación extrema es la costumbre de comerse a sus semejantes.

También se trajeron a Santo Domingo a estos devoradores de carne humana (en sus carnicerías se despachan tanto vacas como esclavos) y siembran el terror como en África entre los otros negros, en especial entre los congo que, por su vecindad, son los más expuestos a su crueldad. Se les reconoce por sus dientes incisivos limados y sus caninos agudos y desgarradores.

En Santo Domingo hubo pruebas de que los *mondongo* habían mantenido allí su odiosa inclinación, sobre todo en 1786, con una negra partera y hospitalaria en una plantación en los alrededores de Jérémie. Al notar el dueño que la mayoría de los negritos morían durante los ocho primeros días de vida, hizo espiar a la comadrona y la sorprendieron comiéndose a uno de esos niños recién enterrado; confesó que los mataba con ese fin.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Con todo, los *mondongo* parecen bastante sensibles a los reproches de otros negros; se cree que porque ellos mismos sienten el horror de su feroz inclinación. Se sabe, sin embargo, que los congo tratan de hacerse con ellos cuando son jóvenes y que los mantienen a su lado para quitarles los principios que puedan haber absorbido en su país.

Pero en cuanto a esa afición vergonzosa de los mondongo que, sobre todo las mujeres recuerdan con amargura, se sabe que ni en el Congo ni en la Colonia se ha tenido siempre éxito en erradicarla.

No se ven al menos en Santo Domingo, africanos venidos del resto de la costa occidental de África que termina en el cabo de Buena Esperanza. La costa de Angola es en esa zona el límite de la trata para las colonias francesas de América, porque la trata del reino de Bengala es de los portugueses.

Sin embargo se han visto algunos negros de Monomotapa y de Madagascar, pero a causa de circunstancias fortuitas y solo al cabo de algunos años, la costa septentrional de África ha aumentado los agricultores de Santo Domingo con algunos negros mozambique.

Se distingue entre ellos a los *mozambique* propiamente dichos, a los *quiloi*, a los *quiriam*, a los *montfiat*, que son los más aptos para la agricultura y a otros negros llamados también *mozambique*, pero que vienen de puntos más alejados, hacia el cabo de Buena Esperanza y no se puede presumir de haberlos reducido a la esclavitud.

Los auténticos mozambique tiene un matiz que no es exageradamente negro y una estatura más ventajosa que la de los congo, pero la desproporción de los brazos con su cuerpo denota con claridad las dolencias de pecho a las que son proclives.

Muy dulces e inteligentes, tienen un apego entre ellos que les lleva a volver a buscarse y cuando se encuentran, se prodigan toda clase de muestras de amistad.

Desafortunados ya por su complexión débil, muchos de ellos lo son más a consecuencia de una práctica indignante (de la que otros africanos ofrecen a veces pruebas en las islas) que les quita la dignidad humana dejándolos con vida; sobre todo cuando las víctimas involuntarias de ese crimen que quieren a toda costa mantener en secreto, oyen que se les reprocha a ellos, a los que no se puede consolar.

Se sabe que el oriente de la península de África, abastece de miles de esclavos a Asia, donde son destinados a ser eunucos y se asegura que se los envía también a Abisinia y a Arabia.

Tales son los distintos habitantes de África que reúne Santo Domingo, que desde ese momento se convierte en su patria y de la que aprenden una manera de ser que no puede ni aproximarse a la que tenían en sus lugares de origen ni tampoco diferenciarse totalmente.

Hay muchos sitios de la Colonia donde la nomenclatura que he dado es más numerosa; pero esta diferencia es debida únicamente a que los negros, interrogados sobre su lugar de nacimiento, citan el cantón transformándolo en reino, como si se diferenciaran un havrés de un normando y de un francés.

Los africanos convertidos en habitantes de Santo Domingo, son allí indolentes y perezosos, pendencieros, charlatanes, mentirosos y dados al hurto. Siempre entregados a la más absurda superstición, no hay nada que no les aterrorice más o menos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Incapaces de clasificar en su interior las ideas religiosas, hacen consistir todas sus creencias en manifestaciones exteriores.

Si van a la iglesia, farfullan algunas oraciones que no saben bien o se duermen. Tienen sin embargo sus devotos y sobre todo sus devotas, cuyas muecas causarán envidia a ciertas devotas europeas, que no siempre serán capaces de enseñarles algo de hipocresía.

Los negros criollos pretenden, porque han sido bautizados, que son superiores a todos los negros que llegan de África, a los que se llama bozales, término que se emplea en toda la América española; los africanos que son apostrofados con el nombre de *caballos* tienen mucha prisa en ser bautizados.

En ciertas festividades como Sábado Santo o Pentecostés, cuando se bautiza a los adultos, los negros van a la iglesia muy a menudo sin ninguna preparación y sin otra preocupación que asegurarse un padrino y una madrina, que se les indica a veces en el momento y reciben el primer sacramento del cristianismo, asegurándose así el no ser insultados por no estarlo, aunque los negros criollos siempre les llaman *bautizados de pie.*

El respeto de los negros hacia su padrino y su madrina se lleva tan lejos que está por encima del que le tienen a su padre o a su madre. Mentar a la madrina de los negros es insultarlos de la manera más atroz y se les oye gritar, después de largas peleas cuyo rasgo principal, que parece venir del reino de Angola, es adjudicar a la parte que caracteriza el sexo de la madre y de la madrina, insultos a menudo extravagantes: *me ha insultado, pero no ha osado mentar a mi madrina.*

Este ascendente es algo que debe atraer la atención de los amos, ya que en una plantación, por ejemplo, no es raro que un negro, abusando del título del padrino se haga servir por un recién llegado, aumentando así el trabajo de este último, de una manera a menudo perjudicial para su salud, ya que no está aclimatado todavía.

Los negros se llaman entre ellos *hermanos* y *hermanas* cuando tienen en común un padrino o una madrina.

Los negros creen en la influencia aciaga de algunos días, por ejemplo del viernes y se abstienen de emprender algo que creen importante. Si un negro se golpea el pie derecho, está contento, es el pie bueno; pero si es el izquierdo, esto le perturba. Si ha chocado ese pie contra alguien, hace falta darle un golpecito con el derecho: llama a eso devolverle su pie.

Pero lo que le irrita es ver pasar una escoba sobre algunas partes de su cuerpo; pregunta enseguida si le creen muerto y se queda convencido de que ello le acorta la vida.

Los negros creen en la magia y el ascendiente de sus *fetiches* les sigue más allá de los mares. Cuanto más absurdo sea un cuento, más les seducirá. Figuritas grotescas, de madera o piedra representando hombres o animales, son para ellos tan autores de cosas naturales, que les llaman *parapeto.*

Hay gran cantidad de negros que adquieren un poder absoluto sobre los demás por este medio y se valen de su credulidad para obtener dinero, poder y placeres de todo tipo, aun aquellos a los que el miedo no debería arrebatar al amor.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esta servidumbre será menos asombrosa, si se considera que entre los africanos transportados a América, hay quizá una cuarta parte que han sido vendidos después de un juicio de sus compatriotas, que les ha declarado brujos.

¡Dichosa la zona del mundo donde se les envía para expiar su crimen si el de envenenar, que da también lugar a un buen número de juicios de deportación, fuera tan imaginario como el otro!

Esos monstruos que se preocupan de hacer perecer a sus semejantes, no fueron tan comunes en las Colonias como se ha creído durante tanto tiempo, atribuyéndoles todos los males producidos por causas físicas y que dependían del clima.

Pero desafortunadamente sí es muy cierto que viejos africanos profesan en Santo Domingo el odioso arte de envenenar; digo profesan porque tienen una escuela adonde el odio y la venganza envían a más de un discípulo.

En los negros, como en todos los pueblos no civilizados, los gestos son muy numerosos y forman una parte intrínseca del lenguaje. Les gusta sobre todo expresar los sonidos imitativos.

¿Qué hablan de un cañonazo? Añaden *boume*; un tiro de fusil, *poum*; un bofetón, *pimme*; una patada o un bastonazo, *bimme*; los latigazos, *v'lap, v'lap.* ¿Una caída ligera? Es *bap*; fuerte, es *boum*; caer rodando, *blou coutoum*; siempre las veces que se quiere expresar un sonido aumentativo, se repite *loin, loin, loin*, que refleja una gran distancia.

Les gustan los proverbios y las sentencias. Las tienen incluso muy morales. Después de cometer una falta, dicen normalmente repitiéndolo: *¡Ah! ¡si lo hubiera sabido!* Los negros han acuñado este proverbio: *¡como si no te conociera! nunca delante, siempre detrás de ti*, para subrayar que no se reflexiona hasta que ya no hay remedio.

Todos los africanos de Santo Domingo son polígamos y celosos. Los matrimonios entre ellos son muy raros allí y los amos más religiosos se ven casi obligados a soportar estas uniones, que no son sino motivo de escándalo.

La influencia de sus primitivas costumbres y la misma desproporción entre el número de mujeres y de hombres, del que las primeras no son más que la mitad, son las muy naturales causas de esta pluralidad que además favorece el clima.

Los negros maltratan violentamente a las negras que les engañan o que sospechan que lo han hecho; las hay que están más abonadas a esos malos tratos ya que no les disgusta ser infieles.

Las negras también sufren ataques de celos, pero siempre adecuados a sus fuerzas ya que rechazan irritar a aquel al que agobian con sus reproches. Sin embargo, desgraciado el que tenga una amante vigorosa porque entonces ha de temer algo más que la simple amenaza.

Pero en general las africanas, acostumbradas a maridos polígamos, no sienten unos celos furiosos y es bastante normal ver algunas de ellas vivir en una aceptable armonía, aunque amen al mismo hombre. Entonces se llaman entre ellas *marineras*, nombre surgido de una antigua costumbre de los filibusteros que formaban sociedades cuyos miembros se llamaban mutuamente marinero.

Entre estas mujeres como entre las demás, hay una especie de liga contra los hombres y sin quererse ni casi conocerse, se ayudan gustosamente unas a otras si

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

se trata de engañar a un amante. No podríamos creer hasta qué punto les gusta a ambos sexos prepararse para la seducción.

Un rasgo muy distintivo de las negras nacidas en África es su invencible inclinación por los negros. Ni sus costumbres con los blancos, ni las ventajas que ello aporta entre las que a menudo se encuentra la libertad para ellas o sus hijos, ni el miedo a un castigo que el orgullo y los celos pueden volver extremadamente severo, les bastan para controlarse.

Luchan más o menos tiempo o esconden con mayor o menor éxito esta inclinación que siempre acaba por vencer.

Tenemos la prueba en que siempre eligen a un negro para ellas y en cualquier circunstancia y eso destruye sus relaciones con los blancos.

La analogía de los pensamientos, del lenguaje, la perfecta igualdad, la familiaridad que de ello resulta, que no es el menor encanto del amor, son sin duda las causas principales de esta tendencia que una educación primitiva fortalece.

Quizá también (he oído a varias negras confesarlo) las ventajas que la naturaleza o el uso del vino de palma ha dado a los negros sobre los otros hombres en lo que respecta al aspecto físico del amor, tiene una gran influencia en esa elección en la que el blanco no es más que un participante enclenque.

Sin embargo, lo que vale la pena relacionar con los hechos que acabo de relatar, es el amor propio que ponen las negras en ser consideradas criollas. Los negros por su parte no están exentos de este deseo: todos quieren que por lo menos se les considere como llegados a temprana edad a la Colonia.

Como consecuencia de este amor propio, rehúsan servir de intérpretes a aquellos que llegan de su nación bajo el pretexto de haber olvidado su lengua; como hay incoherencias entre los hombres de todos los países, los africanos acostumbran maquinalmente a llamarse entre ellos *navíos* cuando han sido transportados en el mismo barco, lo que les delata.

Otra clase de amor propio, es la causa de que rechacen con bastante obstinación el dar detalles sobre las costumbres de su país porque no se les escapa lo ridículas que resultan. Casi no hay, solo los que han llegado ya viejos, quienes se entretengan a veces o hablen de ello con los niños blancos. Así nos encontramos con que adoran todo, las montañas, los árboles, las moscas de la miel, los caimanes, etc.

Hay una analogía, un gran parecido entre los productos naturales de África y los de Santo Domingo como para que su visión haga asombrarse a los negros cuando desembarcan. Pero casi todos los objetos de arte les llaman la atención.

Entre los que mayor sorpresa les causan está el espejo. El negro se contempla en él y palpa el vidrio y corre rápidamente por detrás para atraparse a él mismo durante un segundo.

Convencido de la inutilidad de este repetido intento, hace mil visajes, mil muecas y se pone en todas las posturas para disfrutar de una imitación que nada puede explicarle. Un reloj le produce otras sensaciones que también le interesan; en el primer momento cree que la causa del movimiento es un animal.

El vino les produce a los negros auténtico terror la primera vez que se les ofrece. Como normalmente es un vino de Burdeos o de la Provenza, de un rojo oscuro, lo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

toman por sangre; este líquido revela el pavor que tuvieron al verse transportados en un barco por los blancos.

Pero nada tan poco duradero como esta impresión del licor báquico, al que acaban siempre por reprochar el no ser lo suficientemente picante para sus paladares y pronto prefieren la tafia,[7] que a menudo les gusta hasta el exceso.

Como lo que me queda por decir de los negros del África es común a los negros criollos, es natural que relate primero al lector las particularidades de estos últimos.

Los esclavos criollos

Los negros criollos nacen con cualidades físicas y morales que les conceden un derecho real a la superioridad sobre los que se han sido transportados desde África; el hecho de que aquí la domesticidad haya embellecido a la especie, abundando en una verdad de la naturaleza, podría quizá ser motivo de dudas en relación a los excesos que se les reprocha a los amos.

Sin embargo es fácil ver que las cualidades de un negro criollo tienen en sí mismas grados de comparación, porque el producto de dos negros criollos, por ejemplo, tiene ventaja sobre el de dos negros *bambara* y de otras combinaciones y cruzamientos de pueblos diferentes; esta última razón es quizá una de las más influyentes.

El negro criollo une a su inteligencia la gracia de sus formas, la delicadeza de sus movimientos, su agradable figura y un lenguaje más suave privado de todos los acentos que mezclan los negros africanos.

Acostumbrados desde su nacimiento a las cosas que impulsan el genio del hombre, su espíritu es menos obtuso que el del africano que por ejemplo a veces, no sabe diferenciar las subdivisiones de la moneda, de modo que quiere obstinadamente la pieza que le han dicho que debe exigir, o rehúsa vender.

No hay nada por lo que no se prefiera a los negros criollos y su valor es siempre, una vez igualado todo, de por lo menos un cuarto por encima del de los africanos. Una predisposición bastante general hace que sean preferidos para las cosas de la casa y para los diferentes oficios.

Es fácil que siendo educados por los blancos o bajo su mirada, se apeguen a estos de una manera más inmediata y que se les destine a ocupaciones menos penosas, a una vida que tenga también más facilidades, sobre todo la de una comida más agradable y abundante.

El desarrollo de los niños negros es normalmente más rápido en los de los criollos que en aquellos que vienen de África a muy temprana edad, sin duda porque la naturaleza sufre siempre una conmoción para aclimatarlos. Los jóvenes negros criollos no se hacen púberes más pronto también que los jóvenes africanos.

Me parece que esa última diferencia se puede atribuir a la precocidad en los placeres que perturban el orden físico y pervierten el orden moral, a los que la negritud criolla se entrega en muchas ocasiones.

[7] Nota de la T.: llamada también guildive, parecido al ron, aguardiente de caña.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sobre todo en las ciudades, la corrupción de las costumbres ofrece ejemplos frecuentes de mujeres que no han sido niñas por mucho tiempo.

También sentiría tener que añadir, aunque es cierto, que esta fatal anticipación es a veces el resultado de un cálculo cuyo provecho es para las madres, para que la sola idea de este tráfico resulte repugnante; porque saben que una negra, no importa dónde haya nacido, se queda toda la vida en una especie dependencia, aunque no le ame, del hombre que siega lo más precioso de las flores y lo que es más extraño todavía, aunque él nunca la haya amado.

No se ha reflexionado lo suficiente en que una de las causas que deben oponerse más a la reproducción de los negros son las maternidades tempranas o los abusos que retardan la época de la maternidad.

Las negras dan a luz con suma facilidad y apenas se presentan los dolores, se preparan para ello. También es muy curioso el ver a una negra volver del trabajo, cargada con una piedra bajo cuyo peso se hincha los músculos y que se de toda la prisa que pueda, con ese fardo voluntario, para llegar al lugar donde debe dar a luz, persuadida de que sin esa compresión no llegará a tiempo.

Desgraciadamente, no existe la preocupación suficiente de tener mujeres instruidas y sabias y no se me puede impedir denunciar aquí a la humanidad y a la razón la costumbre de muchas de ellas de agotar, haciendo penosos esfuerzos a veces peligrosos, las fuerzas de una parturienta bajo el absurdo pretexto de ayudarlas o como ellas mismas dicen, de hacerles *llegar sus dolores.*

Se ven blancas que comparten ese error y que en su ineptitud golpean violentamente a la desdichada a la que agobian los sufrimientos, con el fin de que ese mismo exceso de dolor se convierta en ayuda. Me he preguntado por qué las apologistas de este extraño remedio no se lo han aplicado ellas mismas.

No tenemos suficientes elogios para los sentimientos que el amor maternal ha depositado en los corazones de las negras. Nunca los niños, esas criaturas débiles, tuvieron unos cuidados tan esmerados; esa esclava que encuentra tiempo de bañar cada tarde a sus hijos y ponerles ropa interior blanca, es un ser respetable.

Dan de mamar mucho tiempo y aunque no se les imponga la obligación de hacerlo, la prolongarán; tiene aún mayor mérito que durante la lactancia las madres pasan por ser muy sabias al evitar todo contacto sexual, excepción hecha del padre del niño, que un prejuicio universal dice por el escrúpulo general no poder entender.

La mayor parte de la negras sacrifican al orgullo de ser madres uno de sus encantos más seductores: el de tener un bonito pecho. Tienden a aplastarlo para que se vea que son madres; es muy curioso ver a mujeres afanadas en perder esos encantos que antes trataban de conservar.

Es pues poco habitual ver negras con un pecho bonito; aunque sea ridículo de creer, al menos con respecto a aquellas que están en América, dicen que esos enormes pechos sobrepasan los hombros y los niños no saben cómo agarrarse a esos monstruosos recipientes de leche.

Otra prueba del premio que para las negras significa la maternidad, es la costumbre que tienen muchas de ellas de hacerse llamar por el nombre, como madre,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de su hijo mayor; una negra cuyo hijo se llame Luis, será llamada man-Luis; esa clase de vanidad puede muy bien valer otras.

¡Qué lástima que la incontinencia y a veces las tristes ocurrencias lleven a madres a quitar la existencia a su fruto antes de ver la luz! No me ajustaría a la verdad si callara este ultraje a la naturaleza, que es bastante frecuente entre las negras de las ciudades y sus alrededores y que, unido al mal de mandíbula o *tétanos*, que el odio y los celos saben multiplicar, destruye gran cantidad de seres.

Esos abortos y lo que ya he dicho de la inexperiencia de las parturientas, explican por qué hay tantas negras con enfermedades histéricas, que las viejas matronas agravan más al hacerse curanderas del *mal de madre*.

También tienen las negras una manía general y es que les gusta drogarse. Existe entre ellas el convencimiento de que un médico no tiene talento si no receta muchos remedios; de manera que los reciben de muchas manos, así como la comida porque, según ellas, la medicina de los blancos hace que muchos enfermos mueran a causa de la dieta.

El negro, en salud, puede merecer la cualidad de sobrio, aunque se muestre goloso y hasta tragón en las ocasiones en que puede comer abundantemente. Contentándose con poco en su vida normal, es probablemente el hombre que consume menos alimentos, sobre todo comparándolo con el trabajo que hace.

Alimentándose de casabe, de raíces poco feculentas o de granos que parecen más pesados que nutritivos, busca con avidez la carne y el pescado salado; primero porque corrigen la insipidez de los otros alimentos que la pimienta también retoca y luego, porque comiéndolos a menudo crudos, al menos el pescado, economiza más los minutos de los que dispone.

El negro no tiene para comer otra regla que su apetito. Muy a menudo no hace más que dos comidas, una hacia las diez u once de la mañana y otra hacia las cinco de la tarde.

Le gusta reunir varios alimentos en un mismo plato y también en un mismo bocado. Un *couïs* (media calabaza), un plato si se es más pudiente, contiene todo lo que come; no hay cuchillo, ni cuchara, ni tenedor, solo sus dedos y sus dientes.

Le causa un gran placer comer hablando y encontramos a varios negros juntos cada uno con su plato, o bien lo que cada uno pueda a su vez tomar de un plato común. Es el momento de los cuentos, interrumpidos por grandes carcajadas.

El requiebro, el epigrama, porque el negro es burlón, animan los convites y la hipérbole está admitida, puesto que divierte.

Cuando acaban de comer, se bebe cada uno un enorme vaso de agua, el único en toda la comida. A los negros y a los criollos no les gusta la tafia más que en pequeña medida y los borrachos son más escasos entre ellos que en la misma proporción de europeos que no tienen educación.

Luego se lavan las manos y sobre todo la boca, con un cuidado extremo, especialmente las negras. También es muy común verles con un trocito de madera en la boca, un extremo de liana jabonosa que mascan, primero para formar con ella una especie de cepillo y luego porque les sirve para frotar varias veces al día unos dientes que no están sin embargo tan sanos como blancos, sobre todo los de las negras criollas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esto nos lleva a ver que la limpieza es una de las características de los negros y especialmente de las mujeres; buscan agua sin cesar aun cuando no tengan sino vestidos poco limpios; sus cuerpos están frecuentemente sumergidos en agua viva y corriente; a menos que no tengan que contentarse con agua de lluvia que han recogido o que les proporcionan los pozos.

Esta costumbre tan admirable en un clima caliente, contribuye a aumentar más el frescor de su piel que se sabe que es comparativamente mayor que la de las mujeres de climas fríos.

Así, los turcos que creen merecer que se les mire como buenos jueces en esta materia prefieren (según Bruce), en la estación ardiente, a la etíope de cutis de jazmín que a la esplendorosa circasiana.

También es debido a la limpieza que las negras se imponen ciertas abstinencias periódicas y sería deseable que se privaran también entonces de sus baños de agua fría, porque por la repercusión que tienen causan un principio de obstrucción y otros inconvenientes.

Ya que hablo de abstinencia, no puedo callar una cuyo motivo es el extraño miedo a un castigo que debe, según los negros, convertir en perros a aquellos que hagan el amor durante toda la Semana Santa.

Me ha sido imposible averiguar el origen de semejante creencia y he visto varias veces a una masa de negros abucheando a las personas que creían haber encontrado merecedoras del castigo; pero también el pavor se desvanece en el momento en que el reloj hace que comience el día de Pascua.

A los negros les gusta con una especie de pasión el tabaco en polvo y los de África tienen la costumbre de fumar, que comparten las mujeres. El juego es también una de sus pasiones y los de azar, es decir los juegos de dados o de tres conchitas de las Maldivas llamadas coris, para ganar, es necesario que al menos dos estén vueltas del mismo lado.

Hay pocos negros que entiendan algo de los juegos de cartas, solo de los más extremadamente simples. Les gustan también las apuestas y tienen la ocasión en las peleas de gallos, que crían a ese efecto.

Pero lo que maravilla a los negros, ya sea a los nacidos en África o a los que han tenido por cuna América, es la danza. No existe fatiga tan grande que pueda hacerles renunciar a recorrer grandes distancias, a veces durante toda la noche, para satisfacer esta pasión.

La danza negra vino con los africanos a Santo Domingo y por esa misma razón es común a los que nacieron en la Colonia y que practican casi desde que nacen: le llaman *calenda*.

Para bailar la *calenda*, los negros emplean dos tambores hechos, cuando es posible, con trozos de madera ahuecada de una sola pieza. Uno de los extremos está abierto y se extiende sobre el otro una piel de cordero o cabra.

El más corto de estos tambores es llamado *bamboula* porque está formado a veces por un bambú muy grueso. Sobre cada tambor hay un negro a horcajadas que lo golpea con el puño y los dedos, pero lentamente sobre uno y rápidamente sobre el otro.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

A este sonido monótono y pesado se une el de un número más o menos grande de pequeñas calabazas mitad rellenas de guijarros o de granos de maíz, que sacuden golpeándolas con las mismas manos por medio de un largo mango que las atraviesa. Cuando quieren hacer más completa la orquesta, tocan también el *banza*, una especie de violín rústico de cuatro cuerdas que pellizcan.

Las negras, dispuestas en círculo, regulan el ritmo batiendo las palmas y contestan a coro a una o dos cantantes, cuya penetrante voz repite o improvisa las canciones, porque los negros tienen el talento de improvisar y es eso, sobre todo, lo que demuestra su talento para la burla.

Danzantes y danzarinas, siempre en número par, van al centro de un círculo (que está hecho sobre un terreno liso y al aire libre) y se ponen a bailar. Cada uno elige a una bailarina para figurar ante ella.

Esta danza, que está grabada en mi Atlas y no es muy variada, consiste en un paso en que cada pie se extiende y se retira sucesivamente, golpeando la tierra precipitadamente tanto con la punta como con el talón, de un modo parecido al paso de la *inglesa*.

El bailarín gira sobre sí mismo o alrededor de su bailarina, que también gira y cambia de lugar sacudiendo los dos extremos del pañuelo que agita. Él baja y sube alternativamente sus brazos dejando los codos cerca de su cuerpo, con el puño casi cerrado.

Esta danza en la que el juego de ojos es desconocido, es viva y animada y una cadencia exacta le proporciona una verdadera gracia. Los bailarines se suceden a porfía y a menudo hay que saber interrumpir la danza, que los negros siempre abandonan con disgusto.

Otro baile negro en Santo Domingo que es también de origen africano, es la *chica*, llamado simplemente *calenda* en las Islas de Barlovento, *congo* en Cayena, *fandango* en España, etc... Esta danza tiene un aire que le es especialísimo, donde la cadencia está firmemente marcada.

El talento de la bailarina reside en la perfección con la que puede mover sus caderas y la parte inferior de los riñones, conservando el resto del cuerpo en una especie de inmovilidad que no le hace perder las débiles agitaciones de los brazos, que balancean las dos puntas de un pañuelo o de su falda.

Un bailarín se le aproxima y se abalanza de repente y coge la cadencia hasta casi tocarla. Recula, se vuelve a abalanzar y la provoca a una lucha de lo más seductora. El baile se anima y pronto ofrece un cuadro cuyos trazos, al principio voluptuosos, se convierten enseguida en lascivos.

Sería imposible pintar la *chica* con su verdadero carácter y me limitaré a decir que la impresión que causa es tan poderosa, que el africano o el criollo, no importa el matiz, que la ha visto bailar sin emocionarse, acabará por perder hasta los últimos destellos de sensibilidad.

La *calenda* y la *chica* no son las únicas danzas venida a la Colonia desde África. Hay otra que se conoce desde hace mucho tiempo, principalmente en la parte occidental y que lleva el nombre de *vaudoux*.

Pero hay que considerar al *vaudoux* no solamente como un baile o por lo menos, está acompañado de unas circunstancias que le asignan un puesto en

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Danza de negros



Negros practicando con los bastones

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

las instituciones que se componen, en gran parte, de superstición y prácticas extrañas.

Según los negros arada, que son los auténticos practicantes del *vaudoux* en la Colonia y que mantienen los principios y las reglas, *vaudoux* significa un ser todopoderoso y sobrenatural del que dependen todos los acontecimientos que suceden en el mundo.

Además, este ser es la serpiente no venenosa o una especie de culebra y bajo sus auspicios se reúnen todos los que profesan la misma doctrina.

Conocimiento del pasado, adivinación del futuro, todo lo tiene esta culebra que no consiente sin embargo en comunicar su poder y dar a conocer sus designios más que a través de un gran sacerdote que los de la secta eligen y más aún a través de una negra que el amor de este último ha elevado al rango de gran sacerdotisa.

Estos dos ministros que se dicen inspirados por el dios, o aquellos en los que el don de la inspiración se haya manifestado realmente con los adeptos, llevan los pomposos nombres de rey y reina o el despótico de amo y ama o bien el entrañable de papá y mamá.

Son de por vida los jefes de la gran familia de los *vaudoux* y tienen derecho al respeto ilimitado de sus componentes.

Son ellos los que determinan si la culebra acepta la admisión de un candidato en la sociedad; los que dictan las obligaciones y los deberes que debe cumplir; son ellos los que reciben los dones y los presentes que el dios espera como justo homenaje; desobedecerles, resistírseles, es como resistirse al dios mismo, es exponerse a las más grandes desgracias.

Este sistema bien establecido de dominación por una parte y de sumisión ciega por otra, convoca en determinadas épocas asambleas que presiden el rey y la reina *vaudoux* como se hacía en África y a la que las costumbres criollas han añadido muchas variantes y rasgos que indican ideas europeas; por ejemplo, el chal o el rico cinturón que lleva la reina en esas asambleas y que varían en ocasiones.

La reunión para el auténtico *vaudoux*, el que ha perdido menos de su pureza primitiva, siempre tiene lugar en secreto, cuando la noche extiende sus sombras, en un sitio cerrado y al abrigo de cualquier mirada extraña.

Allí, cada iniciado se pone un par de sandalias y se coloca alrededor del cuerpo una cantidad más o menos considerable de pañuelos rojos o bien aquellos donde predomina este color.

El rey *vaudoux* tiene pañuelos más hermosos y en mayor cantidad; el más rojo le ciñe la frente y es su diadema. Un cordón, normalmente azul, termina de resaltar su deslumbrante dignidad.

La reina, vestida con un lujo sencillo, muestra también su predilección por el color rojo, que es normalmente el de su cordón y su cinturón.

El rey y la reina se colocan en uno de los extremos de la pieza y cerca de una especie de altar sobre el que hay una caja en la que se conserva la serpiente y que pueden ver todos los adeptos a través de los barrotes.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Cuando se verifica que ningún curioso ha penetrado en el recinto, comienza la ceremonia con la adoración de la culebra, con las declaraciones de fidelidad a su culto y la sumisión a lo que ella dicte.

Se renueva ante el rey y la reina el juramento del secreto, que es la base de la asociación y se acompaña de todo lo más horrible que el delirio pueda imaginar para hacerla más imponente.

Cuando los fieles del *vaudoux* están así dispuestos para recibir las impresiones que el rey y la reina parecen hacerles compartir, estos últimos en el tono afectuoso de un padre y una madre sensibles, les alaban la dicha que es el patrimonio de cualquier devoto del *vaudoux*; y les exhortan a tener confianza en él y a manifestarla con pruebas, siguiendo sus consejos sobre la conducta que deben tener en circunstancias especiales.

Cuando la muchedumbre se aleja, todos, según sus necesidades y el orden de antigüedad en la secta, vienen a implorar al *vaudoux*.

La mayoría le pide talento para dirigir el espíritu de sus amos; pero eso no basta; uno solicita más dinero, otro el don de agradar a una desconocida; este de aquí quiere que vuelva una amante infiel; el de más allá desea una pronta curación o una existencia prolongada.

Cerca de ellos, una vieja viene a conjurar al dios para que cese el desprecio de aquel adolescente feliz al que querría cautivar. Una joven solicita amor eterno o repite deseos que el odio le dicta como rival apropiado. No es una pasión que profiere un deseo y el mismo crimen no disfraza casi nunca a los que tienen su éxito como objetivo.

En cada una de esas invocaciones el rey *vaudoux* se recoge; el espíritu obra en él. De repente, coge la caja donde está la culebra, la pone en el suelo y hace que la reina *vaudoux* se ponga encima.

Desde el momento en que el refugio secreto está bajo sus pies, como una nueva pitonisa, el dios penetra en ella, la hace agitarse, todo su cuerpo se convulsiona y el oráculo habla por su boca.

Tan pronto halaga y promete felicidad como truena y estalla en reproches; a merced de sus deseos, de su propio interés o de sus caprichos, dicta leyes sin apelación y lo que ella tenga a bien proferir, en nombre de la culebra, a la tropa imbécil que nunca opone la más mínima duda a lo peor de la más absurda de las monstruosidades y que no hace sino obedecer a lo más conveniente para ella.

Después de que todas las preguntas hayan tenido cualquier respuesta del oráculo, que también es ambiguo, se reúnen en un círculo y se vuelve a poner la culebra en el altar. Es el momento en que le ofrecen los tributos que todos tratan que sean dignos de ella; se meten en un sombrero cubierto para que una curiosidad celosa no exponga a nadie a ruborizarse.

El rey y la reina prometen que los aceptará. Con lo que se saca de estas oblaciones se pagan los gastos de la asamblea, se ayuda a los miembros presentes o ausentes si lo necesitan o se proporciona a la sociedad lo que le haga falta para su gloria o su preparación.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se proponen planes, se detienen pasos y se prescriben acciones que la reina *vaudoux* apoya siempre en la voluntad del dios y que a veces no tiene como objetivo el orden y la tranquilidad pública.

Un nuevo juramento, tan execrable como el primero, obliga a todos a silenciar lo que ha pasado y a aceptar todas las conclusiones; a veces un vaso, que contiene la sangre aún caliente de una cabra, extraerá de los labios de los asistentes la promesa de preferir la muerte a revelar nada o dársela a cualquiera que se haya tan solemnemente comprometido.

Luego comienza la danza del *vaudoux*. Si hay un novicio, esta se abre por su admisión. El rey *vaudoux* traza un gran círculo con una sustancia negruzca y coloca allí al que quiere ser iniciado; pone en su mano un paquete hecho de hierbas, crines, trozos de cuerno y de otros objetos igualmente desagradables.

Golpeándolo luego ligeramente en la cabeza con una paletita de madera, entona una canción africana[8] que repiten a coro los que rodean el círculo; entonces el novicio se pone a temblar y a bailar; lo que se llama *subir vaudoux*.

Si por desgracia el exceso de su éxtasis le hace salir del círculo, el canto cesa en el acto; el rey y la reina *vaudoux* dan la espalda para apartar el presagio.

El danzante vuelve en sí y entra de nuevo en el círculo, vuelve a agitarse y a beber; llega a tener tales convulsiones que el rey *vaudoux* le ordena parar, golpeándole ligeramente en la cabeza con su paleta o con un vergajo de buey si lo juzga necesario.

Se le conduce al altar para el juramento y desde ese momento pertenece a la secta. Finalizado el ceremonial, el rey pone la mano o el pie sobre la caja en que está la culebra y se emociona de pronto.

Comunica a la reina esta impresión y a través de ella, la conmoción se expande circularmente y todos sienten movimientos en los que la parte superior del cuerpo, la cabeza y los hombros, parecen dislocarse.

Sobre todo la reina, es víctima de las agitaciones más violentas; va de vez en cuando a buscar nuevas energías a donde está la serpiente *vaudoux*; agita su caja y los cascabeles que la adornan, para obtener el efecto de cetro de la locura; el delirio va creciendo; aumenta además por el uso de licores espirituosos, que los adeptos no ahorran en la ebriedad de su imaginación y que a su vez la mantienen.

Algunos tienen desmayos y soponcios y otros son presa de una especie de furor; pero todos tienen un temblor nervioso que parecen no poder controlar. Giran sin cesar sobre ellos mismos y los hay que, en esta especie de bacanal, rasgan sus vestiduras y muerden su misma carne; otros, que no están más que privados del sentido y que han caído allí mismo, son transportados, siempre bailando, a una habitación vecina donde, en la oscuridad, una desagradable prostitución ejerce a veces su más horrible tiranía.

8

Eh! Eh! Bomba, hen! hen!
Canga basio tê
Canga moune dé lê
Canga do ki la
Canga li.

Los dos primeros sonidos de la primera línea se pronuncian muy abiertamente y los dos últimos de la misma línea no son más que inflexiones sordas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El cansancio acaba con estas escenas desoladoras para la razón; pero se ha tenido buen cuidado de fijar una fecha por adelantado para volver a celebrarlas.

Es muy natural creer que el *vaudoux* tiene su origen en el culto a la serpiente, al que son especialmente devotos los habitantes de Juida, que dicen que es originario del reino de Ardra en la misma Costa de los Esclavos; cuando se sabe hasta qué punto llevan los africanos la superstición por este animal, es fácil reconocerla en lo que acabo de relatar.[9]

Lo que hay de verdadero y de notable al mismo tiempo en el *vaudoux*, es esa especie de magnetismo que lleva a todos los reunidos a bailar hasta perder el sentido. El prejuicio es tan fuerte a este respecto que ha habido blancos que, al ser encontrados espiando y ser tocados por uno de los miembros de la secta, se pusieron a bailar y consintieron pagar a la reina *vaudoux* para poner fin al castigo.

Sin embargo no puedo dejar de observar que jamás ningún hombre de la compañía de policía, que había jurado la guerra a los *vaudoux*, no haya sentido el poder que obliga a bailar y haya avisado, sin duda, a los mismos bailarines de la necesidad de emprender la fuga.

Seguramente para acallar la alarma que causa en la Colonia este culto misterioso del *vaudoux*, aparentan bailarla en público al son de los tambores y batiendo palmas, celebrando a continuación una comida en la que solo se comen aves.

Pero estoy seguro de que es solamente una estrategia más para escapar a la vigilancia de los magistrados y asegurar mejor el éxito de esos conciliábulos tenebrosos, que no son sitios de diversión y placer, sino más bien una escuela donde los espíritus débiles se entregan a una dominación que por mil razones puede resultar nefasta.

No podríamos creer hasta qué punto es fuerte la dependencia en la que mantienen los jefes *vaudoux* a los otros miembros de la secta. Estos últimos preferirían cualquier cosa a las desgracias con que han sido amenazados si no van asiduamente a las asambleas y no obedecen ciegamente las exigencias del *vaudoux*.

Se ha visto que utilizan mucho el pánico para anularles el uso de la razón en los accesos de frenesí, lanzando alaridos que no parecían humanos y que incitaban la compasión.

En una palabra nada hay más peligroso, según todos los informes, que este culto al *vaudoux* basado en esta idea extravagante, pero que puede convertirse en un arma muy poderosa de la que los ministros de ese ser que se han adornado con ese nombre, saben y pueden todo.

Fijémonos en si el *vaudoux* puede con todo, que también ha dado nombre a una danza. En 1768, un negro de Petit-Goave de origen español, abusando de la credulidad de los negros en las prácticas supersticiosas, les había dado la idea de una danza parecida a la del *vaudoux* pero de movimientos más rápidos.

Para que tenga aún más efecto, los negros ponen en la tafia que beben al bailar, pólvora de cañón muy machacada. Hemos visto a esta danza, llamada *danza de Don Pedro* o simplemente *Don Pedro*, causar la muerte a los negros; los mismos

[9] Los indios malabar adoran también a la culebra, a la que llaman *nalle pambou*, es decir, *buena culebra*.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

espectadores, electrizados por el espectáculo de este ejercicio convulsivo, comparten la ebriedad de los actores y con su canto y una vertiginosa cadencia, aceleran una crisis que de alguna manera es común. Fue necesario prohibir la danza de *Don Pedro* bajo penas graves y, a veces, ineficaces.

Los negros domésticos, imitadores de los blancos a los que les gusta remedar, bailan minuetos y contradanzas; semejante baile es un espectáculo como para desarrugar el ceño del más serio y donde lo extraño de los ajustes europeos toma a veces un carácter grotesco.

La finura de oído de los negros les proporciona la primera condición del músico y vemos que hay un gran número de buenos violinistas. Es su instrumento favorito. Sin embargo algunos lo tocan de oído, es decir, que aprenden por sí mismos, imitando los sonidos de un aire o bien son enseñados por un negro formado de la misma manera, que solo les designa la posición de las cuerdas y los dedos sin tener las notas en cuenta.

Por una costumbre rápidamente adquirida saben, por ejemplo, que el valor del *Si* está en la tercera cuerda poniendo allí el primer dedo y escuchando un aria o bien recordándolo en su cabeza, han aprendido deprisa.

Sin embargo creemos que este método no puede fabricar más que trovadores que no son inferiores a los de Francia, ni en sus sonidos ruidosos, ni en el talento de beber copiosamente, ni en dormir sin dejar de tocar.

Los negros se ejercitan también en el *banza*, del que ya he hablado y además tienen un instrumento hecho de una planchita de alrededor de ocho pulgadas de largo por cuatro o cinco de ancho.

Se hace entrar en sentido longitudinal un trocito de hilo de hierro o de latón, bajo el que pasan transversalmente varias puntas de caña o bambú extremadamente delgadas, de longitud desigual y con una anchura casi igual en todas, que no sobrepasa tres líneas.

El negro, cogiendo con las manos la planchita, apoya las uñas de sus pulgares en el extremo de la punta de caña, que el hilo de latón obliga así a elevarse y resonar. Los de birimbao son sonidos estridentes y monótonos; címbalos triangulares y escalitas completan la música instrumental de los negros.

La tocan de maravilla y es uno de sus grandes modos de hablarse y de prevenirse cuando tienen esa necesidad. Sobre todo en el amor, ese lenguaje es muy útil.

En los lugares más habitados, se oye a veces a varias personas que tocan por la tarde o por la noche; normalmente es una señal que por lo menos comprenden muy bien si no está permitido contestarla siempre.

Porque en Santo Domingo, como antes, las sombras de la noche favorecen los amores y en consecuencia a los amantes. El negro, que lleva en sus venas el fuego de un clima abrasador, va a veces muy lejos a llevarle obsequios al ser amado. No es un obstáculo que su pasión no prospere, ni la fatiga de la víspera, ni el miedo a la de mañana, ni los ríos desbordados; nada le detiene y hay canciones criollas que retratan maravillosamente esta audacia amorosa.

En fin, triunfa sobre un miedo muy poderoso que tienen los espíritus débiles: el de los *regresados*; ese negro antes valiente, que cree en los espectros y en los hombres lobo, corre apresuradamente en la noche porque la esperanza del placer le guía.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Una joven beldad del color del ébano, a quien ha hecho temblar todos sus miembros un cuento de los *zombi*,[10] vela esperándolo, le abre una puerta que sabe mover sin ruido y solo teme haber esperado en vano.

Repito que la fidelidad del negro no es propia de su carácter en ninguno de ambos sexos; es el momento de decir que Santo Domingo ha ofrecido ejemplos de redundancia tan ciertos como que un individuo se encuentra negro y el otro mulato.

Así, los celos de los negros multiplican las querellas que produce la rivalidad.

No creeríamos cuántas víctimas hay a consecuencia de la infidelidad y a menudo los crímenes ocultos van seguidos de una implacable venganza.

A estos frecuentes combates de los negros entre ellos mismos, se añade el efecto del amor propio, que parece haber nacido en ciertas regiones de África o vivir en ciertos cantones de la Colonia y que no es capaz de dejarse adelantar cuando te ha señalado. Este amor propio produce a veces peleas sangrientas.

Se ha visto a varios talleres sumarse a los altercados de algunos de sus miembros o aquellos de otro taller que tiene un dueño de la misma familia, porque la costumbre es que ahora los negros se llamen entre ellos *negrosamos*.

Esas diferencias se dirimen a puñetazos o cabezazos, al menos entre las mujeres, que suplen la fuerza con el encarnizamiento.

Pero otras veces se usan bastones de una madera extraordinariamente dura, que tienen además nudos ligeros y cuyo extremo superior está adornado con un negro; clavitos dorados recubren y rodean el trozo de cuero que lo guarnece hasta un tercio de su longitud, como de diez pulgadas; otro pedazo de cuero le sirve de cordón.

Los negros manejan este bastón con mucha destreza como apuntan a la cabeza los golpes que dan son siempre graves. Los combatientes están pronto ensangrentados y no es fácil separarlos cuando la cólera los arrebata; empieza la lucha cuando cada negro, mojando con saliva su dedo, lo pasa por la tierra para luego llevarlo a su boca y golpeándose después el pecho con la mano y elevando los ojos al cielo, presta en su opinión el más válido de los juramentos.

La policía les ha prohibido esos bastones pero son tan fácilmente reemplazables, que la precaución es poco efectiva.

Ese mortífero bastón sirve también para que brille la habilidad en una especie de lucha. No se puede evitar admirar con qué rapidez son dados y evitados los golpes por dos negros bien adiestrados.

Se amenazan, dan vueltas uno alrededor del otro para sorprenderse, blandiendo el bastón y agitándolo siempre con las dos manos; luego se lanza de pronto un golpe, lo para el otro bastón y los golpes son dados y devueltos alternativamente hasta que uno de los combatientes es tocado por el otro.

Este torneo, que he hecho grabar de un diseño inglés, tiene sus reglas como la esgrima; un atleta nuevo reemplaza al que ha sido vencido y se entrega la palma al más hábil.

[10] Palabra criolla que significa *espíritu que regresa*.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

No es normal hablar de estos ejercicios de los negros, ya sea la danza, ya sean sus torneos, sin decir una palabra del olor que exhalan, que golpea un olfato que debería estar más acostumbrado a él.

Muchas personas lo atribuyen a una costumbre africana, la de untarse con aceite de palma bien para defenderse de los insectos o bien para aclarar el matiz negro o puede que para aligerar la piel y hacerla flexible; pero a menos que no se diga que el efecto de este aceite tiene una influencia que no solamente no cesa con la costumbre de usarlo, sino que pasa a la siguiente generación, es imposible de explicar: 1°. Cómo el africano que no emplea jamás aceite de palma en Santo Domingo, conserva el olor. 2°. Por qué ciertos negros criollos que no se lo han puesto nunca exhalan un olor fétido. 3°. Por qué hay negros totalmente inodoros. 4°. Finalmente, por qué extraña razón el mulato no siempre está exento de este olor.

En vano ciertos individuos buscan combatir con la más extrema limpieza esas emanaciones que tienen dos características muy distintas, ya que unas son fuertes y penetrantes en algunos, mientras que en otros son dulzonas y sin fuerza.

Se distinguen bien unas y otras del olor que exhalan los negros que llegan frotados de aceite de palma gracias a los cuidados de los negreros, que quieren que una piel reluciente anuncie la salud.

Ruego al lector que me permita hacer aquí una observación.

La nariz es el rasgo más relevante de una cara y sirve para caracterizar la fisonomía de las naciones; alargamiento y aplastamiento de la nariz son dos diferencias, dos desviaciones de la naturaleza; pero parecería que la longitud de la nariz debería contribuir a la perfección del órgano, a facilitar las secreciones y que los chatos deberían tener el sentido del olfato menos perfeccionado, menos extendido y ser más propensos a las enfermedades de la nariz.

Los negros, que viven en un continente seco y ardiente cuya sangre es eliminada por una transpiración excesiva, deben tener menos necesidad de ese órgano. Ha debido ser obstruida por falta de uso y el ser chato ha debido convertirse en el rasgo distintivo de la especie.

La belleza, no siendo más que una idea de orden, nace de la costumbre y del parecido general; las negras podrían haber buscado que sus hijos tuvieran ese rasgo nacional aplastándoles la nariz. Parece también que el ser chato va casi siempre acompañado del grosor de los labios ya que la naturaleza devuelve por un lado lo que hace perder del otro.

Los negritos nacidos en nuestras colonias, que tienen el mismo entrenamiento físico y los mismos alimentos que en África, tienen en general la nariz menos chata, los labios menos gruesos y los rasgos más regulares que los negros africanos.

La nariz se alarga, los rasgos se dulcifican y el tono amarillo de los ojos se debilita a medida que las generaciones se alejan de su fuerza primitiva y sus matices de alteración son muy sensibles. He visto negros con una nariz aquilina y bastante larga que pasan ese rasgo a todos los componentes de la misma familia.

El archipiélago de América es, relativamente, una atmósfera templada para los africanos. Los negros son muy sensibles al frío y no pueden estar sin el fuego en las

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Antillas, mientras que los europeos solo únicamente se acercan a las altas montañas, aunque sea solo por la tarde.

Esa temperatura debe hacer disminuir su sudor y la naturaleza busca desembarazarse y restablecer en los niños la evacuación de la membrana pituitaria que, excitando el órgano, le procura la extensión necesaria para su uso.

Los negros criollos presumen de ese rasgo de parecido con los blancos y aparentan ser superiores.

¿Será así porque el humor de la nariz habrá retomado en los criollos su curso normal y que huelen menos, en general, que los de Guinea? ¿Este humor afecta a la transpiración de estos últimos, corrompe más la materia de sus sudores?

Abandono muy gustosamente estas observaciones en manos de los médicos, cuya atención quizá merezcan para que reflexionen sobre que los indios que viven en un país muy caluroso tienen la nariz larga y nada de olor; retomo lo concerniente a los negros de la parte de Santo Domingo.

Una impresión muy viva para los europeos que desembarcan en una de las Antillas y con más razón en Santo Domingo, es ver allí tantos negros. Uno de los efectos de la sombra de este matiz, en la que los claros parecen fundirse, es hacer que los europeos pasen un buen tiempo sin poder reconocer a un negro solamente por los rasgos de su fisonomía en consecuencia, distinguir a uno de ellos de los demás negros.

Confieso que yo también, en todas las ocasiones en que volví de Francia a las Colonias, sentí un poco este apuro, pero pronto se pasa y distingo el conjunto y los detalles de un rostro negro como los de uno blanco.

Todos los afectos, todas las pasiones se plasman ahí con un carácter que le es propio a cada uno de ellas y nada se pierde allí, tampoco el rubor que traiciona la inocencia en favor del placer, aunque esta expresión pueda parecer extraña.

Los niños negros, cuando nacen, tienen una piel cuyo tono rojizo dejaría indeciso su color si un ligero borde negruzco no se hiciera notar alrededor de las zonas que el pudor quiere que escondamos y en el nacimiento de las uñas.

La enfermedad cambia también la piel de los negros; se pone relativamente pálida y la viruela deja en los puntos que ha marcado manchas de un negro más oscuro, aunque no haya hecho un agujero.

El tono oscuro de la piel de los negros es la razón por la que la vejez se deja ver menos en su figura, tanto más al no tener casi barba y porque su cabellera lanosa no blanquea hasta que son muy ancianos.

Este contraste de dos colores tiene algo más chocante todavía que tenemos que destacar, porque todos los negros sienten mucha veneración por sus mayores. Inculcan este sentimiento a sus hijos en su más tierna edad y por la gentileza que ponen en sus solícitos cuidados, desde que tienen edad para procurárselos a sus viejos parientes, vemos que la lección ha sido un éxito.

Añadiría que a los negros les gusta depilarse y usar las tijeras y rasuradores para tener una piel en la que nada sobresalga y esa afición no es siempre solo exclusiva de un sexo.

Se ofrece a veces en Santo Domingo; una de las particularidades más dignas de observación y relativas a la piel negra hablo de los *albinos* o *negrosblancos* como se les

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

llama en la Colonia. Siempre hay unos cuantos allí y no es extraño que las madres de esos seres pálidos tengan un color muy oscuro. Todavía hay en el Cap una albina que en 1783 accedió a prestarse a unos exámenes de los que el lector no será privado.[11]

En la misma época, en el cantón de Maribaroux se veía en la propiedad Théard y Viuda Poirier, a una negra madre de siete u ocho hijos en que los primeros y los últimos, que provenían del mismo padre, eran albinos mientras que los de en medio, que tenían otro padre, eran negros.

[11] Esta albina, criolla de Port de Paix, llamada Margarita Rebecca, hija legítima y única de *Guillermo* Rebecca que tenía un barco de pasajeros de Port de Paix al Cap y de *Úrsula Cornave*, negra, uno y otra criollos de la parroquia de Gros-Morne, nació el 15 de septiembre de 1767. Tenía el 26 de mayo de 1783, 4 pies y 11 pulgadas, líneas fijas y los pies desnudos; estaba bien hecha y era de una gordura proporcionada.

Su cabeza es un poco larga y sus orejas están dispuestas de manera que al cartílago alto sobrepasa los ojos mientras que el bajo del lóbulo no baja más que a la mitad de la nariz, lo que hace parecer muy largas las mandíbulas, sobre todo la mandíbula inferior.

La piel de Margarita es muy fina y deja ver las ramificaciones de los vasos más pequeños que se distribuyen allí y de una blancura sin gracia que se vuelve seca en las extremidades del cuerpo.

Sus cabellos son una especie de lana de un rubio rojizo, bastante agradable de tocar, sus cejas son del mismo tono y raras como las pestañas

Su figura tiene las características de las negras, sobre todo en la nariz achatada en dos belfos espesos y descoloridos.

Tiene un pecho muy bonito y proporcionado a su edad. La sede del pudor y las axilas, están guarnecidas de una manera parecida a sus cabellos y está sujeta desde hace dos años al signo periódico de la pubertad.

No se aprecia en todo su cuerpo ninguna mancha a no ser unos puntitos lenticulares rosados que destacan en el pecho. Sus manos y pies, aunque grandes, no son ni desproporcionados ni deformes.

Sus cabellos, aunque rizados y lanosos, forman bajo el peine una especie de expansión ya que se pueden trenzar en una cola de alrededor de ocho pulgadas a partir de la raíz.

Sus ojos están bien hendidos y suficientemente abiertos para apreciar que el músculo que los levanta goza de toda su fuerza. El blanco del ojo es puro; la pupila y la niña bastante largas; el iris se compone en su interior, alrededor de la pupila, de un círculo amarillo indeterminado; hay enseguida otro círculo mezclado de amarillo y azul, de manera que los ojos son irisados.

Tiene un movimiento oscilatorio muy vivo en el que los dos ojos se alejan o aproximan alternativamente; la nariz de alrededor de dos líneas, con una dirección un poco inclinada; las sienes hacia la nariz, dirección que es común a las órbitas. Asegura sin embargo que ese movimiento involuntario y enojoso de citar, ha aparecido hace poco, después de una grave enfermedad ocular.

Margarita Rebecca es dulce y trabajadora. Lee, escribe (conservo escritos suyos) y suma y resta bien y tiene cuando habla y en su control, la seguridad de una persona de su clase.

Cose de maravilla (he llevado camisas hechas por ella), es alegre y parece no distinguirse de los otros negros más que en los rasgos físicos. Goza de buena salud y ha sufrido recientemente, sin ningún contratiempo, la viruela y la rubeola.

Su apariencia es modesta y decente. Su piel, que se anima con el enorme calor, se colorea también por una especie de vergüenza que siente cuando despierta interés. Practica asiduamente ejercicios piadosos.

Como buscamos siempre explicarlo todo, las buenas gentes que viven con estos *albinos*, repiten lo que se dice en el número 51 de los *Apuntes americanos* de Santo Domingo del 23 de diciembre de 1767, sobre el nacimiento de Margarita Rebecca y que copio.

«Su madre, cuya bondad y conducta son ejemplares, asistía regularmente en las fiestas y los domingos a los oficios de la parroquia de este distrito y se colocaba normalmente frente al altar mayor que representa un *ex voto* de una reina cuya figura bella, expresiva y vivamente coloreada, causaba en ella una impresión tan sugestiva que no podía quitarle los ojos de encima ni aún contemplarla sin emoción. Lo que declaraba constantemente a toda la gente que se le acercaba por curiosidad para ver y admirar a ese extraño y sorprendente efecto de la naturaleza».

El lector puede comparar esta fiel descripción con las hojas recogidas por el señor de Paw sobre los albinos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En febrero de 1788 he visto, a Juan, apodado *Juan el blanco*, en la prisión de Saint-Louis del sur (donde se le recluyó por haber faltado a la revista de las milicias).

Este negro libre, criollo de Cavaillon, era a*lbino* aunque sus hermanas y hermanos fuesen todos negros y se casó con una negra con la que tuvo cinco niños, todos negros.

Que se me permita, ya que hablo de *albinos*, salir un momento de Santo Domingo para observar que en la Martinica, en el distrito de Vauclain, una negra del señor Lambert Donce tuvo gemelos; uno era negro y el otro *albino*.

Esta alteración de la piel de los negros no es la única que hay que resaltar; hay otra que parece estar en medio del negro y el *albino*. Consiste en marcas o manchas más o menos grandes y con tonos que varían entre el rosado y el blanco lechoso.

Todo el mundo conoce lo que ha publicado Buffon sobre una negra piadosa y de la simetría de sus manchas, que es un fenómeno muy raro; se ven a menudo negros marcados así en todo el cuerpo, en una parte y a veces en un miembro solamente.

Entre los negros, es muy hermoso tener la piel de un negro oscuro. Saben que los ojos vivos y los dientes blancos resaltan más en ese fondo oscurecido; la coquetería es de todos los colores. Se ve también en las vestimentas de los negros aunque sean muy sencillas; hagámonos una idea.

A un negro le bastaban una camisa y un calzón y a veces solo el calzón. Esta camisa y este calzón son a veces de la misma tela y otras de telas distintas. El calzón largo o corto es otra combinación; pero en los negros agricultores siempre es corto.

En la camisa, el cuello, los hombros y los puños son a veces diferentes del resto, es una nueva moda. Un negro, a poco que no sea perezoso, tiene varias mudas para los domingos, las fiestas y los días señalados y la camisa y el calzón son blancos.

Un sombrero más o menos bonito, pero casi siempre con las alas recogidas, un mayor refinamiento en la tela, el añadido de una chaqueta y en fin, los zapatos, ya que los negros van con los pies desnudos y se sirven con habilidad de ellos para coger cualquier cosa del suelo con los dedos gordos, como si lo hicieran con los dedos de la mano.

Estos son los distintos niveles que recorre el lujo, a los que hay que añadir, sin embargo, los pañuelos, más o menos caros y que llevan sobre la cabeza, al cuello y en los bolsillos; de manera que ese negro petimetre, puede permitirse un gasto que en Francia no se pagaría ni con diez luises y a menudo su guardarropa vale cuatro o cinco veces eso.

También es propio de los negros, especie de seductores a la moda, igual que entre los blancos, que algunas negras se disputen el placer de hacerlos parecer más elegantes.

Para una negra, una camisa, una falda y un pañuelo que cubre la cabeza, son suficientes para vestirse normalmente.

¡Pero cuántos matices pueden darles, desde la gruesa tela de Vitré de Bretaña, el *brin* y el *ginga*, hasta la tela de Flandes y la batista! Y ese pañuelo que ciñe la cabeza; la moda nunca encontrará algo que se preste mejor a todos los caprichos, a todo lo que tiene de gracioso y de extraño.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Tan pronto es sencilla y no tiene otro valor que el de sus límites, como la forma del peinado exige que diez o doce pañuelos sean colocados sucesivamente los unos sobre los otros, para formar una enorme cofia cuyo peso exige una especie de equilibrio que recuerda la habilidad asombrosa con la que los negros de ambos sexos llevan sobre sus cabezas recipientes llenos de líquido y recorren rápidamente largas distancias sin tener necesidad de sus manos.

¡Qué lujo cuando el menor de esos doce pañuelos cuesta medio luis de Francia! ¡Y sabiendo que hacen falta recambios porque los de arriba no se pueden llevar más de ocho días!

El pañuelo del cuello que debe, por elegancia, ser distinto al de la cabeza, aumenta el gasto y los del bolsillo lo hacen más elevado.

Hay sin embargo muchas negras que, aunque muy bien arregladas, suprimen el pañuelo en sus cuerpos. No tengo que decir que son las jóvenes y en ellas ese pañuelo escondería una bonita cintura y unos hermosos contornos.

Preciosos pendientes de oro cuya forma varía, collares de granos de oro mezclados con granates o bien solamente granates, completan el atuendo y también anillos de oro. Un sombrero bonito con ribetes de castor blanco o negro que tenga una cinta de seda o de oro les da un aspecto más refinado, así como el corsé; por último, la casaca a la manera de los blancos y los zapatos de cuero en forma de chinela y a veces, también medias.

Costaría creer hasta qué punto puede llegar el gasto de una esclava negra; deposita en ella toda su reputación y una de sus más dulces placeres en tener mucha ropa blanca. Nunca tiene suficientes pañuelos ni camisones y una manía que tienen casi todas es la de prestárselos mutuamente.

La mayor prueba de amor que se le puede dar a una negra es hacerle *romper moldes*, es decir, llevarla o enviarla a un comerciante para escoger soberbias muselinas, indianas y perlas con las que se hacen las faldas.

¡Cuántas de ellas saben, con una estudiada táctica, inspirar esperanzas en amantes crédulos, engañados desde hace tiempo cuando perciben que sus regalos no les dan ninguna ventaja!

Se han visto a negras que tienen hasta 100 camisones, que se pueden valorar en no menos de dos mil escudos franceses.

Para ellas es un gran deleite hacer lo que llaman un conjunto, es decir, que en ciertas fiestas solemnes, muchas se visten de una manera absolutamente uniforme para ir a pasear o a bailar. Hacen más a menudo el conjunto con una buena amiga que es su confidente y que les es imprescindible.

Este apego extremadamente intenso es por eso mismo efímero porque, hay que decirlo, las traiciones y las perfidias vienen demasiado a menudo de la buena amiga; cuando llega el odio, no hay insultos que no se prodiguen ni bajeza que no revelen o se inventen y de las palabras pasan enseguida a las manos.

Nos acordamos ahora del viejo adagio: *amistad de mujeres, agua en un cesto.*

No es solamente en las ciudades donde se ve el lujo de los esclavos. En muchos talleres, el que ha manejado el azadón o los aperos durante toda la semana, se arregla

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

para ir el domingo a la iglesia o al mercado y habría dificultades para reconocerlo bajo un atuendo tan fino.

Esa metamorfosis es aún más grande para la negra que se ha puesto una falda de muselina y sus pañuelos de Paliacate o Madrás.

Aseguro aquí que hay muy pocos negros exentos de reproches cuando se les ve cubiertos de harapos; estos se les pueden hacer a la mala administración de los amos y quizá con más justicia todavía, a la administración pública.

Los negros, tal como hacen en la Colonia, muestran en general más bien la valentía de la resignación que la de la bravura; sin embargo en las circunstancias en que se ha necesitado esta última cualidad, han salido airosos de la prueba, bien entendido que los negros tienen entonces a blancos con ellos para tranquilizarlos y para darles confianza.

Su resignación es completa en lo que respecta a dolores físicos y los he visto sometidos a operaciones muy dolorosas en las que ahogaban las quejas. Cuando el crimen les lleva a la muerte, van hacia ella con una firmeza que puede parecer a veces insensibilidad. Los hay en que el alma orgullosa, elevada, rugirá ante la menor bajeza.

La tristeza tiene sobre ellos un gran ascendiente y actúa con la rapidez que se le conoce en todos los climas calurosos, porque la imaginación más activa es también la más fácil de golpear. Se han visto negros a los que los contratiempos y una vida demasiado monótona afectan de manera especial. Citaré dos ejemplos.

En la plantación Glaireaux, en el distrito Morin, un negro llamado *Juan Bautista*, detestando el trabajo de agricultor, imagina para desembarazarse de él tallar con las dimensiones de su brazo derecho un brazo de madera muy dura y durante muchos meses, ejercita a su mano izquierda para cortar el puño del brazo derecho con la hoz.

Cuando ya cree en que su golpe es seguro, pone su auténtica mano derecha, que sin embargo no pudo amputar hasta el cuarto golpe.

Otro negro de la plantación Dubuisson, en la parroquia del Trou (ingenio[12] cuya sabia administración merecería ser puesta como ejemplo en toda la Colonia), quería desertar, ya que padecía enfermedades que eran consecuencia de su libertinaje y cuyo tratamiento le hacía padecer una especie de tormento.

Un primero de año afiló su cuchillo y con un solo golpe se convirtió en eunuco.

No añadiré otros detalles del mismo estilo; se sabe demasiado sobre la facilidad que tienen ciertos africanos para atragantarse con su lengua y de la frivolidad de los motivos que les llevan a emplear ese medio.

Hay gente que habla de la energía de algunos negros y los incluye a todos; se dice que en un breve plazo sería fácil convertirlos en hombres muy ilustrados, cuyo éxito sería memorable para toda la humanidad y en apoyo de esta teoría han aportado hechos que prueban que algunos negros se han distinguido por acciones recomendables de distinto tipo y una especie de conocimiento.

[12] N. de la T.: ingenio en el Caribe hispano es donde se procesa el azúcar en bruto para refinarla.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Otros, al contrario, con pruebas que sostienen sus argumentos, dicen que son de una ignorancia vergonzosa y con una inclinación muy fuerte por el vicio; afirman que los negros son una especie degenerada y envilecida y poco ha faltado para que imitasen ese concilio tan extraño como injusto, donde se debatía la cuestión de si las mujeres tenían alma; ellas, que hacen saber al hombre la existencia de la suya.

La verdad, se dice sin cesar, no está en los extremos; la dos opiniones que cito sobre los negros lo prueba, porque las dos son erróneas.

¿Quién se atrevería a demostrar que la influencia de la educación puede o no extenderse a tal o cual propósito? ¿Quién puede saber hasta qué punto las causas físicas secundan o son contrarias a la educación? ¿Quién puede designar de una manera infalible el sistema de educación que más conviene darle a ese pueblo?

Este problema que es a la vez metafísico, moral, físico y de economía política, no está resuelto ni siquiera empezado por las invectivas, en las que una filosofía falsa acepta todo de una parte y donde la mala fe niega todo a la otra.

El hecho actual es que el negro está en un estado de degeneración real, en comparación con el europeo civilizado.

Este estado es tal que autoriza a sostener que esta degeneración, que quizá es obra de siglos, necesitaría otros siglos para que desaparecieran del todo los efectos generales y un cúmulo de causas y voluntades cuya reunión súbita es difícil de imaginar, por muy seductora que pueda ser esta esperanza.

Los negros no tienen más que una somera idea de cálculo y cuentan con granos de maíz o guisantes, variando las especies y los grosores para indicar las diferentes piezas de la moneda. Nunca tienen una noción exacta de su edad y no se consigue que retengan la época.

Lo que ha sucedido hace diez años les parece tan lejano que lo confunden con una distancia del doble o el triple. Su memoria es muy falible y a menudo les engaña.

Les hacen falta grandes acontecimientos para que recuerden datos y lo que más les asombra de los blancos es la escritura, esa comunicación de ideas; cuando dicen que los blancos les hubieran llamado hechiceros si hubieran hecho este valioso descubrimiento, no están muy alejados de creernos un poco familiarizados con el demonio.

Esta palabra me recuerda lo que algunos negros dicen de su origen.

Según ellos, Dios hizo al hombre y lo hizo blanco; el diablo, que lo espiaba, hizo un ser muy parecido, pero lo encontró negro cuando lo terminó por un castigo de Dios que no quería que su obra fuese confundida con la del espíritu maligno.

Este se irritó tanto con esa diferencia, que le dio un soplo a la copia y la hizo caer de frente, lo que les aplastó la nariz e hizo que se les hincharan los labios. Otros negros menos modestos dicen que el primer hombre salió negro de las manos del Creador y que los blancos no son más que negros cuyo color ha degenerado.

Ya he dicho algo de la opinión de los negros sobre la muerte, de la que hablan todas las fábulas que las viejas de todos los países relatan a los niños. Del fervor que ponen en los funerales, que tienen un carácter diferente cuando se refiere a los blancos o a los negros. Lo que tienen en común son los alaridos, los gritos desesperados y las demostraciones de un dolor lacerante.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Qué lástima que para la mayoría no sea más que una costumbre, que en el fondo no es más estúpida que la de alabar a los hombres en Europa por llevar vestiduras de duelo.

Sus gritos estallan en unos momentos ya previstos de la ceremonia fúnebre y se cita a este respecto una anécdota, auténtica o falsa que, además, retrata bien un entierro al que asisten los negros.

Cuando se escucharon los gritos, una negra que tenía mucho ascendiente sobre los demás, les interrumpió diciéndoles: *pencore crié, mon va ba zot'la voie.* «No sigáis gritando, yo os daré la señal».

Llegados a la fosa, las negras hacen ademán de arrojarse a ella, se debaten para desprenderse de las que las retienen y en esa lucha, las convulsiones y los soponcios son lo habitual.

Si se entierra a un negro, los demás acompañan también al cuerpo; a veces hasta con un tambor, cantando el elogio del difunto y batiendo palmas.

Se fija enseguida un día que deje tiempo para los preparativos, lo que se llama un servicio, es decir, una banquete donde se come bien y se bebe aún mejor y que a veces termina en baile.

Son los parientes, los amigos o los negros compatriotas los que corren con los gastos de esta ceremonia, que solamente es lúgubre.

Tuve la desgracia de perder a un joven negro mondongo llamado Castor, el 29 de noviembre de 1782 y los negros hicieron su servicio el 25 de diciembre. Contribuí a la comida, cosa que hacen muchos amos.

Cuando muere un esclavo que tiene hijos, estos se reparten lo que haya dejado; si no, sus parientes. Si tampoco los hay, se distribuyen los efectos con permiso del amo, a otros negros que tengan hijos; cuando se puede establecer que el difunto tuvo la intención de disponer de su pequeño peculio, su voluntad se considera como sagrada.

El duelo de los negros consiste en vestirse de blanco durante varios días y en tener un pañuelo de cabeza doblado por la mitad, pero descuidadamente, con los dos extremos cayendo por detrás.

No soy muy injusto al decir que las lágrimas de los negros son siempre estudiadas; hay negros que lloran porque su corazón está desgarrado y cuyos ojos se humedecen durante largo tiempo después; hablan de algunos objetos que les eran queridos entre los que se encuentran los amos que han amado y servido con una encomiable fidelidad.

Tengo que hablar ahora del lenguaje de los negros que viven en la Colonia francesa de Santo Domingo. Es un francés corrompido, en el que se mezclan muchas palabras españolas afrancesadas y donde los términos marinos también han encontrado asiento.

Se puede concebir fácilmente que ese lenguaje que no es más que una jerga y es a menudo ininteligible en la boca de un africano viejo y se habla mejor cuando se aprende de joven.

Esta jerga es enormemente afectada, tanto, que la mayor parte de la expresión esta en la inflexión. Tiene también su genio (que se le de esta palabra a un criollo que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cree no profanarla) y es un hecho muy cierto que un europeo, por mucha costumbre que tenga, por mucho que haya residido en las Islas, jamás llega a dominar sus sutilezas.

Sin embargo no ignoro que el lenguaje criollo ha dado pie a numerosas críticas. Hay una muy amarga contenida en una obra titulada: *Viaje de un suizo a diferentes colonias de América.*

Es verdad que se ha utilizado un método muy seguro para criticarlo, que es el hacer de criollo suizo para concluir que ese lenguaje es miserable.

Me sumo a la opinión del autor, pero hay que confesar que su chapurreo no parecerá criollo más que para los sabios, que introdujeron uno del mismo tipo en los teatros y que persuaden a los parisinos de que es el auténtico.

La pretendida carta del suizo nunca fue escrita por él o por alguien que ha querido divertirse con su credulidad. ¡Apelo a los seductores criollos, que han adoptado ese patois expresivo para expresar su ternura!

Hay mil naderías que no nos atreveríamos a decir en francés, mil imágenes voluptuosas que no podríamos pintar adecuadamente en francés y que el criollo expresa o pronuncia con una gracia infinita.

Nunca dice que cuando emplea los sonidos inarticulados hace con ellos frases enteras. El *chia*, el *bichi* que han querido ridiculizar tanto, es un término de desprecio que llena más los sentidos.

Y para que no me digan que he creado maravillas imaginarias, voy a aportar una canción muy conocida que hará ver que el lenguaje criollo no es una jerga insignificante y desagradable. Fue compuesta hace cerca de cuarenta años por el señor Duvivier de la Mahaurière, difunto consejero de Port-au-Prince. Presento, al mismo tiempo, la adaptación versificada por un criollo que, a expensas de su amor propio, no ha buscado sino conservar línea a línea el sentido literal que una imitación libre impediría captar.

Sobre el aire: ¡Quién fuera un helecho![13]

Lisete quitté la plaine,	Lisette, te fuiste de la llanura,
mon perdi bonher à moné;	mi dicha ha volado;
gié à moi semblé fontaine,	mis lágrimas en doble fuente,
dipi mon pas misé toué.	han caído sobre tus pasos.
La jour quand mos coupé canne	De día, recolectando la caña
mon fongé zamour à moue;	sueño con tus dulces encantos;
la nuit quand mon dans cabane,	un pensamiento en mi cabaña, y
dans dromi mon quim`re toué.	la noche te trae a mis brazos.

[13] N. de la T.; al traducir la versión francesa, se pierde la rima.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Si to allé à la ville,
ta trouvé geine Candio,
qui gagné pour tromper fille,
bouche doux passé sirop.
to va crer yo bin sincere,
pendant quior yo coquina tro;
c'est Serpent qui contrefaire,
crié Rat, pour tromper yo.

Encontrarás en la ciudad,
a más de un joven mequetrefe,
su boca te hablará con arte difícil,
una miel dulce pero afectada;
creerás en su corazón sincero.
Un corazón que solo quiere engañar;
la serpiente hace contraerse,
a la rata que va a devorar.

Dipi mon perdi Lisette,
mon pas fouchié calinda,
mon quitté Bram-bram sonnette,
mon pas batte bamboula.
Quand mon contré laut' négresse,
mon pas gagné gié pour li;
mon pas fouchié traval pièce:
tout' qui chose a moin mourri.

Mis pasos, lejos de mi Lisette,
se alejan de la calinda;
y mi cinturón de cascabeles,
languidece sobre mi bamboula.
Mis ojos sobre las demás bellas,
ya no perciben ni la sonrisa;
el trabajo me llama en vano,
mis sentidos están aniquilados.

Mon maîgre tant, com' gnon fouche,
jambe à moin tant comme rouseau;
mangé na pas doux dans bouche,
tafia meme c'est comme dyo.
Quand mon songé toué, Lisette,
dyo toujour dans jié moin.
magner moin vini trop bête,
a force chagrin magné moi.

Delgado como las púas de un rastrillo,
mis piernas son como cañas;
ningún plato me gusta ya,
el licor se convierte en agua.
Cuando pienso en ti, Lisette,
mis ojos se llenan de lágrimas.
Mi razón lenta y distraída,
cede a todos mis dolores.

Liset'mon tandé nouvelle,
to compté bintôt tourné,
vini donc toujours fidelle.
miré bon passé tandé.
N'as pas tardé advantage,
to fair moin assez chagrin,
mon tant com' zozo dans cage,
quand yo fair li mourir faim.

Pero es muy cierto, mi amada,
puedes volver en breve:
¡ah! regresa, siempre fiel,
creer es menos dulce que sentir.
No tardes mucho más,
estoy demasiado triste,
ven a soltar de su jaula,
Al pájaro que muere de hambre.

Esta lengua es en la que, como vemos, se hacen la medida y la rima que a los criollos les gusta componer y los negros entre ellos no tienen otra. Los negros expresan a su manera sus palabras sentenciosas y sus pícaros rasgos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se les oye decir por ejemplo de un charlatán, que su boca no tiene domingo. Queriendo mostrar que el orgullo es una tontería, indican dos puntos opuestos del cielo diciendo: sol que se levanta por allí, por allí se pone. Para expresar que si ese astro tiene un ocaso, no hay vanidad que sea perdurable.

Me limitaré en este momento a lo que ya he dicho sobre esto, lo que concierne a la clase de los negros que incluye de alguna manera a todos los esclavos de Santo Domingo.

Entre estos, se encuentra mezclada la descendencia de los caribe, de algunos indios de la Guayana, de los zorros salvajes del Canadá y de los natchez de Luisiana, que el gobierno o los hombres que violan el derecho de gentes, juzgaron necesario o lucrativo reducir a la servidumbre.

Olvidaba decir que lo que distingue al criollo más negro del africano, es que a la manera de los colonos ingleses, los habitantes de la Colonia francesa hacen estampar sobre el pecho su nombre y los africanos, sus iniciales; mientras que los otros no lo hacen más que en casos sumamente raros en que se les quiere humillar, precisamente porque esta costumbre es excepcional.

La extensión de la Colonia, la vecindad de otra extranjera, todo habrá contribuido a adoptar una precaución que no tiene nada de dolorosa.

Sin embargo, tiene un inconveniente para el africano que pasa de ser esclavo a ser libre, lo que, prolongando el recuerdo de su primera situación, puede en muchos casos sembrar dudas sobre su libertad.

Pero veamos quiénes son estos libertos; tendré muchas ocasiones en la Descripción de una inmensa Colonia de completar el carácter y las costumbres de los esclavos y ahí tendré la ventaja de hacer que las cosas sean más contundentes porque se encontrarán, por así decirlo, en entornos que serán los adecuados.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los libertos

Los libertos son más conocidos universalmente bajo los nombres de *personas de color* o *mezcla de sangre*, aunque esta denominación, interpretada exactamente, designa también a los negros esclavos.

Desde que la Colonia tuvo esclavos no tardó en tener libertos y muchas son las causas que contribuyeron a formar esta clase intermedia entre el amo y el esclavo.

En Santo Domingo los esclavos no eran solamente negros sino también indios y salvajes, que no se distinguían de los negros más que por el color.

La escasez de mujeres, las costumbres de los bucaneros y filibusteros, los atractivos atribuidos a la condescendencia de las negras, hizo que aparecieran los mulatos cuyo tono de piel les clasifica como indios o salvajes como prueba el censo de 1681, en que se les encuentra a todos mezclados y en número de 480; pero entonces no había más libres que los blancos.

Los hombres que sin escrúpulo sometían a la servidumbre a los salvajes e indios, del color de los mulatos, sintieron algo especial por ellos por una especie de acuerdo que solo pudo tener su origen en el afecto paternal y en el amor propio;



Libertos de las Colonias



Lavanderas

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pasó a ser una costumbre que al alcanzar los veintiún años los mulatos salieran de la esclavitud.

Sin embargo habiendo violado más de una vez el interés personal esta convención tácita y habiendo regulado el Código Negro las sucesiones coloniales en cuanto a los esclavos, los mulatos perdieron sus ventajas y no se reconoce realmente como libertos más que a cuyos derechos aquellos había renunciado formalmente el amo y por escrito.

Habían existido libertos parecidos mucho antes de 1685, ya que el edicto del mes de marzo de ese año, preparado por los Consejos Superiores y las Administraciones de las Colonias muchos años antes, hace de la manumisión, suscrita voluntariamente por el amo, una disposición legal y se ve en los censos de comienzos del siglo actual, que había cerca de 500 personas libres de todas las edades y sexos, que a veces se distinguían en negros y en mulatos libres; sin duda porque confundían con estos últimos a los descendientes de los indios y los salvajes, entre los que se ha debido encontrar de la manera más natural a los libertos; las indias y las salvajes desprecian a los negros, mientras que a los blancos les gusta el carácter dulce y fiel y los encantos secretos de estas mujeres.

Si se reflexiona sobre el gran número de motivos que confluyeron para que aumentara la cantidad de libertos, nos quedaríamos sin duda sorprendidos de que no hubiera habido avances en 1703, época en la que no encuentro más que 500 censados.

En efecto, las consecuencias de un concubinato que parecía necesario, una especie de generosidad que a menudo no debía practicarse más que a la muerte del amo, un cálculo hasta interesado, porque a veces se vendía al esclavo a él mismo, el matrimonio de un liberto con su esclava, la propia reproducción, en fin, de los libertos, todo debería haber servido para aumentar esta clase.

Sin embargo aún habría algunos años sin crecimiento sensible; con las libertades testamentarias y habiéndose convertido en más frecuentes las ventas de esclavos consentidas a ellos mismos, se dictó una ordenanza en 1711 que supeditaba la liberación a la autorización de los jefes de la Colonia.

En 1715 había alrededor de 1,500 libertos y harían falta más de treinta años para doblar ese número. Se contaban más de 6,000 en 1770 y el doble diez años después.

Este último crecimiento tuvo su origen en la fuerza que había adquirido la teoría de que, el blanco, padre de un niño de color, debía intentar procurarle la libertad; en el primer efecto de la ordenanza de 1775, prescribiendo nuevas formas para la liberación y entorpeciéndola, se anunciaba clemencia hacia el pasado y con el deseo de reclutar soldados, prometía la libertad a los que se alistaran.

Nunca puede igualarse ninguna argumentación a la que ofrece el momento actual comparado con 1780, ya que las personas de color eran entonces veintiocho mil, lo que significa un total de casi el doble que ahora.

Sin embargo, no puede ser explicado con las razones que acabo de enumerar lo que sucedió en el intervalo de 1770 a 1780, añadiendo primero a esto, que los gastos de mejoras hechos en 1780 y después, convirtieron en numerosas las liberaciones porque había necesidad del producto de su tasa; de manera que después de diez

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

años se pueden contar más de siete u ocho mil y además, nunca habían sido tan normales los matrimonios de libertos con esclavas, ni de esclavas con blancos.

Se reprocha a muchos de estos últimos, sobre todo en la Parte del Sur, el haber contribuido a esta aprobación, que pagaron muy cara, de hacerse maridos de más de una mujer.

Además, como esos matrimonios producían la legitimación de cinco o seis hijos, se aportó un aumento considerable y súbito a la clase de los libertos y fue motivo también de que se reprodujeran con profusión.

La institución de los Cazadores Reales en 1779 dio lugar a otro aumento, haciendo que se buscara mejor a personas de color que no estuvieran censadas, siendo la causa de la ratificación de una libertad poco legal en favor de aquellos a los que se ofrecía el premio en función de su devoción para alistarse en este cuerpo.

Estos fueron los motivos que, combinándose entre ellos, dieron a la Colonia francesa en Santo Domingo los veintiún mil libertos con los que contaba en ese momento.

La primera observación que inspira le existencia de esta clase, es que fue en el seno de Francia donde se hacían leyes para el mantenimiento de la servidumbre de los africanos en América.

Que fue Francia la que soñó con apropiarse de los productos del comercio de la trata de negros, que le estaba prohibida hacer directamente a las colonias; que la ganancia de ese privilegio exclusivo fue para Francia y que los colonos no debían más que a ellos mismos la idea de la libertad, de ese feliz pacto que le devolvía a un esclavo los derechos humanos y que daba al amo el medio de satisfacer su justicia o un sentimiento de generosidad que se convertía en un beneficio para el esclavo, aumentando la fuerza política de las colonias y al que, finalmente, no ha faltado nada para ser verdaderamente respetable, más que la obligación por parte del amo de asegurar la subsistencia del liberto hasta que este pudiera procurársela, si se diera el caso en que la edad o las enfermedades le condenaran a la miseria.

Los libertos, como es fácil de imaginar, son individuos que ofrecen una gran variedad de tonos por su mezcla con los blancos, con los negros y entre ellos mismos; mezcla que, pudiéndose hacer con diferentes combinaciones de tonos, da a su vez comienzo a combinaciones nuevas.

Los dos extremos quedan para los libertos negros por un lado y los demás individuos cuyo color no muestra ninguna diferencia sensible cuando se le compara con el de un blanco.

Para mejor conocer esta escala de colores, voy a repasar los distintos grados de mezcla. De todos los matices producidos por la mezcla de los blancos con los negros, de los negros con los caribe o de los salvajes con los indios occidentales o con los indios orientales.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

I
Combinaciones del blanco

De un blanco y una	negra, sale	un mulato
"	mulata,	cuarterón
"	cuarterona,	mestizo
"	mestiza,	mameluco
"	mameluca,	cuarteronado
"	cuarteronada,	mezcla de sangre
"	mezcla de sangre,	mezcla de sangre que se aproxima continuamente al blanco
"	marabú,	cuarterón
"	griffona,	cuarterón
"	sacatra,	cuarterón

II
Combinaciones del negro

De un negro y una	blanca, sale	un mulato
"	mezcla de sangre	mulato
"	cuarteronada	mulato
"	mameluca	mulato
"	mestiza	mulato
"	cuarterona	marabú
"	mulata	griffo
"	marabú	griffo
"	griffona	sacatra
"	sacatra	sacatra

III
Combinaciones del mulato

De un mulato y una	blanca sale	un cuarterón
"	mezcla de sangre	cuarterón
"	cuarteronada	cuarterón
"	mameluco	cuarterón
"	mestiza	cuarterón
"	cuarterona	cuarterón
"	marabú	mulato
"	griffona	marabú
"	sacatra	marabú
"	negra	griffo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

IV
Combinaciones del cuarterón

De un cuarterón y una blanca sale		un mestizo
"	mezcla de sangre	mestizo
"	cuarteronada	mestizo
"	mameluca	mestizo
"	mestiza	mestizo
"	mulata	cuarterón
"	marabú	cuarterón
"	griffona	mulato
"	sacatra	mulato
"	negra	marabú

V
Combinaciones del mestizo

De un mestizo y una	blanca sale	un mestizo
"	mezcla de sangre	mameluco
"	cuarteronada	mameluco
"	mameluca	mameluco
"	cuarterona	mestizo
"	mulata	cuarterón
"	marabú	cuarterón
"	griffona	cuarterón
"	sacatra	mulato
"	negra	mulato

VI
Combinaciones del mameluco

De un mameluco y una blanca sale		un cuarterón
"	mezcla de sangre	mameluco
"	cuarteronada	cuarterón
"	mestiza	mameluco
"	cuarterona	mestizo
"	mulata	cuarterón
"	marabú	cuarterón
"	griffona	cuarterón
"	sacatra	mulato
"	negra	mulato

VII
Combinaciones del cuarteronado

De un cuarteronado y una blanca sale		mezcla de sangre
"	mezcla de sangre	mezcla de sangre
"	mestiza	mameluco
"	cuarterona	mestizo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

"	mulata	cuarterón
"	marabú	cuarterón
"	griffona	cuarterón
"	sacatra	mulato
"	negra	mulato

VIII
Combinaciones de un mezcla de sangre

De un mezcla de sangre y una	blanca sale	mezcla de sangre
"	cuarteronada	mezcla de sangre
"	mameluca	cuarterón
"	mestiza	mameluco
"	cuarterona	mestizo
"	mulata	cuarterón
"	marabú	cuarterón
"	griffona	cuarterón
"	sacatra	cuarterón
"	negra	mulato

IX
Combinaciones de un sacatra

De un sacatra y una	blanca sale	un cuarterón
"	mezcla de sangre	cuarterón
"	cuarteronada	mulato
"	mameluca	mulato
"	mestiza	mulato
"	cuarterona	mulato
"	mulata	marabú
"	marabú	griffo
"	griffona	griffo
"	negra	sacatra

X
Combinaciones del griffo

De un griffo y una	blanca sale	un cuarterón
"	mezcla de sangre	cuarterón
"	cuarteronada	cuarterón
"	mameluca	cuarterón
"	mestiza	cuarterón
"	cuarterona	mulato
"	mulata	marabú
"	marabú	marabú
"	sacatra	griffo
"	negra	sacatra

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

XI
Combinaciones del marabú

De un marabú y una	blanca sale	un cuarterón
"	mezcla de sangre	cuarterón
"	cuarteronada	cuarterón
"	mameluca	cuarterón
"	mestiza	cuarterón
"	cuarterona	cuarterón
"	mulata	mulato
"	griffona	marabú
"	sacatra	marabú
"	negra	griffo

XII
Combinaciones de los salvajes y de los caribe de América o Indias Occidentales

Como su tono es el del mulato, sus combinaciones tienen exactamente los mismos resultados, a excepción de los cabellos, que son menos crespos en las combinaciones que se acercan al negro a partir del mulato, que son más largos y lisos en las combinaciones que parten del mulato para acercarse al blanco.

XIII
Combinaciones de los indios orientales

Como su tono es igual al del griffo, las combinaciones que resultan de su mezcla, pueden ser comparadas a las de los sacatra. Pero los cabellos de estos indios son largos y lisos y como este rasgo es llamativo en las combinaciones, se les llama indistintamente zíngaros y cuando los cabellos son lanosos, se les confunde con otras combinaciones de griffos a los que se parecen muchísimo.

Hay trece clases distintas en cuanto al tono de la piel, en los individuos que forman la población de la Parte de Santo Domingo.

Ya he hablado de los dos que deben considerarse como elementales y constitutivos de todos los demás, quiero decir el blanco y el negro, con respecto a los cuales al prejuicio colonial adoptó como máxima que cualquier unión que pudiese tener el blanco con una mujer no blanca, no producirá un blanco en su procreación; lo mismo que de la unión del negro con una mujer de color no saldría nunca un nuevo ser que volviera a ser del todo negro.

Es decir, en términos más simples, los blancos mezclados entre ellos solo pueden tener blancos y que los negros no pueden salir más que de negros de ambos sexos.

La tercera tonalidad es la del mulato que se podría casi subdividir en dos; teniendo en cuenta que los mulatos si se les compara entre ellos ofrecen tonos muy

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

diferentes que son exactamente los del cuero rojo y los del cuero amarillo. Todos tienen el cabello crespo.

El mulato pude salir de doce combinaciones porque en este caso, como en los demás, no tengo en cuenta una sola combinación, la de un mulato con una blanca y la de un blanco con una mulata ya que ahí ha cambiado solamente el sexo.

1. El mulato nacido del blanco y una negra y que es realmente la medida proporcional entre los dos.
2. El mulato nacido de un mezcla de sangre y una negra.
3. . . . . " . . . . . cuarteronado y una sacatra.
4. . . . . " . . . . . y una negra.
5. . . . . " . . . . . mameluco y una sacatra.
6. . . . . " . . . . . y una negra.
7. . . . . " . . . . . mestizo y una sacatra.
8. . . . . " . . . . . y una negra.
9. Más oscuro, nacido de un cuarterón y una griffona.
10. . . . . " . . . . . y una sacatra.
11. Nacido del mulato y la marabú y que es de un color cuero todavía más oscuro.
12. El mulato nacido del mulato y la mulata. Se le llama mulato-franco, franco-mulato o casco.

De todas las combinaciones del blanco y la negra, es el mulato el que reúne las mayores ventajas físicas; de todos estos cruces de razas es el que tiene la constitución más fuerte, la más adecuada al clima de Santo Domingo.

A la sobriedad y la fuerza del negro une la gracia en las formas y la inteligencia del blanco. Vive hasta una edad muy avanzada y si la piel se le mancha al envejecer, no tiene más fealdad que la de la vejez y no su caducidad.

Imberbe como el negro, tiene como él el cabello lanoso pero más largo. Indolente, tiene sin embargo pasión por los ejercicios físicos, sobre todo por la equitación que lleva un sexo hacia el otro. Y otra cosa más, es el hombre de ese clima que abrasa, de esa zona donde el hombre parece estar consagrado al placer.

La cuarta tonalidad es la del cuarterón al que su nombre designa perfectamente, ya que es el producto de un blanco y una mulata y no tiene más que una cuarta parte de su color en común con el negro.

El cuarterón tiene la piel blanca pero empañada por un tono de un amarillo muy tenue; sus cabellos son más largos que los del mulato y los tiene rizados.

Muy a menudo los tiene rubios, a menos que sea producto de una de las combinaciones donde el alejamiento del blanco es mayor, porque entonces el tono amarillo es más pronunciado y tiene los cabellos crespos.

Los cuarterones salen de veinte maneras.

1. Del blanco con la mulata.
2. . . . . " . . . . . marabú.
3. . . . . " . . . . . griffona.
4. . . . . " . . . . . sacatra.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

5. Del mezcla de sangre con la mulata.
6. . . . . ". . . . . marabú.
7. . . . . ". . . . . griffona.
8. . . . . ". . . . . sacatra.
9. Del cuarteronado con la mulata.
10. . . . . ". . . . . marabú.
11. . . . . " . . . . . griffona.
12. Del mameluco con la mulata.
13. . . . . ". . . . . marabú.
14. . . . . ". . . . . griffona.
15. Del mestizo con la mulata.
16. . . . . ". . . . . marabú.
17. . . . . ". . . . . griffona.
18. Del cuarterón con la cuarterona.
19. . . . . ". . . . . mulata.
20. . . . . ". . . . . marabú.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Hay cuarterones cuya blancura es tal que hacen falta unos ojos muy entrenados para distinguirlos de los blancos. Es una ventaja que tienen, por ejemplo, sobre todos los demás, aquellos que han nacido de mulatas de color del cuero amarillo y que eran ellas mismas hijas de blancos no morenos y de negras de un color un poco rojizo.

En el cuarterón, la tonalidad ha mejorado considerablemente, pero está lejos de poder ser comparado en la fuerza con el mulato, sobre todo en lo de resistir el clima.

Como está cerca del blanco, es asimismo muy susceptible a todas las consecuencias de las altas temperaturas. Necesita, quizá más que el blanco, una protección contra el sol, cuyo efecto broncea la piel y la mancha de rojeces que adquieren un tono amarillento y que a veces le dan un tono desagradable y macilento.

La quinta tonalidad es la del mestizo que, sobre todo si es hijo de un blanco, tiene una piel bastante blanca y los cabellos largos; pero esa blancura no es viva.

Este mestizo puede salir de seis combinaciones.

1. Del blanco con la cuarterona.
2. Del mezcla de sangre con la cuarterona.
3. Del cuarteronado con la cuarteronada.
4. Del mameluco con la cuarteronada.
5. Del mestizo con la mestiza.
6. Del cuarterón con la mestiza.

Aquí, la observación de aumento blanco en el color con una pérdida proporcional de la fuerza física, debe ser revisada.

El mestizo, sobre todo el que no tiene en realidad más que un octavo de sangre negra, es aún más débil que el blanco, al que se acerca por el tono de piel y por la inteligencia.

El mestizo es imberbe como el cuarterón y está aún más agobiado por el clima. Casi no se reproduce y va siendo una cosa rara el encontrarlos.

La sexta tonalidad es la del mameluco, que no puede ser confundido con el blanco, precisamente porque tiene una blancura mate, descolorida; algo deja traslucir ese tono amarillento y parece que la piel no tiene elasticidad.

Los mamelucos pueden dar solamente cinco combinaciones.

1. El blanco con la mestiza.
2. El mezcla de sangre con la mestiza.
3. El cuarteronado con la mestiza.
4. El mameluco con la mameluca.
5. . . . . ". . . . . mestiza.

Aquí no hay más que un dieciseisavo de sangre negra.

Los mamelucos, que son el producto del mameluco con la mameluca, son quizá muy raros porque solo encontré cuatro en toda la Colonia y este hecho no nos extraña si hemos reparado bien en lo que dije de la degeneración de las personas de color desde el cuarterón.

En séptimo lugar está el cuarteronado, al que en consecuencia, solo se le puede encontrar un treinta y dos de sangre negra.

El resultado:

1. El blanco con la mameluca.
2. El mezcla de sangre con la mameluca.
3. El cuarteronado con la cuarteronada.
4. El cuarteronado con la mameluca.

Aquí hay un fenómeno nuevo y es que los cuarteronados que salen de los blancos y las mamelucas se acercan mucho al blanco por la fuerza y los sobrepasan en longevidad, de manera que parecen estar cerca de los mulatos, los hombres más apropiados para la temperatura colonial.

La octava tonalidad es la de los mezcla de sangre, que comprende todo lo que está por encima del cuarteronado y que tiene, en consecuencia, un sesenta y cuatro de sangre negra pero que se acerca continuamente al blanco.

Esta clase pude producirse de la siguiente manera:

1. Por el blanco con la cuarteronada.
2. . . . . .". . . . . .mezcla de sangre.
3. El mezcla de sangre con la mezcla de sangre.
4. . . . . ". . . . . cuarteronada.

Combinaciones, sobre todo las dos últimas, que nos dan una idea de un sinfín de combinaciones secundarias, pudiendo ser mezcla de sangre en primero o segundo grado y, en fin, en un grado sucesivamente más cercano al blanco.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se necesitan unos ojos muy expertos para reconocer estas últimas mezclas de los blancos puros y se puede decir que, en general, no disponemos sino de la tradición oral o escrita que sirvan de guía para este propósito.

Hay en Santo Domingo mezclas de sangre nacidos de la cuarta generación de mezclas de sangre, siempre con los blancos, de manera que no tienen en las venas más que una proporción de quinientos doce de sangre africana.

Esta proximidad con los blancos los hace tan parecidos a estos, que rechazan el clima al igual que ellos, pero también comparten todas sus ventajas morales y físicas.

Las tres tonalidades que quedan, pertenecen a otra combinación a la que podemos dar el nombre de lateral, porque no se encuentra en la línea que va del blanco al negro o del negro al blanco.

El sacatra, que forma la primera de estas tonalidades y en consecuencia, la novena en el orden general, es un ser menos negro que el negro y de un color más oscuro que el del griffo. Hay africanos que se les parecen en esto: así algunos negros de la Costa del Oro.

El sacatra solo puede ser producido de tres maneras.

1. Por el griffo con la negra.
2. . . . . sacatra . . . . negra.
3. . . . . ". . . . . sacatra.

Esta clase está casi extinguida y aunque fue contemplada como superior al negro, no difiere más que en una manera casi inapreciable, puesto que no tiene más que una parte blanca frente a siete negras.

El griffo es la décima tonalidad. Es en general más oscuro que el mulato, aunque se ven griffos tan claros como el mulato oscuro. Pero lo que es más notable es que un cuarterón, nacido de un blanco y de una griffona, es de un color que no se diferenciaría del de un blanco si no fuera por sus cabellos rizados.

El griffo ha sido tan favorecido por la naturaleza, que es raro ver a alguno que no tenga una figura agradable y un rostro seductor. Tiene todas las ventajas del mulato, pero no hay ninguna de las combinaciones producidas por las mezclas coloniales que pueda ofrecer un resultado tan proclive al fuego amoroso como el griffo y es lo mismo para los dos sexos.

Es un fenómeno, quizá inaudito, que un individuo de esta tonalidad sea casto y sin duda si de ese temperamento imposible de contener, los remordimientos que nacen del placer son más agudos aún, cuando son procurados por esta clase.

Hago notar también que, en general, los griffos tienden a herir el olfato.

Hay griffos que son el resultado de cinco combinaciones.

1. Del negro con la mulata.
2. . . . . " . . . . . marabú.
3. Del griffo con la griffona.
4. . . . . " . . . . . sacatra.
5. Del marabú con la sacatra.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En undécimo lugar están los marabú que, aunque bastante parecidos al griffo, tienen generalmente un color más oliváceo. También están menos inclinados al placer. El marabú nace de cinco maneras

1. Del cuarterón con una negra.
2. Del mulato con una griffona.
3. . . . . ." . . . . . sacatra.
4. Del marabú con la marabú.
5. . . . ." . . . . . griffona.

Alineo en la duodécima tonalidad a los salvajes, caribes e indios occidentales que son realmente muy pocos y que se reducen quizá a algunas mujeres traídas de Luisiana por navíos ingleses que hicieron de ellas sus criadas, porque no se que se las haya empleado en otros oficios.

Un solo rasgo distingue a todos estos indios occidentales, hombres o mujeres, de los mulatos y las mulatas y son sus largos cabellos, extremadamente lisos, de un negro como el azabache. En cuanto a la figura, la tienen triste y menos agradable que la del mulato; sus pies y sus manos son más pequeños.

Mezclados con los negros o los blancos o a los diversos resultados de la mezcla de esos dos colores, no hay diferencia entre su descendencia y la de los mulatos, si no fuera porque los cabellos se mantienen más tiempo negros y lisos.

Pero hay una prueba que nos demuestra que esta clase también se está perdiendo y es que, a pesar de estos hechos concretos, a principios de siglo había más de trescientos salvajes o indios esclavos en el Santo Domingo francés; en 1730 el señor Salvert, gobernador de Luisiana envió aquí a quinientos salvajes natchez para venderlos y se mandaron otros después de Luisiana y de Canadá y no hay ningún matiz ni características exteriores que haga que se reconozca a estos individuos; y deben tenerlas en sus genes.

En fin, en última instancia vienen los indios orientales, que hay que dividir en dos especies. La primera está compuesta por un número muy pequeño de auténticos nativos de las indias orientales.

La otra, de individuos que igualmente han nacido allí y que son también excepcionalmente raros en la Colonia, pero que resultan de la mezcla de los indios con los esclavos africanos llevados a la India. Se distingue fácilmente a esos indios entre ellos, porque los primeros tienen un color oliváceo análogo al del griffo; su nariz es alta y sus cabellos son muy largos, mientras que los otros están más cerca del negro por la piel y los rasgos y por los cabellos, menos largos y sedosos.

Como los unos y los otros se mezclan con cualquier individuo de la Colonia, a veces se conserva su carácter, sobre todo si se aproximan al blanco; entonces, como ya he dicho, se les llama zíngaros. Pero puedo repetir que para ellos, como para los salvajes, su descendencia se confunde con la del africano.

A pesar de la analogía de los matices entre los indios orientales u occidentales y las mezclas del blanco y el negro, no hay sin embargo una diferencia importante en política, ya que esos indios están completamente asimilados a los blancos en derechos y privilegios dado que no se mezclan más que entre ellos o con los

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

blancos y no se les priva de su libertad sino violando las leyes que son positivas, claras y múltiples.

Pero también desde que la sangre africana se uniera a la de un indio o un blanco cualquiera, el prejuicio los degrada a ellos y a su descendencia como mal casados, sin que puedan pretender ningún empleo en ninguna parte, ya que desde ese momento son asimilados a los libertos.

Los detalles en los que he entrado sobre las tonalidades de los hombres de color, deben haber hecho notar que a ese respecto, como con respecto al blanco mismo, hay mil circunstancias y que a menudo dos personas que pertenecen a la misma clase, se diferencian mucho entre ellas por los matices, porque una es de un color de piel más oscuro que la otra.

Puede pasar que la que tiene el color de sus padres, esté en una clase superior, aunque sea más oscura que una persona de clase inferior. Es lo que hará más sensible lo que voy a añadir sobre las distintas tonalidades, comenzando por las más oscuras y omitiendo los dos extremos, porque ya he hablado mucho del negro y se ha visto que los hay tremendamente negros y otros de un negro cobrizo, lo que debe de tener influencia aún con referencia a los mulatos, porque el hijo de un provenzal y una senegalesa será más oscuro que el de un flamenco y una negra foëda.

Para hacerme más inteligible, he supuesto que el blanco y el negro forman cada uno un todo compuesto de 128 partes que son blancas en uno y negras en el otro.

Estarán entonces más cerca o más lejos del uno o del otro y se acercarán o alejarán por la ventaja del término que les sirve de medida proporcional y que aquí debe ser 64.

I

El sacatra, que es el más cercano al negro y que se produce de tres maneras, puede tener de 8 a dieciséis partes blancas y desde 112 hasta 120 partes negras.

SACATRA

	Blancas	Negras
Nacido del sacatra y de una negra.....	8.....	120
" sacatra.....	16.....	112
" griffo y de la negra.....	16.....	112

II

El griffo resultado de cinco combinaciones, puede tener de 24 a 32 partes blancas y 96 o 104 negras.

GRIFFO

	Blancas	Negras
Nacido de marabú y una sacatra.....	32.....	96
" griffo y una griffona.....	32.....	96
" negro y una mulata.....	32.....	96
" marabú.....	24.....	104
" griffo y una sacatra.....	24.....	104

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

III

El marabú tiene en cinco combinaciones de 40 a 48 partes de blanco y de 80 a 88 de negro.

Marabú

Nacido de marabú y una marabú	48	80
" cuarterón y una negra	48	80
" mulato y una griffona	48	80
" sacatra	40	88
" marabú y una griffona	40	88

IV

El mulato en sus doce combinaciones, va de 56 a 70 partes blancas y guarda de 58 a 72 negras. Así hay un mulato más aproximado al blanco que otro, de 14 partes.

Mulato

Nacido de cuarteronado y una sacatra.	70	58
" mameluco	68	60
" blanco y una negra	64	64
" mestizo y una sacatra	64	64
" cuarterón y una griffona	64	64
" mezcla de sangre y una negra.	63	65
" cuarteronado	62	66
" mameluco	60	68
" mestizo	56	72
" cuarterón y una sacatra	56	72
" mulato y una marabú	56	72

V

Las 20 combinaciones del cuarterón ofrecen de 71 a 96 partes blancas y de 32 a 57 partes negras.

Cuarterón

Nacido de blanco y una mulata.	96	32
" cuarterón y una cuarterona	96	32
" mezcla de sangre y una mulata.	95	33
" cuarteronado	95	33
" mameluco	92	36
" blanco y una marabú	88	40

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

"	mestizo con una mulata.	88	40
"	mezcla de sangre y una marabú.	87	41
"	cuerteronado	86	42
"	mameluco.	84	44
"	blanco y una griffona.	80	48
"	mestizo y una marabú.	80	48
"	cuarterón y una mulata.	80	48
"	mezcla de sangre y un griffona.	79	49
"	cuarteronado	78	50
"	mameluco	76	52
"	blanco y una sacatra.	72	56
"	mestizo y una griffona.	72	56
"	cuarterón y una marabú.	72	56
"	mezcla de sangre y una sacatra.	71	57

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

VI

Encontramos en las diez combinaciones del mestizo, de 104 a 112 partes blancas y en consecuencia de 16 hasta 24 partes negras.

Mestizo

Nacido de blanco y una cuarterona.	112	16
mestizo y una mestiza.	112	16
mezcla de sangre y una Cuarterona.	111	17
" cuarteronado	110	18
" mameluco	110	18
" cuarterón y una mestiza.	104	24

VII

Las cinco maneras para producir un mameluco tienen al respecto de 116 a 120 partes blancas sobre 8 o 12 partes negras.

Mameluco

Nacido de blanco y una mestiza.	120	8
" mameluco y mameluca.	120	8
" mezcla de sangre y una mestiza.	119	9
" cuarteronado	118	10
" mameluco	116	12

VIII

Las cuatro combinaciones del cuarteronado van de 122 a 124 partes blancas y de 4 a 6 partes negras.

CUARTERONADO

Nacido de blanco y una mameluca	124	4
" cuarteronado y una cuarteronada	123	5
" mezcla de sangre y mameluca	123	5
" cuarteronado	122	6

IX

En cuanto al mezcla de sangre, formado de cuatro maneras, va de 125 a 127 partes blancas y de una a tres partes negras.

MEZCLA DE SANGRE

Nacido de blanco y una mezcla de sangre	127	1
" cuarteronado	126	2
" mezcla de sangre y una mezcla de sangre	126	2
" cuarteronada	125	3

Las consecuencias generales que se sacan de mis nuevas explicaciones, establecen que siempre se tilda de negro al que no tiene al menos ocho partes de blanco.

Un sacatra está entre	8 y 23 partes
Un griffo, entre	24 y 39
Un marabú entre	40 y 48
Un mulato, entre	49 y 70
Un cuarterón, entre	71 y 100
Un mestizo, entre	101 y 112
Un mameluco, entre	113 y 120
Un cuarteronado, entre	121 y 124
Y un mezcla de sangre, entre	125 y 128

Que es el término de blanco: término al que la descendencia del mezcla de sangre se aproxima sin cesar, mezclándose con los blancos ya que se puede ver que el mezcla de sangre que ha llegado así al octavo grado, tendría 127 partes 63/64 de blanco, contra un 164 de parte negra; u 8,191 partes blancas contra una parte negra, lo que da de diferencia algo realmente minúsculo.

Es verdad que para respaldar la opinión de que, como no se admite la posibilidad de la total desaparición de la huella de la mezcla y quiere en consecuencia que una línea prolongada hasta el infinito separe siempre la descendencia blanca de la otra, se dice que el matiz que se había debilitado durante tres o cuatro generaciones, se aviva y delata la mezcla africana y si no es en el color donde se reencuentra el indicio, es en el parecido de los rasgos, en una nariz chata, en los labios gruesos, que solo muestran la evidencia del origen.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pero este indicio, en el que creer quizá sea más peligroso de lo que se piensa, lo ve el ojo del prejuiciado y si se paseara por toda Europa, encontraría cómo hacer también una nomenclatura coloreada con este sistema, porque ¿quién no ha observado cuando viaja por esa parte del mundo colores bien oscuros y rasgos que parecen pertenecer a África? Seguramente existe ese cuarterón, que es dos veces más blanco que un español o un italiano.

Y cuando se cumple apenas un siglo y medio desde que los dos colores se hayan mezclado en la Colonia francesa, ¿hay ya ocasiones en que nos limitamos a creer con respecto a ciertos individuos, que algunas generaciones de más puedan aportar un acercamiento total en cuanto a los colores, sobre todo en un clima en que la piel misma de un europeo adquiere un tono amarillento cuando está sujeto largo tiempo a su influencia?

Esta época podría ser acelerada por circunstancias particulares como por ejemplo, que el trasplante a un país frío hace que el negro que vive en Francia sea allí menos negro que en las Antillas y he constatado en varios individuos negros o de color que tenían una tonalidad mucho menos oscura en invierno que en verano.

Tengo que decir aquí que, en la evaluación de las partes blancas y partes negras de distintas mezclas, he visto siempre que el negro diere

	Blancas	Negras
.....	0	128
El sacatra, tiene	16	112
El griffo, tiene	32	96
El marabú, tiene.....	48	80
El mulato, tiene	64	64
El cuarterón, tiene.....	96	32
El mestizo, tiene.....	112	16
El mameluco, tiene	120	8
El cuarteronado, tiene.....	124	4
El mezcla de sangre, tiene.....	126	2

Hay siempre que retrotraer las nuevas mezclas a las que las preceden, donde el blanco y el negro están siempre supuestos a actuar en las proporciones que acabo de designar, es decir, que el mulato al que me refiero viene de un blanco y de una auténtica negra que le da las dos tonalidades a partes iguales y así con las otras.

Acerca de esta observación y las tablas donde ofrezco los mínimos y los máximos de cada tonalidad, podemos siempre encontrar el mínimo y el máximo de una mezcla subsecuente.

Así, si un blanco se mezcla con una mulata, de 70 partes blancas que es el máximo, el cuarterón que nacerá tendrá 99 partes blancas, mientras que el mismo blanco mezclado con la mulata con 56 partes blancas que es el mínimo, no tendrá sino un cuarterón de 92 partes blancas.

Se puede uno convencer también por la búsqueda de los máximos y los mínimos, que es totalmente posible que un cuarterón, por ejemplo, sujeto al mínimo, no sea sino igual al mulato sujeto al máximo. En efecto, si un mameluco de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

116 partes blancas ha procreado con una griffona de 24, el cuarterón que nacerá no tendrá más que 70 partes y no será por consiguiente más que igual al mulato de 70 partes; sin embargo en la Colonia, uno será reputado de cuarterón y el otro solamente de mulato.

Se puede encontrar que el individuo de la tonalidad considerada como superior, tiene menos partes blancas que el individuo de la tonalidad llamada inferior.

He aquí un ejemplo. El mulato y la marabú tienen un mulato, que se sitúa por encima del griffo. Sin embargo si ese mulato y esa marabú están los dos al mínimo, uno no tendrá más que 56 partes blancas y la otra solo 34.[14] Este mulato no tendrá entonces más que 45 partes blancas, aunque lo pone por encima de los marabú que tienen hasta 48.

Debemos concluir que lo arbitrario actúa sobre cualquier clasificación y que no podemos ofrecer más que las aproximaciones que he establecido. Sin embargo sirven para subrayar que, en general, lo arbitrario ha aumentado más bien que disminuido la evaluación de las tonalidades; quiero decir que el cálculo matemático hará descender a muchos individuos de una tonalidad a la tonalidad de más abajo y que no la hará subir de esta a la otra; cuando, por ejemplo, nace un niño de un cuarterón y una griffona clara, en lugar de considerarlo marabú, se le clasifica como mulato y así para otras combinaciones.

Estas aproximaciones pueden también presentar ciertos productos inversos, cuando se toma alternativamente el blanco y el negro como término de comparación.

Así mientras que el cuarterón tiene un cuarto del blanco y un cuarto del negro, el griffo tiene un cuarto del negro y un cuarto del blanco; que mientras que el mestizo tiene siete octavos del blanco y siete octavos del negro, el sacatra tiene siete octavos del negro y un octavo del blanco.

Puede que fuera, después de tantas investigaciones sobre las denominaciones sacadas del color, el momento de hacer una reflexión sobre la causa de este en los negros; pero esta disertación en la que no reuniría seguramente más conocimientos que los que hay ya en las publicaciones sobre este tema y me alejaría sin utilidad, me atrevo a decirlo, de mi propósito y serviría solamente para añadir una opinión más a aquellas que han considerado el calor como la causa principal de la tonalidad oscura del negro; causa que pueden acelerar mil circunstancias, aminorar, balancear o destruir, sin que se le permitiera al hombre tener un criterio verdadero sobre este punto.

Siempre es evidente que cualquiera que sea la causa del color del negro, no actúa solamente sobre los humores de su piel, ya que el destinado a la procreación conserva la influencia sobre todas las mezclas en las que él tiene parte, aunque esta influencia colorante no tenga siempre la proporción que presenta un cálculo puramente aritmético.

[14] Porque el marabú puede tener como abuelo a un griffo de 24 partes blancas solamente, lo que reduce a su madre sacatra, nacida de ese griffo y de una negra, a no tener más que 12 partes blancas. Además esta madre y un mulato de 56 partes, no han podido tener más que a un marabú de 34 partes blancas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Contaría a este respecto un experiencia que se puede verificar, como yo he hecho y es que en la combinación de una tonalidad con la misma tonalidad, el color se refuerza; lo que se nota sobre todo en el mulato, nacido de padre y madre mulatos; su piel es más oscura que la de los otros mulatos que sin embargo tienen menos partes blancas que él.

La dificultad está en llegar a los últimos grados de la mezcla hacia el blanco ya que exige más tiempo y lo que he dicho sobre la endeble constitución del cuarterón, el mestizo y el mameluco, debe de convencer de que las tonalidades que más se aproximan al negro son las más comunes.

Así entre los libertos se encuentran dos sextos de negro, tres décimos de mulato o de marabú, de griffo y de sacatra a los que confunden con los mulatos y un último sexto de individuos de tonalidades superiores contando desde el cuarterón incluido.

En la propia opinión de los libertos, hay una gran distancia entre los libertos negros y los otros que, en lo relativo a los negros, parecen reunirse en una sola clase.

Hay que confesar que algunos motivos reales apoyarían esta prevención, si no se la hubiera llevado tan lejos. La primera es que muchas negras son liberadas porque han tenido con sus amos una complacencia que no ayuda al mantenimiento de las buenas costumbres; entre ellas, como entre las que han obtenido la libertad por haber sido nodrizas o por otros servicios reales, hay un gran número que, nacidas en África, son muy inferiores en inteligencia y en ventajas físicas a las negras esclavas nacidas en la Colonia.

También hay muy pocos negros libres cuyas costumbres difieran de las de los negros esclavos. Los que se aparten de ellas serán bien retratados ya que me referiré a ellos como libertos de otras tonalidades.

Los más numerosos, esos mismos que son suficientes para que su nombre sea dado por la costumbre habitual a todo el que no es ni negro ni blanco, son los mulatos.

Ya he dicho que estaban bien conformados, con una complexión agradable y muy inteligentes; pero llevan igual de lejos que el negro la indolencia y el amor al descanso. Estos hombres son capaces de tener éxito en todas las artes mecánicas y liberales y algunos lo han probado de una manera que hubiera debido animarlos a todos, si el no hacer nada no fuera para ellos el bien supremo.

El mulato obrero trabaja cuando la necesidad se ha hecho imperiosa y también su sobriedad, tan grande como la del negro y la naturaleza del clima, le dejan la posibilidad de una larga lucha contra esa necesidad; después vuelve a la ociosidad, hasta que la misma causa le lleva al mismo efecto.

Sin duda, hay excepciones a este rasgo general; se conocen mulatos trabajadores, ocupados en procurarse una grata existencia, al abrigo de la miseria y aún acompañada de goces más o menos agradables; pero la facilidad con la que se les cuenta, apoya la observación general.

El mulato ama el placer, es su único amo, pero un amo despótico. Bailar, montar a caballo, entregarse a la voluptuosidad son sus tres pasiones. Iguala al criollo blanco en la primera y lo deja muy atrás en la última.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En cuanto a su gusto por los caballos, no hace falta más que un hecho para probarlo y juzgarlo y es que en todas las Colonias, el primer insulto que se le dice a un mulato es llamarle *volor choual*, ladrón de caballos.

Se ha hecho del mulato un excelente soldado e infinidad de circunstancias lo probaron en Santo Domingo, sobre todo en las levas de soldados, los Cazadores formados por el señor de Belzunce en 1762 y los Cazadores Reales de 1779, que marcharon al sitio de Savannah en Georgia.

Parece que entonces pierde la pereza, pero todo el mundo sabe que la vida del soldado tiene unos ratos de ocio que atrae a los hombres indolentes.

Es una constante de la zona tórrida que no existe un defensor más valioso que el que vive con poco y se contenta con las raíces y frutas que el clima produce; que no rechaza el sol y al que no le hace falta casi ni vestimenta. Que sube una montaña con agilidad, que sabe subirse a un árbol y que caza con éxito porque casi nunca falla un tiro.

No se pretende, sin embargo, una disciplina que se extienda hasta el cuartel. Un mulato soldado podrá ser encontrado en las llamadas del día, puede que asimismo en las de la tarde; pero en vano se le intentará quitar le libertad de sus noches: pertenecen al placer y no les compromete ningún trato que hayan hecho anteriormente.

Son los mulatos los que de ordinario persiguen a los esclavos fugitivos y ahí se ve su superioridad local sobre todos los demás soldados, porque al quitarse los zapatos, tienen las mismas ventajas que el esclavo que utiliza sus pies desnudos, para subir hasta las rocas o para descender por rápidos acantilados.

El mulato ama el ornato: la chaqueta, el pantalón de tela fina, el sombrero de alas recogidas; los pañuelos para la cabeza y el cuello le son muy queridos. En los días señalados a menudo se pone medias y uniforme; siempre va elegante aunque vaya vestido de cualquier manera. Casi imberbe, parece joven durante mucho tiempo, hasta que al final el blanco de los ojos amarillea y anuncia el avance de la edad.

Esta trae cabellos blancos y manchas en la piel que a veces se ven aparecer en algunos bajo el nombre de *lotas*, que presagian una alteración cutánea cuyas características son la fealdad y la deformidad. Sin embargo en ese estado que provoca el asco, el mulato todavía tiene una larga carrera de todos los seres de Santo Domingo; es el que tiene una vida más larga.

Todas las ventajas que la naturaleza le proporciona al mulato, se extienden a la mulata. Lo que escribí para retratar a los criollos blancos le cuadra perfectamente, si nos referimos a la elegancia en las formas y a la facilidad de movimientos. Pero lleva más lejos esa languidez que anunciaría la debilidad, si no lo desmintiera el lenguaje de sus ojos.

Acompaña a su paso lento movimientos de cadera, de balanceos de cabeza; ese brazo que cuelga a lo largo del cuerpo sujetando un pañuelo; un trocito de raíz, convertido en una especie de cepillo que frota frecuentemente el esmalte de los dientes más hermosos, se reconoce en todo ello a una sacerdotisa de Venus, al lado de la cual las *laïs* y las *frinés* hubieran visto desvanecerse su fama.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El ser entero de una mulata está entregado a la voluptuosidad y el fuego de esta diosa arde en su corazón para no extinguirse más que con su vida. Ese es su culto, sus normas, todos sus deseos y toda su felicidad.

No hay nada que la imaginación más inflamada pueda concebir que ella no haya ya presentido, adivinado y hecho realidad.

Dar gusto a todos los sentidos, entregarlos a los más deliciosos éxtasis, suspenderlos con los más seductores arrobos: he aquí sus únicos estudios; la naturaleza, en cierto sentido cómplice de sus placeres, le ha concedido encantos, sensibilidad y hechizos y lo que es más peligroso aún, la facultad de experimentar, mejor aún que con aquel que los comparte, los placeres relatados por Safo de Lesbos.

Recordaremos que he citado a las mulatas como las criollas más precoces. Esta particularidad, su disposición natural, la seducción a sus semejantes y el efecto de una reputación que se extiende a toda su clase, son otras tantas causas que las abocan a la incontinencia.

Da pena ver hasta qué punto ese desorden ha aumentado y a veces el tiempo que separa la infancia de la pubertad que pertenece por así decirlo, a ambas etapas, no se respeta apenas. De ahí surgen todos los males entre los que no es el menor impedir la reproducción o no tener más que criaturas débiles y frágiles.

En las mulatas, el lujo es llevado a su extremo y desde 1770 ha hecho unos progresos que parecían increíbles a los que han podido comparar las dos épocas. Hay que observarlo siempre en las ciudades para hacerse una idea exacta.

Ese lujo consiste casi enteramente en la vestimenta ya que nada es más normal y más fácil que instalar a una mulata; consiste en ponerle una casa de una o dos piezas o habitaciones todo lo más.

Una de las piezas le sirve de salón; a menudo solo tiene las paredes empapeladas; un espejo, una mesa, un bonito aparador con porcelanas, bonitas sillas de paja pintadas o de mimbre; en eso consiste el mobiliario.

En la segunda hay las mismas cosas pero de otro gusto; luego una cama cubierta con una colcha bonita y con una altura de 4 o 5 pies a tono con la moda en la Colonia; uno o dos armarios del más hermoso acajú y una cama de reposo de la misma madera, cuyo uso no es un problema insoluble.

Si la casa no tiene más que una pieza, todo lo que acabo de detallar está reunido allí y una cocina y los aposentos de los esclavos completan la vivienda de una liberta.

Hemos visto algunas, sin embargo, que han ido más lejos y que tienen mansiones suntuosas, pero este tipo no es común en Santo Domingo aunque se haya hecho famoso el nombre de una cortesana mulata que disfrutó mucho tiempo del placer, la curiosidad y la fortuna.

Como todos los criollos, las mulatas comen sin horarios fijos y viven con una notable frugalidad que, sin duda, contribuye a su conservación. Una vez más, se reserva todo para los vestidos.

Todo lo que la India produce de más hermoso y más precioso en muselinas, pañuelos, tejidos y telas, toma las formas de la moda para embellecer este sexo de color. Ricos encajes, joyas cuya cantidad más que la clase, aumenta el valor, son empleadas con profusión; el deseo por esos objetos costosos es tan insaciable

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que se ve un gran número de mulatas en Santo Domingo que se podrían cambiar completamente de vestimenta todos los días del año.

Desde el simple salto de cama hasta el vestido ligero que las blancas llevan con descuido, todo entra en el arreglo de las diferentes mulatas, según el grado de fama que hayan alcanzado y el precio con se pagan sus favores.

Sus primeros impulsos van hacia el lujo y creen que han sido iniciadas en ciertos misterios, ya que el amante favorecido adorna su conquista y ese lujo es la señal de una nueva pérdida para la virtud.

A esa afición por multiplicar los vestidos y las joyas se une lo que debe de aumentar considerablemente el gasto, que es el defecto del trabajo para conservarlas; es esta prodigalidad la que hace que las cosas más caras sean como desdeñadas, empleándolas aún cuando su uso es un auténtico exceso, o rechazándolas porque ya se han usado algunas veces.

Casi nunca una mulata cogerá la aguja, que maneja como un hada, para prolongar la duración de un conjunto que ha costado muy caro; su orgullo le dice que debe ser remplazado por otro y hace lo mismo que para adquirir el primero.

Lo que ya he relatado hasta aquí de las mulatas ha sido suficiente preparación para escucharme decir que sus acciones van acompañadas de la mayor publicidad. La mayoría viven con un blanco donde, bajo el inmerecido título de amas de casa, tienen todas las funciones de una esposa pero sin estar dispuestas a cumplir con los deberes que ese título conlleva.

Las otras tienen alojamiento propio, que significa otra escuela donde el saber se adquiere prontamente a expensas de la inocencia, de la bolsa y muy frecuentemente, de la salud.

A este respecto hay que subrayar dos particularidades. Una, que el veneno del amor es más activo en las mulatas que en las otras mujeres a excepción de las griffonas; la segunda, que a pesar de los males que padecen por el exceso de placeres, se las ve a menudo y siempre con sorpresa, coger, hacia los treinta y cinco años un sobrepeso que reproduce muchos de sus encantos y que les da derecho a gustar todavía.

Sin embargo sería poco razonable pensar que esta especie de palingenesia,[15] sea la partición de todas las que tienen necesidad de ello; pero se puede asegurar que esa edad que en los climas templados, significa la destrucción de la existencia de las mujeres pródigas, no es más funesta para las mulatas que para las demás mujeres que no han hecho el mismo cálculo.

No haría falta llegar tampoco a la conclusión de que lo que he dicho de las costumbres de las mulatas, no incluya a las que conocen la virtud. Sí, se ven algunas cuya conducta merecería que fueran tomadas como modelo; que tendrían que ser más elogiadas por haber resistido al ejemplo de sus semejantes, a las seducciones sin número que las rodean; tanto más cuanto el prejuicio les niega la consideración, que es el justo premio a tantos sacrificios y de una lucha en la que hace falta más de una clase de valentía para salir airosa.

Pero esas excepciones, desafortunadamente, son muy raras. Son ellas a las que buscan los blancos o los hombres de su clase para hacerlas sus esposas.

[15] N. de la T.: regeneración, renacimiento de los seres después de la muerte.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia





Vestidos de las libertas y de las esclavas de las Colonias

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Cuando se unen a estas últimas, hay que darles un premio más por no haber imitado a un esposo cuyo patrimonio no es la fidelidad y por sufrir con más menos resignación, los malos tratos que estos les prodigan y que debemos achacar a un defecto en su educación y a una inclinación celosa.

Generalmente las mulatas están casi condenadas, en verdad, a ser cortesanas y en eso se las asocia con las mujeres esclavas. Ese comercio ilícito que ofende a las costumbres y a la moral religiosa está considerado, sin embargo, como un mal necesario en las Colonias donde las mujeres blancas son minoría, sobre todo en la de Santo Domingo, donde esta desproporción es todavía más grande.

Parece que previene otros vicios mayores: la debilidad de los amos por las esclavas hace más llevadera la esclavitud. De alguna manera, se está autorizado a decir que el calor del clima enciende los deseos y que la facilidad de satisfacerlos volverán siempre inútiles las precauciones legislativas que se quieran tomar contra ese abuso, ya que la ley calla donde la naturaleza habla imperiosamente.

Hay que tener también en cuenta que el ejemplo de las mujeres esclavas, influye en las costumbres de las que son libres. Las negras venidas de África, donde la poligamia está autorizada, saben que pueden mejorar su suerte y la de sus hijos por su ilegítimo comercio con los blancos; es suficiente para que sean condescendientes.

Así la influencia del clima, el gusto por el lujo, el alejamiento de los esposos de su clase, que son los maridos más desconfiados y más despóticos, es lo que lleva a las mujeres de color a huir del matrimonio y entregarse a un concubinato lucrativo al que deben su libertad y que satisface mejor sus inclinaciones voluptuosas.

La causa de que las mulatas libertas sean tan numerosas es el concubinato de los blancos con las negras; las mulatas libres tienen muy pocos hijos precisamente por el género de vida que han adoptado.

En segundo lugar los cuarterones logran adaptarse al clima con dificultad, ya que este es menos favorable para los niños cuya tonalidad se aproxima al blanco. En fin, la corrupción de las costumbres, que trae consigo todos los vicios, hace que las mulatas teman la maternidad. De ahí los medios y quizá los crímenes para evitarla.

No sería caer en un error sostener que si las mulatas libres no fueran reclutadas por los hijos de los blancos y de las negras, esa clase tardaría mucho menos tiempo en desaparecer que el que le ha hecho falta para llegar al punto donde está ahora.

La educación física de los niños de color es completamente igual a la de los niños blancos y produce las mismas ventajas en cuanto a estatura y falta de defectos corporales. Las mujeres de color sienten por sus hijos una ternura que es extraña aún en sus efectos, pero no me atrevería a decir que esté acompañada de tantos cuidados como en el caso de las blancas y de las negras.

Estas mujeres son muy mandonas y temibles, aunque sea muy normal ver a mulatas libres que viven en la familiaridad más grande con mujeres esclavas: pero no forman parte de ellas.

Observo a ese respecto que esa familiaridad, a veces fundada en el parentesco, tiene muy a menudo su causa en los regalos que las libertas reciben de las esclavas, que tienen como amantes a sus amos o a otros blancos y que les proporcionan los medios para ser generosas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En general, las mulatas obtienen grandes ingresos de los esclavos con los que mantienen relaciones de diferentes tipos, sin sentirse humilladas por ello.

Un rasgo muy notable es la fidelidad y el secreto con los que las mujeres de color son servidas por sus negras ya que un prejuicio muy extendido les prohíbe tener esclavas de tonalidades mezcladas.

Una negra, aún la más maltratada, no consiente casi nunca en traicionar a su ama ni en escuchar a un hombre al que aquella concede sus favores. Si al final sucumbe, lo hace temblando y deseando que la casa, o al menos el altar donde su ama sacrifica en honor del placer, no sea el lugar en el que ella misma se entregue a su vencedor.

Este efecto del miedo es tanto más especial por cuanto no tiene cabida entre las sirvientas de una esposa blanca.

Es fácil persuadirse de que hay, entre las mulatas y las blancas, una antipatía que tiene su origen en el convencimiento de que sus fines son contrapuestos. Unas quieren esposos, las otras quieren impedir que lo sean o, al menos, actuar como si no lo fueran.

De ahí ese odio que manifiestan en sus actos y en su forma de hablar; de ahí las uniones desafortunadas, la ruina de muchas familias e incluso también el extravío por parte de los blancos en sus conductas, a quienes el deseo de venganza aconseja imitar en algo a aquellas que son la causa de sus males.

Un hecho muy recurrente es que muy pocas mujeres de color rehúsan sus favores a un blanco cuando se casa, sobre todo si él sacrifica por esta infidelidad, a una esposa cuyas gracias deberían de haberle salvado de una preferencia que nada puede excusar.

Sin embargo, ¡es difícil creer que las mulatas sean tomadas como modelo por las blancas en su compostura descuidada y que están entre aquellas que tienen, con las primeras, conversaciones donde una curiosidad siempre desplazada y que no está exenta de peligros, no se satisface más que a expensas de la decencia!

También resulta sorprendente ver que en sus actitudes, sus pasos y sus gestos, muchas de las jóvenes criollas se dedican a imitar a las mulatas de las que tanto se quejan por tenerlas como rivales y cuyo orgullo hacen así aumentar.

Ese orgullo consiste, sobre todo, en mostrar sus triunfos y en la Colonia sería muy difícil que algo se mantuviera en secreto; además, las mulatas se disputan las victorias entre ellas mismas y en sus riñas se pondrá todo al descubierto, si hubiera algo escondido todavía.

La publicidad, vuelvo a repetir, es uno de sus más dulces gozos y en el placer que en ello encuentran se debe la costumbre de verlas salir de sus casas cada día a la hora de acostarse, iluminadas a menudo por un fanal llevado por un esclavo, para ir a pasar la noche con aquel que más aman o que les paga mejor.

Las mulatas experimentan una especie de desprecio por los mulatos y aún en sus bailes, que se parecen a los de los blancos, no quieren otros hombres que los blancos. Pero aseguro que una mayoría de ellas, simulan este desprecio y que más de una tiene como favorito a un mulato, al que embellece secretamente con lo que recibe de un blanco quien, juraría si hiciera falta que su bien amada tiene una aversión insuperable por los hombres de color.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Duda mucho menos, porque su bien amada es una tigresa celosa y ¡cómo suponer que una mujer finja un sentimiento que no siente!

Hay mulatas, cuya celebridad no garantiza la posibilidad de ofender el olfato, a las que traiciona el uso de perfumes. Pero este defecto no es lo más usual. Aman la más exquisita limpieza y utilizan los baños constantemente. Tienen a ese respecto una costumbre que favorece más la belleza que la de las blancas, ya que siempre emplean el agua fría.

A esta costumbre, que da tono a sus carnes y a sus fibras, deben sin duda el parecer jóvenes por más tiempo y el no ser tan etéreas como habitualmente; ellas, que de todas las mujeres son las que tienen el sistema nervioso más trabajado por el magnetismo del amor, ellas que aman las flores con pasión y que se adornan con ellas y que con ellas aromatizan sus camas y sus armarios y que, sabiendo perfectamente que su perfume despierta la voluptuosidad, sienten un gran placer en hacer ramos para aquel al que aman.

Es poco frecuente que una chica de color vaya por la noche a encontrarse con su amante, sin haberse sumergido antes en agua fría o sin haber hecho que sus esclavos la viertan en grandes cantidades, desde sus hombros hasta sus pies (ya que el peinado está hecho para durar dos o tres días sin quitarlo de la cabeza); llega así con la frescura y la dureza del mármol.

Todo lo que se acaba de leer sobre los mulatos de ambos sexos es aplicable, en general, a personas de color de tonalidades blancas, bien entendido que exceptuamos lo que tiene que ver con la fuerza de temperamento, con la capacidad para el placer y con la prolongación de la vida.

Hay que recordar siempre que el cuarterón, el mestizo y el mameluco son inferiores a los mulatos en todos los aspectos y que, a partir del cuarteronado volvemos a encontrar el físico del blanco.

Las personas de color son buenas en general y susceptibles de que su alma se eleve; las mujeres son compasivas con los pobres y sobre todo con los enfermos hasta un punto que no se puede alabar lo suficiente.

La falta de educación y la imitación de los vicios y los ridículos de los blancos que llevan al extremo, son sus más grandes defectos. Son muy hospitalarios y si pudieran vencer su indolencia las colonias tendrían en ellos a seres muy valiosos.

Se les pueden reprochar crímenes, pero son hombres; hombres a veces todavía demasiado próximos a la esclavitud para que debamos sorprendernos.

El éxito de muchos de ellos, cuya infancia se ha cultivado en Francia, prueba que rebajarlos, como hacen ciertas personas, es estar ciegamente de acuerdo con el prejuicio, mientras que la torpeza de muchos otros, sus costumbres y su ineptitud actuales causan la mayor crítica de la opinión de aquellos que quieren que se les crea superiores a los blancos.

Me queda por decir que en medio de los esclavos hay también personas de color de todas las tonalidades. Los hay que han sido empleados en otros oficios que no son los puramente domésticos; solo hay que fijarse en los mulatos.

Esos esclavos se creen superiores a los negros libres a causa de su proximidad al blanco por su color y sus costumbres; son, de alguna manera, una forma intermedia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

entre la esclavitud y la libertad o, más bien entre la esclavitud extremadamente suavizada y la libertad tácita de la que disfrutan muchos esclavos de todos los colores que, ya sea por la condescendencia de sus amos, ya sea porque la administración pública cierra los ojos ante estos abusos, son reputados como libertos sin serlo. Pero los he definido hablando de aquellos para los que son una especie de auxiliares.

Se llama *malcasados* a los blancos cuyas mujeres no son blancas. Hay que mirarlos como un nuevo intermedio entre los blancos y las personas de color.

Pertenecen sin embargo a estas últimas por sus casamientos. Mil ocasiones diferentes me llevarán todavía, en el transcurso de esta Descripción, a ofrecer los rasgos que pertenecerán a los libertos, entre los que una liberación más o menos antigua y un mayor alejamiento del color del negro son prerrogativas que invocan, al menos en secreto.

Pero lo que deseo que el lector retenga, es que me serviré indistintamente de estas palabras, *personas de color* y *mezclas de sangre* para designar a todos aquellos que no son ni blancos ni negros y que entenderé por libertos a todo el que no sea ni blanco ni esclavo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Número y naturaleza de los asentamientos de la Parte francesa de Santo Domingo

La Colonia francesa de Santo Domingo, cuyos habitantes acabo de retratar, cuenta con 793 ingenios azucareros o plantaciones de caña; 3,150 plantaciones de índigo, 789 factorías de algodón; 3,117 cafetales o plantaciones de café; 182 destilerías de tafia[16] o de aguardiente de azúcar; 26 fábricas de ladrillo y tejas; 6 talleres de curtidores; 370 hornos de cal; 29 talleres de cerámica y 50 plantaciones de cacao, sin contar una infinidad de otros asentamientos conocidos bajo el nombre de *lugares de víveres*[17] porque allí se cultivan raíces nutritivas, granos y frutas y se crían aves y otros animales que son también medios de subsistencia.

En Santo Domingo francés existen además, 40,000 caballos, 50,000 mulas y 250,000 bueyes, corderos, cabras o cerdos, que sirven para la explotación de las manufacturas o para el consumo de los habitantes.

División de la Colonia francesa en tres Partes

Esta Colonia ha estado desde sus comienzos dividida en tres zonas que constituyen divisiones distintas y que se llaman Parte del Norte, Parte del Oeste y Parte del Sur, denominaciones tomadas del punto del cielo al que corresponde la ciudad cabecera de esas tres Partes.

Cada una de ellas está al mando de un segundo comandante, que recibe las órdenes inmediatas del gobernador general o del intendente.

Para ser más claro, para que al mismo tiempo el lector pueda seguirme con mayor facilidad, adopto como primera división la de las tres Partes; considerando que ninguna otra clasificación puede ser tan cómoda que la de las parroquias, también la tomo para ayudarme a mí mismo en los infinitos detalles que presenta una Colonia como Santo Domingo.

[16] N. de la T.: licor destilado de la caña de azúcar pero más fuerte que el ron.
[17] N. de la T.: conucos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Parte del Norte

Esta Parte tiene como límite actual la Colonia española al oriente, de la que la separa el río Massacre, desde su desembocadura hasta su confluencia con el río Capotille, enseguida por este hasta que se une con el río Mine, luego por el río Mine y por una línea que va al sur buscando el Piton-des-Ramiers y las Montañas de la Mine y de Marie-Gallegue. La Parte del Norte se termina pues, en el este, con las parroquias de Fort-Dauphin y Ouanaminthe, limítrofes con la Colonia española; lo que forma una línea de alrededor de diez leguas que va de norte a sur y desde el mar hasta las montañas.

Los límites de la Parte del Norte en el sur y en el oeste son:

1°. Una línea convexa que va más o menos del este-nordeste al sur-suroeste y que, partiendo del canton de Mine en la parroquia de Ouanaminthe, finaliza en el límite común de la parroquia de Marmelade y la de Gonaïves, línea que en su longitud separa las parroquias francesas de Vallière, del Trou, de Limonade, de Sainte-Rose o del río Grande, de Dondon y de Marmelade, del territorio español.

2°. Una línea sinuosa que tiene como dirección más importante la del sureste al noroeste, separa (yendo desde el punto donde la precedente acaba, hasta el mar) las parroquias de Marmelade, de Plaisance, de Gros Morne y de Jean-Rabel, de las de Gonaïves, de Bombarde y del Môle.

La Parte del Norte en toda su longitud septentrional, que es de alrededor de cuarenta y cinco leguas, se termina en el mar, que baña las costas de la parroquia del Môle, de Jean-Rabel, de Port de Paix, de Petit Saint Louis o Saint-Louis del norte, del Borgne, de Port-Margot, de Limbé, de l'Acul, de la Plaine de Nord, del Cap, de Quartier-Morin, de Limonade, de Terrier-Rouge y de Fort Dauphin.

Es en La Parte del Norte pues, donde se encuentra, casi entera, la prolongación septentrional de la que hablé en la página 3 y la superficie de esta Parte puede ser calculada en alrededor de cuatrocientas ochenta leguas cuadradas.

La Parte del Norte no siempre estuvo encerrada en los límites actuales. Por una costumbre tan antigua como el asentamiento de la Colonia francesa, siempre se la ha dividido en muchas porciones, que llevan el título de distritos y que se llaman, a su vez, como el nombre de la ciudad cabecera de cada uno de ellos.

De esa manera, se le llama distrito de Port de Paix, distrito de Cul-de-Sac; al de Nippes, distrito del Cap, etc.

Los asentamientos comenzaron por el distrito de Port-de-Paix, que él solo comprendía toda la Parte del Norte; después vino el distrito del Cap; durante largo tiempo hubo un espacio casi vacío entre el extremo oriental del primero y el extremo occidental del segundo; el distrito del Cap se extendía entonces hasta el límite español al oeste, pero después se formó el distrito de Bayaha o Fort Dauphin; la Parte del Norte ha estado subdividida en realidad entre esos tres distritos durante más de medio siglo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Una ordenanza real, del 1º de abril de 1768, dividió esta extensión de la Parte del Norte en cinco distritos: el del Cap, el de Limonade, el de Limbé, el de Dauphin y finalmente el de Port-de-Paix que se extendía entonces como antes, hasta el Môle inclusive.

Otra ordenanza real del 20 de diciembre de 1776, fijó la Parte del Norte tal como es hoy día y la compuso de cinco distritos: Fort Dauphine, de Limonade, del Cap, del Limbé y de Port-de-Paix.

Aunque por la nomenclatura, la Parte del Norte parece no haber perdido nada entonces, le quitaron las parroquias de Jean-Rabel, del Môle y de Bombarde para formar con ellas un distrito cedido a la Parte del Oeste, bajo el nombre de Môle-Saint-Nicolas.

La Parte del Norte tiene como Administradores o Jefes particulares, comunes a esos cinco distritos, a un segundo comandante, que desde 1763 había remplazado al antiguo gobernador de Santa Cruz y del Cap y a un comisario ordenante de la Marina, nombrado en 1719; ambos residen en el Cap.

Hay además un comandante particular en el Cap que manda en los tres distritos: del Cap de Limonade y de Limbé; hay luego un mayor residente en Port de Paix que tiene a sus órdenes en el distrito del mismo nombre. En cada uno de estos últimos lugares hay un oficial de la administración.

Estos agentes militares o civiles están a las órdenes del segundo comandante y del ordenante. He aquí la auténtica división de la Parte del Norte, la que fija la extensión de a la que únicamente debe ser aplicada esta denominación.

La Parte del Norte tenía un Tribunal Superior de Justicia cuyo territorio era el de los cinco distritos tal como eran antes de que los cambiara la ordenanza del 20 de diciembre de 1776.

Pero esta corte que llevaba el nombre de Consejo Superior del Cap que le había concedido el edicto de su creación, con fecha de junio de 1701 estableciéndolo en el Cap, fue suprimido por otro edicto del mes de enero de 1787 y unida a la de Port-au-Prince para formar una sola bajo el nombre de Consejo Superior de Santo Domingo.

Cada ciudad cabecera de los tres distritos del Cap, Fort Dauphin y Port de Paix, tiene una senescalía[18] que extiende su jurisdicción por todo el territorio del distrito; con esta observación, sin embargo, el distrito del Môle, a pesar de su mando particular que depende de la Parte del Oeste no dejó nunca de pertenecer a la jurisdicción de Port de Paix.

En todos los sitios en los que hay una senescalía, hay también un almirantazgo.

Se cuentan en la Parte del Norte, veintiuna parroquias, a saber: Fort Dauphin, Ouanaminthe, Vallière, Terrier-Rouge y el Trou que forman la senescalía de Fort Dauphin; las trece siguientes que componen la senescalía del Cap, a saber: Limonade, Sainte-Rose o el río Grande, Quartier-Morin, Petite-Anse, Dondon, el Cap, la Plaine del norte, Marmelade, l'Acul, Limbé, Plaisance, Port-Margot y Borgne.

[18] N. de la T.: territorio sometido a la jurisdicción de un senescal, que presidía un tribunal de la justicia subalterna.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Por último están Gros-Morne, Saint-Louis del Norte y el Port-de-Paix, que pertenecen a la senescalía de Port-de-Paix.

De las veintiuna parroquias que forman la Parte del Norte, hay diecisiete que se llaman parroquias de llanura ya que su superficie contiene una parte que es plano o menos extendido y solamente cuatro son llamadas parroquias de cerro porque no se pueden alcanzar más que a través de las montañas, a las que los coches de punto no sabrían llegar. Estas cuatro últimas son Vallière, Dondon, Marmelade y Borgne.

La Parte del Norte considerada en conjunto, contiene una llanura vasta y fértil, que lleva el nombre de Llanura del Cap. Comienza en el río Massacre y termina al oeste de la parroquia de Port-Margot, lo que le da una longitud de alrededor de 30 leguas, con una profundidad que varía entre cuatro leguas y ocho, que podemos dejar en seis leguas por término medio, a causa de los hundimientos de los cañones, llamados comúnmente *Aculs* en la Colonia.

Esta superficie de alrededor de 180 leguas cuadradas, se ve interrumpida a veces por cerros (*mornets)* de alguna manera aislados por tramos montañosos tales como el grupo considerable y alto llamado el Morne du Cap, que domina la ciudad de ese nombre y que se encuentra en ese punto de la llanura a lo largo de la misma costa y además por pequeñas sierras, de naturaleza análoga a la del Limbé.

Del extremo occidental de la llanura del Cap hasta el extremo de la Parte del Norte en el oeste, los bordes del mar son generalmente montañosos.

Las faldas de las montañas que llegan hasta la orilla, dejan entre ellas, sin embargo, pequeños espacios planos que no añaden más que un poquito a lo que la Parte del Norte tiene de superficie plana. Se puede decir, en verdad, que más de la mitad de la Parte del Norte está llena de montañas más o menos altas.

La costa de la Parte Norte está, desde la desembocadura del río Massacre, donde empieza el territorio francés hasta el islote de Limbé, más o menos guarnecida de peñascos o arrecifes que forman bancos entre los que hay puntos para desembarcar o también grandes muelles, como los de Fort Dauphin, del Cap o de Port-de-Paix.

En su contorno interior, la Parte del Norte se encuentra como separada por las montañas de la Parte del Oeste, que está entre ella y la del Sur.

Las comunicaciones de una y otra son penosas. Antes solamente eran por mar; luego se pasó a territorio español para ir de Dondon a Mirebalais, camino, si puede llamársele así, que aún existe y que el señor de Chataumorant, gobernador general de la Colonia, describía en 1716 de esta manera al ministro:

> No podría haber llegado por tierra a Léogane aunque hubiera querido, aun si mi salud me lo hubiera permitido, porque los caminos eran casi impracticables. Es necesario hacer diez leguas por tierras españolas y dormir en ellas una noche y las seis al raso, después de haber marchado todo el día bajo el sol ardiente. Hay otras que pasar todavía montañas y bajarlas y subirlas a pie, si no se quiere arriesgar la vida, ya que los caballos apenas pueden sostenerse allí...

En 1719 se abrieron varios senderos que iban del norte al oeste, sin dejar territorio francés, pero con increíbles dificultades; no fue sino hasta finales de agosto de 1750 cuando el señor de Vandreuil, comandante general de la Colonia, hizo abrir

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a 100 negros de carga el camino que ha servido hasta 1787. En esta última época, la reunión de los dos Consejos del Cap mandó hacer una carretera para vehículos, donde antes no se podía ir más que a caballo, en un intervalo de alrededor de ocho leguas y aún con grandes dificultades.

La Parte del Norte tiene auténticas ventajas sobre las del Oeste y el Sur. Son las derivadas de la naturaleza de su suelo y de su clima y otras que se deben a su posición geográfica.

Entre las primeras debemos contar la de tener muchos ríos, arroyos y torrentes y recibir lluvias regulares, sobre todo las que acompañan al viento del norte, aunque después de veinte años, su periodicidad se ha visto a menudo reemplazada por largas y desastrosas sequías.

El suelo de esta Parte es generalmente más productivo que el de las otras y tenemos la prueba en la inapreciable ventaja de poder pasarse allí sin regadío, lo que deja el agua para los molinos de azúcar y permite un gran ahorro en animales muy caros y difíciles de reemplazar, cuya existencia se vuelve cada día más incierta por las enfermedades contagiosas.

No es que no encontremos en las Partes del Oeste y del Sur tierras tan fértiles como en la del Norte, pero requieren casi siempre de riego y ese suelo, cuyas cosechas son un asombro para los ojos y enriquecen al propietario, será golpeado por la esterilidad sin la ayuda del principio acuoso, que fecunda la tierra y la embellece.

La ventaja geográfica de la Parte del Norte es la de encontrarse situada a barlovento de las otras dos; lo que depende del efecto casi enteramente constante de los vientos alisios, que soplan del este.

Todos los barcos que vienen de Europa recalan en lo alto de la costa norte de la Colonia española, a causa de los peligros que existen más al Oeste y que la visión de ese punto del litoral ayuda a evitar.

La siguen y pasan delante del norte de la Colonia francesa, donde los productos de la amplia llanura del Cap, invitan a detenerse.

Cuando un barco sale del Cap, la bocana es menos peligrosa y más cercana; todo concurre a darle preferencia a un lugar que, sobre todo en tiempos de guerra, promete una travesía más corta, una salida más fácil y más probabilidades de encontrar un convoy.

De lo que recibe el Cap, que atrae más barcos que los demás puertos de la Colonia, resultan otras ventajas para la Parte del Norte: que los productos son allí vendidos muy ventajosamente, que su bocana es más segura durante la guerra, que ofrece las mejores mercancías, ya que la clientela que las rechaza aconseja no llevar allí más que buenas calidades; que, finalmente, ofrece más recursos para la subsistencia de los esclavos aunque suceda cualquier calamidad.

Por otro lado, el Cap reúne asentamientos de todo tipo y la circulación de dinero es más veloz que antes; la industria, no importa la forma que adopte, será apoyada casi con toda seguridad.

La Parte del Norte es la primera que establecieron los franceses y es todavía la más importante por su situación, militarmente hablando, por sus riquezas y su población.

Sobre su superficie de alrededor de cuatrocientas ochenta leguas cuadradas, como ya dije, se pueden contar apenas dieciséis mil blancos de todas las edades,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de los que más de dos tercios son del sexo masculino; nueve mil personas de color libres, en casi igual número de ambos sexos y ciento setenta mil esclavos, entre los que la proporción de negros con respecto a negras es de nueve a siete.

La Parte del Norte contiene ella sola 288 plantaciones de caña, 443 plantaciones de índigo, 66 factorías de algodón, 2,009 cafetales, 46 destilerías de tafia, 19 fábricas de ladrillo, 6 talleres de curtidores, los únicos que existen en la Colonia, 125 hornos de cal, 11 talleres de cerámica, 7 plantaciones de cacao, 15,000 caballos, 24,000 mulas, 33,000 animales variados como bueyes, corderos, cabras y cerdos.

Los negros tienen, en la Parte del Norte, una manera de alimentarse que no es la misma que en las otras dos. Prefieren el casabe al uso de raíces y son en general más industriosos y están mejor tratados.

La agricultura se ha desarrollado más en el norte y el arte de fabricar azúcar ha hecho progresos que aún no han sido igualados en el resto de la Colonia.

Hay que decir además, ya que es la verdad, que encontramos allí más sociabilidad y apariencias más refinadas. Hay también una especie de rivalidad celosa de las Partes del Oeste y del Sur a este respecto y servirá, si es necesario, como prueba a esta observación.

La enorme afluencia de barcos europeos, trae las últimas novedades de la moda ya que en cualquier parte donde haya franceses, esta tiene adoradores.

El lujo tiene allí un culto con muchos seguidores y el Cap es como un centro que esparce los placeres y los males.

No debo omitir, alabando la Parte del Norte, decir que no se ve azotada tanto como las otras dos, por esos golpes de viento funestos, esos huracanes furiosos, que destruyen totalmente la esperanza y la recompensa del agricultor; parecen estar en guerra unos elementos contra otros.

La que está más amenazada de turbulencias es la del Oeste, por sus movimientos violentos en los que se cree sentir la tierra vacilar en su eje y donde la morada del hombre se convierte de repente en su tumba.

Las iglesias de la Parte del Norte han sido regentadas por los capuchinos como párrocos y se han visto entre ellos a religiosos de distintas órdenes, a los que reclutaban para garantizar el oficio.

En 1704, no pudiendo aportar las personas necesarias, abandonaron esa misión y los discípulos de Loyola reemplazaron a los discípulos de San Francisco. Cuidaron de ella hasta su expulsión de la Colonia, a finales de 1763. Los párrocos seculares se encargaron de ello desde entonces hasta 1768, en que volvieron a los capuchinos, que la regentan en este momento.

Sería una empresa larga y difícil comparar en todos los aspectos, la Parte del Norte con las del Oeste y el Sur y además las excepciones parciales impedirían a menudo esta comparación.

En lugar de ese trabajo poco satisfactorio, creo que debo esperar a que el orden de la descripción me suministre particularidades para citar u observaciones que hacer, que servirán al mismo tiempo, para caracterizar el lugar del que hablaré y la parte de la Colonia del que dependerá el mismo. Así podrá el lector hacerse una opinión, que será la auténticamente suya.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Distrito de Fort-Dauphin

I

Parroquia de Fort-Dauphin

Esta parroquia empieza con la costa norte de la Parte francesa de la colonia de Santo Domingo y consiguientemente es la desembocadura del río Massacre, que es la linde común con la Colonia española. Al este está limitada por la línea fronteriza española y la parroquia de Ouanaminthe.

Desde la ordenanza de los Administradores del 23 de abril de 1759,[19] esta linde oriental se dispuso de esa manera.

Primero el río de la Massacre hasta el punto de la plantación de Vaublane, donde una línea que va del este al oeste, volverá a encontrar la cerca de la misma plantación; después de esta cerca, el gran camino de Fort-Dauphin a Ouanaminthe, entre las plantaciones le Taft y Lambert Camax, hasta el vado del río Matrie, llamado el *paso de la Tafte* o *paso de Menoir*; desde allí, el curso del Matrie forma el límite hasta otro paso llamado vulgarmente el paso de Dépé; luego de este, es una línea recta que va hasta la cima del Morne Chapelle y de esta hasta el Morne Organisé donde, al erigir la parroquia de la Vallière, se ha borrado la de Fort-Dauphin.

Al norte, la parroquia de Fort-Dauphin del mar, es el límite.

Al oeste encuentra la parroquia de Terrier-Rouge, es decir, al principio hacia la costa, una parte de los Fonds Blancs, que un camino que corre de norte a sur y pasa por el este de las Mamelles, separa del resto de los Fonds Blancs que pertenecen a la parroquia de Fort-Dauphin; luego el cantón de Terrier-Rouge propiamente dicho y después el cantón de Grand-Bassin.

Tras esto, se hace contigua a una parte de la parroquia del Trou, de la que la de Fort-Dauphin se encuentra separada por el río Marion hasta su confluencia con el río de l'Acul de Samedi y por este último río gana la cima de la montaña Acul de Samedi.

Al sur está todavía una parte de la parroquia de Vallière, de la que la de Fort-Dauphin está separada en este sitio, por la cimas de la montaña Acul de Samedi; enseguida la parroquia de Ouanaminthe hacia las montañas de l'Acul-des-Pins y el Morne-Organisé.

El río Massacre, que toma su nombre de los antiguos crímenes que los bucaneros y los españoles cometieron recíprocamente en sus orillas por la disputa del territorio, tiene en español el nombre de Dajabón y en indio el nombre de Guatapaná.

Es también el final de las posesiones francesas en esta parte y su curso, así como la pesca, han sido declarados comunes a las dos naciones por el tratado de las fronteras del 3 de junio de 1777.

A alrededor de 2,500 toesas de su desembocadura, hay un primer islote designado con el epíteto de Petit Islet o Islote de los Caimanes que comienza en la pirámide no. 2 y va hasta la no. 6. Este islote lo comparten Francia y España y la zona francesa ha sido concedida a la plantación Dupin, con la que roza.

[19] Véanse *Lois de Saint- Domingue*, vol. 4. in 410 p. 255, recogidas y publicadas por el autor.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Si seguimos remontando el río por encima del primer islote, forma un solo brazo durante alrededor de 200 toesas. En uno de los puntos de este intervalo y encima de la pirámide no. 7 había una presa de agua para el funcionamiento de cinco molinos de azúcar de las plantaciones ribereñas del Massacre, en el extremo del bajo Maribaroux, que dependen de la parroquia de Fort-Dauphin.

A esta distancia de 200 toesas, comienza el gran islote Massacre, conocido simplemente bajo el nombre de Islet de la Massacre, protegido en su longitud, que es de alrededor de 4,800 toesas por las pirámides, desde la no. 8 hasta la no. 17, de manera que cada una de las dos potencias tiene más o menos la mitad de su superficie.

Una prueba de que la adopción del río Massacre como límite, solo ha favorecido a las pretensiones españolas, la tenemos en que el gran islote de Massacre era considerada en su totalidad como propiedad francesa, cuando el Rey se lo concedió en 1754 al duque de Noailles, a su hijo el duque de Ayen y al marqués de Montclar, hijo del duque de Ayen.

Como las diferencias de los límites impedían la toma de posesión, el duque de Ayen, convertido en duque de Noailles y el marqués de Montclar, entonces marqués de Noailles, obtuvieron en noviembre de 1768 las cartas de patente que confirmaban las primeras.

Por último, el tratado de las fronteras de 1777 dejó en la mitad el derecho de Francia sobre este islote y nuevas cartas de patente del mes de marzo de 1778, confirmaron en cuanto a esta parte, los de 1754 y 1768.

Esta concesión, considerada entonces como una superficie de alrededor de 420 cuadrados, se vendió el 2 de febrero de 1780 por los señores el mariscal y el marqués de Noailles, a los señores Paradès y Pittaubert por una suma considerable, de la que no quedaban en el mes de enero de 1787 más que 100,000 libras.

Esta concesión es uno de los demasiado frecuentes ejemplos que ofrece Santo Domingo del abuso del favor. ¿A cuántos usos útiles se hubiera podido destinar la mitad del islote de Massacre?

Por ejemplo, a indemnizar, aunque fuera con la naturaleza, a muchos propietarios despojados por el tratado de las fronteras o, al menos, formar con su valor algunos asentamientos públicos.

El islote Massacre fue dividido el 5 de marzo de 1784, entre los señores Paradès y Pittaubert (después de haber vendido 50 cuadrados a la plantación Gourges y 50 a la plantación Tavau).

La parte del señor Pittaubert era la más meridional y donde había comenzado las plantaciones y las construcciones necesarias para un ingenio, tiene como propietarios actuales a los señores Testard y Lalanne, negociantes del Cap. Hay en esta plantación una fábrica de tejas y ladrillos y un horno de cal.

El brazo derecho del Massacre, que bordea el islote al este, se llama el río de Don Sébastien, o el Brazo español. Está muy cargado y va seco, cuando el brazo francés u occidental tiene todavía una franja de agua de 8 o 9 pulgadas de espesor.

El brazo francés es también conocido como el Brazo izquierdo del Massacre, un nombre muy equivocado, porque la línea que, siguiendo el tratado de las fronteras,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bordea el gran islote en su parte oeste, después de un punto que corresponde más o menos al que está en medio de las pirámides no. 11 y 12 hasta la pirámide no. 7 fue realmente formado, 1°. Por una fosa cavada por la mano del hombre, durante alrededor de 350 toesas en línea recta y 2°. Por la Ravine-à-Cousins, que se debe distinguir bien del auténtico brazo izquierdo del río Massacre.

En efecto, un fallo del Consejo del Cap del mes de julio de 1784, sentenció que se encuentra entre la Ravine-à-Cousins que confluye con el Massacre, un poco al sur de la pirámide no. 7 y el brazo izquierdo del Massacre, una cantidad de 145 cuadrados, que adjudicó a los señores Bedout y Choiseuil, a pesar de las pretensiones de los cesionarios de los señores de Noailles.

Así, los archivos de este Tribunal Superior cierran el tratado de límites de 1777, que adopta como brazo izquierdo del Massacre, la Ravine-à-Cousins y su fallo de 1784 que, basado en planes locales, en expedientes y una discusión muy amplia, sentenció que el tratado de las fronteras tiene, en esa parte del islote de Massacre, sacrificados 72 cuadrados y medio de territorio francés ya que estaban englobados en el islote y que debían dividirse en dos 145 cuadrados que no dependían de él.

Pero no es esa cantidad a lo que se limita el perjuicio, porque sesenta cuadrados han quedado todavía comprendidos en el sur, de la parte recuperada por los señores Bedout y Choiseuil, entre el brazo izquierdo auténtico del Massacre y una parte del Ravine-à-Cousins y la fosa que provee de agua al molino de la plantación Lambert Camax, lo que exigiría una indemnización de treinta cuadrados por parte de los españoles, a los que sin embargo no se puede imputar esta demarcación viciada.

No conocían ni la fosa de Lambert Camax, ni la Ravine-à-Cousins mientras que nosotros teníamos los planos, una tradición y testigos oculares y que, como decía don García, comisario de los españoles para la delimitación entre las dos naciones, el señor Choiseul que representaba a Francia no puede pretender que se le haya hecho nunca una objeción, lo que además estaba conforme con las instrucciones de la Corte de España.

La parte correspondiente a Paradés en la primitiva concesión y que no tiene más de 128 cuadrados, está anegada, sin cultivar y unida desde 1785 a la plantación Vaublanc, de la que era vecina. La Parte española del islote está también sin cultivar.

La desembocadura del Massacre es accesible para las chalupas y los españoles han puesto en su zona un cuerpo de guardia. Por seguridad y no con intenciones fiscales, aunque muy alejada de cualquier empresa útil, hicieron emplazar después de algunos años en la orilla oeste, tres piezas de cañón para salvaguardar esta desembocadura.

He dicho que en esta desembocadura, que está en la bahía de Mancenille, comienza al norte la costa francesa. Siguiéndola, hay dos leguas y un cuarto desde el Massacre hasta el Fort-Saint-Louis o Fort-la-Bouque.

En esta extensión que ofrece una costa toda de hierro y que se levanta veinte pies por encima del nivel del mar, no se encuentran puntos accesibles a excepción de la Tour, enclave situado a 150 toesas de la desembocadura del Massacre y en donde hay un cuerpo de guardia; el embarcadero de Baux a 410 toesas de distancia de la Petite-Melonnière a 840 toesas del anterior; luego, a 815 toesas de este último,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

el de la Grande-Melonnière donde hay una batería y desde donde se cuentan aún 2,330 toesas hasta Fort-la-Bouque.

Todos esos lugares, son llamados embarcaderos muy inapropiadamente, ya que no se transportan desde allí ni productos ni avituallamientos; no son sino posiciones militares cuyo acceso se vigila durante la guerra.

El Fort-la-Bouque está sobre la punta este de la bahía de Fort-Dauphin, cuya belleza había dado lugar al primer nombre que recibió de los españoles y que se convirtió en el de toda esa zona de la Isla.

¡Baya-ha![20] Expresaba en efecto la justa admiración que hace experimentar el aspecto de esta magnífica bahía, donde las flotas más numerosas podían estar juntas, encontrando las comodidades navales que, no obstante su situación, estaban dispuestas por la naturaleza de una manera muy superior a todo lo que el arte pudiera crear, sea para carenar, sea para reparar los navíos. El señor de Verdun carenó allí su fragata en el mes de mayo de 1778.

La entrada de la bahía de Fort-Dauphin es una auténtica bocana, dirigida más o menos norte y sur sobre una longitud de 1,317 toesas y cuya abertura tiene 390 toesas a partir del cabo Fort-la-Bouque al este, hasta el cabo Pointe-Noire al oeste.

Va alargándose hacia la bahía, donde acaba por tener 475 toesas. Esta bocana, que tiene entre 14 y 35 brazas de profundidad, está defendida primero por las 35 piezas de cañón de Fort-Bouque, palabra francesa del español boca que significa entrada y cuya pronunciación viciada ha convertido ya el fuerte en Boucle; en segundo lugar, por la batería del Anse de 32 piezas, que está a 380 toesas de Fort-la-Bouque; luego por el Fort-Saint-Charles, de 12 piezas, situado a 412 toesas más allá y al que sigue a 525 toesas, el Fort-Saint-Frédéric, de 9 piezas.

La costa que bordea el oeste de la bocana tiene 1,740 toesas de largo, divididas así: 140 de la Pointe-Noire, que está un poco fuera de la bocana hasta la de Anse-à-Falaise; 375 de aquella a la de Berc-à-Marsouin; luego 300 hasta la Pointe-Lucas, que precede el Anse-à-la-Houe y de la Pointe-Lucas a la de Baril-de-Boeuf 235; 445 toesas para ganar la Pointe-à-Brisson o Brisson, antes de la que está el Anse-du-Carénage y, finalmente, 245 toesas más para llegar a la punta donde finaliza la bocana en el sur.

El lector se convencerá fácilmente, por el plano geográfico y la vista perspectiva de Fort-Dauphin que son parte del Atlas, de que la mayor dimensión de la bahía está del este al oeste. Tiene en ese sentido más de dos leguas sobre una longitud media norte sur de una especie de media legua.

Siguiendo en el este el contorno de la bahía, se encuentra a 400 toesas del Fort Saint-Frédéric, el Anse del Grand-Carénage al que termina y a 500 toesas, la Pointe-des-Écoutes.

De esta a los Cazes-Duvivier, hay alrededor de una legua y de esos Cazes hacia el sudeste, se encuentra a alrededor de tres cuartos de legua la Pointe-Péchereau, que forma una avanzada en el oeste y que cubre en el sur el antiguo embarcadero de la Saline-aux-Boeufs.

[20] N. de la T.: en Santo Domingo español es Bayajá.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Yendo de la Pointe-Péchereau hacia el sur, encontramos sucesivamente a 800 toesas, los Cazes-de-Nanette, a otras 1,800, las de Moineau y a una legua y media las de Derfac, que no están sino a 130 toesas de la desembocadura del Rivière-à-Canon.

A un cuarto de legua de esta desembocadura, está la Crochue, que es el punto más sur de toda la bahía y que sirve de embarcadero a las parroquias de Ouanaminthe y de Vallière y a casi todas las de Fort-Dauphin.

Contamos casi una legua desde la Crochue, establecida en 1773 por el señor Baudin de la Craye, en el término sudeste de la ciudad de Fort-Dauphin.

Partiendo del extremo de la ciudadela que tiene el mismo nombre que la ciudad y que está casi norte sur con la entrada de la bahía y bordeándola hacia el oeste, se encuentra, a una legua, el embarcadero de Caron que está a media legua de la desembocadura del río Marion, situada a un cuarto de legua del embarcadero Girard.

Desde este se va al callejón sin salida Dujarriay, cuya punta sur está a 900 toesas y que tiene 1,800 toesas de perímetro.

Desde la punta norte de este callejón sin salida, hay una buena legua para alcanzar el punto en el que están los edificios de la plantación Meyer, luego hay 670 toesas para llegar a los edificios de la de Mathieu y dos leguas y un cuarto para encontrarse con la gran punta Brisson, en la que acaba el recorrido de la bahía, que tiene más de diez leguas por sus diversas sinuosidades.

Esta bahía tiene cinco islotes. Uno tiene 900 toesas y está casi en el este de la punta donde se halla el Fort-Saint-Frédéric; un segundo llamado Islet-à-Séran, a 100 toesas al norte de la punta Pécherau; el tercero, con el nombre de Islet Garnier, a 600 toesas al sur del mismo cabo.

El cuarto, el Islet des Oiseaux o Islet Fouardière, está a media legua en el oeste sudoeste de la punta Brisson; y el quinto, el Islet Boyau o de los Boucaniers, a 900 toesas en el oeste nordeste de la ciudadela de Fort-Dauphin.

El primero, el segundo y el cuarto islote son muy pequeños; el tercero lo es un poco menos y el Islet de Boyau, el mayor de todos, tiene 160 toesas de largo por 80 de ancho.

Antiguamente fue célebre, porque antes de 1622, servía de refugio, a los bucaneros que venían a cazar bueyes en los alrededores de esta bahía y todavía en 1733, este islote era conocido como el Islote de los Bucaneros.

Se pensó en fortificarlo durante mucho tiempo si se hubiera podido hacer allí un buen carenero.

La altura de las tierras que separan la bahía del mar, garantizan su seguridad, de manera que reina siempre allí una calma tan preciosa como su bella estampa.

Tiene además una ventaja en la cadena de arrecifes, anchos y casi a ras de agua, que están fuera.

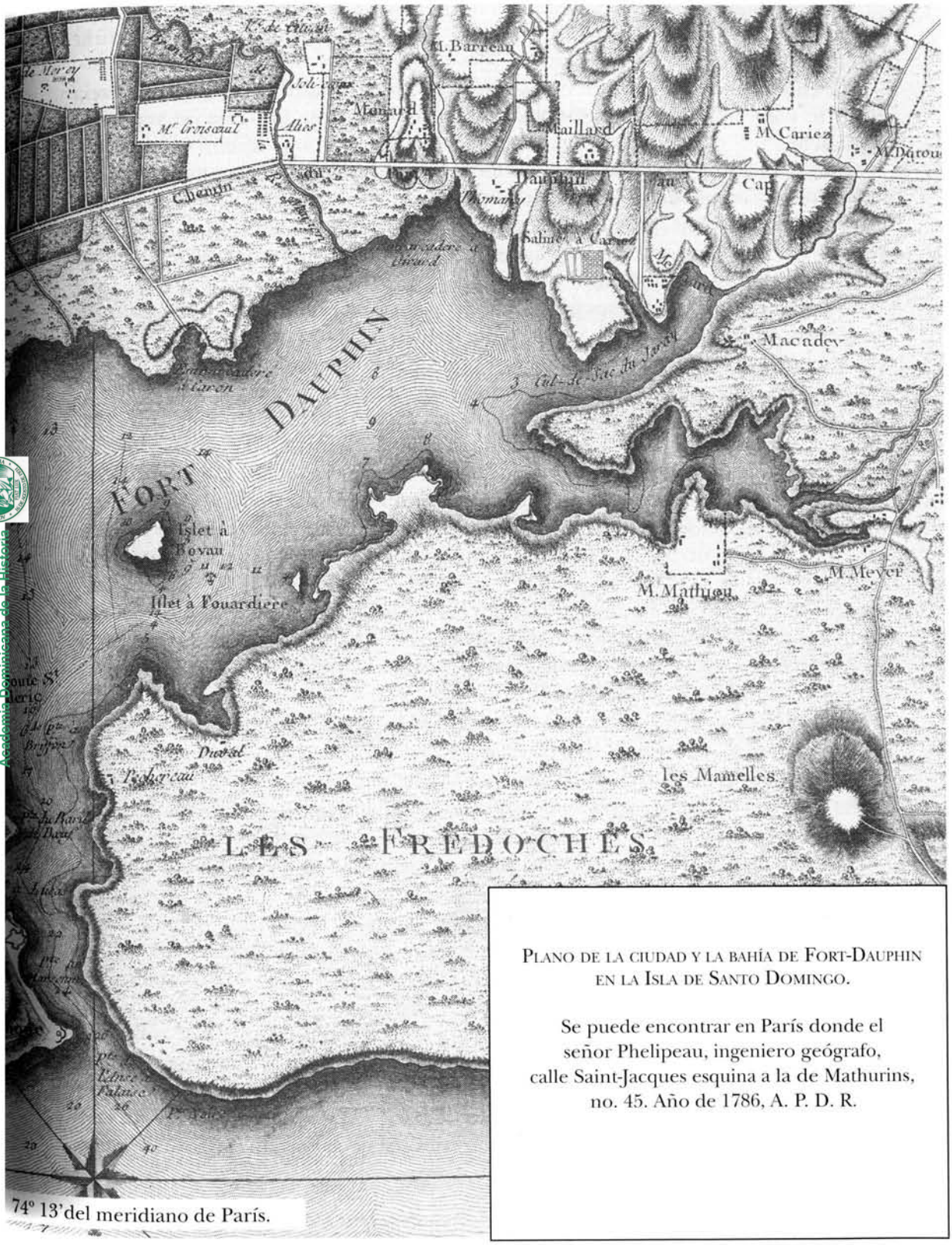
En efecto, protegen una costa baja que, desde el oeste de la bocana o la Pointe Noire y hasta los esteros[21] de los Fonds Blancs, está situada a dos leguas y un tercio de la Punta Noire y añaden una segunda defensa natural gracias a los manglares, que hacen muy difíciles los desembarcos.

[21] N. de la T.: Antaño extierra. Nombre que se da a las zonas pantanosas y anegadas formadas a lo largo de las costas por los aluviones o por la retirada del mar y que están por así decirlo, extra terra, más allá de la tierra, del terreno sólido cuyos efectos están a veces separados.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



PLANO DE LA CIUDAD Y LA BAHÍA DE FORT-DAUPHIN EN LA ISLA DE SANTO DOMINGO.

Se puede encontrar en París donde el señor Phelipeau, ingeniero geógrafo, calle Saint-Jacques esquina a la de Mathurins, no. 45. Año de 1786, A. P. D. R.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los arrecifes no dejan, además de la entrada de la Bouque, más que dos o tres pasos, pero tan estrechos y poco profundos que una canoa apenas podría entrar en ellos.

La ciudad de Fort-Dauphin está construida sobre un terreno que avanza hacia el norte y en cuyo extremo, que está casi en el centro de la bahía, se yergue la ciudadela.

Esta ciudad tiene su origen en el doble propósito de proteger una magnífica bahía, donde el enemigo hubiera podido descansar, hacer reparaciones y hasta intentar una invasión que habría inquietado a la Parte del Norte de la Colonia y oponerse a las incursiones de los españoles, cuyas reclamaciones, ya dije,[22] incluían siempre el distrito de Bayaha.

Desde las primeras empresas de los aventureros, los filibusteros y los bucaneros que les sucedieron, como ya he observado, habían formado un asentamiento en el Islet de Boyau; pero este asentamiento, aunque acrecentado sucesivamente, preocupaba continuamente a los españoles a lo que lo atacaron muchas veces.

Un memorándum del padre Le Pers, jesuita, escrito en Santo Domingo en 1714, dice que entonces, un tal Bénard, apodado *Maringouin*, tenía un hato[23] en el distrito de Bayaha, que siempre había sido suyo a pesar de los españoles, que no restablecieron sus hatos de la parte del Rebouc sino a partir de la paz de Riswick en 1698.

El señor de Galisset, el que primero conoció y alabó la importancia de Bayaha, se ocupó eficazmente en los comienzos de este siglo, de proporcionar habitantes a esta zona.

En 1701 colocó allí a muchos soldados licenciados. Algunos formaron, con respecto a los españoles, lo que entonces se llamaba una vigía, destinada a anunciarles sus movimientos y en 1703, habían hecho el pueblo francés de *Bayaba*, cuyo párroco se llamaba entonces el abad Rio.

En 1714 se contaban varias plantaciones de caña y una cierta cantidad de hatos en este distrito y era el lugar de la Parte del Norte donde en esa época se fabricaba más índigo.

Se deseaba tanto acrecentar el progreso de Bayaha, que una ordenanza de los Administradores del 20 de junio de 1711 le concedía como trato de favor, concesiones que el 3 de diciembre de 1715 y el 14 de septiembre de 1717 reunieron aquellas que no habían sido establecidas.

Este pueblo, cuya situación no podía cumplir sino el propósito de tener más a mano la vigilancia y el rechazo a los españoles, que lo habían arrasado todo en 1691 y en 1695, fue abandonado por la actual ciudad, adonde fueron transportados sus habitantes y que se llamaba también Bayaha.

Esta mudanza fue debida principalmente a las instancias del señor caballero de la Rochalar, gobernador general, sobre la importancia de la bahía y se efectuó en 1725. Obtuvo también, por cartas de patente del 7 de agosto de 1726, la de la senescalía que habían establecido en el Trou, en 1725 cartas de patente del mes de agosto de 1724 y Bayaha poseía en 1727, un tribunal de su mismo nombre. Se puso

[22] Véase el Compendio Histórico, a la cabeza del primer volumen de mi *Description de la Partie Espagnole*.

[23] N. de la T.: palabra española que significa lugar donde se cría el ganado.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tanto interés en consolidar ese puesto, que el Rey nombró, el 15 de noviembre de 1728, un lugarteniente real, un mayor y un ayudante mayor.

Tantas preocupaciones no estaban separadas del proyecto de fortificar el lugar, que fue concebido por el señor de Galisset en 1700 y el conde de Maurepas, ministro, aprobó el plan que el señor de la Rochalar había hecho preparar, tras haber fundado el puerto él mismo anteriormente y incluso a 1713.

Las medidas de seguridad consistían entonces en una pieza de cañón colocada a la entrada de la bahía en el punto donde está el Fort-la-Bouque, con una guardia que estaba encargada de apresar las canoas y los barcos y en caso de peligro, el cañón, con la boca dirigida hacia el interior, lanzaba una andanada que repetía otra pieza, situada donde el señor Caron, comandante de las milicias y del distrito (que dio su nombre a uno de los embarcaderos de la bahía); luego, de plantación en plantación, se disparaba una descarga de fusilería para extender la alarma y reunir a todos los defensores.

El fuerte Bayaha fue construido en el punto donde está la ciudadela y se puso solemnemente la primera piedra, en la esquina de la parte trasera izquierda del bastión de Maurepas, con la siguiente inscripción compuesta por el señor de Rochalar y grabada sobre una placa de cobre:

PARA LA PERPETUA MEMORIA DE LA POSTERIDAD

El año de gracia MDCCXXX *y el* XV *del feliz reinado de* LOUIS XV,
Rey de Francia y de Navarra:
El primer año de edad del Príncipe DELFÍN, *su primer hijo:*
Bajo el Ministerio de Marina y las Colonias del señor de Phelipeaux,
Conde de Maurepas:
El séptimo año del Gobierno General, en esta Isla,
del señor Gaspard Charles de Gousse,
Caballero de la Rochalar y de la Orden Militar de San Luis,
Jefe de Escuadra de la Armada del Rey, autor del proyecto de este asentamiento,
Y bajo la Intendencia del señor JeanBaptiste Duclos
Ha sido, hoy 8 del mes de Agosto, puesta esta primera piedra del bastión de Maurepas
Por el señor Esthienne de CHASTENOYE,
caballero de la Orden Militar de San Luis,
Gobernador de la Isla Santa Cruz y Comandante de esta Parte de Santo Domingo,
En presencia del señor Louis Marin BUTTET,
caballero de la Orden Militar de San Luis,
Lugarteniente del Rey en este fuerte, y sus adyacentes villa y playa:

Y de Louis Joseph de la LANCE, Ingeniero ordinario de los campamentos y armadas del Rey, encargado jefe del estado de las fortificaciones de Santo Domingo.

El señor de Chastenoye que había pagado la placa, también pagó las dos medallas de oro y en una de ellas grabó estas palabras:

Monseñor el Conde de MAUREPAS, *Ministro y Secretario de Estado y Marina, 1730.*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Y en la otra:

> *El Señor Caballero de la* ROCHALAR, *Gobernador y Lugarteniente General de la Colonia, 1730.*

En el mes de diciembre siguiente, el señor de la Rochalar, puso el nombre de Fort-Dauphin a la ciudadela y villa de Bayaha; esta denominación, tomada del nacimiento del Delfín que se había producido el año anterior y había sido aceptada por el Rey; una ordenanza de los Administradores del 18 de octubre de 1731, conminaba a todos los oficiales públicos a no emplear más que el nombre de Fort-Dauphin.

Así se extinguió el de Bayaha que, todavía en 1710, era el que se le daba a toda la extensión de terreno que estaba desde Caracol hasta el río Massacre.

Fort-Dauphin está construida sobre una roca casi triangular y escarpada de entre alrededor de entre 15 y 16 pies, cuyas irregularidades hizo falta seguir un poco.

Forma una península cuyo desfiladero está cortado por la fosa y parece una bota.

Avanza en la bahía de manera que tenga que ser visto desde la bocana en el momento de enfilarla y supone un punto de perspectiva.

Este fuerte consiste en un simple recinto y tiene tres bastiones al borde de los acantilados.

Contiene todos los edificios necesarios y la ventaja de no poder ser batido desde ningún punto de la costa, dominar toda la bahía y tener un alcance de visión a través de la bocana, que llega hasta alta mar.

La fortificación Maurepas, situada en el bastión del mismo nombre, tiene magníficos subterráneos bajo las plataformas; está frente a la entrada de la bahía y no le atemoriza el fuego de las cofas mayores de los navíos más grandes.

Este baluarte que domina la ciudad, que bate la desembocadura del río Roches y sus alrededores, protege eficazmente la bahía por medio de fuegos cruzados con los del Fort-Saint-Frédéric del que no dista sino 800 toesas.

Los sillares empleados en el Fort-Dauphin fueron traídos de Francia, en especial por el navío de transporte *Profond*. Fue también esa urca (el primer barco de la marina real francesa que entró en la bahía), la que aportó una parte de los cañones que arman Fort-Dauphin y las fortificaciones de la bocana.

En 1735 la ciudadela de Fort-Dauphin fue acabada exceptuando las almenas y las plataformas de las baterías, que se empezaron en a finales de 1741 y se terminaron a comienzos de 1743. Están preparadas para tener 55 piezas de cañón.

Hemos visto que los baluartes de la bocana están formados por cuatro partes. El Fort-la-Bouque, que recibió su primera guarnición el 16 de julio de 1736 y que el Rey ordenó llamar, en 1742 el Reducto de San Luis (denominación que nunca se utilizó), es un fortín pequeño que tenía una torre que consumió un incendio el 31 de marzo de 1788.

Un soldado que se durmió fumando en su cama, ocasionó el accidente y un violento viento del este aumentó de tal manera las llamas, que para salvar el polvorín hizo falta romper el puente levadizo, la puerta de entrada y el trozo de madera que da a la escalerita que conducía a la torre desde el subsuelo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los socorros, que llegaron providencialmente, impidieron esa desgracia y se deben al celo del señor Thibault-Duvernay, capitán de milicias, de dos carpinteros de barco, dos talladores de piedra y un soldado.

El señor Bernard, guardián de este fuerte, supo también contagiar su audacia a los que el miedo de ver saltar el polvorín hacía que huyesen y el gobierno distribuyó con utilidad y discernimiento, los elogios y las recompensas.

La torre no fue sustituida, ya que en la inspección general hecha en 1788 por el señor de Pujet, coronel del cuerpo real de artillería de las Colonias, el Fort-la-Bouque, al que la acción de las llamas de 1778 perjudicó especialmente, se reveló como un inepto (reproche que ya le habían hecho muchas veces) y se la calificó de irrecuperable para aprovechar los materiales.

Una batería en el borde opuesto y una muralla de sierras y arboladuras proporcionarían una defensa muy superior a la de Fort-la-Bouque y alejarían cualquier inquietud sobre la suerte de esta bahía.

Cuando se construyó el Fort-la-Bouque, se encontraron justo en el mismo sitio las ruinas de antiguos muros y en la excavación, en 1735, cuatro bolsas de cuero de las que tres estaban llenas de monedas de España acuñadas bajo Fernando IV de Castilla (Rey de Castilla de 1295 a 1312) y que fueron, sin duda, llevadas por los españoles.

La cuarta bolsa estaba repleta de piezas que, por la apariencia, habían sido fabricadas por los holandeses después de 1566, época en que empezaron la conquista de su libertad; siete figuras de hombres sosteniendo el globo terráqueo, hacían muy verosímil la alusión a las siete provincias, la colmena de miel de la República de Holanda y las inscripciones sobre la felicidad que produce la Unión.

Se ve en el plano grabado en la obra de Charlevoix, impresa en 1732, el punto donde está el Fort-la Bouque, designada con el nombre de punta del Fort-Espagnol; en otros planos este Fuerte es llamado *Reducto de la Entrada.*

En 1768 se había contratado un empleado que visitaba los barcos que entraban y salían para impedir el contrabando.

La batería del Anse que viene después del Fort-la-Bouque, no fue construida hasta la guerra de 1756.

En 1760 se comenzó a hacer entre ella y este fuerte, una cisterna de alrededor trescientos barriles de agua. Esta batería está considerada como la verdadera defensa de la bocana, porque cada navío se ve forzado a exponerse a su fuego por la manera en que ha sido enfilado.

El Fort Saint-Charles, contemporáneo del Fort-la-Bouque y que también recibió el nombre en 1742, en lugar del de *Reducto en mitad del canal*, nunca fue acabado; antes se le daba el nombre de Anse des Helleux, según unos, pero es mucho más verosímil el de los Halleurs dado a una pequeña hondonada que se aleja de este fortín.

En cuanto al Fort Saint-Frédéric, comenzado en 1740 y terminado en 1741, también recibió ese nombre en 1742, en lugar del de Reducto del Cabo Grande.

Tampoco fue nunca acabado completamente. Las fortificaciones de la parroquia de Fort-Dauphin costaron mucho, ya fuera para construir o para reparar

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

y un informe me hace saber que de 1739 a 1744 ambos inclusive, se gastaron 253,000l libras.

La ciudad de Fort-Dauphin que es la segunda de la Parte del Norte en importancia, recibió sus primeros habitantes de la población del pueblo de Bayaha.

Está situada al fondo de la bahía, a lo largo de la orilla y ocupa una extensión de 400 toesas de largo de nordeste a sudoeste y alrededor de 300 toesas de ancho de nordeste a sudeste y se encuentra a 400 toesas de la entrada del fuerte.

Se cuentan doce calles que parten del borde del mar y se dirigen al interior y siete que cortan estas primeras en ángulo recto.

Estas calles que tienen cincuenta pies de ancho, exceptuando la calle mayor que tiene diez más; comparten 75 cuadrados o isletas o porciones de isletas, ya que algunas tienen una forma irregular, que les dan la dirección de los remolinos del río; estas 75 isletas son enseguida divididos en 390 sitios.

Las isletas perfectas tienen 243 pies de cada lado y están separadas en ocho emplazamientos que, en una profundidad igual de 123 pies y medio tienen, a saber: los 4 de las esquinas, cada uno de 62 pies y medio de fachada y los cuatro encerrados entre ellos, cada uno 62 pies de fachada.

Sin embargo no hay más que doscientas cuatro casas edificadas en Fort-Dauphin, es decir, que la ciudad podría tener lo mismo en sus extremos, ya que todo lo que ha sido ya construido se encuentra agrupado.

Las siete calles que van del noroeste al sudeste y que voy a nombrar por su orden son: la calle Vallière, nombre que significa que es moderna, ya que lleva el nombre de un gobernador general nombrado en 1772; luego la calle del Quai, lo que prueba que en otro tiempo limitaba la ciudad; la de Saint-Charles, uno de los patronos del señor de la Rochalar.

La calle Mayor de 70 pies, que tiene árboles a ambos lados en muchos puntos; es la calle más larga de la ciudad, porque lleva por un lado al cerro que hay entre la ciudad y la ciudadela y que por el otro acaba en el camino grande de Maribaroux y de Ouanaminthe.

La calle Sainte-Anne; la de l'Eglise, aunque la iglesia todavía no existe y la Rivière.

Las doce calles que van desde el mar hacia el río, son la Montarcher (intendente en 1771) y viene hasta el sitio donde el camino de Fort-Dauphin al Cap atraviesa el río; la calle Bory (gobernador general en 1762); la de Clugny (intendente en 1761); la de Saint-Jean (patrono del señor Duclos, intendente); la de Bourbon, al final de la cual hay otra de 150 pies, para embarcar o desembarcar; la calle Dauphine; la de Saint-Étienne (por el patrono del señor Chastenoye) y la calle Marais. Las otras tres que están proyectadas, no tienen nombre.

Las calles de Fort-Dauphin no están pavimentadas. Casi todas las casas tienen una pequeña escalinata enlosada o pavimentada, a veces rodeada de muros, donde se instalan por la tarde para tomar el fresco.

La anchura de las calles las entrega a un sol implacable y, en consecuencia, a un calor abrasador cuyo efecto es quizá un poco menos insoportable que el de las fuertes brisas que levantan remolinos de polvo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Las casas son bastante bonitas; hay muchas que son de mampostería, todas de un solo piso. El interior es fresco ya que los emplazamientos son lo bastante profundos como para que puedan tener galería y las corrientes de aire circulen libremente.

El mobiliario es bastante adecuado para una villa colonial y hay más de una residencia muy elegante.

Solo hay una plaza pública en esta ciudad; está en el centro de cuatro calles: la Mayor, la Dauphine, la de Sainte-Anne y la de Saint-Étienne; tiene más de 50 toesas cuadradas y se llama la Place Royale.

En el lado sudoeste de esta plaza y en su confluencia con la calle Sait-Étienne, había una vieja barraca donde se celebró durante mucho tiempo el oficio y cuyo estado era sin duda indigno de la majestad del Altísimo y amenazador para aquellos que asistían.

Los parroquianos se decidieron en 1783 a terminar el edificio, comenzado hacía más de 40 años.

El recinto exterior de este templo, hecho de mampostería, se debe al padre La Cour, jesuita, párroco de la misma que como un nuevo Langlet, devorado por el celo de la casa de Dios, había dejado allí el producto de los óbolos piadosos que había obtenido de los fieles y del gobierno.

Pero su muerte detuvo del todo la continuación de este edificio que, a pesar de ese abandono, no experimentó ninguna degradación que fuera debida a las intemperancias de las estaciones o a los terremotos.

Al querer terminarla, tras una deliberación de los parroquianos del 28 de noviembre de 1784, que fue homologada por los Administradores el 3 de abril de 1785, se opinó que era demasiado grande para la parroquia y se la redujo un tercio, lo que obligó a rehacer la fachada, salvo la parte correspondiente a las dos capillas delanteras.

Se suprimió también la cruz latina que estaba en lo alto del pórtico.

Es una de las más bellas iglesia de Santo Domingo. Está bajo la advocación de San José y tiene 104 pies de largo por 40 de ancho, todo de obra y 40 pies de altura hasta el nacimiento de la estructura.

El edificio se terminó con una bóveda de cascarón en su parte posterior. Delante hay una escalinata de cuatro escalones. Se calcula que costó 100,000 libras.

Allí fue enterrado el señor marqués de Vienne, gobernador general, que murió el 4 de febrero de 1732 en esta ciudad, donde le habían llevado la desidia de muchos galeones del Cap y el rumor extendido de algunos propósitos hostiles por parte de los españoles, por oponerse al establecimiento de Fort-Dauphin.

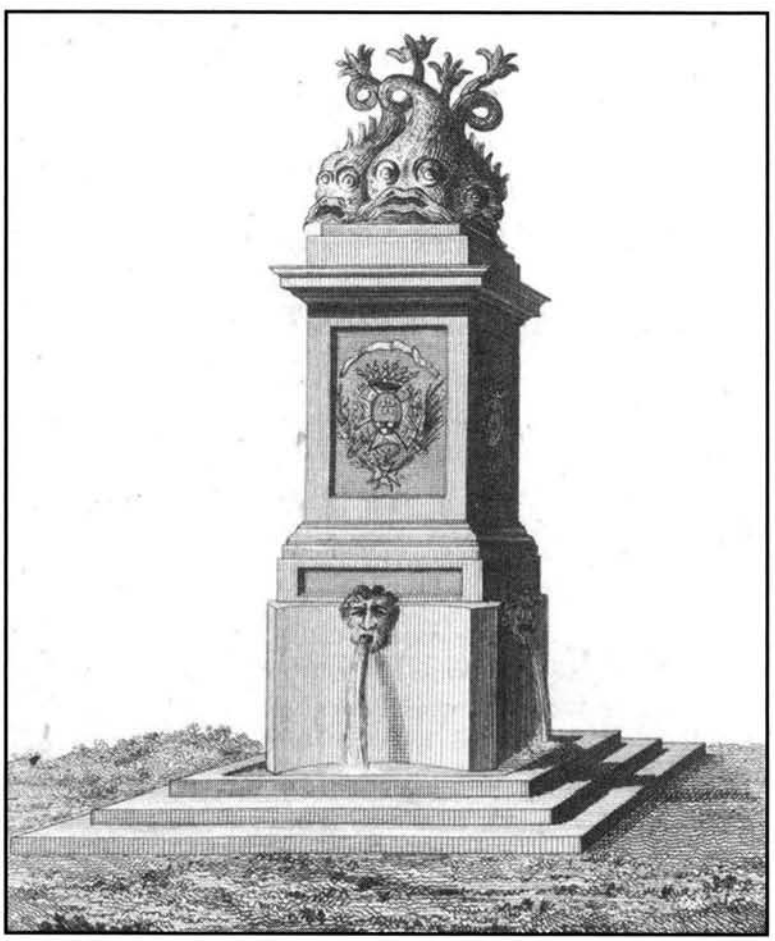
Una empresa tremendamente provechosa para los habitantes de la ciudad de Fort-Dauphin, colocó un segundo monumento en medio de esta plaza de Armas; se trata de una fuente destinada a proporcionar el agua que estaban obligados a buscar muy lejos para que fuera salubre, o ir a cogerla al canal de una plantación contigua, que no estaba obligada a dar aquel servicio.

El agua para la guarnición costaba 30 libras por día al tesoro público. Bajo la administración y durante una visita de los señores de Ennery y de Vaivre a Fort-Dauphin el 9 de junio de 1776 tomó forma el proyecto.

El 14 de agosto siguiente, los habitantes sustituyeron una primera contribución, la de un cuarto, una vez pagado, por los ingresos de un año de sus alquileres; el

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Fuente de la ciudad de Fort-Dauphin

negocio fue tasado en 50,000 libras, cuya mitad debía ser sacada de la caja de las libertades y la entrega de la obra fue prometida para el mes de octubre siguiente.

Se confió la ejecución al señor Artaud, contratista. Se estableció la toma del agua a una buena legua de Fort-Dauphin, en los terrenos de los señores herederos Le Gris y el agua fue conducida a través de acueductos interiores y exteriores.

Esta fuente, terminada en 1787, no fue decorada conforme al proyecto original y del que hice un grabado en mi Atlas. Debía de haber sido, como se puede ver, una pirámide cuadrangular que tendría en cada cara del pedestal, una máscara de cuya boca saldría el agua.

Uno de los lados de la pirámide debía llevar las armas de Francia y el opuesto, esta inscripción:

El año de N. S. MDCCLXXVI.

> Bajo el reinado de Luis XIV y el gobierno del señor Conde de Ennery, lugarteniente general de los ejércitos del Rey, Gran Cruz de la orden real y militar de San Luis, gobernador general de las Islas de Sotavento de América.
> Y la administración del señor de Vaivre, consejero del Rey en el parlamento del Franco Condado, intendente de Justicia, Policía, Finanzas y Guerra.

Mientras que los otros dos lados tendrían las armas de esos dos Administradores. La cornisa estaba rematada por cuatro delfines agrupados pegados por la cola y que correspondían a los cuatro lados.

Al haber sido larga la obra y cambiar los Administradores, se olvidó que (era la costumbre en Santo Domingo) a aquellos a los que se debía una visión útil y en 1779 se consideraba al señor d'Argout, entonces gobernador general, como el autor de este beneficio.

Se debe leer la siguiente inscripción desde este punto de vista; me fue confiada en esa época por su autor el señor de Stapleton, criollo de Santo Domingo y caballero de la orden de Saint-Hubert.

> *Non erat ante fluens populis sitientibus humor,*
> *ecce peregrinam mittit fons publicus undam,*
> *miraturque novos fluctus et non sua dona,*
> *jam liquor ad vestros decurrit purior haustus,*
> *o cives! Licet his æstum fedare fluentis,*
> *vestra sitis quoties su rit fatiata bibendo,*
> *clamate: Hæc nobis* d'Argnutus *munera fecit,*
> *hic nostrum voluit* primus *minuisse laborem,*
> *atque sui memores populus fecisse merendo.*

Hay algo muy sorprendente para aquellos que no conocen Santo Domingo y es que los gastos de la fuente subieron a 1,700 libras de la Colonia (1,133,333 libras,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

6 monedas, 8 denarios de Francia), suma verdaderamente exorbitante, sobre todo si se considera la mediocridad de la ciudad de Fort-Dauphin.

Se puso, para garantizar la toma de agua de las inundaciones, una empalizada que costó una tercera parte de esa suma, mientras que si esa toma de agua se hubiese puesto cuatrocientos pasos más alta, se hubiese podido, con una esclusa y una pala, cumplir el mismo objetivo y haber ahorrado las tres cuartas partes de esa suma.

También se hubiese ahorrado el gasto de un sifón de 100,000 libras francesas.

Se dijo además, contra la ejecución del proyecto de esta fuente tal y como tuvo lugar, que la empalizada, subiendo 3 pies las aguas, disminuyó de igual modo los diques de la plantación vecina y destruido su resistencia; haciendo la toma de agua donde esta se halla, se necesitó el sacrificio de una gran cantidad de agua para que pudieran llegar seis pulgadas a la fuente y se despojó a diecinueve plantaciones de caña del agua con la que hubieran podido regar.

Asimismo se añade que esta fuente, cuyas reparaciones fueron muy costosas, ha dejado de dar agua antes de que se acabara 1788.

Se instaló también una tubería de desvío que llevaba el agua a una fuente pequeña situada en el lado norte de la calle Mayor, entre las calles Bory y Clugny.

El río Marion que proveía de agua a la ciudad, lo hacía asimismo con tres plantaciones de caña: Gras, Collet y Le Gris.

Hay edificios públicos en Fort-Dauphin, como una casa llamada del Gobierno, ya que allí vive un oficial, el comandante; está en la esquina noroeste de la undécima calle, yendo desde la calle Mayor a la ciudadela; la casa del Rey, edificada en la plaza de Armas esquina a la calle Mayor; allí están las oficinas y los despachos de la Administración; en la esquina noroeste de la calle Mayor con la de Saint- Étienne, está la sede de la senescalía; y en el sudoeste de la calle de l'Eglise con la Bourbon, se han construido los calabozos.

La ciudad de Fort-Dauphin tuvo unos comienzos enormemente lentos y en 1738 las casas que estaban en la calle Mayor, una vez edificada la primera, estaban como abandonadas y cayeron en la ruina.

Esta ciudad tenía 104 en 1751, 116 en 1755 y 138 en 1761, época en la que se pensó que podrían ser tasadas en 100,000 libras de arriendo. En 1765 se veían, sin embargo, 170; pero una ordenanza del 18 de enero de 1775, prueba que muchas estaban abandonadas y que, ante la amenaza de reunión del dominio público, se prefería pagar las multas contra la ausencia de limpieza y otras secuelas de este abandono.

El vecindario del Cap era el de Ouanaminthe, donde los habitantes de Fort-Dauphin quisieron impedir, durante más de treinta años, que se hiciera un pueblo que luego se convirtió en el puerto franco de un comercio furtivo con los españoles y contrabalancearon siempre el plan de hacer de esta ciudad algo interesante.

Terminada al noreste por el mar y al noroeste por la ciudadela y el mar, lo es en el sudoeste por el río Roches (brazo derecho del río Marion), que la rodea en toda su longitud.

Este río que nunca se seca y cuya fuente está en el pico de Bayaha, servía en otros tiempos para apagar la sed de los habitantes, que le deben el agua de su fuente. Como tiene su desembocadura a 190 toesas del camino que va de la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ciudad a la ciudadela, en un terreno casi al nivel del mar, esparce a veces sus aguas sobre este suelo, volviéndolo tan pantanoso que las grandes mareas entran también por allí.

Por esta funesta razón, la ciudad de Fort-Dauphin tiene justa fama de ser insalubre. La prueba está en la piel lívida de sus habitantes, en los estragos en su salud y una rápida destrucción, de lo malsano que es allí el aire.

¿Cómo explicar, dicho esto, la proposición que el señor de la Chapelle, intendente de la Colonia, hizo al ministro y que este adoptó en una carta al señor de Larnage del 8 de junio de 1737, de instalar a todos los soldados que desembarcaran de Europa, durante un año, en los puestos de Fort-Dauphin y de Saint-Louis del sur porque eran los más sanos de la Colonia?

¡Contundente ejemplo, desgraciadamente muy extendido, de la rapidez con la que los Administradores opinan sobre un país al que apenas acaban de llegar!

El primer batallón del regimiento de Quercy perdió en la guarnición de Fort-Dauphin, en 1763 y 1764, un número infinito de hombres y en 1782 el regimiento español de León compuesto de 1,440 hombres, vio morir en tres meses a 17 oficiales, 3 cadetes y 647 hombres.

Hasta 1732 se enviaron al Cap, por mar, a los enfermos del destacamento de Fort-Dauphin, lo que acrecentaría más las pérdidas. En esta época el señor Duclos, intendente, hizo instalar allí unas estancias para tratar a los enfermos.

En 1739, el señor Larnage, queriendo tener un hospital de verdad, destinó a ese fin 55,000 libras que había conseguido por el pago de una multa sobre el comercio extranjero. Se compró, por consiguiente, una plantación que había pertenecido en otro tiempo a los religiosos de la Caridad del Cap, cuando no preveían que un día habría una ciudad de Fort-Dauphin.

En 1739 era una plantación de índigo. Como la adquisición era condicional y no llegó la aprobación del ministro, Fort-Dauphin no dispuso de hospital.

La guarnición del regimiento de Quercy había hecho construir un asentamiento provisional, que los mismos religiosos de la Caridad cedieron a un empresario poco después.

El hospital era de la comunidad cuando el regimiento de León y ahora no hay más que una especie de ambulatorio para el destacamento.

Pero será aún más importante que tener un hospital, el destruir la causa de que esa propiedad sea mortífera. No hay otro remedio que conducir las mismas aguas del río a través de los pantanos que el dique, que sirve para ir de la ciudad al fuerte, ha partido en dos.

Un puente muy simple facilitaría el paso de las aguas de uno de los lados al otro y de allí al mar. Este remedio, el menos costoso de todos los que se podrían emplear, será también el más seguro; porque el de rellenar había sido intentado utilizando soldados y su mortalidad puso de manifiesto su peligrosidad

Un dique, levantado en la orilla izquierda del río arrojaría también las aguas del lado de la ciudad y, reteniéndolas, sobre todo después de los desbordamientos, les obligaría a depositar su légamo en el pantano, cuyo suelo se elevaría y perdería así la facultad de exhalar miasmas infectas y hediondas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El ahorro hecho sobre la fuente podría ser suficiente para este trabajo, al que miles de hombres habrían terminado por deber la vida y habría salvado del escándalo, que la ignorancia o cualquier otra causa, ha provocado por ese excesivo gasto.

El lado sudeste de la ciudad es el más alegre porque se abre sobre el campo; entrando en el camino de Maribaroux, se observan a la derecha plantaciones de caña que deleitan la vista; a la izquierda está la fábrica de ladrillos Parvenu, a 1,200 toesas de la ciudad; nos hallamos sobre una colina pequeña que forma los límites para la guarnición y a alrededor de 300 toesas de la que encontramos, a la izquierda, un camino que lleva al embarcadero de la Crochue.

Pero antes de terminar lo referido a la ciudad y de completar los detalles que deben presentarla como la ciudad cabecera de una de las grandes extensiones llamadas distritos, es necesario que de una idea exacta de la totalidad de la parroquia de Fort-Dauphin.

Tiene una forma irregular, porque la parroquia de Ouanaminthe avanza y penetra por el este. La parroquia de Fort-Dauphin, que podemos calcular en veinte leguas cuadradas de superficie, es una de las que llaman parroquias de llanura en Santo Domingo y su parte plana ocupa alrededor de los dos tercios.

Una sabana o pradera natural, separa el cantón Dauphin propiamente dicho y que está en el contorno de la ciudad, del cantón de Maribaroux que está al este. Esta sabana tiene alrededor de una legua y medio de ancha en su extremo norte, contiguo a los Fredoches y se dirige hacia las montañas alargándose.

Todo indica aquí la aridez: los montículos sin ningún orden entre ellos y no dando la vida más que a algunos árboles ralos, incapaces de esconder un suelo cargado de numerosas piedras desgajadas: piedras y rocas que salen de una tierra cobriza para mostrar sus crestas rojizas o morenas y otras que presentan en toda su desnudez masas surcadas y llenas de asperezas; ese es el espectáculo de esta sabana en la época seca.

Si llueve en abundancia, una hierba fina y opulenta cubre pronto ese paisaje triste y es sustituida por un rico tapiz de verdor. Nos preguntamos de dónde puede provenir un cambio tan repentino, tan absoluto y cómo esa sabana se formó y conservó su elevación por encima de los terrenos de alrededor.

El físico está tentado de responder que por su configuración, su alargamiento hacia la montaña, el color de las tierras y su analogía con la tierra de las montañas vecinas; analogía que las piedras desgajadas reproducen a su vez, porque son vitrificables como las de las montañas y anuncian los desórdenes de un volcán cuya lava habría corrido con todas las materias en fusión y habrá ocupado siempre un espacio menor alejándose del cráter.

Parece que fue cuando el mar limitaba el suelo de la sabana, ya que roza los Fredoches donde es todavía calcáreo y anuncia una permanencia más reciente de las aguas.

Las convulsiones más o menos fuertes producen interrupciones lejanas y expulsiones de piedras más o menos activas; la sabana habría tenido desigualdades y los principios marciales explicarían lo tenue y frágil que es la hierba en este sistema.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Algunos de los montículos de esta sabana tienen y han tenido nombres especiales. El de Morne-à-Vigie, que uno de ellos conserva, viene del uso al que estaba destinado de cuando los estragos de los españoles en 1695; se emplazaron dos hombres allí como centinelas para espiar sus movimientos; vigía cuyos observadores se suprimieron cuando la paz de finales de 1698, aunque el impuesto a pagar duró hasta 1702.

Por razones desconocidas se pusieron los nombres de la *Mahotière*, los *Marmousets*, los *Platons*, etc.

En esta sabana o en las sabanas en las que también hay arroyos, el agua no aparece sino durante unas horas y solo en la época de lluvias, aunque se las ha llamado Rivière Blanche o Rivière-à- Canon.

La vecindad de plantaciones de caña o de algunos valles pequeños han reunido en ese lugar a 17 blancos, 56 libertos y 268 esclavos.

Pero ¡qué vista tan incomparable la que se ofrece al viajero, cuando desde el extremo de esas sabanas descubre la rica llanura del cantón de Maribaroux! Su mirada se pasea por los campos de caña que parecen ser más hermosos todavía al contrastar con lo que acaban de ver.

Le gusta el efecto producido sobre ese verde ondulante, con los árboles de un verde más oscuro y situados aquí y allá, como para variar la escena. Los edificios de un gran número de factorías le añaden interés y los bosques que bordean los ríos del Massacre, coronan y fijan el horizonte.

Todo apunta a que esta llanura es un antiguo fondo fangoso del mar. Los puntos bajos que los ríos no han cubierto con su arena en polvo, tienen todavía huellas bituminosas.

Las plantas están impregnadas de su sustancia acre y es uno de los obstáculos que se encuentran para la fabricación de azúcar a partir de la caña que producen estos lugares.

El río Matrie separa el cantón de Maribaroux de las grandes sabanas y el río Massacre está entre ese cantón y las posesiones españolas. Maribaroux se divide en el alto y bajo Maribaroux. El bajo Maribaroux es la parte que se encuentra al norte del camino que lleva, de la ciudad de Fort-Dauphin, al pueblo de Ouanaminthe.

El alto Maribaroux se extiende por el contrario hacia el sur de ese camino hasta el río de la pequeña Artibonite, vulgarmente llamado río Baujeau y que desemboca en el Massacre entre las plantaciones Baujeau y Vigne.

De esta división resulta que todo el bajo Maribaroux pertenece a la parroquia de Fort-Dauphin, que además contiene cuatro propiedades del alto Maribaroux, porque están al oeste del Matrie; todo el resto del alto Maribaroux es de la parroquia de Ouanaminthe.

En el bajo Maribaroux, ambos ríos Massacre y Matrie nunca están más lejos de una legua el uno del otro, hasta en los límites donde se alejan lo máximo entre ellos y en las grandes crecidas, sobre todo en las del mes de septiembre de 1761 y del 4 al 5 de agosto de 1772, en que se vio a sus aguas entremezclarse; el mismo fenómeno tuvo lugar durante más de 25 días en 1787.

En 1776, época de una gran sequía que no ha hecho más que renovarse demasiado a menudo, el Matrie se secó varias veces; el Massacre conservó apenas un

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

hilo de agua y el uno y el otro, muy conocidos por sus numerosos peces, se vieron privados de ese preciado don; como los negros encontraban entonces el pescado en aguas poco profundas, produjeron una devastación inmensa.

El Matrie desemboca en el Massacre a alrededor de 2,000 toesas de la desembocadura de este último y hay asimismo analogía en sus dos nombres ya que Matrie viene de Mata, español, lugar donde se mata, donde se desata una carnicería.

El Massacre se dirige luego hacia el mar por un paso estrecho, entre dos montículos, donde las aguas encerradas se oponen con fuerza al flujo del mar, que se reconoce por el gusto del agua a dos leguas.

Hacia el punto donde el Massacre recibe al Matrie y donde ese conflicto es más tremendo, se ha levantado un banco de arena que, sostenido por el esfuerzo contrario de las dos corrientes, presenta, aún en las grandes inundaciones, un muelle que la audacia a veces ha empleado.

Los diques contienen las irrupciones del Massacre, sobre todo desde el pueblo de Ouanaminthe.

Se cuentan en la parte de Maribaroux, que depende de la parroquia de Fort-Dauphin, 17 plantaciones de caña, a saber: 13 en el bajo Maribaroux y cuatro en el alto Maribaroux de las que ya he hablado; su producción total es quizá evaluable en tres millones y medio de terrones de azúcar y más de medio millón de azúcar en bruto[24].

Desde 1750 hasta 1753, tres habitantes y luego cinco, se ocuparon de emplear el agua del Massacre para fertilizar el suelo y mover los molinos. Hicieron tres asambleas con ese propósito, que tuvieron como resultado, en ese mismo año, una concesión de agua por parte de los Administradores y que fue el origen de la toma de agua de la que he hablado.

El Massacre había sufrido varios desbordamientos y las dificultades que los cinco propietarios de los molinos ocasionaban ellos mismos y entre ellos, provocó que pidieran un examen local que era necesario; ese examen fue ordenado por los Administradores el 28 de julio de 1784.

Tuvo lugar en el mes de mayo de 1786, hecho por el señor Michel Verret, hermano y asociado del ingeniero hidráulico.

Esta operación que, como multitud de otras, prueba la utilidad de los artículos de los expertos en ese tema, demostró que desde 1753 hasta 1786, el Massacre había excavado su lecho en 4 pies, 9 pulgadas y 4 líneas y que la toma de agua debía, en consecuencia, aumentarse con respecto a la anterior, aún por encima de la pirámide no. 8.

El señor Verret hizo que se encontrara agua en cantidad suficiente para el riego y el juego de cinco molinos asociados al agua; e indicó, para las épocas de sequía, el orden en el que cada una de las cinco plantaciones (de las que tres pueden, además, coger agua en el Matrie solo para regar), debía hacer uso del agua.

Esta operación llevó el 26 de diciembre de 1786, a una convención a través de la cual los cinco interesados formaron un sindicato para todo lo relativo al disfrute del agua; el 19 de abril de 1787, los Administradores lo convirtieron en ordenanza, igual que el expediente del señor Verret.

[24] N. de la T.: a lo largo de toda la obra Saint-Méry no especifica si con estas cantidades se refería a dinero o al peso del producto. El adjetivo criollo para el azúcar en bruto es «mascabado».

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sin embargo no hay más que tres plantaciones que tengan ya molinos que funcionen bien y si añadimos el molino de agua de una de las cuatro plantaciones del alto Maribaroux, encontramos cuatro en esta parroquia.

Maribaroux, que depende de Fort-Dauphin, tiene 60 blancos, 17 libertos y alrededor de 2,500 esclavos. Hay que pensar que este cantón, cuyo suelo merece tener quizá el primer puesto entre todos los de Santo Domingo francés, llegara al grado de crecimiento que es de suponer ya que no está todavía más que en su tercera generación de colonos.

La primera solo ha desmontado; la segunda comenzó las grandes obras, como los diques que debían proteger del destrozo de las aguas y las fosas que debían filtrarlas; la tercera ordenó las plantaciones y construyó los edificios para que la cuarta pudiera realizar el plan de una industria grande y útil. ¡Dichosa la quinta si puede mezclar lo agradable con lo útil y unir sus goces personales a las riquezas del Estado!

Dije ya que las grandes sabanas era contiguas a los Fedroches; es el nombre que se le da en la Colonia a los terrenos cuyo fondo es una especie de toba blancuzca y arcillosa, que no hace vivir más que a las zarzas y a algunos bosques blancos, cuyas proporciones hacen pensar que el suelo es estéril.

Así es el que bordea la parroquia de Fort-Dauphin por el norte y que sigue, más o menos los contornos de la bahía y el terreno que está entre ella y la parte baja del Massacre.

Estos Fedroches (que ciñen también la bahía de Mancenille), rodean en esa zona el Lagon-aux-Boeufs, especie de lago pequeño cuyas aguas, contenidas en todas partes por las tierras elevadas, no han podido retirarse con el mar cuando ha abandonado los lugares vecinos.

Sin embargo, como esos bordes son menos elevados en el noreste cuando suben las aguas, el excedente se vierte por ahí en el Matrie.

Los Fedroches tienen algunas plantaciones de índigo pero las sequías las han condenado a languidecer tristemente. Ese suelo es mucho mejor para los cuatro talleres de cerámica que, teniendo en el mar una salida fácil, abastecen a las plantaciones de caña de los distritos, hasta de los más alejados.

Se ven también muchos hornos de cal, cerca de los que están situados la piedra calcárea y los bosques y además tres fábricas de ladrillo y tejas en cuyo número está comprendida la que está a la salida de la ciudad de Fort-Dauphin; todos los asentamientos de los Fedroches hacen un total de 53 blancos, 104 libertos y 678 esclavos.

En 1787 se encontraron en los Fedroches, , cinco cabezas de hombre en el fondo de una caverna. El aplastamiento del coronal o frontal, desde las cejas hasta arriba, demostraban que habían pertenecido a unos indios desafortunados.

Estaban bien conservadas y tenían todos los dientes. A pesar de haber seguido la búsqueda, no fue posible encontrar partes óseas.

El resto de la llanura de la parroquia de Fort-Dauphin está al sur de los Fedroches. Forma allí un espacio que tiene al este las grandes sabanas, las montañas al sur y, al oeste, una prolongación de estas montañas que se dirige al norte y se detiene a una legua de la costa y de la ciudad, en el poniente de esta última.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Al pie de este aplastamiento montañoso corre el río Marion, formado por las aguas de las montañas del desfiladero de Samedi y engrosadas por las de todos los barrancos que bordean su curso.

A ambos lados del río están las plantaciones de caña; pero como el brazo montañoso del que acabo de hablar tiene una pendiente prolongada hacia el río, la orilla oeste es la más angosta.

Sin embargo la del este está bastante llena por los montículos de las sabanas, por lo que la orilla occidental tuvo doce plantaciones, mientras que la orilla oriental no tenía más que cinco y aún así, de pequeño tamaño.

Los dos lados acaban por estrecharse, hasta el punto que no hay más que algunos collados y valles pequeños.

Considerando este espacio, cuya parte superior se llama el cantón de la gran Colina y no tiene más que tres viejas plantaciones de caña, se pude concluir que en la época en que los ríos no habían formado todavía sus cauces y sus aguas corrían por las pendientes; las partes superiores sobre las cuales esas aguas no pudieron quedarse ni depositar un sedimento fangoso, no adquirieron una cubierta vegetal tan espesa como las partes inferiores.

En los puntos vecinos al mar, pero en los que son bajos, las aguas dulces corrigieron la acritud de los depósitos marinos y el sedimento y, combinándose entre ellos, habrían producido un suelo más o menos fértil; mientras que en los lugares tales como, por ejemplo, la zona de los Fonds-Blancs que depende de la parroquia de Fort-Dauphin, las aguas, no habiendo podido combatir la acritud primitiva, hace que la misma subsista todavía.

Esta explicación está apoyada por la diferente naturaleza del suelo en las 17 plantaciones de caña y también de las colinas y los pequeños valles de la zona estrecha que, enriquecido al principio por los despojos de las montañas barridas por las lluvias, enseguida vio destruida su fertilidad por la misma causa que la había creado.

Podemos calcular en alrededor de dos millones el azúcar producida por esos 17 ingenios, casi todos desaparecidos, sobre todo los del cantón de la gran Colina.

Los censos no dicen que aumente la población de esta zona, que cuenta con 63 blancos, 2,200 esclavos y 10 libertos solamente; porque en general, se ven pocos de estos últimos en los lugares donde los asentamientos que se multiplican, son o han sido una prueba de energía y actividad.

Lo que se encuentra en los Fonds-Blancs, en la parroquia de Fort-Dauphin, que, como ya he observado, no comprende los collados llamados las *Mamelles*, situados a 2,700 toesas al oeste de la punta del Baril-du-Boeuf y a 1,000 toesas del mar, contiene varias plantaciones de índigo. Las sequías, casi continuas desde hace varios años, las afectan y reducen a la mayor mediocridad.

El corte del Bayahá que no es sino una garganta del extremo del brazo occidental de las montañas de la parroquia de Fort-Dauphin, tiene también algunas pobres factorías de añil y agricultores de mandioca y maíz.

Estos dos lugares, otras plantaciones de la gran Colina y las sabanas del desfiladero de Samedi o de la sabana Bouché, contigua a esta, cuentan con 31 blancos, 73 libertos y 442 esclavos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Al este de la garganta del Bayaha, hay una parte triangular que forman, con el mar, los dos brazos del río Marion. Este río se bifurca en la misma llanura y su brazo derecho (que los habitantes que estaban a su izquierda quisieron llenar en 1717),[25] va hacia la ciudad con el nombre de río Roches.

A principios de 1707 se construyó en esta especie de islote, una capilla filial de la de Limonade y el párroco de esta venía a celebrar el servicio divino.

El abad de Mont-Tours dijo allí la primera misa el 25 de marzo del mismo año. En 1710 el padre Boutin, jesuita, levantó una parroquia dedicada a San José y en 1722, se trasladó la iglesia 1,500 toesas más al oeste, en el viejo pueblo de Bayaha y a 800 toesas al sur del embarcadero de la Crochue, en una sabana donde el local del antiguo cementerio es todavía reconocido por la veneración supersticiosa de los negros.

Hasta 1731 la ciudad de Fort-Dauphin no tuvo en su recinto a su párroco, que es el único eclesiástico de la zona.

Ya no me queda ahora más que describir las montañas; limitan la parroquia al sur. Al sudoeste están las del cañón de Samedi y en la cara o reverso del norte pertenece a la parroquia de Fort-Dauphin.

Se habló en 1768 de formar una parroquia en la vaguada de Samedi; los habitantes, autorizados por el gobierno en 1772 a deliberar sobre ello, nombraron un síndico para supervisar la ejecución del plan, que comprendía toda la garganta o cuenca del desfiladero del Samedi, la circunferencia del pico Diable, el valle del desfiladero de Pins, el Morne-Organisé y los cinco cantones de la cara sur de la montaña o gran Crête de la vaguada de Samedi, que hoy dependen de la parroquia de Vallière.

Este plan, que fue rechazado y que sin embargo tuvo como resultado la nueva parroquia de Vallière, hubiera sido más provechoso que el fundarla.

Pero estamos con la descripción de esta parroquia, con la que está unida en cierto modo.

El cañón de Samedi contiene varios cafetales sin que ninguno merezca ser citado y en casi todas se asocia el cultivo de alimentos con la del chamizo.

Después de la vaguada de Samedi (muy regada por los distintos brazos del río Marion, por el torrente de los Palétuviers, por el de Bouvard, etc.) y yendo hacia el este, se encuentra primero la hermosa Crête, alta montaña situada casi enfrente de la entrada de la bahía y al este de la cual corre el río Marion en un cantón llamado los Fonds-Bleus y luego el pico Diable, que separa el desfiladero de Pins.

Una ladera cuyo declive es bastante suave ya que conserva todavía una cubierta vegetal, sirvió para instalar una plantación de caña que disponía de un molino de agua; la tierra de todo ese cantón, no responde a los cuidados del cultivador de café, pero sí a los del de la mandioca, que se da muy bien.

El desfiladero de Pins, llamado así porque allí los pinos son muy comunes, es el cantón que roza con la parroquia de Ouanaminthe al este y al sur.

Los comienzos de su agricultura fueron brillantes; se asentaron una hermosa azucarera y grandes cafetales. Un grano redondo, pequeño y seco adquirió mucha

[25] Véanse *Lois de Saint-Domingue*, t. 2, p. 592.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

fama por el café que producía y que es muy buscado por los capitanes provenzales, ya que, mezclados con los cafés llegados de Levante, engañan los ojos del experto y el paladar del sibarita.

Toda la zona montañosa, está habitada por 100 blancos, 200 libertos y 1,490 esclavos.

Echemos un vistazo general sobre Fort-Dauphin. El clima allí es extremo. Tras una sequía anual, que normalmente dura desde el mes de febrero hasta mayo o junio, las lluvias, con las primeras tormentas, resultan excesivas y traen fiebres ardientes y biliares.

El resultado de estas calamidades es que, después de haber consumido los alimentos que da la tierra, no salen adelante las nuevas plantaciones hechas para sustituirlas.

De ahí las hambrunas que duran seis meses enteros y que causan que, en un lugar donde la disciplina de los esclavos podría ser considerada más bien relajada que severa, se pierda una gran cantidad de estos hombres valiosos, pérdida que era proporcionalmente todavía más considerable antaño, cuando les hacían desecar las zonas anegadas de esa parroquia; pero ahora los trabajos de desagüe y levantamiento de diques los hacen negros contratados, que están adiestrados y acostumbrados a ello.

Quizá sería cuestión de examinar si no habría más ventajas utilizando en el riego y no en las máquinas, el agua que se extrae de los diferentes ríos.

Cada año, la sequía despierta odios que siempre tienen en Santo Domingo un carácter muy activo. Sería digno de una buena administración, amiga del orden y la propiedad pública, definir mediante un reglamento general todos los derechos de los litigios de este tipo y que los jefes principales y subalternos se favorezcan o lesionen por motivos demasiado alejados de la justicia.

¿No se podrían reunir las aguas del río Jean de Nantes con las del pequeño Artibonite (los dos de la parroquia de Ouanaminthe) y una cantidad de ellas del alto Massacre, para distribuirlas de manera que el primer habitante no tuviera que devolver su agua más que al tercero, el segundo al cuarto y así alternativamente?

Cuando la pendiente sea poco pronunciada, los ya colmados garantizarían los desbordamientos y se asegura que las nivelaciones han probado que ese trabajo es posible.

Otro demasiado lleno en el Matrie, podría a veces llevar a Lagon-des-Boeufs, que tiene 2,500 toesas de largo por 500 de ancho de longitud media, las aguas que desalarían el fondo y los alrededores y que depositarían un valioso fango para el cultivo y también para la salubridad del aire, que ese lago no puede sino alterar.

Fort-Dauphin no presenta ninguna perspectiva de crecimiento para el futuro, a no ser por la agricultura de Maribaroux y de algunas zonas montañosas, que podría enraizar a hombres reducidos a no emplear más que endebles medios para establecerse.

Pero todo esto, añadido a la riqueza de la parroquia y procurándole sobre todo alimentos que produciría la montaña en abundancia, no le serviría de nada a la ciudad propiamente dicha.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Una vez más, la proximidad del Cap y del pueblo de Ouanaminthe, se opondrían siempre eficazmente a que la ciudad de Fort-Dauphin adquiriera una mayor importancia que la que tiene en la actualidad y de la que tendremos una idea más exacta por los siguientes detalles.

Fort-Dauphin es la ciudad cabecera del distrito del mismo nombre, uno de los cinco de la Parte del Norte y que comprende cinco parroquias: Fort-Dauphin, Ounaminthe, Valliére, Terrier-Rouge y Trou.

Hemos visto que se creó una comandancia militar en 1728; tenía como estado mayor a: un lugarteniente del Rey, un mayor y un ayudante mayor, lo que confirma la ordenanza real del 23 de julio de 1759. El ayudante mayor fue suprimido en 1777 y por efecto de la ordenanza del 20 de diciembre de 1783, ya no hay más que un mayor.

Un oficial de la administración de la marina ejerció allí siempre como encargado de las funciones de un subdelegado del organizador del Cap y también un secretario principal de la marina, como estipulaba la ordenanza de 1759.

Un comisario de clases se encargaba, bajo sus órdenes, de los detalles y un capitán del puerto velaba por todo lo concerniente a este cargo, cuyo primer responsable fue el señor Mistral en 1732.

La senescalía tiene un senescal, un teniente propio, un procurador del Rey, dos sustitutos, un escribano, un auditor, ocho procuradores y ocho notarios distribuidos en las diferentes parroquias de la competencia de la senescalía, que es igual a la de la comandancia, diez ordenanzas, un contable y un encargado de prisiones; desde 1788, hubo un oficial de justicia, un cabo y tres sargentos de policía.

Nunca hubo una reputación tan odiosa como la de los procuradores de la jurisdicción de Fort-Dauphin, antes que el estricto celo del señor de Ennery y la probidad en la vigilancia de los señores Gautier de la Riviére y d'Hudicor, senescales, pusieran freno a esta rapacidad, que había hecho de Fort-Dauphin el terror de los litigantes y la vergüenza de la justicia.

Hubo consejeros en esta senescalía en dos épocas. Primero uno solamente (el señor Barbé), al que los Administradores nombraron el 5 de abril de 1739 y los elegidos a través del edicto de la reunión de los dos Consejos del mes de enero de 1787.

El senescal es también teniente del almirantazgo y fue establecido con la senescalía; el procurador del Rey forma parte de las dos sedes, así como los oficiales ministeriales. También dependen de él dos intérpretes.

Una brigada de la gendarmería,[26] compuesta de un preboste, dos oficiales de justicia, dos cabos y veintidós contables, depende del distrito de Fort-Dauphin. El preboste reside en la ciudad; hay un oficial de justicia y seis contables en Ouanaminthe y un oficial de justicia y cuatro contables en el Trou.

[26] N. de la T.: mariscalía: antiguo cuerpo de caballería que fue remplazado por la gendarmería; su nombre viene de que estaba inmediatamente subordinado a los mariscales de Francia (maréchal). Sus hombres estaban equipados con sables y armas de fuego. Se les llamaba arqueros en recuerdo de su armamento primitivo. Este cuerpo se empleaba en Francia para perseguir y prender malhechores, asegurar los caminos, etc. que eran equivalentes a las cuadrillas de la Santa Hermandad que operaban en Castilla con el mismo fin.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los contadores públicos son un intendente de marina y otro de artillería, un tesorero, un recaudador de las concesiones y los derechos patrimoniales, un supervisor de sucesiones vacantes y un recaudador de los derechos del almirantazgo; dos cirujanos ordinarios, un agrimensor principal, un veedor principal y un guardián de esclusas y fuentes; muchos agrimensores residen en el espacio de la jurisdicción.

Fort-Dauphin goza, desde hace mucho tiempo, como prueba la ordenanza de los Administradores del 12 de diciembre de 1727, de un estafeta de correo postal. El correo de todos los puntos de la Colonia, pasando por el Cap, llega y sale de allí dos veces la semana. No llegaba más que una vez antes de marzo de 1764.

Hay distintos obreros, algunos maestros de escuela para enseñar a leer, a escribir y la aritmética; comerciantes, entre los que había que se titulaban negociantes; revendedores; un número siempre demasiado grande de cantineros, cuyo privilegio, antaño firme, daba ya 3,560 libras al fisco en 1728, algunos litigantes y algunos ociosos completan, con los distintos empleados o funcionarios públicos, la población de la ciudad de Fort-Dauphin, que no cuenta, a pesar de todo esto, más que con 254 blancos, 130 libertos y 470 esclavos.

Se puede añadir un destacamento, abastecido por el regimiento del Cap, para la guarnición del fuerte y la de las fortificaciones de la entrada; esta guarnición la componían, hasta 1762, tres compañías sacadas de la marina y 25 suizos y fue reemplazada por un batallón del regimiento de Quercy.

El puesto de Fort-la-Bouque tenía originalmente 30 hombres y un oficial y se les relevaba cada 15 días. La ciudad podía contar además con 50 caboteadores o marinos que se encargan de la pesca que se realiza en la bahía de Mancenille o del transporte de productos, que tiene lugar en las barcas o en los navíos de cuatro a 100 toneladas.

El transporte del que acabo de hablar se realiza con grandes barcos llamados *pasajeros*, cuando se trata del Cap y cuyo nombre ya es antiguo en Fort-Dauphin, ya que el negocio ha estado mucho tiempo arrendado en provecho del Rey.

Se les levantó este impuesto el 24 de agosto de 1750 y sus propietarios solamente estaban sujetos a disponer de las escrituras en regla de lo que embarcan y a responder de la pérdida o avería cuando estas fueran imputables a su negligencia o a la impericia de los patronos, que deben ser libres y conocidos del almirantazgo a través de una declaración del armador.

La facilidad de esta comunicación reduce a la ciudad a no ser más que un puerto parcial ya que muchos embarcaderos son también puertos francos.

Se ha visto ondear, sin embargo algunas veces en la bahía, el pabellón francés en navíos europeos durante la paz, aunque lo más usual es que los capitanes se contenten con enviar mercancías al Cap, que un oficial de navío vende en un almacén que alquila a ese efecto.

Se han contabilizado hasta doce o quince de estos almacenes, de los que resultaba un débito de 100 y 150 mil libras al mes. No nos sorprende cuando sabemos que la dependencia de Fort-Dauphin es una de las zonas más exentas de deudas.

En 1784, hubo una importación directa de Fort-Dauphin y de su vecindad, efectuada por dos barcos de Burdeos, cuatro goletas españolas de las que tres eran de Barcelona y una de Cumaná y cinco naves o bergantines de los Estados Unidos de América.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En tiempos de guerra, la ciudad de Fort-Dauphin queda anulada en lo que se refiere al comercio y hasta el transporte de artículos y abastecimientos de esta parroquia es muy difícil.

Los arrecifes, al estar completamente a ras de agua, no permiten una navegación segura entre ellos y la tierra; así pues hay que hacerlo en alta mar y por eso mismo el cabotaje está expuesto a muchos riesgos.

Los vientos contrarios, las tempestades, el enemigo, todo se alía para suspender la comunicación. De este estado de cosas resulta que los habitantes paguen más caro y vendan a mejor precio. A veces con las fuertes brisas del mes de abril, las provisiones pedidas al Cap se hacen esperar un mes.

El flete para los pasajeros se vuelve cada día más caro. Siguiendo la adjudicación hecha el 3 de mayo de 1743, estaban asignadas al colono 3 libras por persona libre; por esclavo, 30 monedas; por un barril, 50 monedas; por una barrica, 100 monedas y 6 francos cuando estaba llena de azúcar.

Esta barrica de azúcar que se transportaba en 1770 por 7 libras y 10 monedas, pagaba, en la guerra de 1778, 24 libras y 15 monedas y, con la paz, se tasó en 20 libras, 12 monedas y 6 denarios.

Las dificultades que trajo la guerra, hicieron que se renovara el proyecto de abrir un canal que iría, de la parte oeste de la bahía, entre la punta Dujarriay y las tierras áridas situadas al norte y al sur de las Mamelles, hasta la bahía del Caracol, en la desembocadura del río del mismo nombre, desde donde los pasajeros llegarían al Cap sorteando los arrecifes.

Dispongo hasta de un plano, diseñado en 1751 por el señor Charlevoix de Villers, ingeniero, en el que se ve que ese canal de alrededor de 6,000 toesas tendría que tener 30 pies de anchura en el fondo, 30 pies de taludes y 30 pies de alto a partir de la altura de los ribazos.

Pero la paz renació y en un país en el que los hombres no están, por así decirlo, más que de paso, es muy difícil que un proyecto sea concebido, madurado y ejecutado cuando su ejecución demanda talento, tiempo y gasto. En 1773 el señor de Moulceau era, de la opinión de que se hiciera el canal.

El ministro, en una carta del mes de febrero de 1774, había rechazado el proyecto por su inutilidad en tiempos de paz.

La bahía de Fort-Dauphin nunca será elegida por el enemigo para convertirla en punto de desembarco, porque los navíos no pueden entrar allí más que de uno en uno; porque, enfilados por las baterías se exponen a encallar o naufragar si son desarbolados; además la costa, al estar sembrada de arrecifes, tiene el peligro de las calmas, de las corrientes, de brisas violentas o endiabladas, de los vientos del norte, etc.

Pero también, pese a su orientación a barlovento, esta bahía no puede ser un punto de protección ya que, por un lado una escuadra no puede salir sino es con los barcos uno detrás del otro y las brisas de tierra no siempre son lo bastante continuas ni fuertes para que una flota numerosa se vea favorecida y salga entera; por otro, la bahía de Mancenille ofrece una retirada al enemigo y la Gange y los Sept-Fréres están llenos de fondeaderos seguros y unas fuerzas superiores podrían ser fácilmente bloqueadas por fuerzas muy inferiores en número.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Fort-Dauphin es, pues, todo lo que puede ser, ya que la han preservado de convertirse en un refugio para los enemigos; que sí lo es para los navíos perseguidos que no pueden ganar el Cap y un punto de reunión para oponerse al paso del enemigo si intentan un desembarco a la bahía de Mancenille.

Es también ahora la ocasión de decir aquí, que el elogio de la milicia del distrito de Fort-Dauphin ha sido hecho sin excepción por todos los Administradores y que su celo y su amor por lo francés, son virtudes que no han cesado de mostrar.

Se compone actualmente de 240 blancos y 175 libertos.

La población total de la parroquia es de 700 blancos, 600 libertos y alrededor de 9,000 esclavos. En 1723 contaba con 206 hombres armados y 1,030 negros.

La latitud, marcada en mi plano, es de 19° 42' 30" y su longitud occidental del Meridiano de París, de 74° 1'.

La ciudad de Fort-Dauphin está a alrededor de 12 leguas del Cap, a 87 de Santo Domingo, a 5 de Dajabón y a 5 de Ouanaminthe; a 4 leguas de la villa de Terrier-Rouge, a 6 de la de Trou y a 13 de Vallière.

Con respecto al interior de la parroquia, desde Fort-Dauphin se cuentan:

	leguas		leguas
Al bajo Maribaroux	3	A la grande Colline	3 ½
A la desembocadura del Massacre	4	Al Morne à Vigie y la Mahotière	3
A la Melonnière	5	A los Marmoufets y los Platons	4
A los Fedroches	2	Al desfiladero de Samedi	7
A los Fonds-Blancs	2	Al Morne au Diable	6
Al sendero de Bayaha	2	A los Fonds-Bleus	7
Al paso del río Marion	2	Al desfiladero de Pins	7
Al Vieux-Bourg	1	A Morne-Organisé	11

Hay grandes vías de comunicación entre Fort-Dauphin y las parroquias de su jurisdicción. Comunica con los pueblos de esas parroquias por caminos de coches, a excepción de la parroquia de Vallière que es completamente montañosa.

El camino real que va de Fort-Dauphin al Cap, es muy poco transitable al salir de esta última y hasta el extremo de Fonds-Blancs ya que hay que bajar o subir casi continuamente.

Sin embargo esas cinco leguas son fácilmente recorridas en dos horas gracias a la rapidez de los caballos criollos, a menos que los desbordamientos de los ríos las llenen de obstáculos.

El señor de Belzunce había hecho poner en 1726, sobre los dos pasos del río Marion, unos recipientes para la acumulación del agua que han desaparecido.

Se había establecido también en mayo de 1785, entre Fort-Dauphin y el Cap, una diligencia de diez plazas, cuyo precio para los blancos se fijó en dos piastras gordas y cuatro plazas para los libertos a una piastra gorda.

Iba de una ciudad a otra durante el día. Pero este tipo de negocio ya se había intentado en Santo Domingo muchas veces y sin ningún éxito.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La parroquia de Bayaha está llena de minas y yo mismo tengo la prueba, en una ordenanza de los Administradores del 26 de diciembre de 1716, de que se había encontrado oro ya que permitió a los señores de Boisdenier, Belfond, Gerland y otros asociados, explotarla durante diez años y exclusivamente a ellos a cambio de pagarle neto al Rey la quinta parte del oro, que estaban obligados a entregar todas las semanas al comandante y al comisario del Cap, so pena de confiscación y revocación del privilegio.

No pude descubrir en qué punto estaba esa mina cuya explotación, estoy seguro, jamás tuvo lugar.

Se lee en el primer volumen de las *Mémoires de la Societé des Sciences et des Arts del Cap*, página 199, el análisis de una mina de piedras arcillosas cobrizas, encontrada en la plantación del señor Marcadé, situada al borde del mar en la bahía y al oeste de la ciudad de Fort-Dauphin.

La mina está a 2 pies de profundidad; esas piedras cubiertas de una especie de herrumbre pardusca, tienen un color verde muy claro en sus fracturas; a veces manchas blancuzcas, tramos cuarzosos y trazas de pirita; la capa cuarzosa que las recubre hace fuego con el encendedor.

Se dice que el cauce es muy extenso. Al aire libre, la piedra ha pesado 1,152 gramos y 926 en agua destilada.

A partir de un análisis, el señor Aubray, miembro de la Sociedad, encontró que la mina contenía: 1º $\frac{17}{144}$ y un poco de cobre, reducido a su forma metálica; 2º $\frac{63}{144}$ y pico de arcilla despojada de su componente colorante, fragmentos de cuarzo y de ácido carbónico; 3º $\frac{17}{144}$ de tierra calcárea, de tierra jabonosa y una pequeña cantidad de arcilla.

Las observaciones meteorológicas hechas en la parroquia de Fort-Dauphin sobre la cantidad de agua que cae allí anualmente, dieron los siguientes resultados:

Año lluvioso	6 pies	. . .	1	pulgada. . . .	2 líneas
Año mediano	4 pies	. . .	6	pulgadas . . .	6 líneas
Año seco	3 pies	. . .	4	pulgadas	1 línea

A veces se sienten temblores de tierra que nunca son, sin embargo, capaces de derrumbar edificios. Se sintió uno bastante fuerte el 28 de agosto de 1784.

En 1788 la epizootia[27] hizo perecer a las mulas y los bueyes en el bajo Maribaroux.

La parroquia de Fort-Dauphin vio nacer al señor Croiseuil, autor de una traducción en verso del *Arte de Amar* de Ovidio.

[27] N. de la T.: epizootia (del griego «epi», por sobre y «zoo», animal) es una enfermedad contagiosa e infecciosa reinante en todo un país. Cada animal padece una propia: el caballo, el morbo y el carbunclo; el ganado vacuno, perineumonía, tuberculosis, carbunclo, fiebre aftosa y tifus; el carnero, la sarna, la hidropesía y el prurigo lumbar; el perro, la rabia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

II
Parroquia de Ouanaminthe

Ouanaminthe lleva todavía el nombre indígena que tenía el cantón donde está situado su pueblo y que antaño se pronunciaba *Guanaminto*. Esta parroquia cuyo pueblo es el primer asentamiento francés de este tipo y el más próximo a la frontera española, formaba parte antaño del inmenso distrito de Bayaha y dependía de la parroquia de Fort-Dauphin hasta 1751.

Se formó allí a partir de 1731 una prolongación a causa de los habitantes, que captaban en los alrededores el comercio con los españoles, que se veían obligados a conseguir todo su abastecimiento en la Parte francesa.

Esta prolongación era el presagio de un pueblo y los habitantes de la ciudad de Fort-Dauphin se ocuparon de ello muy pronto.

Vemos en una ordenanza de los Administradores del 30 de junio de 1733, que en esta frontera se mantenían relaciones que perjudicaban a Fort-Dauphin. Los habitantes de Ouanaminthe quisieron enseguida una parroquia real en lugar de un simple anexo y emitieron su voto el 15 de diciembre de 1751, sobre el lugar donde se debería edificar la nueva parroquia.

Creyeron hasta tal punto que la autorización de expresarse sobre este tema era un título, que el vicario de Ouanaminthe comenzó a administrar los sacramentos y a contemplarse a sí mismo como un auténtico párroco, hasta que un edicto del Consejo del Cap del 18 de noviembre de 1752, le conminó a no actuar más que como vicario del de Fort-Dauphin.

Alrededor de su capilla se habían reunido desde hacía mucho tiempo los libertos, cuyo negocio desató las alarmas de Fort-Dauphin y estas publicaron otra ordenanza el 4 de abril de 1758, que prohibía cualquier tipo de transacción en Ouanaminthe.

Llama mucho la atención que, alrededor de ocho meses después, es decir, el 29 de noviembre de 1758, los mismos Administradores instituyeron como parroquia a Ouanaminthe, dándole como linde común con la de Fort-Dauphin, el río Matrie, desde su nacimiento hasta el mar.

Nuevas quejas de Fort-Dauphin, pero solo sobre la extensión demasiado grande de la parroquia de Ouanaminthe, tuvieron como resultado una ordenanza del 23 de abril de 1759, que la restringía al tamaño que tiene hoy día.

Esta parroquia tiene como límites actuales, al este y al sur la frontera española, a saber: la línea de demarcación del islote Massacre, desde el punto en el que se reencontraría con la prolongación hacia el este, con el camino que pasa por la valla de la plantación Vaublanc, hasta la pirámide no. 17.

Luego, acto seguido de esta pirámide hasta la 22, las aguas del Massacre, las superiores del arroyo Capotille y del arroyo Mine, hacen la separación siguiente, girando hacia el sur hasta la pirámide no. 32, que está en la parroquia de Vallière, contigua en el suroeste a la de Ouanaminthe; finalmente en el oeste está la parroquia de Fort-Dauphin.

Ouanaminthe es una parroquia de llanura, siguiendo lo que ya he dicho que debería de entenderse por esa palabra; es una de las más pequeñas de la Colonia,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ya que apenas tiene más de diez leguas cuadradas de superficie y más de la mitad de su territorio es montañoso.

La parroquia de Ouanaminthe tiene una forma muy irregular, debido del curso de los ríos que la limitan al este y que vienen del sudeste. El pueblo es aún más oriental que la desembocadura del Massacre.

La zona llana se encuentra dividida en muchos cantones o porciones de cantón, cuyo nombre es común a la parte montañosa que es su vecina. En general esta zona plana tiene muchas partes de sabana, que aumentan a medida que se va hacia el sur y cuyo terreno no es muy fértil, sobre todo en la vecindad de las sabanas de Fort-Dauphin.

Sin embargo las otras poseen terrenos muy adecuados para el cultivo de víveres de tierra. Pero en toda esta llanura no hay nada más valioso que el alto de Maribaroux, nombre indígena y no Marie-Baroux, como lo quieren aquellos que dan el nombre de una mujer como etimología de este lugar.

El alto Maribaroux contiene en total catorce plantaciones de caña de las que diez dependen de la parroquia de Ouanaminthe.

Estas últimas producen anualmente dos millones y medio de azúcar blanca.

Enseguida viene el cantón de Ouanaminthe, propiamente dicho, en una de cuyas extremidades, hacia territorio español, está el pueblo. Este cantón está encerrado entre el río de la pequeña Artibonite o Beaujeu y la plantación Escot, que limita el pueblo de Ouanaminthe al sur.

Cuenta con once plantaciones de caña cuyos ingenios producen alrededor de dos millones de azúcar blanca.

Cara a cara con el pueblo de Ouanaminthe al oeste de la parroquia, está el cantón de Savanes de la pequeña Artibonite; luego, arriba, yendo al sur cuarto sudeste, el cantón de Savanes (las naturales) de la pequeña Artibonite.

Por encima de esta franja hay otra que tiene al este el cantón de la sabana de Ouanaminthe; después, llegando al oeste, el de la sabana Canary y finalmente el de la sabana Lait, que roza ya el desfiladero Pins.

Todavía más arriba y en una especie de hondonada entre los picos y que se dirige al sudeste, están los cantones de Capotille, de la sabana Longue, del Hermitage, del torrente Roches, luego el Brûlages, que es el punto de la Parte del Norte de la Colonia francesa más avanzado sobre la Parte española; volviendo un poco al sur, se encuentra el cantón Mine, el de Trou de Jean Nantes y el de Nouvelle-Bretagne.

No se puede hacer un gran elogio de todo este extremo superior de la llanura, sobre todo porque hay que decir que Capotille y Mine han visto desmoronarse las cuatro plantaciones de caña de las que disponían antaño.

Esto lleva, casi a su pesar, a hablar de Maribaroux, considerado, sin embargo, en toda su extensión, alto y bajo.

Lo que bordea el Massacre, desde la desembocadura del pequeño Artibonite hasta la del Matrie, es un suelo excelente; el que está al este del camino, tiene una calidad superior que el terreno situado al oeste; pero la que merece una prioridad total, es la zona que, bordeando el Massacre, está hacia la mitad, entre las dos desembocaduras de las que acabo de hablar.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Cerca del Massacre, la tierra es grisácea, ligera, profunda, apta para el riego y se reconoce en ella una verdadera tierra de aluvión, mientras que la que está a lo largo del Matrie, es negra, fuerte y hasta arcillosa.

Se ha comparado el vino de caña de Maribaroux a los de Limonade y de Quartier-Morin y siempre ha resultado más rico.

Los cantones de la parte montañosa son un pedazo de Brûlages y de Mine; el cantón del pico Obé; parte del de Trou de Jean de Nantes y el de Nouvelle-Bretagne, el del desfiladero Parisien y los de Détroit y Trou à Jeannot, que nombro en el orden en que se encuentran alrededor de la zona plana que bordean y comienzo su nomenclatura por el sudeste de la parroquia.

La cresta del Bayaha se encuentra en la zona sudeste de las montañas y se le llama también la cima de Frégates, porque se dice que sirve de punto de referencia a los navíos de ese nombre (fragatas) que navegan por la costa Norte.

La pirámide no. 31 en la frontera con los españoles está en la pendiente sur de esa cresta, situada poco más o menos al norte sur del pico Diable, aunque es su cima la que es el auténtico límite.

Pero, como todas las crestas, que no son más que las puntas de las montañas de forma redondeada e inaccesibles en su parte superior, están fuera del alcance de la audacia del hombre que bien puede designarlas como término, pero a las que, no incluso sabrá llegar para tomar posesión de ellas.

Ouanaminthe es uno de los puntos más regados de la Colonia, ya que entre los ríos Mine, Capotille y Massacre que la bordean por el este y el Matrie que está al oeste, se encuentran: 1°. El torrente de la sabana Longue, que llega, con las aguas del Raque español, a verterse poco después en el río Canary. 2°l. Este río Canary, se une al torrente de Sables, después de haber recibido la avenida de la sabana Lait. 3°. El torrente del Trou de Jean de Nantes y el de Détroit. Y 4°. el río de la pequeña Artibonite, que nace en la cima del Bayaha y que forma, subdividiéndose entre los picos, muchos ríos que acabo de enumerar, mientras que su curso principal que conserva su nombre, atravesando la llanura de la parroquia de sudoeste a nordeste, recoge sucesivamente los distintos brazos que otras aguas han acrecentado; llega así enriquecido al Massacre en el punto que he mencionado.

Esta masa de agua tan preciada, mueve cuatro molinos y, repito, un trabajo general, inteligentemente dirigido, podría proporcionar molinos de agua a casi todas las plantaciones de caña de la parroquia.

El pueblo de Ouanaminthe, que está a cinco leguas de la ciudad de Fort-Dauphin y en consecuencia a diecisiete de la del Cap, ya que se comunica con esta última pasando por la otra, está situado en una sabana alta.

Se compone de diecisiete isletas y tiene setenta y seis enclaves en los que se han edificado sesenta y cinco casas en una extensión de 210 toesas de este a oeste y 135 toesas de norte a sur.

Veintiún de esos emplazamientos, que tienen ochenta casas, se alquilan en provecho de la parroquia, a la que pertenecen.

Cuatro calles se dirigen del este al oeste y otras cinco las cortan en ángulo recto; hay apenas cinco o seis casas que se apartan de esa dirección, que hay que mantener en caso de reconstrucción.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Son las únicas que quedaron tras un incendio, al que tenemos que agradecer a su pesar, la regularidad del trazado actual del pueblo.

Viniendo desde el gran camino de Fort-Dauphin, que está poco más o menos del noroeste al sudeste, se gira a la izquierda para entrar en el pueblo por la calle Mayor, una de las que están abiertas de oriente a occidente.

Tiene 60 pies de ancho y termina en el otro extremo, en el camino que lleva a Dajabón donde también empieza el camino que va hacia el sur y que conduce al cantón de Mine.

La calle Mayor es paralela al sur a la de l'Assomption y al norte a la de Lilancour (comandante en jefe interino) y a la de Vallière (gobernador general); estas tres no tienen más que 40 pies de ancho.

Las cuatro calles de norte a sur son, cuando se viene de Fort-Dauphin, primero la de l'Église, de 80 pies de ancho, al final de la que, a la derecha y a 70 toesas, está el templo del Señor, que tiene 60 pies de largo por cuarenta de ancho y dedicado a Nuestra Señora de la Asunción.

Enseguida la calle Royal, la de Grés (lugarteniente del Rey en Fort-Dauphin), la calle Reynaud (comandante general interino) y la de Vaivre (intendente); estas cuatro no tienen más de 30 pies de ancho y la última es de alguna manera la prolongación del camino de Mine.

A la izquierda de la calle Mayor y delante de la l'Église, está la plaza de Ennery (gobernador general), que tiene 50 pies de largo de septentrión a mediodía y solamente doscientos cincuenta de oriente a occidente, a partir de los árboles que la rodean.

Es bastante ridículo que la calle l'Église que se abre a esta plaza no se corresponda con su entorno.

No hay más que 488 toesas, en línea recta, desde el borde este del pueblo hasta el límite no. 18, tenido por límite de los ríos del Massacre que, en este lugar, donde es un vado, tiene 85 pies de ancho; es lo que se llama el paso de arriba.

El paso de abajo está a alrededor de 70 toesas por debajo del primero. Es menos sólido que el precedente hacia el que el camino se desviará, ya que actualmente hace un recodo para encontrarse con el paso de abajo.

Estos dos pasos llevan al pueblo de Dajabón que está enfrente de Ouanaminthe y a alrededor de 300 toesas del Massacre, en cuya margen los españoles tienen un cuerpo de guardia.

Del lado de los franceses, los habitantes han colocado diques para protegerse de las riadas. Del paso de abajo al extremo superior del gran islote del Massacre no hay más que alrededor de 380 toesas.

El pueblo de Ouanaminthe debe su completa existencia a los intercambios que pueden hacerse allí con los españoles y tuvo su parte en los beneficios que generó Montecristi en la guerra de 1756.

Este pueblo es muy sano y tenemos una prueba fehaciente en que se estableció un hospital militar, que se fundó en octubre de 1778; estaba destinado a los convalecientes y los enfermos de escorbuto.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La vecindad de la Parte española, la del Massacre, les proveía de carne, leche y abundantes legumbres; sobre todo de tortugas de tierra que son tan recomendables para ciertas enfermedades de los climas cálidos; pero en lugar de conformarse con este sabio destino, se enviaron bien pronto toda clase de enfermos a Ouanaminthe, incluso a los desahuciados y se vio a algunos expirar casi llegando al hospital, agotados por el cansancio de un trayecto hecho en incómodos barcos; en él murió mucha gente (sobre todo los soldados del regimiento español de León) y fue completamente abandonado a comienzos de 1783.

Era necesario adquirir un terreno para edificar un hospital fijo, parecido al que hasta entonces estaba en unas casas alquiladas.

Pero este proyecto, digno de los benefactores de la humanidad, no se realizó. Se indicó hasta un terreno adyacente a la plantación de los herederos de Sens, en la linde de un emplazamiento perteneciente a la comunidad y que tenía la ventaja de no estar más que a alrededor de 140 toesas de un lugar en el que abundaba el agua.

Se llegaría a él por el camino de Mine y del pueblo, del que no le separarían sino 150 toesas, con lo que se tendría muy a mano el abastecimiento.

Este es el lugar que no ha cesado de hacerle sombra a Fort-Dauphin, que hubiera querido aniquilarlo en 1768. Se persiguió durante mucho tiempo a los que quisieron montar pequeños comercios en Ouanaminthe, pero nadie ha trabajado con tanto ahínco como el señor vizconde de Choiseul a favor del crecimiento de este pueblo.

Los productos de Ouanaminthe tienen la misma salida que los de Fort-Dauphin, salvo lo poco que los españoles retienen para su consumo.

La supervisión legal de esta parroquia que pertenece a la comandancia y a la senescalía de Fort-Dauphin, la realiza un sustituto del Tribunal que reside allí; la vigilancia y la seguridad están a cargo de un comandante de milicias y de un oficial de la gendarmería.

En 1787 se terminó el local destinado a la gendarmería y un edicto publicado el 4 de septiembre del mismo año por el Consejo de Santo Domingo, decretó que los gastos fueran sufragados por la Caja pública.

Hay una oficina de correos en este lugar y se recordará que ya he dicho que enviaba cartas a la Parte española y mandaba también a Dajabón las que se querían hacer llegar a España o a las Colonias españolas.[28]

Las montañas de Ouanaminthe, como las de Fort-Dauphin, tienen minas de hierro y hay sobrados indicios de que se pueden encontrar de sulfuro.

El cantón de Mine debe su nombre a una mina de oro que fue explotada por los españoles. Los bosques allí son muy hermosos y los dones de la naturaleza abundantes; se asegura haber visto hasta árboles de quina.

La mayor parte de las plantaciones se dedican al cultivo de víveres, al que muchos otros asentamientos se han entregado en exclusiva, con un suculento beneficio.

Ouanaminthe tiene un taller de cerámica y ladrillos; en ninguna parte se puede encontrar índigo y la moca[29] es escasa y de poca calidad.

[28] Véase la *Partie Espagnole*, vol. 1°.

[29] N. de la T.: moca (en árabe al muha), variedad de café muy apreciada procedente de Yemen.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La población de la parroquia de Ouanaminthe está compuesta por 280 blancos, 270 libertos y alrededor de 7,000 esclavos. Hay allí 308 hombres armados que se dividen en dos partes iguales, la mitad de blancos y la mitad de personas de color.

Una de las plantaciones más antiguas de la parroquia de Ouanaminthe es la de Robineau, situada en el cantón de la pequeña Artibonite o, por lo menos, es en la que se empezó a fabricar el azúcar enterrado en 1730; hoy pertenece al señor Robineau de Bougon, un criollo nieto del señor Robineau, procurador general del Consejo del Cap.

Aunque este ilustre e instruido colono reside habitualmente en Francia, controla sin embargo constantemente a los administradores de su plantación, conminándoles a entregarle de vez en cuando un informe del estado y número de los árboles frutales que se encaprichó en plantar y hacer multiplicar en un viaje que le llevó allí en 1750. Pero será mejor alabarlo que seguir su ejemplo.

Hacia 1750, el señor Walsh trajo de África algunos camellos, que vivieron muchos años en su plantación de Mine sin que pudiera sacar provecho de ellos. Tienen tanto miedo a los caballos que han provocado numerosos accidentes. Esta fue una de las razones que impidieron su uso en los transportes.

La temperatura de esta parroquia es análoga a la de la de Fort-Dauphin, pero con una particularidad sobre todo en el cantón de Ouanaminthe propiamente dicho y es que las sequías son más intensas que las lluvias que les siguen, causando las riadas más atroces.

También es azotada por violentas tormentas que se dirigen hacia la zona norte de la Colonia francesa desde la cordillera del Cibao, por las partes montañosas que no están lejos de Maribaroux; hay un proverbio que dice que cuando se oye una tormenta lejana, es el *Maribaroux que gruñe.*

Los rayos son aquí bastante frecuentes y su caída ha causado muchos incendios en algunas plantaciones.

El 17 de junio de 1785, a las dos y veintiocho minutos de la tarde, como consecuencia de un viento furioso seguido de lluvia, cayó un granizo del que se recogieron granos tan grandes como un puño. Duró alrededor de veinte minutos y continuó con un diluvio.

Se hizo sentir sobre todo en la plantación Thilorier, en el borde exterior sudoeste del islote del Massacre, donde rompió las tejas de la casa principal; la lluvia que precedió al granizo, había hecho que se retiraran a los negros y a los animales ya que si no, podrían haber resultado heridos y hasta muertos por esos sorprendentes granos.

El 2 de octubre de 1764, los rayos cayeron en el pueblo de Ouanaminthe, donde mataron al señor Belleville, procurador de Fort-Dauphin, al señor Chaillou, notario local y a un carpintero. Otras diez personas que estaban con ellos fueron derribadas por los mismos rayos sin resultar lastimadas; pero resultaron muertos dos soldados españoles del cuerpo de guardia del otro lado del Massacre.

Las montañas de los alrededores de Ouanaminthe están atestadas de diferentes clases de aves, que sirven para elaborar platos muy delicados en Fort-Dauphin, desde donde se envían incluso al Cap.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La vecindad de los españoles que no son ni tan numerosos ni tan revoltosos como los franceses, permite reproducirse a esta hermosa ave; como no poseen el instinto de cruzar los límites, vienen aquí a encontrar una muerte que nuestros cazadores negros hacen que no tarde mucho tiempo.

El cementerio del pueblo de Ouanaminthe conserva los restos del señor de Paradés, fallecido en Maribaroux en la plantación de Osmond, cuyo nombre ha sido durante mucho tiempo objeto de una viva curiosidad, ya que estaba mezclado en los planes políticos que, en 1778 la flota del señor Dorvilliers debía apoyar.

Pero dejemos que la historia despierte las cenizas que reposan en un oscuro lugar de Santo Domingo.

III

Parroquia de Vallière

Esta parroquia, cuya superficie es totalmente montañosa, lleva el nombre de uno de los dos Administradores que la erigieron, el 10 de agosto de 1773, por una ordenanza en la que se lee que está formada por los cinco cantones, del río Prévost y los Racadeaux, de Trou-Vilain, del río Mulâtre, de Boucan-Neuf del río Grande y de Nouvelle-Gascogne.

Este territorio, que estaba en su mayor parte en la parroquia de Fort-Dauphin y el resto en la del Trou, está situado en la vertiente sur de la cima de las montañas del desfiladero Samedi, que van desde el pico Nègres hasta el de Flambeaux.

Se puede decir que tiene dos bandas, de las que la más septentrional comienza al este, poco más o menos hacia la cima del Bayaha; es el cantón del río Mulâtre, nombre que le dio el señor Saffray de Tournemine, preboste general de la gendarmería, porque persiguiendo a unos negros fugitivos, perdió un mulato que murió en la orilla del río que desciende del pico Ténèbres.

Más al oeste está Trou-Vilain, cuyo nombre viene por ser una profunda garganta que los árboles oscurecen y donde miles de lianas espesan todavía más el follaje.

Si se sigue siempre hacia el este, se encuentra el río Prévost; su nombre recuerda al primer habitante cuyo trabajo dejó desbrozada una orilla del pequeño río que corre por el centro de este tercer cantón, con el que se termina la primera franja.

La segunda franja, más interior que la primera, empieza al este con el Boucan-Neuf de río Grande, denominación que le dio el señor de la Porte, antiguo cazador, que había puesto el bucán de su oficio a orillas del río Grande.

Por último, los gascones, al ser los primeros en establecerse en el cantón de Bas-Ouragans, este acabó llamándose Nouvelle-Gascogne.

Las primeras concesiones se dieron en su totalidad con estos nombres distintos, que le hicieron sitio al de parroquia de Vallière.

Todos esos cantones, al estar separados por sierras, se volvían, por así decirlo, extraños los unos para con los otros por la ausencia de vías de comunicación.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El nombre de torrente Mulâtre era incluso la apelación genérica, porque ese cantón había sido el primero en ser fundado gracias a la valentía del señor Utrel, que osó pedir una concesión de estos lugares conocidos solo por algunos cazadores; la obtuvo en 1744, bajo la designación de *alturas del cañón de Samedi.*

La descendencia de este intrépido colono, que se deshizo con los primeros golpes de hacha de los antiguos dueños de ese suelo, no recogió sin embargo el justo premio a sus esfuerzos; sus hijos, huérfanos a temprana edad, vieron cómo pasaba a otras manos, en virtud de nuevas concesiones, una propiedad que por su origen hubiera tenido que ser respetada.

Nadie ha contribuido tanto a hacer conocer el interior de estas montañas como el señor Gaillardet; este criollo era el terror de los negros fugitivos y un consumado cazador desde su juventud.

Convertido en comandante de las milicias del distrito de Fort-Dauphin y percatándose de lo lucrativo que era el cultivo del arbusto de la moca y de lo mal que se daba en la vetiente norte de la montaña del cañón Samedi, recomendó al gobierno el torrente de Mulâtre como lugar idóneo para albergar el valioso arbusto de Arabia.

En 1748 visitó la zona y convenció a muchas personas para que pidieran concesiones. Aquí ocurrió lo mismo que había pasado ya en casi toda la Colonia y es que se concedía más terreno del que en realidad existía y el gobierno tomó la sabia resolución de hacer levantar al señor Meillat, ilustre agrimensor, un plano general de ese cantón.

Esta fue también la época en la que se vio (según la costumbre), por un lado a los concesionarios, atemorizados ante el reto de ir a desbrozar unas montañas que había que escalar a pie y por otro a los protegidos, siempre al acecho para apoderarse de las concesiones y vender sus títulos a hombres inasequibles al miedo y mucho más dignos que ellos de conseguir gratuitamente el derecho de enriquecer al Estado.

Entre estos últimos, hay que citar al señor Castex, quien, favorecido ya por la fortuna, ayudaba con sus consejos, ejemplo y dinero a los hombres que acudían, como él, a encarar esas nuevas limpiezas de montañas, que obtuvo el título de comandante de la parroquia de Vallière cuando esta fue creada y la amistad reconocida de sus conciudadanos, tan importante como su designación como gobernador.

Las dificultades inherentes a una limpieza en un lugar de ese calibre no fueron las únicas que tuvieron que sufrir los habitantes.

Los españoles que seguían empeñados en reclamar que el río Grande, desde su nacimiento, era la frontera de las dos naciones, viendo las plantaciones de la orilla sur, les conminaron a abandonarlas el 21 de febrero de 1755.

El viaje del señor de Lange, mayor de Fort-Dauphin, con algunos soldados, alejó a los litigantes. El señor de Vaudreuil, entonces comandante general de la Colonia, apostó un cuerpo de guardia en la plantación situada más al sur; pero cuando regresó a Francia, se trasladó ese destacamento al borde de la orilla septentrional; en agosto de 1757, cincuenta españoles, apoyados por su gobierno, saquearon y quemaron las cuatro plantaciones que se habían quedado así abandonadas y sin protección.

Las revueltas se repitieron con asiduidad; en vano los habitantes de Fort-Dauphin marcharon para castigar en numerosas ocasiones a los españoles; estos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

llegaban a través de sus desiertos y por ellos regresaban después del pillaje y los habitantes que cabalgaban en busca de socorro se veían hostigados sin ningún beneficio.

Los colonos, cansados de tanto desasosiego, hicieron retroceder sus plantaciones y algunos las abandonaron completamente y su ejemplo fue contagioso; con ocasión de uno de estos disturbios, sobre el que el señor de Chastenoye, gobernador general del Cap tenía información contrastada, el señor de Lange, que ya había sido nombrado, recibió la orden de hacer marchar a todas las tropas de la zona hasta esta frontera.

Personas a las que su estado eximía de ese servicio, se unieron a la milicia y pusieron al mando al vizconde de Choiseul, por entonces un simple particular.

El señor Gaillardet, encargado de abrir la marcha, habiendo sido avistado por los españoles, estos creyeron que los habían descubierto y emprendieron la fuga el día antes del programado para sus saqueos.

Sin embargo siguieron acampados durante tres días, ocasión que aprovechó el señor de Choiseul para convencer a los habitantes del distrito de que se quedaran en sus terrenos. Nadie poseía como él el don de la persuasión, mucho más válido aún por hacer creer que su parecer se basaba en el mismo de aquellos a los que arengaba.

Sin este acontecimiento, no cabe duda de que el curso del río Grande no habría sido la frontera definitiva, lo que hubiera hecho perder a Francia todo lo que se encontraba entre su margen izquierda y la linde actual, desde las fuentes de este río hasta Bahon.

Sin embargo los españoles no cesaron de quejarse y amenazar y en abril de 1760, se mantuvo una convención provisional bajo los auspicios del señor Desgrieux, capitán de las tropas y de don Gaspar, que reunió nominativamente a doce habitantes.

Esta no impidió que continuaran, en 1761, unas hostilidades a las que puso fin el señor Bart. Los españoles continuaron con sus reclamaciones a la llegada del señor de Nolivos en 1770; pretendían que los franceses abandonasen la orilla izquierda del río Grande; este nuevo gobernador, fue en 1771 a Dajabón para convencer a don Gaspar, que estaba a su mando, de que la convención provisional de abril de 1760, repudiaba las pretensiones de los españoles.

En agosto de ese mismo año, don Fernández, comandante de Saint-Raphäel y el señor de Boisforet, ingeniero jefe de la Parte del Norte, acudieron juntos a examinar esa zona de la frontera para levantar un plano.

En abril de 1773, se corrió la voz de que los españoles, con el mismo presidente de Santo Domingo a la cabeza, iban a hacer una incursión en esta parte, lo que movilizó a las tropas de la dependencia a cuyo mando estaban los señores de Lilancour y de Grés, lugarteniente del Rey y mayor de Fort-Dauphin respectivamente.

Este movimiento sería inútil y daría lugar a las observaciones del señor de Lilancour, que se convirtieron en una de las causas de la construcción de la parroquia de Vallière en el mes de agosto siguiente.

Se creía que la operación definitiva de los límites aumentaría la nueva parroquia, pero los hechos se encargaron de desmentirlo. Las rectificaciones causaron incluso que las lindes dadas a la parroquia en 1773, fueran cambiadas por una nueva

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ordenanza del 15 de noviembre de 1783, que las adelantaba sobre la parroquia de Trou en el oeste.

Vallière está ahora limitada al este por la línea de delimitaciones españolas, desde un punto anterior a la pirámide no. 32, hasta la pirámide no. 33.

Este límite, que viene del pico Bayaha y que no incluye la cima de la cumbre del Ténèbres ni la cresta de los Essentes, ciñe el río Mulâtre y el Boucan-Neuf, dejando a los españoles una llanura llamada Petit-Bassin, en la que el Gobierno francés había antaño dado concesiones.

Al sur, la frontera española es también la que termina Vallière desde la pirámide no. 33, hasta la pirámide no. 34, situada en la confluencia del arroyo Chandeliers, que viene de la Parte española, con el río Grande, que está en nuestro territorio.

El límite sur ciñe toda la zona llamada Bas-Ouragans o Nouvelle-Gascogne. Al Oeste, la cima del pico Nègres, la cresta Flambeaux y el río Racadeaux separan Vallière de Limonade y enseguida del cantón de Ècrevisses que pertenece a Trou.

Por último, al norte, el río Grande y el cañón Samedi lo separan de la parroquia de Trou y de la de Fort-Dauphin.

La parroquia de Vallière, en su longitud este oeste, puede tener alrededor de tres leguas de superficie por dos de ancho de norte a sur.

Su configuración interior es la de una larga colina en mitad de la cual corre el río Grande, formado por distintos arroyos venidos de las cimas o sierras que la ciñen por todas partes.

Las primeras fuentes del río Grande se encuentran en el pico Bayaha y en la cima de la montaña Ténèbres, hacia el este de la parroquia. Estas fuentes forman primero dos pequeños ríos: uno es llamado río Ténèbres y el otro Boucan-Neuf que se unen a alrededor de una legua de su nacimiento.

En esa confluencia, el río toma el nombre de río Grande, porque tiene un amplio lecho y un curso sin cascadas ni saltos.

Después de pasearse por las distintas sinuosidades que forman el terreno, llega a la parroquia que lleva su mismo nombre de río Grande (que se suele preferir al de Sainte-Rose) y luego a la llanura del Cap, no para derramar allí la fertilidad, aunque las excavaciones situadas en los peñascos entre los que se hace un hueco para pasar absorben, sin duda, una gran parte de esas aguas ya que, a pesar de todas aquellas de las que recibe tributo, no tiene mucha más, en épocas normales, en el lugar en que lo atraviesa el gran camino del Cap a Limonade, que la que lleva en época seca en el punto en que recibe el nombre de río Grande, tan cercano a su nacimiento.

En ese punto y solo en la parroquia de Vallière, el río Grande crece gracias al río Mulâtre y a los torrentes de Porte, de Prévost y de Racadeaux.

Cuando se observa la rápida inclinación de las diversas montañas de Vallière, no podemos escatimar elogios a unos hombres que tienen la valentía de ir a realizar su trabajo a semejantes lugares, donde la más pequeña empresa es dificultosa.

Es admirable la inteligencia que ha abierto muchas vías de comunicación, necesarias para la exportación de los productos y cuando esa visión nos lleva a reflexionar sobre la ordenanza del 24 de noviembre de 1781, relativa a los caminos, no deja de asombrarnos que haya exigido, por ejemplo, 10 pies francos de anchura para las

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

vía de comunicación de las pendientes de las montañas ya que en Vallière, el trabajo no se terminaría en diez años aunque se emplearan a todos los negros en él.

Vallière no produce más que café y víveres del país. Se cosechan un millón y medio de libras de este grano tan útil para el agricultor. Sería posible doblar esa cantidad, pero como máximo.

El suelo, muy diversificado, como en otros sitios, está por encima de la media sin llegar al nivel que ha hecho célebres a otros puntos de la Colonia.

Cuenta con alrededor de 100 plantaciones y una población de 160 blancos, 160 libertos y poco más o menos 2,000 esclavos.

No hay nada notable para la historia natural en la parroquia de Vallière, donde el físico observa, sin embargo, que no existe piedra caliza para quemar y poder utilizarla para abastecer los hornos de cal.

Hay vestigios de utensilios que usaban los antiguos nativos, que encontramos en la cima de las montañas y en las quebradas; apuntan a que antaño estuvieron densamente pobladas.

En 1787 se encontró una tumba enorme, cerca de la que había otra que solo pudo haber sido construida para un niño.

Como la grande estaba llena de jeroglíficos y la piedra superior que la cubría tenía 6 pies y era de una sola pieza, se pensó que pertenecía a un cacique o, al menos, a un personaje de categoría. Nunca pude saber el resultado del examen al que se la iba a someter.

Aunque la ordenanza para la construcción de la parroquia (de 1773), autoriza a Vallière a disponer de un pueblo y un mercado, todavía no existe sin embargo, nada que se le parezca.

Solo después de 1782, el oficio divino fue celebrado cada mes por el párroco de Limonade, al que se pagan 2,000 libras al año. Anteriormente y desde 1780, se le daban al párroco de Fort-Dauphin 800 libras para ir allí cuatro veces al año, en los días de la revista de las tropas; sin embargo Vallière siempre ofreció ocho o nueve cuadrados de tierra, un criado, dos caballos, los muebles necesarios y mil escudos al año por tener un párroco propio.

El 29 de septiembre de 1773, los habitantes se comprometieron a recolectar, a razón de 30 libras por esclavo, el dinero para sufragar los gastos de la instalación de una parroquia y con las alrededor de 40,000 libras francesas que se recaudaron, se adquirió, a nombre de la comunidad, un terreno de veintiocho cuadrados en un lugar céntrico en el que se construyeron dos edificios, uno que servía a la vez de capilla bajo la advocación de San Vincente (patrono del señor de Montarcher, intendente) y de presbiterio, hasta tener la iglesia y otro para las necesidades del párroco.

Ya dije, en la descripción de Fort-Dauphin, que se había planteado la cuestión de formar una parroquia, a la que se designó como centro un lugar situado a la entrada de la cuenca del desfiladero Samedi, cerca del río Marion y con una orientación este-oeste, con el cañón de Pins por un lado y la garganta de Perches por el otro.

Se asegura incluso que un camino (que es posible) prolongado hasta el cantón de Mine, en la parroquia de Ouanaminthe, conduciría a los habitantes de este

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

último punto al pueblo de Trou, en un tiempo menor del que ahora tienen que emplear para estar a la altura de la ciudad de Fort-Dauphin, cuando van en coche al Cap; es decir, habría un ahorro de un tercio del camino.

Hoy en día, los habitantes del cañón de Pins tienen que recorrer siete u ocho leguas para ir a su parroquia, cuando se podría hacer un corte en medio de una cima baja, que domina la colina doble que separa los dos valles y situado, poco más o menos, en el centro del desfiladero de Pins; este corte, que ya ha sido transitado a pie y a caballo sin hacer el menor esfuerzo, comunicaría este cantón con el del cañón de Samedi.

Por otro lado, los vehículos, los animales de carga y los negros, llegarían a este pueblo para abastecerlo por un camino llano y las montañas vecinas, al encontrar un depósito poco alejado, le proporcionarían también sus provisiones.

Quizá por este mismo medio, habría facilidades para acarrear los productos y hasta la madera para la construcción, que ahora hace falta quemar en el mismo sitio para deshacerse de ella.

Los que vivan más lejos podrían llegar al pueblo en tres horas. Habría, pues, beneficios para todos, en especial para la llanura de Fort-Dauphin y la de Maribaroux, donde las sequías vuelven tan apremiantes los refuerzos en víveres del país.

Todos estos motivos han cedido en aras del interés particular, si hacemos caso de ciertas opiniones, porque la apertura de ese camino habría sacrificado ese mismo interés a la opinión de algunos habitantes, por cuya zona habría pasado.

El que haya tan pocos asentamientos en Vallière, sería probablemente una razón de peso para replantearse el plan del cañón de Samedi, considerada como una parroquia, ya que así se les reuniría a todos.

En cualquier caso sería útil, al menos, consolidar el montar un mercado en Vallière. El negro que encuentra dónde comprar y vender, tiene más recursos, disfruta más y mejora su condición.

El comercio que estos intercambios produce, libraría de una ociosidad que es perniciosa a la gente de color y a los blancos, que se corrompen en las ciudades o en los grandes pueblos, donde dan y reciben, alternativamente ejemplos de lo que es el vicio.

Con los beneficios, se convertirían en habitantes y el agricultor sería un ciudadano y un hombre que tiene una patria. Sé de plantadores ricos y ciudadanos egoístas que creen que todo el mundo es feliz mientras no les falte de nada y no quieren otra cosa que ser grandes propietarios o grandes especuladores, sin acordarse de lo que fueron antaño y sin tener en cuenta que son los niños mimados de los azares.

Pero yo, que sueño a mi vez que la naturaleza hace a las hormigas y a los elefantes; yo, que pienso en los negros a quienes siega la miseria, la carencia de alimentos básicos y de medicinas, soy de la opinión que los individuos se multiplicarían en las montañas donde el lujo no llega y donde una población libre se convertiría a la vez, en un medio para enriquecer a la nación y en una seguridad interna.

Tenemos la prueba en el asentamiento de las montañas del cañón de Samedi y por consiguiente de Vallière. Todos los nombres de los picos de Nègres, de Flambeaux, de Ténèbres y del Congo, recuerdan las épocas en las que los fugitivos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

se acantonaban en esos puntos casi inaccesibles, aunque solo fuera por la falta de caminos.

También nos acordamos de *Polydor* y su banda, de sus asesinatos y bandidajes y, sobre todo, de las dificultades para detenerlo.

Además hay que tener en cuenta que, en el caso en el que grandes intervalos de montañas no tengan un punto de reunión, le son negados a los hombres los auxilios espirituales que, al menos en el momento de dejar una vida de trabajo, quieren escuchar que un ser infinitamente bueno les espera para recompensarlos.

El freno moral de la religión, abstracción hecha hasta de verdades consoladoras que quedan en reserva en el corazón del hombre para la época en que el infortunio las hace salir a la luz, se altera y se pierde si el hombre está lejos de todo lo que le habla de la otra vida.

Una segunda razón es que las repetidas revistas de tropas, por lo menos cada trimestre, a veces atraen a un habitante desde muy lejos; suponen tres días de disipación y una ocasión para gastar.

Durante la guerra fue necesario enviar, como les sucedió a los habitantes de Vallière, cada seis semanas, una guardia de ocho días al puesto de la Melonnière, donde muchos de ellos llegan no sin haber recorrido doce o quince leguas y algunas de ellas son peligrosas en ciertas estaciones.

La parroquia de Vallière no tiene otra salida para sus productos que Fort-Dauphin, desde donde se envían al Cap, que provee a sus necesidades. Hay que recorrer ocho o diez leguas para transportarlos.

La situación de esta parroquia, rodeada de montañas, la condena a sequías que asolan las llanuras vecinas. Está más bien sujeta a un exceso de lluvias y a las riadas que siguen a estas.

Durante el huracán del 4 al 5 de agosto de 1772, que se sintió desde Ouanaminthe hasta Saint-Marc, el viento que soplaba del sudeste derribó las construcciones y destruyó la mandioca, el arroz y los guisantes.

Los cañones de Samedi, de Pins y la Nouvelle-Bretagne fueron arrasados; se perdió la mitad de la cosecha de café que estaba sobre los árboles y lo que quedó de ella en las tiendas, se deterioró considerablemente. Una abundante lluvia, que duró veinticuatro horas, añadió a tantas calamidades inundaciones.

La temperatura de Vallière es bastante fresca y los habitantes de las ciudades la encontrarán hasta fría. Se podrían trasplantar aquí los árboles frutales de Francia; en 1787 se veían en una casa muchos manzanos y había uno que tenía veintiséis pulgadas de circunferencia. Se comenta, con razón, que sus frutos no podían ser buenos ya que estaba en estado salvaje y había crecido de una semilla,

El Morne-Organisé está al este de Vallière, de la que depende. No se degrada como la vertiente Norte de las montañas que están al fondo de la llanura de Fort-Dauphin y todavía se encuentran tierras que conservan su fertilidad primigenia.

Se ha llamado a este monte *Organisé* porque parece ser el refugio preferido del pájaro llamado músico, a causa del brillante plumaje de su cuello y su facilidad para modular muchas notas musicales con una exactitud que fascina al hombre, siempre atareado en verse reflejado en todo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Es una de las delicias de estos altos lugares, donde el pesar producido por más de una privación, se dulcifica por una mirada amplia que, desde ciertas posiciones, puede pasearse hasta distancias muy considerables y por la frescura tonificante de sus noches, cuya temperatura es tal, que cuando despunta el día y a causa de las límpidas aguas de las que están rodeados, gracias a los numerosos brazos de muchos ríos, se experimenta al aire libre una sensación muy parecida a la de las escarchas de Francia y esta sensación es común en las montañas vecinas, sobre todo en las del cañón de Samedi.

IV

Parroquia de Terrier-Rouge

La forma de esta parroquia es casi la de un triángulo que tiene su base en el mar, cuyos dos lados avanzan siempre acercándose hasta la cima, donde se distancian muy poco el uno del otro.

Es, por así decirlo, toda llana y no contiene más que una pequeña zona montañosa que en ciertos puntos no es más que la suave pendiente de algunas colinas o el extremo de algunas sierras pequeñas.

La parroquia de Terrier-Rouge es contigua, al este, de la de Fort-Dauphin, de manera que se reparten los Fonds-Blanc; el cantón de Terrier-Rouge, propiamente dicho, está después y el cantón de Grand-Bassin, que supera al anterior yendo hacia el sur, corresponde a la gran colina de Fort-Dauphin.

Al norte está el mar; al oeste, partiendo del río, hay una pequeña parte de Limonade que tiene en común la de Terrier-Rouge y el río Grimaud, hasta el encuentro del camino del Cap con Terrier-Rouge; después este mismo camino se convierte en la linde sur hasta que, llegado al borde de las plantaciones Pardieu y Bretoux, encuentra la cima de la montaña Épineux, Balingans y Bouché que, enfilada hacia el sur, se convierte en parte del límite occidental de Terrier-Rouge, contigua en esta zona a la del Trou.

Al sur, la parroquia de Terrier-Rouge tiene, por su configuración, el camino desde el Cap al pueblo de Terrier-Rouge, como acabo de decir, como límite oeste; luego, en el sobrante de la frontera meridional, tiene como linde común con la parroquia de Trou, el torrente Bouché, hasta su confluencia con el río Marion.

La parroquia de Terrier-Rouge tiene un suelo extremadamente variado. Ya he hablado del de Fonds-Blancs, que atraviesa el gran camino del Cap a Fort-Dauphin.

No hay nada tan triste como ver el aspecto que presenta en la estación seca, que hace dudar de que en este cantón se pueda producir un índigo muy apreciado cuando las lluvias propicias lo fecundan.

Una toba blancuzca y margosa despliega allí muy pronto los milagros de la más rápida vegetación, a condición de que las sales que contiene sean mantenidas en el estado de disolución que puede convertirlas en savia.

Sin embargo, hay zonas más próximas del río que son totalmente áridas ya que el mar está todavía demasiado cerca de una superficie completamente ocupada por

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

una capa de salitre, que solo se rompe de trecho en trecho para que crezcan unos arbustos que son unos engendros o unos vegetales esponjosos que parecen querer rechazar, hasta con sus espinas, al hombre al que la aridez del suelo no haya expulsado todavía.

Se ha encontrado, hace pocos años, en el cantón de Fonds-Blancs, auténtico sulfato de cal y la Societé des Sciences et des Arts del Cap francés incluso hizo fabricar en este material el busto del difunto señor Lefebvre Deshayes, habitante de Plymouth y uno de sus miembros más comprometidos.

También están en el cantón de Fonds-Blancs las *Mamelle*s, pequeños montículos situados en el extremo Oeste de los Fedroches, notables por su aislamiento y de los que ya he hablado en el capítulo de Fort-Dauphin, pero que pertenecen a la parroquia de Terrier-Rouge.

Esta banda norte va seguida, yendo hacia el sur, de un cantón que es un poco diferente: el de la Belle-Hôtesse, sobre el que está el de Grand-Bassin, que comunica por su parte superior con la garganta del cañón de Samedi y en el que la tierra es mediocre y las lluvias muy escasas, por lo que la agricultura a veces no da fruto.

El Grand-Bassin tiene, sin embargo, siete plantaciones de caña, pero entre todas no producen más que 500 millares de azúcar. Un río, el Matrie, pasa por el Grand-Bassin; aunque considerable en su nacimiento, su lecho está seco a menudo porque sus aguas se infiltran en las arenas que riega y que bordean su curso.

Desde el Grand-Bassin, que termina la parroquia del sudeste hacia el oeste, llegamos al cantón que se llama Terrier-Rouge *propiamente dicho* y que está ceñido al norte por el camino que va desde el Cap a Fort-Dauphin, pasando por el pueblo de Terrier-Rouge.

Este cantón está también asolado por la sequía. Contamos cinco plantaciones de caña, en cuyo número está incluida la de los jesuitas, antaño misioneros de la Parte del Norte de la Colonia, donde tenían una capilla claustral y 270 negros.

Estas cinco plantaciones de caña producen, con todo, alrededor de un millón de azúcar, cantidad cuyo tercio es aportado por los jesuitas, pero los capitales que producen este beneficio son una prueba de la escasa fertilidad del suelo.

Sorprende enormemente que unos religiosos, sobre todo jesuitas, que en todas las Colonias han demostrado ser justamente sagaces en la elección de las concesiones que se hacían adjudicar, hayan franqueado el Quartier-Morin y Limonade para instalarse en Terrier-Rouge.

Este cantón finaliza en la vertiente oriental de la sierra de Épineux, los Baligans y Bouché, que es el término de la parroquia en el oeste.

El nombre de Terrier-Rouge, puesto en razón de la tonalidad de la tierra (origen que censura la costumbre de decir *los* Terriers-Rouges), también forma parte y de manera especial de una gran sabana natural, llamada la gran sabana de Terrier-Rouge o la Savane-Carrée, que une en diagonal el cantón de Terrier-Rouge, del que acabo de hablar, con el extremo superior de los Fonds-Blancs, el más cercano a Fort-Dauphin.

Esta amplísima sabana, está plagada de bosquecillos de árboles canijos que se extienden en distintos sentidos y vuelven inservibles los grandes espacios, donde no

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

se va sino a recoger alguna madera cuya incorruptibilidad debería hacerla valiosa, a pesar de la pequeñez de sus dimensiones.

El pueblo de Terrier-Rouge, situado a alrededor de tres leguas del embarcadero de Caracol, se compone de veinticinco casas dispersas y mediocres, que están cerca de la iglesia dedicada a San Pedro y que sirven de alojamiento a algunos pequeños comerciantes, útiles para el mercado de la parroquia que se monta en el pueblo, las fiestas y los domingos.

El Terrier-Rouge formaba parte, con el Trou, de la parroquia de Limonade. Cuando el Trou se convirtió en 1705 en una parroquia que se extendía hasta los límites españoles, Terrier-Rouge, que dependía de este, tuvo en 1707 una capilla y se convirtió asimismo desde 1710 en parroquia, si hacemos caso a una nota escrita en 1714 por el padre Le Pers, que debía saberlo bien, ya que fue el fundador de la parroquia del Trou.

Con todo, sea porque este establecimiento parroquial de 1710 fue precario, sea porque fue abandonado a partir de 1714, vemos en un escrito auténtico, la ordenanza de los Administradores del 27 de agosto de 1722, en la que en 1721 los habitantes de Terrier-Rouge, de Grand-Bassin, de Grand Acul de la Belle-Hôtesse, de Savane-Carrée y de Fonds-Blancs, pedían una parroquia, ya que estaban demasiado lejos de la del Trou.

El 18 de mayo fueron autorizados a deliberar a este respecto y el 26 de octubre resolvieron que construirían la iglesia en un terreno entre dos bosquecillos ralos situados en la sabana de Goyave, lugar donde está el pueblo actual, lo que fue aprobado por los Administradores.

El pueblo está en el centro de la parroquia, ya que el extremo noroeste, del que se distancia más que el resto, no tiene habitantes; está cerca del río Matrie o de Terrier-Rouge que da al este y que viene del pico Bouché.

Solo queda describir la zona de la parte septentrional de la parroquia que, situada por debajo del gran camino del Cap a Fort-Dauphin, se extiende desde Fonds-Blancs hasta la parroquia de Limonade, en el Oeste.

El cantón que sigue a Fonds-Blancs de este a oeste es el de Jacquezy. Esta palabra india que se escribe *Jaquezy*, *Jacquezy* y *Jaxy*, era el nombre de toda la extensión que forma la parroquia de Terrier-Rouge y una parte de la de Trou; así, no se la conocía antaño más que por esa denominación genérica y el Trou era llamado el *Trou de Jacquezy*.

Luego se restringió al cantón del que hablo ahora y que está entre el mar, los dos brazos del río Jacquezy y el camino que va desde el Cap a Fort-Dauphin. Jacquezy propiamente dicho es muy notable por su fertilidad.

Cuenta con ocho plantaciones de caña, cuyos ingenios producen ciento dieciocho millares de azúcar blanca de buena calidad. Con esto se puede juzgar lo que puede esperarse de esta tierra, si las lluvias no le fueran constantemente negadas o si los habitantes, en lugar de disputarse con largos y costosos procesos la poca agua que corre sin utilidad por los ríos, se pusieran de acuerdo para repartírsela en base a sus posesiones de regadío.

Aumentarían sus ingresos y añadirían a sus riquezas el delicioso goce de cosechar frutas y obtener leche, que se lamenta no poder dar a los negros convalecientes.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En Jacquezy se encuentran los mejores caimitos, esa fruta de carne azucarada tan apreciada por los criollos, aunque su olor, un poco fermentado la haga poco agradable a los europeos.

El caimito es aquí tan grueso como una hermosa manzana o una buena naranja y su piel tiene sobre un fondo verde, la tonalidad violeta que posee por debajo de su bonita hoja lisa.

El pueblo de Terrier-Rouge tiene la gran sabana del mismo nombre al noreste y otra igual de grande, llamada sabana de Jacquezy al noroeste, a poco más o menos la misma distancia.

Hay un montículo que no es más que un punto de la prolongación de la cresta de Épineux hacia el norte, en el comienzo de esta sabana al este, antes de llegar al río Matrie.

Se le llama el pico Español y antaño también el paso Español, al punto vecino por donde el camino atravesaba el río. Más al norte hay dos pequeñas confluencias de agua, que los franceses han llamado siempre el charco Grande o el charco de l'Oye.

En 1716 el señor de Pardieu tenía un hato entre las dos y, encima, un corral o lugar para la cría de cerdos.

El cantón de Caracol se aleja de Jacquezy al oeste. No es sino una sabana que la sequía convierte a veces en un campo lleno de polvo. Sin embargo hay plantaciones en la parte sur de Caracol, pero pertenecen a la parroquia del Trou.

Por último, entre Caracol y la linde de Limonade, se halla un bosque ralo llamado Budan, que no tiene ningún asentamiento en la zona que depende de Terrier-Rouge.

Pero lo que tiene verdadero interés es la costa, que bordea toda la parte norte de esta parroquia. A 1,000 toesas del punto de la orilla que corresponde a las Mamelles, comienzan los esteros de Fonds-Blancs, esas zonas que, medianeras entre la tierra y el agua, tienen, me atrevo a decirlo así, una existencia anfibia y cuyo nombre viene porque están *ex terra*, fuera de la tierra, con la que no forman un todo homogéneo.

Los esteros o exterros de Fonds-Blancs (el uso ha hecho más familiar estero), tienen alrededor de 3,000 toesas de largo, por una profundidad que aumenta conforme se va al oeste y que puede ser de alrededor de 1,000 toesas por término medio.

La cadena de arrecifes de la que ya he hablado en el capítulo de Fort-Dauphin, va paralela a esta costa de la que no la distancian más que 500 toesas, donde tiene más de media legua de ancho y solamente ocho o nueve pulgadas de agua con la marea baja.

Un poco hacia el este del punto donde comienzan los esteros, hay un pequeño paso por el que las canoas pueden atravesar los arrecifes y a 1,500 toesas de este, se halla el paso de Fonds-Blancs por el que podrían entrar pequeños barcos; también enfrente de este último, hay una batería y un cuerpo de guardia para defenderlo e incluso impedir el paso de canoas que deberían ir por el otro.

Este cuerpo de guardia, al que se llega rodeando los esteros por el este y yendo luego a todo el largo del río, está a 2,500 toesas de la punta de Jacquezy, que termina por el oeste estos esteros y que está casi en línea recta con la entrada de Fort-Dauphin.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Contamos 1,420 toesas rodeando la costa desde la punta de Jacquezy hasta la desembocadura del río Matrie o de Terrier-Rouge, que tiene al sur. Si se remonta este río 550 toesas, se llega al embarcadero de Jacquezy, que existía ya antes de 1716 y a una legua escasa al este del que estaba, en Fonds-Blancs, el hato que el señor Robineau, sucesivamente senescal y procurador general en el Cap, instaló a petición de los señores el caballero de Saint-Laurent y Bégon, siguiendo el ejemplo del señor Franquesnay en 1685 y que se podía ver todavía en 1716.

A 400 toesas al sudoeste de la desembocadura del Matrie o río de Terrier-Rouge, está la del río de Jacquezy o del Trou de Jacquezy, que al oeste está cubierta por una punta que avanza más de 200 toesas fuera de la desembocadura y que forma, con la punta de Jacquezy, la bahía de ese nombre, donde debía finalizar el canal de comunicación con el borde oeste de la bahía de Fort-Dauphin.

La última punta forma, al mismo tiempo, la septentrional de la bahía de Caracol. En esta última y a una media legua del cabo, está el embarcadero de Caracol que ya existía antes de 1717 y al que se accede en dos puntos, de los que el segundo se halla a 360 toesas al oeste del primero y cerca de la desembocadura del río Caracol, que está al este de la sabana del mismo nombre.

La costa corre hacia el sudoeste desde la punta que forma la bahía de Jacquezy, al oeste, hasta el río Caracol, donde retoma la dirección este sudeste durante 600 toesas; pero en este término, la costa recula alrededor de 500 toesas al sur y, formando tres arcos de círculos casi iguales que separan dos pequeños puntos, hace una buena legua al oeste. Llegada aquí, vuelve al norte y regresa hasta casi ser paralela a la dirección de la costa desde la entrada de Fort-Dauphin hasta la punta de Jacquezy.

Delante de esas hondonadas o arcos y en consecuencia del retorno de la costa que está en ángulo recto con él, se halla un nuevo estero cortado en porciones desiguales, pero más grandes que las del estero de Fonds-Blancs.

Hay 3,700 toesas de este a oeste y alrededor de 2,500 al sur. Entre él y los arcos se halla la bahía de Békly, que tiene 470 toesas de apertura y 1,400 de profundidad de este a oeste.

Al fondo de la bahía de Békly, hay un intervalo en el mismo estero, en el tercer arco que es el último del fondo y que algunas personas llaman la bahía de Conégut tomado del nombre de la plantación que bordea y donde está la desembocadura del río Grimaud, límite de la parroquia de Limonade; lo que me indica que tengo que regresar a la de Terrier-Rouge.

Los esteros de Fonds-Blancs y de Caracol están cubiertos de manglares que proporcionan tanino; se acude allí a recoger ostras.

El estero de Caracol está formado por doce porciones llamadas *isletas*, que componen el conjunto que se denomina punta de Caracol. Las tres isletas más grandes de las doce, constituyen el lado este del estero.

Todo él fue concedido el 22 de noviembre de 1769 al señor Courrejolles, lo que no impidió que en 1772 y en 1775 muchas personas lo codiciaran.

Pero un edicto del Consejo del Cap, del 20 de marzo de 1781, mantuvo al señor Courrejolles en posesión de sus derechos. El propietario actual es el señor Bernier, que le pagó 27,000 libras en enero de 1783.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La punta de Caracol se encuentra a 3,000 toesas de la de Jacquezy. La apertura que hay entre ellas dos conduce pues: 1° a la bahía de Caracol, que ocupa el centro; 2° a la de Jacquezy que se halla en el fondo sudoeste y 3° a la de Békly que está en el fondo sudoeste.

Desde 1713, estos distintos embarcaderos fueron *carabinados*, pero el de Caracol fue el primero que se fortificó de todos los de la Parte del Norte. Gracias a los desvelos del señor de Chastenoye se emplazó allí una batería y una fortificación.

Este embarcadero es bastante complicado, porque las chalupas no pueden aproximarse si no es desde alta mar.

El embarcadero de Jacquezy tuvo también un baluarte poco después hecho, como el de Caracol, por negros de carga. El señor de Belzunce añadió más disposiciones en 1762.

Ahora el embarcadero de Jacquezy y el de Caracol están protegidos por baterías y cuerpos de guardia, capaces de rechazar los avances que podrían intentar las canoas o los barcos a los que el paso de Fonds-Blancs y el propio de Caracol, que está en los arrecifes y enfrente a la punta de Caracol, hubieran dado acceso; lo que supondría ser un experto para moverse en el paso y evitar los altos fondos de la punta de Caracol y una audacia que podría ser castigada por la imposibilidad de retirarse, en caso de quedar desamparado.

En junio de 1762, la fragata inglesa *Hussard*, surcando el paso de Caracol, embarrancó y fue apresada. Los habitantes de Limonade, Sainte-Rose y Dondon, contribuyen, como los del Trou, a la vigilancia de Caracol.

El paso de Jacquezy y el del Trou (no había todavía parroquia de Terrier-Rouge), fueron arrendados en enero de 1717, por el capitán del puerto del Cap, por órdenes del gobernador general a un tal señor Fouquet, dándole la exclusividad.

El paso de Jacquezy fue arrendado a por tres años al señor François Surger en 1728, a razón de 690 libras al año; producía 6,650 libras en 1744.

Sin embargo no fue tasada más que en 3,600 libras el 18 de julio de 1763, cuando el señor Ruotte, sustituto del procurador general del Cap y subdelegado del intendente, se la adjudicó al señor Charavoine. Ya he dicho que esos arriendos desaparecieron en 1765.

No obstante, diré que aunque el oficio de transportista sea muy libre, no está sin embargo permitido a los que lo ejercen, rehusar embarcar las mercancías que se les encargan trasladar sobre el precio ordinario del flete, cuya tasa fija la costumbre.

La cuestión fue presentada en el Consejo del Cap por el señor Troplong, capitán de un barco de Burdeos, en contra del señor Duhalty, propietario del paso de Jacquezy; este fue condenado por un edicto de ese Tribunal del 3 de mayo de 1777, a recibir y transportar los cables que el otro le había ofrecido.

Solo el cierre del paso puede eximir al patrón del transporte de atender un servicio público.

Los tres embarcaderos de la parroquia de Terrier-Rouge son, por lo tanto, muy importantes para ella y para la del Trou, a la que los dos embarcaderos de Caracol sirven como salida, ya que las barcas de los pasos que se encargan del transporte navegan en medio de los arrecifes y están así normalmente a resguardo de todo peligro.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Unos cómodos caminos hasta los almacenes, construidos en los embarcaderos, conducen los productos que se venden o son llevados al Cap y sirven para transportar los abastecimientos y otros artículos que esta villa proporciona.

También algunas veces, las chalupas de los navíos europeos fondeados en el Cap, vienen en los días fijados a buscar los productos que han comprado los capitanes o que deben recibir como flete y así evitan los gastos de almacenaje y los inconvenientes de descargarlos en el Cap.

Otras veces, las mercancías son expedidas desde la ensenada del Cap para llevar a cabo estos transportes, que los años de bonanza para el agricultor y el comerciante vuelven muy frecuentes, las diferentes rutas que cortan en distintos sentidos la superficie de la parroquia de Terrier-Rouge.

Sin embargo se comprueba, pero muy raramente para ventaja de los habitantes, el obstáculo que supone el paso por los ríos que las tormentas convierten en torrentes y que están bastante encajonados, sobre todo el de Jacquezy o de Trou de Jacquezy y el atravesarlos es peligroso cuando sus aguas exceden una cierta altura.

Es hora de decir que el cantón de Caracol, que lleva nombre español, quizá a causa de la depresión de la bahía de Békly o de los remolinos de algunas partes del estero, era la ubicación de la ciudad de Port-Royal (Puerto Real), que Rodríguez Mejía fundó en 1503 y que dependía del gobierno de Santiago.

Pero lo que es todavía más prestigioso para Caracol, es que su puerto es el de la Navidad, así llamado por Cristóbal Colón, que entró allí el día de Navidad de 1492.

Ateniéndonos a todo lo que describen los primeros historiadores del Nuevo Mundo, no es posible dudar de este hecho, sobre todo cuando nos fijamos en que la cabecera del reino de *Guacanagarix* estaba sobre una punta, en el extremo del de la Vega Real y en consecuencia hacia el punto donde ahora está el embarcadero de la Petite-Anse, en Quartier-Morin.

Se dice que Colón al partir del fuerte de Navidad, cargó agua al noroeste y después salió señalando bien la entrada para reconocerla; su lecho estaba anegado y no había nada de piedra para construir, lo que describe bien el río Caracol o de Jacquezy, una entrada tan difícil como la de Caracol por un paso que se abría entre los arrecifes y la naturaleza de los alrededores del estero.

Cerca del puerto de Navidad, se construyó la torre que se llamó el fuerte de Navidad, donde Colón dejó algunos españoles que encontró masacrados en su segundo viaje, lo que le llevó abandonarlo en diciembre de 1493.

Mostraré en la descripción de la parroquia de Limonade, en cuyo territorio parece que estaba el fuerte, cómo estas pruebas se vuelven más sólidas.

Todo da para pensar que Caracol fue el primer asentamiento europeo del Nuevo Mundo y al mismo tiempo el primero de la Isla de Santo Domingo. ¿Cuál es el estado en que se encuentra, con un origen tan ilustre? Se buscará en vano el recuerdo de su primitiva gloria, las huellas de la ciudad que embellecía un lugar, al que su aridez y la de sus alrededores libró casi del abandono, al menos en gran parte.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Solo se puede aprender una sabia lección: que todo lo que es obra del hombre, es perecedero como él.

La ciudad de Port-Royal estaba incluida entre las ciudades españolas de la Colonia que obtuvieron sus escudos de armas en 1508. Tenía un escudo en campo de azur, ondulado y con un navío dorado. Ya había sido abandonada en 1606.

El Terrier-Rouge tiene derecho al reconocimiento público, porque fue en la plantación de los jesuitas, que ahora pertenece al señor de Rouvray, donde se naturalizaron los primeros arbustos de moca que los jesuitas de la Martinica enviaron a sus hermanos.

Tomaron los granos para plantarlos en Dondon, donde se empezó, en Santo Domingo, el cultivo de este arbusto que debe ser colocado en el segundo puesto de las producciones que hicieron rica a la Colonia.

Hay en Terrier-Rouge, en la plantación Auvray, alfalfa proveniente de unos granos que estos industriosos habitantes habían hecho venir de Francia y plantado en 1776. Se podía cosechar cada mes y los mulos y caballos la comían con auténtico placer.

El clima de Terrier-Rouge es generalmente seco. Esta parroquia sufre enormemente de la sequía que se abatió sobre ella desde agosto de 1785 hasta abril de 1786 y que fue de tal calibre, que se cree que el fuego surgió espontáneamente en marzo de 1786 en muchas de las cañas de la plantación Verron, situada en el cantón de Terrier-Rouge propiamente dicho.

En esta plantación nació, el 24 de octubre de 1771, un mulito nacido de una mula, que vivió hasta el 17 de junio de 1776.

Las investigaciones publicadas por la Societé des Sciences y des Arts del Cap sobre la epizootia, prueban que la enfermedad del carbunclo apareció en 1787 en Terrier-Rouge y se leen allí, de la página 149 en adelante, los detalles de los accidentes que sufrió el señor Aubray, al herirse tratando de abrir una mula que había muerto.

Siguiendo el informe de Herrera, había en los alrededores de Port-Royal una mina de cobre. Todo hace creer que estaba en la plantación Roux des Isles, delante de Champaing, que ahora depende de la parroquia de Limonade, donde se vieron vestigios de cuarzo, que la tradición dice que son los de una explotación.

Es muy singular que desde esta época, que se remonta hasta el descubrimiento de la Isla, ya hubiera gente trabajando en las minas de cobre. El oro no era tan abundante como se ha dicho.

El trabajo de esta mina no debía ser en la sabana de Caracol, donde la madera podía faltar ya que nunca había habido mucha en esta zona y además había grandes intervalos salitrosos que hacían imposible su producción.

Este sitio no hubiera podido proveer a las factorías, o al menos debieron tener una existencia muy corta si estuvieron sujetas a este frágil recurso; cualquier otro medio utilizado habría aumentado los gastos de explotación.

Hay en la parroquia de Terrier-Rouge 240 blancos, 160 libertos y 5,500 esclavos; tiene una compañía de dragones y otra de fusileros, compuestas de 90 blancos y una tercera formada por 70 dragones mulatos y negros libres.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Del pueblo de Terrier-Rouge hay:

Al Cap	9	leguas
A Fort-Dauphin	4	»
Al Trou	3	»

V
Parroquia del Trou

Esta parroquia es muy extensa y difiere de la precedente en que gran parte de su territorio es montañoso. Su forma es muy irregular y alcanza a sus gargantas y a sus puntos de comunicación.

Cuatro parroquias la circundan, con lo que su territorio no da al mar ni a la línea de las fronteras españolas. Al este, está la parroquia de Terrier-Rouge, por la cima de las montañas Épinaux, Balingans y Bouché y el torrente del mismo nombre, hasta su confluencia con el río Marion; allí es la parroquia de Fort-Dauphin gracias al propio río Marion hasta su confluencia con el río del cañón de Samedi, luego por este hasta reencontrar la cresta Battre du Feu.

En este punto, la línea que bordea la parroquia de Trou se vuelve sumamente sinuosa, de modo que tiene direcciones que no podemos nombrar con la misma palabra.

Así, evita la cima Battre du Feu, hasta la cúspide de la montaña del cañón de Samedi donde deja de ser contigua a la parroquia de Fort-Dauphin; después de esta cima va hasta el pico Flambeaux, teniendo como límite la parroquia de Vallière a la que continua siguiendo, dirigiéndose al pico Nègres hasta el nacimiento del río Racadeaux.

Enseguida, buscando el río Grande y siguiendo su curso durante algún tiempo, va a la montaña Palmistes, a reencontrarse con el pico Roches, terminando de este modo el borde sur de la parroquia y empezando su lado oeste.

Este está formado por la montaña Écrevisses, que separa el Trou del cantón de Moka y pertenece a la parroquia de Limonade; enseguida viene la montaña Côtelettes y la de Sainte-Suzanne que separan el Trou, los cantones de Moka, Côtelettes y Sainte-Suzanne, también dependientes de la parroquia de Limonade.

Por último está el cantón de Roucou, que el torrente Grimaud divide entre la parroquia del Trou al este y la de Limonade al oeste.

Al norte, siempre encontramos la parroquia de Terrier-Rouge; entre esta y la del Trou, está el camino del Cap al pueblo de Terrier-Rouge hasta la plantación de Pardieu, con la que acaba el Trou en esta parte.

Hablando de la parroquia de Terrier-Rouge, ya tuve ocasión de decir que una gran parte del territorio llano de esta y de la parroquia del Trou, fueron designados originalmente con los nombres comunes de Caracol y Jacquezy y que el propio Trou se llamaba el Trou de Jacquezy, aparentemente a causa de que muchas gargantas de las montañas se abren en este punto.

Desde que aparecieron los filibusteros y los bucaneros en la llanura del Cap, Jacquezy y Caracol dispusieron de algunos asentamientos franceses dispersos y ya

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

he repetido que en 1685, había hatos en Limonade hacia las lindes de Caracol y Jacquezy.

A principios de siglo, antiguos defensores de la Patria ya licenciados y colonos del vecino Cap, avanzaron hacia el este para rechazar los ataques de los españoles, que lo habían devastado todo.

Fue en 1691 y 1695, años en que creyeron haber aniquilado para siempre a aquellos a los que habían visto establecerse, hacía veinte años, hasta la orilla del río Rebouc.

Pero todavía, en 1705, Limonade era el último lugar erigido en parroquia y había el convencimiento de que el párroco velaba mal por el bienestar de las ovejas que vivían en la orilla occidental del Massacre.

La primera parroquia que se formó más allá de Limonade, fue la del Trou, donde se concibió, en 1705, el plan de tener una iglesia bajo la advocación de San Juan Bautista, el 24 de junio de 1707 y que tuvo al abad de Mont-Tours como primer párroco, el mismo que celebró, tres meses atrás, la primera misa en la filial de Bayaha.

Ya contaba con un buen número de parroquianos; el primero de ellos, el señor Blanchet, se estableció en 1700 y era entonces el propietario de la plantación que hoy día pertenece al señor le Maître, comandante de las milicias de esta parroquia y muchos otros[30] habitantes, casi todos venidos de Limonade.

Los colonos le deben al padre Le Pers, devoto jesuita, la adquisición de un terreno que le vendió el señor Mercier, a quien se lo había concedido en 1703 el señor Auger, gobernador.

También fue un signo de agradecimiento el que les hizo elegir como patrono de la parroquia, al mismo del padre Le Pers.

Una medición de Mondion de Beaupré, hecha en 1708, decía que ese terreno tenía cuarenta y ocho cuadrados y en 1712, el párroco vendió treinta y cuatro al señor Prot, que ahora representa a la familia de Brucourt, por un negrito valorado en 100 escudos.

Podemos calcular, por este hecho, lo que valía un terreno de un cantón de llanura, cubierto de bosques y salpicado de lagunas.

En 1716, los habitantes reclamaron, en nombre de la comunidad, el permiso para habilitar los catorce cuadrados que quedaban y construir allí una nueva iglesia, más importante, al no tener la primera sino treinta y 2 pies de largo por 30 de ancho.

En 1727, el abad Boyer, que era el párroco, accedió a donar para un cementerio, un trozo de ese terreno, legado por el padre Le Pers a sus sucesores; pero el 12 de noviembre de 1764, una parte del terreno comprendido en esta donación, fue convertido en enclaves para el pueblo tras una deliberación de la parroquia.

Esta decisión se tomó, sin duda, al recordar que en 1739 la comunidad había obtenido la concesión del terreno de la iglesia donde había entonces un pueblo

[30] Los señores Feé, le Coyteux, Cramoisy, Chicoteau, Charpentier, de la Haye, Michel, le Verrier, la Porte, le Mercier, Boulardière, Frémont, Hervée, Laguiel, Loppe, Forton, Brunet, Bivet, Ridel, Flochet, Roquin, Godet, Guiard, le Picard, Bourié, Lescauadiens, Roberd, Limousin, François, la Fichon, Lallemand, Pineault, le Bas, Le Meunier, Jolicoeur, Guibert, Auger, Richard y de Bonne.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

e, incluso, aquella de una parte de lo que había sido vendido a los delegados de la señora de Brucourt.

Lo que nos hace creer que la población de la parroquia del Trou se acrecentó rápidamente, es que el padre Laval, que fue su párroco desde 1714 hasta 1718, había hecho levantar allí un hospital para los enfermos y donde los que estaban de paso encontraban también un hospicio y cuidados que honran la memoria de este párroco; y es que en 1721, en el mismo momento en que se desmembraba la parroquia del Trou para tener con qué levantar la de Terrier-Rouge, se arrendaron muchos terrenos en el pueblo en provecho de la parroquia; costumbre que se renovó después muchas más veces, sobre todo en 1764, como acabo de decir, lo que proporcionaba ciertos ingresos a la industria.

Las antiguas actas estipulaban 20 monedas de débito anual por cada pie, contado a partir de la dimensión de terreno más grande y otros 100 francos por cada enclave.

El pueblo del Trou solamente tiene una calle, que se dirige poco más o menos al noroeste y sudeste viniendo del Cap, en cuyo extremo gira hacia el sur y todavía encontramos casas, pero solo a la izquierda.

El pueblo cuenta en su totalidad con cuarenta, en las que viven alrededor de 100 familias.

Está abierto a los fuertes vientos y se encuentra, en su linde sudeste, al borde del río del Trou de Jacquezy, que allí corre sobre una arena fina, a la caída de los picos Perches, Écrevisses, Moka, Côtelettes y Sainte-Suzanne, lo que le proporciona una situación muy ventajosa para su mercado.

La iglesia actual está en una plaza, de 400 pies de este a oeste y tiene 75 pies de largo por cuarenta de ancho. La estructura es muy hermosa y hace que parezcan aún más bajos los muros sobre los que reposa.

La fachada tiene 40 pies de altura. El campanario está detrás de la iglesia y la parte baja sirve de sacristía, Los cimientos de esta iglesia se pusieron el 8 de octubre de 1781 y se colocaron placas de plata en la piedra principal de la fachada que se corresponde con el lado de la epístola. Se lee allí:

> *Posueront honoratissimus D. Ludovicus le Maître, parochiæ prefectus; honoratissimus D. Quintinus Charpentier, ordinis regii ac militaris Sancti Ludovici Eques.*

Y en una placa de plata:

> *Benedicente reverendissimo patre Sulpicio Parocho; præsentibus, prænobili D. G. Buor, ordini regii ac militaris Sancti Ludovici Equite; prænobili D. J. G. Equite de la Groule; prænobili D. W. Pardieu de Berteville; honoratissimo D. J. Monjal; regnante Ludovico XVI, anno Domini 1781.*

La misma iglesia fue bendecida por el prefecto apostólico el 23 de diciembre de 1783 y se ve en la sala del presbiterio un cuadro que recuerda que la ceremonia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de esa consagración del lugar donde el hombre va a prosternarse delante de su Creador, fue alterada por el óbito de un ciudadano, muerto por causa de un cañón que se disparaba en señal de alegría.

También cuenta con un presbiterio de nueva construcción, así como sus dependencias.

Un ilustre colono de Port-au-Prince propuso en agosto de 1787, una suscripción para erigir una estatua al señor de Clieux; suscripción que, me avergüenza decirlo, no tuvo más que diecisiete partidarios en una votación para aprobar 4,032 libras.

Otro colono de la parroquia del Trou, el señor Larrat, propuso en marzo de 1788, convertir el proyecto de la estatua en una casa de educación donde, en honor de Clieux, se alojarían cincuenta huérfanos de la Colonia, preferiblemente hijos de los habitantes cultivadores de moca en la indigencia, de siete a trece años; pero esta vez no hubo ni un solo suscriptor.

Por último el hermano Sulpice, capuchino, párroco del Trou, pensó que una casa de educación debería de ser un nuevo adorno para la plaza del pueblo y unió a la idea de esta especie de deuda de la parroquia (a la que se legaron fondos para este propósito, sobre todo del señor Jacques de Tirion, una suma de 8,235 libras en 1722, colocada a un diez por ciento por el señor Desportes y otra suma de 1,500 libras colocada por el padre Ramet, jesuita, nombrado párroco en 1738, en las manos del señor Montmignon) en 1721 otra deuda que tenían muchas Colonias con el generoso militar que les había dado la preciada moca a través de una valiente privación.

Deseaba, pues, que un monumento emplazado delante de esa casa de enseñanza, antes incluso de entrar, mostrara agradecimiento, esa rara virtud que no se da sino en los lugares donde se tiene por costumbre el cultivar otras.

El párroco expresó sus deseos y dio todos los pasos para realizar ese plan. Pidió que se vendieran nueve cuadrados de tierra situados en la otra orilla del río del Trou, que formaban parte de las trece destinadas al presbiterio y que le aportaban 1,650 libras, para comprar cerca de la iglesia una casa donde estaría la escuela; hizo reunir a los cientos y las rentas anuales percibidas por la comunidad, que subían a 2,000 libras, los pagados al párroco, que sumaban 700 libras y los impugnados entre ellos, que se elevaban a 1,000 libras.

Pedía que se rindieran cuentas de las recaudaciones desde su origen. Además aseguraba que las limosnas le habían sido dadas para esta obra pía.

Este proyecto, aprobado por algunos parroquianos, fue combatido por otros que lo denostaban y como todo lo que es de provecho tarda mucho tiempo en realizarse, la casa de enseñanza existe en la misma medida que el homenaje que se le tenía que rendir a Gabriel de Clieux, muerto en 1786 a la edad de ochenta y siete años.

Es muy notable que entre los donantes de esta parroquia, se cuente un hombre cuya muerte causada por un crimen, puso fin a una vida plagada de todos los horrores que el abuso de autoridad pueda inspirar a un tirano.

La sangre de sus asesinos ha corrido con un estrépito desgraciadamente necesario; pero apresurémonos a realizar el donativo que hizo y que, en los candelabros con los que quiso embellecer el altar del Dios de la paz, se derrita la suficiente cera expiatoria como para desarmar al Dios de las eternas venganzas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El territorio del pueblo está expuesto, desde hace mucho tiempo, a las crecidas del río, que hace esquina al oeste para arrojarse sobre su costado y que amenazaba el cementerio, que se encuentra alrededor de la iglesia desde 1727 y que hubieran debido trasladar antes de la venta del pueblo.

Haría falta tiempo para enderezar el río, lo que se ordenó el 22 de mayo de 1764 y para poner el cementerio al oeste, Quizá también quiso la decencia que alejaran el mercado que rodeaba la iglesia, ya que el ruido que se hacía allí turbaba la piedad de los fieles en el templo.

El pueblo de Trou no es antiguo, porque el edicto de agosto de 1724, habiendo creado e instalado allí una senescalía el 11 de octubre de 1725 por el señor de Beauval-Barbé, consejero y decano del Consejo del Cap, acompañado del procurador general, del escribano forense y del auditor de esa Corte, tuvo una larga duración, bien en el presbiterio, bien en la plantación del senescal, el señor de Choiseul.

El 9 de enero de 1727, el Trou perdió su Tribunal, en virtud de cartas de patente del 7 de agosto de 1726, que lo transfirió a Bayaha, de donde pasó a Fort-Dauphin, conservando siempre la parroquia del Trou en su área.

El pueblo de Trou fue el primero en ser ofrecido como residencia a los oficiales de la marina inglesa, apresados en la guerra de 1778. El señor Stott, capitán del navío y comandante de la fragata *Minerve*, capturada por el señor le Gardeur de Tilly, dejó el pueblo y murió en una plantación de Terrier-Rouge que le había ofrecido su hospitalidad.

Hay en la parroquia del Trou un sustituto del procurador del Rey, de la senescalía de Fort-Dauphin, encargado de la policía judicial y en el pueblo, un oficial de justicia y cuatro arqueros[31] de la gendarmería, dependientes del preboste de Fort-Dauphin.

Este pueblo dispone también de una oficina de correos. El correo del Cap a Fort-Dauphin lleva las cartas de toda la Colonia dos veces por semana.

Hay que hacer una observación a cuenta de Jacquezy y Caracol, que se convirtieron en las dos parroquias de Terrier-Rouge y del Trou y es que el gobierno, que había considerado muy importante fundarlas y que el 20 de junio de 1711 había reunido todos los terrenos que hubieran podido ser concedidos originalmente, con el fin de entregar nuevamente la totalidad de estos dos cantones en pequeñas porciones y establecer allí hatos, gravó las nuevas concesiones a través de dos ordenanzas del 23 de marzo y del 26 de abril de 1712, con una base de 50 libras para 100 pasos de tierra por seiscientos.

Tengo un informe del monto de esta tasa para las concesiones hechas desde enero de 1710 hasta enero de 1713; se eleva a 6,395 libras y aclara también que esta suma está destinada al establecimiento de un convento de religiosas, lo que se debió efectuar cuando dicha fundación tuvo lugar en el Cap.

Así, las concesiones de las zonas llanas de las dos parroquias de Terrier-Rouge y del Trou, que hasta entonces eran conocidas solamente con los nombres de Jacquezy y Caracol, no se concedieron gratis de ninguna manera, sino a título oneroso.

[31] N. de la T.: «Sargentos».

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

También vemos que en las dos ordenanzas de la reunión del 3 de diciembre de 1715 y del 14 de septiembre de 1717, los Administradores hablan de reembolsar o descontar a los mineros aquello que sus autores pudieran pagar, reembolso que no se pudo evitar otorgar a todos los demás concesionarios, para no cometer una auténtica injusticia.

Las ordenanzas de 1712 provocaron incluso agitación y como se creyó que eran obra del señor de Arquian, gobernador del Cap, fueron prohibidas por el gobernador general.

La parroquia del Trou está considerada como parroquia de llanura. Su territorio plano está compuesto de parte de los cantones de Caracol y Roucou y de los de la llanura del Trou y de Roche-Plate.

En las montañas, son los de Perches, de la Mahotière, el cañón de Saint-Denis, el desfiladero de Conit y el Écrevisses.

La zona de Caracol dependiente del Trou, es el lado sur de la sabana del mismo nombre y del camino del Cap a Terrier-Rouge. Consiste en la segunda fila de la plantación que está en el camino, cuyo suelo se resiente de la calidad de la sabana.

Por encima de este cantón, la parroquia se alarga y al este tenemos la llanura del Trou y al oeste la de Roucou, que como ya hemos visto depende de Limonade.

Roucou tiene muchas plantaciones de caña y, como aquellas de la llanura del Trou, solo necesitarían lluvias frecuentes para sorprender por su fertilidad.

Las plantaciones de caña de la llanura del Trou son contiguas a las de Jacquezy y comparten tanto las ventajas de su suelo como la denominación, de la que los propietarios están muy orgullosos.

Yendo desde el mar hacia el pueblo y al oeste del río de Trou, encontramos una sabana muy grande que no es la parte fértil de la llanura del Trou, a la que a veces se parecen las zonas vecinas.

En esta sabana, considerada por el señor Belzunce como uno de los puntos de la defensa de la Colonia, este oficial, entonces comandante general de las tropas y milicias, hizo levantar en 1762 un campamento de barracones destinado a asegurar, en las montañas, la comunicación entre el Cap y Fort-Dauphin.

Este campamento, enclavado a alrededor de tres leguas y media del mar, está a siete del Cap y a seis de Fort-Dauphin, delante de la plantación Narp y en la zona de la sabana llamada *sabana de Polydor*; está compuesto de un frente de once bohíos, cada uno de 60 pies de largo por 18 de ancho, flanqueado por dos alas de otros bohíos perpendiculares a este frente, desbordándolo por ambos lados y destinados al alojamiento de los oficiales.

Su lado izquierdo tiene un pequeño arroyo que lo separa de la plantación Poirier; en el derecho hay un bosque y el arroyo formaba en sus partes posteriores una especie de pingante, donde se encontraba el hospital situado sobre una pequeña eminencia y a una distancia conveniente del campamento.

El nacimiento de las montañas comienza en el arroyo. Aquí fue, según una ordenanza de los Administradores del 5 de mayo de 1762, donde los habitantes de Limonade, del Trou, de Terrier-Rouge y de Fort-Dauphin, se vieron obligados a construir el campamento por la fuerza y a hacer todos los trabajos necesarios para

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

talar el bosque en la montaña, transportarlo y preparar el terreno destinado a las tiendas, a los hornos, etc.

Se destinaron a ese fin cinco compañías del segundo batallón del regimiento de Quercy y el cuerpo de personas de color, en número de 550, llamados los Cazadores Voluntarios de América; al mando de todos ellos estaba el señor Blondeau, teniente coronel del regimiento de Quercy.

A los primeros gastos y malversaciones que este campamento causó a los habitantes, se añadieron los relativos a su mantenimiento; los abusos llegaron tan lejos que el clamor fue ensordecedor.

Hicieron oídos sordos en tanto que vivió el señor de Belzunce y sobre todo después de ser nombrado gobernador general, en marzo de 1763, no pudo nadie quejarse de él más que a él mismo.

A su muerte, ocurrida El 4 de agosto de ese mismo 1763 en esta parroquia, el caballero de Montreuil, su sucesor interino, no se atrevió a escuchar las quejas, tan grande era la reputación militar del señor de Belzunce y el crédito que le había llevado a Santo Domingo.

El expediente de la asamblea colonial de marzo de 1764, prueba que se habían oído amargas quejas contra el campamento del Trou, al que se le reprochaba haber ocasionado la ruina de ocho ingenios y amenazar otras muchas manufacturas de correr la misma suerte.

Por último llegó el conde de Estaing, nombrado gobernador el 23 de abril de 1764 y fue a visitar el campamento el 1 de mayo, el cual se le había descrito como una calamidad y además sin objeto ninguno, desde la paz que disfrutaban desde hacía un año.

El señor de Estaing, que había dicho en alguna parte:

> que una cosa establecida por el señor vizconde de Belzunce le parece respetable y debe serlo para todos los militares, ya que la reputación, el talento y el celo han caracterizado la vida de este oficial-general,

no pudo sin embargo evitar encontrarle defectos al campamento y formó un comité el 3 de mayo donde figuraban él, el intendente, el señor de Montreuil, el señor Duportal, el señor de Thoran, comandante del Cap y el señor de Reynaud, mayor general de las tropas; se decretó el levantamiento del campamento.

Se llevó a cabo el 5 de mayo de 1763, el mismo día en que había sido levantado dos años antes y el señor de Estaing marchó a pie al frente de las tropas, hasta el muelle de Limonade, donde se embarcaron para el Cap.

Se pensó en cuidar y conservar los edificios que habían sido construidos; pero como habían sido hechos apresuradamente y no se disponía de madera, en un país donde no se sabe lo que es la conservación, sobre todo cuando se trata de propiedad pública, se convirtieron en víctimas de los que se atrevieron a destruirlos para su uso particular.

Pera terminar este capítulo del campamento, diré que las listas probaron que en el Trou había habido proporcionalmente un 5% de más enfermos que en el Cap, mientras que al contrario, la mortalidad sobrepasaba ese quinto en el Cap.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se sobreentiende que es comparando soldados blancos con soldados blancos porque de los 550 hombres de color, no se vio nunca en el Trou más de un enfermo por cada veinte y no murieron sino tres en dos años, pérdida que no fue más que un 12% de la proporción de los soldados de Quercy.

En la parte superior, la llanura del Trou se retrae y se insinúa a través de gargantas y entre distintos pequeños segmentos de los extremos de diversas cordilleras; de modo que muchos ingenios tienen sus edificios en llano y partes de plantaciones sobre suaves pendientes.

La plantación Dubuisson, a la que he dedicado elogios, está en una situación parecida, porque ofrece el modelo de una sabia administración y una explotación fácil, bien entendido que los medios son más de los necesarios en todos los sentidos.

Aquí encontramos resuelto el problema de conciliar la felicidad con la servidumbre; los negros están alegres, activos y la reproducción rebasa la mortalidad; numerosos niños son una prueba viviente de la bondad del sistema que ha implantado esta factoría.

Tiene además una característica notable y es que, en proporción, es la que más azúcar produce de toda la Colonia ya que se encuentra al final de una pequeña cordillera que siguen las nubes que se detienen allí y que derraman sus aguas en un terreno donde su influencia benéfica se conserva por el frescor de las alturas de los alrededores.

La plantación Dubuisson es, por esta última prerrogativa, objeto de envidia ya que tiene lluvias, mientras que al resto de la llanura a veces le faltan y durante mucho tiempo; goza de una temperatura casi igual y sus ingresos de diez años son también casi iguales.

Roche-Plate se halla en una hondonada que se dirige al sudeste y que está antes que el corte de Perches.

Tiene muchas plantaciones de caña que disponen de molinos de agua enclavados en el río del Trou, cuyo nacimiento está en el pico Flambeaux y que cae aquí lo bastante como para que ciertas plantaciones puedan tomar el agua y devolverla al río en su propio terreno. Como la plantación Foache, colocada en el río por la decisión del Tribunal de Tierras del 11 de diciembre de 1777.

Henos aquí, en las montañas. El cantón de Perches que termina la pequeña sierra de Épineux y de Balingans, está al fondo de Roche-Plate. Hay una garganta de la que he hablado ya muchas veces y que, a través de las del cañón de Samedi y de las del desfiladero de Pins, podrían proporcionar una comunicación este oeste, en coche, con el alto de Ouanaminthe.

El cantón de la Mahotière está al sur de la garganta de Perches y a poco más o menos norte sur con el pico Flambeaux; el cañón Saint-Denis que parece haber recibido su nombre de la plantación Jucherau de Saint-Denis, se sitúa al sur del punto donde comienza el desfiladero de Perches.

La garganta Conit, donde tiene su nacimiento el río Caracol, está norte sur con el embarcadero de Jacquezy y al sur por detrás de él, el cañón de Marie-Rose y en su vecindad, la quebrada de Thomas Hervé, que debe su nombre a un famoso cazador de cerdos salvajes y gran propietario.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Por último, los Écrevisses están al suroeste y se prolongan hacia el norte para acabar la parte montañosa de la parroquia.

El primer cultivo de la dependencia del Trou fue el del índigo; hace treinta años se veían todavía algunas frágiles factorías de añil, pero hoy día ya no existen. La llanura no tiene sino plantaciones de caña, treinta y tres en total, cuyos ingenios proporcionan anualmente más de cinco millones de azúcar blanca.

Si la sequía no castigara al Trou, sería de una asombrosa fecundidad. En la llanura hay además en la llanura, una fábrica de ladrillos y cuatro destilerías de tafia.

Viendo cómo un clima seco es tan dañino para esta llanura, es lamentable que no se hayan preocupado de sacar más partido al agua del río del Trou y de muchos torrentes, que repararían, al menos con el riego, una parte de los males que la aquejan.

Sería necesario falta ir a esquilmar muy arriba el río del Trou, ya que tiene 8 pies de anchura y se puede vadear en su totalidad.

El cultivo de la moca y el de los víveres ocupan la montaña, cuyo suelo es muy variado porque también lo es el enclave. Se cuentan 150 cafetales y muchos lugares de víveres.

La conformación de estas montañas y de las de las otras parroquias contiguas, sus escarpados picos, sus ríos y torrentes subdivididos en muchos brazos y multiplicándose de alguna manera con sus sinuosidades, los acantilados, las zonas excavadas y la vecindad con la Parte española, que se convierte en otra retirada en caso de necesidad, todo en estos lugares contribuye a que sean el asilo preferido para los negros fugitivos, que pueden escoger entre una vida de holgazanería difícil de turbar, o un plan de desolación para las diferentes zonas expuestas a sus irrupciones, salvo pagar con su vida los crímenes que acumulan.

Pertenecen a esa última clase, las vejaciones sin número a las que sometió a la dependencia de Trou el negro Polydor, al frente de una banda de negros armados, que fue finalmente aniquilada, mediante la unión de los habitantes del lugar y alrededores.

El pánico que había hecho sentir Polydor con sus atrocidades fue tan grande, que su final se consideró como un servicio prestado a toda la Colonia.

El negro Laurent, apodado Cézar, que acudió junto con su amo el señor Nautel a detener a ese criminal en la sabana que ha conservado su nombre y donde fue muerto, obtuvo de los Administradores el 28 de junio de 1734, la libertad que le habían prometido al esclavo que prendiera a Polydor, vivo o muerto.

De los fondos de la Colonia, se le entregó al propio el señor Nautel una sin duda escasa indemnización por sus gastos, ya que 1,500 libras no podían, ni pagar el servicio que había prestado, ni consolarlo por haber sido lisiado al proporcionarlo.[32]

Después, en 1777, el negro Canga, otro jefe de banda y asolador del cantón de Écrevisses, expió, el causar nuevos estragos bajo el peso de la ley; en septiembre de 1787, Gillot, apodado *Yaya*, fue condenado a la última pena por haber vuelto a cometer, en las parroquias del Trou y de Terrier-Rouge, las atrocidades que caracterizan a un bandido sanguinario.

[32] Véanse *Lois de Sainte-Domingue*, t. 4, pp. 399, 402, 418.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El clima de la llanura del Trou, puede ser conocido a través de las observaciones hechas por el señor Warlock en 1783, 1784, 1785 y 1786 en la plantación Craon, situada hacia la mitad de la extensión este oeste de la llanura y en las estribaciones de las montañas; señalando sin embargo que, como la de Dubuisson, de la que es vecina, recibe una llovizna de la que el resto de la llanura carece; pero podemos hacer una media, sustrayendo algunas pulgadas de agua para las otras zonas de esta llanura.

De las observaciones resulta que ha habido:

En 1783	76	días lluviosos	49	pulgadas	5	líneas de agua
En 1784	109	"	73	"	2	"
En 1785	81	"	40	"	1	"
En 1786	86	"	55	"	7	"

Que los meses lluviosos son junio, julio, agosto, septiembre, octubre y noviembre y que han proporcionado en días lluviosos y en lluvia:

En 1783	38 días	23 pulgadas
En 1784	71 "	46 "
En 1785	51 "	19 "
En 1786	61 "	38 "

El observador se da cuenta de que en estos cuatro años, el más favorable para la agricultura fue 1785, porque estuvo precedido de un año muy lluvioso en el que las lluvias habían estado, sobre todo, igualmente repartidas, circunstancia que aumenta enormemente el efecto.

Por la razón contraria, el año de 1786, fue de sequía; se agotaron los pozos, los pantanos, los torrentes y hasta los ríos, aunque llovió más que en 1783 y 1785. Pero la sequía había reinado desde noviembre de 1785 hasta julio de 1786, de suerte que la evaporación fue extrema con las primeras lluvias que sucedieron a tan larga espera.

La mayor subida del barómetro fue, durante estos cuatro años de 28 pulgadas y 4 líneas y la menor de 27 pulgadas y 6 líneas.

El termómetro de Réaumur[33] marcó con el calor más intenso, 32 grados y 15 grados con el más leve.

Los vientos dominantes son los del este norte durante el día y los opuestos del oeste sudoeste por la noche. Los más raros son los del noroeste y sudeste. Se sintieron quince temblores de tierra en esos cuatro años, de los que solamente dos fueron intensos, el 18 de junio de 1784 y el 11 de julio de 1785. Bascularon de oeste a este sin trepidaciones.

[33] N. de la T.: el termómetro de Réaumur debe su nombre a su inventor, el célebre físico y naturalista francés René Antoine de Réaumur, apodado el Plinio del siglo XVIII (1683-1757). La escala de Réaumur se divide en 80 partes. Es muy sencillo convertir los grados Réaumur en centígrados o viceversa. La regla es agregar a los grados Réaumur su cuarta parte; dicho de otra manera, se multiplican los grados Réaumur por 5 y el resultado se divide entre 4. Ejemplo: 22 ° R+ su cuarta parte 5 ½

27° ½ grados centígrados

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El 5 de mayo de 1786, hizo un calor insoportable en el Trou. El termómetro de Réaumur, situado al norte y a la sombra y que antes de la salida del sol marcaba 19 grados, llegó en dos horas hasta los 31 grados y medio.

Hacía un viento del sur variable de este a oeste. Más de doscientos armarios y tablas de madera de acajú estallaron y se resquebrajaron de abajo arriba.

La temperatura de las montañas es mucho más fresca que la de la llanura y sufren menos de sequía, sobre todo en el este. El cantón de Écrevisses, por ejemplo, de alrededor de tres leguas de circunferencia, tiene un suelo un poco menos mediocre que el de Moka, con el que limita.

Antaño recibía de 90 a 100 pulgadas de agua al año; el huracán y las lluvias del 4 al 5 de agosto de 1772, que lo asolaron, aumentaron incluso esta proporción; pero desde 1773, está sujeto a sequías como el resto.

Sin embargo hay que exceptuar 1777, en el que recibió más o menos esa cantidad. La sequía de 1776 decidió al señor Chevalier, habitante de la montaña de Écrevisses, a plantar algodoneros que se habían dado perfectamente; envalentonado por ese éxito, plantó una cantidad enorme que destruyeron las lluvias de 1777.

En el verano de 1781, el cantón de Écrevisses fue tratado favorablemente. Los vientos del norte causan normalmente un tercio de las lluvias del año.

Del pico Flambeaux sale el río Noeud-Court que se une al Goyaves para engrosar el río Écrevisses cuyo tributo va luego a aumentar el río Grande.

El clima de Écrevisses es muy parecido al de Marmelade. El manzano es el único árbol frutal de Francia que se da aquí, pero de una manera que se nota mucho que ha degenerado.

No se puede decir lo mismo de las fresas cuyo perfume halaga el gusto y el olfato mientras que la suave y tímida violeta, hasta mejora a esta última por las emanaciones que exhalan sus coronas, simples o dobles.

Todos los víveres del país se dan bien en Écrevisses. La parroquia del Trou tiene alrededor de 360 blancos, 240 libertos y 10,000 esclavos. Sus milicias están formadas por tres compañías, de las cuales dos son de blancos y una de personas de color.

Las primeras cuentan con 136 soldados y la última con 70. La salida de los productos del Trou, tiene lugar a través del Cap, por medio de los muelles de Caracol donde los pasajeros los reciben y aportan lo que a su vez ofrece el Cap en artículos europeos, utensilios, etc.

El alejamiento de la iglesia en que ciertos cantones se encuentran, decidieron a los habitantes de Écrevisses, reunidos con ocasión de un censo el 19 de julio de 1778, a proponer la construcción de una capilla.

Tuvo lugar una suscripción de 3,300 libras y el señor Demonet fue nombrado síndico; este proyecto tuvo el mismo seguimiento que el de Perches, es decir, nulo. Pero, por un abuso que es rechazable en más de un aspecto, se estableció un cementerio en este último cantón y allí, sin que hiciera falta ningún acto público, se entierra tanto a los blancos como a los negros; al hombre libre como al esclavo. Este abuso se remonta hasta 1777 más o menos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La parroquia del Trou vio nacer al señor Desmé Dubuisson, procurador general del Consejo del Cap, que murió siendo consejero del Parlamento de París, cargo para el que fue nombrado, cuando fue enviado a Francia por el señor conde de Estaing en 1764, por haber estado muy involucrado en los edictos de la Asamblea Colonial de mayo del mismo año; se dieron cuenta de que el criollo que había arrojado la primera luz sobre el impuesto colonial, no desluciría el foro considerado como el primero del reino.

Sería suficiente leer el expediente de esta asamblea y las advertencias del Consejo del Cap al Rey sobre el estado de la Colonia, fechadas el 15 de marzo de 1764, para convencerse de que los hombres como el señor Dubuisson escasean en todas partes y las circunstancias de su repatriación, cuyos detalles pertenecen a la historia, prueban que había sido considerado como un hombre más fácil de embarcar, que de ser reducido a la nulidad.

El pueblo de Trou está a:

7	leguas	del Cap	5	leguas	de Écrevisses
6	"	de Fort-Dauphin	9	"	de Vallière
2	"	de Terrier-Rouge	3	"	del cañón Conit
3	"	del muelle de Caracol	4	"	de Perches
2	"	de Roche-Plate			

El 8 de enero de 1774, murió en su propiedad, en el Trou, el señor Benjamin Faneuil, comandante de las milicias de esta parroquia, nacido en la Rochelle, a la edad de 80 años. Vivía en la Colonia desde 1715.

También murió en el Trou, en 1781, Étienne Auba, nacido en Quartier-Morin en 1683. Esclavo del señor le Long, que se lo trajo del sitio de Cartagena, fue liberado al regreso de esta campaña, como todos los negros que habían ido allí.

La ejemplar conducta de Auba, hizo que se le nombrara en 1723, capitán de los negros libres de la dependencia del distrito de Fort-Dauphin, donde el señor de Sorel, gobernador general, hizo que se le recibiera como merecía su cargo.

Casi en el mismo momento, Auba se embarcó con su compañía en la fragata *l'Expedition*, al mando del señor de Sirac, para ir a liberar una flota francesa que los piratas habían forzado a encallar en Samaná.

Auba se casó con una negra y tuvo un gran número de hijos y nietos. Poco afortunado y agobiado por la edad, solicitó y obtuvo de los Administradores, el 11 de agosto de 1779, época en que solo le quedaban nueve hijos y dos nietos, una pensión vitalicia de 600 libras, a cargo de los fondos de la caja de las libertades, más bien como una recompensa a sus servicios que como una ayuda monetaria.

Auba era de pequeña estatura y su figura emanaba bondad. Siempre aparecía en público con el uniforme y la espada.

Hablaba con mucho sentido e interés de lo que había visto. Tuve una larga conversación con él en junio de 1779 y todavía lo encontré lleno de energía. Auba murió casi centenario en un pequeño terreno que había comprado en el cantón de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Roucou, entre las plantaciones Gervasio y Coulomb, en la orilla este del torrente Grimaud y, en consecuencia, en la parroquia del Trou.

Se le prodigaron a porfía muestras de aprecio y de benevolencia, que sus cabellos blancos habían convertido en muestras de veneración.

Distrito de Limonade

VI

Parroquia de Limonade

Esta parroquia situada a tres leguas al oriente de la ciudad del Cap, es una de las más célebres de la Colonia por sus ricos productos.

Al norte la bordea el mar, desde la desembocadura del torrente Grimaud hasta el río Grande.

Al este, está bordeada 1°, por la parroquia de Terrier-Rouge, desde la desembocadura del torrente Grimaud, hasta el punto en que esta cascada es atravesada por el camino grande que va del Cap al Trou. 2°, por la parroquia de Trou, a partir de ese punto del camino grande y, yendo hacia el sur (siempre siguiendo el torrente Grimaud, llega a la montaña de Sainte-Suzanne y sigue las de Côtelettes y Moka. 3°, por la parroquia de Vallière en el llamado cantón de Fonds-Bleus hasta reencontrar la pirámide no. 43 de las fronteras españolas, enclavada en la confluencia del río Grande, hasta la cascada de Chandeliers y 4°, por la parroquia de Sainte-Rose, a través del curso del río Grande hasta el torrente de Mulets-Bâtards.

Al sur, la rodea por completo la parroquia de Sainte-Rose, siguiendo los Fonds-Bleus, desde la cascada de Mulets-Bâtards hasta el río Moka o Picaut y por la continuidad también de los Fonds-Blancs.

Al oeste, Limonade termina, primero con la parroquia de Sainte-Rose, por medio de un límite formado 1°, por el río Moka o Picaut, hasta el de Giraumons. 2°, por la continuación de los Fonds-Bleus, yendo al encuentro del torrente de Giraumons hasta la cima. 3°, por una reaparición del Moka hasta la cresta del pico Giraumons. 4°, por la continuación del Moka. 5°, por un retorno a Côtelettes. 6°, por el cantón de Bois-Blanc siguiendo su cima y 7°, por el Bois de Lance justo enfrente del pueblo de Tannerie, punto en que Limonade encuentra la parroquia de Quartier-Morin, teniendo por límite occidental común con ella el curso del río Grande hasta el mar.

Limonade es una parroquia de llanura. Su territorio plano, famoso por su fertilidad, tiene en su parte más profunda norte sur, tres leguas y media y en su parte más ancha este oeste, alrededor de dos leguas.

Está compuesta por los cantones de l'Embarcadère, de l'Islet de Limonade, de la sabana de Limonade, parte de Roucou y parte de Bois de Lance; mientras que la parte montañosa comprende Sainte-Suzanne, parte de Côtelettes, el Moka nuevo, los Fonds-Bleus, los Bois-Blancs y parte del de Bois de Lance.

Limonade ha sido uno de los primeros asentamientos de la llanura del Cap. En 1676 recibió los primeros habitantes; dependía entonces de Quartier-Morin y sus

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

desmontes empezaron, como todos los de la Colonia, en la parte vecina al borde del mar.

El terreno era virgen entonces, o por lo menos había gozado de un reposo muy largo, puesto que vemos todavía en este momento, en la plantación Fournier de Bellevue, un algodonero cuyo ramaje tiene 73 pies a cada lado del tronco, lo que prueba que ha adquirido estas notables dimensiones estando rodeado de otros árboles, que lo protegían del viento.

Desde entonces se hizo un embarcadero y a un cuarto de legua del mismo se construyó en 1679, una pequeña capilla que estaba a cargo del padre Rodolphe, benedictino. Estaba en el terreno que pertenece hoy al señor Fournier de la Chapelle, a la izquierda de un camino que va al embarcadero y más de treinta años después, todavía hay una cruz que señala esta primera capilla.

El tabaco y un poco de algodón era todo lo que se recolectaba entonces y, al aumentar el número de habitantes y aconsejar la común comodidad otra elección, la capilla se situó en 1680 en un terreno donde estuvo después el ingenio del señor de la Chenaye, alrededor de 300 pasos más en alto que la primera.

Al convertirse los capuchinos en los misioneros de la Parte del Norte, fue asignado a esta parroquia, en 1681, el padre Hyacinthe.

El asentamiento de Limonade hizo sensibles progresos. En 1685, se comenzó a cultivar allí el índigo y a desmontar las cimas que acaban Sainte-Suzanne al norte. Todavía hasta se encuentran vestigios de factorías de añil en esta parroquia.

Entonces había cerca de quinientos hombres de armas, lo que no debe asombrarnos ya que un solo navío transportaba a veces a la Colonia a cientos de soldados que el filibusterismo, el desenfreno y los trabajos de agricultura, destruyeron casi en su totalidad.

Ellos solos hacían que la tierra produjera los víveres y demás productos ya que en aquella época de 1685, todavía no había negros en Limonade.

La misma población de este lugar, dio a muchos colonos la idea de ir, en 1690, a establecerse al cantón de Bois de Lance, cuyo nombre es evidente que viene de que producía muchos de estos árboles, cuyos troncos rectos y flexibles servían para sostener el hierro de las lanzas que entonces era un arma muy común y casi la única que tenían los españoles, que la manejaban con gran destreza.

El primero de estos colonos fue el señor Ducatel, apoderado de los herederos Gravé, cuya familia vive en Saint-Malo, de donde era oriundo.

El Bois de Lance todavía no tenía, sin embargo, ninguna conexión parroquial con Limonade y continuó dependiendo de Quartier-Morin.

Muchos acontecimientos hicieron, no solo retrasar, sino casi aniquilar todas las iniciativas de los colonos de Limonade. El señor de Cussy, gobernador, dispuso que se reunieran los franceses que se quería llevar para atacar la ciudad de Santiago, en la Colonia española; los habitantes, formando una compañía de milicias marcharon el 27 de junio de 1690, sobre ella, con el resto del pequeño ejército compuesto por alrededor de 900 hombres.

La retaguardia, donde estaba la compañía de Limonade, cayó en una emboscada y fue vapuleada por los lanceros españoles. Privada del señor Gelin, su

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

capitán, que cayó muerto, vaciló y empezaba a desbandarse, cuando el señor Garnier, su lugarteniente, animando a los franceses con su ejemplo, hizo dar media vuelta a su compañía; gracias a esta maniobra, que imitó el resto de la retaguardia, salvó al ejército y causó la derrota de los españoles; el mismo día, Santiago fue tomada y reducida a cenizas.

Este triunfo costó la vida a muchos agricultores de Limonade, pero nada comparado con lo del año siguiente. Fue en la sabana de Limonade donde tuvo lugar la batalla de ese nombre, el 21 de enero de 1691, entre franceses y españoles.

Estos últimos eran más de tres mil, mientras que las fuerzas francesas no llegaban ni a un tercera parte de esa cantidad. La idea del señor de Cussy era marchar hacia Jacquezy y disputar el terreno al enemigo, que había desembarcado en Bayaha y Caracol e incluso venido por tierra desde la Parte española y hostigarlos a través de los bosques.

Pero el señor de Franquesnay, lugarteniente del Rey en el Cap, quería al contrario, atacar en la sabana de Limonade. De las dos opiniones, prevaleció esta última, la menos sensata evidentemente y el 20 llegaron a la sabana.

El ala derecha del ejército francés estaba acantonada en el pequeño pico de Limonade y la izquierda, en los bosques vecinos al mar. El torrente poco profundo del capitán François, separaba ambos ejércitos.

El ataque tuvo lugar el 21 por la mañana y, a pesar de los prodigios de valor, los franceses fueron víctimas de su arrojo. Cussy cayó muerto cerca de Fransquenay y bien en el campo de batalla, bien en las propiedades vecinas, perdieron la vida 300 franceses.

Los españoles emplearon once días en asolar y destruir toda la dependencia del Cap; hecho esto, abandonaron el territorio francés. El señor de la Boulaie, mayor de Port de Paix, vino desde allí al Cap el 3 de febrero de 1691 y llegó a la zona de Limonade el 4.

Entre los cadáveres medio putrefactos, reconocieron los de los señores de Cussy y de Franquesnay; del señor de Marchand, consejero y capitán de milicias; del señor Coquière, habitante; del señor Rémoussin, capitán de caballería de Port de Paix; de los señores Beuzeval, Camuzet y Lestorel, senescal, procurador del Rey y escribano forense del Cap; del señor Piotard, procurador de bienes vacantes; del señor de Butterval, sobrino del señor Franquesnay y de muchos otros valientes.

Al día siguiente, día 5, el señor de la Boulaye hizo inhumar en la capilla de Limonade los cuerpos de los señores de Cussy y Franquesnay. Una parte de su compañía pereció en esta nefasta jornada; sin embargo quedaban todavía 180 hombres armados.

Los habitantes de Quartier-Morin perdieron casi 60 hombres; los de Bois de Lance desaparecieron casi todos.

Los colonos que habían sobrevivido, regresaron de los bosques donde habían emigrado con sus familias para volver a construir sus asentamientos. Los de Limonade levantaron en 1694, por tercera vez, una iglesia que fue puesta en un punto diferente al de la segunda.

Pero en 1695 los españoles, aliados con los ingleses, fueron otra vez a devastar toda la zona del Cap hasta Port de Paix y Limonade se encontró de nuevo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

completamente arruinada. Tantas desgracias no abatieron el ánimo de los colonos y, en el mismo año de 1695, se pusieron a construir la cuarta iglesia de Limonade en el sitio en que había estado la tercera.

El propio padre Aubert, capuchino, había comprado para el presbiterio, con su dinero, un terreno del señor Lelong, gran terrateniente de esta parroquia y de las circundantes, que había hecho el viaje de los mares del sur y fue el jefe de los habitantes que vinieron desde la isla de la Tortuga a establecerse en la llanura del Cap, donde dejó una gran fortuna.

En la misma época de 1695, los habitantes de Bois de Lance que se encontraban entre el río Grande y Fossé, pidieron unirse a la parroquia de Limonade y separarse de la de Quartier-Morin, lo que les fue concedido.

Cuatro años más tarde, comenzaron en Limonade los preparativos para los asentamientos de las plantaciones de caña. El primer ingenio de esta clase que se puso en marcha, fue el del señor Dureau, comandante de las milicias de ese distrito; es el primero que encontramos a la derecha del camino, después de atravesar el río Grande según se viene del Cap.

Los habitantes de Bois de Lance, que también se multiplicaban, deseaban una capilla pequeña para la comodidad de su cantón y el permiso que obtuvieron para ello, en 1700, se convirtió en una fuente de continuas disensiones entre ellos y los habitantes de Limonade.

En 1701, se empezaron a formar las plantaciones de caña; la primera fue la del señor Lefebvre que hoy pertenece al señor le Roux des Isles.

Sin embargo, a causa de una crecida del río Grande ocurrida a finales de 1705, que volvió muy difícil, casi imposible, la comunicación entre Limonade y Bois de Lance, los Administradores ordenaron al párroco de la primera que fuera algunos domingos y algunas fiestas del año a decir misa a la otra parroquia.

Este cantón, que en 1706 había incrementado su número de negros, retomó a principios de 1707 su proyecto de convertirse en una parroquia particular, más aún cuando los habitantes de Sainte-Rose pedían separarse de la parroquia de Quartier-Morin y formar parte de la de Bois de Lance.

Se llegó incluso a decidir que el párroco de Limonade dijera regularmente la misa en Bois de Lance el primer y el tercer domingo de cada mes y en ciertas fechas señaladas, hasta que vinieran los suficientes misioneros de Francia para que la parroquia de Bois de Lance pudiera tener su propio párroco.

Orgullosos de ese nuevo éxito, los habitantes de Bois de Lance, para impedir que se lo quitaran, votaron por unanimidad el erigir una iglesia de mampostería, según un diseño elaborado por *il signor Joannes Baptista Amato*, oriundo de Sicilia. Se hicieron cantidad de promesas y el señor Ducatel donó el terreno.

Los habitantes de Limonade no quisieron parecer menos religiosos que los de Bois de Lance. El 26 de julio de 1706 hicieron celebrar solemnemente a los jesuitas de la misión, por vez primera, la fiesta de Santa Ana, convertida en su patrona y el 26 de noviembre siguiente adoptaron también el plan de una iglesia nueva, propuesta por el mismo *signor Amato*.

Pero realizaron su plan, a diferencia de los habitantes de Bois de Lance, que dejaron pasar 1707 y 1708, contentándose con la capilla y no erigiendo ninguna

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

iglesia parroquial para la que el señor Champaing había hecho traer un cuadro de la Natividad de la Virgen, con lo que se veía bajo qué advocación debía estar la parroquia.

Los Administradores, sin embargo, les concedieron un párroco en octubre de 1708 en la persona del abad de Mont Tours, que no ejerció más que tres meses ya que en enero de 1709, los mismos habitantes solicitaron su reunificación con la parroquia de Limonade.

Esta reunión que, por esta vez, mantuvo firmemente sus decisiones, tuvo como puntos principales: un puente hecho en 1708 en la Fossé de Limonade en el actual pasaje de Adhenet y un camino abierto en línea recta desde ese puente hasta la capilla de Bois de Lance, lo que habría abreviado en más de media legua el espacio que había que recorrer para ir de una iglesia a otra.

Ya dije que en noviembre de 1706, Limonade había decidido la construcción de una quinta iglesia ya que la anterior amenazaba ruina. *Il signor Amato*, al que se llamó hábil arquitecto en el debate de la parroquia, la hizo de madera.

Los obreros eran tan escasos que no había alguien capaz de hacer una bóveda de ladrillos. Este nuevo templo fue consagrado a Santa Ana, el mismo día de la festividad de esta Santa, en 1707.

Al mismo tiempo se consagraron las dos capillas laterales, una a la Virgen y otra a San Juan Bautista, patrono del padre Le Pers, que era el párroco. La celebración de Santa Ana tuvo en 1708 una gran repercusión porque el señor de Charrite, gobernador del Cap, trajo a Limonade a don Guillermo Morsil, presidente de la Colonia española, lo que atrajo a gran número de personas para oír el panegírico de la Santa, realizado por el padre René, jesuita.

Esta iglesia fue enclavada en el lugar donde estaba la que tenía la parroquia de Limonade en ese momento. Esta última, la sexta desde 1679, fue edificada en 1777 gracias a los desvelos del señor Caulet, uno de los parroquianos que, teniendo una propiedad contigua al terreno de la iglesia, hizo en 1776 la oferta de construir una iglesia de mampostería de 96 pies de largo por 48 de ancho (que costó alrededor de 150,000 libras), si se le concedían diez de los diecisiete cuadrados que pertenecían a la comunidad.

Esta iglesia es una de las más hermosas de la Colonia y es una réplica en menor escala de la del Cap. Está situada a alrededor de diez leguas del embarcadero.

La difunta señora Fournier de Bellevue, fallecida en 1782, donó a este templo el altar mayor, los de los laterales, el coro y la balaustrada de mármol. Esta bienhechora fue enterrada en la iglesia.

El río Grande, que limita la planicie en toda su anchura, tiene, como hemos visto en la descripción de la parroquia de Vallière, sus fuentes en el pico Bayaha y en la cima de la montaña Ténèbres.

No hay más de 64 leguas desde su nacimiento a su desembocadura, mientras que su curso tiene alrededor de 40. No siempre tuvo en la llanura el lecho que ocupa hoy día. Originalmente se paseaba por esta planicie que evidentemente le debe su formación.

Cuando los primeros franceses vinieron a establecerse en esta zona, tenía su curso principal en el pequeño río de este distrito, que entonces se llamaba río Salée

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

y que se vierte en el mar a través de la plantación Duplaa; hoy es el pequeño río de Quartier-Morin.

En 1684, el río de Limonade (porque lo llamaban así) formó muchos cauces entre el río Salée y el Fossé. Se han contado cuatro; el más al este era conocido como el torrente de Chenaye, el segundo como el Marre de Cayman, el tercero como el pequeño río de Limonade y el cuarto, el más occidental, al principio como el de Ville à Canot y luego como el río de Limonade.

Hasta corrió durante mucho tiempo a la vez por el pequeño río de Limonade y por el Ville à Canot, que lindaba con el primero al oeste.

Todas estas irrupciones causaron que, en los primeros años del presente siglo, hubiera en cada río de Ville à Canot, luego el río de Limonade que es su cauce actual, un cuarto de legua de terreno impracticable y más o menos anegado, en una longitud de cerca de dos leguas a partir de la desembocadura.

También por efecto de esas irrupciones, en 1726 y 1727, los nuevos concesionarios obtuvieron el terreno situado entre el que había sido el cauce del pequeño río de Limonade que se había secado y el lecho actual; porque los antiguos agentes parecían no tener ningún derecho al terreno del oeste del pequeño río ni tampoco los de Quartier-Morin al que se hallaba más allá del de Ville à Canot.

Las personas que en 1697 realizaron los trabajos para forzar al río a volver al Salée, ocasionaron una inundación tal, que el señor Danzé, comandante mayor del Cap y el señor Robineau, entonces senescal de la misma ciudad, en base a las quejas de muchas familias que se habían arruinado gracias a estos, vinieron para echarlos abajo.

Muchos habitantes abandonaron sus posesiones y, los que se quedaron, hicieron un requerimiento al señor de Galisset en 1700, para que los primeros contribuyesen a despejar el cauce del río de los árboles que lo obstruían; si no, sus terrenos pasarían a manos de los que hicieran el trabajo.

El 13 de diciembre de 1705 una crecida, vertió completamente el río de Limonade en el Fossé hasta el 30 de noviembre de 1707, en que otra crecida como la precedente, llevó sus aguas hasta la capilla de Bois de Lance o la devolvió a su primer cauce, donde se quedó salvo de los derrames parciales que tuvieron lugar en el Fossé, cuando había riadas descomunales.

Este río, que a veces está casi completamente seco, es conocido por la violencia de sus crecidas. Aparte de las que acabo de citar, está la de octubre de 1722, que causó inmensos destrozos, ahogó a muchas personas y esparció las aguas en las parroquias de Quartier-Morin y de Petite-Anse; la de el 6 de enero de 1751, que causó grandes inundaciones; la de 1754, en la que el agua subió 34 pies sobre su nivel ordinario; la de agosto de 1772 y la de el 17 de octubre de 1780 cuyo nivel fue todavía cuatro pulgadas más alto que en la de 1754.

El espacio que recorre el río Grande, desde el pueblo de Tannerie hasta el mar, donde cuenta con quince plantaciones al este y diez al oeste, tiene 7,583 toesas en línea recta y 9,216 toesas incluyendo las sinuosidades.

En esta longitud, hay una pendiente de 112 pies, lo que nos da justamente tres líneas y media por 2 toesas. El río Grande puede contener a la más mínima

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

crecida, durante diez meses al año, cerca de 36 pies cuadrados de agua, medidas de Fontanero; es decir, una franja de agua de 36 pies de base por un pie de altura, corriendo libremente y sin presión, lo que hidráulicamente se reduce a 12,960 libras de agua por segundo.

Los otros dos meses del año, que normalmente van de mediados de febrero a mediados de abril, el volumen puede reducirse a cerca de 12 pies cuadrados o 4,320 libras por segundo, a menos que esta cantidad se vea disminuida por una pertinaz sequía como la de 1776.

La llanura está atravesada, hacia su mitad, por el pequeño río, más conocido bajo el nombre de Fossé y que hay que tener cuidado de no confundir con el que se llamaba antaño el pequeño río de Limonade, que no era sino un afluente del río Grande, seco desde hacía mucho tiempo porque había dejado de pasar por allí.

El Fossé nace en la montaña de Sainte-Suzanne y cae en cascada por la misma, lo que forma en Bois de Lance, desde donde se puede ver, una pintoresca vista.

Este río, que carece de árboles y contiene únicamente arenas en sus crecidas, tiene un curso sinuoso. En épocas normales lleva cerca de un pie cuadrado de agua.

Ha recibido a veces, como ya he dicho, aguas del río Grande, aunque su cauce haya crecido más que el de este último. Gracias a este excedente de agua foránea, tiene grandes crecidas, ya que durante su curso de cuatro o cinco leguas, contadas en línea recta, no puede ser considerablemente aumentado.

Sin embargo en 1782 y por sus propios medios, superó sus medidas. Desde el paso Walsh y Adhenet, el curso del Fossé toma una fuerte tendencia hacia el este y, describiendo casi un cuarto de circunferencia, va en su parte inferior a recorrer los terrenos bajos, pantanosos y salitrosos, antes de llegar a la bahía de Caracol, donde desemboca.

Repito que el río Grande parece haber formado, con sus aluviones, la llanura que él mismo separa entre las dos parroquias de Limonade y Quartier-Morin. Todo hace presumir que condujo sus aguas a esta superficie en diferentes sentidos, desde los Mornets situados en la plantación Destouches, a la entrada de la sabana de Limonade, hasta el torrente Mapou, cerca del embarcadero de Petite-Anse en la parroquia de Quartier-Morin, con una anchura de cerca de tres leguas.

El suelo está compuesto en esta zona de grava y capas terrosas horizontales, que indican el trabajo de las aguas. Encontramos guijarros redondos en toda la zona superior de la llanura que disminuyen en tamaño al aproximarse al mar, porque el agua, al perder su velocidad en la proporción en que disminuye la pendiente, no tiene la fuerza suficiente para lanzar muy lejos los cantos.

En la desembocadura no encontramos más que arena y grava. Esta desembocadura era antaño lo bastante profunda como para permitir a las canoas remontarla durante casi media legua.

La marea es aquí alta y esta circunstancia, sin duda, fue lo que hizo llamar río Salée al pequeño río de Quartier-Morin cuando el río Grande tenía allí su lecho principal; porque en las Islas, este nombre es el de casi todos los ríos en cuya desembocadura sube la marea.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La sabana de la plantación Fournier la Chapelle está surcada por las huellas del cauce de un río; huellas que se pueden seguir hasta muy lejos remontando hacia el sur.

Además todo apoya estas conjeturas. Se ha encontrado en la plantación de la señora Fournier de Bellevue, a 900 toesas del mar y a 4 pies de profundidad en un terreno de referencia, un ancla cuyo palo o verga, que he medido, tiene 9 pies y dos pulgadas de largo.

Me inclino a pensar que este ancla podría ser una de las de la carabela La Santa María, al mando de Cristóbal Colón cuando descubrió América y que se hundió la noche del 24 al 25 de diciembre de 1492.

Este naufragio tuvo lugar en un fondeadero que parece ser el de Limonade. Según Herrera, la carabela fue arrastrada por las corrientes y Colón hizo que Guacanagarix dijera que había naufragado a una legua y media de la residencia de este cacique.

Las dimensiones del ancla (reconocible por su marca española) que es tan larga como ancha y a la que la herrumbre ha reducido sin duda, como se puede ver en su acción sobre la argolla que había soldado a su palo; su enterramiento y el hecho histórico me permiten pensar que estoy en lo cierto.

Suponiendo que se adopte mi versión, lo que atrasa la época de la pérdida del ancla tan lejos como es posible, deberíamos sorprendernos todavía por la enorme cantidad de limo que ha transportado este río, para convertir la rada en terreno cultivable allí donde el navío fue hundido, o al menos la orilla a la que pudo ser transportada este ancla, ya que la historia dice que Colón hizo que se salvara todo lo que se pudiera.

Sin embargo el asombro sería menor si nos fijáramos en la frecuencia de las crecidas de este río y en la inmensa cantidad de tierra y arena que acarrea de las montañas al mar.

Hacía cincuenta años que el Fossé era navegable hasta el paso o vado de las plantaciones Walsh y Adhenet, distantes del mar más de una legua. Se atribuyen sus terraplenes a los desbrozamientos que se hicieron en las montañas en ese tiempo.

Hacia 1715, las canoas llegaban, en el río Grande, hasta cerca de 1,500 toesas de la desembocadura actual, a cargar el azúcar del señor Fournier frente por frente de su casa, que entonces estaba donde hoy se halla la plantación Miniac-Tressin.

Los señores Duplaa y Fournier cuyas plantaciones bordean la desembocadura del río Grande en dos orillas paralelas, empezaron a recoger los frutos de construir terraplenes en su propiedad, después de quince años.

Las riberas situadas al borde del mar, preservaban sus terrenos de los embates del océano y retenían los productos que depositaban las aguas del río después de haber sido introducidas, muy inteligentemente, en los terrenos de las salinas mientras duraban las crecidas.

La plantación Fournier se amplió así en veinte o veinticinco cuadrados (cerca de 80,000 toesas de superficie). Vemos un suelo sobre el que navegaban las canoas y las chalupas ocho o diez años antes, producir abundantes cosechas y al hombre convertido mediante su trabajo en dueño de la naturaleza y en una especie de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

creador. Este ejemplo de esfuerzo y valentía puede ser propuesto a todos los habitantes que se hallan en las desembocaduras de los ríos.

El río Grande (así como todos los ríos o arroyos un poco considerables de América), está acompañado a derecha e izquierda, por pequeños torrentes o arroyos paralelos, que nacen a una legua y media, poco más o menos, del borde del mar.

Esos pequeños ríos deben su origen a las infiltraciones del río Grande y a los desagües de los terrenos. Se forman cuando el nivel del fondo del río no permite ya a los arroyos y fosas laterales verterse en su cauce. Este tipo de cosas prueba la elevación del suelo del río.

Sus bordes y los terrenos adyacentes se elevan porque en las crecidas de agua, los productos se depositaron allí sucesivamente pero, a 150 o 200 toesas de distancia de las orilllas, el terreno se encuentra al nivel del fondo del río.

Por falta de conocimiento de esta situación relativa, el Tribunal de Tierras ha hecho que ciertos edictos no se pudieran ejecutar. Es una regla general que el habitante debe verter las aguas pluviales que le molesten en el río más próximo, pero al tener este un lecho tan alto como el terreno que se quiere desaguar, la regla no se puede cumplir.

Esta elevación del suelo de los ríos es una ventaja para las tierras adyacentes. Un río encajado profundamente, atrae todas las aguas subterráneas y deseca los alrededores. Un río que corre sobre un suelo más alto que el terreno vecino, no tiene este inconveniente tan nocivo en un país abrasador en el que, desafortunadamente, las lluvias son escasas.

Pero se dirá que las riadas serán más frecuentes; ahora bien, le es fácil protegerse de estas por los taludes y es la línea que han seguido los habitantes del bajo Limonade y del Quartier-Morin.

Las crecidas del río Grande y del Fossé, siendo causa frecuente de estragos y motivo continuo de alarma, hacen normal que algunos habitantes quieran preservarse de ellas.

Hacia 1715, se vio incluso trabajar para cambiar el curso del río Grande, pero las protestas de otros hicieron fracasar esta empresa.

Se contentaron, pues, con gemir o quejarse los unos y los otros y fue necesario todo el interés del señor Chastenoye, gobernador del Cap, para sacar adelante, en 1740, los primeros taludes que empezaron a levantarse en los bordes del río Grande, con el fin de preservar diversos terrenos de las inundaciones.

Estos trabajos parciales, como los emprendidos después en el Fossé, eran impotentes contra la fuerza que los había vuelto necesarios y los destrozos de las crecidas solamente cambiaron de dirección.

Se estuvo en esta situación 20 años; pero los estragos sufridos fueron tan gigantescos, sobre todo por una riada del Fossé el 20 de noviembre de 1763, que se temió la interrupción de la comunicación de la parroquia de Limonade con su embarcadero y la del Cap con Fort-Dauphin.

Todo ello llevó, el 26 del mismo mes, a que la Cámara de Agricultura escribiera un memorándum, redactado por el señor Fournier de la Chapelle, que era uno de sus miembros y habitaba en Limonade, donde se exponía a los Administradores la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

urgencia de construir taludes para evitar las inundaciones de las aguas de los ríos Grande y Fossé y sus peligrosos efectos.

Gracias a una visita del agrimensor Deville, el 28 de enero de 1764, se dictó una ordenanza el 3 de abril, decretando una barrera de quinientos pasos de largo en la plantación Walsh, para impedir el vertido de las aguas del canal de su molino en el Fossé, cuando hubiera riadas, mediante una esclusa en ese canal; este trabajo era para dotar al Fossé, a su paso por Walsh, de un cauce recto de 20 pies de ancho por una profundidad equivalente, con dos taludes; otro trabajo era para abrir un trozo de cauce, enderezado por taludes, en el Fossé.

Se ordenó limpiar el lecho del Fossé de todo lo que podía importunar el paso de las aguas y también despejarlo después de cada crecida.

La ordenanza también decía que en los taludes del río Grande y del Fossé, se plantasen espesas gramas para unir los terrenos y sustentar así esos taludes, en los que estaba prohibida la tenencia de cualquier animal; también la pesca en estas orillas, a menos que fuese con redes o jábegas y no con ayuda de dispositivos permanentes.

Además de estas medidas, se volvió a trazar mejor el camino grande del Cap a Fort-Dauphin, por encima de la orilla Oriental del Fossé, haciéndolo más sólido y se dio un nuevo curso al torrente de l'Anguille que se vierte en el Fossé un poco por encima del paso de Adhenet.

El señor de Destouches y otros habitantes, se quejaron. De ahí que hubiera otra visita el 2 de noviembre de 1764, hecha por un segundo agrimensor, en presencia del señor de Thoren, comandante del Cap y de todos los habitantes interesados.

Luego, una inundación producida por el Fossé en la noche del 27 al 28 de febrero de 1765, dio lugar, el 1 de marzo, a una nueva visita del ingeniero señor Polchet y a un veredicto del director de fortificaciones, señor Duportal, cuyas luces no podían aportar una gran confianza.

Los motivos de interés público, que esas preocupaciones multiplicadas no hicieron sino consolidar, determinaron a los Administradores a acabar con la oposición del señor Destouches y otros.

Es doloroso pero necesario, repetir sin cesar que en Santo Domingo las cosas no son objeto de ningún cuidado. Una nueva prueba de esta verdad es que el dique que se hizo en la plantación Destouches, nunca fue mantenido ni reparado; también en 1772 los ribereños del río Grande volvieron a hablar de su retraimiento, porque ese año fue uno de los más famosos por sus riadas.

Por consiguiente, el señor Desforges, ingeniero, terminó el 4 de noviembre, las operaciones que ofrecía ese plan de retraimiento, desde un punto paralelo al pueblo de Tennerie hasta su desembocadura, que reducía su curso a 7,583 toesas, que ya he dicho que tenía contando en línea recta.

El mes siguiente, los ribereños lo aceptaron y en el mes de enero de 1773, recibió de los Administradores el permiso necesario. Siguiendo la práctica habitual, incluso se creyó que todo había terminado al hacer solamente los preparativos y el río Grande causó el 17 y 18 de octubre de 1780, estragos irreparables.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Hizo temer que en la parte baja de la parroquia, se juntaran sus aguas con las del Fossé y en consecuencia se destruyera el embarcadero; la comunicación del Cap con Fort-Dauphin se interrumpió.

Tantas desdichas volvieron a reunir a los habitantes, que levantaron un acta donde encontramos la fiel expresión de sus males y pedían a los Administradores que los ribereños fueran obligados a cortar los rosales, los bambús y los árboles plantados entre el lecho de la orilla y los taludes, con la prohibición de no poner allí más que mijo, hierba de guinea u otras plantas semejantes que fueran incapaces de importunar el curso del agua; que las brechas de los taludes fueran reparadas, que estas estuvieran sujetas a un sistema general de preservación contra los estragos de la orilla y que las visitasen empleados públicos al menos una vez al año.

Una ordenanza del 2 de noviembre de 1780, convertía estas proposiciones en deberes. Otra del día 17, salida de la deliberación de los interesados, hacía la precedente obligatoria para los ribereños del río Grande, desde Tannerie hasta el paso de Viard.

Fue tal el fervor del momento, que una tercera ordenanza del 24, reflejó el deseo de los doce ribereños, cuyas plantaciones estaban debajo del paso de Viard hasta la linde superior de la de Lefebvre, de retraer el río Grande en una longitud de cerca de 2,400 toesas que había entre ellas, según el plan del señor Desforges del 4 de noviembre de 1772.

¡Cómo no creer que habían terminado las grandes y útiles operaciones de levantamiento de los taludes! Sin embargo habían pasado más de tres años cuando nuevos estragos hicieron que se reunieran los ribereños para pedir que el señor Verret, ingeniero hidráulico y el señor Naudet, agrimensor general de la Parte del Norte, se encargaran de nivelar y de indicar las medidas adecuadas para preservar el islote de Limonade y la parroquia de Quartier-Morin de los efectos de las amenazadoras crecidas del río Grande.

El 22 de diciembre de 1783 los Administradores autorizaron esta medida. Mientras que se ponía en marcha, una riada que llevaba las aguas del río Grande al Fossé, a través de la plantación Destouches, la devastó y también las de Dumésnil, Fontenille, Walsh y Montholon, de modo que en esta última, los terrenos cedidos a los negros para sus cultivos personales, quedaron sumergidos bajo el agua durante algunos días.

Entonces el señor Walsh imploró el auxilio del gobierno, que ordenó al señor Verret el 3 de abril de 1784, examinar exhaustivamente lo que había que hacer en el Fossé. Este apreciado artista indicó el día 8, las medidas para que esto no volviera a ocurrir en el futuro.

Consistían en limpiar el cauce del Fossé, reforzar los taludes de los dos ríos en las propiedades en riesgo, hacerlas totalmente contiguas y hasta prolongarlas hasta la linde de la plantación Freze.

Los interesados aprobaron lo que el señor Verret había aconsejado y los Administradores ratificaron su consentimiento el 15 de mayo de 1784.

Pero para no enderezar parcialmente el río Grande desde el paso de Viard hasta la plantación Fontenille, encargo hecho a los señores Verret y Naudet, que terminaron los planos el 9 de marzo, no se había hecho todavía.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El 15 de junio se reunieron distintos habitantes de Limonade y Quartier-Morin con el notario general, pero en esta asamblea no se tomó ninguna determinación. Los comisarios recurrieron de nuevo a los Administradores y les dijeron esta gran verdad: que solo la autoridad podía llevar a los habitantes a realizar lo que el propio interés de ellos habría debido inspirarles.

El gobierno fue débil y esa debilidad duró todavía tres años. Por último, el 1 de junio de 1787, los ribereños nombraron dos comisarios que el 19 de octubre hicieron un pacto con los señores Fage, apodado el Moreno, la Fosse y Duvielh de Lartigue, hombres de negocios, para encauzar parcialmente el río Grande, mediante una suma de 65,000 y algunos cientos de libras.

En una nueva asamblea del 21 de diciembre de 1787, se acordó que la plantación Ménoire no entregaría un 13%, como se había convenido al principio para pagar a los empresarios, sino que solamente afrontaría los demás gastos que generaría la totalidad del proyecto.

También se exoneró a la plantación Castellane del 6% y a la de Tazin del 9%, porque los empresarios accedieron a conservar los trabajos que se habían realizado en ellas.

Quedaban por pagar 43,663 libras, suma que según el reparto del 1 de junio debían, en los siguientes porcentajes, la plantación Fontenille, un 11%, la de Destouches, un 12%, la de Dumesnil, un 8%, la de Escarmotier, un 4% y la de Molère, un 13%.

Como resultado de este último acuerdo, ratificado por una ordenanza del 9 de mayo de 1788, al fin se volvió a encauzar el río Grande, que no tuvo más que 1,300 toesas en un tramo que antes tenía cerca de dos mil, de manera que de Tannerie hasta el mar no recorría más que 8,500 toesas.

Estos detalles quizá serían exhaustivos si no nos mostraran un rasgo del carácter de los colonos de Santo Domingo. Solamente a partir de 1764 se empezó a pensar en enderezar el río Grande y en las precauciones que había que tomar contra las inundaciones del Fossé.

¡Cuántos millones perdidos si comparamos los gastos que esos proyectos habrían exigido, las pérdidas causadas en ese intervalo y lo que costaron algunos trabajos insuficientes, hechos o renovados en cada riada! Qué lección para el gobierno que comparte una indiferencia tan funesta.

No es precisamente por no haber enderezado el río Grande en toda su longitud en la llanura por lo que merecerían el reproche de una despreocupación y un ligereza nocivas, ya que es una buena pregunta saber si ese plan tenía también sus inconvenientes.

¿Excavará este río su lecho convertido en recto y no serán retenidas las arenas por las sinuosidades que todavía forman sus orillas actuales? En 1759, el señor Fournier de la Chapelle y el señor Fournier de Bellevue enderezaron el río Grande a su paso por sus plantaciones, situadas en su desembocadura

Resultó que el río no había ahondado su lecho y se dieron cuenta por el desecamiento de las plantaciones superiores; tierras arenosas y ligeras que producían abundantes cosechas porque estaban siempre húmedas, se volvieron completamente estériles a causa de esos desecamientos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Creemos sin embargo poder asegurar que, a menos que la acción de los hombres no contraríe el curso natural de las cosas, el fondo de los ríos de Santo Domingo tiene que elevarse. Casi todos están interceptados por compuertas a menudo repetidas; casi todos tienen tomas de agua para el servicio de los molinos o el riego de tierras.

En épocas normales, los cauces de los ríos se mantienen secos. Las hierbas crecen en ellos y contribuyen a que se reafirme la consistencia de la arena; el fondo se eleva porque las aguas, disminuidas por las distintas derivaciones, no tienen ya la fuerza de arrastrar las arenas hasta el mar.

Y tenemos una prueba en Limonade, en el río Fossé, cuyo lecho es más elevado que el del río Grande. Esta diferencia que se calcula es de 8 pies no ha existido, sin embargo, siempre; antiguas observaciones hasta dicen que el Fossé era más bajo.

Este cambio se explicaría por la naturaleza del fondo del cauce del Fossé, situado entre los *mornets* de Limonade y en su base. Tiene menos agua, menos velocidad y en consecuencia menos pendiente que el río Grande.

Su cauce está interrumpido por tres compuertas altas, a saber: la común a las tres plantaciones Butler, Berghes y Escamotier, la de la Walsh y la de la plantación Montholon, que la Walsh mantiene para impedir que el fondo del lecho se ahonde.

En las crecidas del río Grande, el Fossé ha recibido de él grava y arena que no podrá arrastrar y hasta árboles que hubieran detenido los sedimentos; la Cámara de Agricultura decía en 1763 que tenía una desembocadura lo bastante rica en pesca como para atraer negros, que formaban estacadas para obligar a los peces a entrar en sus canastos.

Los muchos obstáculos habidos en distintas partes de su curso, se convertirán en puntos de apoyo para las tierras y las arenas que recibe. Las plantas pantanosas han reducido su desembocadura y elevado su suelo cada vez más, hasta el punto que en 1763, se le veía ya como casi al nivel de las tierras en el paso de Viard.

La parroquia de Limonade reúne todos los cultivos. Tiene treinta y siete plantaciones de caña que se pueden dividir en tres clases, a saber: catorce en la primera, cuyos ingenios producen cuatro millones de azúcar blanca; catorce en la segunda, con tres millones y nueve en la tercera, que dan un millón.

También tres factorías de añil, cuatro fábricas de tejas, talleres de cerámica y fábricas de ladrillos, siete destilerías de tafia, 160 cafetales y 54 lugares de víveres.

Es asombroso ver los dos extremos reunidos en un enclave tan recomendable para sus producciones. En el del sudeste de la llanura se encuentra la sabana de Limonade. Tiene una legua cuadrada de superficie. Con forma de lomo de asno no tiene ninguna de las deformaciones de los picos.

Todo indica que estas tierras estuvieron cubiertas por el mar y formaban la plataforma de un arrecife o más bien de un cayo. La capa de tierra cretácica que cubre este terreno, puede tener en su parte más espesa 20 o 25 pies.

Debajo hay un lecho de arena o de grava. Cuando lo revuelven los arqueólogos, el agua comprimida se eleva por las grietas que han cavado sin encontrar humedad y llega hasta la altura del suelo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En época de lluvias, esas grietas vierten agua por encima de sus bordes y alimentan arroyos que corren mientras que duran las lluvias. Esas especies de charcos han puesto en peligro algunas veces al viajero y al caballo que lo llevaba, porque la capa superior, al hundirse y dar paso al agua, se diluye allí y hace crecer algunas hierbas que ocultan la vista del precipicio.

Esta sabana fue propiedad del señor Franquesnay, que falleció allí en 1691 y que había establecido un hato en 1685. En consideración a esta posesión primitiva, el señor de Butterval, uno de sus sobrinos, obtuvo su concesión, cuando en junio de 1711 unieron la sabana de Limonade así como partes de Caracol y Jacquezy.

Esta unión privó, con toda justicia, al señor de Charrite de la concesión de toda la sabana, que se había hecho adjudicar. Los Administradores reservaron una parte a los habitantes del Cap para que pastaran los animales.

En los extremos superiores de la sabana hay muchos pequeños asentamientos de personas de color, en las que se puede decir que vegetan.

Al este de la sabana está el bosque ralo que, según el curso del torrente Grimaud, tiene partes en la parroquia de Limonade o en la de Terrier-Rouge. Este bosque ralo de una media legua cuadrada, tiene un aspecto triste (pero ya nos ha preparado la sabana) y, a su vez, anuncia la sabana de Caracol, que el viajero que recorre el camino grande del Cap a Terrier-Rouge, encuentra un poco menos árida que la primera.

Al noreste del bosque ralo, que es conocido también como de Budan porque tiene al norte un pequeño ingenio de ese nombre, hay otro que, sin estar en un terreno fértil, brinda con su vegetación un contraste feliz con todo aquello que la rodea; es la plantación Conégut, la última al noreste de Limonade.

Entre la sabana y el río Fossé, yendo en consecuencia al oeste, hay una cantidad de terreno cultivado donde están, sobre todo, las dos plantaciones de caña Montholon y la Chevalerie.

Esta zona se alarga avanzando hacia el sur. Se llama la *parte cenagosa* en su punto más al norte, lo que indica bien la naturaleza de su suelo, vecino del mar. La sabana, el bosque ralo y esta zona cultivada forman, en su conjunto, una especie de cuadrado largo, limitado al este por el torrente Grimaud, al norte por el mar, al oeste por el Fossé desde su desembocadura hasta el paso Viard y al sur por el camino que va del Cap a Terrier-Rouge.

Encima de este cuadrado, hay otro más estrecho que tiene ese camino al norte, el torrente Grimaud al este, el camino del Cap al pueblo del Trou al sur y el río Fossé al oeste. Está cultivado en toda su extensión excepto en el este, donde es un poco boscoso.

Todavía más arriba de este segundo cuadrado, hay una tercera porción de llanura, terminada al norte por el camino del Cap al Trou, al este por el torrente Grimaud hasta las montañas, al sur por esas montañas, al oeste por una pequeña cordillera elevada que avanza de sur a norte, cuyos pequeños montículos que van, con intervalos, prolongándose hasta la plantación Walsh, forman lo que se llama los Picachos o Platons.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esta parte llana tiene una forma irregular en su parte meridional, porque las montañas forman avanzadas y pingantes; encontramos también planos más o menos inclinados que participan a veces de la llanura, a veces de la montaña.

La parte este de esta superficie, que es también la más extendida a causa de una hondonada en el sur, es el cantón de Roucou que depende en parte de Limonade.

No se puede dudar que esta denominación viene de su abundancia en catalpas, sea en la época de los indios, que se peinaban con el fruto de este árbol, sea en los comienzos del descubrimiento de la Isla por los españoles, ya que los franceses no tienen más que algunas catalpas y solo como curiosidad.

La zona de Roucou, llamada el gran Bosque ralo, porque antaño estaba comprendida en la extensión denominada los Bosques ralos de Caracol, tiene una tierra de un color muy negro.

Es el resultado de la putrefacción de los vegetales y de la precipitación del hierro que contuvieron, por los materiales vegetales astringentes; lo que forma una especie de tinta de donde resulta la tonalidad de esa tierra.

Si se abre una zanja, al excavarla salen a la superficie alternativamente tierras rojizas y negruzcas. Parece que las zonas de este terreno donde se encuentra la tierra negra a una mayor profundidad, son aquellas donde los árboles vegetaron y se pudrieron sobre un suelo que colorearon y enriquecieron.

Con lluvias regulares, esas tierras negras son muy productivas, sobre todo en granos y la vegetación es prodigiosa. Pero son muy sensibles a la acción de la sequía y cuando se hace sentir las plantas sufren.

Esas tierras negras, que en Europa y los países fríos son las mejores, se calientan demasiado en la zona tórrida, porque las penetran profundamente los rayos del sol. Los zapatos no bastan a veces para proteger los pies del calor que el sol produce en esta tierra y el agua, que en principio recibe, se vuelve tibia.

Cuando se cuece en ladrillos es roja, lo que desvela su naturaleza arcillosa y la presencia de hierro. Sin embargo es bastante ligera y permeable como para servir para el enterramiento del azúcar.

Para regar Roucou está el torrente Grimaud, límite oriental de toda la zona llana de la parroquia de Limonade y la cascada François que está al oeste del primero.

El torrente Grimaud que nace en la plantación Coulomb, atraviesa las de Fildié y Budaa y desemboca en el mar al este de la plantación Conégut. Ha dado en muchas mediciones 13 libras de agua por segundo. Se seca muy a menudo.

En sus orillas nacieron los señores de Chabanon y Chabanon de Maugris, hermanos de los que hablaré más adelante.

El torrente del capitán François, llamado así por un colono que estaba al mando de la artillería y que fue muerto en sus orillas en la batalla de Limonade en 1691, nace en la plantación Pusterle en Roucou y recorre las de Fournier de Varenne y Mentonnois para llegar al mar a través de la sabana de Limonade.

En épocas normales, este torrente suministra 38 libras y 4 onzas de agua por segundo; corre durante dos terceras partes del año.

Un habitante de Roucou consagró a la ninfa de esta agua un bosquecillo con un baño y esta inscripción:

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Náyade de Roucou, tu onda dócil
Corre para recreo y provecho:
Embelleciendo mi refugio,
Das fertilidad a mis dañados campos.

Yendo del gran Bosque ralo de Roucou hacia occidente, encontramos casi en el medio de la superficie plana que ahora describo, una avanzada de montaña en dirección sur norte, cuya última cima es llamada pico Bellevue; su extremo está solamente a cerca de 400 toesas del camino del Trou.

Este pico forma una especie de punto de partida entre las cimas de tierra calcárea y las de piedras vitrificables.

Al este y al sur, los picos no tienen la primera, mientras que los del norte y del oeste están repletas de ella. Las piedras de la cresta de Bellevue y las de Roucou son pizarrosas y unidas en sus fisuras por un cemento calcáreo.

Tras haber llegado a la cordillera que acaba en las cimas y atravesado la cascada de l'Anguille, encontramos una hondonada plana que se apoya en el norte sobre el camino del Cap al Trou, al oeste sobre el río Grande, al sur sobre una pequeña punta de la superficie de la parroquia de Sainte-Rose y las montañas del Bois de Lance y al este sobre la sierra que forman los Picos.

Esta zona, que es menos ancha en la base norte, tiene en su borde sudeste la iglesia y el presbiterio de Limonade, rodeados por un terreno que pertenece a la parroquia y que antaño formaba parte de la plantación Dumesnil, se deben al siciliano Amato, arquitecto-director de la iglesia levantada en Limonade en 1707.

La iglesia y el presbiterio están aislados en una sabana adonde se accede por una barrera practicada en el camino de Limonade a Bois de Lance, abierta en 1708 y que fue, así como el puente hecho entonces sobre el Fossé y del que la iglesia de Limonade no dista sino 200 toesas, la causa de la renuncia de los habitantes del Bois de Lance a formar una parroquia separada.

Las fiestas y los domingos hay un mercado en la sabana del presbiterio, cuya situación es apropiada para transportar los víveres que los negros de las montañas tienen para vender.

Desde hace muchos años se tiene el proyecto de poner ese mercado en medio de una calle de 170 toesas de largo por 90 pies de ancho; los emplazamientos de cada costado habrían tenido 60 pies de fachada y 66 pies de profundidad en su lado norte y 75 en el del sur.

Esos emplazamientos estarían sujetos al gravamen de un canon, en provecho de la parroquia.

Este plan, que se podría rechazar porque solamente deja en esa calle una rendija para llegar a la iglesia, que está paralela al sur, sería de muy difícil ejecución, porque el pueblo del embarcadero de Limonade, que ya había sido ampliado, constituiría un rival con muchas más ventajas, con lo que muchas personas querrán residir habitualmente en este segundo puerto franco y el mercado de Sainte-Suzanne se convertiría, además, en un nuevo obstáculo.

Después de sobrepasar la iglesia, vamos hacia el sur para buscar el cantón de Bois de Lance que se subdivide en otros pequeños cantones, de los que uno,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

situado en su lado este, hacia la plantación Lasearmortier, se llama la *llanura del espíritu.*

El Bois de Lance tiene doce plantaciones de caña cuyos ingenios fabrican doce millones de azúcar blanca. Hacia lo alto de este cantón está la parroquia de Bois de Lance, de la que ya he hablado lo suficiente.

Se va desde Bois de Lance a Quartier-Morin, atravesando el río Grande por el vado de Viard, que era la primera vía de comunicación de los habitantes cuando dependían de la parroquia de Quartier-Morin.

En Bois de Lance, cerca del río Grande y a una media legua por debajo del pueblo de Tannerie, está el pico Mantègre, grueso montículo desgajado de la cordillera de Bois de Lance.

Presumiblemente el río Grande tuvo antaño su curso en este intervalo, porque en sus riadas, se vertía allí y se vieron obligados a levantar taludes para protegerse.

El pico Mantègre que es bastante escarpado en sus laderas, sirvió a veces de refugio a los negros cimarrones. Colas, apodado *Piernas Cortadas*, un negro esclavo del señor Doze, que fue ejecutado en Bois de Lance en junio de 1724, lo hizo muy célebre durante cuatro o cinco años por los estragos que causaba su banda.

El apodo de Mantègre le fue dado originariamente por la abundancia de cerdos salvajes que allí se encontraban y de los que se obtenía la grasa llamada manteca por los españoles.

Por último, no queda nada más por conocer en la llanura que no sea lo que llaman el islote de Limonade. Ocupa todo el espacio comprendido entre el Fossé y el río Grande y el canal del molino de la plantación Carbon o Bullet lo limita al sur, haciendo que una cantidad de agua del río Grande pase al Fossé; el mar acaba por rodearlo al norte.

El islote de Limonade, en el que consecuentemente se encuentra una parte del terreno de algunas propiedades del cantón de Bois de Lance, que el Fossé divide, tiene quizá el terreno más fértil de la Colonia; sin embargo es el que ha sido por más tiempo víctima de las riadas del Fossé y el río Grande.

A este motivo de extrañeza se une un segundo y es el siguiente: mientras que el río Grande podría proveer de molinos a casi todas las plantaciones de caña de la parroquia y que las aguas del Fossé engrosadas por el vaciado de la plantación Bullet solamente mueven siete, no hay más que uno en la orilla occidental del río Garna, en la plantación Fournier de Bellevue.

El primer molino de agua de la parroquia fue el de la plantación Bullet. El señor Carbon, entonces su propietario, al estar sobre las dos orillas del río Grande y del Fossé, hizo una toma de agua en el primero y la vació en el segundo.

La propiedad Butler hizo una en el Fossé, por encima de este vaciado. En vano la propiedad Brémond, ribereña del río Grande quiso disputarle este derecho; conservó la preferencia debida a la antigüedad de su molino.

La plantación Castellane o Berghes trató con la de Butler sobre el agua de su vaciado y a su vez, la plantación Escarmotier con la de Castellane; las tres colaboraron en el mantenimiento de una toma de agua y una esclusa.

La plantación de Ossemont, convertida en la de Walsh, hizo también una compuerta en el Fossé y un molino; la de Chapelle, hoy Montholon, instaló otra debajo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Como esta última tenía poca caída, la plantación Walsh consintió por un acuerdo en perder dos pies, que le transmitió; la primera renunció a una servidumbre que había comprado a la propiedad Walsh para sus canales.

El señor Fournier de la Chapelle, a la sazón propietario de la plantación Montholon, había obtenido la concesión del agua de su vaciado para llevarla a su otra plantación de Limonade, cerca del río Grande; pero la plantación Chevalerie, situada debajo de la de Montholon, recurrió esa concesión y la hizo anular.

Por conversaciones bastante recientes, el agua del vaciado de Montholon se destina al molino de Chevalerie; he aquí los siete molinos del Fossé.

Las parroquias de la orilla oeste del río Grande, no desaprovecharon la valiosa ventaja de su agua, como se verá en la descripción de la parroquia de Quartier-Morin y de la de Petite-Anse. Los primeros molinos de agua de Limonade fueron construidos por el señor Fauconier.

Además me veo obligado a decir que hace más de diez años que distintos habitantes del islote de Limonade, soñaban con un establecimiento de molinos de agua mediante una esclusa común en el río Grande, pero esta útil empresa encontró oposición por parte de los que temían que se les sometiese a un reparto más riguroso del agua de este río y por la de otros habitantes que se creyeron con los mismos derechos que aquellos que querían disponer de máquinas hidráulicas.

De estas contrariedades, resultó la pérdida de un agua tanto más valiosa cuanto que las sequías se volvían más frecuentes.

Reflexionando sobre estas circunstancias que afectaban a la producción, el señor Verret comprometió al gobierno, en mayo de 1783, a que verificara si el agua de algún río, por ejemplo el de Dondon, podría servir para aumentar el caudal del río Grande y si por un reparto cuidadoso del agua y sobre todo de la caída, poco tenida en cuenta hasta ahora, fuera posible conceder molinos de agua o medios para regar las tres parroquias de Limonade, Quartier-Morin y Petite-Anse.

Este sabio, experto en hidráulica, no fue escuchado y las cosas siguen ahora igual que antes.

Empezando por el este la descripción de las montañas que dependen de la parroquia de Limonade, encontramos primero el cantón de Sainte-Suzanne, habitado en su mayoría por personas de color. Produce poco café, pero muchos víveres.

Muchas plantaciones de caña terminan en las laderas de las montañas. La dificultad para participar en los oficios liturgicos de la iglesia parroquial, llevó a los habitantes de la parte montañosa a solicitar el establecimiento de una filial en Sainte-Suzanne.

Se erigió bajo la advocación de esta Santa y la primera misa se celebró solemnemente el 23 de julio de 1780. Está en una sabana donde se erigía un altar ambulante, en el que cada seis meses el párroco de Limonade venía a oficiar y a bautizar a los niños.

El señor Fournier de Varenne, comandante de la parroquia, enviado en 1779 para incitar a los hombres de color a alistarse en la expedición de Savannah, proyectada por el señor de Estaing que estaba todavía en las Islas de Sotavento, después

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de haber rezado por la guerra en el suelo donde se emplazaba el altar del Dios de los ejércitos, propuso una suscripción para la filial.

Esta se montó sobre la marcha con 7,500 libras. Uno ofreció la madera, otro la mano de obra, el de más allá el cuadro de la patrona, a condición de que se pareciera a la señora Viviez, una de las mujeres más hermosas de la ciudad del Cap.

Todos se encargaron de contribuir al acarreo de materiales; el señor Bouchaud donó ornamentos antiguos de una logia de francmasones.

La iglesia se levantó, un vicario se quedó viviendo allí y se estableció un considerable mercado, favorable para las montañas y la planicie.

En 1769, el señor Doré, a la sazón decano de los notarios del Cap, hizo soltar en los arbustos de moca de su plantación de Sainte-Suzanne, rodeada de bosques, treinta codornices moñudas de las Colonias españolas que se reprodujeron en gran cantidad.

Había tomado la precaución de sembrar mijo, trigo negro o sarraceno, avena y granos de la Colonia para retener a esas aves, que encontramos también en el sur de la Isla.

Pero hace más de cinco años que los gatos salvajes y sobre todo los negros, las exterminaron casi completamente; lo que sirve para demostrar todavía más la dificultad de hacer el bien en Santo Domingo.

El cantón de Côtelettes es árido y está como agotado. Fue uno de los primeros que se establecieron en esta zona y sería deseable que se destinara a la cria de animales que cada día se vuelven más caros y más raros.

El Moka nuevo, cantón al que se le dio este nombre pomposo porque su primer cultivo era el de la moca , está ahora lejos de merecerlo. El suelo, a juzgar por la superficie, sería una auténtica tierra prometida pero, a un pie de profundidad, una toba de arcilla sólida detiene la raíz de la moca de manera que este arbusto, que fomenta las esperanzas durante el primer y segundo años, enseguida declina y los defrauda.

En el centro de este cantón hay un río cuyo nacimiento está en la base de la montaña conocida bajo el nombre de *Friandise*, que le separa del de Côtelettes.

Su curso se dirige hacia el sudoeste; después de haber recibido el torrente Commissaire que corre en Moka y Fond-Bleu, se llama simplemente la cascada Picaut. Sirve de línea de demarcación, desde su punto de unión con el torrente Commissaire hasta su desembocadura en el río Grande, entre las parroquias de Limonade y Sainte-Rose.

Bajo el humilde título de torrente, transporta un gran volumen de agua y adquiere una asombrosa rapidez en las crecidas. En Moka, los habitantes de la zona montañosa de la parroquia de Limonade, le pasan revista para evitar que los desplace.

El cantón de Fond-Bleu, menos favorecido que el precedente por las lluvias del norte, se resarce sin duda, a causa de la disposición de sus montañas, con la naturaleza de su suelo que, en general, es una tierra franca y una roca podrida donde la moca se da perfectamente y dura veinticinco y treinta años expuesta al norte.

La del sur, más expuesta al sol y donde la tierra es ligera, es más propicia para los víveres del país.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los cantones de Bois-Blancs y Bois de Lance, en las montañas, no son sino una pequeña franja que no tendría nada de particular si no fuera porque en 1771, se veía en Bois de Lance a Pierre de Imba, liberto de 103 años que había mandado en Cartagena, en 1697, la compañía de negros libres de la dependencia del Cap y a Jean Eustache Lamondière, otro negro libre que había sido el abanderado de esta compañía.

Lo que ya dije de Fond-Bleu, hace que observemos, hablando de picos, que en general la vertiente que está hacia el mar no es propicia al cultivo de la moca. Para remate, en las montañas de Limonade este arbusto comienza a reportar más que en Marmelade y Dondon, pero su duración media no excede los diez años porque el suelo, despojado de su capa vegetal, rehúsa producirla.

Se puede evaluar en 300 millares el café de Sainte-Suzanne; en 500 millares el de Côtelettes; en 700 millares el de Moka y los mismos para Fond-Bleu, con un peso total de dos millones doscientas mil libras.

Pero vuelvo a repetir que es un resultado que decrecerá cada año. En algunos lugares, la moca está invadida por la hierba penacho,[34] planta con la que se hacen, cuando ha crecido del todo, techos que duran tres veces más que los de cabezas o troncos de cañas de azúcar.

Los habitantes prenden fuego todos los años a estas hierbas penacho, cuyos jóvenes brotes comen las bestias, pero este mismo método aboca a la esterilidad, porque las plantas cuyas cenizas esparcen los vientos y las lluvias, no proporcionan nada al suelo.

En otros lugares, ese suelo completamente abandonado se cubre de cizañas y finalmente de bosques. Al cabo de veinticinco o treinta años, puede producir mandioca, para volver a un estado de infertilidad mucho más largo.

Se encuentran muchas minas en su extensión. La más conocida es la del Imán del picacho, llamada de Limonade o pico Békly o cresta de Imán.

El nombre de Békly le vino de un inglés muy rico al que perteneció, así como todo el terreno que está por debajo de la bahía de Békly y por encima, hasta la cresta de Bellevue; el nombre del pico de Imán viene de su naturaleza.

Esta cresta tiene alrededor de cinco cuadrados de superficie; solamente en sus vertientes norte y sur encontramos la mina que tiene en su fractura todo el reflejo metálico, lo que no sucede en las del este y el oeste.

Está situada en el borde norte del camino del Cap al pueblo del Trou, en un punto que al norte iría a encontrar, a cerca de 3,000 toesas de la plantación Conégut, el intervalo que está entre el lado noroeste de la bahía de Békly y el lado sudeste de la bahía de Limonade.

Este imán es una mina de hierro negruzco muy rica, que se muestra en masas bastante considerables y aisladas bajo su forma metálica; sufrió probablemente la acción del fuego porque sus partes pulverizadas son atraídas por el imán.

El mineral que produce tiene dos tercios de su peso en hierro. Es notable que la cima de este pico que tiene puntas, sea a menudo alcanzada por los rayos.

[34] Es un andropogon. Bomare llama a esta planta barbón. En Guinea se sirven de ella para cubrir las plantas del café.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La casa que se construyó en distintas etapas, se incendió siempre con el fuego del cielo, mientras que las del vecindario se lo ahorraron. Es muy verosímil que la mina de hierro sirviera de conductora a la materia eléctrica de la atmósfera y a las emanaciones de la del globo terráqueo.

Es hasta del dominio público que la gran cantidad de piedra de esta mina, embarcada por el señor Texier, agrimensor de la parroquia hace cuarenta años, causó la pérdida de un barco, del que nunca más se supo nada.

Los agrimensores aseguran que el pico Békly actúa sobre sus brújulas y eso ha impedido muchas impugnaciones de tierras. Los alrededores de esta cima, al pie de la cual corre al este el torrente del capitán François, son cultivables; el que puede servir para el cultivo de la caña no es muy extenso.

La superficie es un terreno negro y el interior una masa arcillosa, donde se encuentran partes calcáreas separadas; esta masa se disuelve en el agua muy deprisa. Cuanto más se excava, más domina la parte calcárea.

Los señores Fournier de Varenne y Dubourg que compraron en sociedad el pico Békly y un trozo de sus inmediaciones sacaron piedra de allí. El señor de Varenne acumuló 80 o 100 toesas cúbicas.

Su cumbre, que era estéril, tenía antaño un jazmín de un grosor asombroso. Su parte oriental se compone de una piedra laminada, un poco mineral y otro poco pesada, que en Santo Domingo llaman piedra podrida o roca podrida.

Encontramos en el cantón de Bois de Lance las huellas de los trabajos emprendidos en tiempos de los españoles para la explotación de una mina de oro.

Ya dije que en la plantación Roux des Isles, situada en este cantón, se podían ver restos de cuarzo que se pretendía haber sacado de una antigua explotación de una mina de cobre. Este cantón indica con su aridez el estado de su mina.

Las arenas del Fossé contenían cobre nativo y se encontró también un trozo en el río Grande, enfrente de Tannerie, lo que unido a un pedazo de ganga cuarzosa, constataba el origen de este cobre nativo.

Los cantones de Sainte-Suzanne y de Côtelettes tienen minas de cobre que se han empezado a explotar, lo que hace verosímiles todas las minas de las que habla Herrera y que dependían de Puerto Real.

Limonade parece haber estado muy poblado antes del descubrimiento de la Isla. Encontramos a cada paso restos de los utensilios que usaban los indígenas que la habitaban.

La costa que bordea la parroquia de Limonade al norte, es también digna de nuestros comentarios. En la descripción de la parroquia de Terrier-Rouge, se vio que un estero llamado de Caracol, forma el costado occidental de la bahía del mismo nombre.

Como este estero parece componer un todo sólido a causa de los manglares que la guarnecen, así se le considera. El intervalo que lo separa de la orilla del extremo este de la parroquia de Limonade, es el que han adornado con el nombre de bahía de Limonade, cuyo fondo va a volverse hacia el de la bahía de Békly.

Su punta este, que es el final noroeste del estero de Caracol, se encuentra a una legua del cabo del mismo nombre, otro extremo de este estero.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La longitud de la bocana de esta bahía es de 280 toesas por cerca de 60 de ancho; el largo de la misma en dirección norte sur es de 600 toesas por una longitud media de 400 toesas; su profundidad es de entre 5 y 6 pies.

En la esquina sudoeste de esta bahía que bordea la planicie cenagosa, donde está el ingenio Chevalerie, se vierte el río Fossé de Limonade, yendo casi del sudoeste al nordeste en la parte inferior de su curso.

En la orilla oriental del Fossé, a cerca de una legua de su desembocadura actual y en la parte más alta de la sabana de Limonade, se encontraron, en un terreno que ahora depende de la plantación Montholon, a 200 o 300 toesas de los edificios de la misma, los cimientos de un fuerte que se considera el de Navidad, construido en enero de 1493 por Colón.

Estos cimientos eran de piedra magnética del pico Békly. Fueron demolidos para construir los edificios de la plantación Destouches, a los que ese lugar pertenecía entonces.

Siguiendo a Herrera vemos que Colón, cuando acudía a ver a Guacanagarix, naufragó a cuatro o cinco leguas (marinas) del puerto de Saint-Thomas, (que es el de l'Acul al oeste del Cap), en un lugar donde hay un paso que señaló y que es Caracol, como ya establecí.

Por la tarde, de vuelta a su barco para descansar después de haberse reunido con el cacique, su carabela fue arrastrada por las corrientes durante la noche, a media legua (marina) a sotavento (al oeste) de la otra carabela, es decir de Caracol hacia Limonade.

Informó al cacique de su naufragio, haciendo que se le dijera que esta desgracia había ocurrido a una legua y media (marina) de su vivienda, lo que nos conduce hacia el embarcadero de Petite-Anse y señala otra vez a Limonade como lugar del naufragio.

Los españoles interpretaron esta pérdida como una orden de arriba para quedarse en ese lugar y queriendo dejar Colón en la Isla a algunos castelllanos, decidió hacer un fuerte con los restos de la carabela.

Habiendo llamado a Caracol Puerto de Navidad, por el día en el que entró, quiso que el fuerte fuera el de Navidad y lo confió a treinta y nueve castellanos, cuyo capitán era Diego de Arana.

Ahora se trata de ver cómo el Castillo de Colón (es el nombre de las ruinas encontradas en la plantación Montholon), puede ser el fuerte de Navidad.

He leído, también en Herrera, que en el segundo viaje de Colón el 27 de noviembre de 1493, la flota puso rumbo a la entrada del puerto de Navidad (Caracol), donde el Almirante supo por los indios, venidos a bordo en canoa, las terribles noticias sobre ese fuerte.

Que el jueves 28 toda la flota entró en el puerto y que vieron enseguida que la fortaleza había sido quemada y que bien podía ser observada desde ese punto, ya que desde el embarcadero de Limonade se aprecia un pabellón construido en la plantación Fournier de Varenne, en Roucou.

Que Colón bajó a tierra y no hallando a nadie que pudiera relatarle lo que había sucedido, entró con barcas en un río y ordenó limpiar un pozo que había

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

hecho excavar en el fuerte; no se encontró nada allí; solamente, en los alrededores, uniformes de cristianos y cerca del fuerte siete u ocho personas enterradas; sus vestimentas los identificaron como españoles.

Así, el fuerte de Navidad no estaba en la orilla de Caracol: para ir allí se remontaba un río; cuando nos acercamos a esas localidades, las ruinas encontradas en las orillas del Fossé, cuya desembocadura ha debido avanzar hacia el mar como el resto de esa costa y, por consiguiente, alejar el fuerte de la orilla; es imposible no reconocer la identidad de esas ruinas como el fuerte de Navidad.

Solo hay una cosa que no cuadra y es que el historiador habla de un fuerte hecho de madera y aquí los cimientos son de piedras de imán y ladrillos, incluso de gran tamaño (porque yo tengo uno que cogí en ese lugar y que tiene algunas marcas).

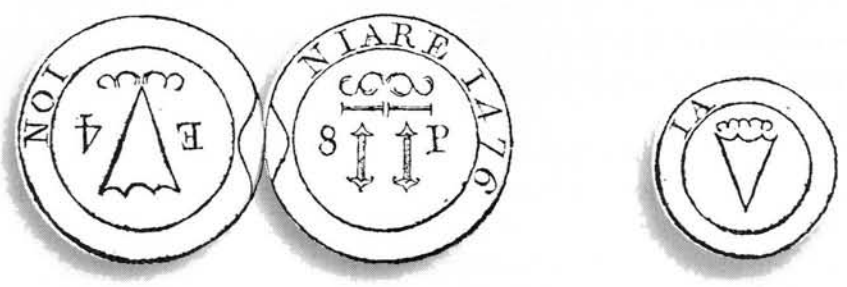
Pero el fuerte de madera podía estar sobre un asiento de ladrillos en un lugar que dice Herrera que abandonó Colón el 7 de diciembre de 1493, a causa de la masacre y porque era un terreno muy bajo donde no había ni piedras ni materiales para construir.

Un hecho innegable es que los indios tenían vasijas y fetiches de barro cocido y, suponiendo que no hicieran los ladrillos, los españoles bien pudieron, con la arcilla y a la manera en que ellos cocían sus objetos, fabricar ladrillos para componer la base de su fortaleza.

Tampoco les hubiera sido difícil ir a coger piedras al pico Békly. Una larga tradición apoya el hecho y se ha encontrado en 1784, cuando se excavaba el canal del molino de la plantación Montholon, no lejos del castillo, una especie de tumba donde había veinticinco cadáveres que no podían ser de indios, ya que sus cabezas no estaban aplastadas.

Esos cuerpos, cuya estructura ósea se distinguía, estaban colocados en la misma dirección y dispuestos en paralelo, una costumbre que sabemos que tenían los indios para con sus muertos: eran pues españoles enterrados por los indios. Por último, se encontraron en el mismo lugar tenedores de hierro bien oxidados y piezas de cobre.

Tomé dos de esas piezas el 26 de mayo de 1787. Helas aquí:[35]



L' une

[35] N. de la T.: estas monedas fueron acuñadas muerto ya Enrique IV de Castilla (1425-1474) que precedió en el trono a Isabel La Católica. Las revueltas entre los partidarios de esta y la hija de Enrique IV hicieron que en las monedas siguiera figurando el difunto rey, hasta que se aclaró la situación en favor de Isabel en 1479.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Una es del tamaño de una pieza de seis centavos, pero más gruesa; es a la que le vemos las dos caras. La otra es un poco más pequeña y un poco más gorda; es la que está peor conservada.

Si esas piezas pertenecieron realmente a los castellanos masacrados en ese enclave en 1493, no es sorprendente que no se distingan más que algunos trazos y además con lupa, después de una estancia de trescientos años en un suelo todavía salitroso y casi acuático.

De alrededor de 80 cuadrados vendidos por la señora Destouches al señor Fournier de la Chapelle y en la extensión en la que estaban el fuerte y la tumba, apenas un cuarto es apto para el cultivo de la caña.

Seis u ocho cuadrados producen algunos víveres del país en la época de lluvias; pero la toba arcillosa de la sabana de Limonade se vuelve a encontrar a pocas pulgadas. Más allá, este terreno no puede producir más que acacias y randias.

Colón se hubiera visto obligado a buscar, para emplazar su fuerte, un lugar un poco elevado, descubierto y cercano al agua dulce; no hubiera podido edificarlo más cerca del mar, porque en la llanura pantanosa hacia la orilla, el suelo es una turba salitrosa que el aire reduce a terrones y se hunde.

El fuego ha brotado espontáneamente más de una vez. Estas turbas existen también en el borde del mar, sobre todo en la plantación Chastenoye de Quartier-Morin.

Se cuentan tres cuartos de legua desde la punta occidental de la bahía de Limonade hasta el pueblo del embarcadero del mismo nombre, que se encuentra situado casi norte sur con la iglesia; está a dos leguas y 1,400 toesas del río Grande.

El terreno dedicado a este embarcadero corre poco más o menos de este a oeste, describiendo un trozo de arco.

Tiene alrededor de 500 toesas de longitud y contiene los almacenes que sirven de depósito a los productos de la parroquia y las casas de muchos obreros y pescadores, lo que suma 32 emplazamientos de los que tres son de mampostería con un primer piso y 22 tienen las casas de una sola planta.

Este lugar, que dista del Cap cerca de dos leguas y media por mar, acapara toda la atención del gobierno por su posición estratégica con respecto al Cap y por su muelle.

Cuando el señor de Belzunce llegó a Santo Domingo en 1726 con ocho batallones, todas las ideas adquirieron una pátina militar y no había otra preocupación que conservar la Colonia.

La protección de que disfrutan los embarcaderos de Jacquezy y Caracol, se debe a ese celo; el señor Villemontes, ingeniero que se encargó de esa parte de las fortificaciones, lo mostró también con los de la costa de Limonade.

Desde el 30 de mayo de 1762, una ordenanza de los Administradores, prescribía unos trabajos forzosos a los negros de las dos parroquias de Limonade y Quartier-Morin, para hacer trincheras en la costa de la primera.

Esta medida fue consecuencia de una visita hecha el 28 de mayo por el señor caballero de Oisy, capitán de navío y el señor Amelot, ingeniero de la Colonia.

Habiendo sondeado el paso de Limonade, dijeron que los barcos de guerra podían pasar por allí. Las dudas suscitadas por el resultado les hicieron sondear de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

nuevo y aseguraron que hasta habían encontrado un segundo paso, todavía más cómodo y espacioso que el anterior.

Esta afirmación y la bondad del muelle, hizo que se crearan tres defensas destinadas a proteger las baterías, cuya construcción tuvo lugar al mismo tiempo, de manera que Limonade se convirtió en un puesto respetable.

En abril de 1778, los trabajos públicos, reestablecieron las baterías que están en los dos extremos del pueblo, así como las defensas, lo que costó 32,050 jornadas a los negros, sin contar los gastos de la construcción de edificios que servían para el cuerpo de guardia.

Aunque a partir de 1764 el trabajo de los ingenieros geógrafos, que habían sido especialmente destinados a trazar el plan topográfico e hidrográfico de la Colonia, demostró, como el hecho en 1773 del señor de Moulceau, director general de fortificaciones, que los dos pasos del arrecife de Limonade están bien lejos de poder admitir un barco de guerra, independientemente de la dificultad de maniobrar allí, hicieron siempre del embarcadero un lugar lo bastante seguro como para que el enemigo no se atreviera a arriesgarse.

Los navíos que pueden pasar por allí, no disponiendo de agua suficiente para ir hasta el Cap entre los arrecifes, tendrían el doble peligro al entrar y salir si fallaban en un desembarco muy peligroso, única opción que se podían plantear y al que en pocas horas se podrían añadir también las inundaciones de las tierras vecinas, de manera que el enemigo se vería imposibilitado para entrar a través de los pantanos cubiertos de manglares que rodeaban el embarcadero; además, un transbordador atravesado en el paso, siempre detendría todas las dudas y todos los miedos en esta zona.

En tiempos de guerra hay dos puestos en el embarcadero de Limonade, abastecidos por esta parroquia y por las de Sainte-Rose y Dondon; además la misma población del lugar contribuye a su seguridad.

Este asentamiento podría agrandarse. No se detuvieron más que por la falta de agua potable, que los habitantes de este pueblo se vieron forzados a buscar con canoas en el río Grande.

Los señores Reynaud de Villeverd, lugarteniente del gobierno general y Le Brasseur, comisario general y ordenante con funciones de intendente, se ocuparon, en 1781, de conseguir los medios para procurarles el agua, trayendo la del vaciado de un molino.

Una módica suma de 30,000 libras aseguró que no se interrumpiera; el gobierno puso la mitad y los habitantes del pueblo cubrieron el resto con impuestos voluntarios y una imposición de un diez por ciento sobre los alquileres de las casas.

Pero el final de su administración, injustamente calumniada y realmente muy corta para el bien de la Colonia, hizo que este proyecto se desvaneciera; su utilidad se hizo patente cuando una parte del ejército español, a las órdenes de don Bernardo de Gálvez, se acantonó en este pueblo, donde estaban sitos los hospitales, durante un año.

Se vieron obligados a traer del Cap con gran estipendio y mediante barcas, el agua destinada a los enfermos que, de otro modo y sin la previsión basada en el

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

humanitarismo de los habitantes con respecto a la impuntualidad de los transportes, se hubieran visto privados de ella.

Llevando agua a este lugar, veríamos un gran número de obreros repartidos por la llanura y reuniéndose allí, en algunos años la Colonia contara con una ciudad más.

Todas las mañanas a las cuatro, salen del Cap hacia este embarcadero, en días señalados durante seis meses al año y a las cinco durante los otros seis, tres grandes barcas o *pasajeros* que transportan personas, productos y avituallamientos y que vuelven al Cap por la mañana.

Yendo, aprovechan el viento de tierra y los arrastra la brisa marina; si el viento amaina, se emplean los remos. La parte trasera de estos *pasajeros*, aparejados como chalupas, está protegida por una cubierta o pequeño puente de tablones que, a su vez, está guarecido por una tela alquitranada que se extiende en los cuatro costados, cuando se quiere estar protegido de la lluvia, el sol o el viento.

El precio del pasaje es de 30 monedas para los libres y la mitad para los esclavos. Podemos calcular por el precio de la barrica de azúcar de 1,500 libras y más, que es de diez francos la tarifa de las demás cosas. Encontramos también en el Cap pequeñas canoas particulares que hacen el recorrido por dos gordas.

Los impuestos estaban extendidos antaño en esta zona. Desde principios de 1717, este paso fue arrendado junto con los de Caracol y Jacquezy.

El de Limonade dio lugar a un arancel de los Administradores, el 10 de junio de 1738 y diciembre de 1746 y un primer funcionario de las oficinas de la Colonia que no desdeñaba las cosas lejanas, hizo firmar en su provecho, un título de donación por veinte años del producto de ese paso como un anexo al del transbordador del Cap, objeto primordial del edicto.

Este abuso de poder excitó vanamente el descontento y las quejas, porque estas llegaban precisamente al primer funcionario, que era el que las provocaba.

Estando próximos a expirar esos veinte años, se creyó que un nombre más ilustre que el de ese primer funcionario, no haría sino servir de adorno a la misma concesión.

En consecuencia, el 8 de mayo de 1765, la señora duquesa de Brancas obtuvo, pero por treinta años, el título de donación del peaje del Cap y declaró, sin embargo, que los otros pasos no dependían de este.

Solamente una embarcación estaba destinada al servicio del hermoso distrito de Limonade durante el privilegio de exclusividad, que concluyó en 1765 y el público estaba mal servido.

Cuando se desbordó el río Grande, lo que no era habitual en la época de lluvias, los barcos de pasajeros adquirieron todavía más utilidad ya que entonces sirvieron para mantener la comunicación con el Cap.

En la guerra de 1756, cuando los corsarios infestaban nuestras costas, los productos de las parroquias situadas al este de Limonade no tenían otra salida y era por esta vía como sus habitantes hacían llegar su subsistencia desde el Cap.

Esta preferencia era debida a la posición de este embarcadero, cuya navegación se efectuaba a través de los arrecifes y a resguardo de ser asaltada por los corsarios.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El asentamiento del embarcadero de Limonade todavía sería más frecuentado si se realizara el proyecto del canal desde Fort-Dauphin a la bahía de Jacquezy. Sirve de refugio a treinta y cuatro pescadores que subvienen al aprovisionamiento del Cap.

Vemos allí dos grandes destilerías de tafia. El gobierno lo juzgó lo bastante importante como para someterlo a la política de las ciudades que prohíbe cubrir con paja las casas.

Este pueblo es más sano de lo que se podría pensar. Debe esta salubridad a la suerte de estar situado al barlovento de los pantanos.

Los hospitales militares que se establecieron allí, perdieron infinitamente menos hombres que los otros, aunque su local no ofreciera las mismas comodidades.

El embarcadero de Limonade es casi tan antiguo como la fundación de esta parroquia. Antes de 1713 tenía un cuerpo de guardia, encargado de dar la alarma que un cañón repetía y que estaba emplazado en casa del señor Fournier, teniente coronel de las milicias.

La diferencia entre la altura de la marea más grande que tiene lugar en julio, cuando la luna llena se aleja del solsticio de verano y la más baja, es de aproximadamente 2 pies.

El termómetro de Réaumur, observado durante veinticinco años en la llanura de Limonada y en la vecindad del mar, no subió por encima de los 28 grados y no descendió por debajo de los 18. La temperatura de las montañas varía según su altura y la posición de los lugares.

Normalmente en invierno oscila desde 9 grados al alba, hasta los 16 en el calor más grande del día y en verano desde los 18 a los 22 grados, a menos que en días sin ninguna brisa, suba hasta los 27, lo que no es frecuente.

Se cree poder calcular en 80 o 90 pulgadas la cantidad de agua que cae anualmente en la planicie. A veces, en la estación llamada hibernación en las Islas de Barlovento, es decir, desde julio hasta octubre, sobrevienen rachas de viento que se llevan y tumban los techos de las chozas de los negros y hasta de las cabañas de bagazos, dañan las otras techumbres de teja o pizarra y destruyen los bananeros.

En el vendaval de 1772, un cachalote fue arrojado en medio del arrecife de Limonade, donde pereció. La pestilencia llegó hasta el Cap y solamente cedió el hedor cuando los tiburones lo despedazaron.

Esos ventarrones van acompañados de lluvias excesivas. Es lo que pasó el 17 de octubre de 1780, época de una riada de la que ya he hablado, entre otras que devastaron esta parroquia.

El río Grande sobrepasó los taludes de la plantación Bullet y vino a verterse en el Fossé. Hizo lo mismo en las plantaciones Dusmenil, Destouches y Fontenille. A pesar de esta desviación, el río Grande rompió los diques de la plantación Molère en Quartier-Morin.

Más abajo del costado de Limonade, los taludes de la de Lefevbre sufrieron una brecha de 150 pies y otra de 50; se abrió otra en la plantación Miniac-Tressin y tres en la de Fournier Bellevue, que, situada en la parte baja de la llanura, no era todavía un estanque a las cinco de la tarde, aunque la inundación había empezado

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a las cinco de la madrugada. El viento arrancó en las montañas los bananeros y la mandioca.

Pero estos destrozos instantáneos, aunque grandes no se pueden comparar a los de la sequía que, desde hace veinte años, se vuelven cada vez más frecuentes.

La parroquia de Limonade tiene muchas vías de comunicación y modos de atravesarla. Las principales son aquellas que van del Cap a Fort-Dauphin pasando una por el pueblo de Terrir-Rouge y la otra por el pueblo de Trou.

En 1720, todavía se iba desde el Cap a Bayaha a través de senderos, cuyo trazado ponían una gran distancia entre esos dos puntos y donde se unía un camino que terminaba en el Haut du Cap.

Muchas veces se había decretado la apertura de una nueva ruta y por fin el 10 de diciembre de 1720, los Administradores ordenaron hacer una de 40 pies de ancho, a partir del puente del Fossé que, yendo a Quartier-Morin, pasaría al sur de la iglesia de esta parroquia y de la plantación Beaunay, hasta reencontrar el gran camino de Quartier-Morin, yendo desde el embarcadero de Petite-Anse al Morne-Pelé y que, remontando este camino, iría a buscar el de la parroquia de Petite-Anse en el Alto del Cap.

Pero como se preveía que esta ruta no sería practicable en todas las estaciones, la misma ordenanza decidió que un camino ya abierto entre la plantación Charrite (hoy Duplaa) y la de Lefebvre, fuera prolongado, primero al este, hasta reencontrar en Limonade el camino que iba del puente del Fossé al embarcadero.

Al oeste iría a atravesar el camino de Quartier-Morin para ir, cortando además el de Petite-Anse, al paso de Any y el gran camino del Cap.

Estos trabajos se les ordenaron a las tres parroquias de Limonade, Quartier-Morin y Petite-Anse como si fueran de utilidad común y se encontraban los del camino del puente de Limonade al embarcadero, que se convertía en camino grande, ya que el segundo de los que se habían ordenado acababa allí.

De estos detalles deducimos que la primitiva comunicación de Limonade con el Cap, en lo que se refiere al río Grande, se efectuaba por el punto donde el camino del Cap al Trou corta ahora este río y que el camino del embarcadero del Fossé fue el que se hizo primero.

Que el Fossé, al tener treinta y 2 pies de lado a lado, tenía un puente que las riadas habían obligado a reconstruir en 1713, porque destruyeron el primero, hecho en 1708.

Que el camino de Bois de Lance que comunicaba con Quartier-Morin por el paso Viard, fue el segundo y que, finalmente el último de todos los caminos de Limonade es precisamente el más útil hoy día; es aquel que viniendo del Cap, atraviesa el río Grande a 1,800 toesas de su desembocadura y en un punto en que su cauce tiene 104 pies de ancho.

Nos causa mucho asombro que una ruta tan frecuentada y tan importante sea tan insegura a causa del paso por este río; durante las rachas del viento del norte y las tormentas a veces hay, en los días subsiguientes, de seis a 12 pies de agua, incluso más; no han asegurado que no volviera a ocurrir este incidente y las desgracias que trae consigo tan a menudo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El señor Barrère, lugarteniente del Rey en el Cap, propuso al ministro, el 10 de julio de 1708, la construcción de un puente sobre este paso; esta proposición, aprobada el 8 de octubre siguiente, se quedó en nada.

El 28 de septiembre de 1739, los señores Larnage y Maillart escribieron al ministro para pedir ese puente y tampoco se hizo.

Pareció que se retomaba seriamente el asunto cuando llegó el señor de Belzunce. La escuadra inglesa destinada a sitiar La Habana, teniendo en contra los vientos del oeste y forzada a retirarse a través del Môle, causó grandes temores en Santo Domingo, precisamente en el momento en que las tormentas habían aumentado mucho las aguas del río Grande, por lo que no se podía comunicar con las zonas que tenía al este.

El señor de Belzunce decidió entonces establecer un transbordador. Pero como a menudo estaba seco, el calor del sol hacía que se derritiera la brea y cada día había que repararlo. Cuando el río iba crecido, los árboles que flotaban en su corriente, arrastraban el transbordador, que desapareció a su vez.

Los señores de Vallière y de Montarcher cerraron en 1773 el trato del puente con el señor Renaud, hombre de negocios del Cap a falta de la autorización del ministro y cuando esta llegó, no se volvió a hablar del puente.

En 1780, los señores de Reynaud y Le Brasseur quisieron realizar el proyecto; hicieron un plano. Debía ser de madera sobre pilares de mampostería, con un solo arco de 17 pies de altura por encima del agua y 20 pies de ancho.

Cuando se aprobó el presupuesto, el señor Artaud, contratista, se encargó de su construcción por 574,140 libras y pidió 677,320 para hacerlo con la bóveda de mampostería con ladrillos.

El señor Barré de Saint-Venant, habitante de Quartier-Morin, propuso uno con cadenas de hierro y este nuevo beneficio se hubiera debido a los dos jefes que he nombrado, si su activa administración hubiera durado.

Se atraviesa el río Grande casi seco porque no ha llovido desde hace mucho tiempo o con peligro si llueve y hemos visto a negros de la plantación Lefebvre llegar al paso con las crecidas menores, rodear el coche y los caballos para romper el hilo de agua y así escoltar, de una orilla a la otra, al viajero más o menos miedoso o más o menos audaz.

Si la corriente hace temer por los coches llenos, se les hace pasar vacíos y los negros llevan a los hombres sobre su cuello o en sus brazos cruzados, mientras que otros los rodean para sostenerlos y hacer frente a la corriente.

No hay nadie que en esos momentos, en los que el paso está completamente impracticable y en que cualquier temerario paga con su vida su impaciente imprudencia, no reclame un puente; pero el río entra en sus límites y se vuelve al orden maquinal que lo dirige todo en Santo Domingo.

Debería haber expuesto más bien mi impotencia para encontrar el origen del nombre de Limonade, que me parece tan antiguo como la fundación de este lugar.

Puede venir de lo que fue uno de los primeros de la Colonia francesa donde se producía azúcar. Más bien me gustaría creer, sin embargo, como más verosímil, que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Limonade vendría de limón, nombre español del limonero, ya que en la llanura de Limonade y de Quartier-Morin, la zona más rica de la Parte del Norte, debía ser común este preciado árbol.

Costará creer lo poco que se cuida, sobre todo en los cantones ricos de la Colonia, todo lo que es atractivo, es decir, lo que no se convierte en dinero ya que difícilmente encontramos algunos limoneros en la planicie de Limonade y muchos habitantes compran en el Cap los limones necesarios para el uso doméstico de sus casas.

Es verdad que, después de aproximadamente treinta años, se reemplazaron en la llanura del Cap los setos, que eran todos de limoneros, por otros de palo de Campeche.

La población es una de las más considerables de la Colonia. En la llanura hay 200 blancos, 200 libertos cuya gran mayoría se había congregado en un punto de la sabana de Limonade, cerca del camino del Cap a Terrier-Rouge, donde habían formado una población y 8,000 negros.

Las cimas pueden tener 260 blancos, 300 libertos y 5,000 negros, lo que da un total de 14,000 personas, de las que 290 llevan armas.

Los libertos eran mucho más numerosos que ahora, antes de la expedición de Savannah, ya que la parroquia de Limonade tenía entonces una compañía de cuarterones de 60 hombres, una de mulatos de más de 100 y 35 negros libres; seguramente había muchos individuos que escapaban a los censos.

La primera compañía de caballería militar de Limonade, era común a las otras dos parroquias de Quartier-Morin y Petite-Anse y se formó en noviembre de 1700. El señor Garnier fue nombrado capitán el 15 del mismo mes.

Su nombramiento dice que es en consideración a los servicios que ha prestado, a la expedición de Cartagena y a la batalla de Limonade, donde también fue herido.

Limonade, tan poblada de blancos cuando se fundó, no tenía sino 80 hombres armados en 1713.

Esta parroquia da su nombre a uno de los cinco distritos de la Parte Norte, que comprende además las parroquias de Quartier-Morin, Sainte-Rose, Dondon y Marmelade; depende de la comandancia y la senescalía del Cap.

La distancia desde la iglesia de Limonade es:

	leguas		leguas
Al Cap	6	A Fond-Bleu	9
A Roucou	1	Al pueblo de Trou	3
A Bois de Lance	2	" Quartier-Morin	3 ½
A Sainte-Suzanne	4	" Sainte-Rose	3
A Côtelettes	5	A la iglesia de Quartier-Morin	3

Limonade ha dado literatos y hombres dignos de elogio, o bien han sido habitantes de ella. Podemos citar entre los primeros al señor de Chabanon, de la Académie Française et de Belles-Lettres.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El señor Chabanon de Maugris, fue conocido por un ensayo de traducción en verso de un libro de las odas de Horacio y por la pastoral de Filemón y Baucis, una ópera que escribió a los veinte años y unas memorias admitidas entre las de los sabios extranjeros y publicadas por la Académie des Sciences; fue arrebatado muy pronto a las letras.

Entre los segundos, debemos citar al señor le Gentil de la Barbinais, habitante de este distrito y nacido en Saint-Malo. Se embarcó el 30 de agosto de 1714 en el barco *le Vengeur*, del mismo puerto.

Llegado a Perú, se embarcó en otro navío que iba a China. Después de una estancia de cerca de un año, desembarcó en el puerto de Génova en 1718. El señor le Gentil fue el primer francés que dio la vuelta al mundo, o por lo menos el que escribió sobre sus viajes, proporcionando datos exactos de China.

Sus obras, impresas en París en 1727, en tres volúmenes in-12°, son citadas elogiosamente por Buffon y Voltaire y han sido recomendadas por Fontenelle, que dice en su aprobación por la censura en 1724: «Creo que esta obra será instructiva para llegar al fondo de las cosas y agradable por la manera en que está escrita».

A la vuelta de su viaje, el señor le Gentil se convirtió en una persona muy cercana al cardenal de Rohan y le acompañó a Roma en calidad de secretario de embajada. Ha publicado también una historia del cónclave.

El señor le Gentil, convertido en comisario ordenadante del Cap, se casó allí con la señorita Fournier. Este ilustre literato murió en Nantes hacia 1740.

Debemos al señor Dureau de la Malle, otro habitante de este distrito, una estimable traducción de los *Favores de Séneca*.

El señor Mosnerau, también habitante de Limonade, hizo una descripción del índigo y su cultivo en un volumen in-12°.

Limonade tuvo por párroco al padre Le Pers, jesuita, autor de las memorias sobre las que el padre Charlevoix, su hermano en religión, escribió la *Histoire de Sainte-Domingue*.

El padre Arechange, muerto en Limonade, publicó una gran obra sobre Astronomía.

Entre el número de otros hombres que han honrado este espacio, debemos contar a:

1° El señor Garnier, autor de la familia Tabary-Garnier, de la que he hablado varias veces. Marchó al sitio de Cartagena a la cabeza de una compañía de Limonade de la que era lugarteniente el señor Louvet y tenía al señor Maurice como abanderado.

Sus grandes cualidades y su especial valentía hicieron que fuera elegido decano del Consejo General del Cap cuando se creó esta Corte, cuando la Colonia necesitaba todavía tener guerreros hasta entre los magistrados y los rasgos de valor eran una garantía para todas las recompensas.

2° El señor Fournier, que también marchó al sitio de Cartagena y que en 1781 fue elegido consejero del Consejo del Cap. Este habitante, el mismo que he citado en las páginas 189 y 212, es quizá de todos los colonos de Santo Domingo, el que tuvo una fortuna más notable ya que dejó una plantación de caña a cada uno de sus tres hijos y a cada una de sus tres hijas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

3° El señor Fournier de la Chapelle, hijo del anterior, criollo, que murió siendo un antiguo procurador general del Consejo del Cap, había hecho prosperar con éxito la morera blanca, venida de Europa, en su propiedad de Limonade, en la que una avenida de palmeras de 1,000 toesas de largo ofrece un espectáculo majestuoso. Sembró también muchas lilas de las Indias o azedecock con la que se fabrican unos armazones y unos barriles pasables. El señor de la Chapelle había además colaborado en mejorar distintas frutas del país con mucho éxito que nadie intentó imitar o seguir.

El señor de la Chapelle fue el primero que puso en práctica en Santo Domingo la vacunación. En 1767 vacunó con éxito a los negros.

4° El apreciado general llamado también señor Fournier de Varenne, nieto del señor Fournier, autor de muchas memorias útiles para la Cámara de Agricultura, de la que había sido miembro.

Ciudadano valioso para un país que se había convertido en su patria a la edad de diecinueve años, había concebido la idea de una Enciclopedia colonial, pero los deberes familiares le impidieron seguir con este proyecto.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El ejército español acantonado en Limonade en 1782 probó suficiente y repetidamente con él, cómo puede ser válido un comandante de distrito ilustre y querido.

El amor filial lo llevó a Saint-Malo, su ciudad natal, después de veinte años; pero Santo Domingo no olvidará nunca sus virtudes privadas y públicas y el servicio que prestó enriqueciéndolo con el bambú, junto con el señor Duvernet, habitante de Limbé, cuyo elogio son sus mil usos.

El bambú llevado a Santo Domingo se había cogido en la plantación Rochechouart de la Martinica, donde era conocido desde hacía algunos años.

En 1759 lo embarcaron en el navío del Rey, *le Hector* y fue plantado en la plantación Portelance, cerca del embarcadero de Petite-Anse.

El primer esqueje se envió al señor de Varenne, que lo plantó en la propiedad Fournier de Bellevue en Limonade. Los primeros bambúes que produjo sirvieron para hacer el armazón de un recipiente para jugo de caña, que duró diecisiete años.

Se empleaban antes de que maduraran del todo. ¡Cuánto hay que lamentar que el insecto que destruyó el bambú en Santo Domingo, sea cada día más común!

El señor de Varenne estuvo tentado de naturalizar el álamo italiano que le había enviado el señor le Fer de Beauvais desde Saint-Malo. Este árbol tenía fuertes ramas y las hojas eran más largas y de un verde más oscuro que en Europa.

Pero una vez que los troncos alcanzaban los 10 o 12 pies, perecían. Se plantaron si éxito en el bajo Limonade, en Roucou, en la propiedad Duplaa y en el bajo Quartier-Morin.

El sauce también se dio con bastante éxito en Limonade, pero las ramas se partían. Es verdad que no estaban cerca del agua, vecindad que los volvería más ligeros; hay que consolarse en cuanto al resto, cuando se sabe que el mimbre no vale ni las fibras de las que la naturaleza es tan pródiga en Santo Domingo.

El señor Fournier de la Varenne tuvo también el privilegio de practicar la vacunación en su plantación de Roucou, en noventa y ocho personas de todas las edades.

Hizo hasta un pequeño catecismo de vacunación que el contagio de la viruela hizo muy útil en el mismo año en que, aunque todavía manuscrito, se convirtió en la guía de muchos habitantes.

VII

Parroquia de Sainte-Rose llamada inapropiadamente

Parroquia del río Grande

Nada es tan común en Santo Domingo como encontrarse con ríos denominados *río Grande*, que ya era un vicio y que no expresa sino un concepto de comparación, porque no se sabe cuál es el término positivo, pero que lo es doblemente por su multiplicidad.

A cuántas más razones de peso debemos culpar de la costumbre que ha hecho adoptar el nombre de río Grande a una parroquia, sobre todo al desdeñar el nombre de Sainte-Rose que había recibido en sus orígenes.

Creo pues actuar conforme a la razón al alzarme contra un abuso real de estas palabras y restablecer la denominación primitiva de esta parroquia y nunca la llamaré de otra manera que no sea parroquia de Sainte-Rose.

Esta parroquia está, por así decirlo, formada por una garganta de montañas que tiene aproximadamente seis leguas de profundidad por más o menos tres leguas en su parte más ancha. Hay que contar pues a Sainte-Rose entre las parroquias de llanura.

Esta parroquia tiene al norte, primero un pequeño punto de la parroquia de Quartier-Morin; es aquel que está al norte del pueblo de Tannerie. Después la parroquia de Limonade, siguiendo el río Grande y yendo a las cimas de Bois de Lance, de Bois-Blancs, de Côtelettes y al pico Giraumons, hasta el no. 43 de las fronteras españolas.

Allí Sainte-Rose tiene por límite, al este, el territorio español. Siguiendo todavía el curso del río Grande hasta el cuerpo de guardia español de Bahon, en la desembocadura del arroyo de ese nombre, donde está la pirámide no. 44.

Las montañas de Bahon hasta el cuerpo de guardia de Vallée o de Bail (que como el de Bahon tiene un sargento y cuatro hombres), el que comprende las pirámides no. 45, 46, 47, 48, 49 y 50 de las fronteras.

La parroquia de Sainte-Rose se termina al sur con la sierra de la Montagne-Noire, que también la separa de la Colonia española y por la prolongación de la línea de fronteras hasta la pirámide no. 97, que está en las fuentes del torrente Mathurin.

Por último, la parroquia limita al oeste, primero con la parroquia de Dondon de la que está separada por la prolongación de la primera cordillera que sale del Cibao, cuya ramificación lateral, que viene a formar la cima del Grand Gilles, separa la parroquia de Sainte-Rose de la de Petite-Anse, hasta el punto en que esta cresta

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que casi finaliza se acerca al pueblo de Tannerie; tiene a Sainte-Rose a un lado y al otro una pequeña parte de la parroquia de Quartier-Morin.

En el centro del fondo de la garganta Sainte-Rose, corre el río Grande, ya conocido por el lector a través de la descripción de la parroquia de Vallière y la de Limonade y que los nativos llaman Guaracanai. Atraviesa Sainte-Rose, que está muy expuesta a sus riadas en toda su superficie llana.

En esta zona, a alrededor de 2,000 toesas del pueblo de Tannerie, está la iglesia de Sainte-Rose. Es de madera y está mal construida. El presbiterio es cómodo y de mampostería.

Algunas cabañas reunidas en torno a esta iglesia forman una especie de pueblo, habitado por cuarenta personas. Es el lugar del mercado y de reunión para que las milicias de la parroquia pasaren las revistas.

Sainte-Rose formó parte de la parroquia de Quartier-Morin hasta 1712, en que ella misma lo fue y hasta diciembre de 1749, sus milicias formaban una sola compañía.

Este lugar era famoso originalmente por el índigo y sobre todo por el tabaco que producía; el éxito del cultivo de esas dos plantas había aumentado mucho el número de habitantes cuando, el 18 de octubre de 1722, una enorme riada casi acabó con ella.

Las aguas llegaron a una altura tan increíble que toda la hondonada desde uno de los costados de la garganta hasta el otro, se convirtió en el cauce del río.

Casas, hombres, animales, utensilios, muebles, todo se lo llevó. Este desastre duró veinticuatro horas y hubo cerca de doscientos ahogados. Al llegar a la llanura, el río continuó con sus destrozos; Limonade, Quartier-Morin y la parroquia de Petite-Anse tuvieron su parte en la desgracia.

Los habitantes de Sainte-Rose que escaparon del agua se quedaron sin ropa, sin sustento y sin abrigo. Los sustanciosos donativos y colectas que se multiplicaron, dieron buena muestra del interés de los habitantes de la dependencia del Cap por esos infortunados, pero no fueron superiores a las pérdidas.

Muchos colonos se vieron obligados a abandonar sus tierras, donde el río había dejado cantos rodados en lugar de un suelo cultivable; otros porque habían perdido, con sus negros, todos los medios para el cultivo.

Este súbito cambio de la fortuna de una masa de ciudadanos, ofrecía un contraste mucho más rudo al ser los colonos de Sainte-Rose famosos por su amor a una vida llena de placeres.

Las conciencias, todavía conmocionadas por la reciente tragedia, se acordaron del padre Méric, jesuita, cura de esta parroquia; el mismo que, con santa indignación por la conducta de sus parroquianos, había exclamado al hacer el panegírico de la patrona, «¡Santa Rosa de Lima, aunque era criolla, murió virgen!».

También había echado pestes contra los placeres del mundo ocho días antes de la riada y había terminado diciendo que en poco tiempo el Señor haría saber que no se le podía ofender impunemente.

En el territorio de Sainte-Rose muchos torrentes desaguan en el río Grande. Los principales son los de Picaut, que desciende de Fond-Bleu; el de Marion, que viene

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

del Español; el de Gambade, que sale de Montagne-Noire y los de Joli-Trou y Fond-Chevalier que nacen, uno en Montagne-Noire y otro en Bois-Rouges.

Otro torrente aporta un caudal considerable; se llama Caracol, desciende del cantón de Écrevisses que pertenece a la parroquia de Trou y hace un salto muy curioso.

Cuatro cascadas de aproximadamente 25 pies de ancho y cuya altura varía entre ocho y 15 pies, caen sucesivamente en las cuencas de 20 pies de ancho, muy profundas y ricas en peces; la última está terminada por una amplia plataforma de piedras.

Otras cuatro cascadas sobrepasan las anteriores, pero cayendo verticalmente y rodeadas de peñascos inaccesibles, no pueden ser evaluadas sino a ojo, que cree que son menos anchas que las otras y que impresionan vivamente los sentidos cuando se llega a este lugar majestuoso rodeado de espesos árboles.

No puede pues sorprendernos que las inundaciones sean frecuentes en Sainte-Rose; se habla sobre todo de las de 1722, 1754 y 1772; esta última se llevó casas situadas a 200 toesas de sus márgenes. Por último, la del 18 de octubre de 1780, que se cree que superó a todas las precedentes.

La parroquia de Sainte-Rose tiene tres plantaciones de caña, de las que solamente una dispone de ingenio para producir azúcar en bruto, 329 cafetales, 2 hatos, un almacén, 3 factorías de añil, una algodonera, un cacaotal y 67 lugares de víveres.

El terreno no goza en general de buena reputación; en algunas zonas es una tierra muy ligera; en otras, la superficie casi roza con una especie de toba arcillosa, sobre todo cuando nos acercamos a la cima de las montañas.

Sin embargo hay que exceptuar las alturas de la Montagne-Noire y de Joli-Trou, donde se encuentran zonas muy fértiles.

El cultivo de los víveres en esta parroquia da productos tan abundantes que muchas plantaciones de caña de la planicie disponen de lo que se llama *terrenitos*, de donde sacan todo lo que necesitan; en épocas de sequía, el mismo Fort-Dauphin encuentra allí cómo hacer subsistir sus talleres, con la ayuda de bananas y casabe.

Como todos los demás lugares de la Colonia, Sainte-Rose está subdividida en cantones y cada uno tiene su denominación particular. Siguiendo el curso del río Grande, según se entra en esta parroquia por el pueblo de Tannerie, los encontramos en el orden en que los voy a nombrar

Orilla derecha	**Orilla izquierda**
Cañón de Deux	Tannerie
Gros nez	Petite Guinée
Parte del torrente de Fourmy o de Goyard	Grand Gilles
Épinaux	Crêtes de Dondon
Caracol	Camp (de Biros)
Fourq de Caracol	Grand Cormier
Perroquets	Petit Cormier
Ravine des Roches	Bourg

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Giraumons
Bois de Pins
Genypayers
Petites Mares
Crêtes à Marcan
Crêtes Plates
Picaut

Grande Guinée
Vieux Canton des Allemands
Fond Chevalier
Bois Rouge
Piton de Roche
Joli-Trou
Belle Crête
Ravine à Gambade
Crête à Gauthier
Montagne-Noire
Bellevue
Ravine au Trianon ou à Parisien
Ravine des Bananiers
Ravine de la Banque
Bahon
Canton des Allemands
Bay

No hay casi ninguno de esos nombres en cuya etimología no encontremos la de un habitante, la naturaleza del suelo o las producciones o la forma del lugar.

Los caminos de Sainte-Rose son bastante adecuados para todos los vehículos y uno se puede encerrar en sillas hasta cuatro horas para atravesar la garganta, pero con el inconveniente de pasar siete veces el río Grande.

Sin embargo se puede ir de un lado a otro de la parroquia sin atravesar este río, pero por ese camino solo pueden transitar los que van a caballo y las bestias de carga.

La temperatura en Sainte-Rose es suave y en lo alto de la Montagne-Noire se ha visto el termómetro a 9 grados bajo cero durante la noche. En esta montaña se dan las legumbres más hermosas, las flores más soberbias y grandes alcachofas; más de un habitante de la ciudad del Cap y también de la planicie, ha recobrado la salud que había ido a buscar en este clima, cuyo frío parece penetrante en contraste con los calores del trópico.

Se calcula en 90 pulgadas el agua que anualmente proporcionan las lluvias a Sainte-Rose. Pero Santo Domingo se vuelve más seco cada día y después de algunos años, no se puede contar sino con dos tercios de esa cantidad.

Los vientos del norte y las tormentas traen lluvias, pero estas últimas caen con mucha liberalidad, porque los seis meses lluviosos que normalmente van de junio a noviembre, proporcionan en 7 días de lluvia el 5% del total del agua del año.

El clima es muy bueno para sus habitantes ya que se ven muchos sexagenarios. De todos los enclaves de la Colonia, es el que ha tenido más centenarios.

Entre ellos, hemos de citar al capitán Vincent Ollivier, negro libre que fue enterrado en esta parroquia el 14 de marzo de 1780, a la edad de *ciento veinte* años.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Vincent, que era esclavo, siguió a su amo el señor Ollivier en 1697, al sitio de Cartagena. Como volvía en un barco de transporte, fue hecho prisionero y enviado a Europa, donde los holandeses lo compraron de nuevo junto a otros dieciséis; los enviaron a todos a Francia.

Vincent, que llamaba la atención por su altura, fue presentado a Luis XIV. Subyugado por la vida militar, Vincent fue a la guerra contra los alemanes a las órdenes de Villars y a su regreso a Santo Domingo, el señor marqués de Château-Morand, entonces gobernador general, le nombró en 1716 capitán general de todas las tropas de color de la dependencia del Cap; se le conocía solamente por el nombre de capitán Vincent y se le daba desde el primer momento en que se le dirigía la palabra.

La conducta de Vincent y sus cualidades, que habían llegado a acallar los prejuicios, le hicieron merecedor de la espada del Rey, con la se mostraba siempre, así como con un penacho de plumas.

A Vincent se le admitía en todas partes; se le vio en la mesa del señor conde de Argout, gobernador general, sentado a su lado y menos orgulloso de esta muestra de insigne predilección, que aquel que se la estaba prodigando.

Daba a todos los hombres de su clase un magnífico ejemplo y su edad y una memoria excelente le hacían ser siempre interesante.

Lo vi el año anterior a su muerte, rememorando sus antiguas proezas con los hombres de color que se alistaban para la expedición de Savannah y demostrando en sus descendientes, que se habían ofrecido los primeros, que había transmitido su valor.

Vincent, el buen capitán Vincent, tenía una espléndida figura; el contraste de su negra piel con sus cabellos blancos provocaba un gran respeto. Fue amado por todos mientras vivía y estaba contento con su humilde fortuna; poseía un terreno en el cantón de Bois-Blancs.

Gozaba de una pensión de 600 libras, que los señores de Ennery y de Vaivre le habían concedido el 8 de julio de 1776 a cargo del tesoro público; la muerte de este venerable anciano suscitó general consternación.

El 26 de enero de 1780 murió en Sainte-Rose Nanette, negra libre, a la edad de *noventa* años.

El 14 de mayo, Hélène Deste, viuda en primeras nupcias de Richard Boutinot, en segundas de Mathurin Lamare y en terceras de Pierre le Grand, falleció en el cantón de Joli-Trou a la edad de *cien* años.

El 29 de diciembre, Catherine, negra libre de la nación Timbou, a los *noventa* años.

El 28 de marzo de 1781, Marie Jean, negra libre del cantón de Joli Trou, a la edad de *noventa* años.

El 5 de septiembre, Pierre Télémaque, liberado por el señor Legendre, a los *noventa* años.

El 18 de noviembre, Marie Magdalene, negra arada libre, a los *cien* años.

El 14 de febrero de 1782, Catherine Rousseau, negra libre, viuda de Julien Vital, a los *noventa y cinco* años.

Después, Sainte-Rose perdió además una blanca de *ciento tres* años y hace poco tiempo vivía aún otra blanca más que centenaria.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El 1 de septiembre de 1786, murió René Anglon, negro libre, a los *ciento diez* años.

Vemos también que en esta parroquia, los terrenos de la parte occidental son casi los únicos que tienen piedras calizas y que casi todos los orientales cuentan con piedras vitrificables. Se había dicho que hubo en la parroquia una mina de pizarra, pero no se ha comprobado.

La población es de 650 blancos, 950 libertos y 9,500 esclavos de los que 1,600 eran libres y 500 hombres armados.

Las tropas de esta parroquia, durante la guerra, se pusieron a disposición del servicio de cuerpos de guardia de Caracol, Limonade y del Grand-Carénage de Quartier-Morin.

En general, los habitantes de Sainte-Rose, sin ser todos ricos, están muy ocupados en procurarse todos los placeres de una vida que los moralistas estrictos podrían encontrar un poco epicúrea y la fiesta de la parroquia se celebra con diversiones cuya ocasión es ella misma.

Allí se ama la buena mesa y el juego. Es de sobra conocido que este gusto por la disipación no ha barrido la susceptibilidad que hace que los duelos sean muy comunes, en un lugar en el que todo el mundo debería saber que la concordia es el primer condimento del placer.

Este humor irritable y la preocupación de contener a un gran número de personas de color, hicieron que ser comandante de las tropas de esta parroquia fuera muy difícil, ya que era necesario un especial talante conciliador que no excluya la disposición a la firmeza.

La reputación de salubridad de la que gozaba esta parroquia, había sido determinante para acantonar, en 1719, a dos compañías de tropas destacadas de la marina; ese territorio ha tenido otros acuartelamientos, pero por otros motivos.

Todos los que han observado Santo Domingo desde un punto de vista militar, estuvieron de acuerdo en considerar a Sainte-Rose como el primer punto para una retirada al interior en la Parte del Norte y como enclave importante por la naturaleza de sus comunicaciones con Dondon, a través de gargantas que se abren en el territorio de Sainte-Rose.

El señor de Belzunce, llegado a Santo Domingo en circunstancias en que se debía considerar como muy amenazada esta Colonia y con la difícil misión de conservarla en poder de Francia, no dejó Sainte-Rose y Dondon sin pensar en su utilidad.

Sabiendo que con el ministro señor de Maurepas, el señor mariscal de Noailles había estado muy convencido de instalar una plaza fuerte en Dondon y creyendo que la seguridad de las tropas venidas con él exigía medidas con las que coincidía su sistema defensivo de la Colonia, hizo emplazar campamentos en Sainte-Rose y Dondon.

Fueron ubicados unos barracones, sobre todo en la parte baja de la garganta de Grand-Gilles, a una media legua del pueblo de Tannerie, cerca de la plantación Fontenelle; este acantonamiento, que tenía delante un antiguo cauce del río Grande, se llamaba el *campamento Biros.*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Desde este acuartelamiento, la comunicación con Dondon se divide en dos direcciones.

La de la derecha pasa por la garganta del Grand-Gilles que tiene una legua de largo por 500 toesas en su parte más ancha, pero que se retrae en muchos puntos, especialmente en uno en que las dos vertientes de las montañas no dejan entre ellas más que el espacio justo del camino. No hay más que dos leguas desde el campamento Biros al pueblo de Dondon.

La de la izquierda se hace por la garganta de la misma Sainte-Rose. Se atraviesa un viejo lecho del río Grande en cuatro puntos. Primero, dos veces en el terreno de Fontenelle, después a 150 toesas de la iglesia y más lejos todavía. El camino continúa luego cerca de la plantación Grand-Jean y va a juntarse con el cañón de Joli-Trou, que está a una media legua por encima de la iglesia.

Esta garganta tiene una legua de largo por un cuarto de legua de ancho, en su parte más ancha, contada desde el pie de una montaña a la otra.

A cerca de un tercio de su extensión, se divide en dos ramadas. El primero atraviesa muchas veces el torrente de Joli-Trou y el segundo es el que llaman el *Fond Chevalier*. Estos dos brazos se reúnen en su profundidad más honda, donde está la confluencia de los caminos de dos pequeñas gargantas.

Pero desde ahí la ruta se bifurca todavía en dos. Una sube al Belle-Crête y lo atraviesa para llegar al bosque de la Porte hasta la frontera española, que está aproximadamente a cuatro leguas de la iglesia de Sainte-Rose.

La otra, después de haber pasado el Bois-Rouges llega a Dondon, próximo a la iglesia de ese lugar que, ya sea por la comunicación de la derecha, ya sea por la de la izquierda, se encuentra a cerca de tres leguas de la de Sainte-Rose.

Entre la iglesia de Sainte-Rose y la plantación Grand-Jean, hay todavía una comunicación con Dondon. En un vado del torrente de Cormiers, el camino se divide en dos; la bifurcación de la izquierda va a encontrar el camino de Dondon a la plantación la Bretonnière, situada a una legua escasa del pueblo y la de la derecha sale al mismo camino en la plantación Dupuy, en la cima del cañón de Grand-Gilles, a aproximadamente 1,000 toesas por debajo de la plantación la Bretonnière.

En esa misma época de mayo de 1762, la ruta de la garganta de Grand-Gilles se hizo practicable para los vehículos de transporte de avituallamientos, municiones, etc. desde Tannerie hasta la cresta de esa garganta.

Bien se sabía entonces que, en las montañas en las que hacía falta cavar y remover las tierras para llenar los puntos bajos, difícilmente se podría hacer un camino sólido y duradero.

Más bien se inclinaban a preferir uno que pasaba por Bonet que, aunque un poco más largo, era realmente más útil a la llanura del Cap y a la misma zona montañosa.

Pero para esta camino hacían falta 90,000 días de obras, mientras que el otro no necesitaba más que 27,000 y esta última consideración lo descartó.

La paz de 1763 y la falta de mantenimiento, redujeron el camino de Grand-Gilles a su estado anterior y del campamento Biros, construido para recibir tres

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

batallones, con almacenes, hospitales y otros equipamientos, no quedó más que el recuerdo de lo que esos enormes trabajos habían costado a los habitantes.

Sin embargo esas construcciones sirvieron, en noviembre y diciembre de 1764, para recibir a cerca de ochocientos alemanes y acadios.[36]

El tesoro público compró tierras para procurarles medios de subsistencia. Cada familia tenía, en enero de 1765, su cabaña y cuatro cuadrados de tierra con un huerto. El 21 de diciembre siguiente, partieron para el Môle los ciento setenta y un individuos que quedaban; el resto estaban muertos.

Esos desgraciados alemanes formaban parte de los miles de inmolados en la mal combinada empresa de Cayenne. Sentimos ya la necesidad, veinticuatro años después, de que alguien explique cómo los cantones de Sainte-Rose recibieron sus nombres del transplante de colonos demasiado exóticos para el clima de Santo Domingo.

En la guerra de 1778, esta parroquia había recuperado un poco del movimiento que se le supone a una posición militar.

Se hizo construir una batería y una ampliación en el camino más estrecho al sur del pueblo de Tannerie y más lejos, almacenes, hornos y un polvorín para recibir municiones de todo tipo, acumuladas hasta entonces en los edificios del ingenio Fontenelle.

La posición geográfica de la parroquia de Sainte-Rose, las dificultades que el río Grande provoca a veces en la comunicación de unas zonas con otras, por ejemplo, la del cantón de Bahon con la iglesia, de la que le separan cuatro leguas, motivaron que se hiciera en Bahon un cementerio para realizar las inhumaciones cuando no se podía ir a la parroquia.

Esto es obligado en un país donde los cuerpos se pudren muy rápidamente y hubiera debido ir acompañado de la precaución de levantar acta de esos enterramientos en los registros parroquiales, pero se pasó por alto.

Solamente al enterarse el Consejo del Cap, por circunstancias particulares, emitió un edicto el 20 de octubre de 1785, ordenando la búsqueda de todas las sepulturas anteriores y nombrando a un ilustre habitante para ejercer, en el futuro, una especie de vicariato cuya principal tarea sería constatar, de manera fehaciente, quiénes eran las personas que se entierran en Bahon, a fin de conservar pruebas útiles del estado civil de los ciudadanos.

La parroquia de Sainte-Rose fue la primera de la Parte del Norte donde se vieron abejas naturalizadas, traídas de la Parte española y que a su vez venían de La Habana.

El señor Brulé, habitante de Joli-Trou, al ocuparse de la cría de este laborioso insecto, encontró una utilidad real, porque antes de 1783 vendía la pinta de miel a una gorda. Este precio había bajado a la mitad en 1788.

El pueblo de Sainte-Rose está a:

6 leguas del Cap	3 leguas de la iglesia de Limonade
3 ½ de la iglesia de Petite-Anse	3 " de Dondon
4 " de Quartier-Morin	

[36] N. de la T.: acadios, franceses colonizadores de Canadá que en 1755 fueron expulsados por los ingleses e iniciaron su diáspora al no querer someterse a Inglaterra.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Una línea trazada norte sur desde la iglesia de Sainte-Rose, acabaría en el mar, al este de la desembocadura del río Pequeño de Quartier-Morin y a cerca de cinco leguas de esta iglesia.

Sainte-Rose pertenece al distrito de Limonade y a la comandancia y senescalía del Cap.

En 1717 había un camino desde el Cap a Léogane, que pasaba por la garganta de Sainte-Rose, Joli-Trou y el territorio español que se recorría hasta Mirebalais.

Encontramos en el primer volumen de las Mémoires de la Societé des Sciences et Arts del Cap, un análisis que indica que la parroquia de Sainte-Rose tiene, en el cantón de Montagne-Noire, en la plantación Cameron, un agua mineral ferruginosa.

En esta misma parroquia, en la plantación Gouvion, una mula tuvo un feto que fue enviado a la Societé des Sciences et Arts del Cap, así como el relato verbal que prueba este hecho.

La parroquia de Sainte-Rose tiene, para su buen funcionamiento, un sustituto del procurador del Rey de la senescalía del Cap, además de un oficial de justicia y cuatro arqueros de la gendarmería.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

VIII

Parroquia de Saint-Louis de Morin

de Quartier-Morin o del Trou de Charles Morin

Esta parroquia es también una de las que dan lugar a criticar la nomenclatura colonial, esta vez no por haber multiplicado cierta denominaciones, sino por haber dado muchas a un mismo lugar, lo que es igualmente reprobable.

En efecto, es muy fácil que el que oiga hablar de Quartier-Morin o lea esta palabra en un acta, no sospeche que es lo mismo que Saint-Louis y el Trou de Charles-Morin y que crea también que expresa lo que normalmente se entiende en Santo Domingo por *distrito* y no una sola parroquia.

La parroquia de Quartier-Morin, para utilizar el primer nombre francés que tuvo y que ha prevalecido de tal manera que no nos está permitido esperar que lo quieran abandonar, formaba parte originariamente de la de Petite-Anse y se separó pocos años después, aunque no se convirtió en la parroquia de Saint-Louis hasta el 2 de febrero de 1700, el nombre de su actual patrono.

También en esa última época, abarcaba todo lo que había entre ella y la frontera española al este, hasta el cañón donde está la parroquia de Sainte-Rose.

Todo el mundo sabe que la formación de una parroquia es siempre posterior a la de los asentamientos que la fundan; entre ellos se encontraba uno o mayor o más antiguo que los otros, que llamado como su propietario, servía para designar a un cantón dependiente entonces de la parroquia de Petite-Anse.

Se decía pues el Morin, el distrito de Morin, el Trou de Charles Morin, porque los colonos estaban en un enclave donde el río Grande, que vagaba todavía por la llanura, había dejado charcos de agua.

La iglesia situada en su vecindad era la de Saint-Louis, pero este nombre nuevo tenía que luchar con la costumbre del antiguo y se continuó diciendo el Morin al hablar, aunque en las actas se escribía Saint-Louis y hoy, después de mucho tiempo, casi solamente se dice y se escribe Quartier-Morin.[37]

A este enclave le va perfectamente el nombre de parroquia de llanura, ya que se puede decir que todo su territorio es plano. Tiene como límites, el mar al norte; al este la parroquia de Limonade de la que la separa el río Grande, desde su desembocadura hasta alrededor de 400 toesas por debajo del pueblo de Tannerie; al sur, una franja sumamente estrecha de la parroquia de Sainte-Rose siguiendo la cima del Grand-Gilles y al oeste, la parroquia de Petite-Anse.

A saber: desde un punto del pico de la montaña de Grand-Gilles, que corresponde poco más o menos al extremo de Morne Pelé, hasta el punto en que el camino del embarcadero de Petite-Anse comienza en la plantación Millot; después ese mismo camino, hasta el punto donde este se encuentra entre dos cerros que están al sudoeste del Morne Pelé; desde ahí la linde va hacia el nordeste pasando por la cima del Morne Pelé, por medio del cual, con dirección noroeste, llega al torrente de Sables, que luego sirve de límite hasta que se convierte en el río Any y se vierte en el río de Haut du Cap.

En este punto, es el curso de este último hasta su desembocadura en el mar, el que separa la parroquia de Quartier-Morin de la del Cap.

El tamaño de esta parroquia es de cerca de cuatro leguas de largo norte sur y legua y media de anchura media, lo que equivale a una superficie de aproximadamente seis leguas cuadradas.

Si para juzgar la importancia de las parroquias de Santo Domingo, se las compara entre ellas en razón de su extensión, se cometerá un enorme error en relación a la de Quartier-Morin, porque es de las que tienen un suelo mejor y los productos son, en proporción mayores y las cosechas más abundantes.[38]

Sería realmente una tierra de promisión si no tuviera desigualdades en ese suelo tan fecundo y si unos pedazos pequeños no parecieran distribuidos por la naturaleza para que se viera mejor su prodigalidad en los otros.

La parroquia de Quartier-Morin no conoce otro cultivo que no sea el azúcar, que ocupa a 32 plantaciones de caña, produciendo sus ingenios al año nueve millones al peso de este producto tan apreciado y agradable.

El azúcar de Quartier-Morin tiene fama de ser el mejor que se fabrica en la Parte del Norte y se lleva el primer puesto en una competición en la que hay que comparar la calidad de lo que producen otras parroquias.

Los terrenos de las plantaciones Charrite, Portelance y Saint-Michel, son los más conocidos para el mejor azúcar, pero la tierra superior y con una producción igual de buena, es la de la plantación Chastenoye, que además se podría regar

[37] A decir verdad, debo observar que una población de la provincia del Corregimiento de Trujillo en Perú, al oeste del cerro o montículo de Pelagatos, se llama Morin.

[38] La plantación Lefebvre que tiene 135 cuadrados de caña, produce 800 millares de azúcar sin estar en pleno rendimiento; la de Charrite, 550 millares con 97 cuadrados del mismo cultivo, que es la casi totalidad de la propiedad porque no tiene más que 102 cuadrados. La plantación de caña Saint-Michel, cuyo ingenio da 400 millares de azúcar con 256 negros trabajando en 90 jornadas no sucesivas; la plantación Macnamara produce, hecha la deducción de la parte atribuida al mobiliario, sobre el nueve o diez por ciento al año, para el fondo común.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

completamente, con el agua en el río Grande, por debajo de la toma de agua de la plantación Fournier de Bellevue.

Hacia poco más o menos los tres quintos de la longitud de la parroquia de Quartier-Morin, contados desde el río, se encuentra el extremo de una pequeña sierra dividida en cerros y que es la prolongación de la sierra de Bonnet, dependiente de la parroquia de Petite-Anse.

Su dirección es poco más o menos de sudoeste a nordeste y el montículo que la termina está a cerca de 800 toesas de largo por 400 de ancho; es lo que llaman el *Morne Pelé*, denominación que lo describe muy verazmente e indica con claridad que la aridez es su patrimonio.

Este cerro, donde hay una mina de hierro muy rica, pero poco magnética, avanza de manera que deja en la mitad la anchura de la planicie en esta zona, pero se extiende todavía por encima de ella, aunque mucho menos que en la parte norte de la parroquia.

Encima del Morne Pelé, es decir entre él y las montañas, espacio donde hay ocho plantaciones de caña, la tierra de Quartier-Morin es menos fértil, exceptuando la zona que bordea el río Grande, cuyos depósitos son tanto más feraces cuanto más se acercan a su cauce y más se alejan de los picos, ya que con una menor velocidad, el agua transporta menos cantos redondos y se desprende del limo.

Pero también, todo lo que dije en el capítulo de Limonade sobre los cambios de cauce y las irrupciones del río Grande, de la naturaleza del suelo que ha formado en la llanura, es común a esta parroquia.

Hemos visto incluso que antaño este río se derramaba totalmente en el río Salée, que ahora es el río Pequeño de Quartier-Morin; su extrema cercanía del otro y un curso que tiene apenas 3,000 toesas, no permite considerarlo de otra manera que como una infiltración del río Grande, sobre todo cuando se ven, como yo he hecho, antiguos planos donde esta dependencia está marcada ostensiblemente.

Las crecidas del río Grande causaron pérdidas considerables en Quartier-Morin y en la de octubre de 1780, los destrozos sufridos por las plantaciones Cadush y Rocheblave fueron muy significativos para dar una idea de su impetuosidad.

Cansados de tanta pérdida, asustados por el porvenir y estimulados por el ejemplo. tardío pero acertado, de los costaneros de las dos orillas, que habían efectuado el enderezamiento parcial del río Grande del que hablé en el capítulo de Limonade, los ribereños de Quartier-Morin desde Tannerie hasta la plantación Gradis inclusive, se ocuparon también de reorientarlo en esta zona

Hasta se habían reunido en asamblea el 30 de junio de 1787 y los Administradores habían ordenado que se hicieran primero unos planos del lugar, pero era también un proyecto de Santo Domingo.

No había una sola de las diez plantaciones de la parroquia de Quartier-Morin, ribereñas del río Grande, que no pudieran tener un molino de agua y quizá con una distribución inteligente, este podría haber proporcionado uno a cada una de las treinta y dos plantaciones de caña de la parroquia, por la facilidad que supone usar la misma agua sucesivamente para todos los molinos.

Pero los habitantes de Quartier-Morin dejaron escapar esta ventaja; las largas sequías y el progresivo encarecimiento de las mulas, les hacían sentir la pérdida día a día y cada vez más.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Otros habitantes que la merecían más que ellos, porque eran más trabajadores, la emplearon en provecho de sus plantaciones desde 1714 y solo cuatro de las de Quartier-Morin, de las que dos no eran ribereñas, supieron asociarse para este desvío de agua.

Las dos primeras son las de l'Héritier y Duplaa y las otras las de Lacombe y Stapleton, hoy Fourmier de Bellevue y Macnamara.

Sin embargo, se calculó entonces que era justo dejar en el cauce del río Grande el agua necesaria para los ribereños situados más abajo de la toma de agua de los felices usurpadores; pero sea porque el cálculo hecho entonces del volumen de agua del río estuviera equivocado, sea porque el volumen hubiese decrecido aparatosamente por efecto del tiempo que trajo realmente frecuentes sequías, sea porque la cantidad que se había autorizado a desviar había sido demasiada, sea, finalmente, porque estos tres motivos se hayan dado todos juntos, sucedió, por ejemplo, en marzo de 1786, que el cauce del río estuvo completamente seco.

Podemos de este modo considerar a los ribereños de Quartier-Morin como despojados por el hecho de una ventaja, cuyo derecho había sido solemnemente reconocido por aquellos mismos que se lo quitaron y a los que reclaman, desde 1777, el recuperarlo.

Para rematar, en la descripción de la parroquia de Petite-Anse entro en los más mínimos detalles de este asunto, porque los usuarios del agua desviada del río Grande, son conocidos por el nombre de interesados en el canal de Petite-Anse.

Los ribereños de Quartier-Morin hicieron taludes para protegerse de las crecidas; ellos que, por así decirlo, no corren más peligro que el que les da su posición. Hay uno en la plantación Duplaa, la última de la orilla izquierda cuyas dimensiones son, en ciertos puntos, de 60 pies de base por 15 pies de altura, por encima de las márgenes del río y de 20 pies de plataforma. Me he paseado por allí muchas veces en coche.

La iglesia de Quartier-Morin está situada a cerca de 2,500 toesas al sur de la orilla y a 1,000 toesas al oeste del río Grande, de manera que está casi en uno de los extremos de la parroquia.

Esta situación sorprenderá menos si reflexionamos que en el origen del asentamiento francés, la vecindad del mar era lo único que se frecuentaba.

Esta iglesia fue puesta bajo la advocación de San Francisco de Asís cuando se erigió, como lo demuestra la pieza siguiente, que al mismo tiempo muestra lo que era entonces Quartier-Morin:

> En 1688, el quinto día de mayo, por orden del señor de Cussy, gobernador en nombre del Rey en Pile de la Tortue y Côte Saint-Domingue, nos, hermano Jean Jacques, misionero capuchino y párroco de la iglesia de Quartier-Morin, Jean Dumolard y Jean Mandeville, mayordomos de la parroquia, obedeciendo dicha orden, nos hemos trasladado a la iglesia de San Francisco de Asís de Quartier-Morin, en la que estamos.
>
> Hemos examinado y visto la dicha iglesia, tanto por dentro como por fuera; hemos encontrado una iglesia sostenida por horcones, cubierta por cañas y rodeada de una empalizada, todo medio podrido; luego hemos visto un altar, sobre el que había un viejo y pequeño tabernáculo sin dorados, ocho pequeñas imágenes de papel, dos viejas estatuas que representan a dos ángeles y cuatro candelabros de madera medio rotos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

De allí, hemos pasado a la sacristía, que está en el mismo estado de ruina que la susodicha iglesia; allí había dos cofres, uno grande y otro mediano; en uno hay doce vasos de loza y en el otro dos casullas, una verde y otra negra que no valen gran cosa; dos albas, una fina y otra más basta; un cáliz de plata con el pie medio roto, dos corporales raídos, seis purificadores, tres manteles de altar, dos manteles para la comunión y tres servilletas; una campanita para la elevación de la hostia y dos misales viejos.

En el susodicho sagrario hay una pequeña custodia para conservar el Santísimo Sacramento. Fuera de la iglesia hay una campana de 700 libras o casi, que no suena porque está apoyada en la tierra y no tiene badajo.

De todas las susodichas cosas, hemos hecho inventario y relato verbal para presentarlos a su Majestad, a fin de que por su reconocida caridad, se sirva enviar ayuda.

Firmado: Jean Jacques Davilla, capuchino; Bernardin Brunelot, asociado del señor Dumolard, como ausente; Jean Mandeville; de Bauzeval, senescal; Camuzet, procurador real; Lestorel, escribano forense de la senescalía del Cap.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

A pesar de mis investigaciones no pude saber por qué esta parroquia fue puesta, en 1700, bajo la advocación de San Luis.

En esa época había sido edificada en madera, pero en 1717 se construyó de mampostería.

Es una de las más bonitas y mejor mantenidas de la Colonia. Tiene un altar a la romana y debe gran parte de sus ornamentos a la liberalidad del señor de Charrite, gobernador del Cap, que había aceptado voluntariamente el cargo de mayordomo de parroquia de esta iglesia en 1709 y 1710.

Había hecho construir a sus expensas una capilla lateral en el costado norte, bajo la advocación de San Juan Bautista, su patrono.

Los parroquianos, para agradecer tanta munificencia, concedieron esta capilla a perpetuidad al señor de Charrite en una deliberación del 23 de enero de 1718, aprobada por los Administradores de la Parte del Norte el 12 de agosto de 1746 y luego por los Administradores en jefe el 10 de mayo de 1751, en favor de la familia del señor de Charrite.

Todavía gozan de ella, sin otra obligación que la suscrita por su autor, de mantener esta capilla y hacerse cargo de los gastos del oficio divino que allí se celebra el día de la fiesta patronal de San Juan. Los registros parroquiales que se conservan se remontan hasta 1705.

El terreno de la iglesia es una antigua dependencia de la plantación Guillaudeu, antaño conocida bajo el nombre de Beauval, que era el de uno de los copropietarios.

En esta propiedad el señor Guillaudeu hizo construir una columna de 70 pies de altura que lleva una barra eléctrica. No se ha tenido en cuenta que ha influido en las nubes cargadas con la materia del rayo.

Fue después de colocar esta barra cuando los rayos empezaron a caer en el molino de la propiedad Carré, que está inmediatamente al oeste y matando a negros y mulas.

Ese conductor del señor Guillaudeu se rompió a una altura de cerca de 20 pies y lo dejaron en ese estado, sin pensar que puede ocasionar accidentes ya que esa torre está emplazada en medio de cabañas de negros construidas como cuarteles.

Fue en la propiedad Carré donde comenzó a manifestarse, en 1772, la terrible epizootia.

En dos días hubo más de 60 animales afectados y muertos. Luego continuó con sus estragos de modo más o menos funesto y en 1788 el muermo y el carbunclo hicieron perecer a muchos animales en Quartier-Morin.

Se cree que las primeras cañas de azúcar de la llanura del Cap fueron plantadas en un terreno que ahora es parte de la plantación Duplaa, que es un desgajamiento de las posesiones del señor de Charrite y en el que quedó hasta la casa de este antiguo gobernador.

Esas cañas plantadas en 1699 y desplazadas en 1700, se encuentran al este de los edificios del ingenio y hay que confesar que nunca un lugar fue tan propicio para recibir este valioso depósito, ya que en ese momento esa inestimable caña creció allí con un éxito que parece contribuir al orgullo de esta primitiva posesión.

En Quartier-Morin antes de la caña de azúcar, se había cultivado el índigo durante algún tiempo; pero hay que ver lo que era entonces, porque el 11 de octubre de 1688, el señor Garnier y su mujer cambiaron al señor Franquesnay 18 cuadrados de tierra con una factoría de añil, situada hacia la plantación Carré, por un negrito de ocho o diez años.

A finales del último siglo, un terreno de 600 pasos cuadrados de la hoy plantación Charrite, situado cerca de los edificios, fue comprado a los capuchinos por *cien piezas de a ocho,* cerca de 400 libras francesas y la bonita y muy fértil plantación Destreilles, no le costó luego al señor Stapleton más que 3,000 libras.

En 1737, todavía existía un bosque en la plantación Molère, al borde del río Grande.

Olvidaba decir que la iglesia de Quartier-Morin tuvo como párroco mucho tiempo al padre Olivier, jesuita, nacido en la provincia de Guyenne.

Nunca se han dado juntas tan buenas condiciones para el apostolado. Convertido en superior de la misión en 1716, deseaba en 1720 ir a supervisar la administración de la propiedad de su orden en Terrier-Rouge, porque su salud no le permitía ya cumplir con los deberes de su estado.

Murió allí el 28 de marzo de 1731, a la edad de 58 años y con 26 de apostolado, muy viejo ya para la austeridad que practicaba y dejó un recuerdo digno de sus virtudes.

La parroquia de Quartier-Morin es una de las que tienen más vías de comunicación. Todos esos caminos son hermosos y casi todos rectos.

Bordean las propiedades cuyo aspecto indica ricas manufacturas, pero que no son agradables para vivir, ya que no hay ningún árbol y la morada principal está como puesta al azar, en medio de una sabana en la que los animales buscan protegerse con la sombra de los edificios y cuyos excrementos vuelven desagradable.

Divisamos pues en la plantación Duplaa, con una sensación mezcla de delicia y sorpresa, una avenida de 400 toesas de largo, ornada con una doble fila de castaños

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

muy altos, en los que se hace notar el largo y constante efecto de la brisa del este, que da a los árboles una inclinación hacia poniente.

Nos llevamos otra sorpresa al ver que el edificio más impresionante no se encuentra de cara, sino en el costado izquierdo de esta avenida y que va en aumento, pero para hacerle sitio a una sensación muy apacible, cuando advertimos que esta construcción es el hospital de la propiedad.

La humanidad y los cuidados multiplicados acogen a los agricultores de este inmenso ingenio creado, por así decirlo, en seis años, por el celo y el talento multiplicado del señor Barré de Saint-Venant.

Ha embellecido también las lindes de su plantación, sembrando jóvenes plantas de acajú, que algún día serán muy útiles para las construcciones de la manufactura sin haber costado nada.

La costa que termina al norte la parroquia de Quartier-Morin, nos induce a hacer muchas observaciones.

Comienza en el borde oeste de la desembocadura del río Grande. A 430 toesas más al oeste, está la desembocadura del río Pequeño de Quartier-Morin.

Este, en el punto del camino grande del Cap a Limonade que atraviesa, tiene a veces mucha agua en época de lluvias, sin interrumpir nunca, si embargo, la comunicación.

A alguna distancia, a poniente de esta desembocadura del río Pequeño, se puede observar cuántos terraplenes ha levantado el mar en esta zona, porque cada día, unas especies de dunas arenosas, donde se ve también el limo del río Grande, se yerguen desde el fondo de las aguas y extienden el dominio terrestre uniéndose a la orilla con nuevas terrazas.

En 1779 yo y el señor Barré, nos atrevimos a ser los primeros en ir en un coche y a través de un estrecho paso de algunas toesas marinas, a una de esas dunas que tenía más de 20 toesas de norte a sur y que no tardó en ser añadida al suelo de la plantación.

Con una rapidez parecida, no harán falta siglos para que la cadena de arrecifes que está delante de esta playa forme parte de ella, porque entre los peñascos y la tierra hay ya altos fondos más o menos anchos y más o menos altos que las crecidas deben esparcir cada día.

Hay 610 toesas desde la desembocadura del río de Quartier-Morin o río Pequeño Morin, (que yo insisto cada vez más en considerar como una infiltración del río Grande, que nace muy cerca de aquel en la plantación Molère, en el mismo Quartier-Morin), hasta el embarcadero de la plantación Chastenoye.

Desde principios de siglo, hubo un cuerpo de guardia en este embarcadero, totalmente rodeado de terrenos pantanosos y anegados con la marea alta, donde se podían encontrar, sin embargo, algunas salidas con la marea baja.

Este puesto tenía en 1713, una pieza de cañón para dar la alarma, que repetían la plantación Chastenoye y luego los fusiles, de modo que advertían primero a las dos parroquias de Quartier-Morin y de Petite-Anse y después a las más alejadas.

Hoy día, ese puesto llamado el Grand-Carénage, tiene una batería muy capaz de hacer que la respeten y de impedir cualquier paso entre él y los arrecifes a las embarcaciones que osaran entrar por allí.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los habitantes de Quartier-Morin y los de las parroquias de Sainte-Rose y Dondon, prestan normalmente este servicio en tiempos de guerra.

Contamos media legua desde el embarcadero Chastenoye a la desembocadura del torrente Mapou, que antaño llamaban también *cascada de Quartier-Morin, torrente Mapou y río del pueblo del embarcadero de Petite-Anse.*

Este río no es todavía más que una infiltración del río Grande, desde donde se le ve casi partir a cerca de tres leguas de su desembocadura, en la plantación Gradis, donde se llama la cascada de Sept-Frères.

Lleva mucha agua cerca de Morne Pelé, gracias al torrente de Belle-Hôtesse, que tiene el mismo origen que él. Vemos en la descripción de la parroquia de Petite-Anse, que fue en realidad una cantidad de agua del río Grande, que debía verterse en el torrente Mapou para uso de los ribereños de esta especie de arroyo, que se atraviesa por un puente de mampostería en el camino del Cap a Limonade, cuando se ha girado al norte después de pasar la plantación Portelance.

A 190 toesas después de la desembocadura del río Mapou, hay un estero que no está más que a 200 toesas del pueblo del embarcadero de Petite-Anse.

Como la costumbre ha hecho llamar a este lugar *pueblo de Petite-Anse*, o simplemente Petite-Anse, muchas personas lo confunden con él y la parroquia de Petite-Anse; como la parroquia de Quartier-Morin es contigua a la de Petite-Anse y esta última no tiene ningún pueblo, sucede como mínimo que creemos que el del embarcadero depende de la parroquia del mismo nombre.

Para saber distinguir este nombre común, hay que recordar lo que ya dije, que la parroquia de Quartier-Morin había formado originalmente parte de la de Petite-Anse.

Además, en esta época, el embarcadero aún subsistía; era realmente el de la parroquia de Petite-Anse y como muchas de las plantaciones de la misma, cuya denominación tomó no dejaron de utilizarla, se quedó con el título de embarcadero de Petite-Anse, el único que figura en las actas públicas.

El pueblo del embarcadero de Petite-Anse, edificado a 1,516 toesas del embarque del Cap, es el almacén de los productos de las parroquias de Quartier-Morin, de Petite-Anse, de parte de la de la Llanura del Norte, de Sainte-Rose y de Dondon.

Situado al fondo de la bahía del Cap, está muy ventajosamente emplazado para recibir los productos y avituallamientos. Economiza los gastos de almacenamiento en el Cap, los del tráfico de efectos, personas y coches en el embarque de la ciudad y está a casi una legua de camino, independientemente del espacio que haya que recorrer en la misma ciudad.

Setenta emplazamientos componen el pueblo, donde encontramos muchos obreros cualificados para las factorías.

Solamente tiene una calle, que es la continuación del camino del Cap y que forma un giro en ángulo recto, yendo primero paralela al río y volviendo enseguida poco más o menos de norte a sur.

Este último tramo de calle tiene aproximadamente 90 pies de ancho, convertido en época de lluvias en un atolladero de la misma anchura, porque este punto es uno de los más frecuentados de la Colonia de Santo Domingo y no se le proporcionan los suficientes cuidados que requeriría su importancia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En este pueblo hay dos destilerías de tafia muy lucrativas, en vista de que sirve de punto de reunión a un considerable número de negros y que los domingos y las fiestas, su afluencia es tal, que interesa incluso a la policía. Encontramos también tres talleres de cerámica y ladrillos.

El pueblo siempre había estado bajo la particular guardia de los navíos fondeados en la bahía del Cap, que termina al sur, cuando después de haber fortificado la entrada de esta rada se temió, si era atacada, que Petite-Anse no ofrecería ningún punto de retirada.

En consecuencia, el señor Frazier, tanto para solventar este asunto como para proporcionar una sobreprotección al muelle, propuso en abril de 1720, construir un fuerte en una pequeña punta al oeste de la desembocadura del Mapou, de modo que el taller de carenado y el pueblo estuviesen defendidos.

Deseaba también un atracadero en el pueblo ya que las canoas y las chalupas no podían abordar la ribera, carente de agua.

Muchos motivos y la poca utilidad de un desembolso cuyo monto se elevaba a 296,100 libras, hicieron que se descartara este proyecto, al que el señor de Vaudreuil, gobernador, sustituyó en 1747 por una batería circular, casi enfrente de la calle y que bastaba para todo lo que se podía esperar o temer de este puesto.

El pueblo de Petite-Anse es todo menos saludable a causa de los pantanos, que lo rodean ya que, después de la desembocadura del río Grande hasta la orilla derecha del río Haut du Cap, exceptuando el espacio mismo del pueblo, tiene una anchura de 300 toesas por lo menos en manglares que beben de las aguas del mar, donde tiene lugar todo el juego de las mareas.

¡Quién reconocería en esta tierra la sede principal del reino de Marién, la morada de Guacanagarix, ese cacique bienhechor y hospitalario que animó a Colón a quedarse en sus estados!

La gran aldea en la que vivía, porque los primeros autores españoles no han llamado más que villorrio a la residencia de un soberano, estaba frente a un lugar donde ahora está situada la ciudad del Cap, al oeste de Port-Royal o Caracol y de Limonade, al extremo de una campiña que tomó luego, dicen los autores, el nombre de Vega Real.

Con tantos indicios es imposible no reconocer la sede del pueblo del embarcadero de Petite-Anse. En el extenso pantano que bordea la costa desde Limonade hasta el Cap, ese punto era el único donde pudieron construir una plantación semejante.

Así, la morada de un jefe que estaba al mando de doscientos mil hombres y que se hacía obedecer en toda la extensión que se encuentra desde Monte Cristi hasta el Môle, fue reemplazada por un pueblito que cuenta con apenas un siglo, donde viven algunos almacenistas y obreros que, en su mayoría dudan de que hayan existido nunca ni el reino de Marién ni el cacique Guacanagarix.

Además, todo indica que este lugar, sus alrededores y las diferentes zonas de Quartier-Morin, han estado habitados por los indios; por todas partes se encuentran sus osamentas, sus bastos pero ingeniosos utensilios, que son horribles, pero a veces muy artísticamente trabajados, aunque no se han detectado herramientas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En la plantación Duplaa especialmente, encontramos a cada paso, excavando los agujeros para las cañas, nuevos vestigios de la existencia de esa raza, ahora borrada de la lista de los humanos.

El pueblo de Petite-Anse no dispone de más agua que la que se va a buscar al río Mapou; hizo falta una ordenanza del 17 de septiembre de 1757 para conservar el derecho de tomarla allí.

Los emplazamientos son muy caros, debido a la ganancia de los almacenes del puerto que se construyó y que siempre fueron muy apetecibles, ya que a partir del 14 de mayo de 1718, un edicto ordenó la unificación de los enclaves del Cap y del pueblo de Petite-Anse, que sería establecido en seis meses; esta asimilación del pueblo a la ciudad principal indica la importancia que ya tenía.

En 1765, el Estado había comprado una casa donde se instaló la Legión, creada por el señor de Estaing el 15 de enero del mismo año.

También se fundaron hospitales en el pueblo de Petite-Anse durante la guerra de 1778 y después de la paz de 1783; los había para el tratamiento de africanos recién llegados.

Se decía que el aire de ese lugar no les era favorable y se calculó que, desde agosto de 1782 a enero de 1783, hubo 140 muertos por 333 negros enfermos.

Casi tan antiguo como su origen, el pueblo de Petite-Anse tuvo un barco de pasajeros con su nombre para comunicarse con el Cap.

Considerando que el camino que hoy hay entre ellos no se hizo sino hasta 1742, se considerará como muy útil esa embarcación para todos los que no querían ir al Haut du Cap para llegar a la ciudad.

Transporte por el que se pagaban 4 monedas y 6 denarios en 1713, fue arrendado en provecho del fisco el 21 de junio de 1738, a razón de 2,095 libras al año a la señora la Boissière y unido al de Limonade el 10 de junio de 1738 y luego incluído en la donación hecha al señor de la Porte.

Pero el privilegio exclusivo de ese transporte fue suprimido en 1765. Ese barco partía tres veces al día del Cap, con el alba, a las diez de la mañana y a las cuatro de la tarde.

Esta última travesía podía resultar peligrosa. Ya no existe este barco de Petite-Anse, pero se pueden alquilar pequeñas canoas del Cap para los que deseen hacer ese corto trayecto por mar.

Los productos van de Petite-Anse al Cap o a bordo de navíos, o de estos a Petite-Anse por medio de chalupas y botes.

En 1776, hubo un gran proyecto en el que Petite-Anse jugaba un gran papel. El señor conde de Estaing, sabiendo la importancia de un arsenal y almacenes para la marina y de rodearlos de una fortificación que los protegería, lo que contribuiría a la defensa del Cap, encargó al señor Duportal, director general de las fortificaciones este proyecto.

Se acordaron cinco proposiciones. La primera ponía el arsenal en el mismo Cap, poco más o menos donde está el hangar para la arboladura; pero se vio que ese local estaba poco expuesto al efecto de la brisa, necesaria para la conservación

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de la madera; que la proximidad del pico aumentaría la humedad y que ese punto estaba demasiado lejos del taller de carenado.

La segunda proposición indicaba un punto delante del río Mapou, pero las 800,000 libras que costaba hicieron que el proyecto fuera rechazado.

La tercera proposición proponía el intervalo entre la plantación de la Fossette y el río de Haut du Cap, lo que ocultaba el frente del polígono situado en el extremo oeste de la fachada de la fortificación del sur de la ciudad y se creyó que era perjudicial.

La cuarta era llevar el mismo taller de carenado al borde del muelle, ya que desde allí se habría podido acabar con los barcos más grandes y poner una máquina para rematarlos, pero fue rechazada por lo lejos que estaría el Cap, por el aire poco saludable y porque costaba 400,000 libras.

Se decidió pues aprobar la quinta, que consistía en construir en el camino del Cap al pueblo de Petite-Anse, el asentamiento planeado, a aproximadamente 600 toesas del transbordador.

Esta fue por lo menos la opción que prefería al señor de Estaing y la que defendió ante el ministro. La fortificación en ese punto debería poder alojar a 300 hombres y debería costar 300,000 libras y los almacenes, 190,000; pero el plan nunca se realizó.

Antes de dejar de hablar del pueblo de Petite-Anse, creo que debo de decir que fue el lugar en el que vivió con su familia el ilustre Verret, cuando vino desde la Luisiana a Santo Domingo para aportar sus conocimientos y enriquecerlo con la feliz aplicación de sus principios hidráulicos.

Pero como parece haber pertenecido más todavía a la llanura de Cayes, me reservaré para rendirle allí los últimos honores debidos a su talento.

Hay, como dije, cerca de 1,500 toesas desde el pueblo de Petite-Anse al lado este de la desembocadura del río de Haut du Cap, que en ese punto se atraviesa por un transbordador para entrar en la ciudad, que comienza en la otra orilla.

Este espacio es el del camino, obra de Larnage y Maillart, que se efectuó el 1 de octubre de 1744 para comunicar el Cap con la planicie a través del pueblo de Petite-Anse.

A decir verdad, era un terreno arenoso provisto de manglares en parte de su recorrido, donde se encuentra entre el mar, por un lado y los pantanos que este anega por el otro.

En las mareas altas y en la época de los vientos del norte, cuando el mar bate con fuerza esa playa, esta se ve golpeada en muchos puntos y a veces las olas rompen tan cerca de los caballos, que no se espantan con su rompiente y su ruido.

Cuando esto ya no ocurre, los pantanos se desatascan a su vez y el camino se ve cortado por los arroyos que nacen de este flujo.

La presencia del mar, del calor, de las arenas movedizas y la exhalaciones de esos pantanos, convierten en largo y penoso este trayecto; el viajero se sentiría abrumado si en los intervalos y a través de los manglares, que gustan de este entorno acuático, no se maravillara ante la vista de una bahía cargada de barcos, si la de una gran ciudad no le inspirara ideas filosóficas, que mantienen todavía en la casa principal del hospital de los religiosos de la Caridad, que es la perspectiva del otro lado del río.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

¡Es increíble que los inconvenientes de este camino, tan útil para las parroquias más ricas, se acrecienten a veces por la negligencia que deja su impronta en todo Santo Domingo!

A cerca de 500 toesas de la salida del pueblo de Petite-Anse, yendo al Cap, ese camino tiene un puente conocido como Pont-Rouge, porque es de madera y lo pintó de ese color el señor Jacques Grandin, cirujano del pueblo, cuando construía un horno de ladrillos, tejas y baldosas.

Hizo a través del camino, para desaguar su terreno que estaba anegado, una fosa que quiso cubrir con un puente de 20 pies de ancho de este a oeste, lo que le concedió el ordenante del Cap el 18 de abril de 1750.

Las sucesivas degradaciones, la acción de flujos y reflujos alternativamente, minaron muchas veces las bases de este puente, que ahora está a cargo de la parroquia de Quartier-Morin y que hemos visto bastante estropeado en 1778, haciendo que sea peligroso pasar por él.

Por último, se reafirmó mediante plantas punzantes que cuando se plantaron eran ya viejas.

Desde el puente hasta el Cap, le corresponde a la plantación Saint-Michel, que goza de los cincuenta pasos del Rey, mantener el camino, como lo prueba una ordenanza del 6 de octubre de 1780.

Este mantenimiento es costoso; el gobierno también contribuyó, bajo la administración de los señores de Reynaud y Le Brasseur, a hacer una calzada bordeada de piedras al lado del mar, en la lengua de tierra que termina la orilla este del río de Haut du Cap.

En el recorrido desde Pont-Rouge hasta el Cap, a cerca de media legua antes del transbordador, se puede ver a la izquierda, a 200 toesas del camino, un cerro llamado el pico Jarlan, ahora la cima Saint-Michel, aunque se pensaba por error que dependía de la plantación Baudin y se le llamó también de esta última manera.

Este pequeño montículo aislado, situado al extremo de la planicie en el punto donde el terreno pantanoso comienza a volverse consistente, tiene la forma de un pan de azúcar y domina su entorno mediante una plataforma de cerca de 10 toesas de circunferencia.

En las ordenanzas de los Administradores de 1739 y 1766, se ordenaba sacar de este cerro la piedra para arreglar el paso del río Haut du Cap y el camino del embarcadero de Petite-Anse, con lo que quedó más puntiagudo.

Se calcularon entonces sus dimensiones en 33 toesas de diámetro, 80 pies de alto y 8 toesas de superficie en la cúspide.

La plantación Baudin era antaño la del señor Boismorant, comisario de la marina, ordenante del Cap, cuyo nombre verdadero era Bianconelli; era hermano de un actor de comedia italiana que se hizo muy famoso con ese nombre.

Cuando la rebelión de la Colonia contra la Compañía de Indias, los habitantes prendieron fuego a su plantación, el 18 de diciembre de 1722, como prueba del odio que les había inspirado la protección que se le reprochaba a este miembro del Consejo del Cap (porque también lo era), de ponerse de acuerdo con la Compañía.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Quemaron igualmente un almacén que la Compañía tenía en Petite-Anse, hacia el paso del Haut du Cap.

Los primeros habitantes que dejaron la isla de Tortuga para venir a formar asentamientos permanentes en la llanura del Cap, eran doce y tenían como jefe a Pierre le Long, primer marido de la señora de Grasse, al que ya he citado.

Comenzó su primer cultivo en la parroquia de Petite-Anse, que he dicho insistentemente que precedieron a las que hoy son sus vecinas y que en parte la componían.

La descendencia del señor le Long que ahora está representada en la persona de la señora Faubeau de Mallet, vive en la parroquia de Llanura del Norte, en el límite de la de Petite-Anse.

Desde el pueblo del embarcadero de Petite-Anse hasta el río Haut du Cap, el sur del camino forma un pantano que tiene aproximadamente 300 toesas de profundidad. Este pantano también se extiende por la mayor parte de la lengua de tierra que termina el camino hacia la desembocadura del río.

Sin embargo, a partir de 1787, unos barracones construidos sobre esta lengua para almacenar madera y luego algunas casitas edificadas en el extremo de la orilla derecha, secaron y elevaron esta zona.

Por encima, toda esta orilla este está bordeada por el mismo pantano en una anchura de 500 toesas hasta la desembocadura del río Any, que se vierte en el del Haut du Cap a cerca de 1,500 toesas del punto donde está el transbordador, medidas en línea recta.

Al este y al sur de estas zonas pantanosas están las plantaciones cuyo suelo, más elevado, produce un azúcar de la mejor calidad.

Una de ellas (la de Baudin), ofrece en algunos puntos, para los que remontan el río en canoa, la perspectiva de una hermosa avenida de castaños, cuya doble fila va de norte a sur con una longitud de 200 toesas.

La vista se recrea en esos árboles que indican que todo lo que les rodea no es privativo de los manglares.

La parroquia de Quartier-Morin es una de las que tienen un clima más caluroso y está en medio de las que se pueden considerar como secas y las que son lluviosas. La parte baja de la llanura puede recibir anualmente 50 pulgadas de agua, cantidad que aumenta un poco en la vecindad de los picos, donde además se conserva la humedad por más tiempo.

Los meses lluviosos son los de mayo a diciembre y el más seco el de abril. En cuanto al calor, es sofocante en los largos días en que la brisa no sopla con mucha intensidad.

El 7 de septiembre de 1775, el termómetro de Réaumur, cuando estaba en el pueblo de Petite-Anse, marcaba 24 grados; al mediodía se le expuso al sol y en 20 minutos subió hasta los 49 grados.

En octubre de 1779, un termómetro parecido, que estaba en una habitación muy aireada, subió a 34 grados a las 4 de la tarde.

La población de la parroquia de Quartier-Morin tiene mucha escasez de blancos. Todos los dueños de sus ricas plantaciones residen en Francia y llegó un momento en que solamente tres estaban en Santo Domingo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se cuentan 204 blancos y 95 libertos. De estos 299 individuos, hay cerca de 100 blancos en el pueblo del embarcadero y 25 hombres de color. La parroquia no puede proporcionar más que 118 hombres armados, pero hay más de 7,000 negros de los que alrededor de 400 están en el pueblo de Petite-Anse.

De la iglesia de Quartier-Morin			
" a la del Cap hay		3	leguas
"	al pueblo de Tannerie	3	»
"	al pueblo del embarcadero . . .	2	»
"	a la iglesia de Limonade	2	»
"	de Petite-Anse . .	1.50	»

Es imposible no hablar del señor de Charrite cuando se describe la parroquia de Quartier-Morin, donde dejó una fortuna inmensa. Llegó en 1683 como guardiamarina, cuando tenía 25 años; fue nombrado alférez de navío en 1689 y teniente en 1693.

Escoltaba un convoy de 150 velas por el río de Burdeos cuando fue atacado por un navío de 22 cañones y dos corbetas españolas de 10 o 12 cañones cada una. A la tercera tentativa para abordarlo, le fracturaron el cuello con una bala de falconete y le rompieron el hombro y la mandíbula.

A pesar de ello no le capturaron y salvó su convoy. Desde ese momento, el señor de Charrite solo pudo tomar alimentos líquidos. Obtuvo una pensión de 500 libras en 1697 y la cruz de San Luis al año siguiente así como el puesto de lugarteniente general del Rey en el Cap, del que se convirtió en gobernador en 1706.

Nombrado gobernador general de las Islas de Barlovento en 1711, rechazó la propuesta. Se le concedió en 1716 el cargo de gobernador general de Santo Domingo y murió, ejerciéndolo, el 17 de octubre de 1723.

El señor de Charrite era amable, popular y enemigo del despotismo; pero se le reprochaba, con razón, de haber empañado esas grandes cualidades con una insaciable codicia. En 1716 poseía un tercio de Quartier-Morin, 1,000 toesas cuadradas en la parroquia de Petite-Anse, la sabana de Limonade y no estaba satisfecho. Pero sus obligaciones eran también muy reales.

El señor de Charrite hizo venir de Francia a un instruido refinador y en su plantación de Quartier-Morin se estableció la primera refinería de la Colonia francesa. Envió al ministro las primeras muestras de su azúcar refinado, como se decía entonces, por medio del barco *Profond*, en 1711.

Para animar a los demás habitantes a imitarlo, concluyó una taller de cerámica donde se hacían moldes para el azúcar y también se le deben una manufactura de tejas y otra de ladrillos. Estos ejemplos fueron muy edificantes y debemos publicarlos como agradecimiento.

El señor de Charrite también había hecho venir de La Habana a unos obreros para establecer una factoría de tabaco en polvo, pero los colonos, a los que este producto no ofrecía ninguna salida y para los que las ganancias de una azucarera tenían más atractivo, no aceptaron esta nueva tentativa, que no tuvo ningún éxito.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El señor de Portelance, nacido en París, dueño de una de las hermosas plantaciones de esta parroquia, fue el autor de *Temple de Mémoire*, de la tragedia de *Antipater* y de la comedia *Adieux du Goût*.

El señor Dazille, médico cirujano, pensionista del Rey, alumno del famoso Antoine Petit, residió desde 1777 hasta 1783, en las dos propiedades Duplaa y Chastenoye en Quartier-Morin y allí y en las parroquias vecinas, hizo una revolución favorable en la administración de los negros, tanto en la salud como en la enfermedad.

Debemos al señor Dazille, que ejerció sucesivamente en los puertos de Francia a bordo de los barcos del Rey, en Canadá, en Cayenne y en l'Isle de France, las *Observations sur les maladies des Nègres*, una obra muy prestigiosa, impresa en 1776 por Didot el joven, de la que está preparando una nueva edición y de las *Observations Générales sur les maladies des Climats chauds*, publicadas por el mismo editor en 1785.

También fue Quartier-Morin donde primeramente residió el señor Simeón Worlock, criollo de la isla inglesa de Antigua, cuñado del señor Daniel Sutton y autor de un método de vacunación que lleva su nombre.

Al señor Worlock le había enseñado este método su cuñado, a condición de no aplicarlo más que en América; llegó al Cap en 1774 proveniente de Nantes, recomendado al gobernador general por el ministro de marina.

Vacunó a miles de negros de la Colonia por un módico precio y se ganó a todos los que le conocieron por su carácter. El señor Worlock obtuvo en 1779 la carta de naturaleza.

Habiendo cultivado todas las ramas del arte de sanar, el señor Worlock redactó una memoria sobre la enfermedad de la epizootia pestilente de Santo Domingo, que le hizo ganar un premio de aliento de la Societé Royale de Médecine de Paris y el título de corresponsal.

Se puede encontrar el extracto en las *Recherches sur les Épizooties*, publicadas por la Societé des Sciences et Arts du Cap, en el que se ha añadido al señor Warlock.

IX

Parroquia de Dondon

La inmediata vecindad de los españoles, reunidos en grandes asentamientos, hizo que la formación de Dondon fuera muy lenta. Su origen no se remonta más que al 11 de septiembre de 1698, época en que André Minguet, filibustero cirujano, que había luchado en el sitio de Cartagena, obtuvo del entonces gobernador el señor Ducasse la concesión del lugar llamado vulgarmente el Trou du Dondon, limitado por las montañas que forman el Cap, del otro lado por las montañas y sabanas de Grand Fond y el Limbé y por el río Pimentier, para criar allí ganado.

Esta donación de una inmensa extensión de terreno era, como lo dice la misma concesión,[39] un reconocimiento a la conducta de Minguet, el cual, prisionero en

[39] Ver *Lois de Saint-Domingue*, t. 1, p. 608.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Cartagena, había logrado obtener la consideración del jefe español y la confianza de sus compatriotas.

Con todo, se estaba muy lejos entonces de adjudicar a esas tierras el valor que adquirieron sucesivamente más adelante.

Minguet formó en su concesión un hato y un corral con casi sesenta años. Situada en un suelo muy elevado donde los árboles, quizá tan antiguos como la isla, atraían las lluvias con mucha frecuencia, al principio no era conocido más que por los españoles de Goave, que soportaban con impaciencia la vecindad de un francés y trataron inútilmente de expulsarlo por todos los medios.

Otros dos franceses obtuvieron en 1701 una concesión al lado de la de Minguet, que les compró sus terrenos, como si hubiese heredado de sus vecinos la enfermedad de las grandes posesiones.

En efecto, esta había poseído a Minguet ya que sin ninguna utilidad real, hizo ratificar su concesión al señor Auger el 25 de marzo de 1704, al señor Choiseul el 22 de febrero de 1709 y al señor Mithon, intendente, el 20 de julio de 1711; fue el mismo que, conjuntamente con el señor du Paty añadió cinco días después, una nueva concesión de 100 cuadrados a la de 1698; y finalmente al señor de Blénac, el 25 de marzo de 1715.

Es muy notable que Minguet, al que no podemos impedir considerar como muy celoso de su concesión, dió su visto bueno a la aprobación del señor de Blénac, que estaba redactada en estos términos: «En vista de la concesión de la otra parte pactada con el señor Ducasse y las aprobaciones y ratificaciones siguientes, concedemos la nuestra al suplicante y *de forma vitalicia*».

Querer reducir a disfrutar en usufructo una donación hecha en propiedad e intentar ese cambio en relación a un anciano casi octogenario, era ocultar un auténtico despojo bajo un disfraz de benevolencia; no es fácil justificar al gobernador general a este respecto, aunque digamos que una ordenanza real de 1713, reunía todos los corrales y hatos donde no hubiera animales en número suficiente.

No podía concernir a Minguet quien, en el seno del bosque, ejercía una de las más entrañables virtudes, la hospitalidad, pero la más merecedora de ese nombre. Para ejercer la cirugía, la había enriquecido con multitud de plantas y la naturaleza secundaba a menudo una feliz aplicación de los medios que prodigaba alrededor de Minguet.

El pobre acudía a encontrar un padre; el rico (si se encontraba entonces en Santo Domingo), recurría a un ser que se consideraba ya pagado con el éxito.

Su humilde hospicio se convirtió poco a poco en un hospital inmenso y esos españoles antes irritados contra Minguet, venían y se mezclaban con los franceses para compartir los cuidados que ese venerable colono prodigaba al hombre, cualquiera que fuera su patria.

Me apresuro a decir, sin embargo, que aceptando, en esa época de 1715, las demandas de concesiones para establecer factorías de añil en Dondon, el señor de Blénac y su sucesor el señor de Châteaumorant, así como su colega el señor Mithon, pusieron como condición que los concesionarios *se entendieran con André Minguet, en caso de que las nuevas concesiones se encontraran en la suya.*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Muchos de ellos aceptaron la condición y Minguet se contentó con 10 libras por cuadrado; los otros pretendían que estaban fuera de los límites de la concesión de 1698; Minguet era viejo y su muerte debía despojarlo: era de esos seres cuyo corazón y espíritu no hacen ascos a ningún cálculo.

No se limitaron a simples pretextos, a usurpaciones disimuladas; hubo hombres más audaces que reclamaron terrenos evidentemente situados en la concesión de Minguet. Este se quejó y los jefes decidieron el 4 de julio de 1721, que las concesiones de 1698 y 1711 serían respetadas y que un agrimensor comprobaría las verdaderas dimensiones.

Como este excelente ciudadano debía ser objeto de controversias, curiosas al menos, el agrimensor Datour, decidió en su ausencia, mediante un expediente del 26 de marzo de 1722, a qué se deberían reducir y los segundos Administradores del Cap, arrogándose un derecho que siempre había pertenecido a los Administradores en jefe, se erigieron en jueces del litigio y sentenciaron el 18 de junio de 1722, que a la viuda de Minguet (porque el primer colono francés de Dondon acababa de fallecer) le corresponderían solamente 425 cuadrados repartidos en tres asentamientos de su marido, al que se tuvo el atrevimiento de reprochar que no había formado ninguno.

El mismo juicio reguló las protestas de muchos concesionarios y Dondon se convirtió así en un auténtico asentamiento, que en la práctica no data sino de 1721.

Este asentamiento era útil a causa de las frecuentes incursiones de los españoles. Es uno de los motivos del reglamento de 1722, que conmina a todos los habitantes a tener en Dondon el número de blancos que prescribe la ley.

Se llegaron a sustraer al hijo de Minguet nuevas porciones de terreno, de manera que todos los derechos de este viejo colono se redujeron a 148 cuadrados, que hoy día se encuentran en el territorio de la parroquia de Marmelade.

También intentaron quitárselos a quien ese hijo se los había vendido en 1770.

De este modo no encontramos ya en la parroquia de Dondon a la descendencia de este Minguet, cuyo nombre pronuncian con agradecimiento todos los colonos de Santo Domingo, aunque no sea más que para designar algunas plantas que ese nombre hizo conocer, sobre todo el de una liana cuyo jugo es un potente curativo de heridas.

Me complazco en volver a trazar el recuerdo de todos los seres bienhechores que se exiliaron en Santo Domingo, por no haber tenido la oportunidad de rememorar el suyo; sobre todo porque me permite hacer al mismo tiempo la aclaración sobre el origen de la parroquia de Dondon.

Esta parroquia había avanzado tan poco en 1724, que los señores de Chastenoye y Duclos, gobernador y ordenante del Cap, que volvían de allí después de hacer un viaje a causa de algunas diferencias con los españoles, creyeron poder imitar a sus antecesores y publicar, el 20 de noviembre de 1724, un reglamento para acrecentar la población, que era entonces de unos doce blancos solamente.

Dando por sentado de entrada que no se podrían establecer plantaciones de caña en ese lugar, sino más bien plantaciones de índigo, tabaco o cacao, no querían que un habitante pudiera tener más de 36 cuadrados, con excepción de tres

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

personas que su reglamento nombra entre las que se encuentra, afortunadamente, la viuda de Minguet, a causa de los servicios prestados por su marido y de la consideración que se le debe por haber conservado y mantenido ese distrito en manos francesas.

Exigían la residencia del dueño o la de los blancos que lo representaran y que cada habitante fuese armado y a caballo.

En 1725. Dondon se encontraba separado del resto de la Colonia francesa. Se comunicaba solamente con la parroquia de Sainte-Rose a través de la garganta de Joli-Trou, desde donde era entonces obligado hacer casi una legua a pie. Es ese mismo sendero que desde 1717, era una de las rutas del Cap a Léogane.

Por último Dondon salió de este estado infantil y en 1727 se formó una parroquia que fue desgajada de la de Petite-Anse. Se erigió una capilla a la que perjudicaban los párrocos, encargados por los jesuitas del cuidado de muchas almas, por la carencia de sacerdotes de la Compañía de Jesús.

En 1742, los habitantes compraron al señor Garreau un trozo de terreno donde en 1743 se construyó una iglesia y un presbiterio. Había habido también el proyecto de fundar allí un pueblo, que hasta se comenzó entonces, pero al ser el terreno insuficiente, los habitantes fueron autorizados por los Administradores el 9 de abril de 1749, para adquirir al señor Baconnais más terreno, lo que efectivamente se hizo.

El agrimensor Rault lo dividió en emplazamientos y confeccionó un plan de dirección, en el que los alineamientos estaban regulados por la posición de la iglesia. Una ordenanza de los jefes, aprobó el plan el 3 de diciembre de 1751.

Hasta la época de las disposiciones parroquiales de 1742 los límites de Dondon no fueron confirmados de verdad; hasta entonces, el celo del perjudicado era la auténtica medida y el párroco de Sainte-Rose y él eran a menudo los vicarios el uno del otro.

Los mismos colonos no eran todavía todo lo numerosos que se desearía, porque una ordenanza del 21 de mayo de 1751, amenazaba la unificación de sus tierras a los que no hubieran formado asentamientos en seis meses.

El 25 de noviembre de 1773, la parroquia de Marmelade se separó de la de Dondon, cuyos límites actuales son:

Al norte, 1°, la parroquia de Petite-Anse, de la que está separada por la montaña Bonnet; 2°, la parroquia de La Llanura del Norte, de la que está separada por las montañas del Grand-Boucan y de Mornets.

Al este, la parroquia de Sainte-Rose por medio de la primera cordillera que viene del Cibao y que deja de depender de Dondon en la cima de Grand-Gilles.

Al sur, el territorio español, desde la pirámide no. 79, que en el torrente Mathurin forma el punto de separación entre la parroquia de Sainte-Rose y la de Dondon, hasta la pirámide no. 97 que está en la orilla derecha del río Canot, en la punta de la ramificación opuesta, descendiendo de Marigallegue y que es común a la parroquia de Marmelade.

En un punto de esa extensión, los señores de Chastenoye y Duclos, vieron dos árboles, en 1724, en uno de los que estaba escrito *Capitán Bertol* y en el otro *André*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Minguet: eran los límites convenidos por los dos vecinos, francés y español, para poner fin a las quejas recíprocas de usurpación.

En todas las montañas que separan Dondon de la Colonia española, de la que la más grande es la sierra llamada Morne à Chapelets, por el prodigioso número de ristras de palmeras de aceite de palma que alimentaba, no hay más que dos desfiladeros por los que se pueden comunicar las dos Colonias.

El de Porte, que está en el extremo sudeste de la parroquia, con el que ya entretuve al lector hablando de San Rafael, parroquia de la Parte española, donde los franceses tienen un puesto que llaman vigía y que estaba todavía en 1702 y el de Saut du Canot, que está hacia el sudoeste.

A poniente, la parroquia de Dondon está limitada por la de Marmelade: 1°, por medio de las montañas de Soufrière de Marmelade, entre las que hay un intervalo que sirve de comunicación a las dos parroquias; 2°, por la montaña del torrente Fourmi.

Dondon está totalmente enclavado entre las montañas y el suelo del lugar donde están la iglesia y el pueblo, se elevó en cerca de 250 toesas por encima del nivel del mar.[40]

Puede que no haya en ningún lugar de la Colonia un emplazamiento tan pintoresco que el de esta parroquia. Enormes montañas cuyas cimas son a veces escarpadas, tienen peñascos inclinados, incluso a menudo caídos unos contra otros y el desorden de esas masas indica casi en todas partes la presencia de grandes convulsiones terrestres.

Las montañas están entrecortadas o separadas por rientes valles y frescas laderas, cuyo verdor atenúa agradablemente la de los frondosos bosques que cubren las elevaciones y consuela de algunas visiones en las que la roca descarnada entristece al hombre y le habla de destrucción.

El trabajo de este ser inexplicable se hace notar en todos los puntos y la naturaleza, a veces desfigurada, a veces embellecida por sus trabajos, parece haber consentido es compartir su imperio con él.

La desigual superficie de Dondon, siempre que pueda ser evaluada, tiene tres leguas de norte a sur y cinco leguas de este a oeste; como estas dimensiones están más o menos estrechadas en ciertos puntos, no se puede calcular el circuito más que en alrededor de quince leguas. Esta extensión está dividida en nueve cantones.

El primero es el que llaman *el Brochetage*. Escarpadas montañas ciñen este agradable valle que, contiguo a la parroquia de Petite-Anse al norte y a la de Sainte-Rose al este, tiene al sur como límite el río Dondon y al oeste el cantón de Vaseux.

Dieciocho plantaciones están situadas en Brochetage que, dirigido en su comienzo del este al oeste, gira luego de norte a sur. Tiene cerca de una legua y media de largo por 1,000 toesas de anchura media.

El segundo cantón es el de *Bois-Rouge*. Es la hondonada que se tiene delante cuando se llega a lo alto de la cima del Grand-Gilles. Va hacia el sur formando

[40] Por error puse 500 toesas en la *Descripción de la Parte Española* y dije que la llanura de Goave estaba a la misma altura que el pueblo de Dondon.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

un anfiteatro; luego se extiende a lo largo de las montañas que separan Sainte-Rose de Dondon. Siete plantaciones no muy grandes no parecen un elogio a su fertilidad.

Hacia la mitad del cantón de Brochetage, la montaña que lo divisa al occidente del cantón de *Vaseux*, que es el tercero, deja un paso al pequeño río que da su nombre a este último cantón.

El valle de Vaseux es estrecho y profundo. Las montañas de Guille al sur, las de Galeries al oeste, del Grand-Boucan y de Bonnet al norte y las de Brochetage al este, la reducen a una legua su longitud y la convierten en triste e insana al mismo tiempo.

Sin embargo se cuentan veintiocho plantaciones en un espacio de cerca de mil cuadrados de los que al menos un cuarto es todavía bosque.

El cuarto cantón es *Guille*, situado al sur de Vaseux. Tiene el de Matador al este, las Galeries y los picos de Haut du Cap al oeste y al norte Callebassier.

Su tamaño es de dos leguas de este a oeste y una anchura de una legua, componiendo la extensión que, sin ser más agradable a los ojos que la de Vaseux, tiene sin embargo ventajas sobre ella, ya que por todas partes en que las montañas circundantes van en anfiteatro, se ven cultivos, mientras que las otras son áridas e imponentes por sus terribles escarpaduras.

Treinta plantaciones guarnecen esta zona cuya temperatura es fresca y el suelo está bien regado.

Las *Galeries*, quinto cantón, están compuestas por una serie de montañas cercanas, escarpadas y dispuestas desordenadamente. Pequeños valles encogidos forman allí sin embargo pequeños intervalos, donde cinco plantaciones han podido asentarse en una legua extendida de este a oeste.

Este cantón, que no responde para nada a la idea agradable que su nombre insinúa, se apoya a septentrión sobre la parroquia de La Llanura del Norte, del que la separa la montaña Mornets; el Haut du Trou la roza al sur, el camino de Mornets al oeste y el torrente de Monsieur o de Guille al este.

De todos los cantones de Dondon el sexto, llamado el *Haut du Trou* es el más hermoso, el más amplio, el más fértil y en consecuencia, el más rico. La ordenanza de designar parroquia a Marmelade, le había otorgado el cantón de Haut du Trou, pero después de una demanda judicial de los habitantes de Dondon, otra ordenanza del 11 de julio de 1776, rectificando la primera, volvió a poner al Haut du Trou en la dependencia de Dondon.

Podemos considerar este cantón como una pequeña planicie de dos leguas y media de longitud e igual anchura, aparte de algunas irregularidades. Acoge cuarenta propiedades y el río Español la riega al atravesarla.

Circunscrita al norte por los Mornets y las Galeries, tiene al sur el pico Chapelet, al este la montaña Colorade y el Callebassier y al oeste la Soufrière y las montañas de la parroquia de Marmelade.

La *Marre à la Roche*, séptimo cantón, es otro valle cuyo fértil suelo es el más elevado de Dondon, aunque sea profundo a causa de la alturas que lo rodean y es también muy adecuado para los cultivos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Tiene dos leguas de extensión de levante a poniente, con una anchura desigual y no muy grande y contiene veinticinco plantaciones. Este enclave tiene las montañas de Haut du Trou al septentrión, al mediodía el pico Chapelet, que hacia la mitad de la Marre à la Roche ofrece el paso de Saut du Canot, al oriente el Callebassier y al oeste las montañas del torrente Fourmi, que en este punto son el límite entre Dondon y Marmelade.

El octavo cantón, el *Matador*, es igualmente un valle agradable y feraz, que corta y riega el río Pimentier. Extendiéndose al principio de norte a sur, esta garganta se ve enseguida dirigida de este a oeste y así tiene una longitud de legua y media por media legua en su anchura más amplia; contiene una treintena de plantaciones.

El pico Chapelet es también su límite al sur; una pequeña y aislada montaña llamada el pico Jacques y muchos cerros que parecen nacer de la cumbre Chapelet, separan el Matador de Bassin-Cayman, que está al este.

Al norte se halla la cima del Dondon que es la continuación de la primera sierra, a cuyos pies corre el río Porte y al oeste una ramificación de la cresta de Chapelet, que lleva el nombre de Callebassier.

Por último el Bassin-Cayman completa la nomenclatura de la división interior de la parroquia de Dondon. Este canton análogo a su denominación, es una auténtica cuenca de cerca de legua y media de este a oeste por media legua de ancho.

Tiene al norte las estériles montañas que son comunes a parte de la parroquia de Sainte-Rose y luego las de Brochetage. Al este las montañas y el bosque de Porte, al sur el pico Chapelet y al oeste el Matador.

Entre las quince plantaciones que tiene, algunas están en la ladera septentrional de la cima del Chapelet y van hasta su cumbre tocando la línea de demarcación de las dos Colonias.

Este fresco enclave, sería también muy fecundo si el río Dondon no transformara su parte baja en el teatro de sus crecidas y no aumentara sus estragos por la cantidad misma de sus sinuosidades.

Con estos detalles vemos que los cuatro cantones de Brochetage, Vaseux, Galeries y Haut du Trou, están en el límite septentrional de Dondon y en consecuencia rozan las parroquias de Petite-Anse, de la Llanura del Norte y de l'Acul.

Que los tres cantones de Brochetage, Bois-Rouge y Bassin-Cayman forman el límite occidental y por lo tanto son contiguos, primero a la parroquia de Sainte-Rose y además, por medio de una inclinación de este límite oriental hacia el sur, a una pequeña parte del territorio español.

Que el límite meridional común a la otra Colonia, está bordeado por los cantones de Bassin-Cayman, Matador y Marre à la Roche.

Que el límite occidental que está entre Dondon y Marmelade, sigue los dos cantones de Marre à la Roche y Haut du Trou y que, finalmente, el cantón de Guille está hacia el centro de la parroquia.

El primer cantón que los franceses establecieron en Dondon fue el de Matador, en el que Minguet realizó su primer desbrozamiento. La casa en la que vivía estaba

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a alrededor de 200 toesas al norte de la sierra de Chapelets y a 15 o 20 toesas al sur de un recodo que hace el río Pimentier, que entonces se llamaba solo torrente.

Guille fue el segundo que establecieron. Minguet tenía al sur del río de igual nombre que el cantón, una plantación que se encontraba, contando de extremo a extremo y en línea recta, a nada solo 700 toesas de la que tenía en Matador.

El tercer cantón establecido fue el de Brochetage. Aquí fue donde Minguet empezó a sufrir las usurpaciones y en consecuencia, fue también aquí, después de Minguet, donde se establecieron los más antiguos habitantes de Dondon. Fueron los señores Berger, Stapleton, Linch, Martin, Silvecane, la Caze, Boredon, le Sieux, Fleury, Parent y Marie Marthe.

La cuenca Cayman seguía los tres cantones que acabo de nombrar. Sus primeros habitantes fueron los señores Fortier, Fleury, P. Garreau, L. Garreau, Pirly, la Salle y Paquet, Péré, Spigeot y Plex, cuyas posesiones fueron a unirse con las de Minguet en Matador.

En 1723 no había más habitantes en Dondon que los que acabo de citar. Sus demás cantones recibieron agricultores casi todos al mismo tiempo.

El pueblo de Dondon está en el extremo sur de Brochetage y en la orilla derecha del río de su nombre, donde se vieron durante mucho tiempo las pilastras de un puente de piedra, levantadas en 1763 por órdenes del señor de Balzunce y que no fueron terminadas.

El camino que lleva al Español por el paso de Porte lo atraviesa, así como el río. No tiene más que 80 casas, pero crece cada día. Está prohibido cubrirlas con paja.

Comerciantes, artesanos y taberneros componen la población, aumentada además por los ociosos, una especie peligrosa de hombres en cualquier lugar, pero sobre todo en una Colonia.

La vecindad con la Parte española hizo todavía más necesario un destacamento de la senescalía, que reside allí; lo componen seis caballeros y un cabo de color bajo las órdenes de un oficial de justicia blanco.

La iglesia está en la parte oriental del pueblo. Cuando se erigió en 1727 la parroquia, se construyó en veinte días una de madera en otro punto. Su consagración al Eterno bajo la advocación de San Martin, arzobispo de Tours, se abrió el 11 de noviembre del mismo año, día de la fiesta del patrono.

La actual está bien estructurada sobre un solado de mampostería de más de 4 pies de grueso; su longitud es de 100, la anchura de 35 y la altura de dieciocho; tres campanas sintonizadas entre ellas forman lo que los aficionados llaman unos hermosos acordes.

La fiesta del patrono fue transferida al 4 de julio, día del traslado del Santo, por un mandato del prefecto apostólico de la Parte del Norte, con fecha de 12 de mayo de 1784, a causa de las demasiado frecuentes lluvias del mes de noviembre y también porque la recolección del café exige entonces un trabajo más intenso a los agricultores y a sus negros.

Los ríos de Dondon que no son más que arroyos en época normal y torrentes durante las lluvias, tiene generalmente aguas vivas, sanas y ligeras sobre todo en aquellos cuyas aguas corren en cauces pedregosos, de grava o de arena.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Estos ríos alimentan al mújol bastardo, al lomo alto, especie de carpa; al cámbaro, al albur, a los pequeños mújoles llamados tripa gorda y a abundantes anguilas.

Pero estos habitantes acuáticos, tan adecuados para añadir sensualidad a las mesas, así como las gambas, parecidas a los camarones o salicoques y los cangrejos de un sabor que fascina a los criollos, tienen demasiados perseguidores entre los negros que no creen que esperar, a veces es ganar.

Las montañas de Marmelade tienen la fuente del río más caudaloso de Dondon. Aunque engrosado por las aguas de muchos torrentes, los terrenos porosos sobre los que corre absorben una parte y vuelven incierto y variable el caudal.

Su dirección principal es de poniente a levante, pero es sumamente sinuoso. Llamado al principio el río Dorée, porque pasa sobre un fondo de sofisticadas piritas de azufre y arsénico que tienen el color y el brillo del oro, se convierte en el río Español atravesando el cantón de Guille y toma el nombre de río de Dondon al pasar al sur del pueblo.

No lejos de allí, se le conoce como el Porte, denominación con la que recorre cerca de quince leguas y va a mezclarse con otros en territorio español, para llegar a Artibonite y así favorecer a otra zona de la Colonia francesa.

De las montañas que separan Guille y las Galeries del cantón de Vaseux, sale el río o más bien el torrente de este último nombre. Serpentea sobre un fondo de arena y grava, yendo de oeste a este.

Al llegar al pie de un pico llamado Grand-Gouffre, que tiene cerca de 100 pies de alturas escarpadas, se precipita en un hoyo y desaparece completamente ante los ojos del asombrado espectador.

Una roca oscura, cubierta de lianas, de musgo y de verde en algunos puntos, forma una masa que se levanta en medio del valle donde está situado el hoyo devorador; pero el agua reaparece a 200 toesas de allí.

Si con las abundantes lluvias el hinchado arroyo arrastra a la entrada del precipicio a los árboles que ha arrancado, las aguas refluyen al valle, se acrecienta su furor hasta que se vuelven más poderosas que su obstáculo, lo destruyen y van, con temible estrépito, a inundar las partes inferiores y al punto de su salida.

Más allá del precipicio, el río conserva su primera dirección, pero al llegar hacia la mitad de Brochetages, parece sentir el enclave del que se aleja y que finalmente abandona para ir hacia el sur, siguiendo el mismo cantón, al extremo del cual entrega al río Dondon su tributo, ya acrecentado con el del torrente Bonnet y la cascada de Bois-Rouge.

En numerosos sitios de Dondon, principalmente en Brochetages hay aguas minerales que se dice que son ferruginosas, vitriólicas y aluminosas ya que ningún análisis ha hecho que las conozcamos de verdad.

El suelo de Dondon es variado, como el del resto de la Isla. En general, el fondo de los valles es arcilloso con las laderas de toba o arena, pero con proporciones diferentes de arcilla y toba.

Vemos allí también conchas y concreciones pedregosas o cristalinas. La base de las montañas están compuestas por enormes bancos de granito; estos contienen

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

otras piedras calizas o vitrificables, de diferente naturaleza, o rocas de nabas que, en muchos lugares, están completamente al descubierto.

Una capa vegetal cubre o ha cubierto, con más o menos espesor, el suelo de Dondon. Expuesta por la avidez del hombre o únicamente por su trabajo a la acción de las asombrosas lluvias de la zona tórrida, este tapiz es tarde o temprano arrastrado y en las partes altas o en aquellas cuya pendiente es rápida, el agua ha destruido ya lo que el tiempo había formado lentamente, acumulando los deshechos vegetales.

Las grietas de las cumbres de las montañas tienen una tierra rojiza y ocre, llamada adánica o primitiva por los naturalistas. Encontramos también en Dondon algunas tierras pedregosas; las arenosas son muy escasas.

Observando las márgenes de los ríos, es fácil convencerse de la riqueza mineralógica de Dondon. El oro, la plata, el hierro, el cobre, el antimonio, el mármol, el pórfido, el alabastro, el jaspe, el ágata, el sílex, el asperón, el espato, la tierra gredosa, el talco, los granitos, las petrificaciones y cristalizaciones de todo tipo y una multitud de fósiles cuyos fragmentos podemos ver, esperan y atraer a los curiosos de la naturaleza.

Hay un fenómeno del que el suelo de Dondon proporciona ejemplos especiales; es el de las avalanchas o arriadas. Una parte de terreno más o menos extensa, se desprende del punto donde estaba, se desliza por la superficie que la rodea y va a situarse más lejos, mientras que las diferentes partes conservan entre ellas las distancias que tenían antes.

La ladera septentrional del pico que lleva el nombre de cima de Dondon y que está en el extremo sur de Brochetages, ofrece ejemplos en su base y podemos subrayar también el cantón de Guille donde unos terrenos parecidos, que comenzaron a deslizarse en 1780, aún no se han detenido del todo.

El señor abad de la Haye, párroco de Dondon, al que había pedido que siguiese ese fenómeno y a quien debo muchos de los detalles de la descripción de la parroquia, piensa que durante las grandes lluvias, el agua forma corrientes y penetra en el interior de la tierra; que allí empapa, divide y arrastra las tierras que sirven de base a las capas superiores, produce cavidades, hundimientos, derrumbamientos, avalanchas y excava hasta los abismos. De ahí la caída de peñascos, la inversión de esas enormes masas cuyo choque parece estremecer el Globo.

En las avalanchas de Guille, que tienen lugar en la pendiente de una ladera cuyo frente da al mediodía, el terreno ha resbalado y descendido. Se secaron antiguas fuentes y fueron reemplazadas por otras nuevas.

Los setos vivos de un camino fueron llevados a 15 o 20 pies de su primer enclave; pero en la superficie de ese suelo móvil no se ha dañado nada: plantaciones, casas, árboles, todo ha sido transportado en su totalidad sin ninguna huella de deterioro.

El terreno de la montaña es acuático, entreverado de fuentes y torrentes; su base deja ver además las huellas de avalanchas más antiguas; es un banco de rocas inclinadas y rotas, cubierto de una ligera capa vegetal, cuyas alturas descarnadas forman cúspides arduas y terribles.

Es pues natural que las aguas, sobre todo las de las tormentas, que son a la vez más abundantes y calientes, penetrando fácilmente en un suelo ya mojado y

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

no pudiendo encontrar una salida a través de los peñascos, cubran la superficie y, adquiriendo fuerza por su peso, acaben por arrastrar porciones de la capa superficial.

Es de tal manera así, que estas siguen la pendiente de las rocas, que la misma estancia de las aguas ha cubierto de un légamo resbaloso; esas porciones arrastradas no se detienen más que en el momento en que se las lleva a otro suelo capaz de retenerlas.

Si las aguas caen en una cavidad, su caída provoca el deslizamiento de la superficie y un derrumbamiento. Si minan más la base en un punto que en el otro, la pérdida de este conlleva un hundimiento, una verdadera caída.

Pero hay deslizamientos en Dondon donde observamos otra particularidad, porque al movimiento progresivo que es más lento que en los otros y que no se produce sino en época de lluvias, se encuentra asociado al de la rotación; de manera que un palo lanzado en una dirección contraria a la del movimiento de progresión, acaba por coger la de la pendiente del terreno, después de haber descrito un arco de círculo.

Mientras que actúan las aguas subterráneas, tiene lugar la marcha progresiva; cesa, por el contrario, cuando las aguas se han secado; esto se debe a la intermitencia.

En lo que respecta al remolino, sobre el que no comparto la explicación que el señor abad de la Haye me ha comunicado y ha enviado luego a la Societé Royale des Sciences et Arts del Cap, me parece que si, por la desigualdad del plano sobre el que la avalancha se hace, el terreno que resbala encuentra un obstáculo que la detiene en un punto el impulso recibido por la masa, hace entonces que todas las partes de ella tienden a girar hacia uno de los lados de ese punto sobre el que la masa no descansa en su totalidad.

El remolino está más o menos marcado en razón de su volumen y de la velocidad del terreno que resbala y de la posición y extensión del punto que ha encontrado como obstáculo.

Cuando llueve de nuevo, los dos fenómenos vuelven a empezar; quizá una observación constante haría ver, creo yo, que la impulsión directa y la circular toman, ambas, direcciones diferentes de las que tenían originalmente y que nos encontramos con remolinos extraños, primero los unos en relación con los otros y también relativos a la misma masa.

El aire de Dondon es en general sano, atemperado, fresco y hasta húmedo, a juzgar por la delicuescencia de la sal común. Encontramos valles muy calientes, colinas templadas donde la primavera parece tener su sede habitual; el frío está en la partición de las montañas cubiertas de niebla en cuanto el sol ha atravesado el meridiano. A veces, por las tardes, hay que encender un fuego.

Cuando soplan los vientos del norte, que duran seis meses, de octubre a abril, se está de algún modo aterido; ver el sol se convierte en un vehemente anhelo y la consecuencia es una especie de renacimiento.

En la estación de tormentas, durante los seis meses restantes, a las brillantes mañanas les suceden diluvios de agua y truenos cuyo terror y estrépito se acrecientan por la configuración del lugar. A la puesta del sol, renace la calma y toda la naturaleza descansa.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Cuando el astro que fecunda la tierra se levanta, viene del sur una deliciosa brisa y recorriendo las diferentes gargantas, produce una placentera sensación hasta más o menos las diez u once de la mañana, en que la brisa marina, siempre tardía en las montañas, empieza a dominar.

Con ella el calor, que es templado, ha aumentado sin embargo. Desde por la tarde hasta antes del amanecer, el aire se refresca y luego los vapores de la tierra se condensan y forman una niebla espesa y fría, si el tiempo está en calma, o bien un frío que es casi doloroso si el viento que sopla del interior aumenta su acción penetrante.

Esto es apreciable principalmente en los tres primeros meses del año y luego vienen las lluvias del norte. Hemos visto, aunque pocas veces, la verdad, descender entonces al termómetro de Réaumur a cuatro bajo cero, algo prodigioso para la zona tórrida, cuyo contraste con la temperatura normal hace que se sienta profundamente. La cima de las montañas tiene en esos momentos una especie de rocío gelatinoso.

Dondon tiene pues, en relación a sí mismo, las cuatro estaciones anuales y a veces, en un intervalo de solo veinticuatro horas.

La mayor diferencia observada en el termómetro en los años normales, es de 20 grados, porque recorre un arco desde 5 grados bajo cero, hasta 25 grados en los valles descubiertos.

El termómetro en verano va de 12 a 24 grados; en invierno de 7 a 15. En las regiones medias de las montañas y en los lugares con riego, en verano de 10 a 22 y en invierno de 4 o 5 a 12.

Por último, en la cima de las montañas, la temperatura, que todavía es más suave, varía sin embargo casi en cada punto por las diferentes circunstancias y causas accidentales.

Dondon está expuesto a ráfagas de los vientos del sur, especies de precursores de violentas tormentas, que en su corta duración despliegan un furor que causa la destrucción de las plantaciones. A veces también, estos vientos se mantienen en ciertos intervalos, como se comprobó dolorosamente durante el huracán del 4 al 5 de agosto de 1772.

El primer cultivo de Dondon fue el del índigo, pero se prefirió la moca ya que el primero producía muy poco y solamente en los años secos, que no son los más comunes en Dondon.

El algodón, que se intentó cultivar, no se dio con éxito y se abandonó. En Dondon se plantaron las primeras mocas llevadas a las Islas de Barlovento y se amasaron grandes fortunas, creadas en esta parroquia por el éxito de esas primeras producciones, hacia 1738.

Hay en esta parroquia una factoría de añil, 6 lugares de víveres y 219 cafetales; podemos dividir estos últimos en tres clases. La primera, de 20 plantaciones que producen hasta 100 millares de café y cuya cantidad total podemos evaluar en un millón de libras; la segunda, de 150 plantaciones que dan desde 10 hasta 30 millares y un resultado de dos millones doscientas 100,000 libras y la tercera de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

39 plantaciones, que produce de 2 a 10 millares y en total 150 millares: lo que hace alrededor de tres millones y medio de libras de café al año.

Cuando contemplamos Dondon y las montañas que lo cortan en todos los sentidos; cuando vemos los peñones, las zonas no cultivables que hay allí, nos asombramos de que el trabajo haya podido crear tanta riqueza, pero no podemos dejar de pensar que cada día el suelo se empobrece por la degradación causada por las lluvias.

Mientras haya bosques, su tala provocará nuevos desbrozamientos, pero juzguemos por los daños del hacha lo que se puede esperar.

Casi todo lo que se confía al suelo de Dondon, granos, legumbres, frutos y flores, no se puede dar con más éxito. Se ha traído un excelente tabaco. El maíz y el arroz se dan en abundancia. El guisante en todas sus especies, los nabos, las coles, la remolacha y el apio son magníficos; el ñame, la patata, la tayota y el bananero, muy productivos; todas las frutas del país son aquí de buena calidad.

La delicada rosa, el amable alhelí, el suave clavel y la humilde violeta recompensan los cuidados del agricultor. La botánica hallaría tesoros aquí; los bosques proveen en abundancia a todas las necesidades de construcción y amueblamiento y encontramos plantas aromáticas que, quizá solamente el prejuicio, pone por debajo de las que son obtenidas en Asia a tan alto precio.

Estos bosques tienen también cerdos salvajes y los peñascos son la guarida de las hutías, los únicos mamíferos endémicos del país, que todavía encontramos en la Parte francesa y que casi ha desaparecido, mientras que la rata venida de Europa se multiplica a una velocidad desoladora.

Los animales domésticos, parecidos a los europeos, se crían con éxito, así como las bestias; sin embargo, el clima demasiado frío y húmedo hace que se descarten los corderos y las cabras. Es enojoso que la gripe aviar, tan contagiosa, destruya gran parte de las gallinas que, hasta cierto punto, se aclimatan y reproducen con facilidad.

La pintada silvestre, la paloma torcaz, las tórtolas, ya que las especies son variadas, así como las cercetas y las becadinas, etc. se convierten en ciertas estaciones en finos platos de caza.

La vista también se recrea contemplando la garza, las distintas gallinas de agua, la garceta, el collar y siguiendo en el aire, el periquito, el perico; o al avistar cerca de las montañas al pequeño periquito de tierra.

El viajero, en el fondo de una garganta solitaria y profunda, es proclive a soñar gracias al organista metódico o amenizado por las encantadoras modulaciones del ruiseñor. El colibrí y el pájaro mosca vienen de repente a enseñarle su traje, el estuche más brillante. A veces un sonido lúgubre y sollozante lo sacude de repente; es la lechuza que se ha lanzado de improviso sobre ese pequeño milagro de la naturaleza, o que de manera férrea, aprieta las entrañas de una víctima más preciada por ser más voluminosa.

Dondon está lleno de insectos y reptiles. Los lagartos y las culebras formarían una colección muy curiosa.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Escorpiones, bestezuelas de mil pies o milpiés y arañas cangrejo o culo rojo, causan a veces dolorosas mordeduras y son capaces de hacer brotar la fiebre, pero no son mortales.

En la época de lluvias, se oye hasta en los lugares habitados, el croar de ranas y sapos. Entonces, se ven igualmente asediados por nubes de mosquitos y moscas. También encontramos enjambres de avispas que pronto estará prohibido atacar.

Por último, se podría gozar mucho admirando una gran variedad de mariposas, si supiéramos de su numerosa y hambrienta prosperidad, que convierte en menos agradables las tonalidades y los dibujos que las embellecen.

Las abejas criadas en la parroquia de Sainte-Rose han provisto de panales a la de Dondon, donde se produce cera y miel.

Todo indica que Dondon tuvo muchos pobladores indios. Encontramos continuamente restos de sus recipientes y figurillas que recuerdan sus ideas supersticiosas. Cavernas que convirtieron en sepulcros, todavía contienen restos de los despojos mortales de estos seres buenos y frágiles; encontramos antros donde sus extrañas divinidades recibían un culto más extraño aún.

En el territorio de Dondon está la famosa bóveda conocida bajo el nombre de *Bóveda de Minguet*, porque se dice que estuvo en su primera propiedad.

Está situada a cerca de media legua al sudoeste del pueblo, en la orilla meridional del río, en un valle estrecho, profundo y solitario.

Su entrada es un vasto pórtico donde están emplazadas dos masas informes a guisa de guardianes o genios tutelares. Todavía se distinguen algunos vestigios de los *cemíes* y de algunas toscas esculturas cuyo interior estaba adornado y ahora se halla cubierto de concreciones pedregosas.

El vestíbulo, que era espacioso, se estrechaba a 4 o 5 toesas de la entrada y formaba un paso que conducía a una especie de santuario iluminado por un hueco de la bóveda, cuyos restos habían cubierto el suelo.

En los bordes del paso, hay dos estrechas aberturas y algunas tumbas excavadas en la roca. Los costados del templo tienen también en su espesor unas espaciosas estancias, destinadas quizá a los ministros del templo, que mide 150 pies de largo por una altura casi igual.

Los caciques de distintas zonas venían a este lugar, cada año a la cabeza de sus súbditos, para renovar sus homenajes a los dioses de la patria. La idea de los insulares era que el sol y la luna habían perforado la bóveda para iluminar el mundo y que los primeros humanos, habiendo osado imitar su ejemplo, habían sido metamorfoseados por el sol, en ranas, lagartos, pájaros, etc. y los guardianes de la caverna, en piedras.

Así, en su simplicidad, estos hombres desnudos e ignorantes estaban imbuídos de las ideas más orgullosas. Santo Domingo había sido, según ellos, la cuna de la naturaleza y los dos astros que nos iluminan, habían extendido sus primeros rayos sobre los haitianos.

Ellos eran pues, los descendientes de los primeros humanos; en una palabra, todo lo que podía contribuir a sentirse superiores sobre el resto de la humanidad

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tenía cabida en esas cabezas privadas de instrucción, como si la vanidad fuera el patrimonio natural del hombre.

Y este millón de hijos mayores de la naturaleza, de descendientes de una multitud de Prometeos, fue aniquilado para siempre por un puñado de españoles; apenas algunos de sus errores y el recuerdo de su cruel destino, perduran a través de los siglos.

La población actual de Dondon es de alrededor de 600 blancos, 200 libertos y 9,000 esclavos. El pueblo lo componen, según este cálculo, 120 blancos, 50 libertos y 250 esclavos.

Los hombres libres armados son 300. En tiempos de guerra, esta parroquia facilitaba el contingente para la guardia del embarcadero de Caracol; el de Limonade y el puesto de Grand-Carénage de Quartier-Morin.

Ya hemos visto en el capítulo de Sainte-Rose, que Dondon siempre había sido considerado como un lugar importante para la defensa interior de Santo Domingo.

Su pueblo es quizá uno de los puntos de la Isla que hicieron concebir la mayoría de los proyectos. La dificultad de su acceso, la salubridad del aire, todo había hecho pensar al señor de Belzunce que ese lugar reuniría la doble ventaja de conservar la Colonia y los hombres que debían asegurar la primera.

Fue pues cuestión, desde la llegada de este oficial general el disponer de un campamento compuesto por barracones como los del Trou y Sainte-Rose.

Para facilitar este plan, se tuvo la necesidad de un camino adecuado para el transporte y ya dije que se hizo abrir el de la cumbre del Grand-Gilles, de modo que se cumpliría este objetivo. Se ubicó en las dos plantaciones Fleury y Lefebvre, una y ambas en el camino que va del Grand-Gilles al paso de Port.

La primera estaba a cerca de 1,000 toesas al norte del pueblo y Lefebvre a 500 toesas en la parte meridional. Se construyeron almacenes y también se proyectaron dos campamentos más, uno a la entrada de Brochetage y el cuarto cerca del camino del bosque de Porte.

Dondon estaba diseñado para recibir cinco batallones, de los que había llegado una parte y el resto estaba anunciado por el ministro.

Y como esos preparativos interesaban de igual manera entonces a la otra Colonia, porque las dos naciones temían a un enemigo común, se ocuparon ambas partes de hacer del paso de Porte o Saint-Raphaël, una vía apta para coches con la Parte española, para evacuar por su territorio, en caso de retirada forzosa, los almacenes de artillería y víveres y conducirlos hasta las montañas de Mirebalais, desde donde también abrieron una ruta que comunicaba con Port-au-Prince.

Esas distintas empresas fueron muy costosas, independientemente de los trabajos que representaron y un auténtico impuesto para los habitantes; cuando llegó la paz de 1763 se abandonó todo.

Los españoles fueron los primeros en dar ejemplo en lo que respecta al camino de Porte, al que consideraban solamente como un medio para el contrabando y el acercamiento, dos cosas que siempre habían temido más que deseado.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sin embargo, los barracones de Dondon sirvieron para alojar a 242 alemanes o acadios, que fueron enviados allí en noviembre y diciembre de 1764 y enero de 1765 y de los que solo vivían 89 cuando se les envió al Môle el 21 de diciembre de 1765.

Esto sería un argumento contra la salubridad del lugar, si esta pérdida de casi dos tercios en un año hubiera sido la misma para otros que no fueran alemanes, que ya estaban abrumados por los males sufridos en otra Colonia, o acadios, que habían estado expuestos largo tiempo a privaciones y penalidades que sus sentimientos por su patria parecían dictar que se les ahorraran.

Dondon tiene muchas salidas a la llanura. He citado las que le comunican con Sainte-Rose en la descripción de esta última parroquia, con Joli-Trou, Fond-Chevalier, Cormiers y Grand-Gilles; al describir la parroquia de Petite-Anse, hablaré de la que va por Bonnet a l'Évéque. Ya tenemos cinco.

La sexta está en la vertiente oeste de la montaña de Bonnet, en la garganta de Grand-Boucan, parroquia de la Llanura del Norte. Este cañón que comienza en las plantaciones Longuemalle y Besson, tiene 400 toesas de apertura por 1,800 de longitud.

En este punto está la cumbre que separa Grand-Boucan de Vaseux y por consiguiente, la parroquia de Dondon de la de la Llanura del Norte, pero que une los picos de Bonnet con los de Dondon.

Avanzando 200 toesas por Vaseux, el camino se divide y el ramal de la derecha va al cantón de Guille.

En esas 200 toesas y en otras 800 situadas por encima, el camino es sinuoso y termina en un punto donde una especie de cortina transversal de cerca de 10 toesas de altura, une la sierra Bonnet con la que se dirige hacia l'Acul, formando una especie de herradura.

Allí está el precipicio del río Vaseux y 1,200 toesas más lejos, la vía se une al camino grande de Dondon, por encima del campamento Fleury y a 900 toesas por debajo del pueblo. Esta sexta comunicación se llama Porte Saint-Jacques.

Más al oeste de Grand-Boucan y poco más o menos norte sur del centro del pico Gros del Cap, encontramos en el extremo de la planicie, otra vía que pertenece a la parroquia de l'Acul, que es la de la garganta de Mornets y acaba en el cantón del Trou o del Haut du Trou de Dondon.

Las siete comunicaciones de Dondon con la llanura constituyen tanto unos medios de llevar para los productos al Cap, como para traer los avituallamientos que necesita esta ciudad.

Cada habitante elige el camino que más le conviene; por este motivo muchos de ellos envían su producción de café al almacén del embarcadero de Petite-Anse, mientras que otros la hacen llegar directamente al Cap.

Hay personas cuya ocupación consiste en trasladar productos. Las mulas llevan el artículo hasta la entrada de la planicie, donde son recibidos enseguida por las carretas por un precio ya convenido, a tanto el millar o la libra.

El camino más frecuentado del Cap a Dondon es el que lleva también a Sainte-Rose. Después de pasar el transbordador, se rodea, yendo hacia el norte, el fondo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de l'Anse que va del transbordador al embarcadero de Petite-Anse, lo que supone tres cuartos de legua.

De ahí, dirigiéndose al pico Pelé, al sur sudoeste, se hacen dos leguas. Después de haber girado un poco al este para evitar la cumbre Pelé, retomamos el sur sudoeste y el sur hasta el pueblo de Tannerie, lo que supone cerca de legua y media.

Un poco más lejos se entra, a la derecha, a una garganta profunda en la que se recorre una legua por un camino cuya dirección principal es el sudoeste, pero que va tanto al oeste como al sur.

Llegado al pie del cañón Grand-Gilles, se siguen varias rampas para subirla y se llega a la cima, que se encuentra a legua y media hacia el sur sudoeste. Allí empieza Dondon y se llega al pueblo, haciendo cerca de legua y media más, primero al oeste y luego al sur.

El pueblo de Dondon se encuentra pues, por el camino, a ocho leguas del Cap. La iglesia de Dondon, la de Petite-Anse y la batería circular del muelle del Cap, están casi en la misma línea.

El proyecto de una vía de comunicación con la llanura, en coche por la garganta de Bonnet, ahorraría una legua en la distancia actual. Por otro lado, si estuviera en situación de recorrerlo con sillas, habría supuesto menos tiempo y una mayor comodidad. Además sería el camino más directo.

Este proyecto se renovó en 1783; el señor Courrejolles, ingeniero, incluso había empezado a trazarlo; es el que lleva su nombre.

Ahora hay desde el pueblo de Dondon:

A la iglesia del Cap	8 leguas	A la iglesia de Saint-Raphaël	
» de Sainte-Rose . . .	3 "	en la Parte española	3 leguas
» de Petite-Anse	4 ½ "	de St-Michel de l'Atalaye	5 "
» de la Llanura del Norte	5	de Hinche	14 "
» de l'Acul	6	a Santo Domingo	78 "
» de l'Marmelade . . .	6		

En 1782 se estableció una estafeta de correos en el pueblo de Dondon. El correo llegaba y salía una vez a la semana. Había habido un asentamiento parecido a principios de 1763, pero había dejado de funcionar casi inmediatamente después de su creación.

En Dondon se ocurrió una superfetación muy cierta. En 1755 una negra criolla de nombre Dédé, esclava de la señora viuda Hyver, dio a luz dos niños gemelos, un varón mulato y una niña negra, concebidos el mismo día, en el espacio de una hora, por de blanco y un negro, según la confesión de la madre.

El mulato vivió cerca de dos años; la madre y la negrita vivían todavía en 1767 cuando a causa de las dudas manifestadas en la hoja periódica del Cap sobre la superfetación, se constató este hecho.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En 1743 murió en Dondon el padre Le Pers, jesuita valón, el primer misionero encargado del cuidado de esta parroquia, a donde llegó en 1734.

Este padre tenía como primera preocupación el cooperar en el asentamiento de nuevas parroquias. Llegado al Cap el 24 de agosto de 1704, se le encargó al principio la de Limonade, que le debe su crecimiento.

Provocó enseguida su desmembramiento para formar la del Trou, que regentó e influyó sucesivamente en la fundación de las de Fort-Dauphin y Terrier-Rouge.

Sencillo en su apariencia, solitario, de una sobriedad extrema, animado por un celo apostólico cuyos principales destinatarios eran los negros, el padre Le Pers no tenía de mundano más que el amor por la botánica y por conocer la historia del país al que había venido a vivir.

Encontró además antiguos colonos que habían sido ellos mismos o por lo menos habían conocido, a los fundadores de la Colonia francesa y redactó unas memorias que envió a su hermano de la Compañía, el padre Charlevoix, con el que había estudiado teología.

Con la ayuda de ese material, al que el editor añadió el fruto de sus pesquisas en el depósito, todavía muy valioso, de los archivos coloniales que había en Versalles. El padre Charlevoix publicó en 1730 los dos volúmenes in-4° de la *Historia de Santo Domingo*, tan justamente apreciada.

Fue al ver esta obra, cuando el padre Le Pers, que no encontraba suficientemente amplia la parte de historia natural, tomó la decisión de dedicarse al estudio de la botánica.

Cayó en sus manos un ejemplar de la obra de Tournefort, lo que acabó de decidirle y, desde entonces, todo el tiempo que le dejaban libre los deberes de su estado lo empleaba en la herboristería.

Por esta pasión olvidaba incluso, la necesidad de comer y su criado negro se veía obligado a recordárselo muchas veces durante sus incursiones.

La naturaleza del suelo de Dondon, la configuración de ese lugar, su temperatura, todo persuadía al padre Le Pers de que sus investigaciones serían fructíferas; pidió pues y obtuvo el ser párroco de Dondon.

Pero las mismas ventajas que tenía el enclave para su empeño, se convirtieron en nefastas para el padre Le Pers; acostumbrado desde hacía más de treinta años a unos calores que no encontraba en Dondon, murió en 1743 a los 59 años, dejando multitud de escritos sobre las plantas de Santo Domingo que el médico del Rey, Poupée Desportes, que se encontraba a su muerte cerca de él, recogió con el beneplácito del superior de la misión, con la promesa de utilizarlos en sus publicaciones sobre la botánica colonial.

No hay duda de que esos escritos ayudaron mucho a este médico cuando en 1770 publicó su obra bajo el título *Maladies de Saint-Domingue*, en los capítulos que tratan de historia natural.

Parece que sea patrimonio de los párrocos de Dondon el estudio de la botánica, ya que el actual está completamente volcado en ella. El señor abad de la Haye publicó en 1788, el prospecto de un libro cuyo título es *Florindie (Flore Indienne), o Histoire phsico-économique des végétaux de la Torride*, fruto de sus largos y valiosos trabajos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Este laborioso eclesiástico publicó también en 1781, un tratado sobre la panificación de muchas raíces con el título *L'Art de convertir les Vivres en pain sans mélange de farine*, de la imprenta del Cap francés.

Así, les deberemos a los párrocos de Dondon el habernos hecho conocer, uno la historia de la Colonia más importante y el otro la de las riquezas con que llenó la naturaleza el reino vegetal; si asociamos a los dos al más justo reconocimiento, su reputación irá ligada a la idea de interés por el lugar que tuvieron como residencia.

El señor abad de la Haye está además (así como el señor Prieur, uno de los mejores habitantes de Dondon) entre los agricultores de la Parte del Norte a los que se les entregaron plantas y granos de las Indias orientales, enviados por orden del ministro, desde l'Isle de France a Cayenne, a la Martinique y a Santo Domingo, en el navío *l'Alexandre*, al mando del señor Mothais de la Chataignerie, que arribó al Cap el 14 de julio de 1783.

¡Ojalá consigan con sus cuidados y los de otros colonos que se repartieron ese depósito, naturalizar esos vegetales tan valiosos y asociar así a la más hermosa de las Antillas con los favores que el Creador ha derramado tan lejos de ella!

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

X

Parroquia de Marmelade

El nombre de Marmelade que esta parroquia lleva, es el de uno de sus cantones, que antaño dependía de la parroquia de Dondon. Se lo habían puesto los habitantes de otras zonas de esta última como señal de desprecio, por las lluvias excesivas que hacían de su suelo una especie de papilla o mermelada.

La designación de Marmelade como parroquia se remonta solamente al 25 de noviembre de 1773; se hizo por medio de una ordenanza de los Administradores que, como hemos visto en el capítulo de Dondon, había cedido el cantón de Haut du Trou de esta última a la nueva parroquia.

Pero las reclamaciones de los habitantes de Dondon y más aún el tratado de las fronteras entre Francia y España, provocaron dos nuevas ordenanzas del 11 y del 14 de julio de 1776.

En una, el Haut du Trou era restituído a Dondon y en la otra, Marmelade adquiría el nuevo cantón de Ennery, que había sido considerado anteriormente como parte de las posesiones españolas.

Tal y como es ahora la parroquia de Marmelade, limita al norte con la parroquia de l'Acul y de Limbé; al este con Dondon; al sur con la frontera española, desde la pirámide no. 97, que comparte con la parroquia de Dondon, hasta la pirámide no. 125, que le pertenece y también a la parroquia de Gonaïves y al oeste con las parroquias de Gonaïves, Plaisance y Limbé.

Marmelade se compone de tres cantones principales, de los que uno es Marmelade propiamente dicho, el de Soufrière a septentrión y el de Ennery a mediodía.

Luego el cantón de Marmelade se subdivide en el de Marmelade, Plateau-la-Vallée, Corail y Tête-a-Boeuf. El de Soufrière tiene también una zona llamada el río Dorée.

Generalmente el suelo de esta parroquia es muy elevado y montañoso, especialmente en el cantón de Soufrière. Su naturaleza no es la misma en todas partes; con todo, las tierras calizas son las más comunes, con excepción del cantón de Soufrière, donde las tierras arcillosas dominan en gran proporción.

En otras parroquias no se dan las variedades de clima que hay en las diferentes partes de esta. La temperatura del aire, en la parte llamada Marmelade, se parece a la que gozan las provincias interiores de Francia hacia el final de un hermoso mes de mayo.

En los seis meses que van de octubre a abril, el termómetro de Réaumur desciende hasta los 9 grados bajo cero al alba y solo sube hasta los 16 grados hacia el mediodía. En los otros seis meses llega hasta los 24 grados durante el día y baja por la noche a 20.

Es raro que en los días de la canícula de los años más calientes alcance los 27 grados. Aquí no se conocen tampoco los calores excesivos, que vuelven tan fatigosas las noches de verano hasta en las provincias del norte de Francia y casi no se puede prescindir de una manta de algodón.

La lluvias son abundantes en este cantón, cuya cantidad media se puede calcular en 100 pulgadas. Truena mucho en verano y el rayo causa frecuentes y enojosos accidentes que deberían llevar a imitar el ejemplo del señor Kerdisien de Tremais, comisario general de la marina y antiguo ordenante del Cap, que puso pararrayos en los edificios de su plantación.

Pero estas tormentas no se dan sino en verano; como a menudo no tienen lugar más que en la tarde y solo duran unas horas, no entorpecen el disfrutar de un cielo muy hermoso, privilegio que se mantiene durante los vientos del norte.

Efectivamente, estos dejan intervalos de varios días en los que se ven pocas nubes, casi nunca nieblas y hacen que el aire sea muy saludable.

Las tierras del cantón de Marmelade son muy fértiles en general. En el de Soufrière lo son menos. Las lluvias y las nieblas son allí tan frecuentes y la inclinación de las montañas al horizonte es tan grande, que su suelo, arcilloso en casi todas partes, no pude calentarse lo suficiente con los rayos del sol; es estéril en muchos sitios y generalmente poco productivo.

La temperatura de Soufrière es a veces bastante fría hasta en agosto, tanto como para que en la hermosa y agradable casa del señor Esteve, antiguo senescal del Cap, en su plantación del río Dorée, veamos brillar con gusto el fuego en las chimeneas que hizo construir.

En el cantón de Ennery, llamado así en honor del gobernador general que cerró el tratado de las fronteras de 1776, por el que el cantón se convirtió en francés, llueve mucho menos que en Marmelade y se sufre un calor sofocante que se atribuye a la vecindad de las sabanas españolas. Este calor perjudicial para la vegetación, parece aumentar todavía más a causa de los desmontes.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En general, las tierras de la parroquia de Marmelade son adecuadas para el cultivo de la moca, el único que realizan, ya que el del índigo se intentó, con el resultado de que aprendieron que había que dejarlo para en su lugar plantar también mocas. Quizá la naturaleza seca de su temperatura debería haberles incentivado a intentar cultivar el algodón.

Las legumbres de todo tipo se dan muy bien en todas las tierras de la parroquia, bien entendido que renuevan a menudo las semillas. Las frutas propias del país y en general las de los climas calientes, son muy buenas aquí, en especial la naranja.

No son lo mismo que en las zonas templadas; degeneran deprisa al igual que las flores, aunque se esmeren en cuidarlas, a no ser en la plantación del señor Chevalier Puilboreau, de la que hablo en el capítulo de Plaisance.

Se ven privados de los recursos de la caza y la pesca, sin que puedan resarcirse con las aves, que no pueden aclimatarse a un medio lluvioso como es el caso de las ovejas.

Cortan la extensión de la parroquia en distintos sentidos, infinidad de cascadas cuyas aguas son muy buenas. Hay tres principales que no son sino pequeños torrentes aunque se les llame ríos.

Se les conoce como río de Dondon, río de Marmelade y río Dorée. El primero nace en la plantación le Maître, en el cantón de Marmelade, el segundo en la plantación Paparel y el tercero en la propiedad de los herederos Dupuy, en Soufrière.

Estos dos últimos van a desaguar al torrente Grande de Limbé, en el punto donde hay una islita que la dirección de los dos ríos ha hecho que se llame el islote de la esquina.

No hay estudios que describan con precisión la mineralogía de la parroquia de Marmelade que, sin embargo, es rica en cobre y en sustancias sulfurosas. La misma nomenclatura de ciertos lugares de la parroquia lo prueba; Soufrière se llama así porque a veces se ven vapores sulfurosos elevarse del suelo.

El nombre del río Dorée se inspiró en la apariencia de las piedras de su cauce, que contiene piritas brillantes de un amarillo dorado. Además hay que recalcar que el señor Paparel llevaba un par de hebillas de zapato hechas con el cobre recogido en sus plantaciones de Soufrière.

La población total de Marmelade es de 500 blancos, 150 libertos y cerca de 7,000 negros, distribuidos en 165 cafetales, 30 lugares de víveres, un horno de cal y un hato.

La milicia tiene 220 hombres armados.

La iglesia de Marmelade que es de madera y muy bonita, tiene alrededor de 80 pies de largo. Su patrona es Santa Marta que era la misma de la señora Paparel, benefactora de este templo.

Se levantó en un punto del cantón de Marmelade, en un terreno antaño dependiente de la plantación Favereau y bastante céntrico. El correo del Cap llega una vez a la semana.

Hay un sustituto del procurador del Rey de la senescalía del Cap en Marmelade, donde está a cargo del reglamento; también un oficial de justicia, un cabo y cuatro arqueros de la gendarmería.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La parroquia de Marmelade tiene muchas vías de comunicación. La principal es el camino que la atraviesa viniendo de Dondon, que confluye en la cuenca de Plaisance con las vías para coches que la reunión de los dos Consejos, el del Cap y el de Port-au-Prince, obligó por fin a efectuar.

Este camino de Marmelade se había comenzado en 1762, a petición del señor vizconde de Belzunce, bajo la administración de los señores de Bory y de Clugny. El objetivo principal que se proponían era establecer entre la Parte del Norte y la del Oeste, una comunicación exenta del inconveniente de resultar impracticable por las riadas.

Este trabajo había sido abandonado desde 1763, época de la muerte del señor Belzunce, hasta 1787. Está de más decir que en Marmelade, así como en Dondon, este camino solamente se puede hacer a caballo.

Esta vía tiene una salida hacia el Cap, recorriendo desde Soufrière cerca de seis leguas de largo a causa de sus sinuosidades, para ganar el Haut du Trou de Dondon, desde donde se expande en la llanura por la garganta de Mornets.

El cañón de Périgourdins que acaba en la plantación Paparel, formando la separación del cantón de Marmelade propiamente dicho y del de Soufrière de Dondon, que comunica por una cresta de picos muy seguida hasta el corte de Limbé, proporciona un camino más hacia l'Acul y el Cap.

Esta vía tiene cinco leguas de largo a causa de su trazado y va a encontrarse con el gran camino Belzunce a una legua de la plantación Paparel.

Hay además una comunicación entre el cantón de Ennery y Gonaïves que muchas propiedades de este primer lugar, muy alejado de cualquier embarcadero, prefieren para transportar sus productos.

Por último el señor Ollier, habitante del cantón del río Dorée, que había obtenido el permiso de hacerse un camino que acaba en el islote de esquina de Limbé, tuvo que resignarse a que fuera público cuando muchas personas se apropiaron de él para usarlo también.

De la iglesia de Marmelade hay:

A la de Plaisance. . . . 8 leguas A la de Dondon. . . . . 3 leguas
" del Cap. . . . . 12 "

En el cantón de Ennery y por consiguiente en la parroquia de Marmelade, el señor Brulley, antes sustituto del procurador general en el Consejo Superior del Cap, trabajaba desde 1785 para establecer una nopalería y crear una factoría para procesar la materia necesaria que proporcionara la tonalidad resplandeciente que produce el insecto mejicano.

No se puede pronunciar la palabra cochinilla en lo que respecta a Santo Domingo, sin despertar el recuerdo del señor Thiery de Menonville; nada más arrebatarle a México la cochinilla mixteca, corriendo grandes peligros, esta murió en Port-au-Prince, poco después que él.

Pero esta vez era con la cochinilla silvestre con la que ensayaban el señor Brulley y otras personas y la que era el objetivo de su nopalería.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El señor Brulley había enviado en 1787, al ministro de marina, muestras de cochinilla recogidas por él en su plantación; se sometieron al examen de l'Academie de Sciences de París.

Del informe hecho por ésta se deduce que las preparaciones del señor Brulley habían alterado la calidad de la cochinilla; que la tonalidad de la que no estaba preparada se aproximaba a la de la cochinilla mejicana.

Sin embargo este resultado de la primera intentona se encontró tan interesante, que el Rey concedió al señor Brulley 3,000 libras a título de gratificación a cargo de la caja municipal, con la recomendación a los Administradores de publicar esta subvención por medio de la gaceta, con el fin de incentivar el interés de los habitantes.

Fue pues un poderoso motivo para que el mismo señor Brulley continuara con sus trabajos, cuyo éxito tendrá en Santo Domingo un nuevo modelo de utilidad, concediéndole al que lo obtuviera, un lugar de honor entre los hombres que señala el reconocimiento público en esta brillante Colonia.

Seguramente nadie espera saber que Marmelade fue el lugar que se había escogido para hacer fructificar las teorías del magnetismo, adecuadas como en Europa a las opiniones de los que las propagaban.

Aparecieron en Marmelade acompañadas de farsantes iluminados, de enojosas escenas de los convulsionados y de los abusos de la profanación, porque se querían obtener beneficios de la estafa.

El Consejo Superior del Cap había amenazado en vano a los sectarios de esta peligrosa doctrina con un decreto del 16 de mayo de 1786.

Un tal Jérome o Poteu, mulato, con la ayuda de Télémaque, negro, no dejó por ello de despojar a los esclavos, iniciándolos en los quiméricos misterios en asambleas nocturnas que se reunían en sitios apartados y que atraían a multitud de estos hombres débiles y supersticiosos.

Superior a ellos y dándose cuenta de su credulidad, Jérome les vendía *maman-bila* (pequeñas piedras calizas) contenidas en sacos llamados *fonda*; granos rojos y negros de una especie de acacia a los que llamado *poto*; pero sobre todo bastones denominados *mayombo*, en los que se introducía polvo de *maman-bila* por medio de una varilla, lo que le concedía la virtud de luchar, sin peligro para él, con otro negro cuyo bastón no tuviera *mayombo*.

Jérome se contentaba con una gorda por *poto*, pero hacían falta cuatro para un *mayombo*. Se rodeaba de segundones que aleccionaban a la gente en su nombre y le daban la mitad de sus ganancias; todos decían que iban por libre.

Jérome fue condenado a galeras a perpetuidad en un decreto del Consejo de Santo Domingo el 13 de noviembre de 1787; se creyó que su discípulo Télémaque estaría suficientemente castigado si se le dejaba a su lado mientras estuviera expuesto en la picota del mercado ambulante de Clugny al Cap; daría un clamoroso ejemplo de la impotencia de sus prácticas para escapar a las penas con que la justicia debería siempre hacer pagar la charlatanería desvergonzada.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Distrito del Cap

XI

Parroquia de Petite-Anse

Se sabe que esta parroquia, establecida en 1670, era ya grande antes del ataque de los ingleses aliados a los españoles en 1695, en el que su iglesia fue destruida, lo mismo que el resto de asentamientos.

En 1697, se construyó otra pequeña de madera cubierta de paja. El infortunio que siempre nos devuelve hacia el poder infinito que rige el Universo, conducía al hombre a este recinto. Los registros más antiguos de esta parroquia son del mismo 1697.

La parroquia de Petite-Anse tiene por límites:

1° Al norte, la parroquia de Quartier-Morin, siguiendo el curso del torrente de Sables que se convierte en el río Any y que va a desaguar en el río Galisset o de Haut du Cap, a 1,500 toesas de la desembocadura de este último, en línea recta, lo que hace que este límite norte esté formado por un trazo que va realmente del sudeste al nordeste.

2° Al este, todavía por la parroquia de Quartier-Morin, por medio del gran camino que les sirve a las plantaciones de lo alto de la parroquia para hacer transportar sus productos al embarcadero de Petite-Anse, desde el punto en que este camino se junta con el torrente de Sables hasta donde, considerado como prolongación al sur, iría al encuentro de la cima de la sierra de Grand-Gilles, salvo la zona en que este límite entre Petite-Anse y Quartier-Morin deja el camino para pasar sobre el pico Pelé.

3° Al sudeste, por la sierra de Grand-Gilles hasta que esta se encuentra con las montañas de Bonnet, que separan la parroquia de Petite-Anse de la de Dondon al sur.

4° Al oeste, por la parroquia de la Llanura del Norte, primero por medio de un contrafuerte de la montaña Bonnet, dirigida hacia el norte y que comparten las dos parroquias, una al este y otra al oeste; luego por el torrente Matteaux hasta su desembocadura en el río de Haut du Cap.

Después por la orilla oriental de este último, hasta el punto en que el río Any desagua y donde la parroquia de Petite-Anse encuentra la parroquia de Quartier-Morin. La orilla del oeste, es la parroquia del Cap que la sigue paralelamente desde el Haut du Cap hasta el punto que corresponde en la orilla izquierda, en la desembocadura del río Any.

Los mismos límites de esta parroquia prueban que su nombre no le conviene, porque ya no tiene como antaño, la ensenada que forma el fondo de la bahía del Cap y ya no roza el mar por ningún lado.

La mayor parte del territorio de Petite-Anse es llano y se subdivide en los cantones de Haut du Cap, Perches y Bonnet, mientras que la parte montañosa solo tiene uno llamado Bonnet à l'Évêque.

Lo que en esta parroquia se considera como cantón de Haut du Cap, no es realmente más que la parte de este último que está en la margen derecha del río de Galisset.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esta zona tiene dos o tres plantaciones de caña, dos talleres de tejas y ladrillo y una destilería de tafia situadas entre el camino que llega al paso de Haut du Cap, al río del mismo nombre y a la desembocadura del río Any.

El cantón de Perches es el que, teniendo el río de su nombre en el centro de su longitud, dispone del río de Haut du Cap al oeste y al norte, donde hace un recodo y un torrente al este.

El sobrante de la planicie es llamado Petite-Anse, a excepción de la parte superior que se conoce con el nombre de Bonnet o Bonnet à l'Évêque.

La parroquia de Petite-Anse gozaba antaño de la fama de una fertilidad que hoy ha menguado. Generalmente la tierra es fuerte y arcillosa; el agua la cubre sin penetrarla.

Contamos 32 plantaciones de caña, de las que las siete de primera clase producen anualmente en sus ingenios dos millones de azúcar blanca, siete de segunda clase dan millón y medio; dieciséis elaborán un millón y medio y una fabrica doscientos millares en bruto.

En la primera clase están incluidas las tres plantaciones de caña del marqués de Galisset, llamadas *Plantes, la Grande-Place* y *la Gossette*. No hay ninguna plantación de la Colonia francesa tan conocida como las de la familia Galisset, que se las debe a su fundador, gobernador del Cap desde finales del siglo anterior y a quien este cargo no ha impedido extender y ampliar sus dominios.

Ello tampoco fue óbice para la influencia que tuvo en la distribución de los fondos correspondientes a los colonos de Santo Domingo que habían marchado, como él, al sitio de Cartagena.

El señor de Galisset poseía todavía en 1716 más de doscientos cuadrados de tierra solamente en Petite-Anse. Estas plantaciones, digo, son muy conocidas porque han dado lugar a dos expresiones populares.

Una, para referirse a que algo es muy dulce, dice: *dulce como el azúcar de Galisset*; la otra, para describir la felicidad: *feliz como un negro de Galisset*; esta última contiene el elogio mayor para el colono que logra hacer de la salida de la esclavitud un estado que muchos hombres libres envidiarían; también para los representantes de ese propietario cuyas intenciones bienhechoras secundan tan bien, aunque manifestadas desde una distancia de cerca de dos mil leguas, ya que reside en Francia.

Debemos también alabar a los habitantes de esta parroquia por haber concebido y realizado el proyecto de sacar del río Grande una cantidad de agua que corría sin utilidad, para emplearla en mover los molinos de sus plantaciones de caña.

Esta empresa estuvo tan bien hecha que aquí figuran los detalles más interesantes.

Tuvo como principal artífice al señor marqués de Choiseul Praslin, propietario de Petite-Anse, donde residía y que, reunido con otros propietarios, envió a los Administradores el 22 de febrero de 1742, un memorándum donde explicaba que el agua del río Grande excedía las necesidades de los ribereños en las parroquias de Limonade y Quartier-Morin.

Que una parte de los de Limonade, al mismo tiempo ribereños del Fossé, encontraban en este último los medios para los molinos de agua, porque el agua

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

del molino del primer ribereño de Limonade, tomada en el río Grande y vertida en el Fossé, lo había aumentado tan considerablemente como para hacerles temer riadas.

Que los otros ribereños de la derecha, en número de siete, no necesitaban más que el agua necesaria para dos molinos, ya que la caída permitía a muchos utilizar la misma agua alternando el primero con el tercero y el segundo con el cuarto.

Que la orilla izquierda no tenía más que seis plantaciones que no podrían aprovechar la empresa proyectada porque tenían suficiente con el agua de los dos molinos.

El señor Fauconier, añade el memorándum, evaluando el río Grande el 24 de enero de 1742 después de largas sequías, encontró tal cantidad de agua que, aunque dedujere la que necesitarían los ribereños si la quisieran en todos sus molinos, habría más de un 9% del caudal que no se estaría empleando.

Los autores no pedían sino el 7% de ese remanente para hacer funcionar 21 molinos en Quartier-Morin y Petite-Anse, en plantaciones que no eran ribereñas.

He aquí cómo debía ser la distribución del agua. Primero, la de un molino debía tomarse en el torrente Mapou (que ya describí en la página 234 como desembocando en el mar al este del embarcadero de Petite-Anse) y ser suficiente para todos sus ribereños.

Luego, un canal que llevaría el agua a 4 molinos, debería ceder un cuarto a la plantación hoy de Fournier de Bellevue (de Quartier-Morin) y otro cuarto a la plantación Brossard; ambas plantaciones deberían verter el agua, sin haberla utilizado, en la cascada Sables para el uso de los ribereños de esta.

Un tercer cuarto debería abastecer sucesivamente a cuatro plantaciones; finalmente el último cuarto debería aprovechar a seis propiedades y conducido luego al río de Haut du Cap, de modo que este río habría recibido realmente toda el agua del canal, porque la cascada Sables se convierte, en su parte inferior, en el río Any y, como hemos visto, desagua en el río Haut du Cap.

Para que su petición tuviera más credibilidad, para adelantarse a todas las objeciones y esquivar todos los obstáculos, los promotores de la petición se comprometían, en caso de sequía, a bajar sus esclusas y entregar a los ribereños el agua que hubieran conseguido para sus molinos.

Larnage y Maillart conocían muy bien la manera de emplear el agua; se habían empeñado en concienciar sobre ello como para no estar de acuerdo y la suscribieron mediante una ordenanza del 9 del mismo mes de febrero de 1742.

Esta ordenanza extiende a todos los demás habitantes y no solamente a los que se reunieron para el proyecto, el permiso para hacer incursiones y sangrías en el río Grande bajo las condiciones del memorándum y se compromete a sufragar el paso de canoas.

Entre los peticionarios de los 21 molinos, 17 de los interesados redactaron un reglamento[41] para determinar los trabajos comunales, las exploraciones, los puentes, los acueductos y la contribución de cada uno.

[41] Véanse *Lois de Sainte-Domingue*, t. 3, p. 685.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se hizo hincapié en la obligación de bajar las esclusas cuando no hubiera agua suficiente en el río Grande para subvenir a las necesidades de los ribereños, que deben tener prioridad en este punto; para sortear los inconvenientes de una discusión, las esclusas deben bajarse al primer aviso del vigilante de la esclusa. Este reglamento fue aprobado por los Administradores el 22 de abril de 1742.

Los trabajos comenzaron muy poco después y se hizo una toma de agua en la orilla izquierda del río Grande por encima del pueblo de Tannerie, en un terreno que los interesados habían comprado recientemente.

Como el señor de Grandpré y otros habitantes se opusieron al paso de canoas, un edicto de los Administradores del 9 de julio de 1745, les obligó a este servicio en cierto modo público, previa adecuada indemnización, como figuraba en el propio reglamento de los interesados y a no achicar las aguas de un pantano situado en la plantación Grandpré.

La toma de agua de Tannerie, al ser más alta que la de la plantación Carbon, ahora Bullet, la primera de todas las que se hicieron en el río Grande, provocaba las quejas del señor de Carbon de que los interesados de Petite-Anse no dejaban en el río el agua necesaria para su molino y destruyó el dique que habían levantado.

Esta actuación fue considerada como un hecho consumado y dio lugar, el 3 de febrero de 1749, a dos edictos de los Administradores.

El primero concedía al señor de Carbon el uso y disfrute del agua necesaria para su molino, con una esclusa hecha de manera que no pudieran pasar bajo la rueda de su molino más que 312 pulgadas y 4 cuadrados de agua por minuto, a menos que los interesados consideraran que era mejor disminuir su gasto, de modo que el molino Carbon tuviera suficiente con una cantidad menor.

El segundo edicto condenó a los señores de Carbon a pagar el valor del dique.

Estos son los primeros hechos relativos a la empresa de los molinos de Petite-Anse, cuya ratificación por parte del Rey solicitaron vivamente los señores de Choiseul y Galisset.

Pero el ministro había consultado a los señores de Larnage y Maillart y estos fueron de la opinión, según su carta del 16 de marzo de 1746, de esperar a que la empresa fuera completamente realizada.

Esto último no ha sucedido todavía y además los interesados de Petite-Anse tienen, en este momento, detractores y querellas.

Los ribereños de Quartier-Morin, en el río Grande, finalmente salieron de su letargo y se reunieron y sindicaron para obtener el uso y disfrute del agua, que consideraban como un derecho natural por la situación de sus tierras.

Los interesados de Petite-Anse, proclamaron el 22 de diciembre de 1777, que su síndico les defendería contra la demanda del señor Barré de Saint-Venant, síndico de Quartier-Morin. Aquí tenemos el primer conflicto, que todavía subsiste.

Los religiosos de la Caridad del Cap, los señores Lefebvre, Decourt de la Tonnelle y Brossard, exigieron que el agua del Mapou, comprada el 13 de abril de 1751 por los señores de Gabriac y la señora Desglaireaux, no pudiera ser empleada en el riego por estos, sino que fuera puesta en un canal donde, después de haber

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

servido al molino, si los señores de Gabriac tuvieran a bien construir uno, pudiera ir sucesivamente a las propiedades de los reclamantes, que ofrecían pagar los gastos ocasionados por el proyecto.

Esta demanda fue acogida por un edicto de los Administradores del 26 de marzo de 1779, que dio lugar a una reclamación, que todavía subsiste, al Consejo de Despachos donde los interesados de Petite-Anse se querellaron contra la señora de Gabriac y no obedecieron un edicto del 24 de abril de 1754 que permitió a los Gabriac emplear el agua para regar, porque les venía muy bien que aumentara el número de los que contribuirían a los gastos.

Examinemos ahora la dificultad en sí misma. Siguiendo el memorándum del 9 de febrero de 1742, el Fossé, aumentado por el vaciado del molino del señor de Carbon, podía proporcionar molinos a sus ribereños; es un hecho probado que 7 plantaciones deben realmente sus molinos a esta reunión.

El memorándum adelantaba que 21 molinos serían el resultado de la asociación, además de otros cuatro que podrían agenciarse, por el mismo canal, los ribereños del oeste, desde Tannerie hasta la plantación Nugent, lo que sumaría 25 molinos.

Que el agua de un molino sito en el Mapou, bastaría para los ribereños (que eran 15) ya que podría abastecer a 40.

Que el agua dejada en el río Grande sería suficiente y además quedaría mucho excedente para los 6 ribereños de Limonade que no lo eran del Fossé y para cinco más situados por debajo de la plantación Nugent, lo que llevaba el número de posibles molinos a 51. De esos 51, solamente hay 9 que sean consecuencia del canal de los interesados.

Además, solamente se ve uno en Limonade y otro en Quartier-Morin, en las dos plantaciones ribereñas de la desembocadura del río Grande; hay pues un déficit de 40 molinos.

Si contamos con la sustitución de los 15 de las orillas del Mapou y el riego de la plantación Gabriac, faltan todavía realmente 25 molinos, de los que 12 pertenecerían a los ribereños de Limonade y de Quartier-Morin.

Según el memorándum, la cantidad de agua que volvería a esos ribereños, espera en el río que quieren utilizar, pero esta afirmación está sólidamente desmentida.

Porque el 29 de marzo de 1786, el señor de la Valtrière, segundo comandante interino de la Parte del Norte, se trasladó a la zona a causa de las clamorosas quejas de los ribereños y se dio cuenta que no pasaba por el cauce ni una gota de agua, ni siquiera para abrevar a los animales.

En consecuencia ordenó que el requerimiento hecho por los ribereños el mismo día fuera ejecutado y que no se abriría la esclusa más que una pulgada.

Los interesados, creyendo sin duda que el desecamiento del río era producido por otras causas que no eran su toma de agua, pidieron la visita así como tomas de agua es las plantaciones Duplaa y Fournier de Bellevue.

El juez del Cap, como comisario del Tribunal de Tierras, acudió; el ingeniero hidráulico Verret actuó y como resultado de su verificación concluyó que el río Grande contenía en total en 1786 1,519 pulgadas de agua por minuto.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Que de esta cantidad, los interesados de Petite-Anse tomaban 927 y el molino Carbon 317, de lo que se deducía que los ribereños no disponían de más de 230 pulgadas de agua.

Según ese informe, vemos que los interesados toman, en la época en que el agua escasea, cerca de dos tercios de la que contiene el río, en lugar de alrededor de un octavo como decía su memorándum de 1742 y los ribereños no disponen sino de un quinto en lugar de los siete octavos que ponía en el documento. Hay que confesar que los interesados no tienen la esperanza de que prevalezcan los resultados de Fauconier sobre los de Verret.

De acuerdo con los de este último, los ribereños expusieron que ese estado de cosas no podía ser tolerado, porque los que no habían querido que un excedente despojara a los otros, lo habían conseguido provisionalmente del señor de la Valière el 22 de abril de 1786.

Desde ahora el derecho de hacer bajar las palas de las esclusas se ejercería, no en la toma de agua de Tannerie, sino en el canal de distribución de la plantación Cadush y Barré.

De esta manera, la propiedad l'Héritiér, ribereña, no se vería privada de agua; que si la restitución del agua se hiciera por debajo de la toma de Carbon, esta no podría absorber lo que la esclusa de Tannerie le reenviaría si estuviera cerrada y que si la esclusa de abajo estuviera donde un ribereño de Quartier-Morin, estaría vigilada, ya que el encargado de la de Tannerie, al estar pagado por los interesados de Petite-Anse, sería quizá proclive a favorecerlos.

De esta manera, sin ponernos a averiguar si es mejor la presencia de un ribereño o de un primer instalador, sin evaluar el alcance de la sumisión de los suscriptores de 1742, al entregar el agua de sus molinos a los ribereños si estos la necesitaban, siempre quedará en evidencia que su proyecto no tiene, ni de lejos, todas las ventajas que figuraban en su borrador.

Es imposible que tantos intereses encontrados no lleven a una acción general para fijar lo que cada uno debe y puede esperar.

Pero si la ejecución de esta operación destruía alguno de los ocho molinos que están en la misma parroquia y que son debidos a la asociación de 1742, no se podrían rechazar las justas quejas de los que no gozarían ya del resultado que sus desvelos y esfuerzos les habían hecho merecer.

La parroquia de Petite-Anse tiene un molino de más que los que se deben al río Grande. Está en la plantación Clairfont, antaño Asselin. Su agua, procedente del río Matteux, se vierte en el torrente de Perches y en consecuencia también en el río de Haut du Cap.

En la zona llana de Petite-Anse encontramos 4 factorías de añil; hay un hato en su extremo.

La iglesia de Petite-Anse está situada al norte de la mayor plantación de caña de Galisset y como todos los templos, más cerca de lo que es plano que de la montaña.

Una línea trazada norte sur desde esta iglesia hasta el Cap, se encontraría con la punta sur de la batería circular que está en el muelle de esa ciudad.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Está parroquia estuvo siempre bajo la advocación de la Inmaculada Concepción de la Virgen. También tengo en mi poder el expediente de su iglesia, que se hizo el 3 de mayo de 1688 por mandato del señor de Cussy.

Se constataba que era muy pobre y tan desprovista como la de Quartier-Morin, aunque en esa época fue *levantada de nuevo y rodeada de empalizadas; pero el cementerio estaba cubierto de hierbas y sin cerrar y el presbiterio totalmente en ruinas*: es lo que atestiguan Michel de Calais, padre *capuchino indignado*, encargado de la susodicha iglesia; Macé, *tesorero*, el procurador del Rey y el escribano forense de la senescalía del Cap.

La iglesia actual de Petite-Anse fue durante mucho tiempo una de las más bellas de la dependencia del Cap. Es de mampostería; la primera piedra la puso el 20 de mayo de 1720, el señor marqués de Sorel, gobernador general de la Colonia, pero no se terminó hasta después de 1730.

Tuvo como párroco durante cerca de veinte años al padre Margat, del que hablo en la descripción del Cap.

La zona montañosa de la parroquia de Petite-Anse tomó su nombre de Bonnet à l'Évêque, de la configuración de una de las cimas de la cordillera que la limita al sur y que depende de la primera del Cibao.

Esta cumbre tiene, en efecto, dos puntas como las de una mitra y es una referencia para los marinos que entran en la bahía del Cap, que tiene enfrente y al sur.

El alto de la sección de esta montaña es de piedra caliza, aunque se encuentran algunos granitos esparcidos; la parte baja es de roca viva con partes de granito.

Encontramos por doquier pruebas de la acción del aire, del agua y de temblores de tierra en las excavaciones y cesuras.

Los estrechamientos de esta montaña forman una garganta que se comunica con la llanura que comienza en el extremo de esta en la plantación Benac; se recorren cerca de 800 toesas por una suave pendiente, que se acaba por la derecha con una escarpadura cortada a pico y por la izquierda con pequeños montículos.

En este espacio hacia el nordeste encontramos, en la parte baja de una pila de peñascos, un manantial límpido, cuya agua fluye en cascadas en la salida de una cuenca de alrededor de 3 pies cúbicos y va a mezclarse con el torrente Sables.

El señor Henry, cuando trabajaba en 1786 en el trazado de un camino en la montaña de Bonnet, observó a más o menos a 15 toesas del manantial, que todo lo que estaba sumergido en su agua estaba plagado de incrustaciones.

Los vegetales conservaban sus formas y hasta sus colores a pesar de esa especie de revestimiento del fondo del arroyo, que era tan adherente que los cuerpos solamente se podían retirar en fragmentos rotos.

Esta observación consta en el primer tomo de las *Memoires de la Societé Royale del Cap francés*, in-8°, página 212.

Al final de la garganta se pasa por un terreno cultivado de 300 toesas de largo, cuya pendiente es todavía suave. Limita al oeste con un valle formado por la montaña Bonnet y el torrente Sables.

Tiene poco más o menos 200 toesas en plano inclinado. Desde este punto, se suben cerca de 300 toesas de mal camino a lo largo de la montaña Bonnet, compuesto por cuatro picos y con una longitud de una legua, pasando a través de las puntas de la mitra, que se ven desde la planicie.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

A alrededor de 400 toesas más arriba y a 200 de los asentamientos Renot, Foucher y Choiseul situados en un pequeño valle, encontramos el nacimiento de la garganta de Dondon, por la que se puede ir, a través del territorio de esta última parroquia, a tomar el camino del pueblo, cerca de la plantación Junca.

En las cavidades de los diferentes puntos de esta garganta de Bonnet à l'Évêque, que llaman el camino de los Caraïbes, hallamos fetiches y hachas indias.

La montaña en la parroquia de Petite-Anse tiene 12 cafetales y 25 lugares de víveres.

Vemos en la descripción de la parroquia de Quartier-Morin, que la anterior dispone, desde hace mucho tiempo de dos caminos que la comunican, por un lado con el Cap y por el otro con las parroquias del este, que originalmente no llegaban al Cap sino atravesando ambos caminos.

También se puede ir de Petite-Anse a la parroquia de la Llanura del Norte por el paso de la plantación Pasquier, donde antaño se hallaba un puente del mismo nombre, construido sobre el río de Haut du Cap a alrededor de una legua al sur del pueblo del mismo nombre y en la línea que separa las dos parroquias de Petite-Anse y de la Llanura del Norte. Hace más de veinte años que una riada se llevó este puente.

Otros dos caminos dirigidos norte sur y que se juntan en lo alto de la planicie, conducen a Bonnet y sirven para el transporte de productos al embarcadero de Petite-Anse.

Lo que he comentado acerca de la naturaleza del grueso suelo de Petite-Anse, nos hace pensar que en épocas lluviosas estos caminos deben ser difíciles. Las ruedas de las carretas y los cabriolés se atascan.

Desde que los canales de los interesados de Petite-Anse habían hecho pasar una cantidad de agua al cauce del torrente de Sables, este, cuando se desbordaba, se desparramaba por los terrenos situados a un nivel inferior para el desagüe de los canales y desde allí por el gran camino que los atraviesa.

Se levantaron taludes cuya insuficiencia los volvía inútiles; en 1750, el señor de Vaudreuil ordenó prolongarlo desde la cabeza de la plantación Maisoncelle, hoy Bongars.

En 1752 solo se había realizado una parte de este proyecto, de modo que una ordenanza del 10 de junio conminaba a perfeccionarlo y a emplear el esfuerzo público en el mantenimiento de esta parte del camino.

Las crecidas del torrente Sables, que nace en lo alto de la montaña Bonnet, eran también un obstáculo bastante frecuente; se habló de construir allí un puente, en el punto en que se convierte en el río Any y atraviesa el camino que conduce desde lo alto de la llanura de la parroquia de Petite-Anse, al pueblo del embarcadero del mismo nombre.

Este puente de mampostería se hizo en 1786 y recibió el nombre de puente Maillart, destinado a perpetuar la memoria del intendente que más lo ha merecido en la colonia.

Este puente asegura, por su situación, la comunicación entre las parroquias de Quartier-Morin y de Petite-Anse.

Costó 70,000 libras, de las que los habitantes pagaron la mitad por una contribución voluntaria; la otra mitad salió de la caja municipal.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Las observaciones meteorológicas hechas durante los cuatro últimos meses de 1784 y los años 1785 y 1786 por el señor Odeluc en la plantación Galisset, cercana a la iglesia, pueden servir para conocer la temperatura de esta parroquia, porque la exactitud y el talento del observador le proporcionan una gran credibilidad.

Observaciones de los cuatro últimos meses de 1784

Termómetro de esencia de vino (etanol), expuesto a la sombra en una habitación casi siempre abierta, que solamente tiene celosías y orientada al norte.

Mayor calor a la sombra (que se da el 11 de septiembre a mediodía) ..... 27°
Menor calor (el 23 de diciembre antes del alba) ..... 14°
Diferencia..... 13°
Calor medio .....21° ½

Lluvia recogida en un cajón de hierro blanco, de un pie cúbico, graduado y llevado en un pedestal, con una altura de apoyo y aislado..... 13 pulgadas y 11 líneas

Evaporación calculada en un cajón de hierro blanco de ocho pulgadas cuadradas y cinco de profundidad, graduado y puesto en un cajón de madera lleno de tierra ..... 25 pulgadas y 5 líneas y media

Así la evaporación ha excedido a la lluvia en ..... 11 pulgadas y 6 líneas y media

Temperatura

	días lluviosos
Septiembre de 1784. Caliente y húmedo.....	10
Octubre más caliente y menos húmedo.....	6
Noviembre menos húmedo	10
Diciembre, agradable y seco desde el 10	6

El 31 de diciembre a las seis de la mañana, el termómetro descendió en el exterior a 11° y medio, lo que nunca se había visto.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Vientos dominantes

Este, norte y sudoeste

Temblores de Tierra

Uno el 25 de julio, a las seis y tres cuartos de la tarde
Uno el 25 de agosto, a la una y cuarto de la madrugada
con tres secuelas de las que las dos primeras fueron débiles
Uno el 29 de septiembre, a las once y de la mañana media
Uno el 27 de noviembre, a la una y veinte de la tarde
Un ventarrón con fuertes lluvias que dejó 20 líneas de agua en dos horas

Observaciones de 1785

Termómetro

Mayor calor ..... 25° ½
Menor ..... 14°
Diferencia ..... 11° ½

El 10 de mayo, el termómetro aumentó al sol, a las dos y media de la tarde, a 30° ½ .

Barómetro

Mayor subida	28 pulgadas	y 3 líneas	
Menor	27 pulgadas	11 líneas	¾
Diferencia	–	3 líneas	¼

Lluvia	75 pulgadas	0 líneas	¼
Evaporación	70	5	–
Excedente de lluvia	4	7	¼

Temperatura

Marzo, abril y octubre, los más lluviosos. Mayo, junio, julio y diciembre, los menos.

Las mañanas fueron despejadas, sobre todo al día siguiente de las tormentas.

En marzo y abril, el aire estuvo ahumado porque los españoles quemaban sus sabanas.

Mayo, junio, julio: relámpagos y truenos casi todas las tardes. También en septiembre y octubre.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Temblores de tierra

10 de enero a las nueve y tres minutos de la mañana, violenta secuela de temblor de tierra, precedido de un fuerte zumbido.

Termómetro interior en ese momento a . . . . . 18°
El mismo al sol . . . . . 25°

Cielo claro, sin nubes; tiempo en calma; mucha electricidad. Luna nueva a las ocho y cuarto de la tarde.

19 de febrero a las seis y cinco, dos pequeñas secuelas; tiempo nuboso, lluvia en los alrededores.

Termómetro exterior. . . . . 16° y medio
Termómetro interior . . . . . 16°
Barómetro . . . . . 28 pulgadas, 1 línea ½

Meteorología

El 7 de marzo un meteoro luminoso hacia el pico del Cap, dirigiéndose de este a oeste. Se podía leer con su claridad.

Considerables crecidas de los ríos.

Primer Pueblo, a la una y siete de la tarde.

En 1786

Solamente 29 pulgadas y dos líneas de agua; la mitad en octubre y en diciembre.

Una sequía extrema ha caracterizado los cuatro primeros meses de este año. Hubo vientos del sudoeste tan calientes durante los meses de febrero, marzo y abril, que las maderas de los muebles se rajaron e hizo estallar vasijas de cristal.

Aproveché esta ocasión para anunciar que se debe considerar como una observación general, la del señor Odeluc sobre el barómetro, que voy a relatar.

El barómetro experimenta en Santo Domingo una variación diurna periódica que tiende a hacerlo subir desde las nueve de la mañana, o aún más temprano, si la brisa se levanta antes, hasta las once.

En el intervalo de las once a las tres desciende, después remonta un poco, para descender con el sol poniente. Luego sube con la brisa terrestre, pero menos que por la mañana, hasta las diez de la noche.

Siempre sube, relativamente, más de día que de noche. El mercurio se mantiene también un poco más alto en invierno que en verano.

Según el señor Lefebvre Deshayes, el barómetro sube por la mañana porque el sol y la brisa marina atrapan los vapores que, al amontonarse en las montañas, prensan el aire y fuerzan al barómetro a descender después de las once.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Enseguida la brisa adquiere toda su fuerza, destruye el obstáculo y el instrumento remonta. Pero la condensación de vapores a la puesta de sol hacen que disminuya y luego, cuando el relente ha caído y la brisa terrestre suelta el aire, vuelve a subir.

Por la noche los vapores se elevan, el rocío se mezcla con la humedad y causa un nuevo desembarco. El señor Deshayes dice también que los vientos del sur y el sudeste influyen más en el barómetro que los del norte, porque los primeros traen más humedad y nubes más pesadas.

Añado que el calor de la zona tórrida causa una dilatación muy grande en las moléculas y llevándoles una cantidad de humedad, el aire debe perder su fuerza e incidir menos en un instrumento destinado a medir esa potencia.

Los años lluviosos son normalmente los menos sanos en Santo Domingo y la parroquia de Petite-Anse está sujeta a ello. Se ha verificado en relación al primer batallón del regimiento irlandés de Dillon, que estuvo muchos meses allí como guarnición a partir de abril de 1782, en las plantaciones Galisset.

La mitad de los soldados de este batallón enfermaron y de dieciocho oficiales, murieron cinco.

El terreno de las plantaciones Galisset es en verdad bajo y acuático porque sigue la longitud del río y, proporcionalmente, son las que pierden más negros de todas las de la parroquia. Con todo, la apodada Desplantes no se ve tan afectada como las otras.

También en la propiedad Galisset se hizo, el 10 de abril de 1784, un experimento aerostático (el segundo que tuvo lugar en Santo Domingo).

Lo habían comprado nueve suscriptores y tenía 204 varas de tafetán; su altura era de 30 pies, su diámetro medio de 18 y su circunferencia de cerca de 57.

Su fuerza de ascensión era de 64 libras y dos onzas; paja seca y lana quemada, puestas en un hornillo de ladrillos, produjeron el gas necesario en cuatro minutos y medio.

A las siete y cuarenta minutos de la mañana, con un tiempo en calma, la máquina, abandonada a sí misma, se elevó describiendo una espiral, dejando tiempo para admirar los ornamentos que la embellecían y las alegorías que representaban el aire, el fuego, la química y la física.

También se vieron las armas de los dos jefes de la Colonia, el escudo del señor de Galisset y el del señor Beccard, escribano forense de Fort-Dauphin, que había contagiado a los colonos el entusiasmo que le había invadido en Francia al ver los experimentos de Montgolfier y los de Pilâtre de Rozier.

La ascensión duró cinco minutos, el mantenerse estático tres y después de cinco minutos de descenso, el globo que se creía que había subido a 300 toesas, vino a caer a cerca de 200 toesas del punto de su partida.

Este fenómeno, nuevo en tierras americanas, había reunido a multitud de personas, aunque el aerostático no llevaba tripulantes; la sola impresión del majestuoso efecto del peso específico que muestra una gran superficie lanzada al aire, causó la más viva admiración.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La simplicidad del medio se sumaba a la sorpresa y los espectadores negros no se cansaban de lanzar exclamaciones sobre la infatigable pasión del hombre para someter a la naturaleza a su poder. Un expediente auténtico constató la naturalización de los Montgolfier y los Anuncios Americanos del 21 de abril de 1784, la publicaron.

La población de la parroquia de Petite-Anse es de 117 blancos, 53 libertos con un total de 75 hombres armados y 4,652 esclavos.

Podemos juzgar cómo la población actual difiere de la que existía hace un siglo, porque en febrero de 1691 y en consecuencia después de la batalla de Limonade, el señor de la Boulaye, mayor de Port-aux-Paix, vino para hacer el censo de los habitantes del Pueblo del Cap y encontró dos compañías militares formadas por 150 hombres, de las que formó tres compañías de 50 hombres cada una.

Desde la iglesia de Petite-Anse hay:

A la del Cap. . . . . 3 leguas	A la iglesia de Limonade. . 2 leguas y ½
A la de Quartier-Morin. . . 1 ½ "	A la de Sainte-Rose. . . . . 3 ½ "

La Petite-Anse pertenece al Pueblo, a la comandancia y a la senescalía del Cap.

En la plantación de Nord, dependiente de esta parroquia, sucedió un hecho muy raro y que se consignó en una acta de notoriedad realizada por los oficiales de la senescalía del Cap, el 15 de diciembre de 1769, según declaración jurada por el señor de Nord, dueño de la plantación, por los señores Cazavan, Martin y Darrecbieilh, que era cirujano, el gerente y el refinador y también por el señor Deshayes de Sainte-Marie, abogado del Consejo del Cap que estaba presente.

> El 14 de mayo de 1769, llevaron al señor de Nord una mula llamada Souffrir, que parecía enferma; tenía el vientre muy hinchado y algo parecía salirle de la vulva. Envió a buscar a un tal Francisque, negro susodicho capataz de la vecina plantación Walsh.
>
> Este tumbó a la mula y le dio un brebaje y algunos minutos después, viendo unas pezuñas saliendo del útero, tiró bruscamente de un animalito negro, vivo, que por su pelo, cabeza y orejas, el señor Cazavan creía que tenía más de asno que de mula.
>
> La violencia empleada por el negro cuando tumbó a la madre, la gangrena de la matriz y la salida del mulito acabaron con éste casi enseguida; le siguió su madre dos horas después.

Al asombro que causó este fenómeno y al deseo de que constara llevó al señor Desiné Dubuisson, antiguo procurador general del Consejo del Cap, consejero del Parlamento de París, entonces en el Cap, a dejar constancia de la autenticidad de este hecho.

Buffon lo consignó en su suplemento, tomo 5, página 25, donde se dice que la piel del mulito fue enviada al doctor Matty, de Londres, que la puso en el gabinete

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de la Societé Royale, lo que parece muy singular, dado que sucedió en una Colonia francesa.

Desafortunadamente las causas que destruyeron a los animales más útiles, no fueron tan raras en esta parroquia, donde la epizootia causó estragos que todavía perduran.

En 1777, solo la plantación Millot perdió en seis meses cuarenta mulas, cuyo estómago parecía corroído y a veces hasta podrido, como en el caso de los hombres que mueren por una enfermedad inflamatoria pútrida. Los hermanos Millot adoptaron un régimen aprobado por el señor Chabert, director de la escuela veterinaria de Alfort y pudieron disminuir el contagio.

Este régimen consiste en humedecer bien las hierbas, que se pican en un recipiente junto con una cantidad de sal mezclada y con una limonada muy azucarada, hecha con limón y agua.

A los animales les encanta este alimento; pero además hace falta separar a los animales enfermos de los que no lo están y vigilar que no se utilicen ninguna parte de los arneses de los primeros. Se atribuye el origen de esta enfermedad de las mulas a los cargamentos de caballos importados de Connecticut.

El morbo, desconocido antes de 1770, se convirtió en otro azote. Hizo perecer en la plantación principal de Galisset diecisiete mulas en los tres últimos meses de 1785.

El carbunclo causó en los bueyes un daño igual de grande y los guardianes de los animales compartieron a menudo el contagio al curarlos y vendarlos.

Hay que confesar también un hecho particular que se unió durante mucho tiempo a las causas generales para hacer más numerosos los casos de epizootia en la parroquia de Petite-Anse. Ocurre que hasta 1787 los arrendatarios de las carnicerías del Cap tenían allí sus almacenes.

Esos almacenes mal rodeados, donde morían muchos animales, que se dejaban pudrir en el suelo, cuyas pieles infectas les quitaban y cuyas carnes se llevaban los perros, eran también focos de un contagio propagado por los mismos animales y por los negros, que comían esta carne carbunclosa fresca o en salazón.

El mal de agua o de pantano, que es una especie de estroptotricosis, ataca tanto a las mulas como a los caballos y muchos habitantes la consideran hasta contagiosa.

Nos basta con leer las *Recherches de la Societé des Sciences y Arts del Cap* sobre la enfermedad de la epizootia, para convencernos de que una Colonia, que tiene una necesidad tan absoluta de animales para sus factorías, sufre pérdidas y cómo el colono debía estar atento y vigilante hasta para arrancar y destruir la hierba del trigo y la de la sensitiva, que son un alimento nefasto para los animales.

No sé el éxito que tendrían ocho corderos del cabo de Buena Esperanza, llevados a la plantación Bongars, de esta parroquia, donde se les quería aclimatar. Creo que la elección del sitio es muy mala y la circunstancia que la había determinado, que venía marcada porque esos animales, pagados por la Colonia, habían sido adjudicados a ese intendente por el cónsul francés, habría vuelto inútil un experimento en el que no debieron sacrificar tener en cuenta su viabilidad, a una insípida adulación.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La parroquia de Petite-Anse me invita a citar a:

1° Joseph de Galisset, al que la colonia debe sugerencias y ejemplos valiosos, que no siempre dependió de él que tuvieran éxito. Pero el señor de Galisset fue, durante ocho años gobernador del Cap y comandante en jefe de la Colonia, desde julio de 1700 hasta noviembre de 1703; es pues a la historia a la que pertenece su retrato. Murió en París el 26 de mayo de 1706.

2° El señor caballero de Gabriac, de la casa de Saint-Paulet en el Languedoc, hijo de el señor de Saint-Paulet, coronel del regimiento de caballería militar de la Parte del Norte. Era capitán ayudante mayor en el regimiento de infantería del Rey cuando estalló la disputa entre los oficiales de ese cuerpo y el duque, después mariscal, de Biron.

El señor de Gabriac fue el portavoz y esa elección así como la quiebra de su fortuna, le obligaron a retirarse del servicio.

Estaba íntimamente unido al señor de Choiseul, que luego se convirtió en ministro y cuyo éxito había pronosticado a menudo. El señor de Gabriac llegó a Santo Domingo y se presentó al procurador de su plantación, como recomendado por el propietario; fue bastante mal acogido, pero las cartas eran tan apremiantes que el procurador lo tuvo que recibir.

Por la noche, la negra que fue su nodriza lo reconoció y hubo entre ellos una escena entrañable. La negra guardó el secreto durante quince días. Al cabo de ese tiempo, el señor de Gabriac fue al despacho de su procurador y lo obligó a entregarle sus libros y sus cuentas; se asegura que esa visita le fue muy provechosa.

El azar hizo que el señor duque de Choiseul oyera pronunciar el nombre de un caballero de Gabriac, residente en Santo Domingo; se informó de si era su antiguo camarada, su mentor y, cuando estuvo seguro, le escribió y le envió un título de coronel.

Le recalca que los acontecimientos le han puesto en posición de influir en la suerte de las Colonias, pero que necesita de la lucidez y sabiduría de su antiguo amigo y le conmina a reunirse con él, prometiendo ocuparse de su situación financiera si lo necesitase.

Los señores de Gabriac, de Clugny, Fournier de la Chapelle y Desmé Dubuisson hicieron planes para proporcionar a Santo Domingo libertad política y buenas leyes y el señor Fournier de Varenne fue admitido en el grupo a pesar de su juventud.

Prepararon el establecimiento de las Cámaras de Agricultura y Comercio y habían proyectado el instituir el cargo de diputado de la Colonia, puesto importante, ridículamente, o más bien despóticamente remplazado por el de diputado de la Cámara de Agricultura, título que no tiene de real más que el sueldo que le pagan.

El señor de Gabriac se embarcó el 4 de mayo de 1763 en el navío *Bourbon* de Burdeos, esperando convertirse en el diputado de la Colonia. Tuvo un resfriado en la travesía; lo sangraron y entonces se le manifestó el escorbuto.

Murió en Burdeos en casa del señor Simon Jauge una hora después de su desembarco. Su muerte causó cambios que también hay que reenviar a la historia.

El señor de Gabriac, como hemos visto, había comprado a la señora Desglaireaux, el agua del río Grande destinada al torrente Mapou y la utilizó para el regadío. De

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

este modo dio el primer ejemplo de emplear del agua en la Parte del Norte de Santo Domingo.

El señor de Gabriac era serio y hasta seco, pero nadie tuvo un carácter tan firme; su razonamiento era el hacha de Foción. Tenía más carácter y mérito que espíritu y conocimientos, aunque llegó muy lejos en el estudio de las matemáticas.

Gozaba de la estima general y el temple fuerte de su alma le empujaba siempre a tener el papel principal. El señor de Gabriac era un hombre extraño y la Colonia debe vanagloriarse de haberlo visto nacer; un ciudadano animado por el deseo de hacer el bien y un enemigo declarado de esa autoridad que cree reafirmarse a través de los abusos.

XII

Parroquia del Cap Francés

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La parroquia del Cap Francés está, por así decirlo, compuesta únicamente por la ciudad del mismo nombre, porque todo el sobrante no es más que lo accesorio y las dependencias.

Vamos a ocuparnos de este lugar, el mayor de la Colonia francesa, su capital de hecho, la sede principal de sus riquezas y su lujo; el sitio más comercial y el que, finalmente, debido a su situación geográfica, le proporcionará siempre lo más importante para ella.

Cuando se llega desde Europa al Cap, se alcanza el cabo de Samaná o por lo menos el viejo Cap francés y desde allí la ruta se dirige costeando hacia el cabo la Grange. Después de pasar esa punta, nos encontramos muy pronto atravesando los islotes llamados los Sept-Frères[42] y la bahía de Mancenille,[43] en cuyo costado norte hemos visto que comienza la Colonia francesa.

También hacia este punto se encuentra el nacimiento del banco de arrecifes del que ya he hablado muchas veces al describir las costas de seis parroquias que, al dominar desde la entrada de la bocana de la bahía de Fort-Dauphin hasta los pasos normales del Cap, obliga a los navíos a guardar una cierta distancia con tierra en toda esta longitud, de alrededor de nueve leguas y un tercio por mar.

Pasando a lo largo de la costa española, causa asombro la elevación de las tierras de esta zona, donde está el grupo del Cibao; pero lo que vemos es un país deshabitado, con excepción del pequeño poblado de Monte Cristi.

Al avistar la Parte francesa, el aspecto cambia. Las montañas que hasta ahora aparentaban ceñir la orilla, parecen alejarse un poco y en la distancia que se halla entre ellas y el borde, se cree que un terreno llano se extiende hasta el mar y en algunos puntos donde el arrecife está más a flor de agua o el suelo de la planicie un poco más elevado, se distinguen construcciones y lugares cultivados.

[42] (N. de la T.: «Cayos Siete Hermanos»). Véase *Partie Espagnole.*
[43] (N. de la T.: «bahía de Manzanillo»). Véase *Partie Espagnole.*

Desde las montañas, vemos las plantaciones, las plantaciones, los bosques y reconocemos la presencia del hombre, de aquel que es trabajador.

De esas masas montañosas se van destacando sucesivamente puntos notables para el observador; la perspectiva varía a cada momento; las diferentes sierras se separan unas de otras y van en distintas direcciones, siguiendo aquella que tienen en sí mismas y la distancia donde se encuentran.

La Grange, que siempre está detrás de ellas, forma una de las extremidades del cuadro; a la izquierda, se halla la tierra y todas las cosas que despliega a la vista.

Apreciamos, a medida que avanzamos, la desembocadura del río Massacre y el pobre reducto donde los españoles tienen una guardia de algunos hombres.

La batería que se encuentra en la orilla francesa, luego el fuerte la Bouque, que sirve para resaltar la entrada de la bahía de Fort-Dauphin; las Mamelles se sitúan en la parte delantera del cuadro, más al fondo se halla la pequeña garganta de Bayaha y en lontananza las montañas están dominadas por el pico Bayaha, al que siguen la cresta de Ténèbres y la de Flambeaux, el más alto de todos.

Cuando se les ha superado, se han atravesado las parroquias que están al este de la del Trou. La cortina montañosa de esta ofrece a su vez el pequeño pico Sarrasin, la cumbre de Sainte-Suzanne, linde oriental de Limonade.

Un poco más al oeste están las montañas de Sainte-Rose, luego las cumbres de Dondon y finalmente una cresta que parece aún más alta porque termina la orilla; es el pico del Cap.

Si esta ruta, paralela a la costa, se hace durante el día, los barcos de pasajeros que salen de Fort-Dauphin, de Caracol y de Jacquezy, indican la posición de estos diferentes puertos o embarcaderos, mientras que el mar rompe en el banco de arrecifes blanqueándolos y los pequeños mástiles que lo rebasan trazan el canal que se halla entre él y la tierra y lo señalan a las barcas o botes, que hacen una corta pero útil navegación.

Si nos encontramos a lo largo de esta costa durante la noche, los fuegos que brillan en cada punto, anuncian las plantaciones y una llama activa que se escapa impetuosamente, indica los lugares donde se preparan esos cristales azucarados que son la principal riqueza de la Colonia y que satisfacen tantos placeres.

La brisa terrestre lleva un agradable olor hasta el navío, donde el alma se abandona a las más dulces sensaciones. El cansancio de la travesía, el tedio de una jornada monótona, el recuerdo de los peligros, todo se borra; lo único que cuenta es el final y el objetivo de su viaje.

El europeo que ve por vez primera la tierra americana, no da abasto para asimilar todo lo que le sucede. Lo agitan una confusa mezcla de las más variadas ideas.

Al gozo de haber llegado se une la tristeza por los objetivos que ha abandonado. Su imaginación le hace exagerar, bien los beneficios que se promete, bien los inconvenientes que teme y en este tumulto, todavía le impresionan los movimientos de los que le rodean.

Todos expresan la alegría y la impaciencia por bajar a tierra; al grueso traje, siempre poco limpio que han llevado durante el viaje, le sucede el que el amor

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

propio y la elegancia les hace buscar y no hay nadie que no haya pensado en su atuendo para desembarcar.

Cuando han hecho todos los preparativos y esperan el instante en el que el piloto entre, todavía se preguntan: ¿dónde está el Cap? Por toda respuesta, alguien señala un grueso pico que parece adelantado en medio de los demás y en efecto, es a ese punto al que se dirige el barco.

Continúa avanzando, descubriendo las tierras que están más allá del Cap y si el tiempo está en calma, hasta la pequeña isla de la Tortuga al oeste.

Pronto el fuerte Picolet puede verse a simple vista; su pabellón es lo que mejor rompe la monotonía de las alturas que lo sobrepasan.

Por último, cuando están preparados para entrar en el puerto, ven de cerca la cresta del Picolet y su apariencia estéril tiene algo de horrible que deprime.

Imaginan con dificultad que están a las puertas de una gran ciudad donde el lujo hace cada día rápidos progresos. Esta perspectiva está hecha para producir en el ánimo de los europeos, que creen poder encontrar solamente hermosos lugares donde la fortuna lo ha embellecido todo, una triste impresión. ¡Dichoso aquel para el que no sea un presagio siniestro!

Pero ya el barco, que el piloto venido del puerto hace maniobrar tiene Picolet a su derecha y corre hacia el sur; ya se ven algunas casas que bordean la orilla y se empieza a sospechar que el Cap existe.

Luego las casas se multiplican y hay novedades; finalmente, una banda larga enseña una ciudad que, desde el muelle, parece poco extendida; se ha saltado a una canoa, se rema, se desembarca y con un pie, todavía inseguro, se holla la tierra de América.

¡Qué espectáculo! ¡Cómo difiere de los lugares que se han dejado! Se ven cuatro o cinco figuras negras u oscurecidas por una blanca. La vestimenta, las casas y casi todas las cosas físicas que los rodean, tienen un carácter nuevo.

En el asombro, en la confusión en que su ánimo se ha sumido, se avanza y la ciudad parece extenderse. Describamos esta urbe cuyo título no le podrían negar en ninguna parte del mundo.

Para poner más orden y claridad en los múltiples detalles de los que el Cap es naturalmente el objetivo, he creído indispensable dividirlo en varias partes, pero después de haber expuesto, no obstante, lo que pertenece a su conjunto.

La ciudad del Cap situada según las observaciones del señor Chastenet de Puységur, a 19° 46' 24" de latitud norte (medida en la iglesia parroquial) y a 74° 38' 25" de longitud occidental del meridiano de París, se edificó al pie de una montaña que la cubre al norte y al oeste en una hondonada formada por dos ramales o prolongaciones de esa montaña, mientras que al este tiene una rada y al sur una lengua de tierra que va a unirse en la llanura y que lleva el nombre de planicie del Cap.

Leemos en los primeros autores que escribieron sobre América, que el Cap o el promontorio al que está adosada la ciudad, recibió la denominación de *Cap-Saint* o *Pointe-Sainte*, en el primer viaje de Colón en diciembre de 1492, mientras que otros aseguran que le llamó *Cap-Français*.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Este último nombre ha prevalecido, sin que sepamos de antemano lo que pudo inspirar a Colón el de Cap-Saint. Otras personas más aficionadas a la etimología, han pretendido que el nombre de Cap-Français tiene un origen completamente francés y en consecuencia es más moderno.

Presentan como prueba que los españoles lo llaman todavía *Guarico* y no Cap-Français. Para añadir interés a esta explicación, han hecho de *Guarico* o *Guaric* la contracción de *Guacanagarix*, cacique y rey de Marién, de modo que el Cap estaría edificada sobre la que fue capital de este reino.

Adoptando esta última teoría sobre el nombre *Guarico*, sería totalmente imposible conservar los hechos históricos tal y como fueron contados por Oviedo, Herrera y Fernando, hijo de Colón.

Si Guacanagarix hubiera vivido en el lugar de la actual ciudad del Cap, al desear Colón conferenciar con él, no hubiera venido a atracar en Caracol, sino en la bahía del Cap.

No hubiera construido su fuerte de Navidad en los confines de Limonade, a cuatro leguas de este cacique ni hubiera, después de su naufragio a una legua de la otra carabela, fondeada como la suya en Caracol y enviado a una legua y media a advertir al cacique de esta desgracia.

Porque, perdiéndose hacia la bahía de Limonade una legua y media, aunque sea marina, no alcanzaría el Cap, situado a más de 6,000 toesas de ese punto.

El cacique residía pues más al este; es también imposible suponer que fuera más cerca del Cap que del pueblo del embarcadero de Petite-Anse, como creo haber demostrado antes. Además, el argumento sacado de la palabra *Guarico*, que es realmente indio y que podría aplicarse a todo el cantón y no solo al emplazamiento actual de la ciudad o del promontorio que roza, pierde todo su peso cuando sabemos que un gran río de la provincia de Venezuela lleva el mismo nombre y que es también el de un pueblo de la provincia de *Maracaibo*, cerca de la ciudad de *Tucuyo*. A buen seguro que Guacanagarix no era el jefe de esos lugares de América del Sur.

Pero la ciudad que nos ocupa en este momento, no se ha llamado siempre Cap-Français o solamente Cap. Cuando los filibusteros y los bucaneros, que querían extender hacia el este sus conquistas sobre los españoles, pusieron los cimientos de un primer asentamiento en la Planicie del Cap, no fue en el lugar donde está la ciudad.

Porque su enclave, siguiendo a Charlevoix y según lo que se leerá aquí después, tuvo como primer dueño a un calvinista llamado Gobin, que fundó una plantación.

En efecto, los doce primeros franceses que vinieron de la Tortuga en 1670 para cultivar la zona del Cap tenían como guía a *Pierre le Long* y ahora sabemos que este situó su plantación en un punto que ahora depende de la parroquia de Quartier-Morin, que está a más de una legua, donde el camino grande atraviesa el río de Haut du Cap.

Estos primeros franceses llamaron a la ensenada del Cap, por la que habían remontado el río hasta la altura donde Pierre le Long se había establecido, *Petite-Anse* y lo que es muy notable, el pico del Cap recibió entonces el nombre de *Gros Cap de la Petite-Anse*.

Todo lo que establecieron en lo sucesivo, ellos o sus nuevos compañeros en la margen derecha del río, se llamó siempre la *Petite-Anse*, mientras que los asentamientos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de la margen izquierda que bordeaban la sierra del pico del Cap, se denominaron el *Haut* o el *Bas du Cap*, según estuvieran más o menos próximos o menos alejados de la ribera.

Donde ahora está el pueblo de Haut du Cap se fundó la primera parroquia de la dependencia del Cap y el hoy Cap, que llamaban también la *Basseterre*, no servía entonces más que para refugio de algunos pescadores y solo era una dependencia de Haut du Cap.

Imaginar según esto cómo el *Gros Cap de la Petite-Anse*, el *Gros Cap* y el *Cap* se convirtieron en el Cap Français cuando los franceses habitaron realmente en su vecindad, me parece algo tan simple, tan de acuerdo con los documentos que he visto, que se me ha demostrado rigurosamente que he expuesto el verdadero origen del nombre de Cap Français.

Cuando en 1676 la pequeña colonia de Samaná fue obligada a abandonar ese lugar, se estableció en la vecindad del Cap; el Bas du Cap o la Basseterre crecieron significativamente y tenían una parroquia, pero los españoles, en su incursión de enero de 1691 quemaron los pueblos de Haut y Bas du Cap.

Se vieron en la necesidad de reconstruirlos y era muy engorroso hacer los transportes por el río de Haut du Cap para ir al pueblo del mismo nombre. La obligación de proteger el puerto y la dificultad de hacerlo de manera eficaz si no se residía cerca, decidieron a muchas personas a vivir en Bas du Cap.

Una nueva desgracia hizo firme esta decisión; los españoles, aliados a los ingleses, destruyeron nuevamente los dos enclaves, prendiéndoles fuego el 30 de mayo de 1695.

A partir de ese momento, ya no se planteó reconstruir las dos parroquias, sino solamente hacer todos los esfuerzos de que fueran capaces para crear en Bas du Cap un asentamiento sólido y duradero; así se fundó el Cap actual.

Sin embargo, hay que confesar que esta teoría no fue la única que había entonces y que el Cap ha tenido más de una contradicción antes que su posición fuera considerada como cierta, ya que no fue definitivamente sancionada por el Rey hasta 1711.

Hasta entonces se sostenía, con razón, que la situación sería mejor donde está el pueblo del embarcadero de Petite-Anse. El señor de Charrite, gobernador del Cap, que favoreció especialmente la formación de ese embarcadero, apoyaba esa proposición, que acercaba la ciudad a sus inmensas posesiones de Quartier-Morin y el señor Ducasse pensaba como él por el único motivo de su utilidad real.

El señor de Breda, mayor del Cap, opinaba por el contrario que la ciudad debía ser acercada al Haut du Cap, donde tenía sus plantaciones.

El señor de Mithou, intendente, fue el único que mantuvo que se debía dejar el Cap donde estaba; invocaba la existencia de algunos barracones que se habían levantado después del incendio de 1695.

Difundió la sospecha del interés personal sobre lo que aconsejaban sus oponentes y echó abajo esas suposiciones; él, que se guiaba solamente por el deseo de ser superior a ellos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pero hay que descartar la idea errónea de que algunos edificios conservados después del ataque de 1695 determinaron esta elección, porque no habían quedado vestigios de lo que se llamaba entonces el pueblo de *Bas du Cap.*

El Cap tiene el aspecto de un cuadrado largo, al que hay que añadir una banda que, desde la parte interior del costado norte, va extendiéndose hacia el fuerte Picolet.

El costado sur del cuadrado es sin embargo más corto que el del norte, porque el ramal de montaña que en parte lo bordea, se extiende al este y porque el muelle está enfilado para que se acerque a este ramal a medida que se va al sur.

En realidad, la ciudad está enfrente del este-cuarto-sudeste y se encuentra adosada a los picos en la dirección del oeste-cuarto-noroeste. Pero como esta posición difiere poco de la que la pondría en el sentido de los cuatro puntos cardinales, siempre supondré que se encuentra allí.

Medido en su mayor longitud, que es desde Gri-Gri al norte, hasta la carnicería, al sur, el Cap tiene 1,200 toesas de longitud por 600 de ancho, contadas desde la batería real al este, hasta el antiguo cementerio de los negros en lo alto del torrente al oeste; pero podemos calcular su superficie reducida en 600 toesas cuadradas.

Las calles del Cap están tiradas a cordel y se cortan en ángulos rectos de septentrión a mediodía y de levante a poniente. Menos dos o tres excepciones, todas estas calles tienen 80 pies de ancho y separan 260 isletas o cuadrados que tienen 120 pies en cada cara.

Casi todas estas isletas están divididas en cuatro emplazamientos, lo que hace que hablando de uno de ellos, sin otra explicación, se designe un cuarto de una isleta.

Encontramos pues alrededor de 1,000 emplazamientos, sin hablar de isletas enteras o de enclaves que tienen una función pública cualquiera.

Las calles que van de este a oeste, son 37 y las que las cruzan, 19. Están bordeadas de casas, de las que solamente 150 son de madera y las otras, de mampostería.

No se pueden encontrar más que 300 que tengan un solo piso; 3 o 4 tienen dos y las otras son de un solo piso. Estas casas están construidas con piedra sacada de los picos o con roca y algunas con piedra de sillería traída desde Francia por los barcos de Nantes, que llegan casi vacíos para cargar el flete.

Nantes proporciona también pizarra de Anjou, con la que se techan la mayoría de las casas del Cap. Las otras están cubiertas por tejas de Normandía o del país y un pequeño número, con tablillas; las más apreciadas, a causa de su duración, son las de madera del país. Las otras vienen de Mississipi o de América del Norte; se prefiere las del primer lugar y entre unas y otras, las que son de madera de Chipre.

Antes de 1776, no había casi calles pavimentadas en el Cap y aún hoy día, exceptuando las que parecen especialmente dedicadas al comercio; solamente las pavimentan en los extremos para formar un arroyo en el centro; cada borde tiene cerca de 6 pies para evacuar el agua, el resto es de una arena como de grava.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Muy a menudo, el borde de las casas tiene una pequeña acera de adoquines, de ladrillos o piedras un poco más anchas que las del arroyo, que a decir verdad, no son sino guijarros.

Como el nivel de las calles estuvo casi siempre mal calculado, los pavimentos son desiguales y encontramos lugares donde sucesivos solados, presididos por la ignorancia, ocultan las plantas bajas bajo muchos pies.

Hay algo chocante en estas casas y es la costumbre de encalar su exterior con una lechada de cal. En un país cuyo sol es abrasador, el reflejo de esas fachadas blancas es insoportable para la vista.

Lo sustituyeron torpemente por un revestimiento negro, hecho con carbón en polvo y agua de cal, lo que aumentaba la refracción y calentaba las paredes con un calor que apenas se aliviaba por la noche.

Pero tuvieron una idea que era a la vez más razonable y agradable; emplearon para las fachadas lechadas de cal, pintura amarillo claro y la capa de carbón. Esta última hacía un dintel en la parte baja; se dejó para los marcos de puertas y ventanas el color blanco y la pintura amarilla para la parte superior.

Casi todas las casas tienen la misma distribución. Hay habitaciones de 15 o 18 pies cuadrados y el techo es muy alto; hacia la calle da una puerta entre dos ventanas o una puerta y una ventana.

Estos vanos se repiten en un lado del patio, casi siempre provisto de una galería más o menos ancha. A lo largo de los muros de este patio hay aposentos y su división en pequeños espacios proporciona cocinas, antecocinas y alojamientos para los negros.

Un pozo en el centro del patio o en una de sus esquinas: esta es la distribución normal. La poca amplitud de las isletas convierte los espacios vacíos en muy ceñidos en el interior de los emplazamientos. Apenas hay sitio; cuando las cuatro fachadas están construidas, los edificios se rozan casi por todas partes.

Desde 1776, la moda de las celosías en las ventanas y hasta en las puertas se extendió con éxito. Las vemos por doquier, móviles, inmóviles, las que se pueden subir y las que tienen contramarcos.

Se pusieron en las galerías y hay que confesar que ha sido una de las ideas más brillantes que se han tenido en este clima, en el que las celosías disminuyen el resplandor del día, lo gradúan a voluntad e incrementan la acción del viento, porque lo obligan a comprimirse para pasar entre las espaldillas.

Se les debe algo muy agradable (pero a veces peligroso), que es poder dejar las ventanas abiertas por la noche y gozar de un sueño que no es más que un nuevo cansancio cuando se duerme en un lugar asfixiante.

Poco después de 1783, vemos que se introdujo en el Cap una afición que ya he alabado; se trata de tener preciosas jaulas, donde los pájaros proporcionados por Senegal, la Guayana, el Mississipi y hasta por la Parte española de la Isla, embriagan los ojos y los oídos.

Sobre todo es admirable la mutación que sufren los senegaleses, al cambiar completamente de tonalidad sin cambiar de plumas y al hombre sensible le gusta pensar que la visión y el cuidado de estas tímidas criaturas, deben inspirar pensamientos tan hermosos como ellas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Ahora voy a pasar a la descripción particular.

Una ordenanza de los Administradores, fechada el 31 de diciembre de 1786, reguló los límites de la ciudad del Cap y del distrito del Petit-Carénage. Esos límites los forman:

Al norte, una línea recta de 300 toesas de largo, dirigida este oeste desde la ribera, a partir de la desembocadura de un pequeño torrente situado al sur de la plantación Bailli, en Gri-Gri.

Al este, el muelle actual.

Al sur, una línea recta paralela a la del límite del lado norte; recorre 700 toesas, desde el centro de los dos pilares del puente proyectado cerca del espigón, siguiendo el alineamiento de la calle del Pont, que está enfrente de esos pilares.

Al oeste, la montaña hacia la que se puede extender indefinidamente la ciudad.

La misma ordenanza prohíbe edificar en un espacio situado en la orilla derecha del río de Haut du Cap y que encierran entre ellas dos líneas; una, considerada como tirada desde la avenida del hospital de la Caridad y que va, pasando a 200 toesas al sur del pico Saint-Michel o Baudin, a terminar a 200 toesas más allá de esa cima.

La otra, llevada perpendicularmente desde el punto en que acaba la anterior, hasta el mar. Esta decisión parece venir del sistema de defensa militar.

La ciudad actual está muy lejos, como se ve en el plano (ver el Atlas), de alcanzar las dimensiones que le permite la citada ordenanza. Dije cuál era su extensión real y es esta la que subdivido en ocho secciones.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Primera Sección

Está limitada al este en toda su longitud por el muelle, desde la desembocadura del torrente del Cap, que pasa bajo la batería circular, hasta el puente del muelle que corresponde al extremo sur del cuerpo de guardia de la plaza Le Brasseur.

Al norte tiene como límite el torrente, desde su desembocadura hasta el punto noroeste de la calle Gouvernement y al oeste, esa misma calle hasta encontrarse con la calle Vieille Joaillerie. Al sur, su linde es la calle del mismo nombre hasta el muelle.

El muelle, llamado de Saint-Louis, está rodeado por cinco calles y la más occidental, situada enfrente de la calle Conseil, es la calle Royale; se hizo hacia 1740 y se reformó en 1763, para beneficio de la marina del Estado.

La de la izquierda, enfrente de la calle Saint-Laurent, es la calle Marchande. Una tercera encara la calle Notre-Dame; se la conoce como calle Lefebvre porque está al final de la casa ocupada por un hombre de negocios de ese nombre.

Se construyó en 1780, con materiales proporcionados por el Rey; los gastos de la mano de obra corrieron a cargo del señor Lefebvre.

La cuarta está muy cerca de la tercera y al final de la calle Chastenoye; es la de *Passagers* ya que allí abundan esas embarcaciones.

La quinta, la más oriental de todas, está cara a cara con la calle Canard, en el extremo septentrional de la plaza Le Brasseur.

Estas calles, construidas sobre pilastras de maderos fuertes, tienen 80 pies de largo por 15 de ancho; la de la Marine excede un poco estas medidas. Son realmente cómodas por la facilidad que procuran en la carga y descarga, tanto con marea alta como baja.

La calle de la Marine está entre la batería real y la circular. Bajo esta última pasa el conducto que viene de la fuente de lo alto de la calle Conseil, que aumenta el agua llevada desde el almacén del Rey y que se acarrea a la fuente de Estaing para la aguada de los navíos.

Esta fuente, separada cerca de 90 pies del revestimiento de la batería circular, les es enormemente cómoda por su situación, a las embarcaciones, que pueden hacer su aguada sin arriar sus chalupas.

Está formada por una pirámide cuadrada de mampostería, con un capitel cuadrangular y está rematada por una granada inflamada; la granada es de hierro.

Esta fuente, destinada a ahorrar muchas molestias a los marineros, en un país en el que muchos perecen, es uno de los beneficios de la común administración de los señores Reynaud y Le Brasseur; fue acabada en 1781 y consagrada por deseo de estos dos administradores, con una inscripción puesta en la cara sur, debajo del capitel que decía: «Al Vencedor de Granada, 1781».

Costó 16,000 libras francesas. Saliendo de esta calle, donde es preferible que desembarquen las personas, porque es la más adelantada en el sentido del comienzo de la bahía, se tiene como ya he dicho, la batería circular a la derecha.

Su extremo sur bordea la ribera avanzando hacia el noroeste; a causa de su forma, tiene en el exterior un pequeño terraplén de arena depositada por el torrente que, por medio de una bóveda, pasa bajo la batería y llega al mar.

La batería sale pues de la primera sección y va al territorio de la octava, al distrito de Petit-Carénage. Volveré a esta batería cuando hable de la defensa del Cap.

Al oeste de la batería circular está el parque de Artillerie, que se extiende hasta la calle Picolet y la bordea, yendo de sur a norte hasta la pequeña calle del Arsenal, que es de la octava sección.

El parque de Artillerie tiene 90 toesas de norte a sur y cerca de 50 de este a oeste. Se hizo durante la guerra de 1778 y se rodeó de un muro con altura de apoyo (con pilastras de trecho en trecho), que tiene una verja de hierro.

Anteriormente este terreno formaba parte de la plaza de Saint-Louis, construida en 1745; este nombre lo lleva todavía la zona estrecha que está entre el parque y el lado sur de la prolongación de la calle Conseil.

Un comandante de artillería hizo cerrar esta plaza en 1768, pero una ordenanza de los Administradores del 12 de agosto del mismo año, la devolvió al pueblo para su disfrute.

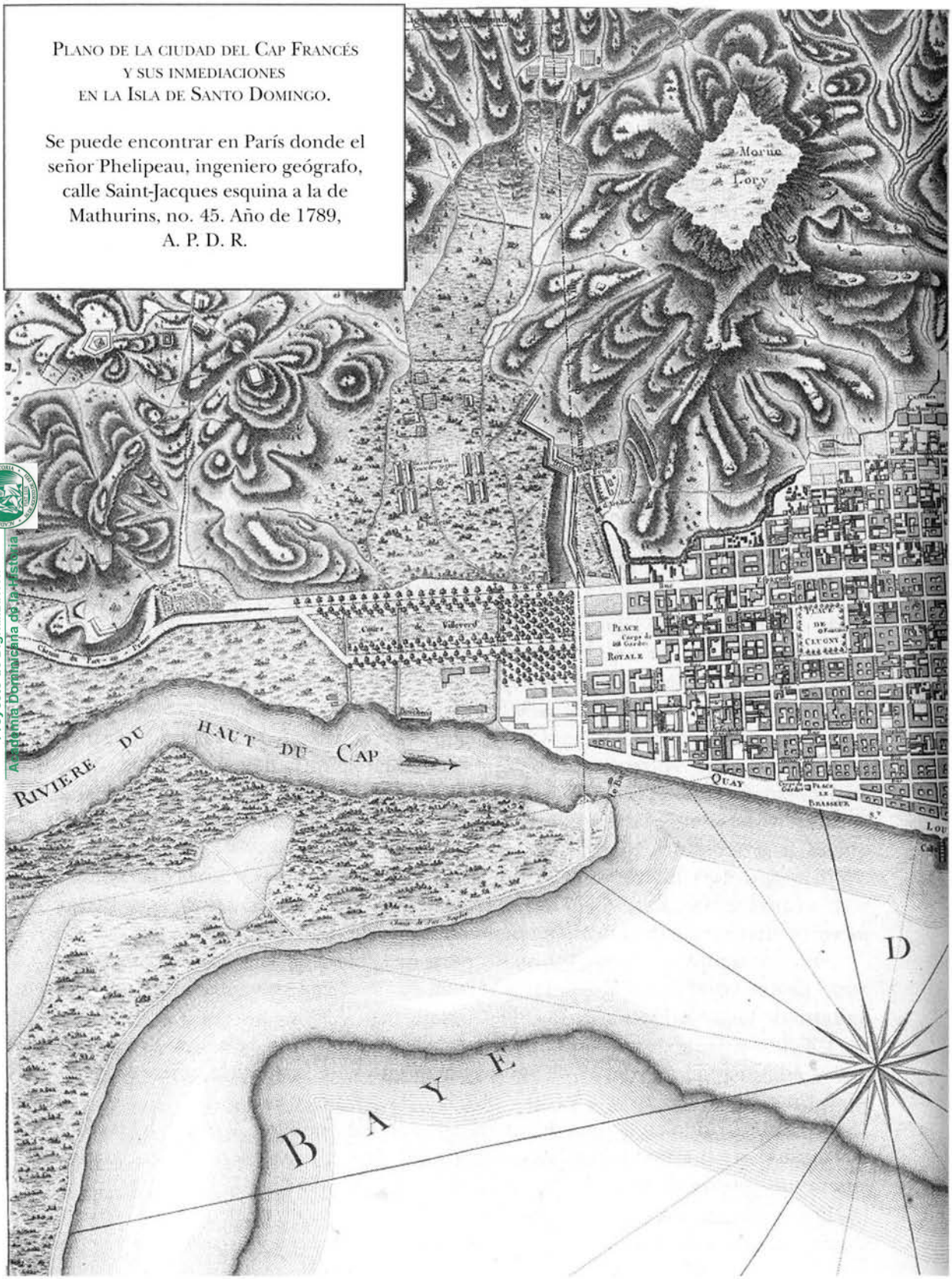
Se ha construido en la zona del parque de Artillerie que está al norte del torrente y en su parte interior, tres grandes almacenes y pequeñas dependencias para los talleres de obreros de la Artillerie, en la calle del Arsenal.

Los señores de Reynaud y Le Brasseur querían instalar en el parque una factoría de arboladuras y encima, un almacén de uniformes, porque el consejo de guerra

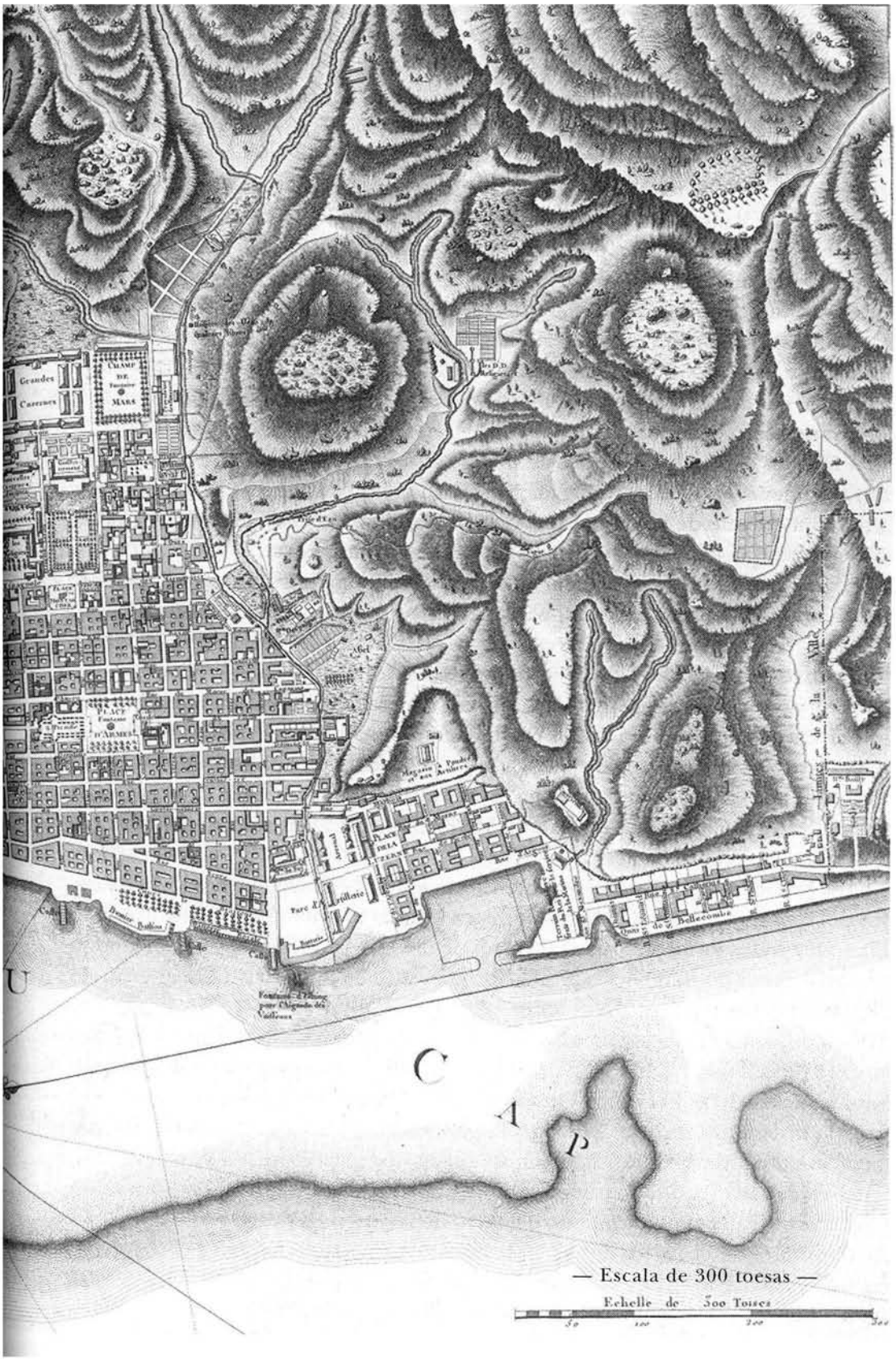
Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

PLANO DE LA CIUDAD DEL CAP FRANCÉS
Y SUS INMEDIACIONES
EN LA ISLA DE SANTO DOMINGO.

Se puede encontrar en París donde el señor Phelipeau, ingeniero geógrafo, calle Saint-Jacques esquina a la de Mathurins, no. 45. Año de 1789, A. P. D. R.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de 1780 decidió que los establecimientos de Artillerie estarían mejor en la Fossette; 80,000 libras debían hacer posible este beneficio para la marina, que sin embargo no pudo ser realizado.

Al sur de la batería circular está la batería real, que bordea el muelle de la calle de la Marine, hasta poco más o menos el centro de l'Islet, que está entre las calles Saint-Jean y Saint-Laurent.

En este extremo sur está la segunda calle, a algunas toesas de la cual, al sur, comienza lo que llaman el primer Bastión, que avanza en el mar. También hablaré de estas fortificaciones en el capítulo de la defensa.

Todo el muelle de la primera sección, que va de la batería circular a la plaza Le Brasseur, fue conquistado al mar. En 1721, el Cap se terminaba al este, por el lado oeste de la calle Neuve y al sur no llegaba más allá de la de Saint-Simon, a no ser en la calle Espagnole y en la de Saint-Louis.

El borde del mar era desigual y o bien lo cubrían las inmundicias de la ciudad, o bien lo mermaba la acción del mar.

El señor de Galisset había hecho establecer en 1699, una especie de calle o avanzada (la primera que se hizo), pagada por medio de dos chalupas de piedras por cada barco mercante de la bahía y una contribución de los habitantes de la ciudad para los pilotes y la mano de obra, pero tuvo una vida muy corta.

Los antiguos baluartes se habían convertido en las razones de la desigualdad. Era necesario que los marineros estuvieran sumergidos hasta la cintura para llevar, desde las barcas a la orilla, las mercancías sacadas de los navíos; los cargamentos multiplicaban el cansancio y los peligros para la salud.

Sin embargo existía el proyecto de una calzada real y para realizarla, el almirantazgo del Cap había prohibido a los capitanes, so pena de castigo físico, arrojar el lastre en otro sitio que no fuera el indicado por el capitán del puerto.

Pero ese lastre, al que nada retenía, era arrastrado por las olas; dos pequeños avances nuevos, hechos por propietarios de la ciudad habían sido destruidos y la calzada nunca se realizó.

En esa situación, se reunieron treinta y tres capitanes de navío y hombres de negocios del Cap y se dirigieron a los Administradores, que ordenaron, el 26 de marzo de 1721, que todos los habitantes de la planicie del Cap proporcionarían, mediante diez negros pagando derechos, un pilar de diez a once pulgadas de diámetro, de madera que no fuera de los alrededores.

Las chalupas irían a buscarla a los embarcaderos para llevarla al Cap, donde los habitantes de la ciudad debían apilarla en dos niveles, a dos pies uno del otro. Este trabajo, supervisado por el señor Pinson, ayudante mayor del Cap y del capitán del puerto (la ordenanza incluso apelaba a la generosidad de los habitantes de la ciudad, en caso de que estuvieran satisfechos con los dos inspectores), tuvo lugar pero con una exagerada lentitud, aunque una segunda ordenanza del 10 de noviembre de 1722, tasaba cada emplazamiento o cuarto de isleta en 25 libras.

Los hombres de negocios debían aportar una suma proporcional a sus ingresos según un edicto de los propios Administradores. A pesar de la abundancia de medios, en 1725 apenas se había comenzado la calzada.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El señor Prost, hombre de negocios, que había obtenido al día siguiente de la ordenanza de 1721 el permiso para hacer la calzada delante de su casa, situada al final de la calle Chastenoye y hasta un pequeño muelle para favorecer más las operaciones del comercio, careció de exactitud.

Esta calle se hallaba precisamente en la misma dirección, pero una isleta más alta que la del señor Lefebvre. Hubo una después enfrente de la calle Constans; luego se hizo una avanzada de cerca de 40 toesas que correspondía a la isleta situada entre las calles Saint-Jean y Saint-Pierre.

Así estaban las cosas en 1739, teniendo en cuenta que las dos calles que llamaban embarcaderos, así como la avanzada, estaban formadas por una cortadura en la propia calzada, de modo que las chalupas entraban como en una calle y descargaban en los lados de la calzada cuando no encontraban suficiente agua para llegar hasta la ribera por la cortadura.

Entonces el señor Béhotte, hombre de negocios, propuso a los Administradores en nombre de una compañía, a la cabeza de la cual estaba señor Perrier, arrendatario del paso de Petite-Anse, empujar los terraplenes al mar hasta 50 toesas de las casas, a condición de que esta compañía tuviera la propiedad de las siete isletas, cuya prolongación aumentaría la ciudad.

Podría tomar tierra del pico de Capucines para rellenar. Pedía además la propiedad de los terrenos, que sus trabajos en esa cumbre volvieran aptos para la construcción.

Los señores de Larnage y Maillart adoptaron un plan muy favorable para el provecho público y el embellecimiento del Cap en su ordenanza del 22 de julio de 1739.

Pusieron como condición, a su vez, que el terraplén que debía estar acabado el primero de enero de 1743, comenzaría a partir del extremo sur de la calle Conseil hasta la calle Chastenoye.

Que se dejaría sitio para tres hondonadas de desembarque, de 45 pies de largo y 36 de anchura cada uno.

Que el muelle estaría bordeado de rocas secas con un espesor de 3 pies y lo suficientemente elevada como para no tener nada que temer del mar y se apoyaría en dos pilares clavados a golpe de maza.

Como los navíos debían encontrar un beneficio en esta empresa, cada uno de los que llegara en los tres próximos años, sería obligado a proporcionar 6 toneladas de lastre en rocas o empedrados.

Se designaron las siete islas que se iban a constituir, a 120 pies de este a oeste y se determinó que tendrían, de norte a sur, la misma fachada que las casas, delante de las cuales formarían una calle de 35 pies de largo.

Se concedieron además a la compañía cuatro isletas en el alto de Capucines, en la plaza de Armas.

En la misma ordenanza figuraba que la terminación del terraplén, delante del almacén del Rey (hoy el parque de Artillería) y la construcción de una calle al final de la de Conseil (calle de la Marine), serían adscritas a los gastos del Rey, para que sirvieran de ajuste a los trabajos del señor Béhotte, que finalizaron en 1746 después

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de obtener, el 12 de julio de 1743, el permiso para prolongar las siete isletas diez pies más al este.

De esta manera la ciudad del Cap se agrandó con siete isletas, que fueron el origen de la calle Neuve, mucho más conocida bajo el vulgar nombre de calle del Marché des Blancs.

Para efectuar supresiones en tierra al sur del muelle de Saint-Louis, se le prolongó con trabajos forzados de los negros y resultó lo que llamamos el *muelle de Marais*. Se hizo lo mismo cerca del espigón y hubo igualmente un *muelle del Espigón*, nombres que se conservaron hasta que se llenó la ciénaga.

Muchos particulares prolongaron sucesivamente el atracadero de Saint-Louis y, hacia 1760, había otras siete isletas al sur de las de la compañía Béhotte.

Se habían emplazado muchas grúas en este muelle y una ordenanza del 4 de diciembre de 1761, autorizó al señor Poschet hijo, a poner otra por debajo de la calle de la Fontaine. Fue en esa época cuando se hicieron los trabajos para cegar lo que se llamaba el pantano, es decir, el espacio comprendido entre el mar y la calle Saint-Louis, la de Saint-Joseph y la linde sur de la ciudad, lo que prolongó el muelle.

Este, a excepción de la longitud de la batería real, estaba muy lejos de conservar los 140 pies de ancho que tenía originalmente, debido a la falta de mantenimiento lo había entregado a la corrosión del mar, a pesar de los trabajos y disminuciones de 1748.

El muelle del Cap fue lo primero de lo que se ocupó el cuartel de la policía municipal creado el 20 de junio de 1764 y reunido el 30. Los señores de Montreuil y de Clugny concedieron al señor Courrejolles la concesión provisional, el 9 de agosto de 1762, de 190 pasos de ancho arrancados al mar.

Los señores de Estaing y Magon (ya que el general y el intendente se habían hecho miembros de la policía municipal), exigieron al señor Courrejolles el terraplén de su concesión, que convirtieron el 1 de julio en un título a perpetuidad.

Incluso autorizaron al señor Courrejolles a utilizar en beneficio propio lo que quedaba de la tierra de las disminuciones.

La concesión del señor Courrejolles debía extenderse desde la calle Saint-Laurent hasta la de Religieuses, es decir, desde el extremo de la batería real al norte, tomando 190 pasos al sur.

El día 8 del mismo mes de julio, la oficina municipal, olvidando lo que había hecho en relación al señor Courrejolles, exigió que los propietarios de los emplazamientos situados desde la batería real hasta más allá del espigón, suscribieran la obligación de formar delante de sus casas un muelle que tendría 90 pies de ancho, en el espacio dejado entre la batería real y la calle Cimitière y 60 pies solamente desde esta calle hasta el espigón.

Los propietarios se pusieron a trabajar de modo que los terraplenes estuvieran listos en un año, en el tramo de la batería a la calle de la antigua Joaillerie.

Pero prometieron que en el caso de que se formaran nuevos terraplenes, haciendo una calle hacia el mar, tendrían terrenos en los que esconder los suyos.

El señor Courrejolles fue casi el único que cumplió lo que se le había ordenado. Las antiguas disminuciones se aplanaron para ampliar la ciudad y la tierra que le faltaba al terraplén fue sustituida por arena del torrente.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se hizo surgir de las aguas una nueva plantación y en 1765 la vasta extensión de su concesión dominaba el mar.

Hizo que se construyera allí una casa de tablones, un depósito, una fuente pequeña, una grúa y un malecón.

Los capitanes de barco debían haber aplaudido esos logros de un trabajo del que podían disfrutar mediante un pago de 30 libras por navío, mientras que durase el viaje. Pago que eran maestros en evitar, haciendo lo mismo que antes de que hubiera esos medios: quejarse de que era un abuso.

Algunos hombres, envidiosos de la prosperidad que la actividad del señor Courrejolles le había procurado, se hicieron eco de esos miserables clamores, que llegaron hasta los Administradores.

Sin esperar la opinión de estos, hicieron todo posible para quitarle a este ciudadano la concesión que había manejado con tanto éxito. Es cierto que consiguieron que les cedieran, a finales de 1765, a través de un apoderado del señor Courrejolles, 60 pies cuadrados del terreno de la concesión por 41,313 libras.

Era precisamente la parte donde estaba la grúa, la fuente y el malecón. Hasta pretendían que esa suma no era más que una indemnización por los trabajos; se ordenó el cese de la concesión, un decreto tan carente de aspectos legales que no se atrevieron a enseñarlo.

Hecha esta adquisición, se comenzó a despejar el malecón de cualquier estorbo. El 18 de agosto de 1764 entró en vigor una ordenanza del juez del almirantazgo, que prohibía obstruirlo con mercancías e inmundicias.

Se impidió el pago de cualquier tipo y se convirtieron en gratuitas la calle, la fuente y la grúa del señor Courrejolles; desaparecieron las otras grúas, que no aportaban nada a sus dueños.

El señor de Estaing se felicitó de todo lo que habían hecho y el 22 de marzo de 1766, recibió el agradecimiento público de los capitanes de barco por esta liberación.

Sin embargo el 28 de agosto de 1767, los sucesores de los señores de Estaing y Magon creyeron tener que jurar, para que figurara en las cuentas del Rey, lo que se había comprado al señor Courrejolles y tengo la prueba de que existe este juramento.

Pero muy poco después no quedó rastro de los excelentes establecimientos creados por el señor Courrejolles, lo que lamentaron más de una vez los que le envidiaban y criticaban.

El muelle se quedó en ese estado pero, como todo el mundo sabía cuál era el precio de las casas que lo bordeaban, se hizo todo lo posible para que el gobierno decidiera hacer una nueva calle hacia el mar.

Hasta se llegaron a obtener algunas concesiones que fueron anuladas por una ordenanza de los Administradores del 12 de noviembre de 1773, que prohibía construir en el muelle.

Cuando en 1780 en el consejo de guerra reunido en el Cap para debatir sobre la defensa de la Parte del Norte, se reconoció que debía ser abandonado el plan

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de hacer del muelle un emplazamiento fortificado, los señores de Reynaud y Le Brasseur decidieron entonces que habría entre el mar y las casas, desde la batería real hasta el espigón, una distancia de 90 pies, de los que 60 serían considerados como calle y lo que sobrara, como muelle.

Este último espacio podría él solo servir de almacén para lo que se desembarcara por poco tiempo y desde el comienzo, en 1781, todos los propietarios de las casas del muelle casi habían acabado este trabajo.

Los señores de Bellecombe y Bongars se hicieron cargo de la Administración en 1782. Como en Santo Domingo tenemos más de un ejemplo de la inconsistencia de los principios que la dirigen, se insinuó que sería útil tener una calle de más en la parte baja de la ciudad, desde la de Chastenoye hasta el espigón.

Al señor de Bellecombe le gustó la idea, que se apoyaba en la observación de la carestía de arriendos durante la guerra, que había causado al Rey hasta 800,000 libras de gastos al año, por los cuarteles, almacenes y hospitales. Se trazó un plan en el que se incluía el nuevo proyecto.

Entretanto, llegó en 1784 el señor Maugendre, se dice que con el crédito concedido por la señora de Brionne, para los cuidados domésticos de uno de sus hermanos.

Este protegido solicitó a los Administradores el permiso para hacer un barracón en el muelle, donde viviría y pondría una taberna.

Por otro lado, el señor Massot, capitán del puerto, pedía el de construir una casa de madera en todo el terreno comprado al apoderado del señor Courrejolles en 1765 y que posteriormente habían destinado para construir una casa para el alojamiento del capitán del puerto.

Uno y otro se comprometían a evacuar esos lugares al primer aviso y los dos obtuvieron lo que deseaban.

Pero el señor Jean Lalande había obtenido una concesión (de una plantación, es verdad), el 27 de noviembre de 1784, de un emplazamiento que debía formar una nueva calle en el muelle y prolongar la de Saint-Josph al este.

Las quejas se recrudecieron y el 3 de marzo de 1785, los Administradores la anularon; el señor Bellecombe escribía al comandante del Cap ese mismo día, que le prohibía permitir que se edificara en el muelle bajo ningún concepto, hasta que se aprobara el nuevo plan maestro del Cap, que debía enviar al ministro.

Sin embargo el señor Maugendre, autorizado a construir un barracón de 30 o 40 pies cuadrados en el lugar que le indicaron el comandante de la Parte del Norte y el capitán del puerto, fue dirigido al terreno de la concesión del señor Courrejolles.

Este, consultado un agrimensor, se opuso a la operación. El señor Clément, propietario de una casa en el muelle, invocó también la promesa de 1764 de la oficina municipal; de ahí los litigios, hasta judiciales, durante los cuales el señor Maugendre, que continuaba construyendo, recibió del gobierno la orden de suspender los trabajos.

Entonces tomó la resolución de comprometerse por escrito con el señor Courrejolles a devolverle el terreno, en el que le notificaría que quería construir y, a título de reconocimiento de su plantación, prometía entregarle una gorda al año.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Este acuerdo, sellado por el comandante del Cap hizo levantar, el 11 de diciembre, la suspensión ordenada al señor Maugendre.

Tales fueron los incidentes que crearon las dos casas de madera que se ven en el muelle, las únicas que hay y que están alineadas, una con la calle de Notre-Dame y otra con la de Chastenoye.

La que está más al sur y tiene un piso, es la del señor Massot. El señor Courrejolles intentó en vano, todo lo posible para hacer valer sus derechos o al menos compartir los beneficios de un favor, cuyos trabajos primitivos le hacían merecer más que ningún otro.

La ordenanza del 31 de diciembre que ya he citado y que fija los límites de la ciudad del Cap, prohíbe expresamente que nadie construya ningún edificio en el muelle, cualesquiera que sean sus títulos de propiedad.

El señor Courrejolles se encontró envuelto en esta prohibición que demuestra a qué continuas vicisitudes están expuestos los hombres bajo la administración colonial, que alternativamente quiere y no quiere.

El señor Maugendre añadió una nueva ganancia a su posesión: la de un manantial que excavó en el patio de su casa; una ordenanza del 18 de marzo de 1785 del segundo comandante y el ordenante del Cap, le permitía vender el agua a razón de 10 monedas de Francia la barrica.

El análisis de esta agua, hecha ocho días antes por el médico, el cirujano y el farmacéutico del Rey, reveló que contenía sulfato cálcico y muriático de base terrosa como el agua de los pozos del Cap, siempre menos ligera que la de la fuente.

El muelle, en su estado actual tiene, cara a cara con la batería real, cerca de 20 toesas, casi el doble frente al bastión y luego alrededor de 20 toesas en el lugar donde están los barracones de madera; pero desde ahí hasta la plaza Le Brasseur, su anchura varía desde 84 hasta 60 pies.

Desde el año 1746, había plantada una doble avenida de árboles delante de la batería real; era entonces el único paseo del Cap. Estos árboles, que crecieron mucho, acabaron marchitándose, sin duda porque sus raíces llegaron a beber agua de mar.

Se talaron en 1777. Su mantenimiento había sido confiado sucesivamente a los señores Bouvier la Rivière, Métayer y Sacalay y les eximía de cualquier servicio personal, de alojar a soldados, incluso de la tutela, curación y trabajos forzados para 50 negros.

Poco después se plantaron dos nuevas avenidas, pero que van desde el alineamiento del lado sur de la calle Conseil, o de la plaza Saint-Louis hasta el alineamiento norte de la calle Fontaine, con un espacio bastante grande en la calle Saint-Laurent, para que se pueda llegar a la que tiene enfrente.

Hay que lamentar que esos árboles no crezcan más deprisa; pero el aire salitroso del vecindario y la falta de protección suponen dos grandes obstáculos, independientemente del poco espesor del suelo por encima del agua salada.

No hay nada más precioso que la sombra en un país caluroso, pero lo es todavía más cuando puede proteger del sol al que espía la llegada de una chalupa para volver a su barco.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esta pequeña avenida lleva el nombre de paseo de Le Brasseur y enfrente de la calle Fontaine se acaba de construir, en 1789, una fuente compuesta por una verja y un pedestal cuadrangular que apunta a los cuatro puntos cardinales.

Del pedestal sale una pirámide igualmente cuadrangular, en cuyo lado sur se trazó un meridiano, cuyo diseño es una barra de hierro atravesando un globo que tiene en su extremo, que señala el norte una flor de lis dorada como la placa solar.

Los cuatro costados del pedestal tienen inscripciones y los de la verja tienen cada uno una máscara, cuya boca es un caño.

He aquí la inscripción del lado que está enfrente de la ciudad:

Pura sumis aquam, simul aspicis
Horam: utraque sponte fugit;
Sed fistere coge, fruendo.

En el remate, en un punto que está completamente al norte del meridiano, levantaron una columna de 12 o 15 pies de alto que servía ella misma para rectificar el meridiano; en ella se puede verificar la variación de la aguja imantada de las brújulas.

El muelle Saint-Louis, que es su nombre hasta la plaza de Le Brasseur, está bordeado por catorce isletas que contienen 27 emplazamientos numerados del 1 al 27.

Casi todos son tiendas de los negociantes, almacenes de los pasajeros, albergues, tabernas y billares. Las casas aquí son todas de mampostería y algunas tienen un piso. Así es la que da a este muelle en la plaza de Saint-Louis, que se utilizó como cuartel de un destacamento del cuerpo real de artillería, desde 1776 a 1783.

Para protegerse de los efectos del sol, que pega en las casas desde el alba, hay unas carpas espaciosas, bajo las cuales se respira con delicia la brisa, en cuanto el calor se disipa y el sol ha traspasado su meridiano.

En este muelle, al final de la calle Saint-Pierre, hay unos baños públicos muy cómodos. Se establecieron a principios de 1733. En el lado norte de la calle hay doce, de los que cuatro son de mármol y ocho tienen bañeras de madera.

En el lado sur están también los que construyeron en sociedad el señor Lartigau de Loustouneau y Marie-Rose le Doux, mulata de la Martinica.

Son quince, de los que cuatro están en dos cabinas. El sitio de estos últimos es todavía más agradable y mejor dispuesto. Las bañeras son de cemento con dos tubos, para el agua fría y caliente.

Un baño solamente, cuesta media gorda pero se puede, mediante abono, disponer de seis por dos gordas. En el lado norte de esta calle costaban hasta la mitad de esa suma. La proximidad de esos baños en relación con la bahía, hace que sean muy frecuentados; los domingos y fiestas no es siempre fácil conseguir turno.

Aquí no hay las severas normas de los de París, donde los sexos están separados; el marido y la mujer, o los que por tal se tienen, pueden ir al mismo baño y a la misma bañera.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En la esquina del muelle con la calle Constans hay un cuerpo de guardia. Su cometido principal es evitar las peleas, que son frecuentes cuando se reúnen muchas personas en las calles.

La plaza de Le Brasseur está formada por el muelle y un pequeño espacio que dejan en esta zona el extremo de la calle Neuve y la de Gouvernement que, no siendo paralelas en el muelle, vienen a terminar al norte en ángulo agudo.

Esta placita se construyó en 1780, cuando los señores de Reynaud y Le Brasseur obligaron a reparar el muelle. Este punto era precisamente una especie de charco de agua que llegaba hasta el borde de las casas.

El gobierno mandó rellenarlo y el señor de Reynaud le dio el nombre de su colega, que los habitantes del Cap deben amar si creen que el deseo de sanear y embellecer sus jornadas, está hecho para inspirar el agradecimiento. La plaza de Le Brasseur costó 73,391 libras y 18 monedas, pagados por la caja de las libertades.

Se erigió también un pequeño edificio de mampostería, en forma de ángulo recto, en el muelle y en el extremo norte de la calle de Vieille Joaillerie, para refugio de los guardias de los muelles, creados el 6 de octubre de 1780, por una ordenanza de los mismos administradores para velar por la conservación y limpieza de los mismos.

Este cuerpo de guardia, que costó 12,052 libras y 4 monedas, alojaba a cinco hombres de uniforme azul; el forro, la casaca y el calzón blancos; los adornos en azul cielo, los botones blancos con un ancla grabada y armados con un mosquetón.

Prestaban un servicio más útil de lo que parece, ya que evitaban que se obstaculizara y obstruyera el muelle, lo que importunaba los movimientos del comercio y al mismo tiempo evitaban que toda la longitud del muelle de una gran ciudad, fuera una letrina continua y el punto de reunión de inmundicias que ofenden cruelmente la vista y el olfato, independientemente del efecto que esas emanaciones tengan en la salud.

Se creyó que un desembolso de dos mil escudos al año era desproporcionado para este servicio y otra ordenanza, del 16 de noviembre de 1782, reemplazó a los guardas de los muelles por un único inspector, con las mismas funciones y el mismo uniforme y se le puso a las órdenes del capitán del puerto.

Se economizaron dos tercios del gasto, pero no se tuvo en cuenta que era físicamente imposible que el inspector del muelle del Cap, ocupado en evitar un montón de basuras cerca del espigón, pudiera oponerse a una tentativa del mismo tipo, hecha en el mismo momento en otro punto del espigón alejado 400 o 500 toesas de allí.

También, a partir del 13 de diciembre de 1783, los Administradores ya estaban obligados a renovar la prohibición, repetida tan a menudo y en consecuencia tan a menudo inútil, de obstruir el muelle.

Otra, del 13 de diciembre de 1786, ordenaba la confiscación de lo que se abandonara más de dos días y delineó la playa que bordearía el camino desde el Cap al embarcadero de Petite-Anse, más allá del espigón y que serviría para colocar las maderas y piedras, con la oferta, hecha después, de dar concesiones en usufructo a los comerciantes que lo desearan.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Indudablemente significaba ampliar el muelle del Cap, pero vigilar esas maderas era muy difícil en un entorno aislado, que sin embargo se hallaba al borde de un camino.

Significaba un transporte más para llevarlas al Cap y todos los transportes son caros en Santo Domingo. Quizá una política más activa en el muelle, que no tendría que almacenar las mercancías más que durante un plazo establecido, sería más útil para todos.

A través del puerto se puede evaluar el movimiento comercial de la ciudad del Cap; cuando se reflexiona sobre todo lo que llega a la bahía, o lo que se gana con los barcos de pasajeros, nos convencemos enseguida de que el Cap proporciona un gran impulso al comercio de la Colonia y que la existencia de esta ciudad tiene una gran incidencia en el comercio de los enclaves marítimos de la metrópoli.

La calle que está por encima del muelle y que va de norte a sur, lleva el nombre de Picolet desde el punto en el que atraviesa el torrente hasta el reencuentro con la calle Conseil, que la corta de este a oeste; desde esta calle, hasta la plaza de Le Brasseur, se llama Neuve.

Este extremo de la calle Picolet, que se encuentra en mi primera sección tiene al este el parque de Artillerie; al oeste, está completamente rodeada por un gran cuerpo de edificios que es el almacén real para los víveres y utensilios de la marina.

En 1719, la isleta en la que estaba el almacén, tenía en su esquina con las calles Conseil y Renard una casa que pertenecía al señor Béhotte, uno de los empresarios del terraplén del muelle.

Al norte de esta casa estaba la de la señora viuda de Millot; entre ella y el torrente había una avenida de árboles que daba también a la calle Renard. El resto de la isleta, es decir, más de la mitad hacia el mar, estaba abandonada y se veían hacia su borde oeste, a cerca de 8 toesas de la calle Conseil, las ruinas de los muros de una casa.

Se tenía desde entonces el proyecto de construir allí un almacén, porque los del Estado eran tres; uno estaba situado en la plaza de Armas, en una casa comprada el 27 de febrero de 1698 para ese propósito.

El segundo en la calle Sainte-Croix, luego calle Penthièvre y el tercero, hacia el punto donde está la panadería del Rey (octava sección); todos ellos eran viejos y resultaban insuficientes.

Sin embargo se limitaron a levantar, en este terreno vacío en el mismo año de 1719, una prisión y un cuerpo de guardia. Hasta entonces este estaba en la isleta que se ve al norte de la de la panadería actual del Rey (octava sección), de la que habían empleado un trozo para que sirviera de prisión.

Este nuevo edificio toma 12 toesas de la calle Picolet y toda su profundidad, hasta el terreno de la señora viuda de Millot; el resto esperaba la construcción del edificio.

El incendio del 21 de diciembre de 1734, consumió los dos primeros almacenes que he citado y determinó esta edificación, que fue acabada en 1737 e hizo desaparecer la prisión de 1719.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Primero se había proyectado solamente con la planta baja pero se le añadió un piso, lo que era un lujo en 1735. Este almacén era de mampostería y tenía 208 pies de fachada, 20 de anchura sobre plano y 24 de altura hasta el nacimiento del tejado.

Tenía tres puertas y catorce ventanas en la planta baja. El primer piso estaba adornado con dieciocho ventanas de cerca de 7 pies de alto, con un pequeño balcón de hierro para apoyarse; medio hay una puerta que abre sobre un hermoso balcón de 20 pies de largo.

Este edificio, cuyo centro y dos extremos tienen tres frontispicios triangulares, con las armas de Francia con atributos marineros, se destaca también por su alto techo que le añade una gracia especial; el conjunto impresiona a los que desembarcan.

Es agradable estar en él por su exposición relativa a la brisa y por lo fácil que es protegerse del sol abrasador mediante una galería alta y baja de 9 pies de ancho, que domina toda la longitud interior del edificio.

Muy a menudo ha habido que lamentar que, por dentro, el espacio vacío no tuviera más que 10 pies de ancho, pero era por falta de terreno.

La ocasión de adquirir el resto de la isleta, hasta la calle Renard se presentó bajo la administración de los señores de Reynaud y Le Brasseur y se aprovechó rápidamente. Este desembolso de 104,000 libras ahorró, de entrada, 40,000 libras en alquileres al Estado, que gastaba entonces casi el doble de esa suma.

Levantando los edificios comprados y ya construidos, se tendría un cuadrado de inmuebles paralelos difíciles de encontrar en las Colonias y tirando el muro de separación, se dispondría de un vasto patio, que facilitaría todos los movimientos del almacén.

Esta ventaja y la del parque de Artillerie, cuya entrada está enfrente del almacén, es lo que se tuvo en cuenta cuando se dejó entre ellos una calle de cerca de 50 pies de ancho.

El primer piso se destinaba en gran parte al alojamiento del guarda del almacén. Durante 24 años, el Consejo superior del Cap celebró allí sus sesiones, mientras que la senescalía estaba en la parte baja.

Una motivación económica había hecho adoptar esta extraña medida, que hacía que los tribunales deliberaran en medio del estrépito de los obreros de la tienda.

El señor de Clugny, intendente, extrañado por esa proximidad y encontrando que el local no era lo bastante grande, incluso para no ser más que un almacén, alquiló una casa para las asambleas del Consejo.

En la época en que se edificó el almacén del Rey, había apenas 10 toesas entre esta y el mar en ciertos puntos. En los dos tercios de este espacio, cortado por zanjas donde se estancaba el agua, había una disminución de tierra que existía desde principios de siglo.

Todavía en 1719, cuando se quería atravesar el torrente para salir fuera de la ciudad (porque todavía la limitaba al norte), había que pasar por su cauce o bien hacía falta ir a buscar un pequeño y estrecho punto que se hallaba al final de la calle Gouvernement.

En 1719 se hizo, para los peatones, otro pequeño puente de madera delante de la cárcel que entonces se estaba construyendo y los coches pasaban por el mismo torrente.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Hasta diciembre de 1732 este pequeño puente no fue remplazado por otro, también de madera, pero sustentado por dos pilares de ladrillo. Se le dieron 40 pies de largo, 7 de alto en el centro, por encima del fondo del torrente y 10 de ancho.

Costaría creer todas las calumnias y todas las necedades que provocó la existencia de este puente, que luego se abovedó y sobre el que ahora se pasa.

Encontraríamos en Santo Domingo a más de una persona que diría que le han asegurado, de un modo que no permite dudarlo, que el proyecto de este puente fue enviado al ministro por una suma estimada en 1,800,000 libras y para hacer verosímil ese desembolso, se veía en el plano a un navío de guerra pasando con su velamen bajo el mismo.

Y bien, escribiendo esto, tengo delante el plano original; está firmado por el señor de la Lance, ingeniero. Tomo de él las dimensiones que voy a relatar: este ingeniero dice que su trabajo fue ejecutado a lo largo del mes de diciembre y firmó el plano el 22, porque se habían terminado las obras y añade solamente que el tipo de construcción que empleó podría servir para puentes de 100 pies de envergadura. ¿En qué queda entonces la fábula de *1,800,000 libras* y el navío ciñendo con todo el trapo desplegado?

Ya he contado cuál fue el origen de la calle Neuve, que se llama también la de Marché des Blancs. Había una costumbre tan antigua como el propio Cap: que los marineros se instalaran, los domingos y fiestas, al borde del mar o en la calzada.

A veces se intentó que la abandonaran pero siempre terminaban por reanudarla. Como también había un mercado de comestibles y otros productos en la plaza de Armas, el mercado de la calzada, llamado mercado de los blancos, se extendía desde el borde del mar hasta esta plaza y un edicto del Consejo del Cap, del 8 de junio de 1735, autorizó a los marineros a seguir con su costumbre.

Pero como había acabado siendo un abuso, una ordenanza de los Administradores del 11 de marzo de 1773, confinó el mercado de los blancos a la calle del mismo nombre.

Allí, todos los domingos (no en las fiestas normales ni en las grandes solemnidades) vemos que se instalan, desde el comienzo de esta calle, a partir de la del Conseil hasta la calle Chastenoye, toda clase de productos secos y comestibles traídos de Francia.

Quincallería, loza, porcelana, artículos de mercería, etc. Podemos encontrar joyas, zapatos, sombreros, periquitos, monos y casi todo lo que se puede comprar en el Cap.

Este espacio de cerca de 200 toesas y los dos lados de esta calle de 35 pies, están atestado de mercancías; hay hasta puestos de caballetes portátiles y en la parte donde la calle Pointe se abre a la Neuve, donde esta es más ancha, se instala una doble fila de vendedores.

Hacia las siete de la mañana empieza el mercado, que dura hasta el mediodía. Se considera de buen tono ir a dar una vuelta por el mercado de los blancos, aunque no se compre nada.

El calor, a veces excesivo, no es tenido en cuenta y la moda supera ese temor. Las mujeres de color, sobre todo, no pueden dejar de exhibirse y despliegan un lujo que a veces se convierte en un cebo que saben emplear con éxito.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

De hecho, el mercado de los blancos es realmente beneficioso para los que quieren conseguir, en un momento, distintos objetos que no sería posible encontrar más que yendo a muchas tiendas y para los marineros que acuden con sus productos desde que pisan tierra firme.

La curiosidad llama a examinar los artículos y sirve para que los vendedores y los amantes de la novedad encuentren, en ciertas casas, camarillas que pueden tomar y hacer toda clase de cosas.

La casa que hace esquina sudeste con la calle Neuve, tiene un piso, cuya amplia habitación de la esquina, llamada la Bolsa, sirve para las reuniones de la Cámara de Comercio.

Esta casa se encuentra muy bien situada para avistar, hasta desde más allá de la entrada del puerto, los barcos que pasan por delante del Cap o llegan.

Desde ese punto se reconocen las señales especiales que hacen aquellos que tienen interés en anunciarse a algunas personas a quienes ya estaban destinadas las señales y los barcos.

La Cámara de Comercio del Cap se instituyó mediante una ordenanza de los señores Burt y Clugny el 13 de mayo de 1761, que permitió a los hombres de negocios de esta ciudad tener un lugar de reunión, a semejanza de las Bolsas de las ciudades del reino.

Hay que resaltar que esta petición tuvo lugar en la época en la que se había creado una Cámara de Agricultura y Comercio y se hablaba de dejarla en Cámara de Agricultura a secas.

Los comerciantes querían disponer de un contrapeso a su influencia, pero como vieron que no tendrían ninguno, renunciaron casi enseguida, de hecho, al beneficio que habían obtenido de la ordenanza.

Fijaban tan pocos precios que, en 1765, el señor Birot, que era uno de ellos, hizo anunciar en los Anuncios Americanos, que devolvería el lugar de las reuniones al propietario, si no se le daba con qué pagar los alquileres.

El señor Bourgeois, abogado, había sido secretario de la Cámara de Agricultura y Comercio y se le eligió también para serlo de la Cámara de Agricultura y de la Cámara de Comercio.

Esta última le daba tan poco trabajo y se fijaban tan pocos precios a lo que podía salir de allí, que el señor Bourgeois tomaba simples notas en hojas sueltas, que no fueron encontradas cuando se tuvo la fantasía de volver a acordarse de ellas, mucho tiempo después de que dicho señor volviera a Francia. No hay nada anterior a 1778.

La Cámara de Comercio se reunía, sin embargo una vez al año, para elegir a dos de los cuatro miembros que llevaban el título de *comisarios*; era entonces cuando se hacía una colecta voluntaria para el alquiler de la sala de la Bolsa, que recaía siempre, en gran parte, sobre esos comisarios.

En 1784, los hombres de negocios del Cap, salidos al fin de su despreocupación, creyeron que debían solicitar al ministro, por intermediación de los Administradores, una autorización formal y una organización de su sociedad.

El 24 de diciembre de 1785, el ministro respondió a los Administradores que la intención del Rey era solamente que continuara gozando provisionalmente del

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

efecto del permiso obtenido por los señores Bart y Clugny y que los Administradores les brindaran protección en las operaciones que la hicieran necesaria.

La Cámara de Comercio hizo también muchas tentativas para conseguir las cartas de patente, pero nunca encontró a los Administradores dispuestos a concederle su apoyo.

Incluso trató de conseguirlo mediante gestiones directas en el ministerio, pero siempre sin éxito. No obtuvo más que el consentimiento del general y del intendente, el 30 de octubre de 1786, para utilizar un sello propio para marcar sus documentos.[44] Volveré a hablar de esta Cámara cuando me extienda sobre la de Agricultura.

La calle Neuve termina en la plaza Le Brasseur. Hacia la mitad, su lado este hace una avanzada, a la que corresponde una apertura en el lado opuesto.

Esta desigualdad se debe a que esta parte inferior de la ciudad fue arrebatada al mar a base de terraplenes sucesivos que tomaron direcciones diferentes.

En el costado occidental de la calle Neuve, entre la de Saint-Laurent y la de Constans, hay un pozo o manantial muy abundante que suministra agua.[45]

Este pozo, que entonces se encontraba en la ribera, fue uno de aquellos donde las chalupas venían a coger agua en 1740, cuando el incendio del barco *la Ville de Rouen* y se hizo para prestar socorro en parecidas circunstancias, ya que mediante una bomba de dos pulgadas y media de diámetro, llenaba veinte barricas de agua a la hora y no perdía en todo ese tiempo más que tres líneas.

Este manantial, porque tiene que ser eso, no se seca nunca y jamás ha tenido de alto más de dos pies y medio de agua.

Del mismo lado de la calle, pero entre las del Cimitière y Saint-Simon, se encuentran los hangares que pertenecían a los jesuitas y que el gobierno compró a los acreedores de estos; se les llama *hangares ingleses*, porque estuvieron ocupados durante mucho tiempo por negociantes ingleses de América septentrional; ahora sirven para almacenes del Estado.

Encima de la gran tienda de la calle Picolet y en el sentido de una línea dirigida hacia el noroeste, hay una pequeña calle de 30 toesas de largo y alrededor de 20 pies de ancho que acaba en el torrente y que se llama Renard.

Es muy antigua y conducía, hace 80 años, desde la calle Conseil, hasta la parte delantera de la casa de la señora Millot y la parte trasera de la del señor Chastenoye, cuyo extremo norte estaba en el torrente.

[44] Este sello tiene un escudo de gules, con las dos manos de la justicia en oro orlándolo y encima una espada de plata, para resaltar el gobierno mixto; todo ello acompañado, a la derecha por un cuerno de la abundancia y a la izquierda, por un ancla también de plata para recalcar que el Cap es una ciudad marítima y la más floreciente del Nuevo Mundo. En la base Francia, cargada con una cabeza, emblema del Cap francés, el escudo timbrado con un casco igualmente de plata, bordeado y damasquinado de oro, deteriorado en su frontal y cerrado con once rejas para hacer notar que allí todos son soldados. Como soportes, dos negros con esta inscripción: *Cámara de Comercio del Cap.*

[45] El análisis de este agua, hecho por el farmacéutico del Rey, el 8 de agosto de 1786, revela que tiene mucho sulfato cálcico, un poco de tierra calcárea y de tierra magnésica, con muy poco muriático descompuesto a medias, es decir, en la que el ácido es superabundante; inconvenientes que el mismo análisis propone corregir con ocho onzas de alcalino fijo, o una especie lesiva de cenizas en cada barrica de agua para precipitar toda la tierra.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Ignoro lo que haya podido impulsar a ponerle ese nombre, en un país donde no hay zorros, al menos físicamente.

La calle de la Pointe está un poco más al oeste que la de Renard. Sale de la calle Conseil y termina en la Neuve. Esta calle está orientada hacia el mar; es la primera que es paralela a todas las superiores y tiene, como ellas, dirección norte sur.

Acabaré los detalles de la sección primera, que termina en la calle Gouvernement, de la que hablaré en la segunda, diciendo que fue ampliada desde 1734, por las catorce isletas del muelle y por cuatro últimas isletas que forman al sur el lado oeste de la calle Gouvernement.

El incendio de 1734 había quemado todo lo que existía entonces en esa sección, hasta que se encontraba con la calle Chastenoye y desde 1736, se reconstruyó todo en doce emplazamientos cercanos.

Este desafortunado acontecimiento, hizo que se sustituyeran las de tablones o palmas que el fuego había devorado por las casas de mampostería que hay ahora.

Segunda Sección

Esta sección está limitada, al norte por el torrente, al este por la calle Gouvernement, al sur por la de Cimitière y al oeste por la de Anjou; el lado oeste de la plaza de Armas y la calle del Morne des Capucins. Esta extensión que fue una de las más antiguas en ser edificadas, forma un cuadrado largo.

La calle Gouvernement, la más oriental de esta sección, es muy recta y está perfectamente alineada en toda su longitud. El señor Chastenoye tenía su casa en la esquina nordeste de esta calle, en el torrente.

El señor Chastenoye llegó en 1724 en calidad de gobernador del Cap y la calle se convirtió entonces en la del Gouvernement, nombre que conservó.

Al final de esta calle, fue levantado el primer pequeño puente de madera sobre el torrente para que pasaran los peatones y todavía se veían sus restos cuando lo reemplazaron por el de piedra, construido ese mismo año.

La casa de enfrente de la del señor Chastenoye, que también está en el torrente, sirvió de cárcel durante cerca de veinticinco años. El señor de Larnage le había dado este uso en 1746, cuando se quitaron las prisiones que se hallaban en el almacén del Rey de la calle Picolet en donde estaban desde 1740.

No se transfirieron donde ahora la vemos hasta el mes de julio de 1773. Muchas personas llaman todavía el final de la calle Conseil hasta el torrente, la de Vieilles Prisons.

La misma casa sirvió además como cuartel al cuerpo de granaderos voluntarios blancos, formado a petición del señor de Estaing, que este vicealmirante condujo al sitio de Savannah en 1779.

En la casa que hace la esquina sudoeste de las calles Gouvernement y Conseil, se reunió desde 1764 la Corte Superior del Cap, cuando dejó el almacén del Rey hasta 1772, en que se trasladó a la casa de los jesuitas que en la actualidad llaman del Gobierno.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sin embargo, esta calle se llamó Conseil no solamente en esta época, como aclararé enseguida.

La calle Gouvernement está atestada de comerciantes y los capitanes de navío tienen tiendas desde la calle Saint-Jean hasta la plaza de Le Brasseur. La calle superior llevaba en 1699 el nombre de la Sainte-Croix, porque muchos habitantes de la Colonia de este nombre, que llegaron entonces a Santo Domingo, vivían allí. Ahora se llama calle Penthièvre.

Situadas ambas en la vecindad del muelle y de las zonas más pobladas de la ciudad, son muy aptas para el comercio. Gran parte de sus casas tiene un piso, lo que las vuelve todavía más populosas.

Es una visión muy interesante constatar que en ambas calles hay esa larga fila de tiendas, donde los barcos de todos los puertos exponen las mercancías fabricadas en ellos, en sus alrededores o en el interior del reino; este lugar les sirve de mercado.

También se expone lo que se trae de países extranjeros y en un corto espacio de terreno se encuentra todo lo que las necesidades de la vida y la fantasía del lujo aconsejaron llevar a muchas miles de leguas.

Delante de cada tienda hay una pizarra de cerca de 3 pies de largo, que muestra el estado detallado del cargamento puesto a la venta, el nombre del capitán y el del barco, cuyo dibujo es a menudo la viñeta de la pizarra.

Creemos recorrer Francia entera en pocos minutos cuando al acento gascón le suceden el normando, el provenzal y el de Dunkerque. Las carretas no paran de transportar de la ribera a la tienda y viceversa; vigorosos negros, armados con trozos de madera redondos y pesados, golpean cadenciosamente las duelas de los toneles donde se apila el café; el tonelero del barco les pone el fondo y los baja.

Los negociantes de la ciudad que están en la zona se suman también para hacer sus acarreos y sus cobros, en el alboroto ensordecedor de este cantón en el que todo indica la riqueza de Santo Domingo, en particular la de la Parte del Norte.

La calle Penthièvre, que se acaba en el muelle cerca del espigón, tiene más de 500 toesas de largo. La altura de las casas y los pabellones que están delante de las tiendas de los barcos, que son una especie de enseña, la convierten en una de las más frescas de la ciudad.

En su lado este, entre las calles Saint-Laurent y Constans, está la oficina de venta de artículos marítimos que solo puede efectuar el auditor del almirantazgo.

Normalmente la subasta se hace en la calle y la afluencia de compradores y el tambor que no cesa de llamarlos, forma una nueva escandalera que se une al alboroto del que ya he hablado.

Paralelamente y por encima de la calle Penthièvre, hay otra que se llama Saint-Domingue, desde el torrente hasta el punto en que se encuentra con la plaza de Armas; más allá se denomina calle Dauphine, más vulgarmente la de Bac.

La calle Saint-Domingue no tiene sino 150 toesas de norte a sur. Está muy bien construida y tiene muchas casas de un piso. Estando en ella y mirando al norte, se ve la grupa del pico que limita el Cap en esa parte, llena de un verdor que alegra la vista.

Se debe a algunas zonas en las que se cultiva la hierba de Guinea, que sirve de forraje a los caballos de la ciudad. El verde tierno de esta flexible planta, varía

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

además con las ondulaciones que causa la brisa y parece suavizar el calor, porque mirarla es un placer y el alma parece que se refresca.

En la calle Saint-Domingue, casi en la esquina norte de la plaza de Armas, estuvo el primer gabinete literario constituido en la Colonia. Este establecimiento, que fue fruto de la imaginación del señor Despassier, genovés, contribuía ya a la diversión e instrucción del Cap cuando llegué en mayo de 1775.

El abono mensual costaba dos gordas y este recurso unido a la venta de libros, fue suficiente para que su inventor amasara una fortuna honestamente habida.

El señor Dufour de Rians, librero impresor, vio con desagrado el negocio del señor Despassier y lo presentó al ordenante del Cap como una violación de su privilegio exclusivo.

El señor Caignet publicó sobre su requerimiento, el 31 de julio de 1777, una ordenanza que prohibía cualquier venta de libros y cualquier gabinete literario. El señor Despassier y el público se pusieron de acuerdo para actuar como si no existiera la ordenanza.

Su ejemplo no tardó en ser seguido por el señor Herbeau, que abrió una tienda de libros y papelería y un gabinete literario en la calle Dauphine o de Bac, en su lado oeste, entre las calles Saint-Simon y Saint-Joseph.

Además en esta sección, en la plaza de Armas, se podía ver un establecimiento parecido, hecho por los señores Batillot, hermanos de París, que hasta adquirieron los fondos del señor Herbeau a la muerte de este.

Por último, en julio de 1788, el señor Decombaz, suizo, propuso junto con el señor Bénard, francés y socio suyo, un abono para la lectura de todos los periódicos, que fue el origen de la formación de su librería y su tienda, en la que se encuentra todo lo que pueda ofrecer un vendedor de papelería.

Así, el afortunado intento de un solo hombre, multiplicó los recursos de miles y el medio de tener muchos placeres que un odioso privilegio quería impedir que llegara hasta los colonos, o quería vendérselo desde el despotismo a un precio exorbitante.

Encima de la calle Saint-Domingue, cuyo nombre no necesita ser comentado, está la de Palais, que debe el suyo a que el Consejo Superior estuvo durante seis años en la isleta que forma la esquina nordeste de esta calle con la de Conseil.

Este tribunal, errante desde su instalación en noviembre de 1701, se reunía o en casa del Gobernador o en la de alguno de sus miembros. Por último consiguió, en 1712, un local en una casa comprada con el producto de las multas judiciales, que estaba en la plaza de Armas.

Al quemarse esta en 1734, se alquiló la casa de la calle Conseil. Tenía una planta baja compuesta entonces por dos piezas. Se adjudicó una al Consejo y la otra a la senescalía.

Temis no estaba lujosamente situada, aunque se pagaban por su templo 2,400 libras al año (suma considerable para la época), porque las partes y los procuradores esperaban en la calle, expuestos al sol y a la lluvia, su turno para ser juzgados.

En ese periodo de 1734, se llamó calle del Conseil a aquella donde se reunía esta Corte y que antes se denominaba Verdery, por un hombre de negocios.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Al mismo tiempo se llamó calle de Palais a la que daba a uno de los lados del lugar de reunión del Consejo, que se transfirió en 1740, junto con la senescalía, al almacén del Rey.

La calle de Palais tiene la misma longitud que la de Saint-Domingue y va, como ella del torrente a la plaza de Armas donde sin embargo penetra, no sin antes rodear el barracón que sirve de cuerpo de guardia y que evita que desde esta calle se vea el pórtico de la iglesia.

Todo su lado oeste y también una parte del costado este, reposa sobre una roca que antaño formaba parte del Morne des Capucins.

Además la calle, que es bastante desigual, se va elevando a medida que se acerca a la plaza. Fue necesario utilizar dinamita para construir las hermosas casas que hay allí y sobre todo para excavar los pozos, que tienen hasta 90 pies de profundidad.

Encima de la calle de Palais está la del Morne des Capucins; va igualmente del torrente a la plaza de Armas y termina en la esquina noroeste de esta. Ahora busquemos el origen de su nombre.

En el extremo noroeste de la plaza de Armas, se encontraba un montículo aislado dirigido, primero de norte a sur, luego de nordeste a sudeste, teniendo 80 toesas de largo por 40 de ancho.

Esta pequeña altura, de roca viva y cuarzosa que no podemos considerar sino como una ramificación de las estribaciones de las montañas que rodean la ciudad al oeste y al norte, formaba parte de la plantación del señor Gobin, el calvinista que ya he citado como el primer propietario francés del terreno en que se construyó la ciudad del Cap.

En 1680, el señor Marquant, capitán de la milicia y comandante del Cap, apoderado de la viuda de Gobin, vendió judicialmente este pico y los terrenos circundantes; el señor de Pouançay, gobernador de Saint-Domingue, los compró por *ocho millares de tabaco.*

A la muerte del señor de Pouançay, en 1683, el señor Galichon heredó esta adquisición y el señor de Launays-Pays, hermano de la viuda de Galichon (después señora Hardouineau), la donó a los capuchinos del Cap.

Lo hizo en la persona del padre Chrisostome, párroco del lugar, que heredó el pico que entonces era la linde del pueblo al oeste y un terreno para jardín situado en la sabana todavía más al oeste, a condición de que los capuchinos celebraran misas por el descanso del alma de su cuñado hasta que se llegara a los cincuenta escudos, que era el cálculo de lo que valía la donación.

Estos religiosos hicieron construir sobre el pico una casa de tablones de palma, cubierta de hojas, donde había una capilla consagrada a San Francisco; vivieron allí y el pico pasó a llamarse Morne des Capucins.

El 25 de septiembre de 1699, el señor Bonnefoie, síndico de los capuchinos, intercambió en su nombre esta plantación, con el consentimiento del reverendo padre Tranquille, capuchino de Rouen, visitador general de América, por un almacén situado en la entrada del Cap y 300 libras.

Poco después se instaló allí una batería y el 5 de enero de 1704 el señor de Charrite, que tenía un testaferro en el intercambio de 1699, se hizo conceder por

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

el señor Auger dos terrenos al norte y al sur del pico y ese mismo día prohibió construir tanto en el pico como en sus alrededores.

El señor Frazier quería que fuera el emplazamiento de las casernas, pero el señor de Charrite que se alojaba allí, se opuso.

El 25 de junio de 1728, la viuda del señor de Charrite vendió muchos terrenos que formaban parte del Cap y el pico de los capuchinos al señor Dujarriay, que murió siendo lugarteniente del Rey en Port-aux-Paix, por 7,500 libras.

El nuevo propietario obtuvo de los Administradores, el 20 de octubre de 1731, el permiso de ceder enclaves en la sabana, que terminaba el Cap al oeste, en los terrenos adyacentes del pico de los capuchinos, a condición de que fueran alineados con las calles de la ciudad y edificados en un año bajo pena de reunión.

En cuanto al pico mismo, seguiría teniendo la batería así como un pabellón que servía para repetir las señales del vigía, que todavía existían cuando en 1738, el señor Gautier, síndico de los acreedores Dujarriay, pidió a los jefes la autorización para disponer del pico.

Estos consultaron con el ingeniero jefe y el comandante del Cap, que fueron de la opinión de que el pico estaba sujeto a ser unido al dominio público.

El procurador del Rey requirió esta unión que los señores de Larnage y Maillard ratificaron el 9 de mayo de 1739.

Seguro que no hemos olvidado que en esta época, la compañía Béhotte había ofrecido construir terraplenes en la calzada y el pico de los capuchinos proporcionaba una parte de ellos.

Una ordenanza del 8 de octubre de 1746, permitía a cualquier particular excavar lo que quedaba y aprovechar los materiales.

Acabó siendo aplanado completamente y no quedó sino su nombre, que le fue dado a la calle de la que hablo en este momento.

Se construyeron hermosas casas, de las que tres tenían un piso. Las dos que hacen las esquinas noreste y noroeste de esta calle con la de Conseil, fueron la residencia de muchos intendentes de la Colonia.

El señor de Clugny ocupó la del nordeste y los señores de Vaivre y Bongars, así como el señor Le Brasseur, que llenó el ínterin entre ellos dos, la del otro lado.

Son ambas de madera, pero cómodas y disponen de lo que es siempre agradable en todas partes: un gran patio y un jardín, que es una gran ventaja en un país caluroso; sobre todo en el Cap, donde los emplazamientos están limitados. Son deudoras de su situación, cercana al torrente.

La plaza de Armas, que se llamó también plaza de Notre-Dame, es un cuadrado de 45 toesas al que se le suma exteriormente la anchura de las cuatro calles que la bordean.

Esta plaza existe desde los inicios de la ciudad, pero no siempre fue tan grande ni tuvo forma cuadrada.

Al principio era un espacio irregular, que se había dejado libre alrededor de la iglesia, cuya posición no ha cambiado. La auténtica plaza, la que servía de mercado, no era otra cosa que el borde del camino grande, cuyo extremo se ha convertido en la calle Espagnole y en la que el señor de Galisset hizo reservar un gran espacio

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

hacia la calle de la Boucherie, a finales de 1699, cuando se empezaba a construir esta calle.

La plaza de Armas consistía, en esa época, en la placita y en la plaza de la iglesia. No se empezó a diseñarla racionalmente hasta 1706 y solamente la parte contigua a la iglesia.

Siempre se dejó un paso alrededor de ella, pero se edificaron sus dos esquinas nordeste y noroeste con las calles de Anjou y de Bac.

El 7 de febrero de 1707, un edicto del Consejo del Cap situó en la plaza de la iglesia el mercado de comestibles, que una ordenanza del juez del reglamento, del 30 de junio de 1736, hizo retirar para reenviarlo a la calle Espagnole o a la de la Fontaine, alternativa que se cambió en disposiciones acumulativas pues, en efecto, había dos mercados en lugar de uno solo.

Otra ordenanza del mismo juez, del 26 de junio de 1741, volvió a situar el mercado en la plaza de Armas, fundada sobre lo que era el mercado de la calle Espagnole, que no tenía otro lugar que la misma calle; el paso continuo de personas y coches en este único acceso de la ciudad, hacía que los viajeros corrieran riesgos y también los que compraban o vendían.

Se puso entonces en su extremo noroeste, a lo largo del Morne des Capucins, desde donde está ahora el cuerpo de guardia hasta más o menos el centro de la plaza.

La atracción que ejercía este mercado, decidió a los vendedores de mercancías secas a instalarse también allí, pero otra ordenanza del reglamento, del 23 de abril de 1742, los expulsó.

En 1744, se erigió una iglesia de madera cerca del pico, pero había el problema del mercado; previendo que su vecindad turbaría la tranquilidad del oficio divino, la policía decidió trasladar el mercado de productos, el 25 de mayo de 1744, a la calle que bordea el lado este de la plaza.

Los minoristas, que sabían que la obstinación a veces tiene éxito, volvieron a la plaza y se la repartieron. La policía, más complaciente quizá desde que tenía un inspector, lo consintió.

Se pudo ver al vendedor al detalle, al porta fardos; luego las tiendas portátiles y finalmente, las tiendas sobre ruedas que, con sus grandes dimensiones, no tenían de ambulantes más que la forma.

La plaza había sido embellecida plantando árboles hacia 1740; marcaban el cuadrado y hasta había una doble fila en los costados este y oeste que añadían a lo decorativo la fresca sombra que procuraban.

Todo era un reclamo para los vendedores, para los que no estaba destinado este lugar y los del mercado de los blancos iban avanzando hacia la plaza, por lo que los dos mercados finalmente se unieron; los domingos había una feria desde la plaza de Armas hasta la calle Neuve, bajando a lo largo por la calle de la Fontaine.

Al final, el abuso mismo del exceso lo corrigió en parte y una ordenanza del reglamento, del 11 de marzo de 1763, mandó el mercado de los blancos a donde

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

debía estar y no dejó, de vendedores normales en la plaza de Armas, más que a aquellos que tenían un sitio habitual y puestos fijos.

En 1764, la comisaría de la policía municipal, a la que la existencia de tiendas en la plaza de Armas permitía una pequeña veleidad fiscal, puso cinco filas de barracas que pagarían una cantidad de dinero.

Incluso consideraron que los árboles de los bordes norte y sur entorpecían su plan y el 16 de agosto de 1764, ordenaron talarlos; se salvaron las dos avenidas del este y del oeste, hasta que todas las barracas fueran construidas. Comenzaron, astutamente, por la tarifa de los puestos fijos.

En agosto de 1765, muchos vendedores se quejaron de esta tarifa, cuya legitimidad pusieron incluso en duda y denunciaron al inspector del reglamento, que la triplicaba; pero el juez del reglamento, apoyado en las decisiones de la comisaría, creadora del impuesto, decidió que esos vendedores no tenían otra cosa mejor que hacer que pagar y creer en la honestidad del inspector.

Los Administradores cambiaron; la tarifa se abolió ella misma y las normas cambiaron tanto, que la policía conminó, el 31 de marzo de 1769, a todos aquellos que tuvieran cualquier clase de tiendas en la plaza de Armas, a retirarlas.

Solo permitió, a algunos minoristas que no tenían ninguna tienda en la ciudad, desplegar su mercancía sobre bayetas en los puntos de la plaza que se les indicaría con tal de que no fuera domingo o fiesta.

Luego de repente, una ordenanza del reglamento, del 4 de julio de 1769, reabrió el acceso a esta plaza a todos los vendedores de productos secos, siempre que estuvieran sobre mesas portátiles y no en las barracas.

Esta última muestra de tolerancia también duró poco y hace cerca de veinte años que la plaza está completamente despejada. Con todo, los domingos vienen algunos negros a vender sus productos a lo largo de la calle, al este. Es lo que queda de una antigua costumbre.

Los árboles que escaparon al afán destructor de la comisaría de la policía municipal todavía existen, al menos las dos avenidas del este y del oeste; son perales, unos árboles que antaño gozaban de una reputación tal que, en 1684, el Rey ordenó al señor de Gabaret, jefe de escuadra, que perales de esta clase fueran enviados a Francia desde la Martinica, para emplearlos en la fabricación de bordas para los barcos; bien entendido, se decía entonces, que no tuvieran gusanos.

Se reemplazaron los árboles necesarios cuando, en 1779, se niveló la plaza y se cerró su recinto con travesaños de madera cuadrada, sobre los que se podía tomar asiento y que descansaban sobre postes de trecho en trecho.

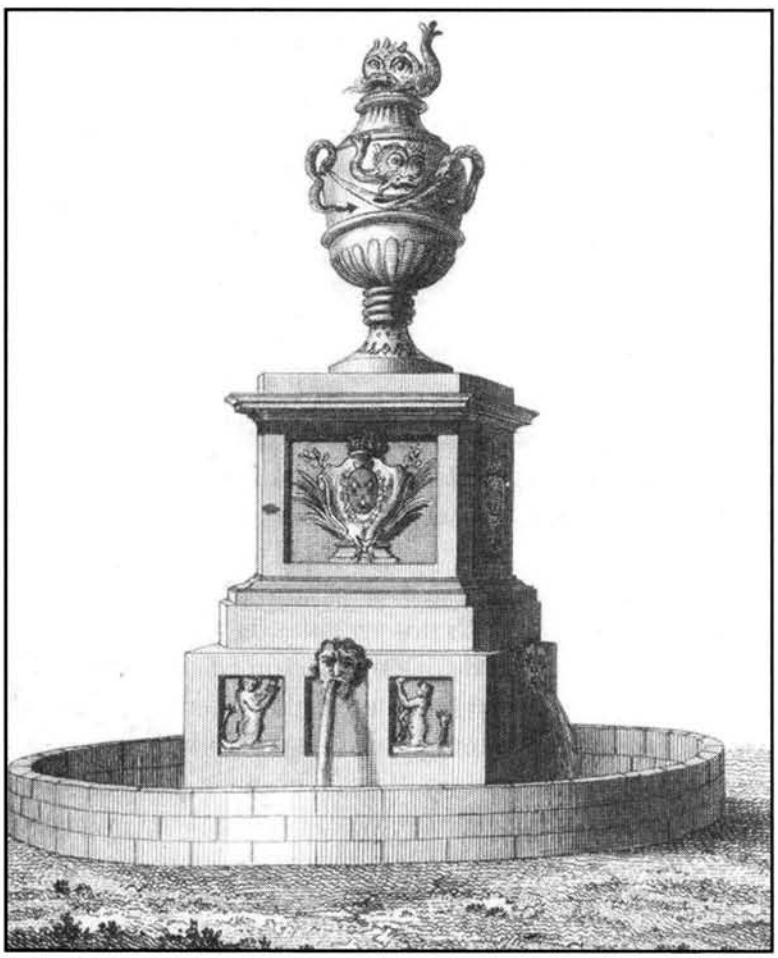
Se pusieron tornos nuevos en las cuatro esquinas y en el centro de cada costado; se dejó espacio para que pudiera pasar un coche si había necesidad, ya que había barreras que habitualmente cerraban este hueco.

Toda esta cerca estaba pintada de verde, lo que contribuía a hacerla agradable a la vista.

También hay cuatro árboles delante del cuerpo de guardia, para dar sombra a los soldados.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Fuente de la Plaza de Armas en el Cap

El mantenimiento de las avenidas está a cargo de los señores Bouillary y Blais, que les fue concedido por los Administradores el 8 de febrero de 1781, para eximirlos de cualquier servicio personal.

La plaza está adornada por el pórtico de la iglesia, que está en el centro de su lado sur; muchas casas de un piso la embellecen en todo su perímetro.

Hay una fuente en el centro de la plaza, llamada la fuente de la plaza de Armas. Los habitantes de la ciudad se veían obligados a ir a buscar el agua a un manantial del pico, al noroeste de la ciudad, a menos que quisiesen beber la de algunos pequeños arroyos que se secaban con los grandes calores y cuyo uso causaba enfermedades tremendas.

Estos problemas decidieron a los Administradores a convocarlos, el 10 de marzo de 1710, para deliberar sobre la construcción de una fuente.

Sin embargo, hasta el 18 de marzo de 1712 no decidieron traer a la plaza de Armas el agua del manantial Bidau, que enseguida llevarían al borde del mar para la aguada de los navíos.

El desembolso, según una idea del señor de Charrite, debía hacerse mediante un impuesto de 10 monedas sobre cada saco o costal de cuero de buey que fuera embarcado en el Cap.

Cobraba esta tasa sin construir la fuente, cuando en enero de 1715, la asamblea colonial reunida para la concesión encontró muy caro el proyecto de 1712, ya que había un manantial más cerca del Cap y por consiguiente, el impuesto sobre el cuero formó parte de la concesión.

La necesidad de agua subsistía todavía desde hacía casi veinte años; finalmente se hizo una colecta y la fuente apareció en 1735.

Consistía en un estanque de piedra rematado por una enorme jaula de madera cuyos cuatro costados tenían un caño; pero el agua no fue conducida hacia el muelle, aunque el señor de Vienne, el señor de Larnage y el señor Vaudreuil tuvieran esa intención sucesivamente y el ministro dijera, en 1736 y 1741 que su realización era muy importante.

El gobierno construyó la hermosa fuente de piedra que ahora vemos. Se compone (ver el Atlas), de una peana de seis pies cuadrados, encima de la cual hay un pedestal cortado en las esquinas, cuyas cuatro vertientes están labradas en círculo, de modo que la cornisa está tallada en forma de ábaco.

Debajo hay otra pequeña peana, sobre la que reposa un vaso antiguo coronado por dos delfines.

En la cara norte del pedestal están esculpidas las armas del Rey, con esta inscripción debajo:

Regnante Ludovico XV, amatissimo
Impensis Regis
Fons exurgit Civibus

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Las armas del Cap figuran al sur. Son aquellas que esta ciudad pidió tomar con el permiso a los Administradores, en mayo de 1769, por intermediación de los señores de la Ferronnays y Malouet, segundo comandante y comisario de la marina en funciones de ordenante, como recompensa por su conducta en la reposición de las milicias.

Un escudo donde figura una ciudad de plata adosada a una montaña de lo mismo, desde cuyo extremo se lanza el mar un gran chorro de oro.

La ciudad y la montaña ocupan la mitad derecha del campo de un mar de oro, rematado por un cielo azul, en medio del que aparece una flor de lis también dorada.

Como soporte, una gavilla de cañas de azúcar en un lado y en el otro una rama de castaño; una guirnalda de flores los ata a dos cuernos de la abundancia, de donde salen ramas de diferentes árboles coloniales cargados con sus frutos.

La insignia se apoya sobre la bisagra de una ancha concha, cuyo interior se ve y tiene una corona de castaño rematada por la leyenda *Fidelitatis Præmium*; debajo de la insignia se lee:

Aurea fons inde fluit
Et inter Oceanos fluctus,
Ad Patriam usque fugit

Al este están las armas del señor príncipe de Rohan, entonces gobernador general:

Gubernatore Generali
Illustrisimo Principe de Rohan

Y al oeste las del señor de Bongars, intendente, con esta inscripción:

Provinciali Præfecto
Dignissimo Presidente de Bongars

El primer pedestal está adornado con figuras que representan tritones y gotas, ceñidas en cuadros que forman el cuerpo trasero.

Esta fuente, que tiene 20 pies de alto, está situada en el centro de un estanque circular de 10 pies de diámetro, donde cuatro máscaras de bronce colocadas en el borde superior del primer pedestal, vierten agua continuamente.

Se erigió en 1769 sobre los planos y la dirección del señor Rabié, ingeniero, justo 30 años después de que el señor de Fayet decidiera que esta plaza debía tener una fuente de piedra en lugar de la barraca, que la afeaba.

De esta fuente, ha tomado el nombre la calle a la que da al este y por la que el excedente de su agua corre hacia el mar: de la Fontaine.

En la mayor parte de las ciudades de Francia se conservan estos monumentos que honran el gusto de aquellas en que se han construido. Únicamente siento desconocer al artista que la ha ejecutado.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Vuelvo al cuerpo de guardia que afea la plaza. Además, hemos visto que el antiguo cuerpo de guardia del Cap estaba en la octava sección y que de allí lo trasladaron, en 1719, a donde está el almacén del Rey, cerca del mar.

Cuando este fue construido, se le situó enfrente del arsenal, después en el Morne des Capucins, donde está la casa que hace la esquina noroeste de las calles Saint-Laurent y de Palais; de allí pasó al actual emplazamiento cuando se aplanó el pico de los capuchinos.

Es una barraca de madera que tiene en el centro las camas de campaña de los soldados, la habitación del oficial en el extremo oeste y en el del este, la celda para los detenidos, a la que irónicamente llaman *chirona*.

En su parte delantera dispone de una galería techada sin la cual y sin los árboles que están al borde de la plaza, no sería habitable ya que el sol pega desde el alba hasta que se pone detrás del pico del Cap, al oeste.

Sin embargo, hubo desde la excavación del pico de los capuchinos, un enclave reservado a cada lado de la calle de Palais, porque los señores de Larnage y Maillart quería levantar, frente a la iglesia, un Palacio de Justicia que tendría, tomando la anchura de esta calle, 150 pies de largo.

La distribución debería hacerse de modo que el cuerpo de guardia se encontrara en uno de los extremos. Este proyecto fue sustituido por el de poner el cuerpo de guardia de manera que constituyese, en la plaza, la esquina sudoeste de la calle de Palais, mientras que la esquina sudeste la formaría otro edificio en el que se alojaría el comandante de la plaza.

En 1780, el señor Arthaud, contratista del Rey, pidió a los Administradores que le cedieran los dos enclaves.

Se comprometía a erigir en el del oeste, a sus expensas, un cuerpo de guardia de piedra tallada, abovedado, donde habría una habitación para el oficial, un cuerpo de guardia propiamente dicho y dos celdas que estarían precedidas por una galería ornada con pilastras, entre las que habría barandillas de hierro.

En el otro, levantaría una casa con una fachada de piedra de sillería, cuya primera planta comunicaría con la que construiría para su uso encima del cuerpo de guardia, por medio de una bóveda bajo la que pasaría la calle de Palais.

Se encontró ventajosa esta proposición; embellecieron la plaza con un edificio nuevo coronado por balaustradas y una ordenanza del 8 de junio de 1780, la aprobó y diseñó los planos que debía seguir el señor Arthaud para su construcción.

No se a qué atribuir que este proyecto no se ejecutara. Se dejó la barraca que contrastaba todavía más con el resto de la plaza, desde que una casa magnífica llenó el espacio que se suponía reservado para un nuevo cuerpo de guardia.

La plaza de Armas es donde desde hace mucho tiempo se pasa revista a las tropas. El regimiento también se reunía aquí cuando la guarnición del Cap estaba compuesta nada más que por algunas compañías desgajadas de la marina, siempre muy incompletas. Hasta el nombre de plaza de Armas se debe a ellos. En 1724 todavía se la podía ver rodeada de un seto.

La plaza de Armas ha sido casi siempre el lugar de las ejecuciones, aunque solo las de los blancos desde que se hizo la plaza Clugny. No se han retirado las horcas

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

patibularias, que estaban instaladas allí, más que cuando se construyó el cuerpo de guardia donde estas se hallaban. Esta plaza ha sido escenario de hechos extraordinarios relativos a dos ejecuciones.

La primera fue la de un hombre joven, oficial de un navío de Burdeos, condenado a la horca por un robo con fractura. Se cumplió la sentencia el 14 de marzo de 1777.

La cuerda se rompió en el momento en que era tensada por el verdugo; el desdichado se levantó rápidamente, se puso de rodillas y pidió clemencia; algunas voces repitieron *clemencia.*

No obstante el verdugo bajó, lo volvió a llevar a la escalera donde le dijo al reo que volviera a poner la cuerda, lo que este hizo. Cuando quiso que volviera a subir, este joven pasó sus 2 pies por los escalones y opuso resistencia y nada pudo hacer el ejecutor para que el reo le obedeciera.

Este espectáculo impresionó súbitamente a los espectadores; uno de ellos propinó un bastonazo al verdugo, que fue el comienzo de otros muchos. La senescalía a caballo hizo un movimiento para envolver al reo y al verdugo; le llovieron piedras y huyó.

El verdugo luchó con el reo, quien le mordió y pateó; sin embargo, casi había logrado llevarlo hasta el cuerpo de guardia desde el extremo nordeste de la plaza, cuando dos vigorosos marineros atraparon al verdugo, le golpearon y le quitaron su presa, a la que llevaron por la calle de Palais.

El verdugo quiso entonces volver a la cárcel donde moraba habitualmente, pero los negros lo persiguieron, lo lapidaron y le hicieron caer muerto al otro lado de la plaza, enfrente del sitio donde había plantado la horca.

Vi el cuerpo de este infortunado bajo un montón de piedras; su cabeza estaba completamente aplastada. Un hecho singular fue que un ratoncito que había tenido la paciencia de domesticar y que estaba en su bolsillo, fue hallado vivo y sin daño alguno.

La segunda ejecución, que tuvo lugar el 8 de mayo de 1778, fue la de un granadero y un caporal del regimiento de Gatinois, condenados al último suplicio para expiar un asesinato.

Se extendió el rumor de que los granaderos querían salvar a su camarada, por lo que desplegaron a 300 hombres, sacados de piquetes de diversos cuerpos de la guarnición, formando un batallón cuadrado alrededor del cadalso.

El granadero lanzó un grito agudo al primer golpe que le dieron en una pierna con una barra. Unas mujeres, expresamente venidas para presenciar estas ejecuciones, que siempre esperaban ansiosas, se emocionaron y se movieron para alejarse de allí.

Este movimiento fue tomado como si fuera una revuelta para salvar a los criminales; la tropa abrió fuego, se desbandó y persiguió a los espectadores y a los paseantes.

Veintiocho personas fueron asesinadas en ese momento o murieron a causa de sus heridas; la ejecución tuvo lugar después de que el verdugo, que al acordarse de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

la suerte corrida por su camarada el año anterior se había refugiado en la cárcel, tuviera que ser sacado de ella y devuelto allí al cabo de tres cuartos de hora.

Como la plaza de Armas es una interrupción para las calles que allí terminan, cambian de nombre, a excepción de la Notre-Dame, que pasa delante de la iglesia y conserva el suyo hasta el mar.

Ya dije que la calle Saint-Domingue se convertía al sur en la de Dauphine o de Bac y la de Morne des Capucins en la de Anjou.

Al este de la plaza, la calle más al norte es la de Constans, llamada así por un gobernador general, la de después es la de Fontaine y luego está la de Notre-Dame.

Estos cortes regulares y paralelos de la plaza, la vuelven todavía más agradable. Sin embargo, hay que lamentar que a nadie se le haya ocurrido cubrir su superficie con grama de trecho en trecho, por donde los peatones la recorrerían.

La vecindad de la calle Fontaine proporcionaría el frescor necesario al terreno y ese tapiz sería más agradable de ver que el suelo arenoso que, además, refleja los rayos del sol.

El primer almacén del Rey estaba en esta plaza y el señor de Galisset, gobernador del Cap, hizo que fuera comprado en 1698 por 400 escudos pagados mediante exacciones a los soldados y bonos convertibles.

En este almacén se emplazó el hospital de los religiosos de la Caridad, antes de la compra del terreno donde está ahora; se convirtió enseguida en el alojamiento del señor Auger, gobernador, del señor Deslandes, intendente y luego del señor de Charrite.

La iglesia, que embellece la plaza de Armas y de la que esta toma también el nombre de Nuestra Señora, es un edificio moderno, aunque el terreno en el que está siempre haya albergado el templo del Señor.

La primera iglesia y en consecuencia la parroquia del Bas du Cap, no se estableció hasta un poco antes de 1680 y para saber bien lo que era, ocho años después, creo que tengo que aportar el documento siguiente, que copio del original:

> En el año 1683, el 7 de mayo, siguiendo las órdenes del señor de Cussy, gobernador en nombre del Rey en la isla de la Tortuga y la costa de Saint-Domingue, nos, François Camuzet, procurador del Rey en la sede real del Cap y dependencias, fuimos llevados al pueblo del Bas du Cap, para hacer la visita a la iglesia parroquial dedicada a la Asunción de Nuestra Señora del Buen Socorro, casa presbiterial y cementerio de dicho lugar.
>
> A tenor de lo cual, hemos hecho reunir a los mayordomos de la parroquia y a los principales habitantes y hemos visto la iglesia, construida en pésima madera de palma y casi a punto de desplomarse, cubierta de hojas y sin revestimiento, todo según la facultad de los habitantes.
>
> La susodicha iglesia está desprovista de todo lo necesario. Hemos visitado igualmente el cementerio de la citada iglesia, que en absoluto está cerrado y sí expuesto a toda clase de animales.
>
> De allí, hemos ido al presbiterio, que hemos encontrado en un estado parecido al de la iglesia, casi todo al descubierto y por donde entraba la lluvia a raudales.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

> Declaramos que la pobreza de los habitantes es tan grande, que les es imposible subvenir a las susodichas necesidades. Es por lo que hemos procedido a efectuar el presente expediente para que sea presentado a su Majestad, a fin de que por su real caridad, que le es tan habitual, tenga a bien prestar socorro.
> Hecho en presencia del reverendo padre Jean Chrisostôme de Libourne, misionero de la orden de los capuchinos, al servicio de la dicha iglesia y de los abajo firmantes en el día y año que figura. *Firmado*: F. Jean Chrisostôme, misionero capuchino *indignado*; de Franquesnay, (lugarteniente del Rey); Rouault, mayordomo de parroquia; Bédué, J. Lambert, Lestorel, escribano forense.

Los españoles quemaron en 1691 esta iglesia, que ya estaba medio destruida. La sustituyó otra que fue igualmente consumida por las llamas del enemigo.

En 1696, una tercera iglesia de madera cubierta de paja, ocupó el lugar de la segunda y duró hasta 1710, en que se edificó una, también de madera pero más grande, mejor cerrada y cubierta por tablas.

El señor de Galisset, gobernador, hizo colocar en esta última una barandilla alrededor del coro, dentro del cual había un banco para él.

En 1708, los habitantes quisieron disponer de un templo de mampostería, cuya primera piedra, el señor conde de Arquian, gobernador del Cap, no puso hasta el 28 de marzo de 1715.

El padre Boutia, párroco en aquel entonces, desplegó todo su celo a fin de acelerar esta construcción, para la que se pidieron préstamos al 6 y hasta al 12 por ciento y, finalmente, el 22 de diciembre de 1718, fue bendecida y consagrada con el título de La Asunción de la Santísima Virgen.

Tenía dos capillas en el crucero, una dedicada a San Pedro y la otra a San José; en esta iglesia se pusieron los bancos honoríficos, en los sitios que disponía la ordenanza de los Administradores del 19 de marzo de 1712.

Hacia 1725, los jesuitas levantaron un santuario, que cerraron con hermosas verjas y con un altar también de hierro, a cada lado del cual había diez sillas de coro.

No dejaron más que el banco del gobernador (porque, antes de 1743, el ordenante no tenía banco en la iglesia en Santo Domingo) y cuando los dos Administradores principales venían al Cap, iban a este santuario.

Los señores de Larnage y Maillart consintieron en tener sus sitiales en el coro debajo del santuario, en el que se conservó el del gobernador del Cap.

Estas innovaciones de los jesuitas pusieron los bancos del Consejo, del mayor, etc. detrás de sus sillas de coro y no como mandaba la ordenanza; parece que la orgullosa humildad de estos religiosos había hallado ese cálculo indigno de ella.

Nos cuesta creer que a partir de 1739, la iglesia terminada solamente hacía veinte años corriera peligro de derrumbarse. El tejado estaba apoyado únicamente en cinco pilares de madera, que sostenían los principales arcos del nudo de las capillas con la nave y que el menor temblor de tierra podía derribar.

Por último, el pavor que suscitaba la insegura situación de la iglesia, aumentado lógicamente por un retraso de tres años, llevó a pedir a los jefes, en 1742, el permiso

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

para poner un hangar en la plaza de Armas, donde se celebraría el oficio divino mientras la iglesia era reparada.

Este hangar se construyó en el alineamiento de la calle Morne des Capucins y la de Anjou, en la parte noroeste de esta plaza y fue bendecido el 30 de mayo de 1744.

Se bajó el tejado de la iglesia y, durante cuatro años no se hizo nada para repararlo. Se habló entonces de construir otro de piedra y así lo decidió la parroquia en 1748.

Se trabajó poco y se dejó de hacerlo en 1754. Todavía se utilizaba el hangar de la plaza cuando, el 4 de octubre de 1764, la comisaría de policía municipal decretó que se ocuparía de continuar este edificio y en mayo de 1765, el Santo Sacramento fue llevado a una de sus naves laterales, donde durante cuatro años se celebraron los oficios.

Por fin se veía que el edificio avanzaba; pero en 1771 se dieron cuenta de que los pilares estaban a punto de derrumbarse. La iglesia fue abandonada rápidamente y como la lonja de la plaza había sido demolida, se eligió la capilla de las religiosas de Nuestra Señora para celebrar allí los oficios parroquiales.

El presentimiento resultó certero, porque el 4 de octubre siguiente, a las cinco menos cuarto de la madrugada, las naves laterales y la pequeña nave de la parte oeste se derrumbaron, así como también los pilares de la nave principal.

Como estos sostenían en parte la estructura que habían levantado para hacer la bóveda de esta iglesia, el armazón siguió al resto en la caída. La víspera se había sentido, a la misma hora, un temblor de tierra, corto pero muy intenso.

Se pensó que había contribuido al suceso del día siguiente, cuya primera causa contenía un reproche que no negaba el talento de los constructores.

Fue necesario, a decir verdad, reedificar la iglesia entera. La parroquia se reunió el 10 de noviembre de 1771, reconoció que los impuestos anteriores eran insuficientes, los anuló y decretó unos nuevos.

Por último la iglesia fue acabada y la primera ceremonia que se celebró fue el oficio de Luis XV, el 26 de julio de 1774. El 14 de agosto siguiente, se llevó en procesión el Santo Sacramento sacado de la capilla de las religiosas y al día siguiente, festividad de la parroquia, hubo una misa cantada compuesta por el señor Gervaise, maestro de música de espectáculos del Cap, para celebrar esta consagración.

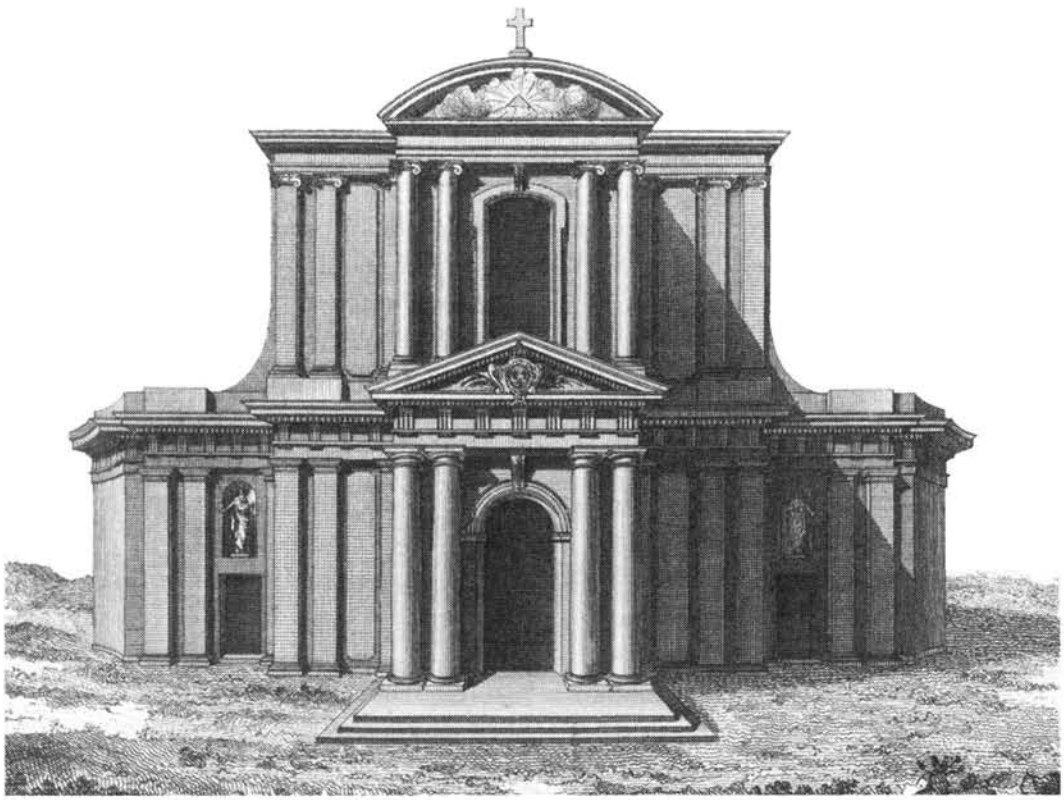
La construcción de este edificio duró 26 años, porque la primera piedra la habían puesto el 28 de marzo de 1748, el señor de Vaudreuil, comandante general y el señor Samson, comisario ordenante.

El frontispicio o pórtico de este templo (ver el Atlas), se componía de dos órdenes, el primero dórico y el segundo jónico. La puerta principal está decorada con cuatro columnas emparejadas, dos a cada lado, encastradas en el muro, en tres cuartas partes de su grosor.

Encima de estas dos puertas hay dos nichos, donde se encuentran dos estatuas de piedra que representan a los dos primeros apóstoles, de un tamaño un poco más grande que el natural.

El orden superior está compuesto por cuatro columnas y dos pilastras, que se corresponden con el orden inferior, cuyos salientes tienen la misma proporción.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Pórtico de la iglesia parroquial del Cap francés. Isla de Santo Domingo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El conjunto está terminado y coronado por un frontón semicircular en el que hay esculpida una gloria. Este frontón está rematado por una cruz de piedra, que se rehízo más tarde en un tamaño más pequeño, porque había sido alcanzada por un rayo.

Este pórtico, levantado según los planos y la dirección del señor Rabié, que murió siendo ingeniero jefe de la Parte del Norte, constituye un adorno para la plaza e impresiona cuando se llega a la misma.

Se restauró en 1788, lo que le devolvió toda la magnificencia de la piedra sobre la que se extendió una capa de cal ligeramente mate; la piedra de sillería se trajo de Nantes.

Pero el interior no se corresponde con este frontispicio.

La iglesia tiene 206 pies de largo por 84 de ancho de cuerpo interior, lo que le hace atravesar una calle, porque recorre casi toda la longitud de dos isletas, mientras que la antigua tenía justo la medida de una isleta.

Hay que subir dos pequeños escalones para llegar a ella. Lo primero que nos extraña al entrar en esa nave, es que está terminada por un arquitrabe que había sido construido para ser abovedado.

Esta falsa proporción anula todo el interior, que es de orden jónico. Lo componen tres naves: la principal, en la que cada lado está decorado con seis pórticos de 36 pies de anchura por 40 de altura, incluida la cornisa.

Todo el orden está rematado por un ático que recibe la bóveda y sirve de apoyo a las vidrieras. Las naves laterales se terminan en el crucero, cuyos extremos, que forman el coro y dos capillas, son circulares.

El coro está cerrado con una hermosa verja de hierro, cuyos adornos son dorados. El altar es romano; del lado de la epístola se hallan los sitiales del padre oficiante y los asistentes y un poco más en alto, los destinados al general y al intendente.

Del lado del evangelio, están el del segundo comandante y el del ordenante. Detrás del altar mayor y completamente pegado al muro del fondo del coro, hay un altar de escayola, encima del cual hay un sepulcro abierto.

En medio de este, en la parte trasera y en cada uno de los dos extremos, hay un personaje masculino. Dos de ellos miran el sepulcro y el tercero contempla una Asunción, también de escayola, que corona todo el conjunto; la Virgen se eleva en una nube cargada de cabezas de ángeles y dos ángeles enteros la coronan. El altar y sus accesorios ocupan un espacio de 15 pies de alto por 12 de ancho.

A cada lado del coro hay una puerta que conduce a una sacristía. Entrando a la derecha está la destinada a la preparación de los sacerdotes con todo lo necesario para el oficio divino; la otra para la recepción de las personas durante la redacción de las actas de bautismo, de matrimonio y de sepultura; las dos son muy pequeñas.

Encima de la puerta de la sacristía del oeste, hay un cuadro de cerca de 6 pies de alto que representa a San Buenaventura escribiendo. Hace pareja con un San Saintin de rodillas que está sobre la puerta de enfrente.

Estos dos cuadros los ofrecieron dos capuchinos que llevaban el nombre de estos dos santos. Pueden provocar la generosidad de los donantes, pero no la admiración por el talento del artista.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

También en el costado occidental del coro, en el muro y encima del sitial del gobernador general, se ve el epitafio del señor de Belzunce, que murió en la parroquia del Trou el 4 de agosto de 1763 y fue enterrado al día siguiente en esta parte de la iglesia.

Está grabado en mármol blanco y encastrado en una orla de mármol negro. La altura de este monumento, que forma un cuadrado de cuatro pies de largo por dos y medio de ancho, está rematado por una urna cineraria y en su parte inferior figura una insignia de armas; el conjunto está dorado con oro molido.

El epitafio dice así:

HIC JACET

Armandus Vicecomes de BELSUNCE,
In quo claritas antiqui generis,
Minimum ad gloriam monumentum suit.
Civis placidus, Amicus certus et suavis;
Strenuus bellator et periculorum appetens;
Animae prodigus ut militia parcerer;
Sola fortiter factorum et vulnerum commandation,
Ad magna evectus,
Regiorum exercitum Legatus.
Tandem part per labors mercede,
Santi-Dominici Insulæ præfectura donates
Novis plena laboribus:
Dun demendetæ sibi Provinciae saluti acriter invigilat
Morbo præfecture obiit,
Die12. Augusti, Ann. D. 1763, Aetati s 43.
Sublati ex oculis amico, amicus consecravit De Castera;
Regis exercitum Brigaderius, MDCCLXIII.

Los altares de las dos capillas son de mármol blanco. La de la izquierda está consagrada a la Virgen. Se colocó un gran cuadro, donado a la iglesia en mayo de 1788, que representaba la Adoración de los Magos; es un mamarracho que desfigura la iglesia.

La capilla de la derecha estaba antes bajo la advocación de San Juan Bautista, cuya pequeña estatua, situada en 1774, podemos ver aún, lo mismo que la de la Virgen, que había estado en la otra capilla.

Pusieron un cuadro de San Francisco que lo representaba de pie con una cruz en la mano. Fue un regalo del reverendo padre Saintin, prefecto de la misión; este cuadro, aunque superior al otro, es muy mediocre y no es excusa haber preferido el seráfico fundador de los capuchinos, al precursor del Hombre-Dios.

Un púlpito de madera de acajú esculpida, está situado en el lado izquierdo de la nave principal. Costó dos mil escudos, pero en relación a lo que le rodea resulta ridículo por su pequeñez.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La iglesia está pavimentada con losas de mármol blanco y negro. Desde hace algunos años, un juego de órganos está situado en la galería que separa el coro del trascoro, en el extremo de la iglesia y de cara al altar mayor.

Es muy débil para el espacio en que tiene que ser oído, pero quizá demasiado sonoro para las manos novicias a las que desenmascara.

En el recinto de esta iglesia, porque incluye el de la iglesia que remplazó, fue inhumado, el 5 de marzo de 1739, el señor de Orgeville, jefe del negociado de peticiones e intendente de las Islas de Barlovento, que acababa de ser nombrado intendente general de la Marina.

El ministro le había escrito, el 20 de enero de 1738, para comprometerle a pasar por Santo Domingo, volviendo a Francia desde la Martinica, para reunir informaciones exactas de todo lo concerniente a esta Colonia.

El señor de Orgeville había aceptado con más gusto aún esta misión, que le proporcionaba la ocasión de volver a ver al señor de Larnage, su viejo amigo.

Murió en el Cap el 4 de marzo de 1739, por la noche. La parroquia aceptó el 15, las colgaduras que se habían puesto en la iglesia y en el gobierno, donde había muerto el señor de Orgeville, para pagar las 500 libras que se le debían por el entierro.

El héroe de Belle-Isle en la guerra de 1736, mezcló también sus cenizas al polvo de este templo. El señor caballero de Sainte-Croix, embarcado en la escuadra del señor Dubois de la Motte, que llevaba una ayuda muy tardía a la Martinica, debía de haber tenido el mando de las tropas en esa isla si hubieran desembarcado.

Obligado a seguir a la escuadra a Santo Domingo, a donde llegó el 17 de marzo de 1762, pidió permiso para volver a Francia para seguir prestando sus servicios, inútiles en una Colonia cuya parte militar estaba en manos del señor de Belzunce.

Una orden del Rey, del mes de julio le autorizaba a ello, pero cuando llegó, el señor de Sainte-Croix ya no estaba. Murió el 18 de agosto de 1762.

No hay en la iglesia del Cap más bancos que los reservados por la ordenanza del Rey, del 15 de noviembre de 1728. Ya dije dónde están en el coro los sitiales y los reclinatorios de los dos Administradores y el banco del segundo comandante y del ordenante.

Hay uno de doble fila a la derecha para el Consejo Superior (porque todavía se conserva), seguido del reservado a la senescalía.

Enfrente del banco del Consejo, está el del lugarteniente real; debajo del de el mayor, está el que pertenece al comisario de la marina, del que le separa solamente un tabique. El comandante de las milicias de la parroquia también tiene uno debajo del banco de la senescalía y el de los mayordomos de la parroquia está frente al púlpito.

Todos esos bancos están pegados a los pilares y se miran los unos a los otros, a excepción del reservado al comandante de las milicias que está frente al altar mayor. El resto de la iglesia está completamente vacía y las personas que quieren sentarse, se ven obligadas a llevar sillas cada vez que van.

Fue así desde el primer momento; al menos puedo asegurar que desde 1718, no hubo bancos para los fieles en esta iglesia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Como es la única parroquia del Cap, hubiera resultado un poco pequeña si la devoción de los parroquianos no fuera un poco tibia. Solo se llena completamente durante la Semana Santa y otras fiestas muy solemnes.

El oficio se celebra con pompa; hay un suizo en uniforme azul, que discutió con la parroquia el 17 de febrero de 1743. Cada día laborable se dice una misa, al alba, para los obreros y otra a las siete; esta fue sondeada.

El domingo, inmediatamente después de la misa parroquial, los negros se reunían en la iglesia, rezaban sus plegarias y cantaban sus cánticos; algunos ancianos de ambos sexos se erigían en jefes de estas prácticas, a continuación de las cuales se dice una misa menor, llamada *la misa de los negros.*

La comunidad es lo bastante rica como para afrontar los gastos ordinarios y, cuando son excesivos, se sufragan con aportaciones particulares.

La iglesia del Cap ha recibido muchos favores en donativos y legados. El señor Gabriel Barau, vendedor de la calle Espagnole, oriundo de Clérac, en Saintonge, que ya se había ganado por su generosidad, el título y los honores de mayordomo de la parroquia el 1 de enero de 1757, le legó el 30 de marzo de 1758:

1° 6,000 libras para que fueran distribuidas entre los pobres de solemnidad.
2° 20,000 libras para instituir a perpetuidad una misa de réquiem, los días laborables a las once y los domingos y fiestas después de la misa de los negros.
3° el resto de su herencia, valorada en más de 10,000 libras, para ser empleada en casas, cuya renta debe ser distribuida anualmente entre los pobres de solemnidad de la parroquia.

Esta tiene dos mayordomos de parroquia, de los que uno es remplazado cada año; son, junto con el párroco, los administradores de la parroquia. Las asambleas de los parroquianos tienen lugar en el centro de la nave principal, frente al púlpito.

O bien no va nadie o son tumultuosas, dependiendo del asunto y se han visto más escrutinios que votantes en los nombramientos.

Hay 24 notables que son personas que los parroquianos eligen por unanimidad y entre las cuales enseguida salen los mayordomos y los comisarios, que la parroquia nombra para velar por los asuntos que le puedan interesar, como los mercados, etc.

La parroquia del Cap es la única de la Isla que tiene un escribano forense, guardián de sus archivos y encargado del cobro de las sumas que se le deben a la comunidad.

Fue instituido por una ordenanza del 22 de diciembre de 1757, que lo asimilaba a los mayordomos en derechos honoríficos, que era su única remuneración.

Desde hacía bastantes años, los parroquianos del Cap habían pensado en un plan más útil que delicado para recaudar fondos para la iglesia. Consistía en nombrar mayordomos a personas que temieran ser elegidas y a todas aquellas que se sabía que no eran católicos, de las que recibían normalmente mil escudos para conseguir quedar exentos.

Esta conducta simoníaca me inspiró demasiada aversión como para no recordarla, cuando el ministro de marina me encargó en 1788, un informe referido a las Colonias, de la ley sobre los no católicos y el artículo 10 está especialmente destinado a que en el futuro no se pueda repetir tamaño escándalo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Es muy difícil saber con realmente lo que costó la iglesia del Cap. De creer el mayor número de opiniones, el desembolso fue de 1,200,000 libras; otros lo aumentan hasta 1,800,000.

Sin embargo, parece que hay ignorancia en más de una partida; su lenta construcción no siempre estuvo acompañada de la honradez más estricta.

El 2 de noviembre de 1782, a las cinco de la tarde, los caballeros de la orden española de Santiago, oficiales en los distintos cuerpos de tropas españolas, reunidos entonces en el Cap bajo el mando de don Bernardo de Gálvez, recibieron a un caballero de la orden de Calatrava, en virtud de una dispensa especial del Rey de España.

El entorno inmediato de la iglesia no ha sido completamente despejado todavía, después de veinte años, de algunos restos de construcciones vecinas que había cuando la primera iglesia, de la que se encontraban bastante alejados.

De las dos puertas laterales que dan a las naves menores, enfrente de las calles Saint-François y Chastenoye, solo sirve la del oeste, aunque el acceso esté obstruido y sucio.

También se tenía el proyecto de demoler el campanario, una pequeña torre de mampostería de forma cuadrada y 60 pies de altura, construida en 1718, cuando se encontró un paso entre ella y la iglesia.

Ahora le es contigua y como se encuentra alineada con el pórtico, le quita parte de su gracia. El campanario tiene un reloj que mide desigualmente el tiempo, cuya parte baja es el alojamiento del suizo.

También en el Cap se tiene el prurito de las campanas grandes, pero sería una inclinación ruinosa si se satisficiera siempre, porque a los negros les gusta romperlas tañéndolas violentamente y convirtiéndolas en carrillones ensordecedores.

Hace mucho tiempo que se descartó un tañido, cuyo sonido sepulcral es muy parecido a los entierros que anuncia.

Los negros pretenden que su siniestra cadencia concuerda con otra para la que ponen la base, dicen: *bon blanc mouri, mauvé rété.* Es decir: *murió un blanco bueno, quedan los malos.*

Por detrás de la iglesia pasa la calle de Religieuses. Cuando estamos en ella, encontramos un callejón de cerca de 50 pies de largo, que conduce directamente a la puerta de una cripta, excavada en la parte trasera de la iglesia, donde depositan a las personas que consideran merecedoras del honor de ser sepultadas en ella o a aquellas que pagan 3,000 libras para hacerlo.

La iglesia anterior tenía también una cripta, pero en el recinto de la sacristía; los jesuitas habían enterrado en ella al padre Laval, párroco del Trou. Con la cripta actual, se sustituyó la costumbre, tan nefasta en los países cálidos, de enterrar en las iglesias.

El orgullo queda a salvo y luego el cuerpo se lleva al cementerio de la Fossette. Con pompa fúnebre se trasladaron, el 23 de agosto de 1773 a esta cripta, las osamentas de los religiosos jesuitas enterrados en la capilla de su convento, que se había convertido en la casa de gobierno.

En 1777, vi en esta cripta, partes completas de un cadáver totalmente desecadas. Se encontraban en un punto a la izquierda de la entrada, donde el suelo es arenoso.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Algunos devotos dijeron que era un milagro y aseguraron que estos despojos perecederos eran los de los antiguos jesuitas, lo que contradice su traslado de 1773.

También en esta cripta se depositaron, el 9 de abril de 1777, los restos mortales del señor conde de Ennery, gobernador general y se enterró, el 8 de marzo de 1780, al señor conde de Argout, su sucesor, que murió la víspera.

Enfrente de esta cripta y al sur de la calle de Religieuses, empieza la de Fermée. Antaño, merecía doblemente ese nombre, primero porque nunca fue abierta hasta el final de la ciudad, ya que termina en la calle Hasard, a donde va por una línea dirigida al sur sudoeste y que por consiguiente se aleja del paralelismo de las otras calles.

Luego porque lindaba, en su extremo norte, con un antiguo cementerio que tenía 150 pies de este a oeste por 60 de norte a sur, desde la calle de Religieuses hasta la de Cimitière, que le debe su nombre.

Este cementerio dejaba al este cerca de 60 pies entre él y la calle de Bac o Dauphine y otro tanto al oeste entre él y la calle de Anjou. En una epidemia que hubo en el Cap, hacia marzo de 1736, este cementerio resultó ser muy pequeño y su situación hacía temer el contagio.

Los Administradores segundos del Cap, hicieron habilitar para los marineros y los negros el cementerio de la Fossette que, después de haber estado descuidado durante mucho tiempo, se convirtió finalmente en 1761 en el de la parroquia.

Se destinó el antiguo cementerio para recibir a un excelente presbítero, a partir de una ordenanza de los señores de Reynaud y Le Brasseur, del 23 de abril de 1781, que hizo abrir la calle Fermée hasta la de Religieuses.

Se construyó una hermosa casa de mampostería en el lado oeste de la calle Fermée. La ordenanza de los Administradores del 22 de septiembre de 1787, homologó el negocio de 95,000 libras entre la parroquia y el señor de Reynaud, contratista, que terminó la iglesia.

La calle Fermée había estado cerrada también en su parte sur, pero por un edicto de los Administradores del 12 de marzo de 1765, a petición del señor Yvon, fue obligado a suspender este cierre que era obra suya, el señor Ducasse.

El incendio que se declaró en la calle Penthièvre en la noche del 20 al 21 de diciembre de 1734, consumió la mayor parte de la segunda sección y casi todo lo que había entonces en la primera.

Sus estragos y aquellos que provocó, porque se derribaron muchas casas para salvar el resto de la ciudad, se extendieron desde el torrente hasta la calle Chastenoye, en sentido norte sur y desde la calle Palais y el lado este de la plaza de Armas hasta el borde del mar; es decir, hasta el lado oeste de la calle Neuve, lo que incluía 35 isletas. En esa época el Cap no tenía siquiera 20 casas que no fueran de madera de palma.

El 24 de enero de 1735, una ordenanza del señor de Chastenoye recomendaba la reconstrucción en mampostería, o por lo menos de ladrillo entre postes.

En cuanto a las casas que se debían reconstruir en madera, ordenó la vuelta a la fachada de dieciocho pulgadas, de modo que se las pudiera reedificar en mampostería en otro momento y encontrar el espesor del muro. Todavía existen algunas casas de madera, en las que se nota esta entrada de 18 pulgadas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El 15 de julio de 1735, ya se habían reconstruido 25 casas y en septiembre de 1736, habían sido reedificadas 27 isletas.

En esta nueva ciudad no se veían más que una docena de casas que no fueran de mampostería y el Cap se amplió con el almacén del Rey, construido cerca del mar.

Entre las calles que cortan la segunda sección de este a oeste, se hallan sucesivamente, desde la de Conseil que es la más septentrional, las calles Saint-Pierre y Saint-Jean (los dos nombres de pila del señor de Charrite) y la de Saint-Laurent, patrono del señor Valernod, gobernador de la Colonia en 1711.

Las calles de Constans, de la Fontaine y de Notre-Dame, la de Chastenoye que las sigue y que la iglesia cierra al oeste, iban antaño del mar al pico del Cap.

No sé el nombre que tenía originalmente, pero cuando gobernaba el señor Chastenoye, vino a alojarse en la casa que hacía la esquina sudoeste de esta calle con el mercado de los blancos, que se encontraba entonces al borde del mar, se llamaba calle Saint-Étienne por el patrono del señor de Chastenoye.

Después, como al alojamiento del gobernador se le llamaba el *Gobierno*, se dice calle Gouvernement en lugar de calle Saint-Étienne y la actual Gouvernement, de la que he hablado al comienzo de esta segunda sección, fue llamada calle Vieux Gouvernement.

Cuando los jesuitas edificaron su capilla, en su recinto, a lo largo de la calle Saint-Étienne, se llamaba al trozo que se encontraba a poniente de la iglesia calle de Saint-François Xavier, patrono de la capilla de los jesuitas, nombre que ha conservado, mientras que la parte inferior de la calle Saint-Étienne o Gouvernement ha acabado llamándose Chastenoye.

En cuanto a la calle de Religieuses, situada al sur de la de Chastenoye, hablo de ella en otra parte; acabamos de saber el origen del nombre de la calle Cimitière, que es la más meridional de la segunda sección.

Tercera Sección

Situada encima de la segunda sección, la tercera va, como ella, del torrente a la calle Cimitière de norte a sur; de las calles Morne des Capucins y Anjou en el este, hasta la calle Marmousets y a la Espagnole en el oeste.

Como el torrente entra un poco en el sur, a lo largo de esta tercera sección, su superficie es menor que la de la segunda.

Esta entrada del torrente es el motivo por el que la calle Conseil tenga su extremo occidental en esta sección, en la calle Royale. En el lado oeste de esta última y enfrente de la calle Conseil hay una fuente que lleva este nombre.

Se compone de un simple pórtico cuyas dos columnas cuadradas y dóricas tiene un pequeño pedestal y no sobrepasan más que en algunas pulgadas el muro al que está adosado todo el trabajo.

Encima del entablamento que es continuo, hay un frontón triangular sin adornos. El pórtico está vaciado en un nicho semicircular; un caño conduce el agua.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esta fuente pasa desapercibida; no conocemos nada sobre ella salvo su utilidad y se puede decir que es más bien modesta.

La primera calle paralela y superior a la de los capucins es la de Vaudreuil. El Cap le debía este reconocimiento a un comandante general que se ocupó mucho de su embellecimiento y amaba residir aquí.

Esta calle que ahora atraviesa todo el Cap de norte a sur, a partir del torrente, tenía otro nombre en la parte que existía antes de 1748. Además, comenzaba en la calle Bourbon y terminaba en la de Hasard.

Existe en verdad en cerca de 200 pies, a contar desde el torrente hasta poco más o menos los dos tercios de la primera isleta al sur de la calle Conseil, pero después de aquí hasta la calle Bourbon, está interrumpida, primero al norte por el extremo del pico de los capuchinos y luego por el inmenso huerto del señor de Charrite, que se extendía, del noroeste al sudeste, hasta el punto donde hoy está la esquina noroeste de las calles Bourbon y Morne des Capucins, en la plaza de Armas.

La calle Royale, que está por encima de la de Vaudreuil y que entonces era la calle Saint-Félix, estaba precisamente en el mismo caso y no llegaba sino hasta la calle Sainte-Marie al norte, porque el huerto del señor de Charrite, que seguía la dirección del lado oeste del pico de los capuchinos, entre los cuales había un paso, tenía 70 toesas de largo por 30 de ancho.

Iba en sentido oblicuo desde la calle Bourbon hasta la de Traversine (por una pronunciación corrupta ha convertido en calle Traversière), que era su límite al norte y que debe su falta de paralelismo con las otras calles a la necesidad de seguir la dirección de este extremo del huerto.

Este terreno, tan valioso en la actualidad, fue vendido en 1728 por la señora Verdelin, viuda del señor de Charrite, junto con otros que luego formaron parte del recinto de la ciudad, al señor Dujarriay, que este revendió enseguida a cambio de emplazamientos, a comienzos de 1732.

Cuando se efectuó esta venta, había pues siete isletas de la tercera sección que no existían, pero en 1736 no había sin edificar más que lo que entonces ocupaba todavía el pico de los capuchinos. Se puede decir que no fue sino hacia 1750 cuando este espacio tuvo casas.

En la esquina nordeste de las calles Vaudreuil y Saint-Pierre, hermosa casa grande y de un piso, que todavía se conoce con el nombre de antigua Comedia. Un poco antes de 1740, alguna personas tuvieron la idea de reunirse para representar una función.

Se dispuso, en consecuencia, una casa que estaba en la esquina sudeste de las calles Notre-Dame y Royale y allí los actores, más bien tolerados que dotados por Talía, al menos se divertían, aunque no brillasen por su talento.

A veces, en su celo, pretendían también gustarle a Melpómene. Raramente actuaban y cuando necesitaban fondos para el alquiler, la iluminación, etc. se daban representaciones especiales, cuyas entradas se pagaban a 6 libras para las primeras filas.

En 1743, cuando los gastos se habían comido los ingresos y el teatro se tambaleaba, sesenta personas llegaron a un acuerdo el 23 de febrero de 1744, para subvencionarlo durante dos años.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Con esta solución, el espectáculo era gratuito y cada suscriptor disponía de cuatro entradas por representación, incluida la suya. Se dispuso entonces el patio de butacas como un anfiteatro con bancos, de modo que todos los espectadores pudieran sentarse.

El espectáculo fue puesto bajo la protección del gobernador y el ordenante, a quienes se encomendó la elección de un tesorero y un director entre los suscriptores.

Esta primera suscripción fue renovada y el espectáculo se trasladó a la casa de la calle Vaudreuil,[46] que ya he citado, donde estuvo hasta 1764, en que se instaló en el local donde actualmente se encuentra y del que hablo en esta sección.

Parece que fuera el destino de esta casa complacer a los habitantes del Cap instruyéndolos al mismo tiempo. Desde finales de 1788, se instituyó un gabinete literario en el primer piso, a través de una cotización hecha por 80 personas, que entregaron cada una cuarenta y dos piastras-gordas.

Este espacio, amueblado con mucha elegancia, dispone además de una completa biblioteca y todos los periódicos interesantes, de tres habitaciones para jugar al billar, al trictrac y a juegos de salón (ya que los de azar estaban prohibidos), cuya recaudación cubre los gastos de mantenimiento.

Allí se puede encontrar, de muchas maneras, un antídoto seguro contra el aburrimiento; un extranjero que tenga a un suscriptor como fiador, encuentra una compañía selecta y se esfuerza en contribuir con su presencia a los atractivos de este lugar de reunión, que fue una excelente idea.

En el terreno de la antigua Comedia es fácilmente reconocible una parte del pico de los capuchinos. Este extremo de la calle Vaudreuil y el propio de la Royale, dejan ver todavía una roca viva y laminada.

Encontramos en la calle Vaudreuil la Societé Royale de Saciences et Arts du Cap Français, una institución que desde su nacimiento, no defraudó las esperanzas que había hecho concebir.

El 8 de junio de 1784, un oficial de la marina, muy conocido por su talento para este difícil oficio y por sus estudios náuticos, vino al Cap con el alma arrebatada por una de esas brillantes ideas que la imaginación embellece más todavía.

Una seductora esposa, compartiendo la misma teoría, parecía haberse asociado al apostolado marítimo de su marido y con su llamada, el magnetismo tuvo seguidores.

Se vio desde el 26 del mismo mes, en la Providencia de los hombres, una cubeta que asediaban los constreñidos, los gotosos y los asmáticos. Pero también allí, el mesmerismo contaba con incrédulos.

El primero en dudar fue un médico, al que parecían reprochar su inutilidad y al que creían demasiado enrocado en los prejuicios de Hipócrates, para que fuera digno de la nueva teoría.

[46] El señor de Bory, gobernador general, se encontró con Rousseau en el café Régence de París y, creyendo que le halagaba, le dijo: *He visto la representación de vuestro Adivino del Pueblo en el Cap francés. –Tanto peor para usted*, le respondió el severo Jean-Jacques, que sin duda no había puesto en el nivel de las bondades teatrales la de ser interpretada por aficionados.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se volvió contradictorio, por el mismo hecho de los mesmerismos y se alió con un botánico que compartía sus sospechas; un tercero se aproximó a ellos y empezaron los experimentos anti-magnéticos.

Bien porque el clima se prestaba menos a las ilusiones, bien porque la marcha rápida de las enfermedades que se trataban fuese más propia a demostrar la insuficiencia del remedio, los hechos vinieron a apoyar la contradicción, la cubeta fue abandonada y se tuvo que devolver el paralítico que habían traído.

Las tres personas a las que había reunido el deseo de detener el progreso de una doctrina supersticiosa, no satisfechas con haber combatido la quimera, quisieron una fama más tangible.

Recordaron que se había hablado mil veces de lo útil que podría ser para la Colonia una reunión de colonos, que sintieran un verdadero amor por ella y que se preocuparan de lo que podía ser capaz de acelerar sus progresos y de llevarla al más alto grado de esplendor.

Sin calcular mucho la viabilidad de un plan, confeccionaron uno y se llamó a otras seis personas; electrizados recíprocamente, este pequeño comité creó el *Cercle des Philadelphes*, nombre que recuerda a los hombres consagrados al bien común, que el amor fraterno debe ser su primer impulso.

El 15 de agosto de 1784, los fundadores del Círculo redactaron su plan, que sometieron a los jefes de la Colonia. Estos opinaron que las teorías sobre historia natural, sobre agricultura y sobre los aspectos que interesan a la humanidad que sufre moral o físicamente, debían de ser primordiales en una Colonia como la de Santo Domingo.

El Círculo fue pues reconocido el 30 de septiembre siguiente. Inmediatamente apareció un prospecto donde se hacía hincapié en el indecible beneficio del trabajo de las personas que se ocuparían de temas coloniales en las mismas Colonias.

Se hacía un llamamiento a todos los que su talento o su celo hacían aptos para secundar un designio tan alto. Algunos de esos hombres que creen que todo es apático o egoísta como ellos, contemplaron la feliz idea de esta Sociedad como una fantasía.

Pero otros seres que no esperaban más que esa señal, vinieron a unir sus deseos y resoluciones a los de sus fundadores.

Se imprimieron los estatutos y el 11 de mayo de 1785, en sesión pública que significó un espectáculo nuevo en Santo Domingo e hizo ver a los colonos que la empresa no era vana.

El señor de Arthaud, presidente del Círculo, expuso allí la simpleza de su origen y poniendo una noble confianza en lo que tenía de puro y recomendable, hizo plausible que este humilde manantial podría ser, algún día, un río majestuoso.

Respondió a esa miserable máxima inventada por el interés personal, que hizo creer a tantos colonos que el dedicarse a lo que no es lucrativo, no puede arraigar sólidamente sobre ese suelo ardiente.

Hablando seguidamente de lo que le era más familiar, el señor Arthaud hizo ver cuán importante es la comunicación entre los hombres dedicados a las diferentes especialidades del arte de curar y confesó que su asociación al Círculo había sido inspirada por el humanitarismo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El público aplaudió los esfuerzos ya realizados y animó, por eso mismo, a aquellos para los que en el futuro debe ser objetivo y juez.

Los habitantes del Cap, sobre todo, oyeron con gusto en la misma sesión, una descripción médico-topográfica de su ciudad que el señor Arthaud enfocó bajo el punto de vista de las enfermedades que allí se dan.

Pero lo que tuvo mejor acogida y que honra los primeros balbuceos del Círculo, fue el elogio de Larnage y Maillart hecho por el señor Baudry Destozières.

En efecto, había que estar orgulloso de esta Sociedad, que pagaba en sus primeros momentos, una deuda de toda la Colonia y daba un hermoso ejemplo de reconocimiento público.

El Círculo, queriendo además captar cooperantes, allí donde el amor al bien es capaz de entusiasmar, publicó un programa el mismo 11 de mayo de 1785, ofreció premios para conseguir memoriales sobre temas interesantes y anunció uno de 1,650 libras, que la generosidad del señor François de Neuf-Château, entonces procurador general del Cap, había convertido en depositario de las mismas.

Había de ser concedido a la mejor obra sobre la manera de fabricar un papel que estuviera a salvo de los destrozos de los insectos que, en las Colonias, hacen que desaparezcan rápidamente los libros y los manuscritos.

El programa proponía además, como tema para un premio, el elogio de los fundadores de dos casas de Providence en el Cap.

Lo que no nos cansaremos de alabar es el celo infatigable de los primeros miembros del Círculo, fervor que exigía de ellos sacrificios pecuniarios. Tomaron un local para intentar la cría de la cochinilla.

Pronto, los Administradores, que sucesivamente y a porfía habían mostrado por el Círculo un afecto bienhechor, le concedieron un terreno para instalar un jardín botánico. Pero el mismo, que había costado mucho dinero, fue reclamado por un propietario desconocido hasta entonces y del que el Círculo no fue más que el arrendatario.

Por último, el 29 de diciembre de 1786, el ministro escribió a los Administradores que el Rey concedía al Círculo una autorización provisional y solo los términos de esta carta ya constituyen un elogio.

La sociedad tiene una deuda en este primer acto del poder público que consolida su establecimiento, con el señor de Vaivre, antiguo intendente de la Colonia y encargado de la intendencia de las Colonias, con Versalles, que compartía el interés que uno de los miembros más apegados al Círculo ponía en sus apremiantes solicitudes y que hizo que el ministro los acogiera con auténtica benevolencia.

Este feliz presagio de una protección todavía más valiosa en el futuro, tuvo su primera realización cuando, en abril de 1788, el señor de Marbois, intendente, decidió que desde ahora el Círculo recibiría 3,000 libras al año, para ayudar en los gastos que, a finales de 1787 se elevaban ya en total a 40,000 libras.

El señor de la Luzerne, que había pasado del generalato de Santo Domingo al ministerio de la Marina y las Colonias y que había sido testigo ocular del deseo permanente del Círculo de ser útil, aprobó este sabio empleo de una pequeña parte de los fondos públicos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pero el año actual (1789), debía quedar para siempre en la memoria del Círculo. Obtuvo, el 17 de mayo, las cartas de patente que lo confirmaban con el título de Societé Royale des Sciences et Arts du Cap Français.

Nunca tantas circunstancias fueron tan favorables. El señor Barré de Saint-Venant, que había presidido el Círculo se encontraba en París y a sus instancias, se unían las de otros dos miembros, el señor du Pujet, preceptor del señor Delfín y el autor.

Teníamos que solicitarlo a un ministro convencido de la utilidad de lo que le recomendábamos. El señor de Vaivre era un nuevo miembro que repetía la súplica y los Administradores de la Colonia habían apoyado el deseo del Círculo, por lo que el éxito fue completo.

En ese momento, la Académie des Sciences de París añadió un florón a la corona del Círculo, decretando que enviaría a la Societé un ejemplar de sus memorias, volúmenes de sabios extranjeros y del conocimiento de los tiempos; cada uno de los cuarenta miembros fijos de la Sociedad que fueran a París, tendría la libertad de asistir a las sesiones particulares de la Academia durante un año.

El señor Barré de Saint-Venant es a quien le tiene que agradecer la Sociedad esta gloriosa prueba de afecto.

En cuanto a mí, me doy por satisfecho de haber conseguido, del Museo de París y de los de Burdeos y Toulouse y de la Société d'Agriculture de París, una correspondencia con la Sociedad.

La componen doce miembros honoríficos y cuarenta miembros residentes, es decir, dispuestos a asistir a las asambleas; estos últimos son los que dirigen los trabajos del centro.

Hay además un número ilimitado de socios, reclutados en la Isla o en las demás Colonias; socios nacionales u otros, elegidos en el reino y en países extranjeros y finalmente miembros correspondientes, súbditos y no súbditos.

Basta echar un vistazo al cuadro de la Sociedad, impreso cada año en el almanaque del Cap, para convencerse de que han querido pertenecer a ella distinguidos sabios.

La Société des Sciences et Arts du Cap tiene un presidente, un vicepresidente, un secretario general perpetuo, un tesorero, un bibliotecario, un supervisor del gabinete de física e historia natural y un director del jardín botánico.

El Rey le concedió, por cartas de patente, una suma anual de 10,000 libras para sus gastos, de las que 1,000 están reservadas a un premio destinado al mejor memorial sobre un tema de utilidad pública que elegiría la Sociedad.

Se reúne una vez por semana. Convoca su asamblea pública obligatoria el 15 de agosto, día de su aniversario y el público comprueba que se hacen progresos cada año.

La sociedad tiene en sus sellos y tampones, un enjambre de abejas sobre una colina, rematado por un sol radiante, con esta leyenda, *Sub sole labor* y como inscripción: *Société Royale des Sciences et Arts du Cap Français 1784.*

Entre las obras publicadas por el Círculo hasta ahora, se distinguen las *Recherches sur les Épizooties de la Colonie*, un memorial sobre la epizootia y el primer volumen

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de sus Memorias, donde entre otras cosas, hay valiosas observaciones sobre aguas minerales.

Se nos plantea una reflexión muy simple cuando pensamos en la formación fortuita de esta Sociedad y es que sin ella, los trabajos que se pusieron en circulación, entre los que olvidaba el del señor Thiery de Menonville sobre la cría de la cochinilla que editó la Sociedad, posiblemente nunca se habrían publicado.

Sin ella, numerosos e interesantes materiales no se habrían reunido en un depósito, que la utilidad pública sabría sacar y no habrían tenido lugar penosas y costosas experiencias.

Sin ella, muchos colonos ni siquiera hubieran sospechado que tenían talento, que excita la emulación y que anima la esperanza de servir al bien común.

Si ella, no hubiéramos visto el comienzo de una numerosa biblioteca que se debe sobre todo a los esfuerzos de los señores Arthaud y Baudry Destozières, a los legados del señor le Gras y Lefebvre Deshayes y finalmente a las adquisiciones hechas a costa de los miembros.

Sin ella, no se habría iniciado un gabinete donde hay que hacer notar, entre muchas cosas curiosas, pero con ternura, la cabeza de un antiguo habitante de la Isla, uno de esos infortunados cuya raza todavía existiría si los primeros conquistadores hubieran tenido la inclinación pacífica por el estudio y el alma de los Filadelfos.

Sin ella, hombres trabajadores, desalentados por su aislamiento y por la indolencia que antaño les rodeaba, habrían muerto inútilmente por un país que sus investigaciones esclarecen, sus trabajos hacen conocer mejor y su ejemplo incita a amar como una patria real.

Asociación venturosa, ¡Ojalá pudieras durar tanto como el Nuevo Mundo y mi frágil pluma sirviera para tributar a tus valientes y generosos fundadores, el reconocimiento que les es debido![47]

En la esquina oeste de las calles Royale y Sainte-Marie, está la casa que ya no es la residencia de los misioneros, desde que es la de los jesuitas y sirve como alojamiento al prefecto apostólico de la misión de la Parte del Norte, que es al mismo tiempo el párroco del Cap y a otros religiosos, quienes le ayudan en el servicio de la parroquia.

Es también la casa donde descansan los religiosos enviados por Francia hasta que el Prefecto reparte los curatos y todos los sacerdotes que vienen al Cap van a la casa de la Prefectura, la única que encuentran digna para su alojamiento.

Hasta 1704, exceptuando sin embargo algunas épocas de hambruna en que se echaba mano de los religiosos que se presentaban, como en 1687, en que los párrocos del Haut y Bas del Cap fueron confiados al cuidado de dos carmelitas, los párrocos de la Parte del Norte fueron ayudados en el servicio de la parroquia por los capuchinos de la provincia de Normandía, que los primeros habitantes franceses de las Antillas debían preferir, como es natural, ya que era la patria chica de casi todos ellos.

[47] Estos fundadores son, los señores Arthaud, médico; Dubourg, botánico; Baudry Destozières, abogado; Aubray, habitante; Cosme d'Argenville, cirujano real; Poulet, hombre de negocios; Peyré, médico; Roulin y Couré, cirujanos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En su negativa a continuar enviando a los suyos, los jesuitas tuvieron esta misión, que les fue encomendada por cartas de patente de octubre del mismo año hasta la expulsión de esta orden de la Colonia.

En 1764 llegó el abad de la Roque en calidad de prefecto apostólico y los párrocos fueron ayudados por algunos eclesiásticos y religiosos de diferentes órdenes hasta el 9 de octubre de 1768, en que el padre Colomban, prefecto de los capuchinos, llegó con algunos de sus hermanos y tomó posesión de la misión del Norte.

Yendo más hacia el sur en la calle Royale, después de la morada de los capuchinos y en la esquina nordeste de esta calle con la de Notre-Dame, está la imprenta, instalada en esta casa desde 1779.

Una de las primeras necesidades que se hace patente cuando un grupo crece, es la de contar con un establecimiento destinado a facilitar el conocimiento de lo que pueda interesar a cada uno de sus miembros y que asegure la conservación de ciertas actas que publica la autoridad, multiplicándolas.

La Colonia francesa de Santo Domingo había tenido esa necesidad desde principios de siglo. Un país con una vasta extensión, que disponía de dos Cortes soberanas y muchos tribunales inferiores, tenía que querer una imprenta.

El gobierno se convenció y el 10 de abril de 1723, el señor Joseph Payen, noble librero de Metz, obtuvo las cartas de patente que le nombraban impresor y librero de la Colonia en régimen de exclusiva.

Payen desembarcó en el Cap en junio de 1724: el señor de la Rochalard, gobernador general, enterado de su nombramiento, se alarmó. Se acusó al librero de vender libros obscenos y el gobernador lo encarceló en Petit-Goave.

Permitió a Payen instalar la suya a despecho de los temores que sin duda le inspiraban los movimientos sediciosos, de los que la Colonia apenas se había repuesto y que creía que se reproducirían a través de una imprenta.

En diciembre de 1725 presentó sus cartas de patente al Consejo de Petit-Goave para que le recibieran como estas ordenaban. Pero el señor de la Rochalard las tiró diciendo que no podía ser registradas porque no iban dirigidas a él.

Payen se estableció en Léogane y publicó a principios de 1725, un cuaderno que contenía el edicto de marzo de 1685, conocido bajo el nombre de *Código Negro*; el de agosto de 1685 que estableció el Consejo de Petit-Goave (convertido en el de Port-au-Prince) y las cuatro senescalías de Petit-Goave, de Léogane, del Cap y de Port-au-Prince; el edicto de octubre de 1716 sobre los negros llevados a Francia y acababa este cuaderno con las cartas de patente que le nombraban impresor-librero.

Este ejemplar, el primero que salió de una prensa francesa en Santo Domingo, tenía un título que, debajo de la indicación de los edictos, decía: *Nueva edición, corregida y aumentada con añadidos por el señor Gabet, consejero real*; en la parte inferior de la página, *Por orden de Monseñor el caballero de la Rochalard.*

Este, siempre sombrío, encontró pésima la impresión de las cartas de patente y la de un permiso que no había concedido; de ahí un segundo encarcelamiento, a cuya salida Payen pensó que sería mejor volver a Francia que luchar contra ese déspota, que tuvo el valor de excusarse ante el ministro diciendo que la exclusiva del impresor podía causar disturbios y que muchas personas vivían del oficio de copista.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sin embargo, un obrero de Payen imprimió algunos *factums* mientras que este estaba en Francia. El empleado murió y cuando Payen regresó, encontró los utensilios de su imprenta en manos del administrador de las sucesiones vacantes, que se los entregó sin que yo haya podido encontrar el más mínimo rastro de lo que fue de él en adelante.

Larnage y Maillart, que sabían bien cómo se despoja a los hombres hasta de la sola idea de rebelión, solicitaron el 14 de mayo de 1742, dos imprentas, una para Léogane y otra para el Cap.

> Sin imprenta –decían–, las leyes no pueden ser conocidas y los Administradores mismos ignoran cuál es su deber. La recaudación de impuestos exige estados, recibos y las copias de las escrituras toman mucho tiempo y son caras y falibles. Por último, los litigantes no tienen la facultad de esclarecer sus juicios, los Administradores con un gran número de secretarios, están siempre sobrecargados de trabajo, porque multitud de piezas de estilo puro no pueden ser impresas de antemano para ser cumplimentadas cuando se necesite.

El ministro respondió el 17 de septiembre de 1742, que se escogieran a los impresores a los que enviaría patentes.

En Versalles no se habían dado cuenta de que los utensilios de impresión no podían provenir más que de Francia; se desperdició el tiempo en discusiones, llegó la guerra en 1744, el señor Larnage murió en 1746 y la Colonia se quedó sin imprenta.

En 1761 la Cámara de Agricultura del Cap, que ignoraba lo que había sucedido antes de su existencia, solicitó con insistencia tener una imprenta en el Cap. Los Administradores apoyaron este deseo y el 31 de diciembre de 1762, el señor Antoine Marie, impresor de Nantes, obtuvo del Rey el certificado de impresor librero, en régimen de exclusiva para toda la Colonia; esta patente le sometía a la censura y supervisión del intendente en ambas funciones.

El señor Marie, a quien el ministro había dejado elegir el lugar de residencia, llegó al Cap en diciembre de 1763 y se quedó. La alegría de los colonos de esta Parte fue muy grande e inmediatamente se creó la primera gaceta de Santo Domingo, cuyos detalles dejo para otra ocasión.

Los señores de Estaing y Magon juzgaron conveniente tener una imprenta en Port-au-Prince y a principios de 1765 concedieron el privilegio, al señor Duchesne. El señor Marie se quejó y el 17 de mayo de 1765, el ministro confirmó su exclusiva a condición de que instalara una imprenta tanto en Port-au-Prince como en el Cap. Ya había dos imprentas en la Colonia.

Después de la muerte del señor Marie, su hija se encargó del negocio y dirigió el establecimiento del Cap; los señores Thomin y le Blanc el del de Port-au-Prince hasta la llegada del señor Guillot, provisto el 28 de septiembre de 1768, como su predecesor, de un certificado exclusiva, pero solamente por diez años.

Cuando el desastre de Port-au-Prince, acaecido el 3 de junio de 1770, se echaron a perder todos los utensilios de la imprenta; el impresor recibió la orden de quedarse

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

con los del Cap, lo que ocasionó que durante algún tiempo se suspendieran los trabajos tipográficos en esta última ciudad.

El señor Bourdon sucedió al señor Guillot, por una patente del 14 de abril de 1774 que ya no conllevaba la exclusividad. Tuvo también una imprenta en cada una de las dos ciudades.

El 29 de mayo de 1775, el señor Dufour de Rians obtuvo un certificado en régimen de exclusiva para la instancia del Consejo del Cap durante ocho años y se dotó este puesto con una pensión de 3,000 libras a favor del señor Donnet, para que no gozara de ella el señor Guillot, su cuñado.

Una ordenanza provisional de los Administradores, del 26 de junio de 1783, prorrogaba quince años la exclusiva del señor Dufour de Rians, según una autorización del ministro, lo que fue confirmado por un certificado del Rey del primero de julio siguiente.

Se suprimió la pensión, pero se sustituyó por otra del mismo monto, a favor de las señoritas Casamajor. Esta suma había estado asignada durante mucho tiempo al puesto de senescal de Fort-Dauphin, como si la justa indemnización por los trabajos de un juez y por honorarios eventuales, fuera conciliable con la concesión de una pensión a las hijas de un médico que nunca había tenido relación con la Colonia.

En 1785, el señor François de Neuf-Château, procurador general del Consejo del Cap, solicitó al ministro que el Cap tuviera dos imprentas, aplicando los beneficios de la segunda a las casas de la Providencia.

Los Administradores recibieron la orden de examinar ese plan, del que no rindieron cuenta alguna. Se quejaban, con razón, de la lentitud de los trabajos de la del señor Dufour que, en virtud de su monopolio, carecía del estímulo que produce el tener competencia.

Se quejaban y todavía más amargamente, de que los trabajos de imprenta no estuvieran presupuestados, aunque el ministro, que había pensado que el monopolio se convertiría en una lacra, ordenó al intendente el 19 de enero de 1763, que impusiera una tarifa al impresor.

Confieso que sufrí en primera persona este abuso y convencí al ministro, el 27 de agosto de 1786, para que accediera a la petición de los Administradores de averiguar en la Cámara Sindical de París qué informes podrían servir para poder establecer en la Colonia unos precios equivalentes.

Además se consultó *in situ* a personas instruidas, pero extrañas a las imprentas existentes y a otras a las que les interesaban esas imprentas; con esos informes, los registros proporcionados por los impresores de Martinica y Guadalupe, se intervino la lista de precios del 10 de noviembre de 1787; el capítulo de los impresores es muy censurable en muchos sentidos.

No tengo nada más que añadir a esta historia de los impresores de Santo Domingo, que el establecimiento de una tercera imprenta, que es la segunda de Port-au-Prince, hecha por los Administradores en febrero de 1788.

Pertenecía al señor Mozard a quien tengo que reconocer que sus trabajos salían sin faltas tipográficas, no como en las otras dos, porque tuve más que ningún otro la ocasión de verificarlo, ya que he estado recogiendo impresos coloniales desde hace catorce años.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pero quisiera, para que este arte rindiera unos servicios todavía más importantes, que cada impresor fuera obligado a remitir al oficial de administración de su lugar de residencia tres ejemplares de todas las obras que imprima, que serían enviadas al ministro de marina.

Uno se depositaría en los archivos de las Colonias, otro en la biblioteca del Rey y el tercero se conservaría en las oficinas de las Colonias, donde podría ser consultado.

Con esta previsión que hice adoptar solamente para las gacetas, en 1786 el ministro no se vería privado de informaciones útiles, consignadas principalmente en los trabajos periódicos y no estaríamos expuestos a considerar siempre como novedades, las peticiones reproducidas en muchas épocas sucesivas como lo prueba, entre otros mil ejemplos, lo que he relatado sobre la propia imprenta.

Encima de la calle Royale está la de Saint-Louis. En su extremo norte, cerca del torrente, está cerrada porque en ese punto el lado norte de la calle Traversière, va a unirse al lado oeste de la calle de Saint-Louis. Es una de las que conservan en toda su longitud el mismo nombre.

La calle de Marmousets, que le es paralela, no lleva ese nombre más que desde el torrente al norte, hasta la calle de Sainte-Marie. Esta calle de Marmousets no tiene sino 24 pies de ancho, no como la Espagnole, que tiene 48 donde abre.

Su lado este no está del todo alineado el uno sobre el otro, porque el costado de la calle Espagnole avanza en más de 16 pies al oeste con respecto a la de Marmousets.

Entre las calles Saint-Louis y Espagnole y las de Notre-Dame y Saint-François-Xavier, está la isleta que forma la plaza Montarcher, que tiene por consiguiente 120 pies cuadrados. Pero antes de describirla, hay que tener en cuenta el estado en el que estaba esa parte de la ciudad.

En 1739, los jesuitas tenían en su recinto la isleta de la plaza Montarcher que está al norte, donde está actualmente la Comedia y además las dos isletas que corresponden a aquellos en el este. Este recinto descendía pues hasta la calle Royale, que era entonces la de Saint-Félix.

Este recinto interrumpía la calle Saint-Louis que se llamaba Cimitière, así como la Espagnole que, en la zona norte de esa posesión se llamaba la calle Traverse.

Las cuatro isletas en posesión de los jesuitas se habían concedido de esta manera: las dos más al oeste, el 8 de marzo de 1710 al superior general de misiones de la Compañía de Jesús para que se edificara la casa principal, destinada a los misioneros.

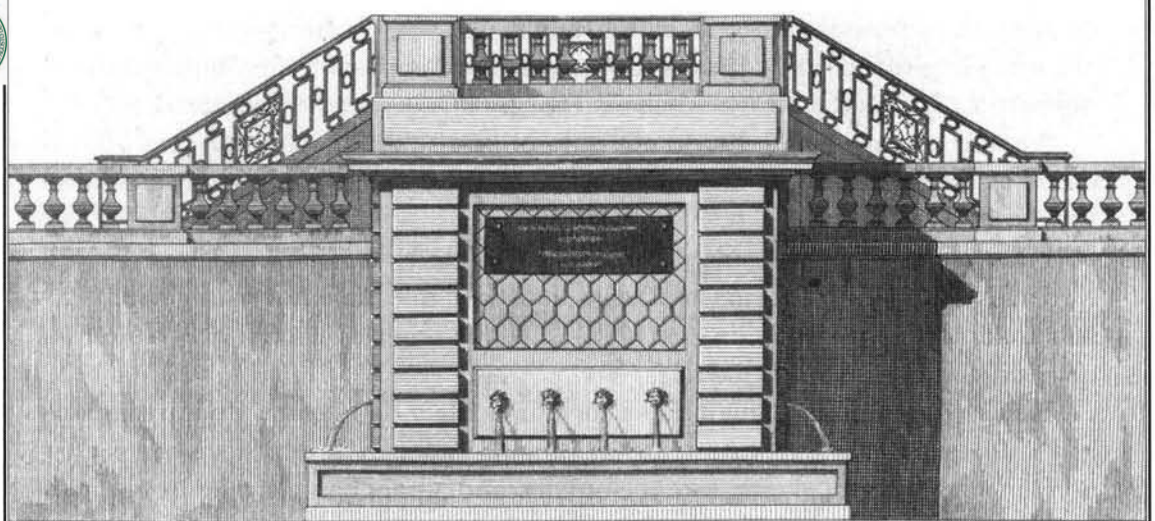
Las dos interiores, el 10 del mismo mes a la parroquia del Cap, que fueron destinadas a convertirse en presbiterio de los sacerdotes destinados a su servicio. Aunque las concesiones hablan de calles, de alguna manera no estaban indicadas y era muy cierto que las dos isletas más occidentales se encontraban entonces más allá de todas las casas edificadas en esa parte de la ciudad.

No se construyó ni la cabecera de la misión ni el presbiterio; los jesuitas, como dije, lo englobaron todo en su recinto por medio de un seto.

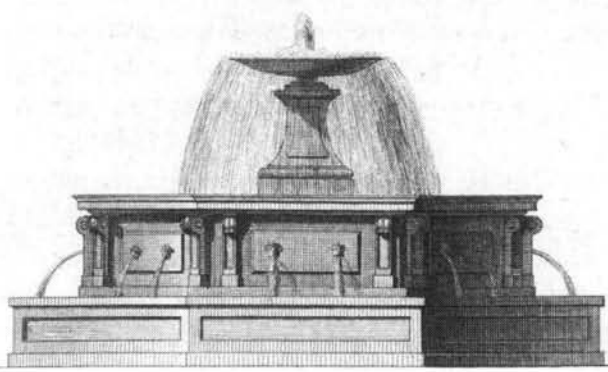
Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Plaza y fuente Montarcher
frente al gobierno,
en el Cap Francés
Isla de Santo Domingo



Plano a mano alzada de una de las dos fuentes adosadas al muro del paseo público, en la plaza de la Independencia de la ciudad de Port-au-Prince



Plano a mano alzada de una de las fuentes de la plaza Vallière en Port-au-Prince

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En 1713, el público reclamó vanamente la apertura de las calles, como exigían expresamente las concesiones y la autoridad jesuítica hizo caso omiso de ello durante veinte años; la parroquia reclamó, también infructuosamente, recuperar su terreno.

Por último, el ministro recomendó a los Administradores hacer un arreglo, que pusiera fin a las reclamaciones, con esos párrocos orgullosos. Se hizo uno, en efecto, pero que muestra su carácter y autoridad.

En este documento, firmado ante notario el 3 de julio de 1746, se estipulaba entre ellos y la parroquia, que aquellos le cedían dos isletas concedidas a la misión, a condición de que la parroquia les donara dos a perpetuidad, en lo alto y al oeste de su terreno y que gozarían de dos donadas a la comunidad para un presbiterio, en tanto que ellos ayudarían en el servicio de la parroquia; de este modo se pudieron utilizar las calles.

Cuando los jesuitas fueron expulsados, la parroquia recuperó las dos isletas cuyo disfrute se habían reservado y que no eran precisamente las donadas a la parroquia, sino a la misión, porque estaban más cerca de su recinto. La parroquia dispuso de la cuatro en su provecho.

La concesión del 10 de marzo de 1710, obligaba a la parroquia a pagar o a trasladar a otro lugar dos tiendas que se encontraban en el terreno que se le daba. Ambas estaban en el extremo de la ciudad, limitada en ese punto a la fecha de la concesión por esas mismas tiendas. Una pertenecía al señor Bertaud y la otra al señor Dupavier.

Su fachada daba a la calle Canal, hoy calle Sainte-Marie; esta isleta estaba enfrente del señor Fildier y de la señora viuda de Brossart, que ciñen ahora las calles Sainte-Marie, Saint-Louis, Notre-Dame y Royale.

En cuanto a la segunda isleta en ella había estado el primer cementerio de la ciudad, formando su parte sur y se había quedado vacío desde que se había abierto otro detrás de la iglesia, que ya he descrito.

Siempre se había rechazado dar concesiones allí aunque solo fuera porque se trataba de un presbiterio y la opinión pública, que estaba muy soliviantada, se calmó. A causa de la situación de ese cementerio, la calle de Saint-Louis lleva el nombre de calle Cimitière.

Enfrente y por encima de este antiguo cementerio, está la plaza Montarcher. No se sabe demasiado bien cuál fue el motivo para construir esta plaza.

Si era porque estaba en ella la Comedia, se tenía entonces que comprar el edificio de esta, porque el dueño de este establecimiento podría darle otro uso; si era solo para poner una fuente, se podía hacer en una de las esquinas de la parte baja del recinto del gobierno.

Esta plaza, que lleva el nombre del intendente bajo cuya administración fue construida, está cerrada con traviesas como la plaza de Armas. Tiene cuatro tornos en sus esquinas, una fila de árboles en sus cuatro costados y una fuente en el centro, con el mismo nombre que la plaza.

La fuente (ver el Atlas), se compone de un pedestal en forma de ábaco, sobre el que se levantan cuatro columnas jónicas, atadas entre ellas en el tercio de su fuste, con una banda que las envuelve.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En esta banda están esculpidas las armas de Francia y las de los señores caballero de Vallière y de Montarcher, que eran los Administradores en 1772, cuando se hicieron la plaza y la fuente.

En la cara norte y en la sur, se lee, repetida, esta inscripción:

Anno Domini MDCCLXXII
Regnante Ludovico Decimo Quinto, optimé dilecto
Lud. Floren. de Valliere et Joan Fran. de Montarcher
Præfectis Regis

Esta fuente no tiene gracia y sí una especie de pretensión, que la pequeñez de la plaza hace muy evidente.

Los señores de Reynaud y Le Brasseur tenían la intención de construir en esta plaza un Palacio de Justicia, lo que habría dejado la casa del gobierno a los Administradores.

En esta isleta que bordea la calle al norte de la plaza Montarcher, está la sala de espectáculos. Domina toda la longitud norte y sur de esta isleta y tiene su lado más grande en la calle Espagnole, con la que termina en la calle Sainte-Marie.

La entrada está hacia la plaza Montarcher y parece la de una casa normal; hay que saber que conduce a un teatro para sospecharlo, a menos que uno no se fije en los grandes balcones exteriores, que se pusieron en 1784.

El espectáculo del Cap, el más antiguo de la Colonia, estaba todavía en la calle Vaudreuil en 1764, cuando se convirtió en un teatro público. Se abrió, *previo pago*, el 13 de octubre de 1764 con una representación del Misántropo y de los Tres Gascones.

Poco después, el señor Chinon se convirtió en director y los Administradores y le concedieron la exclusiva durante veinte años, con la condición de que entregara una suma de 20,000 libras al gobierno.

El señor Chinon alquiló entonces la casa donde se encontraba el teatro en ese momento. Hubo una primera representación el 20 de abril de 1766.

La dirección arruinó al director y el espectáculo iba a desaparecer, cuando cincuenta colonos, entre los cuales se contaban hasta habitantes, cuya residencia estaba tan alejada del Cap como para no tener otro motivo que el deseo de conservar un esparcimiento necesario para una gran ciudad, se reunieron y formaron una asociación cuyas cláusulas fueron redactadas por el señor Grimperel, notario, el 25 de marzo de 1771.

El señor Chinon les presentó la renuncia a su privilegio y se asociaron a él por los catorce años que debía durar todavía; emitieron 50 acciones de 3,000 libras cada una.

Esta asociación duró hasta el 9 de marzo de 1783, en que el señor Fontaine, se encargó del espectáculo, que sigue dirigiendo hoy día por cuenta propia.[48]

[48] Quizá nadie se enfade por encontrar aquí el resultado de las cuentas de los doce años gestionados por los accionistas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La sala tiene 120 pies de largo por 40 de ancho. Se divide en tres partes iguales; la primera comprende el teatro y la orquesta; la segunda el patio de butacas; la tercera el anfiteatro y sus pasillos.

Se trató de hacer la sala oval en su parte trasera, dividiéndola con tabiques, pero su interior no es más que un cuadrado largo. Por medio de un proscenio, el actor se encuentra más cerca de los espectadores y su voz no se pierde entre las bambalinas.

En abril de 1784, se añadió una tercera fila de palcos a las dos que ya había en 1766. Hay veinte palcos en la primera fila y veintiuno en las otras, por culpa del que está en la entrada del anfiteatro.

Estos palcos acogen fácilmente a seis personas, tres delante y tres detrás, pero se pueden amontonar ocho.

Los dos primeros palcos de la primera fila hacia el teatro, no forman sino uno en cada lado; el de la derecha está reservado para el gobernador general, sus invitados o los oficiales de la guarnición.

El de la izquierda es para el intendente y allí van los oficiales de la Administración. Un guardia se encarga de uno y del otro y a veces uno de los casacas de la intendencia.

Delante de esos dos palcos honoríficos, hay dos balcones que se encuentran en el proscenio con seis plazas en su parte delantera. Después de estos balcones, encontramos en cada lado un palco pequeño; les siguen las bambalinas.

De los 10 palcos que están más al fondo de la tercera fila, siete son para las mulatas y tres para las negras. A lo largo del patio de butacas hay tres palcos enrejados a cada lado.

Detrás de la orquesta, se ha sacado del patio de butacas un banco que lo recorre de lado a lado; es donde se ubica el estado mayor de la plaza y de los cuerpos militares.

El espectáculo puede albergar a 1,500 personas. La sala, que estaba pintada con mosaicos amarillos de Nápoles sobre un fondo azul real, se cambió en 1784 por un

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El ingreso total del espectáculo fue de	2,494,993	libras, 4 monedas, 10 denarios
El gasto total	2,829,024 12	
Déficit	334,031 12 2	

Sobre lo que se deduce el monto de las donaciones hechas por el gobierno 162,300

Ese déficit no es más que de 171,731

Pero esta pérdida que da por cada una de las 50 acciones 3,434 libras, 12 monedas, 2 denarios, no es absoluta para todos los accionistas, porque aquellos que, a este título, habían entrado gratuitamente al espectáculo durante doce años, habían ganado en realidad, ya que cada abono anual por persona era de 360 libras.

A los accionistas les quedaba aún el fondo del almacén del espectáculo, que le fue entregado al señor Fontaine para que se encargara de él.

Por término medio, vemos que el espectáculo

daba entonces, al año,	207,916 libras y 2 monedas
y que gastaba	235,752 15 denarios.

En esas cuentas observé también y las conocía bien desde que me convertí en accionista, que el ingreso de los cinco últimos años fue infinitamente mayor que durante los otros siete, a causa de las escuadras y de numerosas tropas francesas y españolas que se encontraron en el Cap en diferentes épocas y me atrevería a decir que sin esos elementos que acabo de señalar, el déficit hubiera sido más del doble.

blanco ceniza con paneles y orlas azules y se quitaron, cada dos palcos, las columnas cuadradas de madera que estorbaban la visión.

Dos gigantescos bustos de sátiros situados en el proscenio, parecen sujetar el edificio. En el frontispicio figurarán las armas de Francia. El telón pintado de azul tiene cuatro genios; dos son los símbolos de la tragedia y de la comedia y los otros dos, cerniéndose en el aire, sostienen esta leyenda cuyas letras son de oro: «CASTIGAT RIDENDO MORES».

La sala está iluminada por las lámparas del teatro, pero como el fondo era oscuro, se pusieron entre cada fila unos brazos con velas que aumentan su efecto con la tonalidad blancuzca de la sala.

Los dos palcos de los Administradores tienen en su parte delantera un tapiz con los atributos militares o de la marina.

Entrando en el espectáculo, al que se llega por cuatro escalones, hay delante de nosotros un espacio en cuyo fondo está el cuerpo de guardia; es la parte baja del anfiteatro.

A ambos lados arranca una escalera que lleva a los palcos. En el lado del de la izquierda, hay un pasaje que conduce al patio de butacas y frente a este una escalera separada, por la que la gente de color va a sus localidades.

Hasta el 15 de agosto de 1775, solamente había espectáculo los domingos y jueves, pero desde entonces se añadieron los martes. El sábado es cuando normalmente hay funciones a beneficio de los actores.

Las entradas de los primeros palcos cuestan dos gordas, las de los segundos una gorda y media y las de los terceros y el patio de butacas, una gorda. El abono de un hombre al año es de 360 libras; el de una mujer, 240 libras; el de un matrimonio 55.

Un abono mensual después de la vuelta de la Pascua hasta diciembre, vale 45 libras y 66 del primero de enero hasta el final del Carnaval. Si solo se quiere un abono para los últimos seis meses teatrales, son 200 libras por hombre y 150 por mujer.

En cuanto a las tropas, cada batallón paga 600 libras al mes. La entrada gratuita es solo para el estado mayor, los sargentos mayores de los regimientos, los oficiales de la policía y los empleados de la imprenta que trabaja para el teatro.

Hay también palcos alquilados por todo el año para los primeros y los segundos. Para ello, es necesario que cuatro damas se reúnan y lo pidan si se trata de los primeros palcos; tienen que pagar 100 libras cada una, además de su abono anual.

Bastan tres damas para conseguir uno de los segundos y a cada una le cuesta 100 libras. Esos palcos se quedan cerrados y no se les pueden dar más que a aquellos que los han alquilado, a excepción del momento en que se alza el telón.

Los arrendatarios tienen preferencia para sus palcos los días en que se suspende el abono hasta las dos de la tarde. Los palcos enrejados y los llamados palcos de platea que a los segundos y terceros responden a los balcones de los primeros, también se alquilan al año según convenios particulares con el director.

Entre los palcos alquilados por un año se encuentra el balcón del lado derecho, que siempre está ocupado por los miembros del Consejo del Cap, cuando existía esta Corte, del que pretendían gozar en exclusiva; hasta se le llamaba palco del Consejo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El origen del uso particular de este palco, venía de que el señor Fournier de la Chapelle, procurador general, ocupaba un palco vecino del teatro donde los aficionados cantaban y actuaban gratuitamente.

Desde ahí, el procurador general se mezclaba con los coros que sostenía con su vozarrón. Por un acuerdo general que se basaba en la estima y el reconocimiento que inspiraba, conservó ese palco cuando el espectáculo fue público; en lo sucesivo se instalaron los consejeros hasta que la simple tolerancia pasó a ser un título.

El orden del espectáculo está a cargo del estado mayor; además lo confirmó una ordenanza real el 11 de marzo de 1785. Hay 15 granaderos o cazadores con un oficial haciendo guardia.

Se paga a esta guardia cuatro gordas por representación. Si se contratan figurantes y además los proporcionan los regimientos, se le dan a cada hombre 4 libras y 10 monedas.

La Comedia del Cap tiene normalmente 20 actores, 8 mujeres y 12 hombres. Hay uno o dos (normalmente se trata de mujeres), que cobran 12,000 libras; los otros entre 3,000 y 8,000 de honorarios.

El espectáculo está muy concurrido, a pesar del calor que hace y que se debe, primero al clima y además a que la sala está rodeada de edificios que la cubren menos al oeste, que no es la orientación de la brisa.

En las representaciones en que hay afluencia de público, los estrechos corredores que hay alrededor de los palcos, están llenos y la gente se apiña en sus puertas.

Se podrían dejar abiertas las ventanas que dan a los pasillos, pero el viento, si lo hay, puede acatarrar, apaga o hace vacilar las luces e impide oír al actor. Sin embargo, un día de carnaval se han llegado a contar en esta sala *ciento treinta damas.*

Como en otras ciudades de provincia, la tragedia y la comedia tienen un templo en el Cap y disciplinas comunes y es muy normal ver a Melpómene cambiar su tono por el de la musa cómica.

Lo que es más especial es la prisa, casi diría el furor de los criollos, para ir a ver estas tragedias, cuyo carácter grotesco repele a las personas de buen gusto.

Lo que choca igualmente es la violación del vestuario, una de las más seductoras ilusiones del teatro. También es deplorable la afectación que ciertos actores tienen al deslizar en sus papeles burlas que hasta ofenden la decencia; pero los atronadores aplausos del patio de butacas les perecen preferibles a la delicadeza que afrentan esos recursos de la mediocridad.

Sin embargo hemos visto en este teatro a actores a los que no les faltaban más que modelos y estímulos para ser conocidos por su talento.

Todavía se recuerdan la voz melodiosa, la gracia y la autenticidad de la señora Mentel en los papeles amorosos; el tono verídico y natural de Dubuisson en el de los padres nobles; el juego cómico, la asombrosa memoria y la pureza de lenguaje de Dubourg; el impacto del porte majestuoso y la armonía de la señora Marsan que está espléndida en el papel de Arsenia, encariña en el de la Gobernadora y seduce en el de la señora Clainville; se aplauden con emoción la garganta y los trinos de la señora Clerville.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pero tal vez nunca este teatro ni ningún otro de la Colonia, tendrá un talento tan notable como el de Chevalier, que la muerte hurtó al público en 1780. Jamás la naturaleza fue tan pródiga en las cualidades que exige la escena cómica.

Le había dotado con la máscara, la seguridad, la inteligencia y ese no se qué hace que el actor desaparezca para únicamente ofrecer el personaje que representa.

Era insuperable en el papel de médico Tue, de la ópera: nunca se piensa en todo; en el de cochero la Brisse, en el de Ferretero de Guillot, de los Cazadores y la Lechera; pero triunfó en el papel de Fígaro del Barbero de Sevilla.

No era un papel que se hubiera aprendido, era él al que Beaumarchais había estudiado y oso decir con atrevimiento que Préville hubiera querido interpretarlo como él.

Había además las costumbres muy de comedia: una amable jovialidad, numerosos acreedores, los gustos del hombre rico, los de las mujeres, siempre que no fuera la de uno y una pereza que tenía algo de original.

Cuando el espectáculo pertenecía a los accionistas, los directores le convocaron un día para reprocharle que no estudiara sus papeles y que necesitara a menudo al apuntador. *¡Eh señores! no podríais pagarme si me aprendiera mis papeles.*

Chevalier murió cuando únicamente se le creía disgustado. *Cierra las cortinas*, le dijo a una mulata cuya inclinación por ella no era a causa de su belleza, *la farsa ha sido representada*; expiró al terminar este cómico adiós.

El espectáculo atrae también porque es una cita donde se habla de negocios; aquí los pasillos son también ruidosos, casi tanto como el anfiteatro, pero este por otro motivo.

Constituye un refugio para los jóvenes de la ciudad y de la guarnición a causa de las jóvenes de color, cuyos palcos están encima de ellos; a veces se entablan conversaciones de abajo a arriba y de arriba abajo que son de una clase que podría ofender los oídos, hasta los más difíciles de herir.

En cada entreacto hay grandes murmullos que aumentan entre las dos piezas, porque las jóvenes de color aprovechan para ir a las calles adyacentes, o al paseo del gobernador a tomar el aire; al menos es la excusa que dan.

Hasta junio de 1775, las negras libres no pudieron acudir al espectáculo, en el que habían sido admitidas desde 1766 las tonalidades superiores de los dos sexos en el fondo del pasaje del anfiteatro.

Me eligieron para redactar su petición y solo dije una frase; fue para pedir *que se pudieran sentar cerca de sus hijas.*

Pero estas hijas amenazaron con cederles todo el sitio si esta *confusión* tenía lugar y hubo que ubicarlas en palcos diferentes. Así, cuando una negra y su hija mulata van a la Comedia, se separan; el ébano se va por la izquierda y el cobre por la derecha.

Cuesta creer que solo hace seis años las mujeres se han liberado de la molesta etiqueta de ir a la Comedia vestidas de gran gala. El elegante vestido ligero embellece a nuestras seductoras criollas y el lujo, que se ha vuelto más cómodo, no ha perdido un ápice de su dominio.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Van al espectáculo a exhibir sus atractivos y sus adoradores; se espían y aquí la maledicencia a veces se alimenta. Incluso hay observaciones que se pueden hacer a la entrada. Notamos, por ejemplo, que casi todas las mujeres se han arreglado con la misma elegancia, lo que quiere decir que en la Colonia este encantador sexo solo se divide en dos clases, las que son bonitas y las que no lo son.

Como cada mujer va con un caballero (distinto al marido, que está dispensado por la costumbre), los ojos, quizá alertas creen haberse fijado que el azar permite muy a menudo que sean los dos la misma persona.

Hay que evitar, sin embargo, adoptar como opiniones infalibles los sarcasmos malignos que se dejan caer normalmente al paso de las beldades, pero se debe creer, sin duda, que a las que se los ahorran son más dignas de una mejor opinión.

El teatro del Cap tiene también sus anécdotas. Tengo que contar una que mostrará que no siempre encontramos espectadores familiarizados con la literatura cómica.

El 13 de enero de 1781, se representaba el *Matrimonio desavenido*; se interrumpió la obra para pedir al actor Dubourg que representaba un papel y este dijo que el libreto era de Dominique asociado a Legrand. *Que se presente el autor*, exigieron además: *es*, dijo Dubourg, *el célebre Dominique, muerto desde hace cerca de cincuenta años.*

Hubo muchos aplausos con burlas hacia los cronologistas. Como era una obra aburrida, en un momento en que la señora Dubuisson estaba sola en el escenario, una voz gritó, *termine. De acuerdo*, dijo la actriz; hizo una profunda reverencia y se bajó el telón.

Este teatro se siente honrado de haber recibido, entre otros personajes dignos de ser citados:

1°. En 1776, don José Solano, entonces presidente de la Parte española, que volvió a aparecer en 1782 cuando mandaba la escuadra española en el Cap; 2°. El vencedor de Granada, el 31 de julio de 1779, que venía muy a menudo antaño, durante su generalato; 3°. Don Bernardo de Gálvez, comandante general de los ejércitos combinados de Francia y España en 1782; 4°. Por último, el príncipe Guillermo Enrique, hijo del Rey de Inglaterra, el 5 de abril de 1783.

Un actor de ese espectáculo que es el decano de todos los de la Colonia, es el encargado desde hace treinta años de hacer los cumplidos en esos casos extraordinarios y en todos los demás.

Clausura, apertura, obras benéficas, todo lo domina y su inagotable verbo siempre tiene un toque de originalidad, que desafortunadamente está acompañada por una corta estatura y una gordura poco común.

Es a la segunda musa a la que debe el afortunado la canción: *Cuando Biron quiso bailar, se dirigió a de Estaing*, cantada en presencia del vicealmirante.

He aquí el cumplido que vendió una vez, anunciando una obra en beneficio propio:

Ayer por la tarde, señores, cuando me iba a acostar,
y en consecuencia con mi puerta cerrada,
llamaron. –¡Y bien! ¿Quién llama? ¿Y qué venís a buscar?

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Abrid; respondió alguien con una voz ronca.
Abrí y vi a una vieja ahumada,
con una muleta y con una altura de cuatro pies,
la espalda abombada y feos adornos tal como
nos dicen que es el hada Urgèle;
digna de ser, en una palabra, la reina de los hechiceros.
Sorprendido en esta circunstancia,
le dije agitado,
¡Eh! ¿Quién sois pues? –¿Yo? Soy la Esperanza.
¡Y qué! Esa divinidad
propicia a todos los males,
y que les rinde tanto servicio
ofreciéndose bella, las manos llenas de bien.
No, es mi hermana amada, yo soy la menor,
la Esperanza de los comediantes.–
¡Ah! Lo veo por la etiqueta,
para mí vuestra visita es como un puñetazo.
¿Qué queréis? –qué tarde es,
vengo a pediros que os retiréis;
por vuestra parte me debéis eso:
debe ser para vos una gran alegría,
el alojar a vuestra Diosa.
–Diosa hasta que os plazca,
no puedo alojaros la víspera de mi obra;
es imponerme una dura ley;
no tengo la gran suerte,
de retirarme todavía a mi casa,
la más pobre de las Esperanzas.
Vanas razones; voy a suplicarle,
que además vaya a iniciarse;
en mi mansión, ha hecho su etapa
y la muy cruel se ríe bajo cuerda,
pero estaré tan bien que se irá;
he aquí señores el plan de mi asunto;
aquí el martes se encontrará
mi fatal pensionista:
venid en masa entonces; cuando se vea
cara a cara con un numeroso patio de butacas,
anfiteatro, etcétera,
la embargará la vergüenza.
Porque siempre le gusta esconder su miseria;
y desaparecerá para siempre.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Debemos también al señor Clément algunas obritas a las que las circunstancias y las singularidades convirtieron en el éxito del momento, el único que le importaba.

De hecho escribió una que es una obra de caracteres, pero que no puede ser representada más que en la Colonia, porque se refiere a cosas locales; es el *Lundi du Cap*, o *les Recouvrements*.

Como es el día de la semana en el que los capitanes de navío, vendedores, negociantes, pagan y reciben, pensó poner esta escena semanal en el teatro. Un capitán provenzal es el personaje principal de la obra; su habilidad para hacer pasar a un colega de Burdeos unas barricas de vino, al que este concede carta de naturaleza de un vino gascón; sus miradas a una joven vendedora de modas a la que hace su cómplice, todo convierte esta urdimbre en una alegría local a la que no le falta vis cómica.

A veces los autores hacen ensayar obras en este teatro; como no son muy numerosas, el areópago cómico no suspira durante mucho tiempo por el genio; la compañía se reúne, si la obra tiene la mayoría de los votos, el autor la somete a la censura del juez del reglamento y se representa.

Un autor que fue muy aplaudido desde la tragedia de Mirza, en el teatro francés de París, no pudo pasar la prueba colonial con un drama que fracasó, el 21 de marzo de 1778. Gritó al respetable, sacó un sable para vengarse de los silbidos y en una palabra, manifestó todos los síntomas de la inseguridad de un autor.

Es lamentable tener que citar tantos hechos, que prueban que a veces se ha disfrutado imponiendo autoridad hasta en este lugar consagrado al placer. El 28 de octubre de 1781, el patio de butacas pidió un *bis* del monólogo de Gros-René contra el sexo, de los *Despechos Amorosos de Molière* y el lugarteniente del Rey prohibió al actor acceder a esta petición.

Otra vez, en junio de 1784, introdujeron en el teatro coplas aduladoras para una actriz que el público amaba y se empleó la misma violencia para impedir su lectura.

El 6 de febrero de 1785, (domingo de carnaval), el director anunció un baile de gala en la sala de la Comedia para el día siguiente; alguien pidió un baile de disfraces en lugar de un baile de gala. El patio de butacas se levantó, gritando, contra ese cambio; al día siguiente hubo baile de disfraces.

En la siguiente función, se le pidieron excusas al director. Las dio una actriz que se lo reprochó, querían que también las presentara. Los militares se pusieron de su parte y tuvieron lugar atrevidos duelos.

Se creyó que si se encarcelaba a algunos jóvenes renacería la calma; pero esto reavivó la pelea. El gobernador general hizo embarcar para Francia a uno de esos jóvenes, que no se encontraba a bordo cuando el barco se hizo a la mar.

Esos embrollos calentaron los ánimos; el 26 de mayo siguiente, un granadero del regimiento del Cap, que estaba de servicio, quiso hacer callar a un joven y hubo entre ellos una agria disputa.

Se quiso hacer salir al burgués y alguien se opuso; el lugarteniente del Rey quiso que ambos salieran; hizo que cuatro soldados prendieran al primero y tres al segundo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Habían elegido un mal día, era el Corpus Christi en el que todo el mundo va armado desde por la mañana y en que las copiosas comidas se suben a la cabeza más que el ruido de los tambores y de los cañones funcionando.

No quedaban más que ocho hombres de guardia; se amotinaron contra ellos, desarmaron a los tres que se llevaban a uno de los jóvenes y lo liberaron.

La insubordinación fue general. Se elevó una petición al gobernador para que la policía del espectáculo fuera sacada de las tropas; se quería que el director pagara los abonos; los jóvenes arrestados fueron perseguidos como agitadores por el procurador del Rey y se publicaron decretos que el Consejo anuló al ser apelados.

A su vez, atacaban con justicia al hijo del lugarteniente del Rey que hacía las funciones de ayudante mayor de la plaza; finalmente se decretó que no iría nadie al espectáculo.

Esta resolución se dejó sin efecto el 16 de julio, porque el general interino acababa de hacer cambios en la consigna de la Comedia, tan pronto como partió para Francia el titular; además las mujeres no consintieron en regresar hasta quince días después.

Nos podríamos imaginar que todo esto se había acabado; pero se consideró que la autoridad debía tomar cumplida venganza de aquellos temerarios que habían pensado que podían atacar en los tribunales a un ayudante mayor de la plaza.

El señor de Bellecombe, al llegar a Versalles, convirtió estos sucesos en monstruosos y por una orden ministerial del 10 de diciembre de 1785, sellado como decreto del *Consejo de Estado*, el procurador que había firmado la queja y el senescal que le había secundado, fueron inhabilitados, el primero hasta nueva orden y el segundo por un año.

Se les relevó a ambos en noviembre de 1786 y el arrepentimiento tardío de ese acto arbitrario, hizo que el juez les concediera una gratificación, la historia revelará el resto.

A veces la sala de espectáculos era usada por los aficionados, por actores foráneos y volatineros. Pudimos ver a Ribier, actor de variedades, interpretando obras de teatro con una alegría que le hacía ser muy requerido.

El director, en estos casos, exigía un cuarto de la recaudación neta de las funciones; es decir, después de haber deducido los gastos que conllevaban, que solían ser de 200 libras por cada una.

Volange, del género de variedades, actuó en el Cap en 1773 bajo el nombre de Plainville. Jullien y Suin, actores de la Comedia italiana, asistieron a este espectáculo, el primero en 1773 y el otro en 1786.

Se había intentado dar conciertos, pero nunca tuvieron éxito en la Colonia.

En circunstancias especiales, había espectáculos gratuitos. Era cuando se manifestaba la alegría pública a raíz de algún acontecimiento. En los días de consternación general, se cerraba y se decidió que lo tenía que ordenar el gobierno.

Hasta 1772, los anuncios del espectáculo decían: *con permiso del señor General.* El señor de Vallière a quien el señor de Vaivre hizo notar que se le atribuía esa facultad al jefe militar, hizo poner *con permiso de los señores general e intendente*, lo que continuó desde entonces.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Una ordenanza de los jefes, del 29 de enero de 1766 para impedir los líos que podían resultar de los cálculos de los distintos teatros de la Colonia, prohibió trabajar al actor que ya lo estuviera haciendo en otra obra.

Solo hubo un caso, que además citaré, en que se rechazó enterrar a un comediante. Sin embargo el prefecto Colomban sí lo hizo a veces en el Cap, en casos de padrinos o madrinas.

Es un auténtico desastre que no haya una agenda semanal que organizara mejor la política interior de los actores y prevenga los continuos cambios de las obras que ya figuraban en el repertorio.

Para rebajar los desembolsos del director, que no se pueden calcular en menos de 280,000 libras al año, hay que tener en cuenta las fiestas y los bailes. Desde que se constituía un teatro, era costumbre celebrar, desde Reyes hasta los días de carnaval, un baile de gala todos los domingos.

Empezaba a las diez y los bailarines, en su euforia, querían conducirlo. Estos bailes eran fatigosos en un país donde la vigilia de una sola noche causa un verdadero daño a la salud.

Los padres y madres no tenían problema en poner esta excusa para no asistir más que de vez en cuando y a los jóvenes no les gustaba.

El señor de Reynaud, entonces gobernador general interino, tuvo la idea de sustituir esos bailes de gala por bailes de disfraces, en los que la máscara a menudo permitía intenciones perversas.

El primero tuvo lugar el 6 de diciembre de 1780. Desde entonces siempre empiezan el primer miércoles de ese mes y duran hasta el viernes de Carnaval, porque hay dos a la semana.

Se abre el baile a las cinco en punto y se termina a las nueve. La elección de estas horas es muy acertada ya que cuando empieza, el trabajo ha terminado; cuando se sale es la hora de la cena; queda toda la noche para descansar y los padres mayores tiene aún menos excusa, ya que solo cuesta media gorda, mientras que por los bailes de gala hay que pagar el doble.

Se va al baile de disfraces para bailar, para ver cómo se baila, para charlar, para hablar de negocios y para jugar una partida de cartas en un aparte que se hace al fondo del teatro.

No hay bailes de gala más que los tres días de Carnaval y hay que reconocer que los aficionados a las máscaras se resarcen entonces ampliamente.

He hablado lo suficiente de la pasión de los criollos por este voluptuoso ejercicio; es como decir que los bailes de máscaras constituyen el espectáculo más delicioso.

La sala se dedica a ello completamente, unificando como en un baile en la Ópera, el patio de butacas con el teatro y el anfiteatro. Las figuras más bonitas, las gracias más seductoras, los ajustes más elegantes, todo es deslumbrante y a la salida de estas fiestas encantadoras el ánimo se encuentra en una especie de delirio.

A los bailes de disfraces y a los de gala puede asistir la gente de color, pero en sus localidades y para ver cómo se baila.

Sería imposible que no hubiera espectáculos en el Cap, sobre todo después de haberse acostumbrado. Hay poca vida social en esta ciudad y no puede haber asambleas si no existen las reuniones.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El deseo de agradar, de presumir de aderezo, apremia a muchas mujeres a poner un poco de diversión en sus vidas sedentarias. Los extranjeros, sobre todo los marinos, encuentran en la Comedia un entretenimiento que les libra del aburrimiento y de fantasías más costosas.

Se pueden tomar también lecciones de idiomas y en una ciudad donde los paseos no son frecuentes, donde se teme al sol y después al relente, el espectáculo tiene que ser agradable. Se asegura además disfrutar de los bailes de disfraces que no se pueden celebrar más que en su local.

Enfrente de la Comedia, al otro lado de la plaza Montarcher, hay una isleta que antaño tuvo un destino muy piadoso. Cuando los desdichados colonos de San Cristóbal fueron llevados a Santo Domingo por los ingleses después de la toma de su Isla en 1690, sufrieron toda clase de penalidades y habrían perecido si los colonos del país donde habían sido como arrojados, no les hubieran acogido con una conmovedora sensibilidad y una solicitud que les honrará por siempre.

Es muy plausible que, como consecuencia de tanto infortunio, hubiera muchos enfermos y para atenderlos se formó en el Cap una cofradía con el título de Misericordia, a la que se quisieron asociar las damas más distinguidas.

El señor Auger, gobernador general, permitió a esta cofradía, el 27 de diciembre de 1703, tomar posesión de la isleta de la que hablo, *para edificar una enfermería destinada a las mujeres enfermas de la Colonia de San Cristóbal y otras familias pobres, que a continuación pudieran caer en la misma desgracia.*

Esta isleta estaba además en esa época en los confines del pueblo y ese cantón ya había tomado el nombre de pueblo de Gentes de San Cristóbal.

El padre Girard, primer superior de los jesuitas, que llegó al Cap en 1704, se apegó especialmente a la cofradía de la Misericordia, que tenía entonces una superiora y una tesorera anualmente; cada socia visitaba a los enfermos, por turnos, durante un mes.

Se debe a la caridad de esta misma cofradía la compra de dos casas hacia la plaza de Armas, que se convirtieron en un hospital para todos aquellos que fueran pobres o estuvieran enfermos.

Pero este establecimiento ya estaba destruido cuando, en 1707, el señor de Charrite, gobernador interino, incluyó ese terreno en el alineamiento de la plaza.

Afectado por el abandono en que se encontraban esos infortunados, al padre Boutin, párroco del Cap, se le ocurrió algunos años después utilizar el asilo de la Misericordia, que ya no era tan útil, para hacer de él un hospital. Las limosnas que recolectaba eran empleadas en este piadoso designio, que también fracasó.

El señor Cabot, contratista de la construcción de la nueva iglesia, murió en ese hospital el 8 de julio de 1717; el padre Boutin creyó poder seguir, con respecto al difunto, la costumbre que había de distribuir los efectos dejados por los muertos en el hospital a las personas más necesitadas del mismo.

Pero el administrador de sucesiones vacantes, reclamó los del señor Cabot y el juez del Cap decidió, el 13 de agosto, que por esta vez, la conocida honestidad del padre Boutin le dispensaría del recuento de los efectos que había distribuido,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pero que esto no podía volver a ocurrir en el futuro al no tener el hospital Boutin (porque llevaba ese nombre) ningún privilegio.

Este hecho y la promesa hecha poco después por los religiosos de la Caridad, que estaban un poco celosos del padre Boutin, de recibir enfermos pobres en su hospital, motivaron que el párroco abandonara su proyecto.

La Misericordia ya no era, por así decirlo, muy útil; el padre Boutin tomó, hacia 1719, la resolución de convertir su local en un asilo para huérfanos. Así lo dispuso e hizo adquisiciones para mantenerlo.

Las dos señoritas de Guimont, nuevas conversas que el padre Boutin había hecho venir de Poitou, se dedicaron a dirigirlo y pronto hubo quince huerfanitos.

Las directoras formaron también una escuela donde se enseñaba a leer y escribir gratuitamente a las niñas de la ciudad.

Los huérfanos aprendían, además, aquellos oficios correspondientes a su sexo que pudieran proporcionarles recursos y vimos salir de este asilo a laboriosas madres de familia, que fueron dechados de virtud.

Los religiosos de la Caridad censuraron este establecimiento y el superior de los jesuitas dejó claro al padre Boutin, en un acta judicial, que desaprobaba el empleo hecho por este religioso de su peculio, que consideraba como propiedad de la orden.

Entonces el padre Boutin tuvo el deseo de fundar un establecimiento de religiosas que tendría el mismo objetivo que el asilo de huérfanos. Se dedicó a este proyecto y para apoyarlo, vendió a la mayor de las hermanas Guimon todo lo que había en el orfelinato, con la secreta condición que entregaría lo conseguido a las religiosas.

Cuando estas llegaron en 1732, había en la isleta una casa estructurada en dos pisos, con techo de pizarra, ventanales y todas las dependencias necesarias.

También se compró la isleta que estaba al sur de esta y las unieron construyendo un muro en la calle. Aquí vivieron las religiosas hasta 1746, en que su actual emplazamiento estuvo lo bastante avanzado para recibirlas y se trasladaron a él. Las volveré a encontrar allí.

Hay un pequeño defecto en el alineamiento de dos calles de la tercera sección, la de Saint-Michel y la de Providence.

Mientras existió el pico de los capuchinos entre ellas y las calles Saint-Jean y Saint-Laurent, aunque las concesiones siempre obligaban a alinearse en las calles adyacentes, los agrimensores de entonces tomaron desde el borde del mar una dirección que, después del allanamiento del pico, se encontró acabando a la derecha de las dos calles superiores. Esta es la razón de la falta de paralelismo que hemos hecho notar.

Cuarta Sección

Es la que ofrece más establecimientos públicos de todo el Cap y por consiguiente la que tiene más cosas que describir y examinar.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Empecemos diciendo que no existía en absoluto hasta en 1710, época en que su territorio se encontraba totalmente fuera del *pueblo*, porque todavía no era la *ciudad* del Cap.

Esta sección limita al norte con el torrente, como las tres primeras; al este, con la calle de Marmousets toda entera y un extremo de la calle Espagnole; al sur, la de Cimitère hasta las casernas que cierran esta calle; después, encima de esas casernas, con las estribaciones del pico del Cap y al oeste esta cima. Esta sección tiene una forma irregular a causa de una garganta en la que entra al noroeste.

Entre las cosas notables que contiene, la que más llama la atención al observador es la casa llamada el *Gobierno*, que se distingue perfectamente en la segunda de las Vistas del Cap de mi Atlas.

Eso era en el siglo anterior, cuando los capuchinos eran los misioneros de la Parte del Norte, pero después de la destrucción de su casa principal en Port-de-Paix en 1695, donde debía residir su superior, fueron primero a Bas du Cap, al pico de los capuchinos y finalmente se les construyó una casa en el recinto actual del Gobierno.

Cuando llegaron los jesuitas en 1704, se alojaron donde los capuchinos, que estaban fuera de la ciudad, en lo que entonces se llamaba la sabana del pueblo del Cap.

Volvemos a recordar que en 1710, los jesuitas habían obtenido la concesión del terreno que enseguida llevó su nombre.

Allí formaron su establecimiento, que abarcaba desde la calle Royale hasta el punto donde está ahora la calle Vierges; estaba al norte y al sur como hasta ahora.

Levantaron una casa alineada a septentrión y a mediodía, en la calle Saint-Sauveur. Una hermosa avenida de perales iba desde esta casa hasta la parte baja de la plaza Montarcher.

La longitud de la calle Saint-François-Xavier era su capilla, construida entera en piedra de sillería, que formaba con la casa un ángulo recto. Hacia 1738 estos religiosos proyectaron su actual casa, que construyeron en 1748 y cuya terraza estaba ya hecha en 1739.

Dispusieron de las dos isletas, concedidas en absoluta propiedad a los jesuitas por la parroquia del Cap encima de su recinto, por la transacción del 3 de julio de 1747.

Este recinto se extendía 120 pies en el oeste. Tomaron, el 3 de julio de 1747, una concesión de todo su terreno a partir de la calle Espagnole, sin renunciar como sabemos, al título de mayordomía de la parroquia y al disfrute de las dos isletas que nunca les habían pertenecido y que son las de la plaza Montarcher y de la Comedia.

El terreno que se les concedió en 1747 tiene la longitud de cinco isletas y de las cuatro calles que habría dividido, lo que hacen 696 pies por una anchura de 264, formada por la de la isleta y la de la calle que habría habido en medio. La elección de este local dice mucho de la perspicacia de estos religiosos.

El edificio levantado es de mampostería y de un piso; tiene 216 pies de largo por 36 de ancho; su techo es de pizarra. Originalmente, su distribución era monástica y tenía grandes galerías o dormitorios comunes, hechos en la anchura del lado oeste y las habitaciones daban a la ciudad.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Dos pabellones paralelos, de 60 pies de largo por 15 de ancho en ángulo recto con el de la parte de atrás, albergaban las dependencias comunes. El del extremo sur, que tiene también un piso, disponía en la planta baja de un refectorio, antecocinas, etc.

El otro, que solo tiene una planta baja, estaba destinado a la capilla. Los jesuitas disfrutaron de esta casa desde 1748, en que fue terminada, hasta 1763 en que fueron expulsados.

Como la suerte de la orden en Francia era conocida en la Colonia, antes incluso que se procediera contra ella, los señores Bory y de Clugny habían escrito al ministro, el 5 de septiembre de 1762, que sería conveniente que esa casa se destinara a los Administradores, que entonces residían en el Cap.

Por su parte, El Consejo Superior, que se reunía todavía en el almacén del Rey, pidió, por un decreto del 15 de diciembre siguiente, que la utilizaran para alojar a los tribunales y sus escribanos forenses; que se pusieran las cárceles en su recinto; que el jardín se convirtiera en una plaza delante de las casernas y una parte del local sirviera para alojar a los misioneros.

El señor de Bory fue el primero que vivió allí; después el señor de Belzunce, cuando vino como gobernador general; luego el señor de Montreuil, que lo fue interinamente y más tarde el señor de Estaing que se gastó mucho en embellecerla cuando llegó, en abril de 1764.

La casa conservó este destino hasta la partida de este último, en julio de 1766; pero la residencia de los Administradores, que tenían que estar en Port-au-Prince, continuó desocupada.

Entonces la parroquia del Cap preguntó si no tenía derecho a reclamar los bienes que poseían los jesuitas en el Cap, en Terrier-Rouge y en Petit-Saint-Louis, ya que se destinarían al mantenimiento, a la construcción de iglesias en la colonia y a la subsistencia de los sacerdotes que servían en la parroquia; pero esta reivindicación, a la que no se puede considerar sino como estrictamente justa, no tuvo seguimiento.

El 6 de marzo de 1768, el Rey compró a los síndicos de los acreedores de los jesuitas, la casa de la que hablo y los hangares de la calle Neuve, por 200,000 libras francesas.

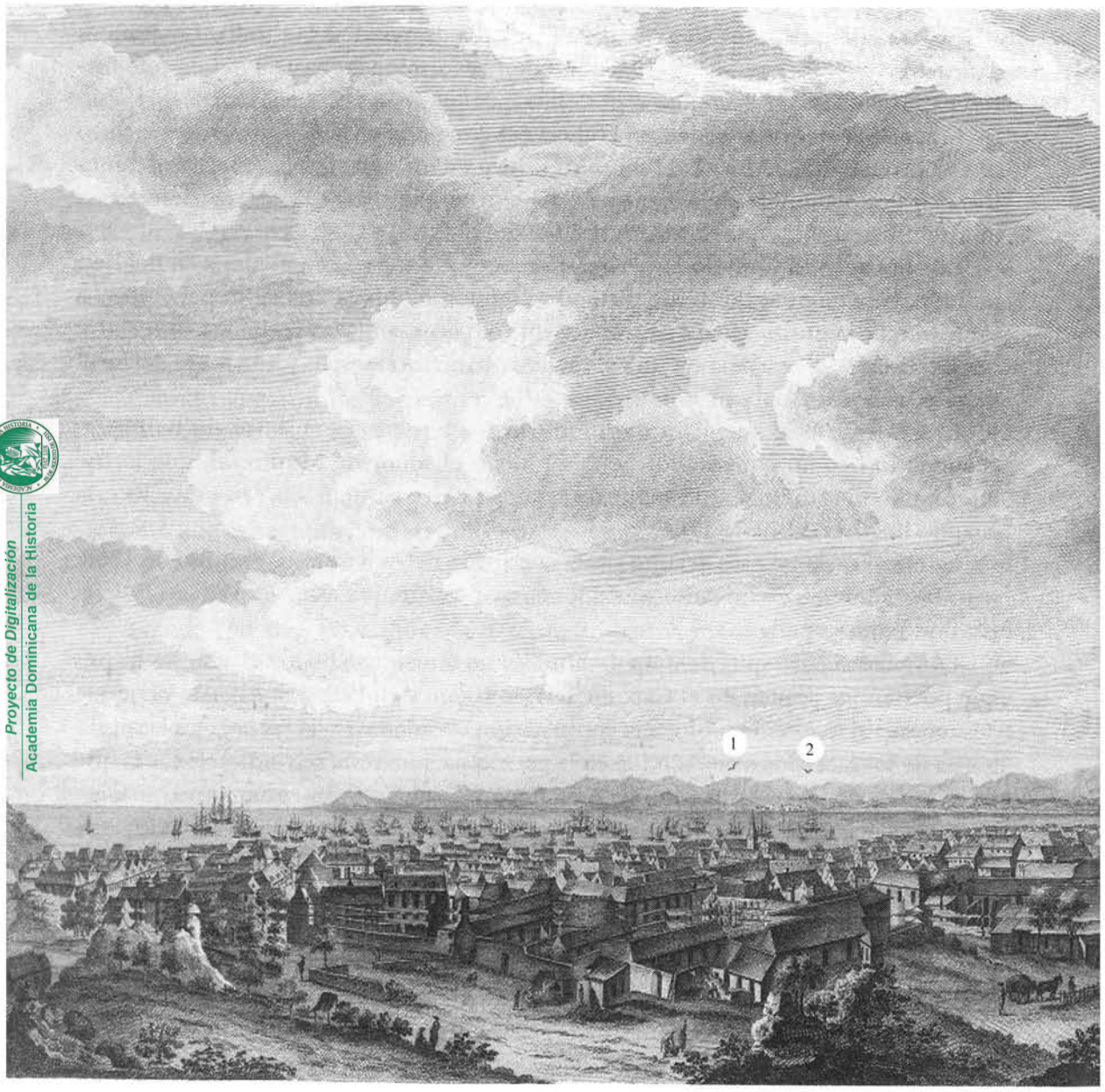
El 9 de abril, el ministro decidió que allí se instalaría el Consejo, la senescalía, el almirantazgo, los distintos escribanos forenses y las oficinas de la Administración. Esta determinación no se llevó a cabo (no se por qué) y el 12 de diciembre de 1771, el ministro ordenó llevar a esta casa el Consejo, la senescalía, al ordenante y las oficinas y escribanos forenses de los dos tribunales.

Se redactaron desde junio de 1772 hasta enero de 1773, las disposiciones locales pertinentes para ejecutar esta orden.

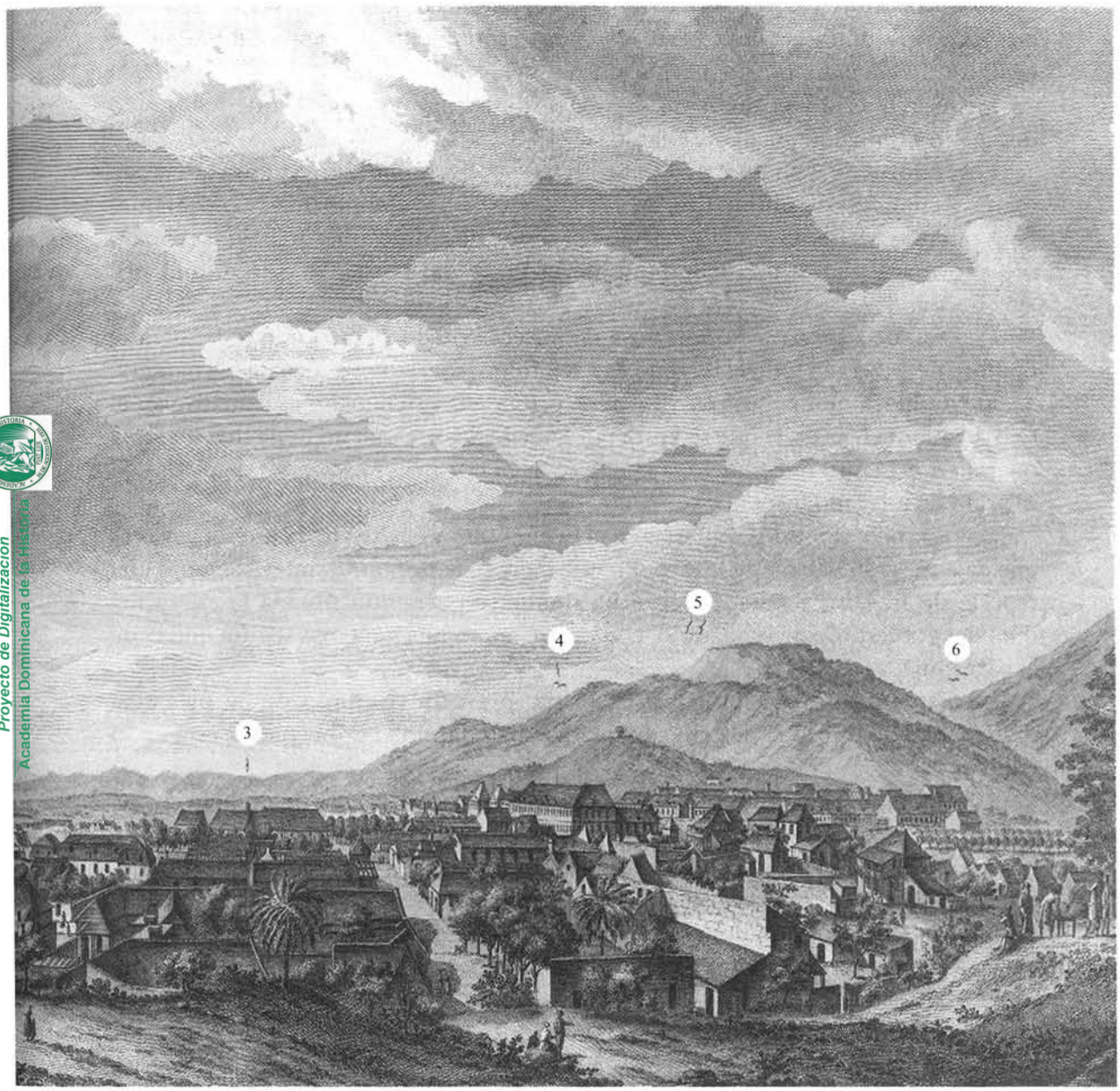
Sería tan largo como aburrido dar cuenta de todas las dificultades que esta decisión provocó y los volúmenes que escribió el Consejo por orden del comisario, que hacía las funciones de ordenante y por el intendente.

Por último, el 7 de enero de 1773, El Consejo, desfilando en pleno, fue desde el lugar de sus sesiones en la calle Conseil, a tomar posesión de su nueva sede. La senescalía y el almirantazgo también hicieron lo mismo con las suyas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



1. Parroquia
2. Pueblo del embarcadero de Petite-Anse
3. Las Religiosas

VISTA DEL CAP FRANCÉS
Isla de Santo Domingo.
A.P.D.R.

4. Gobierno
5. Cuarteles
6. Campo de Marte

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Cuando el señor de Ennery llegó al Cap, el primero de agosto de 1775, se quedó en el alojamiento del ordenante, que a su marcha a Port-au-Prince se dividía en tres partes.

La baja la conservó el gobernador general para cuando fuere al Cap para estancias pasajeras; una zona de la parte alta para el intendente y el resto del piso le fue cedido a un comandante de marina, que tenía allí sus oficinas.

Llegó la guerra y el señor de Argout se posesionó de todo lo que había sido destinado originalmente al ordenante.

Los señores de Reynaud, de Lilancour y de Bellecombe se instalaron allí igualmente y cuando este último fue, en 1784, a residir a Port-au-Prince, el ordenante y sus oficinas recuperaron el lugar que el señor de Chilleau les había arrebatado ese año, para poner al comandante de la Parte del Norte, lo que el ministro aprobó.

Esta estancia sucesiva o alternativa de los gobernadores hizo que se le diera el nombre de *gobierno* a todo el terreno de los jesuitas; solo se le conoce de esa manera.

El edificio, aunque muy sencillo, tiene prestancia y su tamaño es llamativo en el Cap. La planta baja en la que se entra por la fachada oriental, no tiene más que una puerta en el centro del edificio, a la que se llega por nueve escalones de piedra de sillería y a cada lado hay once ventanas.

Hay también veintidós ventanas en el primer piso y encima de la puerta hay otra que da a un gran balcón de hierro. En este balcón, le responde superiormente una especie de tragaluz separado del techo donde se encuentra situada la esfera del reloj del gobierno, que es seguido, con razón, como una guía más segura que el de la parroquia.

La distribución interior consiste, primero en un vestíbulo de 36 pies cuadrados, que se utiliza como cuerpo de guardia cuando el gobernador está en el edificio.

A su izquierda, se entra por dos puertas paralelas en la sala de audiencias del gobernador, que tiene 30 pies cuadrados y está seguida de otras tres piezas. La longitud de la sala de esas dependencias es un pasillo de seis pies de ancho, al oeste, que termina en una puerta que da al lado sur de la casa.

En este extremo meridional y cerca de la puerta de salida, que es a la derecha, hay una hermosa escalera que conduce al piso superior. En este encontramos también cuatro estancias.

Una galería se corresponde aquí con el corredor de la parte baja. El ala sur forma en su extremo oeste, en la planta baja, un comedor a donde se llega por un pasillo de seis pies, que bordean las ante cocinas. Encima del comedor hay muchas dependencias cómodas.

A la derecha del vestíbulo de entrada, enfrente del pasillo que va a la puerta del extremo sur, hay otro corredor más importante, de 9 pies de ancho, que conduce a una puerta en el extremo norte.

Tres de las estancias que bordean este pasillo, hacia la ciudad, forman parte del alojamiento del gobernador y la cuarta, que es la más septentrional, es la sala de audiencias del almirantazgo y está tapizada con un papel de flores de lis y que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tiene un crucifijo, una mesa y sitiales para los jueces. Cerca de la puerta del extremo norte, hay una escalera igual a la del otro lado.

Un corredor correspondiente al que lleva al comedor, en el ala izquierda, lleva aquí al ala derecha, que forma en su totalidad la sala de la senescalía. Es hermosa, espaciosa y bien iluminada.

Un recinto de acajú dispone de sofás para sus miembros con una mesa delante de ellos. Fuera del mismo, hay un gran banco para los procuradores, que sin embargo no disponen de otra sala de pasos perdidos que el pasillo de 9 pies por donde se comunica con el vestíbulo.

La sala está tapizada como la del almirantazgo. Encima de los sitiales hay un cuadro que representa a un Cristo (resultado de una enmienda). Enfrente se ha puesto otro cuadro grande de 6 pies de altura por cuatro de ancho, que representa a Luis XVI de pie, que fue un regalo del señor Suárez de Almeida, procurador del Rey en esta senescalía, el 11 de agosto de 1783; su destino fue aprobado por los Administradores el día 16.

El giro de la escalera deja un espacio entre ella y el muro norte del corredor de la senescalía; se veían antaño a un cabo y a cuatro arqueros de la senescalía que cogían sus mosquetones y bordeaban el seto cuando un miembro del Consejo Superior, cuya guardia formaban, subía o bajaba la escalera.

Esta escalera conduce a un rellano donde hay un pequeño hueco de 10 pies cuadrados, a la izquierda, formado por un tabique de planchas pintadas de rojo, que no tienen más que 8 o 9 pies de altura y cuya parte superior es una claraboya.

Era la capilla del Consejo que, por un fingimiento indecente, habían puesto en ese lugar a pesar de las continuas reclamaciones de este tribunal.

Tres puertas dan a este rellano. La que está enfrente de la escalera llevaba al tribunal del procurador general. Es notable un antiguo armario de caoba, que contenía los restos de algunos volúmenes comprados para uso del Consejo, según un edicto de septiembre de 1725.

Se deduce, por el estado de ese cuerpo de biblioteca, que los libros no debían ser ni nuevos ni numerosos; eran las ordenanzas, el derecho consuetudinario de París y algunos diccionarios de Derecho y de prácticas.

Tuve el honor de añadir un ejemplar de *Lois et Constitutions des Isles sous le vent*, al que se recurre muy a menudo, por lo que creo en la utilidad de esta obra. La emprendí con el deseo de que esparcir las luces en un país al que, por así decirlo, consagré toda mi vida.

De las otras dos puertas del rellano, una abre a un pequeño pasillo que conducía a la puerta por donde los miembros del Consejo iban a la sala de audiencias o a las de las deliberaciones.

A la derecha de este corredor había un pequeño lugar, practicado bajo el tejado de esta ala de un solo piso; era donde se servía el refrigerio al Consejo.

Por último la última puerta del rellano era la de la sala de los abogados, donde por una gran puerta se entraba a la sala de Audiencias.

A esta sala solo le faltaría ser más alta para ser realmente hermosa. Pero un techo blanqueado con lechada de cal y situado a cerca de 14 o 15 pies, la aplastaba.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se dividía, en su longitud, en dos partes iguales; ambas eran cuadradas. La barra que separaba a los jueces de los abogados y del público, marcaba esa división.

Un banco para el auditorio dominaba cada lado; había dos para los abogados y en el extremo de cada uno de ellos, en el espacio que respondía a la puerta hecha en la barra, había un ujier sentado en un taburete.

La barra era una balaustrada que gira y en dos puntos que se corresponden con ella, dos ganchos fijaban dos pupitres casi planos, donde el abogado defensor apoyaba sus papeles.

El recinto que ocupan los jueces tiene forma de semicírculo, está adornado por un banco con respaldo que tiene mullidos cojines forrados de cuero ahumado negro, bordeados con pequeños clavos dorados.

Al fondo está el sillón del gobernador general con un crucifijo encima; delante del sitial del presidente hay un pupitre portátil. Los magistrados se colocan a izquierda y derecha, alternando según el orden de su recepción.

Otra parte semicircular interior, dejando entre ella y la primera un espacio de 4 pies, tiene otro banco con respaldo y almohadones, en los que se sentaba el Consejo en las audiencias menores.

Por último, en un tercer espacio semicircular dentro del segundo y por lo tanto mucho más pequeño, se hallaba el lugar del procurador general y de sus sustitutos.

Delante de él había una mesa, en cuyo lado opuesto se colocaba el escribano forense, de cara a los jueces. En las grandes audiencias, los miembros del ministerio público subían a los pequeños escaños de la segunda fila, ya que los jueces se instalaban en los grandes y el escribano forense se colocaba como lo hacía el procurador general en las audiencias menores.

Entrando a la derecha, rozando la barra pero en la esquina interior del recinto, estaba el auditor, sentado delante de una mesa pequeña y de cara al este.

Seis grandes ventanales a cada lado iluminaban esta sala. Tenían celosías batientes, como todas las de esta casa, pero todavía con más bastidores batientes, adornados con un cañamazo extremadamente fino.

Toda la sala estaba llena de molduras de caoba, como los sitiales, los bancos y todos los demás muebles que contenía. Entre las ventanas, todos los paneles llevaban los atributos de la justicia pintados inteligentemente de amarillo que también figuraban en el cordón que estaba encima de las ventanas.

El fondo de la sala estaba lleno de molduras del tono oscuro que el tiempo proporciona a la madera de caoba; la pintura era de la misma tonalidad que la que se había puesto en los vanos de las ventanas

El cuero ahumado negro que cubría los objetos, la decoración de los paneles, las vestiduras negras de los jueces, abogados y ujieres, el tamaño de la sala, la luz tamizada que la bañaba, todo ayudaba para que se sintiera en profundidad el sentido de la ley.

Todo hablaba aquí de su poder protector y de la necesidad de amarla y a los malvados, de la necesidad de temerla.

Entre donde se hallaba el banco de los jueces y los muros laterales del edificio, se había dejado un espacio que llevaba desde cada lado a dos puertas, que se veían desde la sala de audiencias.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Por ellas se llegaba a la última dependencia del local del Consejo; era la sala de deliberaciones y la sala de lo criminal. También era cuadrada y se reunían alrededor de una mesa enorme con sillones.

En esta habitación estaba la puerta que se abría a un balcón del que ya he hablado y que es el centro del primer piso.

Como estoy persuadido de que la mayoría de mis lectores no se quedarían satisfechos si me limitara a decirles que se reunían en este lugar tres tribunales y que todavía lo hacen dos, sin hacer que los conozcan, voy a darles una breve idea, porque los demás detalles pertenecen más particularmente a la historia o al cuadro razonable de la Administración de la Colonia, que es otra de las partes de mi trabajo.

En el origen del asentamiento de la Colonia francesa de Santo Domingo, los jefes de los aventureros y filibusteros eran los únicos jueces de las querellas y esos jefes tenían todos los poderes.

Cuando esos hombres emprendedores tuvieron un jefe nombrado por el gobernador general de las Islas o por el Rey, este fue el sucesor de ese poder ilimitado y despótico y por consiguiente, mal conocido a veces.

El 11 de octubre de 1664, el Rey estableció tres Consejos Superiores en San Cristóbal, la Martinica y Guadalupe, para que desempeñaran el papel de los jueces que tenían allí la Compañía de las Islas de América; pero no se habló de Santo Domingo, que se quedó sin jueces y sin Consejo como en el pasado.

Por último, hacia 1680, se proyectó formar allí una especie de cuerpo judicial. Se componía de los oficiales mayores nombrados por el Rey y los de las milicias y si no había, se llamaba a los habitantes más notables.

Este tribunal, que juzgaba en primera y última instancia y que apelaba las decisiones de los edictos, se reunía en los lugares principales de los diferentes pueblos donde hubiera asuntos civiles o criminales que juzgar y se le conocía, tanto por el título genérico de *Consejo Soberano de Santo Domingo*, como por el de Consejo Soberano del lugar donde se reuniesen de manera que se ven edictos del *Consejo de Petit-Goave*, del *Consejo de Léogane* y del *Consejo de Nippes*.

Todavía subsistía este orden de cosas, cuando los señores de Saint-Laurent y Bégon, Administradores generales de las Islas de Barlovento, llegaron a Santo Domingo en 1684 y presidieron muchos de esos Consejos en los distintos sitios por donde pasaron.

Dándose cuenta de la imperfección de tal régimen, propusieron que se constituyera realmente un orden judicial y en conformidad con su petición, el edicto del mes de agosto creó un Consejo Soberano en Petit-Goave, con cuatro sedes reales que juzgarían en primera instancia.

Una de esas sedes se ubicó en el Cap y es la que existe hoy día. El edicto de su creación la dota de un senescal, un lugarteniente, un procurador del Rey y un escribano forense y por extensión, a todo lo que se extiende desde Port-Français hasta los límites de la parte septentrional de la Colonia al este.

Su composición siguió siendo la misma, pero su influencia se extendió en el oeste y hoy día comprende las trece parroquias de Limonade, de Sainte-Rose, de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Quartier-Morin, de Dondon, de Marmelade, de Petite-Anse, del Cap, de la Llanura del Norte, de l'Acul, de Limbé, de Plaisance, de Port-Margot y de Borgne.

Sin embargo hay que resaltar que la nomenclatura de ese territorio no justificado por ninguna ley, sino por la conveniencia y por una especie de inducción.

Por ejemplo, cuando se formaron las parroquias del oeste del Cap, se las consideró como desgajadas de las que ya existían y dependieron de la senescalía del Cap, aunque debieron pertenecer a la de Port-aux-Paix, que llegaba hasta Port-Français.

Aquellas que lo fueron todavía más tarde y que dispusieron de una ordenanza de fundación, fueron adjudicadas a la senescalía por esta misma ordenanza.

Podemos pues deducir, en razón de la ley del príncipe que en 1774 sacó la parroquia de Borgne de la senescalía de Port-au-Prince para unirla a la del Cap, que todas aquellas que están en este lado, son necesariamente de la competencia de esta última.

En junio de 1686 se instaló la senescalía y sus registros y minutas fueron quemados por el enemigo en los incendios del Cap en enero de 1691 y junio de 1695.

Sabemos que sus primeros oficiales murieron en la batalla de Limonade, el 21 de enero de 1691 y el registro de audiencia más antiguo que existe en este momento comienza el 20 de agosto de 1695, presidiendo el acto Zéphirin Falaise, procurador del Rey en funciones de juez y Antoine Daspir, ujier en funciones de procurador real.

Hay una audiencia del 20 de abril de 1696, mantenida por un tal señor Regondy en la que no sabemos qué se trataba. Encontramos con fecha del 18 de junio siguiente, una audiencia que se titulaba así: «En vista de la ausencia del señor juez y la declaración del señor procurador real y en vista de que la necesidad pública urge a que se celebre esta audiencia, hemos convocado a un tal, un tal, etc.».

Los juicios fueron presididos por el señor de Galisset, gobernador de Santa Cruz y del Cap de Santo Domingo. Pronunció, en primera instancia, el levantamiento de embargo retentivo mediante prestación de fianza y recibió el juramento de la misma.

También fue el señor de Galisset quien presidió la audiencia del 14 de julio. El 16 de febrero de 1697, lo hizo el señor de Escoffier. El 21 de agosto de 1697, al estar el juez ocupado con una causa, el señor Fizet, supervisor que estaba de vacaciones, subió al tribunal y ocupó su lugar.

En la misma época de 1697, el señor Danzé, mayor del Cap, nombró muchos ujieres. El 15 de julio de 1702, fue el escribano forense quien continuó con la audiencia, que abandonó el señor Robineau, senescal, *para ir a reencontrarse con su señora esposa, que estaba muy mal, al decir de quien le había avisado.* Con estos ejemplos se ve lo que era la senescalía del Cap en sus comienzos.

Su más antiguo registro de inscripciones se remonta al 17 de agosto de 1697 y comienza con un contrato de matrimonio. El más antiguo en cuanto a registros, es el del 14 de septiembre de 1699.

El que contiene la más antigua declaración de la huída de unos esclavos es del 31 de julio de 1703 y comienza por la que hizo el señor de Galisset de que cuatro de sus negros se habían fugado.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En la secretaría de esta senescalía, donde se perdieron también varios documentos en el incendio de la noche del 20 al 21 de diciembre de 1734, se pueden apreciar los estragos de los insectos, que devoran los papeles en la Colonia.

Hay registros y actas antiguos que han dejado completamente ilegibles. Convierten el papel que comen en una especie de pasta terrosa que se endurece y hace que las distintas hojas de papel se adhieran unas a otras, de modo que no se las puede separar sin romperlas.

A veces estas hojas están llenas de miles de agujeritos que los convierten en recortes o encajes; un registro o un fajo de actas que han estado pegados, parecen haber sido revestidos con una capa de mortero ligero.

No siempre se puede calcular el daño en base a la antigüedad de los papeles; la clase de papel y la humedad más o menos grande del lugar, concurren para acelerar su destrucción.

He visto en la secretaría del Cap, en 1783, registros de bautismo de la parroquia de esta ciudad de 1774 ya ilegibles en varias partes.

Podemos ver, solamente con este hecho, la utilidad del archivo de las Colonias establecido en Versalles en 1776 y de lo que tiene de culpable la negligencia que los oficiales públicos han tenido en el envío de los documentos a los encargados del intendente para que los mandaran a su destino.

No puedo dejar tampoco de acusar en voz alta a los Administradores que, prefiriendo ciertas comodidades domésticas al mayor interés público, no ejecutaron la reiterada orden de ubicar las distintas secretarías del Cap en la casa del Gobierno.

Tampoco se asustaron, a pesar de lo ocurrido en 1734, al ver que los documentos eran colocados indistintamente en diversos puntos de la ciudad, expuestos constantemente a los incendios.

La jurisdicción no tuvo, durante mucho tiempo, otro lugar de reunión que no fuera la casa del senescal o la del gobernador del Cap cuando le sustituía.

Antes de 1699, el senescal celebraba la audiencia hasta en su casa y fue el señor de Galisset quien le obligó a cumplir ese deber para con el pueblo; entonces se habilitó la secretaría.

Luego se concedió una sala de audiencias, cuyo estado hacia 1713 era tal, que los jueces no estaban allí a resguardo del sol ni de la lluvia.

Entonces unieron la senescalía al Consejo, situado en un almacén en la plaza de Armas y también se dispuso un auditorio pequeño. Después, siempre ha estado en el mismo local que la Corte superior hasta la unión de esta con la Corte de Port-au-Prince.

Aunque el edicto dotaba a este tribunal de un lugarteniente, sin embargo no hubo uno hasta 1708. En julio y agosto de 1739, los Administradores nombraron dos consejeros, los señores Cothereau e Hirel.

Esta decisión fue rechazada y revocada por el ministro el 26 de mayo de 1741. El tribunal no tuvo más consejeros, hasta que un edicto de enero de 1787 nombró tres.

Las múltiples funciones que desempeñaba el procurador real, hizo que los Administradores nombraran un primer sustituto el 13 de octubre de 1737, en la persona del señor Barbery, *guardián del almacén* del Rey.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Después se nombraron sucesivamente un segundo y un tercer sustituto y luego un cuarto, el señor de M. de Saint-Martin hijo, designado por la comisión el 2 de diciembre de 1777, que murió siendo consejero del Consejo del Cap en 1785 y al que yo reemplacé.

Hubo también un sustituto residente en cada parroquia dependiente de la senescalía. Es una especie de comisario delegado de esa senescalía para la justicia y las actas provisionales que sean urgentes o para aquellas en que el viaje de los oficiales de la senescalía resultara muy costoso.

El escribano forense eligió también tres de su mismo oficio para emplearlos como ayudantes. Hay un auditor establecido desde comienzos de siglo. Lleva una vara negra con incrustaciones de marfil y marcha a la cabeza del tribunal en las ceremonias públicas.

La senescalía no juzgaba más que en primera instancia, tanto los casos de civil como de penal, pero desde 1787, llevaba varios casos penales. Originalmente las partes se defendían personalmente y allí, como en todas partes, los defensores titulados remplazaron a las partes y fueron los ujieres, sobre todo, los que desempeñaron ese papel.

A su aparición siguió la de los demandantes de procesos. Fueron prohibidos muchas veces y siempre reaparecían bajo diferentes formas.

Por último, el 14 de julio de 1738, se crearon procuradores que, en el Cap, eran comunes al Consejo y a la senescalía; desempeñaban la doble función de abogados y procuradores pero desde 1764, los procuradores fueron destinados exclusivamente a los juzgados de primera instancia. Su número ha variado con el aumento de casos: ahora son veinte.

Los notarios han existido incluso antes que la senescalía y los había nombrados por el intendente de las Islas, que residía en Martinica. También ha variado su número: hay doce en la ciudad del Cap y dieciocho repartidos entre las otras parroquias de la jurisdicción.

Hay veinte ujieres para el servicio de todos los tribunales del Cap. Se sabe que existían en la Colonia incluso cuando no tenía más que su consejo de milicias. Aumentaron según las necesidades.

A partir de el 26 de febrero de 1761, un edicto del Consejo del Cap ordenaba que les pagara la bolsa comunal y su oficina siempre ha estado en el mismo sitio, en la casa que hace la esquina sudeste de las calles Providence y Royale.

El orden en las audiencias de la senescalía lo mantenían los arqueros de la policía, que también la acompañaban en las funciones y ceremonias públicas.

La senescalía se encargaba además de todo lo relacionado con la marina desde su asentamiento, hasta que en 1718, en virtud de un reglamento del Rey del 12 de enero de 1717, que pone sedes del almirantazgo en los puertos coloniales donde había senescalías, hubo una en el Cap.

El almirantazgo se compone de un lugarteniente, un procurador real, un escribano forense y los ujieres. Desde el 6 de septiembre de 1717 hubo oficiales nombrados para la del Cap, pero desde entonces el senescal, fuese como diplomado o bien como juez más próximo (como lo quería la creación de los almirantazgos coloniales), siempre

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

reunió, hasta el 10 de octubre de 1781, las funciones de senescal y lugarteniente del almirantazgo, excepto desde el 10 de agosto hasta el mes de mayo de 1721, en que este último cargo se le adjudicó al señor le Roy y fue el único que lo desempeñó.

Un edicto del Consejo de Estado, del 7 de julio de 1781, corroboró la incompatibilidad de esas funciones y desde ese momento fueron divididas.

En cuanto al procurador del Rey, lo fue igualmente de la senescalía y del almirantazgo hasta el 24 de agosto de 1778. Esos cargos también fueron declarados incompatibles por el edicto de 1731.

La secretaría le sería concedida, bien al titular de la senescalía, bien a otra persona. El lugarteniente del almirantazgo nombra en el ínterin al escribano forense, que contaba con dos ayudantes de su mismo oficio. Designó también ujieres, cuando no se podían encontrar diplomados.

El primer ujier no lo fue hasta el primero de agosto de 1741. Ahora hay cuatro para el almirantazgo, pero les paga la bolsa común y no tienen nada de especial salvo el servicio en su sede, que cuenta con un auditor diplomado desde 1719. Antes, el de la senescalía era su sustituto.

Antaño había procuradores designados especialmente por el almirantazgo, aunque se elegían entre los de la senescalía y solamente ellos instruían y pleiteaban los casos.

El lugarteniente del almirantazgo los comisionaba, pero esta nominación trajo dificultades cuyo resultado fue que los procuradores de la senescalía son, a ese título, los del almirantazgo.

Ese tribunal cuenta además con un recaudador general de los derechos del señor almirante, un cirujano mayor, un farmacéutico, un aforado y varios intérpretes.

El Consejo Superior del Cap había sido creado bajo esa denominación por un edicto de junio de 1701, que lo dotaba con un gobernador general, un intendente, el Gobernador de la Parte del Norte, el comandante del Cap, dos lugartenientes del Rey y dos mayores, dos consejeros, un procurador general y un escribano forense.

Se sustrajeron de la competencia del Consejo de Petit-Goave, que comprendía toda la Colonia, los pueblos del Cap y de Port-de-Paix (el de Fort-Dauphin todavía no existía y su territorio formaba parte del pueblo del Cap) y todos aquellos que se pudieran formar en la banda del norte.

El Consejo debía reunirse al menos una vez al mes. El gobernador general tenía la preeminencia y sucesivamente el intendente, el gobernador del Norte y el comandante del Cap, pero la presidencia la ostentaba el intendente y pasaba de este al consejero más antiguo.

Este Tribunal Superior fue instalado en el Cap el 11 de noviembre de 1701 por el señor de Galisset, gobernador general de Santa Cruz y del Cap.

Ya dije que antes de 1712 no había tenido ninguna sede fija y por cuántos alojamientos intermedios ha llegado al que tiene actualmente, en la casa de Gobierno.

El Consejo del Cap se reunía al principio el primer lunes de cada mes y juzgaba mientras hubiera procesos en marcha. En agosto de 1713, no hubo sesiones más que cada dos meses, pero en febrero de 1716 se retomó la costumbre de los primeros lunes de mes. Desde hace mucho tiempo, celebra sesiones cerca de 100 días al año.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Como el intendente, al que el decreto de fundación atribuía la presidencia, residía entonces en Martinica, era representado por el decano de los consejeros, a este respecto, hasta comienzos de 1705, época en que llegó el señor Deslandes que, nombrado ordenante, tenía el ejercicio de los derechos del presidente.

El señor Mithon los tuvo después de él, en virtud de las provisiones de primer consejero del 9 de septiembre de 1708. Convertido en intendente en 1718, fue presidente en calidad de tal y desde 1719, tuvo un segundo consejero con facultades para presidir después del intendente.

Desde entonces hasta 1769, el Consejo del Cap tuvo siempre un primero o un segundo consejero, de manera que había todo el tiempo dos o tres presidentes extraños a su corporación, excepto desde 1766, cuando era segundo consejero el señor Collet, sacado del Consejo, siguiendo una ordenanza de febrero de 1766.

El Consejo, que originalmente solo tenía siete consejeros y otros ocho miembros, de los que siete eran militares, había sufrido diferentes cambios. Primero, el número de consejeros había aumentado sucesivamente, dado el progreso de la Colonia.

El 12 de febrero de 1726, se les había franqueado la entrada a los comisarios y a los controladores de la marina y el 9 de marzo de 1734, a todos los oficiales mayores de su competencia.

En 1738 y en los años siguientes, los Administradores habían nombrado asesores para el Consejo, donde solo tenían voz en los casos de los que eran ponentes o cuando el número necesario de jueces no estaba completo.

Esta medida provisional se convirtió en definitiva por medio de las cartas de patente de agosto de 1742, que establecían cuatro asesores, que son suplentes cuyo título caduca a los tres años si no se renueva.

El 24 de marzo de 1763, una ordenanza real no permitía que el Consejo celebrara sesiones sin el gobernador general y el intendente, de modo que dejaron de aparecer por allí los comisarios, los estados mayores y los controladores de la marina.

En 1766 el número de consejeros aumentó a doce; se enviaron muchos que eran abogados del parlamento de París y todos cobraron 12,000 libras de honorarios y 1,500 para alquileres.

Pero el tribunal tuvo que recomponerse en septiembre de 1769. Tuvo como miembros al gobernador general, al intendente, al segundo comandante del Cap, a un presidente elegido entre los consejeros, al comisario general de la marina, al lugarteniente real del Cap, al más antiguo de los comisarios de marina, a doce consejeros incluido el presidente, a cuatro asesores, a un procurador general, a tres sustitutos y a un escribano forense.

El rango de todos cuantos entraban al Consejo del Cap cuando la unión de 1787, estaba en el orden en el que los he nombrado; es decir, que el gobernador general se sentaba en su escaño, el intendente a su derecha, el segundo comandante a su izquierda el presidente después del intendente, alternándose así a ambos del escaño.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sin embargo, cuando el intendente estaba fuera de la competencia del Consejo y había un comisario general y hasta un comisario ordinario con el cometido de sustituir al comisario general, tenía preferencia sobre el presidente consejero y le precedía en importancia.

Pero, exceptuando al intendente y a ese comisario general, era el presidente o un consejero por orden de antigüedad el que presidía.

El Consejo tenía también varios consejeros honoríficos que habían sido sus miembros o aquellos del Consejo de Port-au-Prince, ya que había varios de ellos que lo eran de las dos Cortes.

El orden de antigüedad se seguía entre los consejeros a excepción del decano de los titulares, que siempre les precedía, porque un consejero honorífico nunca puede tener derecho ni a la presidencia ni al decanato.

El procurador general solo ejerció sus funciones hasta el 1 de agosto de 1739, cuando los Administradores lo sustituyeron por el señor Dumouriez Duperrier; el número de sustitutos fue luego de tres.

El escribano forense de esta Corte, considerado en muchos aspectos como un consejero, ya que obtenía este título de honorífico como ellos, era antaño llamado en su comisión consejero secretario del Rey y del Consejo del Cap. Tenía empleados a dos secretarios.

El Consejo del Cap tuvo su primer auditor el 4 de septiembre de 1706. Llevaba una vara negra con la que precedía al Consejo en las ceremonias.

Este tribunal tenía la costumbre de celebrar una sesión honorífica y dar la voz consultiva a los miembros de otras Cortes soberanas que se presentaban allí. Se les situaba entonces después del decano.

Así el 5 de marzo de 1745 hemos visto ocupar un escaño en el Consejo del Cap, particularmente al señor le Maire, consejero del Consejo de Léogane y el 28 de marzo de 1782 al señor de Saint-Michel, médico del Rey y consejero del Consejo Superior de l'Isle de France, este último fue situado incluso entre el presidente y el decano.

También había la costumbre de hacer sentar en las audiencias, a los miembros de las senescalías, a la izquierda del procurador general y los sustitutos. Se tenía la misma cortesía con los oficiales superiores militares a partir del grado de mayor, este incluido.

He comentado que hasta 1764, los procuradores de la senescalía lo eran también del Consejo y ejercían en todas partes las funciones de abogado, pero después de ese año, este tribunal se había provisto de abogados postulantes, que, de esta manera, eran los únicos oficiales ministeriales.

Estos admitían en sus bancos a los notarios y procuradores y su jefe era su decano, que llevaba el nombre de Latonnier. Su número era limitado y no podían ser recibidos más que con un *visado* del intendente.

Se había puesto un tope de doce, pero después de algunos años se había sobrepasado un poco ese número. Tuve el honor de pertenecer a este foro desde 1775 hasta 1785.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Hasta cuando me recibieron en el Consejo del Cap, en calidad de consejero, esta Corte me dispensó por decreto, del informe de vida y costumbres, en vista de que ya se lo había proporcionado cuando ingresé en ella como abogado.

Al ser también aquellos de los dos escaños inferiores, el Consejo tenía siempre cuatro ujieres de servicio.

Si quisiera dar una idea más amplia de los tribunales del Cap, me dedicaría a contar detalles que engrosarían demasiado esta descripción. Sin embargo añadiré que el Consejo juzgaba en última instancia las apelaciones de los juicios de las senescalías y almirantazgos del Cap, Fort-Dauphin y Port-de-Paix; que resolvía en primera y última instancia los recursos de queja, en todo lo concerniente a las comunidades de las parroquias y a la disciplina interior de sus miembros o de las personas que les eran más próximas.

A pesar de mi decisión, ¿cómo puedo dejar de comentar una curiosidad que deja atónitos a todos los extranjeros? Es la costumbre que tienen los magistrados coloniales de ocupar su escaño portando su espada.

La sorpresa no sería tal si pensamos en lo que he dicho sobre la existencia del consejo de las milicias, que tomaba su nombre de cuando el jefe de la Colonia o el lugarteniente del Rey, lo formaba reuniendo a los oficiales.

El comandante de las milicias de la parroquia era el primer consejero y el mayor tenía las funciones de procurador general; es justo decir que gracias a la valentía, se le otorgaba el honor de hacer justicia.

Se sometían al juicio de aquellos a los que obedecían en la batalla y el tribunal era una corte marcial ambulante.

En 1685, cuando se creó el Consejo de Petit-Goave para toda la Colonia, de los doce consejeros elegidos, once y el procurador general eran oficiales de las milicias y no dejaron de serlo; conservaron su costumbre y el arma que tan bien sabían usar.

Se dieron las mismas circunstancias en 1701 al elegir a los consejeros del Consejo del Cap y vimos que también los magistrados que eran oficiales de milicia, guardaban su espada cuando impartían justicia.

Los asuntos judiciales fueron en aumento y consumían todo el tiempo de los magistrados; acabaron por renunciar a los empleos militares y ya habían experimentado suficientes vejaciones, que se renovaban a menudo, como para que creyeran adecuado pedir que se les eximiera del servicio personal.

Pero si la Patria estaba amenazada, se armaban y acudían los primeros para compartir el peligro con sus conciudadanos.

Por dos veces (en 1761 y en 1780) se discutió en el Consejo del Cap si se cambiaba esta costumbre, pero en la última época se convino que no hacía falta ocuparse de un tema semejante.

Así pues, la magistratura de Santo Domingo (porque inicialmente los miembros de los tribunales inferiores eran también empleados en las milicias y soldados de primera fila frente enemigo), conservando el espíritu de su primitivo régimen, se vanagloria aún de representar a los primeros defensores, a los primeros conquistadores de la Colonia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Ocupan los escaños en los lugares que sus antecesores sometieron a Francia. Un traje que deja ver una espada que saben manejar y que heredaron de sus predecesores, bien vale una vestidura larga y el amor a la justicia no excluye la valentía.

Los Consejos de Santo Domingo han visto a magistrados de Cortes soberanas de la metrópoli adoptar su costumbre y aceptar en su seno un puesto honorífico.

El señor Desmé Dubuisson, consejero en el parlamento de París, retomó la espada cuando, en un viaje que hizo a la Colonia, ocupó un escaño en calidad de consejero honorífico en el Consejo del Cap.

El Consejo no se vistió de negro hasta 1766, lo que fue imitado por todos los que tienen que ver con el orden judicial. Antes, cada consejero llevaba el traje del color que quería; el intendente imitó este ejemplo y cuando la Corte se situaba, siguiendo su costumbre de entonces, alrededor de una mesa, el tribunal se parecía mucho a un comité de colonos generales, porque predominaban sobre todo los uniformes con galones.

Es falso que se quisiera hacer menos ostentoso el colorido dorado de los estados mayores y de los oficiales de administración de la marina. Volviendo a principios más sanos, se adoptó el traje negro y vimos al señor de Estaing, a su vez, ocupar su escaño vestido de esa manera.

Todo el tiempo que fue presidente del consejo el señor Caignet, comisario general de la marina y ordenante del Cap, también vistió de negro.

Es hora de que retome la descripción de la casa del Gobierno.

Es muy agradable estar en ella, porque se encuentra en un punto muy elevado de la ciudad y la refrescan las brisas. La vista es hermosa y, con el tiempo en calma, se distingue nítidamente el cabo la Grange, que está a catorce leguas

La mirada se pasean por el mar y la llanura, desde la parroquia de Petite-Anse hasta Limonade; contempla las montañas que se extienden desde Sainte-Suzanne a Dondon.

Se divisan los mástiles que señalan la bahía; se abarca una gran parte de la ciudad y volviendo la mirada en torno a uno mismo, encontramos también cosas que la alegran, tanto delante como detrás del edificio.

Cinco puertas de la planta baja se abren en distintos puntos del lado oeste sobre un patio que está rodeado por la casa por sus dos alas y delante, por un muro que tiene una valla de madera.

Este patio forma una especie de vergel donde hay naranjos cuyos frutos son excelentes. Ocho escalones conducen a una puerta situada en medio de la valla y que da a un huerto que ocupa toda lo ancho del terreno, que tiene 20 toesas de largo.

En el centro hay un estanque que es renovado por un conducto de agua sacada del pico del oeste; este agua surte también a las cocinas situadas a lo largo de la calle Saint-François-Xavier, un poco por detrás del ala izquierda y que dan al huerto.

Por último, el local lo termina al oeste un espacio dejado contra el muro del recinto para formar arboladas y bosquecillos. La vivienda del jardinero está en el centro.

La posición elevada del terreno de detrás de la casa, hace que pierda mucho de su atractivo en épocas de lluvia y sobre todo durante los vientos del norte. La

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

inclinación acelerada del suelo, que además se encuentra bastante cerca del pico, hace que en pocos minutos el agua atraviese el huerto y caiga en el patio.

El borde inferior de este último, al estar al nivel de las dependencias de la planta baja, hace que el agua se extienda si la lluvia es abundante, o mantenga una humedad considerable.

Si el viento es del norte, las alas son muy frías, sobre todo el piso de la del sur. He visto que se ven obligados a menudo a dejar cerrados todos los vanos que dan al norte y que además se experimentaba una sensación punzante.

Creo firmemente que esta casa, en su parte baja, nunca será un sitio sano en tanto que el pavimento no sea levantado o el patio rebajado.

En cuanto al ala, donde reina una especie de invierno para ser Santo Domingo, solo se la puede proteger si se eleva el piso del otro lado.

Todo el espacio comprendido entre la fachada de la casa y la calle Espagnole, ha cambiado completamente desde 1781, en que los cuidados de los señores Reynaud y Le Brasseur lo sacaron del estado de abandono en que se hallaba.

Antes, la terraza de 24 pies de ancho hecha por los jesuitas en 1739, se enseñoreaba de toda la longitud del edificio.

Se llegaba a esta terraza por una rampa de 18 pies de anchura, había una en cada extremo y además se accedía a su centro por medio de una terracita longitudinal de 15 pies de ancho por 100 pies de largo, en cuyo extremo había ocho escalones.

Entre ese pequeño terraplén y las dos rampas, había, en cada lado, un cuadrado largo de muro situado en la parte baja y al borde de la terraza; tenía 100 pies de largo por 60 de ancho, donde unos magníficos rosales exhalaban su perfume.

Los muros tenían en su parte superior una barandilla de madera cuyos costados, en consecuencia, bordeaban el terraplén. A 60 pies de este, comenzaba la avenida de perales que terminaba 50 pies antes de llegar a la puerta de entrada en la calle Espagnole y que estaba en el centro de una sabana, que iba desde esa puerta hasta la casa.

Los árboles morían por falta de cuidados; la sabana surcada por las aguas de lluvia, tenía hoyos e irregularidades; en una palabra, todo el conjunto causaba una triste impresión.

El señor de Reynaud, alojado en el gobierno en el ínterin de gobernador general que obtuvo en abril de 1780, quiso hacer ese lugar agradable al público y puso un interés que ya había demostrado en todo lo que emprendía.

Desde entonces la terraza de 24 pies fue ampliada para que tuviera 80 y englobara toda la anchura y casi toda la longitud de los dos grandes cuadrados de los rosales; balaustradas de piedra de sillería bordeaban esta nueva terraza.

Las dos rampas de los extremos se agrandaron y pavimentaron. Al final del terreno en su parte sur, enfrente de la calle Saint-Jacques, se colocó una soberbia puerta enrejada, de hierro, en cuyos lados hay pequeñas porterías.

Esta puerta debía haberse correspondido con otra que hubiera estado enfrente de la calle Chat; esas dos entradas laterales hubieran remplazado a aquellas que, situadas en el muro del recinto al norte y al sur, se corresponden con las dos puertas que terminan los dos corredores de la planta baja.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Prolongando los cobertizos apoyados en el muro de la calle Saint-François-Xavier, se le añadió una lavandería que se encuentra enfrente del pozo y que está rodeada de grandes lavaderos de mampostería.

En el lado opuesto, se hizo una vivienda para el portero y unas cuadras. Donde empieza la sabana y termina la lavandería por un lado y la vivienda del portero por otro, se halla una espléndida verja de hierro que embellecen los adornos de la puerta que señala su parte central y a la que se llega subiendo tres escalones.

Esta verja separa de alguna manera la casa del gobernador de sus dependencias, que es la zona pública.

La avenida de perales desapareció por completo del jardín. El espacio, que tiene 50 toesas de largo por 44 de ancho del terreno, se divide en cuatro grandes cuadrados o tapices verdes de césped, que bordean unos bonitos árboles.

Un arriate ancho, también de césped, se adueña de los cuatro costados del paseo y este mismo arriate tiene en su interior una fila de árboles.

La avenida principal que lleva hasta la casa tiene 30 pies de anchura y las otras 24. En todas ellas, hay bancos de piedra de trecho en trecho con la particularidad de que no hay dos que estén cara a cara, para que sean más independientes y también para castigar un poco la curiosidad.

Los puntales de los dos pequeños edificios que dan a los extremos del jardín, al oeste, se pintaron de manera que ofrecieran, en sus perspectivas, pequeños adornos. En uno de esos extremos hay una puerta estrecha con un torno, que da a la calle Sainte-Marie, casi cara a cara con la Lion.

Por muy cómoda que sea, no hay nadie que no quiera verla prohibida, porque para ganar algunos pasos, se quiere llegar desde este punto a la gran puerta de la calle Espagnole por una diagonal que atraviesa y estropea el césped de los dos cuadrados.

Hay que decir, aunque se una verdad desoladora, que las molestias son a veces necesarias para que el público mismo no abuse de lo que sus goces tienen como objetivo.

Hay además 6 toesas entre el arriate del este del jardín y el muro del recinto de esta parte. Ese muro es de poca altura y tiene una valla de madera con las pilastras cubiertas con mampostería.

En el centro está la gran puerta de entrada, situada en un claro semicírculo. A la derecha de esta puerta, que es de hierro y se eleva sobre la calle mediante cuatro escalones, hay un pequeño edificio donde se aloja un guarda; en las dos esquinas de las calles Sainte-Marie y Saint-François-Xavier, pero por dentro, hay dos pequeños edificios casi enteramente cerrados por celosías y en principio destinados a ser, el uno, una sala de conversaciones y el otro, una sala de conciertos; ambos fueron convertidos en alojamientos.

Desde esos pequeños albergues hasta la puerta de entrada, el señor de Reynaud había hecho poner enrejados en forma de pórtico, que debían estar cubiertos de flores, pero apenas había partido para Francia, un sentimiento de desaprobación y quizá de celos, hizo que se quitaran.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se quiso castigar al público por el agradecimiento que mostró por las mejoras cuyo objetivo era él mismo y en algún momento vimos que habían puesto a pastar caballos en este bonito paseo; una oleada de indignación puso fin a esta absurda idea.

El paseo del Gobierno es el preferido porque es el que más cerca tiene todo el mundo, porque resguarda de las brisas fuertes y porque está al abrigo de cualquier agitación que no sea la de pasear; la proximidad de la Comedia le asegura ser el predilecto de la gente.

No hay palabras para agradecer este regalo de ambos Administradores, a los que el Cap debe su disfrute, entre otros muchos.

Es más útil de lo que se piensa, en un país caliente, un lugar de esparcimiento donde se puede hacer ejercicio. A las mujeres les atrae sobre todo para deleitarse, por el deseo de agradar; los consejos del amor propio juegan a favor de la salud.

Delante del Gobierno, entre este y la Comedia, se realiza cada mañana la parada de tropas destinadas a la guardia del día.

El edificio del Gobierno fue el primero en el que hubo pararrayos en el Cap. Se colocaron en 1783. El 23 de junio de ese año, un rayo cayó en el del centro y siguió el conductor pero, llegado al extremo sur de la casa, donde ese conductor hacía un ángulo agudo, la materia eléctrica se escapó y fue a golpear el muro, cerca de la pilastra oriental de la puerta que da a la calle de Saint-François-Xavier.

Se repararon los daños, pero lo que no dejé de reprobar fue que dejaran al conductor en el lugar de paso de los que llegan al extremo sur del edificio, donde se hunde en la tierra; de manera que un imprudente, un ignorante, un niño, alguien que no lo sepa, en un momento en que la atmósfera esté muy cargada de electricidad, puede ser fulminado, determinando al fluido a dejar su dirección y poniéndose en su esfera de actividad.

El portero del Gobierno, nombrado por el intendente, gana 1,200 libras. El cuidado especial del la sede de los tribunales ha sido encargado a un conserje nombrado por el Consejo, que tenía su alojamiento en un pequeño edificio paralelo a las cocinas.

Por último hay un relojero comisionado por el intendente o el ordenante y pagado con fondos de la caja de multas; gana 1,200 libras por cuidar y mantener el reloj.

Pero ya basta de hablar del Gobierno que tiene su entrada principal en la calle Marmousets.

Paso a la calle Ours que es paralela a aquella en la orientación oeste. Hace más de treinta años que la primera se cierra al sur con una casa, por medio de la cual se unen dos isletas.

Esta casa, como consta en la secretaría de la senescalía, estaba ocupada por el señor de Bory, que la dejó para ir a vivir al Gobierno actual y desde entonces fue alquilada por los segundos comandantes.

Está construida con buhardillas, con una zona de alojamiento entre el patio y el jardín. El patio tiene en su parte delantera una valla que se termina en el extremo de las dos alas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Este entorno es alegre y la casa tiene gracia, porque está en alto y se llega a ella subiendo varios escalones.

La calle Lion está encima de la Ours.[49] Ambos nombres son muy extraños para Santo Domingo. En esta calle y en su esquina sudeste con la calle Providence, vivía la viuda de Cottin, una mujer venerable, una mulata que hizo siempre el bien y acalló con sus virtudes los prejuicios de color y nacimiento.

Caritativa y hospitalaria, prodigaba a los desdichados todo lo que le había dado la fortuna y su alma generosa la convertía en la madre de los pobres.

Describiría esta sección de manera imperfecta, si no indicara el lugar donde moraba este dechado de bondad, a quien el Consejo del Cap había brindado un gran y justo elogio, cuando la eximió, el 22 de mayo de 1760, de la prohibición de ejercer como comadronas a las que no fueran blancas. La viuda Cottin acaba de pagar el tributo a la naturaleza.

La tercera calle por encima de la de Marmousets, tiene un nombre también ridículo; se llama Chat.[50]

Está en la isleta que se encuentra entre las calles Lion y la Chat y en la calle Sainte-Marie, que es uno de esos asilos entrañables que han sido fundados por la piedad generosa para alivio de los infelices; se le conoce con el nombre de Providencia de las mujeres.

Un maestro constructor, llamado François Dolioules, nacido en Francia pero que vivía en la ciudad del Cap, tenía la idea de donar una casa que poseía a las religiosas de esa ciudad, como demuestra su contrato de matrimonio que da fe de esa donación, subordinada por otro lado al usufructo por parte su mujer.

Pero como fue testigo de lo que le había pasado a otro ciudadano al fundar un refugio para hombres, el 8 de mayo de 1739, redactó un testamento por el que legó esa casa y sus dependencias con el fin de hacer un hospital para las mujeres pobres de solemnidad de la parroquia.

El párroco del Cap se encargó de dirigir el establecimiento, cuya ejecución siempre se aplazaba hasta después de la muerte de la señora Dolioules. El marido murió dos días después, a la edad de 45 años y le siguió su esposa al poco tiempo.

En 1741, comenzó un proceso entre las religiosas que invocaban el contrato de matrimonio, los mayordomos de la parroquia que reclamaban para los pobres, el supervisor que estaba de vacaciones y que representaba a los herederos Dolioules y los administradores de la Providencia de los hombres, que sostenían que el nuevo asilo debía estar regido como el otro.

El 8 de marzo de 1743, un edicto del Consejo del Cap desestimó el recurso de las religiosas y las desvió a los administradores de la Providencia de los hombres, a solicitar a los de la Colonia la autorización legal de la donación de Dolioules; estos se la concedieron el 29 del mismo mes.

Este fue el origen de la Providencia de las mujeres. Para sustituirla mientras durara el proceso, el párroco y los administradores que se ocupaba de los hombres, compraron, en la esquina sudoeste de las calles Saint-Joseph y Vaudreuil,

[49] N. de la T.: león y oso.
[50] N. de la T.: gato.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

una casa a la que llamaron el *hospital de San José*, donde recibieron en 1745 a las pobres mujeres enfermas.

Se concedió a Sainte-Elizabeth la herencia de Dolioules y hacia 1745, se trasladó a las mujeres enfermas desde el hospital de San José a la casa que aquel había legado, lo que motivó que la casa Santa Isabel fuera llamada a menudo hospital de San José.

La administración de este hospital fue confiada al párroco del Cap hasta abril de 1751, en que el padre Desinarets, jesuita, pidió ser relevado.

Esta administración se unió a la de la Providencia de los hombres, por lo que dejaremos sus detalles para cuando hable de la otra.

Esta fusión administrativa motivó que se creyera durante mucho tiempo y muchas personas siguen creyéndolo aún, que la Providencia de las mujeres tuvo el mismo fundador que la de los hombres, de modo que el nombre de Dolioules se olvidó de alguna manera.

Lo sabemos por el solo hecho de que los administradores de ambas casas también lo creyeron y era el que imprimían desde 1779 hasta el día de hoy.

La Providencia de las mujeres se construyó en mampostería y tiene diez camas de hospital y otra diez en pequeños cuartos. La sala grande tiene 60 pies de largo por 24 de ancho.

En su extremo sur hay una capillita muy sencilla; así los infortunados a los que sus enfermedades retienen en sus camas, pueden recibir el consuelo que nace de la confianza en un Ser infinitamente bueno y que el alivio de los hombres jamás puede remplazar en el corazón del desdichado.

Todo respira orden y limpieza en esta casa, que a veces ha acogido a mujeres con una terrible enfermedad, ya que se hallaban privadas del uso de su razón.

Pagan una pensión si su situación se lo permite. Desde hace mucho tiempo existe el proyecto de trasladar este centro cerca del de los hombres y entonces, sin dudar se pondrá en alguna parte algo que recuerde a Dolioules y a su conmovedor altruismo.

En 1788 en esta casa había, veinte mujeres y diez niños. A veces las mujeres no estaban enfermas sino que eran unas desventuradas sin ningún recurso y que, agradecidas por ser alojadas y alimentadas, trabajan para disponer de algún dinero que les permitiera gozar de pequeños placeres.

En paralelo a la calle Chat, está la de Pet-au-Diable, cuyo jocoso nombre (pedo del diablo) tiene un origen que desconozco. Entre ambas y rozando el torrente, hay una isleta que ocupan por entero las cárceles civiles.

Ya comenté además, por cuántos traslados sucesivos tuvieron que pasar estas prisiones para acabar estando en su emplazamiento actual, en virtud de un decreto del Consejo del Cap del 20 de julio de 1773.

El terreno fue comprado a los herederos de Beaunay. Hacía mucho tiempo que se destinaban fondos para esta construcción y desde el 23 de julio de 1733, los señores de Fayet y Duclos habían ideado, erigiéndose en jueces de una imputación sobre el comercio extranjero, hacer pagar a los señores Charette, Bonnegens, Boulard y Lanty que eran hombres de negocios de Léogane y a Jauvain, el supervisor en vacaciones del mismo lugar, 55,000 libras de multa, de las que 25,000 se destinaron a construir una cárcel en el Cap.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La cárcel actual se compone de varios cuerpos de edificios. Su recinto está rodeado de muros muy altos. La distribución permite separar a las personas libres de los esclavos y que las mujeres no se mezclen con los hombres.

En el primer piso hay varias celdas individuales con camas; en las demás se montan camas de campaña.

Patios bastante grandes y bien pavimentados, permiten tomar el aire a los prisioneros por la mañana y por la tarde. Un conducto distribuye el agua por todo el conjunto y el precioso elemento permite combatir la suciedad y los efectos de un clima cálido.

Sin embargo no se hicieron lavaderos, que son imprescindibles. En general esta estancia de castigo se ha querido hacer lo más llevadera posible, aunque se debe lamentar que no se haya prestado suficiente atención a la limpieza de las letrinas, que exhalan un olor fétido.

Las celdas dan la impresión de ser muy seguras, sin que un bárbaro refinamiento se haya regodeado en acrecentar el horror. Todo depende, sin embargo, del hombre al que se le confía dirigir este temible pero necesario lugar y nadie ignora que la severidad que degenera en dureza y el ahorro que se vuelve codicia, pueden hacer de un carcelero un horrible guardián, un ser tan culpable como los criminales que debe custodiar, pero al que le está prohibido vejarlos y hacerles pasar hambre.

El momento es el adecuado para hacer el elogio de un jefe de prisiones del Cap, quien, aunque nombrado por una recomendación que solo podía provenir de un individuo avaricioso, que quedó patente ya cuando aceptó el cargo, una especie de delicadeza, porque exigió que la comisión lo designara con el título de conserje-inspector.

El señor Fleury demostró, desde 1781 hasta 1784 que no hay ningún empleo que un hombre no pueda dignificar.

Sus constantes desvelos para proporcionar a los reclusos todas las mejoras conciliables con la seguridad de su encarcelamiento; su vigilante atención para que los castigos que los amos infligen a sus esclavos no degeneren nunca en crueldades; la generosidad que le llevaba muchas veces a pagar las deudas de aquellos a quienes debía custodiar, todo le ha hecho merecedor del tributo, que estoy encantado de rendir a su memoria en este momento.

¡Ya podrían sus sucesores ocuparse a su vez de merecerlo!

Hay un funcionario de la guarnición a la entrada de la prisión, que da a la calle Providence. Durante la guerra de 1778, cuando estaban encerrados muchos prisioneros ingleses, un segundo funcionario se situaba en el pico del otro lado del torrente.

Hubiera resultado fácil impedir las evasiones poniendo un centinela en el patio más grande, que así los vigilaría todos.

A una señal suya, se prevendría a todos los que lo intentaran y caerían en el desconcierto.

La normativa interior de la prisión es extremadamente blanda, por no decir que a veces lo es demasiado. El secreto es algo con lo que no se puede contar.

No puedo evitar indignarme aquí por uno de los peores desórdenes que tuvo a la Colonia como escenario y a las cárceles como teatro principal.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Desde 1741, en que el legislador, prestando oídos a reclamaciones humanitarias, conmutó por prisión perpetua, la pena de galeras y la de muerte al tercer intento de fuga de los esclavos y se estableció una cadena en la que los condenados iban emparejados como los galeotes en los puertos de Francia, poniendo siempre juntos a dos individuos del mismo sexo.

Su número creció por el lapso de tiempo y además porque los tribunales coloniales extendieron esta pena a otros muchos casos.

El establecimiento de la cadena tenía el doble objetivo de atemperar una ley severa y poner sin cesar bajo la mirada de los esclavos a hombres detenidos y sometidos a un trabajo continuo; pero ¡quién espera que ese segundo fin se respete en el Cap!

Primero, se sustrajo de la inspección de los jueces del reglamento a los negros de la cadena pública para ponerlos bajo la de los oficiales de la administración, los cuales, casi siempre extraños a la Colonia y con un destino de solo algunos años, calculaban menos las consecuencias de los malos pasos.

También casi todos esos negros gozan de una libertad digna de ser envidiada por el esclavo. Sobre todo, se les emplea en trabajos domésticos en casa de los Administradores principales o como subordinados.

Actúan sin jefe, sin vigilancia y lo más increíble, se ha dado el caso en que han roto las cadenas para usos más útiles.

De esa manera he visto, en casa del señor Bellecombe, al negro Lindor, mayordomo del señor Sainte-Marie, lugarteniente particular de la senescalía, que había sido condenado a cadena perpetua por cuantiosos robos. Lo vi hasta mejor vestido que cuando servía a su amo y hago esta comparación porque no es insignificante.

Creemos estar tranquilos diciendo que esos negros estaban obligados a ir a dormir a la cárcel, ¡como si un hombre pervertido no pudiera ser un criminal más que por la noche!

Una novela escrita por un autor genial, trata sobre corregir las costumbres caballerescas de España y describe a un loco liberando a los hombres llevados a galeras porque, de buena fe cree que son inocentes.

Pero en ninguna parte se encuentra, más que en las Colonias de América, a personas encargadas de hacer respetar los decretos de la justicia, ocupándose en liberar a aquellos que ella encadenó por ser peligrosos.

¿Cómo debe ser la reacción del juez que ve que han liberado al que había enviado a galeras? ¿Y la del amo que incluso se encuentra con el esclavo al que se había visto forzado a denunciar por un delito grave? ¿Cuál debe ser la de un esclavo que, después de haber visto a un semejante en manos del verdugo, lo ve más feliz, más libre y mejor tratado que nunca?

Los negros galeotes viven en la cárcel y allí se les pone a dormir indistintamente con los otros prisioneros, para los que suponen una compañía peligrosa y una nefasta escuela.

Por último, para que nada alarmante falte a esta clase de desorden, se le confió la dirección de estos galeotes, fuera de la prisión, a uno de ellos, a quien se ha visto los domingos hasta con dos cadenas de reloj de oro.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Hay una taberna en la calle Chat donde se despacha, una barrica de tafia al mes por lo menos para esos hombres culpables. Nos estremeceríamos al oír sus conversaciones y al ver, si los seguimos un rato, de cuanta complacencia les hacen objeto otros esclavos, a los que amos demasiado confiados creen que su visión horrorizaría.

Ese estado de cosas no podía subsistir, va en contra de todos los principios, perpetúa los crímenes, los favorece y quizá anima a cometerlos; pago mi deuda con la cosa pública denunciándolo.

Hay en el mismo recinto de esta cárcel una cámara criminal, donde se instruyen los casos de primera instancia, lo que permite no trasladar a los prisioneros.

Servía antaño para una espantosa prueba cuya sola mención debería indignar; era aquí donde, en los horrores de la tortura y después del juramento de decir la verdad, era menester volver a comprar, a veces por medio de un abogado y muy a menudo por medio de una mentira, la suspensión de un dolor atroz y condenarse a sí mismo o llevar a otros al suplicio.

En la esquina de la cárcel, calles Chat y Providence, hay una fuente pública muy útil para todo este cantón. Cuando la gran sequía de 1786, los negros de la cadena pública vendían agua bajo el pretexto de cogerla para el gobierno; los esclavos no podían acudir a la fuente sin antes pagar 15 monedas, para tener derecho a ese agua.

Inmediatamente por encima de la isleta de la cárcel, al oeste, está la cuantía de otra isleta desocupada, delante de la que viene a terminar la calle Sainte-Avoye, abierta de norte a sur.

Este espacio, que formaba parte del Providencia de los hombres, es donde se proyectaba la construcción de la Providencia de las mujeres, que se encontraría así entre la calle Pet-au-Diable y la de Sainte-Avoye, con la de Providence delante y el torrente detrás.

Hemos llegado a esta Providencia de los hombres, la primera que tuvo ese nombre se lo comunicó a la otra y se lo dio a la calle hasta el punto en que se reencuentra, al este, con la calle Morne des Capucins.

Que se me permita presentar los detalles que la conciernen y publicar las alabanzas a su fundador, Louis Turc de Castelveyre.

Este hombre inapreciable, nacido el 25 de agosto de 1687 en Martigues, un pueblecito de Provenza a 7 leguas de Marsella, de padre noble, marchó en 1719 a Canadá con el señor Charron, para ayudarle en las tareas de un hospicio que este último había establecido en Ville-Marie, en la isla de Montréal, para los huérfanos, los ancianos y los enfermos.

Habiendo muerto el señor Charron en la travesía, los Administradores y el obispo eligieron a Castelveyre para ser el superior de los Hospitalarios de la Cruz de San José, conocidos vulgarmente con el nombre de Hermanos Charrens y el tomó entonces el de hermano Chrétien.

Dos años después volvió a Francia para resolver asuntos de esta Casa y regresó al año siguiente. En 1723, en un segundo viaje, se metió en unos negocios en los que se aprovecharon de su buena fe.

Creyendo que le iría mejor en Santo Domingo, vino en 1725, queriendo asegurar el mercado de las pesquerías y una fábrica de cerveza de su hospicio. Llegado

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a Léogane, el orgulloso Chrétien se dejó tentar por la idea de fundar allí un hospicio.

Incluso estableció uno, como comenté en la descripción de ese lugar y se ocupó de ello con el celo que le caracterizaba, cuando los acreedores de Francia, o más bien los de la Casa de Canadá, se quejaron al ministro, que ordenó al gobernador de Santo Domingo que lo devolviera a Canadá aunque fuera por la fuerza.

El hermano Chrétien, enterado de esa orden y temiendo al señor de la Rochalar, que había contemplado con disgusto su plan para Léogane, fue a refugiarse a la Parte española, donde vegetó durante tres años.

Por último supo que en Canadá lo acusaban de dilapidador y regresó a la Colonia, donde fue arrestado de inmediato y embarcado para Francia. Fondearon en la rada de la isla de Aix, donde se hallaba una urca que iba a Canadá y en la que en julio de 1728 hizo el viaje de regreso.

Cuando llegó a Quebec, no pudo presentarse a juicio hasta abril de 1735. Satisfizo todas sus deudas, pero tampoco tenía más recursos. En esta dolorosa situación, Castelveyre, que había vuelto en sí mismo, extraño desde ese momento al hábito y a las funciones de hermano hospitalario, decidió volver a Santo Domingo, pero esta vez fue al Cap.

Enseñó a leer y escribir a los niños desde que desembarcó. En medio de esta provechosa ocupación, se fijó en el deplorable estado de muchos individuos que, al desembarcar de Europa, se encontraban sin apoyo ni recursos y enseguida la casa Castelveyre se transformó en hospicio.

Los jesuitas le animaron, sobre todo el padre Boutin, con el que tenía en común el amor al bien y el deseo de aliviar el infortunio. Los señores Prost y Desmé Dubuisson, hombres de negocios del Cap, contribuyeron a esta obra pía y vimos a Castelveyre formar una familia de desventurados.

Hasta llegó a adquirir, el 23 de febrero y el 23 de noviembre de 1739 dos terrenos en el pueblo de la ciudad llamado entonces Marécage y los señores de Larnage y Maillart le concedieron un tercero.

Estos éxitos enardecieron a Castelveyre, que se decidió a adquirir una pequeña plantación rozando con la ciudad, que dependía de los herederos del señor Asselin.

Es de la que hablo ahora. Esta plantación de 350 toesas de largo, de este a oeste, por 175 de ancho, que ocupa las dos riberas del torrente, tenía tres edificios, muchos víveres del país y nueve negros.

El señor le Normand de Mézy, entonces ordenante del Cap (adjunto del ministerio de marina, que todavía vive en París), uno de los grandes partidarios de las teorías de Castelveyre, le había aconsejado esta adquisición, así como el señor Juchereau de Saint Denis que era procurador general en funciones.

La generosidad de muchos particulares reunió las 14,840 libras, precio de la venta, de las que los miembros del Consejo Superior pagaron 7,000.

Convencido de que su plan se podía realizar, Castelveyre, que se acordaba de las penalidades que una administración de bienes le había causado en Canadá, quería estar prevenido en el futuro.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Con este convencimiento hizo, el 12 de noviembre de 1740 en el Consejo Superior del Cap, la declaración de que renunciaba a todo lo que poseía para constituir un establecimiento donde serían recibidos los niños, los viejos, los enfermos, los incurables y los hombres que llegaran de Francia sin refugio ni recursos.

No contento con esa renuncia solemne (efectuada el 15 en un acta hecha ante el señor Auriol, notario y aceptada por el procurador general), Castelveyre añadió que quería dedicar el resto de su vida a ese establecimiento.

En efecto, desde ese momento tomó el hábito hospitalario y encontró la felicidad en los deberes que ese nombre le impuso.

El 7 de enero de 1741, el Consejo del Cap redactó un reglamento para la dirección de ese asilo, abierto a los desdichados y le dio el sagrado nombre de *Providencia*, que recuerda tan bien a los desventurados que un Ser Superior cuida de toda la naturaleza.

El reglamento dice que albergaría a los niños pobres de la ciudad del Cap y sus dependencias, que se les enseñaría un oficio y que podrían quedarse hasta los veinte años.

Se llama a los ancianos a los enfermos y los mendigos deben ser conducidos allí. Aquellos que llegan de Francia con la esperanza de hacer fortuna y no han encontrado más que miseria, son socorridos hasta que se les puede colocar.

Igualmente debe ser el refugio de los incurables, teniendo la precaución de separarlos de aquellos para los que constituyan un peligro. Otros apartados se ocupan de la comida, la vestimenta y los ejercicios piadosos.

En cuanto a la administración, fue confiada a dos personas que el Consejo debía elegir cada tres años; el párroco del Cap era el socio honorífico y lo dirigían, en su funcionamiento interno, un hospitalario y un hospitalario menor.

Según el reglamento, el Consejo nombró administradores, el 9 de febrero, a los señores Desmé Dubuisson y Prost, al uno por tres años y al segundo por dos solamente, a fin de que no fuesen cambiados al mismo tiempo y Castelveyre se convirtió en hospitalario, como siempre había querido, de modo que la Providencia se encontraba dirigida por sus bienhechores.

El mismo día, este tribunal eligió también en su seno a los comisarios que debían estar presentes en el inventario ordenado por el reglamento.

Larnage y Maillart encontraron con qué alimentar su alma en el empeño de solicitar la aprobación del príncipe para este establecimiento y el señor Le Normand de Mézy le concedió también la mayor importancia.

Una carta del Rey, del 12 de septiembre de 1742, no concedió sin embargo más que una aprobación provisional, porque el asilo parecía no estar suficientemente dotado.

Al mismo tiempo censuraba el poder que se había arrogado el Consejo de darle un reglamento al que, sin embargo, salvó de la impugnación la pureza de su intención.

El ministro, que encontraba que la Providencia no estaba sólidamente fundada, creyó sin embargo que podía ser desde entonces, una salida para la casa de niños perdidos de Burdeos y quería, también provisionalmente, que se enviaran niños de la una a la otra.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Incluso llegaron al Cap, a finales de febrero de 1743, cuatro chicos jóvenes que se alojaron en casas de particulares, pero inmediatamente Larnage y Maillart hicieron saber al ministro que esta política destruiría el establecimiento colonial.

En marzo siguiente acabó el proceso de la Providencia de las mujeres y los Administradores de la Colonia la unieron a la de los hombres el día 24 del mismo mes y declararon a ambas aptas para recibir donaciones y legados.

Desde ese momento las dos casas tuvieron una administración común, aunque por una cortesía basada en el provecho de las ayudas, la casa de la Providencia de las mujeres tuvo durante mucho tiempo como director particular al párroco del Cap, como demostré antes.

También desde ese momento, siempre se planteó la cuestión de encontrar los medios necesarios para sostener y favorecer de todas las maneras posibles esos dos hospicios.

Desde el primero de marzo de 1748, Larnage y Maillart habían concedido a la de los hombres el privilegio exclusivo de proporcionar todos los ataúdes de la parroquia del Cap.

El 20 de abril nombraron al señor Pouget cirujano de ambas Providencias, bajo petición y presentación de sus administradores, con exención de tutela y cargas a instancias del cirujano mayor del Rey y todo lo que, mientras no sea revocado por los administradores de esas casas que, aunque acabadas de nacer, mereciera el más vivo interés.

> He aquí», escribían los dos jefes de la Colonia al ministro, el 1 de agosto de 1745, «más de mil personas a las que la Providencia de los hombres, desde hace cerca de tres años, ha dado asilo y ha preservado de esta manera la vida de más de la mitad que, indefectiblemente se hubiera perdido sin esta ayuda. Se resiente de los desastres de la guerra, que disminuye las donaciones y las dádivas, etc.».

A finales de septiembre de 1746, Castelveyre obtuvo también de los Administradores que los entierros de los no católicos los efectuaría la Providencia en un cementerio del que pronto hablaré.

El 8 de febrero de 1749 en sus representaciones, los señores de Constans y Maillart concedieron a estas casas la exención general de cargas y trabajos públicos para sus negros y al director, palabra que sustituyó a la de hospitalario, la exención de la vigilancia, de las guardias y de las cargas públicas.

Siempre entusiasmados por Castelveyre, el 10 de junio de 1749 decidieron que las Providencias dispondrían de 40 libras de carne en la carnicería, con tasas privilegiadas, en lugar de las solo 20 libras que tenían hasta ahora.

Esta cantidad fue comprendida en la adjudicación de las carnicerías del 12 de diciembre de 1761.

Habían continuado las mismas personas en la administración de las Providencias hasta 1750, en que el Consejo nombró a otras dos; pero conservó, en junio, a los

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

señores Dubuisson y Prost como honoríficos y encargó a dos de sus miembros que instalaran a los nuevos administradores en su cargo.

Las Providencias tuvieron pues realmente entonces cinco administradores, contando al párroco y todavía más que todo eso, al virtuoso Castelveyre.

Efectivamente él fue el alma de este establecimiento; fue él quien, como siempre había hecho, curaba y vendaba a los enfermos y consolaba con sus palabras a aquellos de los que se había rodeado, presos de dolores físicos y morales.

Vivía en medio de ellos más lo que les conmovía de la misma manera que ellos. Me ha ocurrido tener que infundir valor a hombres dominados por prejuicios de cuna, para que entraran en la Providencia y aceptaran las ayudas.

Por último, era un ángel tutelar para los desventurados, un padre tierno que había adoptado como hijos a todos los desdichados.

¡Qué jornada de luto fue aquel 21 de marzo de 1755, cuando la muerte se lo arrebató a los 67 años! Ni uno solo pudo dejar de considerar ese día como el de la pérdida más cruel.

Se les vio muy afligidos siguiendo el féretro, que solamente contenía los restos inanimados de uno de esos hombres que el cielo pone en la tierra muy raramente. El pueblo entero los seguía en masa y nunca tantas lágrimas honraron la virtud.

Su recuerdo protegió su obra, que los jefes de la colonia creyeron tener que proseguir para su gloria. El 15 de febrero de 1761, el intendente donó al hospitalario de las Providencias la concesión exclusiva de tambor público para todas las publicaciones civiles.

Se reunieron en el gobierno general para concederles el terreno que estaba inmediatamente delante de la Providencia de los hombres.

El señor de Clugny les encargó además la limpieza de las calles del Cap, lo que les proporcionaba un ingreso.

Sin embargo los gastos aumentaban, eran superiores a los ingresos, las construcciones se deterioraban y para ser sinceros, las dos Providencias habían declinado desde la expulsión de los jesuitas.

¡Cuando los fariseos están proscritos, decían los administradores a los jefes de la Colonia, hay que recordar a los verdaderos fieles el precepto del apóstol de que el sustento y las vestiduras deben entregarse a los pobres!

Este discurso conmovedor dio lugar a una ordenanza que concedió a las Providencias el privilegio exclusivo de conducir a los muertos a su sepultura y exigir lo que se concedió antes a los soldados suizos del regimiento de Halwil, que lo habían hecho hasta ahora y que acababan de ser reformados.

Ante esta señal de protección dada por los señores de Estaing y Magon, los señores de Rohan y Bongars creyeron tener que sacar adelante la petición de que las Providencias fuesen autorizadas definitivamente por cartas del príncipe.

Según su misiva del 15 de octubre de 1766, era imposible esperar que se construyeran edificios duraderos y en cambio esta prueba del interés del gobierno sería un germen fecundo de éxito, cuya imitación por otros lugares de la Colonia y en especial por la ciudad de Port-au-Prince, haría que este no se perdiera.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sin embargo, una ceguera inexcusable hacía creer a Versalles que el establecimiento debía ser rico antes de que se consolidara, mientras que la indiferencia del ministerio constituía uno de los mayores obstáculos para qué fuera sólido.

Por último los señores de Rohan y de Bongars difundieron esta verdad mediante una nueva carta del 20 de agosto de 1768 y se concedieron las cartas de patente el 1 de julio de 1769.

Hemos leído que en esta época los bienes de las Providencias se calculaban en 400,000 libras tornesas y que el establecimiento llevaría el título de Casa de Providencia, sin distinguir la de las mujeres de la de los hombres, diferencia que los redactores de las cartas de patente sin duda ignoraban y que sus instigadores quizá no conocían, porque si no, el preámbulo habría nombrado a Dolioules como lo hace con Castelveyre.

Recibidos los beneficios, se aprobaron, así como aquellos que llegaran a reunir hasta 1,200,000 libras tornesas.

Se tuvo la precaución de incluir un artículo que declara que esta fundación es civil y puesta enteramente a cargo de la Colonia.

En cuanto a la administración, las cartas de patente la confiaban a un comité compuesto por el gobernador general y el intendente o por sus representantes, por dos consejeros del procurador general del Consejo del Cap, por dos miembros de la Cámara de Agricultura de la misma ciudad, por cuatro notables elegidos entre los parroquianos del Cap y por el prefecto apostólico de la Parte del Norte. El comité tenía que redactar un reglamento.

Los cuatro primeros notables se eligieron en una asamblea de la parroquia el 22 de abril de 1770.

En la misma se designó también al señor la Case, notario, como síndico, cargo que había creado una ordenanza de los señores de Nolivos y Bongars, el 7 de marzo de 1770, cuyas sublimes funciones consistían en solicitar de ellos la aprobación de la elección de la parroquia, aunque las cartas de patente no aclaraban que fuera necesaria esta conformidad.

La constitución del comité tuvo lugar el 11 de junio de 1770 en casa del señor Choiseul, segundo comandante y este comité remplazó la sencilla reunión que los administradores tenían con el párroco todos los lunes en la Providencia de los hombres.

El reglamento redactado por los señores Sainte-Marie y Vaujouan, que el comité les había encargado, está fechado el 9 de septiembre de 1771 y regula el régimen de la Providencia. Se divide en estatutos generales y particulares.

Los estatutos generales estipulan que el comité se reunirá el primer jueves de cada mes, por la tarde, en una sala de la Providencia de los hombres y todavía más a menudo si fuera necesario.

Debe haber al menos siete participantes; la mayoría decide en caso de división de opiniones y el voto de aquel que preside es determinante.

Las deliberaciones las redacta el secretario del comité en un registro rubricado por el general y el intendente y firmado por los miembros presentes.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Cada tres años el comité toma dos administradores entre cuatro notables; estos deben visitar el hospital por lo menos tres veces a la semana y rendir cuentas cada mes al comité.

Uno de los dos administradores es el tesorero y el agente de la Providencia. Rinde una cuenta especial al comité cada trimestre y una cuenta general en los tres meses que siguen a su ejercicio.

Los dos administradores pueden ser reelegidos, pero en cada trienio se verifica el inventario general de títulos y papeles. El comité solo puede arrendar los bienes, ordenar las reparaciones no urgentes que estén por encima de las 1,200 libras, recibir las donaciones con condiciones onerosas, edificar, entablar pleitos, cambiar reglamentos y decidir sobre la política y la economía del establecimiento.

Los estatutos particulares someten al comité la elección y al número de los hospitalarios de las dos casas, los cuales deben ser independientes los unos de los otros. En cada casa, el jefe está obligado a mantener un registro rubricado por los administradores, donde se inscriben los nombres de bautismo y de familia, la edad, las cualidades, el lugar de nacimiento, la profesión y la religión de los que entran, su estado de casado o no casado y la época de su llegada a la Colonia, poner en el margen la fecha de entrada y salida y la nota de los efectos aportados y sacados por los pobres.

Nadie puede ser admitido en el hospital sin un pase de uno de los dos administradores.

El comité tiene que designar un médico y cirujanos y fijar sus honorarios. El prefecto encarga a los sacerdotes decir la misa el domingo y las fiestas en la capilla de ambas casas y administrar los auxilios espirituales.

Los muertos se llevan a un cementerio que depende de la Casa de los hombres y son enterrados por un sacerdote que es el prepósito.

La prueba de esas inhumaciones se lleva con un registro triple, rubricado por el procurador general; uno se queda en el hospital, el otro se deposita en la secretaría de la senescalía y el tercero se envía al archivo de Versalles.

Muchos apartados regulan la comida, la vestimenta y las horas en que los pobres deben dirigir sus deseos hacia el que dispensa cualquier bien. Tiene que haber cepillos en la capilla de las religiosas del Cap y en las de ambas Providencias, donde también debe hallarse el retrato de sus fundadores y bienhechores. Contaré lo que no se ha ejecutado o ha sido cambiado o modificado de esos apartados.

Cuando el teatro del Cap se convirtió en público, los administradores de la Providencia expusieron a los señores de Estaing y Magon, que en Francia las representaciones de las ciudades donaban a los pobres una parte de sus beneficios y solicitaron o bien una retribución fija, o bien representaciones en beneficio de los pobres.

Los accionistas de aquel decretaron, el 12 de febrero de 1775, que habría, el martes de cuaresma, una representación en beneficio de las Providencias.

Esta costumbre se conserva hasta ahora y con un sentimiento religioso, hasta las personas que no acuden a esa representación envían su óbolo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Cuando en mayo de 1785 el teatro fue abandonado, se consideró que esta circunstancia no debía ser perjudicial para los pobres; se hizo una colecta que recaudó 7,000 libras.

El comité, que hasta junio de 1773 había sido impuntual, decidió entonces reunirse cada mes, como era su obligación; bien donde el gobernador general, bien donde su representante; de cualquier manera el comité decidió el 6 de junio de 1775 que, en conformidad con el reglamento, se reuniría en una de las salas de la casa de la Providencia, lo que tuvo lugar por vez primera el 12 del mismo mes.

El señor de Ennery desembarcó en el Cap dos meses después y a los dos días hizo que se reuniera el comité. Se dieron cuenta, con razón, que la administración de la Providencia había sufrido muchos abusos.

Se decidió pues, el 8 de agosto de 1775, que de ahí en adelante el comité se limitaría exactamente a los términos de la institución, que solo recibiría a las personas a las que estaba destinado el hospicio.

Se colocó a los locos en el nivel de los incurables, a los que se daba libre acceso y se decidió que los pobres y vagabundos de la Colonia no serían recibidos nunca más.

Fue necesario que la Societé des Sciences et Arts del Cap propusiera en 1785 el homenaje a Castelveyre y Dolioules; fue necesario que los respetables hombres que la componen pensaran en lo que el olvido hubiera sepultado sin ellos.

El comité de la Providencia tendría mucho por lo que sonrojarse si se supiera hasta qué punto desconocía todo lo concerniente a las dos. Reproché a uno de sus miembros la dejadèz de que hacen gala al hablar de estos dos inapreciables establecimientos y cediendo a mis requerimientos, hizo insertar en el almanaque de 1779 una nota donde se dice que Castelveyre fundó las dos casas.

Los almanaques siguientes copiaron servilmente este dato inexacto. Antaño tuve informes todavía más exhaustivos que me habrían apartado de la confianza que había depositado en ellos, si no hubiera se me hubiera ocurrido responder a las opiniones de la Societé des Sciences et Arts.[51]

Al inmenso cuerpo central de la Providencia se le añadieron nuevos edificios, uno de 261 pies de largo por 17 de ancho y el otro de 94 por 18, que fueron construidos por el señor Artaud, empresarios, según los contratos que se hicieron el 10 de mayo y el 15 de julio de 1781, el primero por 81,000 libras y el segundo por 42,000.

[51] Se dignó a coronar mi humilde obra en julio de 1790. Los Administradores que lo conocieron confesaron su falta buscando repararla. Pidieron una inscripción que recordara el nombre tan conmovedor de Castelveyre. Quitaron del frontispicio del vestíbulo esta:

Hic divitum donis, Pauperes curantur.

Que se rechace esta ridícula manía de elogiar en latín las virtudes francesas. Escribid en vuestra lengua, en la que pueda ser entendido por todos:

Castelveyre abrió este asilo al infortunio en 1740.

Y creed que este lenguaje llano habla más directamente al corazón, que los pentámetros y hexámetros floridos o los versos estirados que se puedan escribir.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En el conjunto de estas construcciones, que pueden albergar a cerca de 800 personas y que se terminaron en 1782, vimos hasta 900 enfermos o heridos de la última guerra, porque durante dos años la Providencia se transformó en hospital militar, algo que era inevitable.

El comité tampoco se reunió desde el 5 de julio de 1781 hasta el 7 de agosto de 1783. En agosto de 1779 se vieron obligados a acoger también a 400 enfermos de la escuadra del señor de Estaing.

La Providencia se involucró durante diecinueve meses, como media, en el cuidado de enfermos que eran tratados en su recinto a expensas del Estado.

La elocuente pluma de Raynal ha alabado al fundador de la Providencia y lo habría nombrado sin duda si lo hubiera conocido, pero creo que tengo que disentir de las imprecaciones que lanza en razón de las infidelidades que reprocha a los administradores de este refugio de pobres; me atrevo a decir que se equivocó y que esa fechoría es imaginaria.

El señor Hilliard d'Auberteuil habló también, pero con desconsuelo, de una fundación que atiende a los desdichados a dos mil leguas de su país, para salvarlos de la muerte y quizá de la vergüenza.

El señor Dubuisson, su crítico, erró al reprocharle este triste cuadro, ya que veía la Providencia reconstruida mientras que el señor Hilliard la había dejado en un estado que amenazaba ruina.

Pero ¡qué doloroso es observar que el elogio hecho por el señor Dubuisson no es completamente merecido! Cómo no apenarnos al darnos cuenta de que apenas se percibe el vasto edificio de la Providencia, en un punto en el que los alrededores se encuentran apartados de ocho a 10 pies, de manera que está hundido y no se le distingue más que cuando se está cerca.

Es de lamentar que este edificio no esté situado en una posición más elevada y más sana en la que su perspectiva hubiera embellecido la ciudad.

Hay que resaltar que el edificio, al tener orientación sur, está él mismo falto de elevación en sus proporciones; que los vanos son demasiado bajos y que los enfermos pasan un calor tremendo.

El torrente, al tener solo un hilo de agua que no sirve más que para desleír las inmundicias que se tiran en él y que al aumentar con las aguas residuales de las letrinas de las cuarteles, se convierte en una fuente de infecciones que corrompe el aire de esta casa y perjudica a los enfermos.

Un dique y una esclusa hubieran podido servir para soltar, a voluntad, el agua que se hubiera acumulado. ¿Cómo no se sintió la necesidad de una galería giratoria en el interior de los patios, para que los enfermos no estuvieran expuestos a las consecuencias de estar al aire libre, sobre todo en época de lluvias?

¿Por qué no alejaron más sus letrinas en lugar de ponerlas en el centro y adosarlas a los edificios? El señor Artaud, médico del Rey, propuso abrir claraboyas en el techo de las salas; pero este defecto se hubiera corregido mejor elevando las ventanas.

En general, es indispensable ponerse a rectificar todo el conjunto para las ochenta o 100 personas que hay constantemente en la Providencia desde la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

guerra, en lugar de las veinte que había antes y para el caso de que hiciera falta alojar también a los heridos.

Hubiera bastado con que los contratistas del hospital encontraran en sus cálculos, cuyo resultado es una fortuna que ofende, los medios de no conceder al que derrama su sangre por la Patria más que aquello que no se le puede negar, sin que los defectos de esta construcción sieguen además a este hombre valioso.

No hace falta detenerse en los desembolsos que se han efectuado, porque no se trata de sacrificar hombres al dinero sino dinero a los hombres.

Recordemos el ejemplo de Castelveyre; lo entregó todo al único pensamiento de ser verdaderamente útil.

La Providencia no está, lo sé, en una situación que le permita grandes gastos, pero esta debe ser mejorada y hay que hacer los cambios oportunos sucesivamente.

En 1779, las Providencias debían 102,000 libras, aunque recibieron en 1776, 1777 y 1778, 90,000 libras de la caja de las libertades y en 1776, 1777, 1778 y 1779, 40,000 libras del encargado de las prisiones, pago que cesó en 1780 porque el señor Fleury hizo que lo eximieran de ello; pero la Providencia también había gastado, en 1777, 300,000 libras en un edificio.

En 1782 encargó unas construcciones al señor Artaud con un coste de 123,000 libras; había comprado avituallamientos destinados a los enfermos por 63,000 libras, ya que se anunciaba la llegada del señor de Estaing y fuerzas superiores para una expedición, a lo que hay que añadir 44,000 libras por reemplazar a los negros, lo que hacía un total de 332,000 libras en deudas, en 1782.

Siguiendo una ordenanza del general y el intendente fechada el 29 de noviembre de 1785, la Providencia recibió 123,025 libras de la mitad que le correspondía del tratamiento de los enfermos, cuya otra mitad era del señor Brée de la Touche, contratista.

Recibió además por el mismo concepto 56,000 libras, sumando un total de 179,000 libras; debía pues en 1783, cuando renació la paz, 153,000.

En la época de 1785, hizo falta deducir tres años por un ingreso eventual que se podía calcular entonces en 35,000 libras al año y cerca de 10,000 en alquileres y rentas anuales que eran al menos 115,000 libras al año; en consecuencia, la deuda se reducía en alrededor de 40,000 libras.

Calculemos ahora para este año de 1789. El derecho sobre el encargado de prisiones fue renovado en 1785, pero sobre la base de 6,000 libras solamente; daba 24,000 libras cada cuatro años.

Los ingresos fijos habían subido a 20,000 libras; los eventuales a 50,000, el total cada año era de 280,000 libras y en conjunto de al menos 300,000 libras. He aquí, por tanto, extinguida la deuda quedando además 260,000 libras.

Me doy perfecta cuenta de que hizo falta afrontar los gastos de la casa durante esos cuatro años e incluso se que a principios de 1789, lejos de tener fondos disponibles, las Providencias debían 150,000 libras.

Ahora bien, tenían también un activo de 450,000 libras, compuesto de donaciones, legados y multas cedidas en su beneficio. Desfalcando un tercio por el pobre resultado de ciertas recaudaciones, encontramos todavía 300,000 libras que pagarían

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

la deuda y proporcionarían un capital de 150,000 libras que, bien colocadas, darían 15,000 de renta.

Habría que añadir 15,000 libras anuales que daría la casa del emplazamiento del antiguo hospital de San José, en la esquina de las calles Vaudreuil y Saint-Joseph que los señores Reynaud y Robar, contratistas, edificaron en 1788 con la condición de disfrutarla durante diez años.

Todo esto se uniría a la renta de otra casa que hace una de las esquinas de la calle Penthièvre con la de la Vielle Joaillerie, situada en consecuencia en un punto muy comercial y que se había recibido del señor de Charrite, a cambio de 225 cuadrados de tierra en la parroquia de Plaisance, que procedían de Castelveyre.

Podemos considerar a las Providencias como libres de cualquier deuda, al gozar de una renta anual de 100,000 libras y más desde 1787, en que aumentó en 1,014 libras por medio de censos enfitéuticos, cuya descripción daré enseguida.

No se puede, sin correr el riesgo de equivocarse, calcular los gastos anuales de ambas Providencias en menos de 100,000 libras, contando con los honorarios del director, de los hospitalarios, de los desembolsos por el mantenimiento de los edificios, del remplazo de los negros y del gasto de 100 enfermos u otras personas acogidas en estos hospicios; he aquí pues, estos establecimientos a la par.

Ahora, las nuevas liberalidades, las nuevas multas y algunas economías, pueden y deben ser empleadas en cambios que puedan proporcionarles una situación saneada, aireada, cómoda y propia para cumplir el fin de su institución.

Que el comité, finalmente, se decida a colocar la larga lista de fundadores y bienhechores en un tablero; me atrevo a asegurar que esas mejoras serán posibles muy pronto, ya que debe ser más fácil realizarlas que el conseguir 100,000 libras al año para estas casas.

Es triste, indudablemente, que haga falta apelar al amor propio del hombre para que sea capaz de realizar obras útiles, pero no tenemos la pretensión de cambiar el corazón humano y publicamos sus méritos, aunque solo sea para estimularlos.

La lista que tengo, suma un total de 624,909 libras, 2 monedas y 4 denarios de favores, sin contar las donaciones de Castelveyre y Doulioules y he averiguado personalmente que contiene omisiones.

¿No sería esta una razón (entre otras muchas) para que la administración de la Providencia hiciera públicas sus cuentas?

También querría que en las filas de los bienhechores, figuraran los administradores de las casas de la Providencia ya que es una buena obra en una Colonia, que dediquen su tiempo a los cuidados de estos hospicios y se consagren a sus intereses.

La misma justicia debería ser la recompensa de los médicos y cirujanos que les han dedicado y les dedican gratuitamente sus desvelos diarios.

¿Cómo el comité de las Providencias descuida tanto los medios de lograr recursos de todas clases para los desdichados que le han sido confiados?

Yo mismo sería culpable por olvidarme de incluir al señor Adde entre los bienhechores, él, que esculpió su hermosa capilla con un escoplo al que guiaba la gratitud.

Tengo poco que añadir a lo concerniente a estos establecimientos, de los que uno no se cansa de hablar. Desde el 2 de abril de 1778, el comité designó un

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

controlador que, como su nombre indica, controla todas las compras y todos los gastos; el director está sujeto a conseguir su visto bueno para todo lo que haga.

Y como el comité entendió que las funciones que se le atribuyeron, relativas a los registros que deben confirmar la muerte de todos los que fallezcan allí, son civiles, decretó el 7 de noviembre, que ordenaba al director (llamado entonces hospitalario) depositar en la secretaría de la senescalía su nominación y firma, para que esas actas mortuorias pudiesen ser legalizadas.

El tribunal exigió además, con toda justicia, poner el juramento de ese director en manos del juez; en ese aspecto sería pues un oficial público. Desde 1746, los registros mortuorios de ambas Providencias se encuentran en la secretaría de la senescalía.

Sus ingresos eventuales vienen del transporte de los muertos, en el que cada negro recibe 3 libras y hasta 11 en los entierros solemnes; las inhumaciones de los no católicos o el de un judío cuestan 180 libras; el de un protestante con féretro cubierto 199, 10 monedas y sin este, 67 libras y 10 monedas.

También por los derechos de las ejecuciones, en que hay que preparar los andamios, las horcas, etc.; por el producto de la representación anual de la Comedia; por el de los bancos (que es casi nulo) puestos en las iglesias; por las colectas que hacen las damas de la ciudad en las dos jornadas de Jueves y Viernes Santo, cuando se van a hacer las estaciones a las capillas de ambas Providencias; por el producto de algunos volquetes que efectúan transportes y acarreos en la ciudad y finalmente, por el tratamiento de los marineros enfermos, que pagan los capitanes de los navíos de los que aquellos dependen.

Por fin me detengo aquí en lo relativo a estos establecimientos, que demuestra que las virtudes más entrañables no les son extrañas a los colonos y repitiendo que son debidos a la generosidad, a la devoción poco común y a la perseverante caridad de Castelveyre, cuyo ejemplo propició el nacimiento de la Providencia de mujeres y de la que todavía subsiste en la ciudad de Port-au-Prince.

Saliendo de la casa de la Providencia de hombres, dejándola a la derecha y subiendo hacia el oeste por la calle de su nombre, encontramos, a alrededor de 100 toesas de la calle Pet-au-Diable, un puente de madera que atraviesa el torrente Douet o de Cazernes, cerca del puente donde va a unirse con el del Cap.

En 1779 no había ninguna casa por encima de la Providencia y en 1781 se veía solo una en este lado del torrente Cazernes, que estaba considerada, con sus pequeñas mejoras, como una casa de campo; pero desde 1786, el Cap se había extendido además 100 toesas más allá del torrente Cazernes.

Es una garganta pequeña que tiene apenas 40 toesas en su parte más ancha y está encajada entre los dos cortes del pico del Cap. Está orientada al noroeste y el torrente del Cap la limita al norte.

El 6 de abril de 1786, el comité de la Providencia, considerando la carestía de alquileres y que lo habían solicitado muchos particulares, decidió que ese terreno sería un arriendo enfitéutico.

Formaba parte de la concesión otorgada al hospicio el 23 de abril de 1761 por los señores Bart y de Clugny, de 300 pasos desde la calle Pet-au-Diable, yendo hacia el Oeste y a todo lo largo del torrente del Cap.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los Administradores de la Colonia, a los que se sometió este proyecto, lo aprobaron el 7 de junio de 1786, así como el plan que había sido diseñado para dividir este espacio en nueve emplazamientos y conservar el paso del camino que lleva de la ciudad del Cap a la Banda del Norte y a Port-Français.

Este plan fue hasta rectificado por las operaciones de Voyer, que sancionó otra ordenanza de los Administradores de la Colonia el 14 de octubre de 1786. Enseguida y comprendiendo el antiguo cementerio de la Providencia, se formaron nueve emplazamientos que se pueden ver en el plano topográfico del Cap.

Todos se alquilaron en junio de 1787, en provecho de la Providencia, por diez años; cada arrendatario estaba obligado a hacer durante esos diez años, que empezaron a contarse desde el 1 de julio de 1787, edificios por valor de 3,000 libras y uno de ellos por 7,000.

Si las construcciones están por encima de ese valor, los arrendatarios, tendrían otros diez años de disfrute por medio de una retribución ya establecida; cuando expiraran esos veinte años, todo el terreno y los edificios deberían ser devueltos en buen estado a la Providencia, sin ninguna indemnización por su parte.

Así se formaron muchas casitas de recreo, que ofrecían un aspecto variado debido a la irregularidad del terreno y los distintos adornos con que se buscó dar carta de naturaleza a ese suelo ingrato, donde no se puede intentar más que el cultivo de algunas frutas y legumbres, por medio del agua que procuran las fuentes y los torrentes.

Acabo de decir que en el extremo de esta especie de pequeño suburbio estaba el cementerio de la Providencia, que se puso allí en 1746, en una época en la que se estaba lejos de suponer que los vivos, guiados por el placer, vendrían aquí a buscar refugio.

Este cementerio tenía 100 pies de largo de norte a sur y 60 de ancho de este a oeste y lo había establecido Castelveyre, indignado de que se depositaran al azar los cuerpos de los negros y de los no católicos; de que se hubieran tirado a pozos secos y al mar, de manera que, devueltos a la costa, se convertían en presa de los animales.

Los oficiales de policía del Cap y los Administradores habían encontrado conveniente ese lugar y ya estaba rodeado de un ancho seto, a la espera del cierre de mampostería que se hizo con posterioridad, cuando los jefes de la Colonia aprobaron esta nueva obra del piadoso Castelveyre.

En septiembre de 1746 se puso más al oeste, en la orilla opuesta del torrente del Cap, este último refugio de los hombres que distribuyeron para que pudiera servir de sepultura a los enfermos de la Providencia, a los ajusticiados, a los no católicos y a los negros no bautizados.

Rozando el límite oeste del terreno acotado por la Providencia, hay un establecimiento al que todo hombre sensible debe un tributo de reconocimiento.

Desde que África proporciona agricultores a las colonias americanas, los corazones en los que no se habían acallado los sentimientos de la naturaleza, estaban soliviantados de ver el estado de abandono en el que se dejaba a los africanos enfermos que traían los navíos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Hacinados en almacenes muy cerrados situados en el centro de la ciudad, cuyo aire no era el más adecuado para su restablecimiento, se convertían muy a menudo en escenario de terribles epidemias y ofrecían el espectáculo desgarrador de la humanidad infravalorada por la codicia.

Un joven cirujano, convencido de que la avidez se engañaba a sí misma, ideó el proyecto de un hospicio donde los cuidados constantes pudieran conservar a los seres valiosos y se propuso enriquecerse haciendo el bien.

La oportunidad se le presentó por una orden del procurador real del 25 de noviembre de 1782, que obligaba a transportar fuera de la ciudad a todos los negros de carga enfermos.

Primero recogió a muchos en un sitio tomado y dispuesto a toda prisa; después, mediante su empresa, adquirió una pequeña plantación en el lugar que le digo al lector en este momento y desde febrero de 1783, estuvo en condiciones de cumplir con su cometido.

Los señores de Bellecombe y de Bongars apoyaron este proyecto y el médico y el cirujano del Rey aprobaron los puntos de vista y las disposiciones del señor Durand, cirujano mayor del almirantazgo.

El 16 de marzo de 1786, una ordenanza de los señores de Coustard y de Marbois, consolidó el establecimiento para el tratamiento de los negros enfermos que provenían de los cargamentos, con la facultad no obstante para los particulares, de tratarlos en otra parte si lo juzgaban oportuno.

La situación de este hospital llamado *Casa de salud*, es espléndida porque está en alto, por su aislamiento y por estar enclavado en una garganta donde el aire está más activo por el mismo hecho de que su paso por allí es más veloz.

El edificio principal tiene 100 pies de largo y su división en múltiples salas facilita el separar por sexos y a los pacientes de diferentes enfermedades. Otras construcciones están destinadas al alojamiento del cirujano, que reside en el hospicio y lo dirige y a los componentes del servicio.

Cada día cuesta 50 monedas o la mitad solamente cuando los enfermos no son alimentados a costa de la casa.

Particulares de la ciudad, que aprobaban el establecimiento y que difícilmente encontrarían las mismas ayudas para sus negros, los enviaban a esta casa, donde pagaban 4 libras al día; se les trataba aparte de los primeros.

De este establecimiento se pueden esperar los efectos más saludables, ya que en sus comienzos, cuando todavía debían faltar muchas comodidades, desde agosto de 1782 a enero de 1783, de 672 enfermos solo murieron 110, lo que no llega a un 6%.

Cuando se piensa que sin esta casa de salud habrían perecido varios miles de seres, que para ser salvados del escorbuto que les ataca en el mar no necesitan sino un aire puro y alimentos sanos, bendecimos la idea del señor Durand, aplaudimos su celo, su sensibilidad y contemplando su hospicio y el bonito jardín que forma parte de él, el corazón se enternece y se deshace en elogios.

Todavía me falta hablar, para terminar con este cantón que llamaré con gusto el cantón de la benevolencia, de otra empresa coronada con menos éxito pero más gloriosa aún para su autor.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En 1756, el número de personas de color libres empezaba a aumentar, sin que sus recursos siguiesen la misma progresión; se veía a estos desdichados errando por la ciudad del Cap, sin pan ni refugio y a veces hasta abrumados por enfermedades y dolencias.

El padre Daupley, jesuita, entonces párroco de los negros, conmovido por ese espectáculo, intentó que se interesaran los señores Brévignon y Grandjean, hombres de negocios y administradores de las casas de la Providencia y les comprometió a donar, en el vasto terreno de la de hombres, un lugar donde se pudiera construir una residencia para recoger a esos desgraciados.

Conseguida esta primera muestra de humanidad, quedaba lograr una segunda todavía más grande; era que alguien se encargara de la construcción de la residencia y dirigiera la especie de hospicio que demandaba la piedad. La elección del padre Daupley recayó sobre el ser que voy a dar a conocer.

Aloou Kinson, nacido en la *Costa del Oro africana* en 1714, fue comprado allí por el capitán Bertrand y vendido en el Cap al señor Thoumaseau albañil, que le enseñó su oficio.

El 31 de marzo de 1736 fue bautizado en la misma ciudad y recibió el nombre de Jean Jasmin. A su muerte, ocurrida en 1738, el señor Thoumaseau dejó a Jasmin a un tal señor Louis, contratista de los trabajos del Rey, con el ruego de conseguirle los medios para adquirir su libertad.

Jasmin, encargado por el señor Louis de la construcción de las prisiones y el polvorín de Saint-Marc, mereció por su conducta e inteligencia que su amo lo libertara el 10 de noviembre de 1741; los señores Larnage y Maillart ratificaron su libertad el 12 de marzo de 1749, obligando a Jasmin a pagar 150 libras a la comunidad de las religiosas del Cap.

El 10 de mayo siguiente, Jasmin se casó con Catherine, negra foëda de la Costa del Oro que entonces tenía 28 años y era liberta del señor Nanat.

Jasmin construyó en tres meses y a su cargo, en el oeste de la Providencia de hombres, a 15 toesas de la orilla izquierda del torrente del Cap y a 30 toesas del punto donde ahora recibe la corriente de los cuarteles, una casa de mampostería de 36 pies de largo por 28 de ancho de una sencilla sola planta, cubierta de palmas y dispuesta de manera que pudiera recibir enfermos en cuatro habitaciones con un gran pasillo en el medio.

Allí, desde hace casi cuarenta años, Jasmin, conocido bajo el nombre de Jasmin Thoumaseau, de la unión del suyo con el de su antiguo amo, ejerce la hospitalidad más generosa, empleando sus cuidados, los de su mujer, doce de sus negros y su propia fortuna en el alivio de las personas de su clase.

Este lugar puede recibir fácilmente doce enfermos, pero a veces tiene dieciocho pues Jasmin no es capaz de rechazarlos cuando puede acogerlos, aunque estén todos incómodos.

Este hospicio caritativo contó siempre con la ayuda del jesuita párroco de los negros, pero desde la expulsión de esa orden, desapareció este apoyo. Jasmin no dispone pues de ningún recurso que no sea el producto de una colecta que tiene lugar el Jueves Santo en la adoración de una cruz que sitúa en uno de los gabinetes del hospital.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Allí, las personas de color aportan cerca de 500 o 600 libras, que están lejos de cubrir los gastos de Jasmin.

En los comienzos, los cirujanos encargados del cuidado de las Providencias, iban algunas veces a visitar el hospicio de Jasmin, pero ese interés se extinguió.

Hasta fueron capaces de pedir una retribución y su iniciativa decidió a Jasmin a llamar a un cirujano de su elección en los casos especiales en los que no pudiera evitarlo, pues Jasmin fue el fundador, el hospitalario y el médico de este hospital.

Le pudo proporcionar todavía más cuidados a partir del 22 de diciembre de 1768, ya que el señor de la Ferronnays, segundo comandante del Cap, le eximió de servir en las milicias, en las que tenía la función de sargento de la compañía de negros libres.

Esta exención se renovó inclusive el 6 de junio de 1770 a través del señor de Choiseul, su sucesor, que la basó en las obras de caridad que Jasmin hacía a diario.

En 1778, este valioso negro tuvo la idea de agrandar su casa que ya era insuficiente. El padre Colomban, prefecto apostólico, presentó su petición al comité de las Providencias.

Quería el permiso para añadir, *a su costa*, tres o cuatro habitaciones de mampostería al oeste de las ya existentes, de hacer algunas excavaciones y de recoger piedras en el torrente y en el terreno, ofreciendo pagarlo todo y proporcionar de por vida, gratuitamente, la subsistencia, los vendajes y los medicamentos necesarios para el hospicio. Un decreto del comité, del 12 de febrero de 1778, accedió a sus demandas.

Jasmin había hecho ya levantar un muro de 80 pies de largo para contener las tierras a lo largo del torrente y formar una meseta capaz de recibir las nuevas obras, cuando un proyecto de enderezamiento de esa corriente lo obligó a suspenderlo.

Así estaban las cosas en la época en que la administración de las Providencias puso en marcha , en 1786 los arriendos enfitéuticos de los que ya he hablado.[52]

¡Es increíble! Se derribó el muro de 80 pies y con él desapareció la posibilidad de ejecutar el plan de ampliar el alojamiento.

Los vecinos que contrataron los censos enfitéuticos hicieron construcciones, terraplenes, desmontes y el recorte de las tierras disminuyó hasta el antiguo local ocupado por el hospicio de Jasmin.

Este establecimiento, ignorado por casi todos los habitantes de la ciudad del Cap, está expuesto pues a los caprichos y hasta a las injusticias a pesar de su utilidad, que muestra uno de los más hermosos ejemplos dados por la virtud que inspira tener ánimo para las cosas que valen la pena.

Los trabajos de Jasmin, tan dignos de elogio, son ignorados o despreciados. He visto y mi corazón todavía se indigna por ello, elevarse en todo el entorno de este hospicio, casas construidas para el lujo o para motivos que no hacen apología de las buenas costumbres y el asilo de los pobres disminuido y casi enterrado.

[52] N. de la T.: la enfiteusis es un régimen compartido de tenencia de tierra que disocia el dominio directo del propietario, del útil de la persona que usa y aprovecha la finca mediante el pago de un canon a aquel.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Lleno de una profunda veneración por Jasmin, me atreví en 1788, a prometerle que obtendría del ministerio una autorización expresa para su hospicio.

Todavía no puedo acordarme sin que lágrimas de ternura casi se me escapen de los ojos, de la alegría que sintió. Sondeé a las personas más respetables del Cap y todas fueron unánimes en cuanto a Jasmin, que era casi octogenario y estaba decidido a dejar, después de su muerte, una parte de su fortuna al hospicio.

Partí admirando a ese otro Castelveyre, que quería que aceptase incluso una suma para los gastos, que él creía que tendría al hacer las solicitudes. Sus bendiciones, sus deseos, hasta sus regalos pues fue necesario, para no ofenderlo, aceptar dos cabras lecheras y algunas frutas de su pequeña plantación de Morne-Rouge; todo me siguió hasta el barco y la esperanza de servirle me acompañó durante todo el viaje.

Entregué un memorándum al ministro, el señor de la Luzerne, que me encargó hacer un proyecto que diseñé de cartas de patente. Asimilaba el hospicio de Jasmin a las otras Providencias y le di el nombre de *Providencia de personas de color libres.*

Dos hombres de color debían ser sus administradores, nombrados por los parroquianos del Cap para dos años, de manera que hubo uno de remplazo todos los años, salvo cuando hubiera reelecciones si se juzgaba oportuno.

Estos administradores debían rendir sus cuentas al comité de las Providencias, constituido por las cartas de patente de 1769, el cual debía dirigir la nueva Providencia como las otras; sin embargo sus decretos con respecto a ella, no debían ser válidos si no tenían la aprobación de los dos jefes de la Colonia.

El hospicio estaba autorizado a recibir donaciones de hasta 600,000 libras; los tribunales podrían adjudicarle las multas en que incurrieran las personas de color libres; Jasmin y su mujer fueron nombrados primer hospitalario y primera hospitalaria y en el tablero de bienhechores, que debía colocarse en un lugar visible del hospicio, se nombraría primero la Providencia de los blancos y acto seguido a Jasmin y Catherine, su mujer.

En el momento en que creía que todo iba a solucionarse, el ministro pensó que este asunto era de una naturaleza tal, que había que comunicar previamente a los Administradores de la Colonia.

Les envió por consiguiente una copia de mi memorándum y del proyecto de las cartas de patente. El ministro les escribió, el 12 de marzo de 1789, que el establecimiento parecía muy útil; y hasta creía que era necesario nombrar a Jasmin primer administrador de por vida.

Igualmente, adoptó tres proposiciones mías; una, enviar a Jasmin una medalla de oro con esta inscripción: *Jean Jasmin fundador de la Providencia de las personas de color libres del Cap, en 1756*; la segunda, concederle una pensión honorífica; la tercera concederles la libertad a varios esclavos que sirvieran en el hospicio durante cinco o seis años.

Miembro de la Société Royale d'Agriculture de París, les informé de las virtudes de Jasmin y esta decretó en su sesión del 26 de marzo de 1789 que le concederían una medalla de oro como premio al mérito rural, en vista de que empleaba los productos de su pequeña plantación en provecho de su hospicio.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

También era miembro de la Société des Sciences et Arts del Cap y tuve la oportunidad de escribir a mis colegas sobre lo que había hecho en lo relativo al establecimiento de Jasmin.

Enseguida, los señores Arthaud y Roulin, miembros también de la Société y médico y cirujano del Rey respectivamente, fueron a visitar su hospicio donde encontraron a trece desdichados que debían su existencia a sus bondades.

En el informe de esta visita que enviaron a la Société, esta encontró justo y placentero decretar, el 20 de julio, que concedería en su sesión pública del 15 de agosto, una medalla de oro a Jasmin con el emblema del Círculo en una cara y en la otra estas palabras: *Del Círculo de los Filadelfos a J. Jasmin, N. L., fundador de un hospital en el Cap para las personas de color libres pobres.*

Sabiendo entonces que los Administradores acababan de recibir la carta en la que el ministro les consultaba, la Société creyó que debía escribirles el 30 de julio para comunicarles la concesión de la medalla.

Les encarecían a otorgársela y con el señor Coustard, que acababa de asumir en el Cap las funciones de segundo comandante y el señor Jauvain que ejercía desde hacía tres años las de ordenante, encargaron recabar informes según la carta del ministro.

El 11 de agosto el Círculo recibió una carta firmada por los dos últimos que ordenaba a la Société suspender la concesión de la medalla, lo que en la Colonia equivalía a una prohibición.

Vemos así como las mentes estrechas se convierten en un obstáculo para los mejores designios. Vemos así que un lugar donde los infortunados podrían haber ido a buscar la curación y expirar sin experimentar al menos los horrores de la desesperación, no pudo abrirse a todos aquellos que lo necesitaban.

¡Eh, admitid que entren allí, fríos egoístas, aunque solo sea para ahorraros la pena de volver la mirada a la cara de la desgracia!

Sin embargo, mientras las personas de color hacen algunos legados piadosos, las Providencias de los blancos, donde no se les admite, no desdeñan recogerlos.

Mientras que las personas de color dan lugar a la imposición de algunas multas aplicables a las Providencias, la de los blancos no se sonroja cuando las recibe.

Cuando las personas de color mueren donde Jasmin, es desde las Providencias de los blancos de donde vienen a reclamar sus miserables efectos.

Si los sepultureros y porteadores de la Providencia entierran a esas mismas personas, no se avergüenzan de reclamarle a Jasmin los gastos del entierro.

¡Que haya personas que creen que tienen más bien que impedirlo cuando no haría falta más que un poco de buena voluntad para dotarlos de nuevos recursos, no importa de qué se trate!

La Providencia de hombres tenía un blanco loco que alborotaba la casa y lo enviaron donde Jasmin que se vio obligado a vigilar a este perturbado que ocupaba el sitio de varios enfermos. En 1788, un hombre cuyo espíritu estaba enajenado, vino a buscarlo voluntariamente y dejó la Providencia.

¡Qué decir de una gran ciudad donde nada debería escapar a la mirada de aquellos cuyo primer deber es el de proteger cualquier cosa que lo merezca, una multitud de pobres no tengan más que a un negro como ayuda!

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Este hombre respetable, cuyos trabajos son bendecidos por el Poder Supremo que vela por la virtud para volver habitable la tierra, posee un pequeño terreno de once cuadrados en Morne Rouge, en la parroquia de la Llanura del Norte, donde cultiva algunos víveres para su consumo y el de su hospicio.

También es dueño de cinco emplazamientos en la ciudad del Cap, de los que dos están en la calle Saint-Joseph, dos en Cimitière y uno en la Haha, de veinticinco negros de los que le sirven doce, así como del hospital, en cuya vecindad tiene su casa.

Al llegar a los 75 años, su vejez es la de una persona a la que sostiene una mano invisible y su única pena es pensar en el abandono de su hospicio cuando él muera en vista del descuido, yo diría que incluso persecución, de la que es objeto.

Su mujer, de 71 años, comparte sus miedos y sus cuidados caritativos. El cielo, que le ha dado tantos pobres como hijos, no quiso sin duda que los tuvieran en su matrimonio; sin embargo los adoptaron. Son dos niños de color que dejaron en su puerta cuando nacieron y que reciben unos cuidados que demuestran cómo la confianza de los autores de sus días era merecida.

Que la esperanza no muera en el fondo de tu corazón ¡Virtuoso Jasmin! Si los testimonios de tus esfuerzos pasan desapercibidos para la mayoría; si un prejuicio, con el que tus obras no tienen nada en común, no permite que se te estime en lo que vales, consuélate.

Una voz consagrada a la verdad, al panegírico de los buenos y a la reprobación de los malvados, habrá publicado tus méritos. Esa voz será escuchada y otras miles se convertirán en sus ecos.

Si pagas a la muerte un tributo inevitable antes de que un poder protector ampare el asilo que dedicaste al infortunio, tu nombre, conservado para admiración de nuestros descendientes, hará que renazca del mismo seno de sus escombros.

¡Los corazones sensibles pondrán allí un día ese nombre venerado y la censura pública será entonces compartida por todos aquellos que, incapaces de imitarte, habrán dicho que recompensar tu benevolencia hubiera sido amenazar la política de la Colonia; se juzgan importantes porque creen que tienen el derecho de envilecerte!

Enfrente de la Providencia de hombres y en todo el espacio que hay entre la calle del mismo nombre y la de Sainte-Marie, se halla una plaza llamada Champs-de-Mars.

El torrente Cazernes, que seguía antaño el borde sur de un aplastamiento del pico venía a cubrir casi toda la superficie de esta plaza y pasaba con una dirección casi este oeste, a 100 pies al norte de los cuarteles. Llegado hacia la mitad de la plaza actual, giraba al nordeste, iba a atravesar en diagonal el terreno que está entre la Providencia de hombres y las prisiones y no llegaba al torrente del Cap sino un poco por encima de estas últimas.

Toda esta extensión no era pues más que un terreno montañoso, donde estuvo la academia del cañón para los bombarderos hasta la llegada de los soldados del cuerpo real, traídos por el señor de Belzunce, época en que esta academia fue unida a la del mortero, que estaba en la Fossette.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Después, este local de algún modo abandonado, se transformó en cloaca por las descargas de las letrinas de los cuarteles en la corriente del mismo nombre y por las inmundicias que se tiraban.

Con todo, se veía, en 1781, una hermosa casa en la esquina noroeste de las calles Sainte-Marie y Sainte-Avoye y otra hacia los dos tercios de la plaza, al oeste. Los cuarteles estaban infectados; todo el barrio compartía esta contrariedad.

Se acababa de transformar en hospital la casa de la Providencia; todo exigía un cambio. Lo decidieron los señores Lilancour y Le Brasseur el 1 de octubre de 1781 y enseguida empezaron los trabajos.

El torrente de Cazernes o de Douet, como mandaba una ordenanza de los Administradores del 19 de febrero de 1766, solicitada desde entonces por los de la Providencia, fue bastante desviado por encima de los cuarteles y llevado al del Cap por encima de la Providencia.

Sobre él, como dije, pasa el puente por el que se llega a los emplazamientos dados al arriendo enfitéutico. El terreno montañoso fue aplanado y se convirtió en una hermosa plaza de 60 toesas de largo por 44 de ancho, en cuyo cuatro costados hay una avenida de árboles alineados sobre las calles Sainte-Avoye, Providence, Sainte-Marie y una anónima al oeste.

Se hicieron muros en terraza del lado de los cuarteles y de la Providencia para contener las tierras, en vista de que hay 33 líneas de pendiente por toesa del oeste al este y 24 líneas por toesa del sur al norte.

La parte delantera al oeste y una indemnización justa, se entregó al propietario de la casa que estaba al sudoeste y el plan hizo visible el edificio que se construyó allí, después del cual se encuentra el pico del Cap.

Se debía levantar una fuente en medio de esta plaza, cuyo nombre viene de Champs-de-Mars, en la vecindad de los cuarteles, cuyas tropas vienen aquí a maniobrar.

Bajo la calle que está entre la plaza y la casa que la bordea al oeste, se hizo un canal subterráneo que lleva las materias de las letrinas al torrente del Cap.

Costó, junto con el desvío de la corriente Douet, 40,000 libras; el nivelar la plaza y sus terrazas 75,000, a lo que se puede añadir más de 25,000 por plantar los árboles, la indemnización pagada al señor Ruotte por el desplazamiento de su casa, etc.

Solo podemos aplaudir, no obstante, que se formara el Champs-de-Mars; únicamente hay que lamentar que entierra más la casa de la Providencia, que es indispensable poner, al menos, al mismo nivel.

Los cuarteles tienen totalmente al este y al oeste el mismo alineamiento que el Champs-de-Mars, en cuyo lado sur están emplazados; la calle Sainte-Marie está entre ellas al norte.

Los cuarteles y el Champ-de-Mars se hallan en el extremo de la antigua sabana del Cap, en la plantación Gobin, cuyo dueño fue después el señor de Charrite, que hasta había establecido una carnicería que vimos muy posteriormente a esa época, en lo alto de la calle Sainte-Marie, que era entonces la de Canal.

El Rey adquirió esta sabana antes de 1750, cuando pertenecía al señor Lamanoye. Habiendo anunciado el ministro al señor de Constans, gobernador general, en una

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

carta del 26 de noviembre de 1749, un refuerzo de mil hombres, ordenó alojarlos en barracones hechos en ese terreno, si llegaban. De ahí el proyecto de los cuarteles actuales.

Al principio, las tropas se habían alojado en casas de particulares y después en locales alquilados al efecto. Enseguida se las llevó a la antigua panadería, que era un viejo edificio de madera podrida y abierto a todos los vientos.

Cuando llegaban reclutas, se les metía en barracones, con lo que al estar expuestos a la alternancia del excesivo calor del día y el aire húmedo de la noche, caían enfermos y la mayor parte moría.

Se decidió pues edificar los antiguos cuarteles convertidos en arsenal, donde se pudieron meter 160 hombres, de entrada.

El edificio de los cuarteles, como demuestra la vista de él que hice grabar, sería considerado hermoso en la mayor parte de las ciudades más conocidas del reino. Construido en mampostería y piedra de sillería, es realmente imponente y es una pena encontrarlo en el alineamiento de una calle que oculta su exterior porque es muy poco ancha.

La primera piedra de los cuarteles se puso en septiembre de 1752, bajo el mandato general del señor Dubois de la Motte, la intendencia del señor Laporte Lalanne y la dirección del señor Rabié, que diseñó los planos.

Ese edificio de los cuarteles, que tiene 462 pies de largo por 392 de ancho, se compone de diez cuerpos de construcciones. En sus orígenes se podían alojar allí, como hoy en día, 20 capitanes y 50 lugartenientes, pero solo 1,120 soldados en cuartos pequeños y sofocantes.

A través de cambios propuestos y efectuados en noviembre de 1781 por el señor Hesse, ingeniero, se puede alojar el mismo número de oficiales y 1,624 hombres. De las arcadas practicadas en los muros de refuerzo, se hizo una habitación grande de dos pequeñas, que recibe la brisa desde cualquier punto que sople.

Hay 80 cuartos de soldados, 75 de oficiales, 12 cocinas, una capilla, dos prisiones y dos celdas. Todos esos edificios encierran un patio de 282 pies de largo por 252 de ancho.

La puerta que está enfrente de la calle Saint-François-Xavier, conocida también con el nombre de Cazernes, tenía antaño la parte superior y el marco en piedra de sillería, que los temblores de tierra aconsejaron demoler.

La puerta, al no estar ceñida, está pues abierta por arriba; la decoran cuatro columnas dóricas acopladas y exentas. Al otro extremo del patio y enfrente de la entrada, está la fuente que sirve de frontispicio a la capilla.

Esta fuente está adornada por dos columnas y dos pilastras jónicas adosadas y exentas. Todo el orden, que tiene 40 pies de altura, está coronado por un arquitrabe en cuyo centro están esculpidas las armas de Francia.

En cada lado hay dos pedestales o basas para recibir dos figuras que representan los ríos. El nicho de la fuente es semicircular y su parte superior es de rocalla; en el intermedio hay tres compartimentos provistos de gotas y en la parte inferior, que está unida, se encuentra una máscara cuya boca sirve para que pase el agua.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esta cae en un estanque semicircular, como el nicho que este termina y donde se viene a coger agua subiendo varios escalones por encima del nivel del pavimento del patio.

El interior de la capilla está decorado con seis pórticos de orden jónico. Todo el conjunto tiene 20 pies de altura. Las pilastras, que están adosadas, sobresalen un cuarto de su grosor, con excepción de las cuatro columnas del fondo, que están exentas.

El lado norte de los cuarteles no se encuentra precisamente alineado con la calle Sainte-Marie y se encuentra incluido un intervalo de 6 toesas de ancho.

Al borde de este espacio, al oeste, están las letrinas de las que tendremos además que ocuparnos sin falta, para librar a la Providencia de hombres de su canalización.

Detrás de los cuarteles hay un poco de terreno llano, que se acaba de destinar a un uso magnífico para la ciudad, construyendo allí los lavaderos, a los cuales proporciona el agua el torrente Douet. Este punto también termina la ciudad al oeste.

Inmediatamente al sur de los cuarteles y solamente con un espacio de 24 pies, hay lo que se llama las nuevas casernas o casernas de picadero, cuya historia tiene algo de extraño.

Habiendo ordenado el ministro que se instalaran tres compañías de dragones a caballo en la guarnición de Santo Domingo y repartirlas en las tres ciudades de cabecera, se envió una al Cap a principios de 1772, después de haber avisado que prepararan cuadras para los treinta caballos que llevarían y que fueron comprados en l'Artibonite.

Los cuarteles grandes no tenían sitio más que para los hombres y se compró un local que estaba cerca al sur; como era vasto, el ingeniero dio rienda suelta a su imaginación; hizo un plano del picadero, con cuadras, almacenes de forraje, un cuerpo de guardia, un alojamiento para el guardia y para ir a la velocidad requerida, se trabajó a destajo en el desmonte y se preparó un desembolso de 80,000 libras. Los Administradores pudieron sin embargo detener ese ardor y rebajar la cantidad a 32,000 libras.

En 1776 se retomó de nuevo el trabajo de los nuevos cuarteles, pero el plan todavía tenía defectos. Apenas se había escarpado el terreno que esas nuevas casernas debían ocupar y solo en parte estaba en la sección que describo en este momento.

Únicamente se había empezado a trabajar en la fachada, cuando el señor d'Argout, que en 1777 acababa de tomar posesión del gobierno general, prohibió que se continuara. Hubiera hecho falta un desmonte de más de 400,000 libras para conseguir un mediocre resultado.

Los cuarteles, en tiempos de paz, solo son suficientes para alojar a las tropas de infantería de la guarnición y tuvimos la prueba en la guerra de 1778, que costó a los habitantes de la ciudad, descontando incluso lo que el Rey les concedió para albergar a los oficiales, 170,000 libras al año, a lo que hay que sumar el alquiler de las casas tomadas por el Estado para alojar a los soldados.

Una ordenanza de los Administradores del 6 de febrero de 1784, había prometido a los ciudadanos del Cap que estarían exentos desde entonces de albergar a las tropas, a excepción del caso en que hubiera una enorme cantidad de ellas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pero esos jefes prefirieron, cuando los desastrosos sucesos del señor de Grasse, que trajo allí un gran número de ellas, escribir, el 19 de abril de 1782, a los habitantes de la planicie del Cap para pedirles que acogieran el problema que suponían seis mil hombres, lo que aquellos aceptaron con un entusiasmo recomendable. Hasta se envió a Limonade el regimiento español de Zamora.

Por último, llego al establecimiento de las Damas religiosas con el que debo terminar la cuarta sección.

Sabemos ya que el padre Boutin fue su promotor y que con él sustituyó el hospital de la Misericordia y la casa de los Huérfanos.

Desde 1710, el señor de Charrite tenía la idea de contar con religiosas para la educación de las jóvenes criollas y en una de sus cartas al ministro decía que nada sería tan conveniente para hacer agradable la estancia en la Colonia, como tener mujeres instruidas y criollas amables que estuvieran muy bien preparadas para el futuro.

El padre Boutin se ocupó de realizar el proyecto y escapar de ese modo a las pequeñas zancadillas de algunos religiosos de su orden. Primero se dirigió a las hospitalarias de la Rochelle, que pertenecen a la Congregación de Notre-Dame, oriunda de Burdeos, que poseía varias casas en la Guayana, Saintonge, Périgord y otras.

A estas religiosas les gustó el plan y el padre Boutin confeccionó una lista de los bienes de la casa de los Huérfanos, que consistían en los emplazamientos y edificios que describí en la Tercera Sección.

También era dueña de la pequeña plantación del pico del Cap, al norte, conocida hoy bajo el nombre de plantación de las Religiosas, compuesta por 21 cuadrados, en la que había un horno de cal que producía 3,000 libras de renta y 23 negros; añadió la promesa de dar 2,000 libras, que era lo que calculaba que ganaba como párroco.

En base a ese pequeño inventario, la señorita Guimon, directora de la casa de Huérfanos, a quien el padre Boutin había designado para donar todos esos bienes, firmó el 1 de febrero de 1721 el traspaso que hacía de las posesiones de ese hospicio a las religiosas hospitalarias de la Rochelle, con la condición de que su hermana codirectora y ella fueran alojadas, alimentadas y vestidas por la nueva comunidad que les daría 150 libras al año; si quisieran irse, se les darían a cada una 4,000 libras y se llevarían sus muebles, dos negras y un negrito.

La priora de las hospitalarias aceptó esas condiciones y el padre Boutin envió el 28 de agosto siguiente, en su nombre, una petición a los jefes de la Colonia para obtener su aprobación en cuanto al establecimiento proyectado, a fin de que la priora pudiera estar autorizada para conseguir del ministro las órdenes necesarias y que las religiosas se embarcaran.

El intendente reenvió la petición al Consejo Superior del Cap para deliberar con los notables y juzgar si el establecimiento sería útil y estaría suficientemente fundamentado.

El 2 de septiembre, el Consejo ordenó que el senescal haría el inventario de los bienes ofrecidos, que estarían a cargo de los mayordomos de parroquia del Cap;

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

expulsó a las señoritas Guimon (lo que lesionaba el reconocimiento y manifestaba la usurpación de un poder que no le correspondía) y anuló todas las donaciones personales que hubieran podido hacerles; después convocó a los notables para deliberar sobre la petición de la priora de la Rochelle.

El intendente fijó la convocatoria para el 22 de septiembre, llamó a los comandantes de barrio y autorizó al gobernador del Cap a hacer venir a otros notables cuya necesaria ayuda evaluaría.

En esta asamblea, en la que se encontraban el gobernador y el mayor del Cap, seis consejeros, el procurador general, el superior de la misión de los jesuitas, el fundador, padre Boutin, el párroco del Cap, diez notables y todos los oficiales de la milicia, los jesuitas declararon que el padre Boutin tenía derecho a disponer, del producto de sus ingresos en favor de la casa de los Huérfanos y destinarlo a un establecimiento de religiosas y el superior repitió de esta manera lo que había declarado por escrito el 1 de septiembre.

Enseguida se decretó por unanimidad, con la venia del Rey y los Administradores, que las hospitalarias podían traer tres religiosas que, con las señoritas Guimon, cuya dedicación fue elogiada, comenzarían el establecimiento.

Que estas señoritas serían conducidas hasta allí bajo la dirección del mayordomo de parroquia.

Que estas religiosas se contentarían con lo que se les había ofrecido y que tendrían que tomar cartas de patente e ir al Cap en el transcurso de un año, a su costa.

Que el establecimiento estaría sujeto a la norma general y estaría gestionado por dos directores, espiritual y temporal y por un síndico elegido por el Consejo Superior.

Por último terminaron con la recepción de la declaración del padre Boutin de que en el futuro, dedicaría sus ingresos a este establecimiento que se creía inminente, pero que tuvo que esperar todavía mucho tiempo.

Las religiosas de la Rochelle pusieron objeciones cuando tuvieron que enviar hermanas y el padre Boutin se dirigió entonces a las de Périgueux de la misma congregación y que eran de su misma provincia.

Estas determinaron y solicitaron ellas mismas las cartas de patente que se expidieron en noviembre de 1731. He aquí las disposiciones:

Las religiosas viven en comunidad siguiendo las reglas y normas de su orden. En lo espiritual están dirigidas por el párroco del Cap; en lo temporal, por un síndico nombrado por el Consejo del Cap cada tres años.

Este síndico debe rendir sus cuentas al gobernador del Cap, al comisario de la marina, al procurador general, al párroco y a la superiora.

La comunidad, fijada en seis religiosas y dos novicias todo lo más, está sometida a las normas generales y particulares de la Colonia. No puede tener novicias que sean de la misma, ni pedir nada, ya sea al Gobierno, ya sea a la Colonia. Las religiosas están autorizadas a tener pensionistas y externas.

Por último, las religiosas embarcadas en Rochefort en un barco del Rey, llegaron en 1733 al Cap. Eran las señoras de Beauchesne, de la Brousse, de Fontenilles, de Bourbec y de Grezeau, del convento de Périgeux; dos hermanas novicias del

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mismo y la señora de la Motte, del convento de Saintes; encuentro en todas partes alabanzas por esta elección.

El padre Boutin redobló su entusiasmo viendo el éxito de sus desvelos y no paró de trabajar en el crecimiento de este establecimiento.

Fue necesario rechazar a varias pensionistas en el primer momento por falta de alojamiento. El 10 de septiembre de 1733, el Consejo nombró al señor Laty como primer síndico de esta comunidad, en la que el padre Boutin fue siempre fue bienvenido.

Muy estrechas en su local, al este de la calle Espagnole, aunque el señor Vienne les permitió cerrar el extremo de la calle que lleva hoy día su nombre, las religiosas declararon que tenían que rechazar cincuenta pensionistas al día y pidieron permiso para comprar terrenos al otro lado de esta calle, en el que podrían tener un edificio para sus pensionistas, un jardincito y agua.

El ministro escribió a los Administradores, el 16 de junio de 1737, para que autorizara esta adquisición, siempre y cuando estuviera exenta de problemas.

Pero las religiosas querían imitar a los jesuitas y unir su casa al terreno que iban a comprar, interceptando la calle Espagnole; este plan tuvo muchas dificultades.

Por último, una ordenanza del 16 de agosto de 1739 de los señores Larnage y Maillart, decretó que las religiosas no construirían más en el antiguo establecimiento, sino solamente al oeste de la calle Espagnole.

Que incluirían en su recinto la calle Religieuses, que pasaba por allí, de este a oeste.

Que durante tres años, cerrarían la calle Espagnole entre el antiguo y el nuevo convento para reabrirla después sí, así como la Religieuses hasta el este de la Espagnole.

Otras dos ordenanzas de los mismos Administradores, fechadas el 24 de julio de 1739 y el 1 de abril de 1740, les permitieron traer de Nueva Inglaterra la madera para la construcción.

El 22 de junio de 1740, nuevas cartas de patente les autorizaba a ser doce religiosas y tres novicias. En 1745 se convirtieron en propietarias de ocho isletas que estaban en su recinto, cuyo muro estaba ya levantado y adonde fueron, antes de finales de junio de 1746, porque el cuerpo principal de la casa ya estaba terminado.

El 27 de diciembre de 1779, las religiosas de Notre-Dame obtuvieron además una declaración del Rey que decía que en el futuro serían dieciocho, de las que seis podrían ser criollas y que no tendrían más novicias. Nunca fueron tantas, sobre todo en cuanto a la proporción de criollas.

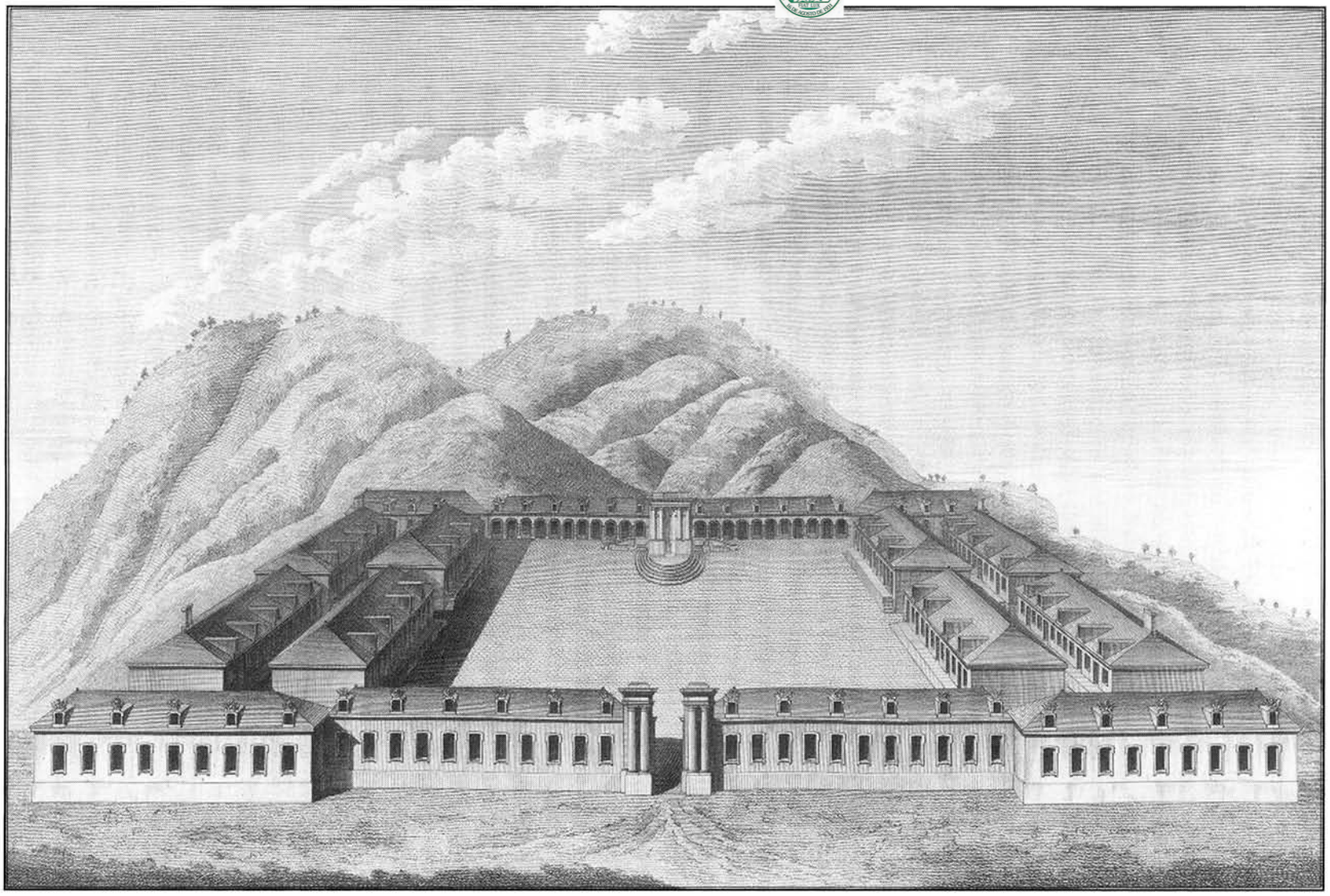
El Consejo del Cap, que pensó que la manera en que esta comunidad reclutaba provocaba muchos problemas, decretó provisionalmente, hasta la decisión del Rey, que los votos no podrían ser pronunciados antes de cumplir dieciocho años.

Las tropas enviadas a Santo Domingo en 1776 y 1777 y que estaban casi todas en el Cap, se hallaban alojadas precariamente. El señor de Argout, gobernador general, estaba tomando posesión del convento de las religiosas para solucionarlo.

Escribió al ministro que solo había dudado por temor a ser acusado de abuso de autoridad y le pedía una autorización para el caso en que esta medida fuera inevitable.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Vista de los cuarteles del Cap Francés
Isla de Santo Domingo

En consecuencia, recibió una orden del 17 de abril de 1778 que le detallaba lo que tendría que hacer entonces. El anuncio de la llegada de un regimiento de dos mil hombres a las órdenes del señor marqués de Saint-Simon, obligó a aplicarla.

Los señores de Reynaud y Le Brasseur reunieron pues, como decía la orden, al presidente, al decano y al procurador general del Consejo del Cap y deliberaron con ellos el 20 de julio de 1780.

Se decidió por unanimidad que el convento sería tomado por las tropas y que las religiosas serían llevadas a la casa de la propiedad del señor de Charrite padre, en Haut du Cap.

En 1781, los señores de Reynaud y Le Brasseur pensaron que estaría bien construir los cuarteles en el extremo occidental del jardín de las religiosas.

En consecuencia, suprimiendo de ese jardín todo lo que estaba después de la calle Saint-Jacques hasta la Vierges, hicieron abrir aquella como está todavía en el plano del Atlas y sobre ese terreno erigieron casernas que costaron 80,000 libras.

Por último, la paz dejó la ciudad del Cap con la guarnición ordinaria del regimiento de su nombre y se les restituyó a las religiosas su local, en el que entraron el 29 de junio de 1783, después de haber sido vuelto a bendecir por el prefecto.

Sin embargo se exceptuó lo que estaba suprimido desde entonces y separado por la calle Saint-Jacques, que se les entregó con ciertas condiciones el 11 de agosto de 1785.

Esta distracción, que fue muy criticada en sus comienzos por el ministro, al menos en cuanto a la precipitación, se miró con otros ojos cuando los señores de la Luzerne y de Marbois la justificaron en abril de 1787.

Con todo, el ministro escribió a estos últimos que si las religiosas continuaban reclamando el terreno necesario para la ampliación de su huerto, que les procuraba legumbres y otras delicias y rechazando 150,000 libras de indemnización era necesario devolvérselo, aclarándoles que en tiempo de guerra podría ser requisado de nuevo.

Por último, el rechazo contumaz de las religiosas les hizo volver a tomar posesión de la totalidad a principios de 1789, con la prohibición expresa de tocar las construcciones que se habían hecho y que costaron 405,309 libras.

El terreno completo de las religiosas tenía pues por límites, al norte la calle Saint-François-Xavier o de Cazernes; al este la Espagnole; al sur la calle Cimitière y al oeste la Vierges que seguramente les debe su nombre.

Tiene 92 toesas de largo por 44 de ancho. Encierra varios cuerpos de edificios, todos de mampostería. En su esquina nordeste, en la calle Espagnole, está la capilla que mide 60 pies de largo en la calle Saint-François-Xavier por 36 de ancho.

En junio de 1746 el señor de Larnage puso la primera piedra. Su entrada está en la calle Espagnole; la termina un pequeño campanario detrás del coro. Vimos que esta capilla había servido de parroquia al Cap durante mucho tiempo.

La entrada del locutorio está también en la calle Espagnole. Un edificio paralelo a la capilla, pero sin salida a la calle y que tiene un piso, sirve de alojamiento a las grandes pensionistas tales como las mujeres que tienen pleitos al separarse u otros motivos, siempre relativos al respeto por las buenas costumbres, que las llevan a entrar en el convento.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El Consejo del Cap incluso obliga a las religiosas a través de su síndico de asuntos temporales, a recibir a las esposas que litigan contra sus maridos.

El edificio principal está alineado al este de la calle Sainte-Sophie y su centro coincide con la Religieuses. Tiene 35 toesas de largo norte sur, por 40 pies de ancho; su ala septentrional tiene 20 toesas de longitud, pero la del mediodía no mide todavía más que 25 pies.

Un piso con graneros encima lo domina todo. Vemos además, en el extremo del ala sur, una avenida cuya ala norte no ha permitido conservar sino la fila más interior; otra avenida lleva desde la capilla al edificio, que se halla en la otra esquina de la calle Espagnole.

Hay que subir seis escalones para entrar en el gran cuerpo principal, del lado este; del costado del patio, hay un vergel donde los árboles están emplazados simétricamente.

El huerto está más lejos y también el excedente del jardín, que ha disminuido mucho la supresión de 1781. Están las dependencias del servicio de la casa o destinadas a proporcionarle goces muy apreciados siempre en una gran ciudad.

El 16 de diciembre de 1746, las religiosas habían obtenido del señor de Chastenoye el permiso para tomar agua de la plantación Lamanoye, al oeste de su convento para llevarla al mismo; más tarde, los jesuitas reunieron todas esas aguas en su recinto y decidieron conceder la mitad a las religiosas, pagando estas 5,120 libras 17 monedas y 9 denarios para contribuir a los gastos y las empezaron a disfrutar en 1759.

Pero en las obras de 1781, su parte de agua se la quedaron los cuarteles y después de devolverles su convento, se vieron privadas de ese precioso elemento. Se encontró justa su reclamación y por una ordenanza de los Administradores del 7 de junio de 1786, en la nueva distribución que se hizo del agua de la ciudad, obtuvieron una cantidad suficiente para sus necesidades, pagando ellas los gastos de conducción.

El establecimiento de las religiosas tiene grandes detractores y tenemos la prueba evidente en el pequeño número de pensionistas, que ahora no llegan a cuarenta o cincuenta cuando hace sesenta años eran más.

Este rechazo, hay que decirlo, tuvo como causa algunos ejemplos en el relajamiento de la supervisión de esas pensionistas y más aún de aquellas que tienen que no son blancas.

Por otra parte, la educación que imparten es siempre incompleta en lo que se refiere a las disciplinas agradables; en cuanto a mí, siempre me sentiré inclinado a que nuestras jóvenes criollas se eduquen en Francia, pues allí están al abrigo del despotismo del servicio de los esclavos, al que se acostumbran y acaban cogiendo gusto.

Pero es necesario sin embargo, que esto se haga siempre que se pueda asegurar que tendrán cuidados capaces de salvarlas de los peligros de un país donde las costumbres exigen la mayor vigilancia y donde se exagera constantemente su fortuna.

El convento del Cap puede ser útil además en muchos otros casos; por ejemplo, en esos tan comunes donde los segundos matrimonios proporcionan madrastras a jóvenes a quienes hay que liberar de esta odiosa dominación.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Las religiosas tienen siete clases; cuatro para sus pensionistas; otras tres donde 100 niñas de la ciudad aprender gratuitamente a leer, a escribir y la aritmética. Tres veces a la semana hay instrucción pública en materia religiosa. Cada año las pensionistas hacen una demostración pública de los deberes para con la iglesia.

No conozco exactamente las rentas de esta comunidad, pero sé que les bastan para sus gastos. Ha recibido varias donaciones.

El Consejo del Cap le concedió el 11 de diciembre de 1734, 30,000 libras de un legado del señor Colleno; el mismo tribunal homologó el 6 de julio de 1743, un donativo de 10,000 libras hecho por la señora le Tellier el 27 de julio de 1742, para ayuda en las obras, con la condición de alojar, alimentar, vestir y educar a perpetuidad a una joven huérfana y necesitada que elegirían la donante y sus sucesores.

El señor conde de Héricourt también instituyó a perpetuidad, todos los miércoles, una misa de *réquiem* en la capilla de las religiosas por el descanso del alma de su mujer.

En 1758, el señor Barraut les legó 2,000 libras para los ornamentos de su capilla. Aunque el síndico debe ser renovado cada tres años, el actual ha prolongado mucho su mandato, pues ya lo era en 1772.

Para reconvenir a la superiora de las religiosas, el ujier pidió un permiso por escrito del procurador general. Este magistrado y los Administradores de la Colonia, se arrogaron el derecho de entrar a veces en el interior del convento, siempre con un numeroso séquito: dudo que esto sea útil o decente.

Las religiosas de Notre-Dame, llamadas también *Hijas de Santa María*, visten un hábito negro, toca blanca y velo negro. Tiene un director espiritual particular que es un capuchino; hasta hicieron construir para él un pequeño alojamiento en el extremo noroeste de su terreno, casi a la altura de la calle Saint-Jacques.

Hay pocos tan inhóspitos como este, pues al no estar abierto más que al exterior, parece una prisión y está expuesto a un calor sofocante. En este hecho vemos el nulo espíritu compasivo de las monjas con su director.

El extremo occidental de la calle Religieuses, desde su recinto hasta los cuarteles, extremo que, en consecuencia, no tiene sino la longitud de una isleta, se llama calle Haha porque, enmascarada en sus dos extremos, lo que parece asombroso en una ciudad donde las calles se cortan en ángulos rectos, hace que salga de manera natural la exclamación ¡ha! ¡ha! En este tramo de calle vive, junto con su mujer, el compasivo ser humano que es Jasmin.

Quinta Sección

Es la menos rica en detalles y la más irregular en su aspecto. Al norte limita con la calle Cimitière, al este con la Espagnole, al sur con un tramo de la línea que, saliendo del centro de los dos pedestales del puente, corre al oeste; acto seguido por una línea dentada producto de las prolongaciones más o menos avanzadas o más o menos excavadas de los distintos pezones del pico del Cap, hasta el punto donde termina al oeste la calle Cimitière.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esta sección, si exceptuamos algunas tiendas que estaban en la calle Espagnole, llamada primeramente calle Mayor y que se ha dejado así de ancha porque era en realidad el camino grande por el que se llegaba al Cap y por donde se giraba a la calle Saint-François-Xavier para descender al mar; no existía en 1700.

La paz producida por el advenimiento de Felipe V al trono de España, restableció el comercio en el Cap y los habitantes de la Parte española venían a comerciar; se alojaban en la vecindad del mercado, en las primeras chozas que encontraban. Todo eso estaba en la calle Mayor, que se convirtió en la Espagnole.

El extremo norte de esta calle tenía refugios para los desdichados habitantes de San Cristóbal y se le llamaba barrio de la gente de San Cristóbal.

Cuando la mayoría volvió a la Martinica o a su isla, sus alojamientos fueron ocupados por negros libres que enseguida se multiplicaron; de ahí la denominación de Pequeña Guinea que lleva toda la sección quinta y que se le empezó a dar en 1740.

Hasta esta última época, el extremo del Cap, en esta parte, seguía el oeste de la calle Saint-Sauveur, remontaba el final de la Saint-Joseph y venía a acabar en la Vierges.

La quinta sección tiene cinco calles paralelas a la Espagnole. Son, yendo de este a oeste, la calle Saint-Sauveur, Sainte-Sophie, Saint-Jacques, Vierges y Sainte-Avoye. Las calles abiertas al oeste conservan sus nombres hasta el mar.

La calle Espagnole, una de las más grandes del Cap, tiene 42 pies de anchura. Es una de aquellas cuyo pavimento ha dado lugar a más dificultades entre los ingenieros y los veedores, entre los Administradores y el Consejo.

Incluso se debe a esta circunstancia que se reconociera que la ciudad del Cap debía tener un plan maestro; que era competencia de la autoridad militar el supervisarlo y que a la autoridad civil no le quedaba más remedio que conformarse.

La anchura de la calle Espagnole demuestra que es verdad que, en los climas cálidos, las calles más espaciosas no son las más frescas. Como las casas no pueden extender una sombra capaz de atemperar el ardor del sol, es tan abrasadora como un camino grande e incluso más, pues los muros reflejan el calor y las casas interceptan la brisa del mar.

En esta calle, en la esquina sudeste de la Vieille Joaillerie, en una casa que servía de albergue con el emblema de los Buenos Cazadores, se establecieron en 1783 unos baños públicos.

No hay nada notable en esta sección, cuyo terreno es muy desigual; encontramos muchas casas hermosas; este barrio es tranquilo y parece que estuviéramos en el campo.

Fue uno de los motivos por los que se estableció allí, hace veinte años, una logia de francmasones con el título de la Amistad, en la esquina noroeste de la calle Sainte-Sophie y Taranne.

Tiene la ventaja de poder celebrar las sesiones dejándola abierta, sin temor a la miradas profanas, que es algo muy de apreciar en un país cálido.

Compartí allí muy buenos momentos y vi poner en marcha, sobre todo durante la guerra, hechos benéficos que refutan las acusaciones de inutilidad que se hace a

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

una asociación que, al menos, procura reunirse en las escasas ocasiones que hay en Santo Domingo.

En la calle Vierges, entre la Cimitière y la Saint-Simon, en su lado este, está la casa donde murió el señor de Sainte-Croix, antiguo gobernador de Belle-Isle; en la esquina más al sur del mismo lado, se halla igualmente la que habitaba el señor de Reynaud de Villeverd, cuyo elogio se encuentra tan a menudo en mi descripción del Cap.

Además, en 1781, ninguna de las casas que vienen del muelle penetraban en el lado oeste de la calle Espagnole, pasada la Vieille Joaillerie y yendo hacia la Fossette.

Vimos, incluso durante muchos años, un hospital para los soldados atacados de enfermedades cutáneas y de aquella que no se puede nombrar, en un cuerpo de edificios que bordeaba el lado oeste de la calle Espagnole, desde la altura de la Vieille Joaillerie hasta la Boucherie.

Este hospital ha tenido hasta cerca de 250 enfermos. Pero seguidamente se hizo abrir un paso a las calles intermedias, sobre todo a las Chantier y Hasard, por una ordenanza de los Administradores del 2 de marzo de 1785 y solamente las calles Boucherie y Saint-Nicolas se detienen en la Espagnole.

Es verdad que en este punto, la quinta sección tiene apenas la extensión de media isleta de este a oeste, tanto la encogió el pico. Sin embargo, hay proyectadas unas excavaciones que deben llevar la calle Hasard hasta la Sainte-Avoye, que por esa misma razón también se vería prolongada.

En el extremo sur de la quinta sección, en la calle Espagnole, rozando el límite meridional dado a la ciudad por una ordenanza de los Administradores el 31 de diciembre de 1786, se encuentra el cementerio de la parroquia del Cap, que se llama la Fossette porque antaño formaba parte del terreno así denominado.

Hablando en la segunda sección del antiguo cementerio que estaba detrás de la iglesia parroquial, calle Fermée, dije que el 29 de agosto de 1736, los Administradores de la Parte del Norte habían tomado la responsabilidad de señalar otro como suplemento del primero, para inhumar allí a los marineros y a los negros, que morían en gran cantidad.

El uso de este fue interrumpido por una enfermedad contagiosa y se habían contentado con el primer cementerio, pero el 7 de octubre de 1759, se decidió unánimemente en una asamblea de la parroquia, que el cementerio se cambiaría.

Los Administradores aprobaron este proyecto y se le compró al señor Brethous, agente de la Compañía de Indias, lo necesario para hacer el nuevo.

El prefecto de los jesuitas había protestado contra esa conclusión y los Administradores habían prohibido su puesta en marcha; pero cuando en 1761 y con el cementerio cerrado se empezó a enterrar, el párroco se negó en redondo a acompañar a los muertos allí, con la excusa de que el cementerio estaba muy lejos.

Se tuvo que hacer un requerimiento jurídico a un entierro para que se decidiera a empezar; cada inhumación causaba un escándalo que los Administradores detuvieron con una ordenanza del 29 de julio de 1761, que amenazaba con penas cortas a los hombres cuyo deber no les obligaba lo suficiente.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El cementerio de la Fossette, que se encuentra un poco recogido en relación al alineamiento oeste de la calle Espagnole, tiene 60 toesas en su parte más larga por 20 en la más ancha, de manera que en su forma irregular, su superficie no tiene más que alrededor de 1,000 toesas cuadradas, o 36,000 pies de superficie.

A cada lado de la puerta de entrada, que da a la calle Espagnole y en su parte interior, hay dos pequeños edificios de mampostería; el de la izquierda es una capillita y el de la derecha, un cubículo para guardar los útiles del sepulturero, etc., lo que disminuye aún más el espacio.

Reduciendo a 600 personas el número de las que se entierran en este cementerio cada año (y este cálculo es bajo) y contando para cada cuerpo con una fosa de 6 pies de largo por 3 de ancho, lo que hace 18 pies de superficie, vemos que, sin descontar el terreno necesario para los dos pequeños edificios y al vano de la puerta grande, porque todo esto se compensa por los cuerpos que no necesitan 18 pies, hay 10,800 pies excavados cada año y que en tres años y medio, poco más o menos, todo el cementerio estará removido.

Pero si se quiere considerar por una parte que, en tiempo de guerra, por ejemplo, hay muchas más tropas que hospitales en el Cap y por otra que en el cálculo hemos supuesto que no hay, por así decirlo, ningún espacio entre los cuerpos, lo que no sucede en la realidad, nos convenceremos que bastan menos de tres años para llenar el cementerio.

¡Cómo es posible que nadie se alarme con la necesidad de remover tan a menudo una tierra donde los cuerpos no han podido descomponerse del todo y donde las miasmas pútridas pueden producir los más horribles estragos?!

Las inhumaciones eran muy frecuentes en el Cap, cuando en 1781 recibí un ejemplar del memorándum de la Société de Médecine de París, consultado por el embajador de la Orden de Malta, sobre los peligros de excavar en las criptas de la iglesia de Santo Domingo de Malta, que se quería reconstruir.

Creí mi deber comunicárselo al redactor de la gaceta del Cap, que imprimió el resultado en la hoja del 4 de diciembre de 1781.

Esperaba y él también lo creía conmigo, que algunas entendederas fueran sacudidas por esa decisión de que se deben dejar correr por lo menos veinticinco años, antes de abrir las criptas y al menos cinco años antes de excavar los cementerios donde se han depositado los cuerpos.

Pero, como si el cementerio del Cap tuviera la amplitud necesaria, o como si el tema no le concerniera a nadie, el aviso no fue leído o lo fue como si se tratara de un logogrifo o una charada y en 1782, cuando se reunieron los soldados franceses y españoles, los hospitales de heridos y enfermos de todas clases multiplicaron enormemente la mortandad y se contentaron con desplazar cuerpos enteros para poner otros, como yo pude ver.

Después, en 1785, el señor François de Neuf- Château, entonces procurador general del Consejo del Cap, había anunciado en una requisitoria que se ocuparía todo el tiempo de los cementerios del Cap, pero parece que no lo hizo.

El 1 de enero de 1767, la parroquia nombró un capellán de la Fossette, donde hasta entonces solo había habido un cantor de la parroquia, con el título de sepulturero.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Estaba encargado de llevar un diario donde inscribiría las inhumaciones que se anotaban día a día en el registro de la parroquia, teniendo en cuenta que no se enterraba así más que a los esclavos.

Pero después se le encomendó ocuparse de los registros de manera rigurosa, pues llevan allí igual de rápido tanto a libertos como a blancos; en cuanto a las personas a las que se les dedican ceremonias fúnebres en la iglesia parroquial, su acta mortuoria se levanta y se firma en la misma.

El capellán de la Fossette dice una misa diaria en la capilla del cementerio y efectúa los entierros de los que allí son expuestos. Al principio, el capellán se alojaba en el otro pequeño edificio del cementerio, pero se terminó reconociendo que esto representaba un peligro para los vivos.

Al capellán lo nombran los mayordomos de la parroquia y le pagan una comisión. Un decreto del Consejo del Cap del 21 de enero de 1777, estipuló los honorarios para los entierros y prohibió severamente transportar y dejar en la puerta del cementerio cadáveres, sobre todo de noche, sin avisar al capellán, que se veía imposibilitado de confirmar a quién enterraba.

En 1780 se interpuso una querella muy especial entre el capellán de la Fossette y el limosnero del hospital militar de la calle Espagnole, del que he hablado y que se llamaba hospital Bouvier por su fundador.

El primero sostenía que el otro no tenía autoridad pública para levantar actas mortuorias de aquellos a quienes él enterraba en el cementerio de la Fossette.

El intendente se decantó por el limosnero y solo le obligó a enviar al capellán una nota con los nombres, etc. de cada cuerpo y a remitirle a él los registros mortuorios cuando se les evacuara del hospital.

Un capellán de la Fossette había plantado mijo allí. Sabemos de qué facultad valiosa para el hombre están dotados los vegetales, que es convertir el nitrógeno en oxígeno; la rapidez con la que crecía el mijo aquí, era la prueba de su utilidad y de la necesidad que había de él.

Como el procedimiento del capellán no era puramente químico, era necesario cortar y vender el mijo en su provecho y producía una cantidad muy sustanciosa. Pero varios caballos habían estado enfermos y a alguien se le ocurrió privarlos del mijo del cementerio; entonces se curaron.

No hizo falta más que eso para abandonar un cultivo que la humanidad hubiera debido perpetuar, aunque fuera a costa del público que, para colmo, podría haber sido indemnizado vendiendo la cosecha como abono.

Esto, que sucedió en 1782, no fue seguido lo suficiente como para demostrar si realmente los jugos del mijo, demasiado animalizados o demasiado poco elaborados por el empuje de una vegetación demasiado opulenta, habían producido los efectos que se le atribuían. Pero he creído que debía citarlo para animar a otros a que hagan este experimento.

Hombres que sin embargo eran instruidos, también se opusieron al cultivo del cementerio de la Fossette, renovado además desde 1782; pero, así me lo confesaron, solamente porque lo consideraban como una especie de profanación.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pero yo, que únicamente honro a los vivos por su valía, no apoyaría el sistema opuesto para honrar a los muertos; si los vegetales creados por la descomposición de su ser animal puede salvar a los primeros de algún peligro, no hay nada que discutir.

Se trata de un falso respeto el que haga razonar de otra manera y seguro que no se pretenderá que las leyes de la normativa que obligan a inhumar rápidamente a un padre muerto por una enfermedad pútrida, sean un atentado contra la ternura del hijo que critica esa disposición, con la que sería, quizá, el primer protegido.

¿Por qué las precauciones no duran tanto como las necesidades que se tienen? No profanemos nuestra razón con vergonzosos prejuicios; fijémonos en lo que hace la naturaleza: cubre profusamente el suelo de la mayoría de los cementerios de las Colonias con ricinos y damas de noche.

El cementerio está emplazado de manera que su apariencia choca al entrar en la ciudad. No se sabe si hay que acusar al azar o a la incuria el presentar ese lúgubre espectáculo en las afueras de una gran urbe, en un país donde la destrucción es pronta y frecuente.

Hasta habían mandado pintar de negro la puerta del cementerio, cuajada de lágrimas blancas y decorar la parte superior del frontispicio con una muerte, una guadaña, una clepsidra y esta inscripción:

Huc Tendimus Omnes

Pero el señor de Reynaud, gobernador general interino, considerando esa parafernalia demasiado filosófica, la hizo desaparecer en 1780 y la puerta se pintó de gris.

El cementerio se encuentra, en la cabecera de la ciudad y orientado por su situación a la brisa de tierra; despide pues sobre ella sus vapores, que solo pueden ser perjudiciales.

Sería necesario un cementerio seis veces más espacioso, que se podría emplazar al fondo de la garganta de la Fossette, donde no molestaría a nadie. El actual, o más bien solo su capilla, sería el depósito hasta que las ceremonias de la iglesia acompañen el cuerpo y en la tarde, se les llevaría a su verdadera última morada.

Sería lo mismo que cuando se trasladaba, desde hacía mucho tiempo, a los que se pone por ostentación en la cripta de detrás de la iglesia, al cementerio de la Fossette.

La población del Cap crece continuamente y todo hace aumentar la necesidad de este cambio deseado por mí. Entonces los sepultureros negros podrían olvidar, con bastante menos esfuerzo y para beneficio suyo, llenar las fosas con poca o mucha cal y su propia existencia estaría menos amenazada.

Al sur de este cementerio y rozando su recinto, están los restos de un antigua trinchera de tierra y al oeste, la academia de artillería; pero estas están

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

situadas entre las cosas que pertenecen a la defensa del Cap, de la que hablo por separado.

Sexta Sección

Esta sección está ubicada entre la quinta y la séptima, que le son paralelas. Al norte comienza en la calle Cimitière; al este en la Anjou; al sur, roza el límite de la ciudad y encuentra al oeste la calle Espagnole.

En 1740 no existía más que la mitad y estaba compuesta de lo que está entre la calle Cimitière y la Taranne y entre las calles Royale y Espagnole, hasta el borde septentrional de la plaza Royale; todo el resto se arrebató después a las aguas o a un pantano que iba desde la calle Royale hasta el mar. La sexta sección tiene forma de cuadrado largo.

Ya conocemos las calles que cortan la sexta sección de norte a sur, pues son comunes a la tercera que limita al norte toda la sexta.

Estas calles son Saint-Louis, Royale, Vaudreuil y Anjou. En esta última, en la esquina noroeste de la calle Saint-Simon, se halla, desde 1777, la estafeta de correos que ya estaba desde antiguo en el Cap.

En la dirección de este a oeste encontramos primero, luego de la calle Cimitière, la Saint-Simon, que es la más septentrional, la Saint-Joseph, la Taranne, la Trois Chandeliers, la Canard; las calles Vieille Joaillerie, Chantier, Trois Visages, Boucherie, Saint-Nicolas, Rohan (gobernador general) y Pont, que van todas del mar al pico.

No se por qué extraña circunstancia hay tantas calles del Cap cuyos nombres son raros o insignificantes, cuando en sus denominaciones habría modos de expresar sentimientos que honrarían a los habitantes de esta ciudad.

¿Por qué calles Lion, de Ours, Chat, de Pet-au-Diable en lugar de calles Castelveyre o Doulioules?

¿Por qué calles Trois Chandeliers, Trois Visages y otros nombres ridículos y no una Larnage ni Maillart?

Hombres ingratos ¿os sonrojaríais de los beneficios de los que habéis sido objeto? No os los merecéis.

Debo decir, con todo, que la calle Saint-Simon lleva ese nombre en honor del patrono del señor Maillart; pero ¿por qué no haber preferido su apellido?

La calle Saint-Joseph debe el suyo al nombre de pila del señor de Vaudreuil, comandante general de la Colonia. El origen de los de las calles Taranne y Trois Chandeliers me es desconocido y no lo lamento en absoluto.

La calle Trois Chandeliers forma el lado norte y exterior de la plaza Clugny, que tiene la Vieille Joaillerie al sur, la Vaudreuil al este y la Saint-Louis al oeste. Esta plaza forma un cuadrado de 44 toesas, comprendidas entre cuatro avenidas de árboles y tiene 52 toesas cuadradas si contamos las calles que pasan por allí.

Antaño todo este barrio se llamaba la *Ciénaga*. Sin embargo en 1751, estaba enteramente concedido aunque no era sino un pantano. Los señores de Larnage y

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Maillart se asombraban ellos mismos entonces de que no se hubieran dado condiciones más favorables para rellenar ese lugar, que suponía una fuente de infección permanente para la ciudad.

El ministro les ordenó, el 14 de marzo de 1741, que reunieran los terrenos que no se desecaran en un año. Los Administradores contemporizaron todavía, pero el 19 de octubre de 1743 dieron seis meses para rellenar y un año para construir.

Esta ordenanza produjo el resultado deseado, no en el plazo fijado, pero poco a poco se vieron grandes progresos en el desecamiento y ese fétido pantano dejó sitio a las casas.

En 1752 se proyectó poner un mercado en el antiguo pantano. Se designó el lugar y se prohibió hasta hacer nuevas construcciones. Los vecinos del sitio elegido propusieron contribuir a los gastos que este ocasionaría y a las indemnizaciones de los propietarios del terreno.

Con todo, hasta 1764 los Administradores, decididos por las molestias que producía el de la plaza de Armas, que era el punto de reunión de las tropas, decretaron el establecimiento del mercado.

Su ordenanza del 12 de enero de 1764, creaba la plaza Clugny, del nombre de uno de ellos, para reunir productos de todo tipo. Costó 82,400 libras para indemnizar a los propietarios de los dieciséis emplazamientos que ocupa y 94,198 libras para el terraplén y los trabajos que fueron necesarios. Esta suma la pagaron los propietarios vecinos de esta plaza.

El 26 de enero de 1766, el mercado de los negros se instaló allí por vez primera y solo en domingos y fiestas; pero el 13 de julio de 1768 se convirtió en diario, a pesar de las reclamaciones de los habitantes, que querían conservar uno en la plaza de Armas.

El mercado no estaba pavimentado y en época de lluvias se había vuelto casi imposible moverse a causa del fango que lo cubría, lo que es fácil de imaginar cuando conocemos las lluvias de Santo Domingo y cuando pensamos que hay un domingo en el que vienen 15,000 negros al mercado de Clugny, bien para vender, bien para comprar.

El 7 de enero de 1781, los señores de Reynaud y Le Brasseur reunieron a todos los contribuyentes de 1764. Los particulares donaron 55,000 libras y los Administradores depositaron el excedente en la caja de las libertades; la plaza Clugny se pavimentó en su totalidad y se la rodeó de barreras, como la plaza de Armas.

El 3 de abril de 1782, una ordenanza del reglamento, que regula la de esta plaza, la destinó exclusivamente a mercado de comestibles; prohibió venderlos en otra parte y vetó la entrada y los aledaños a los vendedores de productos secos.

Pero los comerciantes, situados en las casas vecinas y que vigilan que los extranjeros cumplan esta disposición, a veces son menos estrictos en la observación de la prohibición que se les hizo de exponer fuera de sus casas en mesas o bancos.

Un inspector de policía, que tiene a su cargo el mercado, guarda las llaves de las barreras que se abren cuando es necesario y es él quien distribuye los sitios a los comerciantes, aunque cada inspector de servicio es el encargado de velar por su limpieza.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En el lado este de la plaza están los comerciantes de hierbas y legumbres, que exponen las zanahorias, los nabos, las coles, el refrescante pepino, las berenjenas de vestidura púrpura; los melones de carne verdosa o aquellos de carne roja, cuyo perfume despierta a la vez el apetito y el olfato.

Multitud de otras plantas como la espinaca, la lechuga, la romana, etc., alegran la vista y atraen al comprador. A veces también nos gusta la tendera que está bajo su barraca cubierta pero portátil y exhibe una risa provocadora en su boca melosa.

En el mismo orden pero al sur, están los vendedores de carne de cordero, de cerdo, de salchichas, etc. Reina una gran limpieza en toda esta zona, pues el clima lo exige al menos tanto como el interés del comerciante, a fin de espantar las moscas cuyos numerosos enjambres lo cubrirían todo.

Al oeste están las aves vivas, pues nadie querría comprar otras. A veces, a pesar de las cuerdas que atan sus patas, dos gallos se pelean con sus picos agudos y uno de ellos entona el canto de la victoria antes de su propia muerte.

Los vendedores de carne de cabrito o cabra están a continuación, para que nadie pueda confundirla con la de cordero y comprar una carne por la otra, aunque la primera sea menos apreciada y además, la cola de la cabra tiene que conservarse para avisar a aquellos que no sean capaces de distinguirlas.

Detrás de los vendedores de aves están los negros que venden el mijo, la hierba de Escocia y la hierba de Guinea; estos valiosos forrajes son los que alimentan a los caballos y a las vacas lecheras cuya venta es tan lucrativa.

La zona norte la comparten los que tienen a la venta los moluscos vivos, como el bígaro, el mejillón, la almeja, la chirla, el lambí y las ostras arracimadas que se pescan en los manglares, donde se crían peces de todo tipo.

Allí un enorme pez espada o un voraz lucio atraen al proveedor a quien prepara una delicia; el inmenso marlin es despachado en trozos para quienes saben lo que vale en un estofado al vino; el balagú de marcha rápida, el pargo y el bonito de carne firme y compacta como la del atún, la sirviola de carne grasa, el pargo de escamas ligeras, pero peligroso en ciertas épocas del año, el chillo o rojizo cuya carne está coloreada por su larga y móvil escama, el perico, el cirujano, el lomo alto, el sardo rojo, tan apreciado, pero menos que el sardo gris que vemos a su lado, el loro de firmeza verde y el cabracho de mil espinas; todo, hasta la morralla que el rico desprecia, son alimentos más o menos agradables y más o menos caros.

Tras ellos vienen también otros habitantes de las llanuras líquidas; pero están impregnados de sal conservante, lo que es un indicador suficiente de que no son propios del sitio donde los vemos: son el bacalao verde o en salmuera, los arenques y las caballas.

Por último, encontramos aquí gente que vende tocino, manteca de cerdo, grasa y jabón; ellos terminan este recinto exterior. La plaza encierra además otro.

Las calles que se cortan recíprocamente en el centro de la plaza, están totalmente libres de cualquier exposición; solo en el alineamiento de los bordes de esas calles, en ambos lados de cada cuadrado que forman en sus cruces, encontramos distintos granos, como los guisantes (de veinte clases), las lentejas, el maíz, el pan de trigo y multitud de otras sustancias que forman el pan de los negros y hasta de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

muchos criollos; es el ancho y frágil casabe, proveniente de la venenosa mandioca, la patata dulce o batata, el harinoso ñame, el chayote o col caribeña, que se podría tomar por una especie de patata más seca y la banana, ese maná que no se agota nunca. Aquí encontramos también carbón de leña.

En el interior de los cuadrados ocupados por los agricultores negros de los campos en domingos y días de fiesta, se ofrece el espectáculo confuso y móvil de una multitud de vendedores de todo lo que la tierra colonial puede producir en frutas, en legumbres y en una infinidad de cosas cuya enumeración sería fatigosa.

Aquí la rica y dulce naranja y el limón lleno de un ácido muy poderoso, están colocados en montones; allí está la piña, tan orgullosa de su corona que la hace parecer la reina de las frutas; más lejos vemos la guayaba, la manzana canela, el corojo, la papaya, el monstruoso albaricoque, el insípido hicaco, el pequeño durazno, el coco y el caimito.

Vemos las hermosas ciruelas de las que la negra es la mejor, el aguacate de carne color esmeralda, el tierno zapote y las uvitas de playa que se ofrecen al paladar de los criollos según la estación.

También encontramos cuerdas, fabricadas todas con pita y el fruto de la calabaza bajo diferentes formas y a veces trabajadas por fuera de una manera ingeniosa o rara.

A este ejército de vendedores dispuesto simétricamente, se mezcla el tropel de compradores y gente dedicada al trueque; pues el negro de campo al que se llama negro de asiento, cambia los pequeños productos de sus cultivos o trabajos por lo que el negro de ciudad le aporta y que ha conservado de su alimento ciudadano para que rinda fruto.

Se hace trueque también con las mismas cañas de azúcar, de las que los criollos son tan entusiastas y cuyo jugo succionan mordiendo con sus dientes la caña, que han cortado primero de manera que cada nudo se encuentre en medio de un pequeño cilindro azucarado.

Además el amante de las flores puede quedar satisfecho y adornar con sus vivos colores a la beldad que ama, quien, después de haber sido fresca como ellas, también será marchitada por el tiempo.

Hay uvas cuyo grano de un negro oscuro contrasta con el verde del pámpano que lo acompaña, o bien es el moscatel, tan delicioso por su sabor como notable por su grosor, el que expone su largo racimo.

El perfume de la trufa atrae desde lejos al goloso, cuya mirada impaciente la devora de antemano. En fin, todo lo que la Isla puede producir para alimentar a sus habitantes o embalsamar el aire que respiran, está en el mercado de Clugny, exceptuando los productos de las manufacturas coloniales.

Allí no ha subsistido ninguna barraca cubierta y las únicas mesas que quedan son las de los carniceros; lo demás es recogido cada día con lo que a las tres de la tarde todo está lavado y limpio.

Nada entorpece las calles que bordean la plaza. La mayor parte está atravesada por tiendas que sirven de protección a las casas, que deben tener 10 pies de alto y están pegadas al costado de la plaza con postes pintados de verde.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Todo el reglamento va acompañado de multas contra aquellos que lo quebranten y para mantener la seguridad, además del inspector de policía y su brigada, hay un sargento y algunos soldados de tropa en un cuerpo de guardia situado al sudoeste de la calle Canal, que da a la plaza.

Los árboles de la misma son higueras blancas; en 1781 se las sustituyó por árboles que se tomaron a diferentes habitantes y que replantaron los negros de la cadena pública; pero su mantenimiento ordinario siempre corre a cargo de una persona a la que se exime de alojar soldados, de todas las cargas personales y del servicio de las milicias; en este momento es el señor Aujar, carpintero.

La plaza Clugny tiene en su centro una fuente compuesta de una pilastra en forma de tumba y de una sola columna de orden jónico coronada por un sol.

Lleva esta inscripción:[53]

Utilitati et saluti Civium,
Hujus Coloniæ Præfectus
In suprema Burgundiæ cura Senator,
Hunc (†) fontem
In fore nomino suo insignito,
Amoris erga Colonos
Pignus simul monumentum
Posuit. Anno Domino 1764

Cuando se puso esta inscripción, el homenajeado ya no era intendente. La fuente lleva sus armas.

Saliendo de la plaza Clugny y yendo al sur por las tres calles que conducen allí, encontramos otra plaza después de haber recorrido cinco isletas.

Además tiene a la calle Royale hacia su mitad y lleva el nombre de plaza Royale. El proyecto de hacer esta plaza existía desde 1746, pero entonces todavía no se le destinaba más que una parte de su superficie actual, que era montañosa por la prolongación de las bases del pico, que además iban desde este lugar hacia la desembocadura del río.

En este mismo año se levantó una línea de fortificaciones para cubrir la parte meridional de la ciudad, que formaba en la plaza una cortina que venía hasta casi el alineamiento sur de la calle Rohan.

En el centro de esa cortina estaba la entrada a la ciudad, enfrente de la calle Royale. Habían destruido esta parte de la disminución, pero el señor de Ennery la restableció en 1775, retrayéndola sin embargo alrededor de 10 toesas al sur.

[53] Se había propuesto la siguiente:

Incertos huc usque aditus ignota subivit
Fœcundo, quæ nunc exilit unda, finu.
Vos haurite, Cives! Hæc divi munera Civis;
Tanti sit dignum pignus amoris, Amor.

† La fuente tiene el solecismo hunc, que verdaderamente se le ha escapado al autor de la inscripción.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Fue entonces cuando se construyó el pequeño cuerpo de guardia que todavía podemos ver en esa plaza y que bordea el lado este de la entrada de la ciudad, abierta en esa disminución y con la que rozaba interiormente el cuerpo de guardia.

En 1780 los señores de Reynaud y Le Brasseur, siguiendo una decisión de un consejo de guerra, abatieron de nuevo esta disminución y entonces se fijaron las dimensiones de la plaza, que son exactamente las mismas que las Clugny, es decir, 52 toesas cuadradas incluyendo las calles que la cruzan; el cuerpo de guardia se encuentra casi en el centro.

En la misma época, se dedicaron al embellecimiento de la plaza y se propuso erigir puertas triunfales para decorar el lado sur y la fachada que daba al campo.

El señor Rabié hizo los proyectos; las dos puertas debía ser parecidas, una enfrente de la calle Vaudreuil y la otra enfrente de la de Saint-Louis. Cada una tendría 50 pies de fachada y otro tanto de altura.

Cuatro columnas de orden dórico sostendrían el edificio y con 26 pulgadas de saliente, dejarían sitio entre ellas para una puerta de 13 pies de anchura y veintisiete de altura, hecha en su centro con cornisa, arquivolta y llave y para dos puertas laterales, sin enmarcar, de 6 pies de ancho por trece de alto.

Encima de la cornisa del conjunto habría un frontispicio recto donde cuatro pilastras, correspondientes a las cuatro columnas, exhibiría atributos militares.

Una tercera puerta debía estar frente a la calle Royale. Diferiría de las otras en que la parte superior de sus dos puertas laterales, llevaría un medallón elíptico coronado con una guirnalda de hojas de castaño; el conjunto estaría alternativamente acanalado y decorado con atributos militares esculpidos.

Su cornisa estaría terminada con un frontón triangular, con las armas de Francia esculpidas en su tímpano y las dos acróteras situadas en los extremos del frontón también con trofeos guerreros.

Ya se habían dado las órdenes para que los obreros negros del Rey en el Môle, preparasen las piedras de sillería necesarias para la construcción de esas puertas.

Aparte de este tipo de ornamentación, los Administradores decretaron otra, el 8 de noviembre de 1780, que consistía en construir casas regulares en los cuatro costados de la plaza y en toda la parte de terreno que se extendía desde el oeste de la calle Espagnole hasta el borde del río.

Para asegurarse de que su designio se cumpliría, concedieron al señor Artaud, contratista, todo el terreno no edificado que había en la plaza con la condición, como ofreció él mismo, de mejorarla. Todas las fachadas debían tener dos pisos y dominar los cuatro lados de la isleta.

Un cuerpo avanzado con pilastras ocuparía un tercio y sus extremos también tendrían pilastras. Once vanos guarnecerían cada piso de las isletas del lado de la planicie. Dos cuerpos de edificios simétricos decorarían además la calle Pont, uno entre la Dauphine y Anjou y el otro yendo a la Espagnole al oeste; tendrían 230 pies de largo y diecinueve vanos en cada piso.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Estos dos edificios y los dos que estaban entre la calle Vaudreuil y la Saint-Louis, tendrían además frontispicios triangulares encima del cuerpo de avanzada.

Hay que confesar que si este plan se hubiera realizado, esta vista del comienzo de la ciudad hubiera sido espléndida; el viajero, al que ya habría impactado el exterior, entraría por la calle Royale y al encontrar esta plaza con la misma arquitectura (porque en las diferentes épocas de reconstrucción de las casas actuales, los propietarios tendrían que respetar el estilo), no hubiera podido evitar un gesto de admiración.

Pero la concesión hecha al señor Artaud fue rebatida por los antiguos propietarios del lugar y en vez de edificios, no hay más que muros de encuadre que indican las nuevas isletas, a la espera de que la resolución del proceso indique quiénes son los auténticos dueños.

Se dejaron en los tres extremos de las calles que conducen desde el campo a la plaza Royale, 40 pies de ancho en lugar de los 24 que tienen aquellas después de la plaza, yendo hacia el norte.

La casa que da al lado septentrional de la plaza, entre las calles Royale y Saint-Louis, fue en 1779 la caserna de los Cazadores Voluntarios de color y toda la isleta que está entre la plaza, la calle Espagnole y las Saint-Nicolas y Rohan, sirvió de alojamiento durante la guerra de 1778 a los escuadrones de dragones de los regimientos de Condé y de Belzunce. Estaban incluso encargados del cuerpo de guardia de la calle Royale, que se hallaba en su vecindario.

A principios de 1789, se levantó en el centro de la plaza Royale, una fuente con cuatro costados y con pilastras jónicas en sus esquinas.

El soporte que une dos columnas en cada lado tiene una urna esculpida y decorada que descansa sobre una pequeña elevación; una apertura circular adornada con un nudo y situada en el pedestal de la fuente, deja pasar el agua en cada cara.

Encima de la apertura y debajo del soporte, están las armas de Francia; al este las de la ciudad, que esta vez representan el extremo de una tierra de la que parece partir un barco: al sur, las armas del señor de Chillau, entonces gobernador general; al oeste, el escudo del señor de Marbois, intendente.

Tal es la existencia de una parte de la ciudad del Cap, que se creó casi en su totalidad hace cincuenta años. La vecindad de la plaza Clugny y de Petite Guinée la convierte en densamente poblada y a este respecto se parece mucho a la cuarta sección, si esta tuviera la ventaja en cuanto a establecimientos públicos.

Los alquileres son muy caros en la plaza Clugny y en sus alrededores; durante la guerra de 1778 hubo casas cuya renta igualó su valor en tres o cuatro años.

Séptima Sección

En 1740 no existía de ella más que una sexta parte, más o menos, hacia el septentrión y el resto era entonces el refugio de cangrejos e insectos que, descomponiéndose en el agua estancada del pantano, convertía al Cap en un destino malsano.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esta sección pudo ser habitada de la misma manera que la sexta y es una de las eternas acciones de gracias que debemos a Larnage y Maillart.

Esta sección tiene al este el mar, desde la calle Pont hasta enfrente de la plaza Le Brasseur y enseguida la Gouvernement hasta que se reencuentra con la Cimitière.

Al norte, tiene a esta última calle en toda la anchura de la segunda sección; al oeste, la calle Anjou y la sexta sección y al sur la calle Pont, límite de la ciudad en esta parte. Al oriente su aspecto es un poco irregular ya que el Cap se retrae yendo de norte a sur.

Esta sección tiene otra irregularidad en relación con sus calles, porque la Fermée, en lugar de dirigirse paralelamente a las otras que van de norte a sur, gana el sudoeste como ya he dicho y se termina en la calle Hasard, de manera que a partir de esta hasta el extremo sur de la ciudad, las isletas tienen una doble extensión de este a oeste y van de la calle Dauphine a la Anjou.

Hemos conocido, describiendo las demás secciones, las calles de esta; no tiene de particular más que la calle Dauphine, mejor conocida por el vulgar nombre de calle de Bac.

La isleta que da al oeste de la calle Dauphine y que está entre las Chantier y Trois Visages, es donde se encuentra el cuartel de la gendarmería, que se compone de un preboste, un escribano forense, tres cabos y quince arqueros. Hablemos un poco de esta gendarmería.

El 16 de marzo de 1705 el Consejo de Léogane, tras haber escuchado la opinión de los principales habitantes, ordenó el mantenimiento de 36 hombres en cada barrio de Léogane, de Petit-Goave y de Cul-de-Sac, que ganarían 300 libras al año para encontrar a los negros fugitivos, aparte de lo que les sería pagado por cada captura y gravó con un impuesto a cada esclavo, desde los catorce a los sesenta años, para hacer frente a ese gasto.

El 4 de julio de 1707 el Consejo del Cap adoptó, las mismas disposiciones para su jurisdicción.

Costó mucho encontrar hombres para formar ese cuerpo y se recurrió a los libertos, que lo compusieron casi en su totalidad; se alistaron hasta esclavos. El 13 de abril de 1718, el gobernador general designó preboste y gran preboste al jefe de esta tropa, arqueros a sus componentes y fijó una nueva tarifa para los captores, a lo que se sumó el Consejo del Cap el 5 de diciembre siguiente.

Por último, el 27 de marzo de 1721 una ordenanza de los Administradores creó, para la Parte del Norte, una compañía de la gendarmería compuesta por un preboste-capitán, un lugarteniente, un escribano forense, seis cabos y sesenta y seis arqueros.

Los oficiales constituían una justicia prebostal a los que seguía un ejecutor. Esta gendarmería, encargada de arrestar a los negros fugitivos y a los soldados desertores hacía el servicio a pie o a caballo.

Fue confirmada en el mes de julio siguiente; sin embargo los cabos se redujeron a cuatro y los arqueros a cuarenta y tres.

Pero esta institución había desaparecido sucesivamente y los desórdenes de los negros cimarrones se habían vuelto alarmantes. El 20 de enero de 1733 los Administradores crearon una nueva gendarmería para toda la Colonia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esta vez establecieron en la jurisdicción de cada Consejo un gran preboste y dos tenientes de preboste; se pusieron cuatro escribanos forenses y cincuenta y dos arqueros para la de Petit-Goave; tres escribanos forenses y treinta y tres arqueros para la del Cap.

Todos esos arqueros fueron reclutados entre las personas de color libres; pero desde 1734 se permitió que entraran esclavos, a los que este servicio les proporcionaba la libertad. En enero de 1739, el Consejo de Léogane organizó a su manera la gendarmería de su jurisdicción. La del Cap adoptó el mismo sistema y vimos en su reglamento del 6 de agosto de 1739, que la senescalía del Cap tenía un preboste, dos escribanos forenses, cuatro cabos y veinticuatro arqueros.

La gendarmería existió realmente gracias a un decreto del Rey del 31 de julio de 1743 y la dirigen sus disposiciones. El preboste general no tiene sueldo y aunque el reglamento no explica sus derechos honoríficos sino que solamente los fija, en la vida real se le ha asimilado a un mayor de milicias, como no podía ser menos.

Es el inspector de toda la gendarmería del Consejo, por cuya jurisdicción es nombrado, hace giras, verifica cómo se hace el servicio y envía sus cuentas a los dos Administradores, pero no da órdenes directas a la tropa.

Se le recibe en el Consejo, comisionado por los Administradores o por un certificado del Rey y presta juramento. El mismo procedimiento rige para los prebostes y los escribanos forenses.

Los primeros tienen rango de lugartenientes de milicia en la jurisdicción del Consejo del Cap con 2,000 libras de sueldo al año y los escribanos forenses, el de abanderados con 1,200 libras.

Los cabos y los arqueros prestan su juramento ante el juez de la senescalía de su lugar de residencia; los primeros cobran 900 libras y los otros 600 al año y todos gozan de la exención de derechos por cuatro esclavos y la de tutela y la curatela.

Está permitido contratar supernumerarios no pagados, pero no los encontramos en la Parte del Norte. Las capturas se pagan aparte a la gendarmería, así como la conducción de los criminales.

El comandante de la ciudad de cabecera del lugar donde está la gendarmería, debe pasar revista cada seis meses y el preboste particular, todos los meses. En base a los certificados de esas revistas, recibe los honorarios de recaudador de los derechos de la gendarmería, en virtud de una ordenanza de un comisario consejero del Consejo nombrado por ese tribunal. Los honorarios no pueden cobrarlos aquellos que han proporcionado la comida o el equipo.

Ha habido largas y vivas desavenencias entre los oficiales de justicia y los oficiales militares sobre el empleo de la gendarmería; una declaración del Rey del 6 de diciembre de 1753, estipuló que fuera del servicio de las ciudades y sus extrarradios, los magistrados no podrían disponer de la gendarmería si no prevenían a los comandantes militares.

Pero en lugar de acabar con los desencuentros, esto no hizo más que acrecentarlos. La gendarmería, que en 1743 se convirtió en militar, lo fue siendo cada vez más de hecho, bien entendido que esa existencia halaga más a sus oficiales.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El señor de Belzunce la convirtió en plenamente militar y le prohibió obedecer otras órdenes que no fueran las suyas. El señor de Estaing la suprimió y la reemplazó por los hombres de su legión y se convertía en gendarmería ocasionalmente. Pero el reglamento de 1743 y la declaración de 1753 recobraron su supremacía.

El servicio de la gendarmería consistía en arrestar a los soldados desertores, a los esclavos fugitivos y a los criminales; en conducir a estos últimos a la muerte y en hacer la guardia del Consejo Superior cuando está reunido o marcha en corporación.

Se la emplea también como mano dura cuando las decisiones de los tribunales así lo exigen y en lo que se llama establecimiento de guarniciones, para hacer pagar las contribuciones públicas o las deudas de los cargamentos.

Estas tropas, en la Parte del Norte, van vestidas y armadas exactamente como en la gendarmería de Francia. Desde octubre de 1721, los arqueros llevan una bandolera que originalmente era azul cuajada de flores de lis amarillas, pero que en la Parte del Norte se cambió, desde hace mucho tiempo, por la bandolera de la gendarmería de la metrópoli.

En toda esta zona, la gendarmería está acuartelada en alojamientos que se compraron o edificaron con los fondos de la caja municipal, donde cada año se deposita la suma del impuesto por cabeza de negro.

La gendarmería, en general, está muy bien montada y equipada en toda la Colonia y no debe sorprendernos el saber que la componen personas de color. Es lamentable no poder alabar también su amor para con sus deberes.

Como tiene premio la captura de negros fugitivos, a los que no se puede considerar como tales si no se les encuentra fuera de la plantación de sus amos y sin un documento firmado por él en donde se dice quién es y adonde va, los arqueros de la gendarmería se ponen al acecho en las afueras de la ciudad, sobre todo en domingos y días de fiesta y hasta se esconden, si pueden, para aparecer de repente.

Hemos visto que, con el pretexto de examinar los documentos, los rompen y esa actitud codiciosa les supone 6 libras por negro arrestado. Si la fecha muestra el día y la cantidad y ambas no cuadran, vuelven contra el amo una ley que está únicamente de su lado. Exigen siempre un precio vil y a menudo toman por la fuerza lo que les conviene de los módicos objetos de cuya venta depende la subsistencia del negro.

No hay otra manera de remediar este escándalo que la elección de los arqueros de la policía, de la cual se ocupan poco y del castigo severo de sus prevaricaciones. Pero parecen gozar de protección, pues son los tribunales los que castigan y sus jefes se creen militares.

La mitad oriental de las tres isletas que siguen a la de la gendarmería yendo hacia el sur y las tres isletas enteras enfrente de esa mitad, que bordean el otro lado de la calle Dauphine, estuvieron desde principios de 1776 hasta 1782 unidas por una construcción de mampostería que cerraba las calles que las separaban y servían de cuartel, primero al cuarto batallón del regimiento de Béarn y después al que vino a unírsele en 1777, para formar junto con él el regimiento de Agénois.

Desde principios de 1782 estos cuarteles fueron seguidamente ocupados por los dos regimientos españoles de Zamora y la Corona hasta su embarque para La Habana en abril de 1783. Entonces se restableció la comunicación de todas las calles.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En la cara sur de la calle de Rohan, que está en el extremo de este antiguo cuartel, en la isleta entre la calle Dauphine y la de Anjou, estuvieron durante mucho tiempo las carnicerías del Cap, que acabaron por quedar dentro del recinto de la ciudad, aunque al principio estaban alejadas de él.

La epizootia de 1772 hizo que se recordara lo insano que era tener un matadero en ese lugar, lo que provocó el establecimiento de la carnicería actual, en 1777.

La carnicería del Cap, emplazada al principio en la calle Espagnole, en la esquina de aquella que aún lleva su nombre, fue situada luego en la calle Sainte-Marie, a la altura de la de Vierges, de donde se trasladó al extremo noroeste de la de Dauphine y la de Taranne, donde en ese año de 1735 se terminaba la ciudad. Por último la carnicería se instaló en la calle de Rohan, como acabo de indicar.

El local de la antigua carnicería sirvió como cuartel de los Cazadores Reales en 1779 y en el momento de agobio, en 1782, producido por el ejército del señor de Grasse, que provocó el aumento de muchos enfermos de una numerosa guarnición, se transformó en hospital, donde se podían encontrar hasta 500 personas.

Esta isleta de la carnicería tiene otra más al este, que es la última que está al borde del mar. Casi en el extremo norte de esta última isleta, está la desembocadura del río Haut-du-Cap y en ella está situado el transbordador.

Se sabe que hasta 1742 no había otro camino para llegar a la ciudad que el de Haut-du-Cap. A menudo se había pensado establecer una comunicación con el pueblo del embarcadero de la Petite-Anse tal y como subsiste hoy día desde el 10 de julio de 1708 en que el señor Barrère propuso al ministro, quien dio su aprobación el 8 de octubre, tener un puente sobre la desembocadura del río Haut-du-Cap; con todo, Larnage y Maillart se vieron obligados también a solicitarlo el 28 de septiembre de 1739.

Estos Administradores tomaron entonces otra medida, que fue poner un transbordador. Ordenaron construirlo el 10 de septiembre de 1742. El hombre que en esa época poseía más ardor e inteligencia para ese tipo de cosas y que ya tenía peaje del paso del embarcadero de la Petite-Anse y del de Limonade, ofreció ocuparse de ello.

Unieron el transbordador al peaje por cinco años, sobre un presupuesto de 10,500 libras cada año y el último año gratis para los gastos del establecimiento, que se comprometió a efectuar en 1743. El peaje fue fijado por los Administradores según una tarifa que el señor Normand de Mézy, ordenante del Cap, propuso y que todavía está en vigor.[54]

Los mismos Administradores ordenaron la construcción de un camino el 1 de octubre. Se pidió, en consecuencia, que hicieran trabajos forzados los negros de las

[54] Exige 15 monedas por un blanco a pie, el doble si va a caballo. 7 monedas y media por un negro a pie y el triple si va a caballo. Por cada coche 30 monedas, sin incluir a los caballos ni a las personas; un caballo; un buey el doble; otros animales 7 monedas y media. Una carreta con caballos, 30 monedas; uno con bueyes el doble, sin incluir la carga ni los animales; por la carga de un caballo, 7 monedas y media. Por una barrica de azúcar, 30 monedas; por una de vino, 22 monedas y media; un cuarto o un tercio, 15 monedas. El arrendatario puede realizar el tránsito tanto de día como de noche, a excepción de las carretas de bueyes y descargar los artículos dejados en el transbordador cuando haya llegado al borde opuesto.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

parroquias que se beneficiarían del mismo y así se hizo. ¡Acordémonos también de este servicio prestado por Larnage y Maillart!

En el momento en que el público empezaba a disfrutar de él, un primer comisionado de las oficinas de Versalles, que vio este establecimiento en las cuentas que los Administradores le rendían, pensó que le sería muy provechoso hacerse un peculio con un peaje que los señores Larnage y Maillart destinaban a la construcción de un puente.

Este primer comisionado, que miraba a Santo Domingo únicamente con ojos codiciosos, ya había elegido como víctima la herencia del señor Amat, el 15 de febrero de 1744 el siciliano arquitecto de la iglesia de Limonade y en la de su mujer, que se había hecho adjudicar; pero se había equivocado en su intento.

Para la indemnización obtuvo, el 16 de diciembre de 1746, un certificado de donación de ese peaje y del paso de la Petite-Anse durante veinte años, a contar desde el 1 de junio de 1747, *con el fin de hacerle sentir los efectos de la especial satisfacción de su Majestad por los importantes servicios que había prestado y que seguía prestando, en especial en la Colonia de Santo Domingo.*

Este abuso de la confianza que su cargo le proporcionaba, hizo estallar la indignación cuando se conoció el certificado, al ser registrado en el Consejo del Cap el 1 de mayo siguiente.

Esta Corte envió requerimientos; no se leyeron. Los habitantes de Quartier-Morin y de Limonade, que fueron obligados a mantener la calzada desde el embarcadero de la Petite-Anse hasta el transbordador, pidieron que, al menos, el que tuviera los beneficios tuviera también las cargas; por toda respuesta, el primer comisionado hizo a su hermano intendente de la Colonia en 1752.

La Cámara de Agricultura, que acababa de fundarse, compartió el parecer de la Colonia en la donación del peaje del transbordador y para reclamarla, redactó un memorándum en 1763 para pedir la revocación en lo tocante a los cuatro años que quedaban aún o al menos que cuando expirara la donación, este peaje fuera en beneficio de la caja de la Colonia; esta petición corrió la misma suerte que las otras.

Por último, en marzo de 1764, la Asamblea colonial suprimió todos los arrendamientos de paso y conminó al señor de Laporte a restituir los derechos del peaje de paso de Limonade, que había recibido por una simple carta del ministro a los Administradores del 1 de agosto de 1747, que decía que ese paso estaba también comprendido en la donación.

Esta intentona fue tan poco fructífera como el resto. El certificado de donación estuvo plenamente vigente y vamos a ver si era digno de los servicios del señor de Laporte.

Alquiló en 1747 los pasos incluidos en la donación, 90,300 libras por tres años; en 1750, 190,000 libras por cinco años y en 1755, a razón de 40,200 libras al año, lo que duró doce años, pues en 1765, los señores de Estaing y Magon decidieron que solo se restablecería ese peaje.

Así, el primer comisionado reunió 762,000 libras que pagaron en su mayoría los desdichados esclavos, obligados a tomar 15 monedas sobre el producto de los magros objetos que llevaban al mercado yendo y viniendo con el transbordador.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Como dije en otra parte, se pensaba que la ganancia del transbordador era digna de un destino más alto, ya que el 7 de mayo de 1765, cuando al certificado del señor de Laporte le quedaban todavía dos años de vigencia, *su Majestad, teniendo en consideración los servicios del difunto señor marqués de Clermont-Gallerande y los gastos que se había visto obligado a hacer para sostenerse decentemente en los destinos a los que se le había enviado y queriendo recompensarle en la persona de la señora duquesa de Brancas, su hija, dama de honor de la señora Delfina y ayudarla a sostenerse en ese puesto,* le donó, por 30 años, el peaje del transbordador del Cap a partir del 1 de enero de 1767.

Este certificado ponía la condición de que el paso de las tropas y su impedimenta no costaría nada y que ningún otro paso sería unido a este.

El Consejo del Cap aplazó por dos veces el registro de este certificado, en 1766 y 1771. El 20 de septiembre de 1769, una ordenanza del Rey sobre la imposición, declaró que la ganancia de los transbordadores no formaba parte, en manera alguna, de la concesión.

El 22 de noviembre de 1771 un nuevo certificado, basado en que el transbordador generaba más de 24,000 libras francesas, que el Rey había contado con darle al año a la señora de Brancas y en que se proyectaba hacer un puente que suprimiría el transbordador, le concede 24,000 libras francesas sobre la concesión durante treinta años, a contar desde el 1 de enero de 1767.

De esta manera, la ganancia del peaje no tuvo más que antaño su destino primitivo y la Colonia se encontró gravada por una pensión para la que, hay que convenir en ello, no son fáciles de percibir los derechos de la señora de Brancas, ya que la Colonia no se benefició con toda seguridad, de la decencia con la que el señor de Clermont-Gallerande se había sostenido en sus destinos.

Los dos Consejos de la Colonia, se vieron forzados a registrar esa donación y elevaron amonestaciones que no sirvieron más que para probar que cumplieron con su deber, reclamando contra el favor codicioso que, por invadir, iría hasta los confines del mundo.

Unas ordenanzas reales, publicadas en 1766, decidieron que las normas de los transbordadores eran de la competencia de los Administradores; la de 1769 hacía de su ganancia un derecho comunal y el intendente o el ordenante del Cap sacó el transbordador a subasta pública.

El Consejo Superior, que lo había hecho desde 1767 hasta 1771, había impuesto, por un decreto del 8 de diciembre de 1766 las mismas obligaciones al arrendatario que las de la ordenanza de los señores Larnage y Maillart en 1742.

Además tenían que dejar pasar gratis a todos los oficiales y soldados con su impedimenta, a los miembros del Consejo y a los de la senescalía, a sus sirvientes y caballos, a los oficiales ministeriales de la justicia en funciones para el servicio público y también a los negros de los trabajos públicos.

En ese intervalo, las ganancias del transbordador fueron depositadas en la caja municipal, de donde el Rey ordenó, en 1772, que fueran transferidas a la de la Colonia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El señor Prost de Lary, ordenante, que hizo el mapa descartado en 1774, dejó allí la exención del Consejo y la senescalía.

Pero el señor Caignet, su sucesor, puso en la del 1 de noviembre de 1777 que no tendría lugar mientras que los Consejeros estuvieran presentes cuando pasaran ellos y sus coches. Hubo debates sobre este particular y dos cartas del ministro, del 29 de abril de 1779 y del 17 de febrero de 1781, confirmaron lo que el señor de Caignet había hecho.

El transbordador tiene todavía los 50 pies de largo que tuvo al principio, a saber, 30 de planta y 10 de punta en cada extremo, 16 pies de ancho y 4 de alto.

Hay 4 negros para atenderlo y para largar el cable cuando alguna embarcación quiere remontar o bajar el río; porque el arrendatario del transbordador que paga para tener el privilegio exclusivo, puede impedirle a cualquiera atravesar el río en canoa, a menos que no se trate de habitantes ribereños y aun así, para uso exclusivo de su plantación.

El privilegio no siempre se respetó, como lo prueban las ordenanzas de 1770, 1775 y una del 30 de enero de 1781, que no dejan lugar a dudas sobre su ineficacia.

El transbordador no siempre está tan bien mantenido como debería y hasta hubo años en los que se hundió en mitad del paso por la cantidad de agua que acumulaba.

Sin embargo sería entender mal el interés del arrendatario, porque una negligencia conlleva una gran reparación y, en consecuencia, un gran retraso durante el cual no existe el peaje. No siempre se es justo con el arrendatario.

Por ejemplo, hemos visto el estado del pequeño puente rojo del camino de la Petite-Anse volver ese camino impracticable sin que se le haya achacado ese inconveniente.

En 1783, los marineros de una chalupa del Rey, encontrando que el cable del transbordador no había sido largado con la suficiente rapidez, lo cortaron. El arrendatario se vio obligado a comprar otro que le costó 2,400 libras y no se le indemnizó.

A veces hay también dificultades para cobrar. Antaño había un funcionario que vigilaba en el extremo del transbordador, del lado de la ciudad, pero lo retiraron en 1783.

Como el río no tiene sino 20 toesas en su desembocadura, la travesía del transbordador es corta. No obstante en la estación de los vientos del norte, el mar está muy agitado y el movimiento del transbordador basta para poner a prueba a las personas que se ponen malas en este elemento.

A veces estamos obligados a esperar mucho tiempo y de manera penosa, cuando en las horas y en los días de calor sofocante llegamos a la orilla derecha del río en el momento en que el transbordador acaba de partir para ir a la ciudad, lugar donde se detiene por más tiempo, ya que es donde hay que pagarle.

Situado en una lengua estrecha en la que los rayos del sol reverberan en la arena y golpeada por los reflejos que estos producen en la superficie del mar y del río, se pasa realmente muy mal.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sin embargo a veces se dejan, hasta días enteros, caballos desenganchados cerca de una silla que espera el regreso de un habitante, la venida de un invitado o de un hombre de negocios o bien la de una ninfa que va a seducir también a los campesinos.

Hay habitantes que hacen poner detrás el coche de forraje para los animales que esperan o bien lo compran en el Cap; pero este último recurso puede quedar en nada por las combinaciones del cochero, que a menudo cree, como Sganarelle, haber comido por todos.

Habría quizá que preguntarse por qué no ponen algunos hangares para por lo menos, resguardar a los animales. Mi respuesta a esa pregunta, que no será la de alguien que conozca la completa desidia de Santo Domingo, es que el señor Sicard arrendatario, los había hecho construir en 1764 así como un almacén para guardar los productos; pero exigía una indemnización de 7 monedas y media y sus pretensiones echaron abajo esas construcciones. ¡Y luego hablamos de epizootia y de pérdida de animales!

El alquiler del transbordador que era de 60,300 libras en 1786, aumentó hasta 90,000 libras a finales del mismo año, tanto en tiempos de paz como de guerra, es decir, que este no da lugar a una disminución.

Si añadimos a esto los desperfectos del transbordador, su mantenimiento, el empleo de cinco o seis esclavos, el alquiler de una casa para el alojamiento del arrendatario y su entorno y los gastos de adjudicación, vemos que necesita poco más o menos 100,000 libras para cubrir los gastos; son cerca de 400 libras al día.

Pero la ganancia durante seis días a la semana no llega a 400 libras; es necesario pues que solamente el domingo se ganen 2,400 libras y se puede decir que las producen los 3,200 esclavos, que vienen a vender al mercado del Cap y que pagan cada uno 15 monedas por la ida y la vuelta a menos que, como les pasa a algunos, tengan un amo que abone todo su taller para el paso anual en el transbordador, por un precio convenido con el arrendatario.

Juzguemos, según esto, lo ventajoso que sería para estos desdichados negros que hubiera un puente en lugar de un transbordador. Y ese puente ¡cuántas veces estaría pagado con el millón quinientas mil libras que el señor de Laporte y la señora de Brancas desviaron de ese destino bienhechor!

Sabemos que este puente había sido querido y solicitado en 1708 y 1739 y me atrevo a decir que si Larnage estuviera vivo, los certificados de donación no se hubieran pedido nunca; se hubiera temido su rígida virtud.

En octubre de 1772 hubo un plan más ambicioso. Una sociedad de contratistas, a cuya cabeza estaba el señor Renaud, ofreció hacer siete puentes sobre los siete ríos de Fort-Dauphin, el Matrie, el Trou, el río Grande, el Haut-du-Cap, el Salée de l'Acul y el Limbé; con la condición de establecer un peaje en su provecho o bien que se les pagara el desembolso.

El ingeniero jefe lo evaluó en un millón doscientas mil libras. Como entre esos puentes, que hubieran asegurado en todas las estaciones la comunicación de toda la Parte del Norte, los del río Grande y el de Galisset por el transbordador eran, evidentemente, los más importantes y los señores de Vallière y de Montarcher suscribieron un contrato para esos dos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El precio debía ser pagado por todos los habitantes de las senescalías del Cap y de Fort-Dauphin divididos en tres clases, con una contribución que sería de 300 libras para los más ricos y de 24 libras para los de la clase contraria.

El Rey aportaba una décima parte que debería ser tomada del derecho del dos por ciento sobre las adjudicaciones judiciales. En cuanto a los otros puentes, se quiso esperar la decisión del ministro y hasta su determinación antes de fijar la cotización, aunque se deberían empezar los dos puentes de todas maneras.

El 24 de diciembre de 1772 los señores de la Feronnays, segundo comandante de la Parte del Norte y Malouet, en funciones de ordenante, pusieron la primera piedra del puente cuyo plano había hecho el señor de Boisforet, ingeniero jefe y debía ejecutar el señor Renaud precisamente en el lugar donde estaba el transbordador.

Pero no se había calculado la influencia del ánimo de Santo Domingo. En septiembre de 1775, no quedaban ni el recuerdo del proyecto adoptado ni el de la primera piedra puesta.

El señor de Ennery que acababa de llegar, supo enseguida la utilidad de los dos puentes sobre los ríos Galisset y Artibonite y prometió, junto con el señor de Vaivre, colega suyo, 600,000 libras de la caja de las libertades para asegurar su construcción.

Tras esta oferta, los señores de Argout y Prost de Larry, segundo comandante y ordenante del Cap, convocaron el 10 de septiembre, a los habitantes de Limonade, Quartier-Morin y Petite-Anse en el gobierno, donde fue decretado que el Rey pagaría la mitad de los gastos del puente del transbordador y que los habitantes, a los que se deberían unir los principales negociantes de la ciudad, se harían cargo de la otra mitad.

Los habitantes de las tres parroquias nombraron a los señores Fournier de Varenne y Barré de Saint-Venant como sus comisarios, a fin de supervisar le ejecución del proyecto que sería hecho con el contratista y proceder a la repartición de la suma votada, prorrateada con las rentas de cada plantación y con el interés de cada uno de los propietarios en el establecimiento del puente; el señor Haitze fue elegido para encargarse de las suscripciones.

Cada habitante firmó un documento enunciativo de su renta y los comisarios hicieron el reparto con el beneplácito del gobierno y los suscriptores. Pero el señor de Ennery murió, el señor de Argout fue nombrado gobernador de la Martinica; el señor Prost de Lary había muerto algunos días después de la asamblea del 10 de septiembre de 1775 y el proyecto no tuvo otro efecto que demostrar el patriotismo de los colonos.

En 1777 hasta se pretendió que el puente del transbordador solo era bueno para tener el placer de atravesar el río en coche y que los negros únicamente tenían que pasar por el Haut-du-Cap.

Los señores de Reynaud y Le Brasseur no compartían esta última opinión y recuperando el proyecto de 1775, levantaron un plano de la construcción del puente, pero sobre otros supuestos.

Pensaron que era complicado construir un puente de mampostería que resultaría enormemente costoso y de difícil ejecución. Influyeron también en el nuevo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

plan los consejos de los militares y el puente fue proyectado en madera con pilares de mampostería.

Los habitantes de las tres parroquias vecinas adoptaron también ese plan y con el mismo entusiasmo en las asambleas parroquiales del 11, del 18 y del 22 de febrero de 1781.

Se siguió en el reparto de la contribución voluntaria, el plan de los comisarios de la suscripción de 1775, que dividía las plantaciones de caña en cuatro clases, de las que la primera pagaba 1,500 libras por cada millar de azúcar producida en su ingenio; la segunda, 1,000 libras; la tercera, 660 libras y la cuarta, 500 libras.

Los habitantes solo objetaron que sus fondos debieran ingresarse en la caja de las libertades, en lugar de ser remitidos a un cajero elegido entre ellos.

La suscripción se elevó a 202,455 libras a pagar, un tercio al comenzar los trabajos, un tercio cuando estuvieran mediados y el resto cuando se terminaran.

Asegurados así los medios, los señores de Reynaud y Le Brasseur publicaron el 23 del mismo mes de febrero, una ordenanza para la edificación del puente con pilares de mampostería y cubierto con un armazón.

Debía tener 100 pies de largo, sin contar las trincheras y las rampas ni el espesor de los pilares, que debían espaciarse de 20 en 20 pies de manera que la longitud total del puente, de una trinchera a la otra, sería de 150 pies. La anchura se fijó en 32 pies, 24 para los coches y 4 en cada lado para procurar una acera a los peatones; en medio había un puente levadizo.

La suscripción tenía el efecto de liberar del derecho de peaje a perpetuidad a los habitantes suscriptores y a todos los blancos de sus plantaciones, a sus caballos, a sus coches, a sus productos y a sus efectos.

El comandante, el mayor, el ayudante mayor y el cirujano mayor de los batallones de las milicias del Cap y Limonade, así como el comandante, el párroco, el ayudante mayor, el cirujano mayor, los veedores principales y particulares de las parroquias de Morin, de Limonade y de Petite-Anse, estaban igualmente exentos del peaje y también sus coches, caballos y sirvientes.

La exención también se aplicaba a todo individuo no blanco, quienquiera que fuese en lo concerniente a su persona, pero tenía que pagar por sus caballos, productos, coches y animales de carga. El derecho de peaje se mantenía para todos los demás con el fin de asegurar el mantenimiento del puente.

El infatigable señor de Reynaud, acelerando su proyecto, hizo reunir los materiales y secundando sus designios un venturoso azar, encontró varias hermosas canteras de las que se sacó la piedra de sillería para el puente.

El 28 de junio de 1781, los señores de Reynaud y Le Brasseur salieron del gobierno acompañados del Consejo Superior, del Estado Mayor, de oficiales de todos los cuerpos de la guarnición, de la senescalía, de representantes de las parroquias de Quartier-Morin, Limonade y Petite-Anse, de los habitantes más notables de la ciudad y de la planicie y de un gran número de personas.

Precedidos por una música militar, a la que se adelantaba el clero de la iglesia del Cap, fueron por el borde oriental de la desembocadura del río Haut-du-Cap, donde, después de que el padre Colomban bendijera dos primeras piedras, las pusieron

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a golpe de ruido de cañón y de las fanfarrias en el punto de la entrada del puente, cara a cara con la calle que tomó su nombre y en la base de los dos pedestales.

Poco después vimos que ambos fueron construidos en orden corintio y tenían 10 pies de altura, base y la cornisa incluidas, por 50 pulgadas de anchura, con esta inscripción en el del norte:

La primera piedra de
este puente fue puesta
el 28 de junio de 1781, por los señores de
Reynaud, Comandante General y Le Brasseur,
Ordenate en funciones de intendente.

Y esta sobre el pedestal del sur:

Monumento a la beneficencia
de los habitantes de Morin, Limonade
y las zonas adyacentes de Petite Anse,
a favor de los esclavos y libertos,
levantado por orden de los señores de
Reynaud y Le Brasseur.

Un grito de alegría y aquellos de agradecimiento se mezclaron con las salvas que celebraban esta ceremonia, a la vez cívica y religiosa; pero en el momento actual, esos dos pedestales y las inscripciones que fueron grabadas, testifican que la devoción de los Administradores y el civismo de los ciudadanos no siempre bastan para hacer el bien.

El final de la administración del señor de Reynaud, en julio de 1781, fue también el de las esperanzas de los habitantes y sobre todo el de las de los desgraciados esclavos.

En 1786 se hizo un nuevo arrendamiento del transbordador por tres años y el año pasado (1788), vi los dos pedestales deteriorados y al borde del derrumbamiento.

El corazón se aflige por la no ejecución de este útil proyecto y no se pasa cerca de esas inscripciones sin que se nos escape un reproche contra los Administradores, que parecen haber buscado que se volvieran inútiles.

¿Qué hay de meritorio en apropiarse, construyéndolo, de una parte de las magníficas teorías de su predecesor?

¿Cómo con 202,455 libras no han podido hacer un puente que estaba evaluado en solamente 217,790 libras? ¡Administradores! ¿Creéis heredar una gloria que secuestráis a otros?

Este cálculo indigno y egoísta de los depositarios de una gran autoridad es una prevaricación real pues habéis jurado ponerla al servicio del bienestar de los que os obedecen y que no debe depender de continuas mutaciones.

Apartad esos odios celosos y asociad vuestro nombre al de vuestros predecesores secundando sus planes bienhechores.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Tengo que alabar aquí a los señores Duchilleau y Marbois, que querían acabar este año el puente del transbordador, al que los terraplenes del borde de la orilla este quizá exijan cambios; pero encontraron otros obstáculos.

¿Cuándo existirá este puente? Me van a permitir aquí algunas reflexiones sobre su construcción, que encontró detractores en cuanto a la reducida anchura del río y podrían ser de ayuda en parecidas circunstancias.

El río de Haut-du-Cap o de Galisset, considerado en el punto donde está el transbordador es más bien un brazo de mar, un estero que penetra en la tierra que un río.

Las canoas y chalupas lo remontan hasta el paso de Haut-du-Cap, aunque sea muy cenagoso desde la desembocadura del río Any y se hubiera podido hacer navegable en un punto mucho más alto, sobre todo para los navíos de fondo plano si, por hacer un vado para los coches, no se hubiera estrechado el suelo de un paso al Haut-du-Cap en vez de construir en este lugar, como se hizo después, un puente que no podía costar mucho, disminuyendo el lecho del río.

Los habitantes se ahorrarían los carros, ya que las canoas llegarían más lejos y estarían obligados, como antaño, a coger el agua en este río para las necesidades de la rada y sería más pura, sin mezcla de agua salada: primera falta.

En todos los proyectos del puente que sustituye al transbordador, siempre se ha hablado de un gran desembolso. Un ciudadano observador, cree que es una segunda falta y que es muy fácil levantar uno de mampostería con poco gasto, propone una medida fácil, que es reducir la anchura del río a 60 y hasta 40 pies, en lugar de los 200 que tiene ahora.

Esta proposición que parece una paradoja, es sin embargo demostrable. Viendo una capa de agua inmensa en la desembocadura del río Haut-du-Cap, se concluye que es un río considerable y de hecho no es más que un débil riachuelo, que apenas puede abastecer a una fila de molinos y de cuyo volumen de agua se opina que es insuficiente para subvenir a las necesidades de la ciudad del Cap.

No es en el espacio ocupado por el mar donde se debe apreciar la fuerza del río, sino en el punto en el que su curso es lo bastante elevado para que el reflujo del mar pase allí desapercibido.

Además, aunque las mareas más grandes no exceden las 30 pulgadas en Santo Domingo, hay sin embargo que remontar más de una legua en línea recta para encontrar el río de Haut-du-Cap en su estado natural. Es allí donde está su verdadera desembocadura y no en el brazo de mar que le sigue.

Pero la experiencia lo demostró desde hacía ya mucho tiempo, pues en la plantación Breda hay un puente de madera apoyado en dos pilares de mampostería, alto de 8 a 10 pies que no deja más que un paso de cerca de 30 pies de ancho, que basta en cualquier estación para que corra el río.

Pero el volumen de agua que pasa bajo ese puente nunca llega al mar; hay que tener en cuenta el efecto de la evaporación en un clima tan caliente como el de Santo Domingo en la inmensa superficie donde se expande el río, desde el punto donde nota el efecto de la marea.

A estos primeros razonamientos, podemos añadir otras pruebas. Cuando se quiso establecer el transbordador actual el río tenía en ese punto 80 toesas; se redujo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a cerca de 33 y la apertura disminuida en más de la mitad bastó sin que los bordes, que no tienen más que dos o tres pies por encima de las mareas, fueran nunca rebasados.

Todo el secreto consiste pues en retraer el lecho del río. Sabemos que el mar recula fácilmente delante de los trabajos del hombre. Convenimos en que este retraimiento hinchará un poco las aguas, pero dando al puente del transbordador la misma elevación que tiene el de Breda, no habrá nada que temer dejándole una anchura doble.

Esta anchura es necesaria no porque el río la necesite, sino porque la navegación sí; porque todo el mundo sabe que las elevaciones que se han hecho a lo largo de los ríos, no tienen tanta altura cuando se acercan al mar.

Habría que intentar el estrechamiento del río Haut-du Cap hasta reducirlo a 50 o 60 pies, construyendo muelles a derecha e izquierda del mismo. Hasta se podría pasar por la orilla del lado del Cap, pues el terreno tiene allí una pendiente muy considerable.

Estos muelles que se han comenzado al este, ofrecerían grandes comodidades a la navegación y al comercio. El río estrechado trabajaría sobre su fondo en la época de crecidas y se volvería navegable mucho más arriba.

Los materiales de esos terraplenes están al alcance de la mano. El pico del Cap por un lado, proporcionaría las piedras y los arrecifes darían madréporas todavía más convenientes, pues esas rocas de mar son menos caras y al estar colocadas en su elemento, sirven para multiplicar las conchas y otras madréporas que colaboran sin cesar con la solidez de esos trabajos.

Nada más fácil a continuación que la construcción de un solo arco sobre un canal de 50 o 60 pies. He aquí, al menos es lo que pienso, el provecho que se podría sacar de las circunstancias que han retrasado la construcción del puente tan justamente deseado y tan inútilmente proyectado desde hace 80 años.

La isleta que da al muelle y que está entre las calles Boucherie y Saint-Nicolas, pertenece al Estado. No tengo nada de particular que decir del trozo del muelle que se encuentra en la séptima sección, sino que es el menos frecuentado y el menos ancho.

En este extremo del muelle se descargaban las planchas antes de la ordenanza de 1786. Ahora, para colmo está cubierto de inmundicias.

El señor Artaud había obtenido de los Administradores, el 5 de noviembre de 1785, una ordenanza que le permitía alquilar en el borde del mar las tres isletas, desde la calle Trois Visages hasta la Rohan, para poner allí los materiales mientras que fuera contratista del Rey, pero una ordenanza del 3 de junio de 1787, no le dio más que tres meses para evacuar todo ese terreno.

Octava Sección

Limitada al sur por el torrente del Cap y por toda la anchura de la primera sección, tiene el mar al este, el límite septentrional de la ciudad al norte y al oeste, el pico del Cap, que la ciñe.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La forma de esta sección es irregular; parece estar compuesta de dos partes por los contornos del pico que, avanzando en el este hacia el centro de esta sección, reduce a la parte norte a no ser más que una banda estrecha.

Dije, hablando de la primera sección, que una parte de la batería circular del muelle y la mayor parte del parque de artillería se hallaban en la octava sección. En la parte superior de esta parte del parque de artillería y teniendo como ella el torrente al norte, está el arsenal, que tiene la calle Picolet al este, la Marbois al oeste y la Arsenal al norte.

Este arsenal era lo único que existía de esta sección en 1740, de manera que esta es un extensión de la ciudad desde esta época. Como tuvo desde sus comienzos el nombre de Petit-Carénage pues allí se carenaban los navíos, actualmente se le da el nombre de barrio de Petit-Carénage a toda la sección.

En 1712 el torrente era el límite extremo de la ciudad al norte; entonces se puso una panadería del Rey donde todavía está hoy, aunque ya no sea el mismo edificio.

Después, a 15 pies de la esquina sudeste de esta panadería se encontraba, poco más o menos, la esquina noroeste de la casa de mampostería del ayudante mayor de la ciudad del Cap que, tomando además 45 pies en el sur de su casa, había formado un recinto y un jardín cuyo término era el pico al oeste.

A 60 pies, en el norte del alojamiento del ayudante mayor y casi en el mismo alineamiento, se estableció un cuerpo de guardia, enfrente del cual y en una barraca se hallaban los negros cimarrones. Un pozo de agua salobre estaba entre las dos equinas opuestas de la panadería y del cuerpo de guardia.

Tales fueron los comienzos de la octava sección que, como vemos, estaban todos encerrados en los lados norte, oeste y sur de la plaza Luzerne.

Se había aumentado con una tercera compañía de tropas las dos que tenía el Cap desde 1702 y estas tres que formaban la guarnición que, al no disponer de alojamiento fijo, hizo pensar en construirle un cuartel.

En 1719 se escogió para ello, el terreno llamado actualmente el arsenal y se comenzó en ese mismo año; fue destinado a acoger tres compañías de 50 hombres cada una con sus oficiales y se dio al edificio la forma que conserva: un cuerpo central con dos alas delante.

Los oficiales estaban en los cuatro extremos de las alas y el del nordeste era además el alojamiento del ingeniero.

Un gran patio dominaba la parte delantera; un cierre de empalizadas lo cerraba y en la barrera, formando la puerta de entrada, había dos garitas de piedra. Muy cerca del cierre, en el interior y entre las alas y la puerta de entrada, había dos pozos.

Al norte, al oeste y al sur, estaban las cocinas hechas de madera y las dos del oeste estaban adosadas al pico; se encontraban en consecuencia en la actual calle de Marbois, que entonces no existía.

Se pasaba entre este cuartel y el torrente por una pequeña calzada de 12 pies de ancho, por medio de la cual se iba a la orilla norte desde un pequeño puente, que reemplazó al de piedra en la calle Picolet, hasta otro pequeño puente de madera que estaba sobre el torrente entre las calles Gouvernement y Marbois. La empalizada continúa desde el cuartel hasta la casa del ayudante mayor.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En esta época de 1719, el mar llegaba hasta alrededor de 45 pies al este del puente del río Picolet; la ribera seguía a continuación la dirección noroeste, de manera que al final del pabellón del ala norte del cuartel, entonces menos avanzada en 80 pies al este que hoy día, no había más que 45 pies de espacio hasta el mar.

Poco, después de que el cuerpo de guardia y la cárcel de los negros se cayeran de viejos, se les había emplazado en donde está ahora el almacén del Rey y con el incendio de 1734, se pusieron uno y otra en el pabellón del extremo del ala sur del cuartel.

Después, este cuartel se quedó pequeño y enseguida se construyeron los dos pabellones despegados que se ven delante de ambas alas y se destinó el más meridional al cuerpo de guardia, a la cárcel y a una sala de armas.

En 1742 el señor de Larnage cerró el cuartel, como se ve ahora, con un muro de cierre. También se puso la valla de madera que está delante, apoyada en un muro de base con pilares de trecho en trecho y una puerta de madera con puntas de hierro en lo alto, situada en el centro del emplazamiento en la calle Picolet, entre dos columnas dóricas, cuyo fuste y dos cornisas encima del armazón, llevan esculpidos trofeos militares.

Este establecimiento militar, una panadería añadida que fue reconstruida en 1734 cerca de la antigua y una sala de armas, era todo lo que había en la octava sección cuando, el 14 de septiembre de 1743, los señores de Larnage y Maillart, siempre ocupados en el crecimiento y embellecimiento del Cap, recibieron la propuesta del señor Coudreau, ingeniero, que acababa de dirigir el cierre del cuartel y que, a la cabeza de una compañía, ofrecía hacer una nueva usurpación al mar.

La compañía se obligaba a formar con terraplenes nueve isletas al norte del cuartel y hacia el mar. Esas nueve isletas eran aquellas que formaban los dos lados de la calle Picolet, a saber: cuatro al oeste y cinco al este ya que el pico dejaba más espacio en este último punto.

Las condiciones impuestas a la compañía fueron terraplenar y aplanar las nueve isletas y el terreno adyacente y llevar el terraplén al sur hasta la batería circular, de modo que se pudiera hacer una plaza delante del cuartel y construir un acueducto en el torrente, desde el puente hecho sobre el mismo hasta su desembocadura, en el extremo del terraplén proyectado, a fin de dejar para el Rey la isleta donde está la plaza Luzerne.

Como indemnización, la compañía se adueñaba de las otras ocho isletas que se formaron con su trabajo, el derecho de excavar en el pico para tener con qué terraplenar y hasta apropiarse de los terrenos que esas excavaciones añadirían al suelo adecuado para construir.

La compañía cumplió sus compromisos e hizo un muelle de 90 pies delante de la segunda fila de isletas y se le llamó plaza Dauphine al espacio que se encuentra delante del cuartel.

Esta empresa dio lugar a las calles Arsenal, Comte, Poudrière y Fort-aux-Dames, ue van de este a oeste y a las Picolet y Morne, que las cortan de norte a sur.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Todas estas calles tienen 30 pies de ancho, en lugar de los 24 que tienen las de la ciudad, pues los señores Larnage y Maillart encontraban las primeras demasiado estrechas.

En esta zona al final de la batería circular, al norte, una compañía a cuya cabeza se hallaba el señor Pamelart, abrió el 26 de enero de 1766 un coliseo para el que había conseguido permiso de construcción.

Tenía un salón de baile, un café y un salón de estar; allí se pagaba, como en los bailes de la Comedia. Esos bailes duraron lo que el carnaval de 1776 y el coliseo fue abandonado enseguida.

Se buscó que el público volviera con fuegos artificiales, que tampoco tuvieron éxito. Este local, donde los voluntarios de las milicias celebraron una comida de 500 cubiertos bajo unas tiendas y un baile el 14 de febrero, con ocasión del gobierno interino del señor de Lilancour, segundo comandante de la Parte del Norte, en cuya calidad era capitán de los voluntarios, se había convertido, desde mayo de 1776, en algo compartido con las personas de color, que bailaban allí todos los domingos.

Ellos mismos se hartaron, al menos las mujeres, porque habían terminado por no dejar entrar a los blancos a su baile. El coliseo duró pues apenas un año y no quedó ni rastro de él poco tiempo después.

El cuartel del que se habían retirado las cárceles para ponerlas en los almacenes del Rey cuando llegaron los tribunales, ya no alojaba a la guarnición, que en 1757 fue a tomar posesión del cuartel actual.

En esa época el antiguo cuartel, que recibió a la compañía de bombarderos, tomó el nombre de Arsenal, que ha perdurado porque ha estado albergando constantemente a una parte cualquiera de las tropas o a los artilleros.

También se aumentaron los edificios interiores, debiéndoseles los más grandes a los señores de Reynaud y Le Brasseur, cuya idea se la había dado un plan maestro del 3 de junio de 1764, que había sido hecho por los señores de Estaing y Magon.

Con el fin de establecer una comunicación más entre la ciudad, el polvorín y la panadería del Rey, ordenaron el 2 de octubre de 1780, en base al plan de 1764, que la calle Gouvernement fuera prolongada por el lado norte del torrente y la longitud del pico, hasta el final de Petite-Carénage.

Se demolerían las barracas que se habían levantado sin permiso y en detrimento de una ordenanza de los Administradores del 20 de abril de 1743, que declaraba todo ese espacio inaccesible, se haría un puente de la anchura de la calle sobre el torrente y la parte trasera del arsenal serviría para agrandar los almacenes de la artillería.

Así, en lugar de una cloaca repleta de inmundicias, se dispuso de una hermosa calle llamada después Marbois, por el intendente de ese nombre; un bello edificio apto para el servicio de artillería, comenzado en mayo de 1780 y acabado en tres meses, la hermoseaba y ya se había empezado a excavar el pico para darle a esta calle casas al oeste.

El muelle hecho por los contratistas de 1743, fue lo que dio lugar a convertir en carenero un sitio que se consideró cómodo para ese fin, porque estaba protegido

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

por la vecindad del pico y por la avanzada de la batería circular; de ahí el nombre de *Petit-Carénage* que se le dio a todo el cantón y que desde entonces no ha cesado e extenderse.

Su primera ampliación fue el de las casas alineadas de norte a sur sobre la panadería y que son la causa de que la calle Morne no merezca ya ese nombre, desde que fue desviada al oeste por las excavaciones que causaron también la prolongación de la calle Marbois y luego la Varenne, como indica una ordenanza de los Administradores del 22 de octubre de 1750, donde se regula de entrada que la calle proyectada al norte de aquella se llamará Puits.

Posteriormente a todo esto se hizo una isleta de más hacia el mar, que forma el lado norte de la calle del Arsenal y finalmente la extensión del Petit-Carénage en la banda que he indicado como la que termina al norte.

Pero para acabar sobre la primera parte, debo decir que bajo la administración de los señores de Reynaud y Le Brasseur, se construyó una panadería muy hermosa, aunque muy sencilla.

Este edificio convirtió la plaza que había antes en totalmente regular y los Administradores la llamaron plaza Boulangerie. Sin embargo había allí un emplazamiento que el señor Bongars compró en nombre del Rey en septiembre de 1782 al señor conde de Vaudreuil en 13,200 libras.

Este espacio libre dio lugar a que los habitantes de Petit-Carénage, que se quejaban desde hacía tiempo del alejamiento del mercado de Clugny, solicitaran que se hiciera uno en esta plaza.

Los Administradores autorizaron provisionalmente este destino en mayo de 1787 y el 3 de mayo de 1788, decidieron mediante una ordenanza, que la plaza fuera llamada *Place la Luzerne*, del nombre de uno de ellos y que sería convertida en un mercado diario de comestibles de todo tipo, poniendo juntos a los vendedores de las mismas cosas.

En cuanto a los gastos de pavimentación, barrar el recinto y su revestimiento, el ordenante adoptó las mismas medidas de las que ya he dado cuenta al describir el mercado de Clugny: los que las impusieron eran los propietarios de las casas vecinas.

La plaza Luzerne es muy pequeña, pues no tiene más que 20 toesas cuadradas y 25 si contamos las calles que la rodean. El 1 de enero de 1789 se abrió el mercado. Está a la espera de una fuente cuyo uso le será muy útil.

En la casa que hace la esquina nordeste de la plaza Luzerne, hay baños públicos que el señor Gatier, tapicero, hizo construir en abril de 1778 con un gasto de 32,000 libras. Fue el primer establecimiento de ese tipo que existió en el Cap. Se abastece de agua con un pozo que tiene varias fuentes.

En la misma calle y en el mismo lado, entre las de Fort aux Dames y Varenne, hay otro pozo que abastece a los navíos. Los recipientes para el agua se colocan en un sitio que alberga una especie de tonel y se pagan 15 libras para llenar cada uno de ellos.

Se ha dado el nombre de calle de Argout (gobernador general) a la que al este es paralela a la calle Picolet. Hablando con propiedad, es un muelle de 90 pies que aquí está delante del Petit-Carénage, donde se carenan los barcos y donde hay un pontón.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

También se construyen allí algunos barcos. Sin embargo este muelle no ocupa toda la longitud de la calle de Argout, que está ella misma cerrada al sur de la Arsenal por el parque de artillería y los edificios que la rodean en esta zona.

En el extremo norte de la calle de Argout, pero en la parte inferior y en dirección nordeste, hay un gran hangar para los mástiles y al este del mismo, el terraplén ha sido empujado al mar hasta 80 toesas más lejos que el borde del muelle de Argout.

Ahora ese terraplén continúa al sur para que, llevado al alineamiento norte de la calle Varenne, se termine con un muelle de 90 pies de ancho todavía más meridional.

Enfrente y por consiguiente del lado sur de la calle Comte pasará lo mismo; luego el terraplén irá a alinearse al este con el que tiene 80 toesas delante del muelle de Argout. Se terraplenará también en la misma línea el espacio que está entre la calle Comte al norte y la desembocadura del torrente al sur.

Paralelamente al muelle de Argout y para unir los dos terraplenes de los que uno estará más delante de la calle Varenne y el otro más delante de la Comte, se hará un muelle de 90 pies interrumpido por una apertura de 90 pies, enfrente del centro de la isleta que está entre las calles Poudrière y Fort-aux-Dames.

Cuando este trabajo, que está ya muy adelantado, se haya terminado, habrá un recinto que formará una cuenca de 60 toesas cuadradas, donde las embarcaciones estarán tranquilas y tendrá comodidades de las que hablaré en el capítulo del puerto.

El hangar para los mástiles estaba desde 1765. Al principio se hizo para poner a cubierto las canoas, las barcas y otras embarcaciones del puerto. Su pesada cubierta aplasta los pilares.

Cuando se construyó estaba al borde del mar y solamente una pequeña lengua de tierra unía la zona de Petit-Anse de la que he hablado hasta ahora, con aquella con la que debo entretener al lector.

En 1766, esta última todavía formaba la delantera de una propiedad comprada en esa época por el señor Courrejolles, ingeniero del Rey, quien al construir hornos de cal en el borde de su terreno y una casa, tuvo la idea de levantar edificios en ese nuevo cantón, terraplenando en el mar por un lado y excavando en el pico por otro.

Pero sobre todo desde 1780, este extremo del barrio se amplió asombrosamente, porque entonces la primera casa que había cerca del hangar estaba a 80 toesas.

En 1780 hubo mucho interés en terraplenar el muelle de Argout y toda su vecindad cambió de aspecto. Unas hermosas casas reemplazaron a las raquíticas barracas y el resto de Petit-Carénage participó de esta mejora.

Bajo la administración de los señores de Bellecombe y Bongars se adoptó el plan de la cuenca del que he hablado y cuyos trabajos han permitido a esa zona una nueva existencia.

Dieron lugar a la calle Saint-Alexandre que va de este a oeste. Las casas que rodean lo que siempre se ha llamado el camino de Picolet, fueron aligeradas y aumentadas y ese camino se convirtió en la calle Sainte-Catherine, que tiene 30 pies

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de ancho y toma su nombre de una batería de morteros, a la que conduce yendo hacia el Picolet.

El lado oeste de esta calle adquiere la anchura de una isleta; una ordenanza de los Administradores, del 27 de mayo de 1784, mandaba hacer en la parte delantera de la misma, desde el hangar hasta el límite de la ciudad, un muelle de 60 pies que se llamaría Bellecombe.

Sobre ese muelle, en la esquina sudeste y a lo largo de la calle Saint-Alexandre, estaba situado un almacén de 100 pies de largo para uso de la marina y ahora el espacio de 200 toesas que está entre la calle Saint-Alexandre y el límite septentrional de la ciudad del Cap está dividido en isletas, de las que no hay ni una que no tenga ya algunas casas.

El 30 de mayo de 1789, los señores de Chillau y de Marbois ordenaron que las calles Argout y Saint-Alexandre estarían recíprocamente prolongadas, de manera que una se abriera sobre la otra.

Una calle de 24 pies de ancho, a la cual el hangar sirve de alineamiento por un lado, también une transversalmente la calle Argout con la Saint-Alexandre; enfrente del punto donde esta nueva calle llega a la Saint-Alexandre, se proyectó una calle de 30 pies, paralela y superior a la Sainte-Catherine; es decir, que esta zona del Petit-Carénage se alargará más.

Las calles que cortan esta banda de este a oeste y que irán hasta la calle en proyecto son, después de la Saint-Alexandre (llamada así por el patrono del señor de Bongars, intendente), la calle Saint-Thomas; luego la Saint-Léonard y después la Saint-Guillaume, los dos patronos del señor de Bellecombe, gobernador general; la calle Bongars; la Ballon, porque el señor Benquet, hombre de negocios del Cap había hecho partir de ese punto un pequeño globo que, el temor a que se incendiara, llevó a la policía a prohibir los experimentos aerostáticos; la calle Saint-Philippe, en honor de don Bernardo de Gálvez que había conquistado el fuerte de ese nombre en Pensacola y finalmente la calle Sainte-Claire.

El barrio de Petit-Carénage está muy poblado, pero casi en su totalidad por personas que tienen o han tenido que ver con oficios del mar. Son obreros de barco y pescadores; tampoco es el lugar más avanzado de la Colonia en cuestión de modales, de pureza del lenguaje y de elegancia.

Las mujeres con criterio dicen incluso que un conjunto hecho en el Carénage se traiciona siempre por alguna cosa que la moda actual no admite y es casi un proverbio decir que algo es del Carénage para expresar que ofende el buen gusto.

Llegará un día en que el Petit-Carénage se situará bajo el mandato del lujo y se volverá elegante, la ciudad de la que es un barrio, pues las damitas de este saben que han precedido bellas mujeres, cuya compostura haría reír mucho con toda seguridad, igual que hoy día, a las *mujeres* del Carénage.

Parece que después de haber terminado de hablar de la octava sección, todo invita a ocuparse del puerto.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El puerto del Cap

Su entrada está formada por un intervalo de cerca de 500 toesas, que la cadena de arrecifes que domina desde la entrada de Fort-Dauphin hasta allí, deja entre ella y el pico del Cap propiamente dicho.

Para llegar, los navíos se dirigen al fuerte Picolet, situado en la parte baja de ese pico al que se aproximan a una distancia unas 300 toesas o de 100. Luego, girando a la izquierda, llegan al paso, teniendo al Picolet de un lado y el punto del arrecife llamado la Coque-Vieille del otro, palabra que aclara lo suficiente el naufragio de un barco cuyo casco habrá sin duda atraído la atención durante mucho tiempo.

Enseguida esta entrada se subdivide ella misma en dos pasos, de los que el de la derecha, el más cercano a tierra y que comienza en el fuerte Saint-Joseph, es llamado el Petite-Passe, porque es el más estrecho; el otro lleva el nombre de Grande-Passe.

Forman la separación un alto fondo conocido bajo el nombre de Grand-Mouton y otro mucho más pequeño llamado el Corne du Mouton, situado al este del primero hasta casi rozarlo en su extremo sur.

También hay entre el Grand-Mouton y la prolongación de la Coque-Vieille, otro alto fondo que es el Petit-Mouton. El Grand-Passe está entre este y el Grand-Mouton.

Vayamos por el paso pequeño o por el grande, llegamos a un punto que está a 400 toesas del Grand-Mouton enfrente del hangar de los mástiles. Allí comienza el fondeadero. Para llegar allí todavía hay que evitar otro pequeño fondo (la Trompeuse), que se halla enfrente, a 800 toesas del mismo hangar y que impide alejarse demasiado de tierra.

Pero enseguida el fondeadero se alarga, ya que el alto fondo de Bélier que está al sur de la Trompeuse, se aparta al este con relación a la posición de este último.

En esta zona, más alejada de la entrada del puerto, fondean los barcos mercantes que gastan menos agua que los de la marina real y necesitan estar más cerca de la ciudad para todos sus movimientos comerciales; mientras que los otros se ponen en la cabecera de la bahía y fondean cara a cara con el hangar de Petit-Carénage.

Las embarcaciones pequeñas fondean entre los barcos mercantes y tierra firme, porque no tienen nada que temer del banco de arena que domina con su poca anchura desde el Picolet hasta más allá del fuerte Saint-Joseph, pero que se alarga de repente y va a hacer el recorrido del puerto hasta el barrio del embarcadero de la Petite-Anse, con una anchura que varía entre 150 y 300 toesas.

Se han puesto banderolas rojas para indicar los dos pasos de entrada; con todo, hay muy pocos marineros que se arriesguen sin un piloto, a menos que no sean oficiales de marina que tuvieron la ocasión de adquirir una práctica segura, pues un capitán mercante no lo intenta y prefiera la seguridad que supone que un piloto haga entrar el navío.

Muchos casos han demostrado que la entrada del Cap era peligrosa. Podemos citar el del barco *le Dragon*, de 74 cañones, que formaba parte de la escuadra del señor de Blénac y al mando del señor Chevalier Desroches, que se perdió un poco por encima del Picolet el 17 de marzo de 1762, cuando quería entrar.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El del navío *l'Intelligence* del capitán Hubert, que naufragó bajo el Picolet el 2 de enero de 1772 cuando venía de la Costa del Oro, cuyos 422 negros fueron felizmente salvados por las órdenes y los cuidados del señor de Charrite, al mando de la corbeta del Rey *l'Irondelle*.

El barco *le Breton*, de Burdeos, de 1,000 toneladas, que había pertenecido a la Compañía de Indias, se perdió yendo al Cap el 14 de septiembre de 1776; la mayoría de las mercancías que se salvaron eran variadas.

El 31 de julio de 1779, uno de los navíos de la escuadra del señor de Estaing encalló en el paso; solo aligerándolo mucho y después de ímprobos esfuerzos pudieron llegar a desprenderlo.

Es asombroso que durante la guerra, cuando entran grandes convoyes en este puerto, los accidentes sean también menos numerosos, pues se ven obligados a emplear a cualquiera que se ofrezca de buena voluntad como piloto, por la enorme desproporción que hay entonces entre el número de oficiales del puerto y el de navíos esperando entrar.

Fui testigo de algo muy curioso hecho en 1779 por el señor de Kerfaint, comandante de la fragata *Iphigénie*. El señor de Estaing, que ya había salido, le dio una orden para el resto de su escuadra que todavía estaba fondeada en el puerto; la *Iphigénie* entró por el paso pequeño, lanzó su señal y volvió a salir al instante por el paso grande.

Podemos pues decir con razón que el puerto, o más bien la bahía del Cap, está sembrada de escollos, situados en su mayoría bajo el agua y peligrosos por eso mismo, pues la barrera de arrecifes que forman el borde exterior es fácil de ver ya que la marea baja la deja al descubierto y en la marea alta la ola que allí rompe siempre la indica.

Sin embargo estos arrecifes son también famosos por más de un naufragio. *Le Maribaroux*, de Burdeos, de 250 toneladas, zarpó del Cap el 1 de mayo de 1766 con otros seis barcos y lo atrapó la calma; llevado a los arrecifes por las corrientes, encalló y perdió casi toda su carga.

Ya he hablado de un paso que dejan entre ellos el arrecife de la Coque-Vieille y el de Billard. Para conocer mejor la posición, hay que saber que la Coque-Vieille se dirige poco más o menos del noroeste al sudeste hacia el arrecife de Bélier, que va poco más o menos este y oeste y cuyo borde sur forma la costa norte del paso de las embarcaciones que vienen de Limonade.

Bastante cerca del punto donde el Bélier se termina hacia la ciudad y entre él y la Coque-Vieille, está el Billard, que toma su nombre de su forma. El intervalo que deja hasta la Coque-Vieille, forma el paso de Normands, denominación que no se puede atribuir más que al uso que de él hacían los primeros filibusteros franceses, normandos en su mayoría, en especial de Dieppois.

Durante la guerra de 1778, un navío y dos bergantines acosados intensamente por el enemigo, encontraron su salvación en la audacia que les hizo atravesar por este paso.

En general el fondeadero es bueno en la bahía del Cap, aunque en época de fuertes vientos, sobre todo de los del norte, el mar se agita mucho. Marinos que la frecuentan desde 1733, me han asegurado que era mucho más tranquila cuando los

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

arrecifes, al estar más altos que ahora, los cubrían mejor los manglares, que además formaban una cortina de 10 o 12 pies de altura.

Los manglares proporcionaban leña o madera de estibar y la base que los sostiene ha servido para sacar piedra caliza o granito con que construir el Cap.

Pero como el exceso mismo de los abusos se convierte a veces en el remedio, una ordenanza de los señores de Ennery y Vaivre, del 27 de agosto de 1776, prohibió por último explorar este arrecife protector, con una multa de 1,000 libras para los delincuentes, pena que sufrió el 31 de agosto de 1776 un particular que hacía el trayecto del Cap a la Petite-Anse, cuya canoa fue atrapada en flagrante delito.

A partir de 1776, se demolieron los arrecifes de más allá de la bahía hacia la parte de Fort-Dauphin. En la guerra de 1778, los corsarios se llevaron hasta las canoas que *hacían la función de rocas*, como se dice en la zona.

Al comienzo, los españoles venían hasta la rada del Cap a apoderarse de los barcos y poco faltó para que en 1684 se adueñaran de un navío de Honfleur.[55] No había un oficial del puerto.

Un viejo marino que ejercía voluntariamente de piloto, murió allí en 1689 y en febrero de 1699 se pidió al ministro otro. Nunca llegó y el 28 de diciembre de 1703, el señor Auger, gobernador de la Colonia, nombró para este puesto al señor Bricourt.

Es verdad que el 18 de marzo de 1704 puso a ese capitán como segundo del señor Dupré, apodado Duval, práctico que ejercía esas funciones antes que él. Entonces cada buque de guerra pagaba 50 libras, una urca 36, un barco mercante de más de 100 toneladas 24 y los de menos, 18.

Duval tenía como ganancia para él solo, la recaudación de los navíos del Rey y compartía la de los mercantes. También en 1703 fue nombrado el primer capitán del puerto por una comisión; se llamaba Gombert. No hubo capitán del puerto titulado antes del señor Raoult, en 1715.

Los segundos Administradores de la Parte del Norte permitieron al capitán del puerto, en julio de 1724, colocar un piloto en el pico, al sur del Picolet, pues este tenía una canoa en ese punto y pudiendo avistar los barcos desde más lejos, iría a bordo para hacerlos entrar.

Ese establecimiento, que creció mucho en 1760, todavía subsiste, pero solo para los pilotos y sus canoas, porque el capitán del puerto tiene asignado como alojamiento el terreno que antaño era del señor de Courrejolles, del que hablé en la primera sección; digo asignado porque realmente se aloja en otra casa que alquila; a su vez alquila la casa construida para él en el terreno del muelle.

[55] Imaginaos mi sorpresa cuando iba paseándome, el 30 de mayo de 1793 a la capilla de NotreDame de Grace, situada en lo alto, cerca de Honfleur y encontré allí un segundo cuadro, entrando a mano derecha que representaba a un navío atacado por una gran canoa y hacia el que se dirigían otras canoas, con estas palabras debajo:
«Este cuadro fue donado por el capitán Louis *Hardy*. Estando en Santo Domingo el 29 de agosto de 1684, fue abordado por una piragua española, que vino para prenderlo. Hizo votos a la Santísima Virgen y se salvó».

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los barcos fondean delante de toda la longitud de la ciudad, pero entre 300 y 500 toesas alejados de la ribera por poca envergadura que tengan.

Esta distancia es muy fatigosa para los marineros, sobre todo en la época de fuertes vientos, que convierten en penosa la vuelta a bordo desde tierra y a veces hasta totalmente imposible, ya que solo se puede ir a remo mientras que se viene a vela.

Para acabar con esta molestia, al menos en lo que respecta a los barcos de guerra fondeados en la cabecera de la bahía, se preparó la dársena cerca del hangar de la marina que facilitaría el ir y venir siempre a vela y ahorraría salud a las tripulaciones. En 1782 hice travesías desde ese punto, yendo a la rada y volviendo a vela.

El puerto del Cap puede contener gran número de barcos. Durante la guerra de 1778 se han contado hasta cinco o seis de los más grandes, desde el navío de tres puentes hasta el barquito de pasajeros.

Pero este puerto se llena cada día y desde 1770 hay puntos en que esto es evidente. Hasta se aseguró que la diferencia era de 11 pies en algunos lugares, lo que resulta muy alarmante para la conservación de este puerto.

Tres causas producen este desafortunado efecto. El río Grande, cuyas crecidas acarrean mucha arena que las corrientes llevan a la bahía del Cap; el río Galisset que se vierte allí y cuya desembocadura tiene siempre bancos de arena; finalmente el torrente del Cap, que nos dan ganas de no tener en cuenta ya que lo vemos seco durante casi todo el año.

Pero con las grandes lluvias transporta masas enormes de tierra que las aguas arrastran desde las montañas y que van a terraplenar el puerto; la prueba la tenemos sobradamente en el banco que ya está delante de la batería circular. Quizá sea el momento de impedir, que esto vaya a más.

Hay otro mal en el que no se puede pensar sino con pena, porque también crece sin cesar, pero sin que conozcamos el medio de combatirlo; son los gusanos que carcomen los barcos de un modo realmente alarmante.

En 1687 no se conocían en las Antillas estos anélidos destructores que solamente se habían visto en las costas de África; pero tres años después se observó que se naturalizaban en la Martinica, como se puede leer en una carta al ministro del señor Dumaits de Goimpy, intendente de las Islas de Barlovento, del 12 de enero de 1692.

Después fueron comunes en los puertos de otras islas. Las calientes aguas del Trópico no satisficieron su voracidad y ello se notó en los puertos de Francia.

Hacia 1710, según el señor de Paw, llegaron a Europa desde América y hacia 1730 según un memorándum del señor Dupaty, insertado en las *Mémoires de l'Academie de la Rochelle*, comenzaron a aparecer en las costas de Aunis, donde se dice que un barco encallado los transportaba a la vuelta de un viaje de largo recorrido.

La sustancia de sus cuerpos, añade el mismo autor, es blanda, viscosa y de un gris algo sucio; su cabeza tiene dos piezas escamosas, que precisamente tienen la apariencia de hierro de un berbiquí y sirven para lo mismo.

Esta especie de gusano se encuentra siempre en un tubo de una sustancia muy blanca, dura, delgada y pedregosa, de una longitud y un grosor que varían según la edad y los progresos del gusano.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

A veces estos tubos, que van en disminución, tienen varios pies de largo y su grueso extremo no se parece para nada al cañón de una pluma.

Añado, con el señor Dupaty, que no se han encontrado remedio alguno para sus estragos. Las maderas resisten solamente un tiempo más o menos largo. El ciprés, que se había creído que era inmune, corrió la suerte de los otros árboles y Dampier nos comenta que el cedro tampoco está exento.

El señor Dupaty deseaba que se pudiera conseguir manglar para la madera de los viveros de mejillones de las costas de la Rochelle, que atacan los gusanos, porque creía que estaba a salvo del anélido.

Pero el señor Adanson lo sacó de su error en su memorándum sobre los gusanos taladradores de Senegal, que también horadan el manglar. Este sabio describe a este gusano como ápodo, al que la naturaleza dota de veinticinco filas de dientecillos tallados en forma de rombo y muy parecidos a los de una lima para perforar la madera y afligir al hombre, destruyendo la máquina más asombrosa que haya creado su genio.

Una experiencia hecha por el señor barón de Bessner en Cayena, de donde era gobernador, había hecho concebir esperanzas pues de dos trozos de madera de pino puestos en el mar en septiembre de 1769 y retirados en enero de 1770, aquel que se había embreado estaba acribillado de picaduras, mientras que el otro, frotado con aceite de carapa o palma-christi o ricino, estaba muy sano; pero este preservativo acabó por perder su eficacia.

En los comienzos de la Colonia, los barcos fondeaban lo más al fondo que pudieran de la rada, al sur, para primero, estar protegidos de cualquier accidente marítimo y de las sorpresas y en tiempos de guerra, se refugiaban en el espacio que hay entre la costa y el arrecife de Bélier, acercándose al carenero.

Este último estaba en el punto donde está el cuerpo de guardia, en la propiedad Chastenoye y que todavía se llama el Grand-Carénage. Estaba como hemos visto, bastante lejos de la ciudad del Cap.

Todavía se hallaba en ese lugar cuando en 1717 el señor de Chateaumorand prohibió a los capitanes de barco que iban allí, calar o dejar calar los árboles que se encontraran y que formaban una cortina muy útil para la defensa de la Colonia, prohibiciones que los señores de Larnage y Maillart extendieron a toda la zona que estaba desde el pico de Jarlan o Baudin, hasta el fondo del río de Haut-du-Cap, por su ordenanza del 1 de marzo de 1743.

Sin embargo, en abril de 1745 se vieron obligados a retirar su prohibición, que comprendía todos los manglares y árboles que rodeaban la costa en la rada y en la bahía del Cap y que consideraban como una muralla natural.

En esta última época, el carenero estaba todavía en el mismo lugar, aunque los capitanes hicieron tentativas para carenarse al borde del mar en la ciudad, lo que les fue prohibido severamente en 1725 mediante una ordenanza del gobernador y del ordenante del Cap.

No se abandonó el Grand-Carénage más que cuando se prefirió el pequeño, del que ya he hablado en la octava sección.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pero al puerto del Cap le faltaba algo esencial y era un lugar de carenado para los barcos de línea; vimos en 1781 al señor de Monteil obligado a ir a La Habana para carenar varios navíos de su escuadra.

Cuando era capitán interino del puerto del Cap, el señor Gramont, antiguo capitán de barco que era manco del brazo derecho, se ocupó de buscar un lugar idóneo para instalar ese carenero y comunicó sus pesquisas a los señores de Argout y Vaivre, que le pidieron al señor de Grasse que visitara un punto que aquel había indicado.

Un informe favorable, confirmado por otro del señor La Mothe-Piquet, decidieron a los señores de Lilancour y Le Brasseur a conceder el terreno al señor Gramont, si se le puede llamar así a un alto fondo cubierto por 3 o 4 pies de agua.

Este devoto ciudadano se vio obligado a instalar allí un carenero para los barcos y los navíos y a desecar el lugar, si fuese conveniente para bien de la Colonia.

Ese carenero es el final del alto fondo llamado le Bélier, situado cara a cara con el embarcadero de la Petite-Anse y enfrente del extremo de la ciudad del Cap hacia el transbordador.

Los trabajos del señor de Gramont fueron tan rápidos que desde noviembre de 1781, su carenero podía ya atender a un barco. El primero que acudió fue el navío *le Palmier*, de la armada del señor de Grasse y al mando del señor de Martelly, en junio de 1782; el barco *le Scipion* le siguió de inmediato y la fragata la *Sybille* en noviembre del mismo año.

En julio de 1783, el carenero podía recibir a la vez tres barcos mercantes o uno de guerra y otro mercante, si este no calaba más de 7 pies de agua.

Había dos grandes almacenes para albergar a las tripulaciones y la carga, además de un pabellón y una galería que formaban un alojamiento agradable para el señor Gramont, que supervisaba los trabajos.

Este lugar se fue haciendo más grande, puesto que en 1786, ya estibado el cargamento entero de un barco mercante, todavía sobraba sitio para más de 100 barricas de azúcar.[56]

[56] El señor Gramont hizo en 1782, un contrato con el intendente para carenar barcos del Estado a razón de 250 libras al día por un barcos y 120 libras para urcas u otros navíos armados o fletados por cuenta del Rey. En cuanto a los buques de comercio, los de tres palos pagaban desde el momento en que atracaban en el muelle hasta que partían, 150 libras al día si llevaban carga; 125 libras si iban medio cargados: 100 libras si se encontraban en lastre.
La galera, 125, 100 y 90 libras dependiendo de la carga, etc. El bergantín, 100, 90 y 80 libras; la goleta, 80, 70 y 60 libras; todos los de cabotaje, 33 libras al día sin importar en qué estado se encontraran.
Para los precios de esta tarifa, el señor de Gramont proporcionó cuatro polipastos, dos cabos sin alquitranar, dos poleas de retorno, los cabestrantes, los cañones para peso muerto o puntos de resistencia y un caldero de brea, con los almacenes que hicieran falta para albergar el cargamento y la tripulación.
Podemos apreciar el ahorro que supone el carenero del señor Gramont por el siguiente cálculo. *le Palmier* estuvo 45 días. Hubieran hecho falta para la misma cantidad de tiempo cuatro barcos mercantes para recibir su carga y su tripulación, que hubieran pagado 300 libras al día cada uno (en la Martinica se pagaban 500 libras en 1779 en el carenero del Saint-Esprit): eran pues 54,000 libras, dos pontones para los aparejos a 50 libras al día, habrían costado 4,500; dos recipientes para la brea y el pañol, a 60 libras cada uno, 5,400.
Por último para el transporte de la carga, 3,600; total: 67,250 libras.
El carenero reemplazó todo esto, a excepción del almacenamiento de los recipientes de agua, las velas y los víveres y no costó más que 11,250 libras para 45 días; todavía queda pues un beneficio

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Creo que debemos elogiar al ciudadano que contribuyó de esta manera al bien público; cuando para recompensar al señor Gramont, los Administradores, le concedieron el título de capitán del puerto honorífico, con la suplencia del titular, hicieron algo justo que debemos aplaudir.

El caballero señor de Bras-Pujet, capitán de barco, a la vuelta de su mandato en una estación de Santo Domingo, entregó en el ministerio unas cuentas muy favorables del carenero de Gramont y el ministro encargó incluso a los Administradores que le enviaran una cuenta detallada, cosa que creo que no hicieron nunca.

Pero al mismo tiempo, como mi deber y mi deseo es ser sincero, creo que tengo que decir que este carenero no estaba tan protegido como sería de desear, sobre todo durante los vientos del norte y las brisas violentas.

De manera que los navíos reciben el doble efecto de la acción del agua y de la resistencia de un cuerpo inmóvil. De ahí los peligros para la arboladura y el de ver inclinarse más o menos el buque.

Se asegura que estos accidentes han sucedido en el carenero Gramont, sobre todo en el navío *le Bien-Aimé* de El Havre cuyo palo mayor se rompió. No hay pues que extrañarse si hay personas que prefieren los pontones flotantes.

Un abuso muy antiguo y que todavía subsiste, contribuye en gran manera a estropear el puerto del Cap y es la costumbre de dejar allí las carcasas. En una rada sometida a los terraplenes y a los gusanos, no se puede hacer nada más dañino, pues esas carcasas se vuelven otros tantos puntos que fijan las arenas llevadas por las aguas y que provocan que el fondo se levante, mientras que las maderas abandonadas y podridas albergan miles de gusanos cuya reproducción crece en razón de la abundancia de alimento y la tranquilidad en la que los dejan.

El puerto del Cap estaba considerado desde hace mucho tiempo como un establecimiento marino, pero la ordenanza del 24 de marzo de 1763, lo constituyó realmente como tal y hasta quería que fuera el único de esa naturaleza en la Colonia.

En esta época el intendente añadió a esos títulos el de intendente de la marina, inserto desde entonces en los cometidos del intendente; igualmente en esa época el capitán del puerto fue asimilado al capitán de puerto de la marina francesa.

Desde hace cerca de veinte años hay un lugarteniente del puerto en el Cap y se ha visto hasta un ayudante del puerto. Los pilotos son dos o tres. En 1763, el Rey nombró un maestro de mantenimiento y un maestro carpintero para dirigir las obras.

Se emplearon algunos obreros, pero en muy pequeño número y como trabajan en un sitio que no está cerrado y por jornada o mes, la celeridad no era su fuerte. Antaño se alimentaba a estos obreros del almacén del Rey, pero ahora se les paga por adelantado y tienen que comprar su comida. En 1788 ganaban once gordas al mes.

---

de 36,250 libras, sin contar con que el carenar en los pontones habría durado mucho más tiempo que la hecha en un lugar donde todos los movimientos son rápidos, donde todo está dispuesto y al alcance de la mano.

Se calculó también que un barco de 500 toneladas, no gasta más que 3,000 libras en el carenero, mientras que en otra parte le costaría 9,545 libras.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El puerto del Cap se convirtió también en un puerto de depósito, por el edicto del Consejo de Estado del 30 de agosto de 1784, que admitía a los barcos neutros para muchos propósitos y esta decisión hizo que aparecieran directores, visitadores y empleados de depósito.

Con el fin de tomar precauciones contra el comercio prohibido, siguiendo las órdenes del ministro, el señor de Barbezan, al mando de la estación, el comandante particular y el comisario de la marina que sustituían al ordenante del Cap, se desplazaron a la rada el 2 de marzo de 1787 y decidieron que una línea imaginaria desde la calle Saint-Simon hacia la parte más al norte del barrio de la Petite-Anse, serviría de límite al fondeadero de los barcos extranjeros, que se verían obligados a echar el ancla al sur de esta línea.

Que se construiría para su comercio una calle particular que costaría 18,500 libras, delante de la calle Saint-Simon y que los que se dedican al cabotaje tendrían el espacio que había todo a lo largo del muelle, a partir de la calle Lefebvre inclusive y yendo hacia el Petit-Carénage.

Este plan, que no se ha ejecutado todavía, separaría a los barcos de Francia de los extranjeros y de los de cabotaje.

Las normas generales de los puertos son de la competencia de ambos jefes de la Colonia, que ordenan todo lo relativo a su seguridad, a su conservación y a su mantenimiento. En lo que respecta a las reglas particulares, se subdividen en muchas ramas.

Los Administradores regulan todo lo que es una consecuencia necesaria de sus poderes en la normativa general y los oficiales del puerto velan por la ejecución de sus órdenes.

El comandante de la estación ostenta el mando interior de la rada, bajo la supervisión de los Administradores y cuando no hay barcos del Estado en esta, el mando pasa al capitán mercante más antiguo, que se convierte entonces en comandante de la rada y lleva un gallardete en su palo mayor.

El oficial administrativo encargado de la instrucción, tiene también una parte en la normativa sobre las tripulaciones de los barcos mercantes y ordena buscar a los marineros desertores.

En tierra, los marineros están sometidos a la normativa terrestre y son remitidos a sus jefes si se trata de un simple correctivo y a la justicia ordinaria si se trata de crímenes. Esta subdivisión de jurisdicción se hizo a través de varias ordenanzas, cuya falta de claridad o el carácter más o menos intrépido de aquellos que las interpretan, hace que sean insuficientes. De ahí los conflictos y los abusos de poder.

La normativa particular del puerto y del carenero del Cap fue fijada mediante una ordenanza de los señores de Bellecombe y de Bongas, del 22 de mayo de 1784. Conserva al capitán del puerto la comisión de la que gozaba por la entrada y la salida de los buques y le obliga a mantener a sus expensas a los pilotos y a una canoa armada para ir al encuentro de los barcos que se presentan en el paso.

Solo a él le pertenece el derecho de tener pontones, cuyo estado y mantenimiento deben ser supervisados por el comandante de las fuerzas navales. Sin embargo el señor Faucher, hombre de negocios, tenía uno en julio de 1786 y no era el único.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Compete también al capitán del puerto relevar las carcasas a costa de los propietarios que no lo hayan hecho. Nadie puede desguazar un barco viejo más que en el lugar que le indique el capitán del puerto.

No se puede carenar sin avisarle, ni caldear un buque sin la presencia de un oficial o del director del puerto. El señor Gramont, por esta ordenanza, es confirmado en todos los derechos relativos a su carenero, que sin embargo se somete a la normativa del capitán del puerto.

Otras ordenanzas encargaron al capitán del puerto supervisar todo aquello que no tenga que ver con los arrecifes y según una vieja costumbre, tiene también encomendado situar a los barcos negreros al fondo de la rada, de modo que los negros estén bien expuestos a la acción de las brisas y el aire de esos barcos no pueda perjudicar ni a la rada ni a la ciudad.

La normativa de los muelles, considerados como parte de las cosas que constituyen un puerto, se le confía al capitán del mismo.

En mayo de 1786, el señor almirante había nombrado directores de muelle en los puertos principales de la Colonia y sobre todo uno para el Cap, pero los Administradores se opusieron al ejercicio de sus funciones y en agosto de 1787, el Rey decidió que este establecimiento no se haría.

Lo que no nos cansaremos de recomendar en una rada como la del Cap, cuya dimensión más grande es la longitud y donde, a determinados intervalos reinan durante tres días seguidos violentas brisas llamadas brisas endiabladas, es velar junto a una hoguera. Muchos ejemplos han demostrado que es necesario.

El 28 de septiembre por la tarde, el buque *le Fidèle*, de Nantes, al mando del capitán Nanicol, se quemó por la imprudencia de un marinero que había estado en la calle con una vela para coger agua fresca.

En 1749, el navío *le Triton*, de Nantes, corrió la misma suerte y en enero de 1731 el barco la *Ville de Rouen*, armado en El Havre, se incendió hacia las tres de la tarde; con el cable quemado, el buque fue llevado por el viento al fondo de la rada entre el transbordador y el pequeño puente rojo del camino de la Petite-Anse; explotó a las once de la noche.

El último caso se remonta solo al lunes 23 de julio de 1781. Los pañoleros del buque *l'Intrépide*, de 74 cañones, prendieron fuego imprudentemente a los licores espirituosos; el navío se abrasó.

Convencidos de no poder salvarlo, lo agujerearon y encallaron sobre un banco de arena, cara a cara de la desembocadura del torrente. Se tiró lo que se pudo de su pólvora y se fondeó el resto, lo que no impidió que el barco saltara por los aires a las once de la mañana, cerca de diez minutos después de que se apartaran las canoas que lo rodeaban con tres o cuatro mil hombres.

La conmoción fue terrible; tembló la ciudad entera; trozos de madera ardiendo, barreras y bolas cayeron sobre la ciudad, sobre todo sobre dos casas del Petit-Carénage. La panadería del Rey quedó casi toda al descubierto; varios navíos tuvieron parte de sus puentes hundidos y mástiles y vergas rotas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Cuarenta y dos marineros murieron o se quemaron. Cuando pensamos que veinticuatro horas antes y gracias a una brisa endiablada, el barco podría haber ardido en medio de la flota de 28 navíos y 300 barcos de mercancías que nada habría podido salvar; cuando se considera cuáles podrían haber sido las consecuencias de este hecho, casi nos sentimos contentos de que se haya limitado a la pérdida de un 74 cañones, a pesar de la tremenda pena de su capitán, el señor Duplessis-Paseau, que no sin pesar obedeció la orden de abandonar su barco, con el que habría saltado algunos minutos más tarde.

También debemos recordar que, debido a algunos accidentes, una ordenanza del 24 de mayo de 1768, prohibió calentar a bordo ninguna materia inflamable en los puertos y radas de la Colonia.

Podemos evaluar en cerca de 170 el número medio de barcos que normalmente se encuentran en la rada del Cap. Ese total puede componerse poco más o menos de 80 navíos de Francia, que tendrían de 200 a 600 toneladas, de los que 28 son de Burdeos, 14 de Nantes, 14 de Marsella, 4 de Bayona, 4 de El Havre, 1 de Honfleur, 4 de Dunkerque, 6 de La Rochelle, 2 de Saint-Malo, 1 del oriente y 1 de Rochefort, sin distinguir a los negreros.

Hay 50 americanos, 10 o 12 buques de Luisiana, de La Habana, de la costa española o de las Islas de Barlovento, de Santa Cruz, de San Eustaquio y de Curazao, etc.; treinta de cabotaje o de pasajeros; hay que añadir las canoas, los botes y las piraguas para transportar personas, objetos y elementos para la pesca y el movimiento de las chalupas de los barcos.

Es fácil imaginarse que el puerto del Cap ofrece un cuadro muy variado y animado y da la imagen de un comercio cuya sede es esta ciudad y que es más grande que en ningún otro lugar de la Colonia.

Por una costumbre muy antigua, cuyo origen se ignora, cuando un capitán de barco desembarca en la calle, un soldado del cuerpo de guardia vecino le conduce hasta el comandante de la plaza, al ordenante, a la oficina de los soldados rasos, a la sede del lugarteniente del almirantazgo, al secretario de ese tribunal y a correos.

Imaginamos con facilidad que esta costumbre debió nacer en tiempos de guerra, cuando se consideraba importante que el jefe de la plaza fuera el primero en enterarse de lo que un barco podría llevar; el ordenante sabe también que la carga puede subvenir a las necesidades de los almacenes, de las tropas, etc.

Todo el resto tiende a asegurarse que el capitán cumplirá con aquellos de sus deberes a los que va unido el interés público. Una ordenanza del segundo comandante y del ordenante del 1 de agosto de 1776, incluso exigía que el capitán se hiciera seguir por sus pasajeros al ir a todas esas visitas, pero esta norma no tuvo sino una corta existencia.

Terminados así todos los detalles voy, en cierta manera, a volver a entrar en la ciudad para observar multitud de cosas que la conciernen en su totalidad y que en ocasiones habrían sido menos inteligibles para el lector, si se las hubiera presentado antes de la descripción particular de la octava sección.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los incendios

La ciudad del Cap, como muchas otras ciudades, debe su embellecimiento a las desgracias. Al quemar los enemigos en 1695 las raquíticas cabañas que se habían construido, hicieron que aparecieran casas más amplias, rodeadas de empalizadas de madera de palma.

Por la prohibición hecha el 26 de junio de 1721 se empezó por no cubrirlas más con tablillas ni plumeros de caña, que se reveló muy oportuna cuando los petardos que se tiraron el día del Corpus, de 1723, hicieron arder dos casas.

Enseguida vinieron las casas de madera carpinteada y ya se veían algunos edificios de mampostería, cuando se declaró el incendio del 20 al 21 de septiembre de 1734 en el barrio del comercio, que duró desde la medianoche hasta el amanecer abrasando la mitad de la ciudad y causando unas pérdidas de varios millones.

Los oficiales, los soldados y los negros desplegaron una enorme actividad y una inmensa valentía para detener sus progresos. Los señores de Héricourt y de Maupoint se distinguieron por su audacia, pero sin las ayudas prestadas por los carpinteros del navío la *Charante*, al mando del señor conde de Vaudreuil, presto a zarpar para Luisiana y los de los barcos de la rada, que derribaron varias casas para interceptar el curso del fuego; sin la asistencia de los marineros y los negros de los talleres vecinos a la ciudad, hubieran desaparecido todas las construcciones que había.

En la noche del 7 al 8 de diciembre de 1752, una negra se había dormido dejando una vela cerca de una empalizada y el fuego se desató a la una de la madrugada amenazando con extenderse por toda la ciudad.

Por fortuna, el señor de Chastenoye, gobernador del Cap, hizo demoler una casa de madera e hizo descubrir muchas otras techadas con hojas, lo que limitó la pérdida a cuatro casas en la esquina de las calles de Gouvernement y Fontaine.

Nadie contribuyó más en ese momento a salvar la ciudad como los señores Blanc y Balanqué, por la temeridad con la que trabajaron, incluso en medio de las llamas, para detener su devastación.

En 1767, se vio al último capitán del puerto del Cap, un puesto que había merecido por sus brillantes y generosas acciones, quizá más todavía que cuando era capitán corsario.

Después el Cap no se inquietó sino que pocas veces por el fuego; la más espectacular fue la de mayo de 1773, cuando el fuego prendió en el alojamiento del señor de Reynaud, entonces coronel del regimiento del Cap, en el lado este de la calle Vierges, entre las de Saint-Simon y Saint-Joseph.

El señor Rey du Château, oficial del regimiento del Cap, tuvo la poca fortuna de romperse una pierna y se distinguía entre la multitud de aquellos a los que su entusiasmo llevaba a apagar el incendio, al señor Léon Laugier hijo, oficial en un barco de Marsella fondeado en la rada, a quien el señor de Vallière entregó una espada, en nombre del Rey, para recompensar su feliz intrepidez.

La poca altura de las casas vuelve menos peligrosos los incendios, pero también la poca profundidad de las isletas amontona las construcciones y la poca anchura de las calles hace muy fácil la propagación del fuego.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Haría falta pues que hubiera en cada casa una vigilancia que la pereza de los negros volverá siempre necesaria. También sería necesario que cada casa dispusiera de uno o dos cubos de cuero; que cada sección tuviera bombas de agua depositadas en un lugar convenido y que, de antemano, hubiera personas encargadas de manejarlas.

Pero sobre todo, sería necesario que el mantenimiento de aquellas compradas por el Rey fuera supervisado, para lo que se propuso a partir desde 1777 un director, que estaba exento de servir en las milicias y ganaba 1,200 libras al año.

Durante las prolongadas sequías a las que está sujeto Santo Domingo cada vez más, hay que temer los incendios, si se piensa que es entonces cuando las fuentes y los pozos están casi secos y se tienen que tener en cuenta las precauciones por mí indicadas. Es un tema en el que la policía no interviene.

La policía

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Ya que he pronunciado esta palabra, voy a hablar de la policía del Cap. Las leyes coloniales más antiguas y principalmente la normativa del Rey del 4 de noviembre de 1671, dio las funciones de la policía a los jueces inferiores.

La verdad, es sin embargo, que en los primeros tiempos de la Colonia, los Estados Mayores eran los que la ejercían casi exclusivamente, a menos que fuera necesario poner algunas multas, para lo que se remitían a los jueces.

El 13 de agosto de 1739 los señores de Larnage y Maillart, convencidos de que este sistema estaba viciado crearon, un inspector de policía del Cap por encargo del Rey al que proporcionaron un cabo y cuatro arqueros sacados de la gendarmería.

Nombraron al señor Ferrary y lo pusieron bajo las órdenes del Estado Mayor y del Consejo Superior; tenía que remitir al ministerio público los procesos verbales de las infracciones. La parte que se le dejó al Estado Mayor consistió en una nueva usurpación y las funciones de la policía le fueron casi completamente devueltas hasta 1762, en que las quejas de los colonos decidieron a los señores de Bory y Clugny a tomar nuevas medidas.

Estas fueron reunidas en su ordenanza del 14 de julio que establecía dos inspectores y diez sargentos de policía, un veedor y un patrón para juzgar; distribuía sus funciones poniéndolos bajo las órdenes del senescal y el procurador del Rey.

La policía tiene diversos objetivos que voy a enumerar rápidamente. Primero la protección de la ciudad. Sería difícil encontrar sobre otro aspecto tantas normas de los Administradores, del Consejo y del juez del reglamento, que ya actuaba desde el 9 de marzo de 1710, como las que existen sobre la limpieza de la ciudad del Cap.

A partir de 1735 la limpieza de las calles no cesó de ser arrendado, el último expediente de adjudicación, hecho el 9 de septiembre de 1785, lo fijó en 49,000 libras al año.

La policía ordenó barrer la parte delantera de las casas y los arroyos de las calles todos los días antes de las siete de la mañana y en muchos sitios no se hace casi

nunca. Se prefirió arrojar agua dos veces al día en la parte delantera de las casas, con el fin de refrescar el aire y renovar el agua de los arroyos; es una mera costumbre que algunas personas emplean en los grandes calores y solo cuando les place.

Cuando han pasado las carretillas, no se deben dejar inmundicias en las calles ni ponerlas en otra parte que no sea en la esquina y a todo lo largo de las casas y no hay un solo momento del día que no se vean al borde de los arroyos y sobre todo en los cruces; en las calles poco frecuentadas, hay montones de basura.

Se entorpecen las calles, si se construye y por la noche nada indica el peligro a los paseantes; en una palabra, en ningún sitio se ha hecho una policía tan poco competente a este respecto; las calles y los muelles están sucios e infectos; a veces las cloacas exhalan un olor insoportable; encontramos en todas partes coches y caballos desenganchados que estorban y ensucian las calles.

La policía debe impedir el ruido y cada uno hace el que quiere. Debe impedir los juegos prohibidos y en ninguna parte se juega con tanta audacia; los mismos esclavos juegan en público partidas de mucho dinero cuyas pérdidas o ganancias son necesariamente un robo hecho al amo.

La policía debe vigilar la distribución de la carne y sin embargo el precio de la tarifa excede al de la carnicería o bien no se quiere dar carne más que a los sirvientes de las personas residentes; está constatado que se va a rogar a algunos de esos elegidos para recomendar su negro al inspector de policía que estuviera en la carnicería. Antaño se toleraba que los arqueros de la policía cogieran carne de la carnicería exclusiva y la revendiesen al doble de su precio y aún más cara.

La policía debe velar para que los panaderos no vendan con dos pesas y, por alguna extraña razón, hay panaderos que escapan constantemente a la supervisión, aunque no sean aquellos de los que el público se queja menos.

Desde el 2 de agosto de 1780, una ordenanza de los Administradores decretaba que no habría más que treinta tabernas en el Cap y que solo cuatro podrían vender tafia, pero no menos de diez botellas y sin embargo todo el mundo ve, excepto la policía, que hay más de treinta tabernas y que la tafia se vende en una menor medida, a 7 monedas y media.

Las tabernas deben estar cerradas a ciertas horas y sin embargo he tenido una en mi vecindad en la que los negros me impedían dormir mucho tiempo después, hasta cuando un hermoso claro de luna hacía imposible no verlos a todo el que no fuera policía.

Es la misma benevolencia para los billares que en 1786 eran tan numerosos como las tabernas y los cafés: fue necesario que los oficiales del Estado Mayo y hasta el señor de Bellecombe, gobernador general, fuesen con un destacamento de tropas, para detener un juego desastroso.

Caeríamos en la tentación de creer que en el Cap no hay gente sin oficio ni vagabundos, ya que la policía no encuentra ninguno. El oficio de hostelero y de hospedero está a disposición del que quiera ejercerlo y las reglas se saltan aquí igual que en los otros sitios.

En cuanto a los esclavos, parecerá que la policía carece de funciones que tengan que ver con ellos. Los negros van armados con gruesos bastones; regentan

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

habitaciones de alquiler, juegan, hacen asambleas, es decir, que violan todos los reglamentos y los hombres de la policía contemplan tranquilamente sus infracciones.

Con todo, arrestan el domingo a algunos negros de la planicie a los que acusan de no tener salvoconductos; a veces hasta conducen a prisión a negros de la ciudad, a los que han arrestado patrullando por la noche, pero son negros que carecen de impunidad por la fama de sus amos; porque existe ese esclavo con quien la policía tiene miramientos y a menudo ese arquero de la policía tiene, entre los esclavos del sexo, una protectora que tiene también responsable de sus criaturas.

¿Cuáles son pues las causas de tanto desorden? La principal es el número demasiado pequeño de hombres que forman la tropa de la policía; la segunda, la mediocridad de su tratamiento; la tercera, la poca energía y vigilancia por parte de los oficiales de policía, quiero decir de los oficiales de la senescalía.

No hay ahora, que el Cap ha aumentado al doble en comparación con 1764, más que el mismo número de agentes de la policía; dos inspectores de diez sargentos y ocho arqueros en lugar de diez sargentos. Entre estos diez últimos, siempre hay uno que está todo el día donde el senescal y el otro donde el procurador del Rey, para ejecutar sus órdenes como si fueran policías.

Los inspectores, obligados a rendir cuentas diarias al comandante, al ordenante, al senescal y al procurador del Rey, pierden gran parte de su tiempo en esas visitas, a las que añaden las que hacen al presidente y al procurador general del Consejo.

¿Cómo los ocho hombres que quedan cumplirán todos los deberes que se les imponen? ¿Cómo harán las patrullas nocturnas en una ciudad que tiene cerca de una legua de tamaño de forma irregular? ¿Estamos seguros de que cuando esta patrulla acabe de pasar, ya no seremos molestados?

Desde 1762 el sueldo es de 2,400 libras para los inspectores y de 900 para cada uno de los otros; lo que hace un total de 13,800 libras al año que paga la caja de derechos municipales, es decir, derechos supliciados y de gendarmería; se les proporciona además un fusil, una bayoneta, una espada y un uniforme.

Los inspectores están obligados a tener un uniforme compuesto de un traje, casaca y calzón azules, botones de plata, una aguja de plata en el hombro y la llevan un bastón de ébano adornado con marfil en la base y la empuñadura.

La tropa viste también de azul con los botones blancos y se les proporciona una bandolera azul con las armas de Francia y la palabra *Policía* bordadas en blanco. El Consejo del Cap no alquiló una casa en la calle Espagnole para albergar a la tropa de la policía hasta después de noviembre de 1785; antes, cada arquero estaba obligado a pagarse su alojamiento.

¿Hay alguien que conozca Santo Domingo que crea posible que un arquero de la policía subsista, se vista, etc., con 900 libras y un inspector con 2,400? Sé que tienen comisiones por las capturas y las confiscaciones, pero cuando están necesitados es más seguro también para ellos vender su indulgencia que esperar beneficios inciertos. Así, los ejemplos de prevaricación son diarios.

En otra parte, cuando hay un número tan pequeño de gente complaciente a la que se puede comprar, los sacrificios no son tan grandes. Hace falta pues aumentar la tropa a la que además han obligado a llevar a los criminales a las ejecuciones que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

no van seguidas de muerte; hace falta pagarles de manera que sus hombres se vean empujados a cumplir esas funciones.

Pero todo esto no sería suficiente si los oficiales de la senescalía no pusieran tanto celo en el mantenimiento de la policía y si no se plegaran a la ley todos aquellos que, por su desobediencia, hacen del insultarla un juego.

Desde 1781 el veedor, que gana 3,000 libras más los ingresos de su puesto, no se toma su empleo muy en serio. Solo su principal cometido, que es el alineamiento de las calles siguiendo el plan maestro que es diseñado, cambiado y corregido por el ingeniero jefe, según las órdenes de los Administradores, porque las ciudades de las Colonias están consideradas como lugares de guerra.

Una copia de ese plan está depositada en la secretaría de la senescalía. Los servicios municipales de limpieza, propiamente dichos, no le conciernen, pero sí emprender la limpieza de la ciudad. Inspecciona los pavimentos, regula el curso de los arroyos impide las usurpaciones en las calles, etc.

Es necesario saber que existe un patrón de juicios declarado, por si había dudas. Quizá en ningún lugar del mundo se venden tantas cosas con peso falso y falsas medidas como en el Cap. Indolencia del responsable, defecto de protección en aquellos que deberían asegurar las operaciones, he aquí las causas de este nuevo vicio de la policía.

Tengo que convenir en que sería muy difícil que los oficiales de la senescalía pudiesen cumplir con sus obligaciones como policías con la exactitud, la severidad justa y la celeridad que estas exigen.

El tribunal emplea todo su tiempo en los casos civiles y criminales; en otros lugares la policía tiene también otras causas que le competen. Están, además de las dos audiencias para las infracciones del reglamento los martes y viernes de todas las semanas por las tardes, esa multitud de quejas, debates y coloquios que hay que escuchar; de parte de los esclavos que se quejan de los libres, de los libres que se quejan de los esclavos, de los blancos que imputan delitos a los libertos o que hacen objeto de sus reproches a estos últimos.

Es necesario imponerse a unos y a otros, disponer de alguna manera de un tribunal doméstico, acomodar, sancionar, amenazar, castigar y guardar en todos los casos un comedimiento que se compone a la vez de equidad natural y justicia legal.

Emplear la autoridad para mantener la paz pública, sin abusar de ella y no someterla al crédito, al favor y tal vez al miedo. Tantos cuidados en una ciudad colonial, donde los individuos están situados unos con respecto a los otros en las relaciones políticas, exigen muchas cualidades y son motivo de una gran pérdida de tiempo.

Además el senescal, su lugarteniente y el procurador del Rey apenas disponen del mismo para cumplir todas sus funciones judiciales y pronunciar veinte mil sentencias al año, como mínimo.

La policía es pues el patrimonio de los inspectores y disponen de él, cuando ellos mismos tendrían la necesidad de estar vigilados constantemente.

Desde 1748 se habla del establecimiento de un lugarteniente de policía en el Cap ya que la necesidad que de él se tiene ha aumentado de forma prodigiosa. Bastaría conocer todas las ordenanzas y reglamentos de la normativa para convencerse que es muy impotente y que le faltan medios represivos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

¿Qué hacer con el vagabundo que, arrestado y puesto en prisión, acaba por salir para retomar su vida errante y continuar amenazando a la sociedad con los mismos flagelos?

Hace falta una persona encargada únicamente de la policía de esta gran ciudad y que el gobierno manifieste de una manera clamorosa el objetivo de mantenerla contra todos los abusos de autoridad y contra la liga de hombres que creen que aumenta su dignidad mediante la impunidad que conceden a sus sirvientes y a sus esclavos.

Es necesario que, con todos los medios para garantizar el orden, el jefe de la policía sea responsable de los trastornos que se produzcan.

Entonces, pero solamente entonces, se pondrá remedio a los distintos monopolios que parece que no existen porque no nos tocan personalmente y ya no se temerá hacer el bien, como hasta ahora, porque será necesario afrontar un rumor insensato, que reclama ciegamente en favor de los antiguos abusos.

El senescal es quien censura además las obras de teatro y concede permiso a los comediantes, a los de los espectáculos ópticos y de marionetas, a los que hacen giras y carreras de caballos, etc.

Creemos sin duda que los permisos para exponer y vender libros y estampas obscenas están tácitamente concedidos; pues no hay día en el mercado de los blancos, en que los ojos no se ofendan con estas últimas y donde la juventud no puede además cambiar su preciosa inocencia contra la moral basura de los libros peligrosos o los repulsivos cuadros que siguen hiriendo la vista.

Para convencernos de la necesidad de tener una buena policía en el Cap, bastará con que conozcamos su importancia y población.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Número de casas y población del Cap

Esta ciudad que, cuando el incendio de 1734 tenía apenas 400 casas, contenía 500 en 1751; 627 en 1753; 817 en 1756; 857 en 1761; 869 en 1764; 910 en 1766; 1,260 en 1783 y 1,361 en 1788, de las que 1,221 estaban en la ciudad y 140 en el barrio de Petit-Carénage, sin incluir los edificios y establecimientos públicos que hacen un total de 79.

El Cap se ha triplicado pues en cincuenta años; esta manera de medir su crecimiento no es la adecuada, ya que hermosas mansiones y casas de pisos han remplazado a las barracas y a esas especies de chozas como las que se veían en la Petite-Guinée y en el cantón de Marécage.

En 1764, se evaluaban en 1,688,690 libras lo que producían las casas en alquiler del Cap y en 1788, estos arrendamientos se elevaban a casi cinco millones, aunque el número de casas no se había doblado desde 1764.

Una ordenanza de los Administradores del 20 de octubre de 1780 y renovada el 27 de enero de 1787, dio a las calles del Cap placas pintadas que indican el nombre; cada casa está numerada.

Vamos a la población. La parroquia del Cap tenía, según los censos:

	Blancos		Libertos	Esclavos	
	hombres	mujeres			
En 1692	160	63	–	34	total: 257
1710	335	206	52	605	1,198
1730	694	381	62	1,749	2,886
1749	900	515	143	(no figuran)	1,658
1771	1,020	605	271	2,568	4,464
1775	1,105	586	195	4,257	6,143
1780	1,065	599	1,391	4,663	7,720
1788	1,895	845	1,264	8,147	12,151

Todos estos censos no merecen la misma confianza. Los más antiguos son creíbles, porque en una población escasa se conocen y distinguen todos; pero a medida que crece, los errores y las omisiones suceden más fácilmente y a pesar de la vigilancia que empleó el señor de Marbois, el censo de 1788 es erróneo seguramente.

Al distinguir entre la población de la ciudad propiamente dicha y la de la parroquia, tengo informaciones que me autorizan a contar la primera de la siguiente manera.

Blancos de todos los sexos y edades 3,600
Libertos. 1,400
Esclavos. 10,000
Total: 15,000

He aquí la población propia del Cap, pero hay que sumar más cosas para conocerla tal y como es.

La guarnición, que sería de 1,300 hombres,
todo incluido, no puede ser contada
en su estado normal más que en ..... 1,000 hombres
80 barcos de Francia en la rada,
evaluados en 25 individuos..... 2,000
50 navíos americanos con 6 hombres
cada uno 300
10 buques neutrales más con 10 hombres 100
30 embarcaciones de cabotaje, pasajeros,
etc. con 5 hombres 150
Total 3,550 hombres

que hay que añadir a los 15,000 ya encontrados y tenemos cerca de 18,500 personas para la tasa de población habitual de la ciudad del Cap, para el número de bocas que se alimentan allí y entre las que no incluyo a la gendarmería ni a la tropa de policía, las que contiene un barco negrero supuestamente en la rada, los individuos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de la cadena pública y finalmente a los viajeros y los colonos de otros lugares que están allí accidentalmente, pero que le dan más exactitud a mi evaluación.

Este mismo cuadro muestra cómo se pueden contar en el Cap individuos en cierto modo extranjeros en la Colonia; entre los 3,600 blancos, hay al menos una sexta parte sin ninguna propiedad mobiliaria o inmobiliaria, que especulan sobre las acciones que realizan unos y cuya expectativa engaña a muchos otros.

Primeramente fue necesario enviar voluntarios y más tarde hubo que echar mano de sujetos reclutados en ciertos hospitales para mantener la población de Santo Domingo; el Cap se vio particularmente beneficiado porque además llegaron colonos que venían de San Cristóbal y Santa Cruz.

A principios de febrero de 1696 llegó al Cap la colonia de esta última Isla. La componían 10 soldados, 1 sargento, 50 hombres armados, 3 o 4 familias y 60 negros; no todos se quedaron en la ciudad.

Algo que nos choca si consideramos la población de Santo Domingo, son los pocos niños blancos que hay. La mayoría de los que encontramos son frágiles, débiles y están enfermos y la costumbre de mandar a Francia a muchos hace que sean aún más raros de ver. Volveré sobre este tema.

Como ya hemos repasado la población, vamos ahora a hablar del consumo de la ciudad del Cap. En 1788, se comían cada día 20 o 22 bueyes, cuyo peso variaba desde las 4,800 hasta 6,000 libras, según el estado de los mismos.

Los domingos y los jueves es cuando se consume más carne y los viernes y sábados, cuando menos.

La matanza de terneros no es regular e incluso, a menudo, pasan ocho días sin que se haga; pero sin embargo podemos calcular que el Cap consume cada mes, 15 terneros que pesan cada uno 80 libras.

Cada día se consumen diez corderos, 25 cabritos y 30 cerdos. 25 panaderos emplean cada día 70 barriles de harina de 180 libras. Esta producción de pan es suficiente para los barcos de la rada y algunas plantaciones de los alrededores de la ciudad; en 1783 subió casi al doble, por el aumento de tropas francesas y por la presencia de tropas españolas; estas últimas consumían ellas solas 30 barriles de harina al día.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El Cap considerado como capital

El Cap es el lugar más poblado de toda la Colonia y debe esta ventaja a que tiene el mayor comercio y el mismo es consecuencia de la situación geográfica del lugar como puerto más expuesto a barlovento.

Sin embargo, las diferentes circunstancias han sido casi siempre la causa de que la capital de la Colonia haya estado situada en otro sitio que no fuera el Cap. El primer establecimiento se había hecho en la Tortuga y el punto de la gran Isla que le correspondía casi directamente, se convirtió en lugar de cabecera.

Luego, el cultivo del abarrancadero hizo que se prefiriera Léogane a Port-aux-Paix. Las instrucciones del señor Deslandes, primer intendente, querían que los

Administradores compartieran su residencia entre Léogane y el Cap, pero se eligió el primer sitio y lo demuestra un hecho; es que los Administradores no tuvieron sino un alojamiento pasajero en un almacén del Rey en la plaza de Armas, hasta 1734 en que se quemó.

Desde entonces hasta la residencia de los señores Bory y Clugny en el Cap, los jefes se alojaban pasajeramente en las casas que alquilaban o que pedían prestadas. La belleza del fondeadero de Petit-Goave hizo que se balanceara luego, durante más de 50 años, entre Léogane y Petit-Goave y se acabó prefiriendo Port-au-Prince.

Este perdió enseguida sus derechos durante la guerra de 1756, pues el señor de Bory, destinado como gobernador general en marzo de 1762 y el señor de Clugny su colega, residieron en el Cap, así como el señor de Belzunce.

La ordenanza del 24 de marzo de 1763 decidió que ambos Administradores residirían en el Cap; el señor de Estaing tuvo allí, en efecto, su principal residencia. Pero si hablamos del príncipe de Rohan, damos a Port-au-Prince el título de capital, que conserva de derecho, aunque de hecho ese título solo pertenece al Cap, donde la guerra necesita siempre que estén los jefes. Se les vio desde 1778 hasta 1785.

En todas las épocas siempre se ordenó al general y al intendente compartir su residencia entre la capital de la Colonia y el Cap, sobre todo por las instrucciones de los señores de Châteaumorand y Mithon, del 26 de agosto de 1716, por las de los señores Fayet y Duclos, del 21 de julio de 1732 y por las de los señores de Larnage y la Cahapelle, del 10 de junio de 1737 que les prescribe residir cada año, cuatro meses en el Cap; hay incluso instrucciones que desean un reparto igualitario.

La posición de Port-au-Prince que la coloca más o menos en el centro de los dos extremos de la Colonia, le dieron la preeminencia que el Cap reclamaba, cuando el miedo al enemigo, más fuerte que las desavenencias interiores, hizo que los Administradores estuvieran listos para comunicarse con los jefes de las armadas y de las escuadras y combinar los preparativos y los movimientos que tienen por objeto, o la conservación de la Colonia o empresas hostiles en otros puntos.

Estado Mayor y oficiales de la Administración del Cap

El Cap, cuyo establecimiento se remonta solo hacia 1671, no tenía ningún jefe militar particular antes de 1679, en que el señor de Franquesnay fue destinado allí como lugarteniente del Rey. Estaba al mando de lo que se llamaba entonces el pueblo del Cap, es decir, lo que está hoy día entre el Port-Français y el río Massacre.

En 1695 se nombró un gobernador del Cap y como era el antiguo gobernador de la Isla de Santa Cruz cuya colonia había sido trasladada al Cap, el señor de Boissyraimé recibió el título de gobernador de Santa Cruz y del Cap.

Tuvo su residencia en esta última ciudad, que comprendía entonces la senescalía de Port-de-Paix, en la competencia de su gobierno. En 1763 el puesto de gobernador pasó a la persona del señor de Chastenoye hijo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Tres de esos gobernadores del Cap, que lo eran realmente de toda la Parte del Norte, fueron lugartenientes en el gobierno general. Son el señor de Charrite y los señores de Chastenoye padre e hijo; tuvieron su residencia en el Cap.

La ordenanza de 1763 suprimía los gobernadores particulares, los reemplazaba por segundos comandantes y fijaba al gobernador general en el Cap, por lo que esta ciudad no debía tener segundo comandante; sin embargo, presiones particulares dejaron allí al señor de Thoren y luego siempre ha habido un segundo comandante de la Parte del Norte con residencia en el Cap.

La lugartenencia del Rey fue comenzada por el señor de Franquesnay en 1769, suprimida en 1763 y restablecida el 15 de marzo de 1769 por una ordenanza del Rey que encarga sus funciones al mayor de la Legión de Santo Domingo; esto duró hasta que otra ordenanza del 17 de marzo de 1771 restablecía un lugarteniente del Rey titular; esto fue así hasta que al señor caballero de Grès cambió su título de lugarteniente del Rey por el de comandante particular, por la ordenanza del 20 de diciembre de 1783.

Se creyó conveniente tener un mayor en el Cap. El primero fue el célebre Laurent de Graff en 1690. Este puesto de mayor fue suprimido en 1763, restablecido el 15 de marzo de 1769, suprimido por la ordenanza del 16 de marzo de 1771 y rehabilitado el 15 de abril de 1776; fue abolido de nuevo el 20 de diciembre de 1783, cuando el mayor era el señor de la Plaigne.

El Cap tuvo su primer ayudante mayor en 1688. Este puesto fue también eliminado en 1763 y restablecido en 1769; ahora hay dos ayudantes mayores, pues se creó un segundo el 18 de mayo de 1787.

El Cap tuvo también dos mayores generales de tropas y milicias de la Parte del Norte; tres de los mayores generales de la Colonia se nombraron fijos, así como varios ayudantes mayores generales.

Cuando el intendente no tenía su residencia en el Cap, esta ciudad siempre dispuso, desde 1721, de un comisario ordenante y sucesivamente muchos comisarios, sub comisarios y escribanos de la marina encargados de los diferentes detalles del servicio, inclusive del de las tropas que no tuvieron comisarios de guerra hasta 1763. El comisario ordenante de guerra estaba igualmente establecido en el Cap.

Esta ciudad, considerada como una subdelegación de la intendencia, tiene desde 1738 una secretaría de la subdelegación, que es el depósito de todas las actas hechas por los Administradores y que interesan a las partes de la administración que no son militares ni judiciales.

Allí se depositaban también todos los expedientes y los planes de los agrimensores que mueren o se ausentan y los censos proporcionados por los colonos cada año. Es también un servicio rendido por Larnage y Maillart, que quisieron que los habitantes de la Parte del Norte se encontraran más cerca de los títulos de sus propiedades hipotecarias y diversas actas relativas al uso de esas plantaciones, ya sea en cuanto a los caminos, la distribución de las aguas y el trabajo en los ríos o con respecto a muchas otras muchas cuestiones, todas igualmente importantes para ellos y hasta para el interés público, porque también se puede encontrar todo lo concerniente a la formación de las parroquias, la nominación de varios encargados

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de las diferentes ramas de la administración general de la Colonia y e incluso pruebas del estado de los libertos.

Parte militar. Guarnición del Cap

Desde 1763 hay un ingeniero jefe de la Parte del Norte que vive en la ciudad del Cap, así como el comandante de artillería de la Colonia. Vemos también un guardián del almacén de la marina.

Durante algún tiempo, hubo un guardián del almacén de la marina diferente del que llamaban entonces guardián del almacén principal, que estaba encargado de los víveres y efectos, pero esos dos puestos se unificaron, como antes, desde la paz de 1783.

Hay también un guardián del almacén de artillería, establecido por una carta del ministro del 5 de agosto de 1771 con 3,000 libras francesas de sueldo.

El Cap siempre tuvo una guarnición desde finales del siglo anterior. Hasta 1762 no estuvo compuesta más que por varias compañías de tropas destacadas de la marina, primero dos y después tres que se aumentaron con varios suizos, de los que 60 estaban en el Cap.

Estas tres compañías eran tan reducidas en junio de 1718, que las milicias del Cap hacían la guardia nocturna para aliviar a los 50 soldados que quedaban.

En 1762 se enviaron regimientos sacados de la armada de línea, a los que se incorporaron en 1766 esas tropas destacadas de la marina. En 1766 se creó una Legión de Santo Domingo, de la que una parte estaba en el Cap.

Por último se establecieron dos regimientos para la Colonia, uno de los cuales llevaba el nombre del Cap y que fue destinado a la guarnición sedentaria de esta ciudad, donde se formó el 31 de enero de 1773 y donde se bendijeron las banderas el 26 de abril siguiente.

En total deben formarlo 1,214 hombres, siempre y cuando sea en tiempos de paz. Su uniforme es azul, bocamangas y cuello de paño verde, forro azul, ribetes verdes, botones timbrados con un ancla y charreteras de plata.

El servicio diario de la plaza del Cap y del hospital, en tiempos de paz, exige 80 hombres y 3 oficiales sin contar el local de la Comedia.

En cuanto a la artillería había, antes de 1762, dos compañías de bombarderos, una de ellas destinada en el Cap, que estuvo al mando del señor de l'Isle-Adam y luego del señor de Fontenelle.

Cuando llegó el señor de Belzunce, trayendo consigo dos compañías del real cuerpo bajo el mando del señor de Villarson, teniente coronel, el señor de Fontenelle siguió siendo comandante de los bombarderos, que sin embargo se incorporaron al real cuerpo cuando se fundó la Legión de Santo Domingo en 1766.

En 1768 el Rey creó de nuevo dos compañías de 100 hombres cada una, con el título de cañoneros-bombarderos que fue aumentada con una tercera compañía en 1771.

De esta artillería colonial se formó en 1784 la mayor parte de la brigada actual. Sin embargo vimos llegar a finales de 1775 a cinco compañías del regimiento de Metz,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

del real cuerpo y una compañía de obreros, todos bajo las órdenes de un teniente coronel y de un jefe de brigada. Dos compañías, los obreros y el estado mayor, se quedaron en el Cap. Estas tropas volvieron a Francia en 1783.

Las milicias del Cap

Al dar cuenta de las fuerzas armadas que existían en el Cap, es natural citar a las milicias que allí se encuentran y que forman la casi totalidad de las de la parroquia.

Las milicias son tan antiguas como la Colonia, pues los primeros franceses se presentaron con las armas en la mano y los jefes que ellos mismos designaban. El más valiente estaba seguro de fijar esa elección voluntaria y solamente con un comienzo de organización, los comandos militares se apoderaron de la nominación de oficiales de las milicias.

Hemos visto que esos primeros oficiales eran los jueces natos de sus conciudadanos y que aun cuando hubo senescalías y Consejos Superiores, la magistratura y la milicia podían reclamar a estos mismos individuos.

En 1688 la milicia del Bas du Cap contaba con 134 hombres y con 220 en 1696. En 1705, la milicia fue formada en regimientos y en 1710 la Parte del Norte tenía tres de infantería y uno de caballería.

Primero y durante mucho tiempo, cada quien se presentaba con su vestimenta normal y sus armas y los mismos oficiales no se distinguían más que por la gorguera, una de las más antiguas condecoraciones militares.

La vista de las tropas regulares, la superioridad que pretendían y la importancia que le atribuían al uniforme, convencieron de que había que tenerlos en la milicia.

Hacia 1710 los oficiales tomaron el uniforme de guardacostas, el traje blanco, sobrecuello, bocamangas y forro rojos porque el simple soldado no llevaba uniforme.

En 1723 la ciudad del Cap tenía 374 milicianos. En junio de 1725 el señor de la Rochalard, gobernador general, retuvo la orden del Rey que permitía a la milicia de a caballo, a falta de trompeta, batirse a la dragona. *Los jóvenes*, decía, *hubieran creído que todas las locuras que habían hecho eran atributos de su nombre y esto debe de ser evitado en un país donde el sol actúa tan directamente en cualquier seso.*

En 1732 los regimientos fueron suprimidos y las milicias restablecidas en compañías independientes; habiéndose convertido el Cap en la ciudad más grande y civilizada de la Colonia, hubo una especie de emulación entre los distintos capitanes para constituir hermosas compañías.

En el mismo año de 1732, el señor Beaujeau, autorizado por el señor de Vienne, gobernador general, acababa de formar la compañía de granadero con uniforme, casaca y calzones blancos, bocamangas, sobrecuello y solapas color escarlata y botones y charreteras de plata.

Algunos años después, apareció la de los carabineros con un uniforme escarlata ribeteado con un galón trenzado de plata, bocamangas, sobrecuello, casaca y solapas azul real, faldones, botones y charreteras de plata.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El señor Desmé Dubuisson, para ir más allá de esas dos compañías, formó el 17 de enero de 1740 una de fusileros. Llevaba uniforme azul, bocamangas, sobrecuello, casaca, calzón y medias rojas, el uniforme y la casaca galoneados en oro, botones sobredorados, sombrero bordado en oro y escarapela azul y roja.

Esta compañía tenía dos tambores y dos flautas tocadas por negros y tomó una bandera con una cruz de satén blanco cuajada de flores de lis doradas y los cuatro lados, por oposición, azules y rojos. El vestuario y el armamento de los 52 hombres de esta compañía, los tambores y las flautas, costaron más de 50,000 francos.

En sus comienzos, la compañía de dragones tomó también un uniforme azul real con galones de oro, bocamangas y sobrecuellos rojos, casaca y calzones blancos y el equipo del caballo azul con galones de oro así como el sombrero y la agujeta.

Las milicias suprimidas en 1764, época en que todas las del Cap llevaban uniforme y reproducidas un momento por el señor de Estaing, fueron restablecidas por una ordenanza del Rey del 1 de abril de 1768, que nombró un comandante, un mayor y un ayudante mayor de las milicias de cada parroquia. Este estado mayor tomó en el Cap un uniforme azul con galones de oro, casaca, calzón, bocamangas y sobrecuellos blancos y las diversas compañías reaparecieron con los uniformes que quisieron adoptar.

Vimos renacer la compañía de granaderos, la de los carabineros y la de los dragones a caballo con su antiguo uniforme. Una segunda compañía de a caballo se formó con el nombre de gendarmes, con uniforme escarlata galoneado en oro, así como el sombrero y el equipo del caballo; bocamangas, sobrecuello y solapas de terciopelo negro, charreteras de oro y una trompeta como la de los dragones de a caballo; esta compañía se reprodujo tal y como había existido momentáneamente bajo las órdenes del señor de Estaing.

Una nueva ordenanza de diciembre de 1776, dispuso las milicias en batallones. El Cap dio su nombre a uno de ellos y vimos que su estado mayor conservó el uniforme de 1768; se componía de un comandante, un segundo comandante, un mayor, cuatro ayudantes mayores, un cirujano mayor y un tambor mayor. Este estado de cosas duró hasta 1787.

Veíamos entonces a la compañía de granaderos, a la de los carabineros y a cuatro compañías de fusileros blancos con uniforme azul, bocamangas, sobrecuello, forro, casaca y calzones blancos, botones y charreteras de plata; a una compañía de cañoneros con uniforme azul, sobrecuello, bocamangas y forro escarlata, casaca y calzones blancos, botones y charreteras de oro.

Una compañía de voluntarios con uniforme escarlata ribeteado con un galón de oro trenzado, bocamangas, sobrecuello y solapas de terciopelo verde, el forro verde y casaca y calzones blancos, botones, faldones y charreteras doradas.

Una compañía de dragones de a pie con uniforme verde dragón, forro parecido, bocamangas y sobrecuello escarlata, botones y charreteras de oro, escarapela y plumas negras y botas de cuero negro.

Una compañía de cazadores con uniforme de vientre de serpiente, forro de lo mismo, sobrecuello y bocamangas verde sajón, casaca y calzones blancos, botones, charreteras y faldones de plata y botas de cuero negro.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Una compañía de mulatos y otros mezcla de sangre libres con uniforme azul, bocamangas, sobrecuello, solapas y forro amarillo, botones y charreteras de plata y casaca y calzones blancos.

Una compañía de negros libres con uniforme azul, bocamangas y sobrecuello escarlata, forro blanco como la casaca y calzón, botones y charreteras de plata. Por último, las dos compañías de a caballo de los dragones y gendarmes de las que ya he hablado.

Este abigarramiento de uniformes que era un triunfo del lujo y era quizá lo que más atraía a la milicia, desapareció por la ejecución de la ordenanza del Rey del 1 de enero de 1787.

El comandante de las milicias de cada parroquia es el capitán que elige el gobernador general. Hay un ayudante mayor bajo sus órdenes. Cada compañía tiene 50 hombres. Solo hay diferencia entre la infantería y los dragones de a caballo blanco, los dragones de a caballo de otro color y los blancos de las compañías de artillería.

En la Parte del Norte toda la infantería viste uniforme blanco, casaca y calzón blancos, botones blancos, bolsillos largos, forro blanco, bocamangas y solapas azules; todos los de caballería van de blanco, uniforme rojo, casaca, calzón, forro, botones, bocamangas y solapas blancas.

Toda la caballería de personas de color, sobre todo la de Nankin, lleva bocamangas y solapas rojas. En cuanto a los de artillería, visten el uniforme que tiene este cuerpo en Francia menos los botones, que están unidos y no llevan número.

Las milicias del Cap se han distinguido en muchas ocasiones por su celo y valentía. Cuando el ataque a Léogane en 1702, acudieron a socorrerla. Fueron al de Saint-Louis en 1748 y ya habían ido a Petit-Goave, pero la súbita rendición de esta plaza, hizo vana su abnegación.

Una compañía de negros libres del Cap marchó en 1697 al sitio de Cartagena al mando de Pierre Imba, un negro del que hablé en la descripción de Limonade, bajo las órdenes del señor Dupaty.

En 1718 se contaban 900 hombres armados en toda la dependencia del Cap y las milicias de esta sola parroquia comprendían 450 en 1750.

El control de 1788, hizo que la milicia del Cap aumentara hasta 1,600 hombres. Hay que considerar que es el lugar de toda la Colonia donde hay más personas a las que su estado dispensa de ese servicio y también donde están la mayoría de las que escapan a la búsqueda, que no se hace precisamente en tiempos de paz, o que encuentran pretextos para quedar exentos.

En general, los oficiales de las milicias son muy celosos de la especie de superioridad que les confiere su empleo y más todavía su charretera, pero a los milicianos les pasa lo contrario.

Los jefes militares se han servido hábilmente del amor propio de los oficiales de las milicias y los han convertido en cazadores seguros para la transmisión de los efectos de su sistema, un poco despótico.

Estos detalles están en la historia, así como los de los sucesos que acompañaron el restablecimiento de las milicias en 1768 y en los dos años siguientes.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Médicos, cirujanos y farmacéuticos

La exención del servicio militar me recuerda a los médicos, a los cirujanos y a los farmacéuticos. Hasta la ordenanza del 1 de enero de 1787, los derechos de los cirujanos con respecto a esa exención no fueron regulados. Anteriormente solo gozaban de ella los cirujanos diplomados, bien para el servicio en los hospitales del Rey, bien para el del almirantazgo o para el de las milicias.

Nunca nos asombraremos lo bastante de que durante un siglo se haya creído que debían atender un servicio militar personal, hombres dedicados a curar a la sufriente humanidad y que se podía hacer esperar a un enfermo o condenarlo a muerte para tener un hombre más en una revista a menudo inútil o en un cuerpo de guardia durante la guerra. Por último, esta bárbara ineptitud cedió a los clamores que la perseguían desde hacía mucho tiempo.

No podemos dudar de que haya habido cirujanos en Santo Domingo desde los orígenes de la Colonia, pero los médicos no debieron llegar sino después; porque estos últimos, menos numerosos en todas partes que los cirujanos, no se encontraban más que en los lugares en los que había claramente una civilización.

El primer médico que parece haber merecido la confianza del Cap fue el señor Dautun, que ejercía allí en 1710, figuraba en las actas públicas y legajos y era llamado incluso *médico del Rey*, aunque el primero que ostentó ese título fue el señor Fontaine, doctor de la facultad de Montpellier, que el Rey nombró por un certificado del 6 de octubre de 1714 y que fue recibido en el Consejo del Cap el 27 de marzo de 1715.

Después de él vino, en 1719, el señor Valain, médico de El Havre-de-Grace, luego el señor Poupée Desportes; después siempre hubo un médico del Rey en el Cap. Se le considera como el jefe de los otros médicos, que son más o menos numerosos; al menos es él quien examina a los médicos que se presentan para ejercer en la Parte del Norte. Desde hace mucho tiempo hay en el Cap cuatro o cinco médicos además del médico del Rey.

Siempre hemos visto un *Cirujano mayor* o cirujano del Rey desde que fue nombrado el primero, el señor Clerin Destauriers por un certificado del 1 de noviembre de 1720. Hay un cirujano mayor del almirantazgo, otro del regimiento del Cap, uno de artillería, uno de las milicias y otros dos o tres titulados bajo distintas denominaciones. Contamos en este momento con otros veinte cirujanos en esta ciudad.

Es doloroso tener que decir que este enjambre de Esculapios no siempre está armado contra la muerte. No quiera Dios que tenga la intención de rehusarles justos elogios a algunos sujetos que los merecen por su talento y conducta intachables; pero no los prodigo de ninguna manera a esos hermanos que, soñando en una travesía, o haciendo la recaudación en el navío en el que se habían embarcado, se han convertido en médicos, cirujanos, químicos, farmacéuticos, dentistas y tocólogos quienes, con la audacia del charlatán, recolectan hombres y dinero e indignan a aquellos que saben cuán difícil es el estudio de un hombre enfermo y cómo la ignorancia es, en este tema, muy parecida al asesinato.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Desde la ordenanza de marzo de 1763 hay un farmacéutico del Rey en el Cap y encontramos además otros doce apotecarios o drogueros. Este gremio está entregado a los desórdenes más grandes.

La ordenanza de los señores de Reynaud y le Brasseur del 3 de noviembre de 1780 sobre los venenos, no se ejecutó a pesar de su importancia; los farmacéuticos que ignoran, porque les interesa, que los medicamentos descompuestos son siempre peligrosos, ya que su menor inconveniente es el no producir efecto y cuando no causan uno contrario al que se espera, venden impunemente las drogas que están en peor estado.

Nos indignamos al saber que todas estas prevaricaciones culpables encuentran excusas y hasta apoyos. Quienquiera que sea el que las tolere, yo le denuncio a la humanidad entera y no hago excepción del gobierno que las conoce y que no empuña una espada de hierro para aniquilar a tales enemigos de la especie humana.

El Rey había nombrado un médico tocólogo el 25 de abril de 1775, que se había establecido en el Cap. Debía formar comadronas porque no había nada tan necesario.

Una ordenanza de los señores de Reynaud y le Brasseur del 18 de enero de 1781, tomó medidas para ampliar estas enseñanzas sin las cuales se continuarán sacrificando madres y niños.

El médico tocólogo del Cap había muerto. Encontramos comadronas. Dos dentistas residen también en el Cap y tienen mucho trabajo, aunque los dientes son pasablemente hermosos en Santo Domingo.

Pero sobre todo los negros, son muy sensibles a las corrientes de aire, a los efectos del relente y a los contrastes de la atmósfera, como para exponerse a perderlos y sufrir mucho.

Por último, se encuentra también en el Cap un artista veterinario. El señor de Boynes, convencido de lo útiles que serían para la Colonia unos hombres ocupados en conservar los animales que aquí se pagan tan caros y cuya reposición es a veces imposible, encargó a la escuela veterinaria de Alford que formara sujetos a cargo de las Colonias, que se comprometieran a quedarse durante 12 años.

De esta manera Santo Domingo tuvo dos, el señor Dutilleul, que murió y el señor Gelin. Hace mucho tiempo que la opinión pública reclama a favor del señor la Pole un diploma de veterinario para recompensar los continuos y provechosos trabajos de este artista.

La Cámara de Agricultura

Un establecimiento muy notable entre los del Cap, es la Cámara de Agricultura. Desde hace treinta años, el Consejo Superior de la Martinica había solicitado que las Colonias tuvieran diputados en Francia, encargados de exponer sus necesidades y supervisar sus demandas e incluso de defender sus intereses.

Pero esta solicitud se consideró atrevida y no tuvo ningún éxito; en julio de 1759, unos decretos del Consejo de Estado establecieron Cámaras desdobladas en

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Agricultura y Comercio en algunas Colonias. Santo Domingo tenía dos, de las que una se situó en el Cap.

La componían cuatro habitantes y cuatro hombres de negocios; sus atribuciones eran todo lo que tenía que ver con el comercio y los cultivos y la facultad de nombrar un diputado de la Colonia, con derecho a entrada y sesión en las oficinas de comercio de París, como los otros diputados de las principales ciudades del reino.

Este plan, que pretendía la unión de lo inconciliable y que nombraba como presidentes a hombres cuya opinión debía ser libre, el intendente o el ordenante que no se podían considerar más que supervisores, no produjo más que trifulcas y disensiones y fue necesario cambiarlo.

Se hizo mediante la ordenanza del 24 de marzo de 1763, que creó dos Cámaras de Agricultura que no debían estar compuestas más que por siete colonos, criollos o que tuvieran plantaciones.

Todo lo concerniente a la población, los desmontes, la agricultura, la navegación, el comercio interior y exterior, las comunicaciones internas, los canales, en una palabra, a todo lo que pudiera contribuir al mejoramiento, al progreso y a la seguridad de la Colonia, eran competencia de la Cámara de Agricultura, que debía remitir una copia de sus memorándums a los Administradores y que conservaba, como las antiguas, una correspondencia con el diputado de la Colonia.

Pero la función más delicada confiada a las Cámaras de Agricultura, es el resumen que deben enviar al ministro en cada cambio del gobernador general o del intendente sobre su administración, hablando de su carácter, de su talento, de sus faltas, de su probidad y del bien o el mal que se hubiera producido durante su administración.

La Cámara de Agricultura tuvo unos comienzos muy precarios; compuesta de una manera que casi siempre era contraria al espíritu de su institución, es sobre todo en su origen cuando, los estorbos de los que estuvieron encantados de rodearse, tuvieron más influencia.

Sin embargo produjo un centenar de memorándums sobre distintos temas más o menos interesantes, entre los cuales se encuentran puntos de vista muy apreciables y rasgos que demuestran que el valor no siempre les fue extraño.

También tengo que decir que tuvieron a veces la necesidad de que fueran de más de más de una índole. Por poco que se conozca Santo Domingo y el gobierno colonial, es fácil creer que un establecimiento que tenía como uno de sus fundamentos el deseo de conocer la conducta de los Administradores, por medio del examen que la Cámara de Agricultura tenía el derecho de hacer, bien entendido que era secreto para quien no fuera el ministro, no debió estar siempre al abrigo de la autoridad, cuyo comportamiento debían juzgar.

Incluso se trata de un cálculo bastante simple por parte de aquellos que temen su censura, trabajando para darle de antemano un carácter de recriminación. La historia tendrá pues, a este respecto, rasgos que citar.

Estoy lejos de desear que la Cámara de Agricultura pueda erigirse en escuela de calumnias; pienso que es necesario que tanto el mal como el bien de los que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

informa esté refrendado por pruebas; pero querría al mismo tiempo que alguien que atentara contra su libertad de opinión fuera castigado con una pena pública.

La ecuanimidad querría que, en las cosas que comprometen al Administrador vivo, el ministro le proporcionara el medio de justificarse también por sus hechos; pero el deber de la Cámara es lo bastante hermoso e importa lo bastante al interés público, como para que deba ser sagrado.

Y no olvidemos nunca que debemos a la Cámara de Agricultura la primera imprenta que ha existido en Santo Domingo.

Se reúne normalmente en la casa de su secretario, que tiene un sueldo de 6,200 libras, en las que se incluyen los gastos de un local para sus asambleas. El secretario siempre es elegido entre los vocales del Consejo del Cap y yo ejercía esa honorable profesión cuando era secretario adjunto de la Cámara de Agricultura del Cap.

La Cámara de Comercio

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Describiendo la primera sección, indiqué el lugar donde se reunía la Cámara de Comercio o la Bolsa. Desde hace algunos años su devoción se ha vuelto a despertar y sin querer darle a esta reunión el carácter de una corporación legal, el gobierno la mantuvo y aun protegió en ciertas circunstancias.

La Cámara de Comercio del Cap tiene un director y cuatro síndicos en ejercicio, un síndico correspondiente en Francia y un secretario. Los antiguos directores y síndicos que deben convertirse en directores por el orden de su ejercicio, son miembros de ella.

La Cámara se reúne en la Bolsa todos los martes a las cuatro de la tarde. Allí se ocupan de asuntos de comercio y responden a diferentes pareceres. Si se trata de temas mayores o de algunas nominaciones, se convoca a todos los hombres de negocios.

No puedo impedir desear que los negociantes del Cap tengan a bien definir qué entienden por este título y fijen las condiciones necesarias para merecerlo; pues mientras se denomine negociante al que no tiene ninguno, estaremos autorizados a creer que no hay en el Cap ni negociantes ni Cámara de Comercio.

Los dictámenes, que dan lo que su nombre conlleva, son extremadamente sabios; previenen los procesos y a menudo sirven para que los tribunales decidan. Nadie puede elogiar tanto como yo el deseo que tienen los distintos miembros de ser útiles a sus conciudadanos; la Cámara tuvo a bien, en este sentido, confiarme sus archivos.

Hasta tenía un objetivo que traté de cumplir en vano. Harta de la disparidad de criterios sobre el derecho de comisión, debido a los distintos agentes que emplean las Colonias, como los mandatarios, los ejecutores testamentarios, los religiosos, los comisionados, etc. y cansada por la multiplicidad de cuestiones sobre el mismo tema; persuadida de que se pueden exceder los justos límites en ciertas reclamaciones, la Cámara instituyó una relación que forma una especie de código basado en la costumbre, sobre las decisiones judiciales y sobre sus propios dictámenes.

La utilidad de este trabajo me impresionó y me ofrecí para imprimirla en París. Hablé de ello con el ministro, creí que debía elogiarla y solicité inclusive su consentimiento para la impresión; me respondió que eso haría que se aprobara la Cámara de Comercio y su tarifa, pero lo único que tenía que hacer era imprimir con un permiso tácito.

Me dirigí entonces al lugarteniente general de la policía, en cuyo despacho me dijo que no podía por menos que comunicar el manuscrito al ministro de marina, pues afectaba a su departamento; gracias a este círculo vicioso, el manuscrito está aún en mis manos.

Podría sorprendernos que la Cámara de Comercio no hiciera imprimir esta obra en el mismo Cap cuando inclusive yo había anunciado la existencia de una imprenta.

Pero quería tirar un gran número de ejemplares y el proyecto hubiera sido costoso por la desproporción que hay entre la mano de obra colonial y el precio de la impresión entre Francia y Santo Domingo. Sin embargo hay veces en que esta diferencia no se aprecia, pues ahora se puede conseguir por 44 libras francesas al año, un abono de la gaceta de la Colonia que tiene hasta 1,000 páginas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La Gaceta

Esta gaceta fue uno de los primeros beneficios que se derivaron del establecimiento de una imprenta en la Colonia y fue una de las inmediatas consecuencias desde el momento en que se instaló.

El señor de Clugny, al que su puesto de intendente encargaba de la supervisión de la imprenta, protegió el proyecto de la gaceta y le concedió el privilegio exclusivo al señor Monceaux, abogado del Consejo del Cap el 10 de enero de 1764.

El modelo fue publicado enseguida y basta con leerlo para convencerse de la utilidad de la empresa. El defecto de comunicación entre las distintas partes de la Colonia e incluso a veces de una parroquia a otra, disminuía todos los informes y todos los conocimientos; nada ventajoso podía convertirse en general y nada peligroso podía encontrar opositores más allá de un espacio limitado.

En una palabra, para utilizar expresiones del modelo, se hablaba en el Cap de Jacmel y de Cap-Tiburon como si fueran montañas de Chile o tierras magallánicas.

La gaceta prometió y proporcionó noticias impresas en Francia relativas al comercio, la agricultura, la navegación, la política y la cultura colonial; publicó lo que se vendía o alquilaba; los precios de los productos y del flete.

El primer número apareció el miércoles 1 de febrero de 1764 con el título de *Gaceta de Santo Domingo*. Era semanal y contenía 8 páginas de impresión in-4°. La suscripción para el primer año fue de 120 libras.

La novedad de la publicación de esta obra llegó a Versalles y sembró la alarma en las oficinas de la marina. Se creyó ver ya la transformación de esta hoja en una obra política, donde el gobierno sería caricaturizado y por una carta del 13 de mayo de 1764 el ministro ordenó su supresión.

Felizmente el señor de Estaing no compartía esos miedos; pero para conciliar la obediencia con la utilidad de la hoja, la *Gaceta de Santo Domingo* se convirtió en: *Opiniones diversas y Pequeños Anuncios Americanos.*

La metamorfosis se operó el 29 de agosto de 1764 y el 1 de enero de 1766, la *Gaceta* se convirtió en los *Anuncios Americanos*, denominación que todavía conserva.

En 1768 los señores de Rohan y de Bongars exigieron que la gaceta se imprimiera bajo su mirada; desde el 23 de marzo de 1768 se hizo pues en Port-au Prince y se le añadió un suplemento con el título de *Opiniones del Cap*, después *Opiniones del Cap* o *Suplemento de los Anuncios Americanos* y por último con el de *Suplemento de los Anuncios Americanos.*

La gaceta perdió a su fundador y a su primer redactor, que murió el 21 de agosto de 1768. El abogado literario fue remplazado por el señor Duchemin Despaletz, antiguo oficial del regimiento de Quercy, nacido cerca de Agen y que murió en Port-au-Prince el 9 de enero de 1771.

Cuando hubo un segundo impresor en la Colonia establecido en el Cap, quiso hacer también los Anuncios Americanos, pero los Administradores decidieron en 1777 que ello era privilegio del impresor del lugar de su residencia, salvo que el otro imprimiera las «opiniones» del entorno en el que llevara el formato de suplemento.

Esta decisión desfavorable a las pretensiones del señor Dufour de Rians, se le volvió muy útil con la guerra de 1778, que llevó a los Administradores al Cap. El 3 de octubre de 1778 la gaceta se empezó a imprimir allí y el suplemento en Port-au-Prince hasta el 3 de julio de 1784, en que se retomó el orden inverso.

Hacia 1780 el señor Rhodier, secretario del gobernador general y después abogado del Consejo del Cap, había sido encargado de la redacción, que experimentó un cambio así como el privilegio de la gaceta.

El impresor del Cap obtuvo el 1 de julio de 1783, con el privilegio exclusivo para la Parte del Norte durante quince años, la exclusividad de la gaceta a condición de que tuviera un redactor escogido por los Administradores. Estos nombraron el 17 de noviembre siguiente, al señor Mozard, que todavía está en ese puesto.

El precio de los Anuncios Americanos era desde 1765 o 1766, de 66 libras al año, aunque su volumen casi se ha triplicado por el mayor número de páginas y la diferencia de caracteres empleados en su impresión.

Sería algo inconcebible si no dijéramos que el volumen había aumentado en gran parte por diferentes anuncios, cuya impresión se paga, lo que arroja una ganancia independiente de las suscripciones y el impresor gana en consonancia, pero parece que se tiene más por el mismo precio.

En 1788 el número de abonados era de 1,500, lo que arrojaba 99,000 libras, cuyos dos tercios se quedaba el impresor de Port-au-Prince, ya que era él quien imprimía la parte que era realmente la gaceta.

Este impresor tiene además las 1,500 libras de «las opiniones» con lo que su parte es de 81,000 libras y sus desembolsos de cerca de 56,000. El impresor del Cap se lleva 25,000 libras de las opiniones lo que con las 33,000 de su tercio de la gaceta hacen 58,000 libras; su gasto es de 33,000 libras.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Entonces los Anuncios Americanos procuran 139,000 libras, pagan el desembolso de 89,000 y dejan un beneficio de 50,000 libras que se divide en dos partes, cada una para un impresor.

En los gastos he incluido el de 12,000 libras que los Administradores han consignado al año al señor Mozard por su redacción. Sería faltar a la justicia el no decir que nadie como él ha buscado más el ampliar el interés por esta hoja.

No hay ningún detalle colonial que no haya solicitado o recibido con prontitud y a menudo ha sabido excitar el celo y el amor propio de muchas personas instruidas y si hubiera sido mejor secundado en general, el público hubiera ganado además en instrucción.

Desde que le fue confiada la redacción convirtió esta primera hoja periódica de Santo Domingo en algo todavía más útil por los cálculos y por sus nuevos puntos de vista. El impresor que supo hacerse conceder el privilegio exclusivo no debe lamentar lo que el redactor gane de beneficio, del que una parte es realmente debido a su talento.

Hay que no olvidar, al hablar de esta hoja que siempre estuvo sometida a la censura. Primero solo a la del intendente, como figura en el establecimiento de las imprentas en Santo Domingo.

Los gobernadores generales habían intentado, infructuosamente apoderarse de ellas muchas veces hasta el señor de Bellecombe, que vino a sustituir al demasiado blando señor de Bongars.

Por el privilegio concedido al señor Dufour de Rians en 1783 esta usurpación fue convertida en titular y la censura de la hoja era común a ambos Administradores. En 1785 el señor François de Neuf-Château, procurador general del Consejo del Cap pretendió, que las funciones de los Administradores les impedían ejercerla debidamente y creía que esta censura debía formar parte de sus propias funciones, como si las mismas no fueran lo suficientemente numerosas y relevantes como para desestimar esa veleidad.

Es absolutamente imposible conseguir en toda la Colonia un ejemplar completo de los Anuncios Americanos y el mismo señor Mozard no pudo hacerlo más allá de 1782. Rechacé mucho dinero por el mío, el único, creo, que existe.

Si se hubiera seguido mi consejo, es decir, si se hubieran enviado ejemplares de lo que sale de las prensas coloniales a la biblioteca del Rey, al depósito y a la oficina de las Colonias, no estaríamos expuestos a que a menudo nos falte la información que esta colección nos hubiera proporcionado.

Hice suficientes préstamos a las oficinas del ministerio para que esto no se haya tenido en cuenta. Siguiendo mi consejo, En la carta del 3 de junio de 1785 el ministro encargó a los Administradores, que le enviaran desde entonces cuatro ejemplares.

El Almanaque y algunas obras impresas en Santo Domingo

También fue en el Cap donde nació la idea de tener un almanaque de Santo Domingo. El primero apareció en 1765. Era un pequeño in-12° impreso con los mismos caracteres que los Anuncios Americanos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Este ensayo no podía gustar ni por su parte tipográfica ni por su escasa extensión. Se hicieron traer pues caracteres especiales, lo que causó que no hubiera almanaque en 1766.

En 1767 apareció en formato in-16º con una edición bastante bonita en 1769 y después se hizo en Port-au-Prince. El impresor del Cap había hecho uno por su cuenta a partir de 1778 como hacía el de Port-au-Prince, con los caracteres más parecidos.

Había ligeras diferencias en los detalles de uno y otro pero todavía las hay. Esta obra es muy útil en lo que respecta a hacer conocer a los diferentes funcionarios públicos de la Colonia. A veces he proporcionado detalles particulares a esta pequeña selección.

El éxito de la gaceta desde sus comienzos le había dado al señor Despaletz, al que ya he citado en el capítulo de la gaceta, la idea de sacar otra publicación periódica con el título *Diario de Santo Domingo*, cuyo primer número apareció en noviembre de 1765.

Este periódico, del que sería muy difícil encontrar diez ejemplares completos en Santo Domingo, se publicaba cada mes en el formato in-12º. De las 64 páginas de cada número, la mitad estaba destinada a hablar de las memorias de las Cámaras de Agricultura, a reproducir extractos de obras sobre temas económicos, el comercio y los cultivos; sobre las máquinas adecuadas para las Colonias y recogía observaciones de las enfermedades de sus climas. En fin, debería ser el depósito de investigaciones útiles de física e historia natural; la otra mitad se reservaba para las bellas letras.

No hay nada más interesante en todos los informes que este recuento, que mezclaba lo útil con lo agradable; multitud de memorándums sobre distintas cosas, observaciones muy adecuadas para conocer bien Santo Domingo y su importancia, piezas literarias que invitan a emular a los criollos, todo concurría para recomendar la iniciativa del señor Despaletz, a quien no podemos negar un gusto magnífico.

Pero para el decimoquinto número (enero de 1767), no se encontraron suscriptores. El impresor propuso en vano continuar con la impresión solo por el desembolso; en vano algunos hombres celosos de la gloria de la Colonia ofrecieron hacerse cargo de todos los gastos: si los cooperadores del periódico no querían continuar alimentándolo, nada podía salvar al *Diario de Santo Domingo*. Su desaparición es un reproche para la Colonia. Se imprimía en el Cap.

Se publicó también en la misma época una pequeña hoja titulada *el Iris Americano*, que solo contenía poesía. Este género ligero no tuvo más que una existencia efímera y el *Iris* desapareció. Me ha sido imposible descubrir la más mínima huella.

Es necesario citar el Cap otra vez por otra publicación periódica. Es una gaceta de medicina e hipiátrica cuyo privilegio exclusivo había obtenido el señor Duchemin de l'Étang, por decreto del 26 de diciembre de 1777.

Esta hoja, de la que solo aparecieron ocho números los primeros y los quince de cada mes de noviembre y diciembre de 1788 y enero y febrero de 1779, en ocho páginas in-4°, no tuvo un éxito que pudiera sostenerla. Se titulaba *Gaceta de Medicina*.

Afortunadamente, la Societé des Sciences et Arts del Cap estaba dispuesta a reemplazar, en gran medida, una obra como la que había emprendido el señor de l'Étang, que exige tener muchos observadores.

Es una amplia recolección que se ofrece al médico, al químico, al físico, al botánico y al veterinario en un país donde casi todo pertenece a ese género y donde la naturaleza muestra ricos materiales.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Una sociedad de hombres laboriosos animándose unos a otros, tiene que ser por naturaleza el punto en que las investigaciones, las observaciones y los resultados deben ser comunicados y examinados, con el deseo de hacer con ellos una aplicación útil para toda la humanidad.

Sería por ejemplo más propio de la competencia de esa Sociedad que de la mía el hablar de la temperatura del Cap, de su clima, de los fenómenos meteorológicos cuya observación se ofrece y de la influencia de todas esas circunstancias en las personas que lo habitan. Pero lo que un día será hecho, sin duda de un modo más profundo, lo voy a esbozar ahora.

Clima y temperatura del Cap

La ciudad del Cap está rodeada en toda su extensión al norte, al oeste y en parte al sur, por una montaña; o para ser más exactos, la ciudad ocupa el intervalo que se encuentra entre dos brazos de esa montaña, intervalo que se ha acrecentado con aplanamientos sucesivos.

Hay que distinguir en el suelo en el que está construida, dos zonas que difieren esencialmente por su naturaleza. La primera, la que está más cerca del pico al oeste, es la prolongación de su base y se le reconoce por las capas de roca que lo forman; la otra es un terreno arenoso, guijoso, un auténtico terraplén formado por las degradaciones del pico, que las lluvias transportaron por las tierras que el río Haut-du-Cap habría acarreado en las crecidas o cuando su curso era irregular y en fin, por los diversos desecamientos y avances hacia el mar en distintas épocas.

La primera parte comprende la tercera, la cuarta y la quinta sección y la otra contiene la primera, la segunda, la sexta, la séptima y la octava.

Hay sin embargo en la segunda, una parte de la primera zona: es aquella donde estaba antaño el pequeño pico de Capucins. El extremo sur de la sexta sección es también una prolongación de la base del brazo del pico, que además le es casi contiguo.

El suelo del Cap tiene, desde el pico hasta el mar, una fuerte inclinación[57] y también es notable la rapidez de las aguas, cuando caen las violentas lluvias de la Zona

[57] Del torrente Cazernes, desde el punto donde coincide al oeste con la puerta de este edificio hasta esa misma puerta hay

	pies	pulgadas	líneas de pendiente
	22	11	0
De la puerta del cuartel a la calle Vierges	14	2	3
De la calle Vierges a la Saint-Jacques	14	9	»
De la calle Saint-Jacques a la Espagnole	16	3	»
____»____Espagnole a la Royale	8	9	»
____»____Royale a la Anjou	13	9	»
____»____Anjou a la Dauphine	6	8	»
____»____Dauphine a las casas en el muelle	10	11	»
De esas casas al mar	3	»	»
	111	2	3

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Tórrida en el pico del Cap. Nos damos cuenta con qué facilidad se secan las calles casi enseguida de cesar la lluvia, sobre todo en el sector que está más cerca del pico.

La diferencia que he hecho notar en el suelo de la ciudad incide bastante en la salud de sus habitantes. Se puede observar que, en general, los enfermos son menos frecuentes y menos rebeldes en la parte superior que en la que está cerca del mar y que los rostros están menos cargados de ese matiz de un amarillo suave, que parece ser patrimonio de los colonos de las Antillas que viven a lo largo de las costas; matiz que es menos visible en las mujeres.

El Cap está situado de manera que recibe la luz del sol desde el amanecer y en la Zona Tórrida el calor comienza con la aparición de este astro. En verdad la brisa marina puede desplegar aquí toda su potencia, pero el sitio provoca una notable diferencia entre los efectos del viento y los del sol.

Al encontrar un obstáculo insalvable en el pico al que está adosada la ciudad, la brisa pierde una parte de su velocidad y gira de algún modo para encontrar una salida, ya sea reencontrando la pequeña garganta que termina la cuarta sección por encima de la Providencia, ya sea replegándose a lo largo del brazo que va en dirección sudeste a terminarse en el cementerio de la Fossette.

El sol, al contrario, se ve favorecido por esta misma barrera y lanza con fuerza los rayos que el pico refracta y que adquieren así un calor reverberado, que la ausencia de brisa vuelve insoportable y asfixiante.

La brisa terrestre no pude atemperarlo siempre, pues la posición del pico la fuerza también a deslizarse a lo largo del brazo del que acabo de hablar, para insinuarse por la estrecha banda que está entre el cementerio y el mar.

No es sino evolucionando sobre sí mismo como puede recorrer la superficie de la ciudad y en los largos días de verano en los que el sol es abrasador y la brisa terrestre muy débil (si no ha habido tormenta), se puede decir con exactitud que el calor de cada día se ve aumentado por una parte del calor de la víspera.

La continuidad de una razón tan poderosa volvería necesariamente inhabitable el Cap, si el clima de Santo Domingo no estuviera marcado por dos estaciones que siguen a los dos Equinoccios y si los meteoros no tuvieran, en la Parte del Norte, dos revoluciones que se corresponden con ellas.

Desde principios de octubre hasta finales de marzo los vientos del oeste y del norte se apoderan de la atmósfera. Los primeros, a la vez pesados, cálidos y húmedos, hacen experimentar la sensación más penosa de estos climas abrasantes, por la privación total de las brisas que proporcionan elasticidad al aire y lo hacen respirable.

Es verdad que no se está atormentado por esa transpiración que ilumina la sangre después de haberla desecado, pero sentimos que nos quemamos en un fuego concentrado.

El cuerpo se postra, el espíritu se apaga, el alma se hunde. Víctima del tirano que se alimenta de su propia sustancia, tenemos sed de aire, pero el aire está estancado y estamos en estado de una especie de fiebre nerviosa que también tiene sus ansiedades.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Por último, después de un mes o seis semanas de espera, los vientos del norte ejercen su dominio y al calor que aniquilaba todas las facultades, le sucede una sensación de frío que las despierta.

Las fibras recuperan la energía y en ese cambio la juventud encuentra un principio reparador, mientras que los colonos viejos, al contrario, tienen que temer muchas enfermedades destructivas.

Los vientos del norte, si son secos, lo que es muy raro, causan también un efecto cáustico; desecan las plantas y comunican al aire una sensación de aspereza que causa en la sangre una indisposición inflamatoria.

Los vientos del norte lluviosos no tienen el mismo inconveniente y si el exceso de lluvias no trae a su vez los males de una humedad extrema, esta estación es la mejor y la que tiene la temperatura anual más suave.

Es curioso escuchar, cuando estamos en ella, salir de casi todas las bocas que hasta hacía poco se quejaban del calor, la queja contraria y los africanos son siempre los primeros.

En el otro semestre, los calores siempre van en aumento. No hay sino lluvias de tormenta y los vientos del sur que las preceden o que hasta las acompañan, son calientes y a veces violentos y peligrosos para el agricultor y el marino.

Con esas tormentas sobrevienen movimientos súbitos en la atmósfera; al excesivo calor se une la humedad producida por el agua que el cielo vierte torrencialmente; a la apertura de los poros le sucede una estricción más o menos grande; la evaporación repentina de las aguas de lluvia produce un enfriamiento todavía más peligroso por la imprevisión del malestar físico si el calor y nos lleva a desearlo para entregarnos a sus dulces pero engañosas influencias.

Estos efectos generales de las dos estaciones que se dan en el Cap son todavía más intensos allí, como ya debe de haber presentido el lector por mis comentarios sobre el sitio de la ciudad.

Esto aumenta el calor y es también la causa de un aumento de la humedad que, primero, es debida a la naturaleza de la brisa del mar que, habiendo recorrido una inmensa extensión de mar, llega cargada de un principio salino, cuya existencia atestiguan todos los cuerpos que lo sienten.

Detenida por el pico y obligada a quedarse en la ciudad, carga la atmósfera de ese mismo principio y hace que el aire contraiga una propiedad delicuescente, que incide en la costumbre del cuerpo y sobre sus humores después de haber perjudicado sus órganos.

Una segunda causa de la humedad, de la humedad malsana, son los puntos bajos y pantanosos que todavía rodean el Cap y cuyo efecto era visible en los habitantes de la calle Espagnole y sus alrededores cuando en 1739, fue uno de los motivos por los que se ordenó llenar el espacio que había entre esta calle y el mar.

Las dos orillas del río Galisset no son, por así decirlo, más que dos ciénagas y hemos visto que en 1758 ocupaban todavía la mitad del territorio actual de la ciudad. El sol bombea con fuerza las exhalaciones de esta superficie pantanosa y las dos brisas las amontonan en la ciudad.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El aire que se respira en el Cap es pues a la vez espeso, húmedo y caliente; las variaciones que se encuentran en la intensidad de esas tres cualidades, nunca son tales que puedan volverlo muy sano.

Sin embrago, podemos imaginar que todos los trabajos, hechos desde hace 50 años, han convertido la estancia en el Cap en infinitamente más tolerable. Sin duda, la posición de la Petite-Anse, supuesta con los terraplenes hechos alrededor del Cap, será más favorable para la circulación del aire, por la facilidad de extender la ciudad casi indefinidamente y rodearla de todos los establecimientos que le hubieran sido necesarios, bien como lugar de comercio, bien como sitio de guerra.

Después de haber hablado del aire, debo examinar cuál es la participación del Cap en lo relativo al agua, ese otro tesoro de la existencia y sobre la que hay un efecto a la vez próximo y lejano.

He informado de cómo esta ciudad había adquirido sucesivamente muchas fuentes, de las que inclusive algunas son muy recientes. Con este último trabajo, se estará agradecido por esta garantía de no sufrir más la escasez de agua que hacían experimentar las grandes sequías.

Hasta 1788 no había más que seis fuentes públicas: la de la cárcel, la de la plaza Montarcher y la de la plaza de Armas, que recibieran su agua del manantial de la plantación de las religiosas; la de la calle Conseil, la de la plaza Clugny y la de Estaing la recibían del manantial de Espaigne.

Estas fuentes se secaban con suma facilidad. Había hasta que ayudar a la de Estaing (que con cuatro caños de dos pulgadas no tenía realmente más que dos pulgadas de agua), con el juego de dos bombas situadas en el pozo del almacén del Rey.

Además, exigían tanto mantenimiento que desde 1771 a 1781, costaron más de 50,000 libras al Rey. A decir verdad, estaba comprendido el gasto de la conducción del agua del torrente Douet a la fuente del cuartel y al Gobierno.

La mejor calidad de las aguas de este torrente y el aumento que su recogida prometía, decidieron a los Administradores a adoptar, en 1784, el plan de una gran obra.

El señor de Boisforet, director de las fortificaciones lo había criticado amargamente en 1785 y los Administradores se vieron forzados a confiar su ejecución exclusivamente al señor de la Fite, ingeniero.

Este trabajo, que consiste principalmente en un gran acueducto y que costó 900,000 libras, fue también criticado con la secreta intención de encontrarlo condenable, pero la envidia se vio forzada a aprobarlo.

Hoy día, gracias al celo y al talento del señor de Rallier, ingeniero jefe de la Parte del Norte, el torrente Douet proporciona agua al cuartel, al Gobierno, a las religiosas y el excedente se reúne con el agua venida del manantial de la propiedad de estas últimas.

Esta abastecía de agua a las cárceles y reunida luego al excedente del torrente Douet, van juntas a alimentar las fuentes Montarcher y Clugny, mientras que una cantidad llega a la fuente de la plaza de Armas y va luego a la del muelle, en la parte baja de la calle de Fontaine y a los útiles lavaderos que están en el espigón.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El agua del manantial de Espaigne, desde entonces aumentada por la que iba antaño a la plaza Clugny, sirve solamente a la fuente de la calle de Conseil y va desde allí a la fuente de Estaing.

El agua que corría a la Fossete desde hacía algún tiempo, abastecía también a la nueva fuente de la calle Royale. Hay pues en 1789, además del agua de las cárceles, del Gobierno, del cuartel y de las religiosas, nueve fuentes públicas.

El señor de Rallier tenía un proyecto que debía proporcionar tres fuentes más. Suprimiendo el caño que da agua a la esquina de la cárcel, quería reemplazarlo por otro que, correspondiendo al del Gobierno, se situaría en la esquina sudeste del Champ-de Mars.

El agua que va desde la fuente de la plaza de Armas a la que está en el muelle, debía servir, al pasar, a un caño en el extremo de la calle Pointe, en el mercado de los blancos; el manantial de las religiosas, acrecentado por nuevos trabajos, podría proporcionar una fuente al hangar de mástiles de Petite-Carénage.

El señor de Rallier contemplaba sobre todo, en lo que respecta a esta nueva fuente algo que, con razón, le parecía mejor: hacer en el menor tiempo posible, la aguada de una escuadra o una armada naval, ya que todo el tiempo que ello consume, se vuelve favorable al enemigo y en un clima cálido los menores retrasos pueden resultar nefastos para las tropas y las tripulaciones.

La distribución misma estaría combinada de manera que, en caso de necesidad apremiante, toda el agua podría ser retenida para la aguada de los navíos y cumplir así los objetivos más importantes.

Antaño, los barcos se veían obligados a venir a buscar el agua a la fuente de la plaza de Armas por medio de una calle que estaba en el extremo sur de la Chastenoye, lo que alejaba enormemente a las canoas, obligadas a volver a bordo de los buques fondeados en la entrada de la rada, lo que no se podía hacer a cualquier hora a causa de la brisa del mar.

Así, vimos a la escuadra del señor de Étedùère y su convoy retenido en 1745 más de seis días en el Cap, solamente esperando el agua que necesitaban.

El señor de Rallier, obligado a aprovechar los trabajos ya hechos, vio por lo menos favorecido su sistema gracias a la nueva fuente del muelle, que también sirve para la aguada de los navíos y por el aumento de la fuente de Estaing y si no se efectuó en cuanto a la del hangar, hay que achacarlo a las dificultades parsimoniosas de la administración.

Se sabe que toda el agua del Cap es de buena calidad. La del torrente Douet es la más ligera. Lleva el nombre del dueño de una plantación situada en el pico de la ciudad, donde está el manantial.

La de la Fossette, que tiene que correr a través de un fondo arenoso y que viene del oeste de ese pequeño cañón, merece enseguida que se la prefiera a la del manantial de las religiosas, que descuidan tenerlo cubierto aunque siempre se les recomendó desde el momento que abasteció la primera fuente que hubo en el Cap, la de la plaza de Armas.

Todas estas aguas son más o menos selenitosas pero sobre todo en las sequías adquieren sosería y crudeza y entonces, son insuficientes para las necesidades de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Fuente de Estaing
Isla de Santo Domingo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

los habitantes. Y estos últimos, por si fuera poco, han adquirido la costumbre de beber agua de sus pozos, aunque esta demuestra, con su imposibilidad de disolver el jabón y de cocer las legumbres, que tiene consecuencias perjudiciales para la salud, al menos a la larga.

Sobre todo a los pozos de la zona superior de la ciudad, se les concede una preferencia que se cree que es merecida por su gran profundidad, porque de hecho no dan agua más que a 90 pies de una excavación hecha con la ayuda de dinamita, mientras que en la parte inferior a veces basta con cavar una toesa para encontrar agua.

Sin duda, hay lugares donde abundantes manantiales abastecen de un líquido que difiere poco del que se recoge en las fuentes y la súbita aparición de distintas infiltraciones en muchos puntos de la ciudad, durante la estación lluviosa, indica ampliamente que son numerosas.

Pero sin que el análisis haya revelado nada, nos parece que el agua ofrecida por un pozo es pura si no ofende el gusto. Nada más ridículo que informar de todas las razones que la fuerza de la costumbre hace leer, para sostener la reputación de cada pozo y de hecho, se alquila más cara una casa que tiene un pozo cuya agua se ha declarado buena para beber.

Son principalmente los esclavos los grandes preconizadores del agua de pozo, porque el esfuerzo de procurarse otra sería penoso para ellos y hasta cuando el amo no se fía de lo que se dice a favor de los pozos, es bueno vigilarlos.

La insuficiencia de agua de las fuentes para satisfacer las necesidades del Cap, causa que esta ciudad no pueda ser tan limpia como necesitaría y en los días de mucho calor y en las épocas muy secas, las calles no se riegan y exhalan un olor fétido que hasta altera el aire.

Los señores de Reynaud y le Brasseur, que se habían propuesto como prioridad esencial proporcionarle al Cap todo aquello que la hiciera más agradable y sana, habían pensado en traer agua del río Grande de Limonade.

El 18 de marzo de 1781 una asamblea de todos los propietarios de casas de la ciudad del Cap, fue convocada por ellos, para deliberar sobre un memorándum del señor Verret.

Este hábil ingeniero hidráulico expuso primero que el río de Haut-du-Cap no podía ser de ninguna utilidad para el fin propuesto, porque le faltaba agua en ese momento y que ese era su estado normal hasta durante las sequías ordinarias.

Luego consideró que una toma de agua en el río Grande y un conducto de cuatro o cinco leguas de largo, sería ruinoso; más bien habría que servirse del canal de los interesados de la parroquia de la Petite-Anse, lo que podría hacerse sin perjudicar a los molinos ya establecidos.

Enseguida observó que si el señor de Gabriac volviera a la obligación de no emplear más que para mover el molino el agua que consumía para regar su plantación, la plantación Bongars o la de la Caridad, que pretendía vaciar ese molino para hacer mover el suyo, se vería obligado a conducir el agua hasta la esquina nordeste de la propiedad Lefebvre, antaño Fontenelle, donde la ciudad del Cap comenzaría sus trabajos para llevar el agua a la propiedad Breda por medio de un acueducto

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de 2,300 toesas de largo por 18 pies de alto y de esta plantación a la calle Espagnole por un canal de tierra, de mampostería y abovedado. Por último, el señor Verret evaluaba los gastos del proyecto en 1,800,000 libras.

Los Administradores propusieron a los propietarios de las casas imponerse un gravamen durante la guerra, a razón del dos y medio por ciento de las ganancias de las casas y calcularon que añadiendo 25,000 francos, que el gobierno daría cada año de la caja de las libertades, habría 100,000 para emplearlas durante cada año de guerra y que cuando llegara la paz, una cotización voluntaria reemplazaría las otras medidas.

La asamblea general nombró unos comisarios y cuando volvió a reunirse por segunda vez el 18 de noviembre de 1781 para oír el informe, rechazó el proyecto.

Esta desestimación estaba fundada en que el Cap está situado al pie de una montaña elevada que quizá fuera la más abundante en manantiales de toda la Isla y en que esta ciudad reposa, en toda su extensión, sobre una capa de agua dulce y muy potable.

En que se encuentran incluso muchos enclaves a los que la proximidad de los manantiales a la superficie de la tierra vuelve inútiles para sus propietarios, donde el agua rechaza la mano del arquitecto y llama al arte hidráulico.

En que hay en la ciudad ochocientos o novecientos pozos, de los que casi seiscientos dan agua buena para beber, seis fuentes, dos bombas; cualquiera que quiera abrir la tierra, encuentra con qué apagar la sed.

En que el pozo del Gobierno se bastó solo, en las grandes sequías, para abastecer el cuartel y a sus alrededores.

En que el agua del río Grande no pudiendo, según el proyecto, ser llevada más allá del centro de la calle Espagnole, no sería sino la parte inferior de la ciudad, hacia el sur, la que tendría más agua que la que se le proporcionaría; sería la misma desventaja si hubiera incendios en los otros barrios de la ciudad.

En que el terraplén de los pantanos había vuelto el aire bastante saludable; en que el agua para beber nunca faltaba en opinión de los Administradores, etc.

Hablando luego de su ejecución, se alarmaron por el desperdicio de agua en un espacio de cerca de 4,000 toesas y por la incertidumbre de su conducción; citaron los ejemplos de los proyectos hidráulicos del regadío de l'Artibonite y de la fuente de Fort-Dauphin.

Por último, los comisarios se ofrecieron para demostrar que la empresa costaría seis millones en desembolsos y también que la duración de las obras sería de sesenta años.

El proyecto, sin embargo, sirvió para hacer investigaciones de cómo aumentar el agua de las fuentes y los Administradores, advertidos desde las asambleas de mayo de 1781, establecieron el 28 de abril un fontanero que, bajo las órdenes del ingeniero jefe, se encargaría del mantenimiento de las fuentes del Cap y de sus canales.

No podemos negar que las objeciones era sólidas y que las relativas a los gastos no eran fáciles de echar abajo; pero pretender en 1781 que el Cap tenía agua suficiente, era sostener algo desmentido por la evidencia y consolarse de la pérdida de una agua sana por aquella de los pozos de esta ciudad. Era defender sus dineros abandonando su vida.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Repetimos que los desvelos del señor de Rallier proporcionaron algún valor a esta parte débil del informe de 1781 y lamentamos que el gobierno no haya dotado al celo de este oficial con todos los medios para aumentar los recursos del Cap en este apartado.

La temperatura de la ciudad del Cap, de la que olvidaba decir que no tiene sótanos por la humedad del suelo, por la vecindad del mar y por el miedo a que dañaran la solidez de las casas cuando tiembla la tierra, es necesariamente caliente, según todos mis informes sobre su topografía.

El termómetro de Réaumur, de esencia de vino (etanol), situado al norte y a la sombra, tiene como picos 16 y 28 grados y es excepcionalmente raro que esas temperaturas se vean excedidas.

Para particularizar de antemano las observaciones meteorológicas, hay que decir que el mes de enero es normalmente muy lluvioso y sometido a los vientos, desde el nordeste hasta el noroeste.

Las montañas parecen brumosas en lontananza; el termómetro marca entonces 16, 17 y 18 grados por la mañana, 20 o 21 a mediodía y 19 o 20 por la tarde.

Febrero se parece mucho al mes que le precede, si no fuera porque el cielo está más nublado y las lluvias son menos continuas.

Marzo se parece, a su vez, a febrero, pero los vientos del oeste interrumpen a veces a los del norte y mezclan así el calor con el frío; el termómetro sube en marzo uno o dos grados en cada uno de los tramos del día que he comentado y a veces marca hasta 23 grados al mediodía.

Abril es uno los meses más disímiles con él mismo; tan pronto sirve para prolongar el reinado de los vientos del norte y la estación lluviosa como, que es lo más frecuente, es seco; los vientos del nordeste se elevan con una especie de violencia, las brisas endiabladas son frecuentes y no es extraño que esos grandes movimientos de la atmósfera dejen paso a las tormentas; además el termómetro sube un poco.

En mayo se manifiesta la especie de renacimiento primaveral que hemos podido comenzar a observar desde el mes de abril y que, aunque inadvertido para la mirada vulgar, impresiona sin embargo la del observador de la Zona Tórrida que está atento a notar el cambio de las hojas en algunos árboles, o el del matiz del verde en otros.

Además este mes está dividido a partes iguales por dos temperaturas bastante diferentes. En la primera todavía se notan las grandes brisas del mes de abril, después los vientos del sur las reemplazan. El aire es sofocante y aparecen las primeras transpiraciones y con ellas, la penosa sensación que las precede, más aún porque no las acompaña.

En la segunda parte del mes nacen las tormentas, las cataratas se abren y extienden la inundación. Mañanas en las que el cielo está a menudo del azul más hermoso, son sustituidas por tardes donde las nubes amontonadas, primero hacia el sur, transportan el trueno que hemos oído a veces en lontananza después del mediodía. Dicen: Maribarou se carga: Maribarou cañonea.

Poco a poco el aire se espesa, cesa la brisa y al fin llega el diluvio precedido por relámpagos, por fogonazos del rayo y por un golpe de viento del sur cuya corta impetuosidad es la señal de que la nube se desgarra.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Hemos visto un año tal (puedo citar 1775) que durante seis semanas seguidas, casi a la misma hora (entre las cinco y las seis de la tarde), una tormenta tremenda vino a fundirse y a agotarse sobre el Cap. Variable en su duración, a veces cesa después de una o dos horas y otras veces se prolonga hasta muy entrada la noche.

Estas tormentas tienen también años destinados a marcar su ausencia, pero son aquellos que presagian una sequía extrema o durante los cuales ya se ha dejado sentir desde hace varios meses.

Junio tiene una primera mitad muy parecida a la segunda parte del mes de mayo. El termómetro, en una y otra, sube hasta 24 o 25 grados. Las tormentas menos largas y menos periódicas son reemplazadas por un cielo bastante nuboso. Violentos vientos del nordeste reaparecen a fines de este mes y la temperatura tiene alternativas de frío y calor. Ya tenemos el primer semestre del año.

Durante el mes de julio, hay todavía tormentas de vez en cuando y también lluvias. Pero el calor aumenta mucho y va de los 25 a los 26 grados al mediodía. Los vientos varían y pasan de noroeste a sudeste; no refrescan precisamente el aire, aunque combaten la sensación agobiante del calor proporcionando una respiración más fácil.

Agosto es seco; si llueve es solamente a base de tormentas; el calor se mantiene en 25 o 26 grados.

En septiembre es cuando la temperatura es más penosa y cuando el termómetro llega a su punto más alto. Los vientos poco regulares desaparecen hasta días enteros. En esos días se experimenta una auténtica ansiedad y sentimos todo el peso de su ser.

El termómetro, al alcanzar los 28 grados y yendo incluso a veces más allá durante varias horas, anuncia el sufrimiento excesivo que tampoco se suaviza con una abundante y fácil transpiración. Si cae alguna lluvia sobre el gran horno, el aire se espesa pero no se mueve.

Por último llega el mes de octubre, tan deseado y que anima además a las plantas si no trae consigo los vientos del norte. Viene a hacer una tregua a seis meses en los que ha sido necesario quejarse del calor sin cesar.

Este hizo decir a alguien, con bastante razón, que en Santo Domingo la mitad del tiempo se pasa sudando y la otra secándose. Si los vientos del norte aparecen el termómetro no alcanza más de 23 o 24 grados y aún marca 25 si aquellos son tardíos o si se les debe esperar en vano hasta su época del año siguiente.

El termómetro que en noviembre baja hasta los 18 grados, sube también a veces hasta 24, a menos que los vientos del norte sean muy fuertes.

En cuanto a diciembre, que también pertenece a los vientos del norte, pero que a veces es totalmente seco, el termómetro baja hasta los 16 grados. Sin embargo no es tan extraño que algunas tormentas vengan a mezclar sus lluvias en gran cantidad a las finas y penetrantes de los vientos del norte.

Las noches de los meses cálidos son en general igual de calientes en el Cap que las tardes y el sueño es más bien un agobio que un estado de reposo y de recuperación de la fuerza vital.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se tiene la costumbre de dejar abiertas las ventanas por medio de celosías con postigos que se han colocado, pero la necesidad de ponerse bajo un mosquitero para escapar al martirio que significan los mosquitos y los zancudos, hace que se pierda el efecto del aire introducido en la habitación; la parte que se encuentra bajo el mosquitero se vuelve muy pronto caliente debido a la respiración de toda una noche.

El despertar es entonces también casi un estado de enfermedad de lo abrumados que nos sentimos. Si ha sobrevenido una tormenta grande, la brisa terrestre que esta levanta y a la que da energía, hace sin embargo que pasemos una noche agradable.

Pero el cambio de la atmósfera perjudica también la salud, sobre todo si nos encontramos en una corriente de aire y nos hemos acostado encima de las sábanas.

En los meses de los vientos del norte, las celosías se cierran durante la noche; apretamos contra nuestros hombros la sábana sobre la que antes nos hemos echado; notamos, al entrar en la cama, una especie de escalofrío que es placentero y presagia un sueño dulce y reparador.

Si a esta sensación se le mezcla el placer de oír caer la lluvia, nos dormimos con el alma dispuesta a soñar con goces más dulces todavía.

El barómetro varía poco en el Cap y confirma lo que he hecho notar sobre el juego de este instrumento en Santo Domingo. La mayor diferencia que se puede dar en esta ciudad, es de 27 pulgadas y 10 líneas a 28 pulgadas y 3 líneas.

Hay otro instrumento meteorológico sobre el que también es difícil tener una única opinión en la Colonia y es la máquina eléctrica. Es imposible constatar que el aire no esté cargado con una gran cantidad de electricidad y en los lugares en los que el rayo impera de modo absoluto, nos forzaría pronto a ser incrédulos por confesar la existencia del fluido que lo constituye.

Pero es difícil hacer experimentos que constaten la intensidad absoluta o relativa. La humedad que acompaña siempre al aire, en mayor o menor medida, se opone a que la máquina funcione y si no está hecha por una mano hábil, si el experimento no está dirigido por una persona inteligente y bien conocedora de la teoría eléctrica, el resultado es nulo.

He conocido a muchos habitantes instruidos y aplicados que se han visto obligados a renunciar a sus máquinas porque no servían para casi nada. El menor cambio en la atmósfera, la proximidad del aliento de cualquiera, la transpiración casi inevitable del que maneja la máquina, son suficientes para que no se pueda obtener de ella ni un mal resultado.

Con todo, el señor Artaud, actualmente médico del Rey, curó en 1776 de una hemiplejía al señor Golliaud, agrimensor de Borgne, con seis semanas de uso de la electricidad. A pesar de este caso, creo que no podemos esperar mucho de la electricidad médica en Santo Domingo y sé que las experiencias más constantes y más trabajosas, han confirmado en 1787 esta lastimosa verdad en la Martinica.

Sin embargo, he conocido personas que había experimentado en Santo Domingo, un alivio considerable con el uso de la electricidad en enfermedades nerviosas; pero es preciso decir que en ese número había hombres sedentarios,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sujetos a la vida de gabinete y que, al hacer mover ellos mismos la manivela, sin duda conseguían más con este saludable ejercicio que con la electricidad.

Cualesquiera que sean, voy a relatar los experimentos hechos en el Cap por el difunto señor Dubourg, uno de los fundadores de la Societé des Sciences et Arts de la misma ciudad. Este hombre laborioso empleaba una máquina eléctrica de Rhamsden cuyo plato, fabricado por Vernevent, tenía veinte pulgadas de diámetro.

Gracias a ella, cuando la electricidad era fuerte, el señor Dubourg cargaba, con veinte vueltas de manivela, una tinaja de seis pulgadas de diámetro y diez de altura, guarnecida con una hoja metálica según el método del doctor Bevir. Esta carga bastaba para horadar de seis a doce hojas de papel con el excitador y producir una explosión que se oía en los apartamentos vecinos.

El señor Dubourg tenía un tablero mágico de veinte pulgadas de largo por doce de ancho, cubierto de hojas metálicas que llegaban hasta dieciocho líneas del borde. El vaso era normal y tenía un matiz verdoso.

Con la corriente de los meses de junio y julio, este tablero se descargaba a menudo espontáneamente. El señor Dubourg sacaba chispas del primero y segundo conductor a una pulgada y media o dos de distancia y no había empleado nunca otra cosa para encender la esencia de vino.

Es importante añadir observaciones a estos resultados; una es que el señor Dubourg electrizaba raramente sin haber expuesto previamente todo el aparato al sol; la otra es que se había convencido de que el tiempo más favorable para la electricidad en Santo Domingo es en un día sereno, desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde, siempre que soplara la brisa del este, sin la que no se podía esperar casi nada.

Este suceso cobró más credibilidad cuando el señor Thomin, notario general y secretario de la Cámara de Agricultura de la Parte del Oeste y que reside en Port-au-Prince, me comunicó que le había ocurrido lo mismo; desde hace largos años, hace experimentos eléctricos que hay que lamentar que no haya publicado.

He hablado de la temperatura y el clima del Cap en su estado normal, pero hay fenómenos meteorológicos que trastornan ese orden, o al menos el sistema de orden que el hombre concibe y según el cual clasifica lo que la naturaleza ha abrazado en el sistema universal que nuestra frágil razón no puede abarcar por entero.

Quiero decir las violentas tormentas, las excesivas lluvias, las sequías devastadoras, los golpes de viento, los huracanes y esos movimientos que parecen desgajar los fundamentos de la tierra. Citaré unos y otros y aquellos que hayan llegado a mi conocimiento.

En general, las tormentas son muy intensas en el Cap; el promontorio que termina esta ciudad al oeste y al norte y que está como separado de las otras zonas montañosas de la Isla, hace las veces de una pitón que detiene las nubes.

Las tormentas formadas en el seno de la cordillera del Cibao, empujadas a lo largo de esta enorme espina por los vientos del sur y el sudeste, vienen a golpear el pico del Cap, cuyo choque, alejando las nubes, las fuerza a dejar escapar la masa de agua que ya les costaba retener.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La disposición del pico añade luego el ruido del trueno, cuyo fragor repercute y vibra largo tiempo en la ciudad, antes que el sonido haya podido elevarse por encima de este recinto. El rayo cae a menudo en los alrededores de la ciudad, sobre todo en la ladera del brazo del pico que está al norte y la dirección del viento del sur puede ser la causa.

Como esta zona tiene muy poca población, los accidentes son muy raros. Por la razón contraria, cuando un rayo cae en la ciudad, lo que casi nunca ocurre, el peligro es grande.

Podemos citar, el 25 de agosto de 1763, a un hombre que fue fulminado al borde del mar. El 20 de mayo de 1782 a las cinco y media de la tarde, cuando descargaba una tormenta poco gruñona, hubo de repente un estruendo enorme; el rayo cayó en el mercado de los blancos, en una casa con un gran balcón de madera, al final y en el lado sur de la calle Constans. Golpeó detrás del cuello a un empleado de los almacenes del Rey y lo mató.

Dos personas que se encontraban a dos o tres pasos del fulminado, bajo el balcón, estuvieron desmayadas durante bastante tiempo. El mismo rayo mató a un soldado español, que no tenía ninguna marca del choque eléctrico.

Un marinero golpeado murió poco tiempo después. El rayo también rompió una vez la cruz situada encima de la cornisa del portico de la iglesia.

El miedo al rayo hizo que se pusieran en el Cap muchos pararrayos. Ya dije que había uno sobre la casa del Gobierno. En junio de 1783 se colocó en el polvorín una barra eléctrica cuyo conductor se pierde en un pozo.

Pero fue en 1787 cuando el uso de esta prevención se extendió de verdad. El señor Million, físico, impartiendo en el Cap cursos de física donde desarrollaba la teoría de la electricidad, convenció a muchas personas del efecto útil de los pararrayos y desde junio, ya había colocado nueve y trabajaba en otros catorce.

Cobró 792 libras por aislar una casa y poner los pararrayos. Demostró la inteligencia de la operación el rayo que cayó en uno de ellos.

Hacia finales de 1722 hubo muchos meses de lluvias y grandes crecidas. En 1732, las lluvias continuaron de tal forma, que se hicieron en el Cap en octubre rogativas públicas para que cesaran. En mayo de 1735, hubo desolación general por su continuidad. En 1752 hubo muchos meses de lluvias; duraron todo el mes de abril de 1766 y, durante los cuatro últimos meses de 1787 llovió todos los días.

En 1726 al contrario, se experimentó durante once meses una sequía cruel. En abril de 1743 se contaban ya más de seis meses secos.

En 1753 esta calamidad lo asoló todo y volvió a mostrarse en 1754 acompañada de la hambruna. En 1757 hubo más de cuatro meses de sequía. El mismo flagelo reapareció a principios de 1764 y 1769 y después ha sido muy frecuente.

Se hizo notar a principios de 1774 y de enero a agosto de 1776. Volvió durante los meses finales de 1778 y principios de 1779 de una manera aterradora. Se renovó desde finales de 1780 hasta mayo de 1781; después, desde finales de 1785 hasta septiembre de 1786. La más cruel hambruna acompañó a la sequía de 1774 así como a la de 1778.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pero nada pudo igualar la sequía de 1786, que duró un año en ciertos lugares. En el Cap estuvo acompañada de circunstancias extraordinarias. El 20 de marzo de 1786 el termómetro subió a 23 grados y el día siguiente a 24.

Los paneles de armario se resquebrajaron; los espejos y los vasos de porcelana se rompieron espontáneamente. El 30 el viento se volvió violento; por la noche, un violento golpe de mar se llevó los terraplenes de su orilla y presagió (según el testimonio de antiguos colonos) que la sequía sería también contumaz, lo que fue demasiado cierto.

En fin el 5 de mayo, el termómetro que estaba a 21 grados al amanecer, subió a 27 al mediodía y a 28 en tres horas. El barómetro estaba desde la víspera a 27 pulgadas y once líneas. El viento era del sudoeste y los termómetros expuestos en esta dirección subieron hasta los 31 grados.

El agua de los pozos estaba a 26 y 27 grados, Los cuerpos nitrosos y resinosos que estaban a la sombra quemaban la mano y las máquinas de Nairne lanzaban chispas sobre los cuerpos que las rodeaban, a diez o doce pulgadas de distancia.

Este extraño fenómeno duró seis horas. La sequía era de tal calibre en agosto, que fue necesario que el ordenante redactara una normativa, el 22, para regular el envío de tropas a las tres de la tarde y llenar los recipientes de agua para su uso, al almacén del Rey y a los pozos de la calle Picolet, que ya he mencionado en la descripción de la octava sección, con el fin de dejarle al público la poco agua que manaba todavía de algunas fuentes al secarse todos los pozos.

La estación de las tormentas había traído muchas lluvias, pero no tan abundantes como para combatir los efectos de la sequía, que duró hasta septiembre.

Los vientos también desplegaron a veces su furia en el Cap. El 14 de agosto de 1680 se hizo famoso por un espantoso huracán. En la noche del 13 al 14 de noviembre de 1765, hubo uno tremendo que duró desde las once de la noche hasta las cuatro de la madrugada y gran cantidad de casas de la ciudad se dañaron grandemente.

Todos los barcos de la rada lo pasaron mal; unos se hundieron, otros encallaron y algunas goletas y barcos fueron sumergidos. El 15 de octubre de 1780, un viento del norte provocó también daños; muchas casas se quedaron sin tejado, la mía entre otras.

El 27 de septiembre de 1785 también se sintió un pequeño huracán. A veces las rachas de viento del sur que soplan en la Parte de la Isla que lleva el mismo nombre, se dejan sentir hasta en la del Norte; dejan sin techo a las casas y tumban los árboles del Cap.

Esta ciudad no conoce esas sacudidas que aniquilan otras y hacen perecer a sus habitantes bajo montones de ruinas; pero no está a salvo de las que hacen saltar las alarmas y el miedo, que agrietan las casas e indican que el suelo sobre el que están situadas no es firme.

Notó mucho, aunque sin daños, los cinco temblores de tierra cuyos desastres sufrieron distintas zonas de la Isla, en 1701, 1713, 1734, 1751 y 1770.

El 27 de enero de 1766 la tierra tembló allí a las seis y media de la tarde; la sacudida fue fuerte. Hubo otra menos violenta el 26 de abril a las nueve y pocos minutos de la noche y una tercera en la noche del 11 al 12 de junio siguiente.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se notó después una débil el 10 de julio de 1771 a las seis y catorce minutos de la mañana; una más fuerte a las cuatro de la madrugada, el 3 de octubre del mismo año en la víspera de la caída de la bóveda de la iglesia y una violenta el 4 de agosto de 1776 a las cuatro de la mañana.

En el año 1784, se sintieron cuatro temblores de tierra en el Cap; uno el 25 de julio a las seis y catorce minutos de la mañana, con tres sacudidas; la conmoción fue muy fuerte y el movimiento iba en la dirección sudeste a nordeste.

El tiempo era pesado y caliente. Había llovido un poco la víspera, el cielo estaba cubierto, la luna se oscureció y reapareció teñida de un rojo pálido. El segundo el 24 de agosto a la una y trece minutos de la madrugada; el tercero el 27 de septiembre a las once y veinticinco de la noche y el cuarto, el 27 de noviembre.

Hubo tres en 1785: uno el 10 de enero, el segundo el 19 de febrero, el tercero y más fuerte el 10 de julio por la noche. En diciembre de 1786 se sintió otro.

Pero a veces la tormenta, la lluvia, el temblor de tierra y hasta el granizo, se asocian y parecen actuar todos juntos, Así, en la noche del 24 al 25 de diciembre de 1775 hubo una espantosa tormenta acompañada de una lluvia tan abundante, que hubo, en el Petit-Carénage, casas casi llenas por la tierra que las aguas habían arrastrado.

El 4 de agosto de 1776 y después de una sequía de siete meses, hubo un violento terremoto, que mencioné y que hizo salir la gente de todas las casas, a las que no se atrevieron a volver hasta pasadas varias horas.

Por la tarde a las 4, descargó una tormenta acompañada de un granizo cuyos granos, algunos, eran tan gruesos como el pulgar. Nadie recordaba haber visto nada tan grande desde 1769.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Las enfermedades

Prometí hablar de la salud de los habitantes del Cap. En general los que han tocado este tema parecen haberse entregado a dos extremos igualmente reprobables. Los unos y son los más numerosos, presentaron su clima como muy mortífero; los otros, buscaron hacer creer que se le acusaba sin razón y mostraban resultados que las ciudades de Francia envidiarían.

Contaré lo que he visto y lo que las personas en las que tengo mucha confianza han observado como yo.

Es necesario distinguir en el Cap a su propia población de la accidental y acordarse de lo que he dicho sobre la manera en que una Colonia se puebla. Casi no hay un momento en el que no llegue alguien al Cap, en los barcos que allí fondean, pues esta ciudad es la que más abordan los buques, lo que ofrece muchas posibilidades a las combinaciones que producen cuando se viene de todas partes.

Es esta llegada de visitantes lo que llamo la población accidental del Cap, ya sea para quedarse, ya sea que no estén más que de paso.

La necesidad de aclimatarse es algo común a todos los individuos que llegan y aunque se piense lo contrario, también les pasa a los criollos o a los colonos que

vuelven de Francia. Pero esta necesidad se manifiesta de muchas maneras en el que desembarca, pues depende del carácter, del temperamento, de la edad, de su estado de salud, de la época del año, de la duración y naturaleza de la travesía, del contraste más o menos grande del clima que se deja con el que se encuentra ahora y de la cantidad de personas que aumentan ya, más o menos, la población accidental del lugar.

Por último, del estado del alma, de la inclinación más o menos fuerte hacia los goces que perjudican la templanza y la sobriedad. Nadie puede negar que los que llegan no hayan sido puestos a prueba en mayor o menor medida y es muy notable que los que pagan el tributo más costoso, son igualmente los que creen poder desafiar todo impunemente y los que, espantados por todo, se contemplan como enfermos cuando ponen pie a tierra y que no piensan más que en su salud, que creen haber perdido ya.

Y es que la confianza presuntuosa y el terror estéril son dos excesos; el clima de Santo Domingo los castiga todos.

Si confundimos esta clase de individuos extrínsecos a la Colonia como si formaran parte de su población; si los marinos y soldados que llegan son contados entre el número de colonos desde que pisan tierra en la Isla, Santo Domingo es muy mortífero y el Cap, que recibe a la mayoría de estos seres, puede ser considerado como un lugar funesto.

Sin embargo, la influencia del nuevo clima se vuelve cada día menor y en relación al Cap, que es el objeto de nuestros actuales comentarios, es fácil comprobar que las enfermedades son más raras y menos activas desde que los inmensos pantanos han desaparecido.

Vuelvo sobre los habitantes reales de esta ciudad, a los que tienen allí su residencia y se han aclimatado, no importa quiénes sean. Faltaría a la verdad si me atreviera a decir que el clima abrasador de la Zona Tórrida es tan favorable para la población como el de las zonas afortunadas, donde el frío Aquilon parece soplar la salud en medio de los rocíos; donde el invierno, dando un nuevo impulso a las fibras, reproduce la vida anual y añade así años a los años, acompañándolos de una fuerza proporcionada a las necesidades y a los goces que la naturaleza ha asignado a cada una de las estaciones del hombre.

Pero el clima de las Colonias tiene también sus ventajas. No las pierde sino con aquellos que, verdugos de su propia existencia, olvidan que el placer puede convertirse en un veneno; no se ven privados de ellas más que los hombres insaciables a los que solo atormenta la sed de oro y solo sueñan con acumularlo para huir de un lugar que temen.

Se muy bien que el clima siega también seres a los que su moderación prometía una mejor suerte. Pero, ¿cuál es el campo afortunado cuyas espigas nunca caen aunque están maduras?

El calor que se siente en el Cap rarifica los humores, mientras que una transpiración excesiva reblandece la fibra; se toma como fuerza una fermentación interior y como necesidad el empobrecimiento que producen las grandes pérdidas.

Nos sentimos transportados hacia los distintos tipos de incontinencia por una especie de exaltación engañosa, por una exacerbación de los nervios y a ese desorden

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

físico que hará falta corregir, se unen todos los excesos de la imaginación, esa magia de los países cálidos.

Nos encontramos rodeados de la seducción más peligrosa, la que no rechaza el deseo, inclusive cuando no es capaz de hacerlo nacer y cedemos sin haber pensado en luchar. Las digestiones se vuelven lentas y penosas, la bilis se agria, se exalta y llegan las enfermedades.

Más violentas en Santo Domingo que en Francia, son quizá menos numerosas. Tienen en las ciudades de las Colonias un carácter normalmente más grave que en el campo y esta diferencia se observa igualmente en Europa.

En el Cap las enfermedades siguen comúnmente el periodo de las dos estaciones. En los meses cálidos, las más normales son las fiebres intermitentes, las continuas, las pútridas, las malignas y las disenterías.

En los meses fríos, son los catarros, las pulmonías, los reumatismos, las diarreas, el escorbuto y las infecciones de garganta. Las primeras que dominan de una manera más acentuada desde junio hasta finales de septiembre, son compartidas de modo especial por los recién llegados, por los que han emprendido viajes o por aquellos cuya alma se ha emocionado en demasía, bien a causa del placer o bien por la tristeza.

Las otras amenazan a los antiguos colonos, a las personas de complexión débil o a aquellas que juegan con las vicisitudes de la atmósfera.

No podemos dejar de asombrarnos cuando las primeras causan sus estragos, de la rapidez con la que nos alcanza y fulmina; no hace falta, en este temible intervalo, confiar en que sea una simple indisposición; el síntoma menos apreciable es a veces, por eso mismo, el más siniestro.

No dejamos convencer de que podemos entregarnos a nuestras ocupaciones diarias, que sin embargo desmiente una postración de las fuerzas en la que podemos reconocer una fiebre maligna e insidiosa; en ninguna parte este último epíteto se puede aplicar con mayor crueldad que en Santo Domingo.

Estamos heridos de muerte antes de haberlo sospechado y si una feliz experiencia no ha acostumbrado al médico a distinguir esta espantosa enfermedad de la simplicidad aparente, hay que perder toda esperanza.

¡Ah, ningún país tiene más necesidad del talento de los que ejercen el arte de curar! Están allí, más a menudo que en otro lugar situados entre la doble pared de tomar por una enfermedad, en la que sería necesario precipitarlo todo, aquella en que la naturaleza no necesita otra cosa que ser ayudada a tiempo o entregarse a una espera pérfida cuando no habría un momento que perder para actuar.

En las enfermedades crónicas ¿cuántos obstáculos se oponen al restablecimiento? Un clima cálido hace tan poco para la recuperación de la fuerza vital, el sueño está tan trastornado, los alimentos restauran tan escasamente, el desorden del apetito, sobre todo, es una causa tan propia para causar otros desarreglos, que las convalecencias son largas y penosas.

Si estamos atormentados por obstrucciones que son tan frecuentes después de las enfermedades agudas; si nos vemos atacados por esas terribles diarreas que cambian al hombre en espectro y que van acompañadas de un hambre desaforada, no

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

hay esperanza mientras sigamos en la Colonia, a menos que tomemos para esas diarreas el polvo de Castillon (llamado así por el nombre de un cirujano del Cap, su inventor, que conserva el arte de prepararlo), un remedio del que se han publicado, con razón, unos efectos que estamos tentados de llamar milagrosos.

Pero en general, aquellos para los que es posible el recurso de ir a buscar una nueva salud a un país frío, no se deciden a emplearlo más que cuando se ha vuelto dudoso a fuerza de haber esperado.

Parece que se teme más el abandonar los negocios que la existencia, casi siempre comprometida cuando en la Colonia se obstinan en combatir una enfermedad cualquiera, que ha sido rebelde durante mucho tiempo.

El género de vida que se lleva en el Cap es todo menos un régimen propicio para la salud. Todas las pasiones se ponen allí en juego y la agitación es continua. No se conocen las dulzuras de la sociedad, de esa reunión de individuos que se necesitan más o menos y que tienen en común el deseo de agradarse los unos a los otros y de encantar las horas de su ocio.

Se ignora el placer de entregarse a esa especie de abandono en el que nos olvidamos, por así decirlo, de nosotros mismos para ocuparnos de los demás, para disfrutar más los descansos que llaman y animan la alegría.

Si se juega, es para ganar; si se charla, es de negocios; si se va a un espectáculo es para pavonearse y al baile para extenuarse; si se regala, es porque el orgullo lo quiere y para tener una cohorte con que huir del auténtico gozo.

Y ¿quién lo diría? Al carácter de la mayoría de las mujeres hay que reprocharle la pérdida de uno de los placeres más deliciosos de la vida. Con poca amabilidad y educación, tienen mil y una pretensiones y se prodigan, entre ellas, las muestras de la falta de educación.

Se disputan los sitios en los espectáculos y cuentan las invitaciones, las visitas que se hacen. Si tienen muchas, por ejemplo, que deban hacer el mismo día, las hay que obligan a dormir en su casa al peluquero para estar listas las primeras e ir a apoderarse de los lugares que creen que son los mejores.

En una palabra, nunca el orgullo ha imaginado nada tan pueril y más capaz de impedir cualquier lazo. Es necesario pues vivir para ellas mismas, ser egoístas tanto por necesidad como por cálculo y no soñar sino con el oro.

Mientras que esas disposiciones morales perjudican la salud, otras causas también la atacan. La depravación del gusto producida por el calor, lleva a comer salazones. Los jamones, los muslos de oca, el buey estofado, el bacalao salado y los salchichones, son platos de los que nunca se cansan y que la relajación del estómago hace buscar.

Se come mucho porque las sazones son picantes y hay que resaltar dos cosas; la primera, que se come más en las Colonias que en Francia, aunque el calor sea allí más grande; la segunda, que se bebe menos que en la metrópoli durante los calores menores, efecto este último que solo podemos atribuir a la humedad del aire.

En alguna época se había pensado tener ventiladores en el Cap, esa especie de abanico de planchas, fijado al techo con ganchos y que un negrito agitaba durante

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

la comida. Pero se dieron cuenta que los catarros se daban con mucha frecuencia y se abandonó la sensualidad de ese artefacto.

Es muy extraño que en un lugar donde se inventó un aparato como ese, se conserve la orgullosa costumbre de rodearse en la mesa de una fila a veces doble de esclavos que, apoyados en el respaldo de las sillas, interceptan el aire a gran altura y ahogan a sus amos, a los que sobrepasan en más de un pie.

En otra parte ya insistí en cómo las mujeres criollas desatienden su salud y eso es verdad principalmente en las del Cap. Allí el lujo incide sobre las costumbres más que en otros sitios y las pasiones agitan y vejan todavía más el físico.

En medio de una vida monótona no están exentas de las sacudidas violentas de las pasiones; las prueban todas en menor o mayor medida, aquellas derivadas de las imperfecciones de su sexo que pueden resultar de la desigual lucha de una constitución débil contra un carácter dominador y una imaginación exaltada.

Al hallarse bastante recluidas, están expuestas a las corrientes de aire y nos asombramos de ver que después de haber estado encerradas todo el día, se sientan delante de sus casas durante tres o cuatro horas antes y después de la cena, cuando un relente peligroso carga la atmósfera y vuelve húmedos todos los cuerpos que a él se exponen.

Hay veladas en las que las mujeres regresan a sus casas con sus vestidos arrugados gracias a este vapor húmedo y caliente, al que quizá se pueda atribuir una gran parte de las oftalmias que afligen Santo Domingo y la pérdida de los dientes, ese factor de la salud y ese adorno tan precioso para la belleza.

A decir verdad, hay poca defensa, en un clima cálido, contra el deseo que nos impulsa a buscar sentirnos frescos. A esa inclinación casi involuntaria, le debemos los catarros, los cauterios y el dejar de sudar que, en los sujetos débiles, es el preludio de enfermedades mortales.

Las mujeres son todavía más imprudentes a este respecto aunque deberían saber que en ciertas épocas periódicas, su salud puede verse fácilmente comprometida. Nuca se recuerda lo bastante el peligro de mojarse con la lluvia en los lugares donde la transpiración, aunque imperceptible, es siempre considerable.

No puedo impedir el ocuparme aquí un momento de los niños, esa parte tan interesante de la humanidad. Es sumamente difícil educarlos en las Antillas y esta opinión la encuentro consignada en las obras más antiguas que estas pueden proporcionar. Sin duda esto siempre ha sido impresionante, al estar redactadas por personas de toda condición.

La débil complexión de las madres es la primera causa, luego la manera en que los educan, la peligrosa manía de dejarles ir con los pies desnudos, la de bañarlos a menudo cuando están sudando y la enorme cantidad de frutas que se les da sin estar seguros de que hayan madurado; todo les lleva pues a una existencia penosa.

La viruela, las fiebres seguidas de obstrucción y sobre todo las enfermedades parasitarias, se llevan a la mayoría.

Los niños, al menor síntoma de fiebre, deberían ser tratados con vermífugos para provocarles las convulsiones que se la quitan de repente o causan en su organismo desórdenes a los que tarde o temprano sigue la muerte.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Las estaciones lluviosas son en las que se ha notado que los niños están más expuestos a los parásitos, que de esa manera complican todas sus enfermedades. Los alimentos gelatinosos que se les prodigan contribuyen también sin duda a convertirlos en víctimas de esos animales destructores.

Nunca es demasiado recomendable el que se envíen a Europa a los niños en su más tierna edad para sustraerlos a los males que convierten en casi nula la población en un país inmenso.

Creo que debo sublevarme contra un abuso a la vez ridículo y peligroso muy común en Santo Domingo, que es confiar el cuidado de los niños a otros niños. No hay nada más normal que ver a un niño de ocho o nueve años que atiende a uno de dos o tres.

Es fácil de imaginar cómo esa carga hace correr riesgos a ambos, sobre todo al que la lleva; en otros sitios, el gusto por los juegos de su edad implican al cuidador y el objeto de su cuidado se queda solo y expuesto a herirse o a ser herido. La mala posición en que se ve el que lleva el peso de la misión, influye también en el que este coloca bajo su protección y se deforman y estropean el uno al otro.

Este método es también una fuente de injusticias; cuando el niño escapa de las manos del que no tiene fuerza para retenerlo; cuando su peso, que hace tambalearse al portador provoca la caída de ambos, se ha echado encima del que lo carga una responsabilidad por encima de su edad, la irritación corre pareja a la gravedad de la caída y la injusticia continúa, a riesgo de exponer la vida de ambos.

Pero el miedo al castigo impide a menudo al guardián hablar de un accidente que no ha tenido testigos; a veces hasta los sirvientes ayudan a disimularlo y mueren pequeños desdichados porque no se ha sabido de caídas graves.

Quizá sorprenda mi silencio sobre los esclavos si no comentara que no es en una ciudad en donde pueden provocar observaciones interesantes. Ocupados en el servicio doméstico o en diferentes oficios, sus enfermedades son muy parecidas a las de los blancos si las comparamos con sus ocupaciones.

Aquí no puedo destacar las dos causas más influyentes en ciertas enfermedades de los esclavos, la necesidad de una alimentación más abundante y la del descanso. Hasta me atrevo a decir que el gran enemigo de los esclavos de las ciudades es el exceso de placeres; son las secuelas vergonzantes que acompañan a los mismos y que ponen tanto más en peligro su existencia cuantos más paliativos y lenitivos usan, para de todos modos correr los mismos peligros.

Otras dos razones aceleran la destrucción de los esclavos; la conjuración de todos para procurar a los que se enferman entre ellos de qué comer, cuando su estado exige la dieta más austera y la confianza que tienen en los remedios de sus *comadres*, que tienen por lo menos un millar para cualquier molestia.

Esta confianza es consecuencia de una costumbre común en muchas partes de África, donde las mujeres practican lo que llaman la medicina, sobre todo en Sierra Leona.

Es necesaria una vigilancia continua para alejar estas dos especies de asesinato y ¿cómo puede ser segura, cuando sabemos con toda seguridad que a los esclavos enfermos los curan otros esclavos?

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

He comentado que las enfermedades habían perdido su intensidad, pero hay una horrible para la que este comentario es muy oportuno. Quiero hablar de la enfermedad de Siam, cuyo origen indico en el capítulo de Port-de-Paix y que fue traída en 1691 desde la Martinica a Santo Domingo.

Un barco que venía de Léogane al Cap, la propagó en esta última ciudad en septiembre de 1696. Cada año era testigo de nuevos estragos cuando, en julio de 1705, los navíos *l'Ambitieux*, *le Faucon* y *le Marin*, llegaron al Cap desde la Martinica. Esta terrible enfermedad que produce una rarefacción de la sangre que rompe todos los vasos y sale por todos los poros hizo que murieran 300 personas, de alguna manera apestadas. Como atacaba en especial a los hombres de mar, se le llamó también la marinera y el *tabardillo*.

En 1733 y en julio de 1734 causó gran mortantad que se renova en 1743 y en agosto de 1755. Pero desde entonces se fue volviendo cada vez más rara y hasta se citan personas atacadas por ella, pero que casi siempre han sido arrancadas a la muerte.

El Cap siempre no siempre ha estado exento de epidemias y en 1755 hubo una que duró cerca de un año, durante la cual las fiebres gangrenosas causaron tremendos estragos. Al cabo de cuatro meses, también los perros compartían este azote y eran devorados por los gusanos incluso antes de morir; se creyó que era una sabia medida prohibir entonces comer pescado ya que los cadáveres se tiraban al mar.

Para mí es una ocasión de decir que a veces el pescado tiene en el Cap unos efectos nocivos, sobre todo cuando es muy grueso. Hasta se impuso la costumbre de cocerlo cuando era muy grande con una cuchara de plata, pues se observó que si la cuchara se ponía negra el pescado era malsano.

La clase de sardinas llamadas pálidas fue especialmente proscrita en el Cap desde mayo hasta octubre por una ordenanza del reglamento del 12 de junio de 1778, que vio la luz 37 años después de que el médico Desportes viera personas envenenadas por la carne de ese pescado, que es más peligroso porque es muy delicado.

Muchas personas piensan que el pescado es perjudicial cuando se ha alimentado en bancos cobrizos, pero esta teoría fue reemplazada por la más razonable que atribuye ese efecto al fruto del manzanillo, que crece sobre la orilla y del que se sabe que todo él es un veneno de los más activos.

Quizá deberíamos ocuparnos de experimentos relativos al tiempo del desove; arrojarían luz sobre esa parte todavía rodeada de tinieblas. La prueba de que la prohibición de vender sardinas pálidas durante los seis meses que he indicado no es una prevención suficiente, la tenemos en que después de haberlas comido yo el 14 de febrero de 1779, al día siguiente se me puso el cuerpo todo rojo de una erupción con prurito acompañada de cólicos y vértigos.

Una epidemia que siempre reaparece es la viruela. Nunca olvidaremos los efectos desastrosos que tuvo en el Cap y en sus dependencias en 1772. Fue introducida en esta ciudad por el barco negrero de cuyo naufragio en el puerto del Cap hablé.

Los negros iban cubiertos de pústulas por las calles y el médico del Rey, que había olvidado sin duda o que no sabía que la viruela es contagiosa, aunque varias ordenanzas sucesivas desde el 18 de enero de 1686, la hubiesen catalogado entre

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

las enfermedades cuyo contagio era su deber evitar, no tomó ninguna precaución para evitarlo.

Perecieron 1,200 personas a causa de esta epidemia. Por lo menos sirvió para recordar que hacia 1745 se habían intentado algunos ensayos de vacunación, renovados en 1757 y muchos habitantes de la planicie del Cap entre los que se había propagado la epidemia, usaron esa prevención que el médico Joubert no había cesado de aconsejar en Port-au-Prince en 1769.

Pero hemos visto (página 241) que estaba reservada al señor Warlock una gran parte de la confianza que merece por el continuo éxito obtenido con la vacunación.

Sin embargo, la vacunación no es todavía lo bastante familiar como para que la viruela deje de ser temida. ¡Nadie creería que en el Cap es donde se encuentran la mayor parte de los incrédulos sobre el éxito de este método y donde se oponen con mayor obstinación a la propagación de este!

En junio de 1782 la viruela se manifestó en el Cap e hizo perecer a mucha gente hasta diciembre, cuando comenzó a perder fuerza. Todavía existía, aunque muy debilitada, en marzo de 1783.

Reapareció en 1788 con una fuerza sobrecogedora. Se pretende en vano que esta cruel enfermedad lo es menos en los climas cálidos; allí es siempre lo bastante nefasta para que disminuya el número de los que todavía no la han sufrido; recordemos, como dijo la Condamine, que desfigura y mutila a los que no haya podido destruir. Por otra parte, la vieja rutina de un tratamiento irritante es incluso tan temible como la enfermedad.

Sé por el señor Warlock que lo que se publica de la pretendida prevención a la que da lugar dejar sangrar el cordón umbilical y comprimirlo, es imaginaria. Se ha hecho el experimento varias veces, sobre todo en la parroquia de Dondon en 1781 y no impidió el contagio de la viruela, sea esta natural o bien inoculada.

Es extraño que la viruela no esté precedida, acompañada o seguida muy de cerca por la rubeola, que se teme con razón en Santo Domingo. En diciembre de 1748 y de enero a febrero de 1749, causó muchas pérdidas en toda la Parte del Norte y en septiembre de 1782 hizo morir a un gran número de personas, casi todas adultas por la disentería que la siguió.

Desde hace algunos años es bastante común en el Cap, ver gente atacada por la elefantiasis o mal rojo, ese azote de muchas comarcas de África. Su aspecto repugnante suscita tanto la piedad como el estremecimiento y obliga a los que ven un poco más allá, a reprochar al gobierno una indiferencia culpable y peligrosa.

Debería haber en un lugar cualquiera de la Colonia una leprosería, donde aquellos individuos que todavía son susceptibles de ser curados encontraran los medios necesarios y donde los otros estarían sujetos a un tratamiento conveniente que formaría, con respecto a todos, una reclusión bastante llevadera para no agravar el dolor de su estado y lo suficientemente segura para impedir el contagio de esta enfermedad.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Además en el Cap es raro llegar a una edad avanzada y la lista de octogenarios de cualquier época sería corta; más bien la compondrían negros y mulatos. Es notable el caso de Thomas Bernard, hombre de color de más de 80 años, que tenía en 1787 doce hijos legítimos que aún vivían.

Se cita a la señora Marie Regnard, esposa del señor Cormeau de la Chapelle, notario del Cap, fallecida a los 84 años el 29 de mayo de 1770 y a la señora Marguerite Gigot, esposa del señor de Safrey, marqués de Tournemine, que nació y murió allí el 16 de marzo de 1711 a la edad de 82 años.

Las personas de ambos sexos que llegan a su cincuenta cumpleaños, tienen allí una existencia más completa que en otros sitios, porque no sufren las imperfecciones de los países fríos.

No es necesario creer, como ha dicho Reynal, que la gota,[58] la arenilla en los riñones, la piedra y la apoplejía, nunca hicieron el menor estrago en las Islas. Los tres primeros enfermos son muy conocidos allí y quizá den la razón a aquellos que las consideran enfermedades de la linfa.

En cuanto a la apoplejía, se está bastante protegido por la gran actividad que el calor imprime en la sangre y que, rompiendo las moléculas, las hace pasar más bien al estado inflamatorio que enciende las fiebres de ese nombre y que tiene la violencia y el espesor que causan la apoplejía. Por si fuera poco, se ven además demasiados apopléticos en las Islas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Extranjeros y otras personas notables que visitaron el Cap

Un lugar tan frecuentado como el Cap, adonde llegan cada año tal cantidad de barcos y que es el epicentro de un movimiento tan grande, necesariamente debe haber sido visitada por personas notables. Voy a citar algunos en orden cronológico.

Una flota española que pasaba delante de esta ciudad trajo a tierra, el 27 de julio de 1708, a don Guillermo Morsil, maestre de campo, que iba a tomar posesión de su puesto de presidente de la Parte Española y que iba allí a través de la Parte del Norte de la Colonia francesa, donde pasó una temporada ya que asistió, como dije, a la fiesta patronal de Santa Ana en la parroquia de Limonade.

El padre Charlevoix, jesuita, que venía de Luisiana adonde le había llevado el viaje que hizo por orden del gobierno en septiembre de 1720 para descubrir el mar del oeste, llegó al Cap el 1 de septiembre de 1722 y partió para El Havre el 25 del mismo mes. Es muy verosímil que fuera entonces cuando el padre Le Pers le remitiera sus memorias, que han formado la Historia de Santo Domingo, se detiene en 1723 y que encuentro verdaderamente digna de elogio.

El 7 de noviembre de 1731, don Manuel López Pintádez, jefe de escuadra que estaba a bordo del *Saint-Louis*, de 60 cañones, hizo escala en el Cap con otros cinco barcos españoles que formaban parte de los galeones que volvían a Europa desde

[58] Hijo de un padre que era apoplético y de una madre que se convirtió en gotosa con 52 años, yo mismo soy gotoso y los tres somos criollos. Solo mi familia sería una prueba de que hay mucho que refutarle a Reynal.

México y que estaban maltrechos por un golpe de viento. Se quedó hasta finales de abril. Estos navíos, mientras eran reparados, bajaron a tierra ochenta millones.

A principios de 1741 vimos en el Cap a don Pedro Zorrilla de San Martín, marqués de la Gándara Real y primer lugarteniente de los guardias españoles que ostentaba la presidencia del Santo Domingo español. Fue él quien tuvo ocasión de oír hablar del cierre de las panaderías.

A primeros de febrero de 1744 llegó un príncipe de Mont-Liban, venido desde Marsella a la Martinica y desde esa Isla a Santo Domingo, para implorar la caridad de los fieles y obtener el pago del rescate de su hermano mayor, rehén del pachá de Sidón por un tributo que no había podido pagar.

Vestía a la turca, así como un hombre que le acompañaba y que le servía de intérprete. Fue recibido y alojado por los jesuitas, que lo trataron con grandes miramientos; pero cuando volvió, en marzo de 1751, los Administradores creyeron conveniente impedir la renovación de sus colectas.

Un ilustre viajero, el comodoro Byron, de vuelta del naufragio que había sufrido en su viaje alrededor del mundo, entró en el Cap el 8 de julio de 1745, en la fragata particular *le Lys* armada en Saint-Malo y zarpó el 6 de septiembre en el mismo barco, en un convoy escoltado por una escuadra a las órdenes del señor de l'Etenduère.

En septiembre de 1751 en esta ciudad murió un arzobispo de Nicosia en el momento en que los Administradores exigían que se fuera de la Colonia, que decía haber venido a ver en calidad de viajero que quería instruirse.

Don Manuel de Azlor y Urríes, coronel y presidente de la Parte española, llegó de allí el 20 de febrero de 1766 y se quedó bastante tiempo en la ciudad; el señor de Estaing supo hacerle su estancia muy agradable.

Otro presidente español fue atraído por el importante asunto de las fronteras. Era don José Solano y Bote, caballero de la orden de Santiago y capitán de navío. Llegó el 14 de febrero de 1776; el 8 de abril de 1782 fondeó en su puerto con la escuadra que comandaba en calidad de lugarteniente general y se quedó hasta abril de 1783.

El 21 de febrero del mismo año, el Cap recibió a don Bernardo de Gálvez, lugarteniente general de los ejércitos españoles, que venía a tomar el mando general de las armadas combinadas de Francia y España. Regresó el 8 de mayo de 1783, llevándose la añoranza de todos los que le habían conocido; añoranza que se volvió más profunda en 1786 con la noticia de su muerte; era entonces virrey de México.

Pero el extranjero más célebre que la ciudad de la que hablo tuvo en su seno y del que ya hice mención especial en el capítulo del espectáculo, fue el príncipe Guillermo Enrique, duque de Lancaster, hijo del Rey de Inglaterra, que desembarcó el 5 de abril desde la escuadra del almirante Hood, en la que servía en calidad de guardiamarina y que volvía a encontrar, al término de su asueto de 24 horas, teniendo apenas tiempo de ver esta ciudad, que encontró muy digna de la curiosidad que le había despertado.

El Cap ha sido la patria, la tumba o el lugar de estancia de muchos hombres que poseen títulos para ser citados.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El padre Pierre Boutin, jesuita que había nacido en la Tour-Blanche, en el Périgord francés en 1672. Llegado al Cap en 1705 en calidad de misionero, ocupó sucesivamente los curatos de l'Acul, de Port-de-Paix y del Petit Saint-Louis hasta 1714 en que pasó al del Cap, donde vimos que dirigió la iglesia como párroco y como arquitecto.

Algunas consecuencias de un celo quizá demasiado ardiente, hicieron desear casi enseguida a los Administradores el no ver al padre Boutin a la cabeza de esta parroquia; este se dedicó en especial a la instrucción de los negros. Tenía para esta misión los dos grandes talentos que esta exige: una paciencia que no se cansa de nada y una robusta salud que no se le notaba, sin embargo, por su débil apariencia.

A esa parte del apostolado, el padre Boutin añadía el cuidado espiritual de los marinos, es decir, que cultivaba la sección más trabajosa de la viña santa, pues entonces era necesario ir a la rada, ya que los marineros enfermos estaban recluidos a bordo de los barcos.

El estudio de los numerosos idiomas de África y el de las costumbres de los hombres que viven en esta parte del mundo, era la principal preocupación del padre Boutin, que había llegado a ser tan sencillo e inteligible para todos los negros como también para los blancos más instruidos.

Fue él quien primero introdujo el uso de bautizar a los adultos en dos ocasiones al año: los sábados de Pascua y de Pentecostés; pero cada tarde impartía una instrucción delante de la escalinata que la iglesia tenía entonces. La misa llamada de negros fue instituida también por él.

Vimos el afecto que mostraba a los enfermos al establecer un hospital y qué apego sólido y religioso tenía para con la Colonia, a la que hizo un auténtico regalo con el establecimiento en el Cap de las religiosas de Notre-Dame.

Entregado a una extrema austeridad, el padre Boutin no dejó nunca de gozar de una envidiable salud y su muerte, ocurrida el viernes 21 de diciembre de 1742, solo fue precedida de algunos días de enfermedad.

Esta muerte fue la señal de un duelo universal; los mismos que creían que el celo del piadoso misionero había llegado a veces demasiado lejos, solo vieron la pérdida de sus virtudes y de su influencia sobre las dos clases de hombres que habían experimentado su bendito ascendente.

Todavía hoy no hay nadie que ignore el nombre del padre Boutin y nadie que no lo asocie a la más enorme generosidad. Los habitantes del Cap, en particular, sienten hacia él una gratitud que es el monumento más imperecedero que un hombre pueden dedicar al recuerdo de otro.

El padre Boutin encontró, en medio de una vida llena de ejercicios piadosos y trabajos provechosos, el tiempo de entregarse a los estudios de astronomía; las memorias de Trévoux contienen muchos de los suyos.

El Cap tuvo también como párroco durante algunos años al padre Margat, jesuita que lo había sido antes, durante veinte años, de la parroquia de la Petite-Anse. Este religioso es el autor de una Historia de Tamerlán y de muchas cartas curiosas e interesantes, incluidas en las *Cartas Edificantes*.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En el Cap practicó la medicina durante dieciséis años Jean-Baptiste René Poupée Desportes; fue hasta médico del Rey encargado de los hospitales desde 1740 hasta su muerte, ocurrida en Quartier-Morin el 15 de febrero de 1748 cuando solo tenía 43 años y 5 meses.

El señor Desportes, nacido en Vitré, Bretaña, de una familia que dio muchos médicos, se encargó de justificar la elección que le confió un puesto importante como médico aunque fuera muy joven. El certificado de miembro correspondiente de la Academie des Sciences recompensó sus ensayos en 1738 y lo animaron para el porvenir.

En 1771 en París, se imprimieron 3 volúmenes in-12º de las obras del señor Desportes con el título de *Histoire des Maladies de Saint-Domingue*. Se pueden encontrar un tratado de las plantas usuales de la Colonia; una farmacopea o recuento de las fórmulas de los medicamentos sencillos del país y algunas disertaciones sobre distintos productos coloniales, el análisis de las aguas minerales del Mirebalais, etc. Ya dije, al hablar del padre Le Pers, que sus trabajos botánicos habían pasado al señor Desportes.

Este médico tiene sus partidarios y sus detractores. Unos y otros han abundado demasiado en sus razones y si quizá los primeros consideraban que los conocimientos botánicos y químicos del señor Desportes, que había dejado la metrópoli en 1732, no eran ni podían ser muy profundos, nos extrañaría menos encontrar en sus recetas una profusión contradictoria que no está permitido querer justificar en nuestros días.

Pero el señor Desportes tuvo el mérito de ser el primero en dar algunas ideas sobre la medicina colonial; hizo observaciones locales que no podemos impedir estimar y si su libro no siempre puede servir como guía, pude al menos darnos notas indicativas.

El señor Bourgeois, nacido en la Rochelle en la familia del ministro Bourgeois de Boynes, vivió durante cerca de treinta años en la ciudad del Cap, done fue abogado y primer secretario de la Cámara de Agricultura.

Cuando el señor de Bourgeois regresó a Francia, hizo imprimir en París, en 1773, un poema con el título de *Colomb* en dos partes in-8º; cada una contiene ochenta cantos. La verdad obliga a decir que esta publicación fue una trampa para el amor propio del autor y que el único aporte de esta obra son los materiales para un diccionario de rimas pues son de una gran riqueza.

En 1788 un sobrino del señor de Bourgeois publicó, después de su muerte, una recopilación in-8º con el título de *Voyages intéressants dans différentes Colonies Françaises, Espagnoles et Anglaises, etc.* Es un extracto muy incompleto de rasgos anecdóticos, descripciones y otros detalles.

El señor Hilliard d'Auberteuil, durante su residencia en el Cap, compuso los dos volúmenes in-8º que publicó en París en 1776. Se llamaban *Considérations sur l'Etat présent de la Colonie de Saint-Domingue*. Esta obra escrita con audacia, era solo una parte de un gran trabajo que el señor Hilliard se vio obligado a reducir, porque la *Histoire Politique de deux Indes*, del abate Reynal, proporcionaba detalles inútiles.

El libro el señor Hilliard causó gran sensación en Santo Domingo, donde su distribución fue incluso prohibida. La reputación de crítico que tenía su autor,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

contribuyó en gran manera a proporcionarle lectores y causó muchos hechos que encontrarán su lugar en la historia.

El señor Hilliard se dejó llevar a veces por el deseo de censurar y sus detalles no son siempre de una rigurosa exactitud. El ministro, a quien se habían denunciado el espíritu y algunos fragmentos, nombró al señor Hilliard procurador del Rey en la Isla de Granada.

Pero el espíritu inquieto del señor Hilliard lo devolvió a Francia y vino a morir a Santo Domingo, donde desde hacía dos años trabajaba como solicitador de procesos antiguos y escritor de memorias judiciales que rubricaban con su firma abogados desocupados.

También en el Cap el señor Dubuisson, nacido en París y autor de la tragedia Mirza, hizo la crítica de la obra del señor Hilliard, con el título *Nouvelles Considérations sur Sainte-Domingue, en réponse à celles de M. H. D.* Fue impresa en París en 1780; el autor había seguido al señor Hilliard capítulo a capítulo y en muchos puntos lo alaba por el hecho mismo de no criticarlo.

El señor Rey, criollo del Cap que murió en 1779 como procurador general del Consejo Superior de esta ciudad, escribió sobre el comercio del trigo y colaboró en la redacción de una obra periódica conocida como *le Spectateur Français.*

El señor Weuves el joven, nacido en 1738 en Neufchâtel, Suiza, después de haber estudiado comercio algunos años en París y El Havre, vino a seguirlos al Cap. En 1766 fue a la Parte española y estuvo seis semanas en Samaná.

Convertido en apoderado del señor duque de Bouillon, cuya plantación en Léogane dirigía, volvió a Francia en 1776. Allí, en 1779, oyendo decir a un hombre de Estado que las Colonias resultaban onerosas para la metrópoli, redactó, para combatir esta opinión, un memorándum que remitió al ministro de marina, de cuyas manos recuperó para dársela al señor de Vergennes, que lo quería leer.

Este último resolvió imprimirlo, pero el embajador de España que vio que se criticaba duramente el despotismo español, pidió que la obra fuera retirada. Lo fue, en efecto, con la aprobación del señor Weuves, que estaba entonces de viaje en Londres y que transigió para que no se tocara fondo en los asuntos coloniales.

Esta obra, titulada *Réflexions Historiques et Politiques sur le commerce de France avec les Colonies d'Amérique*, impresa en 1780 por Cellot en París, un volumen in-8°, se hizo para provocar justos elogios hacia el autor, que en este momento vive todavía en París.

El señor Alexander Dubourg, nacido en Caen el 27 de febrero de 1747, murió en el Cap el 9 de diciembre de 1787. Su padre era tapicero y no pudo seguir pagándole los estudios; le hizo aprender matemáticas y diseño y lo envió a Rouen para aprender el comercio de la droguería.

Allí escuchó al célebre Le Cat y se apasionó por el estudio de la naturaleza; pero al no poder hacerlo, se hizo soldado en el regimiento de Périgord, con el que fue a la Martinica.

Se construyó un local para espectáculos en esa Isla y el señor Dubourg se hizo notar por la inteligencia con la que interpretaba algunos papeles. Seducido por los aplausos, el señor Dubourg siguió siendo comediante hasta después de haber sido soldado y vino a ejercer su arte en el Cap.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Una conducta honesta, una apariencia decente y su talento casi natural para el teatro, proporcionaron al señor Dubourg amigos y admiradores; nutrido por la lectura de autores muy buenos, se entregó a unos estudios que mostraba la dulzura de su carácter.

El Círculo de los Filadelfos, que se estaba formando, eligió al señor Dubourg como presidente y este nombramiento honró a sus electores y a quienes le habían escogido. El señor Dubourg, que encontraba en esta nueva sociedad unos goces análogos a sus gustos, se ocupó intensamente de entregar sus primeros trabajos interesantes.

Impartió un curso de botánica y en un país donde todas las manufacturas están alimentadas por el reino vegetal, el señor Dubourg fue escuchado con interés y fruición; se puede decir que sus trabajos proporcionaron al círculo contactos halagüeños y encaminados a levantar el ánimo.

Es desolador que el cultivo de una ciencia que tanto tiene que recoger en Santo Domingo sea penosa por naturaleza, pues es necesario desafiar un clima abrasador para ir a aprender en el gran libro de la naturaleza.

Este celo, del que no carecía el señor Dubourg, le causó la muerte a pesar de su fuerte constitución y su pérdida fue de verdad real para la colonia. Esta tuvo en él la prueba útil de quien no comparte la opinión de los que piensan que la posesión, destinada a ofrecer *in situ* los vicios y los ridículos para que los odiemos y las virtudes para que las amemos, es degradante. Supimos en verdad que son las costumbres de los actores las que los han envilecido y no el empleo de su talento.

No tendría excusa si no trajera a colación a un hombre al que Reynal, Hilliard y la Blancherie pagaron un justo tributo de elogio.

El señor Piasun, de Bayona, capitán negrero, se quedó con uno de los negros que había capturado en el Congo e hizo de él su sirviente. Louis (el nombre del negro), que seguía a su amo en sus viajes, fue colocado por él como aprendiz del oficio de cocinero en Nantes, cuando el señor Piasun dejó la mar. Se dice que este último, viendo que Louis adquiría en Francia una forma de ser que influía en su sumisión, lo volvió a enviar a Santo Domingo concediéndole la libertad.

Louis vino a ejercer su trabajo al Cap, primero como cocinero y después consiguiendo una pensión; como tenía una buena reputación, sobre todo en la pastelería, fue apodado *los aceitosos*.

El señor Piasun se vio obligado a volver, mucho tiempo después a la Colonia, por la pérdida absoluta de su fortuna; no encontró a ninguno de sus antiguos amigos o solo a los tibios. Pero Louis des Roleaux los suplió a todos.

Sabiendo de la llegada de su antiguo amo, lo fue a buscar, lo alojó y lo alimentó; le exigió alejarse de un país donde la comparación con una situación próspera agravaba su pena y le aseguró una pensión.

Hasta la muerte de Louis des Rouleaux, ocurrida en 1774, no solamente le pasó la pensión como si fuera una deuda sagrada, sino que su agradecimiento no dejó escapar ninguna ocasión de añadir regalos a esta, que siempre la sobrepasaban.

Louis des Rouleaux, que había comprado tres casas, gozó durante mucho tiempo del aprecio generalizado y su alabanza estaba en todos los labios. Ningún

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

hombre sensible hubiera querido dejar el Cap sin haber visto a alguien cuyo ejemplo era, a la vez, tan noble y entrañable y que concitaba también la admiración de los desagradecidos.

De su matrimonio con una negra nacieron dos hijos que ya no viven y una hija negra que se casó en el Cap y que vive actualmente en el Cap-Français.

La educación

Cuando acabamos de hablar de hombres instruidos, de hombres que buscaron ser útiles a la Colonia, deploramos verla sin un solo establecimiento adecuado para educar a los niños a los que la fortuna de sus padres no permite enviar a Francia.

En el Cap solo existen más que escuelas donde se enseña a leer, a escribir y la aritmética. Estos conocimientos, sublimes en sí mismos son, lo sé, indispensables y muy valiosos, pero como medios que conduzcan a todos los demás conocimientos, a los de las artes y las ciencias; pierden pues la mayor parte de su utilidad para personas que se quedan, por otra parte, en una profunda ignorancia.

Muchas veces se han proyectado e inclusive formado, pensionados donde además se enseñaban matemáticas, historia, geografía y algunas veces latín y donde se disponía de maestros autorizados.

En este mismo momento, el del señor Dorseuil, que ha seguido creciendo desde 1784 y que cuenta con más de 100 externos y treinta y cinco pensionistas, merece justos elogios por las atenciones con que se encuentran los alumnos y por el orden que ha puesto en la enseñanza, combinando los distintos deberes y los diferentes ejercicios con el amor a la variedad que caracteriza a los jóvenes.

Pero la extrema carencia de todo, en lo que respecta a los pensionados, hace que no puedan ser duraderos. Por otra parte es muy difícil sustituir al jefe del proyecto cuando muere o simplemente cuando se pone enfermo y también reemplazar a un maestro autorizado que se ha encontrado por casualidad y que no contempla como sólido el pensionado en el que trabaja.

Solo hay una institución pública que pueda llenar este importante hueco, porque los sujetos se multiplicarían lo suficiente para que las pérdidas pudieran ser reparadas sobre la marcha o para que el vacío no fuera tan absoluto hasta la llegada de un sustituto de Europa.

Instructores instruidos y fogueados en cuanto a las costumbres, artistas con talento que encontraran al principio en el establecimiento y en los recursos de una gran ciudad con qué forjarse un porvenir, adoptarían Santo Domingo como su nueva patria.

Los mismos criollos, formados en Francia con este propósito, enseguida desplegarían en la Isla el talento que habrían adquirido en Francia y teniendo cuidado con que el precio de la educación fuese módico, pues se repartiría el gasto del establecimiento con toda la Colonia, se haría de ellos colonos y hombres instruidos e interesantes.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Una institución parecida en el Cap y otra en Port-au-Prince, serían suficientes para todas las necesidades. Cuando pienso que las Colonias españolas tienen universidades y nosotros, que nos creemos tan superiores a los españoles, no disponemos más que de escuelas, lo que indica esta época de ignorancia, me aflijo por una vanidad que solo está basada en las riquezas. Para colmo, ¿no significa nada la instrucción para la industria?

Quizá se crea que me contradigo cuando deseo una educación local, después de haber dicho en otra parte que era deseable que los criollos fuesen a buscarla lejos de las ilusiones e influencias de su país.

Soy y seré siempre de esta última opinión; pero no quiero que la impotencia de sostener un gran desembolso haga corromperse en una ignorancia vergonzosa a los seres que, para convertirse en el orgullo de su país, no necesitan sino enseñanza.

Con la instrucción vendría la educación, la urbanidad; las costumbres se pulirían y la imitación del bien nacería; el habitante que pudiera aprender la física, las matemáticas, la agricultura, la botánica y hasta esa lengua que permite conocer tantas obras maestras, será más útil cuando trabaje como fabricante y como jefe de un taller numeroso.

Habría además bastantes colonos ricos que preferirían, aunque solo fuese por orgullo, la educación metropolitana. ¿Y qué es lo que se hace? Quizá los criollos que ya no podrían creerse los corifeos cuando volvieran a encontrarse entre aquellos faltos de luces, se sentirían espoleados ellos mismos para la emulación y se verían obligados a corresponder devolviendo conocimiento.

Un establecimiento parecido, cuyo verdadero complemento sería la Societé des Sciences et Arts del Cap, tendría unas consecuencias que me gusta imaginar y predecir.

Otro punto positivo consistiría en que las mujeres encontrarían muchas ventajas en tener maridos formados y la educación doméstica de los niños mejoraría. Hallaríamos entonces pensionados para los jóvenes, no a precios exorbitantes como el que vi en la calle Espagnole, en el Cap, donde la pensión y los dos maestros costaban 2,800 libras francesas al año, pero donde estos últimos tendrían la ventaja de no ser más costosos que en Francia.

Las institutrices saben la influencia de las virtudes privadas en la vida de una esposa o una madre y esto sería un ejemplo y una lección; nuestras criollas no se contentarían ya con ser bonitas sino que querrían ser más dignas del aprecio universal, lo que las embellecería aún más.

Los alrededores del Cap

Ya es hora de que examine los alrededores de la ciudad del Cap, que es el punto principal del resto de la parroquia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El torrente del Cap

Lo primero que atrae las miradas en esos alrededores, porque está a la vez dentro y fuera de la ciudad, es el torrente del Cap.

Este torrente tiene como verdadero nombre el de Belle Hôtesse, que llevan un gran número de otras corrientes en Santo Domingo. Su curso se halla en la garganta que está por encima de la Providencia de hombres y se halla situado de manera que recibe las aguas de las partes traseras de los picos que lo bordean y que, cortadas ellas mismas por diferentes corrientes o arroyos, proporcionan un gran volumen de agua en la estación de las tormentas, pero más aún durante las lluvias de los vientos del norte.

Este torrente, a partir de la cima de la garganta, se dirige a la ciudad formando, con las calles que van del pico al mar un ángulo de cerca de 33 grados. Al llegar enfrente del hospital de Jasmin, corre paralelo a esas mismas calles hasta que alcanza la altura de la calle Pet-au-Diable, enfrente de la Saint-Michel.

Desde allí, se aleja hacia el norte, de manera que al llegar al final de la calle Marmousets, queda casi cara a cara con la Saint-Pierre; al extremo de la Royale se halla un poco al norte de la calle Conseil y al final de la Morne des Capucins está más o menos enfrente del punto donde desemboca.

De este extremo de la calle Morne des Capucins hasta el mar, tiene un curso bastante recto, si no fuera porque desde la calle Saint-Domingue hasta la Gouvernement, vuelve al sur hasta cerca de 15 toesas hacia esta última calle.

Recorre la ciudad contando desde lo alto de los emplazamientos de encima de la Providencia hasta el mar, con alrededor de 700 toesas. Un arco de bóveda aplastada, demasiado bajo para poder introducir ni la más pequeña piragua, da paso a un canal de 5 toesas de ancho; por ahí las aguas del torrente ganan el mar por debajo de la batería circular.

A medida que la ciudad se ha ido extendiendo, el torrente se ha convertido cada vez más en un estorbo. Cuando no se había construido más que en la orilla y el Cap no se ampliaba al norte de esta corriente; cuando el pico del Cap no estaba tan desnudo y tan expuesto a las degradaciones de las lluvias, las aguas transcurrían sin obstáculos y entonces parecía que el lecho del torrente le era suficiente, pero su estado cambió con el crecimiento del Cap.

Hay personas que pretenden que hacia 1720 se venía con canoas por el torrente a tomar agua de un pozo situado a la altura de la calle Vaudreuil.

Pero escritos de 1719, me prueban que la corriente siempre estaba seca en épocas normales. Otras personas me han asegurado que han pasado en canoa, en 1740, bajo el puente que está entre el arsenal y el almacén del Rey, lo que no pudo haber tenido lugar sino durante las crecidas, puesto que desde su misma construcción no se dejaron más que siete pies de vacío bajo ese puente. Pero es cierto que este vacío no tiene ahora más que dos pies de alto, de lo mucho que se ha elevado el fondo.

Esta diferencia, todavía más acusada en otros puntos, se debe a dos causas. La primera y más poderosa son las tierras y las arenas arrastradas por este mismo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

torrente y por los que vierten sus aguas en él. La segunda, la costumbre adquirida, desde que el vecindario de esta corriente se construyó, de tirar la mayoría de las inmundicias de la ciudad allí, sin que las ordenanzas sobre las normas hayan podido nunca remediar este mal con eficacia, cuyas consecuencias es necesario haber visto para imaginárselas.

Se puede calcular la envergadura del terraplén por el banco que se ha formado fuera de la batería circular, en la desembocadura del torrente; cuando en 1782 se hizo el conducto que lleva el agua a la fuente de la calle Conseil, que atraviesa la Royale, se había elevado más de dos pies por encima de su fondo, mientras que en 1788 estaba totalmente bajo tierra.

No podemos asombrarnos de esta elevación tan rápida cuando la hemos visto crecer varios pies en pocos años; en 1788 era tal, que el cauce del torrente era más alto que el nivel de las calles que le son paralelas.

Los nuevos asentamientos hechos desde hacía poco a lo largo de esta corriente, los desmontes y los terraplenes formados en los terrenos concedidos por la Providencia, la circulación del torrente en una zona de alguna manera plana cuando llega a la ciudad cargado de lo que ha tomado en el pico y luego sus sinuosidades que le dejan tiempo para formar depósitos, todo lo vuelve peligroso y los destrozos de sus crecidas van siempre en aumento.

Antaño, el agua había enfilado las calles Conseil, Saint-Pierre, Saint-Michel, la Providence y Bourbon, es decir, una de esas calles o varias o incluso todas a la vez; pero durante mucho tiempo este agua volvía al torrente por la calle Saint-Domingue. Después siguió estas distintas calles hasta el mar.

El jueves 8 de noviembre de 1781, a las ocho en punto de la tarde, la lluvia empezó a caer torrencialmente y con una fuerza tal, que en menos de veinticinco minutos el torrente se desbordó en las calles Conseil, Saint-Pierre, Saint-Michel y Providence, sobre todo en esta última, donde el agua entró en la mayoría de las casas hasta el extremo de la calle Saint-Laurent hacia el mar.

A las ocho y media había dos pies y medio de agua en la esquina de las calles Royale y Providence. Hubo muebles arrastrados hasta el mar con una rapidez increíble; el azúcar y el café se estropearon en los almacenes, el pavimento se agujereó en muchos puntos y sobre todo en una longitud de 10 toesas de la calle Saint-Laurent entre las de Palais y Saint-Domingue.

Se atribuyó este suceso a la nueva construcción de dos casas en el borde norte de la calle Saint-Michel, por debajo de la Marmousets, en una parte del antiguo cauce del torrente, en el que se pretendía que no se había dejado más que un lecho muy estrecho que sus aguas habían superado.

Como la presencia de una desgracia inspira casi siempre la idea de una precaución, el señor Desforges, ingeniero, propuso el 14 de diciembre siguiente un plan de desvío del torrente a partir de un punto donde recibe a la corriente Douet. Desde ahí mismo, el torrente se arrojaría sobre su orilla izquierda; llegado a la calle Lion, se le conduciría casi al norte y, alcanzando el punto en el que estaría cara a cara con la Fort-aux-Dames, se le traería a la parte trasera del hangar de los mástiles y arribaría al mar hacia el final de la calle Saint-Alexandre.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Este proyecto hacía llegar todas las calles abiertas de sur a norte, desde la Marmousets hasta la Gouvernement, casi tan lejos hacia el norte como la Saint-Alexander; a su vez, las calles Petit-Carénage, desde la Arsenal hasta la Saint-Alexandre, se extenderían al oeste hasta la prolongación de la calle Marmousets.

Se formaría una calle entre la Conseil y la Arsenal, siguiendo la dirección del cauce actual del torrente tomado en su desembocadura.

Por último, este plan proporcionaba cincuenta isletas de más a la ciudad desembarazándola del torrente y le aportaba además un magnífico bulevar formado por una fila de árboles plantados a lo largo de la corriente, que tendría 656 toesas y 100 pies de inclinación.

Según el señor Desforges, este trabajo no debía costar más que 450,000 libras. Sea porque se encontraron obstáculos para su ejecución, sea porque los ánimos se enfriaron como era habitual en la Colonia, las cosas se quedaron como al principio.

El 28 de febrero de 1782, el torrente se desbordó entre las ocho y las nueve de la noche; las aguas derribaron el muro que cierra el emplazamiento del lado norte de la calle Traversière. Subieron hasta los 8 pies, echaron a perder todos los muebles, ahogaron a dos jóvenes negros de la señora Bessière, propietaria de la casa construida en ese lugar y le hicieron correr riesgos a ella misma.

Se acumularon 4 pies de arena y piedras dentro de la casa; un coche fue llevado y destrozado y los caballos, que estaban en el establo, se salvaron rompiendo las puertas.

Un cirujano fue llevado casi hasta el mar; los cadáveres del cementerio de la Providence fueron exhumados y arrastrados; los productos y abastecimientos se estropearon en los almacenes, donde el agua llegó hasta los 4 pies.

A partir del día siguiente fue necesario desmontar el torrente y se emplearon para ello 150 hombres del regimiento del Cap, 50 de artillería y todos los negros de la cadena pública.

Las reparaciones solo fueron provisionales; se pensó que finalmente había que ocuparse seriamente de proteger al Cap de sucesos semejantes y el señor de Rallier, el 11 de junio de 1788, trazó un plan revisado el 17 por el director general de fortificaciones y aprobado el 20 por el comité de administración.

Los dueños de las casas interesados en los trabajos del torrente, se reunieron el 19 de abril y nombraron a dos de ellos como comisarios.

Después de todos los exámenes y todas las discusiones, los Administradores publicaron el 20 de mayo de 1789, una ordenanza que decía que el torrente sería enderezado desde la calle Ours hasta la Morne des Capucins y que su nuevo cauce, excavado a costa del Estado, tendría 15 pies de profundidad.

El refuerzo interior, en el costado de la ciudad, se revestiría con un muro que se elevaría 7 pies por encima del borde, del que el Estado pagaría un tercio y los otros dos tercios correrían a cargo de los propietarios de la zona y los de las casas y emplazamientos del antiguo cauce.

Entre ese muro y la ciudad hay una calle de 18 pies de ancho, que va desde la Ours a la Morne des Capucins. El mantenimiento del muro de revestimiento corre

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a cargo de los propietarios de los emplazamientos adyacentes, cada uno de la delantera de su terreno, lo que tendría que repetirse para el muro de revestimiento que los propietarios del norte pudiesen querer hacer en ese lado.

En cuanto al mantenimiento del cauce del río, a la anchura y a profundidad que creyeron conveniente darle, los ribereños de ambos lados pagan los dos tercios y el otro corre a cargo de los dueños de las casas situadas entre el torrente y las calles Saint-Michel y Saint-Jean.

Solucionando este mantenimiento, no habrá que temer nada más del torrente y tendrá que velar por su seguridad el señor de Rallier, cuyo plan ha aumentado un poco la extensión de la ciudad.

Además a él se deben otras decisiones de esta ordenanza. Hasta 1773, las calles que terminaban en el torrente eran de libre acceso, pero en enero de 1774, el señor Doré, decano de los notarios y propietario de los terrenos al norte de la corriente, enfrente de la calle Saint-Domingue, pidió y obtuvo de los Administradores, el 12 del mismo mes, el permiso para hacer un puente sobre el torrente y cerrarlo con una puerta en la calle de Saint-Domingue.

Los señores Abel y Leclerc, dueños de dos casas que hacían las esquinas noroeste y nordeste de la calle Vaudreuil con la Conseil, pujaron por esa solución, hicieron un portón entre ellas dos y cerraron con una gran puerta el final de la calle Vaudreuil.

Poco después, los propietarios de la parte alta de la calle Conseil y de la parte adyacente de la Royale, pidieron instalar un portón y una puerta en el extremo de esta última y en el lado norte de la primera.

Los Administradores les autorizaron a ello el 6 de diciembre de 1774. Ya tenemos cerradas tres salidas del torrente, aunque en realidad esta última siempre lo estuvo malamente, pues es el paso para ir la vigía, a la plantación de las Religiosas y a la toma de agua de Espaigne y bajo distintos pretextos, siempre la dejaban abierta durante el día.

Imitando esas interrupciones, se cerró con un muro el final de la calle Palais cuando roza con el torrente; se pusieron puentes en el extremo de las Saint-Domingue y Penthièvre, también sobre la corriente y se las cerró con una puerta.

Cuando en 1778 el señor de Vaivre, intendente, vino a vivir al Cap, también se cerró con un muro y una puerta el final de la calle Morne des Capucins, en el extremo de la Conseil.

Nada tan peculiar como la cólera de todos los que no vivían cerca del torrente, ya que se había impedido el acceso a las inmundicias, mientras que aquellos que estaban en su vecindad, tenían una razón mejor fundada, porque todavía quedaban salidas por las cuales se podía entrar.

A decir verdad, en ciertos días y sobre todo en la estación lluviosa, es difícil resistir las exhalaciones que las materias de estercolero esparcen por toda la longitud del torrente, que realmente es una de las letrinas públicas del Cap.

A veces había hasta riñas entre los portadores de inmundicias y los habitantes vecinos del torrente. El Consejo Superior y los Administradores se peleaban por esta repugnante competencia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Por último, la citada ordenanza del 20 de mayo de 1789, ordenó la construcción de cinco puentes de mampostería sobre la corriente, en los puntos en que terminaban las calles Gouvernement, Palais, Morne des Capucins, Vaudreuil y Royale.

El primero estaba a cargo del Estado, que lo mantendría y los otros cuatro a cargo del señor Abel. En cuanto a su mantenimiento, era obligatorio para los propietarios de las casas y de los terrenos contiguos, con la diferencia sin embargo, de que aquellos situados al norte de la ciudad pagarían los dos tercios de ese mantenimiento.

Cada puente debía tener la anchura de la calle y un muro con pretil de 7 pies para impedir que la corriente siguiera siendo un receptáculo de basuras. Cuando se ejecutara ese proyecto, el torrente tendría ocho puentes: el del Arsenal, los cinco que acabo de citar, el de la calle Penthièvre y el de la Saint-Domingue.

El Cap tendría un gran foco de infección menos y no estaríamos ya expuestos a los daños que el torrente causaba demasiado a menudo.

A cerca de 80 toesas al norte de esta corriente y casi enfrente de la calle Lion, está la toma de agua de Espaigne, llamada así por el dueño del terreno, que tiene los edificios de su pequeña plantación casi enfrente y a 25 toesas de la calle Royale.

Esta proximidad hizo incluso creer que la casa era de un ciudadano, pero fue estipulado lo contrario por un decreto del Consejo del Cap del 21 de octubre de 1777.

Permitid que me detenga un instante para pagar un justo tributo a la memoria del señor de Espaigne, quien, limitado en su fortuna y a cargo de una familia numerosa casi toda compuesta por niños gemelos, supo, ayudado por su mujer, darles una educación agradable y provechosa, ofreciendo así un modelo a los padres que quieran poner su placer y su felicidad en formar estimables ciudadanos de los dos sexos.

Después de haber pasado la plantación de Espaigne y yendo al este, hay un gran terreno casi plano que pertenece al señor Abel. Una parte se ha dedicado a huerto y vergel y es muy productivo porque está a las puertas de la ciudad y sus frutos son excelentes.

También se cultivan flores y hemos visto una soberbia palma datilera. El resto está plantado con mijo para forraje, en una zona en que el pico no es todavía más que una pendiente.

En el terreno del señor Abel y enfrente del extremo de la calle Morne des Capucins, había un pequeño lugar de recreo formado a principios de siglo y que subsistió mucho tiempo con el nombre de *la Guinguette*.

Vemos aun todavía, un final de avenida que daba sombra a este lugar campestre. La ordenanza del 20 de mayo de 1789, permitía al señor Abel dividir su terreno en emplazamientos, siguiendo la dirección de las calles.

Entre la Palais y la Saint-Domingue, están los establecimientos del señor Solh, uno de los siete particulares a los que pertenecen las setenta y nueve pequeñas carretas de bueyes que hacen el transporte en la ciudad del Cap.

Es también otro motivo para alabar al padre Boutin, a quien debemos estas primeras carretas de dos ruedas. Apenado porque en un clima tan caluroso los

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

marineros estuvieran obligados de hacer ellos mismos el acarreo desde la orilla al almacén y desde almacén a la orilla, pensó en hacer fabricar estas carretas.

Esta idea tuvo pronto imitadores, ya que es lucrativa. Estos vehículos, que son muy cortos para que puedan girar con facilidad en las calles de 24 pies, están enganchados a un mulo y conducidos por dos negros.

Se les cargaba por medio de un torniquete; pueden llevar dos millares. Se pagan 30 monedas por recorrido desde el mar a la calle Royale y media gorda si se va por encima de esta.

Si se les alquila por un día y cuestan cuatro gordas del amanecer al anochecer, si se exceptúa desde el mediodía hasta las dos en que los negros y los animales guardan reposo. Una carreta de mulas cuesta solo 700 libras.

Después del señor Solh hay un gran cuerpo de edificios alineado a poco más o menos de su extremo oeste, en el lado oriental de la calle Penthièvre. La primera logia de francmasones, formada en el Cap hacia 1748, se reunió allí durante treinta y cinco años.

Principalmente en las Colonias, los motivos para reunirse son muy valiosos y cuando lo que se pretende es congregar a hombres de sentimientos fraternos, de los que nacen a veces actos de beneficencia, deben ser bienvenidos.

No puedo acordarme sin conmoverme, del cuadro que ofrecía esta logia en 1778, cuando los oficiales ingleses eran tratados como hermanos, mientras que la política los había reducido a prisioneros de guerra.

Los francmasones, que no hubieran querido que se les creyera insensibles a los encantos del otro sexo, contribuyeron a los gastos de una brillante fiesta que fue celebrada en ese local el 1 de febrero de 1780.

Esta logia, que lleva el nombre de San Juan de Jerusalén Escocesa y que dirigí durante cuatro años, suspendió sus trabajos hace tiempo y depositó sus archivos en los de la logia de la Verdad.

Precisamente al norte de la logia y en la cima de una ladera de collado que es incluso escarpada en el sudeste, hay varias casas pequeñas cuyo entorno es agradable ya que ese punto domina la ciudad y recibe el efecto de sus brisas.

En uno de esos pequeños pabellones, a los que se va por la calle Saint-Domingue, el señor de Fleurieu y el padre Pingré hicieron en 1769 observaciones astronómicas y donde los señores de Verdun, Borda y Pingré las volvieron a hacer en 1772.

A cerca de 50 toesas al norte nordeste de estos pabellones y en una hondonada está el polvorín, que siempre estuvo en este lugar desde que hubo uno en el Cap; recordamos que en 1750 dio su nombre a una de las calles de Petit-Carénage.

El camino del fuerte Picolet

En el extremo de este barrio hay una pequeña lengua de tierra que acaba a 800 toesas en el fuerte Picolet. La casa que termina el Petit-Carénage y la ciudad, a mano derecha, se llama la *Guinguette*, porque está ocupada desde hace mucho tiempo por un tratante y adonde la gente va a divertirse.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esta casa, situada en el borde de la montaña y a la que se llega por varias terrazas y escaleras que están labradas en el mismo pico, subiendo en sentido sur norte, impresiona por su situación. Cuando se deja y por consiguiente se franquea el límite de la ciudad, llegamos muy cerca, por la parte izquierda del camino, de la plantación Bailly, cuyo apariencia es muy alegre.

Está situada sobre un descansillo que forma el pico en esta zona. Se llega por medio de rampas y escaleras de mampostería que adornan simétricamente cada lado y que engalanan distintas plantas y pequeñas estatuas, que convierten todo este conjunto en verdaderamente pintoresco.

Esta propiedad es una fábrica de cal. La casa principal es bonita, cómoda y agradable; una gran panorámica multiplica sus atributos.

Pasada esta plantación, el camino sube haciendo un semicírculo hacia el este y vuelve enseguida al oeste. Bordea así una batería de morteros que está a 100 toesas, en línea recta, del límite de la ciudad y cerca de la cual hay un árbol que hace que la batería tenga en ese punto su nombre: Gri-Gri.

El camino retoma la dirección norte, bordeando siempre el pico y descendiendo un poco en este lugar. Vamos dejando atrás dos o tres casas pequeñas y un horno de cal a mano derecha y nos encontramos dominando el Fort-aux-Dames, que está a 60 toesas al norte de la punta Gri-Gri, por la que la elevación donde se halla la batería del mismo nombre se termina hacia el mar.

A cerca de 200 toesas de Fort-aux-Dames, avistamos de la misma manera el fuerte Saint-Joseph. A poco más o menos la misma distancia de uno y de otro y del mismo lado, hay otra casa y otro horno de cal; finalmente a 400 toesas del fuerte Saint-Joseph, está el de Picolet, que con su puente levadizo termina el camino.

El camino de Picolet que desde el Petit Carénage es variado ya que se encuentra tanto en pequeños puntos boscosos y en un terreno con desigualdades, como en el sentido de una playa sobre la que vemos romper el mar casi a sus pies, sería un paseo muy agradable y propio para experimentar sensaciones de muchas clases, si no fuera a menudo malsano para los habitantes de la ciudad.

Ubicado al borde de la costa y a todo lo largo del pico, el viento golpea allí con fuerza cuando las brisas son violentas y su acción es capaz de repercutir en la transpiración que ha vuelto abundante el aire caliente de la ciudad.

Hemos observado que las personas que eligen este lugar para venir a relajarse, así como aquellas que van a sentarse al Gri-Gri, son proclives a los catarros y a las incomodidades del mismo tipo.

Es sin duda la misma causa que actúa en los habitantes de la parte norte del Petit-Carénage, que son en su mayoría obreros y tienen más que temer por los despidos. Su cutis es lívido; las mujeres tienen aquí también una tonalidad apagada y los niños padecen casi todos de estreñimiento.

En realidad esta zona no tiene agua y la que le procuran los pozos debe ser una nueva razón para una mala salud. En Picolet se acaba lo que podemos llamar los alrededores del Cap en el lado norte. Paso ahora al lado sur.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La Fossette

El gran camino que hace salir de la zona meridional de la ciudad, está alineado con la calle Espagnole. Desde que se deja esta última tenemos a la derecha la hondonada llamada la Fossette a causa de su configuración y a la izquierda un paseo llamado Villeverd.

La Fossette forma una pequeña plantación que la Compañía de Indias compró cuando, en septiembre de 1720, obtuvo el privilegio exclusivo del comercio con la costa de Guinea y de la trata de negros para Santo Domingo, quitándosela a los extranjeros.

Allí construyó unos almacenes cuyo incendio, en 1723, señaló la revuelta de la Colonia contra los privilegios de esta Compañía. Por el odio que suscitaba, en adelante no se le quiso llamar África a este sitio; se lo habían dado los agentes de la Compañía y se retomó el nombre de la Fossette, como antaño.

En 1759, la Compañía vendió una pequeña parte de este terreno para el cementerio de la ciudad, que también ha conservado, como hemos visto, el nombre de la Fossette. En 1763 la Compañía anunció la venta de esta plantación.

El señor de Clugny, entonces intendente, se apresuró a escribir al ministro que ese terreno era indispensable para el servicio público, tanto para hacer un arsenal como para que acamparan las tropas en tiempos de guerra; también para construir hospitales o para tener siempre cerca de la ciudad un sitio donde pastaran los caballos de un regimiento de caballería o de una compañía de gendarmes y también para reunir un cierto número de animales para la subsistencia de las tropas.

Este lugar que tiene un poco más de 57 cuadrados, casi todos en terreno llano, estaba entonces cultivado por 34 negros, que el señor de Clugny presentaba como muy útiles en los trabajos de los almacenes y los hospitales, lo que ahorraría el enorme gasto de contratar jornaleros.

70 u 80,000 libras serían suficientes para comprarlo. Su carta, escrita el 19 de diciembre de 1763, no produjo ningún efecto y la Fossette fue comprada en 1766 por el señor Ducasse.

Lo que el señor de Clugny había dicho, fue en gran parte verdad. Cuando los escuadrones de los regimientos de dragones de Condé y de Belzunce llegaron al Cap, fue necesario construir en la Fossette unos establos para sus caballos.

Cuando en 1781 se organizaron operaciones militares que indicaban ataques a las islas enemigas y se creyó que se deberían preparar hospitales, se situaron en la Fossette. Fue necesario pagar estos gastos y los desembolsos que hubo que hacer para llevar allí el agua necesaria para los hospitales. Seguro que si la compra se hubiera hecho en 1764, hubiera sido un ahorro; sin embargo se hizo en 1788 por una suma de 240,000 libras.

La hondonada llamada la Fossette puede tener cerca de 300 toesas de este a oeste, desde el seto que bordea el camino hasta el pico, con una anchura desigual que se va estrechando y que se puede calcular en 150 toesas de anchura media.

Allí se cultivan algunos víveres y mijo para el forraje. El pico la bordea en sus tres vertientes, norte, oeste y sur. A 150 toesas del camino se hicieron las construcciones destinadas a ser el hospital.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Consistían en ocho cuerpos de edificios de madera en la planta baja, de 100 pies de largo cada uno, formando dos filas en cada lado de este a oeste. Se les puede ver todavía en el plano del Cap.

De sus ocho edificios no quedan más que seis, a saber: los cuatro del lado norte y solamente dos al sur. Los otros dos fueron llevados a otra parte; hay uno que se puso al final de la calle Saint-Alexandre en el Petit-Carénage. Se había proyectado una fuente en el centro de las ocho casas.

Como los inconvenientes que resultan de la venta de negros africanos a bordo de los navíos que los transportan se habían multiplicado grandemente, en 1783 redacté un memorándum, que fue firmado por gran número de los habitantes de las parroquias de la dependencia del Cap, señalando los edificios levantados en la Fossette como un bazar cómodo y apto para salvar a los negros de los muchos males que afligen a la humanidad.

Los Administradores no se atrevieron a tomar esta medida cuya justicia les impactaba; mi memorándum fue enviado al ministro. Las Cámaras de Comercio fueron advertidas y sus peticiones o la marcha temerosa del gobierno, que no supo ser firme sobre esto, lo convirtieron en algo inútil.

Sin embargo esta semilla había fructificado y los mismos Administradores aprovecharon una ocasión favorable para hacer una parte de lo que yo esperaba. El 24 de mayo de 1784, cuando todavía estaba viva la impresión de la visita a los siete almacenes negreros, prohibieron volver a depositar nuevos negros en la ciudad y autorizaron a llevarlos a los edificios construidos en la Fossette, pagando al tesoro 24 libras por cada negro cuando se hiciera la venta.

Pero los capitanes encontraron incómoda esta disposición, ya que los negros enfermos no se podían curar allí y en cuanto a los sanos, temieron que se les obligara a venderlos en tierra.

Esta ordenanza no tuvo pues efecto en este respecto; pero por lo menos tuvo como consecuencia el establecimiento del hospital del señor Durand, del que he hablado.

A cerca de 140 toesas de la calle Espagnole hay un cerro muy pequeño en cuyo centro y al borde del camino de la Fossette hay una cruz. Al lado de esta corre el agua traída del pico en 1782, que es una de las mejores del Cap y abastece ahora la fuente de la plaza Royale, que es tan útil a toda esta parte de la ciudad.

La Fossette tiene una reputación muy siniestra; este lugar es según un prejuicio tan cruel como arraigado, es adonde van todos aquellos que quieren vengar ofensas reales o imaginarias.

La soledad del sitio donde pequeñas sinuosidades ponen al abrigo de todas las miradas; la facilidad para llegar allí desde la ciudad incluso con el pretexto de pasear y la vecindad del hospital, todo le hace merecer esta funesta preferencia.

No hay un año en que esta zona no se riegue con sangre humana y en tiempos de guerra, en que las tropas son numerosas, está continuamente ensangrentada. Parece que el clima no es lo bastante fatal y necesitamos ampliar sus influencias.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En la sabana de la Fossette los negros bailan también las tardes de los domingos y fiestas, de manera que es un escenario de furor y de placer.

En esta sabana maniobran las tropas y sobre todo se hacen ejercicios con armas de fuego.

Todavía en 1780, el terreno que está a la izquierda del camino que bordea por un lado el seto vivo de la plantación de la Fossette era una cloaca, una verdadera ciénaga donde penetraba el agua del mar y la del río Haut-du-Cap y donde los dos ríos que corren por la longitud de la sabana de la Fossette durante las lluvias, vienen también a mezclar sus aguas.

Esta ciénaga, sobre todo a 200 toesas de la ciudad y por una desviación del río, forzaba al camino a entrar al oeste para bordear luego una lengua de tierra muy estrecha y después los lados norte y este de una pequeña punta de montaña, cuya extremidad es más oriental que la calle Royale.

A la infección de esas aguas corruptas, se mezclaba la de las inmundicias de la ciudad que transportan los volquetes empleados en su limpieza, la de los despojos de los animales que se sacrificaban en la carnicería, situada en 1778 en la orilla del río y la de los animales muertos, que no siempre se tomaban la molestia de enterrar; de modo que el paso por este lugar era insoportable y la brisa de la tarde y los vientos de la Parte del Sur hacían llegar a la ciudad todas estas emanaciones.

El camino, que hacía giros para tener un suelo menos acuático, se estropeaba fácilmente y durante las lluvias se convertía en un cenagal casi impracticable. En una palabra, nunca una ciudad tuvo un acceso más repelente, sobre todo cuando se añadía además a esa sensación la ornamentación de la puerta del cementerio.

El señor Ducasse, que había comprado la plantación de la Fossette, solicitó al ministro la concesión de todo el espacio entre esta propiedad y el río, formando lo que se llama en las Islas los cincuenta pasos del Rey;[59] pero los Administradores, consultados por el ministro, dijeron que esos cincuenta pasos contenían zonas indispensables para el arrendatario de las carnicerías y servían para que pastaran los animales dos o tres días antes de su sacrificio; que además, la orilla de este terreno en el río servía para carenar los barcos pequeños y las barcas de los pescadores.

El señor Sourbier fue más afortunado, pues desde el 17 de abril de 1764, los Administradores le habían concedido los 50 pasos, pero el aviso de los Administradores en 1768 probó que no los había explotado.

Sin embargo se tuvo la peregrina idea de situar las Providencias en este lugar y con ese ánimo, el 8 de noviembre de 1771, se les concedieron los cincuenta pasos del Rey, limitados al norte por las zanjas de la ciudad (la zanja que estaba en la parte delantera del antiguo frente de las fortificaciones), al sur por los religiosos de la Caridad, al este por el río y al oeste por los terrenos Ducasse, pero con la obligación de abrir un gran camino siguiendo la calle Royale y plantar árboles en ambos lados.

[59] Es decir, un intervalo de 175 pies medidos a partir del punto hasta el que sube la marea más alta y que está reservado, fuera de las ciudades y los pueblos, en todas las Antillas francesas, al uso público.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esta concesión repetía las palabras de hecha al señor Sourbier, que había donado sus derechos a las Providencias el 24 de octubre anterior.

Una ordenanza de los Administradores del 5 de noviembre, ordenaba incluso el traslado de las Providencias; pero este proyecto que no puedo impedir tachar de insensato, fue abandonado tan pronto como se ideó.

El paseo Villeverd

Desde julio hasta noviembre de 1780, se ocuparon de retomar el plan de la zona y de hacer distintos proyectos que se decretaron al fin.

Por la ordenanza del 1 de diciembre, los señores de Reynaud y le Brasseur concedieron al señor Artaud, contratista del Rey, la concesión de los terrenos de los que hablé, evaluados en 100,280 libras, con la obligación de hacer, en un año, un camino yendo en línea recta desde la calle Espagnole hasta el pie del pico del hospital, de derribar y recoger, desde la calle Espagnole hasta la Anjou, todas las tierras que quedaran de la antigua trinchera y de construir un cuerpo de guardia en la calle Royale, todo ello presupuestado en 104,885 libras.

Además, debía también poner, a su costa, la puerta del cementerio en su esquina nordeste, para poder gozar del terreno que está entre ese camposanto y el alineamiento de la calle Espagnole.

El camino fue hecho y es hermoso, bien curvado en su centro, con una fosa de canalización en cada lado y a través de él, desde la puerta del gobierno, podemos ver hasta el pico del hospital. Su anchura es de 60 pies y su longitud de 380 toesas desde las últimas casas de la calle Espagnole.

No era suficiente para las aspiraciones de ambos Administradores. Además se ocuparon de hacer orlar este camino con una avenida de árboles y también debía contar con una de palmeras de 300 toesas de largo por 50 pies de ancho, que formaría un paseo.

La parte izquierda del camino se destinó a hacer otro paseo por medio de una magnífica avenida de 400 toesas de largo y 36 pies de ancho, correspondiente a la calle Royale, que tendría una acera de 30 pies en cada lado y una longitud de cerca de 120 toesas y una plantación de árboles al tresbolillo entre la avenida y el gran camino al oeste.

El camino tuvo árboles, se plantó al tresbolillo y la avenida conduce solo a 200 toesas de distancia, pues el terreno en este lugar fue más difícil de llenar de lo que se había pensado.

Así, el celo bienhechor de ambos jefes convirtió en un lugar agradable y salubre una fuente de enfermedades y una causa de destrucción. De este modo vimos nacer el paseo Villeverd, nombre tomado del señor de Reynaud de Villeverd, que fue uno de sus creadores.

Haciendo estos saludables trabajos formaron la hermosa calle Pont, que tiene 60 pies de ancho y en cuyo borde sur empieza el tresbolillo. Lo cierran barreras de madera y se entra por torniquetes.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Todos los trabajos del paseo y de la calle de Pont costaron 120 o 130,000 libras, tomadas de la caja de las libertades.

Esta obra sufrió sin embargo algunos cambios que la privaron, hasta cierto punto, del carácter público que los señores de Reynaud y le Brasseur le habían dado a su casi totalidad.

Habían hecho concesiones, pero siempre a costa de algunas construcciones que tenían como objetivo el público, como en el caso de un vasto emplazamiento, con la condición de poner un café y un lugar idóneo para celebrar fiestas públicas.

Pero una sentencia del Tribunal de Tierras del 10 de noviembre de 1781, reunió al sector público todo lo que había podido ser concedido con anterioridad. Vuelvo sobre los cambios que se hicieron.

Se deben a la complaciente amistad del señor de Bellecombe, gobernador general, para con el señor Artaud, contratista del Rey que obtuvo, por ordenanza de este Administrador y el señor de Bongars, intendente, con fecha de 16 de octubre de 1783, el disfrute durante veinte años del terreno no empleado en el paseo entre el camino y el río, salvo un punto destinado entonces a los lavaderos públicos.

Había apoyado su petición sobre las pérdidas que le hacía sufrir la dispersión de sus materiales y sobre la necesidad de una gran cantera para los trabajos del Rey que emprendía.

Obtuvo además el permiso de transportar a otra parte la casa que había sido construida cerca del camino para el guardián del paseo y de plantar mijo, hierba de Guinea y otros herbajes en el espacio que hay entre el paseo y el camino de construir hangares y otros edificios para sus materiales y sus canteras.

Las obligaciones del señor Artaud, propuestas por él mismo, eran dejar en ese terreno, cuando los veinte años de disfrute expiraran, aquellos edificios que fueran útiles al servicio público mediante el precio que los árbitros convenidos fijaran; mantener a su costa el alojamiento del guardián y los árboles de todo el paseo; tener el paseo cercado y al abrigo de los daños de los animales, no impedir que se abarcara de un vistazo; donar un camino para ir a la carnicería por el paseo y otro al este, hacia el río, para llevar por allí a los animales.

El señor Artaud dispuso en efecto las cosas a su conveniencia. Vemos pues a los dos lados de la avenida del paseo, primero hermosos huertos y grandes zonas dedicadas al mijo y a la hierba de Guinea y hay que confesar que el verdor aumenta lo agradable que es este sitio.

El alojamiento del guardián del paseo se ha convertido al mismo tiempo en el del jardinero del señor Artaud, que encontró los dos puestos muy compatibles.

El cultivo de este lugar es tanto más provechoso para él por cuanto el suelo ha sido el de las aguas podridas y el del amontonamiento de basuras y es extremadamente productivo por naturaleza; esta fecundidad se mantiene con un riego fácil, pues una parte del agua de la Fossette que no va a la fuente de la plaza Royale, se lleva a este terreno por medio del primero de los tres radiales del gran camino, a los que corresponden tres puentes de la avenida.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Por debajo del paseo, el señor Artaud ha construido vastos cobertizos para sus materiales y para alojar a centenares de sus obreros negros. Ha extendido para ello, los terraplenes de esta parte y saneado de paso este cantón.

Es enojoso únicamente que esas construcciones impidan que desde el paseo se divise el río y lo que se encuentra en su orilla derecha. En el extremo sudeste de este terreno y de la calle Pont, hay también varias casas y la calle Anjou se encuentra incluso a punto de tener ya una prolongación al sur de la Pont.

El borde del río siempre se reservó para el carenero de los pescadores hasta el reencuentro del primer río en el que se halla el primer radial del camino.

Hacia ese punto hay un corral de corderos y cerdos que la policía ha expulsado recientemente de la ciudad por ser nocivo para su salubridad y que los Administradores del Cap permitieron poner en este lugar sin que se pudiera construir ningún edificio.

Hay que rendir aquí este homenaje al juez del Cap, que había prohibido tener animales en la ciudad y en particular desde el 2 de abril de 1740.

Pero después, los altos intereses habían permitido a los negociantes de corderos, cerdos y cabras tener estos animales vivos en corrales en el centro de la ciudad, a condición, decían las ordenanzas que les autorizaban a ello, sobre todo una de los Administradores del 28 de julio de 1766, de cerrar los mismos, limpiarlos cada día y quitar el estiércol, como si estas precauciones fueran suficientes y seguras. Esta zona también ha proporcionado un terraplén.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La carnicería

Por último se situó la carnicería en la margen del río, a 140 toesas del lado sur de la calle Pont llevada a este punto en 1778, pues su emplazamiento en la calle Rohan era poco conveniente en lo que se refiere a las tropas alojadas al final de la calle Dauphine o del Bac.

Esta carnicería, que pertenece al Estado, es un edificio de madera de 150 pies de largo por 30 de ancho construido para ese cometido, que también ha alejado de la ciudad causas de putrefacción y proporcionado el agua tan necesaria en un matadero, sobre todo en un clima cálido.

Se va a ella a través del borde del río por la calle Anjou, según una ordenanza de los jefes del 9 de junio de 1787 y también por un camino que ha hecho el señor Artaud, que empieza en la avenida a cerca de 20 toesas al norte del segundo puente.

Después de la carnicería, yendo al sur, el suelo es pantanoso pues no está tan elevado como para impedir que las mareas entren. Ya he dicho que esta razón había hecho detenerse el paseo en el tercer torrente, donde está el tercer radial del camino y el tercer puente de la avenida.

Desde este último puente hay una pequeña calzada que va a reunirse con el gran camino, formando con él un ángulo de 45 grados a partir del punto en que se unen y a lo largo del camino al oeste hay varias casas bonitas de reciente construcción; la primera se encuentra a cerca de 250 toesas de la calle Espagnole.

A 100 toesas más lejos, pero al este del camino, hay una pequeña hondonada que antaño a poco que lloviera era un cenagal, se le concedió a la Societé des Sciences et Arts, cuyo disfrute se cedió a uno de sus miembros a condición de levantar construcciones y desecar el camino. Vemos allí una casa rodeada de jardines.

Esos cambios, efectuados en su totalidad en menos de nueve años, convirtieron un vasto campo de infecciones, cuyo aspecto apenaba a los habitantes del Cap, en un lugar agradable y ameno.

Pequeños jardines reemplazaron a las lagunas y las plantas útiles, las legumbres suculentas, tomaron el lugar de los manglares. Cualquier ciudadano paga con gozo un tributo de reconocimiento a los jefes cuyas obras bienhechoras dieron lugar a tan excelentes resultados; a aquellos que tuvieron la dicha de realizar muchas cosas ventajosas que se planearon antes que ellos y que prefirieron ejecutarlas a hacer caso a la rastrera envidia que se enorgullece de no adoptar lo que otro ha imaginado.

A partir del 4 de julio de 1764, los Administradores crearon una lotería sometida a la inspección de los oficiales de la senescalía y de cuyo beneficio había que descontar un 15 por ciento destinado a embellecer el Cap.

Pero se reservaba a los señores de Reynaud y le Brasseur el acometer lo que se había deseado en vano desde hacía mucho tiempo.

Al final de la concesión de la Societé des Sciences et Arts, que el camino dirigido hacia el pequeño pico del hospital, que parece que tenemos que subir y en el que hay una batería, se gira bruscamente al este para seguir la propia forma del pico y luego vamos hacia el sur.

La mano izquierda de este camino se encuentra allí, como ya observé, muy poco distante del borde del río. El intervalo está anegado, pero hay que esperar que las inmundicias de la ciudad, que sabemos que siempre llevan los volquetes al sur del paseo, acabaran por elevar bastante el terreno para que pueda contener el agua del río en su cauce.

Casi enseguida de haber pasado ese pequeño pico y en el borde del camino a la izquierda, hay una calzada que forma el embarcadero del hospital, al que el río sirve como medio de transporte.

Esta calzada indica por ella misma que el terreno que le es contiguo es pantanoso. Desde allí, el camino bordea, un instante, las partes elevadas e incultas, pues se llega al punto en la derecha del cual está el hospital, que exige, al decir de muchos informes, un examen detallado.

El hospital de los religiosos de la Caridad

Hasta hace cerca de setenta años, después de que se vieran a los primeros franceses disputar el territorio a los españoles, no hubo aquí hospitales. Ningún factor fue tan poderoso para hacerlos como los desastrosos efectos de la enfermedad de Siam.

Sin embargo anteriormente ya se había pensado en ello, pues el ministro encareció al señor Ducasse, el 27 de agosto de 1692, a establecer uno para socorrer a los pobres, a los heridos y a los huérfanos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Entonces se le permitió incluso gastar hasta 6,000 libras de los impuestos del navío *l'Emporté* y de lo que quedaba de los bienes confiscados a los hugonotes, a los que hubiera sido más justo todavía restituírselos y curar así una de las heridas más profundas que Francia haya tenido nunca.

En 1694 se concedieron además 3,240 libras a los religiosos de la Caridad que debían venir a la Isla para establecer un hospital, que se sacaron de una partida del dinero asignada a dos párrocos de la Tortuga; no los había habido desde 1687 a 1692.

El provincial de los hermanos de la Caridad se había escudado en la guerra para no enviar feligreses; pero en diciembre de 1697, el ministro, que vio que este impedimento había desaparecido, le indicó que eligiera cuatro para fundar dos hospitales en el Cap y en Léogane.

Al mismo tiempo escribió al señor Ducasse para que apremiara esta fundación, que volvía aún más necesaria el envío de soldados para completar las compañías; le recomendó instar a los habitantes a que lo ayudaran con algunos de sus negros y a convertir, en provecho del hospital, los castigos que pudieran merecer en multas pecuniarias que pagarían los habitantes.

Él mismo prometía animar a los que debían proporcionar negros a los filibusteros, a pagar su parte de la toma de Cartagena y a donar algunos negros como limosna a esos hospitales, que debían quedarse con el sueldo y la ración del soldado enfermo.

En 1698, partieron el barco *le Faucon* y la urca *la Gloutonne* llevando a los religiosos de la Caridad, a cuyo superior había concedido el Rey 8,000 libras de gratificación para ayudarlos en su cometido, además de los instrumentos quirúrgicos, las tejas, los ladrillos y las planchas para ambos hospitales, el del Cap y el de Léogane.

Llegaron al Cap el 18 de abril y el señor Vimont de Saint-Aubin, comandante de *la Gloutonne*, hizo desembarcar todo lo que estaba destinado al hospital de ese lugar.

Este hospital se instaló provisionalmente en el almacén del Rey, que estaba en la plaza de Armas, donde se colocaron cuarenta camas. Fue abierto el 1 de agosto de 1698.

El señor Ducasse escribió al ministro que era necesario doblar el número de camas, pues además de haber visto a dos enfermos en el mismo lecho, todavía quedaban otros en el suelo; pero el ministro, olvidando que había destinado el hospital a los pobres y a los recién llegados, como soldados y marineros, se escandalizó por el gasto.

El señor Ducasse insistió y fue entonces cuando el ministro escribió, el 8 de abril de 1699, que era necesario que los recién llegados trabajasen después de su curación en beneficio del hospital, para indemnizarlo por sus tratamientos.

Que si este recurso, unido al pago por los soldados y marineros y algunas retribuciones que trataría que se hicieran al hospital no fuera suficiente para mantenerlo, no habría otro remedio que reenviar a los padres de la Caridad y renunciar al hospital.

Esta extraña decisión se quedó sin efecto y se buscaron todos los medios para consolidar un establecimiento tan útil.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Desde 1698 en consecuencia, el señor Ducasse compró la plantación donde está este hospital, siete negros, ocho comprometidos y ochenta cabezas de ganado; el hospital fue trasladado allí en 1699.

Le donó todo lo que su cargo le permitía disponer y convenció a los jueces para que pusieran multas; en una palabra, este jefe no descuidó nada para favorecer lo que se había fundado realmente gracias a su celo.

El Rey concedió poco después 3,040 libras al año a este hospital y 2,000 libras suplementarias a pagar en Francia a los religiosos de la Caridad, con el visto bueno del intendente que, desde el señor Deslandes que fue el primero al que vimos en ese puesto en Santo Domingo, aunque con el sencillo título de ordenante, siempre tuvo a su cargo la administración general de los hospitales.

El hospital, levantado en el terreno del que hablo en este momento, solo se componía, al igual que el alojamiento de los hermanos, de unas especies de chozas para negros y en diciembre de 1706 no albergaba más que dieciocho camas.

Sin embargo, el hospital disponía de recursos suficientes como para comprar la mitad de la plantación de caña que todavía hoy le pertenece, en la parroquia de la Petite-Anse y en la que había cerca de sesenta negros.

En 1706 esa mitad fue arrendada por 7,000 libras al año al socio de los padres. Es verdad que quedaba una deuda de cerca de 10,000 libras por esta adquisición. Además había quince negros asignados al propio hospital o a sus dependencias y en el número de estas últimas se hallaba un jardín cuya utilidad ya se había hecho notar.

En 1709 comenzaron las construcciones y hasta el Rey concedió 1,000 libras, sobre lo que dejó la misión de los Capuchinos, para ayudar a este proyecto. El hospital empezó pues a tener un aspecto adecuado para su cometido.

Pero se empezó también a reprochar a los religiosos, con razón, de que no siempre daban libre acceso a los pobres, cuya admisión es un asunto tan antiguo como el proyecto del hospital. Esta circunstancia fue la que decidió al padre Boutin, párroco del Cap a rehabilitar, como ya dije, un antiguo hospital de pobres, que fue criticado y suprimido por los Administradores el 13 de agosto de 1717.

Estos, en septiembre del año siguiente, también pusieron fin a un gran abuso que consistía en no proporcionar auxilios espirituales a los marineros enfermos en la rada, ya que los recluían a bordo; ordenaron llevarlos al hospital cuando en un barco hubiera más de tres enfermos.

En 1739, había treinta y cinco camas en el hospital del Cap y el hermano Martial Dougnon, que era entonces el superior y quería conseguir nuevos recursos, solicitó y obtuvo del Consejo del Cap, el 6 de febrero de 1719, el permiso para tener un cepillo en las iglesias del distrito y para hacer colectas a sus puertas; ellos recibirían a los pobres, como había dicho el padre Boutin, cuya opinión había tenido en cuenta el Consejo.

En consecuencia, esa Corte decidió también que la mitad de las donaciones y los legados que se hicieran a los pobres pertenecería al hospital.

En marzo del mismo año de 1719, fueron concedidas las cartas de patente a perpetuidad al establecimiento de los religiosos de la Caridad en ambos hospitales del

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Cap y de Léogane para ejercer la hospitalidad en los enfermos pobres y heridos del sexo masculino, tratarlos, vendarlos, medicarlos y practicarles todas las operaciones de cirugía necesarias para su entera y perfecta curación.

Les autorizaba a administrarles los sacramentos, a celebrar el oficio divino, a enterrar a los muertos con ministros seculares o regulares, bien de su propia orden o de otras de su elección, a hacer sus demás funciones bajo la autoridad y obediencia del provincial y vicario general de su orden en Francia siguiendo a su instituto, bulas, reglas, constituciones, reglamentos y privilegios tal y como se hace en sus otras casas, conventos y hospitales de esa orden en todo el reino.

Por consiguiente, el Rey les hizo donación de las iglesias, conventos y hospitales del Cap y Léogane, edificios, terrenos, plantaciones, manufacturas, negros, muebles, utensilios y en general de todos los bienes de estos hospitales y los mantiene en su posesión y disfrute.

El provincial tiene, por esas cartas de patente, el derecho a cambiar a los superiores a voluntad y el Rey toma esos hospitales y todo lo que de ellos depende bajo su salvaguarda especial, lo que ha dado lugar a la inscripción: *bajo la protección del Rey* colocada encima de su entrada principal y a la que estos religiosos a veces han concedido una fuerza expresiva tal, que pretendieron que un acreedor no podía ser detenido en su recinto y que cualquiera gozaba de un derecho inviolable de asilo.

Se permitía a ambos hospitales sacrificar animales para su consumo personal, poner las armas de Francia sobre sus puertas y otros lugares a la vista, adquirir muebles e inmuebles y recibir donaciones y legados, tomando para el futuro cartas de amortización.

Además les está permitido hacer colectas en todas las iglesias y tener cepillos en ellas; las cartas de patente les concedieron la dispensa, tanto a ellos como a sus sirvientes blancos y negros que trabajaran en estos hospitales, de las guardias, trabajos públicos, impuestos para ellos y para cincuenta sirvientes asignados al cultivo de sus plantaciones, con la facultad de hacer llegar desde Francia, exentos de los derechos de salida del reino y de entrada en la Isla, los comestibles, medicamentos, telas, tejidos, muebles, utensilios y mercancías necesarias para ellos, sus enfermos y sus servidores. El pasaje de los religiosos era gratis.

Además encontramos en las cartas de patente que el superior está obligado a presentar la cuenta anual de los ingresos y gastos al intendente cada vez que este se lo exija y que rendirá cuentas cada año al ministerio de estado de esos hospitales y de su administración, así como el resumen de la producción de las plantaciones.

El padre Martial, enardecido por tanto éxito y tal vez deseando mostrar también al padre Boutin que se acordaba de la observación de 1719, solicitó además al Consejo del Cap que los bienes destinados por este jesuita para el establecimiento de las religiosas, fuesen adjudicados al hospital, ya que esos bienes pertenecían a los pobres, pero esta petición fue rechazada por el decreto del 22 de septiembre de 1721.

En 1732 nuevas cartas de patente confirmaron el establecimiento de los hospitales coloniales y los de Santo Domingo necesitaban crecer cada día.

Sin embargo en ese año, por una ordenanza del 9 de agosto, el señor Duclos, intendente, consciente del problema de transportar a los soldados enfermos desde

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

las guarniciones a los dos únicos hospitales del Cap y Léogane, traslado que causaba la muerte de la mayoría de esos enfermos, instó a fundar un hospital particular en Fort-Dauphin, en Port-de-Paix, en Petit-Goave y en Saint-Louis, en los cuarteles de estos distintos lugares y en Saint-Marc, donde no había ninguno, en una casa que se alquilaría.

Estos hospitales fueron confiados a los cuidados de los médicos del Rey en los sitios en que los hubiera y a los de los cirujanos mayores en los otros.

Lo que no me cabe en la cabeza es que Poupée Desportes dijera que en ese año de 1732 no tenía más que veinte camas en el hospital del Cap, número que aumentó a poco más o menos cien, de donde sacaron que este médico era la causa de esa rápida profesión.

Sostengo que desde 1719 había veinticinco camas, que se ocuparon entonces de doblar; cuando se sabe que esto ocurre en las Colonias y sobre todo cuánta era en esa época la influencia de un médico del Rey en el aumento de los gastos de un hospital, nos convencemos de que el celo del médico Desportes no tuvo todo el éxito que se le atribuye.

La verdad es que ese celo fue muy secundado por Larnage y Maillart; y los religiosos de la Caridad habían terminado en 1737 una nueva sala de mampostería de 200 pies de largo; para prolongarla en 100 pies más, esos dos Administradores les adelantaron, del tesoro, 20,000 libras el 22 de enero de 1738.

El 1 de agosto de 1739, esos dos Administradores probaron que sus medidas benefactoras se extendían por todas partes, al ordenar que fueran tratados los oficiales, soldados y marineros, hasta los de los barcos mercantes, en los hospitales del Cap y Léogane y estableciendo en cada uno de ellos a cuatro cirujanos mozos alimentados por los religiosos.

El médico del Rey en Léogane, por la misma ordenanza de 1739, fue obligado a hacer la visita diariamente y el del Cap solamente cuatro veces (porque el hospital estaba lejos de la ciudad), desde el 1 de junio hasta el 1 de octubre, que era la estación de las enfermedades contagiosas y dos o tres veces el resto del año, dando cuenta, el uno a ambos jefes principales y el otro a sus representantes en el Cap, de la cantidad de enfermos y de la naturaleza de las enfermedades.

Un oficial de cada una de las dos guarniciones estaba obligado a hacer la visita al hospital y el mayor o el ayudante mayor de la plaza, dos veces a la semana e informar al comandante.

Por último, para alentar todavía más a los cuatro cirujanos mozos, la ordenanza concedía 500 libras a cada uno de ellos, sacadas de las multas, hasta que fueran situados en la Isla por los médicos del Rey.

Ciertamente, los autores de tantas buenas disposiciones bien pueden merecer pasar sobre Poupée Desportes quien, en sus visitas de consulta, no podía sino dirigir de un modo más seguro lo que los jefes encontraban ventajoso; ellos a los que entonces no escapaba defender ante el ministro que era justo que el médico del Rey tuviera un sueldo, que le fue concedido en 1740 y fijado en 2,400 libras, monto que heredaron sus sucesores, a pesar de la enorme diferencia de valor de esta suma en las dos épocas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En 1751 se quiso añadir otra sala al hospital del Cap, pero solo se comenzó y no fue terminada hasta 1756.

Por la ordenanza del Rey del 24 de marzo de 1763, se declaró que el hospital del Cap sería para los soldados, oficiales y la marina y que se le asignaría un médico y un cirujano del Rey.

Esta ordenanza supeditaba aún más a los hospitales militares de la Colonia a los reglamentos hechos para los de las tropas en Francia y a la inspección del médico del Rey y del cirujano mayor.

Desde la llegada de las tropas venidas de Francia con el señor de Belzunce, se hicieron acuerdos privados con los religiosos de la Caridad, que fundaron hospitales en Fort-Dauphin y en el Trou.

Las pérdidas que sufrieron esas tropas hicieron que se creara, el 1 de enero de 1763 en Versalles, un inspector y director general de medicina, de farmacia y de botánica de las Colonias con 3,000 libras de sueldo.

Fue nombrado el señor Poissonnier, consejero de Estado, médico de la facultad de París, consultivo cerca de la persona del Rey, nombrado el mismo día inspector general de los hospitales de la marina en Francia.

Como las enfermedades y la mortandad habían ido en aumento en Santo Domingo, el 12 de noviembre de 1763, se renovó el certificado del señor Poissonnier; se le encargó de elegir y examinar a los médicos del Rey para las colonias.

Se le recomendó redoblar los cuidados y las investigaciones para detener los males que existían a dos mil millas y hasta a cinco mil millas de su persona y se aumentaron sus honorarios a 6,000 libras, que fue lo único que fue efectivo en su nombramiento, aunque la ordenanza del 24 de marzo de 1763, sometía a los médicos y a los cirujanos del Rey a rendir cuentas de la naturaleza y el curso de las enfermedades.

Por un acuerdo entre el intendente y el superior del hospital del Cap, con fecha de 20 de octubre de 1763 y con una duración de dos años a contar desde el 15 de noviembre y que incluía los hospitales de Fort-Dauphin y del Trou, la estancia diaria del enfermo se fijaba en 36 monedas incluida la retención y cada jornada de los oficiales en 10 libras. Entonces se pusieron controladores en estos hospitales.

El 2 de julio de 1764, los señores de Estaing y Magon publicaron una ordenanza para el reglamento de los hospitales confiados a los religiosos de la Caridad. Prescribían a los médicos y a los cirujanos del Rey, cuatro visitas a la semana al hospital del Cap y a los religiosos conseguirles un coche para efectuarlas; además, el médico inspector, pues entonces había uno, debía visitar los hospitales de los religiosos dos veces al mes y rendir cuentas al gobernador general.

Declararon que el orden interno del hospital atañía al superior y que el sargento de guardia debía recibir sus órdenes a ese respecto. En 1764 al hospital del Cap se le añadió un pabellón para oficiales.

Los cambios producidos en la administración de los hospitales, desde 1762, no eran convenientes para los religiosos, que se quejaron de los inspectores, de los médicos, de los cirujanos, de los comisarios de guerra, de los comisarios de marina, de los controladores y en general de todos los empleados.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

También en el acuerdo hecho en Fontainebleau el 31 de octubre de 1765, por tres años, se les desembarazó de tantos supervisores inoportunos. La jornada del enfermo fue tasada en 40 monedas.

Tengo que decir que una ordenanza del Rey del 30 de abril de 1768, sobre la cirugía en las Colonias, exigía que los cirujanos hubiesen servido un año en los hospitales militares de aquellas antes de poder ejercer su profesión y que cada uno de esos hospitales mantendría siempre a cuatro de ellos.

Pero esta disposición tan sabia, que evidentemente fue la consecuencia de la adoptada por Larnage y Maillart en 1739, cayó en desuso y no existe sino en las recopilaciones.

En 1767 el hospital del Cap costó, incluidos los gastos de mantenimiento, 184,595 libras. Allí murieron 339 soldados, 2 obreros y 8 marinos.

El 17 de diciembre de 1768 se firmó en Versalles un nuevo acuerdo por nueve años.

El gasto de 1771 del hospital del Cap en jornadas de enfermos, fue de 120,062 libras y 10 monedas. Murieron 157 soldados y 7 marineros.

El acuerdo de 1768, que había expirado en 1778 se hizo de nuevo, pero en agosto de 1779; fue redactado uno provisional por los señores de Argout y de Vaivre, según una autorización del ministro del 15 de noviembre de 1778. El definitivo se concluyó en París el 13 de diciembre de 1780 para cinco años, contando desde el 1 de enero de 1781.

La guerra convirtió en muy insuficiente el hospital y ya tuve ocasión de decir que había habido muchos lisiados en la misma ciudad del Cap y qué precauciones se había creído necesario tomar en la zona de la Fossette.

Una muy feliz idea de los Administradores fue la de establecer, a finales de 1782, salas de convalecientes en los diferentes sectores de tropas y concederles un reparto regulado de vino.

En fin el último acuerdo hecho con los religiosos de la Caridad para el hospital del Cap tiene fecha del 1 de septiembre de 1787. El ministro creyó más conveniente que fuera discutido y regulado en la Colonia y autorizó al señor de Marbois a redactar uno, por su carta del 15 de junio y este lo hizo estipular por el ordenante del Cap, con el padre Seraphin Merdier, superior del Hospital. Creo que debo dar a conocer formalmente las condiciones.

1°. Se recibirá a cuantos soldados, marineros y otras gentes a sueldo del Rey sea posible, sin impedir que los habitantes y los marinos mercantes puedan encontrar sitio.

Se podrá poner enfermos en el pabellón de oficiales dejando tres habitaciones libres. Los pobres siempre deben ser puestos aparte en tiempos de paz y mientras sea posible, en tiempos de guerra. Es absolutamente necesario disponer de una sala especial para los enfermos venéreos y los sarnosos.

2°. El estado de los edificios del hospital ha sido revisado el 24 de septiembre de 1787 por el ordenante, el ingeniero jefe, el comisario de la marina encargado de los detalles del hospital y el oficial de administración que supervisa el control; el mantenimiento de estos edificios corre a cargo de los religiosos, mediante 12,000 libras al año.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

3°. Los privilegios de las cartas de patente de 1719 se conservan y se donan 10,000 libras al año a los religiosos por la necesidad que tienen de pagar la carnicería, como todo el mundo, debido a la supresión del arrendamiento.

4°. No habrá inspectores subalternos. El superior de la casa rendirá cuentas de todo lo concerniente al servicio de las tropas al gobernador general y al intendente, a sus representantes y a los demás oficiales del estado mayor o de la administración, a quienes ambos jefes darán como cometido el supervisar ese servicio.
El comisario de la marina encargado de los detalles del hospital, tiene que visitar e inspeccionar el mismo dos veces a la semana e incluso más a menudo, si lo estima necesario y después de haber advertido de manera provisional al superior o al enfermero jefe en particular, podrá remediar las negligencias o las omisiones.
Los oficiales de servicio se encargarán también de la amonestación privada al superior y si no entrara en razón, deberán de dar cuenta a los Administradores o a sus representantes que pondrán remedio, previo examen, como en el caso de la advertencia por parte del comisario.

5°. Los religiosos tratarán y vendarán ellos mismos a los enfermos si son operados quirúrgicamente. Podrán ser ayudados por los negros, pero estos no serán autorizados ni a sangrar ni a hacer ninguna venda.
La elección y el despido de los médicos pertenecen al superior; siempre debe de haber uno por cada cuarenta enfermos, independientemente de los cuatro cirujanos alumnos prescritos por la ordenanza del 30 de abril de 1764.
Estos alumnos no perciben sueldo mientras el número de enfermos mantenga su servicio activo, es decir, que tiene que haber al menos 160 enfermos para los cuatro.
Como esos cirujanos están destinados a hacer su maestría en la Colonia deben, para ser admitidos en el hospital, enseñar al superior sus cartas de aprendizaje o sus certificados de servicio, aprobados por el médico y el cirujano del Rey y no pueden ser despedidos hasta que no se haga un informe dirigido al comisario de la marina, que se encarga de los detalles del hospital.

6°. El médico y el cirujano del Rey están obligados a ir una vez al día al hospital y hasta dos cuando así lo requieren los Administradores; se ponen de acuerdo con los religiosos para los tratamientos, cuya cuenta exacta deben llevar, así como de sus observaciones con el fin de llevar con los jefes una mejor administración.
Los cirujanos de las tropas y los navíos pueden venir al hospital cuando les parezca, pero no pueden prescribir nada y deben limitarse a hacer observaciones sobre lo que crean útil o necesario. Los gastos del coche para las visitas del médico y del cirujano del Rey corren a cargo del Estado.

7°. El hospital debe contar con dos capellanes que ganan 1,250 libras de sueldo fijo sacado de los fondos de la Colonia. Aquellos que los religiosos hagan venir de Francia no pueden ser empleados ni por el prefecto apostólico ni por nadie sin tener el consentimiento del superior por escrito.

8°. Todo lo que el hospital que haga venir de Francia está exento de impuestos de la clase que sea. Los religiosos tienen gratis los pasajes para ir o volver, así como los capellanes y otros empleados del hospital.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

9°. Los religiosos pueden sacrificar a sus animales para obtener carne, pero no pueden venderla al público. Continúa habiendo un suboficial para pesarla y ayudar en la cocina, el cual rinde cuentas al comisario. También asiste a la distribución y dispone de un candado y un vigilante en la caldera.

10°. Los religiosos-cirujanos están obligados a dar cuenta cada mes del estado de los enfermos, a describir la naturaleza de las enfermedades más comunes y los medios curativos empleados. El médico y el cirujano del Rey deben firmar el informe; se les presenta a los Administradores por medio de sus representantes y se le envía al ministro.

11°. Siguiendo la ordenanza del 1 de enero de 1786, el empleado que redacta los informes de los hospitales, entrega los recibos de los sacos de los marineros de la marina del Estado; los jefes de división y los comandantes los visitan.

12°. En tiempos de paz, la estancia diaria del soldado, del marinero y otros, sin distinción de enfermedad, cuesta 3 libras y 10 monedas, en contraposición a las 5 libras en tiempos de guerra. Los oficiales menores de los regimientos y de los barcos deben ser instalados en las zonas más cómodas de las salas.

13°. El hospital puede tomar de los almacenes del Rey lo que le sea necesario, siempre que quede constancia por escrito en el informe de la administración.

14°. El hospital se hace cargo de los 4 denarios por libra de todo lo que le paga el Estado.

15°. Los días de estancia del enfermo se cuentan desde el de la entrada inclusive, al de la salida, que se descuenta; el entierro cuesta 6 libras. El comisario de la marina retira las armas y los trapos de los soldados y marineros y expide un recibo; el hospital los tiene en depósito hasta ese momento.

16°. Los religiosos tienen la obligación de proporcionar y mantener los muebles para los 800 enfermos que su hospital puede albergar.

17°. Las pérdidas causadas por accidentes imprevistos, tales como el fuego celeste, los terremotos, huracanes, inundaciones e invasiones enemigas, dan lugar a una indemnización por parte del Estado cuando se hacen constar en el expediente del oficial principal de la administración o por orden suya y con la aprobación de los Administradores.

18°. La administración de los hospitales de Francia no quiere garantizar la de la Colonia y para asegurar el envío de lo que la primera manda a la otra, se le adjudican cada año 40,000 libras en la factura del síndico procurador de la Caridad.

Se descuenta de esta suma un doce por ciento sobre los informes mensuales de la Colonia y el tesorero de esta da cumplida cuenta al tesorero general de las Colonias en Francia.

19°. El contrato tiene vigencia hasta el 30 de septiembre de 1792 y si el Rey pone un administrador o encarga a los contratistas del cuidado de los enfermos, estos últimos o los gerentes se harán cargo de los efectos, las drogas, los utensilios y las mercancías destinadas al hospital teniendo en cuenta la valoración de los expertos; se pagará la mitad al contado y el resto seis meses después.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

20°. Y como entonces será casi imposible separar los edificios del Rey de los de los religiosos, entre los cuales se hallan y las cocinas y otras dependencias que pertenecen a los mismos que no pueden ser comunes a los contratistas, el Estado retendrá para su servicio lo que el expediente del 24 de septiembre de 1787 demuestre que le pertenece, así como los que ya no sean útiles a los religiosos y les indemnizará por su terreno y sus edificios y les dará tiempo para construir otros o se hará cargo de esa construcción.

21°. Existe la obligación de seguir a las tropas si entran en campaña, cuando se quede libre del servicio en el hospital.

22°. Los religiosos no están obligados a recibir a los oficiales en su casa principal si el pabellón que les está destinado no está lleno; elegirán a los que quieran meter en la primera.

He aquí el servicio y el reglamento interior:

Para cada oficial enfermo, una libra y media de carne al día, una hermosa ave cada dos días, a la parrilla o asada, una chuleta de cordero y un plato de legumbres o pescado con confituras del país según las estaciones.

Los oficiales no pueden comer muchos juntos en la mesa de los religiosos, a menos que el superior les invite.

Las camas de los oficiales tienen un colchón, un jergón de hojas de maíz, una colcha de lana o de algodón, un cabezal y una almohada de plumas de oca y sábanas de tela blanca que se cambian cada ocho días, e incluso más a menudo si la enfermedad lo exige; servilletas cada dos días, una vela de una libra al día y lámparas de noche si es necesario.

Se puede colocar a varios oficiales en el mismo apartamento. La ropa corre de su cuenta. Tienen un sirviente blanco para cuatro de ellos o uno negro para tres, que se pueden aumentar en caso de necesidad.

Hay además mesas, sillas, etc. Si el oficial toma un sirviente exclusivo, lo tiene que pagar él.

Para cada soldado, marinero u otros, 26 onzas de carne de la mejor calidad al día; 20 onzas de pan blanco bien cocido, fresco y de la mejor calidad y una botella, medida de París, de vino de Burdeos.

Para variar, se pone una especie de ave por cuatro raciones y media de carne y vino blanco en lugar de tinto cuando los religiosos, el médico y el cirujano del Rey no tienen inconveniente.

Todos los días se llevan a la enfermería, a las siete de la mañana, un caldo magro de hierbas, carne y vino; por la tarde igual. A las cuatro, lo enfermos se sirven ellos mismos la sopa en las escudillas que se les proporcionan. Otros pueden tomar huevos, bananas, arroz, ciruelas, confituras del país y otras cosas reguladas por el médico y el cirujano del Rey.

Está prohibido guardar nada para el día siguiente, ya sea caldo o cualquier trozo de carne. Se puede sustituir el caldo magro por el graso si los oficiales de salud lo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

juzgan conveniente, añadiendo los purés, las legumbres, las sopas de pan, el arroz, la sémola, la leche, los huevos, las confituras y se disminuye a su vez la carne.

Cada enfermo se acuesta solo. Tiene sobre una colchoneta un colchón de crin o de lana, un jergón, un cabezal de paja de mijo, maíz o banano y una colcha de lana o algodón.

Se permite emplear hamacas y sillas de tijera. Tiene que haber tres pares de sábanas, seis camisas y seis bonetes de tela para cada cama. La vajilla es de hierro blanco; hay sillas perforadas y otros utensilios para el uso de los enfermos.

El hospital debe ser atendido por un religioso enfermero general, muy experto, tres religiosos cirujanos y un boticario. Reciben ayuda, de modo que hay un religioso cirujano un cirujano ayudante por cada cuarenta enfermos y uno por cada 15 heridos; un sirviente blanco para 12 enfermos o uno negro por cada 10.

Hay un enfermero blanco que hace la ronda nocturna y un negro que vela a 25 enfermos. Si el número de negros resulta insuficiente, los administradores proporcionarán blancos que recibirán dos raciones de los enfermos y honorarios que fijarán aquellos y que pagarán los religiosos, pero no se les puede obligar a ir al hospital de los negros de su plantación.[60]

Las visitas a los enfermos se hace muy temprano por la mañana. Si el médico no puede ir, las realiza el cirujano mayor. Los religiosos les comunican a ambos las operaciones quirúrgicas graves para que asistan a ellas o las consientan. Se venda a los heridos dos veces al día.

Hace la guardia un oficial al que no están obligados a alimentar. Las puertas del hospital se cierran por la noche y no se pueden abrir antes de la mañana sin una orden de los jefes.

El Estado se ocupa de imprimir los billetes de entrada y de salida, los informes y las actas mortuorias; un encargado firma las actas. El registro mortuorio debe ser llevado minuciosamente y cada seis meses se entrega una copia certificada con el visto bueno del comisario de la marina; es remitida al controlador de la marina, que la envía al ministro para ser depositada en Versalles; el registro de entrada es rubricado por el comisario de la marina y los informes son verificados y recogidos cada mes por ese comisario y contrastados por el intendente o el ordenante.

Este acuerdo fue impreso a cargo del Estado y enviado a los religiosos, al médico y al cirujano del Rey, a los jefes de los cuerpos y comandantes, a los comisarios encargados de los hospitales y de los oficiales, al controlador de la Colonia y a su representante en el Cap. Fue aprobado por el intendente el 5 del mismo mes de septiembre de 1787 y por el ministro el 17 de febrero de 1788.

No he podido resistirme al deseo de informar con tanto detalle sobre el establecimiento del hospital, pues lo que se refiere al hombre y sobre todo al hombre víctima de dolores, interesa siempre a la gente sensible y me gustaría creer que mis lectores se hallan entre sus filas. Me ocuparé ahora de la parte descriptiva del hospital.

Se le dirige desde el camino, porque el terreno toma la forma de un anfiteatro desde esa vía hasta el punto en que el pico del Cap se termina con pequeñas

[60] Que produce anualmente de 150 a 200 millares de azúcar blanca.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

colinas sucesivas. La entrada principal, que está situada a 650 toesas del torniquete que tiene el paseo de Villeverd en la calle Pont, se halla en el centro de una valla de madera pintada de rojo, que sostiene un pequeño muro de pilastras de mampostería.

Allí comienza una hermosa avenida de cuatro filas de castaños que lleva a la casa donde se alojan los religiosos. Esta avenida, cuyo paseo principal tiene 132 pies de ancho y los de ambos lados 45 y que no existía en 1742, forma un ángulo un poco obtuso del lado norte con el camino, pues este va de nordeste a sudoeste, mientras que la avenida está orientada del este sudeste al oeste nordeste.

La casa de mampostería está compuesta de una parte trasera, a la que un ala situada a cada lado sobrepasa en seis pies. Tiene 66 pies de largo por 33 de ancho, lo que hace que, si tomamos el edificio en su totalidad, tenga 132 pies de fachada. Se muestra íntegro en la avenida, que tiene las mismas medidas.

Hasta después de 1783 no se le añadió un piso a esta casa, que está cubierta de pizarra, lo que le proporciona más gracia que comodidades. En la terraza se entra primero en una hermosa galería, que comunica con un gran salón que hace las veces de comedor y que está en el centro de la casa; tiene 33 pies cuadrados.

En Santo Domingo, hay pocos enclaves con una ubicación más agradable que el hospital del Cap que, mediante la elevación de su suelo, domina una vasta extensión de la llanura que se extiende al este y al sur.

Este local, refrescado por ambas brisas, ofrece también la vista del río Haut-du-Cap, que serpentea y del que el gran camino se aproxima y se aleja sucesivamente; del lado del pico, un jardín encantador del que hablaré pronto, se suma además a tantas delicias.

Es una pena que el pequeño pico del hospital, que está en el camino, impida la visión de la rada del Cap que añadiría variedad y movimiento al encantador cuadro del que disfrutamos desde la terraza del sanatorio, enturbiado solo por el espectáculo de los pantanos de la Petite-Anse, a través de los cuales, la mirada capta por un instante al viajero que va al Cap por el camino del embarcadero.

Al sur de la casa principal y en la ladera de una colina están las cocinas, las panaderías, la lavandería, los almacenes, la farmacia, las cuadras y los trasteros.

Por debajo de esas construcciones y después de un pequeño intervalo, hay un recinto que se extiende de levante a poniente y que tiene forma de un cuadrado largo; encierra varios cuerpos de edificios.

El principal, construido en mampostería, es el primero de ese tipo que se ha hecho para los enfermos; tiene de norte a sur 50 toesas de largo por 29 pies de ancho. En su extremo septentrional está la capilla, que está comprendida en su longitud y que también se usa como departamento de lencería; está bajo la advocación de San Juan de Dios, fundador de la orden de los religiosos de la Caridad. La señala un pequeño campanario en forma de flecha que sobresale del tejado.

En esta capilla a la que el señor Barreau, del que ya he enumerado los legados piadosos, dejó 2,000 libras en 1758, para comprar una lámpara y un cáliz de plata, fue donde el abad de Pradines pronunció, el 7 de junio de 1777, la oración fúnebre del señor de Ennery, que murió siendo gobernador general.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Las personas de color, libres y esclavos y algunos blancos del Cap, vienen también a hacer una estación en la tarde del Viernes Santo y a escuchar la Pasión. Nos ha impresionado muchas veces el talento del padre Roubion, canónigo de la Trinidad, que murió tras haber sido varios años sacristán de la parroquia del Cap.

Por otra parte, parece que las ceremonias religiosas toman un carácter todavía más augusto en un hospital, porque van acompañadas del espectáculo del hombre en un estado en el que tiene más necesidad de la Divinidad consoladora a la que implora.

A este edificio erigido entre 1737 y 1738, se le llama también la sala de San Juan de Dios. En cada uno de sus extremos y en vuelta de escuadra, yendo de oeste a este, hay otras dos salas también de mampostería que le son contiguas.

La del lado norte, que da a la capilla, es la sala de San Honorio y fue la última en construirse; no es tan amplia como se proyectó. Tiene solo 18 toesas de largo y su anchura es de 31 pies.

La del lado sur, que es paralela a la de San Honorio, es la sala de la Virgen, terminada en 1756 por una orden del señor Lambert, ordenante del Cap, conmovido porque el señor Perrier se había visto obligado a colocar a los enfermos de su escuadra en la ciudad.

Tiene 33 toesas de largo por 27 pies de ancho. Notaremos que no fueron ni proyectadas ni ejecutadas al mismo tiempo por estas diferencias en las dimensiones de las tres salas. Sin embargo todas tienen la misma elevación, que es de 14 pies hasta el nacimiento del techo, que está cubierto de tejas.

Hasta 1777 no había otros edificios al este de los que acabo de mencionar, pero el aumento de tropas que el miedo a la guerra hizo que se enviaran y en consecuencia el mayor número de enfermos, obligó a erigir tres nuevos edificios en esta parte septentrional.

El más occidental, alineado en su cara oeste con el final este de la sala de la Virgen, que tiene 118 pies de norte a sur y 30 de ancho, es la sala de San Luis. El que va hacia al este, a 150 pies de largo, que va a alinearse con la cara meridional de la sala de San Honorio y a 36 pies de ancho, está la sala de San Rafael; el tercero, igual en todo al segundo, es la sala de San Agustín.

Estos tres edificios, construidos en madera, cubiertos por planchas de madera y paralelos entre ellos, solo tienen 10 pies de alto hasta el nacimiento del techo y nada más que cerca de 40 pies de intervalo entre uno y otro. El cierre de este recinto lo forma un muro de 7 u 8 pies de altura.

La disposición de la sala de San Juan de Dios, cuyos dos extremos sirven de recinto tiene dos orientaciones, una al poniente y otra al levante de esta sala. Recorrámoslas describiendo los detalles y los inconvenientes del hospital.

El patio occidental, que es irregular en su lado sur, contiene dos filas de árboles que hacen las veces de paseo. Casi en el centro de su lado oeste hay un pabellón de un piso construido en mampostería, donde están los alojamientos de los cirujanos, un cuarto de baño y una cámara de disciplina.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Estas dos últimas habitaciones son húmedas y malsanas a causa de la elevación de una pequeña colina en la que está la casa de los religiosos y su conjunto y a la que ese edificio se encuentra casi adosado.

Tres bañeras no son suficientes para los enfermos y la necesidad de utilizar la misma para un enfermo venéreo, un sarnoso y un enfermo de fiebres, se contradice con las primeras nociones del arte de curar, así como el transportar a los enfermos a través de un patio para que tomen un baño.

Harían falta baños para cada sala, teniendo cuidado de ponerlos en un sitio en que se pudiera llevar el agua que se quisiera; es un deber que habría que apresurarse a cumplir.

Al construir la sala de San Juan de Dios, se habían puesto las letrinas a 50 pies de esta sala, en la esquina suroeste del patio. Muy poco tiempo después, por recomendación del señor Arthaud, médico del Rey, el superior del hospital mandó construir unas nuevas.

En el lado oeste de la capilla, una galería cubierta sirve para proteger a los enfermos que pasan por una puerta que da a la sala de San Juan de Dios y que de esta manera están al abrigo de las corrientes de viento y a veces de un suelo húmedo, a lo que con anterioridad estaban obligados.

Estas antiguas letrinas y las nuevas son limpiadas cada mañana con el agua de un estanque de varias arrobas que se deja correr y que debe llevar las inmundicias a un torrente que pasa por el extremo sur de la sala de San Juan de Dios.

Se asegura que no se le ha dado la suficiente rapidez a esta corriente, insuficiente por otra parte y que no impide las exhalaciones infectas que, en la sala de San Juan de Dios molestan a los enfermos, sobre todo cuando soplan los vientos del oeste y del sudoeste.

Parece que se remediaría ese mal si las letrinas estuvieran en el extremo sudeste de la sala de San Juan de Dios y si un agua más abundante que adquiriera más velocidad por su compresión, barriera un canal cubierto.

Este patio tiene también estanques que se deberían mantener cubiertos y cerrados con candados cuando no se haga uso de ellos; en el caso contrario habría que contar con personas capaces de prohibir el acceso a los enfermos o a los convalecientes que acuden allí a lavar o a bañarse buscando así nuevas causas de enfermedades.

Al norte de este patio está la puerta de entrada que conduce al hospital. A su derecha, en la esquina noroeste del patio, se halla el despacho del escribano y el guarda muebles para los efectos de los enfermos.

Una barrera que cerrara esta puerta y cuyo candado estuviera por la noche en manos del centinela, impediría incursiones nocturnas y hasta deserciones. Un gran inconveniente de este patio es que, encontrándose más alto que el pavimento de la sala de San Juan de Dios y teniendo una pendiente de oeste a este, retiene el agua en las grandes lluvias.

Paso al segundo patio, el de levante.

Los heridos y los enfermos venéreos están en la sala de la Virgen. Es muy lamentable que por tener un almacén en el extremo sur de la sala de San Juan de Dios,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

se haya cerrado toda comunicación entre estas dos salas, que se abrían una sobre la otra y que la de la Virgen tenga su entrada en el lado norte del segundo patio.

El frío y la humedad son dos grandes enemigos de la sífilis y sobre todo de las heridas, demasiado frecuentemente seguidas de espasmos en los países cálidos y siempre muy difíciles de curar, como se puede comprobar con el solo ejemplo de los heridos de los navíos de la armada del señor de Grass, que llegaron al Cap después del combate naval del 12 de abril de 1782, pues de 180 heridos llevados a un hospital, solo se curaron dos.

Esta consideración exige el restablecimiento de las cosas en su estado primigenio, salvo colocar una puerta enrejada entre las dos salas para evitar los abusos. Las letrinas de la sala de la Virgen, que están fuera, al sur y hacia su centro, también disponen de demasiada poca agua para su limpieza y necesitarían igualmente una alcantarilla cubierta hasta el torrente.

La entrada de la sala de San Honorio está en la cara sur, en el segundo patio. Es también una causa de desórdenes, porque los marinos mercantes y los pobres que están situados allí, se comunican libremente con los soldados y los marineros del Estado y usando esa puerta donde no hay centinelas, salen cuando quieren.

Se corregirían esos abusos abriendo esta sala a la capilla. La sala de San Honorio tiene sus letrinas como la de la Virgen en el centro y al sur en este segundo patio.

Solo se pusieron unos sencillos orinales bajo las ventanillas y se les vacía en las letrinas de la sala de San Juan de Dios, la cual atraviesa infectando a los enfermos. También sería necesario hacer una alcantarilla a través del patio y llevar allí el agua para limpiar las verdaderas letrinas.

Se puede reprochar a las tres salas de mampostería tener vanos que, aunque muy numerosos, son muy bajos en su parte superior, lo que estorba la circulación del aire. En el extremo sur de la de San Juan de Dios hay una puerta y dos ventanas, que un buen reglamento haría que se enrejaran para impedir la salida de los enfermos, mientras que la necesidad de aire haría necesario tal vez que el extremo norte de la capilla tuviera algún vano que lo renovara en la sala de San Juan de Dios.

La construcción de tres salas de madera disminuyó el segundo patio, que tenía un estupendo paseo con cuatro filas de árboles, pero se podrían haber ahorrado quitarle una parte, pues no faltaba terreno.

Las tres salas de madera están demasiado cerca una de otra; el aire está muy cerrado, las exhalaciones se comunican entre ellas y las letrinas postizas de su extremo sur tienen los mismos vicios que las de la sala de San Honorio.

Por encima de esta sala cuando se va hacia el oeste y fuera del muro de cierre al norte, está el cuerpo de guardia del hospital. Como era frecuente que los enfermos franquearan ese muro en el lado este del recinto, se puso un centinela dentro en la esquina nordeste de ese cierre, pero no está de noche y el mal no se ha reparado más que parcialmente.

Paso ahora al lado norte de la avenida. Encontramos cinco cuerpos de edificios dirigidos paralelamente de norte a sur. El más oriental y largo (tiene 150 pies), está más o menos alineado con la sala de San Luis; los cinco tienen su extremo sur cerca de la segunda fila de árboles de la avenida paralela del norte.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El último al oeste y el que le precede se construyeron durante la guerra de 1778; son de madera y cubiertos con tablones. El tercero es de mampostería, dividido en muchas habitaciones para los enfermos y abiertos solamente al este por una galería demasiado baja.

El cuarto es de madera y la mayoría de sus habitaciones son para la servidumbre. Esos tres edificios tienen igualmente 110 pies de largo. En mayo de 1777 vi construir el que he llamado el cuarto.

Volví a encontrar yendo al hospital en pleno día, el industrioso taller del señor Artaud, que transportaba la cubierta que lo iba a rodear ya ensamblada y cuando regresé después de la puesta de sol, había una casa de 110 pies de largo, vallada, cubierta y cerrada en un espacio que estaba vacío por la mañana. Cito esta anécdota para dar una idea de los medios de este contratista y de una celeridad de ejecución que solo él tuvo en Santo Domingo.

En el último edificio, el más occidental y que responde a la entrada del primer patio, al otro lado de la avenida, hay un pabellón de un piso de 130 pies de largo, llamado el pabellón de oficiales por el destino que se le daba.

Tiene catorce habitaciones de 15 pies cuadrados. En la planta baja hay una cocina y un cuarto de baño donde molesta encontrar solo tres bañeras. La cara este tiene una galería y arriba y debajo de 8 pies y medio de anchura.

Hubiera hecho falta algo parecido en el oeste para poder, según la dirección del sol y de las brisas, tener las habitaciones abiertas y protegerlas de un calor que se hace sentir. Un torrente que está detrás de este pabellón pasa por su extremo norte.

Convertido en una cascada en las grandes lluvias, hace entrar el agua hasta las habitaciones de la planta baja; sería necesario desviarlo.

Este pabellón tiene además un inconveniente que es el de recibir, en la estación de los vientos del norte, las exhalaciones de los corrales de cerdos y de las aguas fecales de las barracas de los negros del hospital, que se pusieron al norte del torrente, en la pendiente de una colina y en la línea de los cinco edificios de los que me ocupo en este momento.

El peligro de amontonar muchos enfermos es todavía más grande en los países cálidos. Nunca se deberían poner más de dos filas de camas en las salas de los hospitales de las Antillas y las solas circunstancias de la guerra pueden obligar a tomar esta precaución.

Durante el otoño de 1787 se habían puesto cuatro en la sala de San Juan de Dios; pero se dieron cuenta de que las úlceras casi se convertían en gangrenas. Se abrió otra sala y esto desapareció.

Es una lección que no se debe borrar del recuerdo de aquellos que cuidan de este hospital, donde se vieron durante la guerra de 1778 hasta 825 enfermos sin incluir a 45 oficiales.

También se contemplaba la sarna como una enfermedad muy ligera y nadie se quiere dar cuenta que a veces es producida por la suciedad de la ropa blanca y las sábanas.

Un gran inconveniente de los hospitales coloniales es la necesidad de emplear negros, cuya indolente indiferencia y la peligrosa complacencia, dejan a los enfermos sin cuidados y les proporcionan alimentos y bebidas nefastos para su estado.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El contrato exige un negro por cada diez enfermos, pero se darían por contentos si este incumplimiento les dejara uno por cada sesenta. También hay enfermos que disponen de transporte y salen; otros caen en sus camas y un gran número se ve privado de un auxilio del que tiene la más acuciante necesidad.

Sin pretender hacer una censura amarga de los principios de los religiosos y es evidente que su número es insuficiente para supervisar todos los detalles de un hospital semejante; esto también se aplica al pequeño número de cirujanos y enfermeros blancos que nos contentaríamos con encontrar por parejas o incluso solos en cada sala, aunque el contrato estipulaba uno por cada doce enfermos. Sería necesario vincularlos a tan penosas, pero también útiles funciones, mediante un sueldo proporcionado a su devoción.

Algo de lo nunca se asombrarán bastante los amigos de la humanidad, es que en esos negocios (porque se trata de negocios) que solo deberían fijar el precio de los cuidados, de los alimentos y de los remedios que se puedan presupuestar, se pensó en invertir el orden natural de las cosas, sin detenerse a considerar que un hospital está destinado básicamente a la conservación de los hombres que tienen las mejores condiciones.

No se puede pretender que los religiosos, a los que es imposible no contemplar como empresarios, se conviertan a la vez en abastecedores que examinan u ordenan los suministros.

Se muy bien que el contrato exige los cuidados del médico del Rey, pero este debe también, según aquel, ponerse de acuerdo con los religiosos; además, ¿qué acuerdo quieren que se establezca entre un médico que no puede ni debe decidirse más que según sus conocimientos y a quien su probidad exige pedir para el enfermo todo lo que le sea necesario a esos religiosos empresarios?

Si el médico es inquebrantable, será muy pronto tachado de estorbo y yo garantizo que el *padre superior* se hará eco. Si el médico cede, me imagino todos los abusos multiplicándose y un hospital, el lugar más sagrado por su misión, transformado en una tienda donde todo se calcula, a excepción de la duración de la vida de los hombres.

Es entonces cuando se confía el reparto de remedios a negros ignorantes, cuyos errores son mortales. Es entonces cuando la hora de todas las distribuciones es incierta; cuando los enfermos que no tienen fuerza mueran de inanición porque el contrato ha dicho que se deben servir la sopa ellos mismos y no ha sabido prever que no estarían en estado de hacerlo.

Ocurre muy a menudo que un enfermo quita por la fuerza la ración a otro enfermo más débil que él. Es entonces cuando los enfermeros blancos están ocupados en jugar con los convalecientes, en lugar de cumplir con unos deberes cuya negligencia significa un homicidio; es cuando, en fin, un hospital no es más que un cementerio donde los cadáveres tienen todavía algo de movimiento.

¡Administradores que estipulasteis fríamente las condiciones de un contrato semejante, que pensasteis que había que complacer a los religiosos de la Caridad, como si su contento fuera el objetivo a cumplir, id a esos hospitales y escuchad las

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

imprecaciones de aquellos por los que creísteis haber hecho todo, diciendo que tendrían lo que vosotros juzgasteis que les era necesario, cuando habéis tomado medidas tales que se os pueden rechazar impunemente! ¡Sé que se exclamará: qué delicadeza la de los empresarios!

El miedo a la muerte de un solo hombre que se debe salvar, eso es todo lo que veo y tiemblo cuando me doy cuenta y cuando sé que mi temor no es compartido por todos aquellos que lo rodean.

Para aumentar el ridículo mezclado con la crueldad de este sistema, se pretende también que los religiosos levanten con el médico las actas de los enfermos y su tratamiento. Como si aquellos estuvieran destinados a otra cosa que no fuera ejecutar fielmente lo que el médico prescriba.

Por otra parte esas actas enviadas a los Administradores y supuestamente hechas llegar al ministro, ¿han merecido alguna vez unas líneas del inspector general de la medicina colonial?

Este último ¿ha tenido alguna vez la idea venturosa pero tardía de los Administradores que pedían al ministro, en una carta del 16 de junio de 1789, que el parte de los hospitales, redactado por el señor de Horne, fuera enviado a los médicos, a los cirujanos y a los farmacéuticos del Rey en la Colonia?

¿Cómo repiten las convenciones por puro formulismo sin que les extrañe su inutilidad? ¿Cómo si las creen necesarias, no se toman medidas más seguras para su cumplimiento?

Hay otra cosa que me impresiona y además me entristece y es la imposibilidad de que un médico que va una sola vez al día y solo ve un momento al enfermo, sea verdaderamente útil.

En el momento de su visita puede estar tranquilo y acto seguido sufrir una crisis mortal; en un ambiente tan activo, la enfermedad cambia de carácter de un momento para otro y el desdichado se ve condenado a esperar veinticuatro horas un diagnóstico saludable.

Se dirá con razón que un religioso cirujano u otro suplen al médico en el intervalo, pero si la emergencia es de la competencia de la medicina, si el cirujano no es muy instruido, si no lleva la cuenta exacta de lo que ha pasado y lo ha dejado para la visita del día siguiente, ¿quién se convertirá en el moribundo?

No, nunca estaré tranquilo sobre la suerte del hospital del Cap en tanto el médico no viva allí y no pueda seguir cursos útiles para él mismo y sus alumnos; en tanto que no tenga un alojamiento separado y un modo de ser independiente de los religiosos, cuya influencia no debe ni siquiera sospechar.

Pero que se le obligue al menos a hacer una visita por la mañana y otra por la tarde y que no se someta a un vil cálculo los gastos de su transporte, para el que Larnage y Maillart pidieron en 1739 en vano al ministro, una suma de 1,200 libras.

¡Un solo recluta cuesta más al Estado que estas visitas y no hay más que calcular esos beneficios! Hemos visto, para gran indignación de aquellos que conservan algo de sensibilidad, las visitas del médico y del cirujano del Rey interrumpidas porque los religiosos rehusaban proporcionar un coche y la administración tampoco lo daba. ¡ A eso se le llama ahorro!

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pagad todos los trabajos útiles, pagad a los cirujanos del hospital si os contentáis con esta generosidad parsimoniosa que ha decidido a la administración conceder, el 1 de enero de 1787, 66 libras por sección a la de los cirujanos mozos, que se abonan al que cumple mejor con sus deberes.

Sabed que cuando esos cirujanos están a sueldo de los empresarios, son menos numerosos y demasiado aplicados; estipulad que, en vez de un año, todos aquellos que se destinan a la cirugía deben pasar dos años en un hospital de la Colonia antes de ejercer su profesión, sin hacer excepción de todos los ignorantes con pergamino que llegan aquí.

Los que sean realmente instruidos se considerarán aún más valiosos en esta escuela local que nada puede remplazar. Los otros tendrán tiempo de olvidar la navaja de afeitar que su mano está acostumbrada a manejar y familiarizarla con los instrumentos que deben emplear para curar y no para cosechar a los habitantes del Nuevo Mundo; en fin, que los unos y los otros sean examinados antes de ser admitidos en el hospital y en el momento en que deban salir.

Tal vez me he alejado un poco de mi propósito actual entregándome a sentimientos que han provocado en mí la administración del hospital. Pero cuando contemplo el montón de edificios demasiado poco extendidos además en estos tiempos en que el hombre destruye al hombre; cuando reflexiono que el vencedor profiere agudos gritos en el lecho del dolor donde la naturaleza le hace pagar caro los sacrificios que hace a la gloria, no puedo impedirme solicitar que esos asilos estén protegidos por un amor puro y esclarecido a la humanidad.

Un abuso más. El cementerio del hospital del Cap está a mediodía de todos los edificios que lo componen y del torrente; está a 35 toesas de extremo sur de la sala de San Juan de Dios, punto en que para llegar allí se atraviesa la corriente por un puente.

Este cementerio, que tiene cerca de 180 pies de este a oeste por alrededor de 110 de norte a sur, es evidentemente demasiado pequeño y está demasiado cerca del hospital, sobre el que la brisa de la tarde vuelve a llevar sus exhalaciones.

Brindo, con verdadera satisfacción, este testimonio a los religiosos que después de mucho tiempo y sobre todo en 1782, no cesaron de pedir que el cementerio fuera cambiado y trasladado a cerca de 600 toesas de las salas, detrás de un pequeño montículo que protegería de sus emanaciones y que impediría su visión a los enfermos, entre los cuales es posible que algunos se vieran dolorosamente afectados.

Pero a la espera de este cambio tan necesario, hay que poner atención a las inhumaciones; a veces son tan incompletas que un olor a cadaverina inunda la sala de San Juan de Dios y que se debe a que los negros han dejado un cuerpo sin sepultar en este cementerio.

¡Velad pues por ellos, religiosos dedicados a la humanidad sufriente; no toleréis, por ejemplo, que el rostro del que ha expirado impresione en su lecho al ser que está cerca de seguirle y que no se añada a este cuadro desgarrador lo que la proximidad de la muerte tiene a veces de horrendo!

Una gran desgracia para el hospital del Cap es la naturaleza del terreno que lo limita al este; son las emanaciones peligrosas de los inmensos pantanos sobre los que pasa la brisa del mar antes de alcanzarlo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Solo el paso del tiempo puede remediar semejante azote y hasta esa época venturosa, esos pantanos que es imposible que no nos impresionen, son una advertencia más para que los continuos cuidados y un reglamento severo, impidan todo aquello que podría secundar las influencias de una atmósfera que está lejos del estado de pureza deseable para un hospital.

Este hospicio está mejor dotado en cuanto al agua. Se le proporcionan en gran cantidad varias fuentes que están al pie del pico, a poca distancia al oeste de la casa de los religiosos.

Es realmente enojoso que esas fuentes nazcan en un terreno arcilloso en lugar de arenoso. Sus aguas son claras y límpidas, blanquean perfectamente la ropa blanca y cuecen igual las legumbres.

En el análisis que hicieron de ellas los señores Arthaud, médico, Roulin, cirujano mayor y Ducatel, maestro farmacéutico, el 4 de mayo de 1788 y que se encuentra impreso en el primer volumen de las *Memoires de la Societé des Sciences et Arts del Cap*, se deduce que la pesadez de esas aguas es de once grados en el aerómetro para las esencias y según el examen, por los reactivos y por la evaporación cada libra de agua contiene siete sesentaicincoavos de grano de sal marina en base terrosa calcárea o muriato calcáreo, lo que demuestra que de ninguna manera es perjudicial, aunque no goce de una pureza perfecta.

Hay desde hace más de sesenta años, una desavenencia entre el superior del hospital y el prefecto de la misión relativa a capellanía de este hospital, que los religiosos contemplan como un título que confiere todos los poderes necesarios para el ejercicio de las funciones parroquiales y curiales, tanto para los enfermos como para cualquiera de los individuos implicados en el servicio del hospital.

El superior de la Caridad se basaba inclusive en esta consideración a partir de marzo de 1727, para ser dispensado de pagar los derechos curiales a la parroquia del Cap.

Después los religiosos obtuvieron e invocaron un certificado de Benedicto XIV, del 5 de octubre de 1745, que confirmaba todos los privilegios concedidos a su orden y que concede a perpetuidad a los sacerdotes empleados en el servicio de los hospitales de las islas de América, el poder de bautizar, confesar y casar, administrar todos los sacramentos y ejercer todas las funciones curiales en sus iglesias.

Este certificado, que tuvo como causa una discusión entre los misioneros de las islas a cuya solicitud daba el visto bueno, con fecha del 3 de enero de 1744 y las respuestas del prior general de los padres de la Caridad, que consecuentemente juzga un proceso muy contradictoriamente instruido, pretende que los capellanes de los hospitales coloniales confiesen no solo a los enfermos y a todas las personas que les sirven, a no importa qué título, sino que les conceden la Eucaristía y la Extremaunción.

Les autoriza a bautizar, a casar a los esclavos adjuntos a esos hospitales y a ejercer todas las funciones parroquiales, a oficiar las fiestas solemnes y a publicar las vigilias de ayuno, fiestas y otras cosas parecidas y el Papa impone sobre esto un silencio perpetuo a los misioneros.

Como los certificados no pueden tener validez en las Colonias sin cartas adjuntas del Rey, el provincial de los religiosos de la Caridad en París las solicitó: el ministro

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

le respondió, el 12 de mayo de 1751, que el Rey no opinaba sobre el propósito de permitir el registro del certificado de 1745, pero que iba a redactar un reglamento sobre la dificultad que había entre los misioneros y los hospitales.

Este reglamento está todavía por hacer y los capellanes de los hospitales se mantienen en su antigua posesión, en detrimento de los misioneros y los prefectos.

Parece que no hay ningún inconveniente en el certificado, visto que los capellanes ejecutan lo que las leyes coloniales les prescriben sobre los registros de los hospitales. Encontramos a los del hospital del Cap desde su establecimiento, en agosto de 1698, hasta el 14 de enero de 1759, depositados en la secretaría de la senescalía de la ciudad.

Ignoro lo que ha sucedido con los posteriores. El edicto de junio de 1776, pretende que estos hospitales dispongan de tres registros para las inhumaciones; uno para dejar allí, el otro para la secretaría de la jurisdicción del lugar y el tercero para el depósito de Versalles donde encontramos en efecto, algunos registros de los hospitales coloniales.

No es realmente extraño que en el contrato de 1787, el intendente haya creído poder sustituir en ese tercer registro una copia certificada y arrogarse así, en una acción oscura, una autoridad superior a la de un edicto registrado en los archivos de la metrópoli.

Hay algo que se alaba mucho de los religiosos del hospital de la Caridad y es su buen yantar, del que aportaré esta singular prueba. Antaño los oficiales enfermos comían en su mesa cuando ya eran capaces de hacerlo y ese sistema les parecía tan bueno, sobre todo cuando estaban en guerra y no encontraban en el Cap más que pensiones de mala muerte y muy caras y en las épocas en que ninguna campaña, ninguna empresa despertaba su deseo de combatir por la patria, que tomaban para su placer una plaza en el hospital.

Este método, que fue abusivo porque aumentó los gastos de los hospitales, recayó también en los religiosos. Los oficiales enfermos recibían la visita de sus camaradas y los visitantes aumentaban el número de invitados.

Para remediar esos excesos que convertían el hospital en un albergue, una carta del ministro del 31 de julio de 1785, redujo a dos tercios en lugar de a la mitad la retención que se hacía sobre los sueldos de los oficiales enfermos y el contrato de 1787 dispone que cada oficial coma solo en su cuarto.

Hablaré ahora del jardín del hospital del Cap. Está al oeste de la casa y comienza al final de una terraza que sigue a la galería situada delante de esta fachada. Un bonito juego de agua con un chorro está a la altura de la puerta interior del salón y configira el centro de un hermoso huerto.

Más en alto, el terreno que conforma la pendiente de una colina está dividido en terrazas sucesivas. Pequeños canales de ladrillo, estanques para el baño, depósitos cubiertos de arboledas, todo contribuye a hacer de este un lugar encantador.

Plantas alimenticias o medicamentosas le sirven de adorno así como los arbustos y matas curiosas o extrañas. Aquí el aire es dulce, el murmullo del agua le habla al alma y la dispone a la calma y al reposo; en una palabra y sin muchas disquisiciones el arte embellece la naturaleza.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

No nos cansamos de pensar en la maravillosa felicidad que le procuran al hospital el goce de las fuentes que riegan el suelo de un lugar que encierra a tantos enfermos en un clima cálido. Pensamos en la influencia que tiene en la salubridad y hacemos votos para que trabajos hidráulicos más inteligentes aumenten el caudal de esas aguas y acrecienten su utilidad.

En la parte derecha del jardín, que tiene 55 toesas de largo a contar desde el nacimiento del arriate y 160 pies de ancho, hay un estanque bastante amplio, situado cerca del seto al norte, donde se ven multitud de peces dorados de China, conocidos en Santo Domingo bajo el nombre de *peces rojos*.

Los primeros fueron introducidos en la Colonia por el señor Mercier de la Rivière, comisario de la marina, quien hacia 1777 le compró cuatro a un joven oficial de navío que venía de la India y estaba fondeado en la rada del Cap; pagó por cada pieza veinte piastras gordas.

El señor de Trémondrie, que vivía en Petit Saint-Louis, a la vuelta de un viaje a Francia casi en la misma época, trajo también muchos. Se multiplicaron de forma milagrosa, sobre todo en el hospital.

Es un espectáculo muy divertido ver a esos bellos animales paseando sus colores a través de un líquido donde la luz los embellece y matiza. Admiramos la púrpura, el oro y la plata que enriquecen sus escamas. Los hay que tienen diez pulgadas de largo.

Solo adquieren su color rojo mediante una transición continua y su matiz negruzco, que es el primitivo, no está relacionado con su tamaño; vemos en efecto que los hay todavía completamente negros, cuando los más pequeños ya se han vuelto rojos; es hacia la cola donde empieza el cambio.

Este estanque proporciona muchos peces a la ciudad del Cap, donde se les encuentra en los salones que parecen alegrar y donde a través de soberbios tarros de vidrio se pueden seguir todos sus movimientos, admirando su flexibilidad y todos los matices de su envoltura.

Pero se vuelven muy delicados cuando están en un espacio limitado; he visto morir a muchos en un momento tan solo porque ha caído un poco de miga de pan en su pecera. Hay que ser muy exactos al cambiarles el agua, evitar tocarlos incluso al trasvasarlos, pues son tan delicados como hermosos.

Encima de ese estanque y bajo un pequeño techo abierto que se ha fabricado, hay varias colmenas donde las abejas depositan sus dones útiles y bienhechores. Repito que este laborioso insecto, muy común en la Parte española, se multiplicó especialmente en la Colonia francesa a partir de 1777, en que se trajeron de la Martinica y de la zona española.

Estas abejas tienen más enjambres que en Francia y producen en mucha mayor cantidad una miel ligeramente almibarada pero que en la Colonia se prefiere a la miel de Europa, que llega un poco fermentada.

El superior del hospital (Séraphin Merdier) se ocupa mucho de estas abejas, cuyo trabajo es fuente de salud para los enfermos. Estas hospitalarias, pues se merecen ese nombre, son dulces; la duración de su existencia es menos larga que en

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Francia, pero como trabajan todo el año se agotan antes y su propia utilidad acelera su destrucción.

En este jardín también vemos naturalizarse muchas plantas de las Indias Orientales o de otros lugares, cuyo éxito se convertiría en un auténtico tesoro para Santo Domingo. Distinguimos entre otras el precioso árbol del pan, la palmera del cabo de Buena Esperanza, el dátil de Senegal, el mango y además la morera de papel de la China, traída a la Colonia por el señor François de Neuf-Château, al que se la dio el señor de Buffon, quien la confió a los cuidados del padre Séraphin, cuyo celo botánico no nos cansamos de alabar.

¡Ojalá puedan ser fecundados por el suelo de Santo Domingo todos esos dones de otros lugares de la tierra y proporcionar a sus laboriosos habitantes recursos y goces nuevos!

Quiero decir unas palabras sobre la idea que tuvo el padre Séraphin de hacer construir en mampostería, dentro de unos grandes almacenes, tres recipientes de vino capaces de contener cada uno veinticinco mil pintas.

Primero, se dejó el vino durante un año y mejoró; se vertió de nuevo en las heces y después de algunos meses, cuando lo degusté en 1788, era excelente. Es posible que esta tentativa lleve a hacer imitaciones afortunadas aunque sea en proporciones infinitamente más pequeñas.

La proximidad a la ciudad en la que se encuentra el terreno del hospital, lo expone a la devastación por parte de los negros que vienen aquí a cortar madera; este desorden, que desde el 4 de febrero de 1726 el señor de Chastenoye quería remediar con una ordenanza, se renueva todavía a veces a pesar de la multa de 50 libras que hay que endosar a los amos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El cantón llamado Haut du Cap

Saliendo de la avenida del hospital del Cap y siguiendo el camino opuesto a la ciudad, nos dirigimos al sudoeste y nos alejamos del río, hasta un punto donde encontramos el extremo de una de las prolongaciones del imponente pico del Cap, que obliga al camino a retomar una dirección más cercana al sur.

Vemos en este intervalo, a la derecha, una pirámide cuadrada en la que se lee: *Límites de la Guarnición del Cap* y a ambos lados del camino están los senderos que conducen a las pequeñas plantaciones que lo bordean.

Ya la mirada empieza a percatarse de que hacia la izquierda hay un gran espacio y se empieza a pasear por partes de la parroquia de Quartier-Morin y de la Petite-Anse. A la derecha, contempla multitud de pequeños enclaves de recreo o de cultivo de víveres, lo que de vez en cuando interrumpe el aspecto agreste de la alta montaña del Cap, en los que se recoge todo lo que pueda necesitar la ciudad en legumbres, raíces y frutos.

El camino lo acerca muy pronto además a una ladera de montaña que corre de este a oeste y en cuyo extremo está trazado el camino. Allí hemos llegado a la

plantación Charrier, cuya situación es tanto más alegre por cuanto la decora un precioso pabellón situado sobre una elevación.

En este alojamiento, que un propietario del mismo nombre había destinado a los descansos del príncipe de Rohan, tuvo su residencia don Bernardo de Gálvez durante su estancia en el Cap .

El señor Charrier, actual propietario, le hizo esa generosa oferta y en ese lugar vio nacer un hijo este general tan querido por los franceses. Ya comenté que antes de esa estancia, se alojaron allí las religiosas del Cap cuando convirtieron su convento en cuartel.

El pabellón, sin ser muy grande, es muy cómodo; una galería da sombra a sus dos fachadas al este y al oeste; muebles elegantes pero no suntuosos; pinturas sencillas, sin complicaciones; un agua fresca que se pasea a su aire; un salón inmenso situado en la esquina derecha y al oeste del pabellón; una gran terraza adornada con figuras y enrejados a la que se llega por una soberbia escalera.

Todo en este refugio promete el reposo y el aire fresco y se puede encontrar la dulzura de la soledad campestre además que aumenta por la facilidad de sustituir en un momento los ruidosos placeres de la ciudad.

La situación de la plantación Charrier es más deliciosa todavía porque en su linde hay muchas pequeñas casas que bordean el camino; porque desde allí se ve la primera parte de la aldea de Haut du Cap y en lontananza la sierra montañosa que, desde Sainte-Suzanne, se dirige hacia el Acul.

Desde la plantación Charrier el camino, que ha subido un poco para pasar la pequeña estribación de la montaña, vuelve a descender haciendo pequeños desvíos para conducir a Haut du Cap.

Este punto es interesante para la historia, porque fue el de la primera parroquia que los franceses fundaron en la planicie del Cap. No debemos olvidar que los primeros que vinieron desde la Tortuga no eran más que doce y que vinieron aquí para establecerse y reunir sus fuerzas y sus medios.

La parroquia fue puesta bajo la advocación del príncipe de los Apóstoles, patrono de Pierre Lelong, el cual detentaba, de los nuevos doce Apóstoles de la gran Isla, la dirección y la confianza de los demás.

Vi una partida de bautismo a la cabeza de la cual se lee: «Extracto de los registros bautismales de la iglesia de Saint-Pierre de Haut du Cap de Santo Domingo». Relataba un bautizo del 24 de febrero de 1680 realizado por el párroco Bournon.

El Bas du Cap, la ciudad actual, no tardó nada en tener también una parroquia, ya que el consejo de las milicias pronunció allí un juramento el 26 de agosto de 1684, bajo la presidencia del señor Bégon, intendente de todas las Islas llegado entonces desde la Martinica a Santo Domingo; pero el Haut du Cap era el lugar de cabecera principal en relación al otro, donde no había más que pescadores y aquellos que el comercio de la rada atraía a su vecindario.

No es necesario sin embargo imaginar que esta especie de superioridad tuvo rasgos muy notables y para poder juzgar de una manera inequívoca, transcribo aquí un expediente de visita a la iglesia de Haut du Cap cuyo original poseo, al igual que el de Bas du Cap que ya ha visto el lector.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El año de 1688 en el tercer día del mes de mayo, bajo las órdenes del señor de Cussy, gobernador para el Rey de la isla de la Tortuga y la costa de Santo Domingo, nos, François Camuzet, procurador del Rey en sede real del Cap y como consecuencia de dicha orden, hemos ido al barrio de Haut du Cap donde está situada la iglesia de San Pedro y estando en ella, vimos y examinamos la dicha iglesia tanto por dentro como por fuera, la cual hemos encontrado descubierta y sin empalizada, puerta ni cierre del cementerio; en la cual faltan una gran campana, *teniendo en cuenta que es una gran parroquia*, un cuadro de San Pedro, una cruz de madera de dos pies de altura para el altar, una lámpara, una pila de agua bendita, seis candeleros, un misal romano, un ritual romano, un antifonario, un cáliz, un sol, un copón, dos vinajeras, una casulla con su velo, cojín y reclinatorio, una casulla negra con su velo, cojín y reclinatorio; dos albas y cíngulos y algunos lienzos para hacer corporales y manteles de altar; un hierro para hostias, una campanita para la elevación, un incensario y su lanzadera; de estas cosas arriba mencionadas, la dicha iglesia de San Pedro está desguarnecida y necesitada y cuyos habitantes y parroquianos se ven en la imposibilidad de satisfacerla; además hemos hecho la visita a la casa presbiterial y está totalmente derruida sin que se pueda hacer ninguna reparación, solamente rehacerla entera; por todo ello hemos hecho y redactado el presente expediente para presentárselo a Su Majestad, a fin de que por su conocida bondad se digne socorrerla. Hecho y publicado el dicho día y en la presencia de los abajo firmantes. Firmado, F. Michel de Calais, sacerdote, capuchino indignado a cargo de la dicha iglesia en ausencia del padre que la regentaba; Delaborde; Duclos; Camuset, procurador del Rey y mayordomo de la dicha iglesia; y Lestorel, escribano.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

No nos produce el suficiente asombro el miserable estado que pinta este expediente, teniendo en cuenta que hacía casi sesenta años que los franceses luchaban contra todos los obstáculos de un nuevo asentamiento y que la Colonia acababa de ser encontrada lo bastante importante como para tener un tribunal soberano y cuatro senescalías. Una de estas últimas estaba incluso establecida en Haut du Cap, cuya iglesia tenía por mayordomo al procurador del Rey de esta senescalía.

El Haut du Cap era también el lugar de cabecera de la reunión de la milicia de las dos parroquias y la compañía que formaba llevaba incluso el nombre de Haut du Cap.

Marchó en 1690 al sitio de Santiago bajo las órdenes del señor Fromageau, capitán, al que perdieron allí; ella misma fue hecha pedazos. La parroquia fue quemada, pillada y destruida por los españoles en enero de 1691, época en la que disponía de 150 hombres armados.

Aquellos colonos que pudieron huir, comenzaron no obtante nuevos asentamientos y en octubre de 1692, solamente la parroquia de Haut du Cap tenía en blancos 121 hombres, 43 mujeres y 95 niños y como capitán, al señor Guerit.

Los españoles aliados con los ingleses, vinieron a hacer estragos en la dependencia del Cap y en el pueblo del que hablo en este momento, también desaparecido en 1695.

A pesar de tantas desgracias, reapareció un nuevo pueblo así como una iglesia que representaban bien la miseria; pero las pérdidas experimentadas habían disminuido tanto los habitantes, que se tuvo la idea de suprimir la parroquia de Haut du Cap, tanto más cuando muchas personas había ido a aumentar la de Bas du Cap o de la Basse-Terre.

Hasta tengo la prueba de que en junio de 1698, la parroquia de Haut du Cap no tenía su propio párroco, sino solo las atenciones que el de la de Bas du Cap le prestaba considerándola ya como si no fuera más que un anexo.

El señor de Galisset, gobernador general interino, consumó esta desaparición a finales de 1699, repartiendo a los parroquianos entre la parroquia del Cap y la de Saint-Pierre de Haut-Moustique y acercando la iglesia de esta última, como diré más adelante. Así fue el final de la primera parroquia del barrio del Cap.

Después de esto, el pueblo, que no había sido aniquilado, fue siempre el punto de reunión de muchas casas y siempre se llamó el pueblo de Haut du Cap. Se compone de dos partes muy separadas.

La que encontramos primero y que precede a una fábrica de tejas establecida en 1769, tiene 24 casas donde viven cinco o seis obreros blancos, 50 o 60 libertos y cerca de 75 esclavos. Después de esta primera zona y a mano izquierda se halla el punto por donde el camino atraviesa el río de Haut du Cap y a ganar las parroquias que están al este del mismo.

Este camino era mucho más frecuentado cuando era el único que comunicaba todo el este del Cap con esa ciudad, es decir, antes del establecimiento del transbordador y de la ría que conduce allí desde el embarcadero de la Petite-Anse.

En ese punto el río se puede vadear, excepción hecha de la época de las crecidas, mediante el paso que había sido formado con gruesas piedras; ese se construyó año un puente con los pilares de mampostería y los tramos de madera.

Tiene 14 pies de anchura; un solo arco de 46 pies de apertura sirve para que pase el agua; los gastos subieron a 125,000 libras. Sentimos que el plan original del señor Rallier, que añadía dos arcos laterales de 23 pies de ancho cada uno, no se siguiera, pues la poca elevación de la única bóveda hace temer que no se la pueda superar.

El río de Haut du Cap no crece normalmente más que cerca de 4 o 5 pies cuando se desborda; sin embargo en 1784 subió en el paso 8 pies y medio por encima de su nivel normal.

Fue siempre el embarcadero de los habitantes de esta zona y antaño se hacían muchos transportes del Cap por medio de canoas. Vemos incluso una ordenanza del 10 de agosto de 1739, que señala este embarcadero como uno de los que necesitan reparaciones y cuya incomodidad fuerza a los marineros a meterse en el agua.

También a causa de esta comunicación por el río, otra ordenanza del 31 de agosto del mismo año ordenaba a los ribereños del mismo limpiarlo, talando los bosques que lo bordeaban. La marea sube hasta casi el puente del que acabo de hablar. Hay cerca del mismo dos almacenes que sirven de depósito a los objetos transportados por el río y próximaa a ellos, dos destilerías de tafia.

El río de Haut du Cap debe de haber sido antaño, si no más profundo, al menos más extendido en la época que alimentaba a los caimanes, que habían hecho llamar

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Savane à Cayman un enclave de la plantación Choiseul, de la Petite-Anse, todavía conocida con ese nombre en 1710.

Después de la primera zona del pueblo, encontramos dos plantaciones. La de la derecha es la plantación de caña Breda, la única de la parroquia cuyo suelo es, como el de todo el espacio que está después del hospital entre el río y el pico, magro y cargado de trozos de grava del mismo.

A la izquierda hay una fábrica de tejas, de ladrillos y de potes y moldes para la fabricación del azúcar, conocida también con el nombre de *poterie à Brada*, la más apreciada de todas, porque está hecha con una arcilla no porosa muy pura que, lejos de actuar con sus componentes sobre el azúcar, favorece las maniobras del refinador y parece embellecer su trabajo.

Este punto en el que el camino se alarga, fue testigo de la masacre de un negro que ejecutaba trabajos de alto nivel; el odio inexplicable de los otros negros le hizo perecer bajo las piedras y bastones solamente porque tenía ese cargo.

Este suceso, que se repitió otra vez en la Fossette por la interesada provocación de algunos niños, es la razón por la que el verdugo reside habitualmente en la cárcel desde hace 20 años, de la que no sale más que para las ejecuciones.

Después de un intervalo de cerca de 60 toesas desde el extremo de la primera zona del pueblo, se encuentra el comienzo de la segunda, que contiene once casas y una destilería de tafia.

Una treintena de obreros blancos de los dos sexos y 30 o 40 esclavos, forman la población. Las casas de este pueblo son grandes, generalmente cubiertas de planchas de madera y una gran parte de mampostería.

El viajero encuentra en total dieciséis a la derecha y diecinueve a la izquierda. En la parte más al norte del pueblo, estaba la carnicería cuando el Haut du Cap era una parroquia; abastecía al Bas du Cap, donde la carne era llevada en canoa.

El matadero también existió en Haut du Cap después de que los otros establecimientos hubiesen pasado a la ciudad actual y las canoas continúan con sus transportes. La iglesia, al contrario, estaba en la parte meridional.

Hace algunos años que hay una curtiduría en el pueblo de Haut du Cap, en el río que la provee de agua, mientras que los manglares de sus orillas pueden proporcionar el tanino.

En 1782 se había establecido un hospital ambulante para los soldados y los marineros franceses y españoles en el Haut du Cap y vimos hasta 400 enfermos.

Después de haber salido completamente del pueblo, el camino hace alrededor de 500 toesas tendiendo todavía más hacia el sur y dirigiéndose hacia una pequeña cordillera que se prolonga un poco hacia el Morne-Rouge.

Pero llegado a esta distancia, se deja esa dirección para ir al oeste. Allí finaliza la parroquia de la ciudad del Cap, que al sur tiene por límite una línea que, considerada parte de la orilla izquierda del río, se uniría a esta parte del camino que va de este a oeste hasta el pico, de modo que esta parroquia no tiene más que 1,000 toesas en su cara meridional lisa, medida desde el intervalo que hay allí entre el río y el pico.

De las estribaciones de este último, una línea que cogiendo la cima de un brazo del pico hacia el que el camino llega y que atravesando el macizo del pico del Cap

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

va a la Petite-Anse, forma el límite de esta parroquia al oeste. Solo me queda pues, describir la parte montañosa de la parroquia del Cap.

El pico del Cap

Esta parte forma la zona más grande del pico del Cap, de esta masa que, comenzando al este de la bahía de Acul, viene hasta el Picolet y ocupa así una longitud de cerca de 8,000 toesas y medidas en línea recta de este a oeste, por una profundidad norte sur que varía entre 1,000 y cerca de 5,000 toesas.

Esta masa tiene su cima principal, su verdadera detención, la que determina la caída de las aguas hacia el norte o hacia el sur más alejada del mar que la termina a septentrión que del terreno llano que la bordea al mediodía.

Esta cima forma una curvatura cuya parte convexa mira al sur y que es tal que en el extremo occidental del pico, esta cumbre se encuentra dirigida hacia el noroeste, mientras que en el extremo oriental corre al nordeste.

Esta cima forma el arco cuya longitud de 8,000 toesas hará la cuerda y ella misma no tiene más que alrededor de 9,000 toesas. En el centro del espacio que recorre, donde están los establecimientos de la plantación Loumeau, se encuentra la más alta elevación de todo este monstruoso macizo, que tiene 1,783 pies perpendiculares por encima del nivel del mar.

Por último, el arco descrito por la cima pertenecería a un círculo de 1,000 toesas de diámetro, cuyo segmento esférico habrá sido quitado de modo que su centro se encontraría dirigido del sur sureste al norte noroeste.

De la gran detención parten multitud de brazos o contrafuertes, cuya dirección principal está en el lado del mar, del mediodía a septentrión y en sentido contrario en el lado opuesto; pero esos brazos se subdividen ellos mismos en ramas, en patas y en ramificaciones de segundo, tercero y cuarto orden, de modo que este grupo montañoso tiene un conjunto dispuesto de manera tumultuosa y su aspecto varía casi a cada paso a causa de las elevaciones, las mesetas, las colinas, los torrentes, los acantilados y todos los demás accidentes que pertenecen a su formación o a su composición interior.

El pico del Cap está absolutamente despegado de todas las demás sierras, pero está demasiado poco alejado de todos los montículos que están entre ellas, que no se deben considerar como comunicaciones reales, como puntos de unión que atan toda la carcasa huesuda de la Isla.

Considerando el pico Anglais, cerca de Acul, las elevaciones que le siguen hasta la gran sierra de Acul, que no es más que un brazo de la quinta del Cibao, no podemos desconocer esa dependencia recíproca.

Hacia el centro de la longitud de la detención también, se ha hecho pasar la línea que separa la parroquia del Cap de aquella de la Llanura del Norte, de las que la primera está rodeada al norte y al sur; pero esa delimitación ha dejado mucho del pico en la dependencia del Cap, de lo que resulta que en esta parte están su profundidad y anchura más grandes.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El pico del Cap sería un tesoro para un naturalista, pues contiene elementos muy variados, cuyo estudio incluiría, sobre todo a la mineralogía.

Encontramos partes ferruginosas, cobrizas y arcilla, pero sobre todo materias calizas, ya sea en la masa de las rocas, ya sea en trozos desgajados; bancos de arena, otros de mezcla y otros de conchas marinas. Esos bancos están normalmente dirigidos de este a oeste y se inclinan hacia el sur.

Encontramos espato, granito imperfecto y luego una especie de mármol jaspeado o jaspe. Todo indica aquí un gran movimiento de la naturaleza en la confusión y la mezcla de las sustancias, en la inclinación de las capas, en las sinuosidades de los surcos montañosos, mientras que las conchas y los fragmentos de madréporas atestiguan la estancia de las aguas por encima de la masa total.

En cuanto a la capa vegetal del pico del Cap es muy superficial y cada día es arrastrada por las lluvias y su pendiente favorece la velocidad; de modo que ese suelo desprovisto de árboles, o si los tiene son canijos, no es más que una tierra escasa mezclada con arena y grava donde encontramos arcilla con frecuencia.

Sin embargo, un terreno parecido es el que abastece a la ciudad del Cap de legumbres, lácteos, leña y carbón, lo que indica con claridad que la industria es allí muy activa.

No es tan problemático para el pico proporcionar las rocas o los granitos que se emplean en las construcciones de mampostería.

El aspecto del pico no es igual en todas sus partes y aquí, como en el resto de la Colonia, podemos observar que las laderas de las montañas que miran al mar son más áridas y están más secas que las demás.

Esta aridez es impresionante sobre todo desde el Picolet hasta la Fossette. Parece que hasta aumenta en los puntos que rodean la ciudad. Vemos largos desgarramientos que son obra de las aguas y un suelo pedregoso indica la más atroz esterilidad.

Sin embargo un poco más arriba, la mirada distingue pequeñas casas de recreo, de las que una todavía lleva el nombre del señor conde de Estaing que la había comprado en 1764 en sociedad con el señor Magon, intendente, para ir a respirar a veces un aire puro y fresco.

Son notables también los jardines, donde la pala y sobre todo la regadera llena de agua, de la que el pico del Cap es un inmenso depósito crean efectos, por así decirlo, milagrosos. La temperatura varía en este pico con la elevación y la situación en relación con las brisas, pero en general los días son calurosos menos durante los vientos del norte.

En un punto del extremo oriental de la cumbre, desde donde una línea dirigida este oeste iría a pasar entre el fuerte Saint-Joseph y el de Picolet, está situada la vigía. Desde este punto, el observador divisa una inmensa extensión al este y al oeste del Cap.

Dos palos con gallardetes sirven para componer las contraseñas convenidas. El palo más al oeste indica los movimientos de los barcos de esa parte, o repite aquellos que le son sucesivamente trasmitidos desde el Môle y el otro anuncia todo lo que se avizora hasta la Grange.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La vigía se distingue desde casi todos los puntos de la ciudad: en la que se nos informa al instante de todos los sucesos marítimos que esta descubre. En tiempos de guerra, un miliciano de ordenanza, a caballo, va al amanecer y a la puesta de sol a buscar los detalles que el observador no podría expresar por medio de las señales; a veces, ese viaje se repite incluso durante el día.

Esta vigía es muy antigua: el señor Ducasse había impuesto a los habitantes del Cap, para pagar sus gastos, un gravamen que fue suprimido en 1702.

En el pico del Cap, al norte del Champ-de-Mars, está la pequeña plantación de las religiosas, que este establecimiento debe a las limosnas y al celo del padre Boutin. En ella y no lejos de la casa hay muchos manantiales que proporcionaron a la ciudad su primera fuente y cuya agua, como todas las del Cap, forma con facilidad incrustaciones.

Este lugar es apto para cultivar algunos víveres, para criar aves, producir lácteos, huevos y fruta para el pensionado de las religiosas; estas revenden a veces estos productos y sus naranjas tienen en el Cap una fama excelente gracias a su enorme grosor y a su sabor extremadamente dulce.

A veces se desprenden del pico del Cap rocas que ruedan por su pendiente y causan viva alarma. En la noche del 9 o 10 de febrero de 1764, se desgajó una de la cima, detrás de los cuarteles. Tenía 32 pies de largo, 28 de ancho y 15 de espesor.

Esta enorme masa, después de haber rodado con gran estrépito hasta el pie del pico, encontró, afortunadamente, unas tierras removidas recientemente, de modo que una de sus puntas se hundió mucho antes en el suelo. Se detuvo en el momento oportuno; una vuelta más y habría aplastado una casa que estaba a dos pies de donde se paró.

Después vimos otra, mucho menor la verdad, que rodó hasta el borde del pico la calle de Sainte-Avoye y la Saint-Joseph. Se encontraba situada y dispuesta en su interior, de modo que una negra vieja se quedó a vivir en ella y todo el Cap pudo ver a la negra de la Gran Roca.

Pero el miedo a que un día este peñasco continuara su viaje hacia la ciudad, llevó a despedazarlo; el pico y los barrenos lo disminuyeron lo bastante como para que cesaran los temores.

De la Fossette hacia el sur, el pico del Cap es menos árido y sobre todo menos descarnado. Vemos zonas sin cultivar y casi inaccesibles, pero el resto es boscoso y las pequeñas plantaciones son más numerosas y productivas en la parte inferior; las aguas son más vivas, más ligeras y más abundantes.

Hemos visto que desde el extremo del suburbio de Petit-Carénage hasta el fuerte Picolet, el pico estaba de alguna manera bordeado por la costa, pues apenas había un pequeño espacio en el que está el camino que lleva de uno a otro.

Llegados a Picolet, es necesario atravesar esta fortificación para poder ir más al oeste y el camino, o más bien el sendero que encontramos entonces, está hecho y pensado solo para usos militares.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La Banda del Norte, el Gran y el Pequeño Port-Français

A partir del Picolet comienza la vertiente septentrional del pico del Cap. Esta ladera, que lleva el nombre de Banda del Norte, desde el Picolet hasta la punta Honorat, está menos habitada que la otra; incluso es inhabitable en su mayor parte en cerca de tres cuartos de su longitud partiendo del oeste por su aspereza, por la naturaleza ingrata de su suelo y por la imposibilidad de hacer allí caminos duraderos y aptos para los viajes y los transportes. Solo encontramos asentamientos que indican la presencia del hombre en pequeñas ensenadas.

Después del Picolet y a 110 toesas al oeste, está la roca del mismo nombre, que es un trozo de peñasco desprendido y situado a cerca de 15 toesas de tierra. Más lejos, a 440 toesas, está la ensenada de Palmistes y además, a una distancia parecida, la ensenada de Laviviaud, donde hay dos baterías.

Que esta la más al este se llama batería de Hersan y la otra fuerte Bourgeois, nombres de dos habitantes que poseían dos pequeñas plantaciones situadas en esta ensenada. También se llama la Banda del Norte a la segunda batería.

A una se llega por el sendero que acaba en el Picolet y por un ramal del camino del cual hablaré, pero el fuerte Bourgeois no tiene comunicación por tierra con el Cap que no sea este camino.

Cuando llegamos a la Providencia de hombres, nos dirigimos hacia la garganta del noroeste, que he mencionado muchas veces y vamos siguiéndola hasta casi el límite de la ciudad, teniendo a la derecha el torrente del Cap o de la Belle-Hôtesse, adonde vienen las lavanderas buscando el hilo de agua que apenas corre en épocas normales.

Allí, sus lenguas se entregan al doble esfuerzo de la charla y los cánticos; allí, la maledicencia y la calumnia, pues no hay clase ni color que esté a salvo de ella, tienen el campo libre; así son frecuentes los celos, las querellas y las críticas.

Todas las pasiones buscan satisfacerse y las lavanderas, cuyos fuegos no se apagan en el fluido con el que trabajan, tienen en las Colonias una reputación erótica que saben cómo mantener.

En algunos jardines pequeños hay también lavaderos en la mano izquierda del camino. Donde hubiera manantiales fueron plantados por particulares y sus propios terrenos. Se pagan 15 monedas al día a cada lavandera.

Llegados al punto donde estaba el cementerio de la Providencia, el camino sube rápidamente por un suelo calizo y cretáceo, costeando siempre el torrente que recibe muchos otros, todos poco caudalosos.

Por último se llega a la cima de la garganta, donde descansamos un poco. Allí el camino se bifurca. El de la derecha conduce, dividiéndose, a las distintas ensenadas de la Banda del Norte y el de la izquierda, al grande y pequeño Port-Français.

A la derecha del camino más oriental, hay un pequeño cuerpo de guardia llamado Cuerpo de Guardia de la Banda del Norte, que domina los dos caminos y que sirve de límite a la guarnición en esta zona.

Fue construido en mampostería en 1758. Está frente al oeste y a 60 pies de distancia y cuenta con una galería de pilastras que lo cubren de oeste a sur.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Desde el cuerpo de guardia se divisa el mar; la configuración de esta parte, que es opuesta a aquella por la que se viene del Cap, se le parece enormemente. Tiene la prolongación del pico al que está adosada la ciudad al oeste. Al este, la continuación de la parte de ese pico que va hacia el Picolet y que el observador ve muy por encima de su cabeza, porque la parte alta de la garganta no está demasiado cerca de la cima de la montaña.

La pendiente de sus dos laderas, al principio muy rígida a partir de su cumbre, se suaviza más hacia el centro y enseguida forma hacia el cuerpo de guardia una especie de garganta o faja estrechada, pero en sus costados, que tienen una gran inclinación, van a formar alejándose uno del otro hacia el mar, por un lado la Banda del Norte y por otro el Port-Français, entre los que hay una falda de la montaña.

Para ganar la ensenada Laviviaud se sigue la hondonada de la garganta. El camino es rígido y pedregoso; se pasa muchas veces por un torrente y finalmente se llega a la playa, cuya extensión forma una pequeña plantación bonitamente situada y que antaño estaba ornamentada.

Al borde del mar está la batería Bourgeois, que el señor de Larnage hizo establecer en 1749, con un cuerpo de guardia donde la milicia del Cap tiene un puesto durante la guerra.

Si se quiere ir a la batería de Hersan, se coge un ramal que lleva allí por la derecha desde lo alto del camino de la Banda del Norte, . Esta batería fue establecida a finales de 1741 por el señor Coudieau, ingeniero, siguiendo las órdenes del señor de Larnage.

A un cuarto de legua del fuerte Bourgeois está la ensenada de Toulouse. Vamos a una y a otra por otras dos ramales del camino que se reúnen en lo alto al de la ensenada de Laviviaud y que siguen pequeñas hondonadas o especies de torrenteras.

Después de la ensenada de Toulouse y a 700 toesas, encontramos la punta del pico Diable que, está a 400 toesas al este del cabo Honorat; este último está a una legua y tres cuartos del fuerte Picolet y forma el extremo este de lo que se llama el Grand-Port-Français o la punta Barrau, por el nombre de un habitante.

El Port-Français o Grand-Port-Français, tiene cerca de 550 toesas de apertura por 426 de hendidura. Se entra con suma facilidad y se puede fondear entre 8 y 10 brazas, en un fondo de arena cenagosa excelente y a un cable de tierra.

El mar siempre está en calma y al abrigo de los vientos del norte, del este y del sur. Es pues un apreciado refugio para un barco y hasta para una fragata zarandeada por un viento del norte o perseguida por el enemigo.

El cabo Honorat forma, con la del pequeño pico Diable o la punta Lélot, de la que está a 466 toesas de distancia, una pequeña bahía orientada oeste este dentro del mismo Grand-Port-Français.

Esta pequeña rada tiene 400 toesas de apertura por cerca de 200 de profundidad. Se fondea igualmente en siete brazas, sin que el mar se mueva y tan cerca de tierra, que se puede establecer un excelente carenero y abatir los mástiles allí, teniendo la arboladura de los navíos completamente en tierra.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La punta de Honorat forma una especie de avanzada, que tiene al oeste la pequeña bahía de la que acabo de hablar y del otro lado la ensenada que se halla entre la punta del pico Diable y el cabo Honorat.

Esta avanzada y el terreno hasta el pie del pico, forman un espacio llano y bastante extendido como para poder instalar un lugar donde hacer escala y un carenero, porque la pequeña ensenada del este es inabordable a causa de los arrecifes a flor de agua que la bordean y que se extienden a lo ancho hacia el norte.

Al fondo del Grand-Port-Français, donde está la plantación Belly, hay un gran arroyo o un río muy pequeño cuya agua es excelente.

El Port-Français tuvo el honor de ser visitado por el almirante de los primeros buques de la marina francesa que fueron enviados a las Antillas. Esos buques, armados en El Havre-de-Grace bajo las órdenes del señor de Cahuzac, zarparon de Francia el 5 de junio de 1629.

Eran diez, incluida una urca. Después de haber destruido todo lo que había de fuerzas marítimas inglesas en San Cristóbal, cruzaron el golfo de México, citándose en Tiburón y en Port-Français.

Subió al navío el señor de Cahuzac *les Trois-Rois*, entró en este último el 29 de octubre de 1629 e hizo su aguada. A causa de las ciruelas que habían comido en abundancia los miembros de su tripulación fueron presa de vómitos.

Esta costumbre de hacer la aguada en Port-Français duró mucho tiempo. La escuadra del señor de Forant la hizo en marzo de 1687. Tengo la certeza de que la urca *le Large* hizo la suya en junio de 1690.

Durante mucho tiempo, hasta los más modestos corsarios ingleses fondearon aquí a su antojo y se abastecieron cómodamente de agua y madera. En 1691 tres buques españoles se quedaron varios días.

Fue también Port-Français el que proporcionó un mástil y dos piezas al navío *le Rubins* en 1731.

Port-Français, donde desembarcaron los ingleses en 1695 y de donde fueron al Cap, está defendido en el oeste desde hace mucho tiempo y la milicia de esta ciudad proporciona un puesto durante la guerra.

Su situación es verdaderamente pintoresca y la garganta que lo comunica con el Cap, no pudiendo divisarse porque está situada oblicuamente, hace que parezca que solo se puede llegar por mar o que se está obligado a franquear la cima del pico del Cap para salir.

En el lado este de Port-Français y en una zona de su fondo al sur, hay muchas factorías de cal que añaden singularidad a este lugar, cuyo aspecto es árido y salvaje. No hay más que legua y media por el camino del Cap a Port-Français.

Muy cerca de la punta Honoré y un poco al sur, hay un picacho desgajado donde hay un palomar. Este tenía antaño una batería con cinco piezas de cañón. En la guerra de 1756 se había confiado la guardia a un tal Bastide, pescador de profesión, cuya casa estaba muy cerca.

Dos corsarios se emboscaron en la ensenada, que he indicado como apta para el carenero, para tratar de sorprender a algunos barcos de cabotaje; pero la Bastide, ayudado únicamente por sus dos compañeros, se batió tan bien contra ellos durante

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tres horas, que les obligó a volver al mar después de haberlos vapuleado. El bravo la Bastide murió en 1772.

Se cuentan cerca de 1,200 toesas desde el cabo del Grand-Port-Français o de Barrau hasta la punta oeste del Petit-Port-Français. La profundidad de este pequeño puerto es de cerca de 830 toesas. Aquí está el límite noroeste de la parroquia del Cap.

Recordaremos que he comentado que cuando venimos del Cap delante del cuerpo de guardia de lo alto de la garganta, el ramal izquierdo del camino iba al Grand-Port-Français.

Este camino que va de oeste a este, tiene una dirección bastante recta cuenta con 2,600 toesas desde el cuerpo de guardia de arriba hasta el de Port-Français, pero este camino es difícil y cansino.

Está en el lado de la gran pendiente del pico del Cap y se reencuentra yendo al mar con los dos brazos del grande y pequeño pico Diable. Es todavía más difícil ir del Grand-Port-Français al pequeño a causa de las rocas que salpican este intervalo.

Yendo desde lo alto de la garganta del Cap al Grand-Port-Français, encontramos muchas casas de recreo y hasta hermosos jardines, cuyos productos, que se deben a las aguas que recogen, contrastan con la aridez de las zonas colindantes.

Aquí encontramos lo que un gusto bastante raro se esfuerza, por reunir en Francia desde hace algún tiempo, para hacer jardines ingleses. En un lado hay puntos alegres, ornamentados y podados; en el otro, acacias, guayabas, palos de Campeche; aquí, cenadores y estanques; allá, lianas, zarzas y partes rocosas.

Cuando regresamos de la Banda del Norte o de Port-Français al Cap, llegados al pequeño cuerpo de guardia y comenzandos a descender para encontrarnos con la ciudad, vemos en lontananza puntos de la parroquia de Quartier-Morin.

La perspectiva se amplia a medida que avanzamos; la mirada descubre sucesivamente un plano más grande; muy pronto se mezcla la casa del sur de la ciudad con el aspecto del campo y finalmente el viajero llega a la especie de pequeño suburbio formado por encima de la Providencia y entra así en el Cap.

Esta ciudad dista:
De la de Santo Domingo:

Por la ruta de Saint-Raphaël	89	leguas
Por la de Dajabón	98	” .
De la ciudad de Port-au-Prince, alrededor de	60	” .
De la de Cayes, alrededor de	108	” .

Después de haber descrito la ciudad y la parroquia del Cap, tengo que decir, naturalmente, algo sobre los recursos de la primera para su consumo, lo que comprende sus comunicaciones y relaciones con otros puntos de la Colonia y hasta con la metrópoli.

Centro de comercio de una zona muy fértil de la Colonia, sede de una guarnición y de un gran número de consumidores, el Cap se abastece primordialmente de productos locales de su vecindario y luego de los de distintas parroquias de la planicie de su nombre, cuyos comestibles vienen casi todos al mercado de esta ciudad

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

y aun de puntos de la costa, desde Fort-Dauphin hasta Port-de-Paix, por medio de barcos de pasajeros que transportan los artículos y los víveres.

En cuanto a los bienes de subsistencia que dependen de fuera, son traídos como sucede en toda la Colonia por los barcos de los distintos puertos del reino; el mismo sirve de depósito para toda la Parte del Norte.

Los navíos de América septentrional traen también animales vivos, aves, salazones, cerveza, arroz, aceite de quemar, maíz, y sebo, aparte de las planchas y la madera para construir las que en su mayoría proporcionan.

La defensa de la Parte del Norte

Me queda nada más que un tema en relación con el Cap, y es que se refiere a considerar este enclave no solamente como una parroquia de la Colonia, sino como el lugar de cabecera de la Parte del Norte; se trata de su defensa militar.

No entraré en la controversia de saber si las Colonias solo deben estar defendidas por fuerzas navales o si pueden disponer de una defensa terrestre conveniente. Nada me parece tan ocioso como el discutir esta cuestión, si se pretende dar por sentado que una de las dos cosas puede bastar independientemente de la otra.

Creo haber dicho ya que todas las medidas deben estar combinadas de modo que tengan este triple objetivo: impedir el ataque, prolongar la defensa si el ataque se lleva a cabo y preparar el buen uso de las ayudas que la duración de esa defensa traería desde la metrópoli.

Además, ese plan exige ambos medios. La defensa de una Colonia y por consiguiente la de una parte de ella, debe dividirse ella misma en marítima y terrestre; bajo este doble enfoque voy a hablar de la del Cap.

Por defensa marítima de una Colonia no entiendo solo el empleo de una fuerza naval capaz de impedir los propósitos del enemigo, sino que incluyo en esta denominación a los obstáculos de todo tipo que la naturaleza o el arte oponen a los designios de un enemigo al que transportan las fortalezas flotantes, que son ellas mismos a la vez los medios y la fuerza capaces de dirigir fácilmente hacia diferentes puntos hombres e instrumentos de guerra.

Sin embargo no quiero decir que quiera erigirme en hombre de ese oficio ni en juez para establecer un sistema de defensa del Cap; solamente tengo la intención de ofrecer algunas ideas generales que me proporcionarán las ocasiones de multiplicar los detalles descriptivos.

Hasta 1691 la parte dependiente del Cap, que solo se extendía desde Acul a Limonade, parecía de tan poca importancia, en comparación con Port-de-Paix y la Parte del Oeste de la Colonia, que no había ni rastro de fortificaciones y lo que sucedió en 1691, con la caída de toda esta dependencia, constituyó una prueba suficiente.

El señor Ducasse, sucesor del señor de Cussy, fue el primero en pensar a principios de 1692 en la defensa de esta parte. Propuso la construcción de un fuerte en el Cap, es decir, lo que entonces llamaban un fuerte y nos podemos hacer una idea por los innumerables «reductos» con que los motejaron, icluso después de esa época.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El 27 de agosto el ministro autorizó a construir esta fortaleza, cuyo coste había sido calculado en 60,000 libras. Este fue el origen del primer fuerte, que tenía un revestimiento de mampostería. Además, en 1694, solo se veían trincheras de tierra que mandó hacer el señor de Grasse, comandante del Cap.

También había otro en la zanja de Limonade, otro en el río Grande de Quartier-Morin, un tercero en el río Any de la Petite-Anse y el cuarto en Haut du Cap, en la margen izquierda del río.

Se habían emplazado algunos parecidos a lo largo del río en el pueblo de Bas-du-Cap y estas medidas no impidieron, en 1695, la devastación y el incendio de toda la dependencia del Cap por los españoles aliados a los ingleses. Hasta 1694 tampoco se creyó provechoso tener un ingeniero adjunto al servicio particular de Santo Domingo.

En 1700, el señor de la Boulaye, inspector general de la marina, encargado por el Rey de examinar el estado de las Colonias, proporcionó algunas ideas sobre la defensa de Santo Domingo, que se limitaban a la de la rada del Cap.

El señor Renaud para fortificar Picolet hizo entonces un proyecto que fue el primer germen de las fortificaciones del puerto. Para remate, podemos hacernos una idea de lo que se hubiera podido intentar, pues el fondo anual para las fortificaciones normales de la Colonia era de 6,000 libras; a decir verdad, los trabajos los hacían entonces los negros de los habitantes, a los que empleaban con frecuencia en trabajos de todo tipo.

En julio de 1702, el señor de Galisset se ocupó de instalar una batería en el Picolet siguiendo un plan más restringido que el del señor Renaud; la naturaleza del terreno hizo muy penosa su ejecución.

Hizo preparar una pequeña meseta para recibir seis cañones. La tentativa de los enemigos sobre Léogane había hecho adoptar esta medida. El comando de Ailly y el conde de Roussy debían llevar allí los cañones, pero no tuvieron tiempo.

Incluso otros muchos barcos rehusaron efectuar este difícil transporte, porque siempre había mar gruesa batiendo de costado. El señor de Galisset hizo que los negros de carga colocaran una especie de avanzada de piedra para facilitar el desembarco de los cañones.

Envió carpinteros que sierran la madera a lo largo a la Tortuga, para obtener maderas de caoba para las plataformas; finalmente en junio de 1702, se desembarcaron seis cañones de los 24 estipulados .

El señor de Galisset condujo él mismo la balsa en cada viaje, con mucho trabajo y hasta peligro, pues todo el mundo pensó que se hundiría con la decimosexta pieza. Luego se les subió la plataforma, que se hallaba a 45 pies por encima del mar.

En el mismo año, el señor de Galisset mandó hacer 640 toesas de trincheras de tierra delante del pueblo del Cap y comenzar dos baterías. La primera, de seis piezas, en el extremo de la ciudad al norte del torrente y en la ribera, en el emplazamiento del fuerte de 1692, lo que hizo que se llamara el Fuerte Viejo.

La otra, de once piezas, también a lo largo del mar en el extremo sur de la ciudad, en el borde septentrional del pantano, que entonces llegaba hasta la calle Chastenoye y que denominaban la batería de las Damas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Algunas trincheras, también de tierra y situadas en diferentes embarcaderos, formaban junto con las fortificaciones de las que acabo de hablar toda la defensa de la zona del Cap cuando en 1710, el señor Cauvet escribió un memorándum sobre la misma.

Considerando el pico del Cap como una semi isla formada por el mar, el río de Haut du Cap y el río Salée del campo de Louise, pensó que toda la defensa de la zona del Cap debería estar contenida en esa extensión.

La batería de Picolet y una batería en el pequeño Mouton, un trinchera de mampostería delante del pueblo y unos estrechamientos de tramo en tramo, desde el pueblo hasta una trinchera que dominaría el río Salée del campo de Louise y cuya retirada sería el Cap, componían todo el sistema del señor Cauvet, que una ordenanza de los Administradores del 12 de marzo de 1710, limitó al proyecto de Picolet, del pequeño Mouton y de la muralla de Bourg.

En 1712 sin embargo, las cosas estaban como en 1702. Había un puesto de milicias en Picolet y otro en la ciudad. Un hombre de vigía en el pico, al oeste del Cap, hacía sonar con un cuerno el mismo número de veces que el de los navíos que oteaba al este.

Un segundo vigía en la plantación del señor de la Thuyllerie, en la Banda del Norte, repetía la misma señal para los barcos que venían del oeste ya que todavía no se les había ocurrido, como ahora, elegir un punto desde donde se descubrieran ambos lados: si la cantidad de velas preocupaba, se daba la alarma general con dos cañonazos, con un intervalo de un minuto que se repetía un cuarto de hora después y entonces todos los habitantes se reunían en la sabana de la plantación Breda, en Haut du Cap.

El 29 de marzo de 1713, el ministro escribió a los Administradores, enviando un plan de fortificaciones para el puerto del Cap y ordenándoles que deliberaran sobre su puesta en marcha.

El consejo de guerra, reunido en Léogane el 13 de julio, formado por los señores de Charrite y de Paty, gobernadores, por el señor Mithou, ordenante; Cauvet y le Merle, ingenieros, primero encontró que el plan era inexacto y erróneo y se decidió que en lugar de fortificar el gran Mouton, era el pequeño el que debía volverse respetable costase lo que costase después de que el señor le Merle lo hubiera examinado.

Este efectuó esa visita el 20 de febrero de 1714 acompañado del señor de Arquian, gobernador del Cap y del señor de Charrite (que acababa de ser nombrado gobernador de la Martinica), del señor de Vilaire, teniente de galeras, del señor Duleny, capitán de milicias y de los señores Duhamel y Rehautté, capitanes de los dos navíos fondeados en la rada y de los pilotos del puerto.

Rechazó la idea de fortificar tanto el grande como el pequeño Mouton, sosteniendo que era necesario preferir el Bélier que, al estar situado a la entrada del canal de carenado y al poder mantener un fuego cruzado con el Cap, era superior a ellos.

El resultado de tantos desvelos fue que 1718 se pareció a 1702, exceptuando que la batería del fuerte viejo estaba sin cureñas y que el de las Damas no podía servir más que para saludar.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Al llegar al Cap en 1719 el señor Frazier, , se extrañó de no encontrar en la zona del Cap más que las tres baterías ya mencionadas en mal estado y sin parapeto. En abril de 1720 propuso hacer de Picolet un eficaz baluarte de defensa.

Quería que el viejo fuerte, destruido por los enemigos en 1695, fuese reconstruido. En cuanto a la batería de las Damas, donde había 15 cañones porque había sido alargada hacia el norte de la batería de Sainte-Barbe, que iba hasta el punto donde está la calle del Rey le parecía suficiente, dos flancos de 10 toesas de largo para cubrirla al norte y al sur.

El señor Frazier, consideraba cualquier plan relativo a la fortificación de los arrecifes del paso o de la rada extremadamente costoso y casi imposible de ejecutar y prefería, como se había propuesto desde 1718, tener una construcción en la punta de Mapou, hacia el embarcadero de la Petite-Anse, que tendría 20 piezas de gruesos cañones para defender el fondeadero, este embarcadero y el carenero.

El señor Frazier proponía además hacer una trinchera al sur de la ciudad y del pantano, apoyado desde el pico al final de la calle Espagnole hasta el río y a la vuelta a lo largo del mar, para defender la desembocadura de esta corriente.

Pasaron diecinueve años antes de que se confirmara nada del trabajo del señor Frazier. Desde hacía mucho tiempo estaban completamente volcados en Fort-Dauphin. En 1732, sin embargo, el señor de Fayet sabía que se pretendía fortificar el pequeño Mouton del paso del Cap.

Pero el señor de Larnage puso en 1739 marcha lo concerniente al Picolet, que fue construido en dos pisos y recibió 34 piezas de cañón

Por medio de su recinto, esta batería se convirtió en un verdadero fuerte de 25 toesas de largo por 7 de altura, que el señor de Coudreau, ingeniero, terminó a finales de 1741 haciendo construir el polvorín con su muro de refuerzo, la cisterna y el cuerpo de guardia.

En la misma época se hizo la puerta de este fuerte, que está formada por dos pilastras jónicas de piedra de sillería cuyo soporte es el pedestal.

Una cornisa de 8 pulgadas tiene un frontón triangular, en cuyo tímpano están esculpidas las armas de Francia con los atributos militares. Entre la puerta y el entablamiento hay una piedra que lleva esta inscripción.

Ludovico XV regnante
Auspice
D.D.Comite de Maurepas,
Regio
Navalis Rei et Colonialorum
Praefecto
Stetit hoc: stetque diu
Contra Gallici Nominis Hostes
Propugnaculum.
Anno Domini MDCCXLI

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Delante del fuerte hay un foso excavado en la roca con un puente levadizo.

La batería del viejo fuerte estaba destruida desde 1735, y la de las Damas corrió casi la misma suerte. El señor de Larnage consideró en 1741, que el fuerte Picolet no bastaba para proteger la rada del Cap e instaló deprisa y corriendo una batería de 12 piezas del 18, en tierra y en abanico en el muelle donde ahora está la batería real.

Pero solicitó al ministro reemplazarla por una batería de mampostería que debía evitar el fortificar los arrecifes de la rada, pues no se había tenido esta idea, según él, más que a causa de la imposibilidad de emplazar una batería delante del Cap por el defecto del muelle. También hizo colocar delante de la ciudad unas estacas en todo el borde del mar.

A principios de 1743 y de acuerdo con una autorización del ministro, se trabajó en el polvorín actual, que hasta entonces era una simple barraca colocada delante de este último y que podía ser cañoneado desde la rada.

Era también una de las proposiciones del señor Frazier recuperadas por el señor de Larnage. El polvorín es a prueba de bomba y conserva bien la pólvora. Se divide en dos partes. Uno de los lados es para la pólvora del Estado y el otro para la de los particulares y barcos mercantes.

Se recibieron también órdenes para la batería circular, pero no obstante su ejecución está sometida a la de los terraplenes de la compañía Béhotte. El señor de Larnage, presionado por el miedo a la guerra, hizo colocar en el entretanto, delante del arsenal actual, una segunda batería en tierra y en abanico, con 12 piezas del 24 que la urca *l'Éléphant* acababa de traer.

Los habitantes del Cap cedieron sus negros, que levantaron cerca de 150 toesas de terraplén que corría a cargo del Rey y que unificaba a las empresas Béhotte y Coudreau.

Además los prestaron para todo aquello que pudiera acelerar los trabajos de la batería de la que acabo de hablar, como terraplenes, transportes, etc.; demostraron el mismo celo cuando en febrero de 1744 se empezó la batería circular.

El señor de Vaudreuil vino a la Parte del Norte en 1744. Hizo levantar cuerpos de guardia en todos los puestos de Limonade, Quartier-Morin, Petite-Anse, la Llanura del Norte, de Acul, Limbé y Port-Margot; el de Caracol era el único que tenía uno.

En septiembre del mismo año y siguiendo el consejo del señor de l'Isle-Adam, capitán de tropas hizo poner, a todo lo largo de la ribera del Cap y cada medio pie, estacas de 12 pies de largo por seis pulgadas de diámetro, hundidas a 6 pies y cuya cabeza estaba a flor de agua, con el fin de impedir la incursión de las chalupas si el enemigo entraba en la rada.

En esta ocasión se sondeó, todo el borde del mar y se encontró un fondo arcilloso y por consiguiente adecuado para las estacas, que una barcaza cubierta hincaba en el fondo. Pero los gusanos destruyeron muy deprisa esta prevención.

El señor de Vaudreuil propuso entonces el establecimiento del fuerte Saint-Joseph en la punta llamada Pointe à Foëson, por el nombre del dueño de la plantación de la que dependía.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Consideraba que era indispensable para secundar al fuerte Picolet y para barrer el paso y el fondeadero, cruzando su fuego con el de las baterías del muelle. Sin embargo habrían de ser otras, que no fuera la circular, que la guerra forzó a dejar inacabada.

El año 1745 fue la época en que se efectuaron muchas disposiciones militares en el Cap. La batería hecha con tierra donde está la batería real y que había sido destruida casi tan pronto como fue terminada por su poca solidez, el señor de Larnage ordenó construirla en mampostería y esta batería fue terminada a la vez que el año; es la propiamente dicha batería real.

Se hizo una trinchera de tierra que defendía toda la longitud desde el pequeño carenero hasta el torrente y se arrasaron entonces los restos del viejo fuerte y se le llamó fuerte de las Damas a la fortificación que se puso en el extremo septentrional de esa trinchera; de ahí tomó su nombre la calle Fort-aux-Dames.

Para defender la primera se emplazó una batería en la desembocadura del río de Haut du Cap, en la margen izquierda. El señor de Larnage desmanteló las fortificaciones de la primera batería de Picolet y los negros de carga adversos, el camino que vemos y que lleva desde la ciudad a Picolet.

Desde entonces se proyectó también cubrir la ciudad del Cap al sur con un frente de fortificaciones; lo comenzaron en febrero de 1746 y lo terminaron en agosto siguiente.

Era una trinchera de tierra con césped que, empezando en el pie sur del pico que bordea la Fossette al norte, venía a cerrar la ciudad con una cortina y dos medios bastiones; la cortina dominaba desde la calle Espagnole hasta la Anjou e iba luego hasta la desembocadura del río.

Había un terreno que presentaba una pendiente suave y uniforme delante de esta trinchera y se había hecho hasta un camino cubierto desde la entrada dejada a ese estrechamiento para ir a la ciudad, que estaba enfrente de la calle Royale, hasta una pequeña vuelta que se abría a la sabana de la Fossette.

En el pico que domina esta, la trinchera tenía una batería de tres cañones. El señor de Vaudreuil quería que se aprovechara esta ocasión para enderezar el camino que llevaba desde la calle Espagnole al Haut du Cap, pero el señor de Chastenoye no encontró necesario este trabajo y gracias a esa oposición se llevaron el mérito los señores de Reynaud y Le Brasseur.

Durante el mismo año de 1746 se hizo una trinchera desde el sur de la batería real hasta el punto del muelle que corresponde a la calle Chastenoye; otra que iba desde el norte de la calle Religieuses al sur de la Saint-Joseph; otra donde está la plaza de Le Brasseur y por último se añadió una en la esquina sudeste de la batería, que acababa de ser puesta en el transbordador.

En ese año se levantaron también numerosos terraplenes y construcciones en la extensión de lo que antes se llamaba la ciénaga, la cual, a causa de un alto fondo formado por un banco de arena acarreada por el río, no era tan accesible a las chalupas como el resto.

El año 1747 fue notable en cuanto a las fortificaciones del Cap por la construcción del fuerte de Saint-Joseph, situado a 20 toesas al este del camino que lleva a

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Picolet y a 400 toesas de este último fuerte. Este nombre le fue dado por el patrono del señor de Vaudreuil que como he observado se lo había propuesto al ministro, Fue acabado en 1748.

También en ese año se ocuparon de la construcción definitiva de la batería circular, pero sin seguir el plan original. Según este, era inmensa y debía tener una batería circular de 15 cañones, en línea tangente con el torrente al norte.

Una segunda batería circular exactamente igual, en línea tangente con el lado norte de la calle de Chastenoye al sur.

Luego, el intervalo entre esas baterías debía de ser llenado por una batería recta de 18 cañones, donde se incluirían tres calles correspondientes a las Conseil, Saint-Jean y Fontaine.

En lugar de eso, en 1745 se construyó la batería real que vemos al sur de la calle del Rey y se puso a su derecha la batería circular que representa el plano que hice grabar. En 1748 solo se erigió lo que está desde la calle hasta 12 toesas al norte del torrente, es decir, 70 toesas incluyendo el saliente que, en el extremo sur, va de este a oeste.

Esta construcción y los muros hechos en el torrente para contener los bordes, costaron 247,000 libras. Se trabajó tan a destajo, que los cañones y tres morteros estuvieron listos el 1 de mayo de 1748, así como el fuerte de Saint-Joseph.

Se colocó un revestimiento de concreto en la batería real, que estaba desprotegida; se hizo una empalizada de estacas a todo lo largo de la ciénaga; todos los flancos de las trincheras y de los muelles recibieron cañones.

Se colocaron seis en los flancos del frente de la Fossettte; se prolongó la trinchera del Petit-Carénage hasta su reencuentro con el torrente; se ocuparon, en fin de asegurar la protección del Cap, para el cual la toma de Saint-Louis había sido un aviso. Llegó la paz y con ella la especie de descanso negligente que trae consigo.

Sin embargo el ministro mostró previsión al darse cuenta de toda la importancia que Santo Domingo debía adquirir y de que la misma podía comprometer su seguridad; creyó que tenía que aprovechar la paz para multiplicar los medios de protección.

Con esa intención el 25 de octubre de 1750 redactó el memorándum para el Rey en que solicitaba para la Colonia de Santo Domingo una concesión especial para las fortificaciones.

En marzo de 1751 la Colonia la concedió por cinco años. Un segundo memorándum, del 7 de noviembre de 1754, prolongó el impuesto durante otros cinco años, de 1755 a 1760.

La Colonia siguió obedeciendo, pero los dos Consejos Superiores que todavía tenían la costumbre de reunirse para representarla y que habían votado en 1751 en su nombre, emitieron en 1755 unas amonestaciones donde establecían que desde 1720 se habían desembolsado veinte millones para las fortificaciones en la Colonia, lo que debería haber sido suficiente si la sabiduría y la economía hubieran caracterizado su empleo.

Estas amonestaciones no tuvieron éxito, ya que el impuesto fue prolongado cinco años más, hasta 1765.

En 1755, el señor de Vaudreil propuso fortificar el Grand-Mouton y en 1757 el señor Bart solicitó que la punta Bertrand, que está a 200 toesas al sur del fuerte

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Saint-Joseph, se convirtiera en una nueva protección para el puerto y en efecto, vemos ahora una batería de morteros que llaman, no se por qué, el Fort-aux-Dames.

En 1758 terminaron la batería circular en la zona norte del torrente y en ese mismo año establecieron la batería de morteros de Gri-Gri; hasta 1736, este lugar se llamaba la Pointe des Nègres.

La guerra de 1756 no cesó de propagar el miedo a Santo Domingo y esos temores hicieron que el señor de Belzunce, oficial de tierra cuyo talento militar y reputación eran del dominio público, tuviera la ocasión de cambiar de forma notable el sistema de defensa de esta Colonia.

Convencido, por la dolorosa experiencia que acababa de tener en la Martinica, donde los socorros habían llegado demasiado tarde, de que un puesto interior que prolongara la defensa podría salvar una Colonia, tuvo como teoría principal esta combinación y ya he dicho cómo Sainte-Rose y Dondon le habían parecido los puntos más adecuados para realizarla.

El señor de Belzunce manifestó además, a través de sus disposiciones, su convencimiento de que la Parte del Norte de la Colonia de Santo Domingo es la más importante a la hora de montar una defensa, aquella cuyo destino debe tener la mayor influencia política sobre la de toda la Colonia.

El señor de Estaing, sucesor del señor de Belzunce, al que atribuía grandes conocimientos militares, se quedó impresionado por su sistema al llegar, en abril de 1764 de las Islas de Barlovento, donde había tenido la misión especial de estudiar el mejor plan para fortificar esas islas y deliberar con sus jefes sobre la ejecución del mismo.

Le pareció que el señor de Belzunce se había fijado, como buen guerrero, el objetivo que se debe tener en cuenta al defender una Colonia. Gracias a estos dos hombres, a los que no se puede rehusar este homenaje, que hablaron de lo que mejor conocían, aventuro una opinión o para ser más sincero, es la suya la que voy a exponer, después de haber añadido que también la compartía el señor Duportal, director de las fortificaciones y cuyas lecciones el señor de Estaing se vanagloriaba de haber recibido.

La primera verdad que tenemos que tener en cuenta, es que hay entre una Colonia y la marina una unión y una correlación de tal manera íntima, que no podemos disimular que la superioridad marítima debe disponer de características coloniales.

Una Colonia como la de Santo Domingo que anualmente proporciona en productos a la metrópoli ciento cincuenta millones de libras francesas y que en consecuencia imprime un movimiento prodigioso a su comercio, no debe estar expuesta a convertirse en la víctima de un enemigo poderoso que podría, pasando hasta por encima de la vergüenza de una flagrante violación de los tratados, creerla justificada por un éxito que no hubiera pensado que fuera difícil.

Pero como el mantenimiento de ayudas a una marina permanente sería ruinoso por el gasto y por su consumo en hombres, se hace indispensable encontrar recursos interiores.

Además, estos no pueden ser otra cosa que una fortificación combinada sin embargo de manera que, dando la esperanza de una defensa prolongada, no sea

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tampoco ella misma inexpugnable si se convirtiera finalmente en el botín del vencedor que tenga la superioridad marítima

Es necesario que un camino difícil y sembrado de obstáculos entre el enemigo y esta plaza, pueda en cada momento darle su propio nombre embarazoso y le exponga a que vea como adquiere la ventaja sobre numerosos batallones, gracias a un puñado de hombres aclimatados y emboscados.

Es necesario que todos los transportes les sean penosos, que todas sus comunicaciones con los navíos sean lentas y fatigosas; en una palabra, que los azares de la guerra y los males del clima les hagan temer cualquier cosa.

Pero este sistema requiere preparativos. Requiere la elección del lugar cuya salubridad debe ser una de las condiciones indispensables.

Requiere abastecimientos, sobre todo de cosas que se puedan conservar durante un largo tiempo y además, animales, forraje y una disposición hecha de antemano, de manera que en el momento del ataque, cada quien sepa qué punto, qué función y qué utilidad debe tener en esta especie de reducto general.

Haría falta que el genio del jefe supiera convertir ese reducto en algo tan especial, que para expugnarlo sería necesario un ataque regular que hiciera perder mucho tiempo a los asaltantes.

Pero, con la vasta extensión de la Colonia francesa de Santo Domingo, dividida de forma casi natural en tres partes diferenciadas, tal vez sea imposible tener un punto central en cada una de ellas.

No se debe olvidar que se trata sobre todo de convertir en fructíferos los envíos de las ayudas de Francia y por consiguiente de favorecer la reunión de la fuerza que combate, todavía en el interior, con la que está destinada a hacerla triunfar con la expulsión del enemigo.

Sin duda es difícil impedir que una escuadra francesa desembarque ayudas en una circunferencia tan extensa, pero es necesario que las tropas que la conforman no tengan que franquear grandes espacios, ni experimentar grandes fatigas antes de la deseada reunión, ya que esas tropas tendrían que temer, como las enemigas, los males que atacan a los hombres que no están aclimatados.

Convencidos de la conveniencia de un puesto interior, pronto la de otros medios interiores se haría posible. No pueden ser más que de dos tipos, considerados en relación con el sistema de defensa general, es decir, que consistan en los obstáculos que se opongan al desembarco y en los que deben detener los progresos del enemigo, si ese desembarco no se ha podido impedir y al ocuparse de los primeros, es necesario tener en cuenta la necesidad de impedir el desembarco, pasajero o grave, que podría intentar hacerse en un punto de la costa, bien para devastarlo, bien para apoderarse del barco que busca un refugio contra el enemigo superior que le persigue.

Porque la acción que despeja las costas y no permite al enemigo escoger los puntos que cree más accesibles o multiplicar los falsos ataques para tener así más eficacia es parte integrante de la defensa relativa a los desembarcos.

Una de las mayores dificultades de la defensa de las Colonias es determinar si es o no ventajoso oponerse al desembarco, ya que es casi imposible decidir la cuestión haciendo una tesis general.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Debe depender de las fuerzas del enemigo, de las que se dispone para oponérsele y más todavía del punto en el que se va a intentar el desembarco.

Pero en general está estipulado que el momento en el que el enemigo ha desplegado en la playa alrededor de un tercio de los hombres de que dispone, es el más favorable para atacarlo, ya que entonces no puede estar protegido por el fuego de los navíos y en el desorden que siempre acompaña a un desembarco, que solo en parte se ha efectuado, todas las probabilidades están a favor del que lo altera y que ha debido organizar una retirada segura, mientras que el enemigo no tiene otra que sus chalupas, que es lenta y está sujeta a los vaivenes del mar.

Habrá que estar bien seguro de la ventaja de una posición tomada en tierra y vecina al punto de desembarco, para preferir esperar allí al enemigo, siempre más temible cuando marcha formado que en el instante en que cada hombre sale casi aislado de una chalupa, entorpecido por sus armas, con miedo a mojarlas, turbado por la vista de un elemento que no es el del soldado e ignorando el verdadero estado del punto al que llega.

Como todo desembarco hecho por una armada, tiene como objetivo necesario la invasión del territorio y para conseguirlo el enemigo debe intentar apoderarse de los puntos más importantes, ya sean establecimientos militares, ya sean depósitos de comercio.

Una de las primeras nociones de la defensa debe ser preservar esos mismos puntos y sus alrededores de toda incursión.

Esta teoría es todavía más importante en una isla que en otra parte, pues los ataques no pueden efectuarse más que por medios marítimos y todos los recursos deben proporcionarlos los barcos, por lo que es muy conveniente poner una distancia grande entre el punto de desembarco y aquel que el enemigo tiene previsto asegurarse; entre la armada que ataca y la escuadra o la flota que la alimenta, que recibe a sus enfermos y heridos y de la que debe sacar su artillería.

Si, con todo, el enemigo ha desembarcado, si marcha para conquistar, entonces los recursos interiores deben ser empleados para detener o para ralentizar sus progresos.

Es necesario que cada paso le ofrezca lo inevitable de un nuevo combate, un nuevo obstáculo que franquear o el temor a un nuevo peligro.

Sobre todo es necesario estar muy convencido de que cada retraso es una victoria ganada sobre él, ya que el clima puede triunfar de un momento a otro. Como naturalmente debe preferir la estación templada para su empresa, por temor de que el excesivo calor lo agobie con los males que engendra, se expone entonces a las lluvias que pueden, en cualquier momento, exigirle un alto y volver impracticable un camino por el que su artillería hubiera podido pasar algunas horas antes.

En un país en el que la naturaleza ha multiplicado por todas partes posiciones que el arte intentaría vanamente imitar, hay mil probabilidades a favor del que las conoce, que las ha estudiado y que sabe por dónde huirá, si una fuerza superior le proporciona la continuación necesaria.

Se sabe que es muy difícil pensar en un gran éxito en las llanuras, por la imposibilidad de oponer entonces una milicia, aunque sea muy valiente, a tropas familiarizadas con las evoluciones militares.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pero en las fortificaciones muy extensas, en las gargantas, en los torrentes y en desfiladeros estrechos, la valentía del colono desconcertará al soldado acostumbrado a movimientos regulares y de conjunto.

Es posible sin duda que el atacante, desesperado por la inutilidad de la tentativa, o creyendo incluso que el espectáculo de sus pertenencias entregadas a las llamas detendrá el ardor de los habitantes, ofrece en todos los sitios por donde pasaron un cuadro de estragos e incendios.

Pero esta manera de guerrear, digna de los filibusteros, no será un medio de conquista para él si el jefe de la Colonia ha sabido inspirarle la esperanza de escapar a ello y si sabe sacar provecho del amor de los colonos por el nombre de francés.

Es pues en la guerra en el campo donde hay que centrar todo, después de haber elegido los puntos principales que, en las Colonias son casi siempre las ciudades, al abrigo de una invasión repentina y fácil y las costas protegidas de un golpe de mano.

Estas ideas generales aportadas a la dependencia del Cap, dieron al señor de Estaing la ocasión de proponer la mejora de la defensa de Picolet y poner en la roca del mismo nombre una batería de cañones y de morteros que, situada en el punto en el que los buques navegan largamente antes de entrar en el paso, impediría con su fuego que se aproximaran.

Adoptó el proyecto de fortificar el Petit-Mouton, lamentando que la naturaleza del fondo del Grand-Mouton y razones económicas le quitaran a este la preferencia.

Concedió también gran importancia a la ayuda de ambas barreras que se habían construido en 1765 hasta en los puertos de Francia y que estaban destinadas a ser atravesadas en los pasos del Cap; creía que deberían estar siempre prestos a cerrar este paso con estacadas.

En cuanto a la parte terrestre de la ciudad el señor de Estaing quería, en las gargantas, desde el Cap hasta el hospital, trincheras y resaltes para defender la comunicación de la ciudad con la llanura y que el pico Lory fuese el punto principal de esta parte de la defensa.

Hablé en otra parte de sus teorías para disponer de almacenes de marina y una fortificación adecuada para defenderlos y proteger la ciudad al mismo tiempo, situándolos en el extremo de la lengua de tierra que lleva de la Petite-Anse al transbordador.

Según una carta del ministro a los Administradores del 22 de enero de 1768, se trataba de fortificar el Petit-Mouton, pero todo se quedó como estaba, a excepción de que en 1773, siguiendo un plan del señor de Boisforet de 1772, se hizo el primer bastión que está al sur de la batería real y que se llevó al punto del muelle que corresponde a la calle Saint-Laurent hasta aquel donde termina la Fontaine.

Con la llegada en agosto de 1775 del señor de Ennery al Cap, , este gobernador general restableció el frente de fortificaciones de la ciudad al sur, tal como había sido hecho en 1746 e hizo abovedar las baterías de Picolet y del fuerte Saint-Joseph, para protegerlas del fuego de los buques.

Se debe considerar 1777 como uno de esos años que han influido para bien en las necesidades de la defensa de Santo Domingo, porque fue la época de la llegada

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de cinco compañías del regimiento de Metz, del cuerpo real de artillería y de treinta obreros, todos ellos bajo las órdenes de un jefe de brigada y un teniente coronel.

Los jefes tuvieron muchas ocasiones de lucir su talento; les debemos a ellos los almacenes de artillería, la sustitución de los puestos marinos por los costeros, algo muy valioso en un país en el que la economía en hombres debe ser primordial y la emulación que se estableció desde entonces entre los oficiales de ingeniería y los de artillería.

La guerra llegó en 1778 y despertó también la atención sobre lo que afectaba a la defensa. La nueva de la toma de Santa Lucía y las vivas instancias del señor de Reynaud cerca del señor de Argout, entonces gobernador general, hicieron que en marzo de 1779 se fortificaran con baterías y resaltes, los picos del hospital y algunos en agosto de 1779 hasta se concertaron con el señor de Estaing, cuando al venir de la conquista de la Granada, hacía preparativos para ir a atacar Savannah.

El señor de Reynaud hubiera querido que el pico Lory se convirtiera en un punto fuerte, que unas barreras defendieran los pasos, que los almacenes y los parques de artillería fueran puestos en la garganta de la plantación de la Fossette además que el señor de Reynaud encontraba barata para comprarla.

El señor de Argout hizo quitar las bóvedas de las baterías de Picolet y del fuerte Saint-Joseph y les concedió puestos de costa.

En fin, para tener una opinión firme sobre las fortificaciones de la Colonia y un plan que puede en un futuro convertirse en una regla, de la que los gobernadores no se podrán apartar sin una autorización expresa, el ministro escribió al señor de Argout, el 22 de agosto de 1779, que aprovechara el momento en se encontraban allí muchos oficiales superiores y como las circunstancias de la guerra no permitían los desplazamientos, que se limitaran en ese entonces, a la Parte del Norte y al Môle, salvo si abarcaban como consecuencia las otras dos Partes de la Colonia.

Se ordenó convocar un consejo de guerra, al que se someterían los planes y los memorándums de los señores de Estaing, Duportal, de Vallière, de Moulceau y de Nolivos, así como la correspondencia de los Administradores y de los ministros sobre ese tema y los planes que creyeran necesarios trazar, salvo a aquel de entre los miembros que no adoptara el punto de vista de la mayoría por no motivar el suyo.

El resultado de la deliberación debía servir para distinguir las obras más urgentes y se las debía acompañar de planos y presupuestos.

El consejo de guerra, presidido por el señor de Reynaud, teniente del gobierno general y comandante general interino de la Colonia, tuvo su primera sesión en el Cap el 2 de mayo de 1780 y lo componían el señor de Vincent, segundo comandante de la Parte del Oeste; el señor de Lilancour, segundo comandante de la Parte del Norte; el señor de Moulceau, director general de las fortificaciones, los tres brigadas de infantería; el señor de Gimel, teniente coronel del cuerpo de artillería en el regimiento de Metz y el señor de Ancteville, ingeniero del Rey.

El señor de Vaivre, intendente, también asistió, según la carta del ministro. El señor de Ancteville fue elegido como ponente.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En las seis sesiones, que terminaron el 3 de junio, el consejo de guerra expresó sus puntos de vista sobre la Parte del Norte y sobre el Môle. Solamente puedo añadir que creyó que la defensa interior y la que he llamado marítima debían ayudarse mutuamente.

Según el resultado de este consejo de guerra, el señor de Reynaud hizo destruir la trinchera que el señor de Ennery había restablecido al sur de la ciudad. Este trabajo, que había costado más de 200,000 libras y cuyo mantenimiento era muy caro, se hundía con la más mínima lluvia a causa de su naturaleza arenosa.

Se la podía ver desde cualquier parte y como se había hecho de tal manera que se podía subir a caballo, por la necesidad de tener un talud capaz de contener las tierras, no podía defender la ciudad, cuyo aire interceptaba.

Se conservó solamente lo que está al oeste de la calle Espagnole, como se ve en mi plano, cuyo extremo, apoyado en el pico de la Fossette, muestra todavía lo que se llamaba el polígono.

Detrás de esta zona de trincheras y al noroeste del cementerio, está la academia de artillería para los cañones y las bombas, a la que la otra cara de la Fossette proporciona la ventaja de ejercitarse sin peligro para nadie.

Se llega a esta academia por ambos lados del cementerio. Entre estos dos y por encima del cementerio, pasamos por un pequeño puente de madera que cubre una escasa corriente para ir, o a esta academia, o a la batería de morteros situada por debajo del pico Lory, hacia la mitad de la longitud de una estrecha meseta que forma la cima de la ramificación del pico del Cap, que va hacia el cementerio y que antaño se extendía hasta cerca de la desembocadura del río.

Cuando estamos en la plataforma de esta batería de morteros, tenemos una visión agradable e inesperada de la ciudad. Sus calles tiradas a cordel, la facilidad de sumergirnos en cada patio, ofrecen un cuadro tan móvil como variado y el aspecto de la rada, forma la panorámica trasera más interesante que puedan tener nuestros ojos a vista de pájaro.

Desde 1780 no se inició ninguna fortificación en el Cap, aunque el 22 de febrero de 1781 el ministro había aprobado el plan para disponer de un carenero, teniendo siempre una fragata fondeada fuera del paso del Cap, a fin de proteger la entrada y la salida de los barcos mercantes.

Se puede decir con seguridad que cualquiera que sea el ataque del enemigo en la Parte del Norte, el Cap será siempre el objetivo a causa de su puerto, de sus asentamientos y de sus riquezas; es pues el Cap al que hay que tener continuamente en cuenta cuando nos ocupamos de la defensa de la Parte del Norte.

Para asegurar la de toda la Colonia de una manera que hiciera cesar cualquier inquietud, serían necesarios, por lo menos, diez mil hombres de tropas de Europa.

Pero, ¡cuántas circunstancias pueden estar en contra de esa agrupación de fuerzas! Es necesario pues impedir que esta brillante Colonia se pueda convertir, en una sola campaña, en conquista del enemigo y a este respecto, es natural creer que los esfuerzos siempre se dirigirán hacia la Parte del Norte, lo que me devuelve a la importancia del Cap.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El enemigo no tendría nada que hacer si hubiera una guarnición de tres mil hombres y si una armada al menos igual de poderosa guardase la llanura; pero todavía no puede darse esa feliz circunstancia.

Hemos visto que el punto más oriental donde el enemigo podría intentar desembarcar, sería la bahía de Mancenille, desde donde las chalupas llegarían a la desembocadura del Massacre, pero qué clase de tentativa sería la que se hiciese en Santo Domingo a dieciséis leguas del punto que se querría invadir y en un lugar donde no se podría penetrar más que superando grandes dificultades.

Sin embargo, dos baterías en la orilla izquierda de este río, sería suficientes para disipar todas las prevenciones. La cadena de arrecifes y altos fondos que bordean la costa desde el Massacre hasta Fort-Dauphin, no permiten ningún acceso; solo que a las chalupas a través de estrechos pasos; pero unas sencillas baterías puestas en esos puntos de los embarcaderos, que incluso se podrían colmar en caso de prever un ataque, pondrían remedio a este inconveniente.

En cuanto al mismo Fort-Dauphin bastaría una defensa con la estacada de cadenas, cables y mástiles que convertirían en impenetrable su entrada.

De Fort-Dauphin a Limonade, los arrecifes que se extienden en el mar hasta el gran alcance del cañón, no permitirían al enemigo protegerse de su fuego en una incursión que todo indica que no se atrevería a hacer a vela máxime con la incertidumbre de recuperar sus tropas si fueran rechazadas.

Había tres pasos, pero el de Fonds-Blancs que solo es apto para las chalupas, tiene cómo fulminarlas. El segundo, común a los embarcaderos de Caracol y Jacquezy, es accesible para los buques de cierto tamaño, pero no pueden aproximarse lo bastante para proteger una incursión que no puede hacerse más que en los dos embarcaderos citados y si hubiera suficientes baterías no podrían sufrirla.

El paso de Limonade produce más temores, pero tiene 1,500 toesas de largo y es sinuoso; exige prácticos y un barco que maniobre bien y por si las baterías que lo defienden no fueran suficientes, se podría poner una barrera que se convertiría en un obstáculo insalvable.

De Limonade al embarcadero de la Petite-Anse, las dificultades sobrepasan a los esfuerzos que la audacia podría aconsejar y la falta de agua en el canal los condena de antemano. Por otra parte, los arrecifes alejan, también aquí, el fuego protector de los navíos.

Al oeste del Cap, la Banda del Norte y Port-Français ofrecen dos puntos de desembarco, pero todas las ensenadas que están desde la entrada del Cap hasta la de la Banda del Norte propiamente dicha, no se pueden abordar más que con canoas, aún con el tiempo en calma.

Es necesario además que el mar esté bastante tranquilo, lo que solo ocurre algunas veces por la mañana y nunca por la tarde y las baterías están situadas para que este abordaje sea mucho más peligroso.

Port-Français ofrece, es verdad, mayores facilidades porque tiene el desembarco más cómodo de la parte de la costa que termina el pico del Cap; se sabe que los ingleses lo hicieron en 1695, pero los morteros que se hallan allí deberían intimidar a los barcos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Si se pusiera una segunda batería al oeste, multiplicaría los peligros para el enemigo y habría tiempo de acudir desde el Cap para prestar ayuda, al tiempo que el vigía señalaría sus movimientos.

Pero si, contra toda probabilidad se efectuara la incursión, se encontrarían con muchos obstáculos tales como senderos muy estrechos, duros de recorrer y de una aspereza que no se puede describir, a través de los cuales tendrían que intentar llegar a lo alto de la garganta a la que está adosada la ciudad, atravesando lechos de rocas mil veces superiores a los caballos de Frisia y a las trampas para alimañas inventadas por el arte, pues en el filo de la navaja hay un ruido tan fuerte como el de las botellas al romperse.

La dureza y la irregularidad de esas piedras pueden ser una barrera que la dirección no podrá vencer más que con una pérdida de tiempo que supondría en sí misma un gran medio para que esa intentona no tuviera éxito.

El trabajo más ligero haría pronto esos senderos impracticables y 500 hombres que rodaran las piedras que hallaran a sus pies, exterminarían a 10,000 que no pueden contar con llevar allí un cañón.

Por otra parte se tiene el recurso de volver inaccesibles, colmándolos, los pasos de esos embarcaderos o radas y se tiene, ya que a pie de obra, se dispone de todo lo necesario.

Desde Port-Français hasta Acul, la costa solo sería apta para las canoas con el tiempo en calma, es decir, con un tiempo que no hace casi nunca; el pico mostraría enseguida su impenetrabilidad a los desembarcados.

¿Nos inquietaríamos por una tentativa en la bahía de Acul? Pues está cerrada por escollos y solo dispone de un fondeadero para grandes buques; pueden entrar uno o dos navíos con la ayuda de un práctico excelente, precauciones increíbles y un viento en calma; ¿qué comparación puede haber cuando se trata de una escuadra numerosa seguida de los transportes y los pertrechos que exigiría un ataque al Cap?

Los viejos marinos lo ven imposible, sobre todo si sobreviene una calma chicha, pues al no poder fondear en las rocas, no pueden elevarse y llevados por las corrientes a los arrecifes, los navíos pronto serían desmantelados por la violencia del viento.

Es necesario sin embargo protegerse de una incursión parcial con el propósito de distraer; las baterías de cañones y morteros que se han emplazado son muy capaces de hacerlo.

Más allá de Acul no hay protección para los navíos. Los puntos alejados del Cap, que están separados de él por ríos, montañas y desfiladeros fáciles de defender, no pueden provocar ningún temor.

Entonces, es por el mismo Cap por donde se haría la tentativa de apoderarse de él y por eso es necesario reunir los medios de defensa marítimos. Es absolutamente necesario establecer la batería de morteros y cañones que todos los guerreros que han visto el lugar, han propuesto poner fuera y al norte de Picolet, cerca del peñasco del mismo nombre.

Sabemos bien que la bomba está hecha para intimidar hasta al jefe más audaz de un barco, sobre todo cuando está a merced de los arrecifes que lo amenazan con un naufragio si su temeridad no consigue franquearlos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Picolet se sostendría con ese fuego y teniendo como la batería parrillas para calentar las bombas y las balas se volvería temible.

Cualquier barco que quisiera entrar en la rada del Cap estaría obligado a pasar por delante de Picolet a ambos solo los separa entre sí entre 100 y 300 toesas. Llegados a través de él, no pueden darse la vuelta sin correr el inevitable riesgo de perderse en la costa.

Un buque no puede embozarse a menos de 100 toesas de Picolet, a causa del tiempo que hace falta para levar las anclas y aunque fuera a 250 toesas en la horquilla de los dos pasos, si se queda mucho tiempo, sufriría mar gruesa, lo que anularía la mayoría de sus golpes, mientras que Picolet y la batería que le sigue aportarían seguridad y si aquella estuviera averiada, sería necesario afrontar cualquier riesgo; hace falta pues, dificultar el paso.

Lp mejor sería hacer una batería de hierro a caballo sobre el Petit-Mouton y poner cañones, morteros y obuses y tener también parrillas. Si se teme alguna cosa del paso de Normands, podría dejarnos tranquilos el hundir allí una carcasa.

Por último, dos barreras muy fuertes con una estacada delante con cadenas, cables y mástiles de peso muerto dispuestos con este objetivo, convertirían en inaccesibles los pasos.

Tantos medios, secundados por el fuerte Saint-Joseph, el Fort-aux-Dames y la batería de Gri-Gri, vomitando también bombas y balas arreboladas, deben garantizar el éxito.

Pero como cabe suponer el caso de que el paso fuera forzado, debe considerarse cuán esencial es entonces que Picolet y el fuerte Saint-Joseph no caigan por este mismo hecho.

Hay que hacerlos susceptibles de resistir todavía seis semanas después y esperar, por ello, a conminar al enemigo a abandonar la rada, lo que o le impediría efectuar un desembarco o privaría de todos los recursos a las tropas desembarcadas, por el alejamiento de los barcos.

No se trata de hablar del gasto que esto supondría; solo se debe conocer después de haberlo efectuado. La batería del saliente o circular, la real y la de morteros situada por debajo del pico Lory, contribuirían al mismo objetivo.

En cuanto al mismo pico Lory que parte de la gran cumbre a la que no iguala en altura y de la que está separado por una cortadura que, al no ser profunda no es una verdadera garganta, se habló durante mucho tiempo de construir allí una ciudadela pero, comandada por otras reinas, no puede estar llamada a tener tan alto destino. Su ejecución sería especialmente onerosa y no desaparecerían todos los inconvenientes.

Una defensa puesta en la orilla derecha de la desembocadura del río de Haut du Cap sería más útil para proteger el fondo de la rada, impedir remontar el río y defender la lengua de tierra de su margen izquierda.

Sus fuegos se cruzarían con los de las baterías del muelle y con los de la primera de las nueve baterías que se ven en el pico del hospital, sea desde su costado, sea desde el lado de la ciudad.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Y si tantos recursos fueran insuficientes, si el enemigo se apoderara del fondeadero, sería esencial tener tomadas medidas para poner en marcha una de ellas: la que aconsejaría entonces una útil desesperación.

Sería incendiar un barco lleno de aguardiente que estaría fondeado lo más al norte posible y cuyas llamas envolverían pronto a los barcos enemigos, hacia los que las llevaría una brisa marina, confundiendo así al vencedor con la víctima de la que, inapropiadamente se había sentido ya dueño.

Sin embargo es necesario examinar la hipótesis de que la más hermosa, la más rica ciudad de las Colonias francesas cayera en poder del enemigo; habría que actuar para que no pudiera conservarla y creerse el dueño de la Parte del Norte.

Lo repito, siempre que la defensa sea atacada, es necesario oponerse y defender el terreno palmo a palmo, disponer de uno o varios batallones de cazadores de color que hicieran la guerra como los tiroleses disminuyendo, sin ninguna pérdida para ellos, el número de los asaltantes.

Espiar los movimientos del enemigo, hostigarlo sobre todo con escaramuzas nocturnas, a fin de acelerar los efectos tan temibles de los países cálidos; cortar si es posible las comunicaciones, quitarles los víveres y si está en el Cap, acorralarlo lo más posible y disputarle luego la llanura.

En una palabra, hacer todo lo que un pequeño ejército puede intentar contra otro que no se puede suponer menos de cuatro veces más fuerte que él.

Esta única solución, dejará al clima el tiempo de desplegar su vigor contra el enemigo, que en consecuencia, resistirá tanto menos los esfuerzos combinados de aquellos que le combaten desde dentro, cuanto más tarden en llegar los socorros enviados desde Europa.

Se consideran, con razón, las gargantas más próximas al Cap tales como Sainte-Rose, Dondon y Marmelade, como refugios impenetrables y retaguardias seguras.

La circulación montañosa que aseguran los senderos difíciles entre los primeros cortes de las distintas radas, tales como las de Pins, Samedi, Conit y Trou, con el Fond-Chevalier, Sainte-Rose, Dondon, Marmelade y Limbé, es un recurso que el enemigo podría cortar tanto menos que los otros senderos, todavía más impracticables, que desembocan en la Parte española y significan otros tantos puntos de retirada a la vez que frentes de ataque. El arte, la ciencia y las fuerzas más grandes no podrían inhabilitar este recurso.

La garganta de Sainte-Rose es la posición más centrica de la Llanura del Cap, con la cual tiene multitud de comunicaciones a través de salidas de montaña. Las tropas que estuvieran en la planicie tendrían pues un acceso a esa garganta siempre, al este por el torrente de Mulâtres, Acul de Samedi, Écrevisses, Moka, Côtelettes, Sainte-Suzanne, Bois-Blanc.

Al oeste, por Dondon, Bonnet à l'Evêque, Grand-Boucan, Mornets y Périgourdins. El puesto de la Tannerie debe convertirse inexpugnable en las manos de un jefe hábil.

Trincheras repetidas, apoyadas en defensas y baterías batiendo la garganta del Grand-Gilles y cubriendo la comunicación hacia la iglesia de Sainte-Rose, son unos medios cuya potencia es incalculable.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Si el campo de Sainte-Rose fuera forzado, el de Dondon sería su retirada. Este tiene comunicaciones con las otras dos Partes de la Colonia francesa y con la Colonia española.

Si después de tantas previsiones y por tozudez la metrópoli no hiciera nada para coronar esos esfuerzos, habría renunciado a su Colonia más hermosa y dependería de las circunstancias aconsejar lo que fuera mejor o menos vergonzoso, hacer.

Pero es esencial que en Santo Domingo se convenzan de que no basta con hacer y proponer grandes desembolsos en fortificaciones; el abandono al que se tiene la costumbre de entregarse, sobre todo en tiempos de paz, implica reparaciones ruinosas cuando vuelve la guerra y son la demostración de un gran desorden.

Hay desde hace muchos años 200,000 libras tornesas adjudicadas anualmente al mantenimiento y aumento de las fortificaciones y se han empleado de una manera que no indica ni celo ni previsión.

También es necesario que desde las primeras noticias de una ruptura, los abastecimientos de víveres, municiones y cosas de todo tipo necesarias en los campos de Sainte-Rose y de Dondon, ocupen los pensamientos.

Pero y lo que es tan indispensable como todo eso, lo que hace falta meter en la cabeza de todos los agentes que preservan esta preciosa Colonia, es la elección de un jefe que ponga su gloria en conservar la de Francia y que tenga el suficiente talento para no dejar nada por intentar; que tenga la suficiente fama para que el enemigo sepa que sus esfuerzos podrían ser vanos y la suficiente energía para persuadir a los colonos, por medio de su ejemplo, que está muy bien ser francés y que al llevar este título, han contraído el sagrado deber de verter su sangre para no perderla

Un hombre como ese es más de la mitad del éxito. Si además se ha calculado que ese hombre puede perecer víctima del clima o caer bajo el fuego enemigo y se le debe remplazar de inmediato, se habrán agotado todas las combinaciones que prometen moralmente un éxito tan importante; nada debe parecer muy costoso para obtenerlo.

XIII

Parroquia de la Llanura del Norte

Será necesario repetir a menudo la censura contra las denominaciones coloniales; porque además parecerá, según aquella, que la Llanura del Norte o la Planicie del Cap está condensada en una sola parroquia.

Se dirá que es cosa de la parroquia que voy a describir el cambiar con frecuencia de nombre, puesto que ya ha tenido los de parroquia de Moustique y parroquia de Morne-Rouge.

La parroquia de la Llanura del Norte está limitada a septentrión por el mar, a mediodía por una parte de la parroquia de Dondon, a levante por la de Petite-Anse y por la del Cap y a poniente por la de Acul.

La parroquia de la Llanura del Norte, que es poco extensa, tiene una forma muy extraña a causa de las sinuosidades de los ríos que le sirven como límite

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

al este y al oeste y la particularidad de que sus dos extremos norte y sur son montañosos.

Este extremo norte es la parte occidental del pico del Cap, cuya forma y naturaleza ya he dado a conocer.

Su límite este está en la parte superior: el río Matteux que se vierte en el de Haut du Cap, que tiene cerca de 3,000 toesas en línea recta desde el pueblo del mismo nombre; después el río Haut du Cap hasta cerca de 500 toesas antes de llegar al pueblo.

Desde allí, el límite va a ganar un recodo del camino grande del Cap al Acul, cuya dirección sigue, para ir a buscar el punto de la cima del pico del Cap donde está situada la plantación Loumeau y descender la vertiente norte de ese pico hacia el mar, en el Petit-Fort-Français.

Al oeste, el límite es el borde oriental de la bahía de Acul, hasta la desembocadura del río Salée; después este río y luego el torrente de Vîte-à-la-Voile, que antaño estaba adornado con una expresión obscena; de allí, gana otro torrente a cerca de 2,000 toesas más en alto y va con él a buscar el de Haut du Cap, que abandona cuando ha encontrado la desembocadura del torrente Trompette, para seguir hasta la montaña.

La parroquia de la Llanura del Norte debe ser considerada como la segunda que se formó en la Planicie del Cap. Su primitiva iglesia, que existía antes de 1681, estaba situada en un lugar poco alejado del pueblo de Haut du Cap.

Esta iglesia de la parroquia de Moustique, estaba bajo la advocación de Santiago y su primer párroco fue el padre Hya cinthe, dominico. Fue quemada en 1691; la que la remplazó corrió la misma suerte en 1695 y en 1698 solo había como templo una barraca cubierta de paja, pero entonces era la iglesia de Morne-Rouge y estaba en un punto que ahora llaman el cruce o el albergue y que está a alrededor de 2,000 toesas, medidas desde el pueblo de Haut du Cap.

El registro parroquial más antiguo se remonta hasta la época de la devastación de 1695. Por último, en enero de 1720 la iglesia fue trasladada al lugar donde se la ve en este momento. Es de mampostería, está aislada y se halla a 1,800 toesas del cruce o albergue y casi al borde del camino que va desde el Cap al Grand-Boucan y a Périgourdins. Santiago es el patrono todavía.

El primer cultivo de esta parroquia fue el del índigo; se intentó el del cacao y el nombre de Bras-Coco que todavía lleva una pequeño afluente del río Haut du Cap, en la parte baja de esta parroquia, viene de que ese punto estaba plantado de cacaotales, que todavía se veían en 1700.

Enseguida adoptaron los de la caña de azúcar y la moca. Actualmente cuenta con 24 plantaciones de caña, cuyos ingenios producen cerca de cuatro millones de azúcar; 3 factorías de añil; 23 cafetales; 30 lugares de víveres; 2 hornos de cal; 2 destilerías de tafia; un hato y un depósito para los productos.

El suelo de la parroquia de la Llanura del Norte no goza de buena reputación. Las zonas donde podría tener una naturaleza fértil están tan anegadas que la caña no llega nunca a madurar del todo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sin embargo tiene terrenos, como el de la plantación Breda, cuya calidad es muy recomendable; pero otras zonas, sobre todo las del cantón de Morne-Rouge, son secas; allí las cañas son hermosas, pero no tienen jugo.

La plantación Normand de Mezy produce sin embargo cuatrocientos millares de azúcar, pero con una plantilla considerable y la plantación Gruel, con 256 negros, no da más que 180 millares.

El cantón de Grand-Boucan, que está en la parte superior de la parroquia, se termina con la vertiente occidental del pico Bonnet à l'Évêque. Su aspecto tiene algo de siniestro: no es sino un enorme amasijo de rocas calcáreas entre cuyos intersticios se elevan árboles soberbios y de una dureza que parece indicar ese suelo agreste, tan propio para elaborar el alimento que le procuran las hojas y troncos podridos; las frecuentes lluvias parecen caer para cumplir este objetivo

Este pico no es más que excavaciones, precipicios y cavernas; en estas últimas, unas estalactitas enormes indican una labor larga y continuada de la naturaleza.

Hacia el centro de la altura del pico hay un lago o presa de cerca de 150 pies de largo por 50 pies de ancho. Su agua límpida y pura alimenta a enormes cangrejos de río, crustáceos y magníficas anguilas, pero la temperatura es tan fría que muchas veces se ha intentado, en vano, aclimatar peces de distintas especies; siempre se les ha encontrado muertos al día siguiente.

Este lago tiene una profundidad enorme en los intervalos que dejan las rocas amontonadas unas sobre otras y que se ven a simple vista, aunque están muy alejadas de la superficie.

El nombre de Grand-Boucan se lo dieron a este lugar los bucaneros, y en el encontraban abundante caza menor y cerdos salvajes.

La garganta del Grand-Boucan es un de las vías de comunicación de la Llanura del Cap con Dondon.

La parroquia de la Llanura del Norte está cortada en varios sentidos por distintos caminos que conducen a la montaña, a Acul, al Cap y a Quartier-Morin.

En un punto en el que este último camino corta el río de Haut du Cap, estaba el puente de Pasquier, llamado así por el dueño de la plantación situada en la margen izquierda de este río.

Hasta 1742, en que no hubo ningún camino del embarcadero de la Petite-Anse, muchos habitantes transportaban sus productos hasta el embarcadero de Haut du Cap, desde donde las canoas los conducían a la ciudad o a la rada; para ello se atravesaba el río de Haut du Cap por el puente de Pasquier, si podemos llamar así a un vado revestido con una calzada de piedras.

Tengo varias ordenanzas, sobre todo del año 1739, que ordenan reparar este puente que, aunque entonces era más útil, estaba igual de descuidado que ahora.

El río de Haut du Cap o río Galisset causa a veces daños por sus crecidas. También, como casi todos los de la Colonia, es objeto de querellas y polémicas entre sus ribereños, ya sea por las tomas de agua, ya sea a causa de los diques destinados a protegerlos de sus irrupciones.

Toda la parte septentrional de la Llanura del Norte puede ser contemplada como sabe el lector, a través de lo que he comentado del macizo del pico del Cap, del que es una parte y una prolongación.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En cuanto a la costa que la bordea, encontramos el Petit Fort-Français, que está a una buena legua del Grand Port-Français. Su hondonada, que es noroeste y sur y de alrededor de 1,800 toesas más al sur que el fuerte Picolet, tiene 830 toesas de profundidad.

Hay un cuarto de legua desde la punta occidental del Petit Fort-Français hasta el cabo Picard y 1,200 toesas desde este hasta el de Trois-Maries, donde hay tres gruesas rocas que llevan ese nombre; es la punta oriental de la entrada de la bahía de Acul y el extremo noroeste de la parroquia de la Llanura del Norte.

El desembarco es casi impracticable en toda esta parte de la costa, cuyas canoas con el tiempo en calma apenas pueden aproximarse; por otra parte, los picos que la conforman son, bien puede decirse, impenetrables.

En el borde este de la bahía de Acul, que es el límite oeste de la parroquia que estoy describiendo encontramos, a cerca de 600 toesas desde la punta de Trois-Maries, la batería Graville, en el punto donde acaba una especie de garganta grande; después, a una distancia semejante de la batería, un gran montículo que cae hacia la bahía de Acul, que es llamado el pico Rouge.

Antaño parece haber dado su nombre a toda la parroquia y el cantón más próximo a este montículo todavía lo lleva.

Después de este pico Rouge y al sur, hay una hondonada denominada la bahía de Allain, a la que sigue a 200 toesas la batería del mismo nombre, emplazada en un achatamiento de la montaña; luego vienen el embarcadero y la batería de Mahot.

Este embarcadero, muy antiguo, tiene varios almacenes.

Yendo todavía más el sur, comenzamos a encontrar el terreno pantanoso que forman las aguas del torrente de Vîte-à-la-Voile en toda la zona, donde el movimiento de las mareas ha hecho que tome el nombre de río Salée.

Este río está atravesado por el camino grande de la Parte del Norte hacia la del Oeste y aunque con la marea baja no tiene más que 18 pulgadas de agua, se hincha con la marea alta.

Sus crecidas, realmente poco frecuentes, lo elevan cerca de 7 pies y en 1785 se le ha visto llegar a 10 pies y tres pulgadas.

Esta contrariedad, grande para los viajeros, para los coches de carga y más aún para los negros, decidió a los señores de Reynaud y Le Brasseur a proyectar, en 1780, un puente de piedra y ladrillo para el que la parroquia de Acul donó 10,000 libras, la de Limbé 6,000 y la de Plaisance 4,000.

En 1788, los Administradores mandaron hacer según los planos del señor de Rallier y en un punto un poco inferior al antiguo paso, un puente que costó 125,000 libras pagadas por la caja municipal.

Tiene pilares de mampostería con tramos de madera y 14 pies de ancho. Es lamentable que el señor Renaud, uno de los contratistas, desplegara una actividad tal, que su muerte fuera achacada a la misma.

Saliendo del puente y volviendo a entrar en la Llanura del Norte, encontramos la pendiente de uno de los montecillos que corren todavía en el borde este de la bahía de Acul en el sur. Lleva el nombre de pico Anglais, porque en 1695 los ingleses se detuvieron allí, yendo a Port-de-Paix.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El camino lo franquea en un punto que era extremadamente inhóspito hace diez años. Desde allí, la panorámica se amplía hasta las alturas de Sainte-Suzanne.

La parte de la parroquia de la Llanura del Norte que se aproxima al Cap, tiene lugares de víveres, cultivos y alojamientos que indican que estamos en esa zona que una gran ciudad parece apropiarse para sus necesidades y sus lujos.

La población de la parroquia de la Llanura del Norte tuvo muchos blancos desde que empezó a establecerse; a pesar de las pérdidas experimentadas en 1691, todavía cuenta con 100 hombres armados. En 1723 no tenía más y en esta segunda época solo había 900 esclavos.

Hoy día cuenta con 92 blancos, de los que 15 son pescadores, 28 libertos y cerca de 4,500 esclavos. Su milicia está compuesta por 70 personas.

La Llanura del Norte pertenece al distrito, a la jurisdicción y a la senescalía del Cap.

Encontramos en su territorio una plantación que pertenecía a Pierre Lelong, al que he citado en muchas ocasiones. Una de sus descendientes se la regaló al señor Faubeau de Mallet por su matrimonio.

En la plantación del señor Le Normand de Mézy (cuyo elogio he hecho también en otra parte), se naturalizaron los primeros palos de Campeche que llegaron a Santo Domingo. La planta, que se había recogido en la misma bahía de Campeche, fue traída al Cap hacia 1730 y entregada al señor Le Normand, que introdujo su uso en su plantación de caña de Morne-Rouge, donde los limoneros salían adelante con dificultad.

Después, y en distintos lugares de la Colonia el recién llegado no dejó de tomar, el lugar de aquel al que sustituyó de maravilla como medio de defensa, pero sin tener el mismo perfume suave.

Se cree que esta parroquia dispone de minas y se da como seguro que el cantón de Morne-Rouge contiene cobre.

Contamos desde la iglesia de la Llanura del Norte:

A la del Cap..... 4 leguas
A la de Petite-Anse..... 2 "
A la de Acul..... 1 ½ "

XIV
Parroquia de Acul

Es necesario, corriendo el riesgo de parecer fastidioso, seguir quejándose de que una parroquia haya tomado un nombre que en Santo Domingo quiere decir una hondonada cualquiera.

Esta sin embargo, tenía otro que Charlevoix atribuye a una pronunciación viciada de *Acon de Luysa*, denominación española que significa el abra, el puerto en que reside una tal señora Luisa, a la que los franceses adjudicaron un origen muy oscuro.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

De cualquier manera, *Can de Louise* se convirtió en Camp de Louise hasta 1720 y era raro que se usara otra expresión para hablar de la parroquia actual; la bahía que le pertenece se llamaba entonces *Port du Camp de Louise.*

El Camp de Louise formaba parte de la parroquia de Morne-Rouge, la más avanzada al oeste en la planicie del Cap en 1699, época en que el señor de Galisset la separó y formó la parroquia del Camp de Louise.

Para atraer a los habitantes o más bien para retener a aquellos que se dedicaban ya a criar puercos, hizo que su sobrino obtuviera una concesión y los religiosos de la Caridad otra. Con estos ejemplos, solo hicieron falta ocho días para que todo el terreno de la parroquia tuviera concesionarios.

Un carmelita que venía de Guadalupe, con una recomendación de los señores de Blénac y de Bégon, administradores generales de las Islas francesas para ser el párroco de Nippes y de Rochelois, aceptó ser su primer párroco.

El señor de Charrite llegó poco después a ser el dueño, el concesionario o propietario de toda esta parroquia, que revendió en gran parte en 1716. No se por qué, veinte años después, este asentamiento tomó en su totalidad el nombre de Acul.

La parroquia de Acul tiene como límites: al norte, el mar; al este, la parroquia de la Llanura del Norte; al sur, las sierras montañosas que comparte con Dondon y Marmelade y al oeste, la parroquia de Limbé.

Este límite occidental, fijado por una ordenanza de los Administradores del 10 de octubre de 1776, comienza al norte por la cima de la montaña en la que están los dos cortes del Limbé y va, desde la altura mayor del gran corte, a recorrer la cumbre de las montañas más altas hasta llegar al corte de David para desde allí ganar el río de la Soufrière de Limbé; después su brazo derecho va al punto en que se divide en dos, hasta el límite norte de Marmelade.

Esta parroquia tiene en su parte más ancha cerca de 4 leguas y el doble en su mayor profundidad. No tiene mucho terreno llano y el suelo es muy variado. Como las demás, está subdividida en cantones.

Las de la planicie son el embarcadero, Acul propiamente dicho, Manquets, Mornets y Périgourdins. Los de la montaña son, GrandeRavine, Rivière Dorée, Fonds-Bleux, el corte de Mongaut, el torrente de George, Soufrière y el corte de David.

Al ocuparnos de la parte llana, lo que tenemos primero, para ser descrito como lo más interesante e impresionante, es la bahía.

La bahía de Acul que parece estar separada por el yacimiento de las tierras cuya dirección es más o menos hacia el sudoeste, desde la punta de Honorat hasta Trois-Maries y hacia el nordeste desde el islote de Limbé hasta el cabo de Icaque, comienza realmente en esta último y en el de Trois-Maries, distantes uno del otro 945 toesas. Tiene una profundidad de cerca de 3,500 toesas.

Se puede llegar a través de tres pasos: uno entre la costa y el islote Sable, que solo es para los barcos; el segundo, entre el islote Sable y el de Rats que está lleno de arrecifes y escollos para los grandes navíos; el tercero entre el islote de Rats y la costa que corre desde el cabo Icaque hasta el embarcadero de Limbé.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Este tercer paso, independientemente del gran cayo de Philipot, que se extiende a más de 2,500 toesas hacia el oeste, está cuajado de otros tantos cayos desgajados los unos de los otros y hace falta un gran conocimiento de la zona y continuas precauciones para llegar a la apertura de la bahía.

Este a su vez, ya sea por su alto fondo conocido, que tiene 1,600 toesas de largo por una anchura media de 200 toesas, ya sea por su escasa agua, ya sea por otros altos fondos que se han desprendido, desde que nos aproximamos a una cierta distancia de tierra ofrece nuevas dificultades para a fondear, incluso al norte de Morne-Rouge delante de la plantación Graville, punto que puede recibir grandes buques.

El 17 de septiembre de 1712 los ingleses hicieron una incursión en la bahía y robaron 46 negros del señor de Charrite y 26 de la señora Huchet.

En 1713 toda la defensa de esta bahía se reducía a dos cuerpos de guardia, de los que uno estaba en Morne-Rouge y el otro en Acul hacia la hondonada de la bahía.

Un cañonazo disparado desde la comandancia advertía a todo el contorno. Luego se dispusieron dos piezas de cañón en el cuerpo de guardia de Acul para impedir las tentativas de las fragatas ligeras, las únicas que se creía que podían acceder por el paso.

Estaban incluso tan confiados que no había cañones en la bahía, pero el 17 de abril de 1748, tres corsarios franceses que salían del Cap perseguidos por dos buques de guerra ingleses, uno de 26 y otro de 56 cañones, se refugiaron en la bahía de Acul convencidos de que la pequeña fragata podía intentar entrar ella sola cuando los ingleses se preparaban para abordarla. Pero el barco de 56 fue el primero que la sondeó manualmente y seguido de la fragata, fondeó en la bahía de Allain.

Los corsarios embarrancaron en un fondo cenagoso, saltó la alarma y el señor de Vaudreuil, al que pronto informaron en el Cap de lo que ocurría, envió al señor de Fontenelle y a cuatro cañoneros; recogieron los cañones más grandes, que los corsarios ya habían desembarcado y montaron una batería en la plantación Pillat; pudo responder al primer cañonazo que dispararon los buques después de haber fondeado.

Hicieron traer del Cap 6 piezas de cañón del seis en carretas y 150 negros montaron un parapeto en Morne-Rouge para cubrir la batería donde debían poner esas piezas.

Los buques, que habían disparado más de 200 cañonazos, enviaron a un parlamentario para declarar que, si se montaba una batería en Morne-Rouge, harían todo el mal que pudieran en tierra.

El señor de Vaudreuil, que había estado en Acul con la compañía de dragones milicianos del Cap, vino a Morne-Rouge a responder a esta fanfarronada, declarando que en tres horas los cañones estarían listos.

Los navíos no juzgaron prudente esperar, largaron las velas y salieron por la noche después de haber perdido siete hombres. Los cañones que, a causa de los pésimos caminos habían llegado muy tarde, sirvieron para montar la batería de Morne-Rouge.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El señor de Vaudreuil dirigió al mismo tiempo la construcción de una trinchera en el embarcadero de Mahot y de una batería en el embarcadero de Acul.

No tuvimos bajas en este episodio. El capitán le Blanc, el más viejo de los tres capitanes corsarios, hizo prodigios con su batería y el señor Pillat, cuyos negros habían sido empleados en la defensa, se encontró con su sabana labrada por las balas y algunas construcciones damnificadas.

Ahora la bahía de Acul se ha convertido en un punto fuerte; ocho baterías de cañones y morteros se han establecido en su entorno; la precaución de reducir el paso de Morne-Rouge, el único apto para los barcos, a 13 pies de profundidad y cuerpos de guardia para estar atentos a las menores incidencias, no deben generar ninguna inquietud sobre esta bahía, aunque su hondonada que no es sino ciénaga y manglares y donde las canoas solo pueden abordar en los embarcaderos, no este en realidad más que a cerca de 7,000 toesas del Cap. Por otra parte es imposible, como ya he dicho, que una escuadra quiera arriesgarse.

El señor de Puységur, que levantó un plano de la bahía de Acul que se encuentra en su *Pilote de Saint-Domingue*, marcó la latitud del islote de Rats en 19° 48' 53" y la longitud en 74° 48' 35".

El 14 de abril de 1773, el barco *le Dromadaire*, pilotado por su dueño, el señor Turon, antiguo práctico, salía de esta bahía con un ligero viento de tierra para ir al Cap. Había enfilado el paso como muchas otras veces, entre la punta Picard y el islote Sable, pero al encontrar calma chicha en la travesía de Trois-Maries y no pudiendo fondear en las rocas, las corrientes lo llevaron a un arrecife donde en poco tiempo fue desmantelado.

La bahía de Acul tuvo el insigne honor de recibir a Cristóbal Colón, que le había dado el nombre de Puerto de Santo Tomás, porque había entrado en ella el 21 de diciembre, día de la fiesta de este Santo.

Al fondo de esta bahía se halla el embarcadero de Acul, situado a menos de 3,000 toesas más al sur que el extremo meridional de la ciudad del Cap. Es pequeño, aunque lo componen tres asentamientos.

El que pertenece al señor Chanche y que es el principal tiene además una destilería de tafia. Algunos almacenes para depositar los productos y las mercancías de vuelta y algunas barracas ocupadas por pescadores, le dan un aire de aldea a este punto, al que la carencia de agua potable impedirá siempre ser importante.

Cuando el mar está despejado, es decir, durante la paz, zarpan cada mañana desde este embarcadero para el Cap, a donde van en el día, cuatro *pasajeros*, que son unas goletas de 25 a 30 toneladas cuya tripulación la forman un blanco y cuatro o cinco negros.

Este embarcadero, muy antiguo, estaba alquilado en provecho del fisco desde 1739 y el transporte de la barrica de azúcar costaba entonces una gorda. En 1752, el arrendamiento producía 750 libras al año.

El río Salée, que es el límite nordeste de la parroquia, también servía antaño de embarcadero y las barcazas venían a recoger los productos para llevarlos a la bahía. Ligeros obstáculos en el curso de este río y la negligencia generalizada de la Colonia, echaron a perder este útil recurso.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se habló luego de limpiar y enderezar el cauce y hasta se estuvo a punto de hacer comunicar el río Salée con el de Haut du Cap, para que al menos en tiempos de guerra, , se pudieran hacer llegar sin peligro a la ciudad del Cap, los productos de las parroquias de la Llanura del Norte y de Acul, también de Limbé y Port-Margot, por medio de pequeños barcos que, al no verse obligados a alejarse de la costa como los *pasajeros*, no correrían el riesgo de caer en poder del enemigo.

En 1778, el señor Bonami había hecho un plano para esta operación, confesando que la autoría pertenecía al señor Cauvet, ingeniero; los señores de Reynaud y Le Brasseur se ocuparon de conseguir los medios para realizarlo cuando dejaron de ser interinos.

Cuando dejamos el río Salée, entramos en la parroquia de Acul y nos encontramos delante de dos o tres casas, de las que una es un pequeño albergue u hospedería y ya estamos en el cantón de Acul propiamente dicho.

Desde este punto parten varios caminos. Uno va a los montículos, el otro hacia la iglesia y un tercero, que es el que une el Cap y Port-au-Prince, va de este a oeste dirigiéndose a una sierra.

Siguiendo este último, primero se atraviesa el bosque ralo de Maurepas, nombre de un antiguo propietario de ese suelo, que es tan compacto y fangoso en la época de lluvias que no existe una paciencia tan grande como la que hay que tener entonces para recorrerlo.

En esta longitud, vemos a la izquierda la plantación de caña Sacquenville, de la que depende un pequeño cerro que se asegura que era donde vivían los antiguos nativos de la Isla; se dice que la destrucción de sus tumbas se debió al afán de lucro.

Encontramos todavía allí conchas y fetiches. Un poco más adelante vemos algunas otras plantaciones de caña, cuyo aspecto contrasta agradablemente con el de los montículos a los que nos hemos aproximado.

Cuando llega a cerca de 1,500 toesas del puente del río Salée, el camino real está cortado por otro que conduce desde lo alto de la parroquia hasta el embarcadero del fondo de la bahía.

El encuentro de ambos caminos se halla a 500 toesas al sur de este embarcadero y a 650 toesas al norte de la iglesia consagrada a la Natividad de la Virgen. Esta iglesia está aislada. Hace cinco años que la establecieron de nuevo y la piedad de los habitantes hizo de ella un templo digno de ese nombre.

Sus registros se remontan solamente hasta 1720. Está casi en la misma línea este y oeste que la iglesia de la Llanura del Norte y por un camino bastante recto recorremos las 3,000 toesas que hay entre ambas.

Desde la iglesia de Acul hay:

A la iglesia de Limbé..... 2 leguas ½	A la iglesia de Marmelade..... 7 leguas
____ "_____ Dondon.... 5 "	_____"__ del Cap..... 4 "

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Dedes la especie de cruce del que he hablado el camino toma la dirección norte noroeste entre la bahía y una sierra. Después de hacer alrededor de 1,500 toesas, encontramos el torrente de la Belle-Hôtesse y 150 toesas más lejos el camino del gran corte de Limbé, que por recodos suavizados lleva a las zonas superiores de la planicie de Limbé y a la iglesia de esta parroquia. Es aquel que sigue el correo del Cap a Port-au-Prince.

A partir del punto en que el camino se cruza con el del gran corte, se entra en el cantón de Camp de Louise, donde está la ruta de Bas Limbé, Port-Margot, Port-de-Paix y el Môle.

Este cantón no está en su zona llana; tiene una banda al este de la bahía y una sierra al oeste.

Esta banda tiene una plantación a cada lado del camino que la corta en dos partes bastante iguales. Cuando se llega al norte, al punto que corresponde más o menos al cabo Icaque, una de las de la entrada de la bahía, el camino rodea un achatamiento de los picos y yendo un poco al oeste, no tardamos en encontrar el pequeño corte de Limbé.

Es por el del nombre del segundo punto por donde franqueamos la sierra que está al oeste de Acul y que va, mediante ramificaciones sucesivas, a reunirse con la primera cordillera del Cibao. Hay que subir durante bastante tiempo una especie de estrecha garganta en la que encontramos espacios cultivados y sobre todo en el punto más alto, donde un gran banano cubre ambas laderas de la montaña cuyo alejamiento proporciona un paso al camino.

Al llegar a lo alto del cantón de Acul hacia el sur, los encontramos aún en la planicie de Manquets que ahora pertenece solamente a la plantación de caña de Noé, pues la de Héricourt fue integrada en ella y luego el cantón de Mornets, cuya denominación (montículos) habla claramente de su naturaleza.

Este último se termina con una garganta del mismo nombre que comienza por encima de la plantación Guillemenson y que lleva a Dondon. Más al oeste está el cantón de Périgourdins, cuya garganta conduce a Marmelade por el corte de Mongaut.

Vemos en un punto de la planicie de Acul y a cerca de una legua por encima de la iglesia, en la plantación Flaville y Noguerée, un molino de viento que cuando lo ve impresiona más el viajero, porque es el único de toda la planicie del Cap.

El terreno llano de la parroquia de Acul tiene en su totalidad 17 plantaciones de caña y 2 más que se establecieron. Podemos calcular que sus ingenios producen tres millones y medio de azúcar blanca, pero no de primera calidad.

Antaño, primero tenían pérdidas y la escasa producción hizo desaparecer varias en las proximidades del río Salée. La planicie tiene además 7 destilerías de tafia, una fábrica de ladrillos y tejas y 2 depósitos, uno al pie de Mornets y el otro al pie de Périgourdins, para recibir los productos de los montículos y las provisiones que se compran en el Cap.

Los cantones montañosos disponen de 100 cafetales y el mismo número de lugares de víveres. No todos tienen un suelo igual. Varios son aptos para cultivar la moca y son considerados incluso como muy fértiles.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se trata de los cantones del alto de Mornets, río Doré, Fonds-Bleux y el corte de David. Los de Périgourdins, del torrente Grande, del torrente de Georges y de Souffrière no pueden cultivar ese arbusto y varios habitantes tuvieron una onerosa constancia de ello.

Pero se dan bien los víveres del país. Estos cantones podrían emplearse aún más fructíferamente si tuvieran pastos para los animales, que aquí se aclimatan estupendamente.

Al sur de la parroquia y casi en lo alto de la montaña que la separa de Dondon, hay un manantial muy abundante, cuya agua cae de peñasco en peñasco; varios arroyos se unen a su curso en la garganta de los montículos y cuando llega a la planicie es el río Haut du Cap, pues su desembocadura está en el Cap, o el río de Galisset, porque atraviesa las tres plantaciones de caña de ese nombre. Sus aguas, cuyo volumen solo la mitad las mayores sequías reducen a mueven siete molinos de azúcar; dos pertenecen a la parroquia de Acul.

Tal vez unos trabajos hidráulicos en esta parroquia, muy cortada por torrentes y arroyos, le proporcionaría los beneficios que necesita, como por ejemplo el de convertir las zonas anegadas del borde de la bahía en tierras aptas para el cultivo de la caña de azúcar.

La parroquia de Acul tiene, en comparación con su superficie, muchos caminos que mantener. Contamos 32,465 toesas, sean reales o de comunicación.

En 1688 la milicia se componía de 51 hombres, en 1723 de 99 y ahora tiene 120.

La población total de la parroquia (donde solo había 950 negros en 1723), es en la planicie de 130 blancos y 3,500 esclavos y en los montículos de 95 blancos, 200 libertos y 1,500 esclavos. Total 6,425 personas.

El Camp de Louise convertido en Acul, es el lugar en el que dicen que aparecieron por primera vez en la Colonia francesa la lepra y la elefantiasis. Esta terrible enfermedad apareció en 1709; después, con una visita ordenada por dos edictos del Consejo del Cap, el 5 de mayo de 1710 y el 3 de marzo de 1711 y hecha por un médico y dos cirujanos, encontraron que era la penosa herencia de 28 familias y que se había propagado por Bayaha y el Trou.

¿Habría venido de la isla de San Cristóbal, como decían algunos? ¿Era consecuencia de la comida principal de los habitantes de Acul, que criaban muchos cerdos?

Por lo menos, era un argumento para aquellos que rechazan la etimología de Charlevoix en lo que se refiere al nombre del lugar y adoptan una que atribuyen al más vergonzoso desenfreno y que autoriza a poner los desagradables nombres que llevan aún algunos torrentes.

El tiempo no ha respetado lo que podría esclarecer este punto; pero encuentro hermoso tener que decir que las criollas encantadoras de esta parroquia demuestran, tanto por su atractivo como por su virtud, que el lugar en el que viven no debe alimentar ninguna prevención desfavorable.

Debemos a un habitante de Acul llamado Michel Périgord, haber intentado a principios de este siglo, utilizar una especie de índigo denominado *bastardo, cimarrón* o *salvaje* que, aunque menos apreciado en muchos aspectos que el *franco*, multiplica sin embargo los recursos de la Colonia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pero desde 1776 ha casi desaparecido esta planta tan útil a causa de una enfermedad que la aniquilaba y de la que hablaré en la descripción de las parroquias donde primero su destrucción se manifestó.

Los cacaotales fueron durante mucho tiempo un cultivo muy lucrativo en Acul y Charlevoix informa, según un memorándum del padre Le Pers que en 1714 un único habitante llamado Chambillac poseía veinte mil.

La epizootia causó grandes estragos en la parroquia de Acul. Pasó de la plantación Carré de Quartier-Morin a la de Du Paty, las cuales, dirigidas por el mismo administrador, se comunicaban con frecuencia entre ellas.

En 1772 en tres meses, la plantación de caña Du Paty perdió 80 mulas, sin contar los caballos y bueyes. Las plantaciones de caña la Plaigne, Sacanville y Macarty sufrieron también grandes pérdidas de animales.

Acul vio nacer al señor Mercier Du Paty, que murió siendo tesorero de Francia y miembro de la Academia de la Rochelle. En las memorias publicadas en 1752 por esta docta institución, se encontró a un tal señor M. Du Paty, que había disertado el 5 de mayo de 1750 sobre los viveros de mejillones para contribuir a la historia natural del país de Aunis, donde habla de los gusanos que agujerean los barcos.

El señor Mercier Du Paty era el padre del señor presidente Du Paty, cuya reciente pérdida (1788) aún aflige a todos aquellos que desean, en nombre de la humanidad, una reforma de nuestras leyes criminales.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Distrito de Limbé

XV

Parroquia de Limbé

El Limbé tiene el mar al norte; al sur una sierra dependiente de la primera cordillera que va del Cibao hasta Port-de-Paix y que separa Limbé de Marmelade y Plaisence; al este, una sierra secundaria que van desde el mar hasta reencontrarse con la primera cordillera del Cibao, en la dirección de norte a sur y que separa Limbé de Acul; al oeste, otra vez una cordillera secundaria parecida, que es el límite entre Limbé y Port-Margot.

Hasta 1712 nadie pensaba establecerse en Limbé y todavía en 1715 la gente que lo habitaba dependía de la parroquia de Acul. Esta última parroquia tenía entonces al padre Le Pers a quien le gustaba formar nuevas parroquias, como párroco, compró un terreno en Limbé para construir una capilla pagando 115 libras, .

Ese lugar dependía de la concesión de un tal señor Le Tellier, pero el señor Barrère, lugarteniente del Rey en el Cap, se ocupó de que le concedieran otro terreno. El 2 de septiembre de 1715 consagraron la capilla bajo la advocación de San Pedro, en el mismo sitio donde está el poblado actual.

La parroquia tiene actas que se remontan hasta esa época de 1715, pero se han conservado con muchas irregularidades y hay varias grandes lagunas durante las cuales los registros no tienen, por ejemplo, nada relativo a los bautizos, matrimonios e inhumaciones de esclavos.

Para acelerar el desmonte de Limbé, reunieron el 3 de diciembre de 1715 todos los terrenos; pero por un abuso muy común entonces, la mayor parte de la planicie de Limbé fue concedida a un solo individuo, que era el señor de Brach, lugarteniente del Rey en Léogane.

En 1716 solo había unos hatos incipientes y el 14 de septiembre de 1717, los Administradores se vieron obligados otra vez a reunir todo lo que quedaba sin ningún asentamiento.

El Limbé es ahora una parroquia bastante grande, compuesta de una parte llana y otra montañosa. La llana, que tiene cerca de una legua de ancho de este a oeste por tres leguas y media de profundidad norte sur, está regada por un gran río formado por las aguas de varios torrentes que salen de distintas gargantas de las montañas.

El principal tiene sus fuentes, como ya he dicho, en la parroquia de Marmelade y recorre cerca de quince leguas antes de llegar al mar. Se le denomina río Rouge, pero más usualmente río de Limbé.

Desde noviembre hasta marzo sus crecidas son muy frecuentes y se cita en particular la de octubre de 1722. Son ocasionadas por la unión de las lluvias tormentosas con las que traen los vientos del Norte.

Entonces el río, como también se vio en 1783, supera su cauce y destroza los cultivos que no se ha tenido la precaución de proteger con diques y presas. No se seca nunca y alimenta unas carpas muy delicadas.

Observando que encontramos en toda esta planicie trozos de árboles y hojas a 12, 15 y hasta 18 pies de profundidad, es imposible no creer que la llanura de Limbé no estuviera cubierta por el mar; en su origen le debemos el río y el terraplén que forma el hermoso terreno que vemos. Y si consideramos cómo se han conservado esas partes vegetales sepultadas, parece evidente que ese trabajo de las aguas no es muy antiguo.

Los puntos tan elevados como para que el río no haya podido alcanzarlos en sus crecidas, son de una pésima calidad y de naturaleza arcillosa.

Por otro lado, el alejamiento más o menos grande de las montañas que terminan esta planicie al sur, influye también en que el suelo sea más benigno. Hasta se puede ver el orden en que las corrientes forman sucesivamente sus depósitos como un medio seguro para darnos cuenta de esto.

Al ser los más pesados; los cantos rodados y los guijorros más gruesos son depositados por ellas cerca de sus fuentes, luego vienen las arenas y enseguida las partes terrosas que pueden seguir mezcladas con las aguas; no las depositan más que en los lugares que esas mismas aguas cubren de alguna manera al perder su velocidad, es decir, cerca del mar.

Pero si en ese sistema los terrenos vecinos de las grandes montañas son los menos favorecidos por su suelo, esa desventaja es sin embargo compensada por las lluvias tormentosas que caen allí más abundantes y con mayor frecuencia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se divisa la planicie de Limbé en dos partes, a saber: el Haut Limbé, que es la más cercana a las montañas al sur y tiene 16 plantaciones de caña y el Bas Limbé que está hacia el mar, que cuenta con 6 plantaciones de caña.

Esas dos partes están separadas por el río que, a cerca de una legua del mar, corta de alguna manera la llanura yendo del pie de las montañas del este a buscar el pie de las del oeste.

En general, las tierras de la planicie de Limbé son de una excelente calidad y adecuadas para todos los cultivos. Antaño había mucho índigo, que era aquí de mucha calidad, pero los insectos que destruyen esta planta, decidieron cambiarla por la caña de azúcar a todos los habitantes que se lo podían permitir.

De este modo, casi toda la llanura de Limbé está ocupada por plantaciones de caña. Las 22 con las que cuenta, de las que 13 disponen de molinos de agua, producen en sus ingenios alrededor de cuatro millones quinientos millares anualmente de azúcar blanca, de los que la mitad corresponden las 6 plantaciones de caña de Haut Limbé y la otra mitad a las 6 del Bas Limbé la planicie aumentaría su producción con más agricultores.

Cuando se viene del Cap se llega, a través de dos gargantas o cortes como se cuenta en la descripción de Acul. A cerca de una legua de la cumbre de la sierra que franquea el gran corte que va a Haut Limbé, está el pueblo donde se halla la iglesia que se construyó varias veces en madera, que a causa de la humedad se pudre muy deprisa.

Hay proyectada una de mampostería, pero en la actualidad, una gran barraca dividida en dos partes sirve a la vez de templo al Señor y de alojamiento a su ministro. Una veintena de pésimas chozas cubiertas de paja o tablas forman una especie de aldea donde residen los obreros, los comerciantes y los hospederos; uno de estos llamado Rossignol alquila sillas de enganche para ir al Cap a 66 libras el día y caballos ensillados por la mitad de ese precio.

Cerca del pueblo el gran camino que va desde el Cap a Port-au-Prince atraviesa el río que más de una vez ha puesto en mucho peligro al correo y que le cuesta la vida a algún imprudente cada año. En 1744 se llevó por delante casi todo el pueblo.

Si se llega por el pequeño corte, se pasa el camino que conduce a Port-de-Paix; cuando llegamos a la cumbre de la sierra, límite de Acul y Limbé, un nuevo espectáculo se nos ofrece en la fértil llanura de Bas Limbé, cuya lontananza, que parece haber sido diseñada artísticamente por la naturaleza, produce un efecto pintoresco.

El viajero se sentiría encantado si no se diera cuenta de que para descender solo hay un camino erizado de piedras sueltas o incrustadas incluso en el suelo, que obligan a los coches a ir a saltos y brincos hasta el pie de la montaña.

Buscaremos en vano mejorar esta vía. Si desplazamos las piedras, las lluvias, llevándose la tierra que cubre otras, las dejan pronto al descubierto y esta montaña, inagotable en piedra caliza, promete agotar la paciencia de los hombres durante algunos siglos más.

Será mejor pues, buscar otro camino y tal vez habría que elegir el borde del río, pues las grandes piedras que hay allí permitirían construir un dique enormemente sólido.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Hay también un gran camino para coches que comunica entre sí el Haut y el Bas Limbé.

Después del pueblo y el paso del río, el camino de Port-au-Prince sigue la planicie y se retrae dirigiéndose hacia el sudoeste, yendo así a buscar la garganta del río Grande, donde realmente corre un gran torrente que tiene carpas y que es necesario pasar tres veces.

En este intervalo, encontramos plantaciones de caña de las que la de Chabaud es la última. Hay a ambos lados algunas factorías de añil o bien cafetales, cuyos asentamientos se hallan en la parte llana y las mocas se plantan, en las hondonadas que dejan el extremo de los achatamientos de las montañas o en las laderas más o menos suavizadas de estas últimas.

En algunos puntos hay también depósitos para recibir los productos de las factorías de las montañas, o las cosas útiles que se compran en el Cap.

Podemos conocer la tasa actual de las carretas de este depósito, sabiendo que se pagan cuatro piastras gordas por un millar de café de estos depósitos en el embarcadero de Limbé. Por último, llegamos al pie del corte de Plaisance y es allí donde termina la planicie de Limbé.

Los cantones de la zona montañosa de la parroquia de Limbé son, yendo de este a oeste, Acul de Jean-Raux, Ravine des Roches, Souffrière de Limbé, parte del torrente Grande, Boucan de Guimby, Islet-à-Corne, Morne à Deux-Têtes, el río Rouge y parte de Coupe-à-Noé. La moca y los víveres del país se dan muy bien.

En esas montañas y en las gargantas que forman hay 124 cafetales, 3 factorías de añil y 79 lugares de víveres. La parroquia tiene también 3 talleres que hacen cerámica, ladrillos y tejas, además de 4 destilerías de tafia.

El corte de Plaisance es largo porque el camino ha sido practicado en la misma ladera de la montaña, que es imposible que tenga una pendiente totalmente suavizada. Pero los que han pasado por aquella por donde solo se podía ir a caballo y que está a la izquierda de la nueva que se acaba de terminar, la encuentran muy suave.

Ese camino, en sus distintas direcciones que a veces son opuestas, nos va mostrando asentamientos a los que llegamos sucesivamente y por encima de los cuales, después de haber subido más de 5,000 toesas, nos sorprende saber que hayamos podido llegar a la cumbre de la cima, que es el punto más alto de este corte y que sirve de linde a las parroquias de Limbé y Plaisance.

Llegados allí, nuestros ojos contemplan con asombro la enorme masa de montañas que hay por todas partes; muchas tienen aspecto volcánico, parecen amontonarse unas sobre otras y en sus pendientes más o menos inclinadas y en los estrechos intervalos que dejan entre ellas, que podríamos tomar por precipicios, tenemos la prueba de que el trabajo del hombre existe.

Lo pintoresco de esta situación se acrecienta con la vista del gran torrente de Limbé, desde cuyo borde se ha empezado a escalar el corte y que vemos entonces en las distintas gargantas, pasando por el cantón de Isle-à-Corne y permitiéndonos en la lontananza, medir la altura a la que hemos llegado, sentimos una sensación que podríamos llamar frío cuando estamos en la cima.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

De todas las parroquias de la Parte del Norte de la Colonia, la de Limbé es la que resulta más favorecida por las lluvias. En abril de 1766 causaron grandes daños. El 25, estuvieron acompañadas por tremendos rayos y el mismo día, el correo que iba del Cap al Môle, perdió sus paquetes en el río; tembló la tierra el 26 a las nueve y algunos minutos de la noche.

Se calcula que del 1 de abril de 1783 al último día de marzo de 1784, habían caído 17 pies, 7 pulgadas y 8 líneas de agua. Si esas lluvias son perjudiciales a veces, por su excesiva abundancia, los habitantes son indemnizados por esas molestias, porque no sufren las sequías, que con tanta frecuencia devastan otros lugares que van seguidas por la hambruna de víveres, y son siempre tan desastrosas. Sin embargo la sequía de 1786 se sintió de un modo intenso aquí.

La situación de la planicie de Limbé, rodeada de montañas y atravesada por un gran río, vuelve el aire húmedo y frío. El termómetro de Réaumur está casi siempre dos grados más bajo que en el Cap.

Con todo, la estancia para los blancos es sana pero los negros padecen enfermedades pulmonares cuya causa más frecuente es la transpiración reprimida.

Las montañas que bordean Limbé están todavía llenas de madera. Las zonas más próximas al mar tienen la mejor, llamada madera incorruptible.

Las que por el contrario están a una legua o más del mar, no tienen más que madera blanda, aunque alguna sin embargo puede servir para carpintería o emplearse en fabricar duelas.

Las dos sierras del este y el oeste de la parroquia, solo contienen piedras calizas calcinables, desde la orilla hasta cerca de una legua yendo hacia el sur. Ya no las hay a partir de allí y hasta la gran cordillera.

Probablemente Limbé tiene minas de distintos tipos. Hacia 1763, un habitante que cavaba para construir una esclusa en el río de Limbé, descubrió una de lapislázuli. Envió a París varios trozos que mostraron ser de la misma naturaleza que la piedra azul de Oriente, con la que se prepara el hermoso azul llamado *ultramar*.

Encontramos ocre en las alturas del río Grande, cerca de Islet-à-Corne.

En la margen derecha del río Grande y cara a acara con la plantación Glier, hay una enorme piedra que parece ser de ofita o serpentina, en la que hay grabadas varias figuras humanas de grosera factura, pero cinceladas muy profundamente en la misma piedra. Se atribuye este trabajo a los antiguos nativos y por esta razón lleva el nombre de *Roca de la India*.

En la plantación Chabaud no lejos de allí, , hay un espacio que parece haber sido aplanado por manos humanas. Resaltan los restos de una terraza y encontramos en los alrededores gran cantidad de fetiches indios.

Es el momento de hablar de la costa de esta parroquia. A partir del cabo Icaque, que forma la entrada noroeste de la bahía de Acul, hasta la de Limbé, hay muchos altos fondos y arrecifes. A 1,360 toesas de la punta de Icaque, comienza el límite de Limbé, cuyo embarcadero está todavía más al oeste a dos leguas.

Este embarcadero, adoptado desde hace mucho tiempo por los habitantes, solo en 1748 y por órdenes del señor de Vaudreuil, después de la entrada de dos buques en la bahía de Acul, dispuso de la batería proyectada por el señor de Larnage en 1742.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sin embargo, ya se había hecho, objeto de un arrendamiento el paso que estaba ya establecido y que encontré adjudicado por el ordenante del Cap, el 3 de mayo de 1743, al señor Burgaut, junto con el de los pasos de Acul y Fort-Dauphin.

La tarifa de este paso era entonces de 2 libras y 5 monedas para los libres, de la mitad para los esclavos y de una gorda por cada barrica de azúcar. El arrendamiento subió en 1752 a 3,000 libras.

Autorizados por los Administradores del Cap el 4 de marzo de 1751, los habitantes construyeron una calzada en este embarcadero y la cedieron al señor Delfaut, de acuerdo con la autorización de los Administradores generales del 27 de abril de 1762; el señor de Pont es en este momento el dueño.

El embarcadero de Limbé tiene en la actualidad 33 casas. Desafortunadamente hay algunas cubiertas de paja, lo que hace aque todas sean candidatas a un incendio. Delante del embarcadero, el señor de Pont, para facilitar la carga y descarga y no tener que depender de las mareas altas que, cuando llegaba la noche, agotaba a los negros que velaban, hizo llenar de rocas 180 pies y puso al final de este terraplén un pantalán de madera de 86 pies, al extremo del cual hay una grúa que, además, facilita las operaciones.

A 160 toesas al este del embarcadero está el islote de Limbé, que tiene 170 toesas de largo de norte a sur por 140 de ancho. Como su naturaleza es calcárea, el señor Blay y el señor de Pont obtuvieron, el primero bajo el señor de Belzunce y el segundo en 1783, el permiso para establecer un horno de cal.

El de este último, el único que está activo, produce hasta 5,000 barriles de cal por hornada. Entre el islote de Limbé y la punta este del pico Marigot hay otras dos islitas; la más grande, que se halla al este y que sobrepasa la mar gruesa, es llamada la Roche-Pauvre. Entre ellas dos solo hay un paso para canoas.

El embarcadero de Limbé tiene la desventaja de caer a sotavento del Cap. Los barcos de pasajeros que transportan los productos casi siempre tienen el viento en contra para llegar a esta ciudad, lo que les obliga a hacer una primera ceñida profunda para vencer al viento e intentar entrar en el Cap a la segunda y en el intervalo de media jornada. Pero en tiempos de guerra, se ven obligados a ir de tierra a tierra y además, recalan en Port-Français a menudo.

El embarcadero de Limbé presta un gran apoyo a los que navegan en cabotaje, que encuentran aquí facilidades. Esta defendido por el islote de Limbé al norte por el pico de Marigot al noroeste y los arrecifes al este.

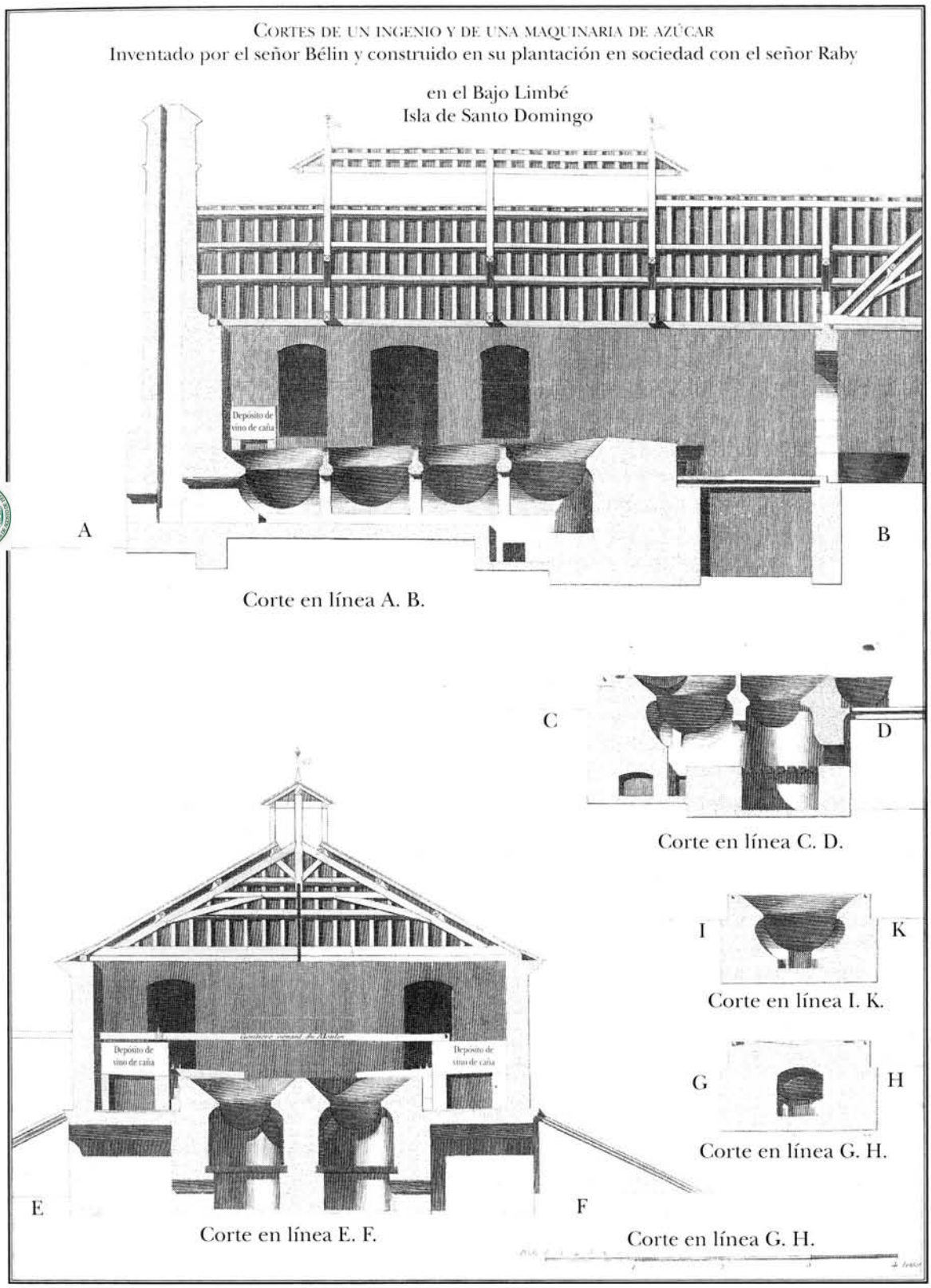
Si un corsario enemigo intenta entrar con la brisa favorable del viento marino, a pesar de la batería de 6 piezas de cañón que es necesario encarar al llegar al paso, no podría salir de allí más que de noche, pues debería esperar la brisa de tierra.

En el intervalo, las fuerzas armadas de la parroquia que ya se habrían reunido, no le permitirían salirse con la suya.

Los vigías apostados durante la guerra en dos pequeñas montañas, al pie de las cuales está el embarcadero de Limbé, advierten a los barcos de cabotaje de la presencia del enemigo y entonces toman los fondeaderos que están más a su alcance.

Tenemos que atribuir a estos vigías el no haber perdido ninguno de los cuatro barcos de pasajeros de Limbé, que son naves de 70 u 80 toneladas, de los que dos pertenecen al señor Blay y dos al señor de Pont.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Se puede encontrar en París donde el señor Phelipeau, ingeniero geógrafo, calle Saint-Jacques esquina a la de Mathurins, no. 45. Año de 1786.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Estos propietarios tienen almacenes donde se depositan los productos de Limbé e incluso los de Plaisance. Un pasajero blanco paga una gorda; un negro, un cuarto de gorda o gourdin; una barrica de azúcar, 3 gordas; una de vino, 9 libras; un barril de harina, 3 libras; un saco de café, 30 monedas y el resto, en proporción.

Se podría dotar fácilmente al embarcadero de Limbé de un hilo de agua que se tomaría en el canal de la plantación Lavaud. Este agua serviría también para los barcos de cabotaje que utilizan este fondeadero y que se la pagan a los negros a razón de un escalino por sello.

Hay 210 toesas desde el embarcadero de Limbé hasta la punta este del pico Marigot y 350 hasta el extremo oeste del mismo pico. Toda esa parte de la costa está bordeada por un arrecife que se halla a ras de agua, por lo que resulta muy difícil acceder a ella.

El pico Marigot forma la punta este de la rada del mismo nombre; hay 1,810 toesas hasta la cumbre Manioc, que la termina al oeste. La aguja de la rada está a cerca de 50 toesas y la desembocadura del río de Limbé se encuentra a 810 toesas de la cresta Marigot.

En el centro de esta rada hay un alto fondo considerable a ambos lados del cual pasamos, pero el mejor es el del este. El fondeadero está muy expuesto al viento del norte.

Del pico Manioc hasta la punta este de Port-Margot, donde se termina la parroquia de Limbé hay 240 toesas; todas ellas son costas de hierro.

La población total de la parroquia de Limbé es de 300 blancos, 200 libertos y cerca de 5,000 negros.

La milicia cuenta con 250 hombres armados.

Aunque la iglesia de Limbé no está más que a 4 leguas y media de la del Cap, en línea recta hay realmente por el camino:

De esta iglesia al Cap	6	leguas.
_____ a la de Acul	3	”
De esta iglesia a la de Port-Margot	3	”
_____ a la de Plaisance	7	”

El Limbé da su nombre a un distrito del que dependen las parroquias de Limbé, Plaisance, Port-Margot y Borgne.

Pertenece a la comandancia y senescalía del Cap.

No hay ninguna parroquia de la Colonia que haya sido glorificada tanto como la de Limbé, gracias a la contribución de uno de sus habitantes a la prosperidad del Santo Domingo francés. Al mencionar esto, todos los hombres justos y la misma envidia nombran al unísono al señor Belin de Villeneuve.

El señor (Paul) Belin de Villeneuve es el primero, por no decir el único, que se ocupó, con éxito, de perfeccionar el arte del azúcar. El resultado de sus investigaciones es una teoría segura.

El cantón de Bas Limbé estaba desprestigiado tanto por su escasa producción, como por la pésima calidad de sus artículos. El señor Belin compró, en sociedad

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

con el señor Raby una plantación; demostró que lo único que se necesitaba eran conocimientos.

Las aguas perjudiciales fueron contenidas y evacuadas y un lugar tildado como incapaz de alimentar la caña de azúcar se convirtió la sede de una inmensa plantación de caña. Se la imitó, aunque al mismo tiempo se la criticaba y el Limbé cambió de aspecto.

La superioridad de la factoría del señor Belin atrajo pronto a gente que se acercaba a buscar información. Se la acogió con premura y si no todos se llevaron conocimientos teóricos perfectos, sí demostraron que su puesta en práctica los coloca por encima de los demás fabricantes.

Para alabar a un refinador se dice: *es un alumno de Belin.* Explicó tan bien esta práctica, que hasta los negros pudieron, ateniéndose a ella, obtener buenos resultados.

Antes de los procedimientos del señor Belin, los moldes del azúcar que se fabricaban en Santo Domingo pesaban solo 28 libras. Después de ellos, subieron a 40 y más; el azúcar es mejor, se saca partido de todas la sustancias que antes se perdían y los jarabes amargos producen los mejores aguardientes, ya que el principio azucarado no se destruye con los defectos de la fabricación.

Calculemos cuánto se sabe sobre manipular el azúcar en Santo Domingo; hagamos notar que debemos a la luces del señor Belin una cuarta parte y entonces podremos apreciar cuánto le tienen que agradecer desde hace treinta años a este colono la Colonia y el Estado mismo.

Eso no es todo. En 1769 el señor Belin, en lugar de los tres cilindros iguales que tenían los molinos de azúcar, aumentó en un tercio más el diámetro de los cilindros laterales y el del centro desarrolló la misma potencia de movimiento con una tercera parte menos en la fuerza motriz, enorme avance cuando aquella la producen los animales.

Retocó los hornos de las calderas, a las que no se podía limpiar de sus cenizas sin apagar el fuego, lo que provocaba la disminución de su potencia. Después inventó un nuevo dispositivo que acelera considerablemente la fabricación de una cierta cantidad de azúcar y en su sede se hicieron 172 moldes en 24 horas.

Perfeccionó los embalajes isotérmicos[61] y mejoró la distribución de los edificios que se emplean en las plantaciones de caña para simplificar la mano de obra; le debemos un molino para preparar la tierra en la que se entierra el azúcar y la prueba de que para ese menester era una insensatez hacer venir de Francia una tierra arcillosa.

En el cultivo, en la administración y en la dirección de un inmenso taller, el señor Belin se condujo como en el arte del azúcar y en el perfeccionamiento de las

[61] Es la oportunidad para decir que hasta 1786 no se pudieron obtener más que pésimos soportes, pero los señores Dacosta, de Nantes, fabricaron unos de excelente calidad para el señor Belin y para el señor Verret. También disponen de tambores que tienen el acabado de piezas de orfebrería y son superiores a los ingleses, que solo están pulidos en la parte de fuera mientras que su interior está lleno de defectos y desigualdades. Estos tambores están hechos con un material magnífico, así como las calderas de azúcar de la misma plantación.
Los señores Dacosta fabricaron además, con un modelo del señor Belin, sus nuevos embalajes isotérmicos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

máquinas, tanto más dignas de elogio por cuanto todo lo que sabe lo aprendió por sí mismo; todo su renombre es tan suyo como su talento.

En julio de 1777 el gobierno le concedió la carta de nobleza que sin duda un día, los descendientes de algún devastador de una comarca, que la obtuvieron también, se creerán con derecho a despreciar.

Pero si la utilidad es lo que caracteriza a la verdadera gloria, la del señor Belin nos parece bien hecha para servir como base al orgullo, pues lo que queremos que entre en todas las cosas.

Debo al carácter complaciente del señor Belin, a su amistad por mí y más aún a su inclinación por las cosas que me motivan, los principios, las reglas y las observaciones sobre todos los elementos que conforman al agricultor colonial.

Los he recogido en largas y numerosas entrevistas y en repetidas estancias en la misma plantación, donde la demostración seguía a la teoría. El revisó mi redacción. Sin duda llegará el día en que las ofreceré al público para quien he investigado y supondrá un nuevo beneficio para hombre a quien la mediocridad ha atacado de mil maneras, siempre sin tener en cuenta que habría que apuntar muy alto para que pudieran alcanzarle.

Que sepa que en tanto no pueda citar un ejemplo que supere el del señor Belin, que hizo en el Bas Limbé con 165 cuadrados de tierra, 650 millares de azúcar de una calidad que ninguna otra plantación de caña del mismo lugar ha podido igualar, sus clamores serán solo insensatos.

Apelo a la ingente cantidad de personas que fueron a ver en la plantación del señor Belin, lo que es una plantación de caña donde grandes talentos dejan su huella en todas las cosas.[62]

Es muy penoso después de haber citado a un ser cuya vida entera es una serie de actos recomendables, verme obligado a citar uno cuya atroz existencia ha sido una plaga para la humanidad.

El negro Macandal, nacido en África, dependía de la propiedad del señor le Normand de Mézy. El molino le atrapó la mano y hubo que cortársela; lo pusieron a guardar los animales y se convirtió en fugitivo.

Durante su deserción se hizo famoso por los envenenamientos que extendieron el terror entre los negros y que hizo que todos se le sometieran. Había abierto una escuela de este arte execrable, tenía agentes por todos los puntos de la Colonia y la muerte volaba a una mínima señal suya.

En su vasto plan, había concebido el infernal proyecto de hacer desaparecer de la faz de Santo Domingo a todos los hombres que no fueran negros; sus éxitos, que iban siempre en aumento, propagaron unos escalofríos que eran además seguros.

[62] Se puede leer en el marco de la chimenea de la casa de la plantación de caña del señor Belin, estos cuatro versos que esta inspiró al señor de la Borde, alférez de navío, que pereció en el viaje del señor de la Pérouse alrededor del mundo.

El hombre activo posee los bienes, el hombre ocioso posee los males
Todo trabajo tiene su recompensa,
Y la más dulce aquí compensa
La amargura de nuestros esfuerzos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Ni la vigilancia de los magistrados ni la del gobierno, había conducido al medio para apoderarse de este malvado y los intentos, castigados con una muerte casi instantánea, solo sirvieron para que el terror creciera aún más.

Un día, los negros de la plantación Dufresne, en Limbé, habían convocado una calenda numerosa. Macandal, que estaba acostumbrado a una impunidad que ya duraba mucho tiempo, acudió al baile.

Un joven negro, tal vez por la impresión que la presencia de ese monstruo le había producido, fue a advertir al señor Duplessis, agrimensor y al señor Trévan, que se encontraban en la plantación; repartieron la tafia en tan gran cantidad, que todos los negros se emborracharon. Macandal, a pesar de su prudencia, se encontró privado de su razón.

Fueron a arrestarlo a una barraca de negros desde donde lo condujeron a una habitación de uno de los extremos de la casa principal. Le ataron las manos a la espalda y a falta de cadenas, le sujetaron con arreos de caballo.

Los dos blancos escribieron al Cap para informar de esta captura y con dos sirvientes negros encerraron a Macandal, teniendo las pistolas cargadas en la mesa, donde había una vela.

Los guardianes se durmieron. Macandal, tal vez ayudado por los dos negros, desató sus manos, apagó la luz, abrió una ventana de la casa, se echó a la sabana y llegó a las barracas saltando como una liebre.

Al aumentar la brisa de tierra, empezaron a batir las hojas de la ventana y ese ruido despertó a todo el mundo; hubo grandes murmullos, se busca a Macandal, al que los perros olfatearon muy pronto y lo volvieron a apresar.

Macandal que, si hubiera usado las pistolas en lugar de huir, hubiera estado seguro de escapar, fue condenado a ser quemado vivo por un edicto del Consejo del Cap del 20 de enero de 1758.

Como se había jactado varias veces de que, si los blancos lo cogían, se les escaparía bajo formas diferentes, declaró que tomaría la de una mosca para evitar las llamas.

El azar quiso que el travesaño en el que la cadena que le sujetaba estaba empotrada estuviese podrido; los violentos movimientos que le producían los tormentos del fuego, arrancaron sus ataduras y salió despedido por encima del lugar del suplicio.

Los negros gritaron: *Macandal, salvado*; el terror fue indescriptible; se cerraron todas las puertas. El destacamento de Suizos, que vigilaba la plaza de la ejecución, la evacuó. El carcelero Massé quería matarlo con un golpe de espada cuando, siguiendo una orden del procurador general, fue atado a una plancha y lanzado al fuego. Aunque el cuerpo de Macandal había sido incinerado, bastantes negros creen, aun ahora, que no sucumbió en el tormento.

El recuerdo de este ser, para el que no hay apelativos, tiene todavía tal influencia siniestra, que los negros llaman a los venenos y a los envenenadores *Macandales*; ese nombre se ha convertido en uno de los peores insultos que se pueden lanzar entre ellos.

Un pintor de París llamado Dupont, hizo en prisión el retrato de Macandal y el de tres de sus principales cómplices y se los llevó a Francia. Su viuda los puso a la venta en el muelle del Louvre.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El señor de Courrejolles los compró y se los regaló al señor Mazères, a cuya muerte fueron vendidos de nuevo. Compré el de Macandal en Versalles a un buhonero de la esquina de la gran caballeriza, en la avenida de París. Es un retrato al óleo y de buena factura.

Saldría una obra voluminosa de todo lo que se refiere a Macandal; pero le estaba reservado a alguien anónimo el presentarlo en el Mercure de France, del 15 de septiembre de 1787, como el héroe de un cuento titulado *Historia verdadera*, en el que el amor y los celos actúan como dos grandes motivadores.

La epizootia se abatió sobre la plantación Belin pero, matando a las mulas en las que el morbo se manifestaba con claridad y aislando a las que no estaban afectadas, se pudo detener el desastre.

Vemos en la misma plantación un *Rima* o *Árbol del pan* plantado el 7 de agosto de 1788 en una tierra de referencia, excelente y muy fresca. El 28 de diciembre tenía un tronco de un pie del que salía una copa de 14 pulgadas y media, de 7 líneas de diámetro y con hojas de 17 pulgadas de largo.

Todo indica que este árbol tan preciado, tendrá un completo éxito y contribuirán a él los cuidados del señor de Belin, pues son continuos; es para él una arraigada costumbre querer ser útil a la Colonia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

XVI
Parroquia de Plaisance

Hemos llegado a una de las parroquias más importantes de la Parte francesa, pues está situada en un punto destinado, por su naturaleza, a servir de medio de comunicación entre la Parte del Norte, la Parte del Oeste y el resto de la Colonia y hasta asegurar una comunicación entre ellos a diferentes puntos de la Parte del Norte.

Un lugar apartado en doce leguas en el sudoeste del Cap, al que no se podía llegar más que a través de senderos que los mismos cazadores no siempre reconocían, no podía estar muy frecuentado, a pesar del nombre que se le había dado por la situación de una especie de cuenca que hay allí y que debería parecer realmente agradable a aquel que hubiera vencido las dificultades para llegar allí.

En una palabra, no fue hasta 1726 cuando se hizo de Plaisance una parroquia, aunque desde hace cinco o seis años se comenzaron a reconocer y separar las concesiones.

Espesos bosques, lluvias abundantes y los obstáculos de la entrada y la salida, todo jugaba en desfavor de este lugar y alejaba a los colonos más atrevidos.

En 1728, Plaisance contaba con 53 plantaciones, todas en la zona baja. El señor de Lafond mandaba entonces las milicias.

No sé la razón que motivó a poner como patrono de esta parroquia al Arcángel San Miguel; pero el primer templo que se le consagró no duró mucho, pues en 1746, el señor Cabrol de Nègrefeuille, uno de los parroquianos, donó nueve cuadrados de tierra para construir una iglesia y un presbiterio.

La parroquia se quedó sin párroco muy poco después, y en 1751, el señor de la Touraudais, mayordomo de la misma, lo sustituía en varios menesteres, sobre todo expidiendo extractos de registros muy desordenados.

Cuando la iglesia fue aniquilada por segunda vez, la majestad divina fue encerrada durante trece años, en una parte de una pésima barraca hasta que en 1784 se construyó la iglesia actual.

Está en el mismo emplazamiento que la anterior y tiene 72 pies de largo por 30 de ancho; es de mampostería. Costó cincuenta y tantas mil libras.

La parroquia de Plaisance, que no se desgajó de ninguna otra, tiene como límites: al norte, las parroquias de Borgne, de Port-Margot y de Limbé; al este, Limbé y Marmelade; al sur, Marmelade y Gonaïves y al oeste, Gonaïves y Gros-Morne.

Está rodeada de montañas por todas partes y su mayor longitud, que va de sudeste a nordeste, es de cerca de ocho leguas; su anchura varía entre las tres leguas y alrededor de legua y media.

Este último punto es donde Margot, que pertenece a la parroquia de Port-Margot, vuelve a entrar en Plaisance.

Distinguimos dos partes principales en esta parroquia; son Plaisanec Haut Plaisance y Pilate o Bas Plaisance. La primera, que comprende la parte oriental hasta el pico Miel, tiene como subdivisión Plaisance propiamente dicha, Trouble, el Río Grande, Mapou, Boeuf-Blanc, Provence y el torrente Champagne.

La segunda es una garganta muy abierta formada en la parte occidental de la parroquia, por un lado por la sierra que separa aquella de la parroquia de Gonaïves y por el otro por las montañas que separan la parroquia de Plaisance de las de Borgne y Port-Margot. Se divide en Pilate propiamente dicho, en Ravine à Baudin, en Piment y en el río La Porte.

El índigo fue el cultivo de los primeros colonos franceses de Plaisance, independientemente de que este producto gozara entonces de una especie de favor; era más adecuado que ningún otro por la situación del lugar, por la facilidad de transportarlo al Cap, donde debía ser vendido.

Como todo en Plaisance era todavía agreste, no se cultivaba sino el índigo silvestre o bastardo y esos colonos, sencillos y felices, al encontrar en la caza y la pesca la subsistencia diaria, veían crecer la planta, ignorantes entonces de que los insectos la atacarían un día, como al índigo franco.

Plaisance llevaba una existencia que no parecía brillante, aunque había algunos colonos ricos, cuando varios nuevos habitantes se presentaron en 1770, y efectuaron considerables desmontes.

El cultivo de ambos índigos se multiplicó, pero pronto el de la moca lo remplazó en muchos puntos y se talaron bosques enteros para que dejaran sitio al arbusto que parece haberse adueñado de todas las montañas de la Colonia. Vamos a examinar Plaisance en sus distintos cantones tal y como los vemos.

El que se llama *Plaisance* de un modo más especial, va desde el punto donde está la cuenca de la Trouble hasta el pico Miel, donde empieza Pilate. En uno de estos puntos se halla la iglesia y en otro que está más al este, a cerca de 3,000 toesas, se

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

encuentra lo que llaman el pueblo de Plaisance, es decir, una docena de casas, de hospederías o albergues y el alojamiento de la gendarmería.

La tierra de este cantón mejora cuanto más se aleje del corte que lleva a Limbé y más cerca se halle a la zona baja de la cuenca. Es una mezcla de arcilla, arena y limo.

Trouble, que está en el cantón más sudeste de la parroquia, tiene como límites: una parte de Marmelade, Isle-à-Corne, que depende de Limbé, el cantón de Plaisance y el de Río Grande.

En la parte inferior la arcilla domina. Durante las sequías las aguas se estancan y la tierra se agrieta, mientras que en las alturas que lo rodean, el agua, el sol, la temperatura, todo es propicio para las legumbres y las mocas.

Pero, por la alternancia de sequía y humedad, en general este cantón, pone a prueba la salud de los habitantes y los africanos difícilmente se aclimatan.

El *Río Grande* limita al sur con la corriente conocida como el Río Grande de Gonaïves; al este, con Marmelade; al norte con el cantón de Trouble y al oeste con el de Mapou. Su situación es muy buena.

Mapou, cuyo valor no fue reconocido más que al cabo de casi veinticinco años, produce ahora una enorme cantidad de café y merece su reputación.

Boeuf-Blanc sigue a Mapou al este.

Provence está al norte, en la parte opuesta a Mapou, rozando Limbé.

La *Ravine à Champagne*, que sigue a Provence al oeste y que roza Limbé y Port-Margot, tiene un suelo muy variado donde existe el contraste de una tierra fecunda con una zona arcillosa. El señor Stollenverk ideó emplear las patatas como abono y las soberbias mocas son el resultado de su experimento.

En la segunda parte de la parroquia de Plaisance, *Pilate* propiamente dicho tiene una hermosa cuenca que el índigo no ha agotado. Las colinas alimentan soberbias mocas.

Piment, uno de los cantones que se considera más establecido en Plaisance, no lo habría sido sin la proximidad del embarcadero de Port-Margot, porque las vicisitudes de las estaciones le golpean desfavorablemente. Estas hacen aborrecer un lugar donde las aguas límpidas y saludables, la madera apta para construir y la piedra caliza, ofrecerían grandes ventajas.

No podemos concebir cómo este cantón pertenece a la parroquia de Plaisance con la que no tiene, ni tendrá ninguna relación y no la de Port-Margot, cuya sola ubicación indica que tendría que formar parte de ella.

Río la Porte. Este cantón no se formó hasta después de 1750 al igual que el de Piment. Está muy regado. Sus zonas elevadas hacia el Gros-Morne son calizas y la madera es abundante la moca se da muy bien y con muy pocas excepciones. La temperatura es bastante fresca.

Podemos comparar varias zonas elevadas del cantón de Ravine à Baudin a las de Mapou.

La parroquia de Plaisance cuenta con 32 factorías de añil, todas en la zona llana y cuya producción puede calcularse en 35 o 40 millares de índigo. Estos ingresos eran el doble cuando se cultivaba el índigo bastardo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los 180 cafetales producen cerca de tres millones de café; esa cantidad podría aumentar en un tercio disponiendo de más brazos. Pero toda la parroquia no es, sin embargo, igual de fértil.

Por ejemplo, la montaña que separa Plaisance de Marmelade y Gonaïves, de suave pendiente, tiene en su cara occidental un suelo que la ocupa casi en su totalidad. En una longitud de cerca de seis leguas la tierra es alternativamente negra y roja, bastante fuerte, pero mezclada con piedra caliza y rocas que impiden la degradación de las lluvias y conservan un frescor propicio.

El resto de la montaña, a pesar de la fecundidad que promete al principio, contiene piedras vitrificables y a veces toba. En esta sierra gozamos de una temperatura que parece ser la de una eterna primavera y a esta deliciosa sensación se mezcla un vivo placer cuando encontramos, como en lo alto de la plantación del señor caballero Puilboreau, que está sin embargo en la parroquia de Marmelade, flores y frutas que nos recuerdan a Francia.

Pero en la montaña que es el confín de Limbé, una tierra roja y fuerte y la falta de piedra caliza impiden incluirla entre las que aseguran largo tiempo el éxito de la moca.

La producción de Plaisance se le debe a una población de cerca de 600 blancos, 230 libertos y 6,600 esclavos.

La humedad del lugar, que no es favorable para el algodón pero que es ventajosa para la moca y el índigo, lo es también para los víveres del país se dan bien. Todas las especies: bananeros, tayotas o malangas, mandioca, ñame, patatas, maíz, arroz, guisantes, etc.

En los años de sequía, las parroquias de Gonaïves y de Gros-Morne reciben de la de Plaisance abundantes ayudas y en cualquier caso, los excedentes de Plaisance se pueden consumir en el Cap.

Las semillas de jardinería y las alcachofas tienen un suelo propicio aquí; el manzano de Francia alegra la vista, aunque no el gusto y las viñas embellecen también, a veces un cenador, aunque sus frutos sean agrios.

Las cañas de azúcar que los señores Chailleau plantaron en sus propiedades, demuestran que la cuenca de Plaisance podría permitirse el establecimiento de una plantación de caña.

Además en Plaisance, encontramos madera a pesar de toda la que consumen los cafetales cada día. El algarrobo, impropiamente llamado por algunos bosque de palma, el cedro o el acajú franco, el palo mayor, el palo de Brasil, el almendro de hojas pequeñas, el palo de sabana y el de la caya amarilla, forman con otros la clase de bosques que se denominan incorruptibles. Es más numerosa todavía la madera apta para recubrimientos. El acajú bastardo está lejos de igualar al de Gonaïves en belleza.

La simple observación basta para demostrar que la parte mineralógica de Plaisance es muy curiosa. Varios arroyos transportan pepitas de oro el nombre de torrente de la Mine; se le atribuye a una mina de ese metal, que lleva una corriente de agua en la montaña adosada a Limbé.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

También se asegura que tiene cobre y no hay ninguna duda de la existencia de hierro. Plaisance tiene granito en todas partes; el jaspe y el pórfido de cualquier matiz y de una hermosura muy alabada, hasta los más antiguos, están en sus montañas, sobre todo hacia el río la Porte.

Abundan también aquí las ofitas y explican por qué encontramos en varios puntos piedras o hachas indias, que los nativos hacían con esta sustancia pedregosa.

También encontramos sus recipientes de barro cocido y sus utensilios. En 1727 el señor Bouet, cuando cavaba en su terreno, encontró una vasija de arcilla cocida con forma de urna y su tapadera.

Al descubrirla, se quedaron estupefactos cuando encontraron una cabeza humana cortada a la altura de los hombros. Su forma y la clase de cabello, que todavía la cubría, no dejaba lugar a dudas de que era la de un desdichado indio.

También encontramos conchas marinas en las montañas.

Principalmente Plaisance está regada por tres grandes torrentes o ríos pequeños. Tienen sus fuentes hacia el sudeste, en la montaña que separa esta parroquia de la de Marmelade.

El más septentrional se llama Trouble, como el cantón que atraviesa. El más occidental da su nombre al cantón del Río Grande; entre ambos está el río la Graix.

Se reúnen a cerca de legua y media del pie de la montaña, en la cuenca de Trouble y se convierten en el Trois-Rivières: denominación que conservan sus aguas mezcladas cuando atraviesan el resto del cantón de Plaisance y de Gros-Morne hasta Port-de-Paix, donde desembocan en el mar después de haber recorrido alrededor de treinta y cinco leguas desde Plaisance, incluidas las sinuosidades.

El río Trois-Rivières, que acarrea por todas partes las piedras calizas de su lecho, recibe todas las aguas de la parroquia de Plaisance antes de llegar al pico la Porte, donde entra en la de Gros-Morne por el cantón del Boucan Richard.

Aquí los principales torrentes que se vierten son, hacia el sur, los de Mapou, Boeuf-Blanc y Baudin; hacia el norte, los del Boucán Champagne, Margot y Piment; hacia el oeste está el río la Porte, así llamado porque un poco por debajo de su confluencia con el Trois-Rivières, este, encerrado entre dos grandes peñascos, pasa por el intervalo que dejan ambos entre ellos y que se denomina *Porte*.

Los 210 pies de altura perpendicular de estos peñascos, el ruido de las aguas cayendo en cascada, la cuenca profunda que forman abajo y la sensación de frío que producen con su gran agitación, que reduce una parte al estado de vapor, todo contribuye a hacer de este paso un lugar marcado por una característica que solamente sabe dar la naturaleza y que inspira una especie de horror.

Su aspecto también nos lleva a suponer que este paso fue consecuencia de alguna violenta sacudida.

Los ríos de Plaisance no se secan nunca; aquí las lluvias son tan abundantes que no tienen ese problema. Se calcula en 80 pulgadas de agua el término medio anual de aquellas; pero la cantidad de lluvia decrece hasta en Plaisance

Hay que atribuir un fenómeno de esta zona por una parte a esas lluvias y al volumen de agua que producen y por otra, a la conformación de la zona llana de Plaisance.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Una niebla más o menos espesa, más o menos húmeda y más o menos alta, cubre esta superficie casi cada día. Algunas veces se forma antes de la aurora; otras, no se hace visible más que con ella o aun después.

Tan pronto el observador, que está en un punto de las sierras dominantes, la percibe como un mar del que se elevan, aquí y allá, montículos que podríamos considerar como otras tantas islitas, porque parece no estar compuesta sino de pelotones separados o de largos surcos que ocupan alturas diferentes, o filones que indican la dirección o las dimensiones de cada garganta.

Hay días en que su blancura es la de la nieve; otros, tiene un matiz apagado; a veces entorpece la visión de los objetos más próximos; otras, no esconde más que los que se hallan a cierta distancia.

La mayoría de las veces su base está, en la misma tierra, pero a veces también deja un buen espacio entre ambas. Normalmente se extiende en dirección este oeste, pero puede tomar otras direcciones diferentes de esta.

Los colonos encuentran en este fenómeno meteorológico un barómetro que consideran seguro. Si la niebla se disipa insensiblemente, hará buena tarde; si se eleva, la lluvia está próxima.

En la época de lluvias, la niebla se ve poco en el fondo y se apodera de las alturas incluso después de que los desmontes se hayan multiplicado en ellos; parece ir a buscar más arriba las selvas que le proporcionan su apacible refugio; por último, entre las ocho y las nueve de la mañana, este velo aéreo desaparece del todo.

La sede de Plaisance es montañosa en su mayor parte y es más fresca porque su zona llana está bastante por encima del nivel del mar.

El termómetro de Réaumur marca 25 grados como máximo en este fondo y en la cima de los montes, no sube de 22. En general, la temperatura es más caliente en los puntos vecinos de esta parroquia, hasta de 3 o 4 grados más.

Esta diferencia podría ser tomada por una de las causas de la condensación de vapores, en un punto con tanto regadío, sobre todo porque cuando el viento es dominante por la noche no hay nada de niebla.

En los puntos más altos de las sierras que bordean Plaisance no es extremadamente raro ver descender el termómetro en pocas horas, hasta siete u ocho grados. Sentimos entonces lo que el contraste hace que llamemos un gran frío, aunque el termómetro marque todavía 14 o 15 grados.

Las enfermedades oftalmológicas son bastante comunes en Plaisance cuando han dominado los vientos del sudoeste que han atravesado la seca parroquia de Gonaïves. Cuando los años son lluviosos los cantones arcillosos son el caldo de cultivo de las fiebres.

En los meses de noviembre y diciembre de 1786, se sintieron en Plaisance cuatro sacudidas de un terremoto que venía del noroeste.

Ya es hora de que contemple Plaisance de la manera que ya he dicho al empezar su descripción y que la vuelve tan interesante.

Cuando se comenzaron a formar asentamientos no se encontró, como en las otras parroquias que están más al este en la llanura del Cap, el efecto de una extensión de cultivos cercanos unos a otros, sino completamente separados de todo el resto.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esta zona no tenía aún ningún camino. He comentado que entonces solo existían los senderos por donde pasaban los cazadores, pero nada más que para ir hacia Port-Margot, punto del que venían los primeros habitantes de Plaisance.

No se podía, desde ningún punto de vista, encontrar cómodo este punto de partida y durante la guerra, la necesidad de ir al Cap hizo que se deseara otro.

Se tomó otra vez a los cazadores como guías y con grandes fatigas se llegó hasta el torrente Grande de Limbé. Plaisance, que no tenía esta salida más que para su propia comodidad, se veía obligada a hacerla practicable con sus solos medios y eso no llevó sino a esfuerzos poco fructíferos.

Sin embargo, los habitantes se pusieron de acuerdo en que preferían ir al Cap que a Port-de-Paix; una declaración del Rey del 16 de junio de 1740, ordenaba la separación de la parroquia de Plaisance y de Pilate, de la senescalía de Port-de-Paix, de la que había dependido desde su formación, para cederla a la senescalía del Cap.

Sin embargo Plaisance quedó todavía bajo el mando militar de Port-de-Paix, pero una orden del Rey del 26 de octubre de 1746, la volvió a unificar al Cap a ese respecto.

En esa última época, por así decirlo, el señor de Vaudreuil, gobernador de la Parte del Norte, tuvo la idea de comunicar esta zona con la del Oeste a través de Plaisance y en septiembre de 1750, incluso sin esperar las órdenes de los Administradores generales, hizo trabajar a los negros de diferentes parroquias que rodeaban el camino, desde la parte baja del corte de Plaisance, en Limbé, hasta la parte baja de la de Gonaïves en esta misma última parroquia.

Ese trabajo fue dirigido con tanta diligencia que en septiembre de 1751, el señor de Vaudreuil fue por ese camino del Cap a Gonaïves y desde entonces los franceses no volvieron a tener la necesidad, para ir del Cap a Port-au-Prince, de tomar prestado un paso por el territorio español.

Como una de las consecuencias de este proyecto, Plaisance, a la que este camino hacía atravesar continuamente, vio cómo se acrecentaban sus asentamientos.

El señor de Belzunce, siempre ocupado por los campos, comunicaciones y defensa interior y no encontrando ese camino adecuado desde su punto de vista, buscó otro e hizo el trazado de uno más, en el que no se volvió a pensar por la paz de 1763 y la muerte de este general.

En 1773, el clamor contra el camino del corte de Plaisance, que se había vuelto impracticable en cierto modo, se dejó oír por todas partes y el señor de Vallière, ordenó tomar medidas eficaces para hacer uno sólido.

Se trabajó y los habitantes de Plaisance en particular, demostraron con su celo que lo necesitaban.

Veinticinco años antes ni siquiera se tenía la esperanza de poder abrir, en semejante macizo montañoso una vía duradera y cómoda y desde que se dispuso de esta, se despertó el deseo de pasar en coche del Norte al Oeste.

Para ello era necesario, sobre todo, encontrar una salida de Plaisance hacia Gonaïves y las observaciones se dirigieron a este fin.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En 1775, el señor de Reynaud, durante el corto ínterin que ejerció a la muerte del señor de Vallière hizo que se investigara, pero solo se obtuvieron ideas vagas.

La guerra de 1778, creó necesidades y se retomó la idea de la comunicación a través de Plaisance; al año siguiente, el señor Louis Dumesnil, habitante y agrimensor de esta parroquia, levantó el plano de un camino que, arrancando de Plaisance, llegaba a Gonaïves por el torrente Sèche.

El 23 de noviembre de 1779, el señor de Mousceau hizo incluso una verificación, que produjo una impresión muy favorable.

En abril de 1780, la muerte del señor de Argout, proporcionó un nuevo ínterin al señor Reynaud, que se había convertido en lugarteniente del gobierno general y encargó al señor de Mansuy, ingeniero y ayudante del mariscal general de los carabineros, ocuparse, sobre todo, de realizar un camino para coches entre ambas Partes del Norte y del Sur.

El señor de Mansuy era uno de los ingenieros-geógrafos enviados a la Colonia en 1764 para hacer el plano topográfico[63] con la ayuda además por los conocimientos locales de varios habitantes, sobre todo por los del señor Ballon, capitán de las milicias de Plaisance.

Después de haber considerado que el camino propuesto por el señor Dumesnil no era propio para coches, trazó, antes de agosto de 1780, una nueva ruta conocida como comunicación de la Brande.

En la misma época, el señor Marsan, veedor de Plaisance, propuso al señor de Reynaud un camino que pensaba que era preferible y que pasaba por la parte más baja de la sierra que separa Plaisance de Limbé, Port-Margot y Borgne y que es la primera cordillera del Cibao.

El señor Marsan contaba dos leguas desde este corte hasta el pico la Porte de allí al corte Joseph, se pasa el camino de coches del Cap a Port-Margot, y hay legua y cuarto y desde este último punto al pueblo de Limbé cerca de una legua, lo que no sumaba más que cuatro leguas desde el límite de Gros-Morne a Limbé.

El señor Dumesnil por su parte trabajaba para que saliera adelante su proyecto del torrente Sèche y el señor de Mansuy recibió pues del señor de Reynaud la orden de hacer una visita minuciosa al lugar y anotar sus defectos.

El 10 de septiembre de 1780 redactó sin embargo un expediente y le faltó decir que era necesario mantener el camino tal y como ya existía así como el de Orangers, ya que circunstancias particulares podían volver útiles esas diferentes salidas.

Los señores de Reynaud y Le Brasseur ordenaron la apertura del camino de la Brande y el 2 de enero de 1781 los obreros empezaron. Eran 75 soldados del regimiento de Port-au-Prince y 60 del regimiento del Cap, 100 negros del taller del Rey, 100 de la parroquia de Plaisance y 100 de la de Gonaïves.

La parroquia de Gros-Morne debía trabajar el camino en su territorio. El 14 de abril siguiente, el señor de Reynaud recorrió a caballo toda la ruta acompañado por treinta y dos personas atraídas por este acontecimiento.

[63] Ese plano nunca fue acabado debido a de la muerte de varios ingenieros.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El 1 de diciembre de 1780 los señores de Reynaud y Le Brasseur habían comunicado al ministro, de aquello que habían ordenado y el ministro, cuyo entorno no era favorable, sobre todo para el primero de esos dos Administradores, respondió el 17 de febrero de 1781, que se habían apresurado mucho y que las derramas eran muy onerosas para los habitantes.

Al publicarse en unas cartas particulares esta especie de desaprobación, se creyó que había llegado el momento de volver a hablar de otros proyectos que no fueran el de la Branche, que se contemplaba como proscrito.

Entonces el señor de Reynaud animó al señor de Anteville, capitán del real cuerpo de ingenieros militares, a que fuera a visitar todas las comunicaciones posibles de norte a oeste y a que le entregara un informe por escrito.

Este informe detallado y fechado el 27 de mayo de 1781, era favorable al camino de la Brande; pero como el ínterin del señor de Reynaud finalizó con su partida a Francia, a finales de julio de 1781, todo lo que él había querido fue sacrificado a resentimientos personales y un camino de coches del que estaban a punto de disfrutar, fue abandonado como si fuera una cosa inútil.

Sin embargo, se ganó lo que este infatigable Administrador había mandado hacer para suavizar el camino del corte de Plaisance y los cuidados que había dado para mejorarlo, bajo la dirección del señor de Grandmont, comandante de la parroquia de Gonaïves, al del corte de Gonaïves o de Orangers.

Habían pasado seis años más desde entonces, cuando una circunstancia difícil de prever vino a proporcionar lo que 40 años de investigaciones, de proyectos y de planes, no habían logrado dar a la Colonia.

Quiero hablar de la reunión de ambos Consejos, del Cap y de Port-au-Prince que, obligando a los habitantes de la rica Parte del Norte a franquear los montes que parecían separarlos de la del Oeste para ir a pedir justicia a esta última ciudad, quiso que imperiosamente se hiciera un camino de coches, cuyo preámbulo en el edicto de la asamblea suponía su existencia misma.

Los señores de la Luzerne y de Marbois se pusieron manos a la obra, según una ordenanza del 13 de noviembre de 1787 y en este momento lo están acabando; de modo que desde ahora se puede ir en coche desde la Parte del Norte a la del Oeste.

Los señores de Chillau y de Marbois por una ordenanza del 28 de mayo de 1789, acaban además de autorizar un establecimiento de carretas, unido al arrendamiento del correo, para transportar a los viajeros desde el Cap a Port-au-Prince y viceversa, pagando 396 libras por persona e incluso a Léogane.

Echemos ahora un vistazo sobre todos los medios de comunicación de la parroquia de Plaisance.

La Parte del Norte y la del Oeste tienen como separación natural la primera cordillera del Cibao, que corre prolongándose hacia el Môle Saint-Nicholas. Desde 1750, en que el señor de Vaudreuil quiso que una comunicación entre ambas Partes discurriera completamente en territorio francés, fue siempre Plaisance la que se consideró como el punto donde esta cordillera debía ser franqueada.

En efecto, la única sierra que separa Plaisance de Gonaïves, tiene una posición central, desde donde las ayudas pueden ser igualmente llevadas a todos los puntos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de la Parte del Norte, desde la bahía de Mancenille hasta Jean-Rabel y a todos los de la Parte del Oeste, desde Gonaïves hasta Grand-Goâve y Jacmel y de este a la totalidad de la Parte del Sur.

Por una consecuencia necesaria de su situación, esta sierra es un centro que, en definitiva, podría ser el de la retirada de todos los puntos que el enemigo hubiera atacado y una defensa contra las tentativas que quisiera emprender contra uno u otro de ambas Partes del Norte o del Oeste si una de las dos hubiera sido ya invadida.

Alejados igualmente de sus navíos y con la necesidad de una marcha tan larga y sembrada de tantos obstáculos, es más que probable que el atacante, hostigado por tropas ligeras y teniendo que combatir el clima, no haría sino esfuerzos impotentes.

Con esta visión defensiva, es necesaria una ruta adecuada para los transportes de todo tipo y de grandes bagajes; es lo que vuelve más importante a la ruta que ya se ha asegurado a los coches de tiro y acarreo.

Tiene, además, el importante objetivo de garantizar el transporte de productos de Gonaïves y hasta de una parte de la planicie de Artibonite, desde donde es obligado enviarlos al Cap durante la guerra y obtener en esta ciudad las provisiones de Europa y las cosas necesarias para las explotaciones.

En la descripción de Limbé, ya hablé de este camino hasta el punto en el que llega a la cumbre del corte de Plaisance desde el torrente Grande de Limbé.

Desde este punto va a encontrar, a cerca de 3,000 toesas, lo que llaman el pueblo de Plaisance, donde se halla el reencuentro del camino que va a Gros-Morne. Desde este pueblo, conocido también con el nombre de cruce de Plaisance, hace 700 toesas para atravesar el Trois-Rivières.

Desde allí donde encuentra el torrente de Orangers, recorre 2,200 toesas y en este intervalo está la confluencia del camino de caballos que va, por el cantón de Trouble, a Marmelade y Dondon.

Las 2,900 toesas de las que acabo de hablar, recorridas en la parte llana de Plaisance son comunes a la antigua ruta de Vaudreuil, pero con una anchura y una solidez que antes no tenía.

Desde el torrente de Orangers, el camino hace 4,555 toesas para ir, con una pendiente de cerca de 4 pulgadas por toesa, a buscar en la primera sierra la cumbre Puilboreau, punto que es en esta parte el límite de Plaisance con Gonaïves, de la senescalía del Cap y de Saint-Marc, antaño del Consejo Superior del Cap y del de Port-au-Prince, punto cuya altitud podemos calcular en cerca de 400 toesas por encima del nivel del mar.

Desde esta misma sierra, en los confines de Plaisance, Marmelade y Gonaïves, la mirada puede pasearse sobre la zona más rica de la Llanura del Cap y divisar la Grange a cerca de veintiséis leguas de distancia, en dirección este nordeste.

Puede recorrer además, las montañas cultivadas que bordean esta planicie y comparar ese aspecto alegre y variado al de las zonas casi desérticas de las posesiones españolas, que avista al sudeste, con las cuales Plaisance le ofrece un contraste más al norte.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Volveré sobre el camino para coches cuya gerencia y acabado debemos al talento y al celo del señor de Vincent, ingeniero, cuando describa la parroquia de Gonaïves, en los confines de la cual lo dejo.

Añadiré solamente que fue realizado como una empresa y que los distintos habitantes que efectuaron porciones del mismo, así como los soldados de los regimientos del Cap y de Port-au-Prince que se emplearon, fueron pagados por la caja pública.

La ruta por el torrente Sèche, que es aquella que el señor Dumesnil quería para hacer el camino de coches, viene también del cruce de Plaisance, pero hacia el extremo de la planicie y corta más al este que el camino de Orangers para alcanzar un punto de la garganta de Gonaïves, en la plantación Saint-Amand, después de haber hecho 5, 855 toesas desde el cruce.

Tiene el inconveniente de recorrer unos contrafuertes de la cordillera muy numerosos de seguir durante 800 o 900 toesas un torrente colmado de piedras, de cantos rodados y de grava, a los que una arcilla blanca se ha unido para formar una pasta endurecida y tener, aunque seca en tiempo normal como su nombre indica, mucha agua cuando hay tormentas.

Esto último se debe a que está formada por una pata de oca de torrentes, que acaban todos en su cabecera y que descienden de picos escarpados en forma de cascada.

Por otra parte, esta ruta exige un arduo trabajo y minas; esos obstáculos parecieron hechos a propósito para retardar más todavía que el recorrer las dos leguas que le saca al camino que se abrió para los coches, mientras que la otra vía se dejó para los caballos y a la conveniencia de los habitantes de su vecindad, ya sea de Grande-Rivière y de Gonaïves, ya sea de las gargantas de la Motte, de Dos-D'Ane, etc.

El tercer camino es el de Orangers, llamado así porque sigue durante mucho tiempo un torrente con ese nombre. Es el que se le debe al señor de Vaudreuil y por consiguiente, el más antiguo de todos, ya que antes que él Plaisance no tenía comunicación con Gonaïves.

Está más al oeste que el del torrente Sèche como ya he dicho. Tiene en común con el gran camino real de sillas 2,900 toesas, después hace 1,975 toesas para ir desde el paso del torrente Orangers a ganar el corte de Gonaïves en la plantación Bernard, trecho en el que no es más que un camino de caballos con una pendiente de 4 pulgadas por toesa.

Casi en la cumbre de ese corte, límite de ambas parroquias, pero del lado de Plaisance, encontramos una especie de cuenca natural sin salida.

Tiene cerca de 60 pies cuadrados y 15 de profundidad. Las lluvias o las sequías no tienen ninguna influencia apreciable en el volumen de sus aguas.

Un cuarto camino es el de la Brande, que quedó también para los caballos. Sale igualmente del cruce de Plaisance y a 800 toesas del mismo empieza a bordear la orilla derecha del Trois-Rivières yendo hacia la iglesia; después alcanza la pendiente del pico Miel, que separa Plaisance de Pilate, habiendo recorrido 4,700 toesas desde el cruce.

A 750 toesas del pico Miel, el camino atraviesa el paso la Boulayes y solo esta vez el Trois-Rivières, cuya margen izquierda toma hasta la cumbre la Porte, teniendo apenas dos o tres pulgadas de pendiente por toesa desde el cruce.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Franquea el pico la Porte a 4 pulgadas por toesa y llega a la linde de Pilate con el Boucan Richard, dependiente de la parroquia de Gros-Morne, después de haber hecho 4,300 toesas desde la cumbre Miel.

Del punto común al Boucan-Richard y Pilate, hace 2,600 toesas para ganar la cima que sirve de límite entre el cantón de Boucan-Richard, el de Gros-Morne y el cantón de la Brande en Gonaïves, para ir desde allí, siguiendo el torrente de la Brande, a juntarse en Gonaïves con el poste en el que finalizan los otros tres caminos de los que he hablado haciendo todavía 10,500 toesas, lo que completa 22,100 toesas desde el cruce de Plaisance.

Se le ha reprochado a esta vía su dificultoso mantenimiento si se hubiera hecho apto para los coches y el estar demasiado cerca de las parroquias que ya disponían de una.

De Pilate se puede ir por el Gros-Morne a Port-de-Paix y a Port-au-Prince y ganar el Cap, Port-Margot, Limbé, etc.

El cantón del torrente Champagne tiene además una salida directa hacia Limbé y una tercera hacia Margot, pero solo en caso de extrema necesidad nos decidiríamos a usarla.

La parroquia de Plaisance pertenece al distrito de Limbé y a la senescalía y la comandancia del Cap. Tiene como autoridad a su comandante de milicias y a un sustituto del procurador del Rey del Cap y desde una ordenanza del 13 de septiembre de 1775, una gendarmería compuesta en este momento por un oficial de justicia, un cabo y cuatro arqueros. Su milicia puede componerse de 150 individuos, de los que un poco más de la mitad son blancos.

El correo del Cap a Port-au-Prince deposita y toma dos veces por semana las cartas en la estafeta de Plaisance, que es una de las casas del cruce.

Desde la iglesia de Plaisance hay:

A la de Borgne. . . . . 9 leguas	A la de Marmelade. . . . 8 leguas
_____ Port-Margot. 7 "	_____ Gonaïves . . . . . 14 "
_____ Limbé . . . . . 7 "	_____ Gros-Morne . . . 7 "

XVII

Parroquia de Port-Margot

Ningún lugar de Santo Domingo en el que los franceses se establecieron es tan antiguo como Port-Margot, a excepción de la isla de la Tortuga. Esta última se convirtió en la sede de los aventureros desde 1630; eran una mezcla de individuos de distintos lugares de Europa, que aumentó ese mismo año con franceses expulsados de San Cristóbal por los españoles.

Cuando los bucaneros pasaban desde allí a veces a la misma isla de Santo Domingo, no había más que escaramuzas esporádicas que llevaban el nombre de *Bucanes*.

En 1638 aunque los españoles habían exterminado a casi todos los habitantes de la Tortuga, quedaban sin embargo unos cuarenta franceses dispersos por la costa de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Santo Domingo que, al ver que esa pequeña isla estaba abandonada, volvieron a ella en 1639; vivían sin jefe y sin que les molestara nadie.

Pero Willis, capitán inglés, habiéndose apoderado de trescientos de sus compatriotas sin ninguna autorización en la isla de las Nieves[64] los condujo a la Tortuga.

Los franceses acogieron a esos nuevos compañeros e incluso, y no dejaron durante cuatro meses de ayudarlos con todos sus recursos, cuando el ingrato de Willis hizo que los desarmaran, masacró a una parte de ellos a sangre fría y envió el resto a la isla de Santo Domingo.

Algunos de los que escaparon a tanto infortunio, fueron a contárselo al comandante de Poincy, gobernados general del Rey de las Islas de América, cuya cabecera era entonces San Cristóbal.

El señor de Poincy aprovechó estos sucesos para la ejecución de un proyecto que le habían ordenado los señores de la Compañía de las Islas de América, fundada y protegida por el cardenal Richelieu, entonces gran maestro, jefe y subintendente general de la Navegación y el Comercio de Francia.

Un oficial de marina, compañero de Enambuc, primer fundador de las Antillas francesas, cuyo talento y coraje le habían proporcionado el mando de una compañía en San Cristóbal, gozaba de una merecida confianza cerca del comandante Poincy.

Pero era hugonote y muy querido por sus correligionarios de la isla, lo que bastó para dedicarse a su persecución. Poincy resistió algún tiempo, pues le Vasseur y sus adláteres le resultaban necesarios.

Creyó por último llegado el momento y ordenó a le Vasseur que zarpara para el golfo de México y le entregó instrucciones relativas a Santo Domingo por si se diera el caso de que su crucero fracasase.

Le Vasseur embarcó con aquellos a los como él que volvían sospechosos, sus opiniones religiosas, en una barca que el señor de Poincy había hecho comprar y partieron para ir a servir a una patria que los expulsaba de su seno.

Siguiendo el plan del señor de Poincy, abordaron el islote de Port-Margot que ya llevaba ese nombre y cuyo origen desconozco.

Así, ese pequeño punto recibió al primer jefe revestido de un poder verdaderamente legal, emanado directamente del Monarca. Los franceses que le seguían, aquellos que encontró en la costa, fueron desde entonces realmente seres devotos y dirigidos por la autoridad que regía la entera nación de la que formaban parte.

Desde este islote le Vasseur fue a visitar a Willis, quien le devolvió la visita. Los ingleses vivían en una perfecta armonía con los nuevos franceses de su vecindad e incluso ambos jefes estaban convencidos de que los franceses, mezclados con los habitantes de la Tortuga, serían como era su deseo ellos mismos y se asimilarían con los ingleses, pero este acuerdo fue muy breve.

Willis, que tenía en su isla una población mayor, desarmó a algunas personas venidas del islote y se deshizo en quejas de le Vasseur quien, cansado de tantos insultos, el 31 de agosto de 1640 desembarcó en la Tortuga con solamente cuarenta y nueve hombres.

[64] N. de la T.: en español en el original.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Hizo prisionero a Willis, se apoderó de esa islita que, abandonada por los ingleses quienes se habían ido a la isla de Santa Catalina y se convirtió en esa época en la primera capital de la Colonia francesa de Santo Domingo.

La proximidad de la Tortuga proporcionó la ocasión de un asentamiento en el islote y en la isla de Santo Domingo, en el punto que correspondía con aquel, en el que d'Ogeron en 1665 formó una plantación donde en 1666 introdujo el cultivo del cacao.

Había un centenar de franceses en ese lugar y alrededor de sesenta en el islote. Pero la preferencia que bien pronto adquirió Port-de-Paix, no dejó más que bucaneros en Port-Margot; en 1695 los destrozos de los enemigos fueron aciagos.

Erigieron sin embargo, entonces una iglesia, pero no tardó en ser aniquilada y cuando los nuevos esfuerzos intentados a principios del siglo actual, ya sea en el este de Port-de-Paix, ya sea al oeste del Cap, condujeron a algunos colonos hasta Port-Margot, dependieron de la parroquia de Acul; después tuvieron una capilla filial donde se celebró misa por vez primera el 21 de julio de 1711.

Estaba al borde del río, en un lugar que antaño llamaban Boucan au Figuier au Père l'Amande, porque había plantado un bucanero con ese nombre había tenido su bucán en otro tiempo y algunas higueras-bananos que podemos ver todavía.

Esta misma filial estaba a setecientos u ochocientos pasos más abajo que la iglesia de 1695. El templo de 1711 fue consagrado, por votación unánime, a Santa Margarita.

Las crecidas del río de Port-Margo hacían peligrar la casa del Señor el 6 de abril de 1712; los habitantes se reunieron en la Llanura del norte, en la plantación del señor de Barrière, lugarteniente del Rey en el Cap y decretaron que esa capilla sería puesta en la punta del pico Corail.

Los Administradores aprobaron la votación y autorizaron a no pagarle nada a la iglesia de Acul, sino más bien ponerse a buscar los medios, para construir una adecuada en su territorio mediante un impuesto.

Entonces había en Port-Margot 80 hombres armados, todos ellos cultivadores de índigo o cazadores que tenían fama de muy valientes.

La parroquia hacía pocos progresos. Aunque dispuso de concesionarios, ya que las concesiones eran inmensas y en 1716, el señor de Charrite consiguió para él solo, terreno para por lo menos cuatro grandes plantaciones. El 14 de septiembre de 1717 los Administradores reunieron todo lo que no estaba desbrozado.

Hoy día, la parroquia de Port-Margot tiene 8 plantaciones de caña de las que 4 disponen de molinos de agua, 15 factorías de añil, 119 cafetales, 1 cacaotal, 13 lugares de víveres, 38 plantaciones sin cultivar por falta de brazos, 3 destilerías de tafia, 3 depósitos y una fábrica de ladrillos.

Su población es de 366 blancos, 184 libertos y 5,500 esclavos.

El mar bordea la parroquia de Port-Margot al norte; tiene el Limbé al este; Plaisance al sur y el Borgne al oeste. Se le calculan cerca de 9 leguas de longitud de norte a sur y alrededor de 3 leguas de este a oeste.

La parroquia de Port-Margot tiene primero, como división principal, el Port-Margot y el Margot. El Port-Margot es una especie de valle rodeado por sierras, al este, al sur y al oeste.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El Margot, que está situado por encima de Port-Margot, es apenas llano, solo el punto donde corre el río. Aquí las montañas son muy altas y tienen una pendiente bastante rápida.

Acto seguido, Port-Margot y Margot se subdividen en ocho cantones que voy a recorrer; los siete últimos no son más que laderas de montaña o montañas própiamente dichas.

El *Bas Quartier*, es como su propio nombre indica, la parte que roza con el mar. Va hacia el sudeste, retrayéndose hasta el pueblo llamado Grande y es plano. Este cantón también se subdivide en dos partes que son el Embarcadère y la Boularde.

El *Grand Bourg*, situado a cerca de legua y media al sur del Embarcadère, tiene 42 casas todas numeradas; aquí está la actual iglesia.

El *Bas Quartier* tiene seis plantaciones de caña cuyos ingenios producen 11,100 millares de azúcar blanca. Habría terreno poner cuatro más que podrían dar ochocientos millares. Solo hay seis factorías de añil, porque este ya casi se ha extinguido aquí y tres lugares de víveres.

Este cantón tiene una cuarta parte de los negros de la parroquia y una sexta parte de su superficie. Es el más expuesto a las crecidas de los ríos de la parroquia y sus habitantes tienen la obligación, en su lote de reparto, de atender al mantenimiento del corte de Noé, por donde pasa, el gran camino del Cap a Port-de-Paix en la sierra que separa Port-Margot de Limbé.

El *Petit Borgne* está situado por encima de Bas Quartier, sin extenderse como él hasta el este de la parroquia. No hay más que una plantación de caña que la produzca en bruto y su ingenio podría hacer trescientos millares de azúcar blanca, 2 factorías de añil, 15 cafetales y 2 lugares de víveres; contiene la séptima parte de la superficie de la parroquia y un octavo de los esclavos.

El cantón de *Corail*, está separado por una sierra del de Petit Borgne, al que sobrepasa, por una sierra. Tiene 5 factorías de añil, 24 cafetales, 1 cacaotal, 3 lugares de víveres, una octava parte de la superficie y un poco más de la octava parte de los negros de la parroquia.

La *Grande Plaine* o *Plaine à l'Anneau*, es el espacio que está al sur del pueblo y que va hasta la cima de la montaña que separa este cantón del de Margot. Hay una plantación de caña, 1 factoría de añil, 16 cafetales, 3 lugares de víveres, 1 fábrica de ladrillo, 1 destilería de tafia, 3 depósitos, una sexta parte de la superficie y una octava parte de los negros.

En su extensión se reúnen algunas casas que se construyeron mediante la adquisición de distintos pequeños terrenos desmembrados de una plantación; a este enclave se le ha dado impropiamente el nombre de pueblo pequeño. Está a cerca de legua y media al oeste sudoeste del Grand-Bourg.

El cantón de *Bras Droit*, va hacia el oeste. Tiene 8 cafetales y la duodécima parte de los negros.

El *Bras Gauche*, contiguo al anterior, dispone de 15 cafetales y 2 lugares de víveres. Ocupa la vigésima sexta parte de la superficie de la parroquia y tiene cerca de la decimonovena parte de sus negros.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El *Margot*, que está al sudoeste y como enclavado en la parroquia de Plaisance, tiene 1 indigotería y 31 cafetales, una vigésima parte de la superficie y una decimoquinta parte de los negros.

Por último el *Boucan Michel*, cuya mayor parte depende de Borgne, que va hacia el noroeste, no tiene más que 10 cafetales, la décima parte de la superficie y la décima parte de los negros.

Generalmente el suelo de la parroquia de Port-Margot es en general ligero y pedregoso. Antaño daba únicamente índigo; hoy día apenas produce 20 millares y la cosecha de los cafetales puede ser evaluada en cerca de millón y medio de libras. Los víveres son buenos aquí y el consumo del Cap proporciona una utilidad real a su agricultura.

La parte llana está regada por dos ríos y un manantial; este último es denominado el hoyo Pétra. El llamado de Port-Margot, que recorre la parroquia en su sentido longitudinal tiene, aunque se seca en varios puntos durante las grandes sequías, crecidas cuyos destrozos afectan a la parte llana, pero sobre todo a la zona baja hacia el mar.

En esta planicie, que parece ser el producto de su limo, todo habla de sus efectos y de sus irrupciones. Pasaba antaño por el hoyo de Pétra y todavía amenaza con volver y dividir el Grand Bourg.

Su rapidez, que aumenta la de las cascadas con cuya agua engorda, lo vuelve muy peligroso y en 1722, causó una gran inundación.

El 9 de febrero de 1764 la lluvia cayó en tan gran cantidad que en menos de seis horas se inundaron todas las plantaciones.

En el ventarrón de la noche anterior, la goleta *la Sainte-Barbe* del Cap, que venía del Môle a buscar cal al Bourg, encalló en los arrecifes hacia la parte oriental de Port-Margot. Esta desgracia le ocurrió a una goleta española que iba del Cap a Cuba, a una piragua y a un barco de pasajeros de Port-Margot.

Hubo en Port-Margot según las observaciones hechas por el señor Le Gras en la plantación de su señora esposa:

En 1781, un ventarrón el 5 de septiembre, un terremoto el 6 de octubre y 93 días lluviosos.

En 1783, 146 días de lluvia que dejaron 158 pulgadas y 10 líneas de agua. Los ríos se desbordaron desde el 1 hasta el 21 de noviembre y produjeron incontables destrozos. La mayor crecida de agua ocurrió el 6; la víspera había caído un aguacero durante 13 horas consecutivas. Hubo un terremoto el 30 de agosto.

En 1784 160 días lluviosos que dejaron 123 pulgadas de agua. El mes de marzo que, normalmente no es lluvioso, produjo él solo 20 pulgadas y 6 líneas en 15 días.

A esos resultados encontrados en una plantación en el centro de la planicie, hay que añadir que en los puntos vecinos al mar la cantidad de lluvia es poco más o menos menor de una octava parte, pero en la proximidad de las montañas hay dos quintas partes más.

En general, los meses más abundantes en lluvias son desde agosto hasta enero inclusive. En ese intervalo hay tormentas muy violentas.

Sin embargo Port-Margot no siempre está a salvo de sequías; las sufrió en marzo y mayo de 1781, pero en marzo de 1786 la devastó.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

No encontramos ningún pantano en la llanura de Pont-Margot a pesar de las lluvias tan considerables y solo se ven nieblas raramente. Allí viven una notable cantidad de ancianos. Hace cerca de 15 o 16 años murió la señora Texier a la edad de 130 años.

Pero con semejante cantidad de agua los caminos de Port-Margot están casi siempre en mal estado. Los de la planicie parecen deteriorarse todos los días. El que pasa por el corte de Joseph, situado a cerca de 700 toesas al este de Petit Bourg y que es el camino del Cap para las tres cuartas partes de los habitantes de la parroquia y hasta para muchos habitantes de los distintos cantones de Plaisance, como Pilate, el río la Porte y Piment y para los habitantes de Gros-Morne y de Haut du Bourge, está en un estado que lo hace peligroso.

En 1772, se ideó hacer un camino nuevo en Port-Margot, que costó 15,000 jornadas de trabajo a los negros y que nunca sirvió. Hubiera sido deseable que los hubiesen empleado enrebajar este corte en 20 pies en vez de alargar la ruta.

El corte de Noé, por el que el gran camino de coches que viene del Cap, entra en esta parroquia dejando la de Limbé, también necesitaría que se lo suavizase en 5 o 6 pies perpendiculares y que se lo alargara en varios puntos.

Port-Margot no tiene todavía un verdadero embarcadero, aunque desde principios de siglo, hay un lugar que lleva ese nombre que es el que juzgaremos mejor por los detalles que voy a dar sobre la costa de esta parroquia.

Comienza en la punta este de la rada de Port-Margot. A 160 toesas al norte noroeste de este cabo está el islote del mismo nombre, al que le Vasseur denominó, en agradecimiento el *Refugio*, que hoy día llaman también Islet à Cabrit. Tiene 540 toesas de largo y los hombres a los que les recuerda la época en que se resguardaban allí algunos protestantes perseguidos, a cuya valentía debemos la Colonia francesa de Santo Domingo, lo contemplan con admiración.

A cerca de 80 toesas al norte noroeste del islote de Port-Margot, está la Prison-d'Ogeron. Es un peñasco con una altura de alrededor de 15 o 20 pies y que tiene poco más o menos 30 toesas en su parte más larga, que va de este a oeste.

Está cortado a pico y el mar lo bate violentamente. Su desigual superficie está llena de asperezas, el tiempo ha dejado sus surcos y es completamente estéril. Allí, según la tradición, Ogeron enviaba a los malhechores de la isla de la Tortuga.

Es probable que se les dejara con cadenas o ataduras, ya que sin eso hubieran podido nadar y salvarse en tierra. Se dice que esperaban una muerte cuyo aspecto les debía llevar a la desesperación. Me parece que debían considerarse dichosos si podían lanzarse al agua para encontrar allí un final menos espantoso.

Si esos informes fueran verídicos, no es fácil encontrar una excusa para un tormento tan atroz, a menos que la imaginación de los filibusteros no lo hubiese concebido como el único capaz de hacer sentir a los hombres el temor de ser remojados.

El corazón del hombre sensible se rompe al ver las ideas de algunos de sus semejantes conjuradas contra la tranquilidad de los otros.

De la punta este de la rada de Port-Margot hasta su extremo oeste, llamada el pico de Dames, hay tres cuartos de legua. La profundidad de esta ensenada es de 330 toesas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Tan pronto como rebasamos el extremo oriental de la rada, yendo al sur sudeste, encontramos un estero que lleva al embarcadero de Port-Margot donde hay 14 casas o almacenes numerados, siguiendo una ordenanza del 20 de octubre de 1780.

En 1742, no había todavía a lo largo del mar más que un solo habitante, que poseía una inmensa extensión; sus vecinos estaban a una legua de distancia.

Un vigía en la punta este, advertía al embarcadero de todos los movimientos que había en la costa. En 1748 el señor de Vaudreuil hizo montar en este embarcadero, una batería y 6 piezas de cañón lo siguen protegiendo eficazmente en este momento.

Este embarcadero se volvió cada vez más precario debido a las arenas del estero y los habitantes, que desde hacía 25 años solicitaban que lo reparasen, obtuvieron del señor de Ennery el permiso de trabajo.

Se asegura que lo convencieron para que adoptara un pésimo proyecto, que adornaron con el nombre del señor Duportal; 14,000 jornadas de trabajo de los negros y 18,000 libras en dinero, no dieron como resultado sino un embarcadero peor.

Personas que consideramos instruidas, aseguran que lo que habría que hacer, un poco por debajo del canal que proporciona agua al molino de la plantación Bayeux, sería una estructura con pilotes de madera incorruptible remachada con clavos, para poder hacer entrar a voluntad toda el agua del río en ese canal, a cuya cabeza se pondría una esclusa de lo más sólida a fin de que en las crecidas, la totalidad del agua se quedara en el río.

En épocas normales iría del canal al estero, donde su volumen arrastraría las arenas que el viento del nordeste acarrea a la desembocadura. Estas precauciones y la de hundir una barco viejo en el noroeste, acabarían de hacer seguro el embarcadero.

Por otra parte, la señora de Bayeux que ganaba en este proyecto un molino mejor y una manera de embarcar su azúcar en su terreno, se encargaría del mantenimiento del canal hasta el embarcadero.

Port-Margot dispone de dos barcos de pasajeros que hacen los transportes al Cap. En 1752 ese paso daba al fisco 2,850 libras al año.

En la rada de Port-Margot y a 440 toesas de su extremo oriental, hay otra punta pequeña que la divide en otras dos y a 150 toesas después de esta se halla la desembocadura actual del río de Port-Margot, llamado también el río Limon.

No hay ningún fondeadero bueno en toda la ensenada de Port-Margot, a no ser dentro del islote *Refugio*, porque allí se está al abrigo de los vientos del norte. Baten esta costa enormes olas y mareas altas.

El pico de Dames o Madame, que separa la rada de Port-Margot de la ensenada Couchou, la forma una semicircunferencia de alrededor de 650 toesas de costas de hierro muy altas. Desde la punta oeste de este pico hasta la del este de la ensenada Chouchou, encontramos 940 toesas por cerca de 750 de profundidad.

Esta rada está todavía más expuesta que la anterior a la fuerza de los vientos del norte. Apenas hay barcas o chalupas que frecuenten esta parte de la costa y cuidándose mucho de estar al tanto del tiempo. Con todo, hay dos cañones dispuestos en batería.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El pico que separa la ensenada de Chouchou de la bahía del río Salée presenta un frente de costas de hierro de 335 toesas, dirigido este y oeste y ambas costas, la norte y la sur, cada una de 700 toesas de costas de hierro también muy altas sobre el nivel del mar. La apertura de esta bahía hasta la punta Bari-de-Boeuf, es de 438 toesas por 1,000 de profundidad.

Al fondo de esta bahía está la desembocadura del río Salée, que en este punto es el límite de la parroquia de Port-Margot y con la de Borgne y el enclave donde el camino del Cap a Port-de-Paix deja de ser practicable para los coches.

La desembocadura del río Salée forma una laguna o estero espacioso de 9 o 10 pies de profundidad. El fondeadero que hay delante de esta desembocadura está al abrigo del viento del norte.

Encontramos en el *Pilote* del señor de Puységur, el plano de la ensenada Chouchou y de la bahía del río Salée. Da como latitud en la punta este de esta primera, 19° 50' 40" y como longitud, 74° 56' 35".

La costa de la parroquia de Port-Margot corre del sudeste cuarto este al noroeste cuarto oeste y las tierras, vistas desde el mar, tienen menos elevación que en la parte que las precede desde la bahía de Mancenille.

La parroquia de Port-Margot pertenece al distrito de Limbé y a la comandancia y la senescalía del Cap. Esta última tiene un sustituto del procurador del Rey.

La milicia de Port-Margot la componen cerca de 120 personas, de las que más de dos tercios son blancas. En 1688 tenía la mitad de ese número.

Al describir Port-Margot no puedo impedir, asombrarme de que el cantón de Piment, que fue adjudicado a la parte de Plaisance, no pertenezca a la primera. Tres de los lados de ese cantón están en Port-Margot; no hay ningún camino para ir a Plaisance; está el doble de lejos de la iglesia de Plaisance que de la de Port-Margot; no hay otra salida más que el embarcadero de Port-Margot, el cual sin embargo no alcanza, sino a través de pésimos senderos hasta que llega a esta última parroquia y todos los informes religiosos y civiles ordenan que dependa de ella.

De la iglesia de Port-Margot a la de Limbé hay .. . . . 3 leguas
_____ de Plaisance . . . . . 7 "
_____ de Borgne . . . . . 7 "

El 2 de noviembre de 1758 murió en la parroquia de Port-Margot, en la plantación de su señora esposa, convertida en su morada desde hacía algunos años, el señor François Le Gras, nacido en en 1719 Orléans.

Siguió a su padre que había ido a vivir a Nantes, donde el señor Le Gras había sido educado en los Oratoriens.

Privado de su padre, entró en la compañía de cadetes de Rochefort que dejó a la edad de dieciséis años, para seguir a su madre a la Colonia adonde había sido llamada por su hermana.

Convertido en director de la plantación Saint-Michel, de Quartier-Morin, estableció una administración inteligente; la prueba de la importancia que le daba al comportamiento de un gran taller es que desde entonces tuvo la idea de tratar

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sobre una cuestión que él mismo había propuesto: «Que sería tan buena la educación la que se les daría, tanto en lo físico como en lo moral, para hacerlos más aptos a los niños esclavos, a los servicios que, en la edad viril, los amos tendrían el derecho a exigir de ellos y ponerlos en situación de que, rindiendo esos servicios, pudieran gozar de toda la felicidad que su estado de esclavitud conlleva».

De ser agricultor, el señor Le Gras pasó a convertirse en asesor del Consejo del Cap en 1746, titular en 1752 y procurador general en 1767.

La estima pública fue la cosecha del señor Le Gras en sus distintos puestos de la magistratura colonial. Juez íntegro y esclarecido, herramienta de una ley que él quería que se respetara porque era amigo del orden, el señor Le Gras tenía una filosofía ecuánime que le hacía ser conciliador en circunstancias difíciles.

Habiendo obtenido la carta de nobleza en 1773 y un certificado de consejero honorario de ambos Consejos de las Colonias en 1774, el señor Le Gras volvió a ser agricultor, pero para gustar de los placeres de la vida campestre, que eran tan afines a sus inclinaciones y dividiendo su tiempo libre entre los cuidados de su propia plantación de caña y los de la señora Le Gras, pasaba días tranquilos y sosegados.

En 1784, un fenómeno nuevo para Santo Domingo, el del nacimiento de la Societé des Sciences et Arts del Cap, le produjo un nuevo placer. Capaz de apreciar su utilidad presente y futura, donó 1,600 libras para un premio cuya elección delegó y recibió con satisfacción el título de miembro honorario de esa institución.

Cuando finalizó una vida cuya virtud marcó todas las épocas estaba ocupado en observaciones que contaba con ofrecerle, el señor Baudry Destozières, pronunció su elogio el 1 de mayo de 1786, en una sesión pública de la Societé y fue aplaudido en justo homenaje.

Enriqueció el patrimonio de esa Sociedad una parte de la biblioteca del señor Le Gras, que su hijo le destinó.

XVIII
Parroquia de Borgne

En 1728, la zona que actualmente forma la parroquia de Borgne, que llamaban el gran y el pequeño Borgne, tenía 19 plantaciones y 125 negros trabajadores.

La mayor parte de esos asentamientos eran corrales y la costa era el refugio donde se retiraban los pescadores de tortugas y de marisco.

Como el lugar era muy lluvioso, se cultivaba un poco de índigo hacia el mar, pero más al interior, la planta crecía rápidamente y decrecía lo mismo sin dar fruto.

Borgne era todavía en 1743, de tal modo una dependencia de la parroquia de Petit-Saint-Louis, que los habitantes solo disponían entonces de una capilla filial, donde el 1 de septiembre de 1743 el padre Levantier, superior de la misión de los jesuitas, celebró la primera misa.

El 29 de abril de 1753, hicieron del padre Frontgous, cordelero, el párroco de Borgne pero ese lugar no fue realmente una parroquia sino hasta el 13 de agosto

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de 1754, época en que el padre Cabady, le dedicó la iglesia a San Carlos Borromeo jesuita, en presencia del párroco que acabo de nombrar.

Los límites de la parroquia de Borgne son ahora, siguiendo una ordenanza de los Administradores del 30 de agosto de 1786: al norte, el mar, desde la desembocadura del río Salée hasta la punta de Icaque; al este, la parroquia de Port-Margot por la sierra de Boucan Michel y de Boucan Tâche hasta la fuente del río Salée; al sur, la parroquia de Plaisance por medio del cantón del río la Porte y el de Gros-Morne por el cantón del río Mancel y al oeste, por la parroquia de Petit-Saint-Louis viniendo del punto sudoeste del límite con Gros-Morne y yendo al pico Genipayer; luego ambos Fourchons y de ahí, se sigue la cima que se termina en la punta de Icaque y que separa los cantones de Sergent y Bas de Sainte-Anne.

Borgne tiene cerca de 6 leguas de norte a sur por alrededor de 5 leguas de este a oeste.

Generalmente esta parroquia es montañosa; el pico más alto, llamado el Grand-Pierrot, situado en su linde sudoeste, tiene 620 toesas de altura por encima del nivel del mar.

Desde su cima avistamos la Grange, la Tortuga, la Gonâve y por una garganta, el mar en el puerto l'Écu.

Hay sin embargo, algunas zonas llanas a lo largo de río Borgne, pero la más grande tiene apenas 400 toesas cuadradas.

Sus cantones son, a partir del límite nordeste para ir a buscar el del noroeste bordeando la parroquia, Margot, Boucan Michel y Boucan Tâche, llamado así por un viejo bucanero. Estos tres cantones rozan la parroquia de Port-Margot.

Luego viene Trou d'Enfer, cuyo nombre puede deberse a su situación y cuyo río cae entre dos enormes peñascos; roza Piment y el río la Porte, cantones de la parroquia de Plaisance y el del río Mancel de Gros-Morne.

En uno de los puntos comunes a este último cantón hay una montaña con dos cimas, que se conoce con el nombre de Bonnet à l'Évêque y desde el cual se divisan Borgne, Plaisance, Gros-Morne y Gonaïves.

Después viene el río Pequeño, que corresponde a Acul de Gros-Morne, al igual que Boucan Champagne corresponde a Pendu en la misma parroquia; por último el Vallée de Josaphat porque ese punto era antaño como el fin del mundo; el Boucan Mola; el Sergent, que respondía a la parroquia de Petit-Saint-Louis como Précipice, cuyo nombre debe venir de que su río cae de peñasco en peñasco. El cantón de Grand Boucan está en las inmediaciones y al sudoeste del nuevo pueblo.

El principal río que riega Borgne lleva su nombre. Está formado por el río Margot, el Précipice, el Sergent, el llamado río Pequeño, el Bras Droit, el Boucan Tâche, el Saut-d'Eau y el Boucan Michel.

Borgne tiene además el río Barre que, después de un curso de cerca de legua y media en esa parroquia va a la de Petit-Saint-Louis, donde está su desembocadura.

El tipo de cultivo que le es más propio a esta parroquia, es el de la moka. En un año normal se recogen, alrededor de tres millones y medio de café. En general se reconoce, que el café de Borgne es superior al del todo el resto de la Parte del Norte y se paga una o dos monedas más cara la libra.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los víveres de todo tipo se dan muy bien, así como las legumbres y las plantas hortícolas oriundas de Europa.

En 1741, Borgne solo contaba con 763 personas y en este momento tiene 412 blancos, 282 libertos, 5,742 esclavos, 2 factorías de añil, 117 cafetales, 32 lugares de víveres, 2 hatos y una fábrica de cal.

El índigo fue el primer cultivo que intentaron los colonos, pero las demasiado frecuentes lluvias hicieron que se renunciara a esta planta, que por otra parte daba muchos problemas.

Se incluyen también dos pueblos en el número de asentamientos de Borgne. Uno que llaman l'Embarcadère, pues ese es su verdadero destino, está a muy poca distancia de la margen derecha del río y se extiende a ambos lados de un estero denominado la *Savatte*.

Fue creado el 8 de septiembre de 1754 y hoy día se ven unas cuarenta casas. Está en un terreno comprado el 23 de abril de 1753 por Philippe Porquin, mulato libre, con los denarios parroquiales, para construir allí la iglesia, el presbiterio y ese pueblo.

Pero en 1774, los mayordomos de la parroquia fueron autorizados para solicitar a los Administradores el traslado y la reconstrucción de la iglesia en un terreno donado a la parroquia para este fin el 23 de diciembre de 1742 por el señor Belet.

Esta iglesia, que es la actual, fue bendecida el 20 de abril de 1777 por el padre Colomban, prefecto apostólico de la Parte del Norte, siendo párroco el señor abad de la Porte.

Está en la margen izquierda del río, así como el pueblo al que dio lugar y que fue autorizado el 24 de septiembre de 1780, después de largos debates con los dueños de las casas del antiguo asentamiento. Este pueblo cuenta con 40 blancos, lo mismo de libertos y 80 esclavos.

Borgne, a pesar de su erección en parroquia, dependía en todos los demás aspectos de Port-de-Paix. La ordenanza de las milicias del 1 de abril de 1768, lo ubicaba sin embargo en el distrito de Limbé; una declaración del Rey del 21 de junio de 1774, lo desgajaba de la senescalía de Port-de-Paix para entregárselo a la del Cap.

En Borgne encontramos varias vías de comunicación. La principal es la del Cap a Port-de-Paix, que va a buscar el camino casi abandonado de las costas de hierro, que sigue la dirección del río, donde la garganta estrecha y tortuosa de Bas de Sainte-Anne pasa al sur de las montañas de aquellas.

También hay un camino para ganar la iglesia desde las alturas e ir al embarcadero, que aunque encerrado en los límites de la parroquia de Plaisance utilizan también los habitantes del río la Porte y del Piment,

A la izquierda y rozando el camino que va desde la iglesia actual al embarcadero y a cerca de cinco cuartos de legua del mar hay, en un lugar llamado la Grande Colline, en la plantación Cazin, en el flanco de las costas de hierro, una caverna descubierta al escarpar este camino en la roca.

Esta caverna está dividida en siete bóvedas o grutas que varían en sus dimensiones. La primera podría albergar a más de 100 personas, aunque es la menos grande.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Encontramos osamentas humanas, fetiches, falos de tamaño natural y fragmentos con molduras[65] de la cerámica de los nativos.

Al fondo de la primera bóveda hay una abertura de 3 pies de alto por lo mismo de ancho, desde donde sopla un viento muy fuerte y se percibe una especie de abismo, pero arrastrándonos, encontramos a la derecha de esta abertura una paso que lleva a una gruta inmensa agujereada en su bóveda, que tiene nichos en la roca y a la que siguen otras cinco.

En la última están las rocas amontonadas que fueron arrastradas a través de algunos huecos practicados en lo alto y que coinciden con la vertiente de la montaña, por medio de la corriente que, verosímilmente, recorre toda la caverna y finaliza en el precipicio vecino de la primera gruta.

Columnas, pirámides derribadas, capiteles, embudos, estalactitas de todos los tamaños y formas, adornan ese inmenso interior que tiene algo de sombrío y parece hecho para entristecer.

Esa sensación parece aumentar todavía más por el resplandor incierto de las antorchas, sin las cuales no podríamos orientarnos y que a veces apagan las legiones de murciélagos.

A estas impresiones, se mezcla un movimiento producido por un conjunto en el que encontramos algo de majestuoso y por último el alma se siente oprimida cuando piensa que este vasto subterráneo, fue tal vez el último refugio de un gran número de aquellos indios sacrificados a la muerte por la codicia de los españoles.

También en Borgne destacamos una laguna salada que se encuentra en la plantación Thibaud, en la mitad o menos del río Salée y a cerca de 120 pies sobre el nivel del mar. Se asegura que allí se han pescado peces marinos, sobre todo sardos, obleas y lucios.

Examinemos el límite septentrional de esta parroquia.

Hablando de la desembocadura del río Salée, en la descripción de la parroquia de Port-Margot, ya dije que era salitrosa. El camino grande del Cap a Port-de-Paix pasa por esta desembocadura.

Era obligado hacer un largo recorrido en el mar sobre un estrecho banco de arena y casi todos los años durante las mareas altas se ahogaban algunas personas. El señor Savy, que residía en el vecindario y que el 10 de diciembre de 1774 fue autorizado por los Administradores, estableció allí un transbordador que está sujeto a la misma tarifa que el del Cap y que es también de gran utilidad; se proyecta hacer un puente.

Después de la desembocadura del río Salée viene, como ya dije en otra parte, la punta Baril-de-Boeuf, a la que corresponde al este un islote cuya forma hizo que se bautizara con ese nombre.

Aquel extremo a la bahía de Argent, delante de la cual hay también un peñasco, encontramos 400 toesas de costas de hierro.

[65] El señor Arthaud, médico del Rey en el Cap, que me proporcionó una parte de esos detalles desde 1783 y los hizo imprimir en 1788 en el primer volumen de las *Mémoires de la Societé Royale des Sciences et Arts del Cap*; donó al señor Grandelas, médico en París, una vasija de tierra negra adornada con molduras que tomó en esa caverna en 1777, época en que fue visitada en su totalidad por él y algunos otros curiosos, entre los que se encontraba el señor abad de la Porte.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esta bahía solo tiene 145 toesas de ancho por 70 de penetración; contamos desde ahí 540 toesas de costas de hierro hasta el cabo Jean Aubé, que es la punta oriental de la rada la Grange, de 455 toesas de anchura por cerca de 290 de penetración. Esta bahía si fuera necesario sería buena hasta para un navío.

Dominan 350 toesas de costas de hierro entre la rada la Grange y la Borgne, cuya abertura es de 715 toesas por 180 de hueco. Esta ensenada de Borgne no puede albergar más que canoas o barcas pequeñas; al fondo se sitúa el embarcadero, al que protege una batería colocada en un punto elegido en 1781 por el señor de Gimel, comandante de artillería.

Podemos decir que toda la costa, desde Port-Margot hasta este embarcadero, es poco abordable y que su interior, compuesto por montañas muy altas y rocas, no logra inspirar al enemigo la esperanza de penetrar, sobre todo porque durante la guerra hay en el embarcadero un puesto defendido por la milicia de la parroquia, formada de la misma manera y con el mismo número de individuos que la de Port-Margot.

A dos de esas montañas que avanzan a cada lado de la desembocadura del río y que, vistas desde el mar tienen una entrada que apenas se percibe, se les atribuye el nombre de la parroquia.

Confieso que sin una barquita que me indicó la abertura, me hubiera pasado desapercibida, aunque solo estuviera a una escasa media legua norte sur (el 3 de junio de 1787).

Hay alrededor de media legua desde la punta oeste de la rada Borgne hasta la ensenada Lavaud, que solo tiene 180 toesas de ancho por 90 de penetración. Allí está la desembocadura del río Bananiers.

Recorriendo 1,320 toesas después de la ensenada de Lavaud, encontramos la desembocadura del río Enfer, que está cerca de la punta Pêcheur y 715 toesas hasta la desembocadura del río Preslieu.

Toda la costa de este intervalo, de 2,035 toesas hasta 160 más allá de la desembocadura del río Preslieu, es de hierro, inabordable y muy elevada sobre el agua, a excepción del fondo de la ensenada Lavaud.

De la desembocadura del río Preslieu al extremo oriental de la rada de Bas de Sainte-Anne, hay 127 toesas y cerca de 1,800 de esta punta hasta la de Icaque lo que forma la abertura de la ensenada de Bas Sainte-Anne, que tiene 640 toesas de penetración.

El señor de Puységur, marca la latitud de la punta de Icaque en 19º 54' 28" y la longitud en 75º 3' 13".

Del río de Preslieu, un arrecife a ras de agua se extiende al noroeste y otro, desde la punta de Icaque al este nordeste, ambos con una anchura media de cerca de 120 toesas. Para llegar a la rada hay entre ellos un paso de 260 toesas.

Según observaciones hechas por el señor Odelucq en su plantación, en el cantón de Vallée de Josaphat o de Joseph, al sudoeste, el calor más intenso de 1785 fue de 22 grados y el menor de 12.

146 días de lluvia dejaron 340 pulgadas y 1 línea de agua; marzo, abril, mayo y agosto fueron los meses de lluvias más intensas y febrero, julio, septiembre y diciembre los que recogieron menos agua.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Según otras observaciones hechas en el nuevo pueblo por el padre Balthazar, párroco, durante los seis primeros meses de 1788, la mayor alza del mercurio del termómetro de Réaumur fue de 22 grados a mediodía y la menor de 15, a las seis de la mañana. Hubo 71 pulgadas y 1 línea y media de agua.

El 14 de agosto de 1787 fue inhumado en el cementerio de Borgne, Louis Bourcé, cuarterón libre nacido en la parroquia de la Llanura del Norte, a la edad de 101 años. La enfermedad de cuatro días de la que murió, fue la única que sufrió y seis meses antes había estado en una cacería de negros cimarrones.

Desde la iglesia de Borgne hay:

A la de Port-Margot . . . . . 7 leguas
___ de Plaisance . . . . . 9 "
___ de Gros-Morne . . . . . 12 "
___ de Petit-Saint-Louis . . . . . 8 "

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Distrito de Port-de-Paix

XIX

Parroquia de Gros-Morne

Esta parroquia, que está a alrededor de dieciocho leguas al oeste noroeste del Cap tiene, al norte, las montañas de Boucan Champagnes, que la separan de Borgne y enseguida las alturas del río Barre, que la separan de Petit-Saint-Louis; al este, el pico la Porte que está entre ella y la parroquia de Plaisance; al sur, los límites de Gonaïves conocidos con el nombre de Crête Espagnole y al sudoeste, la montaña de Terre-Neuve, que la separa de la parroquia de Port-à-Piment.

Al oeste, las montañas de Haut Moustique de la parroquia de Port-de-Paix y al noroeste la Falaise, donde está el límite que, en este punto le es común a Port-aux-Paix.

La parroquia de Gros-Morne tiene de norte a sur alrededor de 7 leguas y de este a oeste, cerca de 8. Esta superficie se divide en distintos cantones, a saber: el Boucan Richard, el río Mancel, el Acul, Moulin, que en 1716 pertenecía por entero al señor de Brach, Pendu, el río Blanche, Précipice y los torrentes Chiques y Halliers. Todos estos cantones son montañosos y muy discontinuos.

Sin embargo, hay una parte de la parroquia que se considera llana y es aquella a lo largo de la cual corre el Trois-Rivières, que atraviesa el Gros-Morne y que hemos visto que se dirige de Plaisance a Port-de-Paix.

Calculamos su curso en 22 leguas, desde el punto en el que llega a territorio de Gros-Morne hasta su desembocadura. El gran camino lo bordea y tiene tantas sinuosidades que, en el intervalo de diez leguas que hay entre el pueblo de Gros-Morne hasta Port-de-Paix, este camino lo cruza quince veces.

El volumen de sus aguas aumenta mucho en la parroquia de Gros-Morne, gracias al río Mancel y los ríos Acul, Moulin y Pendu. Nunca le falta agua porque sus

fuentes están en un lugar en el que las lluvias del norte son abundantes y tenemos la prueba en las grandes crecidas que sufre en la estación de las lluvias.

El suelo de Gros-Morne está casi íntegramente dedicado al índigo y le son muy propicias, las zonas de su interior ya que las degradaciones de los picos las enriquecen. Incluso hay muchas tierras que podrían emplear el riego con éxito y sin las dificultades que hay para disponer de ella, podría resultar lucrativo en algunos lugares el cultivo de la caña.

Hay hasta una plantación de caña contigua al pueblo, al oeste, que el señor d'Aussigné estableció en 1786, con un molino movido por el agua del Trois-Rivières; se plantaron cañas en la de Imbault, en su sudoeste y en el bajo Pendu en un punto llamado la planicie la Croix. El señor David se ocupa de un ingenio de este tipo.

Podemos contar alrededor de 90 factorías de añil en Gros-Morne, que hay que dividir en cuatro clases. La primera contiene 10 que, en los años favorables, dan de 3 a 4 millares de índigo; la segunda, con 8 que proporcionen de 12 a 1,500 libras; la tercera la forman 35 y su producción es de entre 400 y 500 libras y la cuarta, con 40, que no pasan de entre 200 y 300 libras, de manera que en los años buenos el Gros-Morne puede producir de 70 a 80 millares de índigo.

Hay además una treintena de cafetales no muy grandes. Los demás habitantes se dedican al grano del índigo o cultivan víveres del país.

Las zonas más elevadas de la parroquia y sobre todo sus colinas de pendiente suave, favorecen mucho a la moca, incluso la montaña que le da su nombre, que tiene una gran altura.

Está a cerca de dos leguas del sudeste del pueblo; su vertiente meridional es árida, mientras que las de levante y poniente están cargadas de madera que el hacha tala cada día, para prepararle a la moca un suelo fresco y fértil. La cima de este *Gros-Morne* es plana y está regada por múltiples manantiales; su parte baja tiene terrenos muy fértiles.

El aire de Gros-Morne es muy sano; nunca ha habido enfermedades contagiosas. Las brisas del este y del este nordeste, muy regulares, tienen sin duda una gran influencia en esa salubridad.

Sin embargo, el ambiente es muy seco y a veces pasan seis meses enteros sin lluvia, de lo que resultan grandes pérdidas en las plantaciones, en víveres y animales.

Este inconveniente y el de estar obligados a transportar sus productos, bien a Gonaïves, a siete leguas, bien a Port-à-Piment, a doce, parecen condenar a la mediocridad al Gros-Morne.

En 1782 solo había 43 plantaciones, cuyos dueños estaban todos descontentos y se contaban nada más que 482 negros trabajando.

Esta parroquia tiene un pueblo bastante céntrico compuesto por unas cuarenta casas. Doscientas personas de todos los matices forman su población, compuesta por comerciantes, hospederos y gente que regenta billares. En una casa contigua al pueblo hay un oficial de justicia, un cabo y cuatro jinetes de gendarmería.

La iglesia, que se construyó en 1785, tiene 70 pies de largo por 40 de ancho; es bonita debido sobre todo a su armazón, hecho enteramente de caoba. Reemplazó a la que en septiembre de 1772 un ventarrón había derribado; también está bajo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

la advocación de la Purificación de Nuestra Señora. Un gran camino la separa del pueblo; recientemente reedificaron también el presbiterio.

La población total de la parroquia de Gros-Morne es de cerca de 450 blancos, 280 libertos y 4,000 negros. La milicia tiene 100 blancos y 90 libertos.

Se puede ir en coche desde Gros-Morne a Gonaïves y, por consiguiente, a Port-au-Prince y desde Gros-Morne a Port-de-Paix y al Môle. Esta parroquia tiene también, junto con Plaisance, una comunicación que pasa del Boucan Richard a Pilate; en este último cantón hay una bifurcación para ir a Port-Margot y de allí al Cap. Estos dos últimos caminos solo se pueden recorrer a caballo, hasta que, en cada una de ambas parroquias de Plaisance y Port-Margot, llegan a los puntos en que los caminos están hechos para los coches.

De la iglesia de Gros-Morne hay:
A la de Borgne . . . . . 12 leguas
A la de Port-Margot . . . . . .9 "

En mayo de 1765 una negra llamada Véronique, que pertenecía al señor Galot, dio a luz en Gros-Morne a tres niños negros, de los que uno era varón. Por medio de cabras, que se habían llevado para ese propósito, esos niños solo fueron amamantados por su madre durante la noche y veíamos con un tierno interés la especie de diligencia con que las cabras parecían disputarle los niños de pecho.

El Gros-Morne pertenece a la senescalía y a la comandancia de Port-de-Paix.

XX
Parroquia de Petit-Saint-Louis, o Saint-Louis del Norte

Esta parroquia es una de las más pequeñas de la Colonia. Tiene al norte el mar; al este el Borgne; al sur, primero todavía el Borgne, por una parte del cantón de este llamada Boucan Champagne y enseguida una zona de Gros-Morne, de la que está separada por una sierras muy altas; al oeste el río Caye, que la separa de la parroquia de Port-de-Paix.

Puede tener en su figura irregular cerca de cuatro leguas de este a oeste y tres leguas y media de norte a sur.

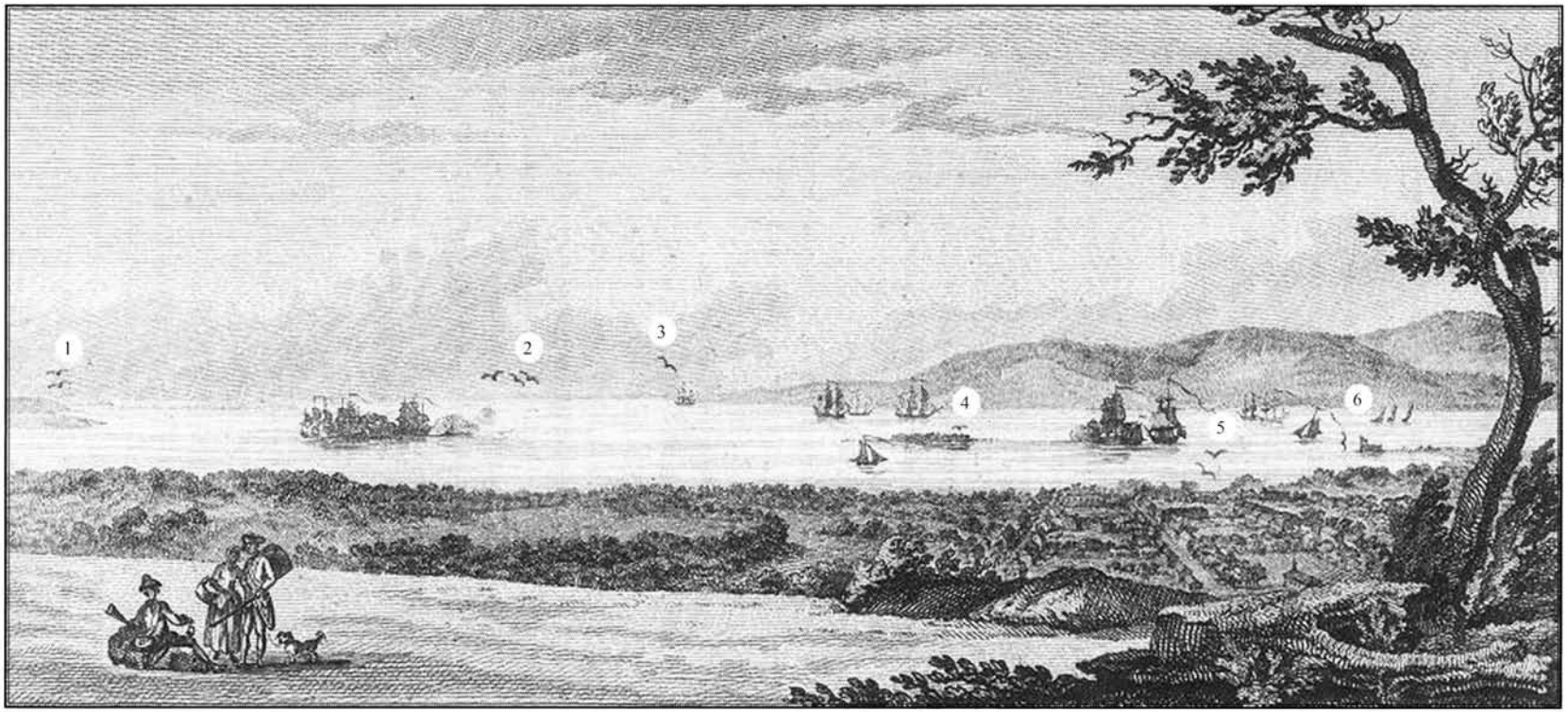
Esta parroquia debe su establecimiento al abandono de la Tortuga; varios habitantes vinieron a vivir en esta zona, a la que llamaron Pointe-Palmiste. Los españoles y los ingleses destruyeron la iglesia en 1695 y se llevaron prisionero al capuchino que era su párroco.

Dos jacobinos[66] vinieron después sucesivamente para ejercer las funciones parroquiales, pero sin quedarse, pues los parroquianos no estaban en condiciones de

[66] N. de la T.: monjes o religiosos de la orden de Santo Domingo. El nombre de Jacobinos designaba en otro tiempo en Francia a los religiosos dominicos, porque en 1218, en un hospicio que llevaba el nombre de San Jacobo y destinado a hospedar a los peregrinos que se dirigían a Compostela (España), Santo Domingo permaneció allí durante un mes 1219.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



1. Desembocadura del río Grande
2. Isla de la Vaca
3. Canal des Cayes

Bahía y fuerte de Saint-Louis
Isla de Santo Domingo.
Vista desde el antiguo Gobierno
A. P. D. R.

4. Fuerte Saint-Louis
5. Fuerte de la Compañía
6. Ciudad de Saint-Louis

mantenerlos. Por último, en diciembre de 1696, edificaron una pésima iglesia a la que el señor Ducasse, gobernador de la Colonia, dio el nombre del patrono del Rey, un sacerdote singular por párroco, vasos sagrados y algunos ornamentos.

Los jesuitas, casi en el momento en que se convirtieron en misioneros de la Parte del Norte, en 1704, compraron a los herederos del señor Jergat una plantación situada en Petit-Saint-Louis, que aumentaron todavía más por una concesión que les otorgaron El 18 de octubre de 1709 los señores de Choiseul y Mithon. La plantación Jergat estaba cerca del pueblo, cuyos habitantes deben a la generosidad del señor le Jeune su terreno así como el de la iglesia.

Este pueblo está entre el mar y la plantación de los jesuitas que fue vendida al señor de Rouvray, por los síndicos de sus acreedores así como su plantación de caña de Terrier-Rouge. Cuenta con alrededor de cincuenta casas de madera o de mampostería.

En una pequeña elevación al oeste del pueblo, se había hecho construir, una iglesia de mampostería que fue derribada por el ventarrón de septiembre de 1772. En el centro del pueblo, se edificó una de madera incorruptible en 1780, está dedicada como la primera a San Luis, cuyo nombre lleva la parroquia.

La situación de Petit-Saint-Louis forma una especie de anfiteatro desde el río hasta el pie de las montañas. Hay algunas zonas llanas, pero las más grandes no exceden los 200 cuadrados y además esas pequeñas extensiones se hallan divididas en varias propiedades.

Las colinas o montículos que separan esos espacios y que hacen del conjunto un paisaje irregular, son áridos y hay muchos que están abandonados. En casi todas partes el suelo es delgado.

Sus zonas inferiores, que el índigo ocupa desde hace mucho tiempo, están tan completamente empobrecidas que es necesario abonarlas, concederles un descanso que el mismo interés del agricultor reclama o destinarlas a otro tipo de producción. Sin embargo, no hay que pensar en la caña de azúcar, pues hace treinta años que se vieron obligados a abandonar una plantación en la que se había intentado que prosperara.

Las montañas, principalmente las del cantón del río Barre, en general son buenas. El suelo es arcilloso, pero está cubierto de piedra caliza. Los cafetales que hay todavía no dan grandes cosechas, pero las zonas madereras esperan brazos que puedan ayudar a aumentar la producción. La montaña más alta de la parroquia tiene una altura que se calcula en 650 toesas sobre el nivel del mar.

Un particular poseyó durante mucho tiempo un inmenso dominio en el cantón del río Barre, cuyo abandono parecía convertirlo en el preferido de los negros fugitivos; pero recientemente lo ha dedicado a la agricultura, vendiendo varias porciones.

Los ríos de esta parroquia son solo una especie de torrentes que se precipitan desde lo alto de las montañas hacia el mar con un curso que se encuentra un poco aminorado en el espacio en que no encuentran más que un plano inclinado.

Los ríos más grandes son los de la parte baja de Sainte-Anne y de Barre. El primero, que es el menor de los dos, está formado por infinidad de torrentes que descienden de las alturas hasta el fondo de la parte baja de Sainte-Anne; confluyen en un lecho común que los lleva a todos al mar.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El segundo viene de Borgne y atraviesa la parroquia de Petit-Saint-Louis, donde es caudaloso y llega al mar. Es profundo en ciertos lugares y hace correr peligros a los hombres y a los animales.

Como estos dos ríos tienen una pendiente que podemos calcular en tres o cuatro pulgadas por toesa nunca se desbordan por mucho tiempo, pero sí con frecuencia.

En su desembocadura, son ricos en peces los ríos de Petit-Saint-Louis y se van a buscar las truchas y las carpas del río Barre. Desde agosto hasta noviembre, vemos en esta desembocadura una inmensa cantidad de pececitos de 12 o 15 líneas de largo, que ennegrecen el agua que cubren; es muy probable que sea su época de desove. Los negros pescan en abundancia estos *tri-tri* o *carangos* y hasta los ponen a secar para que se conserven.

Los ríos de Saint-Louis, de Nègres y de Caye à Vinaigre, son más pequeños que aquellos que acabo de mencionar.

Como todas las demás, la parroquia está dividida, en cantones; los principales son: el río Nègres, Saint-Louis, la Plaine Espagnole, el río y la montaña de Barre, la punta del Icaque y Bas de Sainte-Anne.

Los tres primeros forman una llanura de cerca de tres leguas de este a oeste, por alrededor de media legua de norte a sur. La tierra es bastante buena en algunos lugares; es arcillosa y está cubierta por una grava fina producida por la degradación de las montañas. Las abundantes lluvias fertilizan este pequeño valle, donde hay muchas factorías de añil.

Antaño solo se plantaba índigo bastardo pero en 1780, cuando ya estaba madura, esta planta pereció en pocos días. El mismo percance, que ocurrió también en Borgne y Port-Margot y volvió a suceder en 1781, hizo que se inclinaran por el índigo franco, que se daba de maravilla.

Toda la parte llana, desde el río Caye hasta Bas de Sainte-Anne, está dedicada a este cultivo; el índigo es azul cobrizo en general. Se podrían instalar plantaciones de caña las había antaño, pero por el problema de su exportación en este pequeño valle; se abandonaron.

La parroquia solo tiene bosques en las montañas, donde encontramos el almendro, el cedro blanco, las palos rojo, maría y caya, el palo de rosa, etc.

Las piedras que cubren casi toda la tierra de estas montañas son calizas. Los bloques acarreados por el pequeño río Caye, tienen una cristalización bastante regular en paralelepípedos; sirven para la construcción y hasta para tallarlos.

Las del río Nègres son muy gruesas, más blancas y casi todas vueltas. Hay puntos en las montañas donde encontramos lechos de greda de más de 100 pies de profundidad; los hay de arena, de toba y algunos de arenisca. Los espatos calcáreos son muy comunes y vemos algunas canteras de alabastro.

Los caminos de Petit-Saint-Louis están en un estado que no merece el elogio. Parece que no se sabe que la agricultura y el comercio necesitan vías fáciles y seguras aunque, sobre todo en tiempos de guerra, la larga secuencia de precipicios del camino de las costas de hierro, arranca inútiles arrepentimientos algunas veces.

En 1780 un diligente ciudadano, el señor Dupont Fortabas, rodeó esta montaña y por la garganta de Sainte-Anne, penetró en el interior de Borgne; desde allí llegó al embarcadero, siempre contorneando la montaña.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El señor de Reynaud, entonces gobernador general interino, adoptó y alentó su plan; en 1781 se trabajó en ello; se hizo la apertura, pero este trabajo tan importante, ya que haría comunicar en coche con el Cap, el Môle y Port-au-Prince, se abandonó a los esfuerzos impotentes de las dos parroquias de Borgne y de Petit-Saint-Louis; es decir, que no se puede perfeccionar ni mantener, porque los daños de un solo invierno lluvioso son más grandes que sus medios reunidos, incluso sin calcular lo que estos deben perder a causa de la inexperiencia que los dirige y la lentitud que acompaña su empleo.

En 1728, la parroquia de Petit-Saint-Louis tenía, 6 plantaciones de caña, 30 factorías de añil y 11 lugares de víveres. El cantón del río Barre contaba con 13 de esos 47 establecimientos, que entre todos reunían 632 negros trabajando.

Hoy día esta parroquia tiene 25 factorías de añil que producen, en un año normal, 80 millares de índigo; posee 60 cafetales, de los que 15 pertenecen a gente de color; dan cerca de 1,500 millares de café. Tiene también lugares de víveres cuyo éxito es muy útil para la ciudad del Cap.

La población blanca es de 350 personas; la de los libertos de 330 y la de los esclavos de 4,200.

El aire de Saint-Louis del Norte es sano en general, aunque el clima es bastante lluvioso, por lo que se considera una sequía un mes en el que no llueve. El termómetro de Réaumur y el barómetro funcionan aquí como en los puntos correspondientes de la parroquia de Port-de-Paix.

Cayó un rayo en un molino de café de la plantación del señor Dubuisson, antiguo mosquetero y causó desperfectos en su armazón. El señor David, otro mosquetero, fue a ver a su camarada al día siguiente y el señor Dubuisson quiso mostrarle los efectos del rayo; pero al tocar una de las piezas de madera, fue presa de una violenta conmoción, el brazo se le hinchó y cayó enfermo. Este molino tuvo pues sobre el señor Dubuisson el efecto de la botella de Leyda.

Según la ordenanza del 30 de agosto de 1786 la costa, que termina al norte la parroquia de Petit-Saint-Louis y que todavía corre del sudeste cuarto de este hacia el noroeste cuarto de oeste, comienza en la punta de Icaque.

A cerca de 900 toesas más allá, está la desembocadura del río de la parte baja de Sainte-Anne, que sigue la desembocadura de un estero a 180 toesas de distancia. Entre ambas hay un islote de 120 toesas de longitud este y oeste por 20 toesas de ancho; está separado de la tierra por un pequeño canal de alrededor de 15 toesas.

A cerca de 180 toesas al norte de la desembocadura del río de la parte baja de Sainte-Anne, hay un banco de arena de 230 toesas de anchura media, que va a unirse al arrecife de la punta de Icaque.

Del cabo Icaque, yendo hacia la desembocadura del río de la parte baja de Sainte-Anne, hay 260 toesas de costas de hierro y 365 toesas de costas parecidas, desde esta desembocadura a la rada de Vaudroc.

Esos tres puntos definen la ensenada de Vaudroc, que tiene cerca de 160 toesas de penetración. Luego hay 290 toesas desde allí a la punta este de la rada de Vivanaux, después 530 toesas hasta Cap-Rouge, que define al oeste la ensenada de Vivanaux.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Contando enseguida 470 toesas, estamos en la punta este de la rada de Cap-Rouge, en la que acaba un arrecife que sigue la costa desde la desembocadura del río Vaudroc, con cerca de 100 toesas de anchura media.

No se puede entrar en las ensenadas Vaudroc, Vivanaux y Cap-Rouge si no es en barcas o chalupas que están muy expuestas a los vientos del norte. El río de Cap-Rouge tiene su desembocadura en el centro de la rada del mismo nombre.

De la ensenada de Cap-Rouge a la punta este de la de Grand-Marigot, hay 400 toesas; 355 toesas de este cabo a la del oeste de la misma rada, que forma la punta oriental de la ensenada de Petit-Marigot.

La desembocadura del río Cacaoyère se halla a la entrada de la primera rada y la de Petit-Marigot, en el centro de la ensenada del mismo nombre y finalmente, cerca de la punta occidental de la rada de Petit-Marigot, está la desembocadura del río Barre. Fondear en el Grand o en el Petit-Marigot es tan poco seguro como en los casos precedentes.

Contamos un buen cuarto de legua desde el río Barre al río Pequeño y enseguida 660 toesas desde este a la batería del pueblo.

La situación de este pueblo, en una pequeña llanura al borde del mar, es cómoda y sana, pero su puerto no es más que un pequeño estanque formado por arrecifes, expuesto a todos los vientos y donde solo pueden entrar barcos pequeños.

Este pueblo crece cada día; pero la dificultad para cargar allí y la posición alejada de muchos puntos de la parroquia, no le permitirán nunca llegar a tener una gran extensión. En total hay 80 personas; dos barcos de pasajeros se encargan del transporte al Cap.

Del pueblo de Saint-Louis al río de su nombre hay 360 toesas. 945 toesas más allá se halla la desembocadura de otro río que está seco normalmente; después, haciendo otras 360 toesas, estamos en la desembocadura del río Nègres, vadeable en la época seca y peligroso porque se desborda de repente; esto se debe a los yacimientos de los picos y acantilados que vierten aquí sus aguas.

El río Nègres que precede a la punta Coroffe, es seguida a 110 toesas por la desembocadura del río Caye, límite noroeste de Petit-Saint-Louis con Port-de-Paix.

La isla de la Tortuga cubre totalmente la costa de la parroquia de Petit-Saint-Louis, que comienza, por así decirlo en el punto que corresponde al extremo oriental de esa pequeña isla. En el canal de cerca de 6,000 toesas de ancho que está entre ellos, el mar está normalmente en calma y casi nunca se alborota cerca de tierra, lo que permite a los barcos de cabotaje, sobre todo en tiempos de guerra, refugiarse en las radas de la parroquia de las que la mejor es la de la punta de Icaque.

Fue para ellos un refugio excelente durante la guerra de 1778 y venían a informarse si, de un lado el canal de la Tortuga y del otro la costa hacia el Cap, estaban libres de barcos enemigos.

Vimos hasta 40 bajo la protección de la batería y del cuerpo de guardia que se pusieron allí. Sin embargo, debemos decir que en general la costa de Petit-Saint-Louis

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

iene el doble defecto de los arrecifes y de quedarse de repente sin viento, lo que obliga arriar las velas.

El Petit-Saint-Louis que Charlevoix dice que originariamente se llamaba *Massacre*, pertenece al distrito, a la comandancia y a la senescalía de Port-de-Paix. Su milicia, en 1688, cuando era la Pointe-Palmiste, disponía de 82 hombres. Hoy cuenta con 60 personas, de los que 50 son libertos.

Desde su iglesia hay:
A la del Cap. . . . . 8 leguas
de Gros-Morne . . . . . 10 "
de Port-de-Paix . . . . . 3 "

Después de haber matado a su amo,Padrejan, negro español, se refugió en la Tortuga, desde donde fue enseguida a atrincherarse a Petit-Saint-Louis. Hacia 1679, corrompió a algunos negros con los que proyectó degollar a todos los blancos.

Cuando reunió veinticinco esclavos, corrió a la cabeza de ellos hasta Port-Margot pillando y masacrando todo lo que encontraba a su paso. Luego se retiraron a la alta montaña de Tartare, hacia los actuales confines de la parroquia de Borgne.

Desde allí hacía incursiones que engrosaban sus filas y que siempre costaban la vida a algunos blancos.

Era difícil ir a combatir a Padrejan, pero veinte bucaneros tomaron la resolución y lo ejecutaron. Fue ajusticiado con otros seis negros.

XXI
Parroquia de Port-de-Paix

En diciembre de 1492, Cristóbal Colón, al salir de Port-à-l'Écu, para dirigirse hacia el este, avistó un puerto y entró en él. La belleza del lugar, donde residía un cacique que dependía del rey de Marién, fue el motivo por el que lo llamó *Valparaíso, Valle de las Delicias*: es lo que los franceses siempre llamaron Port-de-Paix.

La historia no nos ha transmitido nada que pueda hacer pensar que Valparaíso hubiera sido nunca escogido por los españoles para fundar un asentamiento de alguna importancia. Porque es una equivocación que algunas personas hayan creído que el nombre de Asiento, con el que todavía se conoce la plantación Souverbie, que roza la actual ciudad de Port-de-Paix, indica una posesión española.

Esta plantación había sido comprada por la Compañía del Asiento, así llamada por un tratado firmado con el Rey de España, en Madrid el 27 de agosto de 1701 por el señor Ducasse como procurador de la Compañía de Guinea, para encargarse del Asiento o transporte de los negros a las Indias Occidentales españolas.

La descripción de la parroquia de Port-Margot, nos ha mostrado cómo la isla de la Tortuga se convirtió en la primera capital francesa de Santo Domingo.

Desde 1742 le Vasseur, deslumbrado por su éxito, ignoró abiertamente la autoridad del comandante de Poincy y la de la Compañía de las Islas, pero no volvió a

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

esconderse cuando en 1643, atacado ferozmente por los españoles en la Tortuga, los rechazó sufriendo grandes pérdidas.

La Compañía, al ordenar el 2 de marzo de 1644, al comandante de Poincy apoderarse de la Tortuga, creyó que bastaría con enviar allí al caballero Longvilliers de Poincy, su sobrino, para intentar convencer a le Vasseur de que fuera a San Cristóbal, pero este rehusó.

Las diferencias del comandante de Poincy con el señor Patrocles de Thoisy, que el Rey había nombrado lugarteniente general de las Islas y al que no quería dar su lugar, pusieron al comandante antes de 1652, en la imposibilidad de emprender nada, en la Tortuga, donde le Vasseur mandaba despóticamente.

Pero en esta última época, el señor de Fontenay, muy reputado caballero de Malta, organizó por orden suya en San Cristóbal, un ejército con el cual este oficial fingió ponerse en marcha y luego fue a Port-à-l'Écu, donde había concertado una cita con el señor de Trivial, sobrino del comandante, que se le unió con nuevas fuerzas.

Al llegar a Port-à-l'Écu se enteraron de que dos ministros adscritos a los deseos arbitrarios de le Vasseur, acababan de asesinarlo.

Entonces, el caballero de Fontenay hizo valer su autoridad y fue el primero que tomó el título de gobernador en nombre del Rey de la Tortuga y la costa de Santo Domingo. Todos los católicos expulsados por le Vasseur, volvieron a esta pequeña isla durante el nuevo gobierno.

Los españoles, hostigados por los filibusteros que abundaban en la Tortuga, la atacaron de nuevo en enero de 1654 y la tomaron.

El caballero de Fontenay tuvo que irse y recaló en Port-Margot, pero sus medios fueron insuficientes para reconquistar la isla. Los pocos franceses que todavía le quedaban fueron a mezclarse con los filibusteros y bucaneros que frecuentaban Port-Margot y que, privados de jefes porque el caballero de Fontenay volvió a Francia, perdieron toda esperanza de retomar la Tortuga.

Un gentil hombre de Périgord, llamado Jérémie Deschamps, señor caballero Du Rausset, que había ayudado a le Vasseur en la conquista de la Tortuga en 1640, habiendo ido a Francia después de la expulsión del caballero de Fontenay, propuso a la Compañía de las Islas apoderarse de ella.

Por consiguiente, recibió del Rey el 28 de noviembre de 1656 el rango de comandante de la Tortuga, bajo la autoridad real y la de los gobernadores lugartenientes generales de las Islas de América.

Du Rausset encontró la manera de ir a Port-Margot y reunir 400 o 500 filibusteros y bucaneros con los que fue a Port-de-Paix y de allí a la Tortuga, la cual reconquistó. Se auto tituló gobernador general en nombre del Rey de las islas de la Tortuga, Rotan y otras adyacentes (islas de la bahía de Honduras).

A pesar de ese título, Du Rausset pretendía ser el dueño de la Tortuga e ignoró hasta a la Compañía de las Islas cuando en 1663 volvió a Francia para regular sus derechos, dejando el mando de esa isla a Deschamps de la Place, su sobrino.

Mientras que Du Rausset estaba en Francia clamando ante el Rey que defendió, poniendo en riesgo su vida, el establecerse a lo largo de la costa de Santo Domingo, su sobrino ponía los cimientos de Port-de-Paix.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Du Rausset se había propasado en sus peticiones y la Compañía logró encarcelarlo en la Bastilla, de donde solo salió el 15 de noviembre de 1664, para firmar el acta de venta de todos sus derechos sobre la Tortuga a la Compañía de las Indias Occidentales, sustituida por un edicto de mayo del año anterior por la Compañía de las Islas de América.

Poco más o menos en el mismo instante en que Du Rausset salía de Francia para reconquistar la Tortuga en virtud del encargo de 1656, d'Ogeron, miembro de la Compañía de Francia Meridional que debía fundar asentamientos en Tierra Firme, partía también para ir a dirigir los proyectos de la Compañía.

Convencido desde la Martinica, donde se detuvo, de que los obstáculos sobrepasaban sus medios, fue en 1659, a Santo Domingo volvió a Francia, regresó a Santo Domingo, fue a Jamaica, tornó a su patria y se encontró en Santo Domingo por tercera vez cuando, al visitar las Lucayas y las Caicos, pidió y obtuvo en 1662 la concesión a perpetuidad.

Pero persuadido de que ese proyecto no era mejor que el de la Francia Meridional, vino a establecer una plantación en Port-Margot con los restos salvados de sus desafortunadas empresas.

D'Ogeron, que había visto a Du Rausset en la Tortuga y que se descubría ante su valor, al que debían esa isla, escribió a la Compañía de las Islas para que lo recompensaran, pero cediéndole a él los derechos de Du Rausset.

Antes incluso de adquirirlos en un acto público, la Compañía eligió a d'Ogeron para tomar posesión de la Tortuga en su nombre y el 27 de octubre de 1664, en su presentación el Rey lo nombró gobernador.

Aunque d'Ogeron, a cargo de la Tortuga, residía allí, tenía sin embargo el plan de ampliar los asentamientos de la misma isla de Santo Domingo y además, el de expulsar un día a los españoles, de modo que esta isla fuera en su totalidad una posesión francesa.

Bajo este gobernador, Port-de-Paix comenzó a generar esperanzas porque los españoles, que hacían una guerra cruel a los bucaneros, acabaron por destruir ellos mismos, con la ayuda de perros, el ganado con el que aquellos se alimentaban y cuyos cueros vendían.

Estos bucaneros se vieron pues reducidos a buscar otros recursos y d'Ogeron les alabó el de la agricultura, que varios filibusteros también aceptaron al volver de expediciones poco afortunadas.

D'Ogeron demostró a los españoles, al atacar y saquear Santiago en 1667, que los franceses no siempre estaban a la defensiva y la Tortuga y la costa de Santo Domingo se enriquecieron con esos despojos.

Por otro lado, los angevinos llegaban en masa a disfrutar las bondades de la administración de su paisano d'Ogeron. Había conseguido que le enviaran desde Francia esposas para sus colonos, aún un poco asilvestrados y como Port-Margot y Port-de-Paix eran los dos puntos más próximos a la Tortuga, fueron ellos los que se beneficiaron de los proyectos que este jefe sabía engendrar.

En 1668, Port-de-Paix era ya tan grande como en la época en que se fundó y las vejaciones de los españoles permitían esperar.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

A finales de ese mismo 1668, d'Ogeron volvió a Francia dejando el gobierno de la Tortuga y de la costa de Santo Domingo al señor de Pouncay, su sobrino, nombrado para el ínterin el 30 de diciembre de 1667. Regresó hacia junio de 1669, trayendo varios centenares de voluntarios; siguió residiendo en la Tortuga.

Al enterarse d'Ogeron del proyecto de la disolución de la Compañía de las Indias Occidentales, mediante un edicto de diciembre de 1674, solicitó permiso para volver a Francia, que se le concedió en enero de 1675.

El señor de Cussy, que le sustituyó en el ínterin, residía en la Tortuga. El señor de Pouncay, nombrado por el Rey en 1676 para reemplazar a su tío, muerto en París en mayo de 1677, tuvo la misma residencia hasta su muerte, ocurrida en 1683.

El señor de Franquesnay también vivió allí durante el ínterin del señor de Cussy, que llegó de Francia en abril de 1684, para tomar posesión del puesto de gobernador.

Pero incluso bajo el gobierno de d'Ogeron, la Tortuga había empezado a experimentar la caída de su población. La expedición de Puerto Rico y la de Santiago habían sido las causas principales. La Colonia, que había salido para ir a establecerse en la planicie del Cap, reforzó la enviada a Samaná.

Bajo el señor de Pouncay, dos expediciones contra Cuba, el furor de la marcha y el mismo crecimiento de los asentamientos hechos en la isla de Santo Domingo, despoblaron de tal manera la Tortuga, que el señor de Cussy, desesperado por devolverla a sus tiempos de esplendor, resolvió trasladar a otra parte la sede del gobierno.

Port-de-Paix le pareció digno de tal honor y en marzo de 1635 el señor de Cussy mando construir una casa para él, una batería de 20 cañones y una trinchera al borde del mar para preservarlo de los ataques, lo que de cualquier manera no impidió que los españoles llegaran el 6 de mayo siguiente y destruyeran hacia Jean-Rabel un corral donde había más de 800 puercos y se llevaran negros del corral de Vases, que pertenecía al señor Galichon, heredero del señor de Pouncay. También construyeron una prisión y un cuerpo de guardia.

De esa manera, Port-de-Paix es realmente la primera capital francesa que tuvo la isla de Santo Domingo, ya que fue el lugar al que fue a vivir el señor de Cussy.

En el mismo año de 1685, Port-de-Paix, al que también se le llamaba a veces Trois-Rivières, tuvo una senescalía y la Tortuga no fue más que una dependencia de ella.

Muy pronto después, el señor le Clerc de la Boulaye se convirtió en mayor real y Port-de-Paix reunió entonces todo lo que caracterizaba a un punto capital de la Colonia.

Sin embargo, esos éxitos no eran en sí mismos más que relativos a aquellos de la Colonia tomada en su conjunto y eran sin duda bien escasos si se les compara con lo que es esta en el momento actual.

Tengo una prueba especial en el expediente que realizó el 12 de abril de 1688, Gabriel Bobin, procurador del Rey en Port-de-Paix, sobre el estado de la iglesia de la que el padre Victor, capuchino, era entonces párroco.

La visita que le hizo en presencia del señor Louis Remoussin, capitán de una compañía de caballeros milicianos; de Philippe de Bocq, comerciante y mayordomo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de la parroquia; de Thomas le Clerc, escudero del señor de la Boulaye, mayor real; de Antoine Queret, escudero del señor de la Richardière, consejero del Consejo Soberano de la Colonia y primer capitán de la compañía de milicias; de Vincent Merrey, también consejero; de Pierre Pelvey, senescal de Port-de-Paix y de muchos otros, demuestra que esa iglesia era de madera, cubierta de tablas y carente de varias cosas.

Pero hallamos también que a pesar de que tenía 60 pies de largo por 20 de ancho, era insuficiente para acoger a los fieles que se reunían en ella y que las tres campanas no pueden sonar al moverse, aunque el campanario tiene 30 pies de altura.

En cuanto al presbiterio, edificado a expensas del párroco en un terreno concedido a los capuchinos, encargados de la misión de la Parte del Norte, cuyo lugar de cabecera se encontraba entonces en Port-de-Paix, es lo bastante espacioso como para albergar a tres o cuatro religiosos.

Pero el cementerio no está cerrado y los habitantes son exhortados por el procurador del Rey a respetar ese *lugar santo.*

Estas particularidades me dan pie a observar que Port-de-Paix estaba entonces en una posición más floreciente que la planicie del Cap, donde estaban obligados a invocar la caridad real para los mismos fines.

También en 1688, se vieron llegar a Santo Domingo a los cuarenta y nueve primeros soldados que habían sido enviados para permanecer allí y fue en Port-de-Paix donde se instalaron para formar la guardia del señor de Cussy y elevar la dignidad del cargo de gobernador que, a principios de 1689, encabezaba sus cartas al ministro con: *del Fuerte de Port-de-Paix.*

El señor de Cussy había vuelto a Port-de-Paix el 20 de julio de 1690, de la expedición de la ciudad de Santiago, en la Parte española de la Isla, tomada y quemada el 5 del mismo mes y proyectaba otras acciones contra los españoles cuando, el 11 de agosto entró un navío en Port-de-Paix que llevaba a 82 soldados de la guarnición de la isla de San Cristóbal, que los ingleses acababan de hacer capitular y 140 habitantes expulsados por ellos de esta Colonia; otros 128 llegaron dos días después.

El 20, más de 200 entraron en el Cap ya que su barco, que hacía aguas y que encalló a la entrada de esta ciudad, no pudo ganar Port-de-Paix, donde todavía el día 28 se presentaron 250, de los que la mayor parte fueron enviados a Léogane.

En octubre, aún llegaron mil a la Colonia, de los que Port-de-Paix se quedó 400. En todas partes estos infortunados fueron recibidos como hermanos; en todas partes se mostró la misma acogida y la misma generosidad cuando desembarcaron, bien en Santo Domingo, bien en la Martinica, adonde el resto de esa Colonia fue transportado y adonde fueron llevados el 20 de octubre de 1692, por orden del Rey, todos aquellos que quisieron ir desde Santo Domingo.

Esta desgracia aumentó la población de Santo Domingo, sobre todo la de Port-de-Paix; pero como la llegada de esos colonos fue también seguida de una sequía de seis meses en la Parte del Norte, se enterraban cada día 12 o 15 en Port-de-Paix, donde a la mayoría se los llevaba la enfermedad al segundo o tercer día y otras veces

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

morían de repente. Incluso hubo que convertir la Tortuga en un lugar de convalecencia, adonde el señor de Cussy los enviaba a centenares.

En 1691, los españoles destruyeron el Cap y los habitantes de Port-de-Paix, que habían marchado con el señor de Cussy a socorrer a esa ciudad, encontraron la muerte al igual que este y el señor Ramoussin en la batalla de Limonade. Pero ese mismo año tendrían que soportar una nueva calamidad.

En marzo de 1685, Luis XIV había enviado al caballero de Chaumont en embajada ante el Rey de Siam, encargándole del regreso de dos mandarines siameses llegados a Francia a finales de 1682. A la vuelta, los buques recibieron a los dos embajadores siameses, que llegaron el 18 de junio de 1686 a Brest.

Esos embajadores volvieron a zarpar de ese mismo puerto el 1 de mayo de 1687, en una escuadra compuesta por dos navíos, tres urcas y una fragata en la que había además varios misioneros y cerca de 400 o 500 hombres de las tropas que se enviaban al Rey de Siam, cuyo comandante en jefe era el señor Desfarges y teniendo bajo sus órdenes al señor de Bruan. El señor Desfarges fue declarado general siamés y en octubre del año siguiente instaló una guarnición en Bangkok.

El ministro Constance, tan célebre en los anales de Siam, había fraguado, para poner en el trono al yerno del Rey, una conspiración que le costó la cabeza en mayo de 1689. El señor Desfarges y las tropas francesas que el ministro había empleado, fueron obligados a dejar el reino de Siam, después de haber corrido grandes peligros de resistir heroicamente.

Por último se embarcaron, llevándose también a los franceses del establecimiento que la Compañía de Indias tenía en Merguy, en otro punto del reino de Siam pero, en la ruta hacia Francia, se vieron forzados a recalar en la Martinica.

Se vio pues llegar en diciembre de 1690 a Fort-Royale, en esa isla, al buque *le Oriflamme* al mando del señor de Estrille, que escoltaba a dos barcos de la Compañía de Indias llamados *le Louré* y *le Saint-Nicolas*, trayendo con ellos la púrpura y una fiebre pestilente cuyos estragos fueron tan crueles que, desde el 3 de enero de 1691, el señor de Estrille, los señores de Croiset, de Halgouet, de Seintre y más de 100 personas, ya sea de los barcos, ya sea de la isla, se contaban entre el número de víctimas.

Los habitantes de Fort-Royal huyeron, horrorizados de esta rápida destrucción, que aumentó más con la infección de 25 barriles de carne que hubo que tirar al mar desde esos navíos, que estaban en el carenero. Fue necesario hacer acampar en un lugar apartado a los pocos soldados que quedaban de los venidos de Siam.

Desgraciadamente, el señor Duquesne-Guiton, que estaba al mando de dos navíos y volvía de Pondichéry, se encontraba al mismo tiempo en Fort-Royal, como el buque *le Mignon*. El contagio se extendió y cuando en junio de 1671, esos tres buques zarparon para Francia, habían perdido, por lo menos, a la mitad de sus tripulantes.

El señor Ducasse, que había llegado a Fort-Royal desde Europa el 8 de mayo del mismo año, muy pronto vio a los suyos caer víctimas de esa cruel enfermedad. Devastó la Martinica entera cuando el señor Ducasse salió de allí el 27 de julio, al mando del *Solide*, *le Cheval-Marin* y *l'Émerillon*, que había sido el primero en contagiarse.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Esta escuadra, fondeada en la isla de Santa Cruz, donde tenía la orden de abastecerse de víveres para los habitantes de San Cristóbal que estaban en Santo Domingo, perdió 40 hombres, del 2 al 7 de agosto, y dejó allí el germen de la enfermedad.

Estos navíos llegaron luego, el 12, a Port-de-Paix, donde los habitantes de San Cristóbal recibieron de ellos los víveres, que al mismo tiempo eran el más espantoso regalo porque en ellos anidaba la enfermedad que supuso para ellos el colmo de los males que ya habían padecido con la guerra, la expulsión de su país, la miseria y los rigores del clima; todas esa calamidades reunidas segaron la vida de la mitad de ellos.

Port-de-Paix fue así el primer lugar de Santo Domingo donde se manifestó la enfermedad que todavía lleva el nombre de *Enfermedad de Siam*, *Mal de Siam* o *Marinero*, que durante más de sesenta años, ha inmolado casi cada año a miles de personas en las Antillas, donde el espanto fue tal que, desde el 27 de agosto de 1692, una ordenanza prescribió la cuarentena a todos los buques que llegaban desde la Martinica a la isla de Aix.

En 1694, el almirantazgo de Nantes prohibió a las tripulaciones y a las personas que llegaban de las islas entrar en el puerto antes de una inspección, bajo pena de muerte; en 1708, ningún barco procedente de esas islas era admitido en los puertos de Francia si no era sometido a una inspección.

Esta enfermedad la padecen a veces todavía, seres nuevamente llegados de Europa, lo que impede que se pierda el recuerdo de ella, cuyo horripilante cuadro inspira terror. En efecto, aquellos a los que ataca, exudan una sangre corrompida por todos sus conductos y casi por todos los poros de su cuerpo, teñido con grandes manchas negras, características de una putrefacción que amenaza a todos los que les rodean.

El señor Ducasse, que recibió en Léogane la nueva de su nominación por el Rey al gobierno de Santo Domingo, en lugar del señor de Cussy, llegó a Port-de-Paix como sede destinada al jefe de la Colonia en octubre.

Desde entonces, se ocupó de edificar lo que llamaba el castillo. Los habitantes proporcionaron un negro de carga por cada diez, lo que procuró cuarenta y se alquilaron treinta a expensas del Rey.

Esos setenta trabajadores habían hecho en 1694, un alcazar capaz de albergar, 32 cañones y una empalizada. Estos preparativos eran una consecuencia de que, desde 1692, el señor Ducasse no paraba de recibir de todas partes, pruebas de que los españoles y los ingleses meditaban la ruina del Santo Domingo francés; pero sin embargo emprendió, en 1694, una incursión a Jamaica que sirvió sin duda para irritar de antemano a los enemigos.

El 15 de mayo de 1695 reunidos los españoles y los ingleses, fueron a fondear en la bahía de Mancenille. Como el Cap parecía el punto más amenazado, el señor Bernanos, mayor del Rey en Port-de-Paix, zarpó el 18 con un gran número de habitantes y llegó al Cap el 21.

Las tropas desembarcadas, aumentadas con las que habían llegado de la Parte española por tierra, llegaron el 27 a la sabana de Limonade, donde el señor de Cussy pereció y el 28 a Quartier-Morin, dirigiéndose hacia Haut du Cap, por donde casi se aproximaron a la parroquia de Petit-Anse.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El 29, los enemigos desembarcaron en la Banda del Norte, donde el señor de Lyon voló el polvorín, inutilizó los cañones y prendió fuego a las casas. Los ingleses entraron el 30 por la mañana en la rada del Cap y desembarcaron un cuerpo de ejército que marchaba al mismo tiempo que los españoles llegados por Mancenille, para poner al señor de Grasse, que estaba al mando del Cap y a sus novecientos hombres, entre dos fuegos.

Entonces, el señor de Grasse se replegó hacia la parroquia de Morne-Rouge, desde donde siguió retirándose hacia el río Salée de Acul.

Los enemigos, dueños del Cap en cuatro días, casi sin un disparo, se dirigieron a Port-de-Paix por tierra: los ingleses siguiendo el Acul, Limbé, etc. Los españoles por Plaisance y Gros-Morne, mientras que la flota iba a estos lugares por mar.

El 15 de junio, la escuadra se apoderó del pueblo de Saint-Louis, donde fondeó en un punto donde no se había aventurado ningún navío, ni antes ni después y desembarcó a 500 hombres que forzaron al señor Bernanos, que había regresado del Cap, a salir de ese pueblo e ir a acampar al río Nègres, donde el 17 fue atacado sin éxito.

El 18, cinco buques quisieron hacer una incursión para cortar la retirada al señor Bernanos, pero el señor de Paty resistió hasta el 20, en que estos navíos volvieron a Saint-Louis.

El mismo día se anunció que los españoles venían por tierra; el señor Danzé fue a René-de-Bas a proteger el paso del Trois-Rivières.

El 23 y el 24, el señor de la Boulaye, lugarteniente del Rey en Port-de-Paix, que estaba al mando porque el señor Ducasse estaba de viaje en Léogane, hizo retirar todos los puestos y se contentó con enviar al señor Danzé al atrincheramiento de Pères con 100 hombres, de los que la mayoría se fueron el 25, lo que forzó a evacuar esas trincheras.

El mismo día, el señor de la Boulaye ordenó prender fuego al pueblo de Port-de-Paix.

El 30, la flota enemiga fue a fondear al río Salée de Port-de-Paix. El 1 de julio por la mañana, una batería inglesa de la punta de Pères comenzó a atacar el fuerte. El 2, una segunda batería inglesa se hizo fuerte en el pico Saint-Ouen o cresta del pequeño Port-de-Paix y una tercera en el mismo pico.

El 3, los españoles plantaron su estandarte en la batería de la punta de Pères y el 7 los enemigos hicieron hablar a dos morteros con bombas.

El 13 de julio, lo que quedaba en el fuerte de los 180 blancos, 100 negros armados y dos compañías destacadas de la marina con 90 hombres que se habían encerrado allí, hablaron de evacuarlo. Salieron a las nueve de la noche, después de haber inutilizado los cañones, mojado la pólvora y destruido las provisiones.

Un soldado desertor había prevenido a los enemigos del proyecto de evacuación; montaron varias emboscadas en las que los franceses hubieran perecido todos, si en un paso del Trois-Rivières, un colono el señor Archambaud, no los hubiera desviado hacia un vado que todavía lleva su nombre, en reconocimiento de este hecho, desde donde llegaron a la cima de Ramiers, cita convenida situada a 5 leguas del fuerte.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Mientras que los españoles perseguían a los franceses que habían salido del fuerte, los ingleses llegaron a tomar posesión y no dejaron entrar a los primeros.

Los españoles devastaron todo lo que pudieron, cosa que imitaron los ingleses que, siguiendo siempre el camino de la orilla desde el Cap, habían saqueado Port-Margot.

Los ingleses disponían de 900 hombres de tropa, engrosada con 600 marineros sacados de los buques y los españoles de 1,900 hombres.

Nosotros perdimos en Port-de-Paix 55 hombres muertos y 32 prisioneros; además, 32 mujeres, 70 niños y 543 negros que los españoles llevaron a su Parte como trofeo. Port-de-Paix se quedó con 261 hombres, 84 mujeres, 181 niños y 670 negros.

Los enemigos, perdieron una considerable cantidad de hombres, sobre todo los ingleses, a los que el clima trató cruelmente o que se ahogaron en los numerosos pasos de los ríos; ya había desavenencias entre ellos, lo que aumentaba las de ambos comandantes de tierra y mar y el 27 de julio decidieron reembarcarse.

El acontecimiento de la toma de Port-de-Paix y su destrucción, así como el de toda su vecindad, que debemos imputar a un oficial al que la historia hace reproches de más de un tipo, dio el golpe de gracia a este lugar.

El 30 de agosto de 1695 el señor Ducasse propuso al ministro, trasladar a otra parte la sede del gobierno, porque no estaba en el punto más conveniente con respecto a la totalidad de la Colonia y a los cálculos de asentamiento y defensa.

Sin embargo, se enviaron a esta zona a algunos de los habitantes de la Colonia de Santa Cruz que el Rey hizo conducir desde esta isla al Cap, adonde llegaron el 2 de febrero de 1696. A partir del 25 de diciembre del mismo año, el señor Ducasse hizo volver a esos habitantes a la dependencia del Cap, donde el señor conde de Boissyraimé, gobernador de Santa Cruz, nombrado comandante de la Parte del Norte de la Colonia francesa de Santo Domingo, entró en funciones el 10 de mayo de 1697.

Pero casi todos los habitantes del mismo Port-de-Paix, a los que se quería dar el mismo destino, se obstinaron en quedarse. En 1697, la mayoría fueron a la expedición de Cartagena y encontraron nada más volver, una prohibición del Rey de restablecer su barrio, que desde entonces dependía del Cap.

Los habitantes de Port-de-Paix se hubieran visto forzados a optar entre el Cap y Léogane, como se les ordenaba, si el señor Danzé, mayor de esa ciudad, no hubiera contribuido a cambiar esa decisión.

En lugar de oponerse a sus esfuerzos para recuperar sus bienes, los animó y en el año de 1699 se dedicaron al cultivo del tabaco, del índigo y del algodón; entonces había diez o doce plantaciones de caña, que empezaban a establecerse.

Las gestiones del señor Danzé y los efectos de la paz de Riswick, salvaron finalmente a Port-de-Paix de su desaparición y que las instrucciones del Rey al señor de la Boulaye, inspector general de la marina de visita a las Antillas, se empeñaban en llevar al punto en que solo quedara una compañía y un oficial mayor para impedir el acceso de los piratas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

¡Vaya final para una capital! Título del que fue desposeído Port-de-Paix en favor de Léogane, que a partir de 1695 fue preferida.

El señor Ducasse, que fue a Port-de-Paix en diciembre de 1699, se deshizo en elogios por el celo y los trabajos de los colonos que habían, en cierto modo, recreado este asentamiento que voy a describir en su estado actual.

La parroquia de Port-de-Paix tiene como límites, al norte, el mar; al este la parroquia de Petit-Saint-Louis; al sur la de Gros-Morne; al sudoeste la de Port à Piment y al oeste la de Jean-Rabel.

La ciudad de Port-de-Paix que, según las observaciones de los señores de Verdun, Borda y Pingré está a 19° 54' 30" de latitud y a 75° 14' de longitud que está edificada en un pequeño espacio plano que es incluso bajo, tiene el mar a septentrión, el río de Port-de-Paix al este, unos picos que la dominan al sur y una laguna al oeste.

Está en el fondo de una rada cuyo extremo oriental está más avanzado hacia el norte que el occidental y como la ciudad sigue la curva en forma de media luna que describe la ribera, sus calles tienen direcciones que parecen dividirla en dos partes.

La más al este, que contiene ocho isletas, comienza en el río de Port-de-Paix y acaba en la calle Église; sus calles, que parten del mar, van de nordeste a sudoeste y están cortadas por otras en ángulos rectos.

La segunda, más amplia, contiene 25 isletas, la mayor parte desiguales y sus calles tienen sentido nordeste cuarto norte, a sudoeste cuarto sur; las cortan otras calles; estas tienen la dirección más común, la de este a oeste.

En esta zona, la ciudad va desde la calle Église a la Vallière; su parte superior se llama la pequeña Guinea porque en ella vive gente de color; la calle Petite Guinée se convirtió en la Royale recientemente.

La ciudad tenía 52 casas en 1728; 80 en 1751, evaluados los alquileres en 59,000 libras; 106 en 1755, valorados en 92,000; 115 en 1764 tasados en 103,000 y 140 en 1771, calculados en 13,200 libras; ahora cuenta con 220 cuyos arrendamientos no pueden estimarse en menos de 250,000 libras.

Estas casas son en su mayoría de mampostería sobre pilares, de una sola planta y casi todas están cubiertas de madera. Sin embargo, después de más o menos quince años se construyeron casas de un piso y podemos contar como veinte de ese tipo.

En virtud de una ordenanza de los Administradores del 14 de julio de 1773, la ciudad se pavimentó y sus calles dejaron de ser unas cloacas en la época de lluvias. Pero de esta misma ventaja resultó un gran inconveniente: al elevar las calles, el agua de lluvia se estanca en los cursos, donde se corrompen y son motivo de peligro para la salud.

La iglesia está en el extremo superior y en el lado izquierdo de la calle de su nombre y termina la ciudad en ese punto. Está, como el presbiterio que tiene próximo en su parte trasera, sólidamente construida en mampostería, pero sin bóveda ni revestimiento.

Su pórtico y toda la fachada se habían derrumbado con el terremoto del 3 de junio de 1770, pero fue reparada. Está dedicada, así como las que la precedieron,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a la Concepción de la Virgen, en recuerdo de que Colón había dado el nombre de Concepción a Port-à-l'Écu, que dependió de Port-de-Paix. Tiene un campanario, también de mampostería.

Delante de la iglesia y al oeste hay un gran espacio de forma irregular que tiene desde hace más de cincuenta años el nombre de plaza de Armas. El cementerio estaba antaño alrededor de la iglesia, pero se trasladó fuera de la ciudad, al sur del punto donde el nuevo camino de la montaña va a unirse al oeste con la calle Morne.

En la misma calle Église y a cerca de 40 toesas de la orilla, está la plaza Louis XIV, que se hizo recientemente; tiene 20 toesas cuadradas, incluyendo las calles que la bordean. Está situada de manera que sus cuatro esquinas correspondan a los cuatro puntos cardinales.

En el centro de esta plaza está la fuente para la cual fue construida; se reprocha al señor Desforges, ingeniero, el haberla ejecutado de manera contraria a los deseos de los ciudadanos.

En 1783, el señor de Bellecombe, en una asamblea de la parroquia, había propuesto la idea de tener una fuente, ya que resultaba demasiado costoso enviar a buscar el agua al Trois Rivières, bien para los habitantes, bien para la guarnición y prometió que el Rey pagaría la mitad de los gastos. Como no respondió a las expectativas de los habitantes, el Rey pagó solamente un desembolso de 120,000 libras.

Independientemente del reproche a la mala elección del lugar, de su forma y de la visión izquierda de la fuente, hay un pedestal cuadrangular donde se proyecta emplazar la estatua ecuestre de Luis XVI de mármol blanco.

Se sostenía que el agua, proporcionada por la reunión de tres manantiales a cerca de 250 toesas al sur de la ciudad en un terreno de la plantación de caña Aubert, tenía propiedades nocivas y se continuó con la costumbre de los pozos practicados en casi todas las casas, o se enviaba a buscar el agua al Trois Rivières, donde un negro llenaba pequeños barriles que cargaba en un asno, lo que multiplicó la presencia de esos animales en la ciudad.

El señor Gauché efectuó en vano dos análisis a esa agua, de los que se desprende que solo contiene un poco de selenita y que se irá purificando cada vez más en un futuro, ya que no se estanca en un suelo arcilloso.

El prejuicio se lo lleva todo, su visión sospechosa asquea y se obstinan en atribuirle cólicos estomacales; el beneficio de la fuente es pues nulo.

Su agua, que corrió por primera vez el 2 de febrero de 1785, va luego hacia una arteria de la parte baja de la calle de Église, para llenar los lavaderos que tienen verdadera utilidad y también sirve para la aguada de los barcos. Esa fuente se seca durante las grandes sequías.

Se pretende que el agua del Trois Rivières, empleada en hacer girar el molino de la plantación de caña de los herederos Souverbie y Gilbert, cercana a la ciudad hacia el sudoeste y que se podría haber conducido a ella, es preferible en todos los aspectos.

La longitud de la ciudad en la playa, es una fila de árboles. Cada propietario elige aquellos que cree que son los más adecuados para proyectar una sombra benéfica. Las casas que bordean este muelle carecen de direcciones exactas, pero deben

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

seguir la marcada en el plan director, cuando las reconstrucciones proporcionen ese dato.

La ciudad de Port-de-Paix está sujeta a enfermedades anuales que se atribuyen a los pantanos o ciénagas que la rodean. El primero de ellos de la parte oriental más próxima a la ciudad, se llama el estanque de Coq. Tiene más o menos 100 toesas de diámetro y su aspecto es casi redondo.

Situado en una especie de pingante, es el desagüe de las montañas vecinas y tal vez reciba infiltraciones del mar, del que no le distancian más que cerca de 20 toesas.

Algunas veces tiene 7 pies de agua en el centro, pero normalmente solo tres o cuatro. Es muy raro que se seque y su situación parece dificultar su desecamiento.

Se propuso verter allí el torrente llamado el río de Port-de-Paix, que también forma un pantano en la entrada este de la ciudad y sobre el que se ha construido, con grandes gastos, un pequeño puente que sin embargo está fuera de la dirección del camino.

Este torrente, así conducido, dejaría de estorbar y sus aguas darían movimiento a las del estanque de Coq, que se corrompen al estancarse y cuyas emanaciones son llevadas a la ciudad por el viento casi habitual del este.

Hay otra ciénaga, dependiente de la plantación Du Roulin, a alrededor de 250 toesas al nordeste del estanque de Coq. Lo forman las infiltraciones del estanque del que voy a hablar, del mar y el desagüe de las aguas de lluvia.

En su forma, muy irregular, puede tener 40 toesas por 30. Está rodeado de manglares y cuando no tiene agua, lo que ocurre muy a menudo, el olor que exhala llega a la ciudad, de la que no la separa más que un escaso cuarto de legua.

Cuando comienza a secarse y el viento está en calma, su superficie se cubre con una nube grisácea, cuya putridez aconseja no aproximarse. Se debería, al menos, talar esos árboles que impiden la circulación del aire.

El tercer pantano, dependiente de las plantaciones Du Roulin y Lavaud, llamado la Gran Cuenca, tiene casi 5 pies de agua en la época de las lluvias. Forma una especie de cuadrado largo de 300 toesas por 180.

Se podría fácilmente, con una esclusa basculante, conducir el agua al mar, del que no está muy alejado; los trabajos de uno de los propietarios de una parte de este estanque han demostrado la eficacia de este plan.

Por último, al oeste hay una ciénaga formada por el mar que se introduce durante las grandes mareas en este terreno, entonces más bajo que él. Para evitar este inconveniente sería necesario, en lugar de una esclusa simple situada entre el gran fuerte y la ciudad, que permanece siempre abierta para desaguar el agua del mar y la del vaciado del molino Souverbie que se vierte en esta ciénaga poner una esclusa basculante que se cerraría al subir la marea.

Este plan, secundado por algunos canales de retención dispuestos estratégicamente, elevaría poco a poco el fondo de la ciénaga, que se encontraría finalmente a salvo de la inundación.

Ya es hora de idear trabajos que convertirían en saludable una ciudad donde se acantonan tropas en tiempos de guerra y donde el gobierno debería pensar que siempre hay colonos; es decir, hombres valiosos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Podría igualmente realizar un proyecto felizmente concebido por mentes esclarecidas, haciendo que el agua del torrente o arroyo de Port-de-Paix riegue las calles, lo que no sería oneroso, ya que a cerca de 250 toesas por encima de la iglesia, ese arroyo está más elevado que la ciudad.

El mercado de legumbres, hierbas, granos, etc., que estaba originalmente al borde del mar, se realiza desde hace algunos años en la plaza de Armas, delante de la iglesia, cuando el interés de algunos particulares supo obtener el 16 de junio de 1772 de los Administradores, una ordenanza que hizo que se trasladara de nuevo al borde del mar.

Esta ubicación tiene la desventaja de estar expuesta a un viento considerable, que arrastra mucha arena fina impregnada de sal marina que deseca y sala las legumbres. Por otra parte los navegantes de cabotaje foráneos que llegan a la ciudad por la noche, pueden acaparar con facilidad, desde el amanecer, lo que se lleva para vender y privar a la ciudad de un recurso tanto más valioso, cuanto ese mercado solo tiene lugar los domingos y en la época de lluvias o de recolección del café, los negros no aparecen por allí.

Vemos durante la semana a algunos negros que ofrecen pequeñas cantidades de provisiones, pero siempre son insuficientes.

El consumo diario de la ciudad de Port-de-Paix, puede estimarse en cerca de 300 libras de buey fresco, un cordero o un cerdo y más o menos 800 libras de pan; una parte de este último artículo lo compran los habitantes vecinos de la ciudad, que consiguen su carne a través de carnicerías cimarronas, donde se sacrifican dos o tres jóvenes bueyes a la semana.

La ciudad tiene además otros detalles, pero son comunes a la parroquia entera.

Esta tiene varios cantones; los principales son: el de la Llanura de Port-de-Paix, Montagne, Réné-de-Bas, Plate, Fond Ramier, Haut y Bas Moustique.

En el primero de ellos corre el río denominado Trois Rivières, del que he hablado en los capítulos de Plaisance y Gros-Morne. Su anchura media es de alrededor de 30 toesas y su menor altura de dieciocho pulgadas.

A veces tiene 10 o 12 pies de agua y se desborda con frecuencia y con furia debido a su considerable caída. El 2 de septiembre de 1772, este río arrambló con edificios enteros de varias factorías de añil, hombres, animales, etc.

Su desembocadura en el mar está a una media legua a poniente de la ciudad, entre la plantación de caña Souverbie y la de Brun Larcherie. Ambas y la de la señora Auber son las únicas que hacen que se mueva el agua del Trois Rivières, que les sirve también para regar.

Varias ordenanzas de reglamento prohibieron verter allí los vaciados de las factorías de añil, porque alteran el agua y le procuran condiciones muy nocivas.

El canal de la plantación Souverbie, que antaño se llamaba Asiento, es asombroso por su longitud y notable por los trabajos que ha conllevado, aunque no sea digno del cuadro que ha pintado Raynal.[67]

[67] Tomo 6, página 239, edición in-8°, en 10 volúmenes. Neufchâtel, 1773.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La toma de agua es quizá la más sólida que se puede encontrar en la Colonia. La dirección de este proyecto es un monumento del talento del señor Potier, después convertido en agrimensor en Cayes; es de lamentar que no se haya empleado más a menudo.

Aunque el cantón de la planicie tiene muchas plantaciones que lo hacen apto para el cultivo de la caña de azúcar, no hay sin embargo más que seis ingenios todos ellos con molinos de agua.

Dije ya que tres emplean la del Trois Rivières; otras dos toman la del río Caye-à-Vinaigre: son las de Lavaud, llamadas la de Caye y la de Pointe-à-Palmistre. La última, la de Du Roulin, emplea el agua del arroyo de Port-de-Paix, que a menudo acaba con las esperanzas del agricultor.

Esas seis plantaciones de caña, producen en sus ingenios dos millones de azúcar blanca. Las cañas que están próximas al mar son atacadas por insectos y la tendencia de su jugo a fermentarse ácidamente pone a prueba el talento de los refinadores.

Este cantón tenía antaño un mayor número de plantaciones de caña, pero las dificultades para la exportación durante la guerra hicieron que varias se reconvirtieran en factorías de añil.

Sin esa gran desventaja, las riberas del Trois Rivières podría tener una veintena de plantaciones de caña que fecundarían sus aguas, las cuales harían mover las máquinas en la extensión que recorre este río, desde Gros-Morne hasta Port-de-Paix.

A una legua al oriente de Port-de-Paix, el arroyo llamado río de Orterie deposita sobre los cuerpos de su lecho una tierra caliza que forma incrustaciones muy curiosas. Al cabo de dieciocho meses o dos años, los trozos de piedra se juntan en una sola pieza y los cuerpos parecen haberse petrificado.

El cantón de Montagne es uno de los de la Parte del Norte mejor abastecido de cafetales. Su orientación norte ofrece un risueño y rico aspecto y los treinta cafetales de este cantón producen al menos dos millones de café al año.

Su arcilla color ocre, casi siempre cubierta por rocas, compone un suelo que las frecuentes lluvias hacen propicio para la moca.

En varios puntos y en la misma superficie, encontramos minas de hierro de diferentes clases y piritas cobrizas y arsénicas en capas de una arcilla grisácea. Diferentes grutas muestran en los peñascos estalactitas o estalagmitas mamelonadas.

Los espatos calizos se hallan entre bancos de rocas comunes. Los alabastros estriados y un poco duros, pero de una blancura radiante, también impresionan al observador.

Una tiza, que seguramente ha experimentado la acción del fuego y que diluida en agua toma la consistencia y casi la dureza del yeso, da un cemento impermeable al agua, con el que se fabrican recipientes para el café sin añadirles arena.

El cantón de Plate, compuesto por picos hendidos por torrentes profundos, es la vertiente sur de las montañas de Port-de-Paix y la sudoeste de las de Petit-Saint-Louis. Hacia 1777 el índigo reemplazó a la moca que se había dado perfectamente desde 1770, pero cuyo precio venal no compensaba al agricultor.

Los productos se parecen a los del cantón de la montaña; sin embargo su suelo es mejor, pero las lluvias son menores y el calor es más fuerte.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Todas las aguas de este cantón forman el río que lleva su nombre que revela un origen español y de minas de plata, opinión reforzada por las muestras que el padre Plumier encontró allí en 1690.

Este río, que se vierte en el Trois Rivières, se convierte en una corriente tanto más peligrosa durante los vientos del norte y las tormentas, cuanto que su cauce es el único sendero por el que los habitantes llegan al gran camino que conduce a Port-de-Paix. Encontramos los mismos bosques que en Haut Moustique.

Réné-de-Bas está compuesto de una zona plana llena de montículos y cortada por un gran número de torrentes que, aunque casi siempre están secos, son tremendos en las grandes tormentas.

Su suelo margoso, profundo y muy fértil produce, a pesar de los estragos de las sequías (tanto más frecuentes cuanto que las lluvias del norte no llegan a este punto), mucho índigo de buena calidad, al que varios habitantes deben grandes éxitos.

Este cantón tenía bosques muy hermosos que la tala ha reducido a cenizas. Hay que lamentar que muchos terrenos, agotados por el índigo, fueran dejados baldíos cuando el algodonero se daba de maravilla.

El Trois Rivières, al atravesar este cantón podría proporcionar molinos de agua a las plantaciones de caña que se formaran. El gran camino de Gros-Morne a Port-de-Paix ofrece también una valiosa ventaja. Réné-de-Bas proporciona maderas parecidas a las de Haut Moustique.

El Fond-Ramier, el cantón más pequeño de esta parroquia, está entre el de Port-de-Paix y el de Bas Moustique. El índigo que produce en abundancia, es, en efecto, de buena calidad y el más pesado de Port-de-Paix, algo que hay que atribuir a las aguas salobres en las que se hace macerar la planta.

Para las necesidades vitales y los usos domésticos, los habitantes de este lugar se ven obligados a enviar a buscar el agua al Trois Rivières. El suelo está compuesto por una capa profunda de tierra margosa.

Este cantón tenía antaño, hacia el mar, una gran bahía que los aluviones han colmado. Más recientemente, todavía se veían unas salinas muy abundantes y el señor Durecourt, mayor de Port-de-Paix, escribía al ministro en 1728 que podían proporcionar anualmente cuatro mil barriles de sal de grano grueso y muy blanco.

Dejaron que fueran desapareciendo por falta de mantenimiento, sin pensar que su producción, unida al de las salinas de la bahía de Moustique y de Port-à-l'Écu, cuyos trabajos casi nulos en este momento podían ser aumentados, habría sobrepasado las necesidades de la Parte del Norte.

El Bas Moustique, aunque por el norte termina en el mar, está sin embargo separado de él por una sierra bastante alta y parece haber sido un antiguo arrecife izado, como la costa actual.

En esta sierra, el río Moustique ha hecho un corte. La llanura que se halla entre las salinas de Fond-Ramier y el río Moustique, está llena de cerros que con sus pequeños cantos rodados indica un origen totalmente marino.

El río Moustique no se seca más que en las grandes sequías de marzo y abril y se desborda frecuentemente, pero sus crecidas son cortas. En 1772 hubo una

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

terrible; el Haut Moustique se elevó a 30 pies por una anchura media de al menos 150 pies.

Excavó mucho su cauce en los puntos donde había estado encerrado entre rocas y en la llanura inundó más de media legua de tierra con una altura de entre 9 y 15 pies.

Y sin embargo, ese inmenso volumen de agua que las cataratas vertieron entonces sobre la Colonia, no se puede comparar a las lluvias que obligaron, hace 40 años, a abandonar el cultivo del índigo en ese cantón y con las que debieron producir los torrentes, que a enorme profundidad muestran la roca viva.

Todo Bas Moustique es una antigua cuenca marina que colmaron los aluviones. Unas excavaciones de 60 pies, realizadas en 1776, encontraron siempre la misma tierra. La calidad es margosa y con lluvia suficiente puede competir en fertilidad con todas las de la Colonia; es una de las que produce mejor índigo.

Su naturaleza extremadamente mullida que da paso a corrientes subterráneas, hace que los manantiales sean muy escasos. Todas las plantas nabiformes se dan bien, mientras que aquellas con raíces horizontales perecen durante las sequías que asolan a menudo este cantón.

Bas Moustique solo dispone de árboles canijos; sin embargo, sus gargantas tienen hermosas maderas veteadas y con unos matices magníficos; producen guayacanes de enorme belleza.

Todas las especies de *Opuntia* o nopal crecen aquí espontáneamente. El llamado pata de tortuga y una especie de cardo, adquieren las dimensiones de un árbol.

El cantón de Bas Moustique es atravesado de este a oeste por el camino real de Port-de-Paix al Môle.

Por último, el cantón de Haut Moustique está separado del de Bas Moustique por una sierra de una altura mediocre, que tal vez bordeaba antaño la costa.

De allí, el terreno va en anfiteatro hasta las montañas que separan ese cantón de la parroquia de Port-à-Piment. Ya he comentado cuántas pruebas del movimiento de las aguas ofrece en sus torrentes; los peñascos son calcáreos.

El suelo, que es excelente en muchos lugares, aunque árido en otros, está formado por una tierra vegetal negra sustentada por una capa profunda de marga, en la que las proporciones de arcilla y de tierra caliza varían y las sequías no la destruyen. También hay puntos en los que el fondo es de arenisca verdosa y cuajada de piritas ferruginosas.

El índigo se da bien en este cantón y es de un azul fluctuante, pero rinde poco y las lluvias del norte, que hacen que perezca, inclinan a que se prefiera la moca, que se había plantado por pura curiosidad hace cerca de 45 años.

Ya cuentan con más de 30 cafetales que dan un grano que se considera como el mejor de todas las Antillas y que parece ser un rival de la moka.

En 1784, el señor Bonseigneur, habitante de las alturas de este cantón, recolectó 90 millares de ese café con la única ayuda de 25 negros. Parece que el cielo quiso, con esa abundancia, alentar a ese padre de dieciséis hijos vivos.

El cantón también acaba de conseguir un gran beneficio con el hermoso camino para coches que sus habitantes hicieron hace cinco años para ir al embarcadero de Port-de-Paix o al de la bahía de Moustique.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En ciertos puntos se puede cultivar, con éxito, el algodón y unas espléndidas cañas de azúcar señalan que se pueden establecer ingenios. Todo indica que este cantón, hasta ahora muy ignorado, proporcionará ricos productos al comercio.

Haut Moustique está todavía cubierto de bosques y encontramos en él casi todas las especies autóctonas, sobre todo las llamadas maderas incorruptibles tales como las tres clases de madera de dracaena, que tiene las propiedades del sándalo, la hiedra venenosa, el palo de mármol, el palo con hojitas, la madera de sabana, el palo de rosa, el palo canela, el gri-gri de montaña, la uva de playa, los guamos de los picos, el palo de hierro, el quejigo y el ciprés, que es el cedro de las Bermudas como decía el padre Plumier en 1690.

Hay pinos típicos de esta zona, sobre todo en la sierra que comparte con Port-à-Piment, donde el padre Plumier encontró uno de 80 pies de altura y de más de dos pies de diámetro; media hora después de haber cortado con un hacha dos o tres de esos pinos, recogió media libra de resina, clara como la trementina. Añadía que hasta la utilizaban como incienso en la parroquia de Port-de-Paix.

El acajú moteado y ondulado y el *morus tincteria*, tan buscado a causa de su hermosa tintura amarilla, se encuentran casi por todas partes; vemos el palo pelado, el palo maría, el ébano, la palma de vino y la de dátiles y muchas clases de latanias; una de ellas pasa por ser la palma cana de las Indias Orientales y tiene unas hojas con las que se cubren las casas de Haut Moustique.

Aquí encontramos también piedras calizas de todo tipo y espatos calizos, incluso el llamado *Cristal de Islandia*. Hay minas de hierro negruzco que atrae el imán y otros; minas de cobre, de zinc, bancos de piritas marciales y cuprosas, grandes bloques de sílex en los lechos de marga, geodas tapizadas con cristales en su interior, de cuarzo o de cristal de roca, blancas, negras y rojizas. En otros puntos hay bloques de arenisca cuajados de marcasitas.

Al pie de las montañas que separan Haut y Bas Moustique, se halla el enclave que los primeros habitantes llamaron la Cobriza, a causa de un manantial fétido, en cuya superficie hay una nata color cuello de paloma.

El 24 de julio de 1785, el señor Gauché, tomando el antiguo camino de Haut Moustique a Fond-Ramier, fue a ese lugar. El manantial sale de una roca caliza a través de una grieta, cerca de un torrente muy hondo que ha excavado allí en la roca un estanque de 10 pies de profundidad y de diámetro, desde donde cae, en la época de lluvias, a alrededor de 20 pies de altura.

El agua del manantial, fría, limpia e incolora cuando sale de la roca, difunde en el aire circundante un fuerte olor a azufre descompuesto y emanaciones sofocantes cuando se aproximan las lluvias o las tormentas. Cuando llega al estanque del torrente, el agua parece blanca, azulenca e incluso jabonosa.

El señor Gauché piensa que la calidad sulfurosa de esta agua mineral se debe a una mina de carbón por donde pasa; sirve para tratar el índigo de la plantación Tardif, sobre el que parece no tener efecto, aunque hace que sea muy variable el tiempo de maceración del añil.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los negros de la plantación solo beben esa agua, que pierde todo el olor cuando se aleja del manantial. Están exentos de enfermedades cutáneas y encontramos ancianos que son el elogio vivo de su uso.

En el mismo mes de julio de 1785 el señor Gauché descubrió, , una mina de cobre a la entrada del cantón de Haut Moustique, al noroeste de las montañas que se considera que antaño formaban la costa. Este naturalista juzgó que era igual a las que producen de 70 a 72 libras por quintal de mina.

Según las observaciones meteorológicas hechas en la plantación Souverbie, que roza la ciudad de Port-de-Paix, desde 1775 hasta 1785 el termómetro de Réaumur no superó más que dos veces los 28 grados (el 15 de junio de 1775 y el 25 de octubre de 1776) y no bajó de los 14.

Las realizadas en la plantación del señor Gauché, en la entrada inferior del cantón de Haut Moustique, dan como temperatura media entre 15 y 20 grados a las seis de la mañana, entre 22 y 26 a mediodía (solo subió a 26 tres veces), exceptuando marzo y abril, en los que el termómetro marcó a veces 13 grados por la mañana y 19 a mediodía.

Las lluvias de las tormentas caen normalmente entre el mediodía y las dos de la tarde. Vienen tanto del oeste como del este, pero pocas veces del sur. Las lluvias fueron excesivas en mayo y junio de 1689.

La situación de Haut Moustique, entre el mar que bordea la costa de la Parte del Norte de la Colonia y que termina la Parte del Oeste, es casi equidistante de cada una en casi seis leguas y provoca que haya remolinos de viento muy frecuentemente.

La brisa marina que viene del este y sopla todas las mañanas hacia las once o el mediodía, acaba siendo dominada por el viento del oeste casi la mitad de los días del año, en el momento en que su acción se vuelve casi igual y los objetos ligeros que agitan hacen piruetas.

El 15 de agosto de 1784, la parroquia sufrió un ventarrón que derribó casi todos los bananos.

Además del terremoto del 3 de junio de 1770, del que hablé en el capítulo de la iglesia, se sintió un fuerte seísmo el 31 de enero de 1784, a la una menos veinte de la tarde; duró dos segundos y tenía la dirección oeste este.

El 2 de diciembre de 1787 sufrieron otro terremoto muy violento, a las siete y veintiocho minutos de la tarde. El 5 de enero de 1788, a las doce y cuarto, se sintió un seísmo, lo bastante violento como para romper las vajillas.

La temperatura de la parroquia hace que los víveres y las frutas del país se den muy bien, sobre todo en las tierras margosas. Las legumbres son hermosas y todo el mundo conoce las enormes y magníficas alcachofas de Port-de-Paix; por tres de ellas solo se pagan 10 monedas de Francia.

Su moscatel también es muy famoso, pero hay que lamentar que les guste de igual manera a las avispas.

Hace ya mucho tiempo que las uvas y el moscatel se aclimataron con éxito en Port-de-Paix, ya que el señor Ducasse alababa, en una carta del 4 de abril de 1694, las que le daban tres vendimias en trece meses *en su hermoso jardín.*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

También había segado en febrero el trigo que el señor Boyer le había traído de la Parte española y que había sembrado en el mes de octubre precedente.

Agotaríamos los elogios sobre los guisantes verdes, los excelentes melones y los espárragos. El padre Plumier dice haber visto en 1690 también en Port-de-Paix en el jardín de los capuchinos espléndidas moreras cuyos frutos hasta se comió.

El clima es muy bueno para la salud (a excepción de la ciudad) y en las zonas altas se respira un aire sano, que sin embargo es húmedo en el cantón de Montagne y siempre seco y vivo en Moustique.

Aquí las mujeres son enormemente fecundas y se ven familias de 10, 12 y 15 hijos, lo que sería un fenómeno en otros lugares de la Colonia. Las personas centenarias de todos los colores dicen mucho en favor de esta parroquia.

Hay numerosos animales domésticos. Los bosques albergan cerdos salvajes y pintadas, palomas torcaces, tórtolas, toda clase de pesca, garzas, fragatas, pericos, mirlos, pájaros carpinteros, aves de rapiña, ruiseñores, colibrís, camachuelos, pájaros mosca, obispos, etc., pueblan esas selvas y viven unidos o peleándose, según los instintos con que la naturaleza les ha dotado para cumplir con su destino, que escapa a nuestra frágil inteligencia.

A esta incompleta lista del reino animal, podemos añadir las culebras, los lagartos de muchas clases y los insectos venenosos, que ya nombré en el capítulo de Dondon.

El Trois Rivières tiene abundancia de los peces que cité en el mismo lugar, pero la costa de la parroquia también proporciona muchos.

Esta costa comienza en el río Caye, donde acaba la de la parroquia de Petit-Saint-Louis. A un cuarto de legua de la desembocadura de ese río, está el torrente Séche, donde se halla la plantación de caña Lavaux y a 675 toesas más lejos, la punta Palmiste, cuyo nombre lleva la segunda plantación de caña Lavaux.

Hay 1,780 toesas desde el cabo Palmiste a la Grande-Pointe, donde encontramos un estero. Entre ambas, está la punta Mariniquais, el hueco Carangue, la rada Bodin y la punta Table.

Después de haber doblado esta última y cerca de 700 toesas antes de llegar a la Grande-Pointe, hay un estanque que se colma; la ensenada que se encuentra entre él y la Grande-Point, es adecuada para poner un carenero y tiene hasta ese nombre.

Una batería lo protegería, cruzando su fuego con el del fuerte desde la punta de los Pères Capucins que está solo a 510 toesas.

Ese fortín o más bien la batería que lleva su nombre más que el cabo en sí mismo, porque formaba parte del terreno que en origen se concedió a la misión de los capuchinos, que tenían su casa principal en Port-de-Paix, fue comenzada en 1756 por orden del señor de Vaudreuil según los planos y la dirección del señor de Villers, ingeniero.

Había sido proyectado en 1742 por el señor de Larnage, así como todos los cambios y mejoras que se hicieron desde esta época hasta el presente en la ciudad de Port-de-Paix.

Ese fortín, que está en el punto en el que se puso en 1747 la batería de la marina de la que hablaré más adelante, se halla en la ladera de un cerro y los hombres

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

del oficio aseguran que no se trata de una obra de arte. Sus 22 piezas de cañón protegen la ensenada de Port-de-Paix y tiene cerca de 24 pies de altura.

Hay 530 toesas del fuerte de la punta Pères, llamado también el fortín, hasta el cabo Grand-Fort. Es la medida de la abertura de la bahía de Port-de-Paix, que tiene 250 toesas de penetración; esas modestas dimensiones no permiten llamarla puerto.

Ese fondeadero es batido sin misericordia por los vientos del norte, contra los que no hay defensa posible durante casi seis meses al año. También los vientos del oeste y nordeste provocan maremotos, con la suficiente frecuencia como para que los barcos pierdan sus anclas. Por otra parte se puede entrar de noche; pero de esta manera, esas desventajas impiden que al enemigo le puedan servir de punto de apoyo.

El Grand-Fort, destruido en 1695 por el adversario, que no había dejado más que la batería baja del nordeste, se quedó hasta 1757 con esta única batería. (en la que había 9 piezas de cañón en 1727).

En esta última época el fuerte fue reconstruido, pero con dimensiones menores. Su trazado original, hecho bajo el señor de Cussy, era como una fortificación romana a la que tres pequeñas torres daban un aspecto antiguo.

El antiguo recinto se cortó en dos en el nuevo. Este fuerte está sobre una plataforma de 120 toesas de anchura sudeste noroeste, de 160 toesas de largo este oeste y de 45 pies sobre el nivel del mar.

La cima de la plataforma tiene forma de jinete. Este trapezoide, en la extensión en la que no hay agua tiene 32 piezas de cañón, en su parte oriental que da al fondeadero.

Los arrecifes lo defienden al norte del lado del mar y las olas baten su parte escarpada, que está más cortada a pico hacia tierra.

El Grand y el Petit-Fort, cuyos fuegos se cruzan y que se repararon en 1771 de los destrozos que causó un terremoto el año anterior, dominan los extremos de la ciudad. Su comunicación con ella está asegurada también por los puentes establecidos desde 1757, para no tener que temer las inundaciones del río de Port-de-Paix y de la laguna del oeste.

Al Grand-Fort lo domina el pico Pères, que tiene al este, el Anglais que está hacia el sur y la cresta Saint-Ouen al oeste.

El ataque de 1695 proporcionó pruebas concluyentes y todavía se ven en sus murallas a 18 pulgadas de profundidad balas que lo honran, para emplear una expresión de un antiguo gobernador general.

Sin embargo, las costas opuestas a los picos Anglais y Saint-Ouen son más altas que las del este y del norte y hay que resaltar que las balas lanzadas desde la batería del pico Saint-Ouen, tienen una trayectoria casi horizontal.

El comentario sobre la incrustación de las balsas, me proporciona la ocasión de decir que la roca marina de todos estos parajes, es apta para mampostería.

Se trasladó el cementerio de los negros hacia la esquina sudoeste del Grand-Fort y en las proximidades del punto en que estaban los buques de la Compañía del Asiento y que antaño estaba en el extremo nordeste de la ciudad.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

A 160 toesas de la punta del Grand-Fort, está la del este del pequeño Port-de-Paix que con aquella que está a 110 toesas al oeste, forma la pequeña ensenada del mismo nombre, de 80 toesas de profundidad.

Allí los barcos pueden fondear allí y los cañones del fuerte defienden este punto. En la parte occidental de esta rada está el pico Saint-Ouen, a lo largo del cual hay un fondo de rocas; está a 300 toesas de la pequeña desembocadura del río Trois Rivières, pues su desembocadura principal está 160 toesas más lejos, lo que hace alrededor de 1,200 toesas a partir de la calle que hay en el muelle de la ciudad.

A un buen cuarto de legua de la desembocadura del Trois Rivières, está la punta Baleine, que se halla a 835 toesas del río Salée, denominación que volveremos a encontrar más de una vez.

Esta última distancia forma la rada del río Salée, a la que iban a coger sal los bucaneros y filibusteros en la salina que he mencionado cuando la Colonia estaba en la isla de la Tortuga; tiene 330 toesas de profundidad y hay abundantes ostras y manglares.

La punta Vigie está 230 toesas más lejos; luego viene la punta Fourneau y de la bahía Moustique, a una legua de la anterior y con una costa de hierro.

La bahía Moustique tiene 455 toesas de abertura y lo mismo de penetración. Toda su costa es bastante abordable y la posición es buena; pero hay una mar gruesa constante y está muy expuesta a los vientos del norte.

Esta bahía, por su situación entre el Môle Saint-Nicolas y el Cap, sirve a menudo de refugio a los barcos de cabotaje durante la guerra y aunque pequeña, en caso de necesidad podría dar asilo a un navío.

Este punto, que protege una batería, sería un embarcadero cómodo para los cantones de Haut y Bas Moustique; la desventaja de ver el río que se seca casi todos los años en marzo y abril, tiene que remediarse calculando el agua que necesitaría el pequeño poblado que se levantaría. Hay muchas tortugas.

Se termina la costa de la parroquia de Port-de-Paix y comienza la de la parroquia de Jean-Rabel en el río Moustique, que cae en esta bahía.

Desde la desembocadura del río Caye hasta la ciudad de Port-de-Paix, las montañas se alejan de la costa y dejan una zona intermedia bastante aprovechable. Desde Port-de-Paix hasta el extremo oeste de la parroquia, casi toda la costa es de hierro y totalmente inabordable, a excepción de los puntos que he indicado.

Toda esta costa es rica en peces. El canal que forma con ella la isla de la Tortuga, proporciona multitud de tipos de pescado y el mercado de Port-de-Paix ofrece continuamente el cabracho, la sirviola, el chillo, el balagú el perico, el cirujano, el pargo, la palometa, el luna y a veces, atunes y bonitos.

Las plantaciones que dan al canal de la Tortuga, pueden a veces ver el espectáculo de la lucha entre el pez espada y la barracuda, que dicen que presagia la tempestad.

Se han cazado manatíes que pesaban más de un millar y en 1774, cerca de la desembocadura del Trois Rivières un pez martillo que pesaba más de 1,500 libras, logró soltarse por sí mismo, lanzándose sobre los pescadores negros.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El carango o *tri-tri*, del que ya he hablado en el capítulo de Petit-Saint-Louis, se encuentra también en el Trois-Rivières durante el último cuarto de luna, desde el de agosto hasta el de noviembre.

Remonta rápidamente este río hasta Gros-Morne, adonde llega con su tamaño triplicado. La materia viscosa que lo cubre hace que se adhiera a los cuerpos que se encuentra y es engullido por miles de ellos en una sola comida, pues es un plato muy delicado, aunque un poco indigesto.

En esta costa la conquiliología también encuentra tesoros. Los nautilos, de un tamaño asombroso, muchas caracolas, los lambies, almejas y erizos, pueden interesar a los curiosos de esta clase de bellezas naturales.

Desde la punta de Caye, la costa se alza al norte hasta la Grande Pointe e incluso hasta la punta Table, más conocida como el cabo Carenage, que es el punto más al norte de la costa de la Parte francesa de la Isla de Santo Domingo.

Su latitud, medida por el señor de Chastenet-Puységur el 7 de julio de 1784, es de 19º 56' y su longitud de 75º 12' 15", lo que coloca a este lugar a 33' 50" o a cerca de 15 leguas al oeste del Cap.

Desde la Grande Pointe, la costa va hacia el sudoeste hasta la ciudad de Port-de-Paix y ahí cambia a dirección nordeste hasta el cabo Baleine, donde vuelve a retomar el sudoeste con bastante rapidez, para que la punta este de la bahía de Moustique esté por lo menos 3' más meridional que la de Carenage.

La panorámica de las tierras de la parroquia tiene un carácter muy marcado, cuando se viene del este con la intención de entrar en Port-de-Paix, con la rada donde se encuentra desplegándose sucesivamente, la posición de las montañas que la dominan, ambos fuertes y los árboles, que contribuyen a que el efecto sea especial.

La vista en perspectiva y el plano geométrico de la ciudad de Port-de-Paix (véase el Atlas), bastan para que tengamos una idea exacta de esta antigua capital, que no puede ser comparada con otros asentamientos de la Colonia.

Ahora no es más que un refugio para barcos perseguidos o para aquellos que vienen a cargar. Se almacenan las mercancías para exportación e importación, cuyo depósito es este lugar.

Port-de-Paix era antaño el lugar de cabecera de uno de los dos distritos que entonces formaban, ellos solos, la Parte del Norte de la Colonia y como hemos visto en 1685, este enclave se extendía, desde el Môle hasta Port-Français, es decir, hasta las puertas del Cap.

Incluso había sido llevado todavía más lejos al oeste hasta hacer que penetrara en Gonaïves; pero se le fue despojando de las parroquias que se crearon desde el poniente del Cap hasta Port-Margot y se creyó tan normal contemplarlas como si fueran dependencias del Cap, que nadie se volvió acordar de que Port-de-Paix tenía sus derechos.

Una ordenanza de los Administradores, del 20 de julio de 1718, retiró a Gonaïves de la comandancia, la senescalía y la parroquia de Port-de-Paix.

El 16 de junio y el 16 de octubre de 1746, pasó lo mismo con la parroquia de Plaisance y finalmente, el 21 de junio de 1774, el Borgne también fue desgajado.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El distrito de Port-de-Paix se encuentra reducido realmente en este momento a las tres parroquias de Gros-Morne, Petit-Saint-Louis y Port-de-Paix.

Sin embargo la senescalía tiene un territorio más amplio, ya que comprende además las cuatro parroquias de Jean-Rabel, Môle, Bombarde y Port-à-Piment, de modo que se extiende al mismo tiempo en puntos de la Parte del Norte y de la Parte del Oeste.

Está compuesta como la del Cap y tiene las mismas competencias que ella. Cada parroquia tiene un sustituto de su procurador del Rey encargado del reglamento. Cuenta con ocho procuradores y la misma cantidad de notarios.

El almirantazgo, asimismo igual al del Cap, tiene como oficiales a los de la senescalía. En 1695 La sede de esta última fue completamente destruida.

La ciudad de Port-de-Paix, después de haber tenido al gobernador de la Colonia como jefe y al mismo tiempo un lugarteniente del Rey y un mayor, no tuvo más que estos dos últimos desde 1695 hasta 1727, en que se añadió un ayudante mayor.

En 1725 ya no tuvieron un lugarteniente del Rey, pero lo repusieron en 1740 y retiraron al mayor, que la ordenanza del Rey del 23 de julio de 1759 suprimía de hecho.

Después, la ordenanza de 1763 revocaba los estados mayores y la del 15 de marzo de 1769, nombraba un mayor en Port-de-Paix, que además tuvo un ayudante mayor en 1770.

Pero desde 1771, en que este ayudante mayor se convirtió en mayor, Port-de-Paix dispuso solamente de un oficial de ese grado y además es lo que le asignaba la ordenanza del rey del 20 de diciembre de 1783. Ese mayor, que se aloja en una casa particular, rinde cuentas al comandante particular del Cap.

También hay siempre en esta ciudad un oficial de administración encargado de distintos asuntos del puerto, de los almacenes, de las tropas, etc.; pues Port-de-Paix tiene una guarnición durante la guerra y un destacamento de artillería para defender los fuertes.

Hay un capitán del puerto. Hasta 1732, se enviaba a los soldados enfermos al hospital del Cap; ahora se les instala en un alojamiento que se elige para ese fin y es la que proporciona cuarteles a la guarnición una elección semejante.

La gendarmería establecida en Port-de-Paix, el 10 de mayo de 1770, está actualmente compuesta por un preboste, un oficial de justicia, un cabo y siete arqueros. La de Gros-Morne obedece a este preboste.

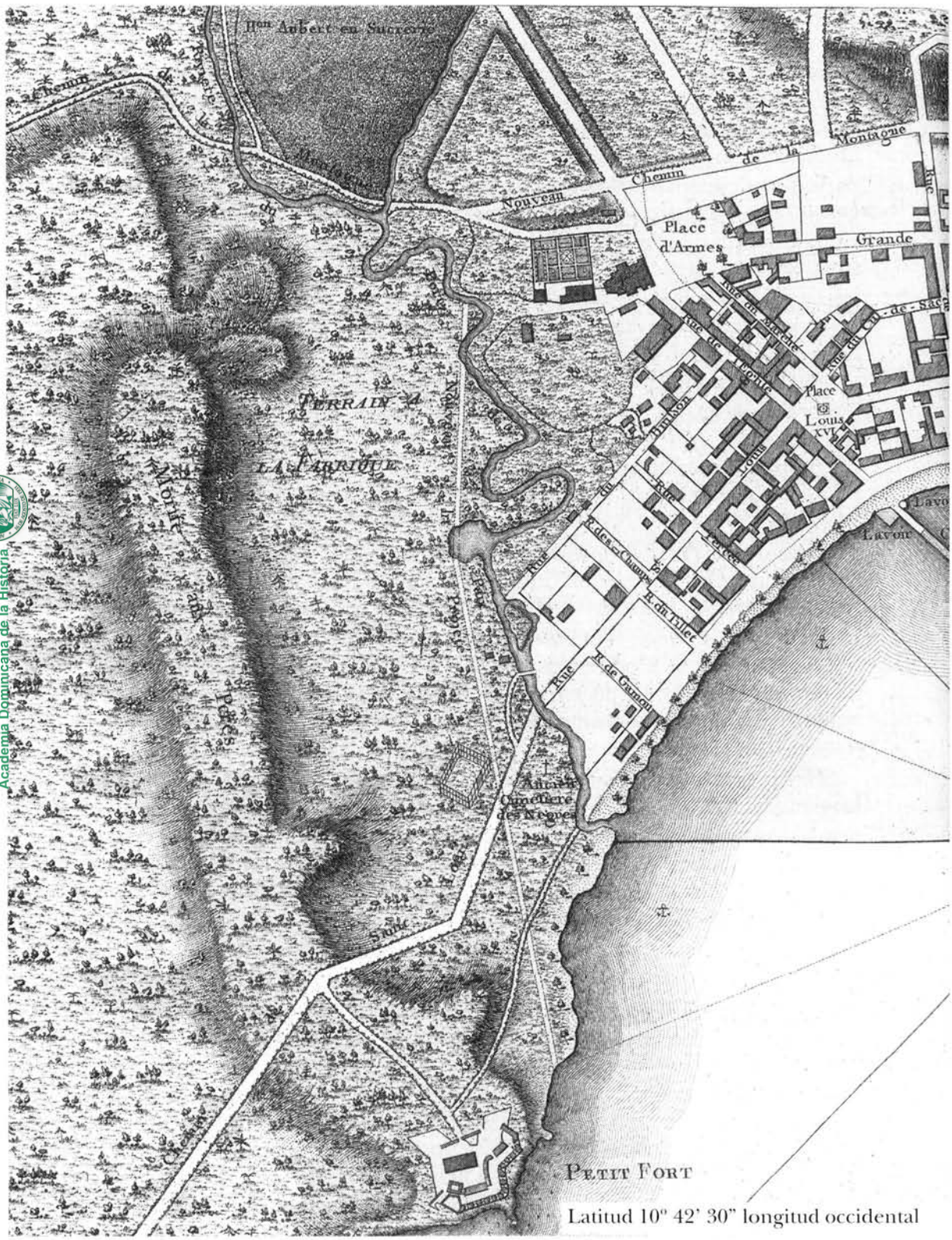
Se consideró que esta ciudad debía disponer de una tropa de policía, creada por la ordenanza del 17 de junio de 1788 y formada por un oficial de justicia, un cabo y tres sargentos arqueros; actúa al alimón con la senescalía, como la del Cap.

En 1681 la dependencia de Port-de-Paix tenía 440 blancos, de los que 200 iban armados, 11 mulatos o indios y 357 negros.

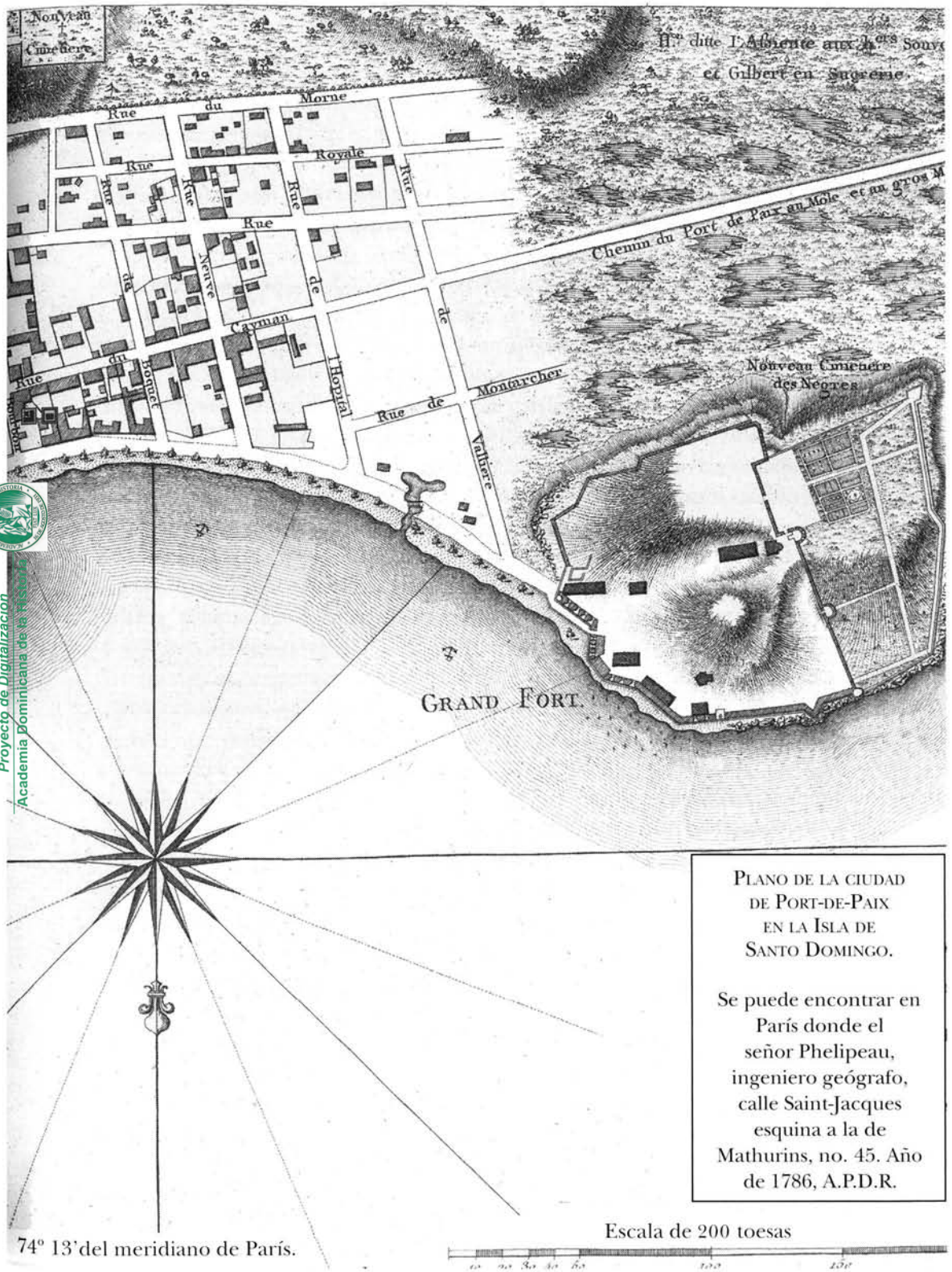
En 1688 había 82 milicianos. En 1692 podía armar a 230 hombres; en 1697 solo encontrábamos 361 negros. En 1705 tuvo un regimiento de milicias con su nombre. En 1714 los negros censados eran 695 y en 1723, tenía 1,800 de todas las edades y sexos y su milicia se había reducido a 130 hombres.

A día de hoy, la única parroquia de Port-de-Paix tiene 450 blancos, 130 libertos y 8,972 esclavos. De ese total viven en la ciudad 336 blancos, 70 libertos y 527 esclavos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia


Nouveau Cimetiere
Rue du Morne
Rue Royale
Rue
Rue
Rue

Componen su milicia 195 blancos y 130 libertos. En 1695 en el fuerte de Port-de-Paix, los negros que estaban encerrados allí tenían como jefe a uno de ellos llamado Escipión.

Además de las diez plantaciones de caña de las que he hablado, esta parroquia cuenta con 82 cafetales, que producen una cantidad media anual de tres millones seiscientos de un café muy apreciado; 71 factorías de añil; algunos puntos sembrados de algodoneros; algunos hatos y lugares de víveres o de granos de índigo. En 1728 la parroquia solo tenía 61 manufacturas de las que 4 eran plantaciones de caña.

En 1666 d'Ogeron había hecho plantar aquí cacaotales, que parece que no prosperaron.

En 1703 todavía, no había ningún camino desde Port-de-Paix al Cap ni hacia Léogane. El 30 de julio de 1709, una ordenanza de los Administradores estableció un servicio postal que llevaba las cartas de este distrito a l'Artibonite y recogía aquellas que dejaba el correo que había entre el Cap y Léogane.

En 1727 habían ordenado que un correo iría del Cap a Port-de-Paix y que las cartas de este último lugar serían las primeras en recogerse para Léogane; pero los comerciantes solicitaron que se repusiera, como en 1709, el correo particular que iba a Artibonite.

En 1735 todavía, las barcas servían igual que los correos para la comunicación epistolar entre el Cap y Port-au-Prince, ya que una ordenanza de octubre conminaba a los patrones de esas barcas a restituir las cartas a las estafetas de correos de ambas ciudades para que su coste ayudara a pagar su transporte.

Port-de-Paix tiene ahora tres caminos de coches. Uno que conduce hasta el punto en que el camino de Môle encuentra el comienzo de la península.

Otro que va hasta el límite oriental de Petit-Saint-Louis y un tercero que va a Gonaïves y por consiguiente al Cap y a Port-au-Prince, pasando por Gros-Morne. Estas vías acaban su recorrido en la plaza Louis XIV.

La salida de los productos de Port-de-Paix y por tanto su lugar de abastecimiento, es el Cap; pues su puerto solo recibe normalmente al año tres barcos de Burdeos y El Havre; uno o dos más vienen a traer o a cargar flete.

Los transportes los hacen las barcas de pasajeros, que pueden recoger la carga en los espigones. Hay seis en la ciudad de Port-de-Paix.

Desde el 28 de enero de 1777, los patrones de esas barcas están obligados a justificar, con certificados de receptores de la concesión, la cantidad de productos que han cargado o descargado en el Cap.

El celo y la valentía que siempre han demostrado los habitantes de la dependencia de Port-de-Paix al defenderse del enemigo, exige que muestre una prueba de ello.

Dos fragatas, *l'Atalante* y *la Syrène*, al mando de los señores Duchassault y de Guichen, habían zarpado del Cap el 14 de junio de 1747 para ir a Petit-Goave. El 15 fueron capturadas y obligadas a entrar en Port-de-Paix.

El 16 por la mañana aparecieron cuatro buques de guerra ingleses, uno de 80 cañones y dos fragatas. Las dos fragatas francesas bajaron todo a tierra y el señor

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Durecourt, lugarteniente del Rey en Port-de-Paix, montó en la punta de Pères una batería de seis cañones del calibre 12 que le había dado el señor Duchassault y que a las 4 de la tarde estuvo lista para disparar sobre los tres primeros barcos. El señor le Roy, alférez de navío, estaba al mando de esta batería, que durante diez años llevó el nombre de batería de la marina.

El 17 por la mañana, todos los barcos ingleses cañonearon la batería y las fragatas, respondieron, así como la única batería que había entonces en el Grand-Fort; esa misma tarde desaparecieron.

Durante 48 horas, la compañía de dragones milicianos de Petit-Saint-Louis, estuvo constantemente al pie del cañón en la zona este de la punta Pères; la de los dragones de Port-de-Paix en el muelle, en el extremo oriental de la ciudad, teniendo a su izquierda la milicia de a pie de Port-de-Paix y sesenta lanceros negros esclavos, reclutados y formados después de la guerra como compañía por el señor Durecourt.

En el Grand-Fort había 80 blancos o libertos que manejaban el cañón y el señor de Bombelles, ayudante mayor de la plaza, que estaba convaleciente en Gros-Morne, llegó a toda prisa con 100 hombres de este último lugar o de las alturas de Port-de-Paix.

Se competía en celo y buena voluntad y los oficiales de la senescalía se mantuvieron cerca del señor Durecourt, cuyas órdenes hacían cumplir.

Todas las milicias al mando de los señores Bonnault, Ballant y Grasset, comandantes de las parroquias de Saint-Louis, Gros-Morne y Port-de-Paix, afrontaron con gran sangre fría el fuego de los navíos, que tiraban tan alto que solo se vieron afectadas algunas casas y se perdieron únicamente algunos hombres, muertos a consecuencia de una imprudencia que hizo que se quemaran algunos cartuchos en el fuerte.

Las milicias estuvieron reunidas hasta el día 21, en que el señor Durecourt las despidió, colmándolas de elogios el 1 de julio. Las fragatas *l'Atalante* y *la Syrène* salieron de Port-de-Paix.

Terminaré el capítulo de Port-de-Paix, lamentando que el deseo expresado el 27 de agosto de 1739, por el señor Jacques Verjus, criollo y habitante de esta parroquia, no se haya realizado todavía.

Dejó su herencia para el establecimiento de un hospital para los pobres de la parroquia y 50 años después no ha pasado de ser un proyecto.

Los administradores de las Providencias del Cap habían pedido esos fondos con el compromiso de acoger a los pobres de Port-de-Paix. Se recurrió y un edicto del Consejo del Cap, del 3 de diciembre de 1781, fue reenviado para solicitar del Rey cartas de patente para autorizar ese establecimiento.

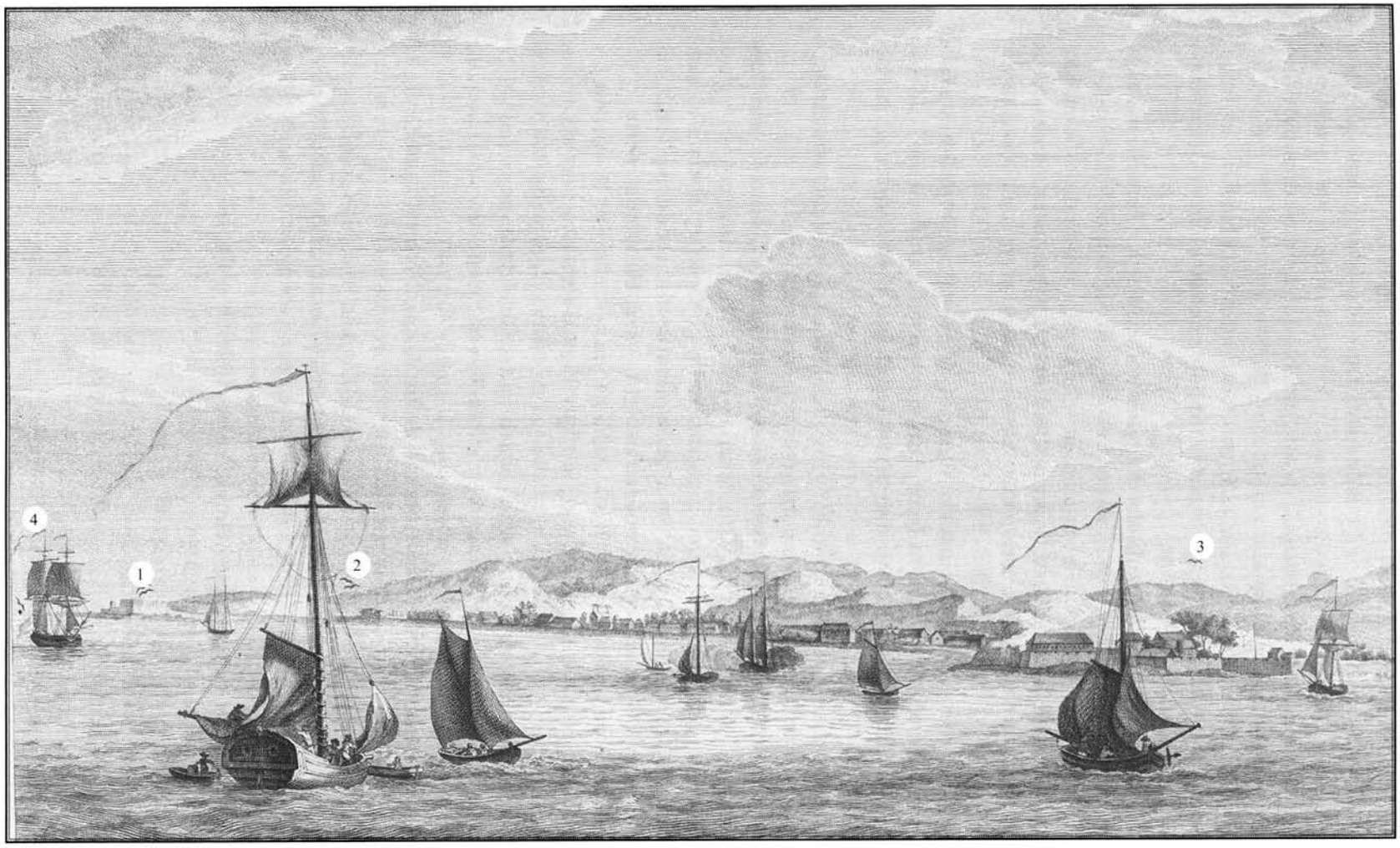
Estamos tentados de creer que alguien es culpable de negligencia en un caso como este, que afecta a la humanidad.

Desde la iglesia de Port-de-Paix hay:

A la de Petit-Saint-Louis . . . . . 3 leguas ½
de Gros-Morne. . . . . 10 "
de Jean-Rabel . . . . . .12 "

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



1. Fuerte Pères
2. Río Port-de-Paix

VISTA DE LA CIUDAD DE PORT-DE-PAIX
Isla de Santo Domingo
A. P. D. R.

3. Fuerte
4. Canal de la Isla de la Tortuga

Aunque nombro en otra parte al señor Gauché, que vivió mucho tiempo en la parroquia de Port-de-Paix, creo que tengo que decir aquí que debo a su celo por todo lo que es provechoso una parte de los detalles descriptivos de Port-de-Paix, que me proporcionó siguiendo una copia manuscrita de mi descripción de Limonade, que le había enviado como una especie de indicación de mi plan.

El señor Gauché enriqueció después el primer volumen de las *Mémoires* de la Societé des Sciences et Arts del Cap francés, de la que es uno de sus miembros distinguidos, con los detalles que me había proporcionado.

Después de haber descrito las veintiuna parroquias que componen actualmente la Parte del Norte de Santo Domingo, es natural, y hasta indispensable, hablar de la Isla de la Tortuga, que pertenece a esta Parte de la Colonia por su situación y todas sus relaciones.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Isla de la Tortuga

¡YO TE SALUDO, cuna de la más brillante Colonia que Francia posee en el Nuevo Mundo!

¡Refugio de esos hombres que, después de haber asombrado al Universo con su audacia, dedicaron a la agricultura los brazos tan largamente empleados en conseguir la victoria!

¡Lugar donde se preparó uno de los éxitos más grandes obtenidos por las potencias europeas más allá de los mares!

Te saludo, oh Roca, donde los destinos de Santo Domingo fueron agitados durante tanto tiempo; además, en el estado al que te ha reducido tu propio provecho, venero en ti la causa de todos los milagros que el trabajo ha creado en una vasta Colonia.

Cuanto más rápidamente ha sido adquirida la gloria, más me recuerda que tú pusiste las primeras bases de ella.

Que se me perdone este impulso; expresa lo que sentí cuando puse los pies en el suelo de la isla de la Tortuga.

Situada al norte de la Isla de Santo Domingo, de la que no la separa más que un canal de cerca de 6,000 toesas de anchura media, la isla de la Tortuga se extiende siguiendo las observaciones del señor de Puységur desde 75° 2' 35", hasta 21' 36" del mismo grado de longitud occidental del meridiano de París, lo que le da alrededor de nueve leguas de largo por un anchura media que podemos calcular en 3,000 toesas.

La latitud de su centro puede ser contada a 20° 4'. Su dirección es este cuarto sudeste a oeste cuarto nordeste, de modo que la línea de ese último rumbo de viento prolongado, iría a encontrar el cabo Maisí de la Isla de Cuba; el extremo occidental de la Tortuga está a cerca de 37 leguas, mientras que el oriental está a alrededor de 14 leguas del Cap.

Se le dio el nombre de Tortuga porque vista desde el mar, por uno de sus costados, presenta una forma que es poco más o menos la de una tortuga acostada sobre sus dos extremidades que, al no estar encima de la plataforma que compone la mayor elevación de la Isla, hace que el extremo del oeste se asemeje bastante, a la cabeza de una tortuga de tierra en una escala superior, mientras que el extremo oriental forma la extremidad posterior del mismo animal.

Ambas puntas se van adelgazando de tal manera que el frente de la del este no tiene sino 250 toesas y la del oeste, 300.

Esta Isla cuenta con cerca de 41,000 toesas de contorno, de las que 21,000 forman la zona que, a partir del punto más al oeste hasta el más al este, pasa por el costado norte y la zona opuesta del sur 20,000 toesas.

La costa meridional corre en una dirección mucho más aproximada a la línea recta que la septentrional, que va siempre hacia el nordeste con una longitud de cerca de 6,000 toesas desde la punta oeste, mientras que a partir del extremo este, tira hacia el noroeste durante casi 4,000 toesas. En el intervalo de 11,100 toesas que queda, la costa es bastante recta.

Toda la costa del norte es de hierro e inaccesible, con excepción de dos puntos de los que hablaré.

La parte del sur está llena de pequeños fondeaderos más o menos seguros, de los que el principal es el que voy a empezar a describir, después de haber echado un vistazo rápido a las distintas etapas que tuvo Tortuga, desde que los Aventureros se establecieran hasta ahora.

Hemos visto en la descripción de las parroquias de Port-Margot y de Port-de-Paix, la serie de los principales acontecimientos que habían hecho de la Tortuga la primera posesión francesa de Santo Domingo y de los que la habían reducido luego, desde 1685, a no ser más que un punto secundario.

Cuando d'Ogeron tomó posesión de la Tortuga, el 6 de junio de 1665, había en esta isla 400 hombres armados. En 1666 proyectó la fortificación llamada la Torre, que el señor Blendel, ingeniero enviado por el Rey, empezó en abril de 1667.

La Tortuga ya era importante cuando los habitantes de toda la Colonia de Santo Domingo se amotinaron en 1670 contra la autoridad de d'Ogeron, que quería impedirles comerciar con los de Flesinga[68] e incluso el padre Lamarre, párroco de la Tortuga y Morel, *síndico* de los habitantes, fueron enviados a Francia por d'Ogeron y encerrados en el castillo de Nantes hasta marzo de 1672, en que una orden del Rey los puso en libertad.

Después de que d'Ogeron, bajo las órdenes del señor de Baas, gobernador general de las Islas, hubo enviado desde Santo Domingo a la Martinica a 100 filibusteros para atacar Curazao, partió él mismo con otros habitantes para unirse a esa expedición, pero naufragó en Puerto Rico y el señor de Baas, que no había tenido éxito, se enteró de las noticias de d'Ogeron en la misma Tortuga.

Fondeó allí el 15 de abril de 1673; encontró esta isla muy empobrecida por la pérdida de hombres y porque los que quedaban estaban todavía muy disgustados. Le fue muy difícil decidir que el señor de la Perière, oficial llegado de la Martinica con él, tomaría el mando de la Tortuga en ausencia de d'Ogeron, al que creían muerto y que volvió casi enseguida.

[68] N. de la T.: localidad holandesa, de los actuales Países Bajos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

D'Ogeron, queriendo ir a ayudar a los infortunados franceses que había dejado en Puerto Rico, emprendió una nueva expedición con 500 hombres, que fue todavía más desastrosa que la anterior; la Tortuga se encontró prácticamente despoblada.

No había dejado de menguar, como comenté en otra parte, cuando el señor de Cussy fue a establecerse en Port-de-Paix. Sin embargo, en 1689, todavía tenía habitantes y seguían conservando un párroco.

En 1692 solo contaba con 70 hombres armados; este número disminuyó a la mitad al año siguiente ya que el señor Ducasse les animaba a ir a Port-de-Paix y en 1694 se abandonó completamente la Tortuga como si desde ese momento ya no tuviera utilidad; ella, que hacía sesenta y cinco años había reunido a todos aquellos que no querían que los españoles fuesen los únicos dueños de la gran Isla.

Nadie se acordó de la existencia de la Tortuga hasta 18 años después cuando, al querer aislar a las personas enfermas de lepra en la Parte del Norte, fue elegida para ser su refugio.

El 29 de marzo de 1713 el ministro censuró, esa decisión, que se adoptó en un edicto del Consejo del Cap del 25 de abril de 1712, pues según él, era necesario reservar a la Tortuga como refugio, bien contra cualquier contagio, bien contra los ataques del enemigo.

La Tortuga se quedó pues una vez más sin habitantes y ese estado de abandono había hecho que los cerdos, cuya reproducción siempre ha sido prodigiosa, se multiplicasen de tal manera que pasó a llamarse Isla de los Puercos, bajo cuya denominación la conocían los holandeses. Los jefes se vieron obligados a organizar una cacería en la que se mataron miles de ellos.

Para estimular a todos los habitantes de la Parte del Norte no hubiera hecho falta el propósito de ir a cazar: en las cacerías se fijaron en que había bosques soberbios y se les declaró la guerra.

Se prohibió la caza y la tala de bosques; se renovó esta veda el 23 de octubre de 1731 alegando que esa Isla estaba reservada para proporcionar la madera necesaria para las obras públicas.

Al dejar en paz a la Isla, vinieron a ella habitantes de otro tipo; negros cimarrones; una ordenanza de los Administradores del 14 de junio de 1741, concedía 100 libras por cada uno de ellos que fuera capturado.

Aduciendo como excusa válida el tener que perseguirlos se volvió a la tala de los bosques y a la caza, de modo que el 21 de febrero de 1750, se envió a un tal señor Tourni para vigilar la Isla y se le concedió la mitad del monto de las multas que se les ponían a los delincuentes; la otra mitad iba a las Providencias del Cap.

Esta medida no resultó eficaz, ya que desde el 30 de abril siguiente la senescalía tuvo que organizar visitas a la Isla.

Entonces se intentaron conceder permisos particulares para la caza del cerdo salvaje, pero como una de esas autorizaciones había tenido como consecuencia un cargamento de madera, una nueva ordenanza del 27 de mayo de 1766 los suprimió todos y prohibió acceder a la Tortuga completamente; se nombró vigilante al señor Collineau.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Ese era el estado de cosas cuando se empezó a contemplar a la Tortuga, aunque desde muy lejos, con ojos codiciosos. El señor duque de Choiseul y el señor duque de Praslin, que tenían a cargo de ellos dos solos las partidas más importantes de la administración del reino, autorizándoles su inmenso crédito a disponer a su antojo de todo, les pareció que las tres pequeñas islas que bordean las tres Partes de la Colonia francesa eran dignas de su protección y la Tortuga fue la primera en experimentarla.

El 26 de abril de 1767, el Rey otorgó a Élizabeth-Céleste-Adelaïde de Choiseul, esposa del conde de Montrevel, coronel del regimiento de Barry e hija de Cézar-Gabriel de Choiseul, duque de Praslin, entonces *ministro de marina*, el certificado de la concesión de la Isla de la Tortuga.

Los motivos consignados en ese certificado[69] son que la Tortuga contiene maderas preciosas y que es prácticamente imposible aprovecharlas por falta de caminos y embarcaderos, inconvenientes que un concesionario tenía interés en resolver, de lo que se seguiría un notable provecho para la Colonia, que empezaba a carecer de madera.

Por estos motivos y *otras consideraciones particulares*, la señora de Montrevel obtuvo su plantación para ser dirigida por ella exclusivamente, sin que su marido ni los herederos del mismo pudieran tener jamás ni la administración ni derecho alguno.

Su Majestad se reservaba, sin embargo, los derechos de soberanía y de justicia y todos los bosques de guayacanes por su utilidad al servicio de la marina. Además prohíbe: 1°, que haya aldeas o cabañas, salvo una iglesia parroquial o su filial; 2°, tener comercio; 3°, cultivar cañas de azúcar y disponer de más abastecimiento que el necesario para el consumo de los que la mantienen; 4°, construir ningún embarcadero sin la autorización expresa de los Administradores.

Aparte de estas prohibiciones, que parecen relativas a la protección de la Colonia contra los enemigos, que se teme que se sientan atraídos por la Tortuga, la donación permite todos los demás usos que se le quieran dar a la Isla, inclusive venderla en parte o en su totalidad, sin que la ley general que prescribe reunir al conjunto lo que no estuviera desbrozado pueda aplicarse a la Tortuga.

Para que conozcamos mejor lo que los Administradores pueden permitir o impedir, el certificado decía que dos ingenieros-geógrafos medirían y levantarían el mapa topográfico de la Tortuga.

En virtud de este certificado registrado en el Consejo del Cap el 25 de enero de 1768, el intendente firmó, con los señores Roger y de Cologne, agrimensores, un contrato por el que estos últimos se obligaban a realizar esas mediciones que comenzaron el 15 de marzo de ese mismo año y terminaron el 3 de diciembre siguiente y le costaron al Rey más de 60,000 libras.

Extraigo varios detalles, que comento, de esas operaciones. Por ejemplo, encuentro que la superficie de la Tortuga tiene 44,365 medidas de París, o 11,734 cuadrados de Santo Domingo.

[69] Ver *Lois et Constitutions de Sainte-Domingue*, t. 5, p. 100.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

He aquí como la Tortuga, antaño orgullo del nombre francés en las Antillas, se convirtió en plantación de una sola persona, bien extraña sin duda a todo lo que esa pequeña isla de renombre podía aportar todavía a la Colonia.

La señora de Montrevel murió poco después y la donación pasó al vizconde de Choiseul Praslin, luego duque de Praslin, su hermano y legatario universal, que la arrendó al señor Labattut, hombre de negocios del Cap, a razón de 18,000 libras al año, con la condición de que si había guerra se suspendería el arriendo.

Pero el señor Labattut, que se había beneficiado enormemente proporcionando madera al Estado durante la guerra de 1778, no quiso respetar esa cláusula.

Por último, el 31 de marzo de 1785, el señor de Praslin, habiendo obtenido el permiso del Rey para vender la Tortuga tal y como estaba, pero con la condición de que el adquiriente estaría estrechamente sujeto a respetar las cláusulas de la concesión de 1767, vendió la isla de la Tortuga al señor Labattut el 20 de abril de 1785 mediante un contrato firmado ante el señor Truchat, notario de París, y hoy día sigue siendo su propietario.

El lugar más importante de la Tortuga ha sido siempre invariablemente el que todavía lleva el nombre de Basse-Terre, que los españoles llamaban Puerto del Rey y que está situado en la parte meridional.

Debe esta importancia a su fondeadero, que es el más seguro y a la ventaja de que desde este punto se puede comunicar con todo el resto de la isla. En la Basse-Terre el navío la *Notre-Dame*, al mando del señor de la Petitière y que formaba parte de la escuadra del señor de Cahuzac, la primera que Francia había enviado a las Islas, recaló allí para reparar una vía de agua.

Este fondeadero está, según las observaciones del señor de Puységur: a 20º 1' 40" de latitud norte y a 75º 7' 30" de longitud según el meridiano de París.

El fondo del mismo es de una hermosa arena fina y blanca. Tiene 350 toesas de profundidad desde su entrada y cerca de la mitad de anchura y puede recibir buques con 14 o 16 pies de agua.

La dirección de la entrada es sudeste a noroeste, con 22 pies de agua en el paso y una profundidad que llega a 7 brazas yendo a tierra.

Este puerto está formado por dos bancos o altos fondos, de los cuales el más grande sale de la entrada y se dirige hacia la punta Masson, al este. Como los bordes de este banco son casi verticales, se le puede situar a un corto tiro de fusil desde esta punta hasta el puerto.

El otro banco del oeste de la entrada, deja entre él y tierra firme un segundo paso llamado paso pequeño, ya que al no tener más que 12 pies de agua con la marea baja solo admite barcos pequeños.

El 6 de junio de 1787 salí por este último en la goleta *la Minerve*, de 80 toneladas, que pertenecía al señor Labattut, para ir de la Tortuga a Moka.

Los bancos tienen muy poca agua y hasta quedan al descubierto hacia la entrada, con la marea baja; es lo que los hace aptos para parar y romper las olas, al haber de ordinario mar gruesa en el canal.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El puerto de la Basse-Terre está muy resguardado menos para el viento del sur, que sopla en esta costa muy pocas veces.

A 20 toesas a poniente del embarcadero de la Basse-Terre, que está al fondo del puerto, encontramos al borde del mar un viejo aguilón de mampostería edificado en cal y arena, que parecen ser los restos de un antiguo cuerpo de guardia o fortín construido en tiempos de los filibusteros.

La parte baja está horadada por troneras y encima había una plataforma desde la que se disparaba la artillería al puerto a través de un vano a 8 pies de altura y que aún podemos ver.

En la guerra de 1778 el señor Labattut construyó al borde del mar, y a sus expensas, una batería de 11 piezas del calibre 12.

Encontró 17 cañones al borde del mar en el fondeadero de la Basse-Terre; los había del calibre 18. Algunos se montaron en la batería de arriba, que también defiende ese punto con nueve piezas de calibre 24, con el fin de impedir que los enemigos lo convirtieran en tiempos de guerra, en un lugar de descanso y reposo, tanto más propio cuanto que un agua pura y una abundante caza les asegurarían recursos y para que desde allí no se pudiera correr hacia los barcos y apoderarse, sobre todo, de los de pasajeros que se presentaran en el canal.

Esa batería de arriba, situada a 120 toesas del mar y a alrededor de 80 pies sobre el nivel del mar construida, a expensas del señor Labattut, al que el Estado no proporcionó más que los cañones, está precisamente en el punto donde se hallaba la llamada Torre.

Vimos que esta había sido edificada en 1667 bajo d'Ogeron. Los muros de la misma, cuyo diámetro interior tenía 36 pies, estaban hechos con piedras unidas con una especie de toba arcillosa consistente y tenían 10 pies de espesor.

Toda ella estaba rodeada por un parapeto de dos pies. La entrada estaba orientada al norte y recubierta por una avanzada también de piedra.

Entrando a la izquierda había una escalera de caracol de piedra, apoyada contra el muro interior, que conducía a lo alto de la Torre, y que tenía 24 pies de altura.

Este contorno disponía de tres baterías, una encima de otra, cuyas troneras no estaban alineadas de arriba abajo. Con tres cañonazos daba la alarma a toda la isla.

A cada lado de la Torre, había unas plataformas o baterías de barbeta que tiraban sobre el puerto. Esta Torre, que cayó en la ruina, fue demolida por el señor Labattut en 1776.

A 380 toesas de la orilla y sobre una plataforma natural, en medio de la ladera del pico que domina el fondeadero y sus alrededores, ya que está a 200 pies sobre el nivel del mar, se hallan las ruinas de una especie de pentágono irregular; es el fuerte le Vasseur, así llamado porque este oficial lo había hecho construir.

Los muros del recinto, son de piedra seca, a excepción de la parte que está frente al mar, donde parece estar revestido o más bien unido por una especie de tierra gredosa empapada.

En el centro de ese recinto, hay una roca de 20 o 25 pies de altura por cerca de 36 pies de diámetro, cuyas partes están sostenidas o apoyadas por muros iguales a los del recinto.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El intervalo entre la muralla y la roca es de 35 pies. La historia nos señala que el gobernador residía en lo alto de esta roca, donde tenía las municiones; la guarnición lo hacía en unos cobertizos que estaban adosados a ella. Solo podían comunicarse con la roca a través de una escalera de hierro móvil.

Este recinto, donde apenas cabían más de 200 hombres y 12 cañones, tiene su entrada, de 6 pies de anchura, hacia el sudeste. Si se viene primero del sur, el camino va al sudeste durante 25 pies y llega luego al recinto un poco oblicuamente.

Parece que uno de los objetivos principales de ese fuerte, después del de defender el fondeadero, era preservar un arroyo cuya fuente, muy abundante, proporcionaba agua a la Basse-Terre; pues esta fuente, que está encerrada en el propio fuerte, corre por un torrente que enfilaba una de las vertientes y la cúspide.

A 1,200 toesas al este del fondeadero de la Basse-Terre está la punta Masson, nombre de uno de los seis antiguos asentamientos de la Tortuga. Cerca de la Basse-Terre, encontramos el manantial de Paresseux,[70] así llamado porque al estar tapado por la marea alta, se prefería esperar a que quedara al descubierto que ir a buscar el agua al fuerte le Vasseur.

La pequeña banda de terreno llano que está entre esos dos puntos a lo largo del mar, es un poco arenosa; pero cuando se llega a la punta Masson no es más que un enclave bajo y a ras de agua, cubierto de rocas móviles y bordeada de roca viva a lo largo del mar, hasta una laguna que la ocupa en gran parte.

Las montañas cuyo pie baña la laguna no son más que rocas desnudas y escarpadas. Solo se puede esperar de este lugar algunos bosques y cal, pero ¿dónde encontrar agua dulce para apagar esta última?

Desde la punta Masson 500 toesas y yendo siempre hacia el este, está el *Carenage* denominación cuyo origen no es difícil de averiguar cuando se ven los arrecifes y los altos fondos que bordean la costa.

Las planicies están a 1,200 toesas más al oriente. Ese punto donde a veces se han visto cabañas de pescadores, debe también su nombre a alguna circunstancia cuyo aspecto no nos hace sospechar.

Está a cerca de 1,000 toesas de las planicies, que es el cabo Coquillages, llamado también el cabo Portugal en varios mapas y que está formada por rocas que van hacia el interior elevándose.

Solo puedo atribuir ese nombre de cabo de Portugal a la circunstancia que hacía que muchos filibusteros de la Tortuga cobraran comisiones de guerra del Rey de Portugal por agredir a los españoles. Había un tal capitán Champagne que estaba con su barco en la Tortuga a finales de 1666.

Desde la laguna, que está al este de la punta Masson, hasta el cabo Coquillages, domina una plataforma que varía en su anchura desigual entre 100 y 200 toesas y además ese suelo, compuesto de limo mezclado con arena, es pantanoso en varios puntos.

Sin embargo en 1768, los obreros del Rey cultivaban allí, los víveres de tierra, sobre todo exquisitas patatas; pero después de haberlas comido, es necesario beber el agua cenagosa y salobre de un estanque, el único que hay en todo este cantón.

[70] N. de la T.: en español perezoso.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Las alturas que dominan esta extensión están formadas por grandes peñascos cavernosos, cuya altura y pendiente son terroríficas. Encontramos al norte de la punta Coquillages, una cueva de cerca de 18 pies de alto por lo mismo de profundidad, repleta de ofrendas humanas.

A 350 toesas más lejos del cabo Coquillages vemos también, en una ensenada arenosa de 350 toesas de largo por 80 de ancho y terminada por peñascos bordeados de precipicios, las ruinas de un antiguo cuerpo de guardia o fortín.

Solo quedan los muros, cuya mampostería es excelente; una tronera abierta en el aguilón y orientada hacia el mar indica que allí se habían emplazado piezas de artillería sobre una plataforma en la que encontramos restos y el piso bajo está dentado a la altura de un hombre. Sin embargo solo hay paso para las chalupas. No hay en este refugio más agua que la detestable del estanque.

Del cuerpo de guardia hasta la punta este de la Tortuga, que está a 38" más al oeste que el cabo Icaque, que separa el Borgne de Petit-Saint-Louis, hay cerca de 1,000 toesas.

Una línea de toda la anchura de la isla, tirada norte sur a 700 toesas de esta punta, dejaría al este toda la zona que forma una única roca, con lo que podemos calcular la altura en 40 pies sobre el nivel del mar.

La superficie superior de esa inmensa roca, aunque sea de alguna manera horizontal, está sin embargo horadada y llena de asperezas cortantes como navajas, de modo que se avanza peligrosamente.

Los bordes de este enorme macizo están excavados en su base hasta 5 o 6 pies de profundidad por las olas que vienen a romper sin descanso, hasta cuando el estado del tiempo debería apaciguar su furia.

En las tempestades, se yerguen hasta la misma altura del macizo con un bramido sobrecogedor. Su rabia es tan fuerte entonces que una profundidad de 200 pies de agua no les garantiza a los moluscos y otros animales submarinos, a la arena, a las plantas y a los enormes trozos de piedra el no ser arrancados del fondo del abismo y lanzados a más de 150 toesas en el macizo.

Yendo de la Basse-Terre al oeste, nos encontramos a cerca de 1,000 toesas con Cayonne, uno de los puntos más célebres de la Tortuga, porque el caballero de Fontenay lo escaló en 1652; después de la muerte de le Vasseur, se supo que los españoles, que atacaron a este caballero en 1654, desembarcaron en este punto; él mismo volvió poco después a la Tortuga para tratar, en vano, de arrebatársela a sus vencedores.

Por otra parte Cayonne es, con su pequeña extensión uno de los mejores terrenos de la Tortuga, una ventaja que hace aún más valioso el río que lo recorre y que lleva su nombre, cuya agua es igual de buena que la de la Basse-Terre.

Todavía se ven vestigios de factorías de añil que demuestran que esta llanura fue cultivada. Cayonne, cuya pequeña planicie fue, en 1654, el escenario de la lucha más encarnizada y sangrienta de las que tuvieron lugar en la Tortuga entre españoles y franceses, era uno de los seis asentamientos con los que contaba en su época de esplendor y en sus comienzos se cultivaba tabaco. No se por qué ese nombre indio se pronunció *Cayenne* después de algún tiempo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

A 400 toesas del fondeadero de Cayonne está la punta que lleva su nombre y a alrededor de 1,000 de esta, el cabo Oiseaux, que mapas inexactos sitúan en el pico del oeste de la Basse-Terre.

Muy cerca de esta punta, pero al este, está la ensenada de Cabaret, cuyo nombre es muy fácil imaginar que viene de una taberna que se hallaba en esta pequeña rada, único punto practicable hasta para las chalupas que hay en el intervalo de las puntas Cayonne y Oiseaux, llena de tremendas rocas amontonadas unas sobre otras.

Sin embargo, encontramos allí los restos de una factoría de añil y de un estanque o pozo. A cerca de 100 toesas al este de la ensenada de Cabaret hay una caverna de 7 u 8 pies de altura y de cerca de 10 pies de penetración, donde vemos muchas ofrendas humanas.

La punta Oiseaux, que se alza solo 50 o 60 pies sobre el nivel del mar, tiene una cima plana con un poco de tierra mezclada con piedras. Rozándola al este hay muchas rocas desgajadas de tierra en alrededor de 30 toesas y cuyo aspecto es curioso.

Como han sido carcomidas por el mar en su parte inferior, su superficie, formada por una piedra endurecida y cubierta de arbustos se parece bastante a un jarrón de flores. Aquellas y las mismas rocas, constituyen el refugio de innumerables pájaros entre los que destacan los mirlos, cuya inoportuna locuacidad percibimos desde muy lejos. De ahí viene el nombre de esta punta.

Al oeste de la punta Oiseaux hay un fondeadero de 6 a 8 pies de profundidad, al fondo del cual corre un río o para hablar con propiedad, un arroyo cuya agua tiene fama de ser la mejor de la isla y que vemos con pesar perderse en un enclave en el que no se puede intentar cultivar nada.

Desde este río a Petit-Mahé, que está a 1,600 toesas de la punta Oiseaux, toda la banda hacia la costa es estrecha y de una roca que únicamente se podría convertir en cal. El mismo Petit-Mahé está formado por una cinta que bordea algunas eminencias que pueden ser cultivadas, aunque son duras. Restos de una factoría de añil cercana al mar indican que se intentó cultivar esta planta, que se veía favorecida por un manantial o cascada que viene de las alturas.

Si recorremos 650 toesas más estamos en Grand-Mahé, del que no hay nada que destacar. Milplantage;[71] que le sigue a 750 toesas, fue uno de los asentamientos de la primitiva y conquistadora Tortuga.

Tiene una zona llana y sus alturas son fértiles. Los manantiales de este último son sin embargo muy débiles y parecen reunirse en un torrente solo para agotarse. El tabaco puede haber sido el único patrimonio de este lugar y también el mijo o el maíz, como parece indicar su mismo nombre.

Contamos 700 toesas de Milplantage a Ringot, que ahora se ha convertido en Gringot, pequeño intervalo plano donde un arroyo da constantemente un agua cristalina y pura. Unas rocas agudas y casi perpendiculares lo terminan. Se puede ver una factoría de añil derruida.

Entre Ringot y la Roselière, que le sigue a 900 toesas, pero más cerca del primero, está Terrier-Rouge, por encima del cual hay varias mesetas. Un manantial viene desde las alturas y se consume en el camino.

[71] N. de la T. : en español multicultivos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La Roselière es llamada así por algunos rosales que bordean la orilla y que deben la vida, sin duda, al abundante río que lleva el nombre del lugar, cuyas aguas, perdidas en apariencia en las grietas de las rocas, se infiltran seguramente a través del suelo. La Roselière está norte sur con el Grand o Vieux Fort de la ciudad de Port-de-Paix.

El intervalo tiene cerca de 1,600 toesas entre la Roselière y el borde este de la Saline, antes del cual se halla la Vallée. La misma Saline la recorre durante 750 y a 600 toesas de allí está el centro de Trou Vaseux, que no es más que una laguna poco amplia en cuya parte delantera hay, sin embargo, un fondeadero más resguardado y más grande que el de la Basse-Terre, pero cuyo paso solo tiene 12 pies de agua.

Después de Trou Vaseux y a 800 toesas está el Carenage inglés, donde pueden ir barcos pequeños para virar hacia tierra; luego el Hôpital a 1,000 toesas todavía más al oeste; hay 1,700 toesas desde el Hôpital a la punta occidental de la isla.

Desde la entrada de la garganta llamada Vallée hasta Trou Vaseux el terreno es llano y hasta se podría ir en coche. Pero esta extensión es apenas apta para el cultivo y falta agua, que solo hay en la misma Vallée.

Esta última tiene 200 toesas de abertura y 500 de profundidad, desde el río hasta un punto donde se bifurca entre dos pequeños valles; el del este se llama *Petite Vallée* y el del oeste el *Grande Vallée.*

Un manantial corre entre ambos, pero se seca en su cauce arenoso en época de sequía; a cerca de 6,700 toesas de la bifurcación, todo el terreno durante un cuarto de legua desde el mar, es apto para la agricultura y dos viejas factorías de añil lo demostrarían si fuera necesario. Más arriba, el suelo es árido y pedregoso.

En cuanto a la Saline, que está dividida en Saline grande y pequeña, actualmente está abandonada, suerte que comparte con otra salina que está cerca del hôpital y que se hace llamar incluso Pointe de la Saline, la punta más al sudoeste de la Tortuga.

También hay que destacar que esta última salina corresponde poco más o menos a la del río Salée de Port-de-Paix.

Del Trou Vaseux hasta la mitad de la distancia entre el hôpital y la punta del oeste, la costa es escarpada y su cima está coronada por sierras que se extienden ellas mismas hasta este cabo.

En algunos puntos hay grandes extensiones de arena. Esta parte de la costa tiene varios fondeaderos buenos hasta para los navíos de mayor rango, pero no pueden hacer la aguada.

Los nombres de Carenage y Hôpital son lo bastante antiguos como para no poder encontrar su origen. Cerca de Hôpital, vemos ruinas de una factoría de añil que nos plantean un enigma todavía más difícil de resolver, ya que es imposible imaginar cómo se proveían del agua que necesita esta manufactura y que no existe en toda esta zona.

La punta occidental de la Tortuga, que está según el señor de Puységur a 5' más al oriente que la bahía de Moustique, solo se eleva en cerca de 12 pies sobre el nivel del mar. Igual que la oriental, la forma un macizo de rocas afiladas y la termina una costa de hierro.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

A partir de una línea tirada norte sur a alrededor de 900 toesas al este de este cabo, comienzan las rocas que van hacia el este. Entre ellas y la punta y a partir de esta, hay primero un montículo pedregoso cuya superficie está cubierta de piedras marinas, calizas y móviles.

Después hay una vasta llanura de arena que atraviesa toda la anchura de la isla en ese punto y va a terminarse al este, al pie de un acantilado casi vertical; tiene costas de hierro al norte y al sur.

Este acantilado, redondeado en su grupa y cuya parte superior es bastante convexa, se alza gradualmente por dos zonas muy marcadas, hasta que llega al punto que corresponde en el norte con las alturas de la garganta de Vallée.

Seguramente gracias a esta configuración, le vino el nombre de Tortuga a la mente a Colón. La llanura arenosa es árida y solo tiene árboles pequeños, que no superan los 20 pies de altura.

Es sorprendente que en la grupa contraria, los haya de grandes dimensiones; las especies son muy variadas. No se sabe cómo una especie de roca apenas recubierta por una pulgada de tierra, puede proporcionarles una subsistencia suficiente.

En toda la costa de la zona norte, que no es más que una roca continua, cuyos bordes están de pie y que ya he clasificado como inaccesible, tiene, a cerca de 900 toesas de la punta del oeste, una hondonada que han llamado Port-des-Fous,[72] lo que nos da la medida de la confianza que debe inspirar. Cerca de la parte opuesta del Carenage inglés pero también al norte, está la punta Soufleur.

Hacia el centro de esta costa septentrional, pero sin embargo un poco más al oeste, está la ensenada Trésor, en la que se vierte un pequeño torrente del mismo nombre y al que pueden aproximarse las pequeñas canoas lo bastante como para saltar a tierra, pero con un tiempo extremadamente en calma, lo que sería casi un fenómeno en esta costa en la que el más mínimo viento vuelve el mar furioso.

Se dice que ese nombre de ensenada Trésor, viene de la pérdida de un galeón cargado de plata y oro. Pero lo que cuesta creer cuando ya conocemos el lugar es lo que dice la tradición: que fue por allí por donde Du Rausset volvió a la Tortuga hacia 1657, donde sorprendió y desafió a los españoles.

La sola visión de este punto basta para hacernos una idea del temple de los Aventureros. ¡De qué no serían capaces unos hombres lo bastante temerarios como para costear y abordar terribles rocas e intentar una expedición en la que el encuentro con el enemigo era lo menos temible! ¡Cuánto tiempo habría hecho falta para que desembarcaran 400 o 500 hombres a través de olas que, en su impulso igual que en su retorno, después de haber roto contra las rocas, abren abismos devoradores!

Pero una vez efectuado el desembarco, ¡qué valentía era además necesaria para cumplir el objetivo! El macizo sobre el que pusieron pie a tierra está, como comenté hablando de la punta del este, erizado de rocas puntiagudas en las que en cada paso te juegas la vida.

Este macizo solo se atraviesa para ir al encuentro de varias sierras rocosas, de una altura y una dureza terroríficas, alzándose escalonadas unas encima de otras,

[72] N. de la T.: en español puerto de los focos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que ocupan toda la longitud de la isla y donde no hay un intervalo, solo algunas grietas o precipicios.

Por último, vencidos todos esos obstáculos, todavía tuvieron que atravesar el espacio que está desde lo alto de la isla, frente a la ensenada Trésor hasta el fuerte le Vasseur, donde se apoderaron del cuerpo de guardia español que estaba menos defendido en su retaguardia, porque les hubiera parecido increíble considerarse expuestos.

En el punto que corresponde a Cayonne en la costa norte, está Roussière, río que corre en un cauce profundo bordeado de precipicios, donde se pierde antes de llegar al mar.

A la Basse-Terre le corresponde el río Robin, que es del mismo tipo. Entre ambos está la punta llamada Tête-de-Chien.

El lector verá, por los detalles que ya he comentado, que aún me queda una zona de la isla que tengo que dar a conocer.

Esta zona es una auténtica plataforma de alrededor de 400 pies de altura sobre el nivel del mar, situada en el macizo que describí como limitado por el mar y terminado por rocas, que son a su vez los bordes de la meseta y macizo superior.

Esos están al este, al norte y al oeste, desgarrados y casi verticales con excepción de los del nordeste, cuyo pie está horadado y es cavernoso en una longitud de más de 7,000 toesas.

En esta escarpadura y siempre al nordeste hay además huellas de depósitos de arena, manglares y uvas de playa que, con sus formas enclenques, parecen atestiguar sin embargo que antaño las olas batieron esta segunda plataforma, actualmente interior, en más de media legua.

El macizo superior parte, como hemos visto, de un punto que está a 700 toesas al oeste de la punta del este de la isla y se termina en el acantilado situado por el cruce de la garganta de Vallée es decir que recorre cerca de 15,000 toesas en la misma dirección que la isla con una anchura media norte sur de cerca de 1,000 toesas.

Esta segunda plataforma está compuesta de roca viva, como la que le sirve de base. Su superficie superior forma una larga llanura suavemente orientada al norte, hasta el punto en que se llega a su escarpe.

Esta conformación de la isla de la Tortuga está tan hecha para impresionar al físico, como la Isla de Santo Domingo en sus partes que corresponden a las de la primera, sobre todo desde el sudoeste de la punta occidental de la Tortuga hasta la plataforma de Môle, en una costa dividida por capas o mesetas colocadas unas sobre otras, de manera que las inferiores forman siempre un friso con relación a las otras o un plano inclinado.

Si se mira hasta la Isla de Cuba, se vuelve a encontrar esta analogía y tirando una línea del este sudeste al oeste noroeste, de Cap-à-Foux del Môle al punto de Cuba que alcanza y que está a 78° 7' de longitud, nos reencontramos con el lugar al que se le dio el nombre de Autels porque está compuesto de plataformas o macizos puestos unos sobre otros.

La superficie de la plataforma más alta de la Tortuga es generalmente calcárea, como la de casi toda la isla. Vemos aquí y allí grandes macizos de rocas igualmente calizas.

Sin embargo, también hay granito y piedras cuarzosas; pero en esta alta superficie no hallamos ni una sola gota de agua corriente, solamente una gran cantidad de estanques.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El 8 de octubre de 160, el padre Plumier escribía, que había visto mármol azul verdoso en Milplantage bajando de la plantación del señor la Franchise por Vallée. También comentó que en la misma finca se había encontrado una materia mineral que, al fundirla, había dado plata de muy buena calidad.

Según Charlevoix el suelo de la Tortuga es todavía digno de la reputación de que gozaba. No podemos rechazar el compartir este punto de vista cuando vemos que aquí todo crece casi espontáneamente y que todos los productos de la naturaleza son de un tipo que indica que es fértil.

Sus inagotables selvas proporcionan, siempre en abundancia, madera de caoba, que el gusto por el lujo hacía que fuera muy buscada gracias al esplendor con el que la naturaleza lo ha embellecido y también madera de guayacán, tan apropiada para las poleas de los aparejos de los navíos.

Casi todas las demás hermosas maderas de la gran isla se encuentran también aquí, sobre todo el palo maría o dama maría pero en ningún lugar son tan bellas.

La Tortuga proporcionó al buque *Annibal*, de 74 cañones, una gran verga de 64 pies; en 1779 al *Robuste*, también de 74 cañones, una pieza para su timón de 38 pies de largo por 1 pulgada encajada en todos los sentidos.

El horrible manzanillo nace en la Tortuga, pero se convierte en pasto de las llamas cuando se le pone la vista encima, con el fin de que los cangrejos no puedan comer sus frutos y envenenar a los negros para los que aquellos constituyen un bocado muy apetitoso.

Esas selvas, donde tal vez haya árboles tan antiguos como la misma isla, están pobladas de palomas torcaces cuyo delicado sabor deleita el paladar y que, gracias a su asombrosa reproducción, siempre encontramos por miles.

A este recurso se une el de los cerdos salvajes que, a pesar de la guerra continua que se les hace, encontramos a cada paso y en una proporción tal, que algunos años de descanso para ellos exigirían con toda seguridad que se tuviera que organizar una cacería general, pues la isla no podría alimentarlos más. Su carne es excelente.

El canal de la Tortuga tiene también, como avisé en el capítulo de Port-de-Paix, grandes recursos en abastecimientos. Es muy extraño que no haya ninguna ostra en la Tortuga, que hay que atribuir a que los manglares solo se dan en los puntos donde la costa es arenosa.

Leyendo el expediente de devolución de la Tortuga a d'Ogeron por el señor Deschamps de la Place, sobrino de Du Rausset, el 7 de junio de 1665,[73] vemos que desde entonces había disminuido en importancia; el fuerte le Vasseur, llamado la Roche, solo tenía 4 cañones montados.

Pero la Tortuga tenía en esa época 400 habitantes sedentarios que cultivaban tabaco y el señor de la Place había plantado cañas en el cantón de Montagne, uno de los seis asentamientos de la isla situado en la gran plataforma, más allá de la Basse-Terre.

[73] Véanse *Lois et Constitutions de Saint-Domingue*, t. 1, p. 146.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En 1669 d'Ogeron contaba 1,500 individuos, todos blancos; en 1670, se manufacturaron veinticuatro mil andullos de tabaco, envueltos en yagua; pero en el censo de 1681, no encontré en toda la Tortuga más que 168 blancos, 8 negros y 17 mulatos o indios.

En 1688, el cantón de Cayonne tenía 54 hombres armados y el de Vallée, 70. Nada me indica qué cantidad de índigo se ha producido en esta pequeña isla.

Todos los informes que he recogido sobre la Tortuga deben convencernos de que la Basse-Terre ha sido siempre una especie de capital. Desde allí, la comunicación es más fácil con el resto de la isla.

Partimos a caballo, sea para ir hacia Cayonne o hacia la punta Masson, sea para ganar la plataforma superior donde hay también un camino para caballos por el que se va luego desde Vallée hasta el extremo oriental del macizo alto, mientras que otro lleva del Grand y Petit-Mahé a la parte norte.

Esos caminos que son obra, bien de los antiguos habitantes cuyos seis asentamientos se comunicaban entre ellos, bien de los guardias u obreros que el Rey mandó allí, sirven para la explotación de las hermosas maderas, tan útiles en la Parte del Norte de Santo Domingo, sobre todo para las construcciones y fortificaciones y por las que el Estado pagó sumas muy considerables durante la guerra de 1778.

El Rey compraba allí igualmente leña a razón de 15 libras la cuerda enviándola a buscar, lo que subía su precio a 36 libras; en el Cap se consumían tres mil cuerdas al año.

Desde 1785 en que el señor Labattut compró la Tortuga, Basse Terre siguió siendo el lugar de cabecera de todos los movimientos que él se esfuerza en imprimir a toda la isla.

Allí, una casa grande y cómoda a la que se llega por una hermosa avenida de palmeras parece atraer a cualquiera que sea curioso y un aire puro y saludable o bien la amistad, le asegura que será recibido con esa franca amenidad tan característica de su dueño.

Desde este remanso, la mirada asombrada recorre en esta gran isla una extensión de costas a las que alegran factorías de todo tipo; lugares más o menos variados la hacen todavía más atractiva.

En la parte inferior de ese cuadro ricamente pintado y en un punto desde donde tenemos la perspectiva de la Basse Terre, está el pueblo de Petit-Saint-Louis. El canal que hay entre la Tortuga y Santo Domingo añade una especie de frescura a ese retablo, que anima aún más la visión de las canoas, pequeños navíos y barcas de pasajeros.

Si queremos pasear, la visión de las baterías cercanas despierta ideas de protección. Si vamos al fuerte le Vasseur creemos leer, comentamos, la historia de los Aventureros. Si llegamos a Cayonne, al encanto de encontrar un frondoso banano cuya suave sombra invita a la calma y al reposo, se mezcla el recuerdo de los esfuerzos que proporcionaron a Francia la Colonia más floreciente y volvieron temible el nombre de los filibusteros.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Cazando, creemos seguir las huellas de los primeros habitantes, que manejaban el fusil continuamente para defender su existencia y que casi a su pesar, se encuentran asociados a los bucaneros.

Si contemplamos las rocas que nos detienen a menudo; si la vista mide las escarpadas alturas o las bajadas que son como abismos, sentimos algo que se parece a la audacia e imaginamos la estancia de los primeros franceses, rodeados de dificultades y sin esperar nada que no fuera producto de su perseverancia.

Bien al admirar esos árboles cuya copa altiva parece tener también su orgullo, bien al entrar en una caverna sintiéndonos enternecidos al pensar en los desgraciados indios que parecieran haber ido a buscar allí al menos una muerte apacible, el alma y el pensamiento están ocupados en cualquier sitio de la Tortuga.

¡Ah! no intentaré compartir todas las sensaciones que experimenté. Tal vez ha sido necesario haber hecho la descripción de Santo Domingo y publicar su historia para disfrutar, visitando esta pequeña isla por siempre gloriosa, de todos los goces que me ha proporcionado.

El señor Labattut, que intenta que sea un éxito el cultivo de la moca, para lo que ha formado una inmensa plantación en la plataforma que está sobre la Basse Terre, también se ha empeñado en compartir con los hombres trabajadores los beneficios que el suelo de la Tortuga promete y ya cuenta con 25 a los que les ha vendido una gran zona en el oeste.

De este modo la Tortuga volverá a tener, sin duda, sus derechos en el provecho general y ya se ha dejado de oír el clamor que se había alzado contra los abusos. ¡Si ya no vemos que salen, como antaño, ariscos conquistadores, todavía será recomendable por los bienes con los que puede enriquecer a sus nuevos dueños y ya que la suerte parece haberla destinado a asombrar, que ejerza de nuevo esta hermosa prerrogativa produciendo fortunas cuyo volumen, comparadas con su pequeñez, recuerda que su fecundidad ha sido alabada durante mucho tiempo!

¡Que el propietario de esta tierra afortunada, que ha sabido demostrar su patriotismo en 1783 con dos préstamos de 880,000 libras, debidos a su generosidad, a don Bernardo de Gálvez para las tropas españolas y al Rey para la escuadra del señor de Vaudreuil, goce muy pronto de la satisfacción de contemplar todo lo que ha creado su valioso ejemplo!

Puede que un día el agradecimiento dé su nombre a una de las partes de esta memorable isla; prefiero pensar que mi débil pluma, al repetirlo muchas veces, no se vea tildada de demasiado complaciente con un amigo.

La Tortuga depende de la senescalía y de la comandancia de Port-de-Paix. Pero las parroquias de Petit-Saint-Louis y de Port-de-Paix se disputan el honor de tenerla en sus límites ya que ambas son consecuencia de ella.

Dejando esta pequeña isla para volver a la grande, es natural decir que los vientos más comunes del canal que las separa y que se denomina canal de la Tortuga, son los del este y que el mar a veces es tumultuoso y fatigoso.

Es pues difícil, en general, remontar este canal; pero luego de las fuertes brisas del nordeste, las corrientes llevan al este con la fuerza suficiente para tener el viento a favor en poco tiempo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El navío del Rey *le Solide*, naufragó en 1691 en la Tortuga.

La posición de la Tortuga hace más desventajosa aún la de Port-de-Paix; el canal permite bloquearlo y al salir nos podemos encontrar con fuerzas superiores. Esta es la razón por la que se debería poner un vigía en la Tortuga, que informaría a Santo Domingo de lo que sucede en su parte norte.

Acabo aquí la descripción de la Parte del Norte, de la que volveré a hablar en las comparaciones que habrá en la descripción de las otras dos Partes, que, sin ser tan importantes como la primera, merecen la curiosidad y el interés del lector.

Fin del Primer Tomo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Índice onomástico

A

Abel 502, 503
Adams, John 20
Adanson 441
Adde 387
Ailly 547
Almeida, Suárez de 359
Amat 422
Amato, Joannes Baptista 194, 195, 206
Amelot 214
Ancteville 557
Anglon, René 228
Anteville 593
Aquino, Tomás de 21
Arana, Diego de 212
Arechange 221
Argenville, Cosme 335
Argout 358, 401
Argout, Conde de 143, 227, 328, 398, 426, 442, 518, 557, 592
Aristóteles 21
Arouet, François Marie (*Voltaire*) 17, 22, 221
Arquian, Conde de 184, 320, 548
Artaud 143, 219, 384-386, 416, 417, 430, 479, 509-511, 527
Arthaud 317, 332, 333, 335, 394, 525, 531, 607
Asselin 378
Auba, Étienne 21, 190
Auban, Eugène 25
Auber 629
Aubert 194
Auberteuil, Hilliard 385, 494
Aubray 157, 178, 335
Auger 180, 246, 311, 319, 352, 439
Aujar 415
Auriol 379
Ayen 130
Azlor y Urríes, Manuel de 492

B

Baas 646
Baconnais 248
Balanqué 447
Ballant 643
Ballon 592
Balthazar 609
Balzunce 252
Barau, Gabriel 326
Barbé 153
Barbery 363
Barbezan 444
Barbinais 221
Barraut 405
Barré 237
Barreau 523
Barrère 219, 574
Barrière 598
Bart 166, 306, 388, 552
Bas 180
Bastide 544, 545
Batillot 309
Bautista, Juan 90
Bauzeval 235
Bayeux 602
Beauchesne 400
Beauharnais, Josefina de 20
Beaujeau 458
Beaumarchais 346
Beauvais, le Fer de 222
Beauval-Barbé 183
Beccard 279
Bedout 131
Bédué 320
Bégon 535, 568
Béhotte 295, 302
Békly 210
Belet 606
Belfond 157
Bélier 548
Belin 581-583, 585

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Bellecombe 298, 350, 358, 376, 390, 435, 436, 444, 449, 467, 510, 627
Belleville 163
Bellevue, Fournier de 195, 198, 202
Belzunce, Vizconde de 115, 156, 176, 184, 185, 214, 219, 228, 259, 266, 324, 325, 355, 395, 420, 455, 457, 517, 553, 579, 591
Bénard 309
Bénard (*Maringouin*) 136
Benedicto XIV 531
Benquet 436
Berger 252
Bernanos 623, 624
Bernard 139
Bernard, Thomas 491
Bernier 175
Bertaud 341
Bertol 248
Bertrand 391
Bessière 501
Bessner, Barón de 441
Beuzeval 193
Bevir 480
Bianconelli (*Boismorant*) 242
Birot 305
Bivet 180
Blais 315
Blake, William 22
Blanc 337, 447, 570
Blancherie 496
Blanchet 180
Blay 579
Blénac 246, 437, 568
Blendel 646
Blondeau 185
Bobin, Gabriel 620
Bocq, Philippe de 620
Boisdenier 157
Boisforet 166, 426, 472, 556
Boissière 240
Boissyraimé 455, 625
Bombelles 643
Bonami 571
Bonaparte, Napoleón I 20, 23
Bongars 298, 311, 316, 381, 382, 390, 434-436, 466, 467, 510
Bongas 444
Bonnault 643
Bonne 180
Bonnefoie 310
Bonnegens 374
Bonseigneur 632
Borda 504
Boredon 252
Bory 266, 331, 355, 372, 448, 455
Bosman 67
Bouchaud 209
Bouet 589
Bougon, Robineau de 163
Bouillary 315
Bouillon 495
Boulaie 193
Boulard 374
Boulardière 180
Boulaye, Clerc de la 193, 280, 547, 620, 621, 624, 625
Bourbec 400
Bourcé, Louis 609
Bourdon 338
Bourgeois 305, 494
Bourié 180
Bournon 535
Boutia 320
Boutin 514, 515, 541
Boutinot, Richard 227
Boutin, Pierre 151, 352, 353, 378, 399-401, 493, 503
Boyer 180, 635
Boynes, Bourgeois de 462, 494
Brach 575
Brancas 216, 423, 425
Bras-Pujet 443
Brasseur 215, 219, 242, 291, 298, 301, 303, 311, 328, 342, 370, 396, 403, 412, 416, 426-428, 433, 434, 442, 462, 475, 509, 512, 551, 566, 571, 592, 593
Breda 287
Brethous 407
Brévignon 391
Bricourt 439
Brionne 298
Brisse 346
Brossard 271
Brossart 341
Brousse 400
Bruan 622
Bruce 76
Brucourt 180, 181
Brulé 230
Brulley 266, 267
Brunelot, Bernardin 235
Brunet 180

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Buffon 88, 280, 534
Buor, G. 181
Burgaut 579
Burt 305
Butterval 193, 204
Buttet, Louis Marin 137
Byron 492

C

Cabady 605
Cabot 352
Cahapelle 455
Cahuzac 544, 649
Caignet 309, 369, 424
Calais, F. Michel de 274, 536
Camuzet, François 193, 235, 319, 536
Canga 187
Capelllán Ferreira, William 6, 15
Carbon 207, 271, 272
Caritat, Marie-Jean-Antoine Nicolas de (marqués de Condorcet) 17
Caron 137
Casas, Bartolomé de las 61
Case 382
Castelveyre, Louis Turc de 377-382, 384, 386-389, 393
Castex 165
Castor 92
Cat 495
Catherine 227, 391, 393
Caulet 195
Cauvet 548, 571
Cazavan 280
Caze 252
Cellot 495
Chabanon 205, 220
Chabert 281
Chaillou 163
Chambillac 574
Chambers, Robert 17
Champagne 651
Champaing 195
Chanche 570
Chapelle 145
Chapelle, Cormeau de la 491
Charavoine 176
Charette 374
Charlevoix, Pedro Francisco Javier de 26, 27, 139, 221, 262, 286, 491, 567, 657
Charpentier, Quintinus 180, 181
Charrier 535
Charrite 195, 204, 235, 236, 244, 287, 310, 311, 315, 319, 329, 330, 352, 387, 396, 399, 403, 438, 456, 548, 568, 569, 598
Charron 377
Chastenet-Puységur 638
Chastenoye, Esthienne de 137, 140, 166, 176, 199, 247, 248, 306, 307, 328, 329, 404, 447, 456, 534, 551
Chastenoye hijo 455, 456
Chataignerie, Mothais de la 263
Chataumorant 126
Château 447
Chateaumorand 441
Chateau-Morand 227
Châteaumorand 455
Châteaumorant 246
Chaumont 622
Chenaye 192
Chevalier 189, 346
Chicoteau 180
Chillau 436, 593
Chilleau 358
Chinon 342
Choiseul, Cézar-Gabriel de (duque de Praslin) 131, 162, 166, 183, 246, 269, 271, 282, 382, 392, 613, 648, 649
Choiseul, Élizabeth-Céleste-Adelaïde de 648
Chrétien 377, 378
Chrisostome 310
Clainville 345
Clarkson, Thomas 22
Clément 298, 349
Clerc, Thomas le 621
Clermont-Gallerande 423
Clerville 345
Clieux, Gabriel de 182
Clugny 266, 282, 303, 305, 306, 311, 355, 381, 388, 448, 455, 465, 506
Colas (*Piernas Cortadas*) 207
Colbert, William 20
Colleno 405
Collet 366
Collineau 647
Cologne 648
Colomban 336, 351, 392, 427, 606
Colón, Cristóbal 36, 177, 198, 212-214, 239, 286, 570, 617, 627, 655
Colón, Fernando 286
Constance 622
Constans 380, 396
Coquière 193

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Cornave, Úrsula 87
Cothereau 363
Cottin 373
Coudieau 543
Coudreau 432, 549
Cour 141
Couré 335
Courrejolles 175, 261, 296-299, 439, 585
Coustard 390, 394
Coyteux 180
Cramoisy 180
Craye, Baudin de la 133
Croiset 622
Croiseuil 157
Cussy 192, 193, 234, 274, 319, 536, 546, 620-623, 636, 647

D

D'Alembert, Jean le Rond 17
Dacosta 582
Danzé 196, 362, 624, 625
Darrecbieilh 280
Daspir, Antoine 362
Datour 247
Daupley 391
Dautun 461
David 610, 615
Davilla, Jean Jacques 235
Dazille 245
Decombaz 309
Dédé 261
Delaborde 536
Delfaut 579
Delfín 137, 138, 334
Delfina 423
Demonet 189
Deschamps, Jérémie 618
Desfarges 622
Desforges 200, 201, 500, 501, 627
Desglaireaux 271, 282
Desgrieux 166
Desinarets 374
Deslandes 319, 366, 454, 514
Despaletz 14, 468
Despaletz, Duchemin 466
Despassier 309
Desroches, Chevalier 437
Destauriers, Clerin 461
Deste, Hélène 227
Destouches 200, 214
Destozières, Baudry 333, 335, 604
Deville 200
Diderot, Denis 17, 22
Didot 245
Dolioules 373, 374, 382, 384
Dolioules, François 373
Dominique 347
Donce, Lambert 88
Donnet 338
Doré 209, 502
Dorseuil 14, 497
Dorvilliers 164
Dougnon, Martial 514
Doulioules 387
Doux, Marie-Rose le 300
Doze 207
Dubourg, Alexander 211, 335, 345, 347, 480, 495, 496
Dubuisson, Desiné 280, 347, 381, 385, 495, 615
Dubuisson, Desmé 190, 282, 369, 378, 379, 459
Ducasse 245, 246, 287, 328, 506, 508, 512-514, 541, 546, 613, 617, 622-626, 634, 647
Ducatel 192, 194, 531
Duchassault 642, 643
Duchesne 337
Duchilleau 429
Duclos, JeanBaptiste 137, 140, 145, 247, 248, 374, 455, 515, 536
Dufour de Rians 338
Duhalty 176
Duhamel 548
Dujarriay 311, 330
Duleny 548
Dumesnil 592, 595
Dumolard 235
Dumolard, Jean 234
Dupaty 440, 441, 460
Du Paty, Mercier 574
Dupavier 341
Duperrier, Dumouriez 367
Duplaa 198
Duplessis 584
Duplessis-Paseau 446
Dupont 584
Duportal 185, 200, 240, 553, 557, 602
Dupré (*Duval*) 439
Duquesne-Guiton 622
Durand 390, 507
Dureau 194

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Durecourt 631, 643
Dutilleul 462
Duvernet 222

E

Ennery 141, 143, 153, 227, 264, 328, 358, 384, 415, 426, 439, 523, 556, 558, 602
Enrique, Guillermo (duque de Lancaster, príncipe) 347, 492
Enrique IV 213
Escoffier 362
Espaigne 503
Espartaco 23
Estaing, Conde de 185, 190, 208, 240, 241, 296, 297, 307, 337, 355, 369, 381, 383, 385, 386, 420, 422, 433, 438, 455, 459, 466, 492, 517, 540, 553, 556, 557
Esteve 264
Estrille 622
Étang, Duchemin de 468
Étedurère 473

F

Fage (*el Moreno*) 202
Falaise, Zéphirin 362
Faneuil, Benjamin 190
Faucher 444
Fauconier 208, 270, 273
Fayet 316, 374, 455, 549
Feé 180
Felipe II 26
Felipe III 26
Felipe V 406
Fernández 166
Fernando I 20
Fernando IV 139
Feronnays 426
Ferrary 448
Ferronnays 316, 392
Fichon 180
Fildier 341
Fite 472
Fizet 362
Fleurieu 504
Fleury 252, 375, 386
Flochet 180
Flórez-Estrada Ponce de León, Victoria 13
Fontaine 342, 343, 461
Fontenay 618, 652
Fontenelle, Bernard le Bovier de 221, 457, 569
Fontenilles 400
Forant 544
Fortabas, Dupont 614
Fortier 252
Forton 180
Fosse 202
Fouquet 176
Fournier de la Chapelle 192, 198, 199, 202, 208, 214, 217, 221, 222, 282, 345
Franchise 657
Francisque 280
François 180, 193, 205, 211
Franklin, Benjamin 18
Franklin, Benjamin (2) 55
Franquesnay 175, 193, 204, 236, 320, 455, 456, 620
Frazier 239, 311, 549, 550
Frémont 180
Frías Maggiolo, Harold 6
Fromageau 536
Frontgous 604

G

Gabaret 313
Gabet 336
Gabriac 271, 272, 282, 283
Gaillardet 165, 166
Galichon 310, 620
Galisset, Joseph de 136, 137, 196, 269, 271, 279, 282, 294, 311, 319, 320, 362, 363, 365, 537, 547, 568
Galot 611
Gálvez, Bernardo de 215, 327, 347, 436, 492, 535, 659
García 131
Gardeur 183
Garnier 193, 220, 221, 236
Garreau 248
Garreau, L. 252
Garreau, P. 252
Gaspar 166
Gatier 434
Gauché 627, 633, 634, 645
Gautier 311
Gauvain 20
Gelin 192, 462
Gentil 221
Gerland 157
Gervaise 321
Gigot, Marguerite 491
Gillot (*Yaya*) 187

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Gimel 557, 608
Girard 352
Gobin 286, 310
Godet 180
Goimpy, Dumaits de 440
Golliaud 479
Gómara, López de 26
Gombert 439
Gousse, Gaspard Charles de 137
Goynard 20
Graff, Laurent de 456
Gramont 442, 443, 445
Grandelas 607
Grandin, Jacques 242
Grandjean 391
Grandmont 593
Grand, Pierre le 227
Grandpré 271
Gras, François le 335, 526, 603, 604
Grasse 243, 399, 421, 442, 547, 624
Grasset 643
Gregoire 19
Grés 166
Grezeau 400
Grimperel 342
Gros-René 349
Groule, J. G. Equite de la 181
Guacanagarix 198, 212, 239, 286
Guerit 536
Guiard 180
Guibert 180
Guichen 642
Guillaudeu 235, 236
Guillot 337, 338, 346
Guimon 399

H

Haitze 426
Halgouet 622
Hardouineau 310
Hardy, Louis 439
Haye 180, 254, 255, 262, 263
Henry 274
Herbeau 309
Héricourt 405, 447
Herrera, Antonio de 198, 211-213, 286
Herrera y Tordesillas, Antonio de 26
Hervée 180
Hesse 397
Hilliard 494, 495, 496
Hipócrates (*el Grande*) 331
Hirel 363
Hood 492
Horne 529
Hubert 438
Huchet 569
Hudicor 153
Hyacinthe 192, 564
Hyver 261

I

Imba, Pierre de 210, 460
Isabel I (*Isabel La Católica*) 213
Isles, Roux des 194

J

Jauge, Simon 282
Jauvain 394
Jean Jacques 234
Jean, Marie 227
Jefferson, Thomas 20
Jergat 613
Jérome (Poteu) 267
Jesucristo 359
Jeune 613
Jolicoeur 180
Joubert 490
Juan (*Juan el blanco*) 88
Jullien 350
Junot, Jean-Andoche 20

K

Kerfaint 438

L

Labattut 649, 650, 658, 659
La Fayette, Marie-Joseph Paul Yves Roch Gilbert du Motier, (marqués de La Fayette) 19
Lafond 585
Laguiel 180
Lalande, Jean 298
Lalanne 130
Lalanne, Laporte 397
Lallemand 180
Lamanoye 396
Lamare, Mathurin 227
Lamarre 646
Lambert, J. 320, 524
Lamondière, Jean Eustache 210
La Mothe-Piquet 442
Lance, Louis Joseph de la 137, 304
Lange 165, 166

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Lanty 374
Laporte 422, 423, 425
Larnage 145, 219, 241, 270, 271, 295, 307, 311, 315, 317, 320, 325, 333, 337, 378-380, 391, 401, 403, 411, 418, 421-423, 425, 432, 433, 441, 448, 455, 456, 516, 518, 529, 543, 549, 550, 551, 578
Larrat 182
Lartigue, Duvielh de 202
Lary, Prost de 424, 426
Las Casas, Bartolomé de 26
Latonnier 367
Laty 401
Laugier, Léon hijo 447
Launays-Pays 310
Laurent (*Cézar*) 187
Laval 181, 327
Leclerc 502
Leclerc, Charles 23
Leclerc, George-Louis (conde de Buffon) 22, 221
Lefebvre Deshayes 172, 194, 271, 278, 279, 290, 295, 335
Legendre 227
Legrand 347
Lelong 194
Lelong, Pierre 567
Lesbos, Safo de 116
Lescauadiens 180
Lestorel 193, 235, 320, 536
L'Étang 468
L'Etenduère 492
Levantier 604
Libourne, Jean Chrisostôme de 320
Lilancour 166, 358, 396, 433, 442, 557
Limousin 180
Linch 252
Lindor 376
L'Isle-Adam 550
Locke, John 17, 22
Long 190, 243
Long, Pierre le 243
López Pintádez, Manuel 491
Loppe 180
Louis 391
Louis Dumesnil 592
Loustouneau, Lartigau de 300
Louvet 221
Ludovico XV 315, 549
Ludovico XVI 181
Lugo, Américo 18
Luisa 567
Luis XIV 17, 21, 143, 227, 622
Luis XV 137, 321
Luis XVI 19, 21, 359
Luis XVIII 17, 20
Luzerne 333, 393, 403, 593
Lyon 624

M

Macandal 583-585
Macé 274
Magon 296, 297, 337, 381, 383, 422, 433, 517, 540
Mahaurière, Duvivier de la 93
Maillard 311
Maillart 219, 241, 270, 271, 295, 317, 320, 333, 337, 378-380, 391, 401, 411, 412, 418, 421-423, 432, 433, 441, 448, 456, 516, 518, 529
Maire 367
Maître, Ludovicus le 180, 181
Mackenzie, Charles 15
Malle, Dureau de la 221
Mallet, Faubeau de 243, 567
Malouet 316
Mandeville, Jean 234, 235
Mansuy 592
Marbois 333, 390, 403, 417, 429, 436, 453, 518, 593
Marcadé 157
Marchand 193
Margat 274, 493
Marie, Antoine 337
Marie Magdalene 227
Marién 617
Marquant 310
Marsan 345, 592
Martelly 442
Marthe, Marie 252
Martial 515
Martin 252, 280
Massé 584
Massot 298, 299
Matty 280
Maugendre 298, 299
Maugris, Chabanon de 205, 221
Maupoint 447
Maurice 221
Mazères 585
Meillat 165
Melpómene 330, 345

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Menonville, Thiery de 266, 335
Mentel 345
Mercier 180
Merdier, Seraphin 518
Méric 224
Merle 548
Merrey, Vincent 621
Métayer 299
Metz 457
Meunier 180
Mézy, Normand de 378, 379, 421, 567, 583
Michel 180
Million 481
Millot 302, 306
Minguet, André 245-248, 252
Mithon 246, 366, 455, 613
Mithou 287, 548
Monceaux 465
Monjal, J. 181
Montarcher 168, 219, 342, 425
Montclar 130
Monteil 442
Montgolfier 279
Montmignon 182
Montreuil 185, 355
Montrevel 648, 649
Mont-Tours 180
Morsil, Guillermo 195, 491
Mosnerau 221
Motte, Dubois de la 325, 397
Moulceau 155, 215, 557
Moureau de Saint-Méry, Médéric Louis Élie 13, 17-27
Mousceau 592
Mozard 466, 467
Mozard (2) 338

N

Nanat 391
Nanette 227
Nanicol 445
Naudet 201
Nautel 187
Nègrefeuille, Cabrol de 585
Nemours, Dupont de 19
Neuf-Château, François de 333, 338, 408, 467, 534
Newton, Isaac 17
Noailles 130, 131
Nolivos 166, 382, 557
Nord 280

O

Odeluc 276, 278
Odelucq 608
Ogeron 598, 619, 620, 642, 646, 647, 650, 658
Oisy 214
Olivier 236
Ollier 266
Ollivier, Vincent 226, 227
Oregon, Bertrand 49
Orgeville 325
Ovidio 157
Oviedo, Fernández de 26
Oviedo, Fernando de 286

P

Padrejan 617
Pamelart 433
Paparel 265
Paquet 252
Paradès 130, 164
Pardieu 174
Pardieu, W. 181
Parent 252
Parocho, Sulpicio 181
Paty 246, 548, 624
Paw 87, 440
Payen, Joseph 336
Pelvey, Pierre 621
Péré 252
Perière 646
Périgord, Michel 573
Perrier 295, 524
Pers, Jean-Baptiste Le 26, 27, 136, 173, 180, 195, 221, 262, 491, 494, 574
Petit, Antoine 245
Petitière 649
Peyré 335
Phelipeaux (conde de Maurepas) 26, 137, 228
Piasun 496
Picard 180
Pilâtre de Rozier 279
Pillat 570
Pineault 180
Pingré 504
Pinson 294
Piotard 193
Pirly 252
Pittaubert 130
Place, Deschamps de la 657
Plaigne 456

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Plex 252
Plumier 633, 635, 657
Poincy 597, 617, 618
Poincy, Longvilliers de 618
Poissonnier 517
Polchet 200
Pole 462
Polydor 170, 187
Pont 579
Porquin, Philippe 606
Porte 164, 180, 240, 606, 607
Portelance 245
Poschet, hijo 296
Potier 630
Pouançay 310
Pouget 380
Poulet 335
Pouncay 620
Poupée-Desportes, Jean-Baptiste René 182, 262, 461, 489, 494, 516
Pradines 523
Praslin 648, 649
Préville 346
Prieur 263
Prost 295, 378, 379, 381
Prost de Larry 426
Prot 180
Puilboreau, Chevalier 265, 588
Pujet 139, 334
Puységur, Chastenet de 285, 570, 603, 608, 645, 649, 654

Q

Queret, Antoine 621

R

Rabié 316, 323, 416
Raby 582
Raimond, Julien 19
Rallier 472, 473, 477, 501, 502, 537, 566
Ramet 182
Ramoussin 622
Raoult 439
Rault 248
Rausse 618
Rausset 619, 655, 657
Raynal 385, 629
Réaumur, René Antoine de (*el Plinio del siglo XVIII*) 188
Rebecca, Guillermo 87
Rebecca, Margarita 87
Regnard, Marie 491
Regondy 362
Rehautté 548
Rémoussin 193
Remoussin, Louis 620
Renaud 219, 425, 426, 547, 566
René 195
Reynal 26, 491, 494, 496
Reynaud 551, 557, 558, 566, 571, 592, 593, 615
Rhodier 466
Rians, Dufour de 309, 338, 466, 467
Ribier 350
Richard 180
Richardière 621
Richelieu 597
Ridel 180
Rio 136
Rivière, Bouvier la 299
Riviére, Gautier de la 153
Rivière, Mercier de la 533
Robar 387
Roberd 180
Robespierre, Maximilien François Marie Isidore de 19
Robineau 163, 175, 196, 362
Rochalar 137, 138, 140, 378
Rochalard 336, 458
Rochefoucauld 19
Rochelle 400
Rodolphe 192
Rodríguez, Cayetano Armando 20, 27
Rodríguez Mejía 177
Roger 648
Rohan 221, 316, 381, 382, 466, 535
Roleaux, Louis des 496
Romain, Pierre 19
Roque 336
Roquin 180
Rossignol 576
Rouault 320
Roubion 524
Roulin 335, 394, 531
Rousseau, Catherine 227
Rousseau, Jean-Jacques 17, 22, 331
Roussy, Conde de 547
Rouvray 178, 613
Roy 365, 643
Rozier, Pilâtre de 18
Ruotte 176, 396
Rush, Benjamin 18

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

S

Sacalay 299
Safrey (marqués de Tournemine) 491
Saint-Aubin, Vimont de 513
Saint Denis, Juchereau de 378
Sainte-Croix 325, 407
Sainte-Marie 376, 382
Sainte-Marie, Deshayes de 280
Saintin 324
Saint-Laurent y Bégon, Caballero de 175
Saint-Martin hijo, M. de 364
Saint-Michel 367
Saint-Paulet 282
Saint-Simon 403
Saint-Venant, Barré de 219, 237, 271, 334, 426
Salvert 107
Samson 321
Sánchez Valverde, Antonio 26
Savy 607
Secondat, Charles Louis de (señor de la Brède y barón de Montesquieu) 17, 22
Seintre 622
Sens 162
Séraphin 534
Sganarelle 425
Sicard 425
Sieux 252
Silvecane 252
Sirac 190
Solano, José 347
Solano y Bote, José 492
Solh 503, 504
Sorel 190, 274
Sourbier 508, 509
Spigeot 252
Stapleton 143, 236, 252
Stedman, John Gabriel 22
Stollenverk 587
Stott 183
Suin 350
Sulpice 182
Surger, François 176
Sutton, Daniel 245

T

Talía 330
Tayllerand 20
Télémaque, Pierre 227, 267
Tellier 405, 574
Testard 130
Texier 211, 601
Thibault de Chanvalon, Jean Baptiste Mathieu 58
Thibault-Duvernay 139
Thoisy, Patrocles de 618
Thomin 337, 480
Thoran 185
Thoren 200, 456
Thoumaseau, Jean Jasmin (*Aloou Kinson*) 21, 391-395, 405
Thuyllerie 548
Tirion, Jacques de 182
Tonnelle, Decourt de la 271
Touche, Brée de la 386
Touraudais 586
Tournefort 262
Tournemine, Saffray de 164
Tourni 647
Toussaint, François Dominique (*Louverture*) 23
Tranquille 310
Tremais, Kerdisien de 264
Trémondrie 533
Trévan 584
Troplong 176
Truchat 649
Tue 346
Turon 570

U

Utrel 165

V

Vaivre 141, 143, 227, 311, 333, 334, 350, 426, 439, 442, 502, 518, 557
Valain 461
Valernod 329
Valière 273
Vallière 219, 342, 350, 425, 447, 557, 591, 592
Valtrière 272
Vandreuil 126
Varennes, Jean-Jacques Fournier de (marqués de Bellevue) 20, 208, 211, 222, 282, 426
Vasseur 597, 617, 618, 652
Vaudreuil 165, 239, 275, 315, 321, 411, 447, 550-552, 569, 570, 578, 591, 593, 595, 602, 635, 659
Vaujouan 382
Verdelin (viuda del señor de Charrite) 330
Verdun 132, 504
Vergennes 495

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Verjus, Jacques 643
Vernevent 480
Verret, Michel 148, 201, 208, 272, 273, 475, 476, 582
Verrier 180
Victor 620
Victoria Floréz-Estrada 6
Vienne 141, 315, 401, 458
Vilaire 548
Villarson 457
Villemontes 214
Villeneuve, Belin de (*Paul*) 581
Villers 635
Villers, Charlevoix de 155
Villeverd, Reynaud de 185, 215, 219, 242, 291, 298, 301, 303, 328, 342, 351, 358, 370, 371, 387, 403, 407, 410, 412, 416, 426-428, 433, 434, 447, 462, 475, 509, 512
Vincent 227, 557, 595
Vital, Julien 227
Viviez 209
Volange 350
Voyer 389

W

Walsh 163, 201
Warlock 188, 245, 490
Weuves 495
Wilberforce, William 22
Wilde, Oscar 25
Willis 597, 598
Worlock, Simeón 245

Y

Yvon 328

Z

Zorrilla de San Martín, Pedro (marqués de la Gándara Real) 492

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Publicaciones del Archivo General de la Nación

Vol. I	*Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
Vol. II	*Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
Vol. III	*Samaná, pasado y porvenir.* E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945.
Vol. IV	*Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
Vol. V	*Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
Vol. VI	*San Cristóbal de antaño.* E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
Vol. VII	*Manuel Rodríguez Objío (poeta, restaurador, historiador, mártir).* R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
Vol. VIII	*Relaciones.* Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
Vol. IX	*Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850.* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
Vol. X	*Índice general del «Boletín» del 1938 al 1944*, C. T., 1949.
Vol. XI	*Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Escrita en holandés por Alexander O. Exquemelin, traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez; introducción y bosquejo biográfico del traductor R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
Vol. XII	*Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
Vol. XIII	*Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.
Vol. XIV	*Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
Vol. XV	*Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
Vol. XVI	*Escritos dispersos. (Tomo I: 1896-1908).* José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
Vol. XVII	*Escritos dispersos. (Tomo II: 1909-1916).* José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
Vol. XVIII	*Escritos dispersos. (Tomo III: 1917-1922).* José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
Vol. XIX	*Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005.* Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
Vol. XX	*Lilí, el sanguinario machetero dominicano.* Juan Vicente Flores, Santo Domingo, D. N., 2006.
Vol. XXI	*Escritos selectos.* Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Andrés Blanco Díaz (editor), Santo Domingo, D. N., 2006.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos.* Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.

Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos.* Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.

Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario.* Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.

Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796.* Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2006.

Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre.* Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2006.

Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná.* Manuel Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño.* Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos.* Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional del Nuevo Mundo.* Miguel D. Mena, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. I: 1492-1501.* Fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia).* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración).* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII.* Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos.* Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922.* Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894).* Tomo I, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894).* Tomo II, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXXIX *Una carta a Maritain.* Andrés Avelino. Traducción al castellano e introducción del P. Jesús Hernández, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XL *Manual de indización para archivos,* en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba. Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo.* Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos.* Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XLIII *La educación científica de la mujer.* Eugenio María de Hostos, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546).* Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección.* Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. XLVI *Años imborrables.* Rafael Alburquerque Zayas-Bazán, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población.* Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel.* Tomo I. Compilación de José Luis Saez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel.* Tomo II. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel.* Tomo III. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilinarias.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana.* José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas.* Antonio Sánchez Hernández, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961).* Tomo I, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961).* Tomo II, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007.* Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670).* Transcripción de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916).* María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas.* Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos.* César A. Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXVIII *Escritos 2. Ensayos.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas.* H. Thomasset. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental.* Olga Pedierro, *et. al.*, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXXI *Escritos desde aquí y desde allá.* Juan Vicente Flores. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXXII *De la calle a los estrados por justicia y libertad.* Ramón Antonio Veras (Negro), Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXXIII *Escritos y apuntes históricos.* Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. LXXIV *Almoina, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista.* Salvador E. Morales Pérez, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. LXXV *Escritos. 1. Cartas insurgentes y otras misivas.* Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Vol. LXXVI *Escritos. 2. Artículos y ensayos.* Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. LXXVII *Más que un eco de la opinión. 1. Ensayos, y memorias ministeriales.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. LXXVIII *Más que un eco de la opinión. 2. Escritos, 1879-1885.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. LXXIX *Más que un eco de la opinión. 3. Escritos, 1886-1889.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. LXXX *Más que un eco de la opinión. 4. Escritos, 1890-1897.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. LXXXI *Capitalismo y descampesinización en el Suroeste dominicano.* Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. LXXXIII *Perlas de la pluma de los Garrido.* Emigdio Osvaldo Garrido, Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs. Edición de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. LXXXIV *Gestión de riesgos para la prevención y mitigación de desastres en el patrimonio documental.* Sofía Borrego, Maritza Dorta, Ana Pérez, Maritza Mirabal, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. LXXXV *Obras.* Tomo I, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. LXXXVI *Obras.* Tomo II, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. LXXXVII *Historia de la Concepción de La Vega.* Guido Despradel Batista, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. LXXXIX *Una pluma en el exilio. Los artículos publicados por Constancio Bernaldo de Quirós en República Dominicana.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. XC *Ideas y doctrinas políticas contemporáneas.* Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. XCI *Metodología de la investigación histórica.* Hernán Venegas Delgado, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. XCIII *Filosofía dominicana: pasado y presente.* Tomo I. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. XCIV *Filosofía dominicana: pasado y presente.* Tomo II. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. XCV *Filosofía dominicana: pasado y presente.* Tomo III. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. XCVI *Los Panfleteros de Santiago: torturas y desaparición.* Ramón Antonio, (Negro) Veras, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. XCVII *Escritos reunidos. 1. Ensayos, 1887-1907.* Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. XCVIII *Escritos reunidos. 2. Ensayos, 1908-1932.* Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. XCIX *Escritos reunidos. 3. Artículos, 1888-1931.* Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. C *Escritos históricos.* Américo Lugo. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. CI *Vindicaciones y apologías.* Bernardo Correa y Cidrón. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. CII *Historia, diplomática y archivística. Contribuciones dominicanas.* María Ugarte, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. CIII *Escritos diversos.* Emiliano Tejera. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Vol. CIV *Tierra adentro.* José María Pichardo, segunda edición, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CV *Cuatro aspectos sobre la literatura de Juan Bosch.* Diógenes Valdez, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CVI *Javier Malagón Barceló, el Derecho Indiano y su exilio en la República Dominicana.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CVII *Cristóbal Colón y la construcción de un mundo nuevo. Estudios, 1983-2008.* Consuelo Varela. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CVIII *República Dominicana. Identidad y herencias etnoculturales indígenas.* J. Jesús María Serna Moreno, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CIX *Escritos pedagógicos.* Malaquías Gil Arantegui. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CX *Cuentos y escritos de Vicenç Riera Llorca en* La Nación. Compilación de Natalia González, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXI *Jesús de Galíndez. Escritos desde Santo Domingo y artículos contra el régimen de Trujillo en el exterior.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXII *Ensayos y apuntes pedagógicos.* Gregorio B. Palacín Iglesias. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXIII *El exilio republicano español en la sociedad dominicana* (Ponencias del Seminario Internacional, 4 y 5 de marzo de 2010). Reina C. Rosario Fernández (Coord.) Edición conjunta de la Academia Dominicana de la Historia, la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXIV *Pedro Henríquez Ureña. Historia cultural, historiografía y crítica literaria.* Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXV *Antología.* José Gabriel García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXVI *Paisaje y acento. Impresiones de un español en la República Dominicana.* José Forné Farreres. Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXVII *Historia e ideología. Mujeres dominicanas, 1880-1950.* Carmen Durán. Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXVIII *Historia dominicana: desde los aborígenes hasta la Guerra de Abril.* Augusto Sención (Coord.), Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXIX *Historia pendiente: Moca 2 de mayo de 1861.* Juan José Ayuso, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXX *Raíces de una hermandad.* Rafael Báez Pérez e Ysabel A. Paulino, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXI *Miches: historia y tradición.* Ceferino Moní Reyes, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo I, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXIII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo II, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXIV *Apuntes de un normalista.* Eugenio María de Hostos. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXV *Recuerdos de la Revolución Moyista (Memoria, apuntes y documentos).* Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXVI *Años imborrables* (2da ed.) Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Edición conjunta de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXVII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo.* Tomo I. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXVIII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo.* Tomo II. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Vol. CXXIX *Memorias del Segundo Encuentro Nacional de Archivos.* Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXX *Relaciones cubano-dominicanas, su escenario hemisférico (1944-1948).* Jorge Renato Ibarra Guitart, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXXI *Obras selectas.* Tomo I, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXXXII *Obras selectas.* Tomo II, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXXXIII *África y el Caribe: Destinos cruzados. Siglos XV-XIX,* Zakari Dramani-Issifou, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXXXIV *Modernidad e ilustración en Santo Domingo.* Rafael Morla, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXXXV *La guerra silenciosa: Las luchas sociales en la ruralía dominicana.* Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXXXVI *AGN: bibliohemerografía archivística. Un aporte (1867-2011).* Luis Alfonso Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXXXVII *La caña da para todo. Un estudio histórico-cuantitativo del desarrollo azucarero dominicano. (1500-1930).* Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXXXVIII *El Ecuador en la Historia.* Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXXXIX *La mediación extranjera en las guerras dominicanas de independencia, 1849-1856.* Wenceslao Vega B., Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXL *Max Henríquez Ureña. Las rutas de una vida intelectual.* Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXLI *Yo también acuso.* Carmita Landestoy, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXLIII *Más escritos dispersos.* Tomo I, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXLIV *Más escritos dispersos.* Tomo II, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXLV *Más escritos dispersos.* Tomo III, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXLVI *Manuel de Jesús de Peña y Reinoso: Dos patrias y un ideal.* Jorge Berenguer Cala, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXLVII *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno.* Roberto Cassá, edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXLVIII *De esclavos a campesinos. Vida rural en Santo Domingo colonial.* Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXLIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1547-1575).* Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CL *Ramón –Van Elder– Espinal. Una vida intelectual comprometida.* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CLI *El alzamiento de Neiba: Los acontecimientos y los documentos (febrero de 1863).* José Abreu Cardet y Elia Sintes Gómez, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CLII *Meditaciones de cultura. Laberintos de la dominicanidad.* Carlos Andújar Persinal, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CLIII *El Ecuador en la Historia* (2da ed.) Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLIV *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe (1789-1854).* José Luciano Franco, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLV *El Salvador: historia mínima.* Varios autores, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLVI *Didáctica de la geografía para profesores de Sociales.* Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLVII *La telaraña cubana de Trujillo.* Tomo I, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Vol. CLVIII *Cedulario de la isla de Santo Domingo, 1501-1509.* Vol. II. Fray Vicente Rubio, O. P., edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLIX *Tesoros ocultos del periódico* El Cable. Compilación de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLX *Cuestiones políticas y sociales.* Dr. Santiago Ponce de León. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXI *La telaraña cubana de Trujillo.* Tomo II, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXII *El incidente del trasatlántico Cuba. Una historia del exilio republicano español en la sociedad dominicana, 1938-1944.* Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXIII *Historia de la caricatura dominicana.* Tomo I, José Mercader, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXIV *Valle Nuevo: El Parque Juan B. Pérez Rancier y su altiplano.* Constancio Cassá, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXV *Economía, agricultura y producción.* José Ramón Abad. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXVI *Antología.* Eugenio Deschamps. Edición de Roberto Cassá, Betty Almonte y Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXVII *Diccionario geográfico-histórico dominicano.* Temístocles A. Ravelo.Revisión, anotación y ensayo introductorio Marcos A. Morales, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXVIII *Drama de Trujillo. Cronología comentada.* Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXIX *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939).* Tomo I, volumen 1. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXX *Drama de Trujillo. Nueva Canosa.* Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012

Vol. CLXXI *El Tratado de Ryswick y otros temas.* Julio Andrés Montolío. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXII *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939).* Tomo I, volumen 2. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXIII *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961).* Tomo III, volumen 5. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXIV *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961).* Tomo III, volumen 6. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXV *Cinco ensayos sobre el Caribe hispano en el siglo XIX: República Dominicana, Cuba y Puerto Rico 1861-1898.* Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXVI *Correspondencia consular inglesa sobre la Anexión de Santo Domingo a España.* Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXVII *¿Por qué lucha el pueblo dominicano? Imperialismo y dictadura en América Latina.* Dato Pagán Perdomo, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXVIII *Visión de Hostos sobre Duarte.* Eugenio María de Hostos. Com-pilación y edición de Miguel Collado, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CLXXIX *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960.* Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXX *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949).* Tomo II, volumen 3. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXXI *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949).* Tomo II, volumen 4. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXXII *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): el proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo).* Tomo I. Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2012.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Vol. CLXXXIII *La dictadura de Trujillo (1930-1961).* Augusto Sención Villalona, San Salvador-Santo Domingo, 2012.

Vol. CLXXXIV *Anexión-Restauración.* Parte 1. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXXV *Anexión-Restauración.* Parte 2. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CLXXXVI *Historia de Cuba.* José Abreu Cardet y otros, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CLXXXVII *Libertad Igualdad: Protocolos notariales de José Troncoso y Antonio Abad Solano, 1822-1840.* María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CLXXXVIII *Biografías sumarias de los diputados de Santo Domingo en las Cortes españolas.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CLXXXIX *Financial Reform, Monetary Policy and Banking Crisis in Dominican Republic.* Ruddy Santana, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXC *Legislación archivística dominicana (1847-2012).* Departamento de Sistema Nacional de Archivos e Inspectoría, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCI *La rivalidad internacional por la República Dominicana y el complejo proceso de su anexión a España (1858-1865).* Luis Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCII *Escritos históricos de Carlos Larrazábal Blanco.* Tomo I. Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCIII *Guerra de liberación en el Caribe hispano (1863-1878).* José Abreu Cardet y Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCIV *Historia del municipio de Cevicos.* Miguel Ángel Díaz Herrera, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCV *La noción de período en la historia dominicana.* Volumen I, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCVI *La noción de período en la historia dominicana.* Volumen II, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCVII *La noción de período en la historia dominicana.* Volumen III, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCVIII *Literatura y arqueología a través de* La mosca soldado *de Marcio Veloz Maggiolo.* Teresa Zaldívar Zaldívar, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCIX *El Dr. Alcides García Lluberes y sus artículos publicados en 1965 en el periódico* Patria. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CC *El cacoísmo burgués contra Salnave (1867-1870).* Roger Gaillard, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CCI *«Sociología aldeada» y otros materiales de Manuel de Jesús Rodríguez Varona.* Compilación de Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CCII *Álbum de un héroe. (A la augusta memoria de José Martí).* 3ra edición. Compilación de Federico Henríquez y Carvajal y edición de Diógenes Céspedes, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CCIII *La Hacienda Fundación.* Guaroa Ubiñas Renville, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CCIV *Pedro Mir en Cuba. De la amistad cubano-dominicana.* Rolando Álvarez Estévez, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CCV *Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles.* Edición de Bernardo Vega, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CCVI *Pedro Francisco Bonó: vida, obra y pensamiento crítico.* Julio Minaya, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CCVII *Catálogo de la Biblioteca Arístides Incháustegui (BAI) en el Archivo General de la Nación.* Blanca Delgado Malagón, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CCVIII *Personajes dominicanos.* Tomo I, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Vol. CCIX *Personajes dominicanos.* Tomo II, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCX *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno.* 2da edición, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXI *Una experiencia de política monetaria.* Eduardo García Michel, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXII *Memorias del III Encuentro Nacional de Archivos.* Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXIII *El mito de los Padres de la Patria y Debate histórico.* Juan Isidro Jimenes Grullón. Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXIV *La República Dominicana [1888]. Territorio. Clima. Agricultura. Industria. Comercio. Inmigración y anuario estadístico.* Francisco Álvarez Leal. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXV *Los alzamientos de Guayubín, Sabaneta y Montecristi: Documentos.* José Abreu Cardet y Elia Sintes Gómez, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXVI *Propuesta de una Corporación Azucarera Dominicana. Informe de Coverdale & Colpitts.* Estudio de Frank Báez Evertsz, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXVII *La familia de Máximo Gómez.* Fray Cipriano de Utrera, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXVIII *Historia de Santo Domingo. La dominación haitiana (1822-1844).* Vol. IX. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXIX *La expedición de Cayo Confites.* Humberto Vázquez García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editorial Oriente, de Santiago de Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXX *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo).* Tomo II, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXXII *Bromeando. Periodismo patriótico.* Eleuterio de León Berroa, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCXXIII *Testimonios de un combatiente revolucionario.* José Daniel Ariza Cabral, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXXIV *Crecimiento económico dominicano (1844-1950).* Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXXV *Máximo Gómez. Utopía y realidad de una República.* Yoel Cordoví Núñez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editora Historia, de La Habana, Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXXVI *Juan Rodríguez y los comienzos de la ciudad de Nueva York.* Anthony Stevens-Acevedo, Tom Weterings y Leonor Álvarez Francés. Traducción de Ángel L. Estévez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y el Instituto de Estudios Dominicanos de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY DSI), Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXXVII *Gestión documental. Herramientas para la organización de los archivos de oficinas.* Olga María Pedierro Valdés, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXXVIII *Nueva historia mínima de América Latina. Biografía de un continente.* Sergio Guerra Vilaboy, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXXIX *La olvidada expedición a Santo Domingo, 1959.* María Antonia Bofill Pérez, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXXX *Recursos de Referencia de Fondos y Colecciones.* Departamento de Referencias, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCXXXI *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1575-1578).* Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCXXXII *Cuando amaban las tierras comuneras.* Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCXXXIII *Memorias de un revolucionario.* Tomo I, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Vol. CCXXXIV *Memorias de un revolucionario.* Tomo II, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCXXXV *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña (1897-1933).* Bernardo Vega, editor. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCXXXVIII *África genitrix. Las migraciones primordiales, mitos y realidades.* Zakari Dramani-Issifou de Cewelxa, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCXXXIX *Manual de historia de Santo Domingo y otros temas históricos.* Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCXL *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo).* Tomo III, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCXLI *Paso a la libertad.* Darío Meléndez, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCXLII *La gran indignación: Santiago de los Caballeros, 24 de febrero de 1863 (documentos y análisis).* José Abreu Cardet y Elia Sintes Gómez, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCXLIII *Antología.* Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCXLIV *Cosas añejas. Tradiciones y episodios de Santo Domingo.* César Nicolás Penson. Prólogo y notas de Rita Tejada, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCXLV *El Código Rural de Haití de 1826.* Edición bilingüe español-francés. Traducción al español y notas de Francisco Bernardo Regino Espinal, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCXLVI *Documentos para la historia colonial de la República Dominicana.* Compilación e introducción de Gerardo Cabrera Prieto, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCXLVII *Análisis del* Diario de Colón. *Guananí y Mayaguaín, las primeras isletas descubiertas en el Nuevo Mundo.* Ramón J. Didiez Burgos, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCXLVIII *Por la verdad histórica (VAD en la revista* ¡Ahora!*).* Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCXLIX *Antología de cartas de Ulises Heureaux* (Lilís). Cyrus Veeser. Colección Presidentes Dominicanos, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCL *Las mentiras de la sangre.* Lorenzo Sención Silverio. Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCLI *La Era.* Eliades Acosta Matos. Edición conjunta de la Fundación García Arévalo y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCLII *Santuarios de tres Vírgenes en Santo Domingo.* Fray Cipriano de Utrera. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCLIII *Documentos del Gobierno de Carlos F. Morales Languasco 1903-1906.* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCLIV *Obras escogidas. Ensayos I.* Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCLV *Los comandos.* Bonaparte Gautreaux Piñeyro, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCLVI *Cuarto Frente Simón Bolívar. Grupos rebeldes y columnas invasoras. Testimonio.* Delio Gómez Ochoa, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCLVII *Obras escogidas. Cátedras de Historia Social, Económica y Política.* Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCLVIII *Ensayos, artículos y crónicas.* Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCLIX *Cartas, discursos y poesías.* Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCLX *La inmigración española en República Dominicana.* Juan Manuel Romero Valiente, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCLXI *En busca de la ciudadanía: los movimientos sociales y la democratización en la República Dominicana.* Emelio Betances, Santo Domingo, D. N., 2015.

Vol. CCLXII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo.* Volumen 1, tomos I y II. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Vol. CCLXIII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo.* Volumen 1, tomos III y IV. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXIV *Ni mártir ni heroína; una mujer decidida. Memorias.* Brunilda Amaral, Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXV *Zarpas y verdugos.* Rafael E. Sanabia, Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXVI *Memorias y testamento de un ecologista.* Antonio Thomen, Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXVII *Obras escogidas. Ensayos 2.* Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXVIII *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo I. El fuego tras las ruinas, 1865-1931.* Ginetta E. B. Candelario y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXIX *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo II. Las siempre fervientes devotas 1931-1965.* Ginetta E. B. Candelario, Elizabeth S. Manley y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXX *La conspiración trujillista. Una fascinante historia.* Andrés Zaldívar Diéguez y Pedro Etcheverry Vázquez, Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXXI *Memorias del IV Encuentro Nacional de Archivos. Archivos regionales: derechos, memoria e identidad (Santo Domingo, 19, 20 y 21 de febrero de 2014).* Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXXII *The Events of 1965 in the Dominican Republic (documents from the British National Archives).* Edición facsimilar. Presentada al Archivo General de la Nación por el embajador Steven Fisher, Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXXIII *Obras casi completas. Tomo 1. Recuerdos, opiniones e impresiones.* Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXXIV *Obras casi completas. Tomo 2. Cartas.* Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXXV *La Vega en la historia dominicana.* Tomo I. Alfredo Rafael Hernán-dez Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXXVI *La Vega en la historia dominicana.* Tomo II. Alfredo Rafael Hernán-dez Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXXVII *Archivo General de la Nación. Ayer y hoy.* Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXXVIII *Antes y después del 27 de Febrero.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXXIX *Las columnas de bronce. Biografía de los hermanos Eusebio, Gabino y José Joaquín Puello.* Franz Miniño Marión-Landais, Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXXX *Bibliografía afrodominico-haitiana 1763-2015.* Carlos Esteban Deive, Santo Domingo, D. N., 2016.

Vol. CCLXXXI *Notas sobre Haití.* Charles Mackenzie, Santo Domingo, D. N., 2016.

Colección Juvenil

Vol. I *Pedro Francisco Bonó.* Textos selectos. Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. II *Heroínas nacionales.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín.* Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. V *Padres de la Patria.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. VI *Pensadores criollos.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. VII *Héroes restauradores.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. VIII *Dominicanos de pensamiento liberal: Espaillat, Bonó, Deschamps (siglo XIX).* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2010.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Colección Cuadernos Populares

Vol. 1 *La Ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte.* Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. 2 *Mujeres de la Independencia.* Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. 3 *Voces de bohío. Vocabulario de la cultura taína.* Rafael García Bidó, Santo Domingo, D. N., 2010.

Colección Referencias

Vol. 1 *Archivo General de la Nación. Guía breve.* Ana Féliz Lafontaine y Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. 2 *Guía de los fondos del Archivo General de la Nación.* Departamentos de Descripción y Referencias, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. 3 *Directorio básico de archivos dominicanos.* Departamento de Sistema Nacional de Archivos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Descripción topográfica, física, civil, política e histórica de la Parte francesa de la isla de Santo Domingo de M. L. É. Moreau de Saint-Méry, Tomo I, se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editora Centenario S.R.L., en el mes de octubre de 2017, con una tirada de mil ejemplares.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Con párrafo simple y en lenguaje llano nos introduce Moreau de Saint-Méry en el mundo antillano francés, como una cortés invitación a mirar desde las alturas y pisando al mismo tiempo tierra firme, la inmensidad y los detalles de la perla de las colonias francesas en el Caribe americano.

Se alterna la descripción de cantones y parroquias, de llanos y montañas, de costas y de tierra adentro. Puentes, carreteras, factorías de azúcar (ingenios), explotaciones madereras, el indetenible trajinar de barcos mercantes, comercio de añil y café, especias y hortalizas, canteras y plantaciones, uso intensivo del trabajo esclavo, la vida cultural y el teatro. Milicias y rebeliones, viajeros, coches, blancos y mulatos, negros y libertos... riqueza por doquier: sudor de la raza negra para engrosar las faltriqueras de los blancos. Iglesias y tañer de campanas... Y añade: "He usado en mi plan las divisiones civiles de la parte francesa de Santo Domingo, ya que son las más simples y las más conocidas en general". Acuerdos y desacuerdos con encuentros y desencuentros con la parte española... el Saint-Domingue francés, el proto-Haití.

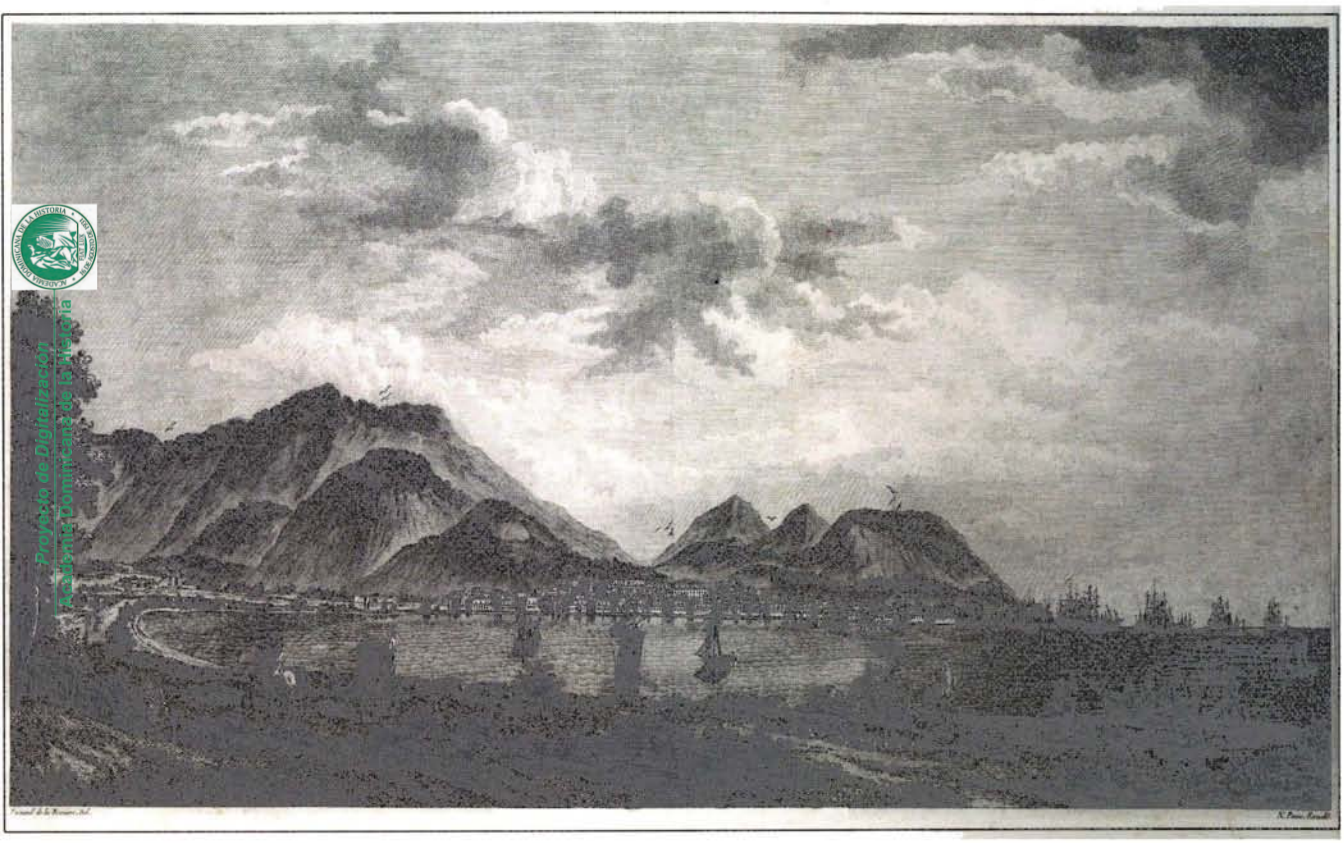
En fin, una colonia rica, febricitante de actividad, bajo una ruda estructura administrativa eficiente y por lo bajo una ruda y a veces sórdida lucha de intereses. Poco a poco se fue perfilando una sociedad nueva que se movía entre amores y desamores, entre nexos con la metrópoli y la configuración de una identidad nacional.

Los más nimios detalles y pormenores concluyen con la aseveración del autor:

> *He cumplido mi deseo y mi objetivo de decir todo aquello que debería aprender Francia de su más hermosa posesión colonial. Ahora se podrá hablar de Santo Domingo con alguna certeza. Todavía hay muchas verdades que publicar, pero pertenecen a la historia de esta colonia.*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

4ta FERIA DEL LIBRO DE HISTORIA DOMINICANA



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ISBN 978-99-45-58610-7